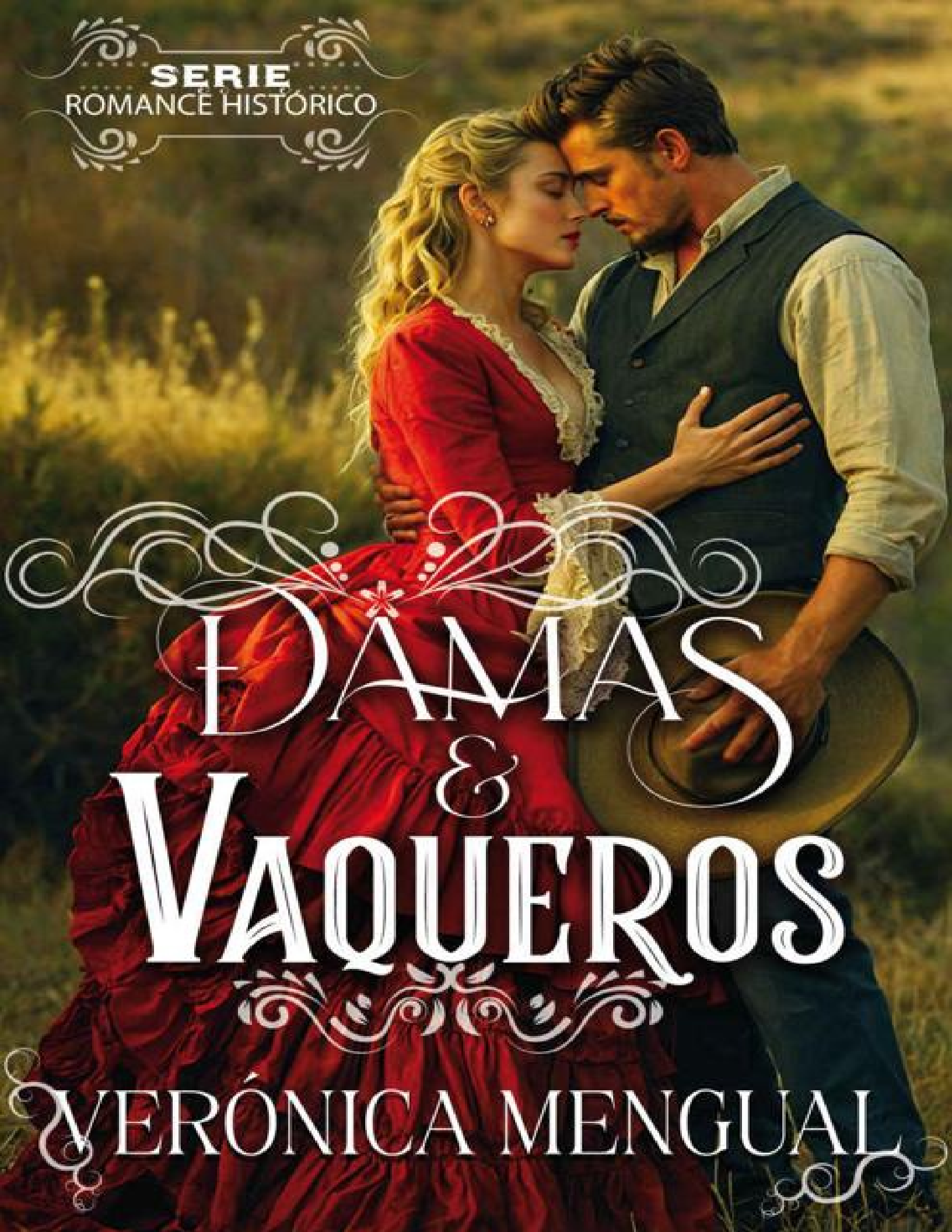

SERIE
ROMANCE HISTÓRICO
DAMAS
&
VAQUEROS
VERÓNICA MENGUAL

© VERÓNICA MENGUAL
Damas y Vaqueros: Serie de Romance Histórico
Sello: Independently published

Primera edición, febrero de 2025.
Impreso en España.
Corrección: Ainhoa González.
Edición: José Pedro Baeza.
Diseño de portada: Pamela Díaz.
Inscrita en Safe Creative: 2411180130612

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Damas y Vaqueros

SERIE DE ROMANCE HISTÓRICO

Verónica Mengual

Índice General

Un esposo inconveniente

Un amor inconveniente

Un matrimonio inconveniente

Un esposo inconveniente

Cuando dos corazones no laten al mismo tiempo,
no es momento de enamorarse.
El tiempo pone cada cosa en su sitio y entonces,
cuando todo está en sintonía,
es hora de que dos sean uno solo.
Dedicado a las parejas que se unieron en la necesidad
e hicieron de su amor una leyenda con un solo latir.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Salvar al herido

Capítulo 2

El maldito Denver Harris

Capítulo 3

Una fiera indómita

Capítulo 4

Un par de ramos de flores

Capítulo 5

Una defensa meditada

Capítulo 6

Una petición esperada

Capítulo 7

Un giro inesperado

Capítulo 8

Un revés del destino

Capítulo 9

Unos meses extraños

Capítulo 10

El bendito Jack Lowell

Capítulo 11

Llega la caballería

Capítulo 12

Los sueños… sueños son

Capítulo 13

El ataque es la mejor defensa

Epílogo

Un indio del que no librarse

Prefacio

Todo tiene un principio

Crystal City, Texas, 1880.

Sarah Lee Foster sacaba su fortaleza de la tierra. Árida y seca, pero que podía dar vida si se buscaba bien dónde hacerlo. Así era el rancho Sarah Love, situado a las afueras de Crystal City. Amaba su hogar y jamás lo abandonaría. Ese lugar que la había visto nacer era lo que más adoraba en el mundo.

Su padre, Mathias, era ganadero, como lo sería ella misma hasta el fin de sus días. Su propiedad era muy próspera, el ganado parecía haber sido bendecido, pues no enfermaba ni se extraviaba. Mathias, quien era un hombre muy inteligente, decía que su esposa, cuando partió al lado del buen Dios, echó un manto protector sobre el Sarah Love y sobre su hija.

La señorita Foster no extrañaba a su madre porque falleció cuando ella nació. Así que no la podía echar de menos. Pero el amor que le daba Mathias era más que suficiente para que ella se sintiera plena.

Por las noches, después de un día duro atendiendo las reses, cuando los hombres que trabajaban para el señor Foster se retiraban a los barracones, padre e hija, sentados al calor de la chimenea, fantaseaban con el futuro. La pequeña Sarah Lee sostenía que cuando fuese mayor, se casaría con su padre porque nunca encontraría un hombre mejor. El dueño del Sarah Love se reía a carcajadas y le aconsejaba esperar un poco antes de decidirse, porque estaba seguro de que tarde o temprano ella se enamoraría de un hombre excepcional.

El ganadero siempre tenía razón. La niña se hizo mujer. El corazón de la joven Sarah no estaba del lado de ninguno de los veinte hombres que trabajaban en el rancho. Su padre no hubiera puesto impedimentos para que su princesa se desposase con uno de esos muchachos nobles de corazón y trabajadores. De hecho, había varios que intentaron cortejarla, pero la vaquera no se sintió predispuesta.

Su estima estaba ya otorgada. Si Dios quería, ella pronto se convertiría en la señora de Jack Lowell.

Sarah se puso de pie y estiró su vestido de seda marrón que le regaló su padre con motivo de su dieciocho cumpleaños. Se sentía toda una mujer. Una dama enamorada. Suspiró y se sujetó el corazón con ambas manos. Jack. Era todo lo que un buen vaquero debería ser.

El rancho de la familia Lowell estaba al otro lado del pueblo y su unión, además de ser por amor, se convertiría en algo grande en términos económicos.

Era perfecto porque compartían los mismos gustos, aficiones y amor por la tierra de Texas. Los dos se ayudarían y, juntos, crearían un imperio. Sarah no era una muchacha endeble y remilgada. Había ayudado en prácticamente todos los alumbramientos de los terneros desde que tenía uso de razón. Así que sería la esposa perfecta para Jack. Ahora solo quedaba que él lo comprendiese.

El baile anual del pueblo era un momento idóneo para que ella al fin le hiciera ver que sería una compañera fantástica para él.

Estaba nerviosa. Le sudaban las manos. Repasó su atuendo en el espejo de latón que su padre le compró cuando cumplió los catorce años.

El señor Foster decía que ella era bonita. Su pelo era lustroso, rubio con algunas vetas del color del café. Su iris tenía un color casi negro, herencia de su madre, según le explicó el ganadero. Tal vez solo fuera hermosa a los ojos de su padre. Sarah no se sentía sobresaliente. Demasiado redondeada y con unos pechos que… ¡le molestaban todo el tiempo!

Su amiga Leah Larson era mucho más espectacular que ella. Envidiaba su elegancia

natural, su delgadez, su cabello dorado como la mantequilla y sus ojos verdes, tan claros que parecían un lago.

Sarah resopló. Tenía que ser sincera, nunca podría competir con su amiga y era una suerte no tener que hacerlo. Leah siempre comentaba que se iría del pueblo en cuanto encontrase a un hombre que la llevase a Nueva York, aunque se conformaba con vivir en Austin.

Donde Sarah era una mujer de campo, de la tierra indómita, Leah se erguía como una fémina de ciudad, de caros vestidos y fruslerías. Al menos era lo que su mejor amiga esperaba obtener con un matrimonio.

—Sarah Lee, llegaremos tarde. Por favor, no te entretengas más, seguro que serás la sensación del baile. ¡Baja! —le pidió su padre desde el piso de abajo.

La joven se sonrió. Si todos pudieran verla tal y como su padre lo hacía, ella podría elegir al esposo que se le antojase. Una gran ventaja que el centro de su atención estuviese en Jack, porque no era coqueta ni tenía ganas de atormentar a los buenos vaqueros de Texas.

Se mordió un poco los labios y se pellizcó las mejillas antes de bajar por la escalera de madera.

—Estoy lista, padre.

—Entonces, vámonos. La carreta te espera, querida mía.

Cuando llegó al primer giro de la escalera, pudo ver a su padre mirarla con tanto amor y admiración, que creyó que en verdad el señor Foster la protegería de todo mal por toda la eternidad.

—¿Estoy bien? ¿Hay algún problema? —inquirió la muchacha buscando regalarse los oídos con bonitas palabras, pues solo deseaba la atención de su padre.

—Preciosa. Si tu madre pudiera verte… —Percibió la expresión compungida de su padre al evocar el recuerdo de su madre. El señor Foster solía decirle que ambos se amaron con

mucha intensidad. Sarah deseaba un matrimonio así. En el que no hicieran falta las palabras para conocer las necesidades del otro.

—No quiero que estés apenado, padre. Hoy es una noche importante.

—¿Lo es? —preguntó con un brillo especial en la mirada.

—Sí —respondió ella, mientras sentía sus mejillas ponerse coloradas.

—¿Puedo saber el nombre del afortunado? —Un padre conocía a su hija e intuía la importancia que alegó Sarah Lee sobre la noche.

—Es un poco pronto, *pa*. —Así era como su hija se refería al señor Foster en términos cariñosos—. Pero te aseguro que serás el primero al que le hablaré sobre mi futuro.

—Excelentes noticias. Nada me gustaría más que verte felizmente casada antes de que Dios me ordene reunirme con tu madre. No me hago más joven con el paso de los años y quiero saber que estarás bien cuando yo parta con tu madre.

—Sé que deseas ver a mamá, pero vas a tener que esperar muchos años porque yo todavía te necesito. Además, estás hecho un joven vaquero de Texas —bromeó.

—Esperemos que pueda estar a tu lado el tiempo suficiente para conocer a mis nietos y saber que mi legado estará en excelentes manos, princesa. En cuanto a lo de tu pretendiente…

—No quieras ser tan rápido, vaquero. —La joven se rio con ligereza ante el tono de humor que imprimió su padre.

—¿No será el joven Denver Harris? He visto cómo te mira ese muchacho. Me agrada ese joven. Lo veo muy capaz de dirigir el rancho a tu lado. Llegará lejos. Creo que haríais un buen matrimonio.

Sarah se quedó con la boca abierta. Denver Harris era muchas cosas, pero ninguna en las que podía pensar la joven tenían algo que ver con lo que acababa de exponer su padre. Desde

que lo conocía, el señor Harris le había tirado barro, le cortó un trozo de pelo en la escuela cuando se sentó detrás de ella, le lanzó agua sobre su vestido cuando se quejó del calor del verano…

Denver Harris se comportó como un niño malvado y estaba segura de que a sus veinte años era un hombre ruin. Sarah se había mantenido lejos de Denver y continuaría del mismo modo porque era problemático y siempre se metía en trifulcas.

El señor Foster sintió el cambio en la actitud de su hija tras nombrar al joven.

—Supongo que no es de tu agrado.

—¡No! No lo es —dijo más brusca de lo que pretendió.

—Ya veo… —susurró el padre.

—Discúlpame, *pa*. No es él.

—¿Y no piensas decirme el nombre de la persona que te hace sonreír de modo ensoñador? Alguien hay, puedo verlo, Sarah Lee.

—No estoy riendo —mintió como una niña pequeña, sin abandonar la sonrisa que se había dibujado en su rostro al pensar en Jack.

—En vista de que no voy a poder conseguir que me digas tu secreto, creo que será mejor que nos pongamos en marcha. Águila Negra y Jeremy ya han atado los caballos, y la carreta hace rato que nos espera.

—No le gusta que uses su nombre indio —lo amonestó Sarah refiriéndose a Águila Negra—. Prefiere que lo llamen Travis Hutson.

—Pareces muy interesada en los asuntos de Hutson. Tal vez sea un poco mayor para ti, pero también es una buena elección, Sarah Lee. Está pensando en comprar tierras y en poco tiempo va a empezar su propia marca de ganado. —Ese hombre era muy importante para el padre

de Sarah. A pesar de ser mestizo, mitad indio y mitad hombre blanco, y de que ese inconveniente era peor que tener la peste para el resto de la sociedad, no le pasó tanta factura en el Sarah Love, porque Mathias valoraba el trabajo duro y la honorabilidad por encima de otras cosas. Águila Negra era brillante.

—Padre, no quiera casarme con todos los hombres elegibles que se crucen en mi camino —comentó con cariño la joven.

—Es verdad —señaló pensativo—. Me conformo con que te despose un buen vaquero, porque sé que no podrías vivir sin Texas y esta tierra lloraría tu pérdida si en algún momento te mudases a una ciudad más elegante del este. Elige bien, princesa. Con eso me daré por satisfecho.

—Lo haré —sonó a promesa y eso hizo que su padre hinchase el pecho lleno de orgullo.

Ambos salieron al porche y vieron que todo estaba preparado para llevarlos al pueblo. Águila Negra, el capataz de su padre, o como deseaba que lo llamasen: Travis Hutson, le tomó la mano y la ayudó a subir a la carreta. Las velas de los faroles que colgaban a ambos lados estaban prendidas.

—Si me permite el atrevimiento, señorita Foster, está usted preciosa. —La elogió muy seguro de sí mismo el indio.

Si algo había aprendido de su padre, es que siempre contrataba a hombres duros que sabían lo que se hacían. Honrados, buenos, muy trabajadores y atentos.

—Realmente preciosa —estuvo de acuerdo Jeremy Andrews—. Espero que me reserve un baile, señorita. —Le solicitó el otro vaquero mientras se subía al transporte.

Sarah resopló. No sabía que los dos hombres de confianza de su padre iban a ir con ella esta noche al pueblo. Estaba segura de que estos vaqueros a los que consideraba como hermanos, la vigilarían como halcones, muy de cerca, por orden del señor Foster.

—Va a ser una noche muy larga… —señaló Sarah por lo bajo.

El resto del viaje transcurrió entre charlas sobre trabajo. Obligaciones que tenían los trabajadores que hacer al día siguiente. Desde luego, la cita social del baile, la que se suponía que iba a ser la mejor de su vida porque hablaría con Jack y ambos se comprometerían, empezaba sin una pizca de magia.

Cuando la carreta se quedó parada en el lateral de la calle principal del pueblo, Sarah prácticamente huyó de su padre y sus hombres. Tenía tantas ganas de ver a Jack con su traje formal… ¿o iría como los peones del señor Foster, es decir, con unos tejanos y una camisa a cuadros? Y entonces, lo vio. Estaba en un lateral del cobertizo, junto a los músicos que tocaban sus instrumentos para que los vecinos se divirtieran al son de unas notas muy animadas.

Era tan perfecto que creyó que se desmayaría. Iba ataviado con un traje oscuro, en el cuello llevaba anudado un lazo. Tan elegante y apuesto que… la dejó sin respiración.

Lo amaba. Se conocían desde pequeños y siempre se llevaron bien. La amistad se convirtió en amor en algún punto y ya no soportaba tener todo ese sentimiento en su interior sin saber si era correspondida.

Avanzó unos pasos sabiendo que su destino iba a cambiar esa noche. Era el momento de ser valiente. De abrir su corazón y luchar por lo que deseaba. Por él. Jack Lowell. Ese vaquero imponente que la colmaría de dicha y cada día la ayudaría a que el rancho fuese próspero.

—¡Sarah! —Su amiga Leah llegó por detrás y le sujetó la cintura, al tiempo que exclamaba su nombre.

—¡Me has dado un buen susto! —la regañó, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—Es que estoy muy feliz y no puedo dejar de gritar y reír de pura alegría, querida amiga. —Leah comenzó a saltar mientras colocaba una mano delante del rostro de Sarah.

—¿Eso es un anillo?

—¡Estoy prometida! —gritó su mejor amiga con la felicidad desbordándose en su voz.

—¡Es fantástico! —La señorita Foster comenzó a brincar como lo hacía la otra muchacha. Sarah ya se veía organizando una boda doble. Ella se casaría con Jack y Leah con… con… ¿con quién? Su íntima amiga, la que consideraba como su propia hermana, no le había hablado de ningún pretendiente.

—¿Se puede morir de amor? Te prometo, Sarah, que esta noche es la mejor de toda mi vida.

Sarah frunció el ceño.

—No me has dicho nada sobre ningún hombre que te gustase… —Se quedó pensando para proseguir—: ¡en años! Explícame quién es el afortunado que tendrá a la mujer más maravillosa y hermosa de todo Texas.

En ese instante, una figura masculina se colocó al lado de las dos muchachas.

—¡Oh, Jack! —habló Sarah al darse cuenta de quién era el responsable de la interrupción.

—Buenas noches, Sarah —la saludó el recién llegado cortés, mientras sujetaba el sombrero en sus manos. El vaquero se giró hacia Leah para preguntarle—: ¿Se lo has contado ya?

—Sí. Se lo acabo de decir.

—¿Tú sabías que nuestra Leah estaba siendo cortejada? —inquirió celosa la señorita Foster porque su mejor amiga hubiese confiado en Jack antes que en ella.

—En efecto lo sabía —respondió el aludido con una brillante sonrisa que dejó ver todos sus perfectos y blancos dientes.

—¿Y quién es? —Nadie parecía sacar a Sarah de la ignorancia sobre el pretendiente de

Leah.

—¡Jack y yo nos vamos a casar! ¿A que es maravilloso? —explotó Leah ante una asombrada y perpleja Sarah, que se quedó sin aire en los pulmones. Su amiga se echó en sus brazos y la joven la rodeó sin saber qué más decir o hacer.

Hubo un momento en que solo se oía la risa nerviosa de la beldad rubia del pueblo. Sarah continuaba dándole vueltas a las palabras de Leah tratando de que su cabeza no explotase.

—¿Tú y Jack? —graznó. Carraspeó para aclarar su voz y preguntó con más delicadeza—: ¿Vas a casarte con Jack?

—¡Sí! —volvió a gritar llena de ilusión su amiga.

—¿Con Jack Lowell?

—¡Sí! —repitió con ímpetu la futura novia.

—¿Con nuestro Jack Lowell? —Tenía que ser un error. Debía haber en el pueblo alguien más llamado así porque…

—Sí. Lo sé. Es del todo inesperado, pero es que… En fin… Nosotros… Nos cortejamos en secreto porque una tarde nos dimos un beso y… Ya sabes… ¡Fue tan mágico! Lo recuerdo perfectamente. Tú no pudiste reunirte con nosotros en el río porque un ternero estaba a punto de nacer y tu padre te necesitaba. Nos bañamos y bueno… en algún chapoteo quedé atrapada en sus brazos y… ¡Nos besamos!

—No lo cuentes, Leah. Son cosas privadas nuestras —la regañó, azorado, el joven.

—Es Sarah —dijo tratando de restar importancia a la confesión tan poco pudorosa—. Ella tiene derecho a saber nuestra historia.

—Así que fue un beso perfecto… —señaló Sarah sintiendo su corazón llorar sangre.

—Mágico —puntualizó la novia—. No quiero que te enfades, Sarah, por no habértelo contado antes. Pero no estábamos seguros de si fue una chiquillada o si en efecto nos amábamos. Y, como hemos comprobado que somos perfectos el uno para el otro y nos queremos… —La rubia estaba pletórica contando lo sucedido con Jack. Él le devolvía la mirada embelesado.

—Os amáis —repitió sin creer lo que oía. Era un milagro que la joven pudiera escuchar el relato de su mejor amiga, porque tenía incrustado en las orejas un zumbido parecido a todo un panal de abejas.

—Sarah, querida, ¿estás bien? —quiso averiguar Leah al verla pálida como la leche de vaca.

Se obligó a componer una sonrisa y le dijo a su amiga cogiendo sus manos:

—Perfectamente. Solo ha sido la sorpresa. Soy muy feliz por ti—. Intentó girar la mirada para encontrar la de Jack. La desvió de inmediato. Verlo dolía como la muerte. Estaba tan guapo como el pecado—. Tremendamente feliz por mis dos mejores amigos. —Trató de aparentar normalidad.

—Gracias, Sarah. Sabía que te alegrarías con la noticia. Espero que puedas ser uno de los testigos de mi boda. —La rubia le dio un gran abrazo otra vez.

—Será todo un placer estar a tu lado en el día más importante de tu vida. —«Aunque eso suponga que yo muera de tristeza al perder al hombre que amo», quiso haber agregado. Se tragó el dolor de su corazón hecho en mil pedazos y besó la mejilla de Leah. Una lágrima escapó de su ojo derecho. Su amiga percibió la humedad.

—¿Estás llorando? —preguntó frunciendo el ceño la rubia.

—Soy tan feliz, querida Leah… —mintió. Esperaba que el buen Dios la perdonase. Iría mañana de inmediato a ver al pastor para hablarle de su falta de honestidad, iría a la iglesia, aunque diluviase, pero debía darle apoyo a Leah. Que el buen Señor la perdonase, no quería fallarle a su mejor amiga. Se tragaría su decepción y amargura y lloraría su pérdida en cuanto llegase a casa, pero en estos momentos no empañaría la dicha de Leah.

En cuanto la rubia la dejó libre, Jack le dio un abrazo. El olor a jabón, a limpio, un aroma cítrico que tan bien conocía, se filtró en sus fosas nasales y la impulsó a abrazarlo con fuerza.

Pasaron unos minutos. Sarah no se dio cuenta ni de que él ya no estaba sujetándola, pero ella sí seguía aferrada al cuerpo masculino. Al hombre con el que deseaba casarse, con el que había planificado tener cinco hijos y tres hijas se estaba escurriendo de entre sus dedos... Esa pareja con quien haría un imperio que dirigirían desde el Sarah Love iba a convertirse en esposo y ella no sería parte de su vida.

Cuando oyó un carraspeo, se soltó definitivamente de él. Comprendiendo que lo había perdido… Bueno, no lo perdió porque nunca fue suyo, trató de resignarse. El hombre que amaba iba a ser propiedad de su mejor amiga y Sarah no podía más que sonreír, aceptar su destino y mala fortuna.

—Enhorabuena, Jack —se obligó a decirle cuando se despegó de su abrazo.

—¡Vayamos a bailar, querido! —dijo Leah mientras tomaba de la mano derecha a su prometido—. ¿Vienes, Sarah? —le preguntó con una sonrisa tan alegre que… La interpelada suspiró.

—Iré en un momento. Id vosotros mientras. Tengo que…

—Está bien.

La pareja no esperó ni a escuchar la mentira que ella hubiera tenido que fabricar en su mente, podrida y celosa. Jack y Leah corrieron hasta el cobertizo para poder bailar. Juntos. Como prometidos. Como futuros esposos…

La señorita Foster pateó el suelo con fuerza.

—¡Maldición! —gritó en alto.

—Vaya, vaya… La correcta y pulcra señorita Foster maldiciendo públicamente. ¡Qué

poco cortés y correcta! —Oyó una voz masculina a su espalda. Como no la reconoció, se dio la vuelta para inspeccionar al propietario de tal afirmación.

¡Grandioso! Lo que le faltaba era que el matón del pueblo la molestase en sus horas más bajas. ¡Nada podía salir peor!

—Márchate, Denver Harris —le espetó con sorna—. No estoy de humor para tus tonterías esta noche.

El aludido no le hizo el menor caso a su sugerencia. Se colocó delante de ella. Era intimidante por su tamaño. Alto, bastante más que Jack, su cuerpo estaba mucho más desarrollado que el del hombre al que acababa de decir adiós para siempre. Sus ojos eran más fieros, de un color negro muy parecido al de ella. Su pelo castaño estaba peinado hacia atrás y eso lo convertía en un hombre más peligroso de lo que realmente era. En verdad esta noche, Denver Harris no estaba apuesto, estaba maléficamente bello. Y le daba miedo estar sola con él, porque siempre le creaba problemas. Ese hombre había desarrollado una animadversión contra su persona y la joven no comprendía el motivo. Solo sabía que desde que podía recordar, ese muchacho la molestaba en la escuela, en la iglesia, en el campo o en el pueblo, y ella no le hacía nada, es más, lo evitaba a toda costa, y sin embargo lo atraía como las moscas a la miel.

—Lo imagino. No todos los días se promete con otra mujer el hombre al que se ama… —dijo perezosamente Denver Harris.

Sarah se mordió la lengua. Definitivamente la cosa sí podía ir a peor. Su némesis era consciente de su secreto y había estado espiando.

—No digas estupideces. Jack es solo mi amigo.

—Sí. Seguro que sí —señaló en tono casual—. Si Jack Lowell es solo tu amigo y no el hombre al que miras con ojos tiernos cada vez que piensas que no te ve, entonces yo soy el rey consorte de Inglaterra.

Sarah se giró dispuesta a zanjar la conversación. Si se quedaba pelearía con él y a ella no le gustaban los enfrentamientos. En cuanto se dio la vuelta, una mano agarró su brazo.

—¡Suéltame! —le ordenó furiosa. ¿Qué derecho tenía ese joven a tocarla?

—¡Sarah Lee, no vuelvas a darme la espalda! —le espetó con enfado.

—¿O qué? —Lo enfrentó con la nariz levantada.

—O recibirás un castigo —dijo con más tranquilidad.

—¿Me volverás a cortar el pelo? Ahora soy capaz de defenderme, no tengo doce años —se burló ella. Pero recordar aquel suceso, cuando el malvado Denver Harris le estropeó su preciosa melena… Aquello todavía dolía.

—Haré algo mejor, Sarah Lee. —Y acto seguido los labios de él bajaron hasta la boca de ella para darle un beso rudo.

Era como si estuviera viviendo un mal sueño. Denver la mantenía presa en su abrazo mientras los labios se deslizaban sobre los suyos y la lengua masculina trataba de abrirse paso. No. De ninguna manera iba Sarah a consentir que profundizase el beso. Se obligó a mantener los labios pegados. Tan fuerte los apretó que se convirtieron en una fina línea blanca llena de disgusto. Lo vio separarse y creyó que la tortura había acabado. La mirada de uno estaba sobre la del otro. Lo vio sonreír y tuvo ganas de abofetearlo.

—Abre la boca, Sarah Lee, deja que te bese. Lo deseas —susurró cerca de su nariz. Le llegó un aroma a café mezclado con menta.

—Yo no… —Lo observó sonreír más ampliamente. Craso error. Al contestarle, él aprovechó el momento para descender sobre ella y hundir su lengua en el interior de su boca. La señorita Foster trató de luchar contra él. La batalla dio como resultado dos lenguas que chocaban entre sí en un concurso de lametazos en el que la señorita Foster no deseaba verse envuelta.

La dejó sin aliento. Era tan duro y exigente en su beso, que se sintió mareada y desconcertada.

Cuando terminó de besarla, la mirada de ambos se cruzó de nuevo. Lo veía respirar

agitadamente mientras la observaba con mucha atención.

La soltó en ese momento. La mano de ella se levantó y lo abofeteó por el atrevimiento. ¡Ella no era una falda ligera! Le había dado su primer beso en medio del pueblo, donde cualquiera los podía haber visto y sin su consentimiento. Lo miró con furia. Él empezó a reírse sin contención. Ahí supo que Denver Harris se estaba burlando una vez más de ella.

Lo siguiente que Sarah vio fue a Águila Negra agarrar al bruto Harris por el brazo derecho y darle un puñetazo.

—Ve con tu padre —le ordenó el capataz.

—Por favor… no le hagas daño —le dijo al empleado del señor Foster, mientras agarraba el brazo que el indio había vuelto a levantar para atizarle de nuevo.

El capataz se giró para mirarla y le dijo:

—Debe aprender a tratar a una dama. No debiste quedarte a solas con él. ¿Te ha hecho daño?

—No. No. Por favor, no lo lastimes. No ha sido más que un pequeño beso sin importancia. Nada que deba preocuparte —le dijo al indio.

El agredido se estaba poniendo de pie. Cuando Denver llegó a su altura, los miró a los dos de una forma que Sarah no pudo descifrar, escupió sangre a los pies del capataz y se dio media vuelta sin añadir ni una sola palabra más.

El indio la rodeó entre sus brazos cuando la escuchó sollozar.

—¿Estás herida? Dijiste que no te hizo daño —quiso averiguar Águila Negra.

—No. No. No ha sido él. Quiero irme a casa. Deseo olvidar esta noche, por favor, vámonos.

—Buscaré a tu padre.

—No. Solo llévame al rancho. No quiero que mi padre me vea así. Por favor, Águila Negra. —Sarah no se dio cuenta de que había usado el nombre que a él no le gustaba. Lo miró con atención por si se ofendía.

—Tú, pequeño gorrión, puedes llamarme como quieras —la tranquilizó adivinando sus pensamientos—. Vamos, te llevaré a casa y regresaré a por tu padre y Jeremy.

Los dos subieron a la carreta en silencio.

Sarah no pudo contener el dolor de su corazón y lloró desde que salieron del pueblo.

El indio se las arregló para sostener las riendas y abrazarla para darle consuelo.

—¿Se propasó contigo? —Se vio en la obligación de preguntar este hombre que la conocía desde hacía doce años.

Águila Negra y Jeremy Andrews entraron a trabajar al rancho prácticamente al mismo tiempo y eran los hombres de confianza del jefe. Su única hija se sentía como una hermana pequeña para ambos.

Cuando había visto que un muchacho la besaba se tensó, pero esperó a ver la reacción de ella. Era común que un pretendiente tratase de robar un beso a su novia. En el momento en que observó cómo Sarah abofeteaba a ese atrevido… No pudo quedarse quieto.

—No.

—¿Entonces por qué lloras? —preguntó tratando de no sonar rudo.

—Porque en un solo momento he perdido todos mis sueños y anhelos.

—¿Lo amabas?

—Profundamente… —confesó.

El capataz negó con la cabeza. Las mujeres eran complejas y no existía nadie inteligente en la buena tierra de Texas que las comprendiese. Y si las valientes e intrépidas tejanas eran así, nada quería saber de las damas inglesas. Había vuelto del ruidoso Londres hacía unas semanas y la experiencia fue…

¿Qué pintaba un mestizo en los salones de baile londinenses? Águila Negra sacudió la cabeza tratando de olvidar lo que fue aquello. Jamás debió de haber ido. Si en Texas había poco para un tipo como él, menos quedaba en Londres, cuna de la civilización y de las normas regias.

Giró el rostro para ver a la muchacha. ¿Por qué, en nombre del espíritu de la lluvia, la mujer abofeteó al hombre que amaba después de ser besada?

Nada más se dijo en aquella carreta. Sintió el amparo del capataz de su padre y la tristeza se evadió tímidamente.

Pero el pesar de Sarah no desapareció porque, en los siguientes días, la joven fue testigo en la boda del hombre que amaba, y lo vio profesar su amor incondicional a la única mujer por la que Sarah daría su vida. Su único consuelo fue que no volvió a dar con los huesos del bruto que la besó sin su aprobación. Nunca más volvió a saber nada acerca de Denver Harris. No preguntó por su paradero, solo supo que se había marchado de Crystal City.

Capítulo 1

Salvar al herido

Crystal City, Texas, 1885.

La tierra no fue suficiente para que Sarah Lee Foster mantuviera su templanza y fuerza. Su mundo se desmoronaba en su interior y Texas no servía para mantenerla con entereza.

A sus veintitrés años, había cumplido su sueño de ser una auténtica vaquera y demostrarle a su padre que podía lidiar ella sola con el Sarah Love. Su rancho. Su única esperanza e ilusión.

Mientras arreaba el ganado para que pastase por las verdes praderas de su propiedad, que figuraban junto al río, montada sobre un poderoso semental que era el mejor de todos sus caballos adiestrados, Sarah se dio cuenta de que estaba sola en la vida.

Nunca se había sentido desolada, porque desde que su padre murió, hacía dos años, la tejana estuvo rodeada de honrados ganaderos asalariados que Sarah se encargaba de pagar, por la cocinera de la finca, la señora Rolser, su marido y la hija del matrimonio: Dorothy, quien se casó con un jornalero y había pasado a ser la señora Kurki y vivía en el pueblo, pero venía al rancho a echar una mano con los trabajos de la casa diariamente.

Pero la verdad era que Sarah estaba tremendamente sola. Tenía a mucha gente a su alrededor, pero nadie le parecía lo suficiente especial para llenar el profundo vacío que le dejó su padre cuando partió junto a su madre.

La vida parecía estar llena de desgracias e injusticias. Ella no era quién para debatir sobre los planes del Altísimo. El pastor Aledo trató de hacerle ver que Dios era siempre justo en su amor infinito por su rebaño. Ella obtuvo en la fe un gran alivio. La posibilidad de que el alma inmortal de su padre se reuniese al fin con la de su madre, fue demasiado esperanzadora como para no tenerla en cuenta. Así que no se enfadó con el Creador por haberse llevado a su padre prematuramente a causa de las fiebres.

Una cosa que había hecho bien el señor Foster, antes de partir a un lugar mejor, fue dejar instrucciones para que sus hombres más confiables y veteranos, Águila Negra y Jeremy Andrews, velaran por ella y la ayudasen. La promesa del padre de Sarah fue que les daría tierras a cambio de la protección que le brindarían a su hija cuando no estuviese.

Se quedaron a su lado. Y hubieran permanecido en el rancho pese a no tener la promesa de construir su propio hogar en una tierra plagada de esperanzas, donde el ganado era una buena forma de subsistir. Ambos vaqueros querían a Sarah y se preocupaban por ella. La señorita Foster estaba agradecida por su ayuda y protección.

Esta mañana había insistido en salir con el ganado a pastar en compañía de ellos porque no quería quedarse en casa sola atendiendo las cuentas.

Llevaba unos meses inquieta y lo que la tranquilizaba era el calor del sol sobre su piel, el viento haciendo ondular los mechones bajo su sombrero y la libertad de montar a caballo a horcajadas con unos tejanos puestos, acompañados de su camisa de mezclilla a cuadros. Hacía tiempo que no usaba vestidos y realmente no los echaba de menos.

Un disparo la alertó. El ganado comenzó a moverse con nerviosismo. Ella trató de controlar a los animales y lo logró con facilidad porque sabía lo que se hacía cuando estaba en medio del rebaño. Miró hacia la derecha. Se había oído cerca.

—No vayas —le advirtió Águila Negra cuando la vio espolear a su semental hacia la dirección del sonido.

—Ven conmigo. Si son bandoleros les haremos ver que el Sarah Love no está desprotegido.

El capataz asintió a su orden y llamó a un par de hombres para que tomasen sus posiciones en el flanco derecho del ganado.

Llegaron hasta otro claro. Sarah vio a cuatro hombres. Dos sujetaban a uno por los brazos. Ese uno se encontraba arrodillado y parecía estar sin fuerzas. El cuarto hombre estaba golpeando sin piedad al que mantenían preso los otros dos.

Sarah se enfureció al ver una pelea tan poco igualada. La ley de Texas debía basarse en la justicia de la equidad, no en la desigualdad.

—Tal vez sea un bandolero o un ladrón de bancos —le advirtió el indio al observarla desenfundar su revólver Colt del cinturón de cuero negro.

—No voy a permitir que maten a un hombre sin un juicio justo. Tres a uno no es algo decente por mucho que el otro sea un ladrón o asesino. Todos merecemos ser oídos antes de que nos condenen.

Águila Negra suspiró y sacó el Winchester de su espalda y apuntó para cubrirle las espaldas a Sarah. Su puntería era exacta y letal. La joven estaba segura de que el indio la protegería, además, ella confiaba plenamente en sus propias habilidades.

Sarah disparó al cielo para revelar su presencia.

Los hombres rápidamente apuntaron hacia ella. Águila Negra lanzó un tiro y dejó a uno de ellos desarmado. Eso igualaría un poco las cosas.

—Están en mis tierras —dijo ella con el arma en la mano—. Dejen a ese hombre y salgan de inmediato.

—Nos iremos en cuanto lo matemos —le señaló el que parecía ser el cabecilla del grupo.

—Se irán ahora o acabarán muertos. La ley me ampara. Están en mis dominios y yo no les he invitado. —Sarah disparó al suelo. Muy cerca de la bota del hombre que le acababa de dar

un nuevo puñetazo al que los otros dos secuaces mantenían inmóvil.

—Tranquila, gatita. Ya nos vamos —habló otra vez el mismo apestoso.

Sarah se tensó. Había sido muy fácil.

Vio a los tres hombres marcharse sin poner resistencia. Cuando estuvieron lo bastante lejos, se bajó del caballo y fue a ver al hombre malherido. Estaba lleno de barro, tan sucio como un niño que descendía a las minas en busca de carbón. La sangre emanaba de un brazo, cerca del corazón. Por eso se habían ido tan rápido y sin dar problemas. Lo daban ya por muerto. Tenía la cara hinchada y estaba… Era un horror ver el estado en el que lo dejaron.

Águila Negra llegó a su lado.

—Es un ranger —dijo al ver una estrella dorada que se asomaba en un bolsillo de él.

—Ayúdame a cargarlo en mi caballo. Si no lo atendemos, representante de la ley o no, rápido morirá.

El indio bajó del animal y entre los dos colocaron boca abajo al hombre, cruzado sobre la silla de montar, y comenzaron el camino de regreso a la casa principal del rancho.

Hubo un gran revuelo en cuanto llegaron con el herido. La cocinera y su hija ayudaron a Sarah a instalar al ranger en una cómoda habitación.

La señora Rolser preparó una jofaina con agua y jabón para lavar los rasguños. Su hija, la señora Kurki, trajo una botella de *whisky* mientras Sarah cortaba la camisa del moribundo con las tijeras para inspeccionar la herida.

—Trae láudano también, Dorothy —sugirió Sarah.

—Está inconsciente, no creo que lo necesite.

—Cuando sienta el alcohol en la herida y la aguja atravesando la carne se va a

despertar y no sé si se pondrá violento. En tu estado —la mujer estaba embarazada—, no quiero arriesgarme a que algo pueda sucederte.

La joven, que era tres años mayor que la señorita Foster cumplió el mandato.

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó Águila Negra desde el marco de la puerta.

—Un médico nos vendría bien —opinó Sarah.

—Iré a por él de inmediato. Antes de coserlo, asegúrate de que la bala no está dentro o lo matará —respondió el capataz.

—El agujero está limpio, no hay plomo ahí —señaló Sarah al tiempo que examinaba la herida con atención.

Se quedaron solas en la estancia la cocinera y la dueña del rancho.

—Hay que curar también el corte de la cara —le aconsejó la señora Rolser. Una profunda herida en el lado derecho surcaba el mugriento rostro, desde la sien hasta el cuello.

—Eso tendrá que esperar, su herida del brazo me preocupa más. Si es un ranger va a necesitar mantener su destreza para empuñar el arma. Diestro o no, es vital que nos centremos primero en lo más grave.

—¿Es un ranger? —preguntó con asombro la señora Rolser.

—Ahí tiene su estrella —señaló el lugar donde había dejado apoyada la insignia.

—¿Cómo ha podido acabar así?

—Imagino que los bandoleros a los que seguía lo han debido acorralar a traición.

—Necesita un buen baño. Huele muy mal.

—Lo que precisa ahora mismo es que sanemos su cuerpo. Los muertos no necesitan estar limpios para meterse en la caja de pino.

—Cielo santo, Sarah, no digas esas cosas.

—Aquí traigo el *whisky* —se presentó la hija de la cocinera con la botella.

Las mujeres cogieron varios paños de lino y comenzaron a lavar las zonas que tenían rastros de sangre. Estaba terriblemente magullado y dañado. Sarah sintió el corazón estremecerse ante la crueldad de las heridas. Cuando el jabón hizo su trabajo, ella cogió el láudano y le trató de dar varias cucharadas para que no despertase con lo que se avecinaba.

Esperó unos pocos minutos hasta que la medicina hiciera efecto y agarró la botella dispuesta a limpiar con mayor profundidad las heridas más severas. El primero en recibir el *whisky* fue el agujero del brazo. Lo vio retorcerse de dolor.

—Le estás haciendo daño —señaló Dorothy.

—Eso es bueno, mientras haya dolor significa que sigue con vida —le aclaró Sarah.

Cogió la aguja y el hilo, y se esforzó por recordar las clases de costura que le había dado la señora Rolser. La cocinera la vio aturdida.

—¿Quieres que lo cosa yo?

—He rajado esta mañana la barriga de una vaca para que alumbrase a su ternero. Creo que podré coser un poco de carne.

—¿Y por qué no lo haces?

—Voy, ya voy. —Se acercó al lugar y comenzó a hacer un buen remiendo. Deseaba que no le quedase cicatriz, pero no sería nada en comparación con la que ya le habían hecho en la cara al ranger.

Trabajó cada puntada con delicadeza.

—Shhhhh, ya está. Estás siendo un buen paciente. Ten calma, no te inquietes, estoy terminando. Aguanta un poco más. —Tal vez fueran los efectos del láudano que al fin consiguió adormecer al paciente, o fuese la dulce voz que Sarah puso en su súplica, pero el ranger terminó relajado respirando profundamente, caído en un sueño que todos esperaban que fuese reparador.

En el momento en el que terminó la curación de la herida más apremiante, fue el turno de centrarse en la del rostro.

—No creo que haya que coser. ¿Qué opina, señora Rolser? —preguntó a la cocinera mientras sus finos dedos recorrían ese tramo de piel. La robusta mujer se acercó para ojear mejor el gran rasguño.

—No es profundo. Échale el licor con cuidado de que no llegue a sus ojos y espera a que venga el doctor.

Sarah afirmó con la cabeza.

—De acuerdo. —La señorita Foster inició las tareas de reparación de la segunda herida.

—Voy a traer unos cubos de agua. Se acerca el mediodía y Dorothy y yo tenemos que dar de comer a los veinte hombres que entrarán hambrientos en el comedor exigiendo el almuerzo. ¿Puedes arreglártelas con él?

—Sí. No es la primera vez que atiendo a un hombre.

—Era tu padre. No es lo mismo. Este es un desconocido del que no sabes nada. Has visto las heridas de la parte alta de su cuerpo. Debe ser revisado en el resto.

Sarah abrió los ojos como platos. No había pensado en que…

—Madre, la señorita Foster no es una mujer casada, ella no debería tener que atender a

un hombre que no es su esposo —objetó una remilgada Dorothy.

—¿Quieres hacerlo tú? —Sarah le lanzó la pregunta con cierta acritud. No era momento de mostrarse pudorosa cuando la vida de un hombre estaba en juego.

La vio sonrojarse y bajar la mirada mientras negaba con timidez. Una avergonzada Dorothy se marchó de la estancia en dirección a la cocina para preparar la mesa de los vaqueros.

—¿Quieres que lo haga yo? —La señora Rolser tenía estómago para hacer todo tipo de trabajos.

—Si cocino para ellos podría haber un motín en el comedor. Creo que será mejor que haga de enfermera.

Sarah tenía muchas habilidades, pero hacer cualquier cosa sabrosa y comestible con la estufa no era una de ellas. Esa cocina malévola la había visto quemar demasiados asados, pasteles o pan como para bajar y hacer el almuerzo de una veintena de vaqueros deseosos de recibir su bocado.

—Si necesitas algo, grita y estaré aquí de inmediato. Trata de no matarlo, ¿de acuerdo, muchacha? —La señora Rolser no esperó la contestación de la joven, se marchó y poco después trajo dos cubos con agua tibia y más trapos limpios.

Sarah examinó al hombre que dependía de sus cuidados. No debería ser tan difícil asistirlo, porque no era la primera vez que bañaba y ayudaba a un hombre. Con el señor Foster ella hizo todo lo posible por tranquilizar su agonía producida por la fiebre. Lo había lavado y se ocupó de sus intimidades. Era su padre. Ella era una buena hija y habría hecho cualquier cosa por el hombre que le dio la vida.

No obstante, el sujeto que yacía inmóvil en la cama era un ejemplar grande, robusto, al que esa cicatriz solo le arrancó una pizca de atractivo. Su pecho descubierto, que tenía todavía un poco de barro, era firme. Había un poco de vello entre los pectorales. Sus brazos eran fuertes, acordes con la ancha y bronceada espalda que se adivinaba bajo el colchón de plumas.

Tragó saliva. Era momento de retirar por completo la camisa que tenía cortada por la mitad y… y… ¡Esto era complicado! Con su padre fue más fácil.

Sarah se obligó a recordar que hacía años que dejó de ser una remilgada señorita pudorosa. En cierto modo nunca fue así, porque el trabajo en el rancho impedía incluso que sus manos fuesen delicadas y suaves. Usaba guantes de trabajo, pero a veces sus manos se necesitaban con rapidez y no había tiempo de protegerlas.

—Al menos no estás despierto y esto no será tan incómodo para ti como lo es para mí —le dijo en un susurro.

Lo manejó con suma delicadeza para terminar de quitar la camisa. Se recordó a sí misma que no era un hombre. Un paciente, un enfermo que necesitaba de sus cuidados. No importaba que estuviera manejando a un ser bien formado para maldición de una mujer. ¡Era demasiado perfecto! Incluso con el cuerpo magullado se veía imponente. Lo condenó en su interior por haber dado con los huesos en sus tierras.

Desnudo en la parte de arriba, era momento de… de ser valiente. Él no tenía nada que no hubiese visto antes. Dos veces fue a nadar al río y los vaqueros estaban ahí, como Dios los trajo al mundo, disfrutando de la frescura de las aguas de Texas.

Llevó las manos a las presillas de los pantalones y comenzó a quitárselos. Llevaba unos calzones blancos puestos, demasiado finos… Sarah miró al techo mientras le sacaba por completo los tejanos de las piernas. No quería mirarlo *ahí*… No lo hizo.

Pero luego recordó que tenía que buscar, en la blancura del único tejido que quedaba sobre él, rastros de sangre. Maldijo con fuerza cuando en el interior del muslo izquierdo vio una gran mancha seca.

El techo era un lugar interesante en el que fijarse. Una vez más, se concentró en las vigas de madera hechas en el aserradero que dirigía el padre de Jeremy Andrews. Jeremy, su segundo hombre al mando en el rancho se había peleado con el señor Andrews, es decir con su padre, hacía años, y decidió probar suerte como ganadero junto a Mathias. A Jeremy le gustaba trabajar con animales. Esos pensamientos la entretuvieron mientras le quitó los calzones.

Desnudo. Tenía a un hombre desnudo en la habitación que había sido de su padre. Y no uno cualquiera. Uno magullado, herido y que pese a presentar su peor aspecto, se apreciaba varonil y apuesto.

Agarró un paño limpio y el jabón, y comenzó a frotar sus piernas, tratando de no echar ninguna mirada a… a… a *eso*.

Dios santo, estaba tan azorada y roja, que sabía que los tomates palidecerían a su lado.

Solo era un hombre. Se tenía que concentrar en esa cuestión y nada más. Debía ser un poco… un poco… Sí, debería comportarse como si fuese una improvisada doctora. Eso tal vez ayudase a sobrellevar la vergüenza de tenerlo vulnerable y débil como un gatito ante ella. ¡Santo Dios bendito! Es que tenía un cuerpo demasiado perfecto y para una joven de veintitrés años a la que le importaban bien poco los varones, él estaba causando estragos con su… con su... *cosa* rodeada de rico vello. ¿Qué? Había tenido que dar una ojeada corta porque estaba atendiendo el muslo de él. Tenía otra herida poco profunda que necesitaba ser bien lavada con jabón y rociada con el alcohol.

Se apresuró cuanto pudo en las labores y cuando terminó de lavar ese cuerpo de pecado, carraspeó, se felicitó a sí misma por haber sido tan atenta y experta enfermera, y lo tapó con una sábana a fin de cubrir la desnudez.

Limpio, aseado y curioso. Que no se dijese que no era una buena mujer temerosa de Dios, porque hizo su mejor esfuerzo por salvarle la vida.

Tocó su frente. Por ahora no habían aparecido las fiebres. Le quitó de delante de la cara unos largos mechones de pelo que se veían oscuros debido a la suciedad que permanecía. En cuanto se sintiera mejor le lavaría el cabello. Tomó un paño húmedo y le quitó los pegotes más grandes de barro.

—¿Qué te han hecho? —preguntó a nadie en particular. Se veía tan… Era un ejemplar tan fuerte y se veía tan necesitado de ayuda... Algo en su interior se despertó: ternura. Ese hombre le inspiraba cariño.

—Ha llegado el médico —avisó Águila Negra.

El indio se colocó a su lado y le dio una mirada muy curiosa.

—¿Qué? —preguntó al verlo examinarla de ese modo tan desconcertante.

—Nada. Apártate y deja trabajar al señor Bride, Sarah. El médico hará el resto.

—Sí. —Ella se levantó de la cama y le ofreció una sonrisa al galeno—. Gracias por venir, señor Bride. Lamento que nos veamos en estas circunstancias.

—Señorita Foster, es siempre un placer venir a su casa y saludarla. —Se acercó al paciente y abrió su maleta, sacó varios cachivaches y examinó con detenimiento al supuesto ranger.

—¿Sobrevivirá? —Lanzó la pregunta sin darse cuenta de que la había dicho en alto. Solo era un pensamiento que tenía en su interior. ¿Por qué parecía haber sonado sumamente preocupada?

Una vez más, Águila Negra, quien estaba al lado izquierdo de ella, la miró con una ceja levantada. Sarah decidió no hacerle caso.

El galeno se giró y le ofreció una sonrisa.

—Si supera la infección que podría llegar, lo hará. Me ha hecho venir para nada, señorita Foster. Su trabajo ha sido impecable. Tanto que estoy tentado a contratarla para que me asista en mi consulta.

El médico era un hombre afable de la edad de Águila Negra, es decir, de unos treinta años. Desde que se instaló en el pueblo, hacía varias décadas, la había tratado muy diligentemente. Pese a que Sarah tenía una salud de hierro, una caída fea con un caballo salvaje le fracturó una pierna y el médico la entablilló.

—He actuado de igual modo en el que lo hubiese hecho si uno de mis terneros se

hubiera enredado en la alambrada —razonó la joven, tratando de restar importancia.

—Una actuación perfecta que espero que su paciente pueda llegar a agradecerle. El señor Hutson —habló en alusión a Águila Negra, porque solo ella se dirigía a su capataz con su nombre indio— me ha dicho que se ha enfrentado a tres hombres con su Colt en mano.

—No era una pelea justa y mi padre se hubiera revuelto en la tumba si su hija no hubiera igualado un poco las cosas.

—De todos modos, ha sido arriesgado. Probablemente eran cuatreros o tal vez asesinos si se han atrevido a dañar a un ranger.

—No es seguro que sea un agente de la ley —alegó ella.

—Esa insignia no la regalan en las ferias. Se consigue con honor y se mantiene con honestidad.

Ella cabeceó ante la frase del médico.

—¿Qué debo hacer para que se mejore y pueda continuar pronto su camino? —Sarah ya quería que él abandonase su tierra.

Oyó un bufido proveniente de Águila Negra. Ella lo enfrentó con el ceño fruncido sin saber a qué había venido eso.

—Atienda sus heridas del mismo modo cada día, como hoy. Es decir, jabón y un poco de licor, y dele infusiones de corteza de sauce en caso de tener fiebre. ¿Le queda té de cuando su padre…?

—Sí. Hay en la despensa.

—Bien. Vendré en un par de días para ver si nuestro paciente ha despertado. —El galeno observó la cicatriz del rostro—. Yo le hubiese dado un punto de sutura ahí, pero tal vez no lo hubiera precisado. Imagino que las mujeres no lo mirarán ya con tanto ardor.

Sarah jadeó ante el comentario del médico. No se atrevió a decir nada.

—Gracias por sus servicios. Mañana iré al pueblo y le abonaré los gastos de…

—No hace falta. Usted, señorita Foster, ha hecho todo el trabajo. No creo que sea justo cobrar por una atención que yo no he dispensado.

—Gracias —repitió sabiendo que el médico era un hombre muy justo y honrado.

—Doctor —lo interrumpió en su salida Águila Negra—, Jeremy Andrews lo llevará de vuelta al pueblo. Tiene que parar en la tienda de suministros a comprar ropa decente para… nuestro paciente.

—No creo que haga falta, alguien puede dejarle un par de pantalones y una camisa limpia… —se aventuró a explicar Sarah.

—¿Lo has cuidado y no has visto su tamaño? Todavía no sé cómo hemos podido subirlo al caballo entre tú y yo. Supongo que has hecho acopio de todas tus fuerzas para poder protegerlo —dijo sardónico.

Sarah cruzó los brazos en su pecho y lo miró acusadora.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hay un hombre tan corpulento como él en el rancho y que es preciso comprarle ropa si no quieres que cuando despierte ande desnudo por tu casa… Aunque podría ser que tú prefiri…

—¡Cállate de una vez, Águila Negra, o te pegaré un tiro en tu pobre sentido del humor! —exclamó indignada.

El médico soltó una risotada. Justo cuando estaba cruzando el marco de la puerta la miró para preguntar:

—Le ha dado láudano, ¿verdad?

—Sí —respondió la improvisada enfermera.

—Bien hecho, pero no le dé más a no ser que se retuerza terriblemente de dolor. Nos conviene mantenerlo lo más despierto posible para que no caiga en un sueño profundo. Buenos días. —El hombre se marchó de allí.

El capataz y ella se quedaron solos. Águila Negra se ladeó para enfrentarla porque sabía que se avecinaba tormenta.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? No pensé que fueras un hombre tan poco correcto. ¿Por qué has tenido que decir algo así delante del señor Bride? ¡Pensará que soy una falda ligera! —ladró con enfado.

—No te atrevas a decirme que no has reconocido a *tu herido* —refutó con parsimonia.

—¡No es mi herido! —retrucó más molesta todavía.

—Pero lo has reconocido.

—Desde luego que sí. Un poco de barro y sangre no iban a ocultar su identidad de mí. ¿Cómo has sabido tú quién era él?

—Nunca olvidaría al único hombre que se atrevió a tocarte, Sarah.

La joven cerró los ojos y apretó los labios. Denver Harris. El chico que se convirtió en un dolor de muelas durante su niñez tenía que acabar siendo rescatado por ella. La ironía de la situación era curiosa, más porque durante muchos años la joven se tuvo que proteger de sus ataques.

—No fue tan sórdido como lo haces sonar.

—Ya… Y, aun así, lo has instalado cómodamente en la habitación de tu padre. —No

le gustó ver al indio alzar una ceja sardónica.

—Era la que primero estaba al subir la escalera. No había tiempo de más. Por si no fuiste consciente, el hombre estaba sangrando, desmayado, amoratado y…

—Sí, sí. Y te has ocupado de él tú misma —siguió el capataz con los ataques. ¡Oh, sí! Sus expresiones eran verdaderos ataques aunque no estuviese levantando la voz.

—Era hora de servir los almuerzos. ¿Querías que la señora Rolser lo atendiese mientras yo cocinaba un poco de pan quemado, carne cruda y patatas chamuscadas? —Sarah puso los brazos en jarras.

El hombre la miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Si hubiese sido yo, también me habrías lavado y atendido tan diligentemente? —inquirió con un tono cargado de humor.

—¡Condenación! Busca a una buena mujer sobre la que lanzar tus farfulladas y deja de molestarme de una vez. A este paso no podré librarme de ti jamás.

—¡Qué cosa tan fea has dicho, señorita Foster! Debería darte vergüenza tratarme así. En verdad, *tu herido* estará mejor dormido que despierto. Si eres capaz de mostrar tanto desdén hacia mí, que soy lo más parecido a un hermano… No quiero ni pensar lo que le harás cuando él te haga enfadar.

—¡No es mi herido! —repitió con más énfasis—. No va a tener tiempo de enfadarme porque en cuanto pueda sostenerse en pie se irá lejos y, desde luego, Denver no tiene nada que temer de mí. Más bien es todo lo contrario.

—¿Denver? —Sarah gimió. ¿Es que la ceja de Águila Negra no iba a regresar nunca a su lugar? ¿Desde cuándo la mantenía tanto rato levantada para sermonearla? Y lo más apremiante del asunto: ¿Por qué estaba discutiendo con su hombre de confianza por el odioso y problemático Denver Harris?

—Esta discusión ha terminado.

—¿Era una discusión? —preguntó el indio fingiendo sorpresa.

Se obligó a tomar tres grandes bocanadas de aire para no acabar golpeando a Águila Negra. Cuando creyó que había recuperado la compostura habló:

—¿No tienes trabajo que hacer?

—¿Y tú? —respondió con otra pregunta burlona.

—Desde luego que sí.

—¿Y qué haces todavía admirando los músculos de *tu herido*?

—¡No estoy haciendo nada como eso que dices! —¿Qué le pasaba hoy a su amigo? De pronto se sentía como si volviese a tener diez años y estuviera luchando encarnizadamente contra las palabras de Denver Harris, pero con Águila Negra. La cosa no pintaba bien.

—Pero sigues en la habitación y tus ojos no dejan de vagar por el cuerpo magullado de *tu herido*. Debería darte vergüenza, señorita Foster… devorar así a un hombre que no puede defenderse de tus miradas lascivas.

Un grito nada femenino salió de la garganta de Sarah. Puso sus brazos delante del capataz mostrando sus puños apretados y lo miró con furia.

—¡Aggggg! —gruñó antes de darse la vuelta y marcharse de la habitación.

Cuando salió escuchó una carcajada de Águila Negra.

—Haz tus tareas, yo me encargaré de *tu herido* hasta que regreses. —Oyó que le decía mientras descendía la escalera.

Esa respuesta valió para que Sarah diese otro aullido nada femenino. Y de nuevo el capataz estalló en otras sonoras carcajadas que le disgustaron de tal manera, que a punto estuvo de buscar su Colt y retar a duelo al indio. Aunque tenía muchas ganas de hacerlo, no debía, no porque fuese uno de los mejores hombres que conocía y lo quería mucho, sino porque no ganaría nunca en un enfrentamiento con él. Era el pistolero con mejor puntería que hubiese en todo el estado de Texas.

***

Después de haber estado durante la mañana atendiendo las cuentas, Sarah se presentó a comer sin apetito. Cuando entró en la sala todos los vaqueros la miraron de un modo…

—¿Hay algún problema? Porque si lo hay, tal vez podamos resolverlo fuera, muchachos —dijo autoritaria y tirana. Toda una texana llena de indignación. Veía el sello de Águila Negra en las miradas de sus jornaleros. ¿Qué mentiras habría esparcido su amigo entre sus trabajadores?

—No, señorita —respondieron casi todos al unísono.

Eso pareció apaciguar sus ánimos. Tomó un trozo de pan y se marchó de la cocina porque no tenía ganas de enfrentarse a nadie más.

—Sarah —la llamó la cocinera.

—¿Sí? —Se ladeó en la puerta de salida para observar a la señora Rolser.

—He hecho una tarta de manzana para los hijos de Jack Lowell. Dijiste que irías a verlo hoy.

Maldijo interiormente. Le prometió a Jack ir a visitar su casa porque tenía que hablar

con ella de un asunto urgente.

—Iré a revisar el ganado y luego ensillaré a Pantera Negra para ir al rancho de Lowell. —Le habían regañado por poner un nombre así a su semental. Era el que merecía porque parecía ese animal salvaje. Ese caballo fue un regalo de su padre antes de morir y amaba a ese animal como si fuese el señor Foster mismo.

—No olvides la tarta de los niños —le señaló la cocinera antes de que ella desapareciera por la puerta.

—No lo haré —respondió desde el porche de la casa.

Sarah le dio un bocado al pan y pensó que no había mejor cocinera en todos los Estados Unidos de América como la maravillosa señora Rolser.

Fue hasta la cerca más próxima y vio que las reses estaban bien atendidas.

Resopló. Tenía muchas tareas pendientes. Los cerdos y gallinas tenían la pocilga y el corral para limpiar. No quería ensuciarse más si tenía que ir a casa de Jack. Además, no podría concentrarse en nada más hasta que supiera lo que él deseaba hablar.

Engulló el último trozo de pan crujiente y decidió que sería mejor atender la cuestión que más le importaba o de lo contrario su mente no le daría un minuto de paz.

Levantó la vista y la dirigió hacia la ventana de la que fue habitación de su padre.

Allí, observándola desde detrás del cristal, divisó la alta figura de Águila Negra. Todo él parecía estar rodeado de un halo oscuro que lo hacía terriblemente interesante. Si no fuera por esa boca suya que siempre trataba de sacarla de quicio, no tendría constantemente ganas de dispararle.

Era un hombre peculiar. No se sentía parte del mundo civilizado, y aseguraba que su lugar tampoco estaba entre su tribu. Mestizo. Era una palabra tan dura para Águila Negra como lo sería «bastardo», entre las buenas gentes de Crystal City. Siempre tan serio, tan apagado. Solo

permitía que Sarah pudiera ver su verdadera esencia. Contra todo lo que el resto pensaba, el indio tenía un excelente sentido del humor. Muchas veces perverso, como acababa de suceder hacía un rato en la habitación de su herido. ¡Maldición! Denver Harris no era su nada.

Se subió sobre el caballo y cabeceó hacia el capataz a modo de despedida.

Entonces lo vio sonreír de una forma que nunca había visto. ¿Por qué tenía que alegrarse tanto en el día de hoy? ¡Pero si Águila Negra era el hombre más serio y áspero que conocía!

Relinchó como si fuese una yegua y puso al trote a su semental. No deseaba pensar en las maquinaciones que estarían pasando por la mente de su amigo. Denver Harris no tenía nada que ver con ella. ¡Sarah aborrecía hasta el modo en el que él usaba siempre sus dos nombres para llamarla! Todo el mundo se refería a ella como Sarah, solo él se sentía con autoridad para utilizar ambos. La citaba: Sarah Lee. Y le molestaba el tono que empleaba cuando la convocaba. No sabía bien el motivo, pero había algo en el modo de utilizar sus dos nombres que la desconcertaba.

En verdad esperaba que se recuperase y saliese de su rancho a la velocidad del ferrocarril más rápido que cruzase el estado de Texas, porque el hombre podía haber cambiado su apariencia física, incluso tal vez fuese un ranger, pero estaba segura de que le seguiría dando los mismos problemas que cuando eran más jóvenes.

Sí. La muchacha decidió que se ocuparía personalmente del señor Harris para asegurarse de que su recuperación fuese óptima y él pudiera seguir su camino como justiciero o lo que fuera. Estaba decidida a vencer el pudor que le daba ver el cincelado cuerpo perfecto de ese endemoniado pendenciero.

***

Jack Lowell sabía quién se acercaba a sus tierras incluso antes de escuchar los cascos de la mala bestia que ella se empeñaba en montar. Sarah. La señorita Foster como todos, salvo él y sus hijos, la llamaban. Podía sentirla cerca pese a que no estuviera a su lado. Eso se debía a los muchos años que habían estado compartiendo alegrías y tristezas.

Salió al porche para recibirla. La saludó con la mano y ella le devolvió el gesto a lo lejos. Era una amazona fantástica. Tan indómita y guerrera como la tierra de Texas. Una vez le preguntó de dónde sacaba su fortaleza y ella le contestó que la extraía de la tierra. Texas era su alma y su vida. No imaginaba vivir en otro lugar que ese. Estaba hecha para ser ganadera como lo fue su padre. El señor Foster había enseñado a su hija cada cosa que sabía para que fuese igual de excelente que él. La envidiaba por ser tenaz, tan arriesgada, nunca temía a nada ni a nadie. Era una verdadera hija de Texas.

Viéndola acercarse hacia él, parecía una de esas vikingas sobre las que una vez oyó hablar a un escocés borracho en el *saloon*.

Parecía que el tiempo no pasase para ella. Seguía manteniendo el mismo atractivo, una mezcla curiosa entre lo angelical y maligno. Lo que más le había gustado siempre de ella era su mirada. Pese a tener los ojos casi negros, su mirada siempre fue dulce cuando se refería a él o a Leah. Usaba la misma simpatía y gracia para hablar con sus hijos.

Su hijo mayor, Karl, que tenía cinco años recién cumplidos, declaró más de una vez que se casaría con ella en cuanto fuese mayor. El pequeño Connor, de cuatro años, estaba igual de rendido a los pies de Sarah.

Jack suspiró. Podría contar con ella cuando la necesitase. Lo había demostrado en el pasado, incluso en los momentos en los que él creía que desfallecería movido por la amargura más grande. Sarah Foster fue su ancla para que siguiera luchando día tras día con todas sus fuerzas. Era contagiosa. Su fuerza de voluntad era admirable. Su risa hacía que un día lluvioso se despejase para dar paso al candor de un sol tan brillante que amenazaba con cegarlo todo a su paso.

Sarah llegó hasta el porche, bajó de un salto y ató las riendas de Pantera Negra a un poste de la casa.

—¿Con quién te has peleado hoy? —inició Jack la conversación.

—¿Peleado? Cualquiera que te escuche pensará que soy una pendenciera que busca problemas a su paso. —La joven llegó hasta él.

—Sueles mostrarme una sonrisa nada más cruzas aquel segundo árbol del camino. —El hombre señaló el lugar y ella se dio la vuelta para mirar la indicación—. Hoy es la primera vez en mucho tiempo que no lo haces y tu ceño fruncido… —Jack comenzó a negar con la cabeza—. Es evidente que ha sucedido algo que te ha disgustado mucho.

—Nada de eso. Lo que ocurre es que no he dormido muy bien esta noche —improvisó—. ¿Dónde están los pequeños diablillos?

No hizo falta responder porque los dos niños salieron de la casa para darle una bienvenida cordial y del todo informal. Sarah se agachó para recibirlos en un abrazo muy protector. Adoraba a esos niños.

—¡Sarah! ¡Sarah! —gritaban mientras la atendían. Los tres terminaron en el suelo del porche, pues, aunque eran pequeños tenían fuerza, como su padre.

—Niños, he olvidado la tarta de manzana que ha hecho la señora Rolser para vosotros —explicó con pesar al darse cuenta de lo sucedido.

—¡Oh, Sarah! Eso ha sido muy malvado por tu parte —razonó Karl—. Era mejor no saber que habríamos podido comer tarta de no haber sido porque la has olvidado.

—Lo siento terriblemente. —No mentía. Había salido con extrema premura del rancho y se olvidó del dulce por completo—. Os compensaré de algún otro modo…

—¿Cómo? —inquirió el niño más mayor.

—Todavía no lo sé, pero algo se me ocurrirá.

—Niños, id a dar de comer a las gallinas para que tía Sarah —Jack solía referirse a ella

de ese modo delante de sus hijos—, y yo podamos hablar un momento. ¿De acuerdo?

—Vamos, Connor. —Karl agarró la mano del pequeño y se dieron la vuelta con cierto enfado.

—Son muy obedientes. Estás haciendo un gran trabajo con los niños. —Lo alabó Sarah en su papel de padre.

—No es fácil. Cada día pido a Dios que no me abandone y pueda seguir adelante. —Jack suspiró.

Sarah agarró su antebrazo y le dio un ligero apretón para tratar de infundirle valor.

—Leah estaría orgullosa de ti. Estoy convencida de ello.

La mano de Jack salió disparada para caer sobre la de la joven.

Sarah lamentó haberse quitado los guantes. Trató de apartar la mano del lugar donde no la tuvo que haber puesto. Él la retuvo entre las suyas cuando la mujer la retiraba.

—Sarah…

—Dime qué era eso tan importante por lo que me has hecho venir. —Lo oyó suspirar y le soltó la mano.

—Necesito un cambio de aires.

—¿Qué? —No lo había entendido.

—Han sido dos años complicados. Todo me recuerda a Leah. Nuestra casa, nuestros hijos, la cocina… nuestro lecho… —Se quedó un momento pensativo—. Creo que tengo que parar mi vida, tomar aire y volver para seguir adelante.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —Él sonaba muy afligido.

—Tú estabas ahí. Viste lo peor de mí. La muerte de Leah me dejó devastado. Los primeros tres meses… No consigo ordenar esos recuerdos porque únicamente hay alcohol y solo veo el *saloon* con las mujeres bailando al son del piano en el escenario…

Ella carraspeó con incomodidad. Recordaba bien lo que fue aquello. No sabía cómo podía ayudarlo a reponerse. Sarah comprendía que necesitaba tiempo para sanar la profunda herida que dejó su esposa cuando se fue apagando poco a poco por culpa de una enfermedad en los pulmones. Fueron días muy negros donde las reprimendas de Sarah no le hacían reaccionar. Se llevó a su casa a los niños y lo dejó tranquilo tal y como le sugirió que hiciera Águila Negra. Su capataz le explicó que el duelo era diferente para cada persona y que, por lo tanto, Jack debía estar solo y aprender a sobrellevar la muerte de su mujer.

Fue duro para los dos ver cómo la brillante y risueña Leah se fue debilitando día a día. La desesperación de ambos fue brutal. La amaban. Sarah la adoraba, pues era lo más parecido a la hermana que nunca había tenido.

Con el paso del tiempo, Sarah se había obligado a ser feliz por esa preciosa pareja que formaban Jack y Leah. En su corazón nunca habría lugar para otro hombre más que para él, pero aprendió a vivir con la pérdida y a mostrarse contenta por lo bien que estaban sus mejores amigos. Jack adoraba a su esposa y la amaba de una manera sobrecogedora. Leah era dulce, buena, honrada. Allá donde Sarah era dura y salvaje, Leah era blanda y tierna. Jack no hubiera podido encontrar a una compañera mejor en ningún otro ser humano que no fuese Leah.

Costó tiempo y lágrimas comprenderlo, pero al final había aceptado que nunca hubiera podido hacer feliz a Jack, no del modo en que Leah lo logró. Sus dos hijos, tan buenos y temperamentales como su madre y padre, eran la mezcla precisa y excelente de ambos progenitores.

—¿Has tomado una decisión?

—Sí. El rancho me lleva mucho tiempo y mis hijos necesitan una mujer que los cuide. Tú no quieres…

—¿Qué has pensado? —Lo volvió a oír suspirar. Haberlo cortado en su explicación era lo mejor, opinó la tejana.

—Sarah, no traicionamos su memoria en ningún momento. Yo estaba destrozado y solo me abrazaste…

—¿Qué has pensado? —repitió. No quería recordar aquella tarde. Cuando después de los días de borrachera, Jack se presentó en su casa desolado en mitad de la noche y la buscó para que lo consolara. Lloró entre sus brazos. Ella hizo lo mismo. La pérdida de Leah era insoportable para ambos. Acurrucados en el sofá del salón de Sarah, ambos sacaron la pena y la congoja, pero en algún momento, ellos se habían mirado a los ojos y una especie de rayo los atravesó. Los labios del hombre al que amaba y nunca dejaría de querer, rozaron los suyos por una fracción de segundo. Lo apartó de inmediato. No estaba bien lo que hacían. No debían besarse, ni entonces ni nunca. Eran amigos, los mejores, pero nada más podía haber entre Jack y Sarah. La ranchera no podría usurpar lo que nunca le fue concedido. Él era el amante esposo de Leah y así seguiría siendo hasta el fin de sus días.

—Voy a marcharme una temporada a Austin. Mi madre vive en la ciudad y necesito organizar mis ideas.

—Has tenido dos años para organizar, como bien has dicho, tu vida. ¿Por qué ahora?

—No preguntes lo que no deseas oír, Sarah —le dijo severo. Ella lo entendió a la perfección. Decidió no seguir por ese sendero de la conversación.

—¿Cuándo te vas?

—Voy a arrendar mis tierras y quedan unas pocas cosas por hacer. Quería pedirte que te llevases a Connor a tu casa un tiempo. Karl y yo viajaremos pronto a Austin para prepararlo todo.

Sarah se dio la vuelta y miró al horizonte. El sol todavía estaba alto.

—Es injusto que me prives de los hijos de Leah.

—Es injusto que me quede aquí y tú sabes el motivo de esa supuesta injusticia —rebatió él, a su espalda, con la misma fórmula que ella había usado en su recriminación.

Le tocó el turno a Sarah de respirar con resignación.

—Tráelo a casa cuando quieras. Nos ocuparemos de él.

—En una semana. Tal vez cinco días.

—¿Tan pronto? —preguntó con nerviosismo, sin querer girarse.

Jack dio dos pasos y sujetó los hombros de Sarah con mucha precaución esperando por si ella lo rechazaba. La ranchera cerró los ojos y buscó recostarse sobre su pecho. Eran inseparables. Siempre lo habían sido. Los brazos de él la rodearon desde atrás.

—Has sido una amiga excelente. No podía haber pedido a alguien más leal y fiel que tú. Desearía que todo fuese diferente.

—No digas eso.

—¿Por qué no debería decirlo?

—Porque Leah ha sido nuestro gran amor.

—El amor no es algo que solo se puede entregar a una persona. No es un trozo de pan que se acaba si lo comes. Es infinito y hay muchas maneras de demostrar amor, Sarah. Puede haber comprensión, consuelo, compañía.

La joven tomó las manos de él y procedió a deshacer el abrazo que la había cobijado durante unos pocos minutos, un gesto que hizo que el mundo dejase de girar y que todo lo que la sostenía a la tierra dejase de ser un obstáculo. Sarah se separó de Jack y comenzó a caminar hacia su caballo.

—Trae a Connor cuando consideres oportuno. Si quieres hacernos una visita mañana,

estoy segura de que la señora Rolser estará encantada de guardar la tarta para los chicos.

Montó en la silla dispuesta a marcharse de allí.

—¡Sarah! —la llamó con un grito porque ella había comenzado a azuzar al animal. Se dio la vuelta para atender su pedido—. Dime que esto no lo haces por cobardía —la desafió.

Ella negó con la cabeza.

—Soy muchas cosas, pero nunca he tenido miedo de nada. No soy cobarde.

—Entonces dame un motivo para que pueda entenderte. —La voz de Jack sonaba estrangulada por la pena y la rabia.

—Hay cosas que sencillamente no pueden ser. No están bien. —Acto seguido espoleó a su montura y se lanzó a la carrera mientras las lágrimas se derramaban sin poder evitarlo.

Se marchaba. Ya no lo vería durante una buena temporada. Tal vez incluso no regresase a Crystal City. Pudiera ser que encontrase una buena esposa que sería la madre de Karl y Connor.

Era lo mejor. Borrarlo de su vida sería doloroso, pero mantenerlo se estaba convirtiendo en una tortura que no podía soportar más. Lo amaba. ¡Dios, cómo amaba a ese hombre bueno, paciente y dulce!

No podía sucumbir a sus deseos. Las razones eran suyas y se las llevaría a la tumba.

Capítulo 2

El maldito Denver Harris

Llegó a los establos bien entrada la tarde. No deseaba regresar a casa llorando y sintiéndose miserable. Era la hora de cenar. Dejó a Pantera Negra en su cubículo. Le quitó la silla, cogió el cepillo y comenzó a acariciarlo mientras lo cepillaba con cuidado. Cuando terminó, se dispuso a mover la paja para asear el lugar.

—¿Dónde has estado?

—No eres tan sigiloso como te crees —dijo Sarah sabiendo que Águila Negra llevaba unos minutos observándola desde la entrada del establo.

—*Tu herido* es responsabilidad tuya. No puedes traerlo aquí y desentenderte para ir a ver al viudo —expuso en clara alusión a Jack.

—Te he dicho muchas veces que no lo llames así.

—¿No es viudo? —la desafió a desmentirlo.

—Lo es. Pero tú lo haces sonar despectivo y no me gusta. Se llama Jack Lowell. Y te agradecería que no vuelvas a referirte al ranger como mi herido.

—¿No está herido? —volvió a mostrar su punto con una nueva pregunta.

—Lo está.

—¿No lo has traído tú a casa?

—Sí —bufó ante lo evidente.

—Entonces haz el favor de ocuparte de *tu herido* y deja de irritar al viudo.

—¡Yo no hago eso! —levantó la voz con enfado.

—¿Ocuparte de *tu herido*? Desde luego que no lo has hecho en toda la tarde. Pero sí juegas con el viudo a un juego muy peligroso.

—Necesitaba un poco de tiempo a solas y por eso me he ido del rancho. Y tampoco juego con el señor Lowell a nada.

—Eres una mujer inteligente y sabes bien lo que estás haciendo con él. Echas la caña, cuando muerde el anzuelo miras el pescado, te relames los labios y luego decides que quieres volver a dejarlo libre. —Águila Negra no se caracterizaba por irse por las ramas.

Sarah jadeó con horror ante esa comparación. Dejó la horca forjada a un lado porque si llegaba hasta su posición y mantenía esa herramienta en sus manos podría… podría… Sí, le daban ganas de pinchar su trasero indio con las púas.

—¿Te digo yo que tú necesitas una mujer que aligere la rabia que sientes por ser mestizo? ¿Te recrimino cuando pecas haciendo uso de las mujeres del Orient Saloon por unas pocas monedas? No lo hago porque no tengo derecho a echarte nada en cara. Toma ejemplo de mi reflexión.

—Estás loca si crees que voy a permitir que te descarriles.

—¿Descarrilarme? ¿Ahora soy un ferrocarril? —Cruzó los brazos bajo su pecho para mostrar su rabia.

—Eres una mujer que ha tenido demasiada libertad. La gente del pueblo habla sobre ti y el viudo.

—¿Y qué dicen? —Hizo la pregunta por pura cortesía. Sarah sabía que Águila Negra acabaría hablando, aunque no hubiese lanzado la cuestión.

—Que calientas su cama. Que la calentaste apenas su mujer falleció, o incluso antes. ¿Quieres que recuerden a la hija de Mathias Foster por perseguir al esposo de su amiga muerta? ¿Pretendes que tu legado sea ese?

—Por supuesto que no. Y lo que dicen son viles mentiras. —Se negó a azorarse porque no era verdad lo que se rumoreaba.

—¿Lo son? — Ella avanzó un paso hacia el indio dispuesta a enfrentarse a él si hacía falta.

—¿Te atreves a poner mi honor en tela de juicio?

Hubo un silencio tan mortal que pudo haber sido cortado con un cuchillo. Águila Negra estaba frente a ella. Sarah no se había movido ni una pulgada de su lugar. Era una guerra entre dos voluntades de hierro. La joven no se amedrentaría.

—¿Lo amas?

—No es asunto tuyo —respondió ella con calma.

—Si no vas a tomarlo por esposo no lo rondes más. No estás siendo justa con él, con sus hijos, ni contigo misma.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Cualquiera que tenga dos dedos de frente puede ver que el viudo te desea.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Jack solo busca una madre para sus hijos.

—No voy a discutir esa cuestión contigo porque advierto que eres todavía inocente para comprender la mirada de fuego que él lanza cuando apareces. Solo te diré que, si no vas a ser su esposa, la madre de sus hijos, déjalo marchar de una vez. —Águila Negra los había estado observando desde hacía un tiempo y no le gustaba lo que veía. Sarah sufría y el viudo también.

—Yo no lo estoy reteniendo.

—Entonces suelta la cuerda para que sea libre.

—Lo que dices es una tonte…

—Basta. —El capataz levantó la mano en alto para hacerla callar. Ella se enfureció porque eso se lo hacía cuando era una niña pequeña y Sarah ya era toda una mujer—. Cena, toma un baño y prepárate para cuidar a *tu herido*.

Águila Negra se dio la vuelta y la dejó con una réplica mordaz que Sarah no había tenido tiempo de pensar, pero que deseaba decir…

***

Denver Harris era un bastardo con suerte. Las dos palabras en toda la extensión de su significado. Y ciertas. Su madre se trasladó a Crystal City cuando él apenas era un bebé. Ella se ganaba la vida siendo costurera y decía que era viuda. Mentira. Alguien se enteró del pasado de su madre y se aireó que había tenido un hijo sin haber estado casada. Nadie lo trataba bien por el simple hecho de no tener padre.

Esa circunstancia hizo que él creciera con un resentimiento desmesurado y que quisiera herir a todos los que lo rodeaban por el puro placer de hacerlo. Estaba enfadado con el mundo.

Siempre solo. Sin amigos. Nadie que se preocupase por él. Únicamente su madre. Y la señora Harris murió con catorce años y Denver tuvo que hacerse un hombre en un pestañeo de ojos. Nadie fue al entierro de su apreciada madre. Pero alguien sí se preocupó por su tristeza. Ella. Sarah Lee Foster. Aquella niña de ojos risueños, con sus dos trenzas del color del sol se acercó a él, le dio un abrazo, un beso en la mejilla y luego le dijo que sentía mucho su pérdida. Recompensó su gesto con maltratos porque no deseaba la compasión de nadie. Nunca reconocería que aquel abrazo le llegó al corazón porque él no tenía de eso. La única persona que lo amó y a la que quiso, estaba enterrada en el cementerio, y el pastor Aledo tuvo que interceder para que se permitiera que una mujer soltera, que había sucumbido al pecado de la carne, pudiese descansar en tierra santa.

Ella olía a margaritas. Sarah Lee siempre olía a margaritas, pero hasta aquella vez no sintió de forma tan directa su olor. Su aroma se quedó impregnado para siempre en sus fosas nasales.

Era curioso como el tiempo podía desencadenar ciertos recuerdos. En cinco años no había pensado en ella porque no se lo permitía. No era que estuviera enamorado de la hija del señor Foster, ni nada de eso, porque no lo estaba. Se escapó aquella noche del pueblo porque nada le quedaba y temía las represalias del señor Foster cuando el capataz le contase lo que había ocurrido con su hija. Cierto que cuando le dio el beso, pensó que tal vez… Pero no ocurrió nada y fue mejor así. Se fue para buscar su camino y se topó con un ranger que lo cobijó bajo su ala. Fue como el padre que nunca tuvo. Puesto que los problemas le seguían allá donde iba, podría decirse que tenía muy buena fortuna a la hora de dar con bandidos, forajidos, asesinos y ladrones.

Bastardo afortunado. Esas dos palabras se convirtieron en su seña de identidad y se había acostumbrado a ser considerado así por el resto de rangers.

Tendido en aquella cama de una habitación que no conocía y donde una mujer estaba recostada sobre su pecho, Denver Harris se sintió un bastardo afortunado. Inhaló de nuevo el olor a margaritas que flotaba en el ambiente y Sarah Lee volvió a colarse en su mente. La mujer que estaba sentada en la silla parecía haberse dormido en algún punto de la noche y cayó sobre él. El sol estaba saliendo porque se filtraba por las elegantes cortinas a cuadros de color amarillo que tapaban las ventanas de madera oscura.

El color del pelo de esa misteriosa mujer era también del tono dorado, tal vez un poco más oscuro que el de Sarah Lee, pero olía del mismo modo que aquella muchacha que se atrevió a besar sin invitación ninguna.

Sentía un dolor insoportable en las sienes y la mujer le causaba una leve molestia en sus costillas, pero se sentía tan arropado… No se atrevía a advertirle que estaba despierto porque nunca había estado en una casa honrada con una bella mujer entre sus brazos. Casi podía sentirse como si estuviese… Sacudió la cabeza. Denver no deseaba pensar en la vida que nunca podría llevar. Lo suyo eran las peleas, rastrear a las malas personas, apresarlas y volver a empezar.

Una sonrisa se dibujó en su mente. Sabía que estaba totalmente desnudo bajo las sábanas… ¿Lo habría asistido la desconocida, ella misma? No sabía cuántos días llevaba acostado en la cama, pero si estaba como su madre lo trajo al mundo…

La mujer se removió y él cerró los ojos de inmediato. No quería azorarla, porque estaba seguro de que, si era una mujer decente, en cuanto viera el modo en el que estaba recostada sobre él, y se descubriese acunada por sus brazos, sentiría mucha vergüenza.

La sintió desembarazarse de su cuerpo. Le quitó el brazo izquierdo que él había pasado sobre su espalda. Era la primera vez que tenía a una mujer a su alcance a la que no ofreció unas monedas y era realmente grandioso.

Denver oyó la silla moverse y supo que la mujer se había puesto de pie. La escuchó bostezar.

—¿Cuándo diablos piensas despertar? —le espetó.

El tono de la voz y la blasfemia hicieron que él abriese los ojos de pronto.

—¿Sarah Lee Foster? —la pregunta salió sin que pudiera evitarlo. Una carcajada surcó la habitación—. Siempre supe que no eras tan remilgada como aparentabas. ¿Sabe tu padre que usas esas palabras, señorita? —dijo en una clara muestra para burlarse de ella.

—Denver Harris, siempre tan amable y atento con los que se preocupan por ti

—rebatió ella mientras trataba de poner en orden su pelo.

Llevaba cinco días atendiendo a ese hombre sin descanso porque al parecer nadie deseaba inquietarse por el herido que ella había traído a casa. Veía ahí la mano de Águila Negra para que ni la señora Rolser, ni su hija, le echasen una mano.

—¿Cómo diablos —usó la misma palabra que ella, con toda la intencionalidad del mundo, para emularla— he acabado bajo tu cuidado?

—Eso solo tú lo sabes. Me temo que me limité a recogerte del suelo de mis tierras y a traerte a mi casa.

—¿Estoy en Crystal City?

—En el Sarah Love, mi rancho —le dijo autoritaria desde detrás de la silla.

—Es necesario agradecer a tu padre su hospitalidad y cuidados. Debes haber hecho algo muy malo para disgustarlo si te puso a cuidar de mí, jovencita. —Él se rio con ligereza.

—No me llames jovencita, no me gusta y solo tienes dos años más que yo.

—Me halaga que te acuerdes de mi edad. ¿Qué más recuerdas de mí? —dijo con cierta picardía.

Sarah Lee puso las manos en su cintura. El gesto movió sus pechos hacia adelante y entonces el señor Harris recordó qué era lo que más le gustó de ella cuando lo abrazó siendo niña. Con doce años ya estaba muy bien contorneada. Se obligó a subir la mirada a los ojos de la joven mientras trataba de lidiar con una sacudida violenta que sintió en su entrepierna.

—Recuerdo cuando me ensuciaste de barro el vestido, cuando me cortaste el pelo, cuando les dijiste a todos en la escuela que era una niña tonta y mimada que no servía para nada.

Él la miró con una sonrisa burlona y ella se enfureció. Seguía siendo el mismo que entonces.

—¿Y cuando te besé?

Se negó a enrojecerse, a mostrarse cohibida por aquel recuerdo que él acababa de evocar. Sarah confiaba en que sus mejillas no se mostrasen incendiadas porque en verdad…

—Parece que tú no lo has podido olvidar. —Trató de contraatacar.

—Tal vez —dijo despreocupadamente—. O tal vez seas tú la que me viste en el suelo, malherido, diste un brinco de alegría y te apresuraste a llevarme a la cama por el anhelo oculto que desperté aquella noche…

Estaba sonrojada hasta las puntas del cabello.

—Tu ego no se ha sacudido lo más mínimo en estos años, ¿verdad, Denver Harris?

—Supongo que no. Llama a tu padre para que pueda hablar con él. Estoy desnudo y no es correcto que estés en mi habitación.

La vio tragar saliva nerviosamente. Dedujo que era un poco tarde para mostrarse pudorosa sobre el hecho de que estuviese sin ropa en una de las camas de su casa, porque si Sarah Lee lo había estado velando…

—Mi padre falleció hace algún tiempo.

—Lo siento —se apresuró a decir.

—Gracias. Aquí soy la señorita Foster. Es mi rancho, es mi casa y soy la ley. ¿Entendido?

—¿Qué pretendes decirme?

—Si me vuelves a ofender, a tratar de hacerme sentir incómoda o te propasas en tus afirmaciones, mis hombres te llevarán fuera de mis tierras y terminarás de recuperarte en mitad de la nada. ¿Lo ha comprendido, ranger Harris? —Cambió a la formalidad para emitir la última

cuestión. Al ver que él se quedaba callado y no respondía, Sarah dio un paso al frente y levantó una ceja.

—Sí.

—Sí, señorita Foster. Dilo.

—Estás llevando esto demasiado lejos Sarah Lee —le advirtió con los dientes apretados. Por alguna extraña razón no le gustaba que ella tratase de poner tanta distancia con él.

—No lo creo. Me enfrenté a tres hombres armados, por ti, cuando te estaban dando una paliza. Luego te cargué, con la ayuda de Águila Negra, sobre mi caballo. Te acosté en la cama, te lavé, te curé y llevo cuatro malditas noches durmiendo en una condenada silla. Me parece que merezco su respeto, señor Harris. —Volvió a cambiar a un tono formal para dar mayor énfasis a sus palabras.

La narración de ella lo había dejado sin palabras. Aun así, se las arregló para responder lo que sabía que la joven deseaba oír:

—Sí, señorita Foster. —Notó que la postura de ella se relajaba.

—Gracias. En unos minutos te subirán un poco de agua para adecentarte y una bandeja con un buen desayuno. Llevas mucho tiempo sin alimentarte como es debido y espero que pronto estés bien y puedas seguir tu camino.

—¿Cómo sabes que soy un ranger? —preguntó, cuando recuperó la cordura por la reprimenda tan severa que Sarah Lee le había dado.

—Tu insignia está ahí —señaló la mesilla de noche que estaba al lado derecho de la cama.

Movió el torso para inclinarse sobre el lecho y la sábana resbaló dejando entrever su torso. Sarah desvió la mirada de inmediato.

—¿Lo ha hecho el doctor Bride? —preguntó él mirando la herida que tenía en su brazo izquierdo.

—No. Yo te cosí.

—Debiste vendarla.

—No. La herida de tu rostro, la de tu brazo y la de tu muslo, debían estar aireadas para que el alcohol del *whisky* pudiera obrar su magia.

—¡Qué desperdicio de licor! —se quejó. Ella gimió.

—Coincido contigo.

—¿Curaste mi muslo también? —inquirió levantando la sábana para mirar en esa parte de su cuerpo. ¡Vaya! Estaba muy cerca de su virilidad. Una sonrisa apareció en su rostro al imaginar a la orgullosa Sarah Lee Foster hurgando tan cerca de su hombría.

—Te traje a mi casa y todos los que aquí viven, consideraron que eras mi responsabilidad —dijo sencillamente lo que había ocurrido.

—Supongo que te has cobrado bien aquel beso que te robé. —Las mejillas del ranger eran las que estaban al rojo vivo ahora, pues en ese momento Denver se dio cuenta de toda la intimidad que había compartido con ella sin ser consciente.

Sarah pareció leerle la mente.

—No tienes nada que no haya visto antes —dicho lo cual se marchó de inmediato porque se estaba azorando por los recuerdos. Además, que Denver Harris ya no era un muchacho. Era un hombre demasiado bien formado al que ella había lavado, visto y curado… ¡Cielo santo, fue un milagro que lo hubiera podido mirar a la cara mientras charlaban!, pensó a medida que bajaba por la escalera.

¡El maldito Denver Harris había conseguido una vez más hacerle sentir… sentir…

sentir… algo! No sabía el qué, pero ella no estaba cómoda con toda la situación. ¡El maldito Denver Harris! De todos los hombres que residían en Texas tuvo que dar con el único al que no deseaba volver a ver.

El señor Harris se volvió a tumbar en la cama. Oyó un sonido y cuando buscó la fuente de ese ruido, tuvo delante de él a un niño.

—Al fin has despertado —balbuceó el pequeño una frase que fue complicada de comprender para Denver debido a la falta de buena dicción del pequeño.

—¿Quién eres tú?

—Soy Connor. ¿Quién eres tú? —La pequeña persona le hizo la misma pregunta llena de curiosidad.

—Soy Denver Harris.

—Te dispararon.

—Así es.

—Ella te ha estado cuidando.

La afirmación del niño hizo que él se tensase.

—¿Quién? ¿A quién te refieres? —preguntó con cautela.

—Ella —dijo el pequeño sin especificar más.

—Connor, ve a la cocina. No molestes al señor Harris. Tiene que recuperarse y necesita tranquilidad —le ordenó Sarah mientras dejaba un cubo de agua en el suelo y le daba un ligero toque en la cabeza al niño. El pequeño se agarró a ella y le dio un abrazo que la joven devolvió con gusto.

Denver respiró profundamente ante la estampa. Un hijo. Sarah Lee tenía un hijo. Casada. No había otra explicación para lo que acababa de presenciar. No debería sentir esa desilusión que lo embargaba. Después de todo, nunca pensó en que la volvería a ver. Era del todo lógico que contase con la protección de un hombre y que tuviera un par de hijos pegados a las faldas y otro en brazos. Pero… Ella dijo que todos la llamaban señorita Foster. Algo fallaba.

—De acuerdo —dijo el pequeño para después marcharse a la carrera.

—¡Baja con cuidado la escalera! —le sugirió levantando la voz para que Connor pudiera oírla.

—Creí que dijiste que me traerían agua y una bandeja, no que tú la traerías —precisó el ranger cuando se quedaron solos en la habitación. No deseaba darle más vueltas al hecho de ella… de Sarah Lee con un niño.

—Es la hora del café. Veinte hombres han asaltado la cocina en busca de su desayuno. La señora Rolser y su hija están atendiendo a mis muchachos.

—¿Dónde está el padre de Connor? —Sarah lo miró con incomodidad ante la pregunta. Era vergonzoso admitir que no había sido cortejada en cinco años y que Jack Lowell seguía siendo el objeto de sus afectos íntimos.

—No es asunto tuyo. Limítate a ponerte bien y a seguir tu camino. —No quería hablar de Jack Lowell con él.

Lo vio apretar la mandíbula, luego lo observó mirarla con fijación y le espetó:

—Es la segunda vez que me dices que tengo que largarme. Ayúdame a levantarme y me marcharé de inmediato. No pierdas más el tiempo. No es necesaria el agua ni tu comida, tampoco ya tus cuidados. —Sarah se tragó una maldición. Sabía que había sido demasiado brusca y eso con cualquier otro hombre le hubiese valido un asentimiento de cabeza, pero Denver Harris siempre diría su última palabra, aunque el orgullo lo matase.

—No te atrevas a moverte de ahí. No he sacrificado tantas noches para que termines

lastimado de nuevo.

—Tú quieres que desaparezca y es lo que voy a hacer. Ven a ayudarme, señorita Foster —le hizo una señal con la mano—, porque después de tantos días no puedo moverme con facilidad. Creo que la comodidad de la cama me ha echado a perder. —No mentía, hacía años que no sabía lo que era estar fuera de un puñado de mantas y dormir sobre un cómodo colchón de plumas.

—Las cosas no cambian. Orgulloso. Orgulloso y testarudo. Nunca aceptabas la ayuda de nadie. —Fue un niño solitario que miraba al resto por encima del hombro y jamás lo escuchó pedir ayuda, ni consintió que se preocupasen por él. Ni cuando se quedó solo sin su madre. Verlo valerse por sí mismo despertó la admiración del señor Foster, porque el padre de Sarah tuvo una infancia muy parecida a la de Denver. También fue un hijo ilegítimo y eso no le impidió prosperar. Tal y como imaginaba que le había sucedido a su némesis del pasado. Ser un ranger era algo muy bien visto y valorado en Texas.

—Eras tanto o más testaruda que yo. Y tú siempre supiste cómo romper el orgullo de un hombre.

—¿Lo hice? —preguntó con humor mientras curvaba una sonrisa.

—Cuando corté tu pelo, un pecado que parece que no vas a dejarme olvidar jamás, me tiraste un libro muy grueso a la cabeza.

La vio sonreír. Le agradó mucho ver esa expresión porque era él quien acababa de llevarla a un estado alegre. Se sintió extraño.

—Es cierto. Te lo merecías.

—Tengo una cicatriz en la ceja que me recuerda cada día lo que hiciste, Sarah Lee. —Él se rasgó con el pulgar ese hueco sobre su poblada ceja derecha.

—Ahora tienes otra más profunda que no te hará pensar en mí… —carraspeó— en lo que te hice. —¡Un momento! ¿Estaba coqueteando con él?

—¿Estás flirteando conmigo, señorita Foster? —La mujer pensó que acababa de leerle la mente.

—Por supuesto que no. Solo estaba haciéndote saber que tu apuesto rostro no volverá a ser el mismo. Aunque por otro lado te vendrá bien una cura de humildad.

Se quedó con la boca abierta ante lo que ella acababa de decir. ¿Sarah Lee le había dicho que él era un hombre guapo? ¿Sarah Lee? ¿La misma Sarah Lee a la que besó y lo miró con repugnancia?

Carraspeó con incomodidad.

—¿Es una cicatriz muy fea?

—Feísima. Horrenda —dijo la joven sin poder ocultar una sonrisa.

—Siento un tirón en la piel que estira bastante, entiendo que es larga. —Rozó otra vez, usando el índice, parte de la cicatriz.

—No has perdido tu atractivo, si es eso lo que te preocupa. No estés tan nervioso. Imagino que las mujeres te encontrarán más interesante y peligroso que antes. Aunque creo que siempre te vi como un hombre muy difícil y no tenías ninguna cicatriz. Tal vez era porque nunca reías. Deberías reír más. Sí, tal vez así parecerías más agradable, aunque perderías tu encanto de vaquero oscuro y arrogante. —Paró de hablar en cuanto se dio cuenta de que estaba divagando sobre Denver Harris y que todo lo dicho eran cosas buenas. El maldito Denver Harris. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntó con terror la joven.

—Sarah Lee, ¿estás bien? —inquirió mientras fruncía el ceño, descompuesto.

Ella carraspeó.

—Perfectamente. ¿Por qué lo preguntas? —El tono preocupado de él la alarmó. ¿Se vería muy desmejorada? No había ido a revisar ni su peinado ni su atuendo del día anterior. Bueno, tampoco era como si el pantalón y la camisa que llevaba puestos fuesen a arrugarse

demasiado. Pero extrañamente sintió ganas de estar bonita… Seguro que era debido a que recordaba a Denver Harris riéndose de una niña pequeña y quería demostrarle que ella también era una mujer hermosa. Sarah se dio cuenta de que también tenía un ego importante como mujer vanidosa.

—Me has dicho varias veces en un lapso corto de tiempo que soy un hombre guapo.

Ella agitó los hombros.

—¿Preferirías que dijese que eres tan feo como un asno?

El señor Harris soltó una carcajada.

—No lo creo.

—¿Entonces cuál es el problema?

Se quedó analizando las palabras de ella.

—Ninguno. Supongo que nunca creí que la codiciada Sarah Lee me dedicaría un cumplido… menos, dos.

—¿Codiciada? —Abrió los ojos con sorpresa.

Él bufó y se disgustó por la contestación.

—No intentes aparentar una falsa humildad. Bien sabes que todos los muchachos babeaban a tu paso. Un pestañeo y cualquiera se hubiera puesto de rodillas. No creí que fueses una mujer interesada en que te regalasen cumplidos, menos que los quisieras oír de mí.

—Eso no es verdad. No soy así, no quiero cumplidos y, por último, no todos lo hacían. —Sabía bien de lo que hablaba porque Denver Harris no se hubiese puesto de rodillas jamás. Menos babearía.

—Cierto. —Estuvo él de acuerdo mientras asentía con reconocimiento ante la aseveración de la joven—. Solo uno no lo hacía...

—Sí. —La señorita Foster lo interrumpió y lo miró con arrogancia. Denver Harris nunca se había interesado por ella, así que todos no lo hacían.

—… y ese no era yo. Creo que siempre pensé que Jack Lowell era un tonto por no notarte. Leah Larson era bellísima, pero no la más bonita del lugar. —La amiga de Sarah era preciosa, pero su hermosura palidecía con la sonrisa sincera y los ojos brillantes de Sarah Lee. Si él hubiese tenido a su alcance la elección que hizo Jack Lowell en su momento, no se hubiera quedado con Leah Larson.

Cuando terminó sus cavilaciones se centró en la mujer que estaba a su lado y lo miraba con la boca abierta. Se puso muy incómodo porque acababa de ser consciente de que había hablado más de lo necesario. Ese era el efecto que siempre supo que tendría Sarah Lee sobre él. Si Denver la hubiera dejado acercarse lo suficiente, lo habría tenido bailando al son de su meñique en un abrir y cerrar de ojos, y un bastardo sin fortuna no era suficiente para la preciosa y rica hija del señor Foster.

Carraspeó tratando de ahuyentar el momento embarazoso en el que él mismo los había puesto a los dos.

—¿Puedes aclararme lo que has dicho sobre…? —comenzó a preguntar Sarah sin poder detenerse. Lo que acababa de escuchar fue toooda una gran revelación. ¿Lo era o él se estaba burlando de ella una vez más?

—¿Vas a ayudarme —la cortó de súbito— para que me levante y pueda marcharme de una vez, o estaremos aquí todo el día rememorando el estúpido pasado? —Sarah vio el momento exacto en el que Denver Harris volvió a ponerse la máscara.

Decidió no preguntar sobre lo que él acababa de revelar porque era evidente que se sentía violento e incómodo por el desliz. De todas formas, ella no había creído ni una sola palabra de lo dicho. Seguro que era una nueva forma de atormentarla.

—No vas a irte a ningún sitio hasta que yo lo ordene.

Él sonrió de lado.

—Tus hombres deben respetarte muchísimo. —No mencionó que, si ella no fuese la dueña de un rancho tan importante como el Sarah Love, la gente del pueblo de Crystal City la habría condenado con facilidad por haber dado a luz a un hijo sin estar casada. ¿Quién sería el padre?, se preguntó con suma curiosidad.

—Sarah, —una voz masculina llegó hasta ambos—, la señora Rolser me ha dicho que *tu herido* ha despertado. —La joven rodó los ojos. Águila Negra era como un perro con un hueso. ¡No era su herido! ¡No era su nada!

El enfermo tragó saliva con fuerza al ver a ese hombre ante él. Recordó aquella noche, cuando la besó y terminó con un buen moretón amaneciendo al día siguiente en su mandíbula.

—Estoy despierto, señor Hutson.

—Ya veo… —dijo en tono reprobatorio mientras la observaba a ella.

—¿Qué quieres, Águila Negra? —Al oír ese nombre indio, Denver miró con inquietud al capataz. Recordaba bien que más de un hombre se había llevado un puñetazo, y no por besar a Sarah Lee, sino por haber usado ese nombre.

—Si ya es capaz de valerse por sí mismo no hace falta que pases tanto tiempo con él. Tienes deberes que atender.

Sarah Lee dio dos zancadas y se puso delante del capataz. ¡Acababa de menoscabar su autoridad frente al maldito Denver Harris!

—¿Debo recordarte que has sido tú el que me ha obligado a cuidarlo? —preguntó con los dientes apretados y los puños del mismo modo.

—Eso fue antes de que él despertase. —Desvió la mirada de la muchacha hasta los

ojos negros del paciente—. Señor Harris, ¿necesita algo de Sarah Lee?

—Supongo que no —respondió el interpelado. Porque lo que deseaba de ella no lo conseguiría nunca. Maldición. ¿De dónde había venido ese bobo pensamiento?, se preguntó Denver.

—Voy a dejarle el agua y bajaré enseguida. ¿Contento? —Le dijo al indio la joven.

—Si puede vestirse por su propia mano que lo haga, pero aféitalo, lávale el pelo y córtaselo. Esta es una casa decente, no queremos que la gente piense que tenemos a un bandolero aquí.

Ella resopló incrédula ante lo que acababa de escuchar. Todo el trabajo que había empleado pidiendo a Denver Harris que la respetase se acababa de ir por la borda.

—¿Quieres que también le corte las uñas de las manos y los pies? No sabía que yo era tu empleada, Águila Negra —siseó.

Denver la percibió muy ofendida y una risa se resonó en la estancia. Esa sí era la muchacha que recordaba. Sarah Lee le dio una mirada por encima del hombro y el ranger tuvo la sensatez de callar.

—Es *tu herido*. Trata de que se vea decente. En cuanto esté bien para moverse, pagará su estancia y tus cuidados con su trabajo en el rancho. Cuanto más añadas a la lista, mayor será el precio que deberá pagar. Haz lo que te he dicho y no tardes en bajar. Y sí, soy tu empleado, me sorprende que no lo recuerdes, mujer —dijo el indio satisfecho antes de marcharse de la habitación.

Denver Harris luchaba por reprimir las ganas de reír.

Sarah Lee deseaba que Águila Negra dejase de meterse en su vida. Cuando su padre le hizo jurar que la protegería, el capataz se tomó al pie de la letra el juramento. Jeremy Andrews había prometido lo mismo y no la incordiaba tanto como Águila Negra. Se sentía como un hermano mayor que la irritaba a cada paso.

Ya le había obedecido cuando Jack Lowell se presentó en el rancho para comer tarta de manzana con sus hijos. Ella se montó en la carreta antes de que vinieran y se marchó al pueblo a comprar los suministros de comida para el mes. Luego, cuando llegó poco después con Connor para depositarlo bajo su cuidado, se había ocultado de su vista y no se despidió de él. ¿Qué más quería que hiciera, Águila Negra?

—Creí que la señorita Foster era quien mandaba en el rancho. —El paciente no pudo evitar meterse con ella.

—Sí, bueno. Águila Negra se toma ciertas atribuciones que no puedo… En fin, es mejor no contradecirlo. —Algo en el tono de Sarah Lee le disgustó. Se veía que ese indio era alguien muy importante para ella. Sacudió ese pensamiento de inmediato. No debería importarle si ambos eran algo más o si el padre de Connor estaría cerca.

—También he notado que te permite llamarlo del modo en que lo haces. Usas un nombre que él odia —precisó.

—Él es especial. Yo… y él… es complicado. —No había otra razón. A veces parecía que era un hermano mayor, otras, como hacía un rato, se asemejaba a su padre. Podía discutir con cualquiera de sus hombres y ser la vencedora, pero nunca había ganado a Águila Negra en una conversación difícil, por lo que aprendió que era más fácil replegarse a sus deseos.

Denver Harris sintió un pellizco en el corazón. Tal vez fuese hambre.

—Si me ayudas podré levantarme.

—No vas a marcharte —le dijo severa.

Le sonrió ante lo autoritaria que había salido la orden.

—Ten cuidado, Sarah Lee, cualquiera que te oiga puede suponer que tienes motivos ocultos para mantenerme en la cama —dijo en tono juguetón. Le guiñó un ojo y ella resopló como una mula.

Se acercó a él y le ayudó a incorporarse sin hacer ninguna alusión respecto a su broma. No quería mirarlo. Tantos días atendiendo su cuerpo y no se acostumbraba aún a su desnudez.

—Te dejaré para que te limpies y vendré a lavarte el pelo.

—¿Vas a afeitarme también? —preguntó con verdadera curiosidad. Ella trató de controlar su rubor y sus temblorosas manos.

—Si lo hago, Águila Negra lo pondrá en tu cuenta.

Sarah se limitaba a mirarlo a los ojos. No podía creer que estuviese delante de Denver Harris y él estuviera completamente desnudo mientras tomaba un paño de lino blanco y el jabón para comenzar a lavarse. Era evidente que estaba acostumbrado a mostrar su cuerpo ante las mujeres. Seguro que era un truhan.

—¿Ciertamente espera que pague la estancia, la comida y los cuidados, trabajando en el rancho? —Estaba incrédulo.

—Nunca dice nada que no sea verdad. Me temo que así va a ser.

—¿Qué pasará si no cumplo lo que él quiere?

—Es el mejor manejando un Winchester. Si Águila Negra cree que alguien no está siendo justo… No te conviene enfrentarlo.

Sarah estaba azorada, pero se negaba a darse la vuelta y a mostrarse cohibida. Si él era capaz de aparentar normalidad mientras exhibía ese poderoso cuerpo, ella le seguiría el juego. Trataba de no abandonar sus ojos y buscar una tranquilidad que no sentía.

—¿Usa un rifle? Es mejor un Colt.

—Lo sé. Se lo he dicho multitud de veces. Pero su manejo del rifle es tan bueno, que el mismísimo Colt El Rápido se echaría a temblar. —Colt El Rápido era un pistolero muy conocido en el territorio del Oeste.

Una carcajada sincera escapó de la garganta de Denver.

—¿Conoces a Colt El Rápido?

Ella negó con la cabeza.

—No. No estoy segura de que exista, pero según se rumorea, ese hombre es capaz de matar a un hombre a una distancia de varias millas.

—Fantasías y exageraciones.

Las cejas de Sarah Lee se movieron de forma sorpresiva.

—¿Lo conoces?

—Un poco. Es bueno, pero no tanto como dicen.

—¿Es un ranger?

—¡Sarah! —gritó Águila Negra desde el piso inferior—, tienes una hora para atender a *tu herido*. Si no bajas antes, subiré a por ti y no te gustará hacerme enfadar.

Ella resopló. Grandioso… La acababa de degradar a una niña caprichosa. ¡El indio era cruel!

—Es peor que un padre o un esposo. Hice bien en no tomarlo en consideración nunca —refunfuñó la joven mientras salía del lugar. Él no la escuchó.

Cuando llegó al umbral de la puerta, dijo sin darse la vuelta:

—En la cómoda hay ropa nueva que te compramos. Intenta vestirte, si no lo logras te ayudaré en cuanto regrese con otro cubo y más jabón para aclararte el pelo.

—Gracias… por todo —dijo humildemente.

Ella se sonrió. Jamás pensó que oiría esa palabra dicha con tanto sentimiento del maldito Denver Harris. Tal vez él no fuese tan mal tipo como siempre pensó. Salió de allí un poco más ligera.

Capítulo 3

Una fiera indómita

Habían traído a un caballo salvaje nuevo. Salvo Águila Negra, todos, o la gran mayoría de los hombres, habían tratado de domarlo. Sarah los dejó intentarlo con cierta diversión. Se cayeron de su lomo con una facilidad que haría cuestionar a cualquiera, si los jornaleros eran en verdad auténticos vaqueros tejanos.

Era un caballo blanco precioso. Competía en belleza y furia con Pantera Negra.

Sarah estaba apoyada en el poste de la puerta del picadero esperando a que le trajesen esa preciosidad para poder exponer orgullosa por qué era la dueña del rancho Sarah Love. No tenía que demostrar nada a nadie pues hacía años que había quedado patente que era igual o tanto mejor que un vaquero, aunque fuese una mujer. Un detalle en el que últimamente nadie parecía fijarse, dado que todos la trataban como a uno más del grupo.

La vista se desvió hacia la habitación en la que Denver llevaba alojado tres semanas. Tres largas y eternas semanas. Las cortinas estaban echadas y no sabía si se habría levantado de la cama, si estaría leyendo o si dormiría.

Tenía muy vivo el recuerdo de haberle lavado el cabello. Eso fue lo más íntimo que había hecho con un hombre. Pese a que lavó su cuerpo estando él inconsciente, afeitarlo y quitarle el barro del pelo fue terriblemente incómodo. Al menos para ella, porque él pareció disfrutar de sus caricias. Incluso el muy bandido había emitido unos gemidos demasiado indecentes mientras masajeaba su cabeza con las yemas de sus dedos para esparcir el jabón.

Afeitarlo fue casi peor. Tuvo su cabeza húmeda recostada sobre su regazo mientras él permanecía sentado con el rostro estirado hacia arriba. Había usado el equipo de rasurar de su padre. La navaja estaba afilada todavía. Lo rasuró con precisión y mucho cuidado de lastimarlo en la herida. Lo cierto era que necesitaba un buen afeitado porque tenía una barba prominente. Se afanó tanto en sus labores que no se percató de lo cerca que estaba su boca de la masculina. Cuando lo sintió suspirar, sus ojos fueron en busca de los de él. Tenía la vista fijada en sus labios. Hacía poco, Águila Negra le dijo que era inocente si no sabía determinar cuándo un hombre la miraba con deseo. Denver Harris la había mirado con mucho más que eso mientras le lavaba el pelo y lo afeitaba. La charla que mantuvieron previamente al aseo, cuando él estuvo de pie desnudo, no había sido ni la mitad de perturbadora que lo que sucedió después.

Sentía que le estaba ofreciendo unos cuidados que solo le correspondían a un padre, hermano o esposo. Demasiado íntimo y personal como para pasarlo por alto.

Después de aquel episodio, le pidió a la señora Rolser que se ocupase ella misma de asistirlo en las cuestiones más íntimas o que contratase a alguien para hacerlo cuando fuese al pueblo.

La cocinera, que la conocía muy bien, no tuvo que preguntar sobre sus motivos. De hecho, la señora Rolser le dijo que había aguantado demasiado, cuidando a su herido. Y con esa sencilla frase pronunciada por la mujer más amable de la tierra, se dio cuenta de que Denver Harris había dejado de ser él mismo para convertirse, a los ojos de todo el mundo, en «su herido». No le gustaba lo que ello implicaba porque no era suyo. No era su nada.

Hizo una mueca al recordar todo el lío embarazoso que estaba creando con Denver Harris. Gimió de disgusto por el rumbo que acababa de dar su vida.

—Sarah, ¿qué va mal? —Tan concentrada había estado la muchacha, que no se dio cuenta de que su segundo al mando, Jeremy Andrews, se acababa de acercar a ella.

—Nada —comentó haciendo un aspaviento de mano.

—¿*Tu herido* te está dando problemas? Águila Negra dice que el hombre te interesa.

La señorita Foster aulló de indignación. ¿Habían colocado un cartel en el rancho que pusiera que Denver Harris era «su herido»?

—Solo es un ranger, Águila Negra debería preocuparse más por sus asuntos y olvidar los míos. —En las últimas semanas se había estado inmiscuyendo en su vida y no estaba dispuesta a tolerarlo durante mucho más tiempo.

—Es una lástima oírtelo decir. Todos esperaban que tu preocupación por atender a tu heri… —Sarah lo fulminó con la mirada y Jeremy se obligó a rectificarse—: Uhm, pensábamos que el ranger podría ser un buen esposo para ti.

—¿Qué? —graznó con pánico. ¿Sus hombres hablaban de ella y el señor Harris? Estaba horrorizada… Y eso sin contar que en el pueblo se rumoreaba sobre mentiras con Jack Lowell. ¡Pero si ella no pensaba en hombres! Tenía a su cargo a más de una veintena de vaqueros y no veía en ellos nada más que trabajadores valientes y honrados. ¡Esto era una catástrofe de proporciones bíblicas!

—No es apropiado que una mujer sola dirija un rancho. Tienes veinte años y es momento de que elijas un esposo. Águila Negra y yo no estaremos siempre para protegerte y ayudarte.

—Tengo veintitrés y me ofende que no recuerdes mis años. En cuanto a lo que dices sobre esposos… Yo… No me casaré jamás. —Nunca lo había dicho en alto. No mentía, porque Jack Lowell era todo lo que quiso y querría. Sin embargo, nunca se permitiría alcanzar ese sueño.

—¿Tan vieja eres? —Él se rio y ella decidió no entrar al trapo—. De todos modos, son duras palabras para una mujer rica, bonita y que podría tener a su lado a cualquier vaquero de aquí a varias millas. ¿Qué hay del viudo?

—No me gusta que lo llaméis así —se quejó—. El señor Jack Lowell es un buen amigo. No importa lo que se rumoree en el pueblo sobre mí y Lowell, son todo mentiras. Él fue el esposo de mi mejor amiga y yo lo ayudaré en todo lo que pueda.

Jeremy Andrews irguió la espalda ante las palabras espetadas.

—¿Qué diantres se rumorea sobre ti y el viudo? —Sarah rodó los ojos. Si no lo supiera, creería que Águila Negra y Jeremy eran hermanos, porque ambos eran igual de… de… de… No le salía ninguna palabra, pero era un calificativo desagradable.

—Águila Negra me dijo que los buenos vecinos de Crystal City dicen que nosotros… que los dos… que…

—Dilo de una vez. Nunca has sido tímida.

Ella tomó aire.

—Dicen que somos amantes —reveló con la boca pequeña.

—¿Qué? —El que graznó en estos momentos fue Jeremy.

—¡Es mentira! Yo no podría hacerle eso a Leah. Nunca haría algo deshonesto con Jack Lowell.

—Desde luego que es una sucia y vil mentira. Eres una Foster y por tanto no dejaremos que nadie dude de tu reputación. No te alarmes. Estoy completamente seguro de que, si Águila Negra ha presenciado una falsedad como esa, habrá actuado en consecuencia contra el mentiroso. De todas formas, pronto haré una visita al pueblo y veré qué hay sobre ese asunto. No voy a permitir que tu honor esté en entredicho. —Las explicaciones sonaron en un tono de voz de absoluta fiereza.

El corazón de Sarah se llenó de felicidad por la confianza y la lealtad que Jeremy acababa de demostrar.

—No hace falta que hagas nada. Todos verán, con el paso de los años, que me convertiré en una solterona jorobada, amargada y gruesa, y no podrán dar crédito a más mentiras.

—Sarah Lee Foster, te prometo que no dejaré que te eches a perder. Aunque yo mismo

tenga que buscarte un esposo, lo haré. No pienso permitir que el legado de Mathias Foster se pierda.

—¡Oh! —Este hombre de confianza le acababa de dar un razonamiento que ella no había tenido en consideración—. Un heredero… Uhm. —Era evidente que una mujer soltera no podría alumbrar a un hijo respetable. La vista de Sarah se dirigió hacia la ventana de cortinas amarillas. La vida de Denver Harris no fue fácil precisamente por ser un hijo natural, ilegítimo.

—Veo que te das cuenta de lo que vas a tener que hacer… —dijo Jeremy satisfecho de sí mismo.

—Me preocuparé por eso cuando llegue el momento.

—¿Y con veintitrés años no ha llegado el momento todavía? —la reprobó. Ella chasqueó la lengua.

—No soy una vieja decrépita.

—No te haces más joven cada día —rebatió haciéndolo sonar como un sermón de los domingos—. Ahí viene tu caballo. —El perfecto ejemplar blanco estaba siendo tirado con una cuerda, anudada en el cuello, por Águila Negra—. ¿Estás segura de que lo quieres montar?

—Creo que sí. Debo demostrar a mis vaqueros por qué soy la que manda en el Sarah Love. —La joven sonrió de lado.

—Mira, Daniel Harrow quiere probar suerte—. El señor Andrews movió la cabeza hacia la derecha para señalar el lugar al que ella debía mirar. El nuevo vaquero que había llegado al rancho hacía un par de semanas estaba dirigiéndose al caballo. Parecía que iba a tratar de domarlo.

—Veamos qué hace…

—Este caballo es muy salvaje, Sarah. Reconozco que tienes mucha mano con los animales, pero no me gustaría verte con el cuello roto en el suelo. El legado de tu padre…

—Sí, sí —lo cortó—. Debe prevalecer el legado de los Foster. No me caeré de ese caballo porque voy a demostrarle que no debe temerme. Soy una mujer, seguro que confiará en mí…

—¿Qué insinúas?

—Que es natural que no se fíe de un hombre. Son poco confiables.

—¿Ah, sí? ¿Qué queja puedes tener tú de los hombres que te rodean? —Estaba censurándola por completo.

—No es que yo quisiera decir que… —Su voz se fue apagando.

—¿Y qué querías decir? —la acorraló.

—Solo digo que ese caballo se sentirá más cómodo conmigo que con cualquier hombre. ¿Debo recordarte lo que logré con Pantera Negra? —Trató de defenderse.

—Estoy deseando que Luna Blanca se sacuda de encima a Daniel para que pruebes tu supuesta valía. —Jeremy estaba poniendo en entredicho sus capacidades.

—¿Luna Blanca? ¿Ya le has puesto nombre? —Se centró en este tema para no seguir con un momento molesto.

—¿Se te ocurre otro modo mejor de llamarlo?

—No —dijo convencida—. Es un buen nombre.

En ese momento, el vaquero se subió al animal y se formó un buen corro para ver lo que allí se conseguía o no. La montura tardó dos minutos en librarse del jinete.

***

Las heridas estaban prácticamente curadas. Se sentía en forma, pero al mismo tiempo quería estar todavía convaleciente. Sarah Lee parecía haberse olvidado de él y eso le dolía. Lo irritaba. Lo enfurecía. No había aparecido por su habitación más que unas pocas veces desde que compartieron lo que se sintió como el mejor momento de su vida. Nunca un lavado de cabello y afeitado lo puso tan duro como ella lo hizo. Tenía unas manos que… y luego esos labios tan rosados y plenos que… por no hablar de sus senos que… ¡Fue una locura! Llevaba demasiadas semanas encerrado y ya era hora de que hiciera algo más que ir de la cama a la silla. La comida era magnífica y los asados le habían devuelto la energía.

La señora Rolser lo mimaba con mucho cariño… pero no era Sarah Lee. La hija del señor Foster se había comportado con él de modo decoroso, serio y amable. Tan malditamente correcta era la forma de conducirse con él, que a punto estuvo de buscar unas tijeras y cortarle una vez más un puñado de pelo para hacer que saliera de esa frialdad.

Tampoco le gustaba el modo en el que Águila Negra lo miraba. Parecía que leía los pensamientos poco apropiados que la señorita Foster le provocaba. El indio tenía una manera muy particular de acceder a su habitación, como si todo el rancho le perteneciera, incluso ella. Había algo muy profundo entre el capataz y Sarah Lee. ¿Entonces qué clase de hombre obligaría a la mujer que amaba y deseaba a cuidar y atender a otro? Bien sabido era que los indios eran impredecibles. Tal vez fuera por motivo de sus creencias místicas. Denver no lo sabía. Y luego estaba el asunto del niño. El pequeño Connor no volvió a su habitación. Probablemente, ella se lo habría impedido. No se atrevió a preguntar por la procedencia del niño por si la respuesta no lo satisfacía. No deseaba imaginar a Sarah Lee yaciendo sin estar casada con un hombre. Bueno, ni estando casada.

Desde pequeño, la hija del señor Foster le había provocado sentimientos muy específicos que él se quiso bloquear. En estos instantes en los que era toda una mujer, más bella de lo que fue en su juventud, le hacía sentir cosas que no deberían estar ahí.

Tal vez fuese hora de seguir con su camino, como ella había sugerido en los primeros días de su convalecencia, y olvidar que se había reencontrado con Sarah Lee.

No podía negar que nunca había estado tan bien atendido como en estas semanas. Era agradable estar en una casa confortable, donde la gente se preocupaba por el bienestar de uno. Echaría de menos eso. Debía pensar en la excusa que le ofrecería al indio para irse a toda carrera antes de que sus impulsos le hicieran cometer una temeridad.

Oyó varias voces, vítores y silbidos. Se levantó de la silla con esfuerzo porque todavía tenía las costillas un poco magulladas y se asomó a la ventana.

Vio a un muchacho en el suelo. Los compañeros se lamentaban y algunos intercambiaban dinero. Por lo visto, habían hecho una apuesta sobre si el joven que se cayó sería capaz de domesticar a ese caballo, que él observaba haciendo cabriolas.

Entonces la vio. A Sarah. Con unos pantalones tejanos y una camisa masculina que nunca se vio tan sensual. Incluso vestida como un jovencito se veía sublime. Ya la había visto en pantalones, pero bien fuera por la luz del sol o por lo que fuese, se veía impresionante. Le encantaría poder echarle una ojeada con un precioso vestido de seda, volantes y encajes. Aquella noche en el pueblo, cuando la besó, no pudo resistirse porque iba vestida para hacer que un hombre se condenase. Preciosa. Siempre fue bonita, y en aquel instante quiso besarla.

El maldito Jack Lowell siempre tuvo una suerte inmerecida. Captó la atención de las dos mujeres más hermosas de todo el condado.

Vestida con pantalones se veía una auténtica vaquera. Fuerte. Segura de sí misma. Era digna hija de Mathias Foster. Un hombre que se había hecho en la adversidad y construyó algo bueno. Un hogar para su hija.

Frunció el ceño y su corazón se paró en el momento exacto en que la vio acercarse al caballo. ¿Estaba loca? Peor aún, ¿cómo sus hombres le consentían que hiciera esa temeridad?

Echó a correr escaleras abajo obviando el leve dolor que todavía le molestaba a causa de la paliza que le dieron.

No podía consentir que esa demente se partiese el cuello. ¿En qué estaba pensando Águila Negra al ponerse en primera fila para verla intentar domar a esa fiera indómita? Y la

reflexión, por si acaso quedaba alguna duda, se refería al caballo, no a la señorita Foster.

Mientras salía al porche su mirada la buscó con desespero. Estaba acariciando al caballo. El hocico del corcel estaba muy cerca de su rostro. Tuvo ganas de gritar, pero sabía que si lo hacía el animal se encabritaría y ella correría peligro. Se tragó el miedo que sentía y se acercó a la cerca del picadero con nerviosismo. Se colocó al lado de Águila Negra. El indio lo sintió en el lateral, pero no se giró a mirarlo.

—Detén esto —le ordenó de modo tiránico.

—Tu cuidadora es muy terca. Ella cree que puede montarlo y debe conocer sus limitaciones —señaló el capataz sin volverse.

—Quieres poco a tu mujer.

Esa observación valió para que Águila Negra se fijase en él.

—Estás interesado en ella. —No fue una pregunta.

No hubo tiempo de más conversación. Lo siguiente que vio Denver fue a Sarah subir sin silla ni ayuda sobre el animal y caer al suelo más rápido de lo que lo hizo el anterior jinete.

El señor Harris pasó por debajo de la cerca y fue inmediatamente a buscarla. Apartó al animal de ella sin temor alguno para que el caballo no pudiera hacerle más daño, la aupó entre sus brazos y comenzó a andar hacia donde los hombres ya habían abierto la puerta para que ambos pudieran salir.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando fue consciente de lo que sucedía.

—Esa no es la pregunta correcta. La cuestión es: ¿qué pretendías demostrar al montar a un caballo como ese? ¿Tan pronto quieres correr hacia la muerte, Sarah Lee?

—¿Muerte? Ha sido solo una caída que ha hecho daño a mi orgullo. Por favor, bájame de inmediato. No soy una damisela en apuros. Me estás avergonzando ante mis hombres —siseó

muy cerca de su oreja.

Por supuesto Denver hizo caso omiso a la solicitud de Sarah. Se fue con ella en dirección al interior de la casa.

En ese momento, Jeremy Andrews dio dos pasos para ir a exigir explicaciones al señor Harris por tocarla. Águila Negra lo agarró del brazo.

—No vayas.

—La está abrazando —se quejó el vaquero.

—¿La ves a ella molesta? Yo diría que no. Solo hay que observar donde tiene los brazos puestos para comprender que se siente cómoda con su herido. —Los ojos de Jeremy se dirigieron al lugar para comprobar lo dicho por el indio. Vio que la joven tenía los brazos pasados por la nuca del señor Harris y no parecía dispuesta a soltarlo.

—No es correcto que la trate así. —No le parecía bien una demostración tan posesiva y pública. Denver Harris acababa de hacer una declaración muy exacta ante todos. Él se creía con derecho de protegerla y tocarla. Eso en Texas era una marca para la mujer. Un cuño que hacía que el resto de los hombres supiera que ella no estaba disponible.

—¿Quieres verla casada?

—A Sarah no le gusta él.

—Veremos… —Se quedó callado observando el modo tan protector con el que el ranger la acunaba. Se dibujó una sonrisa en su rostro. Tal vez no todo estaba perdido. Águila Negra emitió un poderoso silbido y a continuación, cuando Denver se giró, dijo—: No es de nadie… todavía.

La respuesta del señor Harris fue un seco asentimiento de cabeza. Luego volvió a seguir el rumbo hacia la casa. Entró en el salón y miró para ver si había alguien. No vio a nadie. La dejó en el suelo y sintió la pérdida de su calor… y eso que era un día bastante caluroso.

Sarah se tocó el trasero. Probablemente le saldrían dos buenos moratones en las posaderas, si todavía no lo habían hecho ya. Lo observó comenzar a andar por la habitación mientras decía cosas inaudibles por lo bajo. Suponía que eran blasfemias y maldiciones.

Sarah no tenía ganas de discutir con él. Así que se dirigió hasta las escaleras para buscar el linimento y untárselo en la zona dolorida, o la molestia iría en aumento. Estaba tan furiosa que no deseaba ni regañarlo por salir de la cama y forzarse a sostenerla en brazos… ¡Dios bendito! Él la había aupado como a una niña pequeña delante de sus hombres… La vergüenza se estaba convirtiendo en ira.

Sintió el agarre en su brazo.

—No vuelvas a hacer algo como eso —dijo forzándose a aparentar una calma que no sentía.

—Podría decirte lo mismo —rebatió Sarah.

—¿Qué sacarías con romperte el cuello? ¿Tan importante es demostrar que puedes hacerlo? Es solo un caballo. No tienes que ser la temeraria señorita Foster para que te respeten.

—Denver Harris, te prohíbo tajantemente que opines sobre mis asuntos. No he pedido ni quiero tus consejos.

—Sarah Lee… No vuelvas a montar en ese caballo. No vale la pena matarte para que te respeten. Sé de lo que hablo.

—No quiero tus lecciones. Me parece que has olvidado el lugar que ocupas en esta casa. Eres un herido… o lo eras, porque creo que ya ha pasado lo peor. Aquí gozas de mi hospitalidad y no tienes ningún poder para actuar en lo que a mis asuntos concierne. Ya no te tengo miedo, Denver Harris. Ni, aunque cojas unas tijeras y trates de dejarme sin un solo cabello, permitiré que vuelvas a poner en entredicho mi fortaleza o autoridad.

—No he hecho nada como eso.

—Es justamente lo que ha sucedido. ¿Sabes lo complicado que es para una mujer soltera estar a cargo de un rancho, del ganado, de la granja, de los hombres? ¡Tú me acabas de restar autoridad y no te lo perdonaré jamás! —gritó la última parte. Con Águila Negra pegado a sus talones tenía más que suficiente.

—¡Yo te estaba protegiendo! Alguien tenía que hacerlo porque ni tú misma te has dado cuenta de que la vida es frágil. ¡Eres una pequeña desagradecida que no se da cuenta de lo que tiene y lo que puede perder! —Él también levantó la voz.

—¿Y qué sabrás tú sobre perder sueños e ilusiones? Tú, un hombre que se marchó sin mirar atrás porque nunca encajó en el pueblo. ¿Sabes por qué no encajaste? Yo te lo diré, porque eras un matón. Tú eras el desagradecido que no apreciaba a los demás, que tenía que hacerlos sufrir por puro placer. ¿¡Qué derecho tienes a venir a mi casa y decir que tienes que protegerme!? Precisamente tú, que fuiste el que peor se portó conmigo cuando era más joven.

—Lo tenías fácil, Sarah Lee. Sabías quién era yo en cuanto me recogiste, ¿verdad? —Él le dio unos pocos segundos para responder. Ella no lo hizo, desvió la mirada fuera de los ojos negros masculinos—. Eras consciente de que era Denver Harris al que estabas salvando de una muerte segura, tú te metiste en mis asuntos primero. Me salvaste. Eras consciente —repitió—, plenamente, de quién estaba en el suelo, de lo que hago, de lo que te hice. Si no querías que husmeara en tu vida, debiste haber dejado que ellos terminasen el trabajo. ¡La próxima vez que veas a un hombre derrotado por tres bandidos, vuelve por donde viniste y no tendrás que soportar que se preocupe por ti!

Los dos estaban frente a frente. El aliento de uno resoplaba en el rostro del otro. En algún punto la conversación se había vuelto muy… Demasiado íntima. Sarah respiraba agitadamente. Él lo hacía también.

—Así que es gratitud. ¡No quiero tu agradecimiento! —gritó ella, no comprendiendo el motivo exacto por el que estaba tan sumamente irritada, molesta y furiosa.

—No se trata de eso. ¡Maldita sea! Eres terca como una mula.

La miró a los ojos con intensidad. Sarah Lee tenía ese brillo orgulloso que tan bien

recordaba. Ningún precioso vestido la haría tan atractiva como lo estaba en este instante. Sus mejillas teñidas de rojo, el pelo revuelto por la caída, los mechones dorados como el sol cayendo por la espalda... Luego observó sus labios. Su boca entreabierta jadeando por la ira que sabía que sentía. Estuvo perdido. Una fuerza lo empujó y no fue capaz de resistirse a la tentación. Denver Harris cerró los ojos y se dejó caer hasta encontrar los labios de Sarah Lee. Con el primer roce esperó un rechazo contundente, incluso, tal vez, un bofetón. No llegó. Ni lo uno ni lo otro. La mujer cruzó los brazos sobre su nuca y respondió al beso. En esta ocasión no hizo falta que él le pidiera que le permitiese paladear su lengua. Sarah Lee sabía a café. A pan de mantequilla. La oyó gemir y profundizó el beso más. Era como si desease engullirla. Denver no tenía suficiente de ella. Necesitaba más, y cuando la vaquera se apretó contra él, su eje buscó su fricción justo en su centro. Otra vez Sarah suspiró, y Denver juraría que fue de placer. Las grandes manos masculinas acariciaron su pelo. Era seda hecha hilo. Metió ahí los dedos y supo que nunca había tocado nada tan delicado y precioso como el cabello de Sarah Lee. Necesitaba palpar más de ella. Bajó las manos por su espalda y la acarició con suavidad, como si no quisiera romperla. Era un hombre corpulento, fuerte. Debía controlar la presión que ejercía sobre esa muñequita de porcelana. Le acarició la espalda y se vio en la necesidad de bajar un poco más. Cuando sus manos agarraron sus posaderas con cierta firmeza, agradeció al buen Dios que ella llevase pantalones, el tacto fue más exacto de lo que habría sido con un vestido y sus capas de ropa.

—¡Ouch! —se quejó la joven contra sus labios al sentir el apretón.

—Soy demasiado brusco, lo siento —se disculpó sin dejarla retroceder ni una pulgada.

—Me parece que esta situación ya la hemos vivido antes —dijo una voz procedente desde la puerta. Denver Harris maldijo en silencio. Se dio la vuelta y colocó a la señorita Foster a su espalda como si esperase que, una vez más, Águila Negra le diese un puñetazo.

—No es lo que parece —dijo Sarah Lee con las mejillas encendidas mientras se ocultaba tras la inmensa espalda de Denver. ¿Él había sido así de grande tres semanas antes cuando lo trajeron a casa? La joven diría que la comida de la señora Rolser le estaba sentando muy bien. Estaba segura de que el indio no era capaz de ver ni un poco de ella a través del cuerpo de Denver.

—¿Qué hacemos, señor Harris? ¿Le doy un puñetazo, lo echo de Sarah Love o…? —El indio estaba con sus amplios brazos cruzados sobre su pecho. Se veía fiero.

—Me parece que hay algo más apremiante que hacer —lo interrumpió en sus preguntas retóricas.

—¿Lo hay?

—Sí. —Denver comenzó a andar hacia la puerta—. ¿El caballo sigue en el cercado?

—Ahí está. Varios hombres han querido probar suerte —explicó Águila Negra mientras sonreía, porque intuía la intención del señor Harris y eso sería mejor que patearle el trasero.

—Bien. —Se dirigió hacia la salida. Se tuvo que girar porque Sarah Lee le había agarrado la muñeca. Se detuvo y la miró con… Dios, esa mujer era peligrosa para su cordura.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella sin abandonar sus ojos.

—Lo que haga falta para que no te rompas el cuello. Mejor el mío que el tuyo.

—¡No! —gritó, pero él ya había soltado su mano con delicadeza y estaba saliendo por la puerta, seguido por Águila Negra.

Sarah Lee se colocó al lado del indio.

—No se lo permitas. No sabrá hacerlo —le pidió en súplica al capataz, adivinando también lo que él se proponía.

—Es un hombre adulto. Un ranger. Yo creo que sabe lo que se hace —respondió Águila Negra.

—No se lo permitas… —rogó una vez más, cogiendo el brazo de su hombre de confianza.

—No vas a perderlo —señaló mientras seguía avanzando para colocarse al lado de Denver Harris. Cuando estuvo a su altura le habló—: ¿Estás seguro de lo que te propones?, no

creo que ella vuelva a cuidarte si te caes. Y si te hieres, puede que remate el trabajo con su Colt… o tal vez con sus propias manos. No te conviene contrariarla.

—Correré el riesgo, porque no voy a quedarme sentado viendo como trata de matarse otro día —respondió Harris sin dudar.

—Su montura era similar a Luna Blanca y consiguió su cometido. No le gustará que la prives de la victoria. Lo sentirá como una humillación y ningún beso podrá evitar su disgusto.

Denver lo miró de reojo. No percibió furia en sus palabras y sí cierto humor impreso en ellas. Los dos llegaron a la cerca.

—Deberá aprender a vivir con ello. Abre la puerta para que pueda entrar. Cuando esté sobre el caballo, en el momento en el que yo te lo pida, vuelve a abrirla para dejarme el paso libre.

—¿Has montado alguna vez un caballo salvaje?

—Antes me pareció que deseabas darme un puñetazo.

—En honor a la verdad quería matarte por atreverte a besarla. Es la segunda vez que lo haces. Espero que en esta ocasión no te marches para regresar cinco años después. —Denver se quedó observando al indio con el ceño fruncido. ¿Qué le estaba diciendo exactamente? No era momento de hacer preguntas incómodas. No, cuando tenía que concentrarse en lo que estaba a punto de hacer.

—Ten cuidado, Travis Hutson —usó su nombre civilizado—, porque empiezo a pensar que te inquietas por mí.

—Me preocupo por Sarah, y al parecer eso te acaba de incluir a ti.

Águila Negra se marchó de su lado y abrió la cerca.

Sarah fue incapaz de moverse de donde estaba. Se había quedado parada, bastante

apartada del picadero. Lo vio coger una cuerda y lanzársela al caballo. Comenzó a hablar con él mientras trotaba y se encabritaba. El espectáculo duró lo que pareció una hora completa. Denver se acercaba a él con autoridad y sin miedo. Sarah lo vio entonces. Lo comprendió de inmediato y sintió que el corazón se le estremecía: Denver Harris no tenía ningún miedo a la muerte. Le estaba demostrando a Luna Blanca que no le temía. Que era tan terco como el animal.

Se colocaba delante de la bestia sin temor a que lo pudiera pisotear. Lo obligaba a recular en sus cabriolas. Lo refrenaba. Una cosa estaba clara, su herido, como se empeñaban todos en la casa en llamarlo, no era la primera vez que domaba a un animal salvaje.

Sarah lo miraba completamente absorta. Se había arremangado la camisa antes de iniciar la doma. Veía sus músculos tensarse… Esa ancha espalda. Su trasero tan bien colocado… Se ruborizó ante ese pensamiento. Una mujer decente no debería pensar en estas cosas.

Y entonces, lo observó hacer el mismo gesto que ella había intentado antes de que la tirase. Sarah contuvo la respiración. Denver estaba montado sobre el corcel y pese a las cabriolas tan violentas se mantenía arriba. Tragó saliva y se descubrió rezando una plegaria para que Dios lo protegiera. Se retorció las manos con nerviosismo en el regazo.

Pasaron los minutos y él seguía en pie. Denver Harris había durado más sobre el lomo de Luna Blanca que cualquier otro hombre que lo intentó.

Lo veía susurrar palabras. No las oía y se negaba a acercarse. Sin embargo, se encontró agarrando el poste superior del cercado con fuerza.

—Es un vaquero —señaló Águila Negra, que estaba al lado de Sarah.

—Todavía puede acabar muerto. —Denotó cierta angustia en su propia voz. Miró de reojo al indio.

—Estará bien. No vas a tener que asistirlo… Aunque, tal vez, te apene no poder volver a ofrecerle tus tiernos cuidados. —Luego se rio.

—No seas estúpido. Si se cae no pienso mover un solo dedo por él. —Habló llena de

orgullo y con cierto resentimiento esta vez.

—Ya —observó de modo sucinto.

—No me gusta lo que estás insinuando.

—No he sido yo quien fue sorprendido hace unos minutos con él entre sus brazos. —Águila Negra creyó conveniente recordarle este hecho porque Sarah parecía haber olvidado el detalle, que no era en absoluto diminuto.

—Un error lo comete cualquiera. Estaba furiosa y… —Se le apagó la voz porque no alcanzaba a comprender el motivo por el que se dejó arrastrar por la pasión de él. Cerró los ojos con pánico. La señorita Foster se negaba a que Denver Harris le inspirase algo como ardor. «Mentirosa», se regañó a sí misma. Había deseado ese beso tanto como él. Lo había sentido en el momento en el que tocó sus labios.

—Cuando alguien siente ira, lo que hace es golpear. No besar —la reprobó sin remordimientos por tener que hacerlo.

—No vamos a hablar nunca más acerca de lo que ha sucedido.

—No es conmigo con el que tienes que pactar eso.

—¡Abre la cerca! —gritó Denver Harris, interrumpiendo la charla.

Debido a la conversación, Sarah no se había dado cuenta de que el caballo no se mostraba tan fiero como lo hizo en el momento inicial en el que lo montó.

Águila Negra y Jeremy Andrews se apresuraron para obedecer la orden.

Denver salió al galope con Luna Blanca en medio de silbidos, vítores y palabras de elogio por la hazaña lograda. Sarah se negó a sentir admiración por el señor Harris.

—Cuando se marche que se lleve el caballo con él —le espetó enfurruñada a Águila

Negra en cuanto lo tuvo de nuevo cerca.

—¿Crees que se irá, Sarah Lee? Ni tan siquiera tú eres tan inocente como para pensar eso —respondió con humor el indio.

—Es un ranger. Tiene su vida fuera del rancho. Nada lo retiene aquí —rebatió ella con presteza.

—Por supuesto. ¿Qué hombre podría desear vivir en un confortable y próspero rancho, y tener a una bonita mujer a su lado? —ironizó con un bufido el capataz.

—No se quedará. Conozco muy bien a Denver Harris. No te hagas ilusiones con lo que quiera que estés pensando. Nunca se atará a nada —sentenció. Sarah suspiró con fuerza y se dio media vuelta dispuesta a ayudar a preparar el almuerzo. El espectáculo había terminado y no deseaba ver la cara de suficiencia del ranger cuando regresase triunfante de su carrera. Y esa cabalgata sería larga si él pretendía afianzar el vínculo que había entablado con el caballo.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó el otro hombre de confianza de Sarah.

—El amor, Jeremy —respondió Águila Negra a su amigo.

—¿Amor? —preguntó el señor Andrews con cara de pánico—. ¿Qué clase de locura te ha hecho hablar de amor? Tú que no deseas ni retozar con una mujer con asiduidad… Huyes de ellas como si fueran el mal de los hombres.

—Nah. Solo sucede que no quiero ser un tonto enamorado como el herido de Sarah.

—¿Está enamorado de ella? —Jeremy sentía que se había perdido muchas cosas.

—Eso espero, porque la ha besado. Y si no está enamorado me las veré con él a punta de pistola.

—¿¡La ha besado!? —Si era así, ¿su amigo se atrevía a decirlo así de tranquilo?

—Deja de repetir todo lo que yo digo en forma de pregunta.

—¡No puedo hacer eso! Acabas de decir que la ha besado y no lo has zarandeado ni magullado ni un poco. Él sigue andando tan fresco como una rosa. Lo cual me recuerda que parece que ya va a poder salir de la habitación, si puede cargarla en brazos, montar a esa mala bestia y besarla… Creo que es momento de que siga su camino o ayude con las tareas del rancho.

—Justo lo que estaba pensando. Lo esperaré en los establos para hablar con él. Aprovecharé para limpiar los cubículos.

—¿No vas a explicarme nada?

—Te lo he contado todo.

—¿Y cuándo piensas informarme de lo que haremos sobre los rumores que hay sobre Sarah en el pueblo? —preguntó él con una ceja levantada. Estaba enfadado porque el indio no le contase nada acerca de la señorita Foster. Ella era responsabilidad de ambos.

—¿Qué rumores? ¿Alguien se atreve a hablar mal de Sarah? —Sintió la sangre comenzar a hervirle.

—Tú los sabes.

—¿De qué hablas?

—Ella me ha explicado que en el pueblo dicen que está intimando con el viudo.

—¡Ah! —Jeremy esperó un rato para obtener una explicación y lo que consiguió fue escuchar la risa del indio.

—¿«Ah»? ¿Qué significa eso?

—No hay tales mentiras. Lo inventé para que ella comprenda que no puede seguir manteniendo en la recámara al viudo. No es bueno, ni para él ni para ella. Solo le di un pequeño

empujón para que se decidiera a dar un paso o retrocediese. Parece que ha decidido retroceder. Imagino que Harris tiene mucho que ver en la decisión.

—¿Ella no lo golpeó cuando la besó? Recuerdo que cuando Donald Ramsee intentó besarla a traición, ella le asestó un buen rodillazo… ya sabes dónde.

—No solo no lo ha agredido, creo que se ha mostrado excesivamente receptiva. —Fue un momento muy incómodo para él. Era como ver a su hermana pequeña… La piel se le erizó con el recuerdo. Tenía que olvidar aquello.

—¡Debiste haberlo golpeado por propasarse con ella! —Él le hubiera dado una buena tunda.

—Lo haré si no sale bien —expuso enigmático. Una vez más, el indio se marchó sin dar mayor explicación.

—Ya sabía yo que no dejarías que nadie calumniase a nuestra Sarah Lee Foster… Lo que nunca esperé fue oírte pronunciar la palabra amor. —Se dijo Jeremy en alto a sí mismo, pues su amigo ya estaba entrando en el establo.

Capítulo 4

Un par de ramos de flores

Estuvo más de dos horas cabalgando con Luna Blanca. Sintió el viento sobre su piel. El sol calentarlo. La libertad de cabalgar por el simple placer de hacerlo. Sin nadie a quien rastrear, sin temor a recibir un tiro por la espalda. Con una casa a la que regresar. Con ella. Sarah Lee Foster.

La había besado. Y no solo eso. La acarició, no tanto como le hubiese gustado, porque si le hubieran concedido un deseo, habría pedido tenerla durante un día entero y sin una sola capa de ropa.

Y lo más desconcertante fue que la codiciada Sarah Lee le respondió de un modo que… creyó que se consumiría por las brasas de la lujuria. Había hecho bien en el pasado. Mantenerse lejos de ella fue una decisión acertada. En algún momento, durante estas semanas, la cosa se torció. Había desarrollado un sentimiento protector y posesivo demasiado intenso que culminó en deseo cuando la tuvo entre sus brazos. No tenía la suficiente fuerza para estar alejado de ella. No mientras estuviera residiendo en su rancho. ¿Quería irse? No lo sabía con seguridad. Porque, por un lado, deseaba descubrir hacia donde llevaba todo lo que concernía a Sarah Lee. Por otro, debería hacerlo. Huir. Él no era nadie. No tenía nada. Solo una vida de miseria encerrando a los indeseables. Si se quedaba en el Sarah Love se arriesgaba a… No lo sabía, pero consideraba que no la merecía. Ella era algo inalcanzable que no fue creado para Denver.

Bastardo afortunado. Era lo que solían decirle cuando se referían a él. En estos momentos se sentía así. ¿Qué había hecho él para merecer la salvación? ¿Para poder besar a la mujer con la que se negó a fantasear en su juventud? Nada. Nada en absoluto. Todo lo contrario,

pues trató de mantenerla lejos porque él no era bueno. Toda la vida le habían convencido de que estaba manchado por el pecado y hubo un tiempo que lo creyó como si fuese la palabra de Dios.

No podía seguir negando que Sarah Lee no le importaba. Tampoco que no la desease. Era pensar en esa muchacha y algo le hacía querer rodearla en sus brazos, acunarla y no desprenderse de ella por toda la eternidad. Malos pensamientos para un hombre que había matado a tanta gente en los últimos cinco años.

¿Amor? Salvo la preocupación y el cariño que le otorgó su madre, nunca sintió nada más. ¿Cómo reconocer pues lo que era el amor? A su madre la quería muchísimo, pero era otro tipo de sentimiento muy diferente del que le inspiraba Sarah Lee. La joven lo tenía muy pendiente de ella. No podía imaginar que algo malo le sucediese. Solo por haberla visto en el suelo sintió que la vida se le escapaba.

La rubia le espetó que no tenía derecho a protegerla o a meterse en sus asuntos. Probablemente así fuera. No era su esposo. Pero daría otros cinco años de penitencia al servicio de la ley para que ella accediera a ser suya.

Algo del todo imposible porque Denver Harris no tenía nada. No era nadie. Dos besos robados. Ese sería él para ella.

Pero luego Águila Negra no le había pegado como sucedió la primera vez que se atrevió a tocarla. Es más… había percibido cierto… No sabía cómo llamarlo, pero no era odio o ira por un acto que no debió haber llevado a cabo. Ladrón de besos. Era muy débil en lo que concernía a la señorita Foster y si se quedaba… Si ella no ponía freno a sus ilusiones, podrían acabar todos en problemas.

Tal vez fuera momento de hablar con el indio y averiguar ciertas cosas, porque Connor existía y no sabía de dónde demonios salió ese niño. Águila Negra le había dicho que ella no era su mujer. Así que era necesario conocer si existía alguien en la vida de Sarah Lee para poder decidir qué hacer con respecto a esto que le estaba inundando el pecho. Nunca lo había sentido con tanta intensidad. Ni cuando la miraba en secreto siendo más joven. Lo de ahora parecía una fiebre que no podía aplacar y la única cura era la propia Sarah Lee.

Como si sus plegarias comenzasen a surtir efecto, encontró a la persona con la que deseaba hablar. Águila Negra estaba en los establos trabajando. Si fuese honesto, le hubiera gustado regresar y que Sarah Lee lo hubiese estado esperando embelesada y preocupada a partes iguales. No tuvo esa suerte. Bajó del caballo, le dio unos toques y cerró el cubículo.

Llegó hasta el capataz y lo vio dejar el rastrillo a un lado y quitarse los guantes. No le parecía que estuviera en una actitud hostil, pero sí percibía que lo miraba con perspicacia.

—¿Está muy enfadada? —Denver rompió el silencio.

—Ha dicho que el caballo es tuyo. Creo que no diría que está furiosa contigo.

—¿Voy a tener problemas por lo que pasó dentro de la casa? —lo sondeó con cautela, refiriéndose al beso.

—Creo que ya los tienes.

Denver suspiró. No tenía caso negar lo evidente.

—Me parece que me he metido en un buen lío —razonó, no estando muy seguro de si lo sucedido con la tejana era bueno o malo.

—¿Qué planes tienes?

—No los tengo.

—Entonces no debiste acercarte a ella. Mucho menos abrazarla delante de los hombres. No sé si eres consciente de lo que has hecho.

—Protegerla. Y no fue un abrazo. Solo la recogí del suelo porque ella estaba herida.

—¿Sabes cuántas veces ha dado con el trasero en el suelo del picadero? Muchas. Nunca nadie fue a sujetarla entre sus brazos. Mucho menos la besó después.

—¿Qué pretendes que haga? ¿Que me disculpe? No sería el primer hombre en robar un beso a una chica honrada.

—Dos besos. Dudo que lo hayas olvidado, porque vi cómo la mirabas aquella noche y no solo esa noche. Su padre también se dio cuenta de que ella no te era indiferente. Y no es nada en comparación con lo que haces ahora, cuando la observas sigiloso, admirando cada detalle de Sarah.

—¿Pretendes que me case con ella? —Denver soltó una risa—. No negaré que era un joven ansioso, y que Sarah Lee siempre fue la mujer más bonita del pueblo. Sin embargo, ella no me consideraría jamás para el puesto.

—¿Quieres casarte con ella?

—Sarah Lee nunca me aceptaría.

—No he preguntado eso.

—No tengo nada más que responder a tu cuestión.

Los dos hombres se miraron con fijación en un minuto que fue incómodo. Águila Negra rompió el silencio.

—Te quedarás en el rancho hasta que pagues por las más de tres semanas de cuidados, alimentos, ropa y besos…

—¡Fue solo uno! —se defendió.

—Dos. Fueron dos. Considérate afortunado de que no añada un extra por las veces que Sarah te tocó, lavó y… Bueno. Tampoco pondré en la cuenta el caballo, porque ella te lo ha regalado.

—Eso dijiste cuando entré. ¿Por qué me lo da?

—Porque te lo has ganado. Ella está reconociendo tu valor y te premia por ello.

Denver resopló.

—No creo que lo vea así.

—El tiempo que estés en el rancho trata de conocer mejor a la mujer con la que quieres casarte, ¿de acuerdo? Seguir mi consejo te ayudará a lograr tus planes.

—No he dicho que me vaya a quedar. Yo no pedí nada por lo que pretendes hacerme pagar. Bien pudo haberme dejado en la zanja del camino y olvidarse de que existí. De hecho, dudo que recordase mi nombre hasta que volví a aparecer por accidente en su vida. —En ese momento se fijó en que el indio sonreía—. ¿Qué es tan gracioso?

—Que no hayas negado que quieres casarte con ella.

—¿Qué hombre en su sano juicio no desearía a una mujer como ella a su lado, en su lecho?

—No me gusta que hables así de ella. Es una dama y merece tu respeto —lo llamó al orden.

—Si fuera mi esposa… ¿no estaría en mi cama? —rebatió como si hubiese dicho una verdad universal.

—Pero no lo es y por lo tanto la respetarás. No más besos, no más… nada hasta que consigas que te acepte.

—¿Cuánto tiempo debo quedarme para pagar lo que parece ser que debo?

—El que haga falta.

—Es excesivo.

—¿Acaso quieres irte?

—No —dijo más rápido de lo que hubiese deseado admitir.

—Me lo imaginaba.

Hubo un silencio entre ambos hombres. Harris carraspeó.

—¿Y si no me acepta?

—Haz que lo haga.

—Claro. Cosa fácil. ¿Y si no llueve? Pues haz que llueva —se mofó de él poniendo un tono burlón—. Necesito algo más que eso.

—No la beses, no la lastimes, no la enfades y no hagas que quiera echarte de su rancho a punta de pistola. Si sigues esas pautas, todo irá bien.

—No ofreces demasiada ayuda.

—Estoy tratando de no recordar que la has tocado sin tener ningún derecho sobre ella. De otro modo, y si no supiera que eres Colt El Rápido, habría sacado mi Winchester y habría tratado de matarte. No soy un cobarde, pero no me gustaría probar tu destreza frente a la mía, porque no quisiera que Sarah Lee nos tuviera que enterrar a uno de los dos… —Se quedó pensando un momento—. O tal vez terminásemos ambos en una caja de pino, porque mataría al que sobreviviese.

—¿Hay algo que no sepas? —No estaba demasiado impresionado de que Águila Negra estuviese al tanto de su identidad como Colt El Rápido. Se decía que ese indio tenía un pacto con el diablo. Harris no sabía de dónde había salido ese rumor y no tenía especial interés por averiguarlo.

—Lo que me interesa debo conocerlo. Jeremy Andrews y yo le hicimos un juramento al señor Foster en su lecho de muerte y lo cumpliremos hasta el fin de nuestros días —expuso

solemnemente.

—¿Puedo saber qué fue?

—Protegerla y velar por ella hasta que encontrase un esposo que lo pudiera hacer. Y aun así, no te librarías tan fácilmente de nosotros porque te estaremos acechando a cada paso. Sarah es familia. Y por la familia mataremos si hace falta. ¿He sido claro?

—Por completo. Ahora quisiera saber si puedo hacer mis preguntas…

—Dilas.

—Poca gente sabe quién soy.

—Vi un cartel tuyo en la oficina de telégrafos. Eres un héroe. Se dice que has apresado a más de un millar de hombres.

—Exageraciones que ensalzan la leyenda. He visto ese cartel que dices y no se parece en nada a mí.

—Los ojos. La forma de los ojos fue lo que me dio la pista.

—¿Por mis ojos? No pretenderás que me crea algo tan pobre.

—Eres el único hombre que ha besado a Sarah. El único al que sentí ganas de estrangular hasta ver cómo tus ojos negros se salían de sus cuencas. Nunca olvido unos ojos.

Silbó. No porque el indio hubiera levantado las manos y las hubiese exhibido como si estuviese agarrando del cuello a un hombre. Sino porque saber que Sarah Lee no había sido besada más que por él fue una sensación pletórica que lo llevó a un lugar muy desconocido para Denver. Mitad felicidad, mitad orgullo varonil. Solo él había tocado sus labios. ¡Qué ansioso estaba por volver a robarle otro beso de ese calibre! Solo el bastardo afortunado de Denver Harris probó la dulzura de su lengua. Carraspeó incómodo cuando se fijó en que Águila Negra estaba mirándolo con una ceja alzada.

—Creo que no volveré a besarla… Le tengo aprecio a mis ojos. —Mintió descaradamente. Trataría de comportarse con ella, pero…

—¿Qué más quieres saber? Porque es la hora de cenar y si tardamos mucho, no quedarán ni las migas del pan.

—¿De quién es Connor? ¿Es hijo de ella?

—Denver Harris, siento ganas de sacar el Winchester y darte con la culata en tu dura sesera. ¡Estás poniendo en entredicho el honor de Sarah Lee Foster! —gritó con enfado.

—¿Qué quieres que piense cuando veo a un niño pequeño que a cada rato la abraza? Es obvio que ella también lo adora. La señora Rolser es demasiado mayor para tener un chiquillo, su hija, la señora Kurki, no lo mira como Sarah Lee lo hace.

—¿Por qué la llamas Sarah Lee siempre? Todos la llamamos por su primer nombre. —No pudo detener la pregunta que hacía tiempo que deseaba hacer.

—Precisamente. Quiero ser el único que la llama así. —Había contado sus secretos como un petirrojo. ¿Qué más daba uno más que menos?

Águila Negra soltó una risotada sincera.

—Sabía que no me equivocaba contigo. Has tardado cinco años en regresar, pero no importa porque al fin estás aquí. El señor Foster estaría contento. Te admiraba. El padre de Sarah te admiraba.

Los dos comenzaron a ir hacia la casa. El sol se estaba poniendo.

—¿A mí?

—Sí. —Cabeceó un par de veces—. Tú le recordabas a él. Lo oí decirlo un par de veces. Le agradabas y le encantaría saber que la amas.

—Yo no he dicho que la ame —rebatió con presteza.

—No hace falta. Esas cosas no se dicen. Se perciben, y tú, amigo mío, estás en apuros…

—Sí, sí, ya… —Denver se detuvo ante la puerta de la entrada de la casa—. Pero no me has explicado todavía la procedencia de Connor. —Sobre lo otro que el indio había apuntado no iba a comentar nada.

—Todo lo que necesitas saber es que no es hijo de Sarah y que ella siente un cariño muy profundo por el niño.

—Pero…

—Entremos a cenar. No queremos enfurecerla más.

El señor Travis Hutson, conocido como Águila Negra, lo dejó con la palabra en la boca y entró para sentarse a la mesa. Denver se tragó una maldición. El asunto del niño le picaba la curiosidad, pero estaba más tranquilo, pues descubrió que seguía intacta. No era madre. No había otro hombre que pudiera interferir en el destino. Contaba con las bendiciones del guardián de ella.

Así que entró en la casa muy animado con las perspectivas, exhibiendo una brillante sonrisa socarrona que le dedicó a Sarah Lee. Estuvo satisfecho cuando la vio agachar la mirada y ponerse roja, tanto como el tomate que acompañaba el asado de ternera que había preparado la señora Rolser.

Apostaba su miseria a que ella estaba pensando en su beso… Y también en la forma varonil y sudorosa con la que había sometido al caballo. Olfateó alrededor suyo. Bueno… sería conveniente que cuando acabasen de cenar se diera un baño. Si iba a cortejarla, lo suyo sería mostrar su mejor aspecto.

***

Fue un día muy extraño para la señorita Foster. Perturbador también. En especial turbulento. Y la cosa no parecía mejorar, porque desde esa misma mañana, antes de que Denver Harris demostrase que la sangre de Texas corría ferozmente por sus venas y se hiciera con el respeto de Luna Blanca, reposaba sobre la repisa de la chimenea una carta que no tenía demasiadas ganas de leer.

Así que después de haber ayudado a la señora Rolser a recoger la cocina y con el salón tranquilo, se acercó al lugar para tomar entre sus dedos la misiva de Jack Lowell. Todavía continuaba en Austin y si había mandado noticias no serían especialmente alentadoras. Le gustaba mucho tener a Connor con ella. Le recordaba tanto a Leah… El pequeño heredó los ojos azules y el cabello dorado de su madre. Era el vivo retrato de su mejor amiga cuando ella era una niña. Connor le daba mucha paz porque era como tener a Leah a su lado de nuevo.

Mientras contemplaba el papel, suspiró. Un niño. Un hijo. Alguien a quien poder amar, al que le enseñaría todo lo que había aprendido de su padre. Un niño que sería malcriado por sus trabajadores y al que Águila Negra le enseñaría a disparar. Jeremy Andrews le hablaría de mujeres, porque era un truhan, y le enseñaría a coquetear con las damas.

Se sonrió al imaginarse sosteniendo a un bebé. A su retoño. Un pequeño hijo de Texas que dominaría al ganado, que susurraría a los caballos y que haría que el Sarah Love fuese aún más grande de lo que era. Águila Negra tenía razón. Debía pensar en el futuro, y era primordial engendrar a un heredero de la fortuna de los Foster y del rancho. Lo inconveniente era que para hacer algo como eso debía encontrar a un esposo.

Compuso una mueca. Esa tarea le causaba desasosiego. Ningún hombre se atrevía a acercarse a ella porque Águila Negra no lo permitía. Incluso muchos habían creído que ella le pertenecía al indio. Un error, porque no podía pensar en sus dos guardianes como hombres a los que desposar o con los que ejercer sus derechos maritales. Todo sería un poco más fácil si se hubiera enamorado de uno de ambos. Aunque eran siete años mayores que ella, haberse criado junto a ellos, bajo el manto protector de ambos rudos vaqueros, no veía más que a su familia.

—Buenas noches, señorita Foster. —Una voz masculina, más bien de tono fino, hizo que Sarah se girase.

David Calm estaba en la puerta sosteniendo un ramo de flores. Margaritas para ser exactos.

—¡Oh! —exclamó cuando el joven que tendría su edad se acercó a ella para darle el obsequio. Sarah dejó de nuevo la carta sobre la repisa de la chimenea y tomó las flores. Las olió y le sonrió al vaquero.

El señor Calm llevaba tres meses trabajando con ellos y había notado que se ponía tremendamente nervioso cuando ella estaba cerca, pero lo achacó a la timidez.

—Verá, señorita… —Se paró para elegir sus palabras. Pasado un minuto comenzó a hablar—: Yo, no soy un hombre que tenga mucho para entregarle, pero creo que debo probar fortuna con usted. Todos hemos visto a su herido. —Sarah rodó los ojos. ¡Estaba harta de ese apelativo que le habían puesto a Denver Harris!—, demostrar su interés por usted y creo que… que… En fin, un hombre ha de ser valiente para intentar luchar por lo que desea. Me gustaría cortejarla y que me diese una oportunidad. Más allá de su fortuna y tierras, que son una tentación para cualquier hombre… Yo, bueno, estaría encantado de ayudarla… Porque su fortuna… —Llegado a ese punto el muchacho se frenó en su exposición. Y maldijo por lo bajo—. Estoy haciendo un lío con todo esto. Ahora creerá que solo me importa su rancho y dinero cuando es todo lo contrario. Yo me casaría con una mujer poco agraciada y pobre, no quiero decir que usted lo sea… ¡Maldita sea! —dijo en alto esta vez al tiempo que se pasaba una mano por el pelo—. No me había declarado antes a ninguna dama y usted impone mucho. Tiene demasiado carácter, es tan fuerte como un hombre y la he oído maldecir como uno de ellos. ¡Infierno! —soltó de súbito el pretendiente al verla mirarlo con los ojos como platos—. Ya le he dicho que no soy bueno en mis declaraciones de amor. Me gustaría tener la destreza de poder recitar algo bonito, un poema tal vez, pero no soy capaz. Trataré de resumir la cuestión y no volver a meter la pata. —El joven hincó la rodilla derecha en la tabla, que estaba un poco suelta, del suelo. Tomó la mano libre de Sarah—. Esto es lo más parecido a recitar un poema que sé hacer. Espero que sirva para solicitar formalmente su mano, señorita Foster, porque nada me haría más feliz… más dichoso, que el hecho de que usted aceptase mi mano en matrimonio si es que después de cortejarla…

Sarah se acordó de que tenía que respirar. Tragó saliva y carraspeó con incomodidad. David Calm no era un candidato desdeñable. Era alto, no demasiado apuesto, pero con unos ojos verdes muy bonitos. Era sincero y había hecho buenas migas con Águila Negra. El indio era como un detector humano de hombres malvados.

Le vino a la mente la idea de engendrar un hijo. No se cerraría ninguna puerta. No cuando la carta de Jack Lowell estaba lista para ser leída, y probablemente vendría pronto a recoger a Connor y se convertiría en una tentación para ella.

—Por favor, señor Calm, levántese.

—¿Eso es un no? —preguntó avergonzado y con la cara roja carmesí. Sarah lo obligó a ponerse en pie.

—Me halaga con su propuesta. No es una negativa, pero tampoco una aceptación. Necesito un poco de tiempo para valorar su amable proposición.

—¡Oh! Lo cierto es que los muchachos me habían dicho que no tendría ninguna posibilidad contra su herido. —Sarah suspiró. No se iba a molestar en rectificar a nadie más sobre esa cuestión—. Supongo que es justo que valore sus opciones antes de encadenarse a un hombre para el resto de su vida. Si le apeteciera, me gustaría mucho acompañarla el domingo a la iglesia.

La señorita Foster le sonrió con afabilidad.

—Será un placer que nos acompañe a Águila Negra, a Jeremy Andrews y a mí el domingo. Muchas gracias.

—Ah… —Pareció desilusionarse. Se recompuso—. ¿Podría no comentarle nada al capataz hasta que tome una decisión? Y en caso de que no me acepte, creo que no haría falta que el señor Hutson —no se atrevía a usar su nombre indio —se entere. ¿Le parece bien?

—Un arreglo de lo más natural. —Estuvo de acuerdo Sarah.

—La dejaré tranquila, señorita Foster, muchas gracias por atenderme.

—Gracias a usted, señor Calm. —El hombre se marchó del salón en dos zancadas. Casi parecía que temiera que Águila Negra se presentase y lo retase a duelo por haberle hecho una proposición.

Se rio con ligereza mientras se encaminaba hacia la cocina para buscar algún recipiente donde poner las flores. Justo en el momento en el que entró, vio una silueta masculina. El hombre estaba de espaldas abriendo la puerta trasera de la casa.

—¿Señor Harris? —Conocía demasiado bien esa espalda fuerte y ancha. Le pareció oírlo mascullar algo por lo bajo, pero no llegó a entenderlo.

—Uhm, buenas noches, señorita Foster —la saludó, sin girarse para mirarla.

—¿Va a salir tan tarde? —Después de lo vivido entre ambos le parecía buena idea tratarlo con suma formalidad.

—Me apetece tomar el fresco.

—Señor Harris, tenga la delicadeza de mirarme cuando se dirija a mí. Es de muy mal gusto hablar con su espalda. —En el oeste no primaba demasiado la etiqueta exigente, pero sí había educación y cortesía. Él no la estaba demostrando en absoluto.

—No quiero.

—¿Perdone?

Sarah dejó las flores cerca de la pila y avanzó dos pasos hasta llegar a su posición. Se colocó en el lateral, preparada para regañarlo por su falta de modales. Entonces se quedó muda.

Denver Harris había estado al otro lado de la cocina escuchando a hurtadillas lo que era una declaración muy desacertada, que hubiera esperado que ella declinase con elegancia. No rechazó al pretendiente. Y cuando oyó que todo se quedaba en silencio, intentó salir rápidamente

del lugar, pero ella lo había sorprendido, llevando entre sus manos un puñado de flores salvajes blancas, que no sabía ni de qué clase eran. No tenía escapatoria, así que se dio la vuelta para mirar a Sarah Lee. Levantó el mentón dispuesto a no mostrarse avergonzado.

—Preciosas flores —dijo ella con cierta sorpresa.

—Sí, bueno, me apetecía tener algo así en la habitación.

—¿Son para ti…? —Cambió a la informalidad sin darse cuenta de que lo hacía.

—Sí. ¿Qué tiene de malo que un hombre recoja unas pocas flores para adornar su estancia? —preguntó con molestia. Sarah se tragó una sonrisa.

—Nada, nada. Solo que estamos hablando de ti. Precisamente nunca creí que serías el tipo de hombre que *corta* flores para adornar una casa…

—¿Vas a volver a recordar lo del pelo? —La veía maquinando algo. Sus expresiones eran muy claras. Ella iba a darle algún tipo de reprimenda, y puesto que siempre hablaba del crimen más grande que él cometió siendo niños, estaba seguro de que aquel momento en la escuela saldría en la conversación. Más por el modo en el que ella arrastró la palabra *cortar*, en su exposición.

—Sí. Me temo que era precisamente lo que iba a hacer, pero puesto que parece ser que Denver Harris tiene sentimientos y recoge flores para adornar su habitación, estaba buscando la mejor forma de no herir tu sensibilidad cuando sacase a colación el hecho de que sabía que usabas las tijeras para cortar el cabello a las niñas, pero no para recolectar flores.

—¿Te sientes mejor ahora que ya lo has dicho? —preguntó con seriedad.

Ella le sonrió.

—Lo cierto es que sí.

—¿Puedo salir ya a tomar el aire o vas a echarme en cara algún acto malvado que hice

en el pasado?

—Estoy valorando la posibilidad de seguir exponiendo tus pecados. Pero me temo que no puedo hacerlo.

—¿Qué te lo impide?

—El hecho de que estés tan bien peinado, con la ropa limpia y que te hayas dado un baño. Y por supuesto llevas flores para adornar tu habitación.

—Eso he dicho. Me he bañado porque el caballo que yo he conseguido domesticar —expuso con orgullo para darle a ella un poco de su propia medicina—, ha hecho que tuviera que hacerlo. Me he peinado porque un hombre debe ir decentemente. Mi ropa está limpia porque la señora Rolser ha tenido la amabilidad de limpiarla.

—Y llevas flores porque quieres decorar tu habitación —repitió una vez más mientras se tragaba una carcajada.

—Eres como un perro con un hueso.

Sarah se sonrió de lado.

—¿Vas a darme las flores de una vez o seguirás manteniendo la historia de que son para ti? —Decidió darle un empujoncito mientras tendía la mano para tomarlas.

Él frunció el ceño ante esa pregunta.

—¿Las quieres?

—Solo si son para mí.

—Esas de ahí son más bonitas. —Cabeceó hacia donde reposaban las margaritas.

—No hay flores más bonitas que otras, sencillamente son diferentes. —Sarah carraspeó y movió la mano para que él se diera cuenta de que seguía esperándolas.

Vio el momento exacto en el que se colocó la máscara.

—Te he dicho que son para mí. Tú tienes tus propias margaritas de tu enamorado. Conténtate con ellas.

El ranger abrió la puerta y salió sin que Sarah pudiera alegar nada más. La señorita Foster pateó el suelo para desterrar su furia por ese hombre terco. Se tranquilizó, buscó el jarrón más bonito que encontró y colocó las flores en el centro de la mesa del salón. Sí. Denver Harris las vería mañana a la hora del desayuno y esperaba que le dieran dolor de barriga.

Cuando se giró para buscar la misiva, no se vio con ganas de leer las palabras de Jack. Subió a su habitación y se encerró.

El problema fue que el encierro no duró más que una hora y media. No podía dormir. Estaba harta de dar vueltas y más vueltas en el lecho. Salió de la habitación de puntillas y al ver que no había nadie bajó con el camisón blanco de algodón.

No dejó de pensar en la carta y necesitaba leerla.

La tomó en los dedos y la abrió. Sus ojos volaron sobre las palabras. Cuando terminó, la dejó en el cajón que había en una de las mesillas.

Se sentía tan irritable que decidió prepararse un baño para tratar de templar los nervios.

Salió de la casa para achicar el agua. Se quedó mirando el suelo. Las supuestas flores que estaban destinadas a adornar la habitación del ranger estaban en un lateral tiradas.

—Hombre terco… —susurró.

Las recogió. Entró, las colocó en un recipiente adecuado y las dejó sobre la chimenea. Poco después, llevó unos cuantos cubos a la zona donde estaba la bañera, justo detrás de la

cocina.

Calentó el agua y cuando estuvo todo listo se metió.

Cerró los ojos tratando de no pensar en la carta de Jack. Era imposible no hacerlo.

Le decía que llegaría dentro de unos días y que quería hablar con ella con seriedad. Le explicaba que no estaba dispuesto a darse por vencido con facilidad y que necesitaban aclarar las cosas antes de que él hiciese algo drástico, como mudarse.

Sentía terror. Jack Lowell vendría al Sarah Love y no hacía falta ser adivino para imaginar lo que pretendía de ella. No podía seguir así. El pasado debía enterrarse, pero por algún extraño motivo no podía hacerlo. Jack era su amigo más querido, su primer y gran amor. El hombre al que nunca pudo aspirar. Con el que no podía casarse. No, cuando Sarah fue testigo de la devoción que ese buen hombre le había profesado a Leah. No podía estar junto a un esposo del que siempre despertaría sus celos. Jack nunca olvidaría a Leah, porque ni ella misma lo haría jamás. Era una persona excepcional. Buena, dulce, llena de vida, amable. Leah merecía el respeto de ambos. No importaba que no estuviera, sencillamente Sarah sabía cómo era ella y temía que, si sucumbía a la tentación que suponía Jack, la vida de ambos sería miserable.

Tenía que hacer algo al respecto y hacerlo pronto.

Salió de la bañera con la mente más despejada y el corazón un poco más ligero.

Se dirigió a la silla donde colgaba la toalla y dio un pequeño grito.

—Lo si-sien-to —tartamudeó Denver Harris, parado frente a ella sin apartar la vista. Los ojos recorrían el cuerpo desnudo de Sarah Lee y creía que incluso podría estar cayéndole la baba por un borde de los labios inferiores.

—¡Date la vuelta! —le ordenó con enfado.

—¡Oh, sí! Lo haré en un momento. Solo un minuto.

—Nada de un minuto. ¡Ahora! —Se afanó en tapar sus pechos con una mano y la otra la colocó sobre sus claros rizos húmedos. ¡Toda ella estaba mojada y no podía llegar hasta la toalla si él no se giraba!

—Un minuto. Tengo que memorizar cada parte de ti.

—¡Denver Harris, date la vuelta o lo que vas a memorizar será una bala yendo hacia tu entrepierna! —dijo perdiendo la compostura y totalmente avergonzada.

—Quedan treinta segundos.

—¿Estás contando el tiempo?

Hubo un silencio.

—Quedan veinticinco —dijo él ante la mirada severa de ella.

—¡Date la vuelta o gritaré tan alto que todos vendrán!

—No creo que quieras que eso suceda… —dijo sin apartar la vista ni un ápice. Si los pillaban así estarían casados esa misma noche.

—¡Aggg! —gruñó al tiempo que se dio la vuelta para coger la toalla. No importaba si veía sus pechos y el resto. Él no parecía querer desviar la mirada. Ella no deseaba seguir siendo contemplada.

—Alabado sea el Señor. Son las posaderas más perfectas que alguna vez vi, incluso con el morado que te hiciste por terca, se ven sublimes. No puedo creer que al fin esté consiguiendo el retrato más íntimo de Sarah Lee. Creo que ya puedo morir en paz… —Sarah maldijo con fuerza. No importaba dejar de ser una dama ante un hombre tan lascivo como él. ¡Oh, sí!, el tono ronco y cargado de deseo de él era más que evidente. Se colocó la toalla y se giró.

—Creo que el minuto hace varios segundos que terminó —le recordó ella.

—Podría ser. En cuanto he visto tus… tus… Tu trasero —dijo al fin—, he perdido la cuenta definitivamente. Creo que podría necesitar otro minuto más para contemplarte desde detrás. Has sido demasiado rápida.

—Siempre supe que no había una pizca de caballerosidad en ti.

—En estos instantes coincido contigo. Creo que nada en este mundo hubiera conseguido que yo no te viese… completa. Incluso si Águila Negra hubiera entrado con el Winchester hubiese sido incapaz de moverme.

—Ya lo creo que lo habrías hecho. —Estaba segura de ello.

—No, en absoluto. No hubiera conseguido que despegase los ojos de ti y menos que saliera antes de poder memorizar —alzó las manos y dibujó al aire su silueta— ¡todo! Sencillamente eres la perfección hecha carne.

—No me gustan esos halagos —señaló enfurruñada.

—Son los únicos que puedo pensar en estos momentos. Y créeme, soy consciente de que piensas que he actuado como un auténtico canalla, pero prefiero que opines eso a que me consideres estúpido.

—¿Estúpido? ¿Por qué debería considerarte algo como eso? Creo que eres libidinoso y un lascivo, pero sé que no eres estúpido.

—Si me hubiera dado la vuelta y respetado tu intimidad, habrías considerado que soy estúpido, porque un hombre sensato, aunque no inteligente, habría primado tu pudor sobre el hecho de recorrer con la mirada tu cuerpo desnudo. Además, creo que merecía la oportunidad porque tú conoces el mío tanto o mejor que yo mismo.

—Eso no es justo. ¡Yo estaba tratando de que no murieses!

—Bueno… —comenzó a decir él despreocupadamente—. Si quieres, podemos pensar que esto ha sido porque tú estabas en peligro.

—¡Yo no estoy en peligro! —¿Por qué no se iba él y la dejaba sola? Y lo más apremiante de la cuestión: ¿cuál era el motivo por el que no lo echaba a patadas de la estancia? ¡Sarah estaba prácticamente desnuda en presencia del maldito Denver Harris!

—Oh, sí. Lo estás. Si pudieras leer mi mente, estarías escandalizada con mis pensamientos poco… caballerosos. Más bien son los de un rudo vaquero… en celo —confesó, admirando una vez más toda la piel lechosa de ella. No había pedazos morenos casi por ninguna parte. El sombrero y la ropa la protegían bien de los rayos del sol. ¡Quién pudiera ser su camisa o sus pantalones para acariciar ese perfecto cuerpo!

—¡No puedes decir esas cosas! —lo amonestó, haciendo una mueca de total enfado.

—Lo sé. No debí haber bebido media botella de *whisky* en el *saloon*. Tal vez fue algo más que media botella. No lo sé. Pero lo que sí sé es que no puedo dejar de hablar, de mirarte y de imaginar que…

—¡Vete! —Sarah Lee estiró el brazo derecho muy bruscamente para señalar la salida de la cocina. Lo hizo de tal modo, que la toalla cayó al suelo.

—Juro que intento marcharme, pero tienes un poder sobre mí que… Y el *whisky* parece que no está ayudando a que haga lo que debo.

Sarah Lee lo veía acercarse a ella como si fuera un lobo. La hizo sentir una gallina desprotegida del corral y por eso no se atrevió a moverse y recoger la prenda que la había estado cubriendo hacía un momento.

—¡No te acerques! —dijo. La miraba de un modo que la tenía inmovilizada.

—Solo un beso, te lo juro por mi inteligencia, porque creo que honor no me queda. Un beso y te soltaré. ¿Puedo darte un beso, Sarah Lee? —preguntó al borde de la agonía.

No pudo responder. Las manos de Denver Harris estaban rodeando su cintura. Comenzaron a acariciar su espalda con el pulgar. Estaba delante de ella mirándola con una súplica tan cruda… Con una necesidad tan visceral… No se atrevió a decir nada. Le llegó el olor

a alcohol.

—¿Cuánto has bebido?

—Bastante, pero no lo suficiente para forzarte a hacer algo que no quieras —confesó con honestidad.

—¿En el pueblo tú… en el Orient Saloon… tú…? —No se atrevía a hacer la pregunta. No por vergüenza sino por las reacciones que podría desencadenar su respuesta.

—¿Qué?

—¿Una mujer?

—¿Qué?

—¿En el pueblo… en el Orient Saloon…? —No deseaba preguntarle abiertamente si había subido a las habitaciones del *saloon* para… *eso*.

—¿Estarías celosa? —preguntó con un brinco de esperanza en su corazón. Sarah se veía ciertamente celosa.

—Decepcionada —se apresuró a responderle.

—Lo último que quiero es decepcionarte. Lo primero… besarte —apuntó con la voz cargada de deseo.

—No debes besarme —susurró casi contra sus labios.

—Anhelo demasiado hacerlo como para resistirme. —Todo en el ambiente y la disposición de ella invitaban a no abandonar la improvisada seducción.

—Estoy desnuda. Esto no está bien. —Su cordura parecía querer emerger, pero lo

estaba haciendo muy tímidamente.

—Piensa que te estoy cuidando porque tienes fiebre y estás malherida. —El aliento de él le estaba haciendo cosquillas en sus labios.

—Eso sería mentir.

—Entonces soy yo el que está ardiendo. Tú me estás atendiendo.

—¿Y lo debo hacer desnuda? —rebatió con una pizca de humor.

—El sueño de cualquier hombre.

—Denver… por favor… —No sabía lo que estaba pidiendo, porque necesitaba que la volviese a besar, pero por otro lado, no quería sentirse vulnerable ante él.

—Nunca me gustó mi nombre. Tú, cuando lo dices, haces que se sienta cálido y bonito.

—Esto no está bien… —Las manos de ella permanecían desde hacía escasos segundos cruzadas sobre su nuca y acariciaban el cabello de él distraídamente.

—Yo lo siento como el cielo.

—Te ha vuelto a crecer el pelo.

—Me encantaría que me lo lavases y lo cortases… y si lo hicieras desnuda sería el paraíso mismo.

—Cuando dices cosas así me siento extraña.

—¿Y qué sientes cuando te acaricio? —preguntó mientras llevaba sus manos a sus posaderas y las tocaba con mucha sensualidad.

—Calor.

—¿Ardes por mí, Sarah Lee? —preguntó con la voz cargada de deseo.

—Sí —dijo sin ser consciente de la contestación dada.

—Yo ardo por ti. —Acto seguido capturó el labio superior de ella entre los dientes. Lo succionó y cuando escuchó que ella gemía, fue la señal que necesitaba para besarla.

La lengua de Denver buscó desesperada su sabor. Sarah Lee le dejó entrar en su cavidad y su furor por besarla rivalizó con el de ella. Eran dos personas a punto de estallar. Ni la dinamita más potente hubiera sido tan efectiva.

Se las arregló para sentarse en la silla y colocarla delante de él. Sarah Lee obedeció las órdenes silenciosas.

Las manos de él buscaron los senos de ella. Necesitaba sostenerlos en sus manos y calcular su peso, captar su textura. Cuando los dedos se enroscaron en los pezones para ponerlos duros, la joven suspiró debido al placer de la sensación, y echó la cabeza hacia atrás. Denver aprovechó el gesto para bajar su boca y mamar de ellos.

La lengua salió de su boca para juguetear con las puntas erguidas. Primero uno, luego el otro seno. Sus manos no dejaban de acariciar los pechos mientras chupaba. Y cuando se burló de los dos botones, engulló con fuerza el pezón derecho. Sarah Lee comenzó a gemir sin poder contenerse. Él dejó su labor para aconsejarle que:

—Debes ser silenciosa.

—No puedo… No pu…ed…o evitar… yo…

—Lo sé. Te quemas. Yo me siento igual. —Su virilidad estaba matándolo. Tan rígido que los pantalones le hacían daño.

—Me siento tan extraña… Necesito… algo… algo… ansío algo que… ¡No sé lo que

es! —Lanzó un pequeño grito de frustración.

—Yo te lo daré, señorita Foster.

Mientras su boca mamó del pecho izquierdo, las manos de él buscaron su intimidad. Estaba resbaladiza. Tanto que se le hizo la boca agua. Metió el dedo pulgar en su abertura y comenzó a entrar y salir de su cuerpo con movimientos lentos al principio. Las caderas de ella se balanceaban para lograr una fricción en un punto exacto que la parte lateral de la muñeca de Denver parecía darle. Agarró el cabello de él y comenzó a tironear con desesperación. Una tormenta se estaba desencadenando en su cuerpo. Un rayo parecía estar a punto de alcanzarla.

—Denver… Creo que estoy muriendo… —dijo esperando que él la ayudase.

Se separó de los senos y la obligó a que lo mirase, pues había levantado la mano para acunar su rostro.

—Lo estás, pero será bueno cuando lo consigas. Solo déjate ir. Yo te tengo. Vamos, señorita Foster. Cabalgue mi mano y busque su liberación. Deseo verla, señorita. —Le dio un placer extraño tratarla como la dueña del rancho. Esa mujer fuerte, serena, segura, estaba deshaciéndose entre sus brazos y solo podía sentirse su dueño. Su placer le pertenecía e iba a reclamar cada pico del éxtasis que ella escalase.

Sarah Lee lo miró a los ojos. Cuando la pasión la arrolló como un ferrocarril de vapor, tuvo que morderse el interior de las mejillas para no gritar lo que Denver Harris le hizo experimentar. Se sintió mantequilla. Buscó sus brazos para cobijarse en ellos, pero el ranger se puso de pie, la sentó en la silla, se colocó de rodillas, le hizo abrir las piernas y vio como su cabeza desaparecía. La lengua de él en su zona íntima le hizo dar un brinco.

Unos minutos después, cuando lamió los restos de su éxtasis, se levantó del suelo. La miró con intensidad y le dijo:

—Mucho mejor que cualquier *whisky*. Podría alimentarme de ti cada día…

Sarah Lee fue entonces consciente de lo que acababa de suceder. De lo lejos que había

llegado con Denver. Se avergonzó absolutamente. Bajó la mirada, recogió la toalla del suelo y el camisón que estaba sobre otra silla y se marchó de allí a paso ligero.

—¡Maldito infierno! —Lo oyó maldecir desde la escalera.

Después de todo, no era la única que comprendía que lo que había sucedido no debería ocurrir entre una mujer y un hombre solteros.

Aun así, aquella noche se acostó con una sonrisa en el rostro y no recordó ni a Jack Lowell, ni su carta.

Capítulo 5

Una defensa meditada

La tensión se podía cortar con un cuchillo. Denver Harris sabía que había ido demasiado lejos. Cierto que el licor lo envalentonó hasta cierto punto, pero no bebió tanto como le hizo creer a Sarah Lee. No debió haber puesto una mano sobre esa perfecta mujer sin que Dios diese el visto bueno. Una mirada sobre ella, y el indio adivinaría de inmediato lo que había hecho con una dama inocente y respetable.

¡Maldito bastardo! Afortunado, sí, por haberla visto desnuda, haberla acariciado y lamido en lugares donde solo un marido debería hacerlo.

¿Se arrepentía? ¡Por supuesto! Su pellejo corría peligro en caso de que él hiciera algo que la disgustase y la señorita Foster fuese con el cuento a alguno de sus dos protectores.

Debía poner distancia entre ellos hasta saber lo que sucedía. No negaría que fue la hazaña más maravillosa que había logrado. Sarah Lee se retorció entre los brazos del hijo ilegítimo de una mujer sencilla, los de un hombre que no tenía nada que ofrecer. ¡Dios, cómo se sintió de bien y de orgulloso porque esa beldad le permitiese tal atrevimiento!

Con la idea de no volver a tentar al diablo de la lujuria, se dirigió a la habitación. Al entrar en el salón para subir las escaleras, las margaritas llamaron su atención. La muy víbora las puso en un lugar preferente. ¡Estúpido David Calm! Denver estaba tremendamente celoso. Había escuchado cada palabra de esa torpe declaración y solo deseaba saltar sobre la yugular del vaquero.

Cuando su mirada fue a parar sobre las flores blancas que Denver creía haber destrozado… Frunció el ceño al verlas colocadas. Así que Sarah Lee había salido y lo pescó en la mentira. Las tiró a un lado en un ataque de rabia, furia y celos, todo junto.

Tomó el jarrón y se lo llevó a la habitación. Le dijo que no eran para ella y no tenía derecho a quedárselas. ¡Que admirase las preciosas margaritas de David Calm!

Cuando llegó a la habitación que había pertenecido al señor Foster, la culpa se agolpó en su pecho. Tan dura y molesta, que le hizo darse cuenta de que no tenía derecho a nada. No era debido a haber quitado las flores del salón. Eso sería una pequeña revancha por no haber desechado de inmediato la proposición del otro vaquero. Lo que le carcomía el alma era estar residiendo en una casa que no era suya, teniendo unos privilegios que solo correspondían al esposo de la señorita Foster. Si ella estaba considerando casarse con Calm, ese joven tenía el mismo derecho que él de residir en la casa principal y tener a la tentación durmiendo en la habitación de al lado.

Había accedido a quedarse en el rancho y trabajar. Tanto él mismo como el indio, eran conscientes de que su estadía era para… para… No sabía exactamente qué estaba esperando que sucediera con Sarah Lee, pero decidió ser un vaquero más en el rancho y debía atenerse a las consecuencias por aceptar la exigencia de Águila Negra. Debería empezar a acostumbrarse a llamarlo Travis Hutson, incluso en sus pensamientos, o podría acabar peleándose con él.

Suspiró. Era un canalla, pero echando mano del último resquicio de honestidad que le quedaba, hizo una bola con la poca ropa que tenía, la colocó en una caja que encontró, y se marchó de la habitación, de la casa, y ocupó un catre en los barracones, con el resto de los demás vaqueros.

Era la única solución que haría efectiva que mantuviera sus manos alejadas de la mujer que deseaba con todas sus fuerzas. Y que Dios se apiadase de ella, porque desde que rozó su piel desnuda decidió que la quería y que sería suya.

Su corazón traicionero se había acelerado tanto cuando la tuvo para él, para darle placer, que comenzaba a comprender, no sin cierto temor, pánico y horror, todo junto, que se estaba enamorando perdidamente de Sarah Lee Foster. Si le entregaba su corazón sin estar seguro sobre los sentimientos de ella, Sarah Lee conseguiría lo que nadie había podido lograr

jamás: mandarlo al infierno más sombrío.

Era la mujer más peligrosa a la que se había enfrentado y no tenía la menor idea de cómo tratarla, hablarle o comportarse en su compañía después de haberla lamido entre sus piernas. ¡Por Dios! La usó sin remordimiento para saciar su propia necesidad de probar su sabor.

No hizo falta más que llegar a la casa el primer día a desayunar para ver que ella lo rehuía. No le habló con normalidad y no lo miró ni una sola vez a los ojos. Era evidente que Sarah Lee se había arrepentido de lo que sucedió entre ambos.

Los días siguientes no fueron mucho mejores. Cuatro días y ella le gritaba a todo el que incluso tosiese. A todos, menos a él. Parecía ser el único al que la señorita Foster trataba con cierto respeto. Ahí ya no tuvo ninguna duda de que el blanco de su ira, o más bien, el motivo de su furia, era él.

Si hubiese tenido catorce años, le habría arrojado una bola de fango de la pocilga para que se le bajasen los humos. Era un hombre de veinticinco años y no deseaba molestar más a la mujer con la que pretendía desposarse. Lo único era que no tenía ni la menor idea de cómo lo conseguiría.

Estaba arreando el ganado montado sobre el caballo que ella le había regalado. Águila Negra se acercó a él.

—Es la primera vez que dura tantos días.

—Está muy enfadada, lo sé —alegó pensando en Sarah Lee.

—¿De qué hablas?

—¿A qué te refieres tú?

—A la llovizna que no ha dejado de caer de forma discontinua estos dos días pasados.

Denver no había sido consciente ni de que el cielo goteaba. Era cierto que hubo alguna

tormenta con rayos, pero el agua venía y se iba. A la tierra le venía bien refrescarse y nadie se quejaba demasiado por el regalo del cielo.

—Exacto. Yo me refería a eso mismo.

El indio lo miró de modo suspicaz. Denver suspiró.

—Y llueve porque… ¿alguien está enfadada? Será mejor que me digas por qué está disgustada.

—¿La lluvia? —respondió con otra pregunta sonriendo.

—Buen intento, Harris. Habla de una vez —sonó a amenaza, pero no fue lo que Águila Negra pretendió.

—No hay mucho que decir.

—Yo creo que sí. Todos nos preguntábamos el motivo por el que Sarah estaba molesta. Incluso llegué a pensar que era porque te habías instalado en los barracones. Consideré que te echaba de menos. Pero puesto que a ti es al único que trata con amabilidad… descarté la idea de inmediato hasta que te he oído decir que ella está enfadada. ¿Qué demonios le has hecho para que sea bautizada como la arpía Foster por los vaqueros? ¿Sabes a cuántos he tenido que amenazar desde que te instalaste en el barracón con nosotros?

—¿A cuántos? —preguntó tratando de cambiar el rumbo de la conversación.

—A demasiados.

—Lo siento.

—No quiero tus disculpas. Ahora… ¿vas a explicarme el problema?

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué? —El indio no era demasiado paciente. Sería mejor que comenzase a hablar o le sacaría la verdad a golpes.

—Porque no puedo hacerlo —repitió con más ahínco.

—¡Habla de una vez! —gritó, ya sin paciencia.

—No. —Denver no quería hablar del tema.

—¿Te das cuenta de que voy a pensar cosas malas y que estarás en problemas?

—Perfectamente. —Mejor eso que decirle la verdad, pensó el ranger.

El capataz inspiró pesadamente buscando una calma que parecía no aparecer por ningún lado.

—Siento unas tremendas ganas de estrangularte o colgarte de ese frondoso árbol de ahí —señaló hacia la derecha. Un gran laurel que había cerca de ellos.

—Yo en tu lugar estaría igual. —Era un canalla y seguramente merecía un buen castigo como el que acababa de proponer el indio.

—Me estás poniendo en una posición muy comprometida.

—Estoy en los barracones. No hay nada que temer ahora.

Denver se fijó en la cara de sorpresa de su compañero. Lo escuchó maldecir por lo bajo en un idioma que no entendió y supo que hablaba en su lengua india.

—Pero lo hubo en su momento… —habló con los dientes apretados Águila Negra.

—No pienso responder a esa suposición.

—No era una pregunta.

—De igual modo no añadiré nada —dijo Harris.

—¿Fue mientras te cuidaba o cuando ya estabas bien? —El mestizo no quería perder los nervios o le dispararía. Estaba haciendo un sacrificio enorme para mantenerse magnánimo.

—Tampoco tengo nada que añadir.

Águila Negra se tensó. No fue cuando estuvo convaleciente. Harris había estado débil como un ternero recién nacido.

—¿Comprendes que la idea es que te cases con ella antes de… de…? ¡Espíritu de la lluvia, me debato entre pegarte un tiro o darte una paliza! Dime que no hiciste nada indecente. —Denver Harris era un bastardo, pero no un mentiroso. Se quedó callado y desvió la mirada hacia el árbol. Tal vez terminase ahí sus días sacudiéndose mientras el indio tensaba todavía más la cuerda para que apretase con fuerza su garganta.

—No deberíamos seguir hablando de este tema.

—Por lo menos ten la decencia de decirme que no has hecho algo irreparable que termine con… —Lo vio tragar saliva compulsivamente—. ¡Maldición! —Le dio un puñetazo en el rostro que Denver no quiso esquivar. Tampoco se defendió. El guardián de la vaquera no había usado toda su fuerza, pudo haberlo tirado del caballo y no lo hizo—. No tenías derecho a corromperla. Será mejor que haya una boda pronto o juro por mis antepasados, salvajes y civilizados, que te colgaré. ¡Arregla esto y hazlo ya!

Denver no podía sacarlo de su error. No le había hecho el amor, no como corresponde a dos amantes esposos, pero sí intimó con ella de una manera irreparable.

El ranger puso al trote a su caballo y se dirigió a la zona sur del rancho. No sabía qué diría, ni lo que haría, pero una cosa era segura: trataría de mantener las manos en las riendas de Luna Blanca, es decir, bien alejadas de la señorita Foster.

***

Sarah Lee estaba de muy mal humor. Incluso Águila Negra se apartó de su camino durante cuatro días en los que ella refunfuñaba por todo, por nimio que fuese. Los hombres lo habían notado y trataban de evitarla para no recibir una reprimenda.

Sarah estaba enfadada con todos, salvo con Denver Harris. A él lo trataba con respeto, aunque le hablaba lo justo y necesario, y usaba monosílabos la mayor parte del tiempo que conversaban. Los vaqueros también habían notado eso. Por lo que no comprendían el verdadero motivo por el que la señorita Foster parecía ser Lucifer personificado.

Sabía que se comportaba como una bruja. No importaba. Era su rancho y si estaba de mal humor el resto debía aguantarse. Era un pensamiento egoísta pero imposible de eludir. Nunca en toda su vida se mostró así, pero corregir su actitud no figuraba dentro de sus posibilidades.

¿Cuál era el motivo de su mal carácter? No quería averiguarlo.

Puesto que nadie la quería en su camino, Águila Negra la había enviado a arreglar una cerca al sur de la propiedad. Eso fue después de que ella le dijese que era el peor capataz que su padre pudo haber encontrado. Sarah tuvo la decencia de avergonzarse de sus palabras y aceptar el castigo que el indio le impuso. ¡Todo era culpa de Denver Harris!

Desde que él llegó al rancho la cosa había cambiado. La señora Rolser incluso lo trataba con más deferencia que a Águila Negra, a Jeremy y a ella juntos. ¡Como si creyese que iba a ser el dueño de todo!

No tenía ganas de pensar en Denver Harris. No después de que él se hubiera trasladado a los barracones de los vaqueros sin informarle sobre su proceder o pedir su aprobación.

Lo más desagradable del asunto es que las estúpidas flores que ella puso en el salón, después de haberlas recogido del suelo, habían ido a parar a la antigua habitación del ranger.

—Señorita Foster —la llamó alguien a su espalda. Se giró. Tuvo que ponerse la mano delante, sobre la frente, para tapar el sol y poder ver quién se acercaba.

—Señor Calm, ¿qué puedo hacer por usted? —El joven sostenía el sombrero entre las manos y le daba vueltas con nerviosismo.

—Señorita Foster, no tengo el don de la palabra. Ya lo vio el otro día cuando traté de… En fin, yo necesito saber si está enfadada porque me atreví a pedir su mano.

—¡No! Por supuesto que no. En todo caso estaría halagada por tu atención.

—¿Lo estaría?

—Cualquier mujer sería afortunada de tenerte como esposo.

—¿Cualquiera? —La interrogativa salió cargada de esperanza.

—Estoy segura de ello —respondió ella manteniendo todavía la sonrisa.

—¿Usted también? —inquirió con un brillo especial en la mirada. A la mujer se le fue de inmediato la buena voluntad de ser agradable con el joven.

—Yo… me temo que… —comenzó a balbucear.

El señor Calm suspiró defraudado, pues se dio cuenta del cambio de actitud de su patrona.

—No. No hace falta que siga hablando. No soy bueno expresándome, pero sí comprendo cuando me rechazan con cortesía.

Sarah se levantó del suelo, dejó a un lado el instrumental que estaba usando para tensar el alambre de la cerca y le dio un beso en la mejilla.

—Estoy segura de que serás un excelente esposo para una buena mujer que te apreciará.

—Gracias.

Oyeron unos cascos que se acercaban a gran velocidad.

Denver Harris bajó del caballo con un salto violento. Se veía fiero y amenazante. Peligroso.

Sarah no se molestó en mirarlo demasiado. Se sentó en el suelo y siguió con su tarea después de haberle dado una rápida mirada para comprobar que era el ranger quien acababa de llegar.

—Águila Negra me manda a decirte que te necesita en la zona norte. —Oyó ella que le decía al joven.

—Enseguida voy. —David se giró hacia Sarah y le dio una inclinación de cabeza a modo de despedida.

—Buen día, señor Calm —se despidió ella, mirándolo afablemente con una sonrisa. El joven le devolvió el gesto antes de colocarse el sombrero y marcharse.

Los dos se quedaron solos. Lo sintió acuclillarse a su lado. Se negó a mirarlo.

—¿Piensas hablarme algún día, Sarah Lee? —dijo cerca de su oído.

—Creo que no le he retirado la palabra en ningún momento, señor Harris.

—¡Ah! Interesante… ¿Ahora soy el señor Harris?

—Mi educación así exige que lo trate.

Lo oyó resoplar.

—¿Nunca pones las cosas fáciles?

—No me considero una mujer compleja.

—¿Puedes dejar el alambre y mirarme mientras hablamos, por favor? —pidió conteniendo las ganas de gritar que tenía. Había visto el beso que le dio en la mejilla. También fue consciente de que a su llegada Sarah hizo una mueca y que a la despedida de David Calm, ella le había otorgado una sonrisa que al joven, por su reacción, le derritió el corazón. ¡Le había ocurrido eso a él y ni tan siquiera fue el destinatario de ese gesto!

—Llevo retraso en mi trabajo. Diga lo que haya venido a decir y siga con sus tareas, por favor.

A Denver Harris se le agotó la paciencia. La asió por debajo de los brazos y la levantó.

—¿Le has dicho que sí? —preguntó sin poder contenerse más.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —inquirió furiosa cuando estuvo frente a él—. Te tomas demasiadas confianzas con tu patrona, vaquero. —Bueno, al menos la formalidad desapareció de la conversación. Algo había conseguido Denver.

—Responde. ¿Lo has aceptado?

—¿Qué dices? ¿Aceptado, qué? —No comprendía nada.

—Te pidió que te casaras con él. Le has dado un beso y lo has premiado con una sonrisa que me niegas cada vez que nos cruzamos. Es más, ni me miras.

Ella bufó. Él la seguía manteniendo muy cerca de su cuerpo.

—¿Debo mirarte y sonreírte? ¿Por qué debería hacerlo? —preguntó con calma y pausadamente. No quería alzar la voz. Trataría de contenerse.

—La pregunta es sencilla. Solo debes darme un sí o un no. ¿Vas a casarte con él?

—No es de tu incumbencia.

—¡Diablos si no lo es! —gritó con enfado.

—Estás siendo muy irrespetuoso y yo no tengo tiempo de discutir. Si no tienes nada que decirme sobre trabajo, te rogaría que volvieras a tus tareas para que yo pueda terminar con las mías. Te ruego que me sueltes.

La calma y seriedad de Sarah Lee lo molestaban más que si estuviera gritando. De hecho, le gustaría que perdiera los estribos, porque le daría la oportunidad de silenciarla con un beso que los complacería a ambos. La soltó. Colocó las manos detrás y las cruzó a la espalda. Denver debía mantenerse honorable. Estaba en este lío porque no fue capaz de quedarse con las manos quietas aquella noche.

—Sé que te debo una disculpa por lo que sucedió entre nosotros…

—No la quiero. Está olvidado —se apresuró a decir, interrumpiéndolo.

—¿Lo has olvidado? —Sintió una patada dirigida directamente hacia el centro de su orgullo. Él no había podido parar de rememorar las caricias, sus suspiros, su sabor… Su mano derecha sobre su eje duro sirvió para aliviarle en la necesidad tan cruda por los recuerdos que una Sarah Lee desnuda y sonrojada le provocaban.

La mujer desvió la mirada. Sus mejillas estaban sonrojadas y esperaba que el sombrero la cubriese bastante para que Denver no la viese avergonzada.

—Tengo trabajo —dijo tratando de contener la calma.

—¿Soy tan fácil de olvidar, Sarah Lee? —preguntó más derrotado de lo que quiso

admitir. Los ojos de la ranchera se posaron de inmediato sobre los de él.

—Lo mismo que yo.

—¿Y eso qué pretende decir?

—Te fuiste a los barracones. —La frase salió antes de que pudiera tragársela. Maldijo interiormente por no haberse contenido.

—¿Todo esto es porque me fui con el resto de los hombres? —inquirió desconcertado.

—No hay nada de *esto* —arrastró la palabra—. No sé lo que insinúas.

Denver sonrió tímidamente y su corazón comenzó a bombear con rapidez.

—Sarah Lee, siempre fuiste una mentirosa nefasta.

—Nunca en mi vida he contado una farsa —replicó orgullosa.

—Pues será mejor que no empieces ahora. Estás enfadada. Todos a mil millas a la redonda lo saben. Dime si es por lo que me atreví a hacerte o porque me marché de la casa.

Sarah levantó el mentón y lo miró a los ojos para espetarle:

—No tengo por qué darte ningún tipo de explicación sobre mi enfado.

—Así que reconoces que estás resentida.

—No lo estoy —replicó mordaz.

—Dos mentiras en menos de dos minutos. El pastor Aledo va a tener trabajo contigo el domingo, Sarah Lee.

—¿Puedes dejarme en paz? Tengo mucho trabajo. —Trató de desembarazarse de él nuevamente.

—Eres terca como una mula. Yo lo soy más. Puesto que no vas a contestarme, tomaré las respuestas que me interesan. Así que a la pregunta de si has aceptado la absurda proposición para casarte con David Calm, yo digo que no lo has hecho.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy, porque a la segunda cuestión que tampoco quieres responder, yo digo que estás tremendamente enfadada porque me marché a los barracones. Me contendré en señalar que tal vez lo que te hace estar furiosa es el hecho de que no pueda volver a…

—¡Ni lo digas! —Lo frenó.

—… besarte, acariciarte o lamerte —se apresuró a añadir Denver.

—No puedes decir que no vas a decir algo y luego soltarlo. Más si son ese tipo de obscenidades.

—Como tú no quieres hablar, yo lo estoy haciendo por ti. Hubiera sido más fácil que reconocieras que…

—¡No voy a reconocer nada! No me he enfadado porque te hayas trasladado sin pedir mi autorización a los barracones. Tampoco porque me quitaras las flores y las llevases a tu habitación. Y desde luego no deseo que me vuelvas a… a… a… a… a… —Estaba tratando de alejar la imagen de él entre sus piernas, de no recordar lo que se sintió cuando la lamió en ese fantástico pedazo de carne secreta—. ¡A nada! —consiguió gritar cuando se libró del deseo que despertó en ella. Denver Harris era pecaminoso y la había contagiado.

—He contado por lo menos tres mentiras más. —La declaración de ella podría hacer que le salieran alas a la espalda y se pusiera a volar. Se contendría de celebrar nada… por el momento.

—Es tu palabra contra la mía —rebatió en un susurro con la cabeza baja.

Hubo un silencio reconfortante para ambos. Denver dio un paso hacia ella. Le subió el rostro. Ella movió la cabeza, pero sus ojos estaban interesados en la tierra que pisaba.

—Tenía que irme, Sarah Lee. No soy capaz de estar cerca de ti y no poder tocarte. —Se quitó el guante y le acarició la mejilla con los nudillos—. No me gusta que no me mires. —Ella había aceptado su toque, pero seguía sin observarlo—. Echo de menos tus sonrisas y no hay una sola noche que no recuerde lo que pasó entre nosotros y me prenda fuego. Estoy tremendamente celoso de cualquiera que se acerque a ti. Te dio margaritas y yo solo pensé en que el blanco podría ser tu color favorito y cogí las más pequeñas y feas. ¿Qué quieres hacer, Sarah Lee? Dime lo que deseas y te lo daré. Dime lo que no quieres y lo apartaré de ti.

En ese momento, sintió el calor de algo muy especial impreso en las palabras dichas por Denver Harris. No. No podía ser el maldito Denver Harris nunca más. Levantó la mirada y se quedó sin respiración con lo que vio ahí, en su mirada.

—Yo… no lo sé.

Él suspiró. Pareció que se armaba de paciencia.

—Entonces, ambos deberemos de averiguarlo, ¿no te parece?

Pasaron unos pocos segundos en los que la mano del ranger siguió acariciando la mejilla de Sarah. Los dos se miraban con un brillo más cegador que el sol.

—De verdad, necesito terminar de colocar el alambrado.

—Yo también tengo que volver. Después del almuerzo, Águila Negra me ha mandado al pueblo a recoger algunos materiales. Me gustaría que me acompañases.

—Sí, tengo que ir al pueblo a recoger unas cosas. Iré.

—No, no. Me refiero a que me acompañes porque quieres hacerlo. No porque

aproveches el viaje.

—Si no quisiera… no iría, Denver Harris. —Sarah Lee le dio una sonrisa coqueta.

Se obligó a separarse de ella o comenzaría a besarla en ese mismo instante.

Subió al caballo. Era consciente de que ella seguía sus pasos y le gustó saberse observado por la dama por la que suspiraba. Desde niño había sido así. El destino lo trajo de vuelta a la vida de Sarah Lee y esta vez no desperdiciaría sus opciones.

—Te veré después, Sarah Lee.

—Que tengas un buen día, Denver Harris.

—Lo será. —La premió con una sonrisa antes de espolear a su montura.

Sarah se descubrió sonriendo como una boba incluso cuando él ya se había marchado. ¿De verdad era el mismo Denver Harris que le robaba los dulces de caramelo en la escuela?

Sacudió la cabeza. Si quería acompañarlo al pueblo, sería mejor que se aligerase en terminar el arreglo de la cerca. Se dio mucha prisa y en un par de horas finalizó la tarea. Justo a tiempo para ir a almorzar al rancho.

Cuando llegó a casa y entró en el salón, los vaqueros ya estaban todos sentados a la mesa. Al verla hubo un silencio muy grande, tal y como había ocurrido en los días pasados. Sarah se dirigió a la cabecera de la mesa, apartó la silla, levantó la mirada, sonrió ampliamente y dijo:

—Hace un día precioso. —Los allí presentes se sonrieron con alivio.

—Al fin ha pasado la tormenta —dijo Águila Negra, mientras le daba una larga mirada a Denver. En ese instante se oyó un rayo a lo lejos.

—Si hay truenos… —observó uno de los vaqueros que no entendió la afirmación del

indio.

—El sol está a punto de salir —añadió Denver Harris en tono casual.

—Creo que el sol ha salido ya —comentó Jeremy Andrews.

Sarah miró por la ventana más próxima en ese momento. El cielo estaba gris, la lluvia ya no caía, solo quedaban unos pocos truenos que evidenciaban el fin del mal tiempo.

—Un día precioso —repitió la rubia con convicción.

Todos los vaqueros comenzaron a reírse, Sarah incluida. La mirada de la señorita Foster se cruzó con la de Denver Harris. Ella fue la primera que apartó los ojos. Él no pudo hacerlo durante un largo tiempo.

Siempre había tenido algo especial. Nunca fue como el resto. Poseía más tierra y fortuna que todos y nunca se mostró vanidosa o soberbia, y bien pudo haberlo hecho. Incluso malcriada. Pero Sarah Lee Foster no era así. El señor Foster, allá donde estuviese, había hecho un magnífico trabajo.

***

Sarah Lee tenía unos nervios desconocidos. Tal vez el guisado de conejo no le había sentado bien, porque sentía como unas burbujas en la zona baja de su pecho, en la boca del estómago.

Abrió el armario tallado en madera e hizo una mueca de disgusto. Sus vestidos estaban tremendamente pasados de moda. Tenía cuatro. Solo cuatro en el lado derecho del armario. En el izquierdo había gran cantidad de camisas y pantalones.

Hacía un par de años que no visitaba la tienda de textiles de la señora Heston. Las visitas al pueblo estaban destinadas para comprar suministros en el colmado y visitar la iglesia los domingos. En estos momentos le gustaría tener un precioso vestido de color rosa con volantes de encajes y cintas rojas. En uno de los cumpleaños de Leah, Jack le regaló precisamente un atuendo así a su esposa. Fue lo más bonito que Sarah vio alguna vez. Y si Leah ya era preciosa, con ese envoltorio tan fino parecía una gran dama elegante de Nueva York.

Tomó el vestido marrón oscuro porque era el más nuevo que tenía. Ese debería servir porque los otros estaban más arrugados, polvorientos e incluso tenían falta de un zurcido.

La señora Rolser la ayudó a prepararse sin decir nada al respecto. Temía el interrogatorio que pudiera presentarse cuando la viera sosteniendo un vestido entre las manos, pero la cocinera no mencionó ni el hecho de que ella se hubiese puesto un poco de perfume que guardaba para las ocasiones especiales. Tampoco habló cuando le pidió que rizase el cabello que sobresalía de su moño alto.

—Estás hermosa. Deberías usar más vestidos y peinarte como la elegante dama que eres —dijo Tina Rolser, cuando terminó de asistirla en la preparación.

—¿Es excesivo? —No era domingo. No había una razón de peso para ponerse tan elegante. Tenía miedo de causar suspicacias o de sentirse ridícula…

—No. Eres la señorita Foster, rica, hermosa y al fin y al cabo una dama. Deberías poder vestirte como te diese la gana. Comprendo que para el trabajo es mejor usar la ropa de hombre, tu padre lo consintió y yo no voy a ir en contra del criterio del señor Foster. Bien sabe Dios que hubieras necesitado la influencia de la señora Foster. Dios se la llevó antes de tiempo.

—Tú siempre has estado a mi lado y me has guiado en las cuestiones femeninas.

—Pero no he sido tu madre. El señor Foster tomó todas las decisiones y fue padre y madre. Te permitió la libertad de elegir tu camino. Otro hombre te hubiese procurado un buen esposo para que tú pudieses asistir con elegantes vestidos a tomar el té con el resto de las damas del pueblo. Pero la señorita Foster no estaba destinada a asuntos triviales. Sarah Lee Foster debía ser capaz de rajarle la barriga a un animal para sacar a su cría. Debía ser capaz de llevar las

cuentas del rancho y arrear ganado hasta Austin.

—Mi vida es más interesante así. No me gusta el té y la cháchara sin sentido. Además, no he vuelto a llevar el ganado hasta Austin desde que Águila Negra dijo que no volvería a ocuparse de una mujer mientras trabaja.

—Sarah Lee Foster tenía que ser la vaquera más importante a este lado de Texas —sentenció con orgullo la señora Rolser.

—Hacía tiempo que no usabas mi segundo nombre, temo que me vayas a regañar. Recuerdo bien que cuando entraba en la cocina para robar un pedazo de pastel antes de la comida, gritabas mi nombre completo.

—Es otro de los milagros de *tu herido*. Aunque creo que no le agradará que yo haya usado tu segundo nombre para dirigirme a ti.

—¿Tú también? No me gusta que lo llaméis mi herido.

—Cuando Travis Hutson dice algo, es imposible olvidarlo. El indio lo convirtió en *tu herido*, lo siento pequeña. —Tina se rio con ligereza.

—Qué decías sobre mi segundo nombre? ¿Y qué milagros ha hecho Denver Harris? —preguntó con curiosidad.

—Querida niña, si haces esas preguntas, es que no estás atenta a lo que sucede a tu alrededor.

—Estoy al tanto de todo. —Extendió las manos y comenzó a contar con los dedos para explicar—: Tengo tres vacas a punto de dar a luz. Un caballo ha perdido una herradura. Queda por reparar un trozo de alambrada en la cerca este…

La cocinera comenzó a negar con la cabeza.

—No, no. No se trata de saber lo que pasa en el rancho, si no de conocer lo que se

cuece en tu hogar.

—Explícate —se había perdido en algún punto.

—¿No te has dado cuenta de que todos te llamamos Sarah y que tu he… —Sarah levantó una ceja. Tina se corrigió de inmediato—, y que el señor Harris nunca lo hace?

Sarah agitó los hombros.

—En el colegio, la maestra siempre me llamaba así. Supongo que por eso lo hace.

—Una tarde mientras lavaba los platos, Águila Negra se me acercó. Fue al poco de que el ranger saliera de la cama para recogerte del suelo. Le dije que no me parecía bien lo que estaba permitiendo. Él puede ser el jefe aquí, pero no estoy dispuesta a dejar de expresar mi opinión.

—Dios nos libre de que eso ocurra. —La cocinera siempre había sido muy directa al expresar sus ideas. Lo hizo con su padre, lo hacía con el capataz y también con ella.

—Le dije al indio que permitir que una dama, una mujer soltera, atendiese a un hombre enfermo… No lo aprobé. Me dijo que me metiera en mis cosas y callé porque tú no parecías incómoda con el trabajo que hacías. Pero no estaba bien. No lo estaba —repitió con más convicción y en tono censurador—. Cuando sucedió lo del caballo, el ranger dejó claro que tú le pertenecías.

—¡No hizo nada de eso! —exclamó con indignación—. Solo me recogió porque me caí y se siente agradecido porque lo salvamos de morir.

—No me refiero a eso. Mi esposo no me ha dado nunca ese tipo de beso, niña. Cierto que jamás me he caído de un caballo porque no monto, pero no he recibido un beso así por parte del señor Rolser. —Las mejillas de Sarah se incendiaron.

—No dijiste nada… Yo… —Tragó saliva con incomodidad.

—No a ti. Pero sí a Águila Negra. Le pedí que lo echara. El capataz se cree más

inteligente que todos. Cuando le grité para decirle que *tu herido* debía marcharse de inmediato, me dijo que no lo haría. —Sarah ni se molestó en corregirla por haberse referido a Denver en ese término.

—¿Qué alegó?

—Que era el único que te llamaba Sarah Lee y por eso no podía echarlo.

—No entiendo.

—Al señor Denver Harris le gusta ser el único que usa tu nombre completo. ¿Lo entiendes?

—Es solo un nombre. —No veía hacia donde quería llegar la cocinera.

La mujer cabeceó.

—Eso le dije yo a tu capataz. Y él me respondió que para ser tan observadora, yo veía poco.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Quiere decir que la señorita Foster está usando un vestido, ha arreglado bellamente su cabello y ha dejado las botas tejanas en el armario para ponerse unos botines de tacón para ir al pueblo con el señor Harris.

Sarah respiró. No hacía falta ningún argumento más al respecto del punto que trataba de explicarle la cocinera.

—Todavía no lo sé… Esto es… complicado.

—Pues será mejor que lo averigües pronto, muchacha. Un hombre como ese no es de los que esperan eternamente por una mujer. No es como tú, que llevas toda una vida mirando a Jack Lowell sabiendo que no lo alcanzarás. Harris no se quedará si tú no le dices que lo haga. He

visto como te mira. Si no sientes lo mismo échalo, porque te llevará a la locura.

—Me ha pedido que me case con él.

La cocinera se sonrió.

—Ese ranger te hará feliz si se lo permites.

—No me refería a Denver Harris.

—¡Oh! ¿Cuándo? —Supo entonces a quién se refería Sarah.

—Está haciendo los arreglos para mudarse a Austin una temporada. Un poco antes de informarme de sus planes me dijo que creía que podríamos estar bien juntos.

—Vi que te envió una carta.

—Dice que vendrá en unos pocos días para hablar conmigo seriamente… y decidirá el futuro de sus hijos y el suyo en función de mi respuesta.

—Es un hombre libre. Si lo aceptases nadie podría recriminarte nada.

—Yo lo haría. Me pediría explicaciones a mí misma —tuvo que confesar.

—¿Por qué?

—Porque fui testigo del amor tan grande que él tuvo con Leah.

—Tal vez consigas que te quiera de igual modo.

—Perdió a la mujer que amaba con todo su corazón. Cuando era más pequeña, le pregunté a mi padre el motivo por el que no se volvió a casar. Dijo que no habría otra esposa como mi madre. El rancho y yo éramos sus amores. No necesitaba más.

—Cada hombre es diferente.

Negó con la cabeza.

—Jack Lowell no. Amará a Leah con intensidad hasta el fin de sus días porque es un hombre de honor y yo no deseo arrebatarle nada a mi mejor amiga. Si debe encontrar a otra mujer, no debo ser yo.

—Siento que te estás sacrificando y el problema de las abnegaciones es que tarde o temprano se vuelven contra uno mismo. Jack Lowell es un hombre, no un santo. Una buena mujer podría hacer que volviera a enamorarse.

—Si tu marido falleciese, Dios no lo permita, ¿podrías amar a otro hombre?

—Amo muchísimo al señor Rolser. No veo a mi lado a otro más que a él. Pero es cierto que no estoy sola en el mundo con dos hijos pequeños. Si encontrase a una persona que me demostrase cariño, comprensión, ternura… Tal vez podría florecer algo más.

—¿Crees que debería casarme con Jack Lowell? —preguntó al tiempo que tragaba saliva.

—Creo que te has ganado el derecho a poder elegir sobre tu vida. Eres inteligente. Eres una buena mujer, temeraria, pero buena. Creo que elijas lo que elijas, te irá bien. ¿Te ha prometido algo el señor Harris?

—Si y no… Denver Harris no es un hombre sencillo. Con él una nunca sabe… Parece una cosa, pero cuando lo observas con atención te das cuenta de que es otra muy diferente. Siempre fue impredecible y creo que con el paso de los años es todavía peor.

—Pero ahí estás. Luciendo como la princesa que tu padre decía que eras para acompañarlo al pueblo. —La mujer regordeta le sonrió con ternura.

—No he dicho en ningún momento que fuese él mi acompañante —añadió con la boca pequeña.

—Querida niña, no soy tu madre, pero te he visto crecer. No le hagas esperar más. Cuando he subido a ayudarte, lo he visto en el porche esperándote, jugando con el sombrero entre las manos mientras andaba de izquierda a derecha y decía cosas sin sentido en susurros. Si tardas, podría terminar con un ataque de apoplejía.

—¿Estás segura de que ese que describes era Denver Harris? No creo haberlo visto nervioso ni una sola vez en la vida. Ni tan siquiera cuando se enfrentó a dos niños mayores que pretendían robarle el almuerzo, y eran bastante más grandes que él.

—¿Ganó la pelea?

—No, pero se levantó del suelo todas las veces que lo derribaron.

La cocinera soltó una carcajada mientras la acompañaba hasta la escalera para bajar.

***

Se sentía como un colegial de diez años. Y era la misma chica de entonces la que le hacía sentir inseguridad. Después del almuerzo había pedido permiso para poder lavarse y arreglarse. Águila Negra le contestó con una sonrisa ladeada. «No hagas nada que provoque que saque el Winchester», dijo el indio.

La carreta estaba preparada, la lista de lo que debía comprar en su bolsillo derecho de la camisa. Llevaba lo que parecía una hora entera caminando por el porche como si fuese un joven que esperaba a su novia para llevarla al baile de la cosecha.

¿Y si se lo había pensado mejor y no quería acompañarlo? Si así fuese… ¿lo dejaría esperando como un tonto hasta que él mismo se diera cuenta de que le había dado plantón? ¡Mujeres! Siendo un ranger no debería tener que preocuparse de estas cuestiones tan absurdas.

Se paró y miró al horizonte. No la culparía si hubiera cambiado de opinión. A fin de cuentas, era Denver Harris, el niño que siempre la molestó cada vez que tuvo ocasión.

Oyó un carraspeo a su espalda y se giró dispuesto a enfrentarse a la señora Rolser, quien presumiblemente habría sido enviada para decirle que Sarah Lee se encontraba indispuesta o que sencillamente cambió de opinión.

Error. No fue esta la imagen que se presentó ante él. Sarah Lee con un precioso vestido de seda, raso o muselina o la tela que fuese, se mostraba ante él como si fuera una diosa. Denver se dio cuenta de que estaba con la boca abierta, pero no podía cerrarla. Era lo más bonito que vería nunca. Le gustaba admirarla en pantalones porque era más fácil adivinar lo que había debajo, pero con un vestido estaba… ¡increíble! Los ojos oscuros de ella lo miraban con atención, como si esperase algún tipo de… ¡Un cumplido! Cerró la boca y carraspeó.

—No estás mal. —Hizo una mueca en cuanto se oyó decir eso.

—Gra…cias —dijo no muy segura de que eso fuese bueno.

Ninguno de los dos se movió. Él era incapaz de hacerlo porque no deseaba dejar de mirarla. Ella aguardaba a que le ofreciese el brazo para tomarlo. No estaba muy habituada a las salidas especiales con un hombre, pero… era lo que se hacía, ¿no? Porque esto era especial… ¿Lo era? No estaba segura de nada.

—Será mejor que nos marchemos antes de que se haga más tarde.

Lo vio avanzar hasta la carreta y subir de un salto. Entonces se dio cuenta de que David Calm no había sido tan patán como lo estaba siendo Denver Harris.

Ella le siguió la estela mientras suspiraba. Cuando estuvo cerca de la carreta, se quedó parada en el lateral derecho. Lo miró con una ceja alzada esperando para ver si él se daba cuenta de que sola no podía subir con esa pesada falda cubriendo sus piernas.

—¿Hay algún problema? —quiso averiguar, al tiempo que fruncía el ceño.

—Parece que Denver Harris no está usando la etiqueta hoy. —dijo un poco enfurruñada. La cosa no estaba empezando como creyó. Ella tendió la mano.

—¡Oh! —exclamó mientras descendía dando otro salto—. Lo siento, no estoy acostumbrado a que precises ayuda para hacer algo. Aunque es bueno que me necesites, pese a que solo sea para subir a una carreta. Y tampoco es como si mi caballerosidad fuese… ya sabes… —dijo sonriendo de lado. Las dos cosas eran ciertas. Sarah Lee era una auténtica tejana y Denver no… En fin, no tenía necesidad de ser amable o caballeroso con nadie.

Sin mediar palabra, la agarró por la cintura y la depositó sobre el vehículo como si fuese una princesa. Ella se sobresaltó por su cercanía, pero no se quejó ante el gesto. Olía a jabón limpio, a cuero. Denver Harris era peligroso. Sarah tragó saliva con nerviosismo.

Los dos estuvieron sentados y se pusieron en marcha. Las piernas de Denver estaban bastante cerca del vestido. Le gustaba estar junto a ella, y tanto lo estaba que su hombro podía rozar el de Sarah Lee si lo ladeaba un poco. El viaje al pueblo, que no era demasiado largo, comenzó de un modo prometedor. Parecían una verdadera pareja.

—No me gusta pedir ayuda. Creo que lo hago pocas veces —se sinceró la dama.

—Somos un buen par, porque yo rara vez la presto.

—Lo recuerdo muy bien. —Sarah Lee le sonrió y él la pudo ver por el rabillo del ojo.

—¿Vas a hablar una vez más sobre tu pelo cortado a traición por un malvado niño? —inquirió observando sus bonitas facciones con atención. Tenía unos labios tan apetecibles…

—No creo que pueda olvidarlo jamás. —No mentía. Aquello fue devastador.

—Eso parece. —Carraspeó—. Yo… esto… Me gusta tu pelo cuando no está recogido del todo. Los bucles sueltos en la nuca te hacen ver… Estás bien.

Eso sería lo más próximo a un cumplido en condiciones que recibiría hoy, pensó la mujer. Decidió no derrumbarse. Del: «no estás mal», había pasado al: «estás bien». Eso debería

ser considerado un progreso… Pero su vanidad femenina no estaba contenta con él. No se consideraba una mujer coqueta, pero se había arreglado especialmente para… ¡para Denver Harris! Decidió que la paciencia sería mejor que su coquetería en este caso.

—Tenía miedo de no llevarlo bien sujeto u oculto dentro del sombrero —dijo ella con la vista al frente, pero observándolo de reojo.

—¿Por qué? —preguntó sin dejar de examinarla.

—Nunca se sabe cuándo alguien puede sujetar unas tijeras y causar un estropicio. Ya sabes… —apuntó de modo desenfadado.

Él soltó una carcajada, divertido.

—Definitivamente no me libraré de ese cargo jamás. Supongo que me merezco cada puntada de tu lengua, Sarah Lee.

—Estuve llorando un mes entero. Cometiste un crimen para una niña que presumía de su pelo. Mi preciosa melena rubia... Creo que el asunto nunca será olvidado.

—Tu padre vino a amonestarme —la informó, con un tono de tristeza al recordar que siempre había envidiado el modo en el que el señor Foster se preocupaba por su hija. No debería sentir celos, porque él no tenía padre y su madre fue igual de protectora. Cada uno tuvo un pedazo de lo que todos los niños deberían tener: a sus dos padres para protegerlos de todo mal.

Sus cejas se movieron con absoluta sorpresa ante la revelación de Denver.

—¿Lo hizo? Nunca me comentó nada al respecto. ¿Te magulló mucho? —Lanzó la pregunta sabiendo la respuesta, pues el señor Foster no le pegaría jamás a un niño o a alguien que en verdad no lo mereciese. Su padre era muy justo.

—No. Lo siento, no me tocó —se disculpó con humor.

—Lo sé. Mi padre no era violento.

—Era uno de los mejores hombres de Crystal City. Todo el mundo lo admiraba. —Ella cabeceó. Eso era cierto.

—¿Y qué te dijo?

—Me preguntó el motivo por el que su princesa había llegado a casa llorando y con tres palmos menos de pelo. Me limité a agitar los hombros mientras lo miraba a los ojos. Pasaron como un par de minutos antes de que él hablase. Se sintieron toda una eternidad. Debo reconocer que tuve miedo porque estaba ante el hombre más poderoso del condado.

—¿Qué pasó? —inquirió al ver que él se quedó callado.

—No lo entendí entonces, pero ahora lo hago —comentó él, tranquilo y asimilando lo que le venía a la cabeza con ese recuerdo.

—¿Vas a contarlo o es un secreto inconfesable? —Sarah Lee se rio. Ese suave sonido llenó el espacio entre ambos como si fuese la música más dulce salida de un hermoso piano.

—Me dijo que la próxima vez te comprase un bastón de caramelo o unas cintas para el pelo.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué te daría una idea así mi padre?

—Porque era lo que hacían los niños cuando querían demostrar su interés por las niñas —dijo en esos momentos mirando al frente. No le gustaba sentirse vulnerable ante nadie. Sarah Lee era su única debilidad.

—No puedo imaginarte haciendo algo así para demostrar tu interés.

—No. Nunca lo haría. No tuvimos bastante dinero para caprichos, así que tuve que limitarme a cortarte el pelo. —Denver Harris era consciente de la declaración que le estaba haciendo.

Un silencio incómodo cayó entre ambos.

—¿Estás diciendo que yo te interesaba? —Lanzó la cuestión mirándolo con fijación mientras él estaba atento al camino que tenía enfrente.

—Nadie me interesaba, Sarah Lee, porque yo estaba enfadado con el mundo. Era hijo del pecado y las madres no querían que me acercase a sus hijos por si acaso los contagiaba con mi suciedad. Pero si hubiese podido, no te habría cortado el pelo, te hubiese dado cien bastones de caramelo y cintas de todos los colores para el pelo. Aunque eso no hubiese servido de mucho tampoco, porque yo no tenía nada que hacer contigo.

—Lo cierto es que pudiste ser un poco más amable. Me hubiera conformado con eso, Denver Harris —sermoneó para evitar la incomodidad que sabía que tenía su compañero de carreta.

—No. No podía hacerlo, prefería tener tu atención de otro modo. Ser agradable… eso no hubiese cambiado el hecho de que me mirases como a él. Así que supongo que me tuve que conformar con hacer que no me olvidases del único modo que se me ocurrió.

Ella bufó. No hizo falta que Denver dijera el nombre del otro hombre porque ambos lo sabían. Jack siempre estuvo en sus ojos porque era cordial, confiable, sincero, bueno… adecuado.

—Eso es retorcido.

—Un poco. Pero parece que funcionó.

—Lo hizo. —Se sonrió. Nunca podría olvidar lo furiosa que la ponía cuando la molestaba o le hacía cosas desagradables.

—Si te sirve de consuelo, hubiera preferido no tener que cortarte el pelo para tener tu atención. A él no le costó más que ofrecerte un par de sonrisas.

—¿Era yo tan evidente?

—Para mí lo fue. No sé si para el resto… Y creo que Jack Lowell también lo sabía. ¿Cómo le va? ¿Está bien?

—Está bien. Tiene la intención de marcharse a Austin. Ha ido a la ciudad para hacer todos los preparativos. En un par de días regresará a por Connor.

—¿A por Connor? —preguntó sin saber la relación existente.

—Es su hijo. Ellos se marcharon para hacer los arreglos y Connor, como es más pequeño, se quedó unos días conmigo.

El niño se convirtió en su sombra en los días pasados. Había estado tan impresionado con él, por haber logrado someter al salvaje caballo que Sarah Lee no pudo domar, que el pequeño no lo dejaba tranquilo. Y le gustaba. Le gustaba mucho cabalgar con él y montarlo en la silla mientras Denver sujetaba las riendas del animal. Connor Lowell era un buen niño, tal como lo era su padre.

—Te admiro, Sarah Lee. No todas las mujeres tendrían una buena relación con la familia del hombre al que…

—¿Cómo llegaste a ser un ranger? —lo interrumpió.

—¿Tratando de escapar de una conversación incómoda, Sarah Lee? —La miró y le sonrió. Ella se giró para observarlo también y le devolvió el gesto. Denver creyó que podría quedarse ciego con esa preciosa sonrisa que le dio.

—Bueno… —compuso un gesto pícaro— me estoy interesando por ti y como puedes apreciar, no hace falta que me amenaces con unas tijeras.

Denver se carcajeó. Ella tenía un humor muy fresco.

—Aprovecharé la ventaja que me das. Si de verdad estás interesada te lo contaré.

—Estoy interesada, Denver Harris. —Formó una sonrisa que esperaba que fuese

coqueta. Lo escuchó suspirar con cierta… ¿esperanza? Estuvo satisfecha.

—Me largué para encontrar mi lugar. Estaba harto de vivir en el pueblo. Aquella noche… yo… yo te…

—Me besaste —lo ayudó.

—Si esperas que te pida disculpas por haberte violentado… No me arrepiento de lo que pasó. No lo planeé, no al menos del todo. Solo sabía que me llevaría algo de valor de ese maldito pueblo cuando me marchase y tú fuiste lo que quise recordar. En ningún momento previ que Travis Hutson me diese mi merecido.

Ella se rio con ligereza.

—Creí que te mataría.

—No fuiste la única. Tal vez hubiera sido mejor comprarte unos dulces de caramelo antes de…

—Besarme. —Lo volvió a ayudar cuando se dio cuenta de que él se callaba.

—Lo dices como si fuese otro crimen que añadir a la lista.

—En realidad me molestó más que me cortases el pelo. —Ella se rio al ver que él comenzaba a resoplar—. Sigue contándome tu historia, Denver —lo animó.

—No hay mucho más. Di con el hombre adecuado. Me enseñó a disparar, a ganar peleas y me hice ranger. Cuando me encontraste seguía a unos malhechores, tres hermanos que dieron antes conmigo que yo con ellos. Me sorprendieron. Lo curioso era que acababa de renunciar a la placa. Iba a ser mi último trabajo. Así se lo dije al hombre al mando, pero el jefe es casi tan duro como tú y no aceptó mi renuncia. Dijo que me tomase un tiempo para pensar lo que haría. Estaba convencido de que no viviría plenamente si no me dedicaba a hacer lo que mejor sé.

—¿Y qué es eso?

—Pelear, disparar, matar y ganar. Me siento libre, sin cadenas. Hago lo que quiero cuando lo deseo sin dar explicaciones a nadie. Por las noches me acuesto en medio de la nada y, al mirar el cielo estrellado, siento que el mundo es mi hogar, que todo es mío. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Mucho.

Ella comprendía que se había tenido que enfrentar a hombres duros, que no valoraban la vida y que Denver tuvo que elegir entre vivir o morir. No lo censuraba, pero sí le causaba respeto. Además, Denver Harris era un espíritu libre. Independiente, sin ataduras. Ya de pequeño supo que él no necesitaba tampoco a nadie para seguir su camino. Tampoco dudó de su valor entonces. Era valiente, obstinado y temerario.

—¿Te arrepientes de haberte ido del pueblo?

—Crystal City no tenía nada que ofrecerme entonces.

—¿Lo tiene ahora? ¿Te arrepientes de haber vuelto? —preguntó con cautela.

—Estoy tratando de averiguarlo.

Los dos sonrieron. La conversación no continuó porque llegaron a la calle central del pueblo.

En esta ocasión, no tuvo que hacerle ver que debía ser un caballero. Denver Harris bajó de la carreta, la sujetó de la cintura y le tomó la mano para depositarla en su antebrazo.

Era tan autoritario incluso cuando quería ser amable…

—Tengo que ir a la tienda de textiles. El que ves es mi único vestido decente. Me parece que debo encargar algunas piezas.

—¿Necesitas que te acompañe?

—Sería raro que entrases conmigo allí. Incluso los esposos no acompañan a las mujeres cuando deben tomarse medidas y quedarse en paños menores.

Denver sonrió con picardía y ladeó su sonrisa.

—Estoy tentado a desafiar las normas, Sarah Lee.

Ella sonrió mientras le daba una palmada juguetona en el brazo con la mano que tenía libre.

—Eres un pícaro, Denver Harris. Tratemos de no ser escandalosos en esto.

—Aburrido, pero lo haré. Mientras tú haces tus cosas me acercaré al colmado a preparar todo lo que me ha dicho el señor Hutson. Cuando terminemos, si quieres podríamos cenar en el café.

—Me gustaría mucho.

Ella asintió. La llevó hasta la tienda de la modista y estuvo tentado de darle un beso en la mejilla a modo de despedida. Se contuvo a tiempo.

La joven se quedó unos instantes viendo cómo Denver Harris se alejaba de ella mientras sonreía con la imagen que él presentaba. ¡Estaba mirando a Denver Harris mientras sonreía! Se rio en alto sin poder creer lo que estaba sucediendo.

Cuando entró, la señora Meth, la costurera, la llevó a un apartado que tenía para atender a las visitas importantes.

Comenzaron las labores para preparar varios conjuntos y vestidos a medida. La mujer deseaba hacerle faldas, camisas, elegantes trajes… Sarah no tuvo corazón para negarse. El dinero que gastaría en la tienda le vendría bien a la mujer. Por supuesto, la modista la regañó por haber estado tantos años sin ir a verla. La costurera había reconocido el vestido que ella llevaba puesto

y era antiguo.

La mujer se marchó un momento para buscar el catálogo de telas. En la sala de fuera escuchó varias voces femeninas.

—¿Habéis visto quién ha vuelto? —cuestionó una mujer.

—¿Te refieres a Denver Harris?

—El mismo —respondió otra.

—De haber sabido que se convertiría en un hombre así, tal vez hubiera puesto un poco de empeño en conquistarlo. ¡Qué ejemplar! Incluso con esa horrible cicatriz se ve apuesto —siguió una tercera mujer.

—Ha venido con la vaquera —recordó una cuarta.

—Foster no es ninguna competencia. Todos sabemos donde está puesto su interés. No creo que tarde mucho en llegar el anuncio de una boda. Lowell hará bien si la toma por esposa. Esos niños necesitan una madre. Sería un arreglo práctico. Es extraño que no se hayan casado todavía.

—Yo si fuese ella no me casaría con él. Era el esposo de su mejor amiga. Sería extraño… —habló la primera mujer de nuevo para expresar su opinión.

—Tiene tanta fortuna y poder, que puede hacer lo que desee y nadie le recriminará nada. El señor Foster ayudó a levantar el pueblo. No dirían una sola palabra para condenarla. Ella puede vestir como un hombre, hacer cosas inapropiadas como presentarse en busca del médico, llena de sangre, porque necesita ayuda para coser una vaca, y todos la admirarán.

—Denver Harris parece estar admirándola mucho. Se paseaba como un pavo real del brazo de ella.

—Es un bastardo. Esa señoritinga no lo tomaría en consideración. No lo hizo cuando

era más joven, no lo hará ahora. Probablemente lo tenga trabajando en el rancho porque siga siendo un muerto de hambre. Una cosa es cierta y se le debe reconocer a Sarah Foster: siempre tuvo un gran corazón.

En ese momento se abrió la puerta de la calle. La campañilla sonó.

Justo en ese instante Sarah descorrió la cortina que la separaba de la entrada y las tuvo enfrente. Solo una camisola cubría su cuerpo. Las examinó. Las conocía a todas de la escuela. Sabía quienes eran por el timbre de la voz, pero quería verlas a la cara.

—Tuve de todo, porque mi padre me lo dio sin pestañear. También educación y etiqueta, aunque vista en pantalones. Al menos nunca tuve una lengua afilada para hablar de un buen hombre del modo tan despectivo como lo están haciendo ustedes, señoras. Denver Harris es un ranger de Texas. No es ningún bastardo, y si vuelvo a oír una sola palabra en su contra, por Dios, que sacaré mi Colt y lo único que se recordará en Crystal City será a la loca Sarah Lee, quien se lio a tiros una soleada mañana, para poner en su lugar a unas viejas cotorras. Y todos saben que Águila Negra me enseñó a disparar… No fallo nunca. ¿He sido lo suficientemente clara?

La campanilla de la puerta volvió a sonar. Esta vez las cinco mujeres se giraron para ver quién era. Todas observaron a Denver Harris darse la vuelta. Sarah gimió. No solo la habría escuchado, sino que la había visto indecentemente vestida regañando a las arpías.

Por la tarde todo el mundo sabría que el señor Harris la había sorprendido desnuda en la tienda de la costurera. Se preocuparía de eso llegado el momento. Sarah se giró para darles una dura mirada.

—No he oído su respuesta, señoras.

—Ni una palabra saldrá de nuestra boca —dijo la que parecía la cabecilla de las cuatro. El resto cabeceó afirmativamente.

Sarah Lee volvió al pequeño lugar en el que la había dejado apartada la señora Meth y trató de tranquilizarse. Estaba furiosa por lo que dijeron. Por todo, pero lo que más le calentó la

furia fueron las palabras contra el ranger.

Tal vez en otro tiempo, ella misma lo hubiese culpado por su actitud tosca y hostil. Bien. Sarah Lee era la única que se consideraba con derecho para poder hablar, bien o mal, de Denver Harris. Eso era un hecho y si alguien pretendía desafiarla a este respecto se las vería con ella a punta de pistola si hacía falta.

Capítulo 6

Una petición esperada

—Está pensando en marcharse. —Se oyó una voz enfadada romper el silencio.

La señora Rolser dejó en ese momento de limpiar los platos utilizados para el almuerzo. Sarah Lee, que estaba ayudando a la cocinera, se giró para ver al indio que había hablado. Águila Negra estaba apoyado en el marco de la puerta y los brazos cruzados en el pecho.

—Será mejor que eche un vistazo afuera. —La cocinera se marchó, puesto que el tono del capataz había sido lacerante y ambos iban a protagonizar una trifulca.

—Te dije que no se quedaría demasiado tiempo —habló Sarah. Los dos sabían de quién estaban hablando.

—Yo tampoco me quedaría si fuera él. —Águila Negra descruzó un brazo y le mostró una misiva.

—Creo que es momento de que aclaremos una cosa.

—Yo diría que unas cuantas —replicó el mestizo.

—La primera es recordarte que aquí soy tu patrona. Eres un empleado del Sarah Love. Por lo tanto, no tienes derecho a invadir mi intimidad ni leer mi correspondencia.

—Lo tengo.

—¿Lo tienes? —cuestionó ella con enfado.

—Tu padre me encomendó la tarea de cuidar de ti. Le juré que nada malo te sucedería. Yo siempre cumplo mis promesas.

—Creo que tus atribuciones están siendo sobrepasadas.

—Yo digo que aquí —levantó la carta más alto—, tenemos el motivo por el que mantienes a un hombre adecuado en vilo. Estás esperando a ver qué hace el viudo para decidirte.

—Eso no es verdad.

—Harris y tú lleváis tres días sin hablaros. No sé lo que sucedió en el pueblo, pero él me ha dicho que seguramente se marchará en unos días. Ha venido a preguntar si la deuda está saldada. ¿Quieres que se vaya?

—En el pueblo no pasó nada. Compramos las cosas, cenamos en el café y luego regresamos. —Después de lo sucedido en la tienda todo se sintió molesto y hablaron poco. Solo del rancho y del tiempo.

—Te lo volveré a preguntar. ¿Quieres que se marche?

—No dicto lo que él debe o no hacer. Es un hombre libre para seguir su camino o quedarse.

—No te he preguntado eso, Sarah. Sabes perfectamente lo que quiero averiguar.

—Yo considero que he respondido a la cuestión.

—¿Y qué hay del viudo? ¿Pretendes casarte con él? ¿Estás esperando a que Jack Lowell regrese para ver si es más apto que Harris y decidirlo? Mejor aún, Sarah, haz una competición. Traeré al toro más salvaje que tenemos y haremos una pugna. El que permanezca

en pie y no se rompa el cuello se quedará contigo. Así te ahorraré la valentía de decidirte. Nunca pensé que fueses una cobarde y que te comportases con un hombre como lo tratas a él. A ambos. Estás jugando con los dos. Tu padre se avergonzaría de ti, Sarah Lee Foster.

Ella apretó los puños en dos bolas duras. Se contuvo de avanzar hacia él y pegarle por la rabia que sentía latir en su pecho.

—Nunca te perdonaré la última frase.

Se dio la vuelta, se limpió una lágrima furiosa que había escapado del ojo derecho y salió por la parte de atrás de la cocina.

Fue directa a los establos. Pasó por delante de varios hombres que, al escucharla refunfuñar, se escondieron.

El único que la observó con atención fue Denver. La vio ensillar al caballo mientras se limpiaba con el dorso de la camisa los ojos, se subió a Pantera Negra y salió sin atender el llamado de Denver.

Águila Negra también gritó su nombre, pero Sarah no se detuvo. El ranger llegó hasta el indio.

—¿Qué ha pasado?

—Puedes irte cuando quieras. Es más, recoge tus cosas y vete ahora mismo. Sigue tu camino. —El indio se dio la vuelta, pero Denver le agarró el brazo. Cuando Águila Negra lo miró en esa zona, el ranger lo soltó rápidamente.

—¿Te ha dicho ella que me vaya?

—Ella no dice nada. Si tú no vas a dar el paso, es mejor que te marches y no sigas esperando algo que no saldrá de Sarah.

Denver suspiró cansado. Era lo que estuvo esperando desde que llegaron del pueblo.

No tenía sentido demorar más lo que sabía que sucedería.

—Recogeré mis cosas. ¿Sarah Lee estará bien? Estaba angustiada.

—Se dará un baño en el río mientras piensa en cómo le gustaría que yo muriese de forma agonizante y regresará —explicó con seriedad el indio.

—¿Comprendes que tengo ganas de darte un puñetazo por haberla hecho llorar? —avisó Denver Harris con los puños apretados.

—¿Y tú eres consciente de que la vas a perder? —contraatacó el mestizo.

—No forzaré la mano de una mujer que no quiere ofrecerla libremente —se limitó a decir.

—Muy bien. ¡Al infierno todos! —gritó. El capataz se fue de ahí maldiciendo por lo alto como si fuese el peor de los cuatreros. El indio frenó sus pasos antes de desaparecer de la vista de Harris, se dio la vuelta y añadió—: Cuando vuelva no quiero ver tus cosas en los barracones. Vete, Denver Harris. —Águila Negra no esperó contestación. Se marchó a cortar leña. Hacía calor, pero no importaba, eso le ayudaría a combatir la ira que destilaba en sus venas impías.

—Me iré, pero tengo que despedirme de ella —susurró solo para él.

No tardó demasiado en subir a la montura y salir hacia el lugar donde imaginaba que la encontraría. Entre las aguas embravecidas del río había un trozo que se asemejaba a un pequeño lago, donde la tierra hacía que el agua estuviera en calma. Muchos hombres iban allí a bañarse y tenían prohibido acudir durante el día por si ella quería tener intimidad. Debía ser rápido para alcanzarla antes de sorprenderla…

Demasiado tarde. Sarah Lee Foster estaba desnuda ante él. Debería darse la vuelta y marcharse de inmediato. No podía hacerlo. Se consideraba un hombre inteligente. Ya que iba a abandonar el Sarah Love, se llevaría el último recuerdo fresco de ahí.

Bajó de Luna Blanca y ató al caballo a un árbol, al lado del de ella.

Era un espía, un canalla que no debería estar allí. No importaba. Se quedó admirando la visión de un cuerpo redondeado, unos pechos plenos y un nido de rizos claros, cuyo sabor no olvidaría jamás. A la luz de una lámpara de queroseno, en la cocina, ella había brillado cuando salió de aquella bañera. Con los rayos del sol era una sirena del río que había salido a tierra para tentar a los hombres. Preciosa. Sublime. Hermosa. Deliciosa. Todo eso y más, era Sarah Lee.

La escuchaba hablar en alto, pero la distancia que los separaba no le permitía oír lo que decía. Se acercó un poco más justo cuando ella se hundió en el agua. Aguardó impaciente para verla emerger con los pechos húmedos y disfrutar de la increíble vista. Pasaron varios segundos. Ella no salía. Se lanzó a la carrera y solo paró para sacarse las botas tejanas. Se metió en el agua y, en cuanto la divisó, la agarró para sacarla a la orilla.

—¿Qué haces? —preguntó asustada cuando se vio entre sus brazos.

—Rescatarte —respondió cuando llegaron a tierra firme. Una vez más, Sarah Lee estaba acunada por un cuerpo fuerte, pero en esta ocasión sin ropa.

—Nada de eso. Estás interrumpiendo mi baño. ¿Cómo me has encontrado?

—Águila Negra me dijo que estarías aquí.

—Dudo mucho que él haya dicho eso, porque sabe que me gusta disfrutar del agua helada sin ropa y nunca te habría enviado aquí.

—No he comentado que me haya enviado. Dijo dónde estarías y he venido a buscarte.

—¿Nos vamos a quedar así mucho rato?

—¿Así cómo?

—Estoy en tus brazos, desnuda, y no parece que pretendas dejarme en el suelo. —La sostenía por debajo de sus piernas y ella tenía un brazo pasado por el cuello de Denver.

—Creo que podría estar así hasta el fin de mis días.

—Me parece que no es apropiado. Sea lo que sea que tengas que decirme, puede esperar hasta después. Necesito estar sola.

—¿Por qué lloras?

—No estoy llorando.

—Tus ojos están rojos.

—Me ha entrado algo dentro cuando me he sumergido y tú me has hecho asustarme al agarrarme.

—No mientas. Estás enfadada y llorabas. Dime el motivo.

—No lo entenderías.

—Pruébame —la retó él.

—Muy bien. Quiero tener un hijo —dijo sin tapujos, como quien dice que el sol está brillando y se ha quedado buen día.

—¿Qué? —graznó él.

—Quiero ser madre, tener un hijo al que amar, al que enseñar todo lo que mi padre me transmitió. El Sarah Love debe tener un heredero. El sueño de mi padre era que el rancho pasase de hijos a hijos.

Él carraspeó. Tal vez fuese momento de dejarla en el suelo y marcharse por donde vino…

—No puedes estar desnuda, en mis brazos y decir que quieres tener un hijo. Sarah Lee,

metes cosas en mi mente que no debería pensar. —De hecho, su erección estaba más que lista para cumplir la petición de la mujer.

—¿Qué tipo de cosas?

—¿Acaso no sabes cómo se hacen los niños?

—Imagino que el hombre monta a la mujer, como sucede con el resto de los animales.

Él resopló incrédulo. No era algo tan simple.

—No hice bien mi trabajo la última vez que te acaricié si dices algo como eso.

—No te entiendo.

—Hacer el amor, es mucho más que aparearse para procrear. Si no sentiste eso cuando yo disfruté de ti, me parece que soy pésimo en el arte de la pasión. Y me duelen en mi orgullo masculino tus afirmaciones. —No mentía. Nunca trató de impresionar a ninguna mujer, pero deseaba hacerlo con Sarah Lee.

—Tú no me hiciste el amor —susurró muy cerca de su oreja. Si no conociera a Sarah Lee tanto como lo hacía, pensaría que lo estaba tentando. Una suerte que siguiera todo vestido, porque su virilidad estaba dura como una piedra.

—Sarah Lee, he venido a despedirme. Por favor, no hablemos más de hacer el amor o de que quieres un hijo —pidió con la agonía destilando en su voz. Pena por marcharse y rabia por no poder tumbarla y…

—Águila Negra me ha dicho que vas a irte. Te marchas para ser libre. Sabía que tarde o temprano te irías.

—Me voy porque siento que te estoy obligando a hacer algo que no quieres.

—¡Oh, Denver Harris!, si dices algo como eso, es que no me conoces en absoluto.

—Entonces, me marcho para no tener que hacer algo que nos comprometa a los dos en un resultado del que no podremos salir —se rectificó evitando recordar que tenía a la mujer de sus sueños en brazos… desnuda.

—¿Me deseas? —se atrevió a preguntar en un susurro mientras miraba al suelo.

—Definitivamente la noche que te encontré saliendo de tu baño no dejé suficientemente claras las cosas. Creí que eso era evidente.

—Pero te vas.

Él suspiró con cansancio.

—No sé lo que quieres de mí, Sarah Lee, pero creo que no quieres que nuestra relación vaya a más. Yo no te obligaré. Sé bien lo que soy y no te ataré a mí.

—Eres tú quien pone tierra de por medio cuando algo pasa entre ambos —se defendió de lo que pareció un ataque.

—No hago eso. Solo te doy tiempo para que valores lo que deseas.

—Una vez dijiste que me darías lo que yo desease.

—Lo recuerdo muy bien.

—Quiero un hijo —susurró bajito y sin poder mirarlo a los ojos.

—No traeré a un bastardo a este mundo, Sarah Lee. Sé lo que es y no dejaré que un hijo mío cargue con ese pecado. Puede que seas la mujer más rica y con más contactos que conozca, pero tu reputación no podrá proteger a un niño sin padre.

—Lo sé.

—Mírame, Sarah Lee —murmuró cerca de su oreja. Ella se obligó a centrarse en los increíbles ojos oscuros de él. Eran un poco más claros que los de Sarah, pero ella los veía ahora llenos de esperanza. Le sonrió.

—Sí —afirmó ella con convicción. Él frunció el ceño confundido con esa reacción de Sarah Lee.

—No he hecho ninguna pregunta.

—No hace falta que la hagas, sabes lo que estoy diciendo.

—Dímelo.

—Eres un vanidoso.

—No. O tal vez un poco, pero el verdadero motivo es porque no estoy seguro de que Sarah Lee Foster, que nunca olvidará que le corté el pelo, esté hablando de lo que creo.

—Lo correcto es que el hombre pregunte y la mujer responda.

—Eso es así en la mayoría de los casos, pero tú eres mi patrona y yo soy tu jornalero. Creo que tienes suficiente poder para saltarte las normas una vez más.

—Me parece que no voy a hacer nada como eso, Denver Harris. No daré mi brazo a torcer. No ahora. —Ella le sonrió con sinceridad.

—Está bien. Tú ganas. Te preguntaré, pero una vez que tenga la respuesta, y espero que sea la que has dicho sin yo haber preguntado, tú me pedirás otra cosa.

—¿Qué?

—Tendrás que esperar para conocer mi petición.

—No me fío de ti, Denver Harris, podrías pedir cualquier cosa.

—Creo que vas a tener que poner toda tu confianza en mí y yo obraré de igual modo, si quieres que haga la pregunta.

—Es justo.

—De acuerdo. —El vaquero la dejó en el suelo de forma parsimoniosa, rozando cada pedazo de piel que se deslizaba por la yema de sus dedos. Sarah Lee tuvo la imperiosa necesidad de cubrir su cuerpo. Pese a estar con las mejillas encendidas se obligó a mostrar confianza en Denver Harris.

Por su parte, él no podía creer que estuviera ante Sarah Lee despojada de su ropa y fuese a hacer… Denver se colocó de rodillas. La miró a los ojos. Sostuvo la mano derecha de ella.

—No tengo un anillo. No creo siquiera que pueda comprarte uno como el que mereces, pero deseo que seas mi esposa. A cambio te daré lo único que poseo: a mí, para amarte y protegerte hasta que Dios lo quiera. No tengo nada bueno, nunca lo he tenido, serás un tesoro que guardaré. Todo lo que desees de mí lo tendrás siempre. ¿Sarah Lee Foster, deseas convertirte en la señora de Denver Harris, un hombre sin posesiones pero que será el más rico de la faz de la tierra si consientes en ser mía?

La sonrisa le llegó a los ojos.

—Sí, Denver Harris, me casaré contigo, te amaré y te protegeré. Seré tuya si tú eres mío.

Se levantó, la estrechó entre sus brazos durante un buen rato y luego la separó para darle un beso. No duro. No crudo. Un beso que simbolizaba el acuerdo que habían alcanzado. Lleno de ternura y promesas.

La atrapó nuevamente entre sus brazos. Sarah colocó su cabeza en el hueco de su cuello. Él olía a hombre, a caballo, a cuero.

—Ahora que me he entregado a ti y tú a mí. Pídemelo.

—¿El qué? —susurró en su cuello. La caricia de su aliento en la piel le envió un malvado tirón a la entrepierna.

—Dime lo que más deseas. Lo que me has pedido nada más he llegado.

—Deseo ser madre.

—Y yo te lo daré.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida.

—Cuando quieras. No sé si seré capaz de esperar mucho… ¿Podríamos ir al pueblo y sellar nuestros votos ante el pastor… ahora?

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Te parecería mal si dijese lo que verdaderamente quiero?

—Espero que siempre lo hagas.

—¿No te escandalizarás?

—Si tú no lo hiciste después de que te lamiera entre las piernas, dudo mucho que algo pueda sorprenderme. ¿Qué estás pensando?

—Quiero que me hagas el amor… —pidió humildemente sin apartarse del cuello de él.

Denver la separó y la obligó a enfrentar su mirada.

—Supongo que podríamos invertir el proceso si estás segura de lo que vas a hacer. Una vez que te haga mía, no habrá vuelta atrás. ¿Lo comprendes?

—Perfectamente.

—Entonces supongo que podríamos hacer esto un poco especial —apuntó elevando varias veces las oscuras cejas—. En el agua.

—¿Se puede hacer ahí?

—En cualquier lugar y deseo que sea inolvidable para ambos. ¿Te gustaría probar ahí?

—Vas a tener que enseñarme… Yo…

—Sé lo que hay que hacer. Deja que me desvista. —Se retiró para arrancarse los pantalones, la camisa, el resto de la ropa interior.

—¿Cuánto sabes de… lo que hay que hacer? —aprovechó ella el momento para preguntar, pues estaba desembarazándose de su ropa.

—¿A qué te refieres? —La tomó de la mano para ir hacia la orilla cuando terminó de desnudarse. A medida que se acercó de nuevo a ella, Sarah Lee contempló su fuerte y amplio pecho, tenía vello. Todo él era duro, fiero, peligroso. Sus brazos, tan fuertes y seguros que la habían estado sosteniendo mientras le confesaba sus deseos más íntimos… Su cabellera oscura, los ojos más negros aún porque la miraban con lujuria. Se sentía especial. Él la hacía sentir deseada, segura, confiada… celosa. Tremendamente celosa de que alguna otra mujer hubiese disfrutado de él.

—¿Cuántas mujeres has tenido? —La experiencia que él mostraba la estaba celando terriblemente.

—¡Estás celosa! —exclamó sin poder creer lo que oía. ¡Sarah Lee Foster se mostraba preocupada por los encuentros íntimos que había tenido él!

—¿No lo estarías tú si fuese a la inversa?

—Mi perfecta Sarah Lee, aunque eres una vaquera muy importante, no eres un

hombre. Las reglas siguen siendo diferentes. Tú debes guardar tu virtud para tu esposo, tu marido puede haber intimado con otras mujeres antes de llegar a ti.

—No me gusta saber que no soy la primera para ti —expuso enfurruñada.

—Créeme, mi dulce tesoro, si en algún punto hubiese sospechado que podrías estar interesada en alguien como yo, me habría reservado y no hubiese supuesto un gran esfuerzo para mí.

Con esta declaración había llegado ya a la orilla. Ella suspiró.

—Imagino que tendré que conformarme con tu palabra. Ni yo misma creo que esté a punto de hacer el amor contigo. De casarme contigo. Eres Denver Harris… —dijo como si no creyese lo que estaba sucediendo.

Lo notó tensarse.

—¿Vas a cambiar de idea? Todavía puedes hacerlo.

—Se siente extraño que seas precisamente tú… El niño que me hacía sufrir… Yo…

—Todavía no hemos hecho nada irreparable. Una palabra y me iré por donde vine. No soy aquel niño, Sarah, soy un bastardo, pero no haré nada que te obligue a estar conmigo.

Ella sacudió la cabeza para negar.

—No eres un bastado. No, no. Eres un buen hombre, Denver Harris. A cambio de lo que me das hoy, yo te prometo solemnemente que jamás te retendré a mi lado. No ataré ninguna cadena en tu cuello. Nos casaremos, pero te prometo, que si necesitas libertad, marcharte, te dejaré ir.

Él frunció el ceño.

—No sé si eso que dices es bueno, tesoro. Porque se percibe como si quisieras

deshacerte de mí.

—Supongo que estoy haciendo un lío de todo. No me malinterpretes. Yo estaba a tu lado cuando respondiste cómo llegaste a ser un ranger. Oí la ilusión de ser un hombre libre, de poder hacer lo que quisieras sin nadie que te lo impidiera. No deseo ser jamás una carga para ti.

—Perfecta Sarah Lee, eso lo dije antes de saber que podría ser tu esposo. Cumpliré mis votos hasta el fin de mis días. No te dejaré sola nunca —sonó a promesa. Ella lo creyó.

Una vez dentro del agua, localizó un punto de apoyo y se sentó. La cogió de la mano y la llevó sobre su regazo. La colocó con las piernas abiertas de tal modo que su erección quedó cobijaba en su sexo, pero sin hundirse.

Sarah Lee estaba tranquila. Denver se veía seguro de lo que hacer y ella confiaba en él. Subió sobre él y se aferró a su espalda, de tal modo que la cabeza quedó alojada en el cuello masculino. Se sintió perfecto ese agarre. Pese a que el río estaba frío, ambos estaban en llamas, así que no sería sorprendente que el agua comenzase a evaporarse.

—Oí a la señora Kurki decir que duele.

—Solo será una vez. Luego solo habrá placer. ¿Te gustó lo que te hice el otro día? —Con esa aseveración Sarah Lee acababa de confirmarle que estaba intacta. Suya para él. Solo para él. El primero en todo… Quiso gritar de pura emoción.

—Creí que me consumiría y que moriría. Me haces arder.

Él se sonrió. La hizo salir de su improvisado escondite, es decir que la obligó a abandonar su cuello y a mirarlo de frente.

—Debes ser valiente ahora. Me gustaría evitarte el dolor que sentirás, pero no puedo hacerlo. Nunca he tenido una virgen entre mis manos, intentaré ser gentil y paciente. Eres un tesoro para proteger, Sarah Lee, y me odio por lo que voy a hacerte. No hay otra manera de hacerte mía.

La besó en los labios mientras ella cruzaba los brazos en su nuca.

—Me gusta cuando me besas —dijo tratando de relajarse.

—Adoro besarte.

Llevó una mano bajo el agua para localizar el punto exacto que la haría volverse loca.

—Siento desfallecer cuando me tocas *ahí*. —Un largo gemido salió de la garganta femenina.

—Cuando sé que te doy placer, algo muy grande inunda mi pecho. Sarah Lee, no lo entiendes, pero tú eres la única mujer a la que deseaba hacerle el amor. Hace demasiado tiempo que sueño contigo —se confesó.

—Denver… —Él había metido el dedo pulgar en el interior de ella. Lo que le hacía, las palabras tan dulces que le susurraba… La muchacha estaba en las nubes y no deseaba bajar.

—Siento que te amo, Sarah Lee. Creo que lo he hecho toda mi vida… —Era momento de admitir lo que tenía dentro y quemaba por salir. Si no lo hacía en estos momentos, no lo haría jamás.

Sarah no podía seguir la conversación, pero sí escuchaba cada palabra dicha por él. El dedo entraba y salía y ella solo deseaba mover las caderas para notar la presión de su brazo en ese punto exacto que la hacía gemir y suspirar. La joven se las arregló para decirle que:

—Creo que po…dría amar…te, Den…ver Ha…rris. ¡Aaaaaaaaah! —Estalló en una vorágine de placer que la dejó jadeante y lista para recibirlo porque se había relajado por completo. Lo abrazó con fuerza y luego siguió explicando—: Dame un poco de tiempo. Sé paciente hasta que descubra lo que hay dentro de mí.

No era un hombre bobo, sabía que ella no estaba enamorada de él, pero su respuesta le dio grandes esperanzas.

—¿Soy importante para ti? Solo dime si te importo. Me conformaré con saber eso. —Contuvo la respiración a la espera de su respuesta.

—Lo haces. No permitiría que me tocases si no me importases. Cuando te vi subido a Luna Blanca, tuve mucho miedo por ti. Eres especial, Denver Harris. —Nunca había sentido tanto pánico como cuando pensó que acabaría lesionado por esa fiera salvaje.

—Es suficiente para mí. Te esperaré toda la vida si hace falta. Soy tuyo desde que viniste a consolarme por la muerte de mi madre. —No podía creer que después de un largo camino de sufrimiento, de no saber qué hacer con su vida, ella, Sarah Lee Foster, se estuviera entregando a él. Se contentaría con poseer su cuerpo y le daría tiempo para regalarle su corazón.

La joven le acarició el cabello mientras lo besaba en el cuello.

—Te he elegido para ser el padre de mi hijo. Eres muy importante, Denver.

—Entonces… comencemos a trabajar en ello. —Acomodó las caderas de su futura esposa, llevó su miembro a la entrada de su cueva y empujó tratando de ir despacio. Estaba tan prieta que creyó que le estrangularía su instrumento viril—. ¡Dios bendito! Es tan injusto que yo disfrute tanto nuestra primera vez y tú solo sientas dolor… —La gloria que sentía lo incitaba a introducirse hasta la empuñadura, pero si lo hacía se derramaría en su interior demasiado pronto. Era tan condenadamente perfecta que deseaba abandonarse por completo a la lujuria y a la ternura que le despertaba.

—¡Duele! —se quejó en un aullido. Era muy grande. Ella muy estrecha.

—Lo sé, mi perfecta ninfa del río. Lo sé. Debes ser valiente… casi estoy dentro… Solo un poco más… Aguanta un poco más. —Él movió las caderas con fuerza y se cobijó en su interior sin dejar una sola pizca de sí mismo fuera de su entrada.

Sarah Lee gritó de dolor. Las lágrimas comenzaron a caer. Denver se sintió como un bastardo afortunado por causarle daño y sentir placer al mismo tiempo. Su estrechez lo había llevado al límite. Tremenda injusticia para Sarah Lee. No duraría demasiado sin dejarse ir, y en esta ocasión creyó que sería inteligente terminar rápido.

—No creo que pueda hacer esto nunca más. Denver, más vale que me dejes embarazada hoy, porque no podré soportar esto nunca más.

—Y no tendrás que hacerlo. Te prometo que solo te haré daño esta vez. El resto lo haré bueno para ti. No hace falta que sigamos. Puedo esperar hasta la noche o mañana. Esperaré hasta que te sientas mejor.

—¿Hemos terminado?

Le dio un beso en la nariz.

—No he terminado. Necesito dos sacudidas más para librarme de la necesidad y llegar al pico del éxtasis. Si no puedes soportarlo, te dejaré en paz. Lo que pretendía lo he logrado. Eres mía.

—¿Harías eso por mí? ¿Renunciarías a desahogarte si yo lo pido? —En estos momentos en que su inocencia ya no estaba, comprendía que, si él la hubiera privado del placer de culminar, ella hubiese podido patearlo sin remordimiento. Que estuviera dispuesto a sacrificarse por ella la hizo suspirar y sonreír.

—Siempre —alegó con convicción. Ella lo besó en la boca con profundidad mientras le acariciaba el cabello mojado.

Se separó de él y lo miró a los ojos. Se le veía preocupado por ella, pero también observaba agonía por la necesidad.

—Haz lo que debas para conseguir llegar a la plenitud, Denver.

—Bésame, perfecta Sarah Lee. Bésame de nuevo.

Ella lo hizo. Él la levantó hasta dejar su miembro casi fuera y la volvió a bajar. Necesitó dos embestidas exactas para gritar su liberación y sentir su semilla adentrarse en lo más profundo de su prometida.

Prometida. Sonaba tan bien en su cabeza… Un título que ella ostentaría hasta que se adecentasen y fuesen al pueblo para hacer las cosas bien hechas.

La acercó todo cuanto pudo a su torso para envolverla en un abrazo posesivo. Protector. Tierno. Natural. Se sentía natural todo entre ambos. A la joven le gustaba este Denver Harris que había comenzado a conocer.

—¿Te ha dolido como a mí? —preguntó ella con cautela. El grito desgarrador que Denver había dado antes de quedarse laxo le hizo creer que también sintió mucho dolor.

—Todo lo contrario. He disfrutado como nunca pensé que podría hacerlo.

—Pero has gritado de una forma… Estabas angustiado.

—No. La palabra es pletórico. Imagino que he sentido el mismo placer que tu obtienes cuando yo hago que te restriegues sobre mí y hundo mi dedo. La próxima vez lo haré diferente. Vendrás conmigo al cielo cuando me cobijes en tu interior.

—¿Se puede hacer de otro modo? ¿De la forma en la que dices? —Estaba muy interesada en este tipo de cuestiones.

—Te enseñaré todo lo que sé —sonó a promesa perversa. Ella se mordió el labio inferior. Tal vez, después de todo, no fuese tan malo que él tuviera experiencia en temas íntimos… Negó con la cabeza. ¡Mentira! Le hubiera gustado ser la primera y que ambos aprendiesen juntos los secretos de alcoba.

—Creo que estaremos bien —señaló ella mientras cerraba los ojos recostada sobre su hombro. Denver le estaba acariciando la espalda y oía el latir de su corazón sonando al mismo ritmo que el suyo. La sintonía era mágica y única.

—Prometo que así será. —Hubo un momento de silencio—. Uhm… —comenzó a titubear Denver.

—¿Algo está mal?

—No te di las gracias por defenderme… En el pueblo, escuché lo que dijiste de mí… sobre dispararles si se atrevían a faltarme al respeto. Nunca nadie me había defendido. —La cara de las mujeres lo decía todo. Temían a Sarah Lee.

—No hacía falta. Tú hubieses hecho lo mismo.

—Quiero que sepas, que cuando éramos pequeños y te molestaba, solo yo podía hacerlo. Si alguien te hubiera lastimado, lo habría matado a golpes. —Era importante para Denver tratar esos dos temas que parecían estar pendientes.

—Entonces estamos igualados, Denver. No te preocupes. Ellas no debieron decir nada malo sobre ti. No te conocen. No saben quién eres.

—Me gusta oírte decir cosas buenas sobre mí.

—No digo más que la verdad.

—Debí haberte agradecido tu defensa aquel día. Debí hacerlo cuando pasó, pero no quise empañar nuestra salida al recordar mis orígenes. Y después, tú te negabas a hablar conmigo y yo… —se calló porque no supo cómo continuar su aseveración.

—Ningún niño debería ser castigado por actos de los que no es responsable. No te avergüences, jamás. Mi padre no lo hizo nunca. —El señor Foster también tenía la espina de su nacimiento, pero superó aquello—. Imaginé que no deseabas hablar sobre el tema.

—Ciertamente, pero la justicia no existe en cuestiones de moralidad. Y eso me recuerda que debemos darnos prisa y regresar a casa para que pueda convertirte en una mujer honrada.

—¡Soy una mujer honrada! —gritó con cierto malestar por lo dicho.

—Me temo que Dios y el pastor, no lo verán así. Venga, perfecta Sarah Lee. Salgamos y regresemos a casa.

—Tu ropa estará mojada.

—Sí.

—¿Cómo lo explicarás?

—Con la verdad. Salté al río para salvarte.

—¡No puedes explicar eso! —No quería que nadie supiera que ambos estuvieron aquí hoy haciendo…

—¿Por qué?

—Porque todos saben que nado sin ropa…

—Uhm… Eso será un problema. Entonces regresa tú a casa y yo lo haré en cuanto se haya secado todo. ¿De acuerdo?

—¿No irás a escapar? —inquirió ella un poco nerviosa.

—De ti… *Nunca*. Temo que precisamente ocurra al contrario. —La vehemencia con la que esa palabra fue dicha la dejó sin aliento. Se tuvo que obligar a respirar. No dudaba de la lealtad de Denver Harris y, por Dios y su padre, que le pagaría con la misma moneda.

***

Sarah había aprendido, hacía tiempo, que las cosas no siempre salían como uno las planeaba. La primera vez que se llevó una desilusión muy grande fue cuando se imaginó siendo la esposa de Jack Lowell. Eso no pasó. Un duro golpe, pero aprendió a sobrellevarlo. La ocasión

que más dolió fue cuando imaginó que su padre viviría largos años a su lado y Dios la privó demasiado pronto de su amor, compañía y guía. Podría decirse que la tercera vez que la vida la sorprendió alterando sus ideas sucedió en el momento en el creyó que se casaría con Denver Harris esa misma tarde, después de haberle entregado su virtud. El destino quiso que una vaca se pusiera de parto y el ternero naciera con complicaciones. Se entretuvo hasta la noche, pues poder sacarlo de dentro de la madre fue complejo, por lo que no pudieron ni anunciar su decisión de casarse, ni por supuesto ir al pueblo a que el pastor los convirtiese en marido y mujer.

Estaba tan cansada, que después de darse un baño y subir a su habitación sin cenar, planeaba meterse en la cama y descansar. Gracias al cielo el parto había salido bien y el nuevo miembro de la manada y la madre estaban a salvo.

La noche estaba bastante avanzada. Mientras subía las escaleras no podía parar de pensar en cómo había cambiado su vida para siempre. Le dijo que se había enamorado de ella y que lo estuvo desde siempre. Su corazón bailó, cantó e hizo palmas ante la declaración. Sarah desarrolló un vínculo muy fuerte con Denver. Había estado admirando a Jack a lo lejos desde hacía mucho tiempo. La presencia del señor Lowell había impedido que Sarah pudiera pensar en alguien más. Creyó que no se casaría, porque la pérdida que sintió cuando sus dos mejores amigos se unieron fue devastadora. La esperanza de ser madre, de poder acunar a su propio bebé, había permitido que su mente y corazón se abriesen a nuevas oportunidades. Denver Harris era su nuevo sueño.

Abrió la puerta de su habitación sintiendo lástima por no haber podido hablar con él durante toda la tarde. Se vieron solo un instante en el que él entró al granero y Águila Negra lo echó para que ella no se distrajese de su labor. Los dos se habían sonreído como suponía que lo hacían dos prometidos enamorados. ¿Amaba a Denver Harris? No podía certificarlo. No realmente. Pero mentiría si dijese que su corazón no bombeaba fuerte cuando él estaba cerca. Habían hecho el amor. En el río. Siempre que fuese a ese lugar recordaría cómo fue desprenderse de su virginidad con un hombre que parecía adorarla.

Cuando llevó la lámpara de queroseno para iluminar su habitación, vio una figura imponente sentada en la cama.

—Has tardado mucho —le dijo Denver—. He tenido la tentación de bajar para asistirte en tu baño, pero eso hubiera supuesto que la cosa terminase como la última vez y era un riesgo

demasiado grande.

—¿Y eso hubiese sido tan malo? —respondió con coquetería al tiempo que entraba y cerraba la puerta a su espalda.

—Sí, porque no me hubiera contentado con no volver a tomarte con todo mi cuerpo y creo que estarás lastimada… *ahí*.

—¿Dónde?

—Ya sabes… En tus partes… femeninas… —señaló cohibido.

—¡Oh! Creo que estoy bien. —No le dolía nada. Solo sentía emoción cuando recordaba lo que habían hecho.

—Me alegro mucho de que así sea. Temía haberte lastimado. De todos modos, he venido porque quería asegurarme de que estabas bien y… Bueno… No pretendía volver a hacerte el amor, pero sí necesito abrazarte y besarte. Me preocupa mucho lo que me haces sentir, Sarah Lee, porque nunca he precisado de nada… de nadie. Es todo muy confuso.

Ella le sonrió.

—Y yo necesito tus abrazos y besos, Denver Harris. Más, después de una tarde de mucho trabajo. Águila Negra me ha hecho un recuento de todo lo que me queda pendiente y es preciso que…

No hizo falta más para que él se levantase de la cama y corriese para acunarla entre sus brazos. Ella no terminó de hablar sobre sus deberes. Sarah enlazó los brazos en su cintura y recostó la cabeza en su pecho. Denver recompensó su gesto con un cariñoso beso en la cabeza.

—Vamos a tener un problema, mi perfecta Sarah Lee.

—¿Qué problema? —preguntó con cierto nerviosismo.

—No voy a poder permanecer lejos de ti o no tocarte… No sabes lo complicado que ha sido irme de tu lado mientras estabas atendiendo el parto. Quería apretarte los hombros, darte ánimos. Deseaba ayudarte, pero no tengo la mínima idea de atender animales que están sangrando. Tú te veías tan segura en tus labores… Me mentía orgulloso de tus logros porque los sentía también míos. ¿Tiene algún sentido para ti lo que te cuento?

—Sí, lo tiene. ¡Oh, Denver Harris! No hace falta que sepas cuidar animales sangrientos, yo lo haré por ti.

—¿Y qué hay de mis ganas de besarte y acariciarte en público?

—Imagino que sería conveniente que nos casásemos antes —alegó coqueta.

—Quería que hubiera sido esta tarde. Soy un hombre muy apasionado. No pensé que lo fuese, pero después de haberte tomado en el río, imaginé cómo sería nuestra noche de bodas de mil y una formas. No puedes hacerte una idea de la tristeza que me embarga…

—Mañana iremos al pueblo.

—¿Y por la noche tendremos nuestra recompensa?

—Sí. Prepararé todo para trasladarnos a una habitación más…

—¡No! Quiero quedarme aquí. Aquí es donde todo empezó de nuevo. Este lecho será el nuestro. Tu cama será la mía.

—Está bien. —Si complacerlo iba a ser así de fácil, tendrían una buena unión.

—Llevas un camisón encantador. Tan liviano que siento todo el contorno de tu cuerpo bajo mis manos. —Denver le estaba acariciando la espalda y la cintura—. Será mejor que me marche antes de que vuelva a comprometerte.

—¿Tan pronto te vas? —inquirió haciendo un adorable puchero y sin dejarlo ir de su abrazo.

—Mi fuerte y apasionada Sarah Lee. Siendo inocente… y eres más tentadora que la serpiente del Edén. Si me quedo desearé más. Mucho más de ti.

La joven apoyó la barbilla en medio de su torso y lo miró a los ojos desde su posición.

—No quiero que te marches, Denver. No me dejes… todavía no. Quédate conmigo —murmuró.

—¡No sabes lo que estás pidiendo! Ya me siento un maldito canalla por haber robado tu virtud sin el derecho de ser tu esposo. Si me quedo, voy a querer más que un abrazo y un beso…

—Pero no me has besado, Denver…

Él resopló. Era peligrosa. Muy peligrosa para la cordura de cualquier hombre, incendiaria para la suya propia.

—¿Si te beso me soltarás para que pueda irme? —preguntó mientras trataba de apartarse de ella sin éxito. Sarah Lee tenía bastante fuerza… Eso y que él no deseaba huir tan fácilmente.

Ella se molestó al ver la facilidad con la que podía dejarla. Se soltó al momento.

—Puedes irte —ordenó enfurruñada.

Sarah avanzó hacia la cama para abrirla y no llegó a poder hacerlo. Denver la cogió raudo del brazo, le dio un tirón y la apretó contra su torso.

—¿Tan fácilmente me dejas marchar? —Le tocó a él hacerse el remolón.

—Eres tú quien parece ansioso por irse a los barracones.

—Lamento en estos momentos haberme instalado allí… No te imaginas lo complicado que ha sido escabullirme para venir a verte.

—Te marchaste sin pedir mi autorización. —Esa parte la tejana no la había olvidado. Fue una traición.

—Sarah Lee, si no lo hubiese hecho, haría semanas que serías mía. No estaba seguro de que quisieras eso. Todavía tengo cierto… No sé si llegarás a arrepentirte por permitirme… todo.

—Te he elegido. No hay nada que temer.

—¿Puedo besarte?

—Creo que soy tuya para lo que desees… —coqueteó de forma atrevida sin ser muy consciente de lo audaz que había sonado.

—Solo un beso y me iré… ¿de acuerdo?

—Solo un beso… —susurró en un gesto claro de desacuerdo. Después de mostrarle el cielo, no sabía si podría contentarse con menos.

Denver Harris le subió la barbilla con el dedo índice. Tocó los labios de ella con su pulgar. Los entreabrió y se deleitó con la suavidad que acariciaba. Sintió el deseo de hundir el pulgar en su cavidad. Ella permitió que la falange buscase la boca.

—Lame el dedo, Sarah Lee —le pidió mientras su erección comenzaba a palpitar con fuerza.

Sarah sacó la lengua y la deslizó por el dedo sin apartar los ojos de Denver. Se sentía lasciva, lujuriosa, pecadora… Deliciosamente perversa.

Quitó el dedo de inmediato porque él sabía que estaba jugando a un juego peligroso y le dio un beso tan profundo y necesitado, que Sarah Lee tuvo que echarse un poco atrás para poder respirar o la asfixiaría por lo exigente que Denver fue. Él le permitió el retroceso, pero enseguida volvió a agarrarla para comenzar a besarla una vez más.

No supo bien cómo o cuándo, pero en algún punto de esos besos continuos ambos cayeron sobre la cama.

Denver le besaba la boca, el cuello, el lóbulo de las orejas. Trataba de ser gentil, pero era complicado conseguirlo. La deseaba tan apremiantemente… Sus manos buscaban sus senos, le molestaba no tenerlos sobre la palma desnuda de su mano, pero al menos podía sentir los pezones erguidos punzando sobre el camisón.

Sarah solo podía dejarse arrastrar por la pasión que su amante le despertaba. Amante. No era todavía su esposo. Era el hombre que le hacía las cosas que solo estaban destinadas a un marido. Incluso con esa reflexión bailando sobre su conciencia, no podía soltarlo. Lo necesitaba más cerca… con menos ropa.

Entre suspiro y suspiro, los dos se las arreglaron para terminar desnudos. La piel de uno y otro se buscaba. Necesitaban sentir el contacto sin el estorbo de unas telas.

Cuando la tuvo recostada bajo su cuerpo sin nada que lo molestase, comenzó a besarla y a lamerla con devoción, como si fuese el postre más apetitoso puesto ante sus ojos. Se deleitó en el dulce sabor de sus senos.

—Son maravillosos. Están enfadados porque en el río no los atendí con diligencia. Me piden que los cuide y los lama con tranquilidad. ¿Deseas que lo haga, Sarah Lee? —Lanzó la pregunta con tono ronco.

—Sí, sí… —Se retorcía de la necesidad que él le había despertado, tan dura, cruda…

Denver se sonrió antes de comenzar a amamantarse del pecho derecho. Una de sus manos acariciaba el izquierdo con sumo cuidado. Lamió y besuqueó como si la vida le fuera en ello.

—¿Me necesitas aquí? —preguntó mientras llevaba la mano a su entrepierna para frotar su centro.

—Estoy ardiendo otra vez… ¿Siempre es así? Me siento desquiciada, Denver… No

puedo… No consigo controlar… Te necesito dentro de mí. Mi cuerpo llora para que entres, pero mi mente teme que vuelvas a hacerme daño.

—Iremos poco a poco, mi valiente vaquera… —Comenzó a dar besos en su firme abdomen para ir deslizándose hasta llegar al lugar que ansiaba volver a lamer.

Abrió su sexo con ambas manos y dejó caer su lengua justo en el punto exacto donde sabía que ella necesitaba que lo hiciera. La sentía muy intranquila. Debía hacer que se relajase y alcanzase el placer pronto, sobre su lengua.

Denver Harris no era excesivamente libidinoso. Lo que había hecho con las mujeres a las que pagó para cubrir su necesidad, no era nada parecido a lo que ansiaba hacerle a Sarah Lee. De ella necesitaba mucho más que hundirse en su profundidad. Su lujuria le pedía que la besara, acariciara y lamiera por todas partes. Quería conocer cada secreto de su cuerpo.

Lamió con fuerza e introdujo dos dedos en su interior. Tuvo la gran suerte de haber dado con una mujer en un burdel que quiso enseñarle un par de cosas, debido a la generosa recompensa que él le dejó en su mesilla. Aquella fémina de vida alegre le dijo que cuando encontrase a la mujer perfecta, debía hacerle justo eso que él estaba haciendo. Le explicó que no solo a los hombres les gustaba que ellas usasen su boca. ¡Qué gran verdad! Su prometida suspiraba, tironeando del cabello de él, mientras Denver lamía sus resbaladizos pliegues. Sabía a gloria sobre su lengua. Deseaba más, todo lo que Sarah Lee fuese capaz de otorgarle.

—Estoy cerca… Estoy muy cerca… Den…ver…

No despegó su boca de la ambrosía que producía Sarah Lee. Lamió aumentando la velocidad con la que sus dedos se metían en su interior. Muy poco después de esta táctica, la joven tuvo que morderse la cara interior de los mofletes para no gritar con todas las fuerzas su liberación.

Cuando terminó de lamerla y recoger su excitación, trepó sobre el cuerpo de Sarah Lee. Se colocó en su abertura. La sintió tensarse con el movimiento.

—¿Confías en mí, mi tesoro? —preguntó antes de embestir.

—Sí —respondió sin dudar.

La besó en la boca y empujó para meter solo la redondeada punta de su miembro.

—¿Te duele? —susurró en su oído la pregunta. Besó el lóbulo de su oreja mientras esperaba su respuesta. Ella suspiró de dicha.

—No. No como antes.

—Voy a moverme un poco más. Si sientes molestia me detendré.

Usó todo su autocontrol para no hundirse hasta la empuñadora de una sola estocada. Poco a poco y con la paciencia de un santo, se metió hasta el final.

—Esta vez… Es diferente. No siento dolor —gimió cuando él balanceó sus caderas de nuevo.

—¿Qué hay?

—Placer. Me siento llena de ti, me gusta sentirte dentro…

Ella movió sus caderas para probar si… Un gemido femenino surcó el silencio de la habitación. La señorita Foster había encontrado un delicioso placer en su gesto.

Al ver que ella estaba cómoda y receptiva, Denver empezó a balancear sus caderas a un ritmo constante y no tan duro como el que le gustaría ofrecer. Ella era delicada. No debía forzarla con sus fuertes apetitos.

Eso duró unos pocos minutos. Sarah Lee comenzó a convulsionar pidiendo, exigiendo más y más rápido. Denver creyó que ella lo agotaría como ese caballo salvaje al que tuvo que domar…

La veía tan perdida en el placer, tan audaz en sus peticiones, que paró sus movimientos y rodó con ella por la cama sin salir de su interior.

Sarah Lee iba a protestar, cuando se descubrió montada sobre Denver.

—¿Qué es esto?

—Demuestra que eres una vaquera de Texas.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender…

—Móntame, Sarah Lee. Y no seas delicada… Lo necesito fuerte, duro… Dámelo. —Le guiñó un ojo.

Se mordió el labio inferior al tiempo que llevaba sus manos para apoyarse en el perfectamente moldeado torso de Denver.

—Si debo domarte, podría hacerte daño.

Él se carcajeó. Ella lo miró con cara de malas pulgas.

—Me arriesgaré —le dijo con seriedad.

—Muy bien… —añadió, sabiendo que iba a convertirse en la amazona experta que él dudaba que fuese.

Sarah Lee comenzó a bajar y a subir el cuerpo mientras él llevaba sus manos hacia atrás para darle todo el poder a la vaquera. La danza comenzó. No fue sutil. No fue tranquila. La que sería su esposa comenzó a brincar sobre él y Denver sabía que ella había descubierto la forma de frotar su delicioso trozo de carne contra su virilidad para poder obtener su propio placer.

—Sarah Lee, dime que vendrás conmigo…

—¿A dón… de?

—Al paraíso, quiero que vayamos juntos… Déjate ir conmigo… Dame tu placer… Ahoraaaaaaa —dijo en un grito estrangulado para que no los oyesen los señores Rolser, ni el pequeño Connor desde el otro lado del pasillo. Una gran suerte que Águila Negra y Jeremy tuvieran sus propias habitaciones en los barracones…

Y ella lo obedeció al instante. Se dejó ir para llegar con Denver al cielo mismo. Jadeantes. Saciados. Bien amados. Así se cayeron en la cama. Sarah Lee se dejó abrazar para buscar el sueño.

Un día perfecto. Había encontrado al fin a una persona con la que deseaba compartir el resto de sus días. Dio gracias a Dios por traer de nuevo a su vida a Denver Harris.

Aquella noche, antes de que el sol volviese a salir, hicieron el amor tres veces más. Parecían no poder hartarse el uno del otro.

Capítulo 7

Un giro inesperado

No podía ser más feliz. No durmió demasiado, pero estaba descansado y contento. Denver Harris comenzaba a percibir que al fin la vida le devolvía lo que tantas veces le quitó. No se había permitido ilusionarse con Sarah Lee Foster ni cuando era más joven. Ya podía hacerlo. Era suya. La había marcado a fuego con su semilla.

Jamás imaginó que, dentro de su duro, fuerte y violento corazón de ranger, albergase tal sensiblería. Ella era la culpable de que se mostrase como un cordero dócil y tierno. Curiosamente no se avergonzaba de sus declaraciones ni del modo en el que la amaba dentro y fuera de la cama.

Si hacía unos años le hubiesen dicho que Colt El Rápido bailaría al son del meñique de una mujer… Hubiera disparado contra ese mentiroso. Pero la valiente señorita Foster tenía la capacidad de hacerlo mejor persona, de olvidar la sangre que manchaba sus manos, de hacer que desease todo lo que prometía una buena esposa.

Tumbado sobre la cama de la única mujer en la que alguna vez tuvo interés, con un brazo de ella sobre su torso y una pierna envolviendo las suyas, se sintió un privilegiado.

No se había permitido el lujo de dormir, porque debía huir de la cama de ella antes de que alguien se levantase. No deseaba arrojar chismes sobre Sarah Lee. Tuvo cuidado de salir del lecho sin despertarla, porque si la veía con los ojos abiertos, le volvería a hacer el amor antes de marcharse.

Buscó su ropa, que estaba desperdigada por el suelo y comenzó a vestirse. La luz del sol era todavía muy débil. Abrió un poco la cortina y vio una carta sobre la mesa que había bajo la ventana. No fue su intención cogerla entre sus manos, pero cuando miró que el nombre de Jack Lowell venía escrito… el demonio le susurró, sobre su hombro derecho, que la ojease.

Sus ojos devoraron con torpeza lo que allí ponía. Sabía leer y escribir, pero no era demasiado ducho en ese arte. Lamentó no haber prestado más atención en la escuela.

Exhaló con fuerza cuando terminó de leerla. Arrugó el papel en el puño y quiso gritar.

Viudo. Él era viudo. Leah Lowell había muerto y Jack le decía en la carta que valorase su propuesta de matrimonio, que estarían bien juntos, pues sabía que lo amaba y que Sarah no le era indiferente. Decía que esperaba una contestación a su vuelta, cuando recogiera a Connor del rancho. Incluso se atrevía a recordar un tímido beso que habían compartido y que le hizo calentar el corazón y otras partes que un hombre honrado no debería admitir. La revelación fue como un jarro de agua fría. Lowell, el hombre al que Sarah Lee había mirado con ojos enamorados, era libre. ¿Por qué diablos no se lo dijo?

Pensó en la tarde de ayer. La joven se derritió entre sus brazos, al igual que durante la noche. Lo había elegido para ser el padre de su hijo… Eso le dijo. Una fuerza se sintió en su pecho. Su semental. Un hijo. Ella deseaba un heredero, alguien que dirigiera el rancho en el futuro. Él había estado más cerca que Jack Lowell en ese momento de lujuria, porque en caso de haber sido la misma situación, con Jack Lowell en su lugar, la ranchera habría actuado igual. O tal vez con más sentimiento.

Desvió la mirada hacia la cama, donde Sarah Lee descansaba plácidamente con el aspecto de una mujer que fue bien amada. ¿Por qué mantenía a Jack Lowell cerca mientras se apareaba con él?

Los celos de su juventud retornaron más sanguinarios que nunca. ¿No podría librarse jamás del maldito Lowell? No le había contado nada sobre la muerte de Leah, tampoco sobre la proposición del gran y único amor que ella tuvo en su niñez… ¿A qué estaba jugando Sarah Lee?

Volviendo a pensar en sus propios pasos de ayer por la tarde, cuando decidieron

casarse, la vaca se puso de parto… Jeremy sabía atenderla, pero Sarah Lee insistió en hacerlo ella misma. Era apremiante que se casasen porque habían estado juntos de manera inapropiada…

¿Y si su plan era el de esperar a que Jack Lowell regresase?

No. Seguro que la señorita Foster no haría algo tan rastrero como eso…

Sacudió la cabeza, se tragó la ira y rabia por volver a tener que lidiar con Jack Lowell. Maldijo por la muerte de Leah y salió de allí con la sensación de que debía ser cauto. Eso no impidió que se sintiese inseguro y más vulnerable que nunca. Y… Esa sensación solo se acrecentó con el paso de los días. Cinco, siendo exactos. Cinco jornadas en las que le había dicho que debían formalizar el compromiso, compartirlo con el resto e ir al pueblo para casarse. Pero en el rancho surgieron complicaciones que parecían estar saboteándolo todo.

Cuando no tenía que cuidar de un ternero recién nacido, debía atender otro alumbramiento. ¡Las vacas parecían haberse puesto de acuerdo para parir! No tenía tiempo para atenderlo y lo cierto era que él la buscaba poco.

El ranger ansioso y rudo que habitaba en él estaba saliendo a la superficie. No había ido a visitarla en cuatro noches y ella no parecía especialmente disgustada. El nombre de Jack Lowell revoloteaba por todos los lados. Incluso anoche mismo, el pequeño Connor, durante la cena, preguntó si ella se marcharía a Austin a vivir con ellos. La mirada de Sarah buscó la de Denver, pero él se limitó a comer la sopa que la señora Rolser le acababa de servir en aquel momento.

Su mente construía un sinfín de suposiciones para la reticencia de ella a la petición para casarse de inmediato. Cada cual más irritante que la anterior.

Necesitaba un poco de paz y tranquilidad, así que una tarde decidió irse al pueblo, al *saloon* para ver si… ¡Necesitaba alcohol y un poco de juego! Despejar la mente.

Entró en los establos y colocó la silla sobre Luna Blanca. Las voces de Jeremy y Águila Negra llegaron hasta sus oídos. Denver Harris se quedó muy quieto y silencioso cuando el nombre de Jack Lowell salió en la conversación y se preparó para espiar.

—Dijiste que el ranger la conquistaría —le recriminó el señor Andrews al indio.

—¿Pretendes que los encañone con el rifle y los obligue a ir a la iglesia para que el pastor los case? —se defendió Águila Negra. Estaba cansado de ser la niñera de todo el mundo.

—¡Ha estado en la cama de ella! Sabes tan bien como yo que hace unas noches él se escabulló y regresó después de… —Jeremy masculló una maldición en silencio.

—Sarah no me habla desde que discutí con ella sobre Jack Lowell. Juré que la protegería, pero no puedo obligarla a hacer nada que no quiera. Le dije que necesitaba un hijo… —comenzó a explicar Águila Negra.

—¿Por qué demonios —lo cortó el otro vaquero— le dijiste algo como eso a una mujer que hace todo lo que tú le pides sin rechistar?

—¡Tiene que desenamorarse de Jack Lowell y debe hacerlo ya! Harris era un candidato perfecto para que ella…

—Te dije que a Sarah no le gustaba. Te lo advertí y has permitido que ellos dos… ¡Tienen que casarse de inmediato! El señor Foster se estará revolviendo en su tumba si sabe lo que hemos consentido.

—Es una mula terca… Creí que anunciarían la boda en un pestañeo. Es evidente para todos cómo se miran y se rozan cuando creen que nadie los mira. ¿Querías que le permitiese aceptar la proposición de Lowell?

—No era tu decisión. Si deseaba casarse con el viudo, no era de tu incumbencia.

—El ranger es mejor. Denver Harris la ha querido desde que era joven. Sarah no es una mujer que deba ser el postre de nadie. No sería feliz con el viudo. —El indio estaba seguro de sus suposiciones.

—¡No era tu decisión!

—Bueno, no hay nada decidido. Lowell regresará en poco tiempo y ella todavía no está casada. No deberías molestarte tanto.

—¡Lowell no la merece!

—Entonces… ¿¡qué diablos quieres de mí, Jeremy!? —Lo estaba regañando por todo.

—Si el ranger la ha deshonrado debe casarse con ella. ¿Cojo yo mis pistolas o lo haces tú?

—Ve tú a decírselo a ella… No quiero disgustarla más. Y en honor a la verdad, estoy harto de ser su ama de cría. Es mayorcita para decidir sobre su futuro… Si se encamó con el ranger y quiere casarse con el viudo, que haga lo que le plazca. Se lo he puesto todo en bandeja, me contuve de ir a pedir explicaciones a ambos por no ir por el camino recto… Cuando se dé cuenta de su error, ya será tarde. Sé que lo hará y no creo que pueda hacer nada porque si le digo que algo es negro, dirá que no, porque está enfadada conmigo. ¡Malditos todos! —Se marchó del lugar despotricando en la lengua de su tribu. Señal inequívoca de que, a Águila Negra, la paciencia le había llegado a su fin.

Ante lo que escuchó, Denver Harris se contuvo de no darle un puñetazo a la madera que estaba detrás del caballo para no delatar su posición. Aguardó quieto y cuando pasaron unos minutos salió con las riendas de la montura para toparse, cara a cara, con Jeremy Andrews. El vaquero, al ver al ranger, mostró su mejor cara de póker.

—Buenas tardes —dijo Denver para romper el silencio incómodo que se formó entre ambos.

—¿Cuánto has escuchado? —se interesó Andrews directamente.

—Lo suficiente. —No mentía. Ya tenía una idea clara de lo que podía estar esperando Sarah de él.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —No tenía sentido andarse por las ramas.

—Lo que me gustaría es enviarla al infierno y marcharme sin mirar atrás. —Sentía un poderoso deseo de hacer eso mismo, aunque no estaba seguro de que la tejana lamentase su pérdida.

Jeremy cruzó los brazos sobre el pecho y levantó una ceja muy amenazadora. El ranger ya no necesitaba caerle bien a nadie ni aparentar nada en el entorno de Sarah.

—Te he preguntado qué harás, no lo que te gustaría hacer.

El ranger adoptó la misma posición que Jeremy Andrews y lo miró igual de desafiante que el otro vaquero.

—Ir al Orient Saloon, pedir un par de *whiskies*, jugar a las cartas con el poco dinero que he recogido y tal vez mire a las mujeres bailar sobre el escenario. ¿Supone algún problema? Porque podemos debatirlo en medio del campo mientras sostenemos una pistola… —Le advirtió en tono amenazante.

Jeremy descruzó los brazos, se rascó la incipiente barba con las uñas de la mano derecha y dijo:

—Me parece un plan fantástico. Ensillaré mi caballo… —comenzó a ir hacia el animal, se giró y añadió—: A no ser que no desees compañía.

—Eres bienvenido.

—Vayamos. Hace tiempo que no veo mujeres bonitas. Todo el día rodeado de apestosos vaqueros… Será bueno ver a unas preciosas damas enseñar las piernas sobre el tablero. Me pregunto si seguirán haciendo eso. Hace meses que no voy al *saloon*.

—Lo averiguaremos de inmediato.

Los dos hombres se subieron a los caballos e iniciaron un silencioso camino que los llevó hasta el lugar.

Amarraron a los caballos a los postes de la entrada, en el abrevadero, y pidieron un par de *whiskies*. Así hicieron tres rondas. La cabeza no pensaba tanto y el corazón parecía estar adormilado. Denver Harris comenzaba a sentirse mucho más calmado y civilizado. Animado de hecho. Sí, esa era la palabra. Liviano y animado.

—Tú me gustas más que él. —Se atrevió a decir Jeremy impulsado por la incipiente ebriedad—. Pero no demasiado. La verdad es que merece algo mejor que los dos que se han interesado por ella. Aun así, si he de elegir a uno de los dos, creo que me quedaría contigo.

—Sería alentador, si la decisión dependiese de ti —respondió bufando al pensar de nuevo en Lowell.

—¿Te has acostado con ella? Si me dices que sí, tendré que pegarte un tiro. —El vaquero hizo una mueca. Jeremy no podía imaginar a Sarah haciendo nada como eso… Siempre la vería como una niña, pero evidentemente la dama se había convertido en una mujer… deseable. Andrews hizo otra mueca.

—¿Pretendes que responda a eso sabiendo las consecuencias? Mi única opción para mantenerme con vida es decir que no.

—Supongo que yo tampoco lo haría. Mejor no respondas, porque si me mientes también te pegaré un tiro —alegó imaginando la respuesta.

—Sarah Lee siempre ha tenido un modo de perturbarme muy especial. De todas las niñas a las que molestaba, ella era la única que no me temía. Además, creo que debería reconocer que no molestaba a nadie más que a ella.

—La señorita Foster ha sido un dolor en el… Un dolor de muelas —se rectificó a tiempo—, desde que su padre murió, posiblemente también antes, pero no era asunto mío como lo es ahora. Es testaruda. Águila Negra es el único que la sabe manejar. A mí, no me hace el menor caso… Y casi lo prefiero. No me gusta que se enfade conmigo cuando le llevo la contraria.

—¿Cuánto hace que él es viudo? —Era la pregunta que había deseado hacer desde

hacía cinco días.

—Dos años.

—Es mucho tiempo. Creí que era más reciente. —¿Tanto tiempo era algo bueno o malo? Denver no lo sabía.

—No se casará con él. Nunca lo haría. Sarah es muy leal, aunque no te lo parezca en estos momentos, lo es. Fiel como un perro al que le puedes dar una patada porque sabes que siempre regresará. Por supuesto nadie va a agredirla o mataré al hombre que se atreva. Pensándolo bien, sería como una gran loba blanca señorial y elegante. Sí, una loba que mordería por los suyos.

—Loba o no, ella siempre estuvo enamorada de Jack Lowell. Lo vi en primera fila en aquel momento. Crecí siendo testigo de su devoción por el bueno de Jack Lowell. No debería sorprenderme, él fue todo lo que yo no era. Supongo que no debería culpar a ninguna mujer por amar al mejor partido… —El alcohol no dejaba de circular y la lengua cada vez se le soltaba más. Lo mismo sucedía con Jeremy.

—Era un joven apuesto, su mejor amigo. Él, Leah y Sarah fueron inseparables. La señorita Foster amó a los dos con todo lo que era. Nunca traicionará la memoria de la esposa de Lowell. No debes preocuparte. Está confundida porque no te esperaba. Sarah Lee Foster no te esperaba, amigo mío, y has irrumpido en su ordenado mundo para ponerlo patas arriba. Lowell se casó con Leah y esa será su maldición si aspira al amor de Sarah. —Jeremy Andrews fue testigo desde la lejanía en aquel momento.

—Es el hombre al que ha amado… Al que probablemente ame. Ni tan siquiera tú puedes estar seguro de algo así.

—¿Ella te ha prometido algo? —se interesó.

—Nada que haya cumplido todavía. —No mentía.

—Una respuesta ambigua.

—Sincera.

—Mira, ranger… las cosas son simples. Piensa en Sarah, ¿sí? La mujer por la que has suspirado ebrio de amor…

—Yo no diría tanto… —lo cortó.

—Bueno, lo haremos más varonil… Sarah Foster, la mujer a la que has deseado desde que tus partes íntimas se alzaron con rebeldía… —Al decir esa frase en alto hizo una mueca de repugnancia— ¡Dios santo! No puedo pensar en ella en esos términos, es asqueroso. —Era ver a su hermana pequeña siendo objeto de deseo de un hombre… Realmente repugnante.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó un poco harto de la cháchara.

—Si Sarah se hubiese casado con otro hombre, como por ejemplo tu mejor amigo al que considerabas tu hermano, y ese bastardo que te quitó a la mujer que deseabas, hubiera muerto y tú estuvieras enamorado de ella, pues… cuando se convirtió en una mujer libre… ¿Te hubiese detenido el honor, la respetabilidad o el sentimiento de lealtad?

—No —dijo sin dudar. Si en verdad amase a la mujer y ella era libre después de que su supuesto mejor amigo falleciese… La tomaría en un suspiro. Porque en su mente esa dama a la que alegaba Andrews era Sarah Lee y, aunque Denver no tenía algo similar a un hermano, no la hubiera dejado jamás.

—Exacto. Siempre he pensado que ella no lo ama tanto como dice. Creo que le gusta la idea de haberse convertido en una especie de… Como si fuese una… No sé qué palabra usar. —Se tomó un momento para meditar, el alcohol estaba causando ya estragos en su intelecto—. Se sacrificó. Sarah Lee se siente como un cordero en día de matanza con Jack Lowell —continuó cuando descubrió el hilo—, y se cree una mujer santa por haberlo hecho. Si lo quisiera con todas sus fuerzas, si su vida no fuese miserable sin él, la señorita Foster lo hubiera aceptado la primera vez que él le propuso matrimonio.

—¿Cuántas veces? —inquirió con ansia. Así que no era la primera proposición de Lowell hecha a Sarah Lee.

—¿Qué? —Las mujeres estaban saliendo a escena y Jeremy se había perdido en la vista. Eran cinco y estaban vestidas de un modo que la parte superior del pecho dejaba mucha carne a la vista. Vestidos rojos y negros, encajes… Algunas ya se estaban subiendo la falda para dejar ver las medias blancas sobre sus torneadas piernas…

—¿Cuántas veces le ha pedido matrimonio él?

—De modo indirecto dos. De otra forma… creo que tres más.

—¿Lo ha rechazado cinco veces?

—Terca como una mula. Esa es Sarah Foster. ¿Cuántas te ha rechazado a ti?

—Honestamente hablando… me dijo que sí a la primera oportunidad. —Se vio en la necesidad de hinchar su orgullo. Al fin un poco de suerte.

—Así que te has declarado y ella te aceptó.

—Pero no he conseguido que venga conmigo al pueblo para hacerla una mujer honrada. —Denver Harris gimió al darse cuenta de que había hablado en alto y demás. Miró de reojo a Jeremy esperando a que el vaquero desenfundase su Colt y le disparase entre las cejas.

Lo vio muy pendiente del escenario. Lo cierto era que la vista no estaba nada mal.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó Jeremy cuando Denver carraspeó para llamar su atención.

—De nada en especial. ¿Jugamos una partida a las cartas? En esa mesa de ahí hay hueco para dos. —Denver cabeceó hacia la parte derecha del *saloon*. Cuatro hombres estaban haciendo apuestas.

—Buena idea, pero creo que me pondré de espaldas a las señoritas o me desplumarán en un abrir y cerrar de ojos —razonó el señor Andrews mientras miraba con descaro a las preciosas hembras que se mostraban espléndidas sobre el escenario.

Ambos se levantaron y se dirigieron a la mesa de juego. Cuando el ranger tomó asiento, una mujer morena con los ojos verdes pasó por su lado contoneando sus caderas. Esa fémina estuvo sobre su regazo media hora después. Jeremy también sujetaba a una rubia de grandes pechos sobre su dolorida entrepierna.

—No pienso permitir que le faltes al respeto a Sarah, pero te dejaré divertirte un poco con la esperanza de que tu malhumor se disipe. No creas ni por un instante que te permitiré subir a las habitaciones con ella. Presumiblemente me las lleve yo a las dos. Siempre he sido un hombre con mucho aguante… —dijo divertido Jeremy imaginando las perversiones que haría con ambas.

—¿Entiendes que si quisiera acostarme con una mujer, soy un hombre libre que tiene derecho a hacerlo? —No estaba casado y sentía ganas de subir con la morena y olvidar el tacto de la piel desnuda de Sarah sobre su mano.

—Libre… libre… No lo eres —razonó en tono bajo Jeremy mientras se repartían las cartas—. Que yo haya obviado tu declaración sobre hacer de *ella,* una mujer honesta para evitar tener que retarte a duelo, no impide que sea consciente de lo que has hecho.

—Dejemos una cosa clara —dijo en tono serio y cortante—. Si yo quisiera darme un buen revolcón con la mujer que tengo en el regazo, ni tú ni nadie me lo impediría. ¿Entiendes lo que te digo?

Jeremy agitó los hombros desinteresadamente. El tono de seguridad de Denver no le causaba especial temor.

—Bueno, si así te sientes más feliz… Dejaré que lo pienses. No me da miedo que seas Colt El Rápido —aseguró solo para sus oídos—. Yo soy Jeremy Andrews… —Esta parte la dijo como si fuese un gran y peligroso secreto.

—¿Y ese nombre debería decirme algo? —inquirió con diversión.

—Soy lo más parecido a un hermano para la señorita Foster. Así que si me sucediera algo… a tus manos, jamás la tendrías. Imagino que no te gustaría ser el hombre que disparó a su

hermano mayor cuando este lo acusó de ser un bastardo infiel. ¿No, ranger? —inquirió con una sonrisa.

—Te aconsejo que moderes el tono y el rumbo de tus suposiciones, porque le he pegado un tiro a tipos que te doblan el tamaño, por mucho menos. La palabra bastardo suele violentarme con facilidad. Además, no estoy casado —le volvió a recordar.

—El indio dice que mi gran bocaza me meterá en problemas. Hasta el momento no lo ha hecho. No importa. Oí decir de ti que eras un bastardo. ¿Es cierto? —preguntó sin miedo.

—No conocí a mi padre. Dijeron de mi madre que era soltera cuando me tuvo. Así que soy un bastardo *impredecible* —arrastró la palabra—, Andrews. —Trató de amenazarlo, pero su compañero de fechorías parecía reacio a sentirse intimidado por él.

—Uhm… Todos tenemos un pasado. Dejemos un par de cosas claras. Sarah Lee Foster no es una mujer que engendre bastardos. Si yo mismo tengo que casarme con ella para que eso no suceda… Así será. En cuanto a tu soltería… creo que es un mero detalle que se subsanará en breve. ¿Me has oído, Denver Harris?

En ese momento, el señor Harris levantó a la mujer que tenía sobre su regazo, la apartó. Hizo lo mismo con la de Andrews, alzó el puño y le asestó un golpe a Jeremy Andrews que lo dejó sobre el suelo.

—Si hubieses sido el indio, habría hecho lo mismo. A partir de ahora nadie va a meterse en mis asuntos. Si mañana por la mañana quiero largarme y no regresar a este maldito pueblo, lo haré porque nada me ata y me he cansado de ella. Soy un duro ranger y moriré antes que dejar a una mujer tornearme a su gusto como si fuese arcilla. ¿He sido claro?

Andrews se puso en pie y le dio una sonrisa torcida. Tenía los puños apretados y trataba de controlar su ira.

—Comenzaba a pensar que era mentira.

—¿El qué?

—Que fueras Colt El Rápido. Creí que ella te había cortado tus partes íntimas en algún momento… Es bueno ver que hay un hombre con agallas en ti. Las vas a necesitar para medirte con la señorita Foster. Por esta vez dejaré que te salgas con la tuya y no me pelearé contigo, entre otras cosas porque estoy bastante borracho y no sabría si lanzar mi puño a la derecha o a la izquierda, pero te prometo que la próxima vez la cosas serán diferentes.

Jeremy le palmeó la espalda y regresó a su silla mientras se masajeaba la mandíbula.

—Eres un temerario, Andrews. Ha faltado bien poco para que te pegase un tiro —dijo el ranger, pues lo había llevado al límite.

—Pegas fuerte… Tienes mi respeto, ranger. Pero recuerda mis palabras porque nada ha cambiado después de ese golpe, solo he sido consciente de que eres un vaquero rudo y cumpliré mis amenazas cueste lo que cueste. Antes te mataré que dejar desprotegida a mi patrona.

—Por supuesto… —dijo Denver para zanjar el asunto.

***

Quería dejarlo todo listo y a punto para cuando se casase dedicarse solo a él un tiempo. No podrían hacer una escapada de recién casados, como hicieron Leah y Jack en su momento, porque el rancho debía ser atendido, pero al menos le dedicaría una semana entera de su tiempo. Sí. Ese sería su regalo de bodas para su esposo. Paseos agradables para ver el amanecer, salir a cabalgar con los caballos por el mero placer de recorrer la tierra, unas salidas al río para nadar solos y desnudos… Así que era de vital importancia hacer todas las tareas pendientes para poder casarse con él y atenderlo como merecía un esposo.

Por las noches lo había echado en falta. Era tan férreo de voluntad que estaba segura de que no la volvería a tocar hasta que un hombre de Dios diese el visto bueno. La expectación la

estaba matando. No obstante, era una tortura deliciosa anhelar y esperar por las caricias y el toque de su futuro marido.

Tampoco había querido compartir su felicidad con el resto de los vaqueros. Lo que tenían Denver y ella era su secreto, su intimidad. Lo guardaría celosamente por si él la visitaba por la noche, porque no lo echaría de su cama… jamás.

Esa mañana se levantó inquieta, como si algo fuese a cambiar el rumbo de su existencia. No tardó en averiguar que sus emociones no iban desencaminadas.

Se había enterado de que Denver y Jeremy se marcharon al pueblo temprano esa tarde, concretamente al lugar donde residía el alcohol y las mujeres ligeras, así se lo escuchó decir a Águila Negra con enfado cuando se cruzó con él y lo vio blasfemar en otra lengua. ¡Oh, sí! El capataz blasfemaba porque el tono era inconfundible. El indio aseguraba que no volvería a ayudar a nadie en lo que le restaba de vida.

El resto del día le fue imposible concentrarse en algo. Sarah estaba muy nerviosa. Más se puso cuando cayó la noche. Era bastante tarde y ellos no estaban todavía en el rancho. Jeremy era peligroso. Un pícaro encantador que disfrutaba de las mujeres… de todas las que le dedicaban una sonrisa y se ponían a su alcance.

Se acostó tratando de convencerse de que todo estaba bien. Después de dar mil vueltas y refunfuñar que no le importaba lo que hiciera el ranger, Sarah salió de la cama, se vistió y ensilló su montura para ir al *saloon*. Algo no estaba bien. Su prometido no se metería en la cama de ninguna otra mujer… y si lo hacía prefería verlo en primera instancia para no cometer un terrible error.

Montó sin temor. Era como su padre, por muy oscuro que estuviera el camino, era capaz de recorrerlo incluso con una venda en los ojos, guiando la carreta o a horcajadas sobre el caballo.

Entró en el Orient Saloon y lo que vio la hizo enfurecer. Tanto que se debatía entre desenfundar la pistola o darle un poco de su propia medicina a Denver Harris.

Nada más lo divisó, él la miró y apartó los ojos como si no la conociera. Pero Sarah sabía que la reconoció al punto.

Una preciosa, escandalosa y muy ligera de ropa mujer morena, figuraba sentada en su regazo besando el cuello de él. No había rastro de Jeremy. No hacía falta saber dónde estaría su segundo hombre al mando. Arriba disfrutando de una moza.

Buscó una calma que no sentía y se sentó en la barra del *saloon* para pedir una botella de *whisky*. Estaba de espaldas a él. No deseaba girarse nuevamente, porque la última vez que lo había hecho, él susurraba cosas a la mujer y esta se reía coqueta.

¿Qué demonios le pasaba a Denver Harris? Casi hubiera preferido que pagase su enfado cortando su melena, porque los celos que sentía se la llevaban a los infiernos. ¡Oh, sí! Conocía bastante bien al ranger como para saber que la estaba haciendo pagar por algo, solo que ella desconocía el motivo ¿Sería por no haber iniciado un acercamiento íntimo con él estos días pasados? ¿Le habría molestado que ella no lo buscase? Con los hombres era complicado, pero con Denver Harris iba a ciegas.

Se giró en ese momento para mirarlo mientras fruncía el ceño. ¡Estaba besando a la morena en la boca! Sarah Lee llevó la mano a su Colt. Se obligó a separarse de la pistola. En ese momento vio a una mujer en una pequeña habitación que se estaba cambiando, previsiblemente para una actuación musical. Las compañeras de esa muchacha, que se acicalaba para ofrecer un espectáculo, estaban bailando y enseñaban las piernas ante los muchos vaqueros que se habían concentrado esa noche en el *saloon*.

Le gustaría tanto celarlo… Ninguno de los tejanos se percató en ella porque iba vestida de hombre… eso y que las demás mujeres iban poco tapadas.

Se levantó y se volteó para observarlo. Él no la estaba mirando, así que se metió en lo que parecía ser el camerino del Orient. Convenció a la mujer que había dentro para que le permitiera salir en su lugar. Por supuesto que la otra mujer se negó, pero cuando Sarah sacó unas monedas, le dio un vestido, la peinó, la maquilló y le dio instrucciones sobre lo que debía hacer sobre el escenario.

Mientras esto sucedía, Denver Harris estaba disfrutando de su momento de venganza. Y sería más dulce si supiera dónde se había metido Sarah. No la divisaba en ningún lugar. ¿Se habría marchado ya al rancho?

Se sonrió de lado. Fue gracioso besar a la morena y observar la reacción de la vaquera… La había visto echar mano de su Colt. Jack Lowell podría tener su corazón, pero Denver también era propietario de algo de ella… y eso incluía su cuerpo también.

¿Dónde se había metido la señorita Foster?

—¡Esa es nueva! —dijo un jugador a su lado mientras lanzaba un sonoro silbido—. Qué preciosidad… Qué pechos… ¡Dios del cielo!, las muchachas del lugar son cada día mejores.

Denver se tuvo que ladear a ver el motivo de tanto barullo, porque todos los hombres a su alrededor habían comenzado a silbar y lanzaban vítores. Debía ser una pieza muy hermosa si una sola mujer consiguió que los jugadores dejasen sus cartas sobre la mesa. Vio el escenario y ciertamente le pareció una palomita increíblemente tentadora.

Comenzó a mirar a la belleza de abajo arriba. El atuendo era corto. Faltaban metros de tela en la falda de color rojo brillante con encajes grises. Muy corta. Se veían las pantorrillas. Las medias, pese a cubrir la piel, hacían de la ilusión algo muy sensual. Siguió subiendo la vista y observó que el corpiño era de seda negra, o tal vez otro material, pero se veía fino como la seda. Los pechos de ella parecían estar desbordándose. Apostaba su miseria a que los vaqueros rogaban a Dios para que sus pezones se asomasen. No lo hacían. No obstante, la blanca piel de buena parte de su seno contrarrestaba con una pristísima línea bronceada en su cuello.

Denver frunció el ceño. No concordaba lo que veía. ¿Qué mujer de vida alegre pasaría horas al sol para lograr un fino trozo de piel tan oscura?

Se tensó. Lo que pensaba era algo imposible. Buscó el rostro de esa maravillosa fémina que acababa de comenzar a cantar una animada canción sobre viudas alegres, vaqueros llenos de lujuria y… Se quedó helado. Los ojos estaban pintados… Sombras negras había ahí. Los labios estaban tintados del color de la sangre más brillante. Incluso había un lunar dibujado en la mejilla izquierda.

La mujer no paraba de mirarlo a él entre todos los hombres que cantaban, silbaban, vitoreaban y elogiaban sus curvas femeninas. La muy descarada le lanzó un beso y le guiñó un ojo.

Se concentró en los ojos de esa hermosura… Dio un brinco que asustó a la morena. Su compañera salió disparada de su regazo. En dos zancadas, Denver Harris subió al escenario, se cargó a Sarah Lee Foster sobre el hombro —mientras ella exclamaba un gritito de sorpresa—, sacó su Colt y habló:

—Una palabra que ofenda a la señorita y disparo.

—Oye vaquero, todos la deseamos… —dijo uno de los tejanos mientras se ponía en pie—. Deja que sea la dama quien elija con quién quiere subir… —El sombrero del hombre voló para caer a los pies del que tenía detrás.

Nadie se atrevió a murmurar nada… Casi nadie. Un hombre más grande que Denver se puso de pie.

—Yo también la quiero y estoy dispuesto a pagar mucho dinero por tenerla en la cama.

—Lo que tendrás es una caja de pino si no te apartas. —Denver martilleó el revólver de nuevo—. ¿Vale la pena morir por una mujer?

—Una como ella… quizás —dijo su rival.

—Me la voy a llevar de aquí y pienso disparar a matar a quien se interponga en mi camino. Si alguien quiere acabar en el cementerio, que así sea. Yo no tengo miedo a la muerte.

Bajó del escenario de un salto, sosteniéndola, y comenzó a caminar despacio, sin dejar de mirar a los lascivos hombres que se fijaban en el trasero de Sarah.

Logró salir de ahí y comenzó la carrera hasta el respetable hotel que había en la otra esquina. Llamó con fuerza hasta despertar a todos los residentes de allí. Entró y pidió una habitación. Cuando el hombre que regentaba el negocio se presentó en una ridícula camisa de

dormir y vio la escena… es decir, a un vaquero con cara de malas pulgas, con una mujer al hombro y sosteniendo en su otra mano un revólver… le dio la llave y le informó de lo que costaba la estancia. Denver pagó y comenzó a subir la escalera en busca de la habitación.

Sarah Lee Foster había sabido que fue demasiado lejos en cuanto, en el escenario, él avanzó furioso hasta ella. Le pareció buena idea convertirse, por unos momentos, en una falda ligera… No debió haberlo hecho. Lo comprendió en cuanto él sacó su pistola y algunos hombres parecieron deseosos de retarlo.

La ranchera estaba en problemas y pronto averiguaría la magnitud de la difícil situación.

Capítulo 8

Un revés del destino

La dejó en el suelo y buscó la lámpara de queroseno para iluminar la habitación. Se giró para mirarla. La vio apoyada en la pared de papel pintado, junto a la puerta de salida. Se sonrió. Así que ella había elegido esa posición por si tenía que largarse…

Era momento de que Sarah conociera al ranger, porque el agradecimiento por haberle salvado la vida y la emoción por creer que lo amaba pasó hacía ya días.

El juego acababa de cambiar y le mostraría las nuevas normas.

—¿Qué pretendías usando ese vestido? —preguntó mientras se colocaba amenazante delante de ella con los brazos cruzados.

—¿Qué más te da lo que haga? —rebatió con la nariz levantada.

—¿Cuánto hubieses aceptado por subir arriba con uno de ellos?

Sarah levantó la mano para abofetearlo. Él capturó su muñeca y la detuvo. Tardó unos minutos en soltarle la mano.

—Eres un… —comenzó a decir con sorna.

—Dilo. Atrévete a decirlo. —Intuía que la palabra que había estado a punto de decir

era: bastardo.

—Es evidente que estoy siendo castigada por algo, así que ten la cortesía de explicarme lo que he hecho para molestarte.

—¿Molestarme? Nada en absoluto, Sarah.

Se envaró ante el modo en el que se había referido a ella. En todos los años que lo conocía, nunca la llamó por su primer nombre únicamente.

—¿Ahora soy Sarah, solo Sarah? —preguntó más comedida.

—Es como te llama todo el mundo.

—No tú —rebatió con presteza.

—Un nombre como otro cualquiera, señorita Foster.

—Dime por qué estás enfadado.

—No lo estoy. Este soy yo mismo.

—No. Me niego a creer que seas así. Te he visto, Denver Harris, y he aprendido a conocerte muy bien estas semanas. Algo ha cambiado y si no me dices el problema no voy a poder solucionarlo.

—Es cierto que, como bien has dicho, algo ha sucedido. Únicamente hace falta echarte una ojeada para ver la evidencia. Pareces una preciosa novia del diablo.

—¿Por qué me has secuestrado, cuando es evidente que en estos momentos me odias?

Él le dio una mirada cargada de deseo, pero no fue como las que solía ver cuando estaba dispuesto a hacerle el amor. No. Fue un examen crudo, ruin, como si solo viese un cuerpo

para saciarse. Ella se negó a asustarse. No era el mismo hombre con el que intimó, o habló semanas pasadas. Él era un lobo, o tal vez el demonio. No sabía si achacar su comportamiento al alcohol porque él apestaba a *whisky,* o si sencillamente este era el verdadero ranger, que había permanecido oculto.

—Denver Harris siempre obtiene lo mejor. La muchacha morena que estaba calentando mi sangre era la más bonita hasta que tú saliste a escena. Puesto que ya sabes la clase de… semental que soy, he creído conveniente comprar lo que vendías. Mejor alguien que ya hubiera mostrado sus aptitudes para hacerte gozar… ¿No crees?

—Yo no estaba vendiendo nada. No me gusta el rumbo de esta conversación, Denver.

—¿Y te hubieran agradado las consecuencias de subirte al escenario y provocarlos? ¡Son hombres en celo, maldita sea, Sarah! Si yo no hubiese estado ahí para secuestrarte, como has señalado, cualquiera sabe lo que te habría hecho el resto.

—¿Insinúas que me has salvado? —Ella se rio con ironía—. No creas que no reconozco el deseo ahora que sé lo que es. Lo veo en tus ojos. Lascivia. Tú eres más peligroso para mí ahora mismo que todos ellos juntos.

—Nunca he negado que te desease —admitió con orgullo—. Dime tu precio y pagaré lo que haga falta para tenerte esta noche.

Ella volvió a intentar levantar la mano para cruzarle la cara. Un leve movimiento de ceja de él la hizo desistir de su intento.

—No creí que lo diría, Denver Harris, pero eres un maldito bastardo —espetó con sorna—. Pretendes comprar lo que yo libremente te ofrecí. Me haces sentir sucia y vacía. Si yo pusiera en venta mi cuerpo, tú no tendrías suficiente dinero para tomarlo.

Él se sonrió.

—No te muestres ofendida, querida. Es lógico que deba preguntar el precio de la transacción, Sarah. No sé si todavía deseas mis servicios como semental o buscas el placer que

puedo proporcionarte… Aunque en ambos casos debería ser yo el que cobrase… Sin embargo, como el caballero que he decidido que seré esta noche, te daré lo que pidas. Creo que puedo comprarte, Sarah.

—¿Tú un caballero después de decir lo que has dicho? —bufó ella—. Aseguras que buscaba un semental. Eso no es cierto. Nunca te perdonaré esas palabras, Denver Harris. Te lo prometo. Tu ofensa no se quedará así.

—¿No perdonas la verdad? ¡Vamos, señorita Foster! Después de valorar tus palabras aquel día en el río, me di cuenta de que lo que buscabas era un hombre que te montase, que te diese un hijo. No importaba quien fuese. Supongo que la suerte estuvo de mi lado… Siempre se han referido a mí como un bastardo, como acabas de decir, pero suelen añadir la palabra: «afortunado». Imagino que lo soy. Tú querías una buena monta, yo tuve la fortuna de estar en el lugar indicado en el momento preciso, y pude desenvolver el regalo que Sarah Foster guardaba entre las piernas.

Ella lo miró con furia. Denver sabía que si hubiese podido lo habría agredido con fuerza. La veía contenerse, e incluso aseguraría que estaba barajando la posibilidad de darle donde más dolía… Se ladeó por si una pierna de la joven rubia llegaba hasta su entrepierna para golpearlo.

—Eres cruel, Denver Harris, siempre lo supe —dijo llena de dolor.

—No más que tú. Sembraste la semilla de la ilusión en mi mente. Con silencios me envolviste entre tu tela de araña para terminar dándome cuenta de la verdad por mis propios medios.

—No entiendo…

—No me importa —la cortó severo y lleno de ira—. No volverás a hacer que sueñe, Sarah, ya no. He comprendido mi lugar. Soy consciente del tuyo. Hemos hecho bien en no desposarnos.

Ante esas palabras que le sentaron como un jarro de agua fría en el invierno más

crudo, la furia que estaba sintiendo se evaporó.

—¿Te estás echando atrás? —preguntó con pánico.

—Excelente interpretación. Deberías pedir trabajo en el Orient Saloon, estoy seguro de que, en un par de semanas, tu vientre se hincharía. No te faltarían candidatos para hacerte madre.

Ella ya había tenido bastante.

—Estás borracho, me marcho antes de que los dos hagamos algo de lo que nos arrepintamos. Las palabras ya están ahí y no se pueden retirar. Me queda clara tu posición sobre mí. Es bueno haberlo sabido ahora. Te escudas en un crimen del que parece que soy culpable, mas no tengo idea del delito por el que me has sentenciado. Estás furioso y ya te has desquitado lo suficiente. Cuando estés más tranquilo, hablaremos, si es lo que deseas. Por el contrario, si esto es una treta para seguir con tu libertad, no hacía falta humillarme. Te dije que nunca te ataría a mí. Eres libre, Denver Harris, para hacer lo que consideres oportuno.

Sarah Foster parpadeó varias veces para ahuyentar las lágrimas que deseaban salir desbordadas. Avanzó unos pasos y agarró el pomo de la puerta y la abrió para marcharse.

—Tal como yo lo veo, Sarah —ella paró el movimiento cuando lo oyó hablar—, aquí tengo dos opciones. Esta noche una mujer calentará mi cama… Puedes ser tú o puede ser otra. El *saloon* está muy cerca, la agradable señorita de pelo negro y ojos verdes como una esmeralda prometía muchos placeres. Aplacaré la lujuria que tú has despertado con ese atuendo y lo haré contigo o con otra.

Sarah lo miró con desprecio.

—¡Vete al infierno, Denver Harris! —La vaquera escupió cerca de sus botas tejanas. Eso lo enfureció todavía más. La agarró de la mano, le dio una patada a la puerta, la cerró violentamente y apretó a Sarah contra su torso.

—No eres la única que ve la lujuria en la mirada del otro. Más allá del odio que sientes por mí, eres consciente de lo que puedo darte. Me deseas, señorita Foster, y esta noche nos

tendremos.

—Te odi…

La boca del ranger bajó sobre la de ella para interrumpirla. Sarah trató de golpearlo con los puños a fin de desembarazarse de él. Eso duró hasta que la lengua de Denver salió para lamer los labios de la joven.

Ella lo deseaba. Lo necesitaba. Tanto como quería abofetearlo y patearlo por las duras palabras espetadas. Su cuerpo traicionero la delató con el primer suspiro. Los dos jadeaban con fuerza.

—No será gentil, Sarah. No será sutil. Será duro, exigente y rápido —la avisó. Pero ella ya no estaba en esa habitación. Desde que las manos de Denver habían desgarrado la ropa interior y llegado hasta sus pliegues, la joven se afanaba en busca de la liberación que solo él sería capaz de ofrecerle.

—Te necesito —dijo sin ser consciente de haberlo expresado en alto.

Denver se desató los tejanos y su miembro saltó libre. La aupó, cogiéndola por las posaderas.

—Cruza las piernas por mi cintura —le aconsejó.

La espalda de ella quedó apoyada sobre la pared. El ranger buscó su entrada, situó la cabeza hinchada de su virilidad y de una estocada la embistió. Ella estaba más que preparada para él.

—¡Denveeer! —gritó de puro placer.

—Lo sé. —Gozar de ella era excitante, una cuestión de los dioses, paganos y religiosos, pero una auténtica delicia, al fin y al cabo.

Comenzó a mover las caderas a un ritmo trepidante que la hizo gritar sin contención.

Era imposible tratar de controlar lo que el ranger le estaba provocando. La ira, la rabia, la frustración de ambos estaba siendo transformada en una danza animal, cruda, llena de necesidad.

—¡Por Dios, Denver! No puedo soportarlo más… Por favor… —No sabía si estaba pidiendo que parase o que nunca lo hiciese.

El hombre sentía que en cualquier momento explotaría, no quería hacerlo tan rápido. Lo haría durar un poco más.

Salió de su cuerpo y la dejó en el suelo. La miró de una manera que la ancló en el lugar. Lascivia. Lujuria. Deseo.

Tiró de su mano y la hizo colocarse sobre la cama. La colocó en la parte más exterior, con el trasero levantado y apoyada en el lecho con sus manos y rodillas.

—¿Quieres esto, Sarah? ¿Lo deseas?

—Sí, sí…

—¿Quién soy? Di mi nombre, Sarah. Dilo ahora y te lo daré.

—Denver. Denver Harris —respondió inundada por la asfixia de la necesidad.

Abrió sus dos medias lunas blancas y buscó su sexo para volver a sumergirse en su intimidad. Lo hizo de nuevo con un solo movimiento. Otra vez se escucharon, en la elegante habitación del respetable hotel, los gemidos y jadeos de dos amantes hambrientos de más.

Era un acto animal, perverso, delicioso.

—Ayúdame… Me falta poco… Necesito… —Sarah sabía que se avecinaba, pero cada vez que lo sentía a las puertas, el pico del placer le daba esquinazo.

—Lleva tu mano y acaricia el trozo de carne para poder llegar —le recomendó. Estaba demasiado extasiado como para soltar las caderas de Sarah y acariciarla. Sus manos marcaban el

ritmo preciso que él necesitaba.

La joven sentía los fuertes envites en lo más profundo de su ser. Era casi desgarrador, pero tan delicioso… Estaba cumpliendo su promesa: no gentil, rápido, duro… Y, que Dios la perdonase, así lo necesitaba en estos momentos.

Apoyó el codo izquierdo en el lecho y la mano derecha llegó hasta el punto exacto que debía ser azotado con ternura. Estaba húmeda, completamente mojada. Sus dedos resbalaban para poder acariciar el lugar del modo que necesitaba a fin de alcanzar el placer.

Unos pocos minutos y Sarah chilló su liberación. Denver no tardó en seguirla. Saber que ella estaba complaciéndose mientras él empujaba dentro, duro y seguido, hizo que no pudiera contenerse más.

Un rugido rabioso anunció que había conseguido alcanzar el éxtasis. ¡Malditamente perfecta en todo lo que hacía! La señorita Foster era insuperable. Ni las mujeres más experimentadas igualarían la forma que ella tenía de satisfacerlo. No importaba si le hacía el amor de modo pausado o la usaba para satisfacer su lujuria, ella era sublime en todos los pecados de la carne.

Salió de dentro de ella. Miró el estado que presentaba. Las posaderas desnudas, la falda tirada sobre su espalda… Bajó la mirada y se vio con los pantalones por las rodillas.

No estaba dispuesto a que los remordimientos lo asaltasen. Ella consintió en lo que él había hecho. Cerró los ojos con fuerza. Se subió los pantalones y se arregló.

La rubia lo escuchó moverse hasta la puerta.

—¿Te vas? —inquirió Sarah mientras se sentaba en la cama.

—Voy a buscar tu ropa. —Denver salió de la habitación. Nada más estuvo fuera, su espalda se apoyó sobre el marco de la puerta. Se había negado a que el arrepentimiento se presentase… Pero apareció y dolía.

¡Maldito bastardo afortunado!

Masculló varios improperios y avanzó hacia el Orient. Llegó, buscó la ropa de su patrona y cuando se marchaba para regresar a la habitación, un hombre se interpuso en su camino.

—Colt. —El hombre usó parte de su apelativo para referirse a Denver.

—Flecher…, no te había visto. —El hombre que tenía delante era Flecher Smith, otro ranger que Denver conocía. Ambos se dieron la mano para saludarse.

—Yo sí te he visto hace un rato, creí que eras un fantasma, los hermanos Dalthon se vanagloriaban de haber asesinado a Colt El Rápido, pero un bastardo afortunado como tú, es difícil de matar. Imagino que la mujer que sacaste del escenario haría revivir incluso a un muerto. —El otro ranger se rio.

—Es una larga historia. Esa muchacha… En fin, ¿qué te trae por este pueblo?

—Estoy de paso. Voy en dirección a Austin, el jefe nos ha llamado a todos porque ha organizado una batida para buscar a los Dalthon. Están haciendo de las suyas y es necesario pararlos. ¿Podrías venir y tomarte la revancha? ¿O es mentira que te dieron por muerto después de darte una buena paliza?

—Me cogieron y creyeron que habían logrado su cometido, pero imagino que el diablo todavía no me quiere con él. ¿Cuándo sales hacia la ciudad?

—En cuanto salga el sol. ¿Piensas venir? Nos vendría bien un pistolero como tú. Será fácil rastrearlos con tu ayuda.

—Creo que sería lo más juicioso. No quisiera tener que dormir el resto de mis días con un ojo abierto. Imagino que no descansarán hasta acabar con el ranger que mató a su hermano mayor. —Denver había tenido que lidiar con el cabecilla y en un duelo lo venció. Los otros tres restantes no vieron con buenos ojos que el ranger hubiese defendido su vida.

—Supongo que podemos marcharnos si has acabado con… tus asuntos pendientes. —La mujer que se había llevado Harris era una auténtica preciosidad.

—Estaré listo en un par de horas. Nos veremos aquí, ¿de acuerdo?

—Aprovecha bien el tiempo, amigo mío. —Se carcajeó el otro al ver a Denver salir a toda prisa con unos pantalones y una camisa, que olían a perfume de mujer, en las manos.

Mientras tanto, Sarah se sentía extrañamente desconcertada. Lo había odiado con todas sus fuerzas, pero fue tan débil que cayó con el primer roce de sus labios. Era definitivo: Denver Harris tenía demasiado poder sobre ella. El dulce y encantador hombre que le susurró tiernas palabras en su oído era tentador. El tirano y autoritario agente de la ley que la acababa de poseer era mucho más peligroso de lo que había imaginado. ¿Qué probabilidades tendría contra ese Denver tan dispar?

Lo amaba. Era un hecho irrefutable. Lo supo en cuanto su actitud y palabras la hirieron como si fuesen una daga clavada en su corazón. Su padre, que era el hombre más sabio de cuantos conocía, solía decir que hería quien podía, no quien quisiera. Le importaba lo que Denver Harris pensase de ella.

Era evidente que algo le sucedía y debían hablar sin la tensión que había habido momentos antes. Esperaba que después de haberse saciado todo fuese un poco más sencillo. No quería volver a pelear con él. Entre otras cosas, porque imaginaba que no conseguiría ganar una discusión contra el ranger. Era mucho peor que Águila Negra, y más cuando Harris tenía la facilidad de silenciarla con un beso y derribarla con un ardiente encuentro íntimo.

Oyó que llamaban a la puerta y dio permiso para entrar. Se incorporó en la cama y lo observó desde su posición. Denver no la miraba. ¿Sería porque seguía enfadado o bien porque se sentía avergonzado por lo sucedido?

—He traído tu ropa. —Dejó el vestuario de ella sobre la cama.

Denver giró sobre sus talones dispuesto a marcharse.

—¿Me dejas? —preguntó con un hilo de voz Sarah.

—Tengo asuntos que atender. Son urgentes —respondió sin girarse mientras sostenía el pomo de la puerta en sus manos.

—Creo que tenemos que aclarar algunas cosas. Yo me siento más tranquila después de… —Las mejillas se le colorearon—. Creo que tú también podrías estarlo, así que me gustaría hablar de algunas cosas que dijimos al calor de una extraña discusión.

—No es necesario decir nada. Todo está claro.

—No. No lo está. Necesito comprender qué es lo que he hecho para que pases de dedicarme tus sonrisas, caricias y bellas palabras, a sentir tu furia.

Él frunció el ceño. Era evidente que la había tratado como mucho menos que a una dama. Sarah Foster no era una mujer a la que uno arrinconaba contra la pared para saciar su lujuria y aplacar su rabia.

—Si vas a quejarte a alguno de tus guardianes sobre lo que ha pasado esta noche… Sé que no debí hacerlo. Me disculpo por haberte tratado así. No volverá a repetirse… nunca. Estaré encantado de enfrentarme a Águila Negra o a Andrews en cuanto regrese de mi viaje.

—Gírate para hablarme. Es el respeto que merezco.

Él lo hizo.

—¿Qué quieres?

—En primer lugar, soy una mujer capaz de tomar mis propias decisiones. Si creyese que se me debe justicia por lo que acaba de suceder, yo misma te desafiaría a duelo. —Esa reflexión hizo que Denver sonriese de lado.

—Apuesto a que lo harías —dijo con seguridad. Se volvió a girar dispuesto a marcharse. Sarah entró en pánico.

—¿Vas a abandonarme?

—¿Vas a contarme la verdad, Sarah? —preguntó, mientras volvía a sostener el pomo de la puerta que dejó cuando ella le pidió que la mirase.

—¿Qué es lo que necesitas saber?

—Si haces esa pregunta es que me consideras un estúpido.

—Necesito más datos, Denver, no sé lo que está pasando.

Él la miró con seriedad, con el gesto de un hombre dolido dispuesto a castigarla con todas las consecuencias.

—Estaré fuera algún tiempo. No sé si regresaré, si no lo hago y tu vientre se hincha, busca un esposo, ser un bastardo, aunque tu madre sea una Foster, no es agradable. Será fácil aceptar a Jack Lowell para el papel, puesto que te lo ha pedido varias veces y tú te has mantenido libre a la espera. Cuando venga a por Connor, tal vez encuentres tiempo para visitar al pastor y que oficie la ceremonia con el hombre que siempre amaste. Si Lowell se niega a cargar con mi hijo, estoy seguro de que Andrews o el indio lo harán. Si yo fuese tú, aguardaría un par de meses. Tal vez no sirva ni para ser tu semental y no haya consecuencias.

No esperó una respuesta, salió cerrando la puerta con delicadeza. Un ligero clic fue todo lo que se oyó.

Sarah Lee Foster seguía sentada en la cama con la boca abierta, tratando de digerir las palabras cargadas de dolor que el ranger le acababa de echar a la cara. No podía creer que tuviera tan baja opinión de ella. ¡Pero si acababa de tener una fuerte discusión con él y se había quedado en la habitación porque lo amaba y lo deseaba!

La había usado y ella lo consintió. Se sintió estúpida por haber estado cuatro días tratando de adelantar sus deberes para poder colmarlo de atención. Y más cuando le había echado en cara que Jack Lowell le había pedido matrimonio… ¿Cómo se habría enterado él? ¡Águila Negra o Andrews le habrían dicho algo!

Se veía enfadado por haberle ocultado eso. No se lo dijo porque en verdad no lo creyó importante. Sarah había tomado una decisión y Harris era su futuro. Por lo visto, él decidió que ella no era lo que deseaba. Era evidente que había usado la excusa de Lowell para huir despavorido. Un hombre que habló con tanta intensidad de la libertad que disfrutaba un ranger, no era alguien que se casase y se asentase en un rancho.

Este sí era el Denver Harris que Sarah Lee recordaba. Mejor haberse dado cuenta en esos momentos que más tarde.

Bajó la mirada hasta su abdomen. Se envolvió en un abrazo a sí misma. Tragó saliva con fuerza. Cruzaría ese puente cuando fuese llegase el momento.

***

Sarah llegó a casa y todos la miraron con suspicacia. Se había puesto su ropa de trabajo y la cara estaba limpia del maquillaje, pero toda ella olía a Denver.

—¿De dónde vienes? —Águila Negra fue con quien se topó nada más salir del establo después de regresar a la mañana siguiente del hotel.

—He concluido unos asuntos pendientes. —No era mentira.

—¿Harris?

—Se ha ido.

—¿Debo ir a buscarlo para que regrese? —inquirió mirándola con interés.

—No veo motivo para obligar a nadie a hacer algo que no desea.

—¿Y eso qué se supone que significa?

Sarah agitó los hombros.

—Estoy sola.

—¿Entonces es Lowell?

—No.

—Sarah… los dos sabemos que no podrás casarte si no es con uno de esos dos hombres. Harris fue el que… quien… Y el viudo será el único que acepte que tú no eres… que ya no… ¡Diablos, Sarah! ¿Cómo has podido complicar tanto las cosas? —Los ojos de Águila Negra detonaban tristeza y también enfado.

—Es una buena pregunta que me he estado haciendo desde anoche.

—¿Dónde estuviste?

—En el Orient Saloon.

El indio masculló una maldición en su idioma.

—¿Qué pasó?

—Discutimos y se marchó. Te dije que conocía muy bien a Harris. No es de los que se queda.

—Debes saber que Andrews y yo… Nos oyó hablar sobre ti. Sobre que tú… amabas al viudo y que…

—Así que ese fue mi crimen… —susurró para ella.

—¿Qué has dicho? —Águila Negra no la había oído.

—No importa. Sigue.

—Después, estuvo con Jeremy en el Orient y hablaron de Lowell. Trató de explicarle a Denver que tú no te casarías nunca con el viudo. Andrews dice que estaba dolido contigo por tu falta de sinceridad y que se sentía estafado. Lo cierto es que estos días pasados Denver Harris estaba enfadado por tu falta de atención. A un hombre no le gusta que su mujer lo deje de lado. Creí que eras más lista. Todos nos dimos cuenta de que te enfrascaste con demasiado interés en tus deberes del rancho.

—Yo no era su mujer. Ni siquiera soy su nada. —Eso era mentira. Había sido su amante. Eso se lo callaría—. Estos días pasados estuve trabajando duro, porque tenía la esperanza de que… —Se detuvo. Respiró con fuerza—. No importa. Nada importa ya. Hay trabajo que hacer. El Sarah Love es lo único que me queda.

—Hay una carta que leer. Te ha llegado correspondencia. El viudo dice que su madre ha caído enferma y que no sabe cuánto tardará en recuperarse. Connor se quedará un tiempo más.

—¿Debo agradecerte el hecho de abrir mis propias misivas? —No debería sorprenderse de lo que hiciera el indio. Águila Negra no pedía permiso cuando algo le interesaba.

—Supuse que sería un gesto para que hiciéramos las paces —dijo él con una brillante sonrisa.

—¡Claro! —bufó—. ¿Cómo no se me había ocurrido? —ironizó.

—Sarah… Yo… Si tú… si hay que…

—Dilo de una vez. Nunca has sido un hombre de medias palabras. Escúpelo.

—Necesito saber la verdad.

—Haz tu pregunta.

—¿Le diste tus favores a Harris?

—Creo que ambos sabemos la respuesta a eso.

El indio afirmó con la cabeza.

—Por su bien espero que no regrese. Le pegaré un tiro.

—No volverá.

—Me casaré contigo si es que… Pero creo que no será un buen remedio. Ser un bastardo es mejor que ser un mestizo —señaló con rabia contenida.

Ella le tocó el brazo y se lo apretó en un gesto de compasión y amor fraternal. Le sonrió y eso apaciguó la rabia que sentía el hombre.

—Cualquier hijo tuyo se enorgullecería de llamarte padre. Toda mujer sensata se sentiría plena de considerarte su esposo.

—Pero no me aceptarás —añadió comprendiendo lo que ella trataba de decirle.

—La opción de casarme no estuvo durante mucho tiempo sobre la mesa. Lowell no era una opción.

—No lo entendí. Fue libre. Hace dos años que es evidente que te pretende.

—Yo merecía amor. Devoción. No ser un repuesto, una madre de consolación para unos niños. Creo que soy una mujer más orgullosa de lo que reconozco. Adoraba a Leah, la amaba, pero nunca podría aceptar al hombre que no me eligió en primer lugar. Después de pensarlo fríamente, creo que tal vez ese sea el motivo de peso para negarme a estar con él.

—¿Y Denver Harris lo hizo? ¿Te hizo creer que te daba lo que merecías?

—Eso pensé. Me hizo creer que me amaba, que siempre lo había hecho, pero es evidente que nunca fui su futuro. Sé lo que debes estar pensando de mí. Yo misma repruebo mis acciones, pero si di el paso con él, fue porque se sintió lo correcto. Denver era lo que yo esperaba de un hombre. Tal vez, solo se quedase un tiempo para terminar con una vieja rencilla entre nosotros. ¡Quién sabe lo que puede pasar por la cabeza del señor Harris! —Trató de sonreír, pero fue un gesto cargado de tristeza. Sus lágrimas así lo evidenciaban. Águila Negra limpió la humedad de sus mejillas.

—Sé que lo amas.

—Lo hago. Muchísimo. Lowell no es ni una mera sombra de lo que Denver Harris ha llegado a ser para mí. Imagino que no se puede tener todo en la vida. Probablemente solo esté destinada a ser una vaquera excelente.

—Si hay consecuencias, te doy mi palabra de que tu hijo no será señalado por nadie del pueblo, no delante de él o de mí. Tienes mi promesa.

—Nos preocuparemos de eso cuando sea el momento —expresó Sarah con convicción.

Capítulo 9

Unos meses extraños

El trabajo había sido reconfortante. Sarah quiso volcar todas sus frustraciones personales en hacer del rancho un negocio próspero. Se obligaba a levantarse antes que todos los hombres y se iba a la cama la última. Solo existía el Sarah Love. Y eso fue muy bien durante los dos primeros meses. En honor a la verdad, el primer mes estuvo mucho más animada que durante el segundo. Pero hacía ya varias semanas que habían comenzado un nuevo mes y… Todo era complicado.

Además, tener a Connor cerca le ayudó a superar ciertas temeridades. Jack había escrito hacía poco, su madre finalmente falleció y tenía que arreglar asuntos en la ciudad.

En la carta de su amigo, lo sentía devastado, y le anunciaba que llegaría en dos días, es decir que lo esperaban para mañana.

Bien, no era el único que sentía que había perdido algo irrecuperable. Los días pasaban lentos y estos más de dos meses se percibieron como un lastre en su vida.

Denver. No pudo volver al río a nadar y desahogarse allí. Dormir era todavía más complicado. Al acostarse en su cama olía a él. El jabón no eliminaba su rastro de su mente, lo recordaba como si en cualquier momento fuese a aparecer para explicarle que todo había sido un mal sueño, que los últimos días de su historia debían ser borrados. Y cuando él le hacía esa petición, Sarah le imploraba que no cambiase nada, solo que olvidaran lo malo y se quedaran con lo bueno.

Lloraba. Todas y cada una de las noches. Lo añoraba tanto que el corazón le sangraba. Si acostarse y tener que soportar la soledad y la oscuridad eran un trago difícil de digerir, peor era el día.

El trabajo era duro, pero lo complicado fue soportar la lástima en los ojos de todo el mundo cuando la observaban. Desde luego. Las noticias volaban y la reputación de la señorita Sarah Lee Foster estaba arruinada.

La sorprendieron. Aquella noche que supuso el fin del camino que Denver y ella recorrerían juntos, la vieron. La habían reconocido y todo el mundo en Crystal City sabía que entró en el *saloon* para bailar y cantar. Este hecho pudo haber sido considerado como una excentricidad más por parte de la señorita Foster. No así lo que se dijo sobre haber entrado cargada al hombro del bastardo Harris en un hotel y haber pasado tiempo a solas allí sin estar casados.

La deshonra era tan dura como la tristeza por la pérdida.

Un amor de juventud. Jack Lowell fue su primer gran amor. Un amigo excepcional que siempre se preocupó por ella y por Leah. El único hombre que tuvo a su lado. Al único con el que pudo haberse ilusionado porque jamás miró ni atendió a otro. Solo si hubiera mirado a la izquierda en vez de haber admirado constantemente a la derecha… Estaba convencida de que en caso de haber ladeado un poco la cabeza y haber sido consciente de Denver Harris y sus sentimientos, las cosas serían muy diferentes.

Era un gran hombre, tierno cuando debía serlo, duro cuando creía que le habían traicionado. Habitaba en él la misma fiereza que su padre. No era de extrañar que el señor Foster se hubiese animado con el pensamiento de que Sarah tal vez estuviese interesada en el señor Harris.

Tan enfadada como estaba con él por haberla abandonado sin darle explicaciones ni opción a defensa, no podía dejar de anhelar sus caricias, sus besos, su toque… su presencia. Necesitaba tenerlo cerca. Sentir su manto protector sobre ella. Denver la hacía sentir confiada, pero había terminado por romperlo todo en mil pedazos.

¡Qué cruel era el amor! Prácticamente toda la vida disgustada por no haberse cruzado en su camino, y precisamente lo hacía cuando no esperaba haberlo encontrado. Jack. Solo estuvo Lowell y el error de sus actos le pasarían factura… y no solo a ella.

Un plato se le resbaló de entre las manos. Cayó al suelo y se rompió. Claro ejemplo de lo que la tejana sentía en su interior.

—No deberías seguir castigándote, poco se puede hacer ya, Sarah —le dijo con cierto tono de disgusto la señora Rolser.

Ambas estaban acabando de recoger la cocina. La señora Kurki había dado a luz hacía un par de días a su bebé y las dos solas debían organizar el trabajo de la casa.

—Lo siento, lo recogeré de inmediato —comenzó a agacharse para tomar entre los dedos los trozos más grandes. Sarah empezó a llorar sin consuelo mientras se acuclillaba—. Lo siento mucho —se volvió a disculpar como si hubiese perdido el dinero de todo un mes de trabajo.

—Las dos sabemos que ese plato no es el problema.

—No. No lo es —dijo tragándose un sollozo.

La cocinera dejó de lavar los platos, se secó las manos con un trapo limpio, abrió los brazos y la invitó a tener un hombro sobre el que llorar.

—Ven aquí, pequeña niña—. Tina Rolser le habló con cariño.

La señorita Foster sollozó más fuerte.

—Lo siento. —No sabía qué más decir para que todo volviese a su lugar. Su vida era una calamidad.

—Es natural estar aterrada. De alguna manera todo se arreglará.

—No lo hará. No, porque duele. Y me duele mucho.

En ese momento, el señor Rolser llegó a la cocina porque había oído lloros.

—No está bien lo que ha hecho ese ranger. No, señor, no lo está. Nada bien. Deberíamos haber ido a buscarlo y traerlo a punta de pistola para que te desposase, luego lo habrías echado a patadas, pero no estaríamos así. Todo mal. Un hombre terrible.

—¡Señor Rolser! Suba a su habitación, Sarah no necesita el recordatorio de lo que él hizo. Por más sermones que reciba nada puede cambiar.

Los sollozos aumentaron. El abrazo de Sarah sobre la mujer a la que conocía desde hacía tanto tiempo se hizo más fuerte. Su esposo era un vaquero que solo sabía trabajar. Era callado, pero cuando hablaba no tenía medida.

—Ya está, muchacha. Tu familia te apoyará. No estás sola. No te dejaremos.

El hombre se marchó de allí con nerviosismo, no le gustaba ver a la pequeña Sarah en ese estado por un hombre que pudo haber estado dirigiendo un imperio y que eligió marcharse antes que atender su obligación.

Las dos mujeres permanecieron un tiempo así.

—No me quiso. Nunca me quiso. ¿Qué tengo de malo? ¿Por qué nadie quiere quedarse conmigo? Creí que al fin había descubierto el motivo por el que no fui de Jack Lowell, pero Denver tampoco se quedó a mi lado. ¿Por qué todos me abandonan? Nadie me quiere. Siento que no tengo nada por lo que seguir adelante. No puedo más…

Se derrumbó. Se rompió en tantos pedazos como lo había hecho el plato, cuyos trozos de loza seguían en el suelo.

—Eres fuerte, Sarah Lee Foster. Llevas a Texas corriendo por tus venas. Seca, árida, pero resistente, llena de vida. No hay obstáculo que te frene, lengua que pueda atacarte. No, pequeña Sarah. Tú podrás con todo, por lo que está por venir y por ti misma.

—Mi hijo no es fruto del pecado. No es un niño que deba pagar por mis errores, señora Rolser. ¿Cómo lo protegeré? Lo vi. Yo estaba allí, vi lo que le hicieron a Denver Harris. Todo el mundo lo cuestionaba, no querían que se acercase nadie a él. Yo traté de ser su amiga y recibí su desprecio. No podré ver a mi hijo pasar por algo así. No cuando mi niño es inocente. El pecado es de sus padres, no suyo…

La vida era muy curiosa. Los vaticinios y los deseos podían llegar a cumplirse, pero no siempre del modo en el que uno esperaba. Sarah lo había aprendido por la fuerza. Los actos cometidos siempre tenían un precio. Se había entregado a él sin restricciones y con todo lo que tenía para dar. Estar en estado de buena esperanza era muy posible para una mujer sana que cumpliría la próxima semana veinticuatro años.

Tenía las palabras de él, las que le espetó justo antes de desaparecer por la puerta, grabadas con hierro candente. Existían probabilidades de que hubiesen engendrado un hijo, pero también las había en contra. Las cuatro semanas que siguieron a la marcha de Denver, ella había estado más que atenta a sus días de mujer. No llegaban. Deseaba no estar embarazada, y al mismo tiempo lo anhelaba como si fuera el regalo más maravilloso que le pudieran dar en la mañana de Navidad. Un día de esos en los que al levantarse miraba las sábanas de su cama, vio un hilo de sangre. Pequeño y fino, una diminuta mota. Aguardó el resto del día, al siguiente y al otro, pero nada más llegó. Dos ciclos sin las molestias que tenían que venir cada mes.

Todo el mundo estaba al tanto de que se había perdido con Denver Harris. Perdida. Era una mujer caída en desgracia. En el rancho nadie osaba hablar al respecto. La señora Rolser era la única que lo sabía con una clara confirmación. Lo supo en cuanto Sarah fue a visitar a la hija de la cocinera, a la señora Kurki, y al sostener al pequeño niño, lloró de pura felicidad.

Lo confesó todo. No podía seguir callando. Deseaba un hijo. Amaba al hijo de Denver Harris que se abría camino en su vientre sin saber lo difícil que sería su vida.

—Tu padre tenía también sus orígenes…

—Mi padre tuvo que mudarse de otra ciudad para olvidar lo que pasó —rebatió ella al punto.

—¿Estás segura de que no volverá? —preguntó sin necesidad de decir un nombre concreto. Ambas sabían a quién se refería la cocinera.

—Cree que lo traicioné, que me entregué a él sin haber decidido si me quedaría a su lado. Descubrió que Jack Lowell iba a volver y… —Sarah suspiró, sus ojos eran lo que más dolía recordar. La furia que allí había habido aquella noche no la olvidaría con facilidad—. No le dije que lo amaba. Di por supuesto que se lo había demostrado, pero Denver Harris no ha conocido la amabilidad demasiado y creo que es tan duro y fiero porque ha tenido que ser así toda la vida para protegerse. Se abrió a mí. Conseguí llegar a él. No puedes imaginar el hombre que hay bajo toda esa capa de dureza. En algún momento olvidé hacerle sentir querido y necesitado y se volvió rígido como el adobe. ¡Estaba tan enfadado conmigo! Y lo peor es que mi orgullo me impidió correr tras él e implorarle que se quedase a mi lado.

Tuvo que haber actuado de otro modo. No solo por ella misma, porque lo amaba con todas sus fuerzas, sino porque su hijo necesitaba a su padre sosteniendo su mano, enseñándole a montar como había hecho con el pequeño Connor. ¿Por qué no lo buscó? Porque estaba demasiado enfadada con él y con ella misma por haber sucumbido a su seducción después de haberla tratado de aquella forma tan indeseable. Porque no creía que su error hubiera sido tan grande como para que él la abandonase. Y sí, había orgullo. La señorita Foster era terca como una mula y cuando se trataba de pedir disculpas, no solía ofrecerlas con facilidad.

—Comprendo. Sarah, sé que estás enamorada de Harris…, llevo meses viendo tu dolor, todos lo hemos sentido, pero puedes tomar una decisión y casarte con uno de ellos. ¿Cuántas ofertas de matrimonio has recibido ya?

—Demasiadas, y todas me han hecho llorar. Mis hombres son los vaqueros más honorables y maravillosos, cualquiera del estado de Texas estaría orgulloso de poderlos contratar por ello. No puedo casarme con nadie, no sabiendo que mi hijo no será de mi esposo.

—No serías la primera mujer en tomar un marido que no fuese el padre de su hijo. No hablo de nada ilícito, solo piensa en Jack Lowell, tal vez te hayas dado cuenta ahora de que no lo amabas como creíste hacerlo, pero ello no implica que los dos no podáis arreglaros bien. Connor siente que eres más que tía Sarah, Karl te conoce bien y te quiere. Los hijos de Lowell necesitan una madre, tu hijo necesitará un padre. Jack y tú no sois extraños, sois buenos amigos. Tal vez un matrimonio con él no sea una idea tan espantosa.

—No podría hacer… hacer… No con él. —La cocinera entendió a lo que se refería.

—Comprendo. Mi función es abrirte los ojos, querida niña. Debes ver las posibilidades que tienes ante ti. No todas las uniones son convencionales. Un matrimonio es compañía, es comprensión, no todo se reduce a los asuntos íntimos entre un hombre y una mujer.

—¿Qué tratas de decirme?

—No hace falta compartir la cama de un hombre para ser su esposa. No cuando ya habría tres niños.

—¿Estás sugiriendo un matrimonio de nombre? —inquirió con cierto interés.

—Tres hombres no cuestionarían tu proceder y matarían a quien se atreviese a hablar mal de ti o de tu hijo. Tenemos a Jeremy Andrews, quien no deja de decir que se casará contigo contra tu voluntad si hace falta. Después existe un indio atormentado por ser mestizo cuando ha demostrado que es tan válido o más que cualquier hijo de Texas, y por último se hace necesario hablar de Jack Lowell, quien te adora, confía en ti y te ha pedido varias veces que lo tomes en consideración. No todas las mujeres solas y con un hijo en su vientre tienen la suerte que tú te niegas a aceptar. Si crees que Denver Harris regresará y te reclamará, a ti y a su hijo, espera. Si por el contrario consideras que no vale la pena aguardar, mi recomendación es que valores si alguno de los tres hombres en los que más confías, serían una buena opción. Ahora, pequeña Sarah, es tarde y hay que recoger. Medita esta noche con la almohada lo que te he dicho. ¿Lo harás?

Ella respiró. Las palabras de la señora Rolser tenían mucho sentido. Acertadas o no, debía examinar con detenimiento lo que debía hacer para no perjudicar los intereses de su hijo. Era necesario pensar en alguien al que amaría por encima de todo y de todos. Su obligación como madre era proteger con todas sus fuerzas a su pequeño. Puede que le fallase a Denver Harris, pero, por Dios y su padre, que con su hijo no erraría.

—Lo haré —dijo con convicción.

***

Para enfrentarse al futuro, lo primero que tenía que hacer era demostrar que era una Foster. Así que, a la mañana siguiente, Sarah Foster subió a su caballo y fue al pueblo a un trote muy pausado. Pasó por las tiendas, gastó una indecente cantidad de dinero en cosas que recogería Jeremy Andrews y afrontó las miradas y cuchicheos con la cabeza alta. Tanto su padre, como ella, habían hecho mucho por los vecinos de Crystal City, el señor Foster reparó la iglesia con su propio dinero. Ella misma donó el monto para reformar y agrandar la escuela.

Hablarían de ella, susurrarían sobre sus pecados, pero nunca se negarían a coger su dinero ni dirían que la hija de Mathias Foster era una cobarde.

Dado el primer paso, que no fue nada agradable, decidió dar el segundo aquella misma mañana. Había ido dando un agradable paseo con Connor hasta el pequeño lago que se formaba junto al río. Allí, cobijados por la sombra de un árbol monumental, ambos se rieron y compartieron el almuerzo.

Eso fue más complicado que haber ido a enfrentar a todo Crystal City. Ese lugar sería de Denver Harris. Nunca olvidaría lo que allí compartió con él. Así que se aferraría al recuerdo de un hombre que la amó, fugazmente, pero que le dio el regalo más hermoso que alguien le podía otorgar a una mujer: un hijo. Le contaría a su pequeño, el día de mañana, cómo conoció a su indómito padre. Un ranger de Texas que se tuvo que marchar para proteger a otros que lo necesitaban más que ellos. Deseaba que su hijo amase a Denver Harris tanto como lo había llegado a hacer la vaquera.

—¿Podré ser un vaquero, tía Sarah? —le preguntó el niño mientras engullía una tartaleta.

—Podrás ser lo que quieras. Estoy segura de que tu padre será feliz con lo que elijas.

—Yo creo que mi *pa*, es el mejor vaquero de Texas —dijo con satisfacción Connor.

—Yo también lo creo. —Jack Lowell era muy bueno en lo que hacía. Sus tierras y ganado eran de una dimensión menor a la de los Foster, pero también lo llevaba en la sangre.

—O tal vez sea un ranger, como el señor Harris. Me contó historias sobre cómo consiguió atrapar a ladrones. Sabe disparar… Me dijo que cuando fuese más mayor me enseñaría.

—Estoy segura de que lo hará. —¡Cómo dolía recordar al padre de su hijo!

Se escucharon los cascos de un caballo. Connor y Sarah se levantaron de la manta a cuadros sobre la que habían montado el picnic.

—¡Es mi padre! —exclamó el niño con toda la ilusión cargada en su voz.

Sarah se quedó mirando al vaquero que se acercaba hasta ellos. Jack al fin había regresado al Sarah Love. Si no llevase a Karl delante de él, hubiera dicho que era un hombre varonil y espectacular. Seguía siendo rubio, el pelo no era tan brillante como hacía años, pero los ojos continuaban siendo verdes e intensos. La verdad era que Jack Lowell, pese a tener arrugas alrededor de los ojos, mantenía un encanto digno de un caballero tejano, diestro y un poco salvaje, pero poco atrevido. Jack siempre fue más sensato que el resto de los jóvenes del pueblo, por eso se fijó en él. Era todo lo contrario a Denver Harris. El ranger era fuerza, era pasión, era valentía, audacia.

Sarah suspiró. Siguió con la vista puesta al frente para ver si la imagen tan excitante de Jack a lomos de un bonito corcel le provocaba algo más que alegría por ver a un viejo amigo. Un tirón en el corazón, un poco de presión en el pecho… Buscó una y otra vez, un sentimiento que le diese a entender que tal vez Jack Lowell y ella… No llegó. Nada llegó. Solo Denver Harris surgía con anhelo en su mente, susurrando palabras de amor, tocando con picardía su cuerpo.

Connor y Sarah se acercaron en cuanto Jack descendió del caballo y bajó a su otro hijo. Los niños se abrazaron entre ellos, y luego abrazaron a los mayores.

Karl era muy cariñoso también y Connor incluso había derramado algunas lágrimas por el reencuentro.

—Sarah… —dijo un poco nervioso Jack y de un modo que…

Cuando vio el rostro compungido de él… Su mejor amigo no estaba en sus mejores momentos. Por debajo de los ojos asomaban unas sombras oscuras muy evidentes. Su sonrisa al verla había sido muy pobre. Su voz, en el saludo, sonó cargada de pena. Jack Lowell no estaba bien. Lo conocía como si fuese la palma de su mano.

—Es un placer verte, Jack. Empezaba a pensar que no vendrías y ya planeaba robar a tu hijo y quedármelo para mí —señaló la joven mientras tocaba el pelo de Connor.

—Siempre volveré, Sarah —apostilló con decisión el vaquero. Ella frunció el ceño sin comprender demasiado bien sus palabras. Luego desvió la mirada de los ojos miel de ella y miró a sus hijos para pedirles—: Niños, ¿por qué no vais a jugar un ratito mientras hablo con tía Sarah?

Los dos hermanos estaban tan contentos de estar juntos, que se fueron hablando de palos y bichos mientras los dos adultos se sentaban en la manta.

—¿Sucede algo malo? —Jack tenía una cara… se percibía triste y cansado.

—Nunca nada sale como lo deseo.

—Siento muchísimo tu pérdida, Jack. Tu madre era muy buena. —Conocía a la señora Lowell desde pequeña y siempre la había tratado como a la hija que nunca tuvo.

—Creí que mamá me ayudaría con Karl y Connor hasta que decidiera qué hacer. ¡Oh, Sarah!, ha sido horrible volver a ver a una persona querida marcharse. Me sentí tan impotente sin poder hacer nada para remediarlo… Fue como volver al pasado y observar a Leah. Terrible.

—Lo siento tanto... —Sarah tenía el corazón roto. Veía los ojos brillantes de Jack y se le partía el alma con su agonía.

—Ojalá hubieses estado conmigo. Solo quería volver aquí y verte. Todo puede fallar, todos pueden marcharse, pero tú eres la que perdura en mi vida. Sarah, no comprendes cuánto te

he necesitado. Un hombre, un vaquero, que solo podía consolarse recordando tus palabras de ánimo y tus abrazos… He llegado hace una hora… He lamentado no verte de inmediato. No he podido esperar más para disfrutar de tu cálida sonrisa. Eres todo lo que me queda, Sarah. Mis hijos y tú.

—Jack… No… —No era la primera vez que veía que su amigo necesitaba consuelo. Cuando Leah falleció estuvieron el uno para el otro y aquello fue demasiado íntimo entre dos amigos que solo eran eso.

—Abrázame. Abrázame. Porque siento que he perdido todo… —Sarah era consciente de las palabras de dolor de Jack. Estaba muy unido a su madre. Tanto que le gustaría que su propio hijo la quisiera como lo había hecho Jack con la señora Lowell.

Lo vio ponerse de rodillas y llegar hasta ella. Sarah cerró los ojos y se preparó para recibir el abrazo de Jack. Envolvió los brazos sobre su mejor amigo, porque cuando estuvo en su mismo lugar, cuando falleció el señor Foster, él la ayudó en cuanto pudo. Por su amistad haría lo que él le pedía.

Creyó que la incomodaría tocarlo. No fue así. Por primera vez en muchos años, Sarah lo había podido abrazar sin sentir añoranza, pérdida y cierta desilusión que estuvo ahí desde que eligió a Leah por encima de ella. Le devolvió el abrazo sin miedo, parecía que la cuerda se había roto y al fin era libre del yugo que se autoimpuso en su momento. Jack Lowell era de nuevo su mejor amigo. Solo eso.

Se quedaron así un tiempo. El que necesitó Jack para recomponerse. Cuando lo sintió un poco más tranquilo habló:

—Me hubiese gustado estar a tu lado para ayudarte. De verdad que siento muchísimo lo que le ha sucedido a tu madre. Tuve que haber ido a la ciudad, acompañarte en tu dolor, pero no pude marcharme. Las cosas tampoco han sido fáciles en el Sarah Love. —El rancho en sí no era el problema, la dificultad emergía en la propietaria del mismo.

—No importa, Sarah. Estamos aquí, ahora.

Se despegaron del abrazo y Jack se sentó.

—¿Quieres probar una tartaleta de manzana? Cuando éramos pequeños creíamos que los dulces de la señora Rolser podían curarlo todo.

—Es cierto —recordó él tiempos mejores con una sonrisa triste dibujada en su delicado rostro. Sarah siempre pensó que era como un ángel bellamente tallado. Sus suaves facciones eran casi perfectas. Pero las de un hombre con el rostro cortado, cuyos ojos oscuros la hacían estremecer con una sola mirada, volvían, una vez más, para atormentarla.

—Prueba una —lo animó ella al tiempo que le daba una tartaleta. Él la tomó en sus manos y le dio un bocado.

—Siguen siendo las mejores de Crystal City. Mi padre se enfadó cuando el señor Foster se quedó con su cocinera. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Dos hombres enemistados por los servicios de la cocinera del pueblo. Mi padre tuvo que pagarle el triple y prometerle que su familia y ella siempre tendrían un hogar.

—¿Recuerdas que prometimos que pasase lo que pasase con nuestros padres, nunca dejaríamos de ser amigos?

—Sí. —Ella cabeceó—. Tenía tanto miedo de que en cualquier momento mi padre me dijese que yo no podía hablar contigo o acercarme a ti, que le supliqué que os cediese a la señora Rolser.

—Siempre has sido tan buena conmigo, Sarah. Yo…

—Somos amigos. Los mejores del mundo. ¿Recuerdas? —dijo para restar importancia.

—Te debo una disculpa.

—¿Por qué? —quiso averiguar sin comprender lo que él decía. De pronto lo había

vuelto a ver ponerse muy serio y preocupado.

—Hace meses que no nos vemos… Te trato con demasiada familiaridad. No es correcto que te haya pedido que me abrazases. —Por primera vez en mucho tiempo, Jack había sentido que Sarah estaba tensa con él. La confianza entre ambos era demasiada como para seguir las normas convencionales de comportamiento, entre otras cosas porque nunca lo habían hecho. Pero esta vez al abrazarla fue diferente. Jack lo sintió.

—Necesitabas un poco de consuelo. Yo como tu amiga debo ofrecértelo. Todo está bien entre nosotros.

—A veces siento que te pido demasiado y no tengo derecho a hacerlo. No, cuando elegí otro destino —comenzó a decir mirándola con fijación a los ojos—. Las cosas pudieron ser diferentes, pero yo creo que hice bien. Fue su alegría la que…

—Lo sé. No te disculpes nunca por amar a Leah.

—No pensaba hacerlo —dijo él con una sonrisa—. Le di todo lo que estuvo en mi mano, pero no puedo seguir negando que tú te has convertido en una persona demasiado especial como para no tratar de…

—¡Por favor! —exclamó ella para parar el rumbo de la conversación—. Ha sido un viaje largo. Has pasado otro infierno. Llamemos a los niños y regresemos a casa para que podáis descansar Karl y tú. ¿Te parece bien?

Él sonrió tristemente.

—Siempre sabes lo que es mejor para todos, Sarah. Creo que es una idea excelente. Solo espero que puedas darnos cobijo unos días. Arrendé mi rancho antes de ir a Austin. La casa de mi madre no es un buen lugar al que ir en estos momentos. Necesito un poco de paz. ¿Soy bienvenido, Sarah?

—Eres mi mejor amigo, Jack. Tus hijos y tú siempre seréis bienvenidos en mi hogar. —Sarah y Jack se sonrieron.

Los cuatro regresaron a casa dando un agradable paseo. Los adultos contaron historias sobre cuando eran pequeños y ambos, junto con Leah, trepaban a los árboles, tiraban piedras al río o se enseñaban a leer unos a otros.

Los días pasados, de su niñez, habían sido buenos. El presente se antojaba difuso y Sarah no sabía qué podía hacer para desentramar el porvenir que estaba por llegar. Solo le quedaba tener paciencia y ver hacia dónde se dirigía la vida.

***

Inevitablemente el camino se dirigió hacia un suspicaz indio que nada más los vio llegar por el camino salió a su encuentro. Sarah se tragó un gemido cuando vio el modo tan desagradable con el que Águila Negra miró a Jack.

—¿Hay algún problema? —le preguntó el vaquero al indio.

—¿De dónde venís? —Le lanzó la pregunta a Sarah.

—Hemos estado en el río —respondió la interpelada.

—No es bueno que vayas allí. No cuando todos sabemos que el agua fría no es capaz de enfriar lo suficiente ciertas cosas —le señaló con una ceja alzada.

—Los *niños* —arrastró la palabra— se lo han pasado bien allí. —Era el modo más civilizado de hacerle ver a Águila Negra que no habían estado solos. ¡Todo el mundo iba a pensar que era una lasciva que no podía estar a solas con un hombre! Suspiró con fuerza ante ese pensamiento. Cierto que su obra no había sido impecable en cuanto a… ¡a todo!

—Denver Harris se ha ido, ¿tú vas a quedarte? —Sarah gimió. Ese capataz iba a ser su tumba… O tal vez fuese al revés. Porque esa frase había sido muy clara para referirse a Sarah, a

su conducta reciente. Hubo mucha reprobación ahí.

—El señor Lowell —tomó la palabra la ranchera—, se quedará unos días. Es un buen amigo y como tal, le ofreceré mi hospitalidad.

Mientras Sarah y el indio parecían entablar una especie de batalla verbal, Jack los miraba con curiosidad sin determinar el problema que había entre ambos.

—Bien. El mal ya está hecho… peor no puede ser —dijo Águila Negra agitando los hombros mientras se marchaba del lugar. Sarah rodó los ojos. Por lo visto, sí iba a ser considerada una casquivana. Era evidente que el capataz, al que deseaba darle un puñetazo en el estómago, había señalado que no podía volver a quedarse embarazada en caso de intimar con otro hombre… Bueno, debía aprender a convivir con los insultos velados, porque tal vez lo que le esperase en un futuro no muy lejano, fuese peor.

Era comprensible que el indio estuviese enfadado por su falta de moral, pero…

—¿Qué ha sido todo eso? —inquirió Lowell asombrado. El indio nunca lo había tolerado demasiado, pero hasta la fecha no se mostró desagradable con él. Ni tan tirante con su protegida.

—Es una historia muy larga… —Que más pronto que tarde le tendría que narrar de su propia voz. Pero no por el momento.

—¿Ha dicho que Denver Harris ha estado aquí? —preguntó con sorpresa al recordar esa parte.

—Sí —habló Connor—, es un ranger. Tía Sarah lo curó cuando los malos quisieron matarlo.

—¿Denver Harris? —repitió la pregunta mirando a Sarah con asombro.

—Te lo contaré más tarde —le comentó para tratar de olvidar el tema por el momento. Cuando le contase la historia, vería la decepción en los ojos de su mejor amigo. Temía la

reacción de él por haberse entregado a un hombre fuera del matrimonio.

—Estoy deseando oírlo. —Si Harris se había convertido en un ranger y Sarah lo salvó… Esa historia prometía mucho.

Lo que no le gustó demasiado a Jack, fue cómo las mejillas de su mejor amiga se tiñeron de rojo, todas y cada una de las veces que el nombre del niño que hizo de sus vidas un infierno en el pasado, fue dicho en alto. ¿Denver Harris hacía sonrojar a Sarah Lee Foster? ¡Si era a la que peor trataba de todos!

El vaquero sacudió la cabeza. No tenía motivos para pensar nada en especial sobre Harris. No dejó que un nombre, que había caído en el olvido durante tantos años, lo hiciese sentir incómodo.

Capítulo 10

El bendito Jack Lowell

Jack y sus hijos se quedarían en la casa principal. La habitación de su mejor amigo estaba al final del pasillo y sabía que no sucedería nada reprobable porque el señor Lowell siempre fue un caballero muy respetuoso y atento con la corrección y las normas sociales.

Si las suspicacias estaban a la orden de día entre los jornaleros o no, Sarah no lo sabía. La noche de antes les había informado de que los Lowell se quedarían un tiempo. Nadie dijo nada al respecto.

Estaba en un lío de proporciones bíblicas. Mujer soltera y con un hijo que nacería en poco menos que unos siete meses…

Tal vez no fuese descabellado aceptar la proposición de algún vaquero para salvaguardar a su hijo. No sabía qué hacer. Se debatía entre la vergüenza de haber sido una mujer ligera de faldas o comportarse como una madre orgullosa que desafiaría al mundo por su bebé. Recordar la infancia que tuvo que soportar Denver Harris…

La conversación que había estado esperando tener con Jack llegó al día siguiente. El vaquero se había puesto a trabajar con el ganado y Águila Negra lo aceptó de inmediato. Toda ayuda era bienvenida en el rancho, especialmente cuando en breve los vaqueros se marcharían arreando las reses hasta Austin para venderlas.

—El capataz me ha enviado a supervisar las cercas del lado este. ¿Podrías

acompañarme, Sarah? —La vaquera supo que había llegado el momento de explicarle a su mejor amigo el crimen cometido.

—Vayamos —dijo al tiempo que se sacudía el polvo de la camisa debido a la reparación que había estado haciendo en un lateral de la casa. Una tablilla se soltó y tuvo que martillear un par de clavos para que quedase fija.

—Hay hombres que pueden hacer ese trabajo —le dijo Jack cuando ella comenzó a caminar.

—Pero lo ha hecho una mujer —respondió con una sonrisa.

—Pudiste golpearte un dedo con el martillo. Deberías tener más cuidado. Leah nunca hubiera cogido una herramienta —recordó con nostalgia. Su esposa lo necesitaba para cualquier trabajo que hubiera que hacer en su rancho. Le gustaba sentirse querido y necesitado. Probablemente esa cualidad fue la que despertó sus sentimientos por Leah. La difunta señora Lowell había sido más dócil, tranquila, y pedía ayuda cuando la requería. Sarah era todo lo contrario a Leah. Indómita, independiente, orgullosa, nunca solicitaba auxilio. La señorita Foster era capaz de intimidar al hombre mejor forjado de Texas, tan solo Denver Harris se había atrevido a medirse las fuerzas con ella cuando eran más pequeños.

—Lo sé. Leah hubiera pedido que tú o yo la ayudásemos.

—Es lo que hacen las mujeres, Sarah.

Ella sonrió de lado.

—Tal vez las vaqueras de Texas tengamos mucho que decir al respecto. No me asusta el trabajo, y creo que soy más que capaz de hacer todo lo que cualquier vaquero hiciera en el rancho. Mi padre no crio a una damisela en apuros. —Le hubo de recordar sin maldad.

—Lo sé. Debo confesar, que a veces eras muy intimidante. No debería reconocerlo, pero tengo la suficiente confianza contigo para confesar, que aquella vez que te empujé por haberme llamado débil, tuve que armarme de todo mi valor para hacerte frente. Cuando te

enfadabas eras toda una reina tirana. Creo que aún lo eres. —Él se carcajeó al recordar aquel episodio pasado.

—Ah, pero eso fue porque te comiste mi bastoncillo de caramelo. Mi último bastoncillo. Me enfadé tanto contigo que…

—Sí —la cortó—. Te empujé y te vi venir directa hacia mí con los puños apretados y tus orejas sacando vapor. Ni te imaginas lo que me costó mantenerme firme para desafiarte.

—Lo recuerdo. A partir de ahí tuviste todo mi respeto.

—En verdad creí que me derribarías. Para ser una chica, siempre has tenido una fuerza muy inusual.

—Nunca hubiese podido hacerte daño, Jack —susurró, mientras iban andando como dos viejos amigos que compartían confidencias con naturalidad.

—En ese momento no me lo pareció.

—¿Puedo preguntarte algo… un poco… íntimo? —inquirió con cautela y sin buscar su mirada.

—Siempre. Yo tengo la intención de hacer lo mismo mientras dure esta conversación.

Ella se sonrió. El sol estaba en lo alto, los sombreros les protegían de los rayos. Hombro con hombro, caminaban de un modo muy relajado y agradable. Se había girado un poco de aire y no hacía excesivo calor. Mirándolos desde atrás, parecían compañeros, varones, porque Sarah no había usado ni uno solo de los vestidos que compró cuando fue al pueblo con Denver Harris. Los tejanos y las camisas de mezclilla eran más apropiadas para el trabajo.

—Imaginaba que pagarías prenda por prenda.

—Es un trato justo. ¿Quieres que juguemos? Solo verdad. Nada de atrevimiento. ¿Está bien, Sarah?

—De acuerdo.

—Empieza tú, vaquera.

—Sé que fue tu corazón. Leah y tú no pudisteis ser más felices. Repasando mi vida, me he dado cuenta de que tal vez siempre supiste lo que yo sentía por ti.

Él cabeceó.

—Lo sospechaba. —Sarah suspiró ante esa respuesta.

—Siempre pensé que yo era más parecida a ti que Leah. Sinceramente no pensé que ella… No quiero que te ofendas si hablo con honestidad.

—Nunca podría hacerlo. Soy consciente de que no conversarías conmigo para hacerme daño. —Le tocó a ella cabecear positivamente.

—Leah era delicada, una dama nacida para estar al lado de un hombre de negocios, vivir en la gran ciudad, lucir hermosos vestidos, dar cenas formales y organizar bailes para la beneficencia. No por ser superficial, sino porque Leah… Yo, nunca la vi convertida en la esposa de un vaquero que necesitase a su mujer a su lado, trabajando las mismas horas que él, empapándose de los conocimientos que necesitaban para comandar un próspero negocio. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí. Mi elección más lógica hubieses sido tú. —Sarah sintió las mejillas arder.

—Pero no lo fui.

—La diferencia entre tú y yo, querida amiga mía, siempre fue que yo dirigía mi propio rancho mientras mi esposa cuidaba de mi casa y de mis hijos.

Sarah frunció el ceño.

—¿Es malo hacer lo que hago?

—No. Tu padre no tuvo más hijos, él decidió mostrarte lo que era ser un auténtico vaquero de Texas. No le importó que fueses una mujer. Te hizo capaz, fuerte, indómita. No te elegí en su momento porque me intimidabas, Sarah. Yo no hubiese sido feliz sabiendo que en cualquier momento pudieras superarme. Aquel día, cuando te vi venir hacia mí con decisión, dispuesta a ponerme en mi lugar, supe que no serías nunca débil.

—¿Es malo ser fuerte, capaz?

—No lo es. Fíjate en todo lo que has conseguido. Eres la ranchera más respetada en todo el estado. Todo el mundo conoce a Sarah Lee Foster.

—Es cierto —expuso con orgullo desmedido.

—Yo necesitaba a Leah, porque ella precisaba de mí. He estado convencido de que yo fui tu opción más segura. Ya sabes… Un vaquero que sería tu mano derecha en Sarah Love. No creo que más allá de ver nuestra unión como algo que sería lo acertado y lo mejor para nuestros negocios, hubieses pensado en mí como un hombre al que amar, al que darle hijos.

—Te equivocas. Yo sí me vi siendo tu mujer, dándote hijos. No hubieses sido mi mano derecha. Hubieras sido mi igual.

—Solo un hombre decidido hubiera aceptado ser tu igual. No eres una dama como las demás. Lo nuestro no habría salido bien. Lo supe en cuanto besé a Leah. No te mentiré. Estuve muy indeciso, porque las dos erais mujeres excepcionales, pero Leah fue la elección más lógica para lo que yo deseaba obtener en la vida. Pretendía ser un sencillo ranchero con un negocio más humilde. Ver crecer a mis hijos y envejecer con mi mujer fueron mis prioridades. Tú soñabas con seguir el camino de tu padre. Has hecho el rancho más grande de lo que fue.

—No es justo lo que dices. Hablas como si mi ambición resultase… como algo malo. Una incompatibilidad. Siento como si trabajar y querer prosperar hubiera hecho que mi lugar como mujer quedase al margen. Yo pude haber sido las dos cosas. Una vaquera y una excelente madre. —Estaba convencida de lo que decía—. De hecho, voy a demostrar que lo soy.

Él paró de andar. Se pasó las manos por el pelo. Se giró para colocarse frente a ella.

—Entonces… ¿es verdad, Sarah? —La vista de Jack cayó sobre su vientre e hizo un ligero movimiento de cabeza hacia esa parte del cuerpo de ella.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La gente del pueblo no es muy discreta. Karl y yo nos detuvimos en el café. Y cuando anoche Travis Hutson me llevó a los establos para preguntarme si me casaría contigo si tú necesitases mi protección… —se detuvo en la conversación. Un silencio cayó entre ambos.

—No voy a casarme contigo, Jack. Sigo siendo la misma mujer que cuando teníamos dieciocho años. Tal vez incluso ahora sea mucho más inflexible que entonces.

—¿Estás echándome en cara la confesión que te he hecho? —preguntó con molestia.

—No. Pero creo que no comprendes lo que necesito.

—Mi apellido. Tu hijo lo necesita —zanjó el tema directamente.

—No negaré que estuve muy tentada a hablar contigo para ofrecerte un tipo de acuerdo que nos beneficiase a ambos. Tú necesitas una madre para tus hijos, yo un padre. —No tenía sentido no ser clara y hablar con toda la verdad.

—Sería un acuerdo justo. Más, cuando es evidente que me gusta tenerte cerca. Tocarte y que tus abrazos me calman —decidió sincerarse Jack.

—Eso sucede porque somos amigos, muy buenos amigos. Ahora debes comprender una cosa de mí, Jack, dura, indómita, tirana, orgullosa o arrogante, sigo siendo una mujer que merece amor. Un amor tan incendiario que me lleve a la locura, que me haga olvidar la diferencia entre el bien y el mal —expuso de carrerilla y en tono muy exigente.

Jack la miró como si por primera vez la observase en todo su esplendor. Mejillas encendidas… tanta pasión al demandar lo que le parecía que le pertenecía… Esta Sarah no era la misma que dejó meses atrás cuando se marchó a Austin.

—¿Y Denver Harris te lo dio? ¿De qué te sirvió, Sarah? Tal vez vislumbraste lo que dices, pero no lo recibiste de vuelta. De todos los hombres que pudiste haber elegido, te fijaste en el único que no lo merecía. Te abandonó… y no solo a ti. Eres muchas cosas, y muchas buenas, pero no puedes superar esto por tu cuenta. Debes casarte antes de que traigas al mundo a una criatura que pagará por tu locura.

—No tienes derecho a hablar de lo que no sabes. No, cuando tú te diste la vuelta y entregaste lo que tenías para dar a otra mujer. No es ningún reproche. Yo amaba a Leah y de verdad que me alegro de lo que los dos encontrasteis. Yo no fui tu primera opción, no veo por qué ahora debería ser diferente. Soy consciente de que tengo un problema, pero como has dicho, soy muy capaz de solucionar cualquier enredo, porque soy Sarah Lee Foster, hija de Mathias Foster.

—¿No lo ves? Pues es más que evidente que tu vientre crecerá y todos te señalarán con el dedo.

—No lo harán. Lo he enfrentado. Fui al pueblo y nadie me negó la palabra ni se opuso a aceptar mi dinero —dijo con convicción.

—Eso es porque todavía no saben la magnitud de los chismes. No se atreven a ir en tu contra porque podría ser falso. El Winchester del indio no te protegerá de todo lo que dirán de ti. Andrews no podrá sacar su Colt para batirse en duelo con todas las mujeres que dirán que eres una paloma mancillada. No, Sarah, te hablo como tu mejor amigo. Siempre lo haré, aunque pueda molestarte. Mejor ser yo, que te quiero, que no alguien que pretenda hacerte daño. Me necesitas y haré todo lo posible para que consientas en ser mi esposa. Aunque tenga que raptarte y sobornar al buen pastor de Dios, te convertiré en mi esposa, pues es lo que hay que hacer y no admite discusión. —La vehemencia con la que lo dijo la dejó con la boca abierta. Pasados unos breves momentos ella carraspeó y silbó con reconocimiento.

—Vaya, señor Lowell, no pensé nunca que pudieses llegar a ser tan tirano como la señorita Foster. —Habló de ella en tercera persona para darle más emoción.

Él le sonrió.

—No me consideré un hombre débil, pero reconozco que eres capaz de asustar a cualquiera. Sigo temiendo que me des un empujón en cualquier momento por mis palabras —bromeó—. Pero creo que tengo más fuerza que tú, así que estuve dispuesto a asumir el riesgo.

Los dos se rieron. Caminaron unos pasos en silencio. Sarah se paró. Tomó la mano de Jack entre las dos suyas y dijo:

—Te lo agradezco, Jack Lowell. Me gusta que quieras protegerme y que estés dispuesto a salvarme de mis… locuras, pero debo ser consecuente con mis actos y…

—No —la frenó—. No me des tu respuesta. Tómate unos días para meditarlo. Hemos pasado por mucho juntos. No hay vergüenza en quienes somos y en lo que vivimos tiempo atrás. Te prometo que no lo habrá en el futuro tampoco. Sé que me amas y creo que yo podría lograr sentir mucho más por ti.

—Ese es el problema, Jack… Las cosas han cambiado muchísimo.

—¿Qué ha cambiado?

Ella suspiró. Lo miró a los ojos con ternura.

—Denver Harris lo ha cambiado todo. Absolutamente todo —dijo mientras daba otro suspiro.

—No puedes estar hablando en serio… ¿Denver Harris? —Ella movió la cabeza para ofrecer un sí silencioso—. ¿Estás enamorada de Denver Harris?

—Lo estoy. Total y completamente enamorada de Denver Harris —confesó con humildad.

—¡Pero si te ha abandonado y ha dejado desamparado a su propio hijo! ¿Qué clase de hombre honorable hace eso?

—La clase del tipo del que me he enamorado. Siempre supiste que fui diferente. Hasta

para enamorarme he tenido que hacer un lío. —Trató de ser jocosa. Él sabía que ella lloraba por dentro.

—Sarah…

—Soy consciente de que no volverá. Y lo más curioso de todo es que se marchó porque cree que estoy enamorada de ti y que esperaba tu regreso para casarme contigo. —Ella negó con la cabeza.

—Yo pensé que te sedujo, incluso casi sostuve la posibilidad de que te forzó… Era un bruto, un bárbaro, pero muy a mi pesar, debo reconocer que no fue un chico poco agraciado.

—No hice nada que yo no quisiera hacer, Jack. Y tengo que confesar que no me arrepiento de lo que sucedió. Me entregué sin remordimientos y lo volvería a hacer aun sabiendo que las consecuencias serían las mismas.

—Por amor de Dios… Sarah… —dijo con cansancio. La situación era insostenible para una mujer soltera que estuviese esperando un hijo. Debía hacérselo comprender.

—Necesito que entiendas una cosa, Jack, eres mi mejor amigo. Te quiero igual que quise a Leah, pero a Denver lo amo. La grandeza del amor está en equivocarnos, pedir disculpas y tratar de enmendar nuestros errores. Me ha llevado mucho tiempo comprender lo que implica amar a otra persona. Amar es perdonar. No puedo casarme contigo porque eso volvería loco al hombre que elegí amar, al padre de mi hijo. Sé que pretendes protegernos a ambos —ella se tocó el estómago—, pero no puedo permitir que críes a su hijo. Y menos, cuando él cree que no he sido sincera y me acusa de haberte elegido sobre él.

—Tal vez no llegue a conocer tu sacrificio para no traicionarlo. Hablas como si esperases que fuese a volver. Si sigue siendo el mismo… no lo hará.

—Lo sé, pero es lo que debo hacer. Lo siento en mi corazón.

—Te lo ruego, Sarah. Medita bien tus opciones. No estás hablando solo de tu bienestar. Él puede que no regrese jamás y no sepa que sacrificaste a tu hijo y a ti misma para no

traicionarle. Siempre te consideré una mujer sensata. Piensa con la cabeza, no con el corazón. Me quedaré unos días como dije. Celebraremos tu cumpleaños y luego te pediré tu respuesta. Creo que los dos estaremos bien juntos. Tu hijo merece un futuro mejor que el que le espera, lejos de habladurías e injurias.

—Yo no quiero estar solo bien, Jack. He conocido la pasión y…

—No sigamos discutiendo más. —La interrumpió porque era testaruda y no sacaría nada en claro. Su mejor opción era, día a día, ir acercándose a ella para que comprendiese sus obligaciones con respeto a su hijo—. Hablaremos dentro de poco y aceptaré tu decisión sin imponerte la mía.

—Está bien.

***

Los días siguieron pasando poco a poco. Era agradable tener la paz que se había instaurado en el rancho. El indio parecía más tranquilo, Andrews también. Incluso ella misma no estaba tan ansiosa como los días en los que Jack no estuvo a su lado. Era un amigo tan fiel, tan decente, tan bueno… Se preocupaba por ella y ni una sola vez la había condenado por lo que sucedió. Si lo aceptaba, como todos daban por hecho que haría, sabía que estaría muy bien a su lado. Pero no podía conformarse con lo que sería solo un resquicio de lo que le dio Denver Harris. Si no podía tener la gloria, no estaba dispuesta a conformarse con la amistad como base para aceptar a un hombre. Que Dios la perdonase por traer a un hijo ilegítimo a este mundo, pero era incapaz de aceptar la ayuda de ninguno de los hombres que la rodeaban.

Jack no parecía conforme con su decisión. A cada rato, con algún gesto que implicaba naturalidad, como traerle un chal si hacía frío, o un sombrero si ella lo olvidaba en el granero, pretendía demostrar que sería buena idea casarse con él. Lowell no lo entendía, Sarah merecía más que cordialidad y seguridad, lo quería todo o nada. Y sospechaba que, a estas alturas, la

nada la absorbería.

Una noche, después de cenar y recoger, Jack y Sarah se sentaron en el porche. Los jornaleros se habían retirado y los niños se durmieron en el salón, sobre los sillones tapizados, así que su padre los acostó en la habitación que ambos pequeños compartían. En estos instantes figuraban uno frente al otro a los pies de los escalones de madera del porche.

—¿Echarás de menos esto cuando te marches a Austin? —preguntó Sarah mientras sentía la tranquilidad de la noche en sus carnes. Hacía frío, pero era delicioso sentirse así. La paz reinaba en el rancho, solo algún gruñido de los animales rompía el silencio.

—No.

—¿No lo harás? —preguntó ella con los ojos como platos—. Eres un ranchero de los pies a la cabeza, nunca creí que no añorases esta vida. —Ella levantó las manos para señalar el lugar, el ambiente, la esencia de lo que ambos eran.

—No lo haré porque como tu esposo, me quedaré a tu lado. —La declaración fue acompañada de una gran sonrisa. Ella rodó los ojos.

—¿Qué te ha dicho el indio que te pasará si te vas de aquí sin desposarme? —Adivinaba que Águila Negra podía ser persuasivo si se lo proponía.

—¡Oh!, el señor Hutson ha dejado muy claro que me cortará el cuello y dejará que toda la sangre de mi cuerpo brote para regar la tierra, pero eso no me supone un problema.

—¿No? La gente suele temerle mucho. Es peligroso contradecirle.

—No me mataría, porque tú no se lo perdonarías, pero más allá de las amenazas de algunos de tus hombres…

—¿Algunos? —inquirió frunciendo el ceño.

—Han sido varios los que con sutilidad me han comentado que debo salvarte. Otros

han sido muy directos en sus recomendaciones y han explicado que tendría suerte de tomarte por esposa y que si no lo hago podría arrepentirme porque podría sufrir un accidente.

—¿Te han amenazado?

—Sí, antes de marcharse a Austin para llevarse las reses, dejaron bien claro lo que debería hacer con respecto a ti. Te aprecian.

—Son hombres muy leales —dijo con orgullo. Los movía la protección y no los condenaría por ello.

—Lo son. Pero no me preocupan las amenazas porque sé que conseguiré hacerte entrar en razón. —Lo decía con tanta seguridad que había despertado su curiosidad.

—¿Cómo se lo conseguirás?

—He estado valorando mis opciones. Entendí que Denver Harris prendió algo en ti. —Supo que había dado en el clavo cuando ella desvió la mirada sonrojada—. Así que pretendo hacer lo mismo.

La vista de Sarah regresó de inmediato a él.

—¿Disculpa? —¿Él estaba insinuando que…?

—Un beso. No pienses cosas extrañas —le advirtió al ver la cara de pánico de ella.

—¡No pienso besarte! —levantó la voz sin ser consciente de hacerlo.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que yo despierte algo que puede estar dormido?

—Retarme no va a funcionar. No tengo nueve años.

—No es un reto. Aseguraste el otro día, muy convencida, que no me amabas, pero creo

que lo que sucedió entre Harris y tú pudo haberte confundido. ¿Qué habría de malo en darle un beso a un hombre que te pretende y quiere casarse contigo, más, cuando dicho hombre fue tu primera elección a la hora de desposarte?

—Las cosas no son tan sencillas como tú las haces ver.

—Un beso es algo muy sencillo.

—No lo es. No pienso besarte. Jack Lowell.

—¿Tienes miedo pues? —Sarah sabía lo que pretendía y se resistía a dejarse embaucar aludiendo a su temor.

—No. Solo no lo haré.

—Entonces pensaré que tienes terror de darte cuenta de que me amas y que por la lealtad a Leah es por lo que no me aceptas —dijo él con mucha convicción.

—Leah es solo una parte de la lista por la que no te aceptaré.

—Ajá… Así que admites que, si te beso, puede derretirte… —Jack alzó las cejas un par de veces de modo interesante.

—No seas ridículo.

—Bésame, Sarah.

—No, Jack. —Fue tajante.

—Bien. —Él se puso de pie, se colocó delante de ella y le dio un tirón en el brazo para obligarla a ponerse de pie—. Si no quieres hacerlo tú… yo lo haré.

Sarah vio, con asombro e incredulidad, que él se disponía a cumplir su amenaza. Jack

Lowell, el hombre con el que había fantaseado que sería su esposo, se acercaba a ella con los ojos cerrados y los labios apretados. Sarah giró el rostro y los labios de él chocaron con su mejilla.

—Por favor, suéltame, Jack.

—¿Acabas de evitar que te bese, Sarah Lee Foster? —inquirió con sorpresa y cierto enfado.

—Eso parece. —No deseaba sus besos. Solo había un hombre del que pudiera anhelar… ¡todo! Y ese no era Jack Lowell.

—¡No puedo creerlo! —Estaba muy sorprendido con la reacción de ella. Tanto que su vanidad estaba por los suelos.

—He tratado de explicártelo. No quiero… esto.

Jack la soltó en ese momento.

—¡Cielo santo, Sarah! Sabía que eras testaruda, pero no cuánto.

—¿Qué pretendes decir?

—Vas a condenar a tu hijo por tu propia terquedad.

—Eso no es cierto.

—Con un beso te hubiera demostrado que no amas a Denver Harris. Quieres tener razón sobre algo que sabes que no es cierto. No ves las cosas con claridad. Tu terquedad te obceca. Estás ciega…

—¿Crees que un beso tuyo sería capaz de borrar todo lo que Denver Harris me hace sentir cada vez que cierro los ojos y evoco su recuerdo? Me ofende lo que dices, porque si dijese que con un solo beso, yo conseguiría ahuyentar el recuerdo de Leah, estoy segura de que te

agraviarías… Y con bastantes motivos.

—No es lo mismo.

—¿No lo es? —rebatió ella presta.

—No. Leah fue mi esposa, la madre de mis hijos. Nunca la olvidaré. Ella murió. La amé, me amó. Lo fue todo para mí. Mi vida, mi ilusión, mi pasión, mi esperanza.

—Denver Harris no quiso ser mi esposo, pero es el padre de mi hijo, no está muerto, y me niego a cerrar esa puerta hasta que expire mi último aliento. Lo creas o no, él me demostró lo que era el amor, la pasión, la ternura y yo hice lo mismo con él. Me dejó atrás, sí, pero no estoy dispuesta a olvidarlo. No puedo hacerlo. Tú lo llamas obstinación, yo te digo que es amor. Un amor tan grande y brillante que haría que el mismísimo firmamento palideciese.

—¡Te abandonó! —gritó sin darse cuenta.

—Todos me lo recuerdan cada día. Yo misma te acabo de decir que soy consciente de ello. No creo que lo olvide jamás, porque yo estuve allí cuando me dijo que se marchaba. Es tarde, estamos cansados y comienzo a pensar que creíste que yo siempre sería un reemplazo aceptable en caso de que algo le pasase a tu esposa. Lamento mucho su muerte, pero, aunque te parezca difícil de concebir, hubo un hombre para el que siempre fui lo primero. Me abandonó. No lo repitas —le dijo en cuanto lo vio abrir la boca—. Eso no impide que yo no pueda ni quiera renunciar a lo que tuvimos. Jack, te quiero, pero no del modo en el que dos esposos deben hacerlo. Lo sé porque a él lo quise más allá de la honradez. Fue delirio y locura. Denver Harris me llevó a la demencia y sigo loca por él. Busca a una buena esposa. No sigas teniendo pensamientos sobre una posible boda entre nosotros, porque estoy decidida a no consentirlo. —Sarah le apretó el brazo en señal de afecto antes de entrar en el salón.

—Sarah —la llamó y ella se paró en el umbral de la puerta.

—¿Qué?

—Me iré en dos días. Respeto tu decisión.

—Y yo… te lo agradezco.

—Puesto que mañana es tu cumpleaños, mi despedida será que aceptes ir al pueblo para participar en el baile que pone fin al verano.

—¿Por qué?

—Porque quiero comprobar que estarás bien. Si veo por mí mismo que estás protegida y que la buena gente de Crystal City no supone una amenaza para ti y tu hijo, me marcharé más tranquilo. No te estoy pidiendo nada que suponga un gran pago.

—Aunque pienses que soy una desagradecida por el sacrificio que estás dispuesto a hacer por mí y por mi hijo, doy gracias por tu preocupación. Siempre serás mi amigo más querido…

—Pero no tu esposo —terminó él por ella.

—Lo siento —se disculpó, y subió hacia su habitación.

—Más lo siento yo —dijo el vaquero a la oscuridad.

—¿Vas a rendirte con tanta facilidad? —El sigiloso indio llegó por detrás. Jack se dio la vuelta para enfrentarlo.

—Estás perdiendo facultades, señor Hutson, he oído tus pisadas desde que saliste de los barracones.

—Desde que murió tu esposa has estado tras sus faldas —continuó él sin hacer caso a la observación de Lowell—, si te vas, no vuelvas.

—No soy un hombre que se da por vencido con facilidad —señaló con una sonrisa ladeada.

—No me ha parecido eso. Lo quiera o no, alguien debe salvarla. Si tú no lo haces,

deberé hacerlo yo.

—Lo entiendo.

—¿Entonces? —se interesó el indio.

—Bueno… Juramos, cuando éramos pequeños que siempre nos protegeríamos. No pienso faltar a mi promesa. Aunque ella no lo entienda, me necesita y haré todo lo posible para ayudarla. Es lo que Leah habría querido. Es lo que Sarah necesita.

—¿Qué planeas? —El mestizo escuchó determinación en sus palabras.

—No creo que quieras saberlo. Cuando lleve a cabo lo que pretendo, Sarah se convertirá en una arpía. Si sabe que conocías mis planes…

—Me arriesgaré. Ella necesita un esposo. La testaruda Foster ha suspirado por ti… al menos hasta que Denver Harris se presentó. Y… Lowell, a Harris no le costó demasiado conquistarla —señaló para fastidiarlo.

Jack no entró al trapo y se limitó a explicar la realidad:

—Él no está aquí, yo sí. Así que supongo que yo gano. Sarah gana y su hijo se salva de la ilegitimidad —repuso con severidad.

—Dime qué harás. Te ayudaré en lo que pueda. Quiero que sea feliz. Si es verdad que alguna vez tuvo interés en ti, podrías tratar de volver a aflorar esos sentimientos. Harris no merece nada más de ella.

—No va a ser bonito —le avisó.

—Nada en esa complicada situación lo es. Supongo que tendremos que aprender a vivir con ello.

—Muy bien… Lo que pretendo hacer mañana en el baile es…

Jack se acercó al indio y le explicó con detalle, y entre susurros, lo que iba a hacer sin remordimiento alguno.

***

Estaba nerviosa. Ella ya había cumplido con su enfrentamiento ante la buena gente de Crystal City hacía unos días o tal vez fuesen semanas. El tiempo se sentía diferente desde que Denver no estaba a su lado. Acudir al baile de fin del verano suponía un nuevo reto. No era boba, pues sabía que todos estarían rumoreando acerca de ella y sus circunstancias.

Aquella noche en la que fue al *saloon*, y se vistió como una señorita alegre para entretener a los vaqueros le pasaría factura hasta el fin de sus días. Había sido demasiado osada. Lo veía ahora. Justo en este instante en el que bajaba de la carreta custodiada por Águila Negra, Andrews y Jack.

El indio le ofreció el brazo imaginando que algo pudiera salir mal. Lo tomó sin rechistar. Detrás se colocaron Jack y Andrews. Hubiera preferido venir al baile con sus tejanos y su Colt amarrado en su cintura. Ese vestido de encaje, tul, con el fondo de seda rosa pastel, le hacía sentir muy insegura y eso que estaba preciosa. Pese a que se había visto muy bonita en el espejo, con sus rizos rubios colgados, saliendo de un bonito moño, y ese atuendo tan elegante… Se sentía muy deleznable.

Cuando subieron el primer peldaño del cobertizo central del pueblo, donde los músicos estaban tocando animadas canciones, los asistentes se giraron para mirarlos. Comenzaron los cuchicheos y pronto la música dejó de sonar.

Tuvo la tentación de soltarse del brazo de Águila Negra y salir corriendo para no regresar jamás. El indio pareció haberle leído la mente, porque la agarró de la cintura para que no pudiera escapar de la situación. Si este era el futuro que le esperaba…

Miró de reojo a Jack. Él se veía muy serio. Tanto que su expresión hubiese rivalizado con la de Denver Harris.

—Tal y como yo lo veo, tenemos dos opciones —comenzó a hablar alto y claro el indio, dirigiéndose al pueblo de Crystal City—, podemos seguir siendo, todos, personas civilizadas y tratarnos con respeto como hemos hecho a lo largo de los años, o bien quien tenga algo que decir al respecto, puede hacerlo en este momento. Mi Winchester aguarda en la carreta por si debo contestar alguna réplica. Hombre o mujer, puede hablar ahora o callar para siempre.

Se hizo un silencio muy pesado. Las mujeres la miraban con repulsión, como si ella estuviese manchada y fuera a contagiarlas si se les acercaba.

—Creo que debería irme —le susurró Sarah solo para los oídos de Águila Negra.

—No —le dijo tajante a Sarah—. ¿¡Debo ir a por mi rifle!? —preguntó, a nadie en particular, de modo amenazador dando un sonoro grito. No se oyó más que el silencio.

En ese momento alguien dio orden de que comenzase de nuevo la música.

—No creo que pueda conseguirlo… —Comenzó a explicarle Sarah al indio—. Cuando vine para hacer las compras, no me enfrenté a todos a la vez, no pensé que esto sería así… —Estaba tan azorada y avergonzada.

—Necesitas casarte —sentenció Águila Negra mientras le cedía el brazo de Sarah a Jack.

Ella vio a ambos hombres hacerse un gesto afirmativo con la cabeza que Sarah no entendió.

—¿Bailamos?

Jack le hizo una breve reverencia, y sin esperar a que ella aceptase o se negase se la llevó al medio de la pista. Comenzaron a brincar, a saltar y dar vueltas. Una sonrisa se dibujó en la cara de Sarah. Por unos instantes olvidaría los muchos problemas en los que estaba. Era un

bailarín sublime. Siempre supo moverse. Además, era verdad que era apuesto, pero no tenía una interesante cicatriz en su rostro que lo hiciese parecer peligroso. Tampoco tenía la altura necesaria, ni sus ojos eran oscuros, ni su pelo castaño, para hacer que su corazón se saltase dos latidos. Pero era tan gentil, atento…

¡Un momento! ¿Jack le acababa de hacer una caricia en su espalda? Sarah frunció el ceño. Lo miró con curiosidad. Él le sonrió en respuesta. Tal vez lo había imaginado todo. Se obligó a tranquilizarse.

Siguieron bailando y en otra vuelta él le rozó los hombros con premeditación. Y en la siguiente le sopló en la oreja.

—¿Qué estás haciendo? —Era evidente que Jack tramaba algo.

—Comprometerte todavía más —expuso sin amagos.

—¿Disculpa? —graznó al escuchar la respuesta de él a su pregunta.

En la siguiente vuelta que se volvieron a encontrar, Jack especificó:

—Te dije que me casaría contigo y es lo que voy a hacer. No te quepa la menor duda —amenazó.

—No lo harás. —Nadie la obligaría.

—Lo haré —sonó a promesa. Ella se puso nerviosa. Jack era muchas cosas, pero no un hombre con tanta determinación como la que poseía en estos momentos.

Acto seguido, los brazos de Jack envolvieron a Sarah en un abrazo cerrado y muy posesivo. El resto siguió bailando. Ellos estaban quietos. Muy juntos y abrazados.

—No lo hagas… por favor… —suplicó sabiendo lo que él se proponía.

—No me has dejado más remedio —susurró muy cerca de sus labios. Y entonces la

besó. En una muestra tierna que provocó que todos dejasen de bailar y los mirasen escandalizados.

Unos segundos después, Jack Lowell se separó de ella, satisfecho, dispuesto a hacer un anuncio muy particular con el que esperaba que todos los rumores finalizasen. Jack tenía una reputación impecable y solo se casaría con una mujer que estuviera a su altura. Eso borraría la mancha de Sarah. Al menos eso esperaba.

—Nunca te lo perdonaré —le espetó Sarah con lástima infinita.

—No me importa.

Un chasquido rompió el pesado silencio que reinaba en medio del gran baile de Crystal City. La gente comenzó a gritar y a moverse buscando un lugar en el que resguardarse.

Sarah sintió un pellizco en la parte derecha del abdomen. Llevó su mano allí y vio sangre.

—Creo que me han disparado —le dijo a Jack.

—¡Saraaaaaah! —Se oyó un grito, que más pareció un rugido ansioso. Ella se giró para ver la fuente de ese chillido. Denver Harris venía corriendo hacia ella. Intentó mantener los ojos abiertos para comprobar que su mente no le estuviese jugando una mala pasada. No pudo. Todo se volvió negro. Se dejó caer y alguien la sostuvo. En su inconsciencia imaginó que Denver, en su sueño, había ido a socorrerla.

Capítulo 11

Llega la caballería

Denver Harris ya no se sentía un bastardo afortunado. Solo un hijo sin padre reconocido. Sí. Los últimos dos meses y medio había querido encontrar a los Dalthon y que lo matasen, porque su vida ya no tenía sentido. La pérdida era tan grande que ni el trabajo que siempre le hizo sentirse mejor hombre, lo llenaba.

Ella no estaba con él, pero no podía despegarse de su recuerdo ni un instante.

Jack Lowell. Siempre sería él. Había tratado de convencerse de que Sarah lo olvidó. Dos años siendo viudo, y que ambos no se hubieran casado cuando nada ataba al hombre por el que la dama había suspirado desde que la conocía…

Eso le dio cierta esperanza. Tanta, que un puñetero ranger, un hombre duro y violento como era él, se había visto susurrando dulces y tiernas palabras para cortejarla y enamorarla. ¡Él! Precisamente Denver Harris, quien no tenía la menor idea de lo que era el amor. ¡Oh!, pero sí sabía bien lo que era la lealtad y el honor y Sarah Lee Foster lo había traicionado.

La última noche que estuvo con ella fue todo ira, furia. Estaba enfadado y se lo demostró. Se fue con su compañero porque era lo que debía hacer. Los Dalthon acabarían enterándose de que estaba vivo e irían a por él. No quería ponerla en el fuego cruzado. Tampoco deseaba quedarse a su lado porque no soportaba mirarla sin sentirse despreciado y engañado.

Los primeros días en los que el desierto de Texas fue su refugio, se cobijó en su enfado

con Sarah. Eso duró pocas semanas. Las noches se hacían largas sabiendo que no podría volver a disfrutar de ella, que no estaría a su lado como pensó cuando hablaron de matrimonio. Sarah se colaba en sus sueños y la muy bruja conseguía excitarlo tanto, que se levantaba con su semilla vertida en sus calzones largos.

Era horrible tener que sobrevivir a su pérdida. Y más cuando los días se sucedían y las pistas de los malhechores no llevaban a nada. ¡Dios cómo la echaba de menos!

Por mucho que desease decir que la había olvidado y que no la necesitaba, sucedía todo lo contrario. Era un hombre sufriendo por una mujer. Denver Harris, quien nunca necesitó a nadie, sentía que el aire le faltaba cuando pensaba en los preciosos ojos curiosos de Sarah, cuando veía su cuerpo desnudo y podía tocarlo en su recuerdo. Anhelaba volver a meter sus manos entre la preciosa mata de seda rubia que ella tenía escondida. También en su cabello, pues era tan suave como lo fueron sus besos y caricias.

Y su conciencia no le permitía ni un solo momento de descanso. Se marchó sin asegurarse de que sus actos pecaminosos no tuviesen consecuencias. Si ella llegase a tener un hijo suyo…

Recordar su infancia… saber que, si la había dejado embarazada, ese niño sufriría por su causa. Seguro que no tenía de qué preocuparse. Él nunca hizo nada bien. Era muy poco probable que el vientre de ella se hinchase con su semilla… Este último pensamiento era el que lo mantenía cuerdo mientras se concentraba en sacar a los Dalthon de circulación.

Cinco rangers se habían repartido el territorio para ver quién los localizaba antes. Había frecuentado salones de pecado, jugado a las cartas con indeseables con el fin de indagar. Un soplo de un viejo conocido le había llegado y lo inquietó. Un borracho se vanagloriaba de que los Dalthon, quienes eran unos criminales muy famosos, le habían ofrecido un trabajo en Crystal City… era para ayudarlos a terminar con alguien de aquel pueblo.

Tuvo un mal presentimiento y puso rumbo al maldito pueblo. Llevaba tres días en el hotel donde todo acabó. No había ni rastro de ellos. Tal vez, el borracho no dijo aquello y Denver lo interpretó como una señal para volver porque era lo que más deseaba en el mundo: verla. Aquel desgraciado estuvo muy ebrio y sus palabras fueron conexiones mal formadas… ¿y si él había fabricado la conjetura porque deseaba verla?

Decidió que se quedaría unos días más y luego se marcharía a Austin para buscar nuevas pistas. Denver estaba al tanto de que estaba previsto la celebración del baile de fin del verano y deseaba comprobar que Sarah Lee estaba bien. Estaría lejos, no interferiría. Solo… Necesitaba… No sabía lo que pretendía, pero sí era consciente de que, si no la veía una vez más, moriría de ansiedad.

Así que se quedó rezagado en un lugar que le daba una excelente vista de la diversión. La vio llegar del brazo del indio y custodiada por Andrews y del maldito Lowell. Le calentó la sangre con el primer vistazo. Ese precioso vestido…

Cuando estuvieron a punto de entrar en el cobertizo, todo se quedó en silencio, como si alguien hubiese muerto. El pueblo parecía estar condenando a alguno de la comitiva. Extraño. Muy extraño todo. Oyó con claridad a Águila Negra lanzar una amenaza que puso fin al silencio incómodo.

¿Qué diablos estaba sucediendo? Sarah estaba pálida, más delgada de lo que recordaba, sus ojos tristes. No era la misma que había dejado meses atrás. Algo era diferente. Envuelta en seda, raso, muselina o lo que fuera eso, se veía preciosa, perfecta, sublime… pero llena de pena.

Se tragó una maldición cuando vio a Lowell llevársela para comenzar a bailar con ella. ¡Era su mujer la que bailaba con el desgraciado de Jack Lowell! La había acariciado, lamido y tomado… Solo que no formalizó la actuación con un hombre de Dios que bendijese la unión. No importaba, Sarah Lee se sentía suya. Era suya.

En ese momento una sombra apareció a su lado. Giró la cabeza y reconoció al hombre que estaba junto a él.

—¿Nos saludamos civilizadamente o pasamos al momento en el que yo te reto a duelo? —dijo con seriedad Jeremy Andrews.

—¿Duelo? ¿Por qué motivo? La dama está bien custodiada. No creo que haya motivo para enfrentarnos.

—Sí. Supongo que no hará falta que te mate, después de todo no seré yo quien tenga que casarse con ella... Me conformaré con saber que estás muriendo de celos y que no serás feliz a su lado. No mereces ni que malgaste una bala contigo, Harris. —Dicho lo cual, Jeremy giró sobre sus talones con la sensación de haber hecho su trabajo.

—¡Espera! ¿Qué quiere decir que no vas a tener que casarte con ella? —preguntó alzando la voz. Jeremy no se giró a mirarlo. Sentía ganas de pelear y no deseaba darle más disgustos a Sarah.

—Ya te lo dije, alguien tendría que hacerlo.

—Sé más específico.

—No. —Y se marchó dejando a Denver con muchas preguntas.

El ranger volvió la vista a la pista de baile.

Sintió una pistola sobre su espalda.

—Esta vez sí me has pillado por sorpresa, Águila Negra… —comenzó a decir Denver.

—No tienes suerte, ranger. —La voz de Joe Dalthon le hizo tensar la espalda.

—No debería sorprenderme. Un cobarde siempre es un cobarde… Tu hermano mayor al menos se colocó frente a mí para intentar matarme.

—Vas a morir ranger, pero no hoy. Primero te veremos sufrir… luego… ya ajustaremos cuentas.

—¿Sufrir? No estás de suerte, Joe Dalthon.

—Uhm… Se oyen cosas muy curiosas cuando se riegan con un buen licor, historias que salen de dentro de los propios *saloons*. Cuando se presentó ante nosotros Mack Spencer, diciendo que Colt El Rápido había robado a una señorita de un burdel… Pero no era una falda

ligera, ¿verdad…? Los chismes se extienden tan rápido como la pólvora.

Denver trató de aparentar tranquilidad. Lo que este Dalthon le decía implicaba que Sarah Lee estaba en peligro.

—Estás perdiendo el tiempo. Una mujer para calentar la cama no es ningún logro. La quería a ella y la cogí por la fuerza. Créeme, no valía tanto como lo que le pagué —mintió.

—Yo no era como mi hermano Jim. Él era capaz de saber si alguien iba de farol con solo escuchar su voz. Un talento con el que tú acabaste. Si la dama a la que John está apuntando ahora mismo no significa nada para ti, supongo que no será una gran pérdida… Aunque debo reconocer que Sarah Lee Foster es un dulce bocadito. —John era otro hermano de los Dalthon.

—Fue un duelo justo. Jim aceptó, y murió con cierto honor. Haz lo mismo que él. Acepta mi reto. Ten un poco de honor como lo tuvo tu hermano.

—No. Si Jim no tuvo opción ante Colt El Rápido, ni mis hermanos ni yo podremos sobrevivir a un enfrentamiento directo. Así que primero te privaremos de lo que dicen que quieres… Nos desharemos de la dama y de tu hijo. —Él se tensó. Joe Dalthon lo sintió y se sonrió de lado.

—Rumores sin fundamento —improvisó Denver—. No conozco a ninguna mujer respetable de las que hay ahí dentro. Mucho menos alguna se enredaría con alguien como yo. Se han reído bien de vosotros. ¿Qué iba a hacer yo con una dama? Aburridas en la cama, insulsas… ¿Un hijo mío? —Negó con la cabeza—. Después del revolcón sigo mi camino… No engendro bastardos.

En ese momento, Denver vio a Jack Lowell besar a *su* mujer. Sentía unos celos enfermizos. La ira le recorría desde la punta del dedo gordo hasta el cabello, pero por Dios, que aprovecharía lo que acababa de suceder.

—Conozco a la señorita Foster porque crecimos juntos, si te fijas bien, la verás ahí, en los brazos de ese hombre que acaba de besarla. Son todo mentiras. —Esperaba que el odio por Jack Lowell fuese indetectable y sus palabras hubiesen sonado creíbles.

Oyó que Joe Dalthon se reía a carcajadas.

—Veamos tu farol, ranger. —En ese momento un tiro sonó desde algún punto cercano. Denver no pensó en que Dalthon tenía un revólver apostado sobre su espalda. Corrió tan rápido como pudo en dirección a Sarah Lee. Ella seguía de pie, frente a Jack.

Denver gritó su nombre y la vio darse la vuelta para observarlo. La mancha de sangre en su vestido crecía.

En ese instante, toda su vida pasó por su mente. Denver Harris sintió que todo lo que amaba le estaba siendo arrebatado. La amaba, más que nadie de este mundo. Sin ella no era nada. Sarah Lee era todo lo que deseaba. Y estaba herida.

La madre de su hijo, porque no creía que fuese mentira, estaba en sus brazos, mientras el indio y Jeremy se colocaban delante de él, y Lowell custodiaba la retaguardia.

Vio que Andrews desenfundaba una pequeña pistola que llevaba en su tobillo. Lo observó levantar el arma y apuntar a alguien que se aproximaba por delante de ellos con un revólver en la mano. Se giró con Sarah Lee entre sus brazos, para protegerla con su cuerpo. Un segundo tiro rezumbó con fuerza. Denver regresó la mirada al frente y vio a John Dalthon caer en el suelo con un tiro en la cabeza.

—¡Un médico! —gritó el ranger.

El señor Bride les hizo una indicación para que lo siguieran a su consultorio. Los cinco hombres corrieron tras el galeno. Cuando llegaron, Denver colocó a Sarah sobre la cama. No se separó de ella y el médico no se atrevió a mandarlo salir de la habitación. Águila Negra había entrado, mientras que Jack y Jeremy sí se quedaron fuera.

El médico rasgó las vestiduras de ella para ver la herida.

—Ranger, vete fuera —le ordenó Águila Negra.

—Me parece que me quedo. —Nadie lo separaría de ella.

El indio avanzó amenazante dispuesto a echarlo a patadas.

—No tienes derecho ni a mirarla después de lo que le has hecho. O te marchas por tu propio pie, o juro por todos los espíritus del infierno que te mataré con mis propias manos.

—Caballeros —habló el médico—, no es momento de tensiones. La paciente necesita cuidados. Lo importante es atenderla.

—No pienso irme —sentenció Denver sin dejar de mirar a Sarah Lee.

—Esto no acaba aquí. —Fue una amenaza muy clara. El ranger ni se inquietó. Si ella moría, él se iría detrás. Era así de fácil, por lo que, si Sarah sobrevivía, ya vería qué hacer.

—¿Sabemos quién o por qué le han disparado?

—No.

—Sí. —Águila Negra y el ranger respondieron al unísono y cosas contrarias. La negación fue del mestizo, la afirmación de Denver.

—Bien. Como no es ahora mismo lo trascendente, lo debatiremos después. ¿Hay algo que deba saber de ella sobre su salud? —Trató de averiguar el doctor.

—Podría estar embarazada —habló el ranger, mientras le acariciaba el pelo.

El doctor buscó la mirada del indio, quien cabeceó afirmativamente.

—Creí que solo eran rumores —dijo en alto el señor Bride. Le administró láudano para sumergirla en un sueño profundo.

—¿Se va a morir? —preguntó angustiado Denver—. No puede dejarme. No, ahora…

—Es una herida fea, pero no creo que haya dañado al bebé. La bala no está dentro. Ha

salido. Tendremos que esperar. Es una muchacha fuerte —diagnosticó con cautela el médico.

Después de un tiempo que se percibió como si fuesen horas, el doctor terminó de hacer la cura, comenzó a limpiarse las manos y dijo:

—Está lista. Hay que dejarla descansar, curarla cada cierto tiempo y esperar que no aparezcan las fiebres. Sin embargo, cuando el plomo está implicado, es natural que su cuerpo se caliente y llegue incluso a delirar.

—Me la llevo a casa —habló el indio.

—Por encima de mi cadáver —rugió Denver sin mirarlo.

—La dejaremos pasar la noche aquí. Mañana, con la luz del sol, veremos lo que hacer —intervino el señor Bride.

—¿Qué pasaría si me la llevo, doctor? —Águila Negra no quería al ranger cerca.

—No vas a llevártela a ninguna parte. —Denver se acercó al indio y se colocó delante.

—No es aconsejable. Necesita descansar —terció el galeno, esperando que no se peleasen.

—¿Qué autoridad tienes para opinar sobre ella? —lo retó el indio, haciendo caso omiso de la explicación del médico.

—La que me otorga ser el padre de su hijo —respondió con tranquilidad.

Águila Negra se carcajeó.

—La abandonaste. Si crees que puedes llegar y exigir algún tipo de derecho, es que eres más necio de lo que preví en un primer momento.

—Me fui precisamente para que los que vienen detrás de mí, no dieran con ella. Evidentemente he fallado —explicó de modo conciso.

—¿Quién ha hecho esto? —inquirió el mestizo con furia.

—Los hermanos Dalthon. Están en Crystal City, quieren matarla a ella porque es la mujer que amo, saben que lleva a mi hijo, y no pararán hasta que estemos muertos los tres. Así que, si quieres matarme, espera tu turno. Pero paremos a los Dalthon antes de que vengan a terminar el trabajo. Primero Sarah Lee, ella es la prioridad, luego el resto. ¿De acuerdo?

La propuesta sirvió como una especie de tregua de paz. Águila Negra asintió.

—No hemos acabado, Denver Harris, ni tan siquiera hemos comenzado a discutir lo que hiciste. Así que haremos las cosas como tú dices, pero con mis condiciones. Lo aceptas o te largas.

—¿Qué propones? —Sabía que había logrado algo con el indio y no lo echaría por tierra con exigencias que consideraba que tenía derecho a hacer. Como por ejemplo que Sarah Lee sería su responsabilidad.

—Jeremy, tú y yo nos apostaremos fuera para proteger la casa. Si intentan algo hay que estar preparados. Con las primeras luces del sol, nos la llevaremos al Sarah Love. En el rancho hay algunos hombres. Muchos se fueron a Austin con el ganado, pero allí estaremos mejor preparados. —Águila Negra maldijo con fuerza antes de proseguir—: Se han llevado el cuerpo del que mató Jeremy. Imagino que estarán furiosos. —En un momento, Andrews llegó a la casa del médico para informar al indio de las novedades sobre el difunto.

—Mucho, pero es lo que había que hacer. Andrews no tuvo otra opción. ¿Qué hay de Lowell? —En su explicación, el mestizo, no nombró al hombre que se atrevió a rozar los labios de Sarah Lee, así que necesitaba saber qué pensaba hacer con él.

—Él se quedará aquí dentro para protegerla.

—Ni lo sueñes —zanjó mientras cruzaba los brazos y lo miraba con arrogancia.

—Mis reglas.

—No esa.

El indio se envaró. No retrocedió ni un poco, pese a que Denver nunca se había visto tan fiero como lo hacía en estos momentos.

—¿Pretendes que te deje a solas con ella? ¿A ti, que no te has preocupado en meses por Sarah?

—Jeremy, Lowell, tú y yo, custodiaremos la casa, el doctor se quedará para atender a Sarah Lee.

Los dos se retaron en un duelo de miradas.

—Te prometo que cuando el asunto de los Dalthon esté resuelto, tú y yo hablaremos y no será una conversación sin que nuestras armas sean sostenidas.

—Me parece bien. —Águila Negra tenía motivos para querer asesinarlo y Denver no los cuestionaba. Ese puente sería cruzado llegado el momento. Lo principal era proteger a Sarah Lee…. y a su hijo.

El indio salió para dar las indicaciones oportunas y explicarles que Sarah estaba dormida y que todo había ido bien. Cuando el ranger llegó a la altura de Jack hizo lo que se moría por llevar a cabo.

—¡Oye, Lowell! —lo llamó Denver. Y cuando el interpelado se giró para mirar qué quería, el ranger le dio un derechazo que hizo que se tambalease de lado a lado, pero no cayó al suelo. Denver no usó toda su fuerza cuando le atizó.

—¿¡Se puede saber por qué demonios le has pegado!? —bramó el indio para exigir una explicación.

—Por besar a mi mujer —respondió con calma y orgullo.

Jack levantó el puño para devolver el golpe, Jeremy lo sujetó en el aire antes de que hiciese impacto en Harris.

—Ahora no, Lowell, tenemos problemas más apremiantes. Más tarde. —Las palabras de Andrews surtieron efecto y Jack abandonó la trifulca.

—No es tuya —observó Águila Negra en cuanto Andrews y Lowell salieron de la casa para ir a la carreta a buscar armas.

—Ya lo veremos. —El ranger tenía mucho que decir al respecto.

***

La tensión de todos los hombres era más que evidente, así que el médico estaba deseoso de que se marchasen. El sol comenzaba a salir.

La nueva discusión llegó cuando Jack se colocó cerca de Sarah con la evidente intención de cargarla en brazos para colocar, bajo ella, una tablilla de madera acolchada que tenía el doctor, a fin de trasladarla con comodidad.

—La tocas y estás muerto, Lowell —dijo Denver, quien también estaba llegando al lado de Sarah.

—¿Quién diantres te crees para darme órdenes sobre ella?

—Creo que ayer ya lo comenté… Puede que no fuese a ti. —Agitó los hombros después de recordar que se lo dijo al mestizo—. Me gusta repetirlo en alto: soy el padre de su hijo.

—No. Eres el hombre que se marchó sin mirar atrás mientras dejaba a Sarah y a su

hijo abandonados —puntualizó Jack preparado para una nueva pelea.

—Comienzo a pensar que ayer no te aticé lo bastante fuerte. ¿Quieres más? —El ranger levantó los puños en alto dispuesto a seguir con lo que no terminó la noche anterior.

—¿He dicho alguna mentira? —se envaró Jack.

—Ya basta, *niños* —habló Jeremy con cierta diversión—. Águila Negra y yo nos ocuparemos de Sarah. Vosotros nos custodiaréis.

—No —se negó simple y llanamente Denver.

—¿De verdad quieres pelear contra tres hombres ahora? —inquirió Jeremy sin poder creer la tozudez del hombre que se marchó con suma facilidad meses atrás. Era comprensible que él y Sarah se entendiesen.

—Contra los que hagan falta. Es mía —sentenció mordaz.

—¿Tuya? —Jack se carcajeó. Denver lo miró con una ceja alzada.

—Hasta que despierte y diga lo contrario, Sarah Lee Foster es mía. Si no estáis de acuerdo, podemos ir afuera y discutirlo. Estaré encantado de explicároslo a los tres.

—¿Crees que saldrías ileso de una pelea contra nosotros? —Jeremy estaba asombrado con la bravuconería del ranger.

—Estoy dispuesto a averiguarlo.

—Esto es ridículo… —señaló con disgusto Jack.

—¿Qué demonios pasa? —ladró Águila Negra desde la puerta de la entrada al ver que no salían. Todo estaba preparado para marcharse.

—Ya vamos —dijo Denver mientras con cuidado tomaba en brazos a Sarah Lee y la colocaba con atención sobre la tablilla.

Jack salió enfurecido de ahí. Jeremy lo miró mientras negaba con la cabeza y le preguntó:

—Si la querías, ¿por qué diantres te marchaste?

—Se lo dije ayer al indio. Me buscaban los mismos que le han disparado a ella. Tuve que irme.

—Harris, debes aprender algo de esta familia, y eso es que nunca huimos, nos quedamos y luchamos juntos.

El aludido cabeceó afirmativamente.

—¿Ha estado muy enfadada? —lo sondeó.

—Cuando despierte le preguntas tú mismo. —Jeremy le mostró todos y cada uno de sus blancos dientes. Denver Harris sabía que cuando la señorita Foster despertase, iba a tener que dar muchas explicaciones.

El médico pasó unas vendas por el cuerpo de ella, con el fin de sujetarla mejor. El señor Bride inmovilizó en la tablilla a la muchacha, le dio una buena ración de láudano para que soportara el viaje y se alegró de que todos se fuesen a marchar. Parecía que en cualquier momento ellos comenzaran a pelear y no deseaba estar en el medio. Los Dalthon parecían una amenaza menos preocupante que lo que esos cuatro hombres eran.

***

Sarah sabía que estaba en su casa porque podía sentirlo. Su rancho era una extensión de ella misma. Su habitación tenía un olor muy característico, olía como ella misma: a margaritas.

Unos brazos la habían cargado. La movían de un lado a otro. Dolía. Algo, cerca del vientre le tiraba la piel y dolía. Su cama. Estaba en el lecho. Deseaba abrir los ojos, pero los sentía pesados… el sueño la vencía. Despegó los párpados momentáneamente.

—Jack… Jack —lo llamó desde la inconsciencia con nerviosismo—. No te vayas. —No pudo seguir hablando. Cerró los ojos y se abandonó a los dulces brazos de un sueño reparador.

El señor Lowell se colocó al lado del lecho y sujetó la mano que ella, previamente, le había tendido para que se la cogiera.

Si la señorita Foster hubiese estado más lúcida minutos antes, hubiera presenciado una discusión sobre quién sería el primero en quedarse para velarla. Denver no iba a dejar que nadie la atendiese. Ningún hombre que no fuese él se quedaría con ella. Lowell discrepaba. Águila Negra tenía su propia opinión. Andrews parecía divertido con el ambiente enardecido que reinaba. La señora Rolser estaba a punto de coger una pistola para echarlos a todos fuera…

La situación acababa de cambiar. Sarah Lee habló y había elegido. Denver apretó los puños con fuerza.

—Cuídala bien —le ordenó Harris en tono seco a Jack, mientras salía con furia de la habitación.

—Lo haré. Siempre lo haré. —Le oyó decir a Lowell. Eso hizo que diese un bufido del todo animal.

El resto de los hombres no tardaron en bajar para ver cómo iban a afrontar la posible inminente llegada de los hermanos Dalthon.

—¿Vas a explicarnos la historia? —El primero en hablar fue Jeremy. Era una pregunta

dirigida al ranger.

—No hay mucho. Maté al hermano mayor de los Dalthon, en un duelo justo y los tres restantes quieren verme muerto —respondió con calma Denver.

—¿Qué demonios tiene que ver eso con Sarah? —inquirió Águila Negra.

—Las lenguas hablan, alguien debió ver a Sarah Lee ir al Orient, y luego me vieron a mí salir con ella al hombro…

—¿Cómo has dicho? —inquirió Jeremy.

Águila Negra no había entendido la cuestión..

—Supongo que ya no tiene sentido esconder nada —dijo un poco derrotado Denver—. A fin de cuentas, es evidente que entre Sarah Lee y yo no todo ha sido decoroso —aludió refiriéndose a su embarazo.

—¡Habla de una vez! —bramó el indio.

—La noche que Andrews y yo fuimos al *saloon*, Sarah Lee llegó para vestirse como una mujer… Como… En fin, se puso un atrevido vestido y salió al escenario para cantar y… bailar. —Evitó contar que él sostenía en su regazo a una mujer cuando la situación tuvo lugar.

—¿Cuándo diablos ocurrió eso? —Jeremy lanzó la pregunta con los ojos como platos. El señor Andrews estuvo allí aquella noche y no conocía esa historia.

—Estabas arriba… —le recordó al otro vaquero.

—Ah. —Eso sí lo recordaba.

—¿Por qué haría Sarah algo como eso? —Águila Negra no creía la historia.

Suspiró derrotado. Sí iba a tener que explicar lo que no quiso contar al principio.

—Porque yo sujetaba a una preciosa morena en mi regazo y como no le hice caso…

—¡Dios santo, Denver Harris!, será un milagro si no te mato cuando todo esto acabe —señaló el indio mientras comenzaba a andar para tratar de calmarse. Imaginar a Harris enamorando a Sarah Lee y coqueteando con una falda ligera al mismo tiempo… ¡Diablos!—. Siento ganas de pegarte un tiro y arrojar tu cadáver a los pies de los Dalthon para que nos dejasen en paz.

—Podrías intentarlo, yo mismo tuve la intención de hacer algo similar, pero ellos saben que es la mujer que quiero y se han enterado de que lleva a mi hijo. Me temo que, aunque me mates, vendrán a por Sarah Lee para matarla solo por el placer de hacerlo y que pese sobre mi conciencia. No importará que ya esté muerto. Lo harán de todos modos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —quiso averiguar Jeremy.

—Porque anoche, durante el baile, Joe, el hermano mayor, me lo dijo. —En ausencia de Jim, Joe se había convertido en el hombre a cargo de los Dalthon.

—En cuanto te vi, supe que traerías problemas. Oí aquel tiro y le dije a Sarah que diésemos la vuelta. Ella te reconoció, estoy seguro. Mejor nos hubiese ido a todos dejarte ahí. ¿¡Te das cuenta del daño que le has causado!? —gritó Águila Negra.

—Si crees que soy un niño pequeño al que puedes regañar por una fechoría… Siento informarte de que me trae sin cuidado lo que tú puedas decirme o pensar de mí. Solo hay una persona que tiene derecho a pedirme explicaciones y no eres tú. No te equivoques, Águila Negra —usó su nombre indio sin miedo para mostrar su punto—, no soy tu empleado, no estoy pagando por los cuidados de ninguna improvisada enfermera. Soy un ranger de Texas, no te tengo miedo y si quieres que te lo demuestre lo haré encantado.

Hubo un pesado silencio entre ambos hombres. Se batieron en duelo con las miradas.

—Tienes agallas, Harris. Te reconoceré eso. No sé qué pasó entre vosotros. Solo sé

que Sarah se quedó devastada, la dejaste sola portando a tu…

—¡Ni se te ocurra decirlo o te pegaré un tiro y, juro por Dios, que no lo lamentaré! —Sabía que la siguiente palabra era bastardo.

—… a tu hijo —Águila Negra se rectificó porque no quería desatar una guerra—. Su reputación hecha trizas, la gente del pueblo la cuestiona, me has obligado a permitir que Lowell la besase en medio del baile para forzarla a casarse con él, porque ella, maldita sea, te ama y no está dispuesta a tomar a ningún esposo que pueda protegerlos, a ella y al niño, con su apellido. ¿Entiendes que pese a saber que era una mujer soltera embarazada se ha negado a casarse con Jack Lowell? ¡Te fuiste y la dejaste! —gritó de nuevo.

—Me ama —dijo en un susurro, obviando las amenazas subyacentes.

—¡Claro que te ama, estúpido! —saltó Jeremy—. Ya te dije que Sarah Foster no era una mujer que tuviese bastardos. Si se entregó a ti era porque deseaba ser tu esposa.

—¡No tuvo tiempo para ir al pueblo y recitar sus votos conmigo! —Trató de defenderse—. ¿Cómo no iba a pensar que ella esperaba el regreso del maldito Lowell para tomar en consideración si era mejor partido que yo? ¡Que me aspen! Claro que era mejor opción que un peligroso ranger sin nada… A mí me perseguían y ella no dio indicios de que yo era el elegido. ¡Tuve que irme y me rompió en mil pedazos! —Ya estaba, había confesado lo más duro que un hombre enamorado podía decir en alto.

Se hizo un silencio muy profundo entre los tres. El indio carraspeó. El resto lo miró.

—¿Se lo preguntaste? ¿Si te amaba a ti o a Jack?

—No hizo falta. Yo lo supe.

—Es una suerte que no seas juez, ranger, porque solo el Altísimo sabría a los inocentes que hubieses condenado con tu regia intuición y tu soberbia.

La discusión se quedó ahí porque debían esperar lo peor. Águila Negra se dispuso a

preparar trampas por las cercanías de la casa principal. Si venían, todo estaría listo.

Jeremy y Denver se quedaron solos. Andrews lo miró con suspicacia mientras seguían con los preparativos de las defensas.

—¿Qué? —ladró Harris.

—¿De verdad Sarah se puso un vestido de las chicas del *saloon*?

—Lo hizo. —Y recordarla vestida así hacía que su entrepierna se hinchase.

—Entonces tú te la cargaste al hombro… —No era una pregunta.

—Eso hice. Tenía que sacarla de allí a toda prisa. Los vaqueros lanzaban monedas para que ella subiera con alguno a las habitaciones. Era mi deber protegerla.

—Ajá. Eso te honra… pero lo que no me queda claro es el lugar al que fuiste cuando la sacaste del *saloon*. Esa noche ella no regresó a casa hasta bien entrada la mañana…

—Es evidente que pasó la noche conmigo.

—Denver Harris, eres el hombre más afortunado que conozco.

—No me siento así.

—Créetelo, porque no miento.

—La mujer a la que amo ha recibido un balazo por mi culpa. En su dolor, ha llamado en sueños a Jack Lowell. No me siento afortunado sabiendo que mi hijo todavía podría ser criado por el hombre al que más odio.

—Sí, pero al menos el indio no te ha matado. Creo que es un milagro divino que no te haya estrangulado con sus propias manos. Sería capaz de hacerlo. De verdad que sí. Sarah es lo

más parecido a una hermana… Incluso a veces parece un padre para ella. Sabiendo todo lo que sabe que has hecho con ella… Debes estar agradecido de que no te haya pegado un tiro por la espalda. Yo lo habría hecho.

—¿Por qué no lo has hecho? —se atrevió a inquirir.

—Te lo diré si me contestas a una pregunta.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué lo odias?

—¿A quién? —Había perdido el hilo de la conversación.

—A Jack Lowell. Es uno de los mejores hombres que conozco —explicó con sinceridad Andrews.

—Por eso mismo. Era tan malditamente perfecto, que Sarah Lee solo tuvo ojos para él.

—Uhm. Supongo que yo también odiaría al hombre que la mujer que yo amase quisiera… —Se había hecho un lío con la tontería de la frase. Él no amaba a nadie. Jeremy Andrews consideraba que las mujeres eran problemas. Sarah Foster era el ejemplo más próximo. El padre de Jeremy había insistido en que se casase de inmediato. Incluso el señor Andrews, el padre del segundo al mando del rancho, lo amenazó con buscarle una novia por correo. Hablaba de una inglesa de buena cuna a la que le interesase venir al oeste… Eso fue motivo de una nueva discusión entre ambos señores Andrews.

—¿Lowell quiere casarse con ella pese a que sabe que lleva a mi hijo? —Eso lo hacía mejor persona y aborrecía tener que reconocerlo. Tanto deseaba proteger a Sarah Lee, que Lowell se haría cargo de ella y de su hijo. Lowell estuvo ahí cuando él se fue y la dejó sola cargando a su pequeño…

—Ya has oído a Águila Negra. El viudo la ha besado para forzarla. Sarah no quiere a otro que no seas tú. ¿Qué vas a hacer?

—Rezar.

—¿Para que te elija?

—Para que despierte, pueda sacar su pistola y exigir que cumpla con mi deber por haberla corrompido y hacer crecer la vida en su interior.

Jeremy fabricó una risotada tan sincera que hizo que Denver Harris, un hombre que nunca reía, lo hiciese. El señor Harris se imaginaba a la vaquera despertando de su sueño, llena de vida y pidiéndole explicaciones. Sería grandioso si eso sucediera, porque si a ella le pasase algo…

***

Pasaron varias horas en las que nada cambió en el rancho. Los hombres habían decidido que, si Sarah mejoraba, y el resto de los vaqueros regresaba de Austin pronto, una batida iría en busca de los Dalthon. Era horrible tener que esperar su próximo movimiento.

Bien entrada la noche, mientras el señor Rolser, Lowell, Andrews y Águila Negra hacían el turno de guardia, en el salón, la señora Rolser, quien se ocupaba de Sarah, bajó por las escaleras. Todos se pusieron en pie con nerviosismo esperando que no trajese malas noticias. Denver sintió que su corazón se estrujaba lleno de agonía. La cocinera había llegado con una cara severa, muy enfadada, para colocarse frente a él.

—Te llama en sueños. Está inquieta y no consigo apaciguarla. Será mejor que subas. Debo advertirte que si le haces daño o le dices algo que la altere…

—Nunca más —dijo solemne. Esa respuesta pareció relajar a la cocinera.

—Iré a preparar un poco de café —comentó la señora Rolser.

El ranger no pidió permiso, no miró a nadie para obtener aprobación. La única opinión válida para él era la de la mujer que estaba tendida en la cama y que lo había llamado.

Entró en la habitación y sintió ganas de llorar, por primera vez, deseó llorar. Estaba tan pálida, se veía tan cansada… No la había podido proteger.

—Sarah Lee, estoy aquí. —Llegó hasta la cama y se sentó a un lado. Sujetó su mano. Ella estaba ardiendo. La fiebre la había alcanzado. Vio la jofaina a un lado y se levantó para remojar los paños y ponérselos en la cabeza.

—Denver… no me dejes… por favor… No te vayas. No lo amo. No me casaré con él. Con nadie. No… No… No… —Comenzó a removerse en la cama con más ansiedad.

—Ya está, Sarah Lee, estoy aquí. Ahora todo irá bien. No me iré. Te juro que nunca te dejaré. Si me quieres seremos una familia. Por favor, no me dejes tú a mí.

—Seremos felices. He hecho todas mis tareas. El rancho podrá funcionar sin mí unas semanas. Sé que estás enfadado porque crees que no te hago caso, no puedo desconcentrarme, necesito terminar todo. Es mi regalo… Es mi regalo para ti. —En ese momento ella abrió los ojos—. Denver… Quiero casarme contigo. Es lo que más quiero, pero tengo que terminar con mis tareas, es mi hogar, es lo que me legó mi padre. El Sarah Love es lo primero. El rancho es la mitad de mi vida, tú puedes ser otra mitad. Nos quedaremos en casa, solos tú y yo en cuanto nos casemos. El río, nadaremos allí y nos amaremos. Haremos un precioso bebé. Lo llamaremos Mathias, como mi padre. Den…ver…

—Será como tú quieras. Solo quédate a mi lado, mi amor.

—Siempre estaré contigo. No me dejes. No quiero que te vayas. No amo a Jack. No como te amo a ti. Debes creerme. No miento. Eres tú. Denver Harris. Siempre has sido tú… Ojalá pudiera decírtelo. No sé dónde buscarte. Te necesito a mi lado. Mi hijo merece un padre. Tú mereces a tu hijo. Por favor… —El ranger le acarició la cabeza. Ella lo miraba, pero estaba convencido que no sabía que estaba ahí. El delirio de la fiebre le hacía ver ciertas cosas, decir otras.

—¿Me amas, Sarah Lee?

—Con todo lo que soy y tengo.

—¿Me perdonarás por haberme ido?

—Si regresas a mi lado lo haré. Pero no lo harás. Lo sé. Eres un hombre libre. No fuimos capaces de retenerte. Solo espero que puedas conocer a tu hijo algún día. Te esperaré. Siempre te esperaré.

—Descansa, mi amor. Tienes que recuperarte para que sepas cuánto te amo. Duerme, descansa. Yo velaré tu sueño.

—No. No. Si me duermo te irás. No quiero perderte otra vez. No puedo dejar que te vayas.

—A partir de ahora, Sarah Lee, donde tú y mi hijo estéis, yo estaré. Lo juro por mi vida. ¿Confías en mi palabra, mi amor?

—Sí. Sí lo hago.

—Entonces descansa. Necesito que te pongas bien.

—Me han disparado, Denver… Mi hijo… —Se llevó las manos hasta el estómago.

—Está bien. Él está bien.

—Sí, mi hijo es fuerte como su padre… —Denver comenzó a acariciar su pelo y a susurrarle tiernas palabras. Le dijo cuánto la amaba, lo importante que era para él. Lo que harían cuando se pusiera bien. Las cosas que les quedaban por vivir y que quería hacer. Enseñaría a su hijo a domar un caballo, a disparar. Todo lo que sabía se lo mostraría. Ella estuvo de acuerdo. La voz de Denver la tranquilizó.

—Sarah Lee… nunca me creí suficientemente bueno como para merecerte. Soy el

hombre más feliz del mundo. No sé qué debí haber hecho para conseguirte, pero ahora que te tengo, no te dejaré escapar…

—Nunca lo hagas.

—Duerme, mi amor. Debes descansar —repitió una vez más.

—Estoy sola en la cama. Te echo de menos. Si pudieras dormir a mi lado, creo que podría dejar de pensar en que no estás. Ven a mí, Denver. Necesito tus abrazos, tus besos, tu toque. No me importa que me utilices como la última vez… Solo hazme el amor cuando regreses…

Denver ya se estaba colocando a su espalda para estar acurrucado con ella. Todo lo que pidiese lo tendría.

—Mi vaquera valiente, mi Sarah Lee, te juro que será lo primero que haremos cuando te pongas bien. Te mostraré de nuevo cuánto te amo con mi cuerpo, con mi alma.

—Tal vez sea mejor que nos casemos primero. Creo que es importante echarte el lazo, temo que… —Ella bostezó mientras se acomodaba en la cama con Denver sujetándola con cuidado—… te vuelvas a ir.

—Eso no pasará.

—Jack me ha besado, pero no te lo contaré cuando vuelvas… Solo fue una vez, eso no cuenta. Más cuando prefiero tus besos.

Él se rio. No por lo dicho, sino por el tono de confidencia que le dio a la confesión. Bien que sabía que *Jack* se había atrevido a tocarla. Bueno. Estaba claro que la Sarah Lee febril lo prefería ante cualquier otro, y eso incluía a Lowell. Esperaba que la Sarah Lee lúcida y despierta opinase lo mismo.

Tal vez en un par de días ella mejorase. Dios tenía que atender su petición, porque nunca antes había pedido nada y si en verdad existía un Creador misericordioso, debía atender su

súplica por la mujer a la que le entregó su corazón, su alma, su cuerpo y su vida.

Capítulo 12

Los sueños… sueños son

Un ruido la había despertado. Pero no quería abrir los ojos porque sabía que su sueño fue real. Sarah apretó con más fuerza los párpados. Voces, provenientes del salón, le hacían imposible seguir imaginando que Denver Harris la cuidaba, le susurraba cosas preciosas y que la acariciaba para calmarle el dolor.

Abrió los ojos y maldijo con fuerza. Trató de recostarse en la cama y sintió la piel tirarle con fuerza en una parte muy específica. Se levantó el camisón y vio lo que a todas luces era una herida de bala. Se tocó la barriga. Ahí parecía estar bien. Tampoco había molestias en su zona íntima. Todo le indicaba que su hijo estaba sano y salvo creciendo en su interior. ¡Tenía que estarlo!

Recordó aquello. El baile. Un tiro. Jack Lowell.

Se incorporó despacio y furiosa. Iba a ajustar cuentas de inmediato. Con paciencia se adecentó con agua y jabón, se colocó una camisa limpia y se puso unos tejanos. No olvidó sus botas de montar. Con cuidado bajó las escaleras.

—¡Sarah! —gritó lleno de alegría Jack Lowell en cuanto la vio. El viudo estaba en el salón—. ¿Qué haces fuera de la cama? —mostró preocupación, sin embargo, ella se veía más fuerte que nunca.

—Estaré contigo en un minuto. Aguarda aquí, por favor —le pidió ella con seguridad.

Estaba tan asombrado que no pudo moverse. Llevado por la curiosidad la obedeció para ver qué tramaba ella. Igual iba a por su Colt y apuntaba a Harris. Jack se sonrió. Eso sí le gustaría mucho verlo. El problema era que la tejana había ido a la cocina y allí no había armas.

Entonces la vio aparecer ante él sujetando tres platos.

—Papá, Sarah no está en la habitación. —El pequeño Connor había bajado las escaleras preocupado.

—Estoy aquí, tesoro —dijo ella. Le sonrió al niño— ¿Puedes salir un momento para que hable con tu padre, por favor?

El niño se acercó a Sarah, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

—No debes moverte demasiado, sé que aún te duele —observó Jack, pues fue testigo de que cuando ella bajó para ofrecer la mejilla al niño, había compuesto una mueca de dolor.

Sarah Lee levantó el primer plato al aire. Lo lanzó con fuerza. Pasó cerca de la cabeza de Jack. El ruido fue espantoso.

—He fallado a propósito, pero el siguiente irá sobre tu cabeza —amenazó la rubia sin piedad.

—¿¡Te has vuelto loca!? —bramó mientras iba hacia ella para quitarle el resto de los platos.

El segundo enser fue lanzado. Una vez más, erró. Influyó en su falta de pericia que Lowell se hubiese movido a la derecha para evitar el golpe.

—Tengo una puntería estupenda, creo que mi honor impide que te atice sobre tu cabezota —se quejó la dama todavía con un plato en la mano.

—¿Qué he hecho yo? —se atrevió a preguntar acuclillado en el suelo, cerca de la mesa para que le sirviese como escudo—. No soy yo quien debería estar esquivando platos… O balas

—señaló pensando que Denver Harris debería ocupar su lugar al momento.

—¡Me besaste! —exclamó con enfado—. Sin mi permiso ni autorización.

—¡Era la única manera de forzarte, mujer terca! Solo quiero lo mejor para ti. No debería estar sintiendo tu rabia por ayudarte —se defendió mientras levantaba levemente la cabeza, con sumo cuidado, para ver lo que ella hacía.

—¡No pienso casarme con nadie! ¿No lo entiendes? —La joven se preparó para lanzar el tercer plato a la cabeza de Lowell, pues al haberse levantado vio un blanco claro. Se preparó y el utensilio se alzó sobre la cabeza de Sarah dispuesto a ser lanzado. Su honor exigía compensación por haber sido besada públicamente—. Huye Jack, porque no pienso errar. Te he dado dos *platazos* de aviso, el tercero va sobre ti. ¡Sal! No quiero dejar huérfanos a tus hijos, pero tampoco renunciaré a una justa venganza.

La improvisada arma no llegó nunca a lanzarse por los aires. Alguien se la arrebató de las manos desde atrás.

—Por más que me gustaría verte agredirlo, no puedo consentirlo. Me da miedo que te puedas hacer daño. —Sarah se giró. Conocía bien esa voz. Se quedaron mirándose el uno al otro con fijación.

—¡Tírale a él un plato a la cabeza! —gruñó Jack desde detrás de la pareja—. Lo merece mucho más que yo.

—¿No te ibas, Lowell? —inquirió Denver. Jack salió de la casa refunfuñando.

Sarah alzó una mano. Denver se preparó para recibir una bofetada. Cerró los ojos por inercia esperando un buen golpe. Lo que llegó fue una caricia. Los dedos de Sarah Lee recorrían el surco de la cicatriz de su rostro.

Separó los párpados y la vio examinarlo con intensidad.

—Estás aquí… —susurró mientras sonreía.

—Lo estoy… —La mano de él también estaba bailando sobre su mejilla. Le quitaba las lágrimas que habían escapado de su ojo izquierdo.

—Pues es toda una suerte, porque creo que voy a desmayarme… —Todo se volvió oscuro. Las fuerzas la habían abandonado y su cuerpo no le respondió.

Denver estuvo rápido y la sostuvo antes de que diera con sus huesos en el suelo. Muchacha terca y dura. Menos de dos días en la cama y salió dispuesta a castigar a Jack por haberse atrevido a besarla. No necesitaba más pruebas. Todo lo que hacía un par de noches le había dicho la febril Sarah Lee, era verdad.

La llevó de regreso a su habitación. La desnudó poco a poco y la tumbó sobre la colcha. Miró la herida y optó por curársela.

—Sabía que no te irías de este mundo. Eres una luchadora. —La sintió sonreír—. Cuando quieras puedes abrir los ojos… Sé que estás despierta desde que te desabotoné el primer botón de la camisa.

—Estoy muy cansada. No quiero abrir los ojos. Además, tu forma de cuidarme no es apropiada. No puedes tocar los pechos de una mujer mientras la atiendes y está indefensa… —le recriminó, puesto que fue lo que él hizo cuando le quitó la camisa. Denver se detuvo y le acarició sugerentemente los senos. Fue una odisea no haber gemido de placer ante su suave caricia.

—Pero tú no estabas indefensa. Bien despierta, sí, y te ha gustado que te acariciase los pechos y pellizcase levemente tu terso pezón, porque he sentido cómo te estremecías a mi contacto.

—Sigue sin ser correcta la forma en la que me has atendido… —rebatió.

—Mi hijo se amamantará bien de ti. ¡Están grandes! Creo que podría tenerte pariendo a mis vástagos solo por ver esos preciosos pechos tan hinchados. ¿Vas a abrir los ojos de una vez, Sarah Lee?

—¿Vuelvo a ser Sarah Lee? —preguntó con los ojos bien cerrados.

—Siempre has sido Sarah Lee. Lo sabes.

—¿Lo sé? No, creo que eso no es cierto… —bufó ella.

—Me niego a hablar contigo mientras estés con los ojos cerrados.

—Si quieres que los abra, dame un camisón limpio.

—¿Tienes frío? —inquirió con preocupación.

—No. —Estaba ardiendo desde que él comenzó a tocar su cuerpo desnudo y seguía así de caliente.

—Entonces no te lo daré.

—¡No puedes tenerme desnuda! No es correcto.

—Vaya que sí puedo. Y ni te imaginas el placer que me da verte. Eres tan magnífica… Incluso esa cicatriz te hará peligrosa. Lástima que solo yo la vea en el futuro y nadie aprecie la herida de la guerrera Sarah Lee Foster.

—Dame el camisón o gritaré.

—Grita si quieres —la desafió. Ella se removió con enfado en la cama. Denver gimió al verla moverse de esa manera tan sugerente. Recibió un tirón directo en su entrepierna.

—Lo haré. Y tendrás que dar muchas explicaciones —lo amenazó para tratar de que él no estuviera tan complacido con la situación.

—¿A quién?

—A todos.

—Grita. No me importa que se presenten aquí. Por lo que a mí se refiere, solo daré explicaciones ante quien yo considere que debo hacerlo. Además… estás loca si crees que dejaría que alguien te contemplase así como estás. Tu visión es solo mía cuando estés en la cama… desnuda.

—¿Ante Dios? ¿A quién debe rendir cuentas el salvaje Denver Harris? —preguntó burlona obviando el resto de la aseveración del ranger.

—Ante la madre de mis hijos. Porque no me pienso conformar con uno solo.

—¿Hijos? Es curioso… Estoy embarazada, pero es mi hijo… —alegó para luego fruncir los labios con enfado por su arrogancia.

—¿Vas a jugar a hacerte la orgullosa durante mucho tiempo? Lo digo porque con los ojos cerrados y desnuda sobre la cama… No sé cuánto podré resistirme. Convaleciente como estás y sigues siendo lo más bonito que he visto. Ni te imaginas lo que me está costando mantenerme caballeroso y no saltar sobre ti para…

Sarah despegó los párpados.

—¡Dame un camisón!— le ordenó autoritaria, cortando su explicación. Él no se movió de su lado. Estaba de pie porque en esa posición podía admirar mejor toda la vista.

—Me gustabas cuando estabas con fiebre. Admito que estuve muerto de preocupación por ti, pero eras más amable y menos arpía. Incluso me dijiste que Jack te besó.

Ella gimió con enfado. Luego enfocó los ojos sobre Denver Harris. Lo vio con una sonrisa jocosa dibujada en su rostro. ¡Maldito fuese por verse tan apuesto y sereno! Su pelo estaba más largo y necesitaba un buen afeitado, pero era tan perfecto… Se tragó un suspiro lleno de anhelo porque no le daría ese gusto a Denver Harris.

—Tú estabas allí. Ahora que sé que no eras una fantasía, recuerdo que viniste a sujetarme cuando me dispararon. ¿Quién me quiere muerta? —Trató de desviar la conversación.

—En sueños dijiste que lo primero que haríamos sería hacer el amor… ¿Lo recuerdas? —Quería ponerla incómoda. Lo consiguió porque ella volvió a gemir con desesperación y vergüenza. Cuando Sarah Lee se dio cuenta de su error, carraspeó y lo miró con seriedad.

—No lo recuerdo. Y dudo mucho que eso lo dijese yo —mintió.

Lo vio sonreír de lado. Era evidente que él sabía que era una embustera.

—¿Por qué? ¿Ya no quieres casarte conmigo? —preguntó con humor.

—No —refutó ella mientras apartaba la mirada de él.

Denver se sentó en la cama y le acarició la mejilla.

—¿Vas a negar que te mueres por mi toque, Sarah Lee? Hace poco confesaste todo lo contrario. Tus palabras pueden negar la verdad, pero tu cuerpo no miente. Sé que eres mía, Sarah Lee… —susurró cerca de su oreja con perversión. Ella trató de apartarse, pero él la retuvo cerca.

—No pienso acostarme contigo hasta que un hombre de Dios autorice la unión —susurró.

—Me parece bien, pero no es indispensable que sea rápido… Tú ya estás embarazada de mi hijo. El pecado fue cometido y creo que podemos seguir cometiendo más… pecados.

—Me dejaste sola —recriminó en un hilo de voz. Las caricias de él en su pelo, en la mejilla, parecían adormilarla.

—Tuve una buena razón para marcharme.

—Jack Lowell no era una buena razón —contraatacó en un tono de voz más firme.

—No, pero los hombres que te han disparado sí. Debes creerme, si pudiera hacer las cosas diferentes las haría.

—¿Quiénes son? ¿Quién nos persigue? —La ranchera era inteligente y en su puzle algunas piezas ya estaban siendo ordenadas.

—Tú ya los conoces. Son los tres de los que me salvaste cuando me recogiste de la zanja del camino. Se han enterado de que estoy vivo, de que te amo, de que tendrás a mi hijo y quieren venganza. Pero no lo consentiré, jamás alguien podrá hacerte daño mientras me quede un resquicio de vida.

—¿Qué les he hecho yo para que quieran mi muerte? —preguntó tratando de olvidar las bonitas palabras que Denver susurraba en su oreja y la hacían querer gemir y suspirar.

—Amarme —alegó en un tono tan sutil y cargado de…

Ella carraspeó tratando de deshacerse del embrujo de sus caricias y susurros.

—Estás muy seguro de tus palabras, ranger —adujo con la boca pequeña.

—Lo estoy —expuso de modo casual como si fuese una verdad irrefutable—. ¿Sabes que ahora te llaman *mi herida*? Me lo dicen a todas horas: «oye Harris, ve a atender a *tu herida*. Denver, *tu herida* te espera. Ranger, no te sobrepases con *tu herida,* está herida...» ¡Como si no lo supiese!

Ambos se rieron. Se quedaron un momento mirándose a los ojos con pasión. Con amor. Con devoción. Nunca una mirada dijo tanto sin palabras. La tejana no pudo emitir un suspiro profundo. Llevó una mano a la áspera mejilla de Denver, incapaz ya de seguir manteniéndose rígida y severa.

—Necesitas cortarte el pelo y un buen afeitado.

—Me encantará que lo hagas cuando te sientas con fuerzas y no ardas en deseos de cortarme el cuello con la navaja de tu padre.

Ella se sonrió ante sus palabras.

—¿Qué vamos a hacer, Denver Harris? Tenemos muchos problemas sobre nuestras cabezas.

—Casarnos es lo más apremiante. Hay mucho que arreglar y hablar, pero sé que debemos estar juntos.

—Eso ya lo suponía… Digo con la gente que me disparó. —Lo amaba. Veía su amor por ella reflejado en su mirada. Estaba aquí con ella. Su hijo tendría un padre. Sarah viviría feliz con el amor de su vida. Todo al fin tenía sentido. Denver Harris era el que estaba destinado a ella. Lo veía ahora tan claro que, si pudiese regresar atrás en el tiempo, le declararía su lealtad incondicional a aquel niño que le cortó el pelo por no hacerle caso.

—¿Me amas, Sarah Lee? —Denver necesitaba oírselo decir de modo claro.

—No vuelvas a dejarme sola. No te atrevas a marcharte.

—Tienes mi juramento inquebrantable de que no lo volveré a hacer. Soy consciente de que te he fallado, déjame arreglar las cosas, por favor, Sarah Lee —dijo en un hilo cargado de súplica.

—Me tienes, Denver Harris.

—Entonces dímelo, quiero oírlo de tus labios.

—Te amo como pensé que jamás sería posible. Solo estás tú. Nadie más ocupa mi corazón o pensamiento.

Se pegó a sus labios para susurrar sobre esa dulzura:

—Entonces moriré por ti si me lo pides, porque tienes mi palabra de que no te fallaré. Te amo, Sarah Lee Foster.

La besó con ternura y devoción para expresar la verdad de su corazón. Todo lo que era, lo que sentía… Necesitaba que ella lo sintiera con ese beso.

Cuando terminó la caricia se separó para verla. Ella sonreía complacida.

—Estaremos bien. Los tres seremos una familia. —La joven llevó su mano a su vientre y él apoyó la suya sobre la femenina—. Dime cuál es la situación sobre lo que sucede con los tipos que nos persiguen. —Denver cabeceó afirmativamente.

—Antes hay que atender un asunto urgente.

—¿Cuál?

—Lowell irá al pueblo para traer al pastor que oficiará una breve y corta boda. Tú serás mi esposa hoy. —Incluso con peticiones razonables era un tirano.

—¿Ha de ir Lowell? ¿Debe ser Jack Lowell? —preguntó con una ceja alzada. Era demasiado humillante hacerle eso al amigo que solo pretendió ayudarla. Vio a Denver sonreír con alegría. Las manos de ellos permanecían sobre el vientre de Sarah Lee.

—Precisamente… Te besó —alegó como si eso lo resumiese todo.

—Me besó porque estaba convencido de que no regresarías. —Se vio en la obligación de puntualizar.

—Mi confiada Sarah Lee, no hay nada ni nadie que me impida regresar siempre a ti. Evitaba traer a los Dalthon hasta ti. No negaré que estaba furioso, pero en tus sueños hablas mucho y me quedó claro que me amas y que no te casaste conmigo porque estuvieses esperando al hombre que traerá al pastor para que nos case. Querías terminar tus… creo que los llamaste deberes. Sí, querías terminar tus deberes para que estuviésemos juntos. Lo siento. Soy un hombre muy celoso… —Se quedó un momento muy pensativo—. Bueno, en verdad no lo soy. Únicamente me celo por tu causa, por el maldito Lowell. No es fácil olvidar que siempre tuviste ojos solo para él.

—Evidentemente, mis ojos se desviaron de Lowell en algún punto. —Ella colocó su segunda mano para presionar la que él mantenía sobre su vientre para ver si él entendía lo que pretendía decir.

—Y doy gracias a Dios por ello. Creo que es un buen momento para que entiendas la clase de hombre que soy, porque creo que te has hecho ya una buena idea… Sin embargo, necesito que comprendas que cuando se trata de ti todo vale. Soy terco, soy duro, no conozco lo que es tener un hogar…

—¿Qué quieres decir, sobre que cuando se trata de mí todo vale? —frunció el ceño al emitir la cuestión.

—Sarah Lee, soy un hombre complejo. Me consideran violento, temerario… Ah, sí, en algunos círculos me llaman Colt El Rápido… Tengo una fama horrible.

—¿Eres Colt El Rápido? —inquirió con la boca abierta.

—Sí.

—¡Cómo debiste burlarte de mí aquel día! —apuntó, mientras recordaba la conversación pasada en la que ella misma evocó ese nombre y dijo que el indio tal vez fuese mejor que él.

—No lo hice. Tenía miedo de que si averiguases… Si conocías mi… Temía que me echases a un lado. Me callé muchas cosas… No quería decepcionarte, no cuando el perfecto Lowell… —dijo un poco avergonzado.

—Te amo demasiado para hacer algo como eso, Denver Harris.

—Entonces debes saber lo que hubiese ocurrido, Sarah Lee. Me marché y pensaba volver. En verdad no esperaba haber puesto mi hijo tan pronto aquí. —Se colocó para tener la cabeza sobre su vientre. Sarah aprovechó el gesto para acariciar su cabello distraídamente—. Yo iba a regresar a por ti. Me daba igual si te casabas con cualquier otro, aunque tenía la esperanza de que no lo hicieras. No importaba demasiado porque soy un bastardo con suerte, un canalla que te hubiese robado sin pestañear. Eres mía. Desde que entré en ti, tú te convertiste en mía, poco importaba que Dios no hubiese certificado la unión. Nadie le roba a Denver Harris… menos le quita a su mujer.

—Abrázame. Ven, abrázame. —Ella comenzó a lagrimear al tiempo que lo ayudaba a colocarse a un lado para sostenerla acostado entre sus brazos.

Él la abrazó con sumo cuidado, de modo protector, posesivo, tierno.

—¿Por qué lloras? No quiero que estés triste, mi valiente Sarah Lee.

—Porque estuve sola y te eché de menos. Creí que no volverías, pero estás. Lloro porque no sabía si debía casarme con otro hombre para proteger a mi hijo de la infancia que tú mismo tuviste. Denver… Si me hubiese casado con Jack… ¿Qué hubiese pasado? Oh, Dios, mío. De verdad que no quería hacerlo. Estaba convencida de que no lo haría, pero mi hijo… Debía pensar en el niño. En su protección, en darle un apellido… No quería que fuera infeliz como tú lo habías sido… Lo siento tanto, Denver, si pudiera remediar el dolor que te causaron, si pudiera volver a la escuela… te prometo que te vería. Porque siempre has sido tú el hombre destinado para mí.

—Mi pequeña guerrera salvaje… Me hubiese gustado mucho que desde pequeños fuésemos inseparables. No era el momento. Ahora sí. Estaremos bien. Pero creo que sigues sin comprender que no miento cuando te digo que hubiera vuelto a por ti. Casada o no con otro, eras mía.

—¡Oh, Denver…! Es emocionante la seguridad de tus palabras, pero ambos sabemos que no lo hubieses podido hacer. —En ese momento él se separó de ella. La miró con fijación unos instantes y luego alzó una ceja—. Dios santo… Sí lo habrías hecho... —Era duro, era fuerte, perverso y veía en su mirada que hubiese hecho cualquier cosa para tenerla. Suspiró.

—¿Sigues queriendo estar conmigo? Es lo que soy Sarah Lee, soy así. Eres mi amor, mi obsesión, la única cosa por la que estoy dispuesto a luchar y morir. No te endulzaré lo que tendrás a mi lado, pero te prometo que, salvo la muerte, nada me separará de ti.

—¿Habría alguna diferencia, Denver Harris? No creo que pueda escapar de ti… una suerte que no desee hacerlo. —Ella se sonrió con lo expuesto.

—Supongo que no hay diferencia, porque vas a ser mía de todos modos. Pero estaría

bien saber qué opinas al respecto.

—Eres un tirano.

—Lo soy. No será fácil vivir a mi lado, solo mi madre se preocupó por mí. Pero sí te juro que estas manos son solo para adorarte y estar a tu servicio. Uno no violenta lo que ama. Te colmaré con todo mi amor. Y te prometo que nunca te usaré con rudeza para mi placer. Si hay algo sobre lo que debo pedirte disculpas es por nuestra última noche juntos. Prometo que trataré de contenerme cuando discutamos.

—No lo haremos si te repliegas a mis deseos —dijo ella con picardía.

—Entiendo que te lo han dado todo, Sarah Lee. Eres fuerte y decidida, pero seremos un equipo, debes comprender, tal y como yo lo haré, que seremos una familia y las decisiones las tomaremos juntos. Seré tu marido, tendrás mi amor, mi devoción, pero no estoy dispuesto a rendirme a tus caprichos cuando no los considere justos.

—No me tuve a mí misma, jamás, por una mujer caprichosa. —Ella hizo un puchero y Denver se sonrió.

—Lo eres, Sarah Lee, pero no por eso te amo menos.

Le sonrió por la declaración ofrecida.

—¿Crees que de verdad estaremos bien? —Necesitaba oírselo decir.

—Pienso que, si hablamos con honestidad sobre los problemas, podemos tener un gran matrimonio.

—Solo quiero puntualizar una cosa… Pero tengo miedo de que pienses que soy… —Ella agachó la mirada. Estaba ante él desnuda, no era todavía su esposo y lo que iba a confesar le daba mucha más vergüenza que lo inapropiada que era la situación.

—Hablar con sinceridad será también indispensable que ambos los hagamos. —Le

levantó el rostro con el dedo índice para que lo mirase de nuevo a los ojos.

—Está bien. Me gustó… Me gustó mucho…

—Deberás ser más precisa, mi valiente Sarah Lee.

—Lo disfruté. Me gustó que fueses duro, rápido y exigente… ¿Está bien si lo disfruté?

Se quedó perplejo ante lo dicho. Lo comprendió de pronto.

—Un hombre no debe tratar así a su mujer…

—¿Ni aunque ella lo animase a hacerlo? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

Él silbó ante lo que ella acababa de confesar.

—Creo que, pensándolo mejor, tengo la intención de cumplir todos tus deseos, Sarah Lee. Solo, no me vuelvas a decir algo así ahora, u olvidaré que estás herida… Aunque Águila Negra y los demás no me dejan olvidarlo… —A cada rato le decían que era *su herida*—, y también podría obviar que estás cocinando a mi bebé dentro de ti, porque la cosa podría ponerse dura… que ya está porque estoy más que listo para hundirme en ti, pero no te tomaré rápido y exigente, porque con una sola embestida me derramaría en tus entrañas. Siempre te daré lo mejor de mí y no aceptaré menos de ti.

—Te deseo.

—Lo sé —dijo satisfecho de sí mismo.

—Eres un hombre arrogante.

—Lo soy, pero he dicho que lo sé, porque yo ardo por ti.

—¿Y si fueses gentil? —preguntó con esperanza.

—No pienso arriesgarme. Además, has dicho que no me permitirías tocarte hasta que te casases conmigo.

—Te deseo mucho —confesó sintiendo que su zona íntima estaba empapada.

—Dios santo, Sarah Lee, harías pecar a cualquier hombre…

Entonces se oyeron unas voces desde fuera de la casa. Denver salió de la cama, agradecido por la interrupción porque esa mujer era peligrosísima, se acercó a la ventana.

—¿Qué sucede? —inquirió Sarah con curiosidad.

—Justo a tiempo. Si te encuentras con fuerzas te ayudaré a vestirte y te bajaré al salón para que el pastor pueda casarnos.

—¿Está aquí el señor Aledo?

—Sí. Lowell ha ido a buscarlo —alegó con una sonrisa en los labios. Se veía complacido.

—¿Siempre te sales con la tuya? —Enviar a Jack fue una bajeza.

—Me dijo que él mismo iría a buscar al hombre de Dios en cuanto despertases. Supongo que los dos queríamos lo mismo, pero el motivo era muy diferente. —Jack Lowell tuvo a la mujer que amó en su momento, esta vez le tocaba a Denver saber lo que era la dicha de la felicidad. Lamentaba la pérdida de la esposa del vaquero, pero Sarah Lee selló su destino cuando le salvó la vida meses atrás.

—Tú querías humillarlo —le recriminó con los ojos fruncidos.

—No tiene por qué saberlo. Déjalo que siga pensando que fue idea suya… —Denver le guiñó un ojo—. Vamos a vestirte, hay una boda a la que acudir.

—No puedo creer que al fin me vaya a casar… —dijo más para sí misma que para

Denver.

—Sí, bueno. En tu interior siempre supiste que yo era el indicado, solo que el maldito Jack Lowell, con su rostro angelical y sus rizos de oro, deslumbraba demasiado para que me vieses —dijo enfurruñado mientras se acercaba a ella.

—No tengas celos nunca más de nadie. Pero… Yo quiero mucho a Jack.

—Soy consciente de ello. —Tenían una relación muy fuerte fruto de los años de amistad.

—Pero no lo amo del mismo modo que a ti —puntualizó enseguida para no molestarlo.

—Me ha costado un poco más de la cuenta fijarme en ese detalle, lo admito. —No mentía en su aseveración.

—No quiero que me obligues a elegir entre tú y él… porque lo echaría terriblemente de menos.

Eso le valió a Harris para que su pecho se hinchara rebosante de orgullo.

—Creo que es consciente de su derrota. Con eso me vale. —De su niñez lo que más recordaba fue la rivalidad con Lowell por lograr la atención de Sarah Lee.

—No era una competición —regañó maternal.

—Yo lo sentí así toda mi vida.

—Bueno, ahora no lo es.

—Está bien. Si él no te toca, creo que podré convivir con tu amigo. —Esperaba poder cumplirlo.

—Se marcha a Austin un tiempo.

—Por eso podré convivir con él lejos de aquí. —Y le enseñó toda su gran y brillante sonrisa.

—¡Eres terrible!

—Y me amas. No lo olvides, es un detalle importante —le recordó.

Denver se acercó y le dio un ligero beso en los labios. Cuando se retiró, ella le siguió detrás porque esperaba mucho más de lo recibido.

—¿Solo eso? —Estaban en una habitación, con una cama, la había mantenido desnuda para su propio placer, con el fin de observarla cuanto quisiera, y… ¿únicamente iba a recibir un beso?

—Cuando estés mejor habrá más. Vamos a vestirte. Según nuestra poca suerte en tema de matrimonios, temo que los Dalthon elijan este preciso momento para venir a hacernos una molesta visita.

Denver se convirtió en una improvisada doncella y la vistió con el traje que a él más le gustó. Sarah Lee Foster disfrutó por completo de sus atenciones, solo esperaba que las lazadas de su vestido quedasen bien anudadas, porque él no era competente ayudando a vestir a una mujer. Ese hecho le hizo sonreír, pues fue evidente que tampoco tenía práctica desvistiendo a las damas como ella imaginó que él tendría… al menos así lo esperaba.

—¿Te ha gustado vestirme? —preguntó ella con picardía.

—Arrancarte la ropa o subir tu falda es más divertido —respondió en tono seductor.

—Te sigo necesitando dentro de mí… —dijo con un brillo especial en la mirada. Había descubierto que a él no le importaba si era audaz, así que cuando estuvieran solos le haría saber siempre lo que su cuerpo demandaba.

—Y me tendrás, pero ahora nos esperan. —La miró con intensidad—. Estás preciosa, futura señora Harris.

—Será extraño… —dijo al tiempo que exclamaba un sonoro suspiro. Él se preocupó ante el cambio de actitud.

—¿Ser mi esposa?

—No. Dejar de ser la señorita Foster. Me enorgullece ser tu mujer, pero siento que el legado de mi padre… —Todo hubiese sido diferente si fuese un hombre.

—Lo sé. Haremos cosas buenas, te lo prometo. Tu padre estará orgulloso de nosotros y de nuestros hijos.

—Entonces, será mejor que nos casemos… de inmediato.

La pareja bajó, y finalmente, Sarah Lee Foster se unió con el hombre al que amaba, rodeada de otros a los que también quería. La señora Rolser lloró, su esposo se emocionó.

El pastor Aledo bendijo la unión después de haber estado condenando los pecados de la carne y la anticipación... durante un buen rato. Por supuesto, las mejillas de la preciosa novia se encendieron, no así el novio, quien sacó pecho enorgullecido por haber logrado atrapar a la mujer de sus sueños. Si tuviera que volver a hacerlo, el señor Harris obraría de un modo muy parecido. Tal vez obviaría algunas cosas que no fueron correctas, pero nada que tuviera que ver con el placer sería borrado del pasado. Nada.

Tras la ceremonia, se sirvió un almuerzo un poco más elaborado, con pastel de carne y papas. De postre hubo una tarta de manzana. La tensión entre los hombres desapareció en cuanto la feliz pareja fue bendecida como esposo y esposa. La recién estrenada señora Harris tuvo miedo de que Andrews, Lowell, Águila Negra o el señor Rolser hubieran estado esperándolos con las armas en las manos cuando bajaron, más que nada por si el motivo fuese que Denver tratase de huir. Pero no fue así. Todo fue precioso, sencillo y tranquilo. Especialmente sosegado y distendido, y ella lo agradeció muchísimo.

Sarah Lee no pudo probarla. La tarta de manzana. Se disponía a dar la primera cucharada, cuando su esposo se levantó de la silla, la miró y dijo:

—Mi esposa debe descansar, la llevaré arriba. —Sin esperar respuesta, la cargó en sus poderosos brazos, haciendo que la señora Harris lanzase un gritito de sorpresa y tuviera que soltar a toda prisa la cuchara, y se encaminó hacia la escalera.

El resto de los hombres rieron ante la impaciencia de Denver.

—Estaba tomando mi pastel de manzana, esposo —lo regañó mientras sonreía.

—Creí que era mejor cubrir la necesidad que tenías de mí. Antes de casarnos creí entender que me necesitas… mucho, dentro de ti. ¿Me equivoco? —Habló todo el tiempo en tono bajo, seductor y ronco. En honor a la verdad no pudo esperar más. Si por él fuese, la hubiera secuestrado en cuanto la ceremonia terminó y ambos se habrían encerrado en la habitación para besarse, acariciarse y lo que ella, en su estado convaleciente, pudiese soportar que él le hiciera. Fue todo un milagro, haber aguardado tanto. Deberían erguirle un monumento, porque solo de pensar en que la iba a besar, lamer y tocar…, y que además tenía ya potestad legítima para hacerlo, pues la crudeza lo poseyó y no cedió. Estaba duro como una piedra y era imprescindible tener alivio.

—¡Harris, ella no está todavía curada! Trátala con delicadeza —gritó Andrews desde el salón mientras se reía.

—¡Jeremy! No está bien que hables así de la señorita Foster —lo regañó Jack.

—¡Sarah Lee es la señora Harris! —le recordó Denver, sin dejar de andar con Sarah en sus brazos, a Lowell.

—Me importa poco que sea tuya, ranger, si le haces daño del modo que sea, no podrás huir de mí —sentenció Águila Negra, al tiempo que engullía su último trozo de pastel.

Se puso de pie y se dispuso a salir de la casa.

—¿A dónde vas? —le inquirió Jeremy al mestizo.

—No pienso quedarme aquí abajo mientras sé lo que sucede arriba. Está casada, pero siempre será la pequeña Sarah Lee —informó el indio al resto.

Rápidamente todos se disculparon y se dispusieron a salir de la casa para darles mayor privacidad. Algunos regresaron a su trabajo, otros, como los señores Rolser, optaron por dar un agradable paseo cerca del río.

Denver, que había oído la observación de Águila Negra estalló en carcajadas sinceras.

—¿Qué es tan gracioso?

—Que si supiera lo que te hice en el hotel antes de marcharme, creo que te hubiese arrancado de mis brazos por temor a que te lastime. —Aquello fue un encuentro trepidante que disfrutó muchísimo.

—¿Me harás daño? —Le había dicho que le gustaba rudo, pero hoy no deseaba eso. Quería que ambos se tomasen su tiempo para volver a reconocerse. Además, cuando la mujer del *saloon* le dejó a cambio de dinero ese indecoroso vestido y Sarah le confesó que era porque amaba a un hombre tozudo, la bailarina le dijo lo que debía hacer para evitar que su amante se fuese con otra dama. Sarah pensaba poner en práctica aquella escandalosa recomendación y esperaba sorprenderlo… muuuucho.

—No. Aunque…

—¿Qué? —preguntó ansiosa al verlo sonreír de lado.

—Podrías morir de placer…

—¡Denver Harris! —exclamó irritada, luego recompuso una sonrisa picarona y añadió—: Eso es exactamente lo que me gustaría que sucediera hoy.

—Ocurrirá hoy y siempre, señora Harris. Es mi promesa íntima para ti.

Llegaron a la habitación. La dejó en el suelo y comenzó a desvestirla con tranquilidad.

—Me gusta que me cuides así… —susurró ella en su oído con el evidente propósito de ponerlo nervioso.

—No vamos a hacer nada, Sarah Lee. Estás cansada, debes recuperarte por ti y para que mi hijo crezca fuerte.

—¡Pero si me has dicho que me necesitabas! —se quejó con un mohín.

—No mentía. Aun así, quiero que descanses.

—Has dejado claras tus intenciones abajo. Todos se han dado cuenta de lo que te proponías. Yo tengo expectativas y me niego a que no sean cumplidas, más cuando me has avergonzado ante mis amigos —expuso con mucha tranquilidad y sin perder los nervios.

—Querida mía, si he dejado claro, como dices, lo que iba a suceder, es porque tengo miedo de que se enteren de que no he consumado mi matrimonio y tengan la tentación de usarlo en mi contra.

—Ninguno de ellos haría algo así. —Denver levantó una ceja—. No lo harían a menos que yo dijese algo en tu contra.

—De todos modos, prefiero que crean que todo está en orden.

Ella bajó la mirada de forma atrevida hasta su entrepierna. Cuando la había desnudado, lo sintió muy preparado.

—Creo que no todo está en orden, señor Harris. —Su mirada estaba clavada ahí.

—Podré soportarlo. Toma tu camisón. —Le pasó la prenda—. Póntelo y métete en la cama. Si quieres te leeré ese libro de ahí. —Cabeceó hasta la mesilla cerca de la cama, donde había un ejemplar.

—No —se negó Sarah mientras tiraba el camisón a un lado. Comenzó a mover las caderas provocadoramente, se sentó en la cama y lo miró.

—Sarah Lee… No estás bien para lo que planeas.

—No es decisión tuya. Yo conozco mi cuerpo. Soy una mujer fuerte y sana. La verdad es que siempre me he recuperado rápido de algún que otro accidente y pocas veces he enfermado. La herida está cicatrizando muy bien y quiero sellar la paz contigo de un modo que nos satisfaga a los dos.

—No.

—Sí.

—No. —Denver no iba a claudicar.

—Sí. —Sarah Lee tenía la inquebrantable misión de que cumpliera sus deseos.

—Por mucho que discutas, se necesitan dos para usar la cama. No pienso hacerlo.

Sarah Lee recordó las palabras de la atrevida mujer del *saloon*. Era momento de demostrar que era una tejana fuera de lo común y que había aprendido un par de cosas desde su marcha. Como por ejemplo a saciar su lujuria ella misma sin necesidad de ayuda.

—Está bien. Me tumbaré en la cama.

Denver la vio recostarse sobre el lecho sin apartar la mirada de él. La observó llevar la mano izquierda sobre su pecho derecho. La otra mano bajó en busca de… ¡Dios santo!, la apoyó sobre su sexo sin vergüenza… Ella estaba abierta de piernas, con las rodillas mirando al techo y él tenía una vista perfecta de… de… de… ¡todo!

—No te atrevas… —dijo casi sin aliento. Los dedos de Sarah Lee ya estaban jugando con su trozo de carne sensible. La veía rodar sobre su perla con caricias muy certeras. Y ella estaba tan húmeda que resplandecía. La observaba con claridad desde su posición… pues Denver

estaba, sin aliento, de pie, frente a la cama. Cuando la oyó comenzar a gemir tuvo que agarrarse al mueble más próximo. Eso había sido una silla. Las manos las tenía tan apretadas sobre el respaldo que sus dedos estaban blancos. Dolían como la muerte y no era lo único que dolía así.

—Me he casado, mi marido me ha llevado al lecho, aunque no se quiera unir a mí, pienso tener mi momento de placer… Y será… con… o… sin ti… —aludió descarada y falta de pudor.

—Maldita sea, Sarah Lee… —gimió con desespero. La observó cerrar los ojos. Su respiración era rápida. Sus mejillas estaban encendidas. La espalda se arqueaba levemente con cada caricia. Era evidente que estaba disfrutando de lo que él debería estar haciéndole…

—Descubrí el poder de mi mano, aquella noche, cuando me tumbaste en la cama y para tomarme desde atrás, me dijiste que llevase mi mano para acariciarme, para poder alcanzar lo que mi cuerpo necesitaba… Fue después de que me arrinconases contra la pared… ¿lo recuerdas, Denver? Levantaste mi falda y te metiste en mi interior con desesperación… Sabes de lo que hablo, ¿verdad?

—Por Dios, Sarah Lee… no me hagas esto. —Denver soltó el respaldo de la silla y se había desabrochado los pantalones para aliviar la presión que su miembro tenía contra los tejanos. No supo bien cuándo fue, pero su mano sostenía su falo y lo agitaba prácticamente al mismo ritmo que ella movía sus finos y elegantes dedos sobre su perla.

—Todavía no he metido ningún dedo dentro de mí… No me he atrevido, solo he osado tocarme imaginando que eras tú quien lo hacía, pero hoy me siento muy pecadora —señaló al tiempo que lo miraba a los ojos y se mordía el labio inferior.

Denver Harris estaba ido. No podía creer que esa tentadora mujer estuviera haciéndole perder la cordura de ese modo. Ardía solo con verla darse placer. Era maravilloso. Una tortura tan deliciosa que se obligó a bajar el ritmo de las sacudidas de su erección.

—Te aseguro que esta tentación la pagarás con creces en cuanto estés bien. Haré contigo lo que me plazca y te juro que lo disfrutarás y pedirás más.

—Dime, mi amor… Dime qué me harás.

—No lo sé aún, pero te castigaré.

—¿Me harás lamerte como tú haces conmigo… aquí? —Ella se apretó el sexo con toda la palma de la mano para dejar en evidencia el sitio exacto al que se refería—. Me gustaría acariciarte para ver si puedo volverte loco como tú haces conmigo cuando tu lengua me lame para darme placer.

—¿Cómo sabes que eso se puede hacer? —La veía demasiado ducha en cuestiones íntimas.

—No es muy difícil de adivinar. Si tú puedes lamerme en todas partes, yo debería poder hacer lo mismo. ¿Me equivoco?

—Creo que no es así del todo. ¿Quién te ha enseñado ciertas cosas, Sarah Lee? —preguntó en tono censurador.

Ella se sonrió.

—Ningún hombre.

—Pero alguien te ha hablado de cosas entre hombres y mujeres.

—La mujer que me dejó el vestido dijo que yo podía tentarte del mismo modo que tú a mí.

—¿Qué más te dijo? —inquirió con curiosidad.

—Si quieres saberlo, vas a tener que acercarte.

—No estás en condiciones de que me acerque. No quiero hacerte daño.

—No lo harás. Ven. Quiero demostrarte lo que puedo hacerte. Ven, esposo mío. —Él maldijo por lo bajo. Debía ir con cuidado con su esposa o lo tendría babeando a todas horas.

—La serpiente de Eva a tu lado, creo que palidece. Iré porque tengo mucha sed… —Denver se quitó rápido la ropa y llegó hasta ella. Se colocó a su lado y la besó en los labios.

—Me ha costado más de lo que creí que vinieses.

—Pienso que es todo lo contrario. —Se colocó entre sus piernas y bebió. Su sabor no había salido nunca de su mente. Era tan delicada y dulce ahí abajo, que, definitivamente, la colmaría de las caricias de su lengua cada vez que sintiera hambre o sed.

Sarah Lee saltó con el primer contacto. Lo había echado tanto de menos…

—No vuelvas a marcharte, Denver. Sin ti moriré. —Le confesó entre gemidos muy profundos. La verdad era que su lengua se percibía como una auténtica maravilla. Y sus dedos… ¡Oh, bendito Dios!, cuando el primero entró se dio cuenta de que él lo hacía mucho mejor que ella. En el momento en el que el segundo se abrió camino se sintió llena. La boca cubría parte de sus pliegues, sus dos dedos se movían inmisericordes… Y deseaba gritar la liberación que sentiría a manos de su marido. Así fue, como en una vorágine de emoción, paz, amor, ternura y necesidad, Sarah Lee se abandonó a las caricias que Denver Harris, su esposo, le propinaba, con un gemido largo que evidenció el buen trabajo que el ranger había acometido.

—Sigues siendo deliciosa, Sarah Lee —dijo mientras se relamía los labios.

—Y tú eres el mejor esposo y amante que una mujer podría desear.

Se rio, pero no por la frase en sí, más bien fue el tono de tremenda satisfacción que ella trasmitió lo que le hizo reírse con sinceridad.

—Pocas mujeres estarían de acuerdo con esa afirmación.

—Todas, unas necias. Su necedad es mi recompensa.

—Me das mucho crédito.

—Y tú muy poco. Eres el hombre perfecto, Denver Harris. Me ha llevado más años de los que debí, pero al final te he descubierto y no pienso dejar que te vayas a ninguna parte sin mí. Alguna otra mujer podría querer robarte.

Se volvió a reír. Eran las palabras de una mujer plenamente saciada que reconocía su valía.

—Te adoro, Sarah Lee. No te imaginas cuánto te amo. Espero poder hacer que lo sientas durante el resto de nuestros días. Pues, ahora que nos hemos encontrado, estarás conmigo en esta vida, en la muerte, en el cielo, el infierno o donde quiera Dios que nos vayamos, pero nunca te dejaré ir.

Ella lo miró con una brillante sonrisa. Le estaba haciendo ver que su declaración era perfecta. Tanto como él.

—Ven, quiero lamerte yo a ti.

—No. No estás bien. Has tenido tu satisfacción, es momento de descansar.

—No. Voy a ser inflexible en esto. Quiero darte un regalo especial por nuestro matrimonio y no debes despreciarlo.

—Sarah Lee… por favor. No hace falta que hagas nada.

—Ven… —dijo seductora—. Mi boca aguarda por ti. Mis dedos quieren rozarte por primera vez. Anhelo conocer tu tacto. Deseo poder servirte de todos los modos en los que tú te servirás de mí.

—Dios santo, mujer… Ciertamente sabes cómo tentar a un hombre. —Estaba loco de necesidad y era imposible resistirse a la promesa que ella le ofrecía—. Jura que no te esforzarás y que si te sientes incómoda me lo harás saber. Si te ocurre algo por mi cul…

—No sucederá nada —lo cortó—. No hagas esperar más a tu amante esposa, Denver —lo regañó con coquetería.

Se colocó de lado, arrodillado sobre el lecho. El rostro de ella estaba perfectamente alineado para que él pudiese…

Cuando sacó la lengua y tentativamente lo lamió en su punta… Tuvo que hacer un sobresfuerzo humano para no inundarla con su simiente.

Sarah había observado una gota perlada en su zona masculina y tuvo curiosidad por conocer su sabor. Su mano derecha lo empuñó, tal y como lo había visto, momentos antes, hacer a él. Así que comenzó a subir y bajar imitándolo.

Lo escuchó gemir. Lo miró porque sonó muy dolido, y al verlo con la cabeza reclinada hacia atrás, los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos, adivinó que lo estaba haciendo bien. Envalentonada por su reacción, llevó su miembro más adentro de su boca.

—Moriré de placer, Sarah Lee, si sigues con esto.

—Muere por mí, Denver.

—Lo haré solo si tú me acompañas. —Dicho lo cual, la mano de él llegó hasta el sexo de ella para comenzar a jugar, una vez más, con esa pequeña protuberancia tan satisfactoria para ambos.

No le costó mucho volver a encenderla, por lo que Sarah comenzó a tragar con mayor ansiedad, su mano se movía con violencia sobre la virilidad de su esposo.

Se separó de él un momento para poder cantar su liberación. Un gemido sordo resonó en la habitación. Justo cuando pasó ese placer intenso, regresó su boca a él dispuesta a hacerlo perder la cabeza.

—Mi amor… debes apartarte… Sarah Lee, apártate… Ahoraaaaaa —le ordenó, sabiendo que su esencia iba a salir de forma arrolladora. Pero su esposa no quiso seguir sus

órdenes. La señora Harris no pudo soltarlo, porque estaba maravillada viendo cómo era capaz de volverlo tan loco como él hacía con ella. Sintió que su garganta se llenaba de un líquido de un gusto nuevo que no podía asociar con nada, pero no era desagradable, sino diferente. Instintivamente tragó lo que él fabricó.

—¿Lo he hecho bien? —quiso averiguar ella.

Denver bajó la vista. Ella todavía sostenía su virilidad con la mano y su boca quedaba a un lado. Si no se apartaba pronto de ahí, volvería a estar más que preparado en una fracción de segundo.

—Te he dicho que te apartases. —Estaba mortificado por lo que le acababa de hacer su esposa…

—¿Por qué debía hacerlo, si tú no lo haces cuando yo… culmino mi éxtasis? —La frase le sonó bastante decente para referirse al hecho de que él la lamía y nunca se apartaba cuando ella se dejaba ir.

—Porque yo deseo tenerlo todo de ti —confesó.

—Igual que yo —aseveró con decisión—. ¿Lo he hecho mejor que las otras mujeres que has tenido? —La inseguridad y los celos la estaban alcanzando.

—No lo sé.

—¿No? —Se quedó descorazonada por esa respuesta ofertada.

—Nunca, antes, una mujer me había tomado con la boca y me hizo derramarme en su garganta. —Esa frase fue incendiaria. Denver se obligó a moverse. Se puso de pie y buscó el camisón de ella y algo que ponerse encima. Si no se vestían podría querer más y ella todavía estaba débil. Ambos se taparon su desnudez. Se sentaron en la cama.

—Si te ha gustado, cosa que no sé, porque no me respondes, puedo hacértelo cada vez que lo desees. Me gusta saber que soy la única que te hará enloquecer con mi boca.

—Mi insensata Sarah Lee, me haces volverme loco solo con oírte respirar. He disfrutado mucho de lo que me has hecho. Realmente ha sido sublime. Y serás la única que me tenga a partir de ahora.

—¿Lo juras?

—He recitado mis votos ante Dios, y no los quebraré.

—La última vez que te disgustaste conmigo, te encontré en el Orient Saloon con una preciosa mujer sobre tus rodillas. —Tal vez no fuese el momento de hablar de estas cosas, pero quería dejar claras las cosas sobre lo que él no haría con el resto de las féminas del mundo entero.

—Nunca volverá a suceder. Te prometí que hablaríamos siempre cuando hubiese un problema. No buscaré a otra mujer, no cuando te amo y me colmas de amor y placer.

—Eso espero… —Sarah bostezó. Estaba cansada, se echó sobre la cama—. Ven a mi lado, necesito tenerte cerca para poder dormir un poco.

Él comenzó a acoplarse, manso, para cumplir su demanda. Se detuvo y la miró con el ceño fruncido para decir:

—Pero no haremos nada más —la regañó como a una niña pequeña.

—Está bien… Hasta más tarde no creo que tenga ganas de volver a disfrutar de ti —le informó Sarah mientras cerraba los ojos.

—Serás mi ruina, mujer —señaló con una sonrisa de oreja a oreja.

Podría ceder a sus caprichos con gran facilidad si todos fuesen exactamente estos… Se reprendió a sí mismo con ese pensamiento. Debía esperar unos días a que ella mejorase… debería hacerlo, ¿no?

Capítulo 13

El ataque es la mejor defensa

Además de ser un bastardo afortunado, Denver Harris se consideraba a sí mismo un estratega. En estos momentos en los que su vida parecía estar muy bien encauzada, que tenía la felicidad plena al alcance de su mano, necesitaba asegurar el bienestar de su esposa y de su hijo.

Acostado en la cama, con ella durmiendo a su lado, todo se veía de otro modo. Habían pasado tres días desde que lanzó el sedal. Los Dalthon tenían que picar, y por ello había aconsejado al resto de los hombres que allí vivían que bajasen levemente la guardia porque tenía un plan. Por supuesto, el indio no le hizo caso y los cinco días que siguieron a la boda, los ánimos estuvieron muy… Todo era complicado. Todo, salvo Sarah Lee.

Anoche mismo lograron consumar el matrimonio tal y como debía hacerse. Fue gentil, fue amable, todo ternura… hasta que ella decidió que la cosa tenía que cambiar. Una noche especial.

Ya sospechaba desde los inicios que su esposa era una mujer apasionada en todo lo que hacía, pero había resultado ser mucho más. Cuando le dejó el mando anoche para que lo montase como desease y le insinuó que ella podría ser una yegua salvaje… ¡Dios santo! La velocidad con la que le hizo el amor lo dejó al borde de la agonía. ¡Pero si le habían dado ganas de animarla para que no parase nunca! Todavía sin estar recuperada por completo, su esposa demostró que era capaz de cualquier cosa. ¿Cómo podía ser ella así de perfecta?

Cinco días en el paraíso, con una mujer envidiable, con una familia que le sería leal

mientras él no le fallase a Sarah Lee. No había nada igualable a la satisfacción que lo embargaba en ese momento.

Se movió en la cama, porque era ya hora de levantarse y salir a ver qué deparaba el día. Estaba esperando una visita que sería crucial para olvidarse por fin de los Dalthon, pero mientras su hombre llegaba… Tal vez podría despertarla con el peso de su cuerpo sobre el de ella… ¿Le gustaría sentirse asaltada por él? Probablemente sí.

Echó las sábanas y las mantas a un lado, se colocó encima de su mujer con cuidado de no lastimarla y llevó su mano hasta su sexo. La calentaría un poco antes de meterse en su interior.

La tenía bajo su cuerpo desnudo. Era donde ella pertenecía. Estaba durmiendo plácidamente. Casi le dio lástima perturbar su descanso… casi.

Comenzó a oírla suspirar y supo que las caricias en su intimidad estaban surtiendo efecto. Cuando sus dedos comenzaron a resbalar de modo notable, apoyó su virilidad en su entrada y entonces la vio sonreírle, con los ojos cerrados, mientras echaba sus brazos sobre su nuca.

Ahí ya tuvo la conformidad de que podía hacerle el amor. Entró despacio en su cavidad. Saboreando su estrechez, con los dientes apretados por el placer que le provocaba.

Sarah Lee levantó las piernas y las apoyó contra las nalgas de su esposo. Le obligó a entrar hasta la empuñadura.

—¡Diossss! —exclamó él, ante la intromisión de ella en su proceder.

—Estabas tardando demasiado —señaló a modo de disculpa.

—Eres una vaquera muy codiciosa, señora Harris.

—Sé que tratas de ser delicado conmigo, pero te he dicho que no me voy a romper.

—¿Es que un esposo no puede tomarse su tiempo para hacerle el amor a su esposa de modo gentil y tranquilo?

—Por supuesto que sí —dijo animada—, pero sé que lo haces porque crees que todavía no estoy bien…

—No estás recuperada —la interrumpió—, y yo siempre cuido y protejo lo que es mío.

—Uhm… Entonces haré lo mismo con lo que es mío.

—¿Soy tuyo?

—Todo mío —dijo seductora.

—Entonces siempre te daré lo mejor de mí.

Empezó a bombear con delicadeza, pero con un buen ritmo que hizo que ella disfrutase completamente de su posesión.

—Denver… creo que…

—Eres tan receptiva, mi amor. Déjalo ir ya… —Sarah aupó las caderas para que él rozase justo donde necesitaba sentirlo. Estaba a punto de lograrlo. Solo un poco más… Un poco más… Y entonces Sarah Lee gritó su liberación con una sonrisa de oreja a oreja.

—Creo que nunca conseguiré saciarme de ti, Sarah Lee.

—Espero que nunca lo logres, mi amor.

En la siguiente embestida, un gruñido sordo y ronco sonó en la habitación. Denver había surcado la ola del placer con tanta facilidad que comenzaba a creer que no podría pensar en otra cosa el resto de vida, más que en hacerle el amor a su esposa.

Rodó sobre la cama a un lado y buscó colocar su cabeza cerca del cuello de ella. Pasó una mano por su estómago y acarició ese lugar. Era el modo que tenía de saludar a su hijo cada día.

—Tengo miedo, Denver.

—No te preocupes. Los Dalthon saldrán de nuestras vidas muy pronto —dijo para tranquilizarla.

—Sí. Eso no me preocupa, sé que contigo a mi lado siempre estaré segura. Águila Negra tampoco dejará que nos pase nada malo y Jeremy parece que no es un hombre de acción, pero creo que es la imagen que quiere dar.

—Sí. Mató a John sin pestañear. No pensé que Jeremy fuese un tipo tan duro. —Se quedó perplejo cuando vio la determinación del vaquero. Nunca hubiese sospechado que fuera un tipo de acción.

—Creo que lo es, pero no le gusta que lo pensemos. Él tiene problemas serios con su padre. Se muestra alegre, divertido y poco preocupado. Pienso que Jeremy lo hace justo para molestar al señor Andrews.

—¿Qué tipo de dificultades? —No le daba esa impresión, de que tuviese problemas.

—Los que tiene un joven que es un excelente partido. Su padre desea un heredero para dirigir el aserradero y el patrimonio familiar, y Jeremy no quiere casarse. Creo que el señor Andrews, su padre, digo, pretende buscarle una esposa de inmediato.

—Le gustan demasiado las mujeres como para quedarse con una sola. —Eso sí lo había adivinado.

—Ahí está el problema. Jeremy es un pájaro libre y no desea a una sola mujer.

—¿Te pidió que te casaras con él cuando supo que tú…? —Se atrevió a preguntar.

—Por supuesto que lo hizo. Tuve tres propuestas encantadoras nacidas de la preocupación, pero ninguna era lo que yo quería. —Evitó hablar sobre las que le hicieron el resto de sus hombres porque no deseaba preocuparlo. Hablarle de tres ya sería bastante tormento.

—Gracias por esperarme, Sarah Lee.

—Gracias por regresar a mí, Denver.

Sarah le dio un beso en la mejilla.

—¿Entonces qué es lo que te preocupa?

—¿Qué? —Ella había perdido el hilo de la conversación.

—Antes de hablar de Jeremy Andrews has dicho que tenías miedo… ¿de qué?

—¿Y si no soy una buena madre? —inquirió con cierto pesar.

—Yo debería estar asustado, no tú. Pienso que serás maravillosa, pero… ¿qué hay de mí? ¿Qué sé yo de niños o del amor que deba darles? Tal vez, cuando me pregunte cómo conquistar a una muchacha, le diga que debe cortarle el pelo.

—¡Prometo que iba a decir que jamás le aconsejases algo como eso! —exclamó indignada.

—Tesoro mío, yo ya sabía que ibas a sacar a colación lo de las tijeras. Aunque creo que lo prefiero. Es menos embarazoso que recordarme que te dejé sola mientras averiguabas que tenías a mi hijo en tu vientre y no sabías nada de mí.

—Eso ya no me importa. Estás aquí y eso es bueno. En cambio… ¡Cortaste mi preciosa mata de pelo cuando era una chiquilla! ¿Cómo voy a poder perdonarte jamás semejante maldad? —No mentía. Eso era así.

—¡Oh, Sarah Lee!, eres del todo impredecible. Dios me dé fuerzas para saber cómo

lidiar con tu mente. —Denver estaba convencido de que, para ella, lo del pelo era una ofensa imperdonable, incluso más que el hecho de haberla abandonado. ¿Qué clase de mujer exculparía una travesura y no olvidaría el abandono? Una perfecta para él.

—Como sea. Yo entiendo de cuentas, de ganado, sé cómo traer al mundo a un caballo o un ternero, pero no sé nada de bebés.

—Aprenderemos juntos.

—Tenemos que enseñarle tanto a nuestro hijo… Debe ser el mejor vaquero de Texas. Está destinado a hacer grande el Sarah Love. Dirigirá un imperio… Lo sé.

—Y le cortará el pelo a las niñas —bromeó él. Eso le valió para que ella le diese un ligero codazo en las costillas.

—Deja ya ese tema. No eres una niña y no sabes…

—Gracias a Dios por eso —dijo con pánico al imaginar que pudiese haber nacido mujer. Solo con pensar que pudo haber sido Sarah Lee y que un niño como él lo podría haber increpado en caso de haber nacido con otro sexo… Oh, no. Gracias, pero no, gracias.

—Como te decía, para una niña, igual que para una mujer, su pelo es primordial. Jamás vuelvas a hablar sobre tijeras cortando un pelo de una niña. No des ideas a nadie sobre eso. Si nuestro pequeño alguna vez te oye decir que me conquistaste cuando me cortaste el pelo, Mathias, podría cortar el pelo a todas las niñas que quisiera.

—¿Mathias?

—Me gustaría que se llamase así. ¿Recuerdas?

—Un nombre precioso. Sí, dije que sería como tú quisieras. —Ella le sonrió.

—Entonces acordamos ahora mismo que nunca mencionaremos lo de las tijeras.

—Pero es que funcionó bien para ti. Si yo no te hubiese cortado el pelo, tú no te habrías dado cuenta ni de que existía.

—¡Denver! Nuestro hijo no va a enfadar a una niña para que ella se interese en él —dijo con enfado.

—Bueno… Ya veremos.

—No. Nada de eso.

—Sí, lo haremos, porque tal vez tu hijo, resulte ser una hija.

—No lo creo… Siento que es un niño.

—Pero podría ser una niña —insistió él—. De hecho, me gustaría mucho tener una pequeña Sarah Lee.

—¿Y qué harás cuando un niño le corte el pelo?

—Lo más sensato —dijo él con tranquilidad.

—¿Y qué es eso?

—Recomendarle que le regale un bastón de caramelo como hizo tu padre conmigo.

—Muy civilizado. Me gusta. Creo que serás un buen padre. —Ella estaba gratamente sorprendida, no pensó que se lo tomaría tan bien al hacer esa suposición.

—Y luego lo amenazaré con romperle todos los dientes si la vuelve a molestar.

La señora Harris relinchó.

—¡No puedes hacer eso!

—Si el señor Foster lo hubiese hecho en su momento conmigo, creo que no te habría molestado ni la mitad de lo que lo hice. Estoy empezando a pensar que tal vez sí sea un buen padre después de todo —señaló pagado de sí mismo.

—Si usas la violencia para conseguir algo, no serás bueno en absoluto. No puedes intimidar a un niño para que no moleste a tu hija… ¿Quién sabe? Tal vez el muchacho llegue a casarse con ella.

—Creo que no habrá nunca ningún hombre tan bueno para mi pequeña. —Se quedó un momento pensativo—. Sarah Lee, no me des una hija. No quiero tener que lidiar con alguien como yo, que pueda besar a su antojo a mi pequeña o, peor, seducirla y dejarla —explicó pálido al comprender lo que sería tener una niña en el futuro. Babosos como él pidiendo la atención de su pequeña vaquera… No podría sobrevivir a algo así.

—¡Ah! Ahora te has dado cuenta, ¿verdad? —preguntó ella retóricamente mientras se reía.

—¡Denver! —oyeron que alguien gritaba desde fuera de la casa. Parecía la voz de Águila Negra.

El señor Harris se levantó y se acercó a la ventana a pecho descubierto. Sonrió complacido al ver al hombre que estaba junto al indio. Al fin noticias.

—Estaré enseguida con vosotros —les avisó a ambos en cuanto abrió la ventana.

—¡Permite descansar de una buena vez a tu esposa! —gritó Jeremy desde atrás del indio y del otro hombre recién llegado, al tiempo que se carcajeaba. Águila Negra se dio la vuelta para regañarlo:

—Deja de poner imágenes malsanas en mi mente. ¡Es Sarah Lee de la que estás hablando! —Hizo una mueca de repugnancia al saberla una mujer que podía retozar con su esposa…

—Desde luego que es Sarah Lee —dijo Jeremy como si el mestizo no fuera una

persona demasiado inteligente.

—¿Y te parece natural imaginarla a ella haciendo… *eso*? —Águila Negra estaba ofuscado.

Andrews se encogió de hombros.

—Es natural que un hombre y una mujer hagan *eso*. Se han casado. Todo está bien. —No veía el problema.

—¡Es Sarah Lee! —ladró, una vez más, el indio al tiempo que se daba la vuelta para marcharse. ¿Es que Jeremy no tenía respeto por nada?, se preguntó Águila Negra.

***

Un ruido la había despertado. Sarah Lee rodó por la cama en busca del calor de su esposo. Cuando llegó al borde del otro lado, se incorporó.

Caballos trotando. Sarah Lee cogió su Colt y, desnuda, se acercó, con cuidado de no ser vista, a la ventana para observar lo que estaba sucediendo. Todavía era bastante de noche, pero pudo distinguir entre las sombras a Denver, Jeremy y Águila Negra.

¿Qué estaba pasando? Desde ayer por la mañana su esposo había estado muy extraño. La visita que recibió de aquel hombre lo puso nervioso. Cuando le preguntó a Denver sobre el misterioso invitado, se limitó a explicarle que era solo un simple conocido sin importancia. Mentiroso. Ella sabía que los hombres que residían en casa se reunieron con ese supuesto amigo de su esposo.

¡Jack! Él tenía que saber algo y sería una presa más fácil de lo que serían los otros tres. Se vistió rápidamente. La herida todavía era un poco molesta, pero de forma muy leve.

Se puso su cinturón y enfundó ahí su Colt. Denver tramaba alguna cosa y tenía que ver con los Dalthon. Si creía que la podía dejar fuera de algo tan importante, es que todavía no había aprendido nada acerca de quién era su esposa. No se quedaría quieta esperando. Sarah Lee Foster no sería un hombre, pero era una mujer decidida que defendía lo suyo. Su esposo, su familia, su hogar… Se enfrentaría al mismísimo Lucifer por cualquier cosa que ella amase. Tres hombres fundamentales en su vida habían salido a hurtadillas del recinto y, por Dios y su padre, que ella iba a averiguar lo que se proponían.

Salió de la habitación y llamó tímidamente a la puerta de Jack Lowell. El vaquero se quedó en el rancho para ser de ayuda. Dijo que no se marcharía hasta que los hermanos Dalthon fuesen historia, pero había visto algunos baúles ya preparados para partir hacia Austin con sus hijos. Eso era un indicador de que todos ellos le querían ocultar cosas…

Puesto que no obtuvo respuesta al llamar a la puerta, entró sin más ceremonias. La habitación estaba vacía.

Bajó la escalera, dispuesta a ir a por su caballo. Y se topó con Jack. Llevaba un revólver en la mano y un rifle colgado en su espalda. Su amigo estaba apostado al lado de la puerta y mantenía la vista fija en una de las ventanas que daban al porche. El señor Rolser estaba en la otra, tenía las mismas armas y en el mismo lugar que Lowell.

—¿Alguien puede informarme sobre lo que sucede, por favor? —Había sido educada, pero su tono de voz era de molestia. ¡Estaba furiosa por no saber lo que estaba pasando en su rancho!

El señor Rolser detectó la ira en la voz y astutamente se marchó a la cocina sin decir nada para servirse una taza de café. Esa discusión se la dejaba a Jack Lowell.

—Si tu esposo no te ha explicado nada, no seré yo quien lo haga —respondió Jack con tranquilidad.

—Muy bien —adujo con calma sostenida—. Iré a buscarlo de inmediato para que me aclare la situación.

Cogió el pomo de la puerta y la abrió.

—No vayas. —La cogió del brazo para frenarla.

—Dime lo que está sucediendo. Me conoces bien. No puedo quedarme sentada esperando. —Fue un ruego más que una exigencia.

—Sarah, no queremos que te suceda nada malo. Confía en nosotros. Todo irá bien. Harris tiene un plan —expuso convencido de que todo se arreglaría.

—Explícamelo.

—¿No puedes quedarte quieta y callada sin intervenir? —se quejó.

Sarah levantó una ceja y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿De verdad acabas de hacerme esa pregunta, Jack Lowell?

—Está claro que esperaba que el matrimonio te hubiese hecho una mujer con cordura… Incluso llegué a pensar que Harris te ataría en corto. ¡Ingenuidad! Todo ingenuidad, al pensar que Sarah Lee Foster…

—Harris. Sarah Lee Harris —lo corrigió a la hora de referirse a ella por su nueva condición de esposa.

—Como quieras, pero debes confiar en tu esposo.

—Y confío en él. Plenamente, de hecho. Pero ello no implica que no quiera saber lo que sucede en mi rancho. ¿Me lo cuentas de una vez o lo averiguo por mi cuenta?

—Sarah… A Denver no le gustará que te lo haya dicho.

—No tiene por qué saberlo… —Ella le guiñó un ojo para ver si así lo animaba a

confesar.

Suspiró derrotado. Una suerte que no fuese su esposa o lo tendría doblegado…

—El hombre que vino ayer por la mañana es un informador de Denver.

—¿Qué?

—Como ranger, tu esposo está al tanto de ciertas cosas. Le ganó una buena suma de dinero, meses atrás, a un tipo que resultó ser muy conocido de los Dalthon. Le perdonó la deuda a cambio de su ayuda cuando fuese requerida. No sé mucho más al respecto porque Denver Harris nunca fue un libro abierto, pero lo que sí sé es que ese hombre vino ayer al rancho y le dijo exactamente los planes que tenían los hermanos. Van a asaltar el rancho hoy. Por la parte este.

—Así que los tres estarán escondidos aguardando a que lleguen para liarse a tiros.

—No hay otra manera, Sarah Lee. Él no estará a salvo hasta que el último de los hermanos Dalthon muera. Y si tu esposo no puede librarse de la amenaza, es evidente que tú eres el objetivo con el que pretenden vengarse por haber matado al hermano mayor. Todos estamos en peligro, porque Jeremy asesinó a otro de los hermanos. Denver emitió el informe y habló con el juez, todo está explicado. El magistrado sabe que, si los Dalthon allanan el rancho, estaremos en nuestro derecho de defendernos, más después de que ellos intentasen atentar contra la vida de una mujer... Denver dice que es ahora o nunca.

Sarah se tomó unos minutos más para asimilar la explicación de Jack. Si les habían dicho que entrarían por la parte este, probablemente los tres se apostarían cerca del árbol monumental que allí figuraba. El laurel era una buena opción. Dos, se establecerían rezagados en las rocas del lado derecho para tratar de no ser vistos. De todas formas, necesitarían a alguien mirando el terreno de lejos. Un hombre que pudiera defenderse con el rifle a gran distancia. Ese probablemente sería Águila Negra. Así que podría ser que el grupo estuviera en tres posiciones diferentes…

—Hay algo que no me gusta en todo esto. —Sentía una opresión en el pecho que iba

más allá de la angustia de imaginar perder a su marido o a sus amigos. Algo no iba bien.

—A Denver también, por eso me dejó aquí en casa para custodiarte a ti y a mis hijos. La señora Rolser está con los niños ahora mismo. —A Jack no le gustó tener que quedarse atrás, pero no pudo discutir contra los tres. Dijeron que él tenía dos hijos y que debía acatar las órdenes.

—Tenemos que ir. Tengo una corazonada. —Era como un presentimiento que no debía ser desatendido.

—¿A qué te refieres?

—Denver Harris cosechó muchos enemigos cuando era tan solo un niño pequeño… inofensivo. Imagina la cantidad de gente que querrá darle su merecido después de haber trabajado como ranger...

Jack sonrió de lado mientras decía:

—No hubiese usado la calificación de inofensivo para referirme a Harris, ni de pequeño... Era bastante molesto. Especialmente contigo. —Ella bufó. Él la miró con seriedad para preguntar—: ¿Qué me estás diciendo exactamente, Sarah?

—No vienen solo dos hombres.

—No puedes saberlo. —Entendía su planteamiento.

—Es una suposición, pero es lo que yo haría. Si mi mayor enemigo tuviese a otros que buscasen su ruina… —Dejó la explicación a medias para ver si Jack la seguía en su inquietud.

—Me uniría a ellos. ¿Cuántos piensas que podrían venir?

—Espero que contigo y conmigo sobre el terreno seamos suficientes para hacerles frente. Solo Dios sabe los que habrán podido reclutar los Dalthon para acabar con un *molesto* —arrastró la palabra— ranger.

—Eres una mujer —observó él como si eso explicase cualquier cosa.

—Y tú un hombre. —Sarah Lee no entendía a qué había venido eso.

—Ya sabes lo que quiero decir. Deberías quedarte aquí. Deja que los hombres nos ocupemos.

—Por supuesto, como si no hubieseis necesitado mi ayuda nunca —ironizó—. Tengo una puntería casi mejor que la tuya. Soy buena conjeturando, y tengo intuición. Voy a ir contigo quieras o no. Y será mejor que salgamos de inmediato antes de que pierda a alguien de mi familia por tu cabezonería—. Jack Lowell se sonrió ante la retahíla de ella—. ¿Qué es tan gracioso? —inquirió malhumorada.

—No envidio a Denver Harris ni tan solo un poco. Creo que eres casi tan molesta y tirana como él, pero hasta este momento no me había dado cuenta de ello. Era del todo lógico que te convirtieses en su castigo por haberte importunado tanto de pequeño. —Se rio al darse cuenta de la justicia divina que residía en el hecho de que Denver tuviera que lidiar con una mujer tan obstinada como Sarah Lee.

—¿Has acabado ya tus teorías sobre la vida? —preguntó con enfado. La hacía parecer como una plaga y ella era una mujer muy sensata y valiente. Sí. Bien. No era dócil ni solía seguir las indicaciones de nadie, pero… En fin, ¡ella no era ningún castigo para nadie!, más bien se la debía considerar una bendición.

—Hagamos esto sin ponerte en peligro, ¿de acuerdo? —Sarah Lee asintió—. Cuando tu esposo me pida explicaciones tú las ofrecerás.

—¿Tienes miedo de Denver Harris? —preguntó divertida sabiendo que eso era imposible.

Jack era muchas cosas, pero no un hombre cobarde. Había pretendido casarse sabiendo que llevaba al hijo de Harris en su vientre y que eso, en caso de que Denver regresase —cosa que nadie podía saber con certeza, aunque sí era una posibilidad muy real—, supondría un problema. Jack asumió el riesgo sin titubear. Aquel beso intencionado ante las miradas reprobatorias de los

buenos vecinos de Crystal City, fue la evidencia clara de que Jack Lowell era valiente.

—No. Nunca lo tuve. Lo que sucede es que no me apetece tener que aguantar una reprimenda por algo de lo que tú eres culpable.

—Está bien. Vamos.

Se dirigieron al establo, sacaron a Pantera Negra y a otro semental e iniciaron la marcha. Antes de llegar hasta donde ella pensaba que estarían su marido y sus dos amigos camuflados, desmontaron y dieron un azote a los caballos para que se marchasen de regreso al establo.

Todo estaba muy tranquilo. La noche todavía permanecía sobre ellos, pero la luna era bastante clara.

—¿Ves algo? —inquirió Jack en tono muy bajo.

—No, pero sé que Águila Negra está subido al árbol con el Winchester preparado. No abrirá fuego hasta que los tenga encima. Hasta que Denver y Jeremy puedan hacer un blanco fácil. Así no delatará su posición ni la trampa.

—¿Cómo puedes saber eso?

Ella se encogió de hombros.

—Es lo que yo haría.

—¿Quién te enseñó a pensar así? Das miedo, Sarah. —Ciertamente era una mujer poco común, pero, una vez más, ella lo había sorprendido.

—Cuando eres una niña que debe aprender todo lo referente al rancho, preguntas a quienes están a tu alrededor sobre las cuestiones que necesitas saber.

—¿Y organizarte para tender emboscadas era algo que una vaquera debía saber?

—Imaginaba que lo había aprendido de Águila Negra.

—Mi padre decía que la mejor defensa siempre era un buen ataque. Solo quise estar preparada para proteger mi hogar en caso de que una nueva revuelta estallase en los Estados Unidos de América. La guerra fue dolorosa para muchos, y yo deseaba saber cómo salvaguardar mi tierra de cualquier amenaza.

—Dios santo, Sarah, la guerra terminó hace veinte años.

—¿Y qué implica que no pueda volver a suceder algo así? *Pa* solía decir que el odio es difícil de desarraigar. Águila Negra ha tenido que luchar contra la inseguridad que despierta por no ser como el resto. Era mi deber estar preparada para defender lo que amo. El indio lo entendió y me adiestró. Pronto sabremos si lo hizo bien.

—¿Qué propones?

—Nos quedaremos aquí. En esta posición somos capaces de ver lo que ocurre allí. —Señaló la tierra que estaba un poco más abajo, en desnivel, donde presumiblemente Denver y Jeremy estarían. Uno cerca de los matorrales y el otro entre las rocas—. Si no es necesario no intervendremos, pero si vienen más hombres y los superan en número, necesitaré que tengas los tres rifles listos para disparar. —Jack había traído ese número de armas con él.

—¿Tú usarás el Colt?

—No desde aquí. Mi puntería no es tan buena como la tuya de lejos. Así que en caso de tener que ir hasta la posición de ellos para ayudarlos, bajaré. Aquí arriba me serviré del Winchester.

—No te permitiré ir.

—Entonces deberás confiar en que pueda dar al blanco desde aquí contigo.

—Eres buena en todo lo que haces. Toma un rifle. —Se lo dio y ella lo aceptó—. Creo que lo harás bien.

—Esperemos que sí.

Se colocaron detrás de unos árboles más pequeños que el que ella suponía que daba cobijo al indio y esperaron. Hablaron entre susurros para entretenerse. Jack le comentó que le habían dado un puesto en uno de los bancos de la ciudad, como contable. Lowell siempre había tenido una cabeza excelente para los números. De hecho, era brillante. En la ciudad esperaba poder aclarar sus ideas y saber lo que deseaba. Le confesó que esperaba encontrar una mujer con la que casarse pronto. Sus hijos necesitaban una madre y él una mujer con la que compartir su vida y tener un poco de alegría. Le dijo que creía que Leah siempre sería su amor más profundo, pero que estaba seguro de que a su difunta esposa no le gustaría verlo solo. El amor que la pareja compartió no era egoísta. Los dos siempre se compenetraron muy bien.

Sarah se alegró de que él estuviera entusiasmado con un nuevo inicio. Dijo que había puesto el rancho a la venta porque no podría volver a empezar en un lugar donde todo le recordase a Leah. La informó de que Águila Negra se interesó por las condiciones. Ese dato no le gustó. Ya era duro tener que desprenderse de la cercanía de Jack Lowell y no estaba dispuesta a sacrificar a ningún amigo más. Esa cuestión tendría que esperar para ser averiguada, porque media hora fue el tiempo transcurrido hasta que todo cambió.

—¿Lo sientes? —preguntó Sarah.

—¿El qué?

—Viene un grupo.

Jack se quedó con la boca abierta.

—¿Qué demonios te enseñó el indio?

—Todo lo que sabía. A escuchar a los animales, a sentir la tierra. Ya vienen. No son dos. Águila Negra lo sabe al igual que yo.

—¿Qué hacemos? ¿Bajamos? —Se fiaba de ella. Si el mestizo la había adiestrado, Sarah sería buena. Siempre supo que el señor Foster no crio a una damisela en apuros. Jack lo

estaba viendo en primera persona.

—No. Prepara los rifles. Con un grupo tan numeroso Águila Negra será el primero en abrir fuego. Cuando lo oigamos, localizaremos los blancos. Será fácil. Son los que vienen sobre los caballos.

—¡Pero si no se ve nada!

Ella le sonrió.

—Ya vienen. Prepárate.

Sarah agarró con fuerza el rifle. Respiró profundamente y rezó una plegaria para que quien estuviese escuchando —Dios, su padre, su madre o cualquiera de sus antepasados—, la guiasen. Su familia dependía de su destreza.

—Todo saldrá bien. Te lo prometo —dijo Jack, tratando de suavizar la ansiedad que percibía en ella.

Unos pocos minutos más tarde, aparecieron doce jinetes. Tal y como Sarah predijo, cuando estuvieron suficientemente cerca, Águila Negra disparó un par veces. Dos hombres cayeron de su caballo, previsiblemente muertos.

La comitiva de asaltadores bajó de las monturas y trató de ponerse a cubierto. Sarah vio a unos pocos entrar por un trozo que cerca que había sido cortada. Estaba segura de que ese cuello de embudo lo idearon su marido y sus dos amigos para tenerlos controlados cuando intentasen entrar al rancho por ahí.

Denver y Jeremy dispararon a los dos que se acercaron a la cerca. Muertos también. Ya quedaban menos. Ocho…

—¿Lista, Sarah? —inquirió Jack.

—Vamos.

Ambos dispararon a la vez. Solo Lowell dio en la diana. Otro menos. Siete.

—Tranquila, solo concéntrate…

—No soy buena en la distancia larga. Debo acercarme más.

—¡No! Debes recordar que de tu pericia depende la supervivencia del hombre al que amas. ¡Concéntrate! —Ella cabeceó afirmativamente.

Denver Harris supo que su esposa estaba cerca en cuanto sonó el primer disparo desde atrás, a una distancia más larga que la de Águila Negra. Debió suponer que la obstinada tejana convencería a Lowell para que él hiciera su santa voluntad. Gruñó. Debió haberla atado a la cama. Ya ajustaría cuentas con ella luego.

Los disparos se sucedían en una batalla campal y cruenta. Habían localizado la posición de los tres que estaban más allegados a la cerca. Al menos no estaban disparando en la dirección de Sarah Lee.

Denver comenzó a arrastrarse por el suelo para buscar un blanco. Oyó un disparo. Otro hombre había muerto a manos del indio. No contó con que pudieran ser tantos.

Debía buscar las rocas para resguardarse mejor. Reptando fue hacia el lugar donde estaba Jeremy.

—Denver Harris, te queremos a ti. Si te entregas nos iremos. —El ranger supo que era la voz de Joe Dalthon el que hablaba.

—Tu hermano Jim tuvo más honor —respondió.

Un tiro se oyó de nuevo. Por la posición de la que vino la bala, supo que Sarah Lee estaba dando su opinión respecto a la petición de Joe.

—No malgastes las balas, Sarah —la regañó Jack.

—Era necesario para que mi esposo supiera lo que considero yo —respondió orgullosa.

—¡Él no va a entregarse!

—Es consciente de que estoy aquí. No quiero ni que piense en sacrificarse para salvarme —puntualizó.

—Harris no es de los que abandona sin luchar primero. Quédate tranquila, mientras sepa que sigue habiendo cuatro hombres para defenderte, no se rendirá. —Sarah percibió cierto orgullo en las palabras de su amigo. Sonrió satisfecha. Jack tenía razón.

—Es cierto —reconoció.

—La próxima bala que salga de ese rifle, quiero que dé en un blanco enemigo. ¿De acuerdo, Sarah?

—Lo haré. Creo que puedo.

—El sol no tardará demasiado en despuntar. Será más fácil entonces.

—Sí, pero también para ellos. —La iluminación del día era un arma que los dos bandos aprovecharían.

Un par de disparos más resonaron. Fueron dos hombres que trataron de ir reptando hasta la cerca. La vista del indio era algo grandioso. En plena noche era capaz de ver y sentir todo lo que había a su alrededor.

Solo quedaban cuatro hombres, pero nadie hacía ningún movimiento. El rancho estaba quieto y en silencio. Sin disparos, sin intervenciones. Todos esperaban la salida del sol. En cuanto hubiera un poco más de luz, el más avispado a la hora de ver al rival podría disparar.

—¿Qué demonios hace Andrews? —maldijo Jack al ver una sombra muy evidente cerca de las rocas.

—Está siendo un cebo. Para que Denver pueda matar a otro. Jeremy llamará la atención y Denver esperará o tal vez Águila Negra vea mejor desde arriba.

—¿Es que quiere morir? ¿En qué está pensando tu marido para poner la vida de otro en peligro?

—No. Es idea de Andrews. Lo conozco demasiado bien. Denver y Águila Negra deben estar maldiciendo su temeridad.

—¡Estáis todos locos! —se quejó Jack—. Es completamente comprensible que os llevéis tan bien. Vaqueros dementes… —siseó con enfado mientras se apartaba un mechón de pelo de la frente.

Alguien disparó y le dio a Jeremy. Un segundo disparo resonó. Sarah gritó. Se movió de su posición para ir corriendo, pero Jack la sujetó.

—Debo ir. ¡Está herido!

—No. ¡Quédate en tu lugar! Solo faltan tres. Jeremy estará bien… Tiene que estarlo —dijo Jack dubitativo. Al menos el indio había podido alcanzar a otro.

Vieron una mancha correr hasta la posición de Andrews. Era Denver. Comenzaron a lloverle balas. Cesaron en cuanto Denver consiguió cobijarse.

Un nuevo disparo sonó. Se oyó el sonido de un búho.

—Águila Negra está herido —dijo Sarah Lee.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha ululado. Es él. No puede seguir disparando.

—¡Ponte en tu posición y dispara Sarah Lee! Solo quedan tres.

Sarah había visto a Denver socorrer a Jeremy entre un mar de tiros.

—*Pa*, guíame —pidió en un susurro al señor Foster mientras apuntaba hacia el lugar del que provenían los nuevos tiros que se habían iniciado.

Disparó y los disparos disminuyeron.

—Le has dado a uno, Sarah. ¡Bien hecho, vaquera! —dijo con entusiasmo Jack.

—¿Cuántos quedan?

—Calculo que dos.

Ya el sol estaba en el horizonte. La luz era muy evidente. Sarah agradeció el hecho de tener un poco de iluminación.

—Colt El Rápido, quedamos mi hermano y yo —habló Joe Dalthon—. Dos contra dos. Con honor como exiges. Elije a un segundo hombre y enfrentaos a nosotros.

Sarah no disparó su rifle para informar a su esposo de su negativa, pero no deseaba ese arreglo.

—Tengo que ir —dijo Jack.

—¿Por qué? —Sarah no lo entendió.

—Si el indio está herido y Jeremy también, tu esposo me necesita allí.

—No ha aceptado.

—¡Está bien! —Oyeron que gritó Denver. Sarah maldijo. Su esposo continuó diciendo—: Os superamos en número. Si hacéis alguna tontería no habrá honor que valga. Los que cubren mis espaldas acabarán con vosotros. Un duelo y todo acabará.

—¡No! —gritó Sarah desde su posición.

Un disparo llegó hasta Jack y Sarah.

—No vuelvas a hablar —la reprendió Lowell—. Voy a ir con Harris ahora.

—No. No vayas. No. —Estaba llena de pánico.

—Escúchame. Quiero que busques otra posición. Repta poco a poco. Si ves que puedes darle a alguno antes de que empiece el duelo, no dudes: dispara a matar porque es lo que harán ellos.

—Pero Denver ha hablado de honor.

—Esos hombres no saben lo que es eso, Sarah. Dispara si ves que puedes matar a alguno. Si algo me sucede, encárgate de mis hijos. ¿Me oyes? —La tuvo que zarandear porque ella estaba lívida.

—Sí. Sí —respondió al borde del llanto.

—¿Lista? Tienes que cubrirnos a tu esposo y a mí. Eres fuerte Sarah, puedes hacerlo y lo harás. Te dejaré los rifles aquí, hay suficiente munición para recargar si algo falla, quiero que luches hasta el final… Puedes hacerlo. Yo creo en ti. —La confianza de él la contagió.

—Sí. Ve con Denver. Yo os cubro. Lo haré bien.

Un poco más lejos, los hermanos Dalthon estaban en pie con las manos en alto. Así que Sarah Lee no reptó. Se puso de pie, apoyó el rifle en su hombro y esperó a ver cómo iba todo porque estaban lejos para que ella pudiera acertar. Observó que uno de los hermanos bajaba los brazos y lanzó un tiro de aviso. La bala se incrustó en el suelo, justo junto a la bota tejana del miserable. No obstante, si hubiera estado segura de poder acertar el tiro hubiese tirado a matar. Ellos estaban demasiado lejos y ella no era tan buena como Águila Negra.

La mirada de uno de los hermanos se cruzó con la de ella. Sarah sabía que la había

mirado a los ojos, por lo que la ranchera se esforzó en hacer lo mismo.

—¿Te has traído a tu esposa, ranger? —inquirió Joe al verla desde lejos. Denver salió de entre las rocas con las manos cerca del cinturón.

—Has venido a mi casa con doce hombres y ahora pides honor. ¿Por qué debería darte la ventaja que tú creías que tendrías?

—Porque eres un ranger y juraste obedecer la ley —dijo Joe.

—Ese juramento quedó en el olvido en cuanto disparaste a mi mujer.

—Pero está viva y casada… Tan mal no fue todo. Después de lo que he oído, la habías abandonado, así que te hice un favor al tener que ofrecerle tus tiernos cuidados. —Jay Dalthon se rio ante la conclusión de su hermano Joe.

—¿Y tú qué, Jay? Toda una vida a la sombra de tus hermanos… pagando por sus errores. Lástima —sentenció Denver.

—¡No sabes nada de nosotros, maldito ranger! —escupió el aludido.

Jack llegó hasta la posición de ambos.

—Lowell, bienvenido a la fiesta —le dijo Denver.

—Hubiera preferido que fuese otro tipo de evento… —confesó Jack.

—Sí, yo también. ¿Ella está bien?

—Lista. —Denver miró de reojo a Jack.

—Bien… caballeros. —El ranger se dirigió ahora a los Dalthon—. ¿Dos duelos o uno solo con los cuatro?

La pregunta fue dicha, pero nunca contestada. Un disparo resonó a lo lejos, tras la cerca. Sarah vio a Denver caer. Apretó bien el Winchester contra su hombro y de nuevo rogó a su *pa* que la ayudase. No debía dejar que el miedo la alterase. Era una Foster, ya una Harris y, por Dios, que demostraría su templanza costase lo que costase.

Apuntó, tomó una bocanada de aire y disparó. Justo cuando su bala salió de su cañón, Jack Lowell hizo lo mismo. Disparó el Colt de su cintura. Sarah se quedó quieta. No se atrevió a respirar. Vio al más grande de los Dalthon caer al suelo. El disparo de Sarah le dio en el corazón. El segundo hermano también aterrizó en el polvo del camino. En la cabeza, su amigo acertó su blanco. La vista de Sarah se concentró en el lugar de donde había provenido el disparo que alcanzó a Denver. Solo necesitaba una indicación, un poco de tierra levantarse… un detalle, una revelación que le dijese dónde estaba el que osó disparar contra lo que ella más amaba.

—¡Sarah Lee! —La llamó el indio, quien bajaba del árbol con el brazo derecho ensangrentado—. Puedes darle, recuerda lo que te enseñé. Tiene que moverse en algún momento. Observa. Solo observa. Nosotros atenderemos a tu esposo. No dejes que escape.

Ella cabeceó afirmativamente.

Comenzó a caminar hacia el frente. Necesitaba acortar la distancia con el último tirador que previsiblemente se quedó rezagado de los doce hombres que llegaron. Era cierto lo que Jack dijo de que no jugarían limpio. Trató de no pensar en Denver, en Jeremy o en Águila Negra. Saber que estaban heridos…

Era momento de concentrarse. Ella tenía el rifle. Todo podría acabar aquí. Solo debía prestar atención a su entorno. Águila Negra la había enseñado bien.

Anduvo unos pocos pasos más. Un pájaro. Un cuervo negro había sobrevolado en círculos un punto concreto. Buscó la mirada del indio. Lo vio asentir. Sostuvo el Winchester sobre su hombro, volvió a llamar a su padre, respiró con tranquilidad y en cuanto vio un ligero movimiento a lo lejos, disparó. Supo que dio en el blanco cuando ninguna bala resonó cerca. Muerto. Lo había matado. Ella acabó con la vida del último hombre que suponía una amenaza.

Corrió hacia los hombres sin dejar atrás su rifle.

—Decidme que no ha muerto. —Jack, Águila Negra y Jeremy la miraban con lástima. No veía a su esposo… ¡Estaba en el suelo! Se agachó para examinarlo. En ese momento él le sonrió.

—Me temo que no haré de ti una bonita viuda todavía, mi amor. Tendrás que esperar a la próxima trifulca. —Trató de bromear su marido.

—Si no te hubiesen disparado, lo habría hecho yo misma ahora —dijo furiosa—. No vuelvas a dejarme al margen de ninguno de tus planes. ¿Qué hubieses hecho si no llego a venir con Lowell? —Denver le dio un tirón en el brazo y la silenció con un beso.

—Maldita sea… —siseó el indio—. No creo que pueda acostumbrarme jamás a esto. Será mejor que me vendas el rancho, Lowell. Necesito un poco de paz…

Sarah se giró, en cuanto su esposo la dejó libre, y miró al indio.

—¿Vas a dejarme?

—Viviré al otro lado. No puedo estar imaginando que tú… que tú… ¡No quiero ni pensar en que duermes acompañada! —explicó el mestizo mientras Jeremy y Lowell se reían.

—Pero no es justo. ¡Es mi esposo!

—Es un hombre que te toca… ¡Oh, por todos los espíritus del mundo! No puedo… —El indio comenzó a caminar para ir a buscar su montura.

Sarah se rio. Denver también.

—¿Estás bien, Andrews? —inquirió Harris.

—Sí, sí. Fue el brazo. Estaré bien en unos días. ¿Nos vamos a casa?

—A casa… Sí —respondió complacido el ranger al tener un lugar al que llamar hogar.

Sarah Lee al fin pudo tranquilizarse. Solo Jack y ella se salvaron de recibir un balazo. Estaban heridos. Los tres estaban heridos, pero vivos. Todo había acabado. Denver estaba a su lado. Su hijo tendría un padre. Nadie vendría a buscarlos… ¿no?

—¿Y si vienen otros, Denver? —preguntó Sarah Lee con pánico.

—No. Me aseguraré de que todos sepan que Colt el Rápido y su familia mataron a una banda de treinta hombres que trataron de asaltar su casa. No vendrán. —Haría la historia grande y del todo creíble para disuadir a cualquiera que quisiera intentar vengarse de él.

—No eran treinta. Fueron trece —corrigió a su esposo.

—Diremos que vinieron treinta y que los matamos sin hacernos ni un solo rasguño. La leyenda será maravillosa. —Denver le dio un beso en la mejilla.

Sarah Lee y el resto se rieron a carcajadas.

—Empiezo a pensar que las historias de Colt El Rápido podrían no ser tan creíbles como parecen —argumentó la señora Harris.

—Todas ciertas. Las inventé yo mismo. —La última frase la confesó solo para los oídos de su esposa.

Sarah Lee se rio más alto. El ranger se quedó un poco más tranquilo. Prefería que su mujer imaginase que el resto de las historias eran igual de fantasiosas que esta, porque de lo contrario podría comenzar a pensar que ciertamente era un hombre peligroso… Lo cual era una verdad universal. No estaba satisfecho de lo que se había visto obligado a hacer, pero cuando la vida de uno mismo depende del ingenio y la temeridad…

Epílogo

Un indio del que no librarse

Meses más tarde.

El señor Bride figuraba entre las piernas de la señora Harris. El médico le ofrecía palabras de aliento, pero Sarah Lee solo era capaz de gritar maldiciones muy malsonantes. Algunas de ellas involucraban a su esposo de una manera muy poco caritativa o cariñosa, más bien todo lo contrario.

Denver permanecería estoico agarrando la mano de su esposa, susurrándole al oído lo maravillosa y buena que era, cuánto la quería... El señor Harris quiso estar presente durante el alumbramiento. Todos le dijeron que no sería buena idea. Él insistió. Cada vez que Sarah Lee lo miraba y le gritaba un improperio, él se daba cuenta de que en verdad debió haberse quedado en el salón, donde la ira del parto no lo alcanzase.

—Ya queda poco, señora Harris, lo peor ha pasado —dijo el médico tratando de sosegarla.

—Miente, miente como un bellaco. El bebé sigue dentro, así que lo peor está por venir. Si vuelve a mentirme le pegaré un tiro. —Sarah lo amenazó y el galeno se rio. Eso la hizo enfurecer todavía más—. Denver —le dijo a su esposo—. Tráeme mi Colt porque el señor Bride no me toma en serio y voy a demostrarle que… ¡Aaaaaaaag! —El dolor la interrumpió y empujó con fuerza porque era lo que su cuerpo le pedía que hiciera.

—Si me dieran una moneda cada vez que una futura madre quiere dispararme, creo que ya hubiese podido comprar el pueblo entero —observó el médico mientras agarraba la cabeza del bebé—. En el siguiente pujo, yo tiraré de tu hijo para ayudarte. Solo queda un esfuerzo más, Sarah.

—¿Puedo hacer algo, mi valiente Sarah Lee? —El sufrimiento de su mujer lo tenía desquiciado, deseaba aliviar su carga, pero no había nada que pareciera gustarle a su esposa.

—¡No volver a tocarme jamás! —gritó la parturienta. En los últimos meses, cuando su vientre fue ya muy evidente, cada día soñaba con el día que llegase al mundo su bebé. En estos momentos, se daba cuenta de que eso era como vivir un infierno. Si ese era el precio que debía pagar para tener descendencia, lo pagaría una única vez. ¡No podía volver a pasar por esto jamás!

El médico se rio de nuevo con ligereza y dijo:

—Si me dieran una moneda, cada vez que una madre dice eso, sería el hombre más rico de Texas.

—No volveré a hacerlo, Sarah Lee. No puedo volver a verte con estos dolores. Lo siento tanto… —respondió Denver mientras acariciaba el cabello de su esposa.

El médico miró con asombro al señor Harris.

—Eso no lo oigo mucho en boca de los esposos… Supongo que con esa respuesta no me haría rico. Pero sí garantizo que estaré aquí el año que viene, o tal vez al otro, para que la señora Harris vuelva a dar a luz. Por muy motivada que esté esa promesa, en cuanto Sarah se recupere… Marido y mujer volverán a yacer. —El galeno se rio a carcajadas—. Espero que ella —dijo refiriéndose a la madre que jadeaba con dolor—, no le haga cumplir su promesa, porque me temo que se consumirá, amigo mío. —Una vez más, el médico se rio con diversión.

Denver sabía que el doctor tenía razón en su suposición. Si no podía hacerle el amor con asiduidad a su esposa, él desfallecería porque eran maravillosos juntos.

—¡Dame mi Colt! —le ordenó Sarah a Denver—, no puede reírse mientras yo sufro.

—Vamos, vamos, señora Harris, concéntrese porque ya es momento de…

—¡Aaaaaag! —Un furioso grito interrumpió al doctor, quien estaba esperando a que la contracción llegase para que ella empujara. El señor Bride aprovechó el momento y tiró con sumo cuidado del bebé para sacarlo del cuerpo de la madre.

—¡Listo! Un precioso niño —informó a los padres el galeno.

—Gracias a Dios —dijo dichoso Denver. Desde que se dio cuenta de que el bebé podía nacer siendo niña, había estado en un infierno pensando en que su pequeña pudiera tener pretendientes… Pero un niño… Un niño sí era una gran noticia. No tendría que lidiar con un ejército de muchachos que pretendieran a su hijo. Sí. Mathias Harris, sería el heredero del rancho Sarah Love. Dios era justo y compasivo, pensó Harris con alivio.

—Siempre supe que daría a luz a un hermoso niño. —El médico había envuelto ya al bebé en una manta y lo estaba poniendo en la cama, en los brazos de la madre.

—Es lo mejor que he hecho nunca —alegó Denver mientras admiraba a su esposa y a su hijo.

—Lo hemos hecho bien —coincidió ella. Los ojos de Sarah se abrieron de golpe—. Doctor, algo no va bien. No me siento bien… ¡Aaaaag! —gritó de nuevo.

El médico dejó de aclararse las manos en la jofaina y se movió raudo hasta llegar entre las piernas de la madre para observar lo que sucedía ahí dentro.

—¡Oh, cielos! —exclamó el buen doctor.

—¿Qué ocurre? —inquirió con temor Denver.

—Tome al niño en sus brazos, señor Harris. Me temo que su mujer no ha terminado de traer a sus hijos al mundo.

—¿Qué? —Harris sostuvo con cuidado al niño, y pidió una aclaración porque no

entendía nada.

—Viene otro bebé —informó el médico.

—¿Otro? —Denver se sintió orgulloso. Había embarazado a su esposa con dos niños. ¡Eso era una proeza! Sí. Él decidió que lo era y que hablaba muy bien del vigor de su virilidad.

—¡Aaaaag! —Sarah Lee empujó con fuerza. La cabeza de otro bebé asomó.

—Ahí está la nueva criatura. Haremos lo mismo, señora Harris —comenzó a indicarle el doctor—, en el siguiente esfuerzo, yo la ayudaré. Solo queda un poco más.

—¡No puedo hacerlo! Estoy muy cansada y duele como la muerte —lloriqueó ella.

—Mira a nuestro hijo —Denver le mostró al niño. Ella compuso una sonrisa. Era precioso—. Sé que es duro, mi amor, pero eres una vaquera de Texas. No hubo nunca nada imposible para Sarah Lee Foster y nada será demasiado para la señora Harris. Solo un poco más, como dice el doctor. Y por amor de Dios, Sarah, trae a otro varón. —Estaba comenzando a pensar que su agonía sobre el sexo del bebé seguía muy activa en su ser.

—¡Aaaag! —Un último empujón y al fin el médico sostuvo al bebé entre los brazos.

—¿Qué es? —se apresuró a preguntar Denver.

El médico lo miró con una sonrisa.

—Una preciosa niña —le informó. La depositó al lado de la orgullosa madre y se marchó para traer una manta y envolverla.

—Dios santo, tendré que ir a la armería y al colmado —dijo Denver más para sí mismo que para el resto.

—¿Cómo dice, señor Harris? —preguntó el médico.

Sarah se rio al momento.

—Mi esposo ya está imaginando el desfile de pretendientes que tendrá nuestra hija en un futuro —aclaró Sarah, sabiendo exactamente lo que pensaba su marido.

—¡Ah, sí!, pero eso aclara lo de la armería… —Era lógico que el padre se abasteciera de armas para intimidar a los muchachos que cortejasen o molestasen a su pequeña—. ¿Para qué quiere ir al colmado? ¿Qué pretende comprar allí?

Sarah Lee se rio de nuevo y dijo:

—Querrá dejar al pueblo sin tijeras y sin dulces.

—¿Qué? —El médico no entendía nada.

—Es una larga historia, doctor —señaló Sarah—. Solo le diré que mi esposo está viajando hacia el futuro, él imagina a un niño en la escuela cortando el pelo de su hija para impresionarla. Pero Denver es consciente de que no se puede atrapar a una mujer haciéndola sufrir, así que por si acaso, además de confiscar las tijeras que existan en el pueblo, comprará todos los dulces para extinguirlos, a fin de que ningún niño pueda encandilar a su hija de ese modo.

—Me conoces muy bien, mi perfecta Sarah Lee —comentó él mientras observaba a los dos pequeños con su madre, dado que él había dejado a Mathias junto a su esposa.

El médico no entendió muy bien la explicación de la señora Harris. Pero vio a la pareja mirarse con complicidad y sí comprendió que había algo secreto entre ellos.

***

El tiempo pasó. La feliz familia contaba con mucha ayuda para vigilar a los pequeños mellizos, que cada día crecían fuertes y sanos.

Águila Negra les había informado de su decisión sobre irse del rancho para poder tener su propio negocio. Sarah Lee se negaba a dejarlo marchar. El indio le dijo que no soportaba más verlos tocarse, besarse y escucharlos desde los establos cada vez que ambos deseaban demostrarse cariño. Además, Águila Negra dejó patente que llevaba demasiados años siendo el niñero de ella y que merecía un descanso.

Sarah se lo concedió a regañadientes, porque al menos le quedaría la compañía de Jeremy. El destino quiso que el señor Andrews se tuviera que marchar incluso antes que el indio, porque su padre tuvo un accidente en el aserradero del que era propietario y reclamó la presencia de su único hijo. Así que al final Águila Negra pospuso su salida porque Denver necesitaba su ayuda para poder dirigir el rancho mientras Sarah Lee se dedicaba a cuidar de los recién nacidos.

Una mañana, Denver vio al indio en los establos y lo escuchó refunfuñar. Se acercó con curiosidad.

—¿Sucede algo?

—Todo está mal —se quejó el mestizo.

—¿El qué?

—¿De verdad te interesa? —preguntó Águila Negra enfurruñado.

—¿Qué sucede? —Desde hacía semanas largas, el humor del indio era bastante bueno. De hecho, parecía haberse acostumbrado a que Sarah Lee fuese una mujer casada que dedicaba tiernas miradas a su esposo.

—El señor Andrews, sucede… —expuso como si eso lo explicase todo.

—¿Qué ocurre con Jeremy?

—No. Él no. El problema es su padre. El padre de Jeremy ha solicitado una novia por correo.

—¿Cómo dices? —Eso sí era toda una sorpresa. Jeremy Andrews era un pícaro que, en opinión de Denver, nunca sentaría la cabeza.

—El padre de Jeremy me ha dado una buena cantidad de dinero para que recoja a una señorita en Austin y la traiga al rancho.

—¿Está al tanto de esto su hijo? —Sabía la respuesta, pero aun así, preguntó.

—No. Ese es el problema, aunque tal vez sea una mujer para el padre. No lo sé ni me incumbe. El dinero que me ha dado lo necesito para comenzar y no me he podido negar. Cuando traiga a la mujer que el señor Andrews ha pedido para que se case con él o con su hijo… —Águila Negra suspiró con cansancio—. En el momento en que Jeremy descubra que yo fui cómplice, en caso de que sea una trampa para él… —No le apetecía pensar en eso.

—Comprendo. —Fuese como fuese, la mujer que el padre traía para que se casase con uno de los Andrews, iba a llegar a Texas, independientemente de quién la trajese, así que consideraba que el indio había hecho bien en aceptar el dinero para poder comenzar con comodidad su propio rancho. Sarah Lee le había ofrecido su ayuda, pero era demasiado obstinado como para aceptarla.

—¿Qué clase de mujer acepta casarse por correo sin conocer al hombre? Yo te lo diré, una que tiene alguna tara. Así que vendrá una mujer poco agraciada, o muy delgada o excesivamente gruesa. Jeremy querrá arrancarme la cabellera... —comenzó a lamentarse.

—Pero irás de todas formas. —No era una pregunta.

—Iré porque dejaré a la mujer en la puerta de los Andrews y me marcharé. Con un poco de suerte, dentro de tres o cuatro años se le habrá pasado el enfado, si es que se casa con ella, por supuesto. —Le parecía factible que fuese una mujer para el joven Andrews, pero tampoco le sorprendería que fuese para el padre.

—Todavía podrías traer a una mujer bonita que hiciera que Jeremy se casase sin pestañear. —Sería una posibilidad factible… ¿no?

El indio se echó a reír. Subió a su caballo, lo espoleó y se marchó todavía riendo y negando con la cabeza por la tontería que acababa de decir Denver Harris.

Jeremy… ¿casarse? Y lo más importante: ¿con una novia por correo? Antes el infierno de los creyentes en Dios se congelaría. Probablemente el padre deseaba engendrar otro hijo que fuese más obediente, ¿quién sabía?

Fin.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo… Y en especial las de género histórico. Si no conoces lo que tengo publicado, puedes pasarte por Amazon y buscar mi página de autora. Verás que hay para elegir.

Mis historias se ambientan en la regencia inglesa y algunas en la época victoriana. Esta es mi primera novela del oeste americano. Soy novata en escritura del género, pero no como lectora. He devorado muchísimas novelas del oeste y espero haber podido emocionarte. Este libro estuvo pensado como único. Pero pasa lo que siempre sucede… Los personajes quieren sus propias historias. Así que Jeremy Andrews y Travis Hutson, más conocido como Águila Negra, contarán sus planes.

Me considero más una escritora de romance que una historiadora. Ello no implica que no me documente para no meter la pata (tal vez no siempre lo consiga, esto es mi ficción y adoro las licencias literarias). Sin embargo, puesto que intento crear mujeres fuertes ya en sí estoy pecando de no ser fiel a la historia. Mis heroínas rara vez son lo que se supone que deberían ser las verdaderas damas de la época. Quiero pensar que Sarah Lee es lo que se espera de una vaquera que fue el ojito derecho de un padre ambicioso pero muy amoroso.

Recordad que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Esto es una obra de ficción que nace en mi mente y que está basada en lo que soy, en mi modo de vida o en cómo entiendo la vida misma. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Un amor inconveniente

El destino puede ser un curioso aliado
o un poderoso enemigo.
Las casualidades no existen.
Lo que deba ser, será.
Una mirada, un susurro, un anhelo…
y todo puede quedar forjado para toda la eternidad.
Dedicado a todas las mujeres duras y valientes,
que aunque en algún momento se derrumbaron,
volvieron a alzarse más fuertes que nunca.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Una salida complicada

Capítulo 2

Un resurgir civilizado

Capítulo 3

La recogida de los paquetes

Capítulo 4

Un viaje tormentoso

Capítulo 5

Un camino que nunca acababa

Capítulo 6

Una reunión sobrecogedora

Capítulo 7

Una ciudad nueva

Capítulo 8

Un tirano en su máximo esplendor

Capítulo 9

Un lugar de ensueño

Capítulo 10

Un cortejo incierto y un truhan

Capítulo 11

Una confesión acertada

Capítulo 12

Sellar el destino

Capítulo 13

Una noticia insospechada

Capítulo 14

Lo inevitable

Capítulo 15

Las hermanas Hertford

Capítulo 16

Una cuenta que ajustar

Epílogo

El resultado del matrimonio

Prefacio

Todo tiene un principio

Valle del Río Rojo, Minnesota, 1870.

Águila Negra. Una identidad con fuerza, llena de honor y de promesas sobre su futuro. Su abuelo, Caballo Salvaje, le había contado esa historia en innumerables ocasiones. Un nombre era importante, pues sustentaba todo lo que estaba destinado a ser un indio. Pero él no era como los demás. Lo llamaban mestizo. Una palabra que parecía sonar poderosa y lo hacía ser a él, a Águila Negra, peligroso.

Caballo Salvaje acostumbraba a explicarle con gran admiración que él pertenecía a dos mundos muy diferentes y que, si lo deseaba, podría ser un gran jefe para los Siux Santee o un líder para los blancos colonos. Su abuelo solía convocarlo en su tipi con asiduidad para que él nunca olvidase sus orígenes.

Su madre era la hija de un hombre importante, un guerrero, un hechicero, un líder, que se casó con un inglés que llegó al valle del Río Rojo en busca de aventuras. Su padre, de quien Águila Negra no tenía demasiados recuerdos, parecía ser alguien influyente en el mundo de los blancos.

Al mestizo no le gustaba recordar lo sucedido con su padre, dado que él no estaba a su lado, poco le importaba quién fue o lo que hizo. Lo que a un muchacho de dieciséis años le interesaba era escuchar las batallas de la guerra. Caballo Salvaje había estado en la gran revuelta que se llevó a cabo hacía ocho años, cuando el joven mestizo contaba con siete inviernos y no

pudo acompañar a los hombres a exigir justicia por la muerte de demasiados Santee por el hambre y la falta de recursos. Los blancos los privaron de créditos y otras cosas muy necesarias y llegó la hambruna. Así que varios Siux comenzaron a tomarla con los granjeros y a la inversa. Se convirtió en una pequeña guerra que fue atajada por Lincoln. Muerte. Todos habían perdido demasiado. El hombre blanco sufrió, pero el pueblo Santee quedó seriamente afectado.

El gran jefe de la tribu era un hombre justo e insistía en que en los enfrentamientos nunca había ganadores o vencidos, sino muertos y heridos. La justicia era un arma de doble filo, pues para unos era blanca y para otros negra, no obstante, se debía estar preparado para cualquier eventualidad. Eran cazadores, dominaban el arco y la flecha y montados sobre caballos Appaloosa podían cazar a un bisonte con los ojos cerrados.

La cosa se puso más interesante cuando llegó al asentamiento del valle del Río Rojo el primer rifle, un Hunt. Un terreno que fue principalmente una colonia británica, donde los indios tenían también parte de las tierras, y más después de lo que fue aquella revuelta de 1.862. Convenía estar atento a lo que pudiera suceder, porque la paz era algo muy frágil que podía quebrarse en un momento y solo los más fuertes y mejor preparados sobrevivían… y a veces ni eso.

Águila Negra suspiró. Habría preferido tratar sobre asuntos de batallas que sobre lo que el gran jefe tenía en mente.

—¿Entiendes lo que te estoy explicando, Águila Negra? —Su abuelo, de avanzada edad, sentado en medio del tipi sobre un par de gruesas mantas mantenía las piernas cruzadas sobre sí mismo. En similar posición se encontraba el joven. Una pequeña fogata al frente, rodeada por varias piedras de envergadura, calentaba el lugar.

Su abuelo estaba fumando las hierbas que le permitían abrir su mente e iba ataviado con enormes plumas rojas y blancas decorando su cabeza. Lo miraba con tanto interés que era preocupante.

—Sí, entiendo que mi padre era un jefe en el mundo de los blancos.

—Poderoso y rico, Águila Negra. Cuando lo vi llegar a nuestro poblado y poner sus

ojos en tu madre, supe que debía prestar atención. Esa noche, los espíritus me hablaron. Vi a un Cuervo Negro, ese era tu padre, y a mi hija, Rayo de Luz, juntos. Los ancestros Santee me advirtieron que debía tomar una decisión sobre si permitiría la unión entre ambos. Cuando me hablaron de que tú llegarías para tomar mi lugar supe que algo bueno vendría a nuestra tierra.

—Pero mi padre murió, Caballo Salvaje, y madre quedó devastada. Él no está. No veo la necesidad de hablar de un hombre que dejó a mi madre, se marchó, falleció y no regresó.

—Así fue, aunque cumplió su papel, porque tú llegaste a la vida. Tu camino está difuso, Águila Negra. Escuchas demasiado a tu corazón y no es lo que se espera de ti. Debes dormirlo, silenciarlo y dejar de soñar. Solo hay un camino para ti si quieres ser mi sucesor.

—¿Hablas de mi matrimonio con la hija de Oso Bravo? Haré lo que se espera de mí. —Iba a casarse en pocas semanas con una joven tres años mayor que él. Una unión que exigía el jefe de los Santee y que él acataría.

—Debes olvidarte de Vergel Azul, ella no está destinada a ti, y hacerlo rápido, porque en caso de seguir a tu corazón, tu camino se torcerá. —Los espíritus ancestrales habían visitado a Caballo Salvaje, trayendo a sus sueños y visiones gran pena si no conseguía enderezar a su nieto. El destino de Águila Negra estaba trazado y sería el adecuado si se casaba con la joven que su abuelo había elegido para él.

—Vergel Azul es solo mi amiga. No hay nada de mi corazón implicado —le aseguró el joven tratando de sonar creíble.

—Ojalá pudiera ser eso cierto. Te considero un hijo, Águila Negra. Traje a la Tierra cinco hijas para ser polinizadas por los hombres. Las perdí a todas. Solo me queda tu madre y mi tiempo se agota. Tú debes sustituirme y, llegado el momento, deberás hacer caso a lo que te susurre tu razón, no lo que te dicte el corazón. Recuerda bien mis palabras, porque todo tu futuro se decidirá en el momento en el que debas hacer esa elección.

—La boda con Flor de Otoño —así se llamaba la hija de Oso Bravo— está ya en marcha, abuelo. Te prometo que no te decepcionaré.

—Y sé que no lo harás, que nunca obrarías en contra de mis deseos si no fuese por extrema necesidad. Recuerda bien mis palabras —insistió nuevamente—, porque lo único que deseo de ti es que seas nuestro puente entre ambos mundos. Mestizo. Debiste nacer en esa condición porque tú lograrás tranquilizar las aguas y mediar con los blancos. No tendrás paz porque sentirás que no perteneces ni a un mundo ni a otro. Te desafiarán tras mi muerte, pues no te considerarán digno de ser el nuevo jefe de la tribu. No importará. Eres más fuerte, astuto y dominas mejor las nuevas armas. Guarda bien ese rifle que te regalé y no dudes en usarlo cuando creas que lo debes hacer. Pero atiende bien a la razón que te impulsará a hacerlo, Águila Negra, porque cuando llegue el caso será importante el camino que decidas emprender. ¡Tú has nacido para ser mi sucesor! Oso Bravo te seguirá a donde vayas y su hija será la clave para que tu poder no sea cuestionado.

—No pienso fallar a los Santee, no te fallaré a ti. Soy un mestizo, lo sé. No lo considero una carga, pues me ha servido para tener que trabajar el doble y así demostrar que soy mejor que el resto de mis hermanos. Estoy orgulloso de mis logros —expuso satisfecho.

—Oh, Águila Negra, deberás también medir tu vanidad y tu terquedad. Eres joven todavía, pero cuando tomes mi lugar deberás mostrar que eres un jefe justo, pero duro, comprensivo, pero austero…

—Lo sé, Caballo Salvaje. Confía en que me has enseñado bien.

—Vendrán por ti. No todavía. Aparecerán, te buscarán, dado que eres el hijo de tu padre. Usarán el nombre que tu progenitor te dio. Tienes obligaciones en el otro lado y deberás elegir. Hazlo sabiamente.

—No soy Travis Hutson y no lo seré nunca. Mi nombre es Águila Negra, los padres Santee me guardarán —dijo con satisfacción. Le habían enseñado a ser un indio. El mejor desde que tuvo uso de razón, y demostraría que sería capaz de afrontar cualquier reto.

Su abuelo lo miró con seriedad.

—No importará dónde estés, te harán ir y de nuevo tendrás que elegir si quedarte en el mundo del hombre blanco o regresar. Guarda bien el papel que te dio tu madre. El matrimonio lo

bendijeron los Santee, pero un juez blanco le dio la validez. —El anciano se sonrió con un recuerdo que se materializó en su mente—. Cuando le dije a tu padre que si quería a mi hija no bastaría solo con mis bendiciones… Se creía un tipo listo y creyó que éramos incautos. El hombre blanco piensa que sabe más que el resto. No siempre es así. Tu madre se enfadó mucho conmigo cuando él se marchó a su tierra y no regresó. Me acusó de no haberla avisado de su muerte. Yo no lo sabía. Los espíritus no me cuentan todo, Águila Negra. No es bueno conocer los sucesos que están por devenir, pero sí debemos aprovechar la ventaja de los susurros que nos ofrecen los ancestros. Somos un pueblo libre y por eso vivimos con la gloria de nuestra independencia. Ingleses, germanos, holandeses, incluso los colonos quisieron vernos desaparecer… No debemos permitirlo. ¿Lo entiendes?

—Sí, abuelo. No debo seguir mi corazón, sí tengo que ser inteligente y sobre todo debo casarme con la hija de Oso Bravo. ¡Ah!, y no perder el papel que me ha entregado mi madre esta mañana. Lo he memorizado todo, Caballo Salvaje. Seré un buen jefe porque he aprendido del mejor —expuso el joven con autoridad.

El abuelo se quedó observando a su nieto. Veía al esposo de su hija ante él. Era un joven más alto que los demás para la edad que tenía. Su cuerpo era el de un guerrero, ancha espalda y hombros fuertes que debían servirle para soportar lo que descansase sobre ellos. Las pinturas rojas y amarillas que usaba en el rostro, bajo los ojos, junto con su larga cabellera negra que llevaba suelta, demostraban que era un auténtico Santee. Engendrado por un hombre blanco, pero con la fuerza de un bisonte. Creado para poder caminar por ambos mundos. Hizo bien en otorgarle a su hija a Cuervo Negro. Era un hombre dolido cuando llegó a su tierra y su hija curó su alma por la pérdida de su primera esposa.

—Recuerda que el dolor es parte de la vida, nos hace más fuertes y que no morimos, Águila Negra. Cuando nuestro espíritu se separa del cuerpo somos verdaderamente libres. ¡Recuérdalo! —gritó.

—Lo haré —dijo con solemnidad.

—He hecho mi mejor trabajo contigo. Haz que esté orgulloso. No me olvides, Águila Negra.

—Nunca. —Sonó a promesa.

—En las horas más bajas, cuando tu corazón ruja, convócame y acudiré a ti. ¿Lo harás como te digo?

—Por supuesto.

—Bien. Ahora que crees que has escuchado a un viejo indio que solo dice tonterías, ve a atender tus cosas. —Era evidente que su nieto deseaba marcharse.

—Gracias, Caballo Salvaje.

—¡Águila Negra! —lo llamó mientras descorría la tela del tipi para salir.

—¿Sí?

—No está bien que le lleves flores a Vergel Azul. Ella no está destinada a ti —lo avisó con seriedad una vez más.

El gesto del joven fue un ligero asentimiento hecho con la cabeza antes de salir de la tienda del gran jefe Santee.

Su mirada buscó por el campamento el rostro que más le interesaba ver. Era una amiga con la que se había criado. Ambos sabían que su destino no era estar juntos, pero eso no evitaba que sus deseos nublasen su razón.

Era preciosa. Muy parecida a él, dado que tenía el pelo negro y los ojos del mismo color, pero más cálida y dulce. Vergel Azul era un ángel etéreo, delgada, bella, sugerente, y él la amaba y deseaba. Caballo Salvaje le había dicho una y otra vez que no podía ser. Se debía a su tribu, a su familia. Había sido engendrado y criado para ser el jefe de todos y no lo conseguiría si la hija de uno de los mejores guerreros del asentamiento no lo apoyase cuando se produjese la partida de su abuelo.

Sus ojos no tardaron demasiado en encontrarla. Ella desvió la mirada en cuanto se fijó en él y siguió caminando, con aire desafiante. Águila Negra supo que lo estaba retando a seguirla. Una última vez. Una charla y se despediría de ella para siempre. Tenía empeñado su

honor con la tribu y debían ser fuertes. Su abuelo no le había permitido ni tomarla como a una segunda esposa… ¿Por qué? No lo entendía. El sabio jefe tan solo decía que ella no era parte de su vida.

Salió a la carrera y cuando estuvo cerca de ella la tomó en un abrazo desde atrás con el fin de darle un susto. Ella no gritó. Él se acercó a su oreja, y mientras la sostenía en alto le susurró:

—Te has dejado el pelo suelto porque yo te lo pedí. No deberías hacerlo, Vergel Azul. No puedes permitir que me acerque a ti. No estamos destinados a formar parte el uno del otro.

—¿Por qué? Yo te amo. Tú me correspondes… ¿Qué mal puede haber? Estoy dispuesta a que te cases con la esposa que Caballo Salvaje ha elegido para ti. Solo pido ser parte de tu vida —repitió una vez más como tantas otras había hecho.

—No puede ser. Así que deja de buscarme y no me tientes. Te he dado lo que he podido, no merezco más y tú tampoco —dijo al tiempo que se acercaba para olerle el pelo.

—¡Eres tú quien no puede mantenerse lejos de mí! —le echó en cara molesta.

—Porque te amo —confesó sin vergüenza, pero sabiendo que era una relación imposible. Si su abuelo había puesto tantos impedimentos, eso no podía ser y él respetaba al hechicero y gran jefe de los Santee.

—Huyamos, Águila Negra. No podré verte cada día y no hablar contigo. Sabes que si nos quedamos deberemos obligarnos a hacer como que el otro ha muerto. ¿Puedes quedarte lejos de mí? Porque yo soy incapaz. El poblado no es tan grande como para poder evitar que yo…

—Hoy será el último día, mi preciosa Vergel Azul. —La depositó en el suelo y la giró para que quedase frente a él. Ella mantenía la cabeza baja. El joven le pasó los dedos por las mejillas para recoger sus lágrimas.

—Dame un beso. Mi último beso antes de que muramos los dos hoy aquí. Enterraremos este amor que no debimos alentar. —Sonó más brusco de lo que pretendió.

Ella se envaró.

—¿Para qué? ¿De qué me servirá? No pienso besarte jamás ni que lo hagas tú… No volverás a tener ninguna parte de mi cuerpo para que la acaricies.

—Dame la despedida que te pido —ronroneó con un tono de voz sugerente y paciente. Fue una súplica que él sabía que surtiría efecto.

—No podemos huir, ¿verdad? —inquirió con pesar.

Ella levantó la mirada y se acercó a sus labios. Los dos se besaron en un toque sereno, destinado a poder controlarse y no encender la llama de la pasión que podría consumirlos como dos almas ansiosas.

—No puedo, Vergel Azul. Es lo que soy, para lo que he nacido. No sería feliz si dejase a mi tribu.

—No soy importante para ti… Tu honor. El guerrero mestizo llegado para caminar entre el hombre blanco y hacer justicia cuando se requiera… —La joven india conocía bien lo que se esperaba de Águila Negra.

—Lo siento. En nuestro corazón sabremos lo que somos el uno para el otro, pero no más allá.

—¡Vete! —Le dio un empujón. No lo movió ni un ápice de su sitio—. Date cuenta de que es nuestra última conversación. Condenados a vivir en el mismo lugar y obligados a saber que el uno está muerto para el otro. ¡Vete, Águila Negra! —gritó más fuerte—. Espero que los espíritus te traigan el reconocimiento que deseas junto a la mujer que no te ama.

Él la soltó en ese instante. Tragó saliva con malestar. La observó. El llanto era más que notable, las lágrimas salían como si fuesen un río enfurecido incapaz de contenerse. Él asintió. No tenía caso seguir haciéndose más daño con algo que no debía ser.

Se dio la vuelta y se marchó de allí dispuesto a olvidarse de ella, costase lo que

costase. Emplearía cada pizca de su gran fuerza de voluntad para alejar a la única mujer que había querido desde que nació. Ella era su amiga más especial, la joven que lo conocía mejor que él mismo.

Águila Negra sabía, sin que los espíritus le hablasen, que se avecinaban grandes cambios y que debía estar preparado para afrontar su nuevo porvenir.

Sospechaba que a su abuelo se le escapaba la vida y que no duraría demasiado. El jefe se había preparado para partir de este mundo y vagar libre sin la carga de su cuerpo. Toda la tribu lo sabía.

Y así fue como pocos días después, el hombre que lo había guiado como si fuese su propio hijo, se marchó en paz, en silencio, sin sufrimiento. Caballo Salvaje se acostó una noche y no volvió a despertar.

Águila Negra sintió el peso de la obligación en cuanto se anunció la muerte del gran jefe. Su boda se celebraría en pocas semanas y el padre de la mujer que formaría parte de su vida lo respaldaría cuando tuviese que luchar por el liderazgo contra quienes lo consideraban indigno.

Lo que jamás hubiera podido aventurar el joven y orgulloso guerrero mestizo fue que, dos días después de que su abuelo falleciese, varios indios de una tribu del sur llegasen al valle del Río Rojo para secuestrar a diez mujeres que habían ido al río a coger agua y lavar la ropa.

Vergel Azul y su propia madre habían desaparecido. No se lo pensó dos veces, se cargó el arco y las flechas a la espalda junto con el Hunt, sin olvidar el machete que le legó su abuelo, dispuesto a ir de caza. Mientras los demás hombres se organizaban, él salió a la carrera. No había tiempo que perder y se creía invencible. Los espíritus estaban con él, podía sentir cómo le susurraban al oído.

No tardó demasiado en localizarlos porque era un excelente rastreador, tal vez el mejor de todas las tribus Siux. Bajó de su caballo antes de llegar hasta la posición de los salvajes y poder ganar usando el factor sorpresa. Cuando escuchó los gritos de las mujeres que habían apresado y vio lo que hacían con ellas, aprovechó la debilidad de los diez hombres que tenía ante sus ojos y comenzó a disparar para hacer de la tarde una lluvia de certeras flechas destinadas a

matarlos sin compasión. Nadie robaba a los Santee y salía con vida. Menos, violentaba a sus mujeres y se iba sin pagar su sacrilegio.

En cuanto los otros indios se dieron cuenta de lo que sucedía, trataron de contraatacar, pero viendo que él era más rápido, veloz y letal, decidieron comenzar a masacrar a las mujeres.

Cogió el Hunt dispuesto a apuntar al corazón y así no darles tiempo a que malheridos pudieran hacer acopio de sus fuerzas y las matasen. También usó el machete para sesgar cada vida que se cruzó en su camino. Debía salvarlas. Tenía que encontrar a su madre y a la mujer que amaba. No podía fallarles a las dos indias más importantes de su vida.

Luchó, con todo lo que tenía para dar, hasta que no quedó ni uno en pie. El machete ensangrentado, e incluso él mismo, estaba impregnado de ese hedor metálico a sangre. No importaba que tuviese varios cortes en su cuerpo. La furia rugía en él con una fuerza arrolladora.

Entonces sucedió lo peor que pudo pasarle a un hijo. Vio a su madre degollada, desnuda. Sus bellos ojos negros lo miraban inertes. Gritó con todas sus fuerzas. Observó al hombre muerto que había a un lado y su machete cortó todo lo que se puso en su camino. Sacó su corazón y lo aplastó con las manos.

—¿¡Vergel Azul, dónde estás!? —gruñó con desesperación. Varias mujeres que habían conseguido salvar la vida estaban atendiendo a las heridas. Él veía a otras dos mujeres sin vida apostadas junto a su madre. No eran ella.

—¡Está aquí, Águila Negra! —lo llamó una muchacha a la que él conocía bien. Buscó, entre el claro del bosque, la voz. El sol se estaba poniendo, la noche no tardaría en llegar. La había encontrado. A la otra mujer más importante de su vida, tirada en el suelo… Se acercó a la carrera.

Contuvo el grito que pugnaba por salir cuando la vio con un puñal clavado en el estómago. Miró a las tres muchachas que estaban con Vergel Azul y todas negaron con la cabeza. No había esperanza. Se trataba de una herida mortal.

—Mi guerrero fiero… sabía que vendrías a por mí. Lo sabía.

Se dejó caer de rodillas y acercó el torso de ella hacia él. Le acarició el pelo.

—Lo siento, mi preciosa guerrera, lo siento… lo siento… lo siento… Perdóname, por favor. Vive, no te dejaré. Vive, los dos juntos seremos uno. Vive, iremos a donde tú quieras. Por favor, Vergel Azul, no me dejes… Te lo suplico, por favor. Tú también no…

—Te amo, Águila Negra, siempre lo haré. Sé feliz por los dos —pronunció sus últimas palabras haciendo acopio de la poca fuerza que sentía en su ser.

La luz de su ángel se apagó de la forma más trágica posible. Un grito visceral, crudo, agónico, más parecido a un animal fantástico llegado del infierno de los creyentes en el Dios del hombre blanco, surcó el silencio. Muerte. Venganza. Su corazón había clamado por la vida de la mujer que lo había engendrado y por la que dejó escapar. La razón nubló su buen juicio. Debió haber esperado al resto para rescatar a las mujeres. No lo hizo. Rayo de Luz y Vergel Azul estaban en peligro y él debía actuar porque era el mejor Santee de todos los tiempos. Caballo Salvaje se lo había repetido desde que aprendió a hablar la lengua de los Siux.

Había salvado a seis mujeres y matado a diez hombres. No importaba. Su corazón había rugido, pensó en su abuelo, y solo sintió el poder de los espíritus de su tribu recorriendo todo su cuerpo para darle fuerza. La victoria sabía a mezcla de sangre y estiércol de bisonte.

Capítulo 1

Una salida complicada

Londres, 1886.

Jane Hertford tenía tantos problemas en los que pensar, que no sabía cuál atender primero. Su vida hubiese sido más fácil si fuese una mujer casada. Con veinticinco años pocas probabilidades tenía ya para que algo así sucediera. ¿Bonita? No. La belleza consumada de la familia era su hermana Dana y ahí radicaba su mayor preocupación y ansiedad. No se trataba de que Jane no fuese una mujer encantadora, lo tenía todo para haber sido deslumbrante, es decir, cabello dorado como el sol de la mañana, ojos marrones como la tierra húmeda y una figura un poco más redonda de lo que se aconsejaba, pero cuyos senos sí causaban sensación. Así pues, el cuadro que la realidad pintaba de ella era delicioso si se miraba por partes separadas, pero no tan excitante en su conjunto. ¿Por qué? Porque pese a tener físicamente todo lo que tenía valor, nadie le había prestado la atención suficiente a Jane.

Además, los caballeros que se habían interesado mínimamente en ella, al conocer a Dana la habían dejado de lado, unas veces con discreción y otras con poca cortesía. Su abuelo por parte de padre, antes de morir, había intentado concertar un matrimonio para ella a fin de proteger a ambas hermanas. Dos veces fue rechazada por la vía que el abuelo ideó.

Su hermana era más joven que ella, tenía veintiún años, y aunque tuviese todo lo necesario para elegir al mejor partido de Londres, Dana no era capaz de pensar en los hombres ni deseaba su aceptación o compañía. La pequeña de la casa era increíblemente bella. Una muchacha con fuego en su cabello. La pelirroja tenía los ojos verdes, más brillantes que una esmeralda, no era ni baja ni alta y su complexión era tan delicada que parecía un ángel llegado

del cielo. Era muy habitual que los hombres se obsesionasen con ella. Dana solía decir que su belleza era una maldición enviada para castigarla por haber matado a su madre durante el parto.

Jane sabía que esto era una insensatez, pero Dana no atendía a razones. La cosa se complicó hasta extremos insospechados cuando su padre murió prematuramente a causa de las fiebres, años después de que lo hiciera su esposa. Se quedaron, siendo muy niñas, bajo el ala del abuelo, el conde de Alastor, quien se había ganado el título gracias a sus acciones militares en el levantamiento de la India. Si su padre hubiese sobrevivido a la enfermedad que se lo llevó, tal vez ambas hermanas Hertford hubiesen estado a salvo de las inclemencias del Maligno. Pero Jane lo dudaba porque su padre no era fuerte. No le habían enseñado a serlo, solo a suceder al abuelo en el título.

Demonio. Una palabra que decía tanto y a la vez tan poco sobre el carácter de un hombre… Era la denominación que utilizaba Jane para referirse al heredero vivo del abuelo, el hermano pequeño de su padre. George Hertford lo tenía todo para ser cautivador, pues siempre resultó, en opinión de muchas damas, uno de los hombres más apuestos de todo el reino. Londres se rendía a sus pies porque nadie conocía la verdadera naturaleza de ese demonio, que bien podría ser hijo del mismísimo Lucifer.

El abuelo las había protegido cuando envió lejos a su heredero hacía años en alguna especie de misión, pero los tres sabían que la solución sería temporal, pues según la ley, no era posible desheredar a un hijo legítimo que fuese el siguiente en la sucesión de un título. El Demonio volvería. El anterior conde creyó haber tenido más tiempo, pero un fulminante ataque de apoplejía se lo llevó de la noche a la mañana. Los médicos no entendieron la excesiva severidad que sufrió el conde de Alastor cuando falleció. Su abuelo murió. El último reducto que las separaba de su condena ya no estaba. Y el Demonio, George, se convirtió en el nuevo conde, regresando más feroz y con más hambre que nunca.

La historia familiar era del todo curiosa. Pudo haberse tratado de dos hermanos que lucharon por la misma mujer, donde el pequeño se conformó con la pérdida y siguió con su vida. No. No fuese ese el caso de los Alastor. Era algo muchísimo más profundo. Su padre, Trevor, con el mismo nombre que su abuelo, consiguió a la madre de las hermanas Hertford, pero el tío George no se echó a un lado como se hubiese esperado que lo hiciera un caballero. No le habían enseñado a conformarse y no luchar por lo que creía que merecía. Cierto que se mantuvo alejado hasta que, por lo visto, no fue capaz de permitírselo más. Violentó a su madre y la paternidad de

Dana no estaba asegurada del todo por los tiempos en los que ocurrieron los sucesos. Lo que estaba claro era que Dana sí era la verdadera hija de su madre, porque más allá de haberle dado la vida, era un calco de la que nunca llegó a ser condesa de Alastor.

Ahí empezó el calvario de las hermanas, pues el Demonio se fue obsesionando con la pequeña Dana hasta el punto de que el abuelo se vio en la obligación de enseñarle a Jane lo que sabía, a defenderse. Y el anterior conde se quedó maravillado cuando vio que ella tenía predisposición para ser excepcional en lo que la instruía. El abuelo no se lo pensó dos veces, porque el carácter de la joven era temperamental, fiel retrato de sí mismo, más que de su propio padre, según solía decir con sumo orgullo el anterior conde de Alastor.

El trabajo de la Corona siempre mantenía al Demonio lejos, pero cuando su padre murió… Dana, desde bien pequeña había sufrido el acoso de su tío George, las miradas lascivas que le daba hicieron que al fin el abuelo le apuntase con su viejo fusil de la guerra y le avisase de que si ponía un pie cerca de ambas, lo mataría sin pestañear. Jane tuvo que mediar en aquella situación. El Demonio había acorralado a una Dana de poco más de diez años en la biblioteca y cuando llegaron, la tenía desnuda y llorando, pero gracias al cielo no consiguió su meta. Si Jane no se hubiese levantado aquella noche a por un libro, no habría escuchado el llanto de Dana y no habría despertado al abuelo. Su hermana le contó que no era la primera vez que su tío pedía que ella hiciera cosas extrañas, como desnudarse o besarlo en los labios y que lo acariciase en el pecho, pero no había ido más lejos, porque George deseaba esperar a que fuese una mujer de verdad. Su hermana le repitió las palabras de ese maldito y a ella se le descompuso el estómago.

El abuelo consiguió echar al Demonio para seguir en el supuesto Edén, pero el Maligno regresaría tarde o temprano y Dana no tenía el temple que Jane poseía. La hermana pequeña era grácil, delicada, bella, no tenía maldad alguna. Una solución se hacía necesaria y las medidas más extremas tuvieron que ser tomadas en consideración.

Habían pasado más de diez años sin que el mal perturbase Alastor House, pero el Príncipe de las Tinieblas había regresado y deseaba más que nunca a Dana. Lo había visto observar a su hermana desde que llegó hacía dos días a Londres. Un depredador estudiando a su víctima. Era el mismo canalla, Jane lo sabía. No podían quedarse o el Demonio destruiría a su adorada y dulce hermana. Había tratado de protegerla esos pocos días en los que George llegó a sus dominios. El abuelo les había provisto un fideicomiso que él no les permitiría tocar. No sabía cómo lo lograría, pero el tío George las dejarías solas y sin recursos para que tuviesen que

permanecer a su lado. El parecido que Jane tenía con su padre la había salvado de ser el objeto de su demencia, y a veces había rezado para que fuese ella la que tuviese que lidiar con el Demonio y no su hermana, porque Jane daría su vida por Dana sin pestañear. Era extraño, porque mientras a su hermana la observaba de esa manera enfermiza, a ella la miraba con cierto orgullo, casi podría decirse que había un poco de admiración y eso la desconcertaba. Percibía como si él estuviese jugando con ella, pero no adivinaba el motivo.

—¿Sigues queriendo hacer lo que planeaste? —la pregunta de Dana la sacó de sus cavilaciones.

Ambas hermanas se encontraban en la habitación de la mayor porque Dana dormía con ella desde que el Demonio había regresado. George se había reído de Jane en una clara alusión a que no podría mantener el objeto de sus deseos alejado de él. Una cerradura no le impediría obtener lo que tanto tiempo había estado esperando y la había acusado de hacer más intrépido el juego al que él estaba dispuesto a jugar. Tío George era un hombre perverso y retorcido que no estaba en su sano juicio y el abuelo no había conseguido un esposo para Jane que tuviese la fuerza y el temple necesario para enfrentarse a un demonio inteligente, apuesto, rico y poderoso. El nuevo conde de Alastor tenía amistades en todas partes y sus tentáculos eran extensos. El abuelo deseaba para su nieta un hombre fuerte, capaz de desafiar a quien fuera para que las mantuviese a salvo. Dos varones respondieron a las cualidades que el anterior lord Alastor había seleccionado para el esposo de Jane, pero aquello no resultó y ellas tenían que enfrentarse a sus problemas.

—Sí. Dana, lo que debemos hacer está claro. Cuanto más lejos vayamos, mejor —apuntó Jane con determinación. La situación era insostenible.

—No me convence tu plan, Jane. Temo escapar de un monstruo y acabar en la casa de otro peor. —El plan de su hermana parecía sólido sobre el papel, pero en la realidad…

—Si temes por el viaje, ya te he dicho que será fácil para ambas. Tú serás mi hermano y yo la novia por correo que llega a Crystal City para casarse con un vaquero rudo que nos protegería en el improbable caso de que el Demonio nos encuentre.

—Pero nos encontrará. Lo sé, Jane, él no me dejará en paz… Es mi culpa que él me desee. Maldigo la belleza. Desearía haber nacido mediocre, sin gracia ninguna, o mejor como un

hombre. Es duro, hermana. No consigo olvidar el asedio al que él me sometía. Y luego estás tú… Te pongo en aprietos, no puedes disfrutar de tu vida, porque debes estar pendiente de mí siempre. A veces siento que debería…

—¡No! —la frenó su hermana. Jane dejó de empacar las dos bolsas y se fue hasta la cama, donde Dana figuraba sentada y comenzaba a lagrimar—. Te quiero, eres mi hermana y te prometo que te protegeré de todo mal. Tú no has hecho nada para propiciar que la mente de nuestro tío se pudra. Mi vida ha sido buena porque he estado contigo y he sido feliz. He tenido más libertad que otras muchachas que solo hubiesen ido a bailes para buscar esposo. El abuelo me enseñó bien, Dana, debes confiar en que sé lo que hago.

Incluso cuando el abuelo estaba vivo, ella ya planeaba hacer algo como lo que iban a emprender las dos, porque no podía seguir viviendo así. Se lo ocultó al anterior conde convencida de que se opondría. Era la solución más fácil para todos. La mayor de las hermanas Hertford no encajaba en Londres. Su lugar no estaba ahí.

—Confío en ti, Jane. Lo hago con mi propia vida. He permitido que cortases mi preciosa melena —lo acababan de realizar hacía unas pocas horas—, me he puesto unos pantalones, un chaleco y el sobretodo del abuelo, porque sé que es lo que debemos hacer.

—Dime quién eres, hermana.

—Soy el señor Dan Hertford, tu hermano.

—Perfecto. Todo va a salir bien. Nos escaparemos esta noche. Él regresará tarde. Habrá ido a un burdel y volverá a altas horas de la madrugada, pasado de alcohol. He cogido dinero del lugar secreto del abuelo. Con lo que tenemos nos apañaremos hasta llegar allí. Él siempre decía que mi mejor opción hubiera sido desposarme con un americano que no tuviese miedo a nada, pues bien…

—Sí, sí, sí —la interrumpió Dana—, ya sé que ver ese anuncio en el periódico te supuso una señal para ofrecerte.

—No me estoy ofreciendo. Los matrimonios arreglados siguen siendo muy frecuentes.

El señor Jeremy Andrews, con quien he intercambiado cartas durante…

—Sí, sí, sí —la volvió a cortar—, también sé eso, hermana, yo estaba delante cuando tú leías sus cartas y babeabas por la nueva vida que Jeremy Andrews nos daría. —En honor a la verdad, Dana debía reconocer que, si todo lo dicho era mentira, al hombre deberían darle un premio al mejor mentiroso del planeta, porque se veía sencillo, muy cabal, amigable y honesto… al menos por carta.

Jane frunció el ceño y miró a su hermana desde su posición. Ella estaba de pie frente a Dana, quien seguía sentada en la cama.

—¿Crees que también se echará atrás?

—Dos hombres no quisieron aceptar el contrato que plasmó el abuelo, eso no implica que el resto lo vaya a hacer, Jane. Solo demuestra que fueron dos malditos que no te merecían.

—¡Dana, no maldigas! —la regañó.

—Me has convertido en un hombre, hermana. Debo comportarme como tal, así que trata de no regañarme a menudo o todos nos descubrirán. —Se quedó un momento pensativa—. Bien pensado, no creo que nadie se crea que soy tu hermano. Creo que no parezco uno de ellos. —Ella se señaló a sí misma.

—Eres un hombre muy bello, pequeño, delgado, pero un varón al fin y al cabo —repuso la rubia.

—A eso precisamente me refiero. Los hombres son masculinos, no bellos. Y más si hablamos de vaqueros. ¿Estás segura de que no preferirías instalarte en otro lugar? ¿Italia? ¿España, tal vez?

—No está lo suficientemente lejos, ya lo hemos hablado, Dana. El señor Andrews tiene dos años más que yo, su padre, con quien vive en una confortable casa y que también ha aceptado que me acompañes sin poner impedimentos, tiene un aserradero que algún día será de él y no pasan penurias. ¿Qué más podemos pedir?

—Que no sea un demonio… —susurró Dana entre un largo suspiro.

—No lo será. Y si lo es, nos marcharemos a otra parte —dijo despreocupadamente Jane.

—No estoy segura de nada, hermana. Texas es el lugar más salvaje de todos los Estados Unidos de América.

—Y por eso es por lo que vamos a ir allí —razonó con tranquilidad.

—No sé… —dijo en un puchero Dana.

—¿Cuál es el problema? —preguntó un poco irritada Jane.

—¿No te parece extraño que un excelente partido busque una esposa a la que no conozca? Es desconcertante. Sospechoso.

—Es común arreglar matrimonios sin conocerse. Sabe que soy una mujer fuerte y que le ayudará en todo lo que precise. Es pelirrojo, como tú, y también tiene los ojos verdes. Tal vez sea igual de bello que tú, Dana —se mofó su hermana.

—Eres una mujer horrible por burlarte de tu pobre y precioso hermano —la regañó mientras trataba de contener la risa.

—No puede ser peor que vivir aquí, Dana —le dijo con franqueza Jane—. Debemos intentarlo. El barco sale en pocas horas y con algo de suerte el Demonio estará dormido hasta bien entrada la tarde. No sabrá adónde nos hemos ido y, con otra pizca de suerte, no volveremos a saber nada de él.

—Está bien. No perdemos nada por intentarlo. La seguridad con la que dices que todo saldrá bien es contagiosa, Jane, siempre lo fue.

—Ayúdame a colocarme la capa y nos marcharemos de inmediato. Debemos aprovechar la noche.

—¿Has cogido las pistolas del abuelo?

—Tu pregunta me ofende, hermana. ¿Tú llevas el cuchillo?

—Tu duda también me inquieta, Jane —le dijo con una ceja levantada—. No soy tan buena como tú porque el abuelo no quiso enseñarme, pero puedo defenderme, ¿sabes?

—Lo sé, cariño.

Dana le colocó la capa gris perla que una vez fue de su madre y se abrazaron.

—Todo va a salir bien, Jane. Lo presiento.

—Yo también. Seremos libres. Tú y yo.

Un sonido sordo, proveniente del piso de abajo las alertó. Un jarrón se había caído al suelo.

—El Demonio… —susurró con nerviosismo Dana, al tiempo que tragaba saliva con fuerza.

—¡Mileceeent! —Oyeron desde abajo un rugido.

—¿Por qué llama a mamá, Jane?

—Debe estar tan borracho que no sabrá a quién se refiere. No te preocupes. Aguardaremos en la habitación hasta que se interne en la suya y entonces nos escaparemos.

—¡Esta noche volverás a ser mía, perra del infierno! Hoy gritarás como la última vez y no habrá nadie para socorrerte de nuevo. —La voz se acercaba hasta ellas. Las dos hermanas estaban cogidas de la mano. Dana tenía el cuchillo cerca y Jane estaba dispuesta a protegerlas como hiciera falta.

—¿Por qué dice eso, Jane? ¿Qué le hizo a nuestra madre? —preguntó con inquietud Dana.

—Son los desvaríos de un hombre enfermo —improvisó. No le revelaría la verdad a su hermana jamás. A ojos de todo el mundo, ella era la hija del hombre que la crio y no del que quería dañarla.

No tardaron en escuchar fuertes golpes sobre la puerta. Los puñetazos que el Demonio daba eran preocupantes, también las fuertes patadas.

—Echará la puerta abajo —susurró Dana.

—No lo hará. Se cansará antes de conseguirlo. Es una madera fuerte —dijo Jane al tiempo que rezaba una breve plegaria para que su conjetura fuese una realidad.

Poco después el silencio llegó.

—Se ha acabado. —Dana estaba convencida.

—No lo creo. Es listo. No lo olvides nunca. No debemos subestimarlo. Cojamos nuestras cosas, cuando sea prudencial saldremos para no regresar la mirada atrás, ¿de acuerdo, Dana?

—Sí —afirmó convencida de lo que debían hacer.

Después de media hora en la que se mantuvieron calladas y ocultas, Jane despasó el cerrojo y miró hacia afuera. Un pie grande se coló en la abertura de la puerta y ambas se sobresaltaron.

—Os creéis muy listas… Yo lo soy más. Te avisé de que no la podrías alejar de mí, Jane. Ni el viejo pudo, tampoco tu padre fue capaz de frenarme. Ella es mía y la tendré —amenazó, mientras Jane luchaba por no consentir la entrada.

La hermana mayor no logró contenerlo. George le dio una fuerte patada a la puerta.

Era más fuerte que ella y del empujón cayó al suelo y se golpeó con una mesa cercana. Vio como él entraba en la habitación y le gritaba a Dana por haberse cortado el pelo y parecer un muchacho. La insultaba y la tenía bajo su cuerpo, sobre la cama. Mientras observaba a su hermana pelear con él, Jane se tocó la parte de atrás de la cabeza, y los dedos mostraron sangre. Miró la mesa con la que se había golpeado y divisó una pequeña figura de bronce bastante pesada. Hizo acopio de todas sus fuerzas, se incorporó, cogió el objeto con la mano derecha para empuñarlo y sin pensarlo dos veces llegó hasta la cama para darle en la cabeza. El golpe fue certero y él se quedó quieto sobre Dana. Los lloros de su hermana cesaron al momento.

—¿Está muerto?

—No tendremos tanta suerte. —Comprobó que él respiraba—. Vamos, Dana, debemos marcharnos de aquí ahora mismo.

Las dos señoritas Hertford dejaron de ser las nietas del conde de Alastor para salir huyendo hacia una vida mejor, más dura, seguramente, pero menos infernal que la que llevarían al lado del Demonio.

Capítulo 2

Un resurgir civilizado

Crystal City, Texas, 1886.

El señor Travis Hutson era un hombre de treinta y un años, que siempre se veía más serio que alegre, más enfadado que relajado, hablaba poco y cuando lo hacía era para ordenar el trabajo o imponer su voluntad. Sí, no era todo malo, también era leal y honesto. Sus años de juventud, cuando fue otra cosa que el señor Hutson, quedaron atrás para ser sepultados bajo una gran losa, pues nada quería saber de sus orígenes indios, eso solo traía dolor y angustia. Si siendo joven ya poseía un aspecto fiero, en estos momentos que era todo un hombre, se observaba todavía más peligroso. Era corpulento y mantenía su cabellera corta, pero no demasiado. Su pelo negro solo le cubría la nuca y el color de la piel podía denotar que era de origen indio si se fijaban bien en ello. Mestizo. Una palabra que antaño fue poderosa y que en su tribu supuso una bendición… a medias. Las cosas cambiaron para él tras la muerte de las dos mujeres más preciadas de su vida y decidió romper con todo. Huir. Escapar. Olvidar. Empezar en otro lado.

Vagó varios años sin rumbo fijo hasta que se dio de bruces con un hombre que parecía más desgraciado que él. Un joven llamado Jeremy Andrews le contó sus desventuras y quiso reírse en su cara cuando aquel muchacho pelirrojo coincidió con él en un saloon de Minnesota, porque sus dolores del alma no eran tan importantes como él se creía. Contra todo pronóstico se hicieron amigos. Una combinación extraña, porque él era un mestizo y su amigo un sinvergüenza que se quejaba del control que deseaba ejercer su padre sobre su vida. Si todos los problemas del señor Hutson hubiesen sido eso…

La diferencia de edad también era importante porque Andrews tenía cuatro años

menos que él y ese muchacho necesitaba que alguien le echase un ojo. Travis tenía unos veinte años cuando se topó con el que sería uno de sus mejores amigos. Había algo en Jeremy que le recordaba a él, pero no era capaz de discernir lo que era, dado que eran completamente diferentes. Jeremy era todo afable, risas y despreocupación constante. Su aspecto también era más jovial que el de Travis. Uno oscuro, el otro claro. Eran muy diferentes pero se llevaban bien. Más que bien, de hecho.

Cuando se quedaron sin recursos, después de mucha diversión y alcohol, malviviendo la mayor parte de las veces, Jeremy Andrews lo invitó a seguirlo al gran estado de Texas y la suerte los llevó a ambos hasta Crystal City.

La primera vez que vio al otro hombre que Travis más admiraría en su vida, después de su abuelo, fue en el Orient Saloon. Jeremy había subido a divertirse con un par de bellezas que antes se habían peleado por irse con él a una de las habitaciones, y su atrevido amigo dijo que podía con ambas. El mestizo se quedó jugando a las cartas y se encontró con cinco hombres confabulados tratando de timarle. Sacó su machete para dejar clara su posición, pero un ranchero, el señor Mathias Foster, se colocó frente a él y con una sola palabra hizo que el grupo de timadores se marchase. Reconoció en el acto que era un hombre influyente. No usó la fuerza, no tuvo que persuadirlos demasiado… Travis no entendió cómo había hecho eso el hombre que probablemente le salvase el cuello de la horca… Un mestizo asesinando a cinco hombres blancos aunque fuese en defensa propia… Cualquier *sheriff* hubiese buscado la rama más alta para tensar la cuerda y proceder con el ahorcamiento sin necesidad de buscar a un juez.

Lo siguiente que hizo el señor Foster fue preguntarle sin temor ni amagos si estaba loco. A él, a un mestizo que olía a puerco, con un machete indio en la mano, le preguntó si había perdido el juicio. La respuesta de Travis fue hacerle la misma cuestión a él. Eso valió para que el hombre se carcajease y lo invitase a un trago de *whisky*.

Conversaron y enseguida le agradó Mathias Foster. Desde que encontrase a Jeremy Andrews, nunca nadie había captado su atención. El relato del señor Foster sobre su locura radicaba en que un hombre bastardo había conseguido construir un imperio con vacas. Travis Hutson entendió que en el mundo de los blancos era igual de importante el pedigrí y que un hombre sin padre reconocido era considerado como un deshonor gravísimo. Charlaron, bebieron y compartieron algunas vivencias del pasado.

Cuando el granuja de Jeremy decidió honrarlos con su presencia, le pidió trabajo en el Sarah Love, el rancho que dirigía Mathias Foster y que parecía ser una mina de oro en ciernes. Por lo visto, Andrews y el hombre eran muy conocidos, porque cuando el pelirrojo le dijo que deseaba trabajar para él, el señor Foster le aconsejó que fuese a ver a su padre al aserradero, pues el progenitor de Jeremy era el dueño, e hiciese las paces con el hombre. Jeremy se negó, porque era casi tan testarudo como el indio.

No supo bien cómo, pero Travis Hutson encajó como uno más del Sarah Love y en el propio pueblo de Crystal City. Tanto fue así que el señor Foster los convirtió, a Jeremy y a él, en su mano derecha e izquierda. El problema radicaba en que el señor Foster tenía un incordio por hija, y la señorita Sarah Lee Foster solo traía problemas. La beldad rubia se había acercado un día a él y le había preguntado si deseaba ser su hermano mayor. No pudo rendirse a sus tiernos ojos de gorrión y su preciosa sonrisa. Era una muñequita preciada para el señor Foster y Travis Hutson haría cualquier cosa por ella. Era su familia, al igual que el resto que tenía a su lado. La adoraba hasta tal punto que ella era la única que lo llamaba por su nombre indio. Solo Sarah Lee Foster podía referirse a él como Águila Negra sin que sintiese ganas de asesinarla… aunque Jeremy también lo hacía con demasiada habitualidad.

Habían sido muy cercanos. Los tres. Jeremy Andrews, Sarah Lee Foster y él. El indio la había enseñado a disparar y ella a cambio le regaló su primer Winchester, un rifle que dejó desfasado a su querido Hunt. Le gustaba que el señor Foster no hubiese criado a una dama remilgada. Sarah era dura, fuerte, una vaquera de los pies a la cabeza y se había ganado el respeto y la admiración de todos en el rancho. En su lecho de muerte, el señor Foster les pidió a Jeremy y a él que cuidasen de su tesoro más preciado y a cambio les ofreció tierras. Ellos se quedaron en el rancho porque era su casa. Los barracones en los que vivían, por decisión propia, se consolidaron como el hogar de Jeremy y de él.

Ay, pero la dulce Sarah Lee se convirtió en una mujer poco sensata que se acabó metiendo en un lío con un ranger llamado Denver Harris. Travis Hutson conocía al señor Harris bien porque le tuvo que atizar un puñetazo cuando él se atrevió a darle un beso a Sarah Lee cuando ella era una joven inocente. De acuerdo, la inocencia la perdió, en opinión del mestizo, demasiado rápido… Sarah era problemática. Bien, cuando lo derribó aquella vez por besarla y Travis Hutson vio la mirada que aquel joven Denver Harris le dio a Sarah, supo que volvería a cruzarse con él y que le traería fuertes dolores de cabeza. Una montaña entera de complicaciones…

Y las disputas llegaron, pero se solucionaron de buena manera. Sarah se convirtió en la señora Harris, dirigiría el rancho junto a su esposo, que era un exranger de Texas, y tenían dos hijos, mellizos, un niño y una niña, que esperaba que le diesen los mismos quebraderos de cabeza a la madre que Travis había recibido por parte de Sarah.

La vida de Jeremy tampoco era mala, un accidente ocurrido en el aserradero de su padre lo había hecho volver a casa a regañadientes para cuidar al hombre. Bueno. Al menos, Jeremy era un hijo responsable… ¿no?

Travis no debía quejarse. Le iba bien en el rancho. Era un hombre productivo con la única meta de tener su propio negocio con el ganado y los caballos.

No le interesaban las mujeres y cuando el padre de Jeremy Andrews lo llamó para hablar con él esperaba no acabar en el fuego cruzado que mantenían padre e hijo.

Conocía al señor Andrews porque había coincidido con él en reiteradas ocasiones en el aserradero y era del mismo tipo que Mathias Foster. No entendía bien los problemas que arrastraban y le daban igual. Así que cuando el padre de su amigo lo convocó por un asunto de suma urgencia que incluía la anotación: *novia por correo y recompensa*, Travis Hutson se vio en la obligación de acudir a su encuentro.

Un vecino de Sarah, llamado Jack Lowell, un viudo con dos hijos que quería cambiar de aires y mudarse a Austin, había puesto a la venta su rancho y esas tierras lindaban con las que le legó el difunto señor Foster, además, quedaba cerca del Sarah Love, y Travis no se lo pensó dos veces. Deseaba tener paz y no podía ver los arrumacos que Sarah hacía con su ya esposo. ¡No era natural para él ver a la pequeña Sarah hacer cosas de mujer con un hombre! Sí. Sí. La señora Harris era una mujer adulta, pero a los ojos de Travis siempre sería un pequeño gorrión.

Travis Hutson deseaba vivir en soledad con la cuadrilla de vaqueros que había seleccionado, criar su propio ganado, tener su propio dinero y ser su propio dueño. Quería estar y ser solo él. Había cumplido con el señor Foster en todo cuanto pudo y era momento de dedicarse a lo que mejor sabía hacer, pues no en vano, estaba considerado uno de los vaqueros con más prestigio del territorio de Texas por el trabajo realizado en el Sarah Love. Ese rancho era problema de Denver Harris y el exranger sería el que tendría que lidiar con lo que surgiese, en especial con los inconvenientes de ser el esposo de una vaquera temeraria y orgullosa como lo

era su esposa.

Deseaba tranquilidad. Le bastaba con que no le recordasen sus orígenes indios y con buscar la prosperidad para su nuevo negocio. Una vida sencilla. Tampoco deseaba recordar su parte inglesa. Lo convocaron en Londres seis años atrás, tal y como profetizó el gran hechicero Caballo Salvaje, después de que varios abogados del que fue conde de Ithorne, su padre, lo reclamasen en la gran ciudad… Decidió romper con aquello también. Descubrió que tenía una hermana, tres años mayor que él, y había puesto al marido de esta al frente de todos sus asuntos condales. No deseaba nada que no hubiese logrado por sus propios medios. Su hermana, fruto de un matrimonio anterior de su padre, no tenía nada que ver con él, y aunque Dríade, así se llamaba su hermana mayor, lo había tratado de retener a su lado, decidió que aquella vida no era tampoco para un hombre que deseaba la soledad y la libertad como única compañía.

Amaba Texas de igual modo que lo hacían Jeremy y Sarah. Era esa tierra árida la que le daba fuerza, poder y paz. Londres, o cualquier otra parte, no era para él. Travis Hutson era un salvaje que debía vivir en la más absoluta libertad, sin ataduras de ningún tipo. Se había sacado de encima la única que le quedaba, pues Sarah ya estaba asentada y era momento de seguir su camino y por eso llevaba ya un tiempo residiendo en el rancho de Jack Lowell, aunque la vaquera no lo sabía.

Mientras ingresaba en la casa principal dispuesto a despedirse de Sarah de una vez por todas e ir a buscar al padre de su amigo, sentía una especie de nostalgia que no esperó.

Abrió la puerta de la habitación de su patrona, después de llamar suavemente con los nudillos y se encontró con una imagen que atesoraría toda la eternidad. Sarah estaba meciendo a la pequeña Leah, era el nombre que la vaquera le había puesto a su hija en honor a su mejor amiga, fallecida años atrás. El niño, Jackson, dormía plácidamente en su cuna.

—¿Qué ha hecho esta vez mi esposo para molestarte? —preguntó Sarah al verlo aparecer.

—Nada. No lo he visto todavía. Creo que está en los establos aprendiendo sus nuevas tareas.

—Lleva mucho tiempo en el Sarah Love. No está aprendiendo, ya sabe manejarlo todo —lo reprendió la vaquera.

Él la miró con seriedad.

—Lo que necesitará será mucha paciencia para tolerarte, Sarah.

—Y ahí una palabra bonita antes de marcharte… No, Águila Negra no podía entrar en mi casa, darme un abrazo, decir que me echará de menos y que no se irá porque no podría sumirme en esa desdicha.

—¿Estás llorando, mujer? —Fue una pregunta sin sentido porque la joven estaba sollozando mientras lo miraba.

—Nooooo —negó la obviedad con un puchero. Su hija se sumó a su llanto y el pequeño Jackson no tardó en unirse al coro.

Travis respiró hondo y se acercó a la cuna para cargar al niño en sus brazos. En cuanto lo tuvo a buen recaudo y se giró para observar a la madre supo que había cometido una fatalidad. Sarah Lee no lloraba, ella estaba sonriendo como una boba sin quitarle la vista de encima.

—No te atrevas a decirlo —la amenazó.

—¿El qué? —preguntó con fastidio—. ¡Si solo iba a decir que serás un padre magnífico cuando tengas tus propios hijos!

—Eso era lo que no deseaba escuchar —farfulló por lo bajo. El indio se acercó a la vaquera y le tendió a Jackson en el otro brazo que le quedaba libre.

—¿No me vas a dar un abrazo o un beso? —inquirió desilusionada.

—No me voy al otro lado del país, Sarah. Me instalo oficialmente en el rancho de Lowell, estaré aquí si gritas, en un abrir y cerrar de ojos.

—Ni yo soy capaz de alzar tanto la voz. No pretendas decirme que vas a vivir cerca porque no lo harás. Es más, no puedo prescindir de ti. No puedes marcharte del Sarah Love. No. No te lo permito.

—Saraaaaah —dijo con cautela.

—Eres cruel. Jeremy y tú lo sois. Os ha costado bien poco dejarme de lado.

—Eres una mujer casada, tu esposo no necesita a dos hombres interfiriendo en sus asuntos. Yo no podría quedarme callado viendo cómo lo dominas y haríamos todos un gran estropicio, mujer.

—¡Yo no lo domino!

—Lo haces y él está encantado. Deberías sentirte orgullosa, tienes a un ranger, a Colt el Rápido —era el nombre que le habían dado a Denver Harris debido a su destreza con ese tipo de pistola—, nada más y nada menos, pegado a tus faldas.

—Sí, bien. Suelo llevar más pantalones que otra cosa, aunque a él le gusto más cuando mis faldas desaparecen para mostrar… —Ella soltó una risita nerviosa.

—¡Espíritu de la lluvia, dame fuerzas…! —se lamentó el indio al escuchar la grosería de la dama.

—Tú me enfadaste primero. Es evidente que quieres hacer de esta despedida algo incómodo para que te eche a patadas y puedas librarte de darme un beso. No lo lograrás, Águila Negra.

—No me voy todavía, el señor Andrews me ha llamado por un asunto… Una cosa compleja que debo atender.

—¿Qué le pasa a Jeremy?

—No. Es su padre el que quiere que traslade a una novia por correo a su casa. Debo

traerla desde Austin. Llegan en un par de días.

—¿Has dicho una novia por correo? —Sarah estaba asombrada.

—Eso me temo.

—Jeremy no va a estar contento.

—Tal vez sea una mujer para el padre. El señor Andrews ha amenazado muchas veces con volver a casarse y engendrar a un hijo digno de su legado. ¡Quién sabe!

—Aunque el padre todavía es un hombre bastante joven y no es mal partido… Más vale que la mujer sea un encargo para él, porque si la trae para Jeremy… —Todo el pueblo de Crystal City sabía que padre e hijo no estaban en buenos términos y que si bien el accidente del señor Andrews había devuelto a casa a Jeremy, no sabían el tiempo que tardaría todo en saltar por los aires.

—Opino lo mismo. Ahora me iré a ver qué quiere exactamente que haga y me diga a qué hora debo recogerla. —El indio negó con la cabeza—. Sea para quien sea, una mujer que acepta un trato sin conocer a su futuro esposo debe tener una tara significativa. Creo que el señor Andrews no ha hecho el mejor negocio de su vida.

—Tal vez te equivoques y sea una belleza deslumbrante que tú mismo codicies —se burló ella.

—Sí. Y mañana tú te postrarás a los pies de tu esposo para que él haga de ti lo que se le antoje, y no me refiero a un aspecto indecente —rebatió con una mueca en cuanto la observó poner una sonrisa pícara.

—Eres tan desagradable, Águila Negra —se quejó.

—Mi mayor virtud es esa. Me ofende que no me conozcas todavía, Sarah.

—Dame un beso y vete.

—No.

—¿No vas a darme un beso? —inquirió enfurruñada.

—No es una despedida. Tengo que volver a por el resto de mis cosas.

—No te dejaré marchar sin obtener mi beso de despedida. Iré tras de ti a caballo para obligarte —lo avisó.

—Sé bien que serías capaz. Trata de no meterte en líos mientras no estoy cerca. Imagino que dentro de tres días estaré aquí. Tal vez antes.

—Trata —usó la misma fórmula que él— de no enamorarte en cuanto la veas —le dijo jocosa mientras lo observaba salir de la habitación.

—Intenta que tu esposo no te asesine antes de mi regreso, todos sabemos que puedes ser insufrible.

—¡Agggg! —ladró ella. Los niños se quejaron al percibir la molestia de la madre. La vaquera miró a sus pequeños y luego les dijo—: Mamá es un tesoro, Águila Negra es un mentiroso, papá nos quiere y nunca mataría a mamá aunque lo mereciera… —Luego se rio con alegría.

Sarah Lee Harris era, si no la más feliz, una de las mujeres más dichosas del mundo. Tenía todo lo que podía desear: amor, una bonita familia, un buen futuro para sus hijos y el Sarah Love, un rancho que era el orgullo de su difunto padre, del señor Foster, y de ella misma.

Le gustaría tanto que los dos hombres, a los que consideraba más unos hermanos que compañeros, encontrasen la felicidad que ella sentía…

Capítulo 3

La recogida de los paquetes

Travis Hutson llevaba un buen rato observando la estación de ferrocarril. Tenía la misión de llevar a casa de los Andrews a dos mujeres, una de ellas rubia. El padre de Jeremy no le había dado mayor detalle, ni él tampoco preguntó más para así, cuando su amigo le preguntase, poder decir que solo fue un encargo para transportar a dos muchachas. Dudaba de que el subterfugio funcionase, pero cuantos menos detalles tuviese mejor.

El bullicio de la ciudad no le agrada especialmente, demasiadas carretas, muchas personas transitando por la calle… Prefería la tranquilidad del pueblo.

Desde su posición, apoyado junto a un poste de madera, situado en la parte frontal del saloon más grande de Austin, que estaba justo al lado del banco principal de la ciudad, tenía una clara visión de lo que acontecía al otro lado de la calle. No había visto nada interesante hasta el momento. Tal vez la novia por correo se lo hubiese pensado mejor y decidió no viajar por medio mundo para venir hasta un lugar duro como lo era el buen estado de Texas.

—¿Águila Negra? —Oyó que le preguntaba alguien desde atrás. La respuesta del indio fue girarse para observar a la fuente del sonido y mirar, con una ceja alzada, al hombre que tenía cerca—. Perdón. No esperaba encontrarte aquí, señor Hutson —se corrigió de inmediato, en la forma de referirse a él, el intruso que lo había perturbado.

—Jack Lowell… siempre tan oportuno —dijo por lo bajo la segunda parte de la afirmación—. ¿Cómo te van las cosas?

Los dos se conocían desde hacía mucho, pues Lowell, quien tenía la misma edad que Sarah, había sido muy amigo de la señorita Foster desde pequeño. Aunque al mestizo no le era demasiado simpático el hombre, debía llevarse bien con él, dado que el traslado a la ciudad por parte de Jack le había servido para quedarse con el rancho de Lowell.

—De hecho muy bien. Mis pequeños Karl y Connor se han establecido muy bien en la ciudad. Mis hijos están entusiasmados.

—¿Ya tienes una madre para tus polluelos? —preguntó, al tiempo que regresaba la vista hacia la estación de ferrocarril.

—Bueno… En Austin tampoco hay demasiadas féminas, y después de lo que sucedió con Sarah… —Jack Lowell suspiró al recordar cómo había tratado por todos los medios cortejar a la que fue su mejor amiga. Una historia del todo curiosa que no venía al caso en estos instantes. Lowell suspiró fuertemente otra vez. Ser un viudo con dos hijos pequeños a los que atender, y poseer una apariencia más que aceptable… no era garantía para poder atrapar a una mujer.

—Ella no era para ti —se limitó a rebatir. Trató de no darle demasiado peso a esa expresión que tantas veces se había colado en su mente para recordar su turbulento pasado con Vergel Azul.

—¿Por qué diablos nunca te gusté, hombre? Ni siquiera reconociste que hice un buen trabajo cuando trataron de asediarnos en el Sarah Love. —Eso fue el año pasado, tal vez hacía un poco más. Tuvieron que luchar juntos en una especie de trifulca que amenazó la paz del Sarah Love y salieron airosos de aquella gran complicación. El mestizo recibió entonces la primera herida de guerra, un balazo en el brazo derecho que sanó con normalidad.

—No es cuestión de gustos, Lowell. Tú no permitías que Sarah mirase más allá de tus espaldas y yo era un hombre que ya llevaba demasiado tiempo cuidando de ella. Hasta que no desaparecieses yo no tendría libertad para seguir mi camino —le explicó con serenidad.

—Sarah siempre fue mi mejor amiga. La quería tanto como para pedirle que se casase conmigo después de que mi amada Leah falleciese… Esperé un tiempo prudencial y ni aun así me quiso. ¿Qué culpa tengo de que ella no me aceptase?

—Olvidemos el pasado, Lowell. Busca a una madre para tus muchachos —le recomendó.

—¡Claro! —exclamó con ansia—. ¡Como si no llevase años intentando hacer eso! ¿Te han dicho alguna vez que no eres de demasiada ayuda?

—Pide una novia por correo —le comentó de modo casual.

—¿Qué?

—Una mujer que quiera casarse contigo sin conocerte. Los periódicos están llenos de anuncios. Solicita una de esas y asunto resuelto.

—¿De dónde has sacado esa idea, Águila…? —La mirada torcida que el mestizo le volvió a dar hizo que Jack se silenciase. ¡Era por culpa de Sarah que él se había habituado a usar el nombre que sabía que al indio tanto le disgustaba! Su mejor amiga era la única que no corría peligro cuando lo llamaba de ese modo.

—El padre de Andrews ha hecho justo eso. Pregúntale a él.

—¿Pretende casarse a sus años?

—No es tan mayor, tuvo a Jeremy siendo un muchacho, y está en su derecho si desea compañía.

Lowell silbó en ese momento ante la ocurrencia que había tenido.

—Espero que tengas razón, porque si le ha comprado una novia a su hijo para que siente la cabeza… Jeremy se enfadará hasta tal punto que puede que vuelva a largarse y nunca regrese.

—Lowell… ¿no tienes cosas que hacer? —A ver si así se iba de una vez. Travis Hutson no era una persona a la que le apasionase sociabilizar.

—Sí, claro. Me dirigía a visitar a un cliente que me ha pedido una hipoteca sobre un rancho. Soy un banquero prestigioso, ¿sabes? Los números me adoran y yo a ellos. ¿Quién iba a decirme que dejaría de ser un vaquero y que serviría mejor para…? —El viudo, como lo solía llamar Águila Negra cuando se refería a él, se quedó callado un instante. El mestizo ladeó un poco la cara para ver el motivo por el que el parloteo había cesado. Siguió la trayectoria de la vista de Lowell y pronto se dio cuenta de lo que estaba observando. El mestizo bufó. El banquero ni lo apreció.

—No quisiera interferir en los asuntos de un hombre ocupado, siéntete libre para seguir tu camino —lo invitó Travis a marcharse.

—No es americana. Puedo verlo desde aquí. —Lowell siguió con el escrutinio de la mujer que había captado toda su atención. La dama llevaba un sencillo pero elegante vestido de paseo, con el fondo crema y con flores de colores estampadas. Una ligera capa cubría sus hombros, el pequeño sombrero de plumas le daba un aire de gran dama. Era su apostura, la ligera inclinación del mentón hacia arriba y la forma de cuadrar sus hombros, lo que le hizo pensar que se trataba de una dama europea.

—Es inglesa —gruñó Travis Hutson. Él había estado en Londres años atrás y reconocería a esa especie en cualquier lugar. Los hombres británicos, arrogantes y con dotes superiores, se quedaban atrás cuando una dama londinense hacía acto de presencia, pues las inglesas tenían un don para sacar lo peor de las personas. Perfectas y hermosas, pero altivas y frías, sin sesera. Había visto lo que era esa raza y no le deseaba ni a su peor enemigo una unión con una inglesa.

Lowell dejó de mirar a la majestuosa mujer, y se centró en el protector de su amiga Sarah.

—¿Estás aquí observándola por algún motivo? —preguntó con la burla impresa en sus palabras. Jack se había dado cuenta de que el indio no dejaba de percatarse en ella.

—No es asunto tuyo lo que yo haga o deje de hacer, pero te diré que he venido a Austin para recoger a la novia por correo de los Andrews. —Así dejó implícito que no sabía si la mujer sería para el padre o el hijo. Fue un buen ensayo para cuando su amigo Jeremy le pidiese explicaciones por su intervención.

—Si es ella, Jeremy no va a estar contento.

—Lo sé.

—Es todo lo contrario a lo que busca el joven Andrews en una mujer. Si es para el padre quedará más que contento, o tal vez no, ya sabes… por lo que sucedió en el pasado entre padre e hijo… Sin embargo, ella es preciosa —dijo sin quitarle la vista de encima.

—Estás babeando, Lowell —lo amonestó.

—¿Crees que si ella es para el hijo y él la desprecia, yo me la podría quedar? —En su mente ya se veía salvándola de lo que serían las duras palabras de Jeremy Andrews hijo en cuanto la viese, para poder llevársela a su casa.

Águila Negra suspiró con fuerza.

—Y soy yo el salvaje que no aprecia la corrección… ¡Ella no es un palomino al que le puedas poner el lazo! —lo regañó.

—Como si tú no estuvieras comiéndotela con los ojos. ¡Ya sé que ella no es un caballo! —exclamó con enfado.

—¿Quieres recibir un puñetazo, viudo?

—Yo no puedo llamarte por tu nombre indio, pero tú usas ese apelativo tan fastidioso…

—¿Acaso no eres viudo? —respondió con tranquilidad.

—¿Y tú no te llamas Águila Negra? —lo retó con orgullo.

Los dos hombres se midieron en una larga y dura mirada.

—Ve a trabajar, Lowell.

—No. Voy a hablar con ella y averiguar qué hace una mujer como ella en Texas. Si no es la novia por correo de los Andrews, la secuestraré para mí —advirtió, mientras le ofrecía una brillante sonrisa con la única finalidad de molestarlo.

—Está acompañada por aquel muchacho de allí. —Señaló hacia la derecha, donde un joven no demasiado alto y flaco conversaba con uno de los encargados de la estación de tren.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto al hombre abrazarla y darle un beso en la mejilla. No es la novia de los Andrews, el padre me ha dicho que debería recoger a dos hermanas en la estación —le explicó sin ganas de hacerlo.

—¿Hermanas? —preguntó con los ojos como platos—. Eso es todavía mejor.

—Lowell, ¿no tenías trabajo? —insistió para ver si lo perdía de vista.

—Sí, por supuesto, pero de eso hay siempre, en cambio, mujeres… pocas.

—¿A dónde vas? —inquirió al ver que Jack bajaba a la calle para cruzar la avenida.

—A ofrecer mi ayuda. Tal vez el muchacho no sea su esposo —alegó con más alegría de la habitual.

El indio se quedó en su lugar y compuso una media sonrisa. Le iba a encantar verlo hacer el ridículo. El desplante de Sarah no sería nada comparado con lo que sucedería cuando el enclenque muchacho que la dama inglesa había elegido por esposo tratase de darle una lección. La forma en la que la mujer y el muchacho se miraban era evidente: protección absoluta.

Águila Negra cruzó los brazos sobre su pecho dispuesto a disfrutar de un buen espectáculo.

Mientras, Jack Lowell iba hacia su objetivo con una brillante sonrisa que esperaba derretir a la preciosa mujer. En verdad no podía ser la novia por correo de los Andrews, porque tanto el padre como el hijo las preferían más esbeltas y de una belleza muy clásica y evidente. La mujer que tenía enfrente era rubia, sus ojos color marrón se apreciaban cálidos, y era redondeada en todas las partes donde debía serlo. Su altura considerable le confería un aspecto de mujer fuerte, capaz de soportar cualquier cosa. Y cuando ella lo miró y le ofreció una sonrisa tierna como respuesta, quedó a sus pies. Se afanó en retirar el sombrero que llevaba para hablar con ella.

—Buenos días, señorita. Disculpe mi atrevimiento por interrumpir sus pensamientos, pero no he podido evitar ver que está esperando a alguien.

—¿Es usted el señor Andrews? —preguntó con valor, pues Jane Hertford llevaba más de cuarenta y cinco minutos esperando al hombre que la había hecho atravesar un océano entero.

La respuesta que recibió la mujer fue que él atenuase su sonrisa de pronto, dado que Jack había tenido la perspectiva de que estuviera en Texas por otro motivo. Ella lo observó girarse y hacerle señas a otro hombre que había en las puertas de la taberna.

Jane se puso nerviosa al punto, pues ya había percatado desde hacía un largo rato en el hombre alto, de piel oscura, pelo moreno e inmensamente grande, que se acercaba a ella a grandes zancadas. Tragó saliva y buscó a Dana con la mirada. Su hermana, impecablemente vestida como un distinguido varón, seguía pidiendo indicaciones al mozo de la estación para llegar a Crystal City.

El recién llegado la examinó con descaro. La observó de arriba abajo y luego miró al otro que estaba parado a su lado y que había vuelto a colocar una sonrisa divertida en su rostro.

—No va a gustarle —soltó el moreno, sin dejar de mirarla a los ojos mientras hablaba.

Ella jadeó con horror al intuir a lo que se refería. Los ojos femeninos buscaron los del primer sujeto que la había abordado. El hombre que estaba a su lado le dedicó una sonrisa aún más pronunciada y luego dijo:

—Lo sé y es fabuloso —indicó con entusiasmo Lowell.

—Esta tampoco será tuya. Busca a otra —le espetó con relativa tranquilidad Águila Negra a Jack.

Lowell lo miró con seriedad tras decir esa sentencia tan negativa. Después carraspeó y le hizo una reverencia a la dama que los miraba como si ambos debiesen estar internados en una especie de institución mental.

—Disculpe, señorita, me presento oficialmente, soy Jack Lowell… A sus pies.

Jane se dispuso a darse la vuelta ofendida. Si ninguno de ellos era el señor Andrews, no tenía sentido vivir esta situación tan dantesca, porque le había quedado claro que el hombre moreno no la aprobaba de ningún modo y que el otro estaba riéndose a su costa.

Dio un paso y enseguida sintió un tirón en su muñeca izquierda. Sus ojos cayeron hasta el lugar en el que el bárbaro la sujetaba. Levantó la mirada y se centró en sus orbes negros sin mostrar temor.

—Le ruego que me suelte.

Él no le hizo el menor caso a su petición y ella elevó la mano dispuesta a desembarazarse de su apretón. Travis Hutson tensó más el agarre, pues no estaba dispuesto a que ella ganase esa pequeña batalla que trataba de entablar con él.

—Si es usted la señorita Hertford debo llevarla a casa de los Andrews —señaló como si eso fuese toda la explicación que estaba dispuesto a ofrecer. Sin embargo, algo se tranquilizó en su interior, puesto que estuvo pensando que el hombre al que había estado esperando se hubiera arrepentido en el último minuto de su decisión de casarse con ella, o peor, que la hubiese visto y que se hubiese echado atrás debido a su aspecto.

—Soy Jane Hertford y le agradeceré que me devuelva mi mano.

Él la soltó en ese momento mientras la premiaba con una sonrisa ladeada.

Lowell carraspeó de nuevo para hacer notar su presencia, dado que uno y otro se miraban en un duelo que le hizo sentir incómodo. Cualquier otra persona habría temblado de miedo por tener al indio tan cerca y observarlo tan intensamente. La dama parecía no estar dispuesta a echarse atrás y eso era algo que Lowell debía admirar. Ella tenía coraje.

—Señor Lowell —lo saludó ella al tiempo que inclinaba la cabeza ligeramente en señal de respeto—. Disculpe mis modales, sin embargo llevo parada casi una hora en esta estación de tren después de un largo viaje que espero no volver a tener que repetir. —Con esa contestación ofrecida al señor Lowell, le hizo sabe al desconocido que era consciente de que la había hecho esperar deliberadamente, aunque no entendía el motivo por el que no se había presentado antes.

—¿Dónde está su hermana? —preguntó Travis Hutson haciendo oídos sordos a la áspera, pero educada, recriminación de ella.

—Dado que era un viaje tan peligroso no vi la necesidad de arrastrar a mi hermana más joven por medio mundo, así que me ha acompañado mi hermano, el señor Dan Hertford —señaló, justo cuando Dana se acercaba hasta el grupo por su lado izquierdo.

El muchacho enclenque se quedó mirando a los dos hombres y sonrió afablemente.

—Caballeros, ¿quién de los dos es el afortunado que desposará a la flor más bonita de Londres? —inquirió con humor Dana, poniendo la voz gruesa que tanto se había esforzado por perfeccionar. El disfraz de hombre había dado sus frutos. Nadie parecía fijarse en ella y le encantaba pasar desapercibida. Eso fue lo mejor de todo el maldito viaje. Oh, sí, blasfemar siendo un hombre también era muy divertido, nadie le cuestionaba nada. A bordo del barco había fumado, bebido, jugado a las cartas e incluso disfrutado de un espectáculo picante en una sala privada en la que había entrado por equivocación. Y fue por eso por lo que decidió no quitarse su disfraz una vez hubiesen desembarcado en los Estados Unidos de América. Había convencido a Jane, no sin mucho esfuerzo, de que sería apropiado que todos supieran que ella estaba bajo la protección de un hombre por un tiempo más. Su apariencia no era amenazadora, pero tenía una pistola en su cinturón y eso suplía su aspecto escuálido con creces.

—Dan… —susurró mortificada.

—¿Qué, hermana? ¿¡Acaso un maldito hombre no puede alabar las virtudes de su propia sangre ante dos apuestos caballeros!?

—Hermano, por favor…

—¡Oh!, mujeres… —la interrumpió Dana sin abandonar su papel masculino—. Ya saben, caballeros, si enalteces sus virtudes… malo, si las lanzas a los lobos… peor. ¡Qué locura!

—Pero tan cegadoras y necesarias que se nos haría imposible vivir sin ellas —sentenció Lowell, dándole una mirada delicada a Jane.

Ella suspiró.

—Ninguno de ellos es el señor Jeremy Andrews, Dan —desveló al fin Jane.

—¿No? —La pregunta salió disparada mientras miraba con fijación al fiero hombre que no había dejado de observar a su hermana ni un instante. El otro también examinaba con atención a Jane, pero el peligroso les hubiese convenido más, así que Dana no pudo evitar que su interrogativa apareciese con un deje de lamentación.

—Y es una verdadera pena no estar en las botas del señor Andrews —intervino galante el viudo—. Sin embargo, si tuviese alguna contrariedad, le ruego que recuerde mi nombre, Jack Lowell —repitió por si acaso ella lo había olvidado—. Y la insto a encontrarme en el Austin's Bank, lugar en el que trabajo, porque si necesitase de mi ayuda, estaría más que encantado de prestársela. —Lowell acompañó con una sincera sonrisa cautivadora toda la explicación.

Jane tuvo que parpadear varias veces para comprobar que no estaba soñando. Él había sido… No encontraba la palabra, pero sin lugar a duda, esa declaración, unida al hecho de que el hombre inmenso había dicho que no sería del agrado del tejano que la había traído con la promesa de casarse con ella, dejaba bien claro que le estaba ofreciendo una salida en caso de que todo se torciera… No quiso continuar ese pensamiento.

Ella compuso una sonrisa y lo miró con amabilidad. Tuvo la intención de hablarle, pero una gran mole de puro músculo se interpuso en su camino. De pronto, Jane se encontró

frente a la enorme espalda del caballero que la desaprobaba por completo.

—Es hora de que te marches, Lowell. Busca en otra parte —señaló con una voz cortante que no admitía réplica alguna.

Lowell alzó una ceja acusadora.

—Ya veo —se limitó a comentar. El viudo no se dejó amilanar, rodeó a Travis y se colocó frente a la dama—. Le deseo suerte, señorita Hertford. La va a necesitar —inclinó su cabeza a modo de despido—. Señor Hertford —se despidió también del hermano de ella.

Dana y Jane intercambiaron una mirada de extrañeza ante la situación. No comprendían nada. Ni tan siquiera Dana, que había estado estudiando con atención el comportamiento masculino, se atrevía a conjeturar lo que sucedía en ese intercambio entre Lowell y el otro desconocido que ni se había presentado.

—Tenga buen día, señor Lowell —ofreció Jane respetuosamente.

El viudo se alejó un par de pasos y luego se giró hacia donde estaban los tres y dijo bien alto:

—Dile a Sarah que tal vez pronto vaya a visitarla al rancho. Hay asuntos de mi interés en Crystal City. —Lowell era consciente de que estaba metiéndose en terreno arenoso, pero no le importó. Solo con ver la mirada asesina que le lanzó Travis Hutson, valió la pena asumir el riesgo de contrariarlo.

El inmenso hombre no hizo observación ninguna al respecto. Se limitó a coger las pertenencias de ambas y luego echó a andar. Ellas entendieron que debían seguirlo.

—¿Quién es él, Jane? —preguntó en voz baja Dana.

—He deducido que es quien me llevará junto a mi futuro esposo —sentenció con seguridad.

—La llevaré, pero no cuente con que su conjetura se cumpla —la avisó sin darse la vuelta.

Jane volvió a jadear ante su insolencia, sorprendida también por el agudo oído de él. Ahí estaba de nuevo la clara alusión a que ella le sería desagradable al señor Andrews.

—¿Por qué dice eso? —Dana, aunque imaginaba que la escucharía, no pudo reprimir el impulso de preguntar.

—Me desaprueba —comentó, al tiempo que erguía la espalda y alzaba el mentón en una posición defensiva.

Travis frenó en seco su andar. Con la maleta más grande sobre su hombro y las otras dos más pequeñas en su mano izquierda, se giró para observarla con atrevimiento.

—En estas tierras donde ver a una mujer joven y soltera es como un sueño, nadie en su sano juicio la desaprobaría, pero pronto verá que no todos los hombres son sensatos. —Volvió a girarse y continuó su camino hacia la carreta que había dejado en los establos de Austin.

—Es aterrador —susurró Dana, esperando que él no la hubiese escuchado esta vez.

—E impertinente —alegó Jane, alzando la voz para que él la escuchase. Toda una vida siendo correcta… Bueno, toda una vida tratando de contenerse cuanto pudo para no expresar sus opiniones, y ese hombre imposible la había hecho olvidarse de todo en un solo suspiro.

Una breve sonrisa tiró de la comisura del labio del mestizo ante la salida de tono de la mujer. Evidentemente, ella no le tenía miedo.

Las dos hermanas continuaron andando en silencio hasta llegar a la carreta. Cuando Travis Hutson tuvo todo listo para partir, miró al hermano de Jane y le ordenó:

—Tú irás detrás. Tu hermana y yo iremos al frente.

Jane iba a… a… a… no sabía a qué, porque todo pensamiento coherente quedó en el

olvido cuando las inmensas manos de él rodearon su cintura y la auparon hasta dejarla sentada en el duro asiento de la carreta de madera.

—Son las manos más grandes que jamás he visto —dijo sin ser consciente de que lo había dicho en alto.

—Todo en mí es aterrador, impertinente y… grande, señorita —aludió, sin ninguna muestra significativa en su cara.

Si no hiciese calor, ella hubiese dicho que él era capaz de helar todo a su alrededor. Jane compuso una mueca al darse cuenta de que no había sido capaz de contener su lengua. Su rostro se tiñó de un rubor que a Travis no le gustó ni un poco. No quiso parar a examinar el motivo por el que esa clara muestra de tierna inocencia lo había incomodado sobremanera. También evitó admirar de más los ojos rasgados de color avellana y esos labios carnosos que mantenía apretados, sospechaba que para que su boca no volviese a soltar ninguna cosa comprometedora.

Ella lo vio subir, con disgusto, de un salto y tomar las riendas de los dos caballos que tiraban del vehículo. ¿Por qué había mandado atrás a su supuesto hermano si era del todo evidente que no quería estar a su lado?

Jane deseaba estar en el lugar de Dana, porque ella había sido muy convincente haciéndose pasar por un hombre durante todo el viaje y prefería que fuese su hermana quien compartiese la cercanía del insolente que no había tenido la delicadeza ni de ofrecer su nombre. Si él pensaba que iba a pedirle que se identificase, podía esperar sentado a que la humanidad pereciera.

Se fijó en Dana que estaba junto a la carreta sin moverse. Parecía que se había quedado paralizada al ver la escena producida entre ambos, cuando la subió a la carreta, y Jane suspiró con enfado. Su hermana le dio una mirada indescifrable. Iba a preguntarle qué sucedía, cuando escuchó una voz a su lado.

—¿Va a subir, señor Hertford, o prefiere disfrutar del vicio que ofrece Austin y quedarse en la ciudad? —preguntó burlón.

—Sí, sí… desde luego. —Dana movió uno de sus pies para ir hacia la parte trasera, pero se detuvo al instante, al lado de él y lo miró para preguntarle—: Tal vez haya dicho su nombre cuando yo no estaba con mi hermana, ¿podría repetirlo?

Jane rodó los ojos. Ella no deseaba conocer la identidad de ese gran… gran… ¡desagradable! Su hermana tenía el don de estropearlo todo. Se iba a acoger al desconocimiento para maldecirlo en el anonimato y demostrarle que no le importaba su bobo nombre. Seguro que era un nombre ridículo como Ambrose, o Wallarico, incluso un Albus le iría bien. Algo de poco peso que evidenciaría que él no era tan… tan… tan… algo que ella no conseguía traer a su mente para calificarlo.

—Soy Travis Hutson, señor Hertford —dijo el mestizo en tono llano.

—Es un placer, señor Hutson —le dijo Dana, quien a continuación subió en la parte de atrás y se acomodó plácidamente.

Jane no había podido reprimir un pequeño jadeo cuando él había dado a conocer su identidad. ¡No podría ridiculizarlo con ese nombre! Travis. Era un buen nombre. Le parecía rudo, seguro, fiero, peligroso, apuesto, grande… La mujer volvió a jadear más fuerte cuando se dio cuenta del rumbo de sus pensamientos. ¿Qué, en nombre del Altísimo, la había poseído para tener esas inquietudes aflorando en su mente? Suspiró y se sacó un pañuelo de su ridículo para pasárselo por la frente. Seguro que era el calor. Londres era fría, húmeda y la sequedad de Texas le estaba pasando factura. Giró la cabeza sin darse cuenta de lo que hacía y examinó su poderoso perfil. ¡Por la sangre de Cristo bendito! ¿Cómo iba a soportar el camino con él a su lado? Rezó una breve plegaria para que fuese un trayecto corto. ¿Y si le preguntaba la duración del recorrido para quedarse más tranquila?

—Diga lo que tenga que decir de una maldita vez o se acabará atragantando con la indignación —le sugirió el indio, mientras la miraba fijamente. No le habían pasado por alto ninguno de los gestos de la rubia.

—No sé a qué se refiere —alegó Jane, al tiempo que desviaba la mirada hacia la parte contraria para no verlo.

—Mentirosa —la acusó, sin piedad.

La observó inhalar el aire y llevarlo hasta los pulmones con ira. ¿Sería correcto abofetear a un hombre incivilizado que la llevaría hasta su futuro esposo? Oh, ella podría hacer mucho más que eso, y no estaba pensando en nada pecaminoso, por más que fuese un hombre de lo más atrayente. Nunca se había considerado una mujer violenta porque trataba de controlarse todo el tiempo en cualquier situación, pero cuando lo escuchó llamarla mentirosa, ella bien podría haberse abalanzado sobre él para presionar su cuello con sus propias manos… y no habría sido precisamente para comprobar si era tan duro en todas partes como parecía observar que lo era a través de la fina camisa de mezclilla que él llevaba. Y, por Dios, ¿cuándo unos deslucidos y roídos pantalones tejanos le habían hecho tanta justicia a un hombre? ¡Era una dama, y no una cualquiera! Jane era muchísimo más de lo que parecía a simple vista y ese era un pesado secreto con el que tenía que cargar, y que la había impulsado a huir meses atrás, incluso cuando el abuelo estuvo vivo todavía.

No debería estar imaginando cosas tan indecorosas como las que él sembraba en su mente. Y lo peor de todo eran esas botas tejanas… ¡Qué pie más grande tenía! ¿Sería el doble de su mano? ¿Tenía ese ser molesto algo pequeño en su cuerpo? Contuvo la sonrisa que pugnó por salir. Un pensamiento perverso y del todo inaceptable había surcado su mente. No era que entendiese de anatomía masculina, pero había visto algún que otro cuerpo desnudo, dado que sorprendió a dos lacayos en una actitud amatoria con dos doncellas. Sacudió la cabeza. ¡No debería estar poniendo la apariencia del hombre que figuraba a su lado a esos dos cuerpos masculinos que ella observó por indiscreción de los amantes! Volvió a sacudir la cabeza. ¿Qué diantres le estaba pasando? Era el viaje. El largo y dificultoso recorrido le estaba pasando factura. Sí. Tenía que ser eso.

—¿Cuándo estaremos en Crystal City, señor Hutson? —le preguntó ella como si no hubiese nada incómodo entre ambos.

—Llámeme, Travis. —No fue una petición cordial. Él era un tirano. Jane los reconocía porque su tío era el rey perverso, malévolo e infernal de los autócratas. Lo observó con atención para ver si debía preocuparse por él. Dana y ella iban ataviadas con armas para defenderse, así que debería estar tranquila y confiar en sí misma.

—Señor Hutson estará bien. —No iba a usar su nombre de pila.

—Travis —repitió él.

—No.

El mestizo se inclinó un poco y la observó con el rostro ladeado. Ella tenía agallas. Una pequeña luchadora sin temor. Un nuevo tirón le hizo subir la comisura del lado derecho de su labio.

—¿Tiene miedo de un nombre o de mí, señorita Hertford? —inquirió con cierta diversión en la mirada.

Algo en el interior de Jane se apaciguó. No era como el Demonio. No. No lo era. Sus ojos eran cálidos, no fríos, ni calculadores y lascivos como los de su tío cuando miraba a su hermana. Se tranquilizó de un modo que le permitió dejar a un lado el gran peso que había estado sintiendo segundos antes.

Giró la cabeza y lo miró con seriedad y sin ánimo de amilanarse. Bien. Las americanas tenían fama de ser irreverentes y descaradas, pues ella era capaz de herir con su altivez y una severa mirada. Compuso su gesto, al más puro estilo inglés, y se enfrentó a su escrutinio curioso.

—El día que le tenga miedo, señor Hutson, lo sabrá —sentenció de modo desafiante. Esperaba haber dejado claro que cuando ese día llegase, ella estaría frente a él apuntándole con un arma, o dándole en el cogote con un objeto pesado, tal y como había hecho con el Demonio.

Travis no supo cómo calificar esa respuesta, pero supo que ella no era una dama inglesa al uso. Las que había conocido en el pasado, durante aquel infernal viaje en el que su hermana le colocó a una larga lista de llamadas debutantes con las que tentarlo para que se quedase y ocupase su puesto como conde de Ithorne —título que heredó de su padre—, fueron remilgadas, insulsas… incluso alguna se desmayó cuando él la miró con fijación. No hubiese sospechado que alguna como la señorita Jane Hertford hubiese habitado en Londres.

—El día que yo la tema a usted, me verá correr tan rápido y lejos para huir, que se quedará asombrada de la velocidad con la que escaparé. —Sonó a promesa, debido al timbre bajo que empleó y la seguridad que le imprimió a ese mensaje tan extraño.

Jane frunció el ceño. ¿Qué clase de sentencia había sido esa? ¿Por qué huiría de ella? Y lo más importante, ¿por qué le tendría miedo ese inmenso hombre a una aparentemente sencilla mujer como ella? No entendía nada y la verdad era que no deseaba seguir con el asunto.

La mujer carraspeó. La forma en la que la observaba era tan desvergonzada… ¿No se daba cuenta de que un caballero no debía mirar así a una mujer, más a una que desaprobaba? Era evidente que ella no le gustaba. ¡Hombre escabroso!

—¿Va a decirme cuánto dura el viaje? —regresó a la pregunta inicial.

—Travis —le recordó que debía usar su nombre.

—No.

—Entonces no se lo diré.

—Muy bien.

—¿Nos movemos ya o qué? —Se escuchó una voz desde atrás. Era Dana quejándose porque él no había puesto en camino la carreta.

—Di mi nombre —decidió prescindir de la formalidad para forzarla.

—No.

—No moveré ni un dedo hasta que me salga con la mía. —Se veía muy decidido, opinó ella.

—¿Por qué? —No entendía el funcionamiento de la mente de él.

—Mis asuntos son míos. —Deseaba ver cuán férrea era la voluntad de ella.

—Creo, señor Hutson, que va a tener que sacar nuestras cosas de su carreta porque

encontraré otro medio de transporte para llegar a casa del señor Andrews.

Ella se levantó del asiento dispuesta a dar un buen salto hasta el suelo.

Él le atrapó el brazo para frenarla en su marcha.

—¿Sería capaz de ir con un desconocido antes que obedecer mi sencilla petición? —volvió a la formalidad porque no quería llevarla al límite… No todavía.

—Olvida, señor Hutson, que no nos conocemos tampoco. Es más, si no llega a ser por mi hermano, no conocería ni su identidad.

Él le sonrió. Y ella se quedó perpleja. ¿Sonreía? Ese hombre duro, serio, enorme… ¿era capaz de sonreír?

—Conmigo no corre ningún peligro que atente contra su seguridad, señorita.

—Eso es lo que dice usted. Sencillamente debo fiarme de su palabra.

Travis le dio un leve tirón y sus posaderas dieron con la dureza de la madera. Estuvo sentada en un abrir y cerrar de ojos. Se quejó por el impacto. Él reprimió las ganas de ofrecerle unos excitantes cuidados sobre la zona dolorida. No deseaba que ella huyese escandalizada, aunque la idea de ella sobre sus rodillas mientras le aplicaba una pomada calmante en la rojez de sus redondeadas y sugerentes nalgas…

—Es valiente, señorita Hertford. Cuando la vi antes, en la estación, no me acerqué a usted, pues creí que se había perdido y que no tardaría en salir huyendo de regreso a casa. La hice esperar porque no calculé bien la entereza de su fuerza de voluntad y su… orgullo. Además, su hermano me despistó, dado que me avisaron de que debía recoger a dos mujeres. Si está enfadada conmigo porque la tuve un buen rato esperando, le pido disculpas. Consideré que Texas no estaba hecha para una dama refinada como aparentó ser en la estación.

Ella se tomó un momento para analizar las palabras. Les dio sentido y entendió que no la veía una mujer correcta para soportar las durezas que afrontaría en una tierra indómita.

—Créame, señor Hutson, prefiero enfrentar a los demonios que haya en Texas que regresar a Londres. Y no necesito sus disculpas.

Él volvió a sonreír de lado. Bueno. Lo acababa de comparar con un demonio y no había siquiera titubeado. ¡Maldita fuese, si ella no le gustaba por la determinación de su carácter y su valentía! Nadie se enfrentaba a él. Menos que nadie una mujer. Lo miraban con respeto en cuanto se daban cuenta de que él era un salvaje. Un Siux Santee. Un mestizo. A ella no parecía importarle ese detalle. Cuando el padre de Jeremy lo mandó a recogerlas, temió que ellas se negasen a compartir el viaje con él dado que no era un hombre blanco. Interesante. Demasiado fascinante lo que estaba descubriendo.

Suspiró.

—¿Qué era lo que quería saber, señorita Hertford?

—¿Qué? —Jane había perdido el hilo de la conversación.

—Antes preguntó que cuánto duraba el viaje… ¿era eso? —Él tampoco recordaba bien lo que inició esa tonta discusión que claramente él no había ganado.

—Sí. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Crystal City?

—Depende —respondió con el humor bailando en sus ojos.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —Estaba nuevamente indignada. ¿La molestaba por deporte?

—La que le he ofrecido. —Si ella creía que iba a ganar todas las batallas estaba loca.

Ella apretó los labios en una fina línea blanca. No iba a discutir más. Lo mejor sería ignorarlo y esperar a que el trayecto fuese muy, muy, pero que muy, corto. Sus ojos marrones miraban al frente y él sabía que no iba a dedicarle ni una mirada de más en lo que durase el camino a Crystal City. ¡Oh, sí! Travis Hutson había decidido que se tomaría su tiempo en recorrer la distancia que separaba Austin del hogar de los Andrews.

Había algo extraño que él tenía que averiguar y no descansaría hasta que descubriera lo que Jane Hertford escondía. Ella no era lo que parecía ser.

Capítulo 4

Un viaje tormentoso

Travis Hutson se dio cuenta de que había cogido una ruta más larga de lo normal porque deseaba irritarla y lo iba a disfrutar. También conocerla un poco más, porque ella escondía algo. Era así de sencillo, pero en especial le gustaba verla enfurruñada.

Lo que no esperó fue que la lluvia los alcanzase intempestivamente y tuviera que buscar refugio en la casa de la señora Hatie a toda prisa, dado que el camino estaba demasiado embarrado para continuar y ella estaba pasando frío. Además, la veía girarse muchas veces para comprobar el estado de su hermano, quien parecía estar sufriendo mal rato bajo las gotas frías. La preocupación de la señorita Hertford por el enclenque señor Hertford lo tenía al límite. ¿Por qué? Ni lo sabía ni deseaba averiguar el motivo, pero si la veía una vez más girarse y suspirar de pena por el estado que presentaba su hermano, él podría gritarle.

Cuando entraron en la cabaña parecía que estaba vacía. Travis descargó el equipaje de ellas a sus pies y una bolsa con provisiones que había empacado antes de salir de Crystal City. Había dejado a los caballos dentro del establo, que estaba un poco destartalado, y eso debería bastar por el momento.

—¿Hatie? —la llamó el mestizo cuando abrió la puerta. Nadie contestó. Entraron hasta el pequeño salón. No se oía ni un alma.

—¿Es seguro estar aquí? —inquirió Jane mientras castañeaba los dientes. ¿Cómo del calor habían pasado al aguacero? Texas era más desconcertante que Londres con respecto al

tiempo. Allí por lo menos el clima tenía la buena educación de estar permanentemente gris.

—Si queremos estar a buen recaudo hasta que la lluvia cese, debemos pasar noche aquí. Parece que Hatie se habrá ido a visitar a su hija, porque no hay ni rastro de ella.

—¿Y no le importará que allanemos su propiedad sin ser invitados?

—No. La anciana que reside aquí es todo bondad y algodón de azúcar. Es una buena amiga mía. —Sabía lo que decía, porque esa vecina era encantadora y él la visitaba con cierta frecuencia para ver si necesitaba algo. La historia que le unía a Hatie Brandsow era descorazonadora y los había hecho muy cercanos. Desde que se quedó viuda, había estado muy sola. Pensó en Jack Lowell. Posiblemente fue demasiado duro cuando se encontró con él en la ciudad.

Un sonido de castañeo de dientes resonó en medio de la modesta cabaña de madera. Jane se dio cuenta de que Dana estaba más fría que ella. Su hermana era de constitución más frágil y delicada. Se apresuró a cruzar la habitación y se abrazó a ella.

—Ven. Deja que te ayude a entrar en calor. —Mientras lo decía comenzó a frotar sus brazos y su espalda.

Oyó que Dana respiraba con impaciencia y casi le pareció que emitió un gruñido… un tanto masculino. Esta señorita Hertford estaba llevando demasiado lejos su papel de hombre.

—¡Mujeres! —exclamó en alto al ver la mirada inquisitiva de Hutson—. No pueden estar sin hacer nada. ¡Haz el favor de meterte en tus asuntos, Jane!

Ella se quedó lívida por el desplante de Dana.

—Pero, ¿qué…?

—Te rogaría que tengas en cuenta que soy un hombre adulto, hermana. Por más que tu sensiblería trate de recordarte que soy tu hermano menor, soy yo quien te protege a ti… —En dos zancadas se marchó del salón para meterse en la única habitación que tenía la diminuta

cabaña.

Travis Hutson estaba todavía analizando la situación en su interior. Algo en su pecho se había agitado de un modo extraño cuando vio a esa mujer que no conocía de nada, abrazar a otro hombre. ¡A su hermano! ¡Por el espíritu de la lluvia! Fue incómodo, mucho, sentir lo que se le alojó en el pecho. Pero más aterrador fue ver a la preciosidad rubia abrazar con tanto mimo, cuidado y preocupación… a su hermano. No podía decir lo que era, pero había un suceso insólito en toda esa situación. Había visto numerosas muestras de protección cuando el maldito Denver Harris se instaló en el Sarah Love para poner patas arriba el mundo de Sarah, pero eso era lógico porque ahí siempre hubo algo intenso a raudales. Lo que había visto ante él… Era inesperado. Fue el modo en el que Jane miró a su hermano, la forma en la que lo acunó entre sus brazos… ¿Serían celos? Y lo más importante… ¿Desde cuándo Travis Hutson sentía una emoción similar a los amargos celos?

Frunció el ceño mientras seguía observándola con atención. Ella se mostraba muy incómoda también por lo acontecido.

—¡Qué le voy a hacer! Dan siempre será mi hermano pequeño, está en mi instinto cuidarlo. —Sonó a disculpa. ¿Por qué trataba de justificarse si no había nada malo en lo que hacía?

—¿Usted y su hermano son del tipo de familia que duermen juntos? —preguntó sin amagos.

—¿Qué? —Ella no entendió absolutamente nada de la pregunta.

—¿Fornica con su hermano? —Decidió ir al grano.

—¿¡Cómo se atreve!? —Esa sencilla exclamación le produjo tal furia que todo el entumecimiento de la última media hora bajo la lluvia se fue a paseo. Sus mofletes se encendieron y la ira rugió en su interior.

—¿Lo hace o no? —Quería oír una contestación real para determinar si ella mentía. Había conocido a mujeres que sabían interpretar bien sus papeles inocentes. Y eso fue en

Londres. No se fiaba de la señorita Jane Hertford. Había algo muy desconcertante en esa mujer. Por más que su nombre lo encontrase dulce y atrapante, no confiaba en ella.

—Mi respuesta debería ser alzar mi mano y darle la bofetada que se merece por su gran impertinencia. Incluso me atrevería a darle un gran puñetazo. Desde que le divisé en la estación de ferrocarril supe que yo le contrariaba. Me tuvo esperando porque quiso, pese a que imaginaba que era a mí a quien había ido a buscar a Austin. Me miró de una forma descarada y me juzgó sin conocerme. Luego ha tratado de incomodarme de todas las formas posibles, incluso insistiendo en que lo llamase por su nombre de pila. No contento con todas sus faltas, se atreve a cuestionar mi honor y el de mi hermano haciendo una acusación tan… tan… ¡Es inaudito lo que ha preguntado! —No fue capaz de continuar su explicación. Se llevó una mano a la frente y miró hacia el techo de la casa, todo para contener las lágrimas que deseaba derramar.

El viaje había sido infame y no parecía acabar nunca… solo aparecían nuevas complicaciones. Cuando ya creyeron que se acababa el suplicio, del calor pasaron al frío y sabía que Dana estaba sufriendo, atrás en la carreta, sola, porque podía escuchar sus dientes castañear. Un éxodo largo, peligroso, con una preocupación constante por su propia seguridad, pero en especial por la de Dana. Por si la descubrían, por si otro demente la veía hermosa y la perseguía para hacer de su mundo un infierno. Jane había aprendido a desconfiar de todos. Fue la máxima que le enseñó su abuelo. Estaba sorprendida porque había subido, con un hombre desconocido, a una carreta de lo más incómoda, sin pestañear. Pese a que él la juzgaba de una manera severa y ella no le era simpática, por algún motivo que Jane desconocía, había aceptado que era un hombre sensato. Puso la seguridad de Dana y la de ella misma en manos de un extraño que sería capaz de crujir el cuello de las dos hermanas, tal vez al mismo tiempo y con la misma mano, con un sencillo apretón de sus dedos porque no se veía capaz de combatirlo y ganar. ¡Y él la premiaba con una pregunta del todo ofensiva!

—¿Vas a ponerte a llorar? —inquirió él desde su posición dando paso a la informalidad. No osaba acercarse y darle consuelo, porque conocía cuando un animal estaba atrapado y la dama tiraría a morder como un perro que buscaba la defensa.

—¡Yo nunca lloro! —No mentía. Hacía años que no lo había hecho. Era una pérdida tiempo que no servía para nada. La primera lágrima escapó de su ojo derecho. Jane gimió. ¿Por qué le tenía que pasar esto a ella en ese preciso momento? Toda su fortaleza escapó por la ventana y sintió que se derrumbaba. Estaba harta. No quería seguir discutiendo. Solo deseaba

que su hermana estuviese a salvo, ponerse frente al fuego y dormir hasta que se sintiese mejor. Olvidar el pasado…

Se dio la vuelta para que él no la viese en semejante estado de vulnerabilidad. Temía que si se reía de su histerismo, pudiera golpearlo con fuerza para ver si así se sentía un poco mejor.

Molesta. Hambrienta. Cansada. Mojada. Llorosa. ¿La tenía que ver ese témpano de hielo en sus horas más bajas? La mortificación la alcanzó como si fuese un rayo de la tormenta que resonaba fuera.

Sintió que alguien le colocaba las manos en sus antebrazos y le daba la vuelta. Su vista se encontró con un ancho torso al frente. Y pronto ella estuvo envuelta en un abrazo que se sintió cálido, protector, reconfortante. Se acercó a él y cerró los ojos mientras sus brazos lo asían por la cintura.

En cuanto ella había gritado supo que se avecinaba una crisis femenina. Travis miró la puerta por la que, hacía unos minutos, habían entrado y quiso correr lo más lejos posible. Se acababa de librar de una muchacha hacía poco, pues Sarah Lee al fin dejó de ser su problema y lo que menos necesitaba era tener que cuidar de otra mujer… una inglesa, precisamente. En cuanto ella se dio la vuelta, supo que debía abrazarla. Su mente le gritó que no lo hiciera, pero sus pies ya habían salido a su encuentro y sus manos la agarraban para darle la vuelta y ofrecerle consuelo. Le sorprendió ver que ella se contenía y no sollozaba. Estaba aguantando las ganas de desahogarse, imaginó que para que él no la juzgase débil. Admitía que había esperado sollozos, gritos, muchas lágrimas y una escena embarazosa. No estaba sucediendo, pero era evidente que ella sufría y eso lo hacía sentirse anómalo, preocupado, una reacción insólita ante una mujer a la que no conocía y no deseaba conocer.

—Su hermano no tiene la fortaleza para establecerse en Texas —comenzó a decir con calma el mestizo—. Usted, por más que quiera aparentarlo, tampoco la tiene. Esta es una tierra dura que pide mucho y ofrece poco. En cuanto la lluvia amaine, puedo llevarlos de regreso a la estación, no debieron venir a este lugar.

Jane levantó la vista ante las palabras de él. No tenían acritud, pero las había dicho creyendo que eran una verdad universal, y eso dolió más que toda la incomodidad que había

arrastrado desde que embarcaron en el puerto de Londres.

—¿Interrumpo algo? ¿Debo ir en busca de mis pistolas? —Las preguntas de Dana rompieron lo que fuese que hubiese sucedido entre Jane y Travis. La mujer trató de separarse de él como si quemase. El mestizo la agarró con más fuerza y le impidió el movimiento.

—Tu hermana es tan gentil que me estaba haciendo entrar en calor. —Ya no le apetecía ser formal en sus formas. Era un vaquero. Si ambos hermanos deseaban corrección y etiqueta no debieron adentrarse en una tierra salvaje. Los ojos de él no abandonaron a Jane ni un momento mientras informaba de la situación. Ella permanecía con la mirada gacha. Era evidente que estaba avergonzada.

La respuesta de Jane fue gemir en alto como si rebuznara. No. Rebuznar, no, eso era algo propio de los burros. Ella mostró una nueva indignación en alto con un berrido. No. Berrido tampoco. Eso lo hacía algún tipo de animal como un becerro o un bebé cuando llamaba a su madre para ser atendido. Emitió un sonoro quejido. Sí, eso fue lo que pasó. Se quejó en alto como si fuese un elefante que quisiera pisotearlo debido a su atrevimiento. ¿Podía ser él más impropio?

—¿Es así? —Quiso averiguar con tranquilidad Dana. La vista de su hermana se posó en la de Jane, quien la estaba observando con las mejillas enrojecidas. Desde luego, la ceja de Dana estaba alzada y era más acusadora que cualquier palabra dicha en alto.

—Veo que has encontrado mantas —tomó la palabra el mestizo—. Sé un hombre atento, señor Hertford, y permite que tu hermana entre en la habitación para cambiarse la ropa. No sé cómo es en Londres, pero en Texas, lo primero es la comodidad de los niños y las mujeres —lo reprendió—. Ahora… me ha parecido ver leña en el cobertizo. Encenderé un fuego para que todos… entremos en calor.

—Muy bien —observó Dana con pereza, sin abandonar su actitud arrogante—. ¿Y piensa salir con mi hermana sumida en su abrazo o le permitirá quedarse aquí conmigo?

Él sonrió de lado. En ningún momento había dejado de mirar a Jane.

—No lo he decidido todavía —señaló con parsimonia—, pero supongo que sería poco caballeroso regresar a una dama a las fauces de la lluvia, el viento y el frío.

—¿Va a soltar en algún momento a Jane, señor Hutson? Porque es muy probable que haya olvidado que mi hermana está aquí para casarse con otro hombre, el mismo que lo ha debido contratar para que la lleve a su lado. —Oh, sí. Dana no tendría la fuerza y determinación de Jane, pero podía sacar las garras cuando debía hacerlo.

Si le afectó o no la llamada al orden tan tenaz del hermano de la dama, Travis no lo dejó entrever. Se limitó a mover el rostro de Jane con un dedo para captar su atención. Lamentó que su mano derecha abandonase su cintura, pero la izquierda la mantenía bien sujeta para que no escapase hasta que él decidiese dejarla libre.

—Cuando regrese no quiero verte con ropa mojada. Tal vez Hatie tenga algo en su armario, algo que puedas usar. Si no hay nada, te quitarás la ropa, te envolverás en una manta y te colocarás junto al fuego que haré hasta que estés seca.

—Yo no creo que… —comenzó a protestar.

—No me hagas desnudarte y llevar a cabo yo mismo mi mandato. Las pistolas que ha nombrado tu hermano no me intimidan, y poco me importará tener que enfrentarme a él. No soy un hombre que solicite dos veces las cosas, Jane. Esto no es como pedirte con delicadeza que uses mi nombre. —La autoridad de su voz la dejó con los ojos y la boca abiertos. ¿Quién lo había nombrado su padre, su tutor o el papel que él creyese que debía asumir con respecto a ella?

En ese momento, él se separó de ella y la dejó en medio del salón. La puerta se cerró y las dos hermanas se quedaron solas… asombradas ante tal despliegue de… de… ¿de qué? ¿Qué diantres acababa de suceder?

—Me da miedo hablar por si me oye —susurró Dana por lo bajo, como si estuviese confesando algo muy secreto.

—Es solo un hombre, no tiene un oído capaz de escucharnos aquí dentro —aludió en un tono de voz normal.

—¿Estás segura?

—No lo sé, Dana. —Él era un hombre desconcertante.

—¿Qué ha pasado, Jane? ¿Te ha besado? —preguntó con suma curiosidad.

—No, no. Nada como eso. Me ha recomendado que nos vayamos de regreso a casa.

Dana silbó. No se creía esa afirmación.

—Querida hermana, él no parecía demasiado listo para soltarte e ir a por leña. Dudo mucho que quisiera meterte en un vapor para tenerte al otro lado del mundo.

—Pamplinas. Solo quiere que me marche y hará todo lo necesario para dejarme claro que no estoy hecha para Texas. El abrazo… es una especie de prueba —trató de restarle importancia—. Antes de que salieras ha comentado eso mismo, que mi hermano y yo no tenemos la fortaleza para establecernos aquí.

—¡Oh! No me extraña que dijese eso de mí.

—¿Y de mí? —se quejó.

—¡Me tratas como si fuese una niña pequeña, Jane! Te avisé de que no podías mostrar debilidad por mí.

Ella se quedó callada un momento y luego dijo:

—Lo siento. ¡No puedo evitar preocuparme, eres mi hermana!

Dana suspiró.

—Si no cambias tu actitud me dejarás en evidencia y no deseo despojarme de mi masculinidad tan pronto. He descubierto que me gusta ser un hombre.

—¡Tú no eres masculino!

—Lo seré un poco más si dejas de darme arrumacos y de preocuparte tanto por mí. Aunque no lo creas, soy perfectamente capaz de desenvolverme sin tus tiernos cuidados de mujer.

—¡Eres exasperante!

—Y ahora —Dana puso una voz grave, seria, como si fuese la de Travis—, haz el favor de ir a desnudarte y ponerte cómoda si no quieres que vea los secretos que guardas bajo tus ropas mojadas. Prometo ser un hombre atento y empezar a cuidarte mejor, hermana.

Ambas no pudieron ocultar la risa que llegó.

—Oh, Dana. No me hagas reír, porque el simple esfuerzo de hacer algo como eso podría hacer que me desmayase…

—Te dije que comiésemos algo cuando bajamos del tren. Eres terca como una mula.

—Estaba tan nerviosa que no podría haber probado bocado. ¿Tú tienes hambre?

—Lo cierto es que no. Solo tenía frío, y después de encontrar una manta para secarme y quitarme la ropa mojada, estoy perfectamente.

—Por tu bien espero que no dejes caer esa gran improvisada capa que llevas puesta sobre tu cuerpo o él se enfadará por el embuste.

—No me da miedo —alegó con naturalidad.

—A mí tampoco. Imagino que ambas hemos aprendido a no juzgar por el exterior a las personas, los ángeles más bellos pueden estar malditos y los hombres más toscos ser buenos custodios.

—¿Te gusta él? No estás casada todavía y podrías cambiar de opinión. Ese hombre

creo que es más de lo que parece. Hay algo tan peligroso en él, en su postura, sus palabras, sus gestos… que me gustaría ver a nuestro tío enfrentarse a Travis Hutson. Apuesto mi virtud a que sería capaz de aplastarlo como a una mosca con solo dos de sus dedos.

—¡No puedes decir esas cosas, Dana! ¿Apostar tu virtud? Estás llevando esto demasiado lejos.

—Olvídate de las tonterías, Jane. Respóndeme. ¿Te gusta?

—He comprometido mi palabra con el señor Jeremy Andrews, Dana.

—Ah, te gusta… —dijo de modo un tanto infantil y simplón.

Ella suspiró y se metió en la habitación dispuesta a quitarse la ropa y secarse. Volvió a salir y llevaba en sus manos otra manta y una toalla de lino.

—Dale esto para que se seque. No queremos que muera de fiebre antes de dejarnos en nuestro nuevo hogar.

—Te debe gustar mucho… —dijo en un murmullo en cuanto su hermana se alejó de nuevo hacia la habitación y cerró con delicadeza la puerta. Jane no se preocupaba por ningún hombre que no fuese su abuelo, y Dana había observado que en el último año el conde y su nieta habían estado muy distantes, la relación entre ambos no fue buena. Jane era fría con todos. Hasta ese mismo instante no había mostrado preocupación por alguno. Interesante. Interesantísimo, de hecho.

***

No había querido soltarla. En cuanto la abrazó se sintió como si ella perteneciese ahí, a su abrazo. ¿Qué estupidez se había apoderado de él para hacer algo como lo que acaba de

ocurrir? ¡Una mujer inglesa! ¡Una que había encargado el padre de Jeremy para su hijo! A estas alturas ya no tenía sentido seguir negando lo obvio. El señor Andrews deseaba ver a su hijo ligado a una esposa para tener al sinvergüenza bajo control. Su amigo jamás aprobaría a esa dama. No encajaba ni su espíritu ni su fisionomía con Jeremy.

La conocía desde hacía menos de un día completo y ya estaba actuando como un asno en celo. ¿Cuánto tiempo llevaba sin disfrutar de un suave cuerpo femenino que le diese un poco de paz? Su mano había estado haciendo el trabajo duro para conseguir desfogarlo, pero no era lo mismo. Nada en este mundo reemplazaría a una hembra dispuesta a ser montada con ímpetu. No era asiduo a hacer uso de las preciosas mujeres que se exhibían en el saloon. Eso era más propio de Jeremy, pero en alguna ocasión había estado tan borracho que se dejó llevar por su amigo y yació con una mujer. Siempre tenía que pagar por esa atención. Un sucio mestizo. Lo respetaban porque el señor Foster había hecho un buen trabajo dejando claro que era su mano izquierda en el rancho y luego también por lo otro que pasó y que le hizo ser condecorado por el alcalde del pueblo, pero siempre lo mirarían con recelo y las mujeres le tendrían pánico por lo que era, por su apariencia, su tosquedad y sus formas faltas de modales.

Se había pasado la mayor parte de su vida dando órdenes. Primero en la tribu, luego en el rancho. Sacudió la cabeza. No deseaba pensar en su vida pasada antes de ser el señor Travis Hutson. Sus antecedentes indios habían quedado enterrados en el pasado. Lo que importaba era el presente y tampoco pintaba demasiado bien.

Mientras cogía la leña, Vergel Azul se coló en su mente y fue incapaz de apartarla. Era tan bonita, tan delicada, amorosa… La mujer a la que había abrazado hacía unos momentos era todo lo contrario. Temperamental, fuerte, con un aspecto más robusto que fino. No negaría que incluso con el pelo mojado y cayéndole por la frente quiso verla sin el sombrero y sin los alfileres u horquillas o como fuese que se llamasen esos cachivaches que le sujetaban la preciosa larga melena que intuía que tendría.

¿Qué haría ella en cuanto Jeremy la despreciase? No era un hechicero como lo fue su abuelo, pero conocía demasiado bien a su mejor amigo para saber que ni aun dándole una preciosa flor angelical y delicada, él daría su brazo a torcer y se casaría.

Debería entrar en la casa y regresar a Austin para que se marchasen por donde vinieron. Darles dinero y olvidarse del asunto. Por primera vez en toda su larga y miserable vida,

el guerrero de los Siux Santee sentía pánico y estaba provocado a causa de una inglesa. ¡Ver para creer!

No le gustaba la idea porque las mujeres no merecían ser tratadas como mercancía, pero necesitaba buscar a alguien que lo ayudase a aliviarse, a calmar la sed que Jane Hertford le había hecho sentir, porque ni aunque saliese a cielo raso, abriese su boca y dejase entrar toda el agua que estaba descargando, él conseguiría saciarse. Y sin dinero de por medio no tenía elección a disfrutar de ninguna viuda discreta. Ni una sola mujer lo tendría en su cama si no había un negocio de por medio. ¡Maldito el día que accedió a hacerle el favor al señor Andrews! Si el padre no se hubiese lesionado en aquel accidente en el aserradero meses atrás, él mismo las habría recogido y Travis seguiría su camino como si nada.

Pasados unos minutos, en los que trató de serenarse y no lo consiguió, entró en la casa.

—Ahí hay una toalla y una manta para que se cambie, señor Hutson —le ofreció Dana, mientras se afanaba en sujetar con firmeza la improvisada capa gruesa que la cubría a ella. Se había acomodado en el sofá y había extendido las piezas de ropa que había llevado puestas hasta el momento sobre una silla imaginando que él prendería el fuego. Y esperaba que no le diese esa labor a ella, porque no tenía la menor idea de cómo realizar la tarea.

—Travis. Puedes usar mi nombre, porque aquí no nos andamos con tanta educación. —Evitó decirle que su hermana era terca y que no había querido hacerlo. Aunque cuando la obligó a usar su nombre no era por prescindir de la formalidad, sino porque quería escucharla llamarlo de ese modo íntimo. Sacudió la cabeza. Una visita en el Orient Saloon se hacía indispensable en cuanto llegase… o acabaría volviéndose loco.

—Muy bien. Yo soy Dan —señaló con calma la hermana de Jane. Travis asintió para dar conformidad al acuerdo.

Lo observó dirigirse a la pequeña chimenea que había en un lado del salón y comenzó a prender el fuego con las cerillas que encontró en la repisa del aparador. Dana se alegró de no haber tenido que hacer de hombre.

Una vez que las llamas estuvieron en su máximo apogeo, Travis comenzó a desvestirse

con suma naturalidad. Dana tragó saliva cuando lo vio quitarse la primera pieza de ropa, y en el momento en el que su espalda quedó a la vista, creyó que babearía si no cerraba la boca. ¡Qué hombre! Jamás había visto algo semejante. ¡Él era piel, hueso, músculo y todo estaba en su lugar, con la textura precisa y la tensión exacta! Dana se mordió el labio inferior. No le extrañaba que Jane estuviera tan inquieta. ¡Vaya ejemplar!

Entonces se giró para coger la toalla y se la pasó por su pelo, el pecho y la espalda… Ella tuvo ganas de levantarse y asistirlo. ¡Oh, cuánto le habría gustado ser una mujer servicial ayudando a un hombre a asearse después de un día duro bajo la lluvia!

Si Jane despreciaba a los hombres, Dana no se quedaba atrás, pues su tío había conseguido que tuviese miedo del género masculino. La había acorralado tantas veces siendo niña que no estaba tranquila cuando se encontraba con uno de ellos a solas. Luego estaba aquella vez que el Demonio la besó y le tocó su pecho. Una vivencia que no había compartido con Jane porque escapó y no deseaba cargar con más peso las atribuciones de su hermana mayor. Fue horrible, no llegó a mayores, pero bastó para que la hiciera sentir sucia. El Demonio le había escupido de forma lasciva cosas horribles a la cara, que incluían palabras como furcia, coqueta, Jezabel… La acusó de calentarle la sangre y no darle alivio. ¡Ella no hacía nada como eso!

Después de lo que había vivido, jamás había sentido deseos de interesarse por ningún hombre. Pero el señor Travis Hutson era diferente. Dana podía percibirlo. Se sentía cómoda a su lado y le gustaba mucho el modo en el que se imponía ante Jane. Sí, era un tirano, pero su hermana podía llegar a serlo mucho más que él y Jane necesitaba que alguien le parase los pies, y en especial, a una persona que se preocupase por ella del modo en el que había observado que lo hacía Travis.

Tragó saliva en cuanto lo vio con los pantalones desabrochados… Por inercia se mordió el labio inferior. ¿Él iba a desnudar esa parte de sí mismo frente a ella? Sabía que tenía que darse la vuelta, reprenderlo, o decir que… que… que… ¿Y si desvestirse entre caballeros era algo normal y ella se ponía en evidencia ante él? ¡No sabía cómo actuar! Él se veía tan cómodo desvistiéndose…

Rezó una plegaria para que sus mejillas no estuviesen tan sonrojadas como imaginaba que estaban. De pronto, tenía calor y no se debía al más que bienvenido fuego que él había conseguido avivar.

¡Y se bajó los pantalones! ¡Oh, cielos! Su cosa. Dana había visto esa cosa de hombres… ¡Santo Dios de los paganos!

No pudo evitar jadear con asombro. Eso al fin captó la atención de Travis. Sin dejar de observarla, se colocó la manta sobre la cintura. Su torso quedó al descubierto. Dana se dio cuenta de que seguía mordiéndose el labio inferior mientras veía esa mata de pelo negro que cubría sus pectorales. Era un hombre inmenso… y tan bien formado…

—¿Eres un invertido? —preguntó con seriedad.

—¿Qué? —Dana intentaba dar sentido a la pregunta que él acababa de hacerle, pero la situación era tal, que no conseguiría que su intelecto se pusiera a razonar correctamente.

—No soy de ese tipo de hombre.

—¿Qué? —De verdad que lo intentaba, pero Dana estaba absorta pensando en que un ejemplar como él no podría existir. ¿No tenía nada imperfecto?

—No pienso fornicar contigo —decidió ser más claro. No le gustaba ni un pelo el modo en el que el hermano de Jane lo observaba. ¿A qué estaba jugando? Primero lo había visto darle un beso en la mejilla a su hermana en la estación, mientras la abrazaba desde atrás con posesión. Bueno, tal vez fuese natural darse ese tipo de cariño entre hermanos, pero no a la vista de todos. Había pensado que se trataba de un matrimonio. Luego había sucedido ese gesto de Jane en el que percibió una relación todavía más extraña entre ambos y en estos momentos el denominado Dan lo observaba con demasiada curiosidad… y algo más. Una vez tuvo a un par de vaqueros en el Sarah Love a los que sorprendió en una actitud… Uno estaba montando a otro. Decidió hacer como que no lo vio porque no necesitaba más problemas con un recién aparecido Denver Harris rondando a Sarah.

—¡Por amor de Dios! —exclamó una voz a su espalda. Jane no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¿Acaso todo en su mundo se ciñe a… a… a lo que acaba de decir, señor Hutson? —lo reprendió. Era imposible que ella dijese en alto esa palabra tan obscena. Era atrevida pero no tanto.

Travis se dio la vuelta para enfrentarla. Cuando vio que ella llevaba una especie de camisón más grande de lo que necesitaba, puesto que Hatie era mucho más voluminosa, y que sus hombros estaban descubiertos…

—Travis y yo estábamos hablando de cosas de hombres que no son de tu incumbencia, Jane. —Dana consideró que era momento de hacer valer su autoridad como jefe de la pequeña familia que constituían ella y su hermana. Con su habitual voz baja y ronca, ella dio el toque varonil al asunto.

—¿Hablando de… de… de…? —Tomó una bocana de aire. Era imposible que Jane hablase de algo como eso. Había escuchado cosas mucho peores en la boca del Demonio, pero…

—De fornicar —dijo Dana, manteniendo a raya la sonrisa que pugnaba por formarse en sus labios.

Jane explotó.

—¡Ha dicho que no iba a hacer… a hacer…! A… a… a… —Grandioso. Era una tartamuda torpe, incapaz de controlar su lengua.

—Fornicar —repitió Dana. Lo que le valió un gruñido por parte de Jane.

—Contigo. ¿Por qué ha dicho que no haría *eso* contigo, hermano?

—Porque tu hermano me ha devorado mientras me desnudaba, Jane —le informó Travis, con tranquilidad.

—¿Desnudado?, ¿frente a mi hermano? —preguntó con los ojos como platos. Su vista voló hacia la de Dana. La muchacha asintió tratando de evitar que su rostro reflejase vergüenza, y esperaba haberlo conseguido—. ¿No tiene decencia, señor Hutson? Ya es bastante reprochable que estemos varados en una diminuta cabaña los tres, y que lo estemos sin demasiada ropa encima. Peor es que haya insinuado que mi hermano y yo mantenemos una relación ilícita y el colmo de la fatalidad es que diga que no va a… a… a…

—Fornicar —habló de nuevo Dana.

—¿¡Quieres dejar de utilizar esa infame palabra, hermano!? —gritó con enfado Jane. Su hermana pequeña estaba descontrolada.

—Solo deseaba ayudarte —se excusó.

Jane tomó una gran bocanada de aire para tranquilizarse. Contó hasta cinco. No consiguió que los latidos furiosos de su corazón se detuviesen. Repitió la acción. Esa vez contó hasta diez.

Travis y Dana no se atrevían a hablar. Bueno. Dana no lo hacía. El mestizo estaba muy entretenido observando el fuerte temperamento que la mujer tenía.

—De acuerdo —dijo al fin, cuando consiguió doblegar su malestar—. Nadie va a usar ninguna palabra malsonante. Nadie va a volver a desnudarse delante de otro alguien. Y vamos a dejar claro que ninguno de nosotros tres queremos… queremos… queremos…

—Forni… —La dura mirada que le ofreció Jane hizo que Dana cerrase el pico al punto.

—Después de esta intensa y acalorada discusión que olvidaremos ahora mismo… iré a esa cama porque creo que voy a desmayarme. —Jane comenzó a caminar, pero sus párpados pesaban y sus extremidades lo hacían más. Incluso sus piernas no parecían querer seguir la indicación de su mente sobre que tenían que moverse.

Travis maldijo en su interior, y en dos zancadas estuvo ahí para sujetarla y que no cayese al suelo. Jane quedó suspendida en sus brazos.

—¿Tu hermana está enferma? —inquirió.

—Imagino que no, es fuerte como un toro español, pero debe estar cansada, hambrienta, y hasta hace poco mojada. Llevamos demasiados días de viaje y en algún momento debía desmoronarse. —Dana se había levantado para interesarse por el desvanecimiento de su

hermana. Se preocupó cuando la observó tambalearse de lado a lado. Le dijo que debía comer algo, pero era tan testaruda como el que más. Le agradó mucho ver el modo en el que Travis la mantenía pegada sobre su pecho.

El mestizo llegó hasta la habitación, la tendió en la cama y la observó con atención.

—Regresa junto al fuego, me quedaré con ella.

—No vas a fornicar con mi hermana —lo avisó. De pronto esa palabra le agradaba muchísimo. Dana se sentía poderosa usando algo que estaba destinado a los hombres y que una dama de buena crianza jamás emplearía si no quería convertirse en una paria social.

Travis, que estaba parado junto a la cama, levantó la mirada para observar a ese enclenque. Dan escondía algo, y no era capaz de determinar el qué. Suspiró.

—No voy a abusar de tu hermana, tienes mi palabra de honor.

—¿Y cómo puedo confiar en ti? —rebatió presta.

—Ve al salón y coge un bote de conservas de mi bolsa. Sospecho que tú debes estar igual de cansado y hambriento que ella. Cuando despierte le daremos de comer.

—Te advierto, Travis —usó su nombre para parecer más peligroso—, que tengo una pistola y sé usarla.

—¿Sabes hacerlo? —preguntó en tono burlón.

—¡Por supuesto que sí, mi hermana me enseñó! —Se dio cuenta de que debió haber callado la boca en cuanto observó que él la miraba con una ceja levantada.

Dan supo que su masculinidad acababa de esfumarse en cuanto se dejó llevar por su larga lengua. Levantó el mentón, como solía hacerlo Jane y lo miró desafiante.

—Me importa una boñiga de… de… de conejo —se le ocurrió que eso quedaba

bien—, sí, lo que pienses de mí. Defenderé a Jane aunque me cueste la vida. ¿He sido claro? —Esperaba haber sonado amenazador.

—Completamente. —Le gustó verlo decidido. No lo ridiculizaría más… por el momento.

—Bien. Voy a comer algo, pero la puerta estará abierta y respetarás a mi hermana o te pegaré un tiro en tu… —¿Cómo diantres llamaban ellos a su cosa masculina?—. Ya sabes dónde —decidió no ponerse más en evidencia—. Y antes de que me vaya dejaré claro que no fornicaría… —¡Le gustaba esa palabra más que cualquier otra! La pondría en su lista de términos asiduos— contigo ni aunque fueses el último hombre sobre la faz de la Tierra, y tampoco tengo pensamientos indecentes con mi hermana. —Tenía la necesidad de limpiar su buen nombre masculino. Esperaba haberlo conseguido.

—Pero lo harías con algún otro… —Escuchó que le decía Travis justo en el momento en el que ella se daba la vuelta.

Tragó saliva. No se había dado cuenta de que en su declaración de intenciones quedó un resquicio tan inapropiado. ¡Ser un hombre era más complicado que cualquier cosa!, se lamentó Dana. Giró casualmente la cabeza, compuso una sonrisa divertida y lo miró con arrogancia.

—No te sientas celoso, Travis… No eres mi tipo, encanto. —Y se esfumó de allí más rápido que el viento que azotaba en aquel momento la ventana de la cabaña, después de guiñarle un ojo con diversión.

El mestizo negó con la cabeza. Primer misterio resuelto. El hermano de la dama era un hombre afeminado que disfrutaba de los de su mismo género o algo peor.

¿Qué escondía pues esa bonita rubia que descansaba plácidamente sobre la cama?, se preguntó mientras se tendía a su lado. Lo cierto era que estaba agotado y no se le ocurría un lugar mejor en el que descansar.

Aunque esa misma noche, cuando Jane se despertó y lo encontró abrazado a ella, con

su virilidad presionando en sus posaderas, y desnudo, la cosa se puso interesante.

Capítulo 5

Un camino que nunca acababa

Era un hombre tiránico. Él lo sabía y poco le importaba. Su palabra era la ley en la mayor parte de los lugares habituales en los que transcurría su vida, y nadie osaba desafiarlo porque lo conocían, y sabían de lo que era capaz.

Giró la cabeza para observarla. ¿Qué tenía esa mujer para haber atrapado su atención de ese modo? A su lado, con la espalda más recta que una escoba, ella parecía que fuese a partirse en dos. Ni con los baches del camino, donde la carreta iba de lado a lado, ella lo había rozado ni una sola vez.

De acuerdo. Era comprensible que estuviese enfadada con él porque se había despertado en la cama con un brazo masculino rodeándole la cadera, mientras sus posaderas cobijaban esa parte suya que había estado dura como una piedra. Sí. Bien. También tenía derecho a enfadarse porque nuevamente él la había obligado a sentarse a su lado si quería emprender el viaje, dado que Jane pretendía ir sentada en la parte de atrás con su hermano.

Mentiría si no confesase que fue divertido verla pedir ayuda al enclenque cuando él le dijo que no se movería de allí si no se sentaba en el lugar que le había sido asignado. Su hermano se limitó a sonreír y a ir a la parte trasera, donde se estiró y se tapó el rostro con el sombrero, en una clara muestra de que no deseaba líos.

Incluso cuando Jane había gritado en la cama y lo había tachado de lujurioso atrevido, su hermano no había protestado. ¿Por qué? En parte fue una estrategia, dado que quería ver si en

verdad esos dos hermanos no tenían nada inapropiado entre ambos… Sí, también deseaba estar cerca de ella, pero no había planeado caer en las dulces garras del dios del sueño y quedarse desnudo porque perdió la toalla en algún momento de la noche. ¿El motivo? Jeremy era su amigo y él velaría por los intereses de la gente que le importaba. Que ella fuese una mujer que le calentaba la sangre hasta el punto de la ebullición no era significativo.

—¿Vas a estar enfadada durante mucho tiempo? —preguntó tragándose la sonrisa que pugnaba por salir. No debería reírse de ella, pero su postura era tan exagerada que la dama acabaría con un fuerte dolor muscular en todo el cuerpo.

—Se metió en la cama conmigo… —Jane gimió. Eso sonó terriblemente inadecuado.

—Ah. Entonces debo suponer que tu enfado es porque no ocurrió nada interesante allí. —No era una pregunta.

—Le ruego que no hablemos de lo que sucedió… jamás. —No iba a decirle que le irritaba que se dirigiese a ella sin la formalidad correcta, porque eso le daría alas. ¡Hombre testarudo e inquietante!

—¿No se me premiará el hecho de haberte rescatado? —se atrevió a preguntar con humildad.

—¿Rescatarme? Yo creo que en una situación como esa, la palabra *ruina* sería más consistente.

—Ibas a darte un fuerte golpe, lo que hice fue muy heroico. Te desmayaste, como bien te dije cuando te ofrecí una explicación de nuestra situación. Tómalo como un premio. Sí, estar junto a ti fue la oportuna manera de cobrar mi recompensa por mi épica hazaña.

Escucharon una risita del todo molesta que provenía desde atrás. Su hermana Dana se mostraba demasiado divertida con sus incomodidades con ese hombre que se tomaba tantas licencias con ella. Por amor de Dios, a ella le atormentaba su tamaño, su atractivo bárbaro, casi animal, porque era un hombre hechizante, pero había llegado al fin del mundo para casarse con Jeremy Andrews. No debería echarle ni una mísera mirada a Travis Hutson. Su palabra estaba

comprometida… al igual que ella misma.

—Es increíble el modo en el que cambia en esta región el clima. Un día está lloviendo a mares y al siguiente el sol luce con un calor asfixiante. —Se alegró de conocer la conversación intrascendental que regía la mayor parte de los actos sociales de Londres. La meteorología era siempre una buena opción para escapar de una situación incómoda.

Travis la examinó con tanta fijación que Jane se vio en la necesidad de girar su rostro para enfrentarlo.

—¿Todas las inglesas hablan del tiempo cuando quieren escapar?

La boca de Jane se abrió ligeramente debido a la sorpresa. ¿Le habría leído la mente? Lo observó dirigir los ojos hacia sus labios y cerró de inmediato su boca. Miró hacia el otro lado para disfrutar del paisaje.

—¿Conoce a muchas inglesas, señor Hutson?

—A unas cuantas —advirtió—. No entiendo cómo pueden vivir en aquel lugar. Juro por la tumba de mis antepasados, civilizados y salvajes, que no volveré a poner allí un pie mientras viva.

La vista de ella regresó a él. Esta vez lo encontró observando al frente para fijarse en el camino que la conducía a su nuevo hogar. Con un hombre que no conocía y que le causaba un gran revuelo en el estómago. ¿Y si no la aceptaba? Sacudió ese pensamiento con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Me está diciendo que ha estado en Inglaterra? —inquirió burlona.

—Hace algunos años. No me gustó nada de lo que allí había… —Él volvió a girarse y los ojos negros de él se quedaron atrapados en los avellana de ella—. Pero también es cierto que no conocía a todas las personas que residían en ese territorio en aquel momento. Debí haber buscado mejor.

—¿Lloverá hoy? —A ella no se le ocurrió nada mejor que decir. Él la estaba desarmando.

No hubo tiempo para más réplicas. La carreta comenzó a desviarse de la senda para terminar deteniéndose en un campo abierto.

—Es hora de parar a almorzar. Los caballos pastarán aquí. Además, no quiero que vuelvas a desmayarte y yo tenga que exigir un nuevo premio por evitar que des con tus preciosas posaderas en el suelo. Estoy seguro de que esta vez no me contentaría solo con tenderme en una cama a tu lado. —Ella rodó los ojos en cuanto lo vio saltar del carro. ¡No estaba bien que él dijese cosas como esa!

Una nueva risita resonó en la parte de atrás.

—Dan, ¡cállate! —regañó a su hermana porque era imposible hacerlo con el otro.

—No te enfades conmigo, hermana. No soy yo quien está coqueteando contigo. —A Dana le importaba bien poco que Travis la escuchase, dado que eso era justo lo que estaba sucediendo.

Travis sacó un arco y un carcaj donde había varias flechas.

—Ya está bien de tonterías —dijo con seriedad—. Trataré de cazar algo para comer carne. Tú lo necesitas —advirtió mirando a Jane, luego se fijó en su hermano—, y aunque por ti poco se puede hacer ya, también te irá bien alimentarte en condiciones.

Le tocó a Jane cubrirse la boca para no reírse debido al comentario malintencionado sobre su supuesto hermano. Vio que Dana se erguía debido a la ofensa.

—¡No te rías! —Dana le dio un ligero codazo a Jane en cuanto él dejó de observarlas.

—Enciende un fuego —le ordenó al hermano de Jane— y tú —le habló a la señorita Hertford—, busca en mi bolsa una navaja. Espero que sepas destripar la pieza que traiga para cocinarla y que lo hagas bien.

Dan dio un paso al frente, pero Jane fue más rápida.

—¿Por qué no cazo yo y tú cocinas, señor Hutson? —preguntó dándose cuenta de que había prescindido del trato formal. No le importó. Estaba harta de seguir siendo correcta. Si él se saltaba las normas del decoro y la trataba con impertinencias, ella lo premiaría con la misma moneda.

La miró con los ojos llenos de curiosidad y una sonrisa asomando en su boca.

—¿Es un farol?

—¿Quieres apostar? —cuestionó ella con confianza.

—¿Qué habría en juego? No me gusta aprovecharme de la gente cuando sé que quien me desafía no tiene nada que hacer contra mí, pero si la apuesta vale la pena, podría considerar el hecho de hacerte quedar en ridículo con menos esfuerzo del permitido para darle cierta emoción a la justa… O tal vez no. Veremos si merece la pena.

—Eh… Travis, creo que no deberías subestimar a… —comenzó a explicar Dana.

—¿Qué quieres poner sobre la mesa? —la interrumpió Jane. Iba a bajarle los humos a ese hombre costase lo que costase.

—¿Qué tienes que ofrecer, Jane? —preguntó altanero y seductor.

—¿Y tú? —rebatió ella con rapidez.

—Dime tu precio y yo te haré saber el mío.

—Quiero ese arco y las flechas. —Las dos cosas eran una obra de arte. No había visto hasta el momento uno igual. El cuerpo estaba tallado en madera y al frente, en la empuñadura, se veía una figura preciosa que simulaba ser una mujer. Las flechas tampoco tenían desperdicio, se veían tan… artesanas, puras. Esas plumas del final. Un trabajo precioso. En Londres, el abuelo la había provisto de uno magnífico, con un acabado blanco y muy femenino. Estaba segura de su

habilidad con ese arma, pues había aprendido del mejor. Su abuelo la había instruido bien y, aunque imaginaba que el señor Hutson sería bueno, estaba convencida de que ella podría ser mejor. En la temporada de caza del urogallo ella jamás había fallado ni una sola vez, ya fuese con el rifle del abuelo o con sus flechas, siempre daba en el blanco. El anterior conde de Alastor decía que había heredado sus habilidades, sus instintos y lamentaba que no hubiese nacido hombre, porque en dicho caso no tendría los problemas que arrastraban ella y su hermana.

—Pides mucho. Lo solicitado por mí deberá estar al mismo nivel que lo que has sugerido.

Ella se quedó muda. No tenía nada que ofrecerle. El dinero estaba menguando y en cuanto a sus pertenencias, salieron con lo justo, dado que no podían cargar con más. Ah, sí, tenían un par de armas para apostar.

—Tengo una pistola de tres cañones giratorios que perteneció a mi abuelo.

—¡No, Jane! —Dana sabía el apego que ella tenía al arma que le había regalado el abuelo. No dudaba de las habilidades de su hermana, pero era un legado que la mayor de las Hertford estimaba en gran medida.

—Un beso. Quiero un beso tuyo —repitió despacio Travis.

—De acuerdo —dijo al tiempo que sonreía. Puesto que estaba convencida de su victoria, ni se lo pensó, solo aceptó. Ganaría con facilidad—. ¿Cómo lo hacemos?

—Usando nuestras bocas —apuntó él con una sonrisa socarrona.

—No pienso perder —se apresuró a decir exaltada.

—Yo nunca pierdo, Jane —explicó con humildad. No mentía. Hasta la fecha era el mejor en lo que emprendía, fuese cual fuese la tarea asignada.

—Diga cómo vamos a ir a cazar el almuerzo, señor Hutson.

—Usaremos mi arco. El mejor de dos piezas, gana. Tú harás los honores e iniciarás.

—Muy bien. Vayamos.

Jane comenzó a andar hacia una zona boscosa en la que esperaba encontrar algún animal, tal vez un conejo o lo que fuese que habitase por ahí. Travis la siguió lleno de anticipación. Le resultó de lo más interesante verla tan decidida. Una lástima que no consiguiese su objetivo, porque no pensaba tener piedad en la competición. Se dio la vuelta y miró a Dan.

—Si ella y yo cazamos, tú harás la comida y destriparás al animal.

—¡Yo no sé hacer eso! —Ni tan siquiera imaginaba cómo encendería un fuego en medio de la nada.

—¿Hay algo que sepas hacer?

—Sí —afirmó con rapidez—. Reírme.

—¿Qué? —Había pocas cosas que sorprendiesen a Travis. Esa respuesta del enclenque lo había conseguido.

—Me reiré cuando mi hermana tenga tu arco colocado sobre su espalda y use tus flechas. Va a aplastarte sin piedad y cuando ella te deje en ridículo me reiré sin remordimientos, Travis Hutson.

—¿Estás diciendo de verdad que crees que ella va a ganar? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Quieres apostar un beso mío? —se burló al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Antes me arrancaría la lengua —respondió con una mueca.

—Oh, qué decepción, Travis. Creí que acabaríamos siendo buenos amigos…

—Me parece que te ha dado demasiado el sol en la cabeza y te aconsejo que cambies de sombrero, porque ese no te protege lo suficiente.

—Te conviene mucho ser amigo mío, Travis. Soy muy influenciable en la mujer sobre la que has puesto tus ojos —le dijo con seriedad.

El mestizo miró con atención al hermano de la mujer y lo examinó con atención.

—Cuando esté interesado en tener a tu hermana, te aseguro que lo sabrás —avisó. Dana no logró comprender la amplitud de lo espetado, pero por el modo en el que lo dijo… fue como si una gran mota de posesividad quedase suspendida en el aire.

—Te equivocas con mi hermana, muchacho —usó esa fórmula para avergonzarlo. La mirada que el mestizo le dio no la acobardó—. Jane no es la dama recatada y equilibrada que crees que es y si no vas con cuidado estarás bailando alrededor del dedo meñique de ella en cuanto menos te des cuenta. Y de nuevo es hora de que recuerdes que estamos aquí porque va a casarse con el hombre que te envió a por nosotros.

—Lo mejor que podríais hacer ambos sería regresar al lugar de donde venís antes de que os hagáis daño. Esto no es un juego. Esta tierra no es suave. —De hecho, el viaje estaba siendo más largo de lo normal porque sabía que Texas no estaba hecha para dos hermanos que deberían estar en Nueva York con los de su misma especie. Demasiado refinados, altivos y quejosos para sobrevivir a una vida con contadas comodidades.

—Como quieras. Yo te he advertido sobre Jane. Me parecía justo hacerlo. No la subestimes, porque mi hermana es mucho más de lo que aparenta y si hay alguien más voluntarioso, apasionado, fiel y dado a salirse con la suya, te aseguro que deberá ser el mismísimo Todopoderoso.

—Ya… —señaló incrédulo.

—¿¡Vas a venir o al fin has entrado en razón y estás dispuesto a echarte atrás, señor Hutson!? —gritó Jane desde la lejanía al ver que no la seguía.

Sonrió.

—Voy a divertirme mucho con tu hermana.

—Te divertirás con ella, lo que Jane te permita —dijo, desafiante, con una chispa en los ojos verdes y una radiante sonrisa en los labios. Ese enclenque era demasiado bonito para ser un hombre. ¿Cómo se refería uno a otro hombre que era hermoso?

Volvió a fruncir el ceño. Y se inquietó al tener ese tipo de pensamientos referidos a otra persona de su mismo género. Se sacudió de nuevo por el mal trago que le había hecho pasar Dan Hertford. No solo por el hecho de ver su confianza ciega en Jane, sino porque era… demasiado apuesto. Y Travis, jamás, había pensado en otro hombre en términos de belleza. Y eso que Jeremy Andrews era un sinvergüenza seductor más guapo que el pecado, según decían todas las señoritas de mala fama de los burdeles en donde lo conocían. ¡Espíritu de la lluvia! Travis no podía darle a su mejor amigo un tesoro como era Jane Hertford. Ni tan siquiera al padre, dado que el hombre, pese a tener una edad madura, era atractivo como su hijo.

Estuvo al lado de Jane en pocos minutos.

—¿Por qué quieres casarte con un hombre que no conoces?

—Hay asuntos sobre los que no está bien preguntar, señor Hutson. Eso son cuestiones íntimas que no son de su incumbencia. No debería ni haber hecho la pregunta.

Él se encogió de hombros.

—Es gracioso que todavía no sepas con quién estás hablando. Ayer estuviste en la cama conmigo.

Ella se pasó ambas manos por el rostro.

—Cacemos —sugirió.

—No. Respóndeme —ordenó, al tiempo que le atrapaba la mano derecha para frenarla.

Se acercó a la mujer en un avance pensado para sobrecogerla. Peligroso. Se quedaron uno frente al otro, muy cerca. El aliento de uno era apreciado por el otro, y viceversa.

—No te tengo miedo.

—Deberías.

—¿Eres un hombre que pega a las mujeres? —preguntó con el mentón alzado.

—No soy un cobarde y le daré una buena paliza a cualquiera que abuse de un ser inferior. Incluso si es un perro abandonado el que está siendo pateado, obtendrá mi ayuda —alegó con la pasión rodeando cada palabra espetada.

—¿Forzarías a una mujer a aceptar tus atenciones sin su consentimiento?

—Antes me pegaría un tiro. Y haré lo mismo con quien haga algo similar en mi presencia —aseguró sin vacilación.

—Entonces, no te tengo miedo —afirmó sin un ápice de dudas.

—Ayer te dije que cuando te temiese me verías correr, Jane.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Siento ganas de huir de ti tan rápido que soy un tonto por no hacerlo en este momento. Y más desquiciada estarías tú si no hicieses lo mismo… ahora.

Ella dio un paso hacia atrás al comprender lo que veía en sus ojos. Deseo. Conocía bien esa mirada en un hombre. La había visto en su tío, pero la de Travis no era como aquella. El hombre que la miraba con esa intensidad tan cruda no la hacía sentir enferma, sino… somnolienta y templada. Un poco más que cálida… Ardiente.

—Deberíamos… —Sentía la mano de él sobre su muñeca y quemaba.

—Cuando me tendí a tu lado no iba a hacer nada pecaminoso, Jane —se vio en la obligación de señalar. Hubo algo en la forma en la que ella hizo las preguntas, que le dio a entender que había alguien que la había asustado, aunque no alcanzaba a imaginar quién, y cuánto había sido el daño que ella sufrió—. Nunca haré nada que no quieras y te prometo que haré cualquier cosa que me pidas, pero antes deberás solicitarlo de modo claro.

—Entonces no sigas por este camino. No nos conocemos lo suficiente y yo…

Él la observó con mayor intensidad y dio el paso al frente que ella había retrocedido.

—Estás aquí para casarte con un hombre al que no has visto antes. —Él se figuró que era eso lo que iba a recordarle.

—Precisamente. —La objeción se sintió como si fuese una losa pesada, una argolla con una gran bola de hierro en el otro extremo.

La soltó y suspiró. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo con Jane Hertford y se alegró de que ella fuese la más cauta de ambos.

Los dos caminaron en silencio hasta que encontraron un lugar en el apostarse para esperar a una presa. Un conejo. Jane tensó la cuerda y la flecha salió silenciosa y letal en cuanto lo divisó.

—¿Quién te enseñó? —preguntó satisfecho de que ella fuese tan buena.

—Mi abuelo.

—Buen trabajo. Realmente eres una señorita muy especial… ¿no es cierto?

—¿Pretendes echarte atrás, señor Hutson? —La pregunta fue lanzada con mucho humor.

—¿Y decepcionarte por no poder besarme? Nah. No lo creo ni por un momento, no quiero desilusionarte. Veo cómo me observas, pequeña codiciosa.

Ella rodó los ojos. Incluso cuando bromeaba con ella era vanidoso. Cierto que podía serlo, puesto que era un hombre espectacular, pero no debían seguir por ese camino.

—Es tu turno. Veamos si debo preocuparme —le dijo al tiempo que recogía la caza y la depositaba en una pequeña bolsa que él le había dado previamente.

Travis sujetó el arco y también consiguió darle a un lagarto que había en la corteza de un árbol.

—Si quieres, puedes ensalzarme, Jane —expuso con sumo engreimiento.

—Pensé que habíamos dicho que sería el almuerzo. Ese bicho al que le has dado es apenas más grande que mi pulgar, y para comer algo así debería estar desesperada.

—Ah, pero eso tiene mayor mérito, ¿no te parece? Su tamaño era considerablemente más pequeño que tu pieza y era difícil de percibir para el ojo humano porque estaba muy bien camuflado. A mí siempre me han dicho que tengo la vista de un águila negra.

—Uhm… Negro. ¿Eres tan oscuro como tratas de aparentar?

Él sonrió de lado.

—No lo sé. Dímelo tú.

—Un color curioso que da un toque oscuro y misterioso, creo que es apropiado para ti.

—Lo sería para un gran guerrero, ¿verdad? Águila Negra, suena prometedor, ¿no te parece, Jane?

—Podría ser. Pero no eres un guerrero, señor Hutson.

—Te sorprendería saber todo lo que soy, señorita Hertford —alegó de modo pensativo.

—Sí, tú también lo harías —susurró.

—Por descontado que me gustaría conocer tus secretos, Jane.

—Tienes un excelente oído.

—Solo para lo que me interesa.

Ella no le dio mayor importancia al asunto. Deseaba ganar la competición.

—Pasemos a la siguiente pieza. Te concederé que ese pequeño insecto ha sido un blanco, pero fácil, porque no estaba en movimiento como mi conejo.

—¿Quieres que le dé a una mosca en el aire con la flecha para que veas que soy un prodigio, Jane? —La pregunta fue divertida.

—¿De qué me serviría masticar una mosca, señor Hutson? Quiero un almuerzo un poco más consistente.

—Es cierto, pero demostraría mi pericia.

—Me toca. Dame el arco. —Él le concedió la petición y volvió a colocarse cerca del matorral donde habían estado hacía escasos minutos.

Suspiró cansada cuando no vio cerca ningún ser vivo al que poder asar en el fuego que ella o Travis Hutson tendrían que encender, dado que Dana no sería capaz de hacerlo ni con un fósforo prendido.

Hubo un movimiento a la derecha. Jane miró en esa dirección y se le iluminaron los ojos. Un venado, con unos cuernos inmensos y una cola blanca. Oh, sí. Eso sería fabuloso, le daría con ese premio en las narices a él. Se preparó con sutileza, con la pericia de un gran depredador dispuesto a llevarse la pieza a casa. Apuntó y calculó con precisión el tiro para darle en el corazón al animal y no hacerlo sufrir más de lo necesario. Su abuelo era muy puntilloso en estas cuestiones.

Travis había visto ese poderoso animal y comprendió que a ella se le estaba haciendo la boca agua al imaginarse cazando semejante trofeo. Era competitiva. Eso se lo reconocería. Se colocó a su lado sigiloso justo en el momento en el que la vio tensar la cuerda para hacer el disparo certero. Se acercó a su oreja y respiró un poco más fuerte de lo debido para hacerle cosquillas en esa zona. La flecha salió despedida e hizo diana en medio de la nada. El animal huyó despavorido.

—¡Eres un vil tramposo! —lo acusó sin piedad y muy, pero que muy enfadada.

—No lo soy.

—¿Cómo que no? ¡Me has hecho perder la concentración! —gritó con enfado.

—Un buen guerrero debe estar atento a cualquier contrariedad. Tú no eres tan buena como crees, Jane.

—Nadie sería capaz de concentrarse en la caza si tú fueses la distracción.

Él sonrió primero, para después emitir una sonora carcajada.

—Me halagas, querida Jane.

—No lo he dicho en ese sentido, y lo sabes —se lamentó por sus palabras.

—Haz lo mismo conmigo y te demostraré que soy capaz de acertar el tiro en cualquier situación.

—Muy bien —dijo ella tratando de imaginar qué jugarreta podría hacer para bajarle los humos. Se mordió el labio inferior al tiempo que tuvo una idea. Sería muy audaz, pero él iba a comprender la valentía de Jane Hertford pronto. Oh, sí, y en caso de que él alardease de su comportamiento frente a otros, ella lo negaría todo. Su espíritu competitivo era elevado y más después de lo tramposo que había sido. Haría esa argucia, decidió con convicción. Esperaba poder hacerlo. Dana había insistido, desde que pusieron un pie en los Estados Unidos de América, en que las normas eran bastante más relajadas en este territorio tan poco civilizado. Él

mismo había invadido su espacio íntimo esa misma noche y parecía no ser algo como una pena de muerte.

Se fijó en Travis Hutson. En ese momento él estaba con los ojos cerrados, muy concentrado, como si estudiase todo lo que había a su alrededor. Diría que incluso estaba tratando de fundirse con la misma naturaleza. ¿Qué hacía? Jane decidió ser paciente y ver qué se proponía.

—Se acercan, puedo escucharlos con claridad. No te muevas y verás —señaló enigmático.

Lo vio colocarse de pie, no escondido y miró al cielo. Supuso que su presa sería un pájaro. En ese momento una gran bandada, la que él predijo que venía, apareció sobre sus cabezas. Se quedó asombrada. No perdió ni un momento y antes incluso de verlo tensar la cuerda, se colocó a su lado, se puso de puntillas mientras la mano derecha se sujetaba del árbol que tenía a un lado, a fin de mantener el equilibrio, y le lamió el lóbulo de la oreja, incluso se atrevió a mordisquearlo para irritarlo todavía más.

Supo que haría algo perverso en cuanto la observó maquinando su venganza. Travis había esperado muchas cosas y por eso estaba más que preparado para cualquier situación. Había imaginado que le soplaría en la oreja izquierda también, pero el contacto de su lengua fue inimaginable.

No importaba, su concentración estaba donde debía estar, aunque su virilidad se puso dura al instante. Disparó la primera flecha y cayó el pájaro. Con una rapidez jamás vista, sacó la segunda flecha del carcaj que portaba a la espalda y una nueva presa descendió sin vida.

—¿Quieres más o te valen dos? Porque mientras estén a mi alcance puedo derribar las aves que hagan falta.

Cuando cayó el primer trofeo, ella ya no estaba atendiendo su oreja. Estaba maravillada y llena de aturdimiento. Cuando el segundo pájaro se estrelló, después de que ella volviese a lamer de nuevo ese lugar con mayor ímpetu, dado que había presentido su intención de volver a hacer blanco, tuvo que aplaudir.

—Me gustaría tanto saber hacer lo que acabas de llevar a cabo… —dijo con la mayor de las admiraciones. Se lamentó de haber deseado algo como eso, porque ella ya había aprendido más que suficiente de la mano del abuelo. Incluso a querer más, a saber más, a ser la mejor.

Él echó a un lado el arco, las flechas y la sujetó por la cintura para tenerla al frente. Jane estaba eclipsada por su habilidad.

—Te enseñaré en otro momento.

—¿Quién te enseñó? —No se dio cuenta ni de lo que ocurría a su alrededor. La impresión fue absoluta. Aunque era humillante que como mujer no hubiese sido capaz de desestabilizarlo, debía admitir que era digno de elogio.

—Mi abuelo, como hizo el tuyo.

—Estás lleno de sorpresas.

—Ni te lo imaginas. Ahora pídeme que te bese, Jane.

Ella se humedeció los labios por inercia. La vista de Travis había captado el gesto y sintió un nuevo tirón entre las ingles. Tan feroz que dolió.

—¿Disculpa?

—¿Has olvidado lo que había en juego?

—No. No lo he hecho, pero no pienso pedirte algo como lo que has exigido.

—No era una exigencia. Fue una petición humilde —puntualizó con una sonrisa.

—Señor Hutson, estoy segura de que es absolutamente consciente de que usted no pide ni solicita, menos lo hace humildemente. Lanza órdenes a diestro y siniestro y espera que sean cumplidas sin cuestionarlas. —Le pareció oportuno escudarse en la formalidad más correcta para reprenderlo.

—Te he dicho hace un momento que no violento a las mujeres. No te forzaré a darme mi premio si no me lo pides.

—Creo que tenemos un problema, porque no soy una mujer que va pidiendo besos a viva voz, señor Hutson.

—He ganado.

—Pero no lo has hecho limpiamente. Sin tu interferencia ese gran animal habría sido mío.

—No he podido dejar que matases al venado porque hubiese sido un desperdicio. Mucha carne que no nos hubiésemos podido llevar, y su piel y cuernos habrían sido también otro desperdicio puesto que no tengo las herramientas adecuadas para darles uso.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Se aprovecha todo cuando se caza en Texas?

—En Texas, no lo sé, pero yo lo hago. Pídeme que te bese, Jane. Es solo un beso. No es nada tan pecaminoso como la lamida con la que me has tentado en la oreja —solicitó con sencillez. Las manos de su cintura la movieron más cerca, tanto que ella tuvo que apoyarse en el torso con las suyas para no darse de bruces contra él.

—Si quieres tu premio vas a tener que obtenerlo por tus propios medios. No voy a inflar tu ego para que el mío caiga todavía más.

—¿A qué te refieres? —Él había detectado una nota de lamento en su aseveración y no comprendía el motivo.

—No he sido capaz de minar tu voluntad. Eso me dice muy claramente lo que opinas de mí, no caeré más para que tú subas —dijo desafiante, sin apartar los ojos de los suyos.

—Oh, Jane… No sabes nada. Nada. Absolutamente nada —comenzó a decir mientras

negaba con la cabeza. Suspiró con fuerza al tiempo que ella fruncía el ceño sin comprender la acusación velada—. Cambiaré los términos de la apuesta —comenzó a decir mientras la soltaba. Ella se sintió torpe cuando dejó de sentir su cercanía, su olor a hombre, a cuero y jabón, pero logró estabilizarse—. Llámame por mi nombre a partir de ahora y me daré por satisfecho.

Ella sintió desinflase todavía más algo en su interior. Así que no solo no era capaz de mermar su experta concentración, sino que renunciaba con facilidad a buscar un beso. ¿Por qué no la había acariciado con los labios cuando la mantuvo sujeta por la cintura? ¿No era ni un poco deseable? Jane creyó que él… Tonta, se dijo en su interior. Debería estar contenta de que el hombre con el que no iba a casarse cambiase los términos de la apuesta… Entonces, ¿cuál era el motivo de su desazón?

—Travis —dijo con seriedad y en tono neutro, sin gracia.

Lo escuchó resoplar como un… como un… como un animal, grande y feo. Sí, algo así. No le venía a la mente un nombre para calificarlo, pero era una cosa inmensa y horripilante. Tal vez un hipopótamo.

—No eres capaz de pronunciar mi nombre ni con un mínimo de emoción. Has hecho bien en no darme el capricho de solicitar mi pedido, porque en caso de que me hubieses besado, me habría convertido en un gran iceberg en tu mar de hielo.

—¿¡Cómo te atreves!? —se quejó ofendida.

—Solo digo la verdad. Eres una mujer remilgada, estirada y fría, Jane Hertford.

—Es evidente que te estás burlando de mí desde que salimos de la estación de ferrocarril. No olvides que recuerdo que dijiste que yo no estaba hecha para la vida de Texas y desde entonces, desde ayer mismo, y solo fue ayer y parece que ha pasado una eternidad, no haces más que ponerme pruebas y más pruebas. Estás esperando a que falle y te juro por mi fuerza de voluntad que no harás que huya despavorida. ¡Tú no sabes nada de mí! No sabes quién soy. He venido aquí para casarme con Jeremy Andrews y este juego que has ideado no va a funcionar.

—¿Yo estoy jugando?

—¿Acaso lo hago yo?

—Si es esa la opinión que te merezco, es mejor que la hayas expuesto en este justo momento, porque así me queda más que aclarada la clase de mujer que eres y sin duda erré en mi primera suposición sobre tu fortaleza.

—¡No soy débil! ¡Soy capaz como cualquier mujer, incluso más que algunos hombres y no sabes lo que ello supone para mí! —le gritó frente a su cara. Oh, ella hubiera deseado tanto ser solo un poco débil, más inocente, menos curtida… Él no retrocedió. Estaba calmado.

—No negaré que te he puesto a prueba. Desde que te vi lo he hecho, pero no alcanzas a comprender la magnitud de mi situación. Trato de juzgar tu espíritu, no la fortaleza de tu cuerpo. Yo podría ser lo suficientemente fuerte por los dos, y es una suerte que no hayas estado a la altura, Jane Hertford, porque no perderé a un amigo, ni me extraviaré yo mismo por alguien que no lo merece.

—¿Qué quieres de mí, Travis Hutson? —preguntó con desespero.

—Nada que puedas ofrecerme.

La rodeó, cogió los dos pájaros y comenzó a andar de vuelta hacia el lugar en el que estaba su hermano.

Jane lo siguió a una distancia prudencial sin hablar, entre otras cosas porque no sabía lo que había ocurrido y no deseaba saber nada más respecto al asunto. Él había hablado de forma enigmática y no quería… no quería… no podía más… Solo necesitaba que el largo viaje terminase de una vez para poder seguir con cierta normalidad.

Después de unos pocos minutos en los que imperó el más estricto silencio, llegaron hasta el improvisado campamento. Por supuesto, no había indicios de que Dan hubiese intentado encender una hoguera y menos mal porque habría acabado provocando un gran incendio. De hecho, Dan permanecía de pie, con la boca amordazada, las manos atadas a la espalda, mientras

tres hombres, semidesnudos y adornados con cosas extrañas, lo miraban de forma desconcertante.

—¡Dios mío! —exclamó Jane al ver la pintoresca situación.

Tuvo la intención de echar a correr para enfrentarse a ellos. El mestizo la sujetó del brazo para frenarla.

—No hables, no te muevas y, pase lo que pase, no intervengas. —Era una orden firme dada en un tono tranquilizador y ella comprendía la importancia de seguir sus normas, en esos momentos más que nunca.

—Indios, salvajes… nos matarán… —dijo con sofoco. Lo sintió erguirse a su lado, pero no prestó atención a su reacción.

—Haz lo que te he dicho. Todo va a salir bien.

Ella lo miró a los ojos y asintió con convencimiento. Confiaría en él. Lo que estaba en juego era la preciada vida de todos ellos.

Capítulo 6

Una reunión sobrecogedora

Iba rezagada al encuentro de los indios que tenían a su hermana secuestrada porque él se lo había ordenado. «Ponte detrás de mí» decretó sin opción a réplica. Travis abría el camino e iba con el arco a su espalda y las manos arriba en señal de tregua. Ella lo imitó también. Trataba de controlar las sacudidas nerviosas de su cuerpo. Sufría por la seguridad de su preciada hermana.

Había escuchado historias espeluznantes sobre los incivilizados moradores de las tierras americanas, pero estar frente a ellos era diferente, más aterrador. Cortaban el cuello a sus víctimas para desangrarlos, se comían su corazón crudo y también separaban la cabellera de los muertos para llevárselas como un trofeo. Al abuelo le fascinaban los indios, si por él fuese, ella hubiese acabado siendo la esposa de uno de ellos.

Conforme se acercaban, observó que dos de ellos los miraban con arrogancia mientras uno tenía un machete bien agarrado en la mano y lo mostraba con descaro. Era un claro aviso de que si intentaban cualquier tontería atacarían sin piedad. Ella lo sabía. Conocía los signos de la lucha previa, el abuelo la había adiestrado en técnicas militares como si creyese que incursionaría en una avanzada napoleónica o como comandante de las tropas británicas para recuperar las colonias de la India.

Ellos no eran como los demás. Los indios que tenía enfrente eran místicos. Llevaban pinturas en sus caras, sus cabelleras largas, pero cortadas por los lados. Plumas. Muchas plumas de varios colores en las trenzas que caían sobre un lateral de sus hombros.

Estaba fascinada y estremecida a partes iguales. Si el abuelo pudiese verla en esa tesitura…

El señor Hutson se colocó frente a ellos en una actitud valiente. Tan intransigente que ella solo podía sentir más admiración por él. No tenía un ápice de miedo. Todo lo contrario que observaba en los ojos compasivos de Dana. No volvería a separarse de su hermana jamás. Había cometido un error imperdonable al abandonarla en medio de la nada para ir a demostrarle a un hombre, que no debería importarle, lo audaz y forjada que estaba en algunas artes en las que solo los hombres estaban destinados a destacar.

Escuchó que él hablaba en una lengua extraña, indescifrable para ella. Vio a los otros sorprenderse en cuanto él abrió la boca.

Travis Hutson estaba preparado para todo. Defendería a los hermanos con su propia vida y esperaba que el enclenque supiera al menos dar algún cabezazo o cualquier cosa para defenderse. No arriesgaría la seguridad de Jane, así que primero lo intentaría de modo diplomático. Sabía lo que tenía que hacer. Debía usar aquella lengua que desterró años atrás de su existencia.

—Soy Águila Negra, descendiente de los Siux Santee, nieto del guerrero, hechicero y gran jefe Caballo Salvaje y estoy preparado para morir defendiendo lo que es mío. ¿Podéis entenderme?

Los examinó con prudencia. Los vio mirarse los unos a otros con una sonrisa divertida. Era evidente que no se creían ni una sola palabra sobre su identidad.

El más alto y grueso de ellos dio un paso hacia adelante y se preparó para hablar también en una lengua extranjera.

—Soy Hacha de Guerra, bisnieto de Nube Roja, de la tribu de los Siux Lakota y tú eres un fanfarrón mentiroso que va a tener que asumir su farol. Peleemos a muerte.

—Muy bien —respondió en la lengua Siux.

Travis se dio la vuelta y dejó las armas en el suelo. Se quitó la camisa y se acercó al carro para ir a su bolsa y sacar un machete similar al que llevaba Hacha de Guerra. Los tres hombres lo vigilaron en todo momento y él no denotó ni el más mínimo signo de temor.

Jane se mordía la lengua. Deseaba saber lo que iba a suceder. No soportaba la angustia del desconocimiento. ¿Debería haberle dicho que ella sabía luchar? Era una mujer acostumbrada a tener el control de la situación en todo momento y la desquiciaba no ser responsable de lo que iba a acontecer. No se atrevía a hablar, ni tan siquiera a moverse. Era la primera vez que depositaba toda su confianza en un hombre que no era el abuelo y era del todo extraño. Por algún motivo creía en Travis Hutson, en su potencial para resolver la situación de la mejor manera posible.

Travis se colocó a un lado, lejos de Jane y de su hermano, preparado para luchar. Los hombres lo miraron con atención.

—¿A qué indio muerto le robaste ese machete? —lo acusó en la lengua Siux el otro guerrero.

—Tranquilo, no te robaré el tuyo cuando caigas —advirtió juguetón. Su respuesta hizo que los tres indios riesen.

—¡Pelea, embustero! —gritó Hacha de Guerra en cuanto se abalanzó hacia él con el machete en alto.

Dana cerró los ojos esperando lo peor. Jane se tragó un aullido de terror. Y los otros dos indios se callaron una exclamación de asombro absoluta, cuando vieron que el mentiroso repelió la primera carga de uno de los guerreros Lakota más entrenados de la tribu.

La pelea se extendió durante un buen rato. Ambos buscaban herir al otro con ahínco, con la precisión de un soldado que ansiaba llevarse la victoria. Se golpeaban en los flancos, en el rostro, pero ninguno caía. Tampoco se producía sangre más allá de algún rasguño esporádico.

Jane quería llorar de pura preocupación. Sentía su corazón sobrecogido y su alma a punto de escapar de su cuerpo debido a la ansiedad. No podía pasarle nada. Ese hombre no podía

morir, porque más allá de la desprotección en la que ella y Dana se quedarían, debía admitir que lo echaría terriblemente de menos.

En un momento clave, en el que el salvaje le propinó una fuerte patada en el abdomen, Jane vio derrumbarse y caer de rodillas a Travis Hutson.

—¡Noooooo! —gritó con todas sus fuerzas de un modo tan agónico que fue imposible que la atención no recayese sobre ella. La sorpresa hizo que todos la mirasen, incluidos los dos que estaban luchando.

Hacha de Guerra regresó a la acción, levantó el puñal dispuesto a terminar con la pelea, pero Águila Negra rodó sobre el suelo y le dio una fuerte patada en la rodilla que lo hizo caer. Se abalanzó sobre él y lo cubrió con su propio cuerpo. Lanzó el machete justo al lado del cabello de Hacha de Guerra y le cortó una de sus trenzas.

Los dos hombres se miraron a los ojos. El guerrero Lakota sabía que a esas horas podía haber estado muerto si su oponente hubiese movido unos pocos centímetros su afilado metal.

—No pienso matar a un hermano Siux. Soy mestizo, no un embustero. Concebido para andar entre los dos mundos, el de mis antepasados Santee y el del hombre blanco. Aceptad mi hospitalidad y compartid mi comida hoy. Vivamos un día más en paz para pelear por causas más nobles en otro momento. —Se alzó y le tendió la mano a Hacha de Guerra. La tomó sin dudarlo un solo instante, sabiendo que su vida acababa de ser perdonada.

—¿Eres consciente de que yo te habría matado? —le preguntó con seriedad su rival.

—Sí y yo no podría haberme permitido perder, ni tampoco ganar y matarte. Si tú caes, tus hermanos me matan. Confiaré en tu honor para establecer una tregua.

—Has tenido suerte de que tus mujeres estuvieran admirándote. Debí suponer que eso sería una ventaja para ti. No creí que estuvieses diciendo la verdad, pero eres un Santee, uno de sus guerreros… O medio, pero con orígenes indios. Hablas de ser mestizo con orgullo, cuando es justo una maldición. Te concederé el mérito de tu valor.

Los ojos de Águila Negra se desplazaron de inmediato hacia el enclenque. Trató de no parecer asombrado, porque no quería que se riesen de su reacción los inesperados guerreros.

Examinó al supuesto señor Hertford con atención. Menudo, escuálido, de una piel blanca inmaculada, algunas pecas en su rostro. Siguió su escrutinio. Cabello rojo como el fuego, cortado delicadamente, como si no quisiera renunciar a la hermosura a pesar de llevar un corte masculino. Se centró en el pecho. No se apreciaba nada femenino ahí, debido posiblemente a las capas de ropa que llevaba. Regresó la mirada a los ojos. Verdes, con virutas amarillas encantadoras y tan llenos de miedo mientras se centraban en su hermana mayor… ¡Estiércol de caballo!

Uno de los otros indios se acercó a Travis Hutson.

—¿Estás dispuesto a intercambiar a la mujer rubia por pieles, armas o…?

—No. —Los ojos de él se posaron en Jane—. Ella es mía.

—La otra. Te daré un caballo por la mujer roja. —Hacha de Guerra estaba loco desde que la vio. Vestirla como si fuese un muchacho denotaba un ingenio atrevido para camuflar la suave belleza de ella. No obstante, ese rubí era una verdadera joya que se moría por llevarse.

—No me desprenderé de mis mujeres sin morir —sentenció, intentando poner fin a la discusión. Sus ojos seguían mirando con intensidad a Jane.

Ellas no sabían lo que hablaban porque lo hacían en una lengua extraña.

—Y yo no te culpo por ello —dijo con admiración Hacha de Guerra, mientras contemplaba a la mujer de ojos verdes como la laguna de las montañas altas.

Travis se fue hacia Jane y se colocó frente a ella.

—Abrázame y bésame. En cualquier sociedad, civilizada o bárbara, se espera que la mujer rinda honor al vencedor tras un enfrentamiento —le habló en un susurro en la lengua del hombre blanco. No sabía si los indios la entenderían, por eso moduló muy bien su voz.

Los brazos de ella ya lo habían rodeado incluso antes de que él hubiese pronunciado la primera letra. Estaba tan contenta de que la situación se hubiese resuelto. Aunque los indios todavía estaban ahí, la lucha había finalizado y ella comprendía que se estableció algún tipo de entendimiento.

Se pegó a su cuerpo y luego buscó sus labios para darle un beso ligero, que él se encargó de convertir en mucho más. No fue duradero, pero sí lo suficientemente sentido para que ella notase sus piernas temblar.

Águila Negra miró al otro lado, los Lakota ya habían desanudado a Dana y él estaba extendiendo su brazo para que ella se uniese al abrazo grupal. La muchacha corrió sin pensarlo dos veces.

—Dame un beso en los labios —susurró junto a su oído cuando la abrazó. Era necesario reafirmar su poder sobre ellas. Dejarles claro a los indios que eran su posesión más preciada.

—Hazlo —le pidió Jane al ver la renuencia en la mirada de su hermana. Comprendía lo que él estaba haciendo, formaba parte de la estrategia.

—¿Lo sabes? —No pudo callarse la pregunta. Él asintió. Pegó sus labios con ligereza y se separó de inmediato.

—Ahora prepararemos la comida y trataremos de relajarnos. No son un peligro, pero sed cautas. No mostréis temor o socavareis mis habilidades para defenderos. Mostrad fe ciega en mí —les aconsejó.

—¿Eres como ellos? —preguntó Jane sin separarse de él. Su apariencia no era como el resto de los hombres porque él sobresalía, pero su presencia y vestimenta, su acento más cerrado… todo le había hecho pensar que era un tejano al uso. No. No lo era. No sabía qué orígenes tenía él, pero no era un hombre como los demás. Y si hubiese resultado ser como el resto, ella habría sentido una terrible desilusión.

—Hablaremos de eso en otro momento. —Desvió con reticencia la mirada de Jane y se

dirigió al enclenque para decirle—: Ayuda a tu hermana. Tú y yo también tenemos una charla pendiente. —La joven asintió con timidez, pero no rebatió nada—. Encenderé el fuego y vosotras tendréis que cocinar para nosotros. Cuando terminemos de comer, cada cual se irá por su camino.

—Gracias, Travis —dijo con sentimiento Jane, antes de salir de su abrazo. Él no añadió más.

Jane estaba preparada para la tarea, porque el abuelo era muy parecido a Travis. Cuando cazaban, sus piezas eran trofeos que ambos se ocupaban de atender. El abuelo solía recordar lo que había tenido que hacer para sobrevivir en medio de la nada, en la rebelión de los cipayos en la India. No era remilgada en cuanto a descuartizar una pieza para comerla. La sangre no la asustaba. Estaba más que familiarizada con ella.

Y era por eso por lo que no encajaba siendo la nieta de un conde. Sentía que le iría mucho mejor en Texas, dado que desde que llegó las cosas se habían puesto de lo más interesantes. La novedad era excitante. Tanto o más que él. ¿Estaba loca por sentirse viva e ilusionada por primera vez desde que se bajó de aquel ferrocarril? No le importaba. Se sentía libre, plena, el peligro la asustaba, pero tenía la impresión de que él no permitiría jamás que nada malo le sucediera.

Era el modo en que la miraba, cómo había respondido a su abrazo cuando ella se dejó caer sobre su pecho tras la lucha, y en especial, el cuidado que ponía sobre su hermana, a pesar de que había descubierto su embuste sobre la verdadera fisionomía de Dana.

***

No hubo más incidentes. Comieron y los indios siguieron su camino. Dana había tenido que soportar las largas miradas de aquel indio, el más grande de sus compañeros. Y a Jane le habría gustado que el Demonio se hubiese tenido que enfrentar a un protector como él. Eso no

podía ser. Ella jamás renunciaría a Dana, y menos la entregaría a un incivilizado, que en caso de haber podido, hubiese matado a Travis y las hubiese hecho sus prisioneras.

No hubo palabras tras la marcha de los guerreros. Él comenzó a levantar el improvisado campamento y eso fue la señal para reanudar el viaje. Dana, que había intentado pasar desapercibida, se subió de un salto en la parte de atrás del vehículo, y cuando Jane esperó a que él le tendiese la mano para ayudarla a colocarse a su lado, la mandó sin miramientos a hacerle compañía a su hermana.

Bien. Si el señor Hutson no quería hablar, ella no daría el primer paso. ¿Por qué? Porque no tenía ni la menor idea de qué decirle y tampoco deseaba enfrentarse a una situación del todo imprevista y que le daba dolor de cabeza. ¡Era una novia por correo! Eso implicaba no dejarse seducir por el primero que luchaba a muerte por salvarles la vida a su hermana y a ella. Dios santo, estaba en deuda con él y el pago era tan grande que no sabía cómo podría asumirlo.

—Está enfadado —susurró Dana lo más cerca posible de la oreja de su hermana.

—Lo sé.

—¿Te gusta él, Jane?

Su hermana tragó saliva y desvió la mirada hacia otro lado.

—Esa no es la cuestión. —Pero sí, maldita fuese su suerte, él le encantaba. Todo en él. Ni una sola objeción, ni incluso esa procedencia que ella sabía que era salvaje, la asustaba ni un poco.

—Lo he visto desnudo. Es espectacular —continuó su hermana con sus conjeturas. La visión de ese cuerpo duro, moldeado, que casi parecía puro metal sólido, estaba grabada a fuego—. ¿Estás molesta porque lo haya visto sin ropa y que lo haya besado? —tanteó con suavidad, con el mismo timbre de voz bajo para que él no las escuchase—. Te prometo que fue algo insignificante, un contacto breve en la boca, no lo disfruté… Y en cuanto a lo otro, la mirada que le di no fue ligera… Lo siento. No podría haber apartado los ojos de él ni aunque me hubiesen apuntado sobre la cabeza con una pistola. Es el primer hombre que veo y creo que… si

tú no lo quieres… yo…

—Ya basta —la frenó con mayor brusquedad de la que pretendió.

—Estás enfadada. —No era una pregunta.

—No —respondió de todos modos, con suavidad.

—Mentirosa… —la regañó, mientras sonreía con complicidad.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Una falta de conversación en la que la cabeza de Jane daba más de mil vueltas sobre tantas cosas que… ¿Cómo era posible que un hombre al que acababa de conocer se hubiera convertido en alguien tan importante para ella? No quiso seguir con esos pensamientos tan sombríos.

En cuanto anocheció, el señor Hutson montó una tienda de campaña junto al río para resguardarse de la humedad de la noche. Él se quedó fuera, lugar en el que encendió un fuego. Antes de haber reemprendido el viaje, él había cazado dos conejos más que servirían para la cena.

Dana se había quedado dormida. Jane no soportaba más los cientos de dudas que le asaltaban la mente. Decidió salir de allí. No se había atrevido a quitarse el vestido para dormir. Su hermana seguía en pantalones también.

Lo vio sentado frente a la hoguera. Las llamas se mantenían sofocadas, crepitando en medio de la nada.

—¿Vas a dirigirme la palabra o el resto del camino seguirá siendo como si no existiésemos para ti?

Se sentó a su lado, aunque trató de mantener la distancia. Ante esa cuestión él se giró para observarla.

—Podría hacerte la misma pregunta.

—¿Quién eres? —se lanzó Jane.

—Travis Hutson.

—¿Qué más eres? —siguió con la línea de su interrogatorio.

—Mestizo. Mi madre era la hija del jefe de los Siux Santee. —Él se lo acababa de confirmar. Jane había esperado una inquietud mayor en cuanto supiera la verdad de primera mano.

—No mentías cuando dijiste que eras un guerrero.

—No.

—¿Cuál es tu nombre? —Él supo lo que le estaba preguntando.

—Solo respondo al de Travis Hutson, el que me dio mi padre.

—Dime el otro —ordenó en el mismo tono en el que lo hacía él.

—Ya lo sabes.

—Dilo.

—No.

Ella le sonrió.

—Recuerdo una conversación parecida, pero la que negaba fui yo.

—Lo sabes. Ya te lo dije cuando fuimos a cazar.

Ella frunció el ceño. Repasó la conversación en su mente. Estaba un poco difuso

todo… salvo el hecho de que le había lamido con cierta intensidad el lóbulo de la oreja.

—Águila Negra.

—Nadie me llama así si sabe lo que le conviene —dijo con cierta tranquilidad, aunque se apreciaba la tirantez.

—Lo recordaré. —La amenaza subyacente estaba latente y ella sabía que no debía usar ese apelativo nunca.

—¿Cómo se llama ella?

—Dana.

—¿Es en verdad tu hermana?

—Sí.

—¿Por qué el engaño?

—Porque es demasiado bonita y no pasa desapercibida. Los hombres la observan antes incluso de que entre en un lugar. Era arriesgado hacerlo de otro modo. La protección de mi hermana es lo primero para mí —expuso con sinceridad y tratando de que él entendiese que no fue nada premeditado para burlarse, sino una medida de protección.

—Yo no la vi. Solo te vi a ti —le dijo, haciendo que una calidez inesperada se extendiese por las entrañas de Jane.

—¿Cuándo te diste cuenta? Mientras estuvimos en la arboleda tú no…

—Ellos la descubrieron de inmediato. Supongo que tienes razón cuando dices que es fácil verla si se pone atención. Yo no me fijé lo suficiente para averiguar el engaño. Sin embargo, me di cuenta de que había algo extraño en vuestro comportamiento, por eso te hice aquella pregunta sobre vuestra relación, la que tanto te ofendió. He presumido delante de ti sobre mi

concentración y mi poder de observación, pero fueron los Lakota quienes me advirtieron de su identidad. Debo confesar que me sentí estúpido. Los indios salvajes hicieron el trabajo por mí. —Jane reconoció sus propias palabras de inmediato cuando se refirió a los hombres con los que se había tenido que medir en fuerza y audacia.

—Lo siento, no debí haber hablado de ellos de ese mo…

—Hiciste bien. Os hubieran llevado con ellos después de matarme. El mundo, Jane, no se divide en razas, sino en personas, buenas o malas, según sus intenciones. Ellos eran guerreros y al menos tuvieron honor cuando vieron que vencí a uno de los suyos. No dudes ni por un instante de que para que ellos os hubiesen obligado a marcharos en su compañía, yo habría perecido antes haciendo todo el esfuerzo posible por salvaros.

Ella no lo dudó ni un instante. Sintió verdaderas sus palabras. Evitó decirle que tras su muerte seguramente ella le habría seguido, porque muy posiblemente se hubiese enfrentado a ellos.

—Lo sé. Eres un guerrero y creo que… de los mejores.

Él asintió.

—Lo fui en otra vida. Ahora soy Travis Hutson, un simple vaquero que deseaba una pacífica vida sin complicaciones. En compañía de otros rudos tejanos y vacas y algún que otro caballo.

—¿Vacas?

—Vendo ganado. Tengo un rancho —le explicó complacido ante el hecho de que ella se interesase por él.

—Un hombre pacífico sin… complicación.

—Así había sido… hasta ahora. —No le quitaba los ojos de encima. Ella tampoco apartaba la mirada. Sus ojos negros se veían tan claros esta noche… Tal vez fuese por las llamas,

o porque ella…

—¿Cuánto queda para llegar? —Trató de desviar el tema hasta una conversación menos intensa.

—¿Deseosa de casarte con tu hombre? —preguntó con un tono de voz tan neutro que ella no sabía interpretar si estaba molesto o no.

—Necesito un techo bajo el que dormir, una cama confortable en la que tenderme, una cocina en la que preparar la comida. Me da miedo compartir esto contigo porque crees que Texas no es para mí, pero después de este largo camino ansío estabilidad. Un lugar seguro, para mi hermana y para mí. También quiero paz, sin complicaciones. ¿Qué hay de malo en tener un poco de comodidad, Travis?

—Nada. Una mujer como tú merece lo mejor que se le pueda ofrecer. Lo entiendo.

—No sé si lo que has dicho es un cumplido o una sentencia desfavorable. —No conseguía entenderlo. Solo sabía cuándo él ordenaba algo porque su modo totalitario era inconfundible.

—Una observación. Te irá muy bien con Jeremy Andrews. No te aceptará cuando te vea, porque eres todo lo contrario a lo que busca en una mujer, pero si le haces ver tu calado, estará a tus pies. Él te dará todo lo que necesites. Es un hombre rico y cuidará de vosotras. No tienes nada que temer. Ni tan siquiera de quien os haya hecho abandonar vuestro hogar.

Ah. Él acababa de decidir por ella. Debería sentirse más tranquila. Más calmada. Fin del asunto, de las dudas, de los remordimientos. Ese beso que compartieron quedaría pronto en el olvido, en cuanto ella fuese capaz de desterrarlo de sus pensamientos. Él había concluido con la cuestión. Sacudió la cabeza para alejar el pesar y la inquietud que le habían provocado sus palabras.

—Soy valiente, lo suficiente para enfrentarme a casi cualquier situación, pero no he nacido en el lado correcto de la balanza.

—¿Qué quieres decir? —La estudió con atención.

—No soy un hombre. Todo sería diferente si hubiese sido varón. Habría tenido derechos sobre las propiedades y el dinero de mi familia y mi hermana no hubiese corrido peligro —dijo pensativamente.

—¿De quién huis?

—Del Demonio —dijo sin pararse a pensar su respuesta.

—¿Qué os hizo ese hombre del que sospecho que hablas?

—Nada. Bueno, sí… Minó la valentía de mi hermana. También la mía. Él se obsesionó con Dana desde que era pequeña. Mi padre no sabía protegernos, lo hizo mi abuelo, pero… nos quedamos solas… Ambos murieron.

—El matrimonio os habría protegido a ambas también en vuestra tierra.

—Soy una novia por correo, Travis.

—No lo olvido ni un instante, Jane.

Ella suspiró.

—Estuve a punto de casarme. Bien, no fue así del todo. Mi abuelo organizó un matrimonio concertado. Dos. Y las dos veces… Me rechazaron —alegó con la suficiente dignidad que fue capaz de reunir—. No soy una mujer que sepa contentar a un hombre. Soy demasiado competitiva, y aunque intente ceñirme a las normas, fracaso estrepitosamente… más si quiero ganar.

—No negaré que me sorprendiste con tu actuación. Preví que tramarías cualquier cosa, pero algo como lo que hiciste… Me gustó, Jane. También cuando te besé.

—También me gustó besarte —confesó—. En cuanto a lo otro… No debí haberlo

hecho. Fue totalmente impropio. Y son por cosas como esa, por no dejar que ningún hombre me pase por encima, por no esconder mi temperamento el suficiente tiempo, por no dejar que me ganen si no son mejores que yo, por lo que fui considerada inadecuada para una unión con los de mi clase.

—¿Eres una dama con título? —No deseaba hablar de besos o lamidas en la oreja porque si no…

—Lo fui en otra vida —respondió del mismo modo que él había hecho hacía unos minutos—. La solución fue venirme a una tierra igual de salvaje que yo. Me dijiste que no encajaría, y debo conseguirlo, Travis, porque si no es aquí a donde pertenezco, no sé dónde más podría ser. Vi el anuncio del periódico y supe que era una señal. Un hombre que buscaba una dama para llevar su casa, debía ser correcta, con modales… Preferiblemente acostumbrada a una vida con comodidades que supiera entretener a sus invitados, pero que no fuese demasiado frágil dado que se necesitaba un espíritu fuerte para residir en Crystal City. Me vi reflejada al momento. Me pareció que la apariencia no era significativa para el señor Andrews y Dana y yo debíamos marcharnos de inmediato porque mi tío, el Demonio, había regresado tras la muerte de mi abuelo y la situación era insostenible. Él habría forzado a mi hermana y yo lo habría asesinado antes de que algo así sucediese —confesó sin remordimiento alguno—. Mi hermana teme a los hombres por culpa de ese desgraciado… —Hubo un silencio pesado entre ambos. Ella tragó saliva y se dispuso a preguntar—: ¿Te he alarmado? Soy consciente de lo que acabo de decir. De todo. Antes de marcharme le aticé con algo, algo duro… no recuerdo qué objeto fue, porque tenía a mi hermana bajo su cuerpo y cuando lo dejé inconsciente supe que lo mataría si le hiciese daño a Dana. Sin duda alguna. No me importaban las consecuencias, lo despojaría de su inmunda existencia sin pestañear.

—¿Por qué no lo hiciste? Hubieses estado en tu derecho de defender la vida de tu hermana, la tuya propia.

—Él es importante. Yo una mujer. En cualquier juicio hubiese tenido más peso su palabra en caso de haberme quedado y que él hubiese denunciado mi agresión. Incluso si hubiese acabado con su vida, me habrían conducido a la horca. No podía permitirlo. Mi hermana me necesita y ella es lo primero. —Era la primera vez que hablaba con tanta libertad, con suma confianza con otra persona y se sentía algo delicioso. El nivel de intimidad que tenía con él, sin que tan siquiera estuviesen tocándose, era exquisito. Reconfortante.

—Encajas, Jane. Estarás bien. Te lo aseguro. Jeremy no es un hombre enclenque. Te protegerá con su propia vida si hace falta. A ti y a tu hermana. Me alegro de que no te casases y de que estés aquí.

—Yo también.

—Te gustará conocer a Sarah, es fuerte. Ella dirige un rancho, no uno cualquiera, el Sarah Love es el mayor de todos los que hay, su padre lo encumbró y ella lo dirige con mano de hierro. Ha llegado a tener a una veintena de hombres bajo su cargo.

—¿Su esposo lo permite? —preguntó con los ojos como platos.

—Jeremy y yo éramos sus capataces. La ayudábamos. Una mujer soltera al mando de todo ese imperio que construyó su padre… Creímos que el señor Foster estaba loco —comenzó a decir mientras recordaba el pasado—. Cuando nos pidió que cuidásemos de ella… No pudimos negarnos, Sarah es una auténtica tejana. Tan indómita como la tierra que pisas, tan cálida como el atardecer de un largo día, tan brava como una peligrosa bestia salvaje y con una lengua venenosa que inoculará su veneno si la provocas. Seréis buenas amigas. Trata de que no te corrompa demasiado. Puede ser un dolor de muelas cuando se lo propone.

Jane se sintió… ¡celosa! Oh, Dios del cielo. No había reconocido el primer tirón de su corazón porque nunca había sentido algo así en su interior. Eran celos por el modo en el que él había hablado de otra mujer, por cómo la había ensalzado con esa voz ensoñadora que rememoraba a una mujer fuerte… Se descubrió hundida ante ese hecho. No quería seguir con la conversación. No deseaba continuar sintiendo ese molesto pellizco que se había incrustado en su pecho.

—Es tarde, será mejor que me acueste. Mañana se nos presenta un largo día para viajar… —De pronto se dio cuenta de que no quería llegar a su destino. No deseaba cambiar lo que estaba viviendo… con él.

—Llegaremos mañana a la finca de los Andrews. A la hora del almuerzo tendrás todo lo que mereces, Jane. Tu hermana y tú podréis daros un baño en el río antes de partir, vestiros correctamente y comenzar a vivir.

—¿Tan pronto?

Travis frunció el ceño desconcertado. ¿Había en sus palabras un cúmulo de decepción? No, seguro que era anticipación por conocer a los Andrews. Malditos fuesen esos dos por haber tenido tanta suerte. Él ya los veía repartiéndose a las hermanas lanzando una moneda al aire. Seguramente el hijo se agenciaría a Dana y el padre saldría ganando con la elección de su vástago, porque Jane era una mujer increíble.

—Buenas noches, Jane. Descansa. Mañana todo habrá acabado. Te lo prometo.

Ella se levantó de su lado y no fue tarea nada fácil, pues se percibía pesada. Como si arrastrase un gran peso en su interior. Se marchó y él se quedó solo con sus pensamientos.

Travis no tenía derecho a traerla a su vida de sencillez. Con un mestizo que se había convencido de que la vida solitaria sería mejor que cualquier otra cosa. Y más después de conocer su identidad. *Lady* Jane Hertford…

Travis habría necesitado una mujer fuerte porque cargar con un esposo como él, un mestizo gruñón y muy tirano, no sería tarea fácil. La fortuna de los Andrews le serviría a Jane para seguir siendo la dama importante que estaba destinada a ser, porque, bien con el padre o con el hijo, ella llevaría una existencia de lujos sin preocupaciones, sin precariedad. Suspiró. No debió haber jugado con ella de la manera en la que lo hizo, pero no había hecho ninguna declaración comprometedora y lo que había sucedido entre ambos, no había pasado de un mero beso intenso. Se echaría a un lado y se olvidaría de la insensata idea que había tenido cuando creyó que…

Vergel Azul no se marcharía de sus pensamientos. La mujer que confió en él y a la que abandonó por ambicionar poder, liderazgo… No. Su madre y su amada pequeña india habían pagado su inmadurez y no dejaría que Jane tuviese que cargar con él. Con un mestizo que solo era respetado en el estado de Texas por quién era y lo que hizo por la ciudad de Crystal City. No la arrastraría a su miseria.

Su corazón todavía sangraba por lo que perdió en el camino, y la dureza de su piel solo era comparable a la inexistencia de ternura. ¿Qué mujer podría soportar su malhumor, su tiranía,

osadía y la falta de sensibilidad? No era un rudo ranger, como lo había sido por ejemplo Denver Harris antes de encontrar a Sarah. Tampoco un sinvergüenza lleno de galantería y tiernas atenciones que dispensar a una bonita mujer, como Jeremy. Todavía menos se parecía al padre de su mejor amigo, dado que no era un maduro, pero atractivo hombre con los bolsillos bien llenos y mucho que ofrecer.

No tenía demasiadas esperanzas en sí mismo. ¿Qué ilusión iba a tener Jane con él? Un hombre que solo sabía pelear, defender, y matar… Cuando en el Sarah Love había algún ternero enfermo, una vaca sufriendo o un caballo muy malherido, lo llamaban a él para hacer el trabajo sucio, porque podía vivir con las manos ensangrentadas.

Jane era luz. Dulzura. Aunque tenía carácter y se veía fiera, siempre sería una mujer y ellas anhelaban caricias sinceras, cierta docilidad, comprensión. ¿Qué sabía Travis Hutson de todo eso? Nada. Incluso menos lo hacía Águila Negra, el fiero guerrero que tenía que tomar el control cuando hacía falta luchar para sobrevivir.

Decidido. Les daría trabajo a las chicas del Orient Saloon en el momento en el que Jeremy Andrews dejase de visitarlas. Lo peor sería que cuando yaciera con cualquiera, todas serían Jane Hertford, la mujer que acababa de dejar escapar. Y era toda una gran fortuna que nadie estuviese al corriente de su desgracia, dado que sería lo más humillante que podría hacer un hombre: acostarse con una mujer, cuando deseaba fervientemente a otra.

***

La mañana llegó. Un nuevo amanecer con promesas renovadas. Lo importante era que estaban a salvo.

Jane se levantó como si nada hubiera sucedido en los últimos dos días, tratando de olvidar que todo había cambiado en su interior. Pretendía borrar de su memoria los hechos acontecidos desde que bajaron del tren… cosa que parecía imposible.

Tomaron un poco de café caliente y cecina que él llevaba en su bolsa de provisiones, y Travis se marchó a dar una vuelta para darles intimidad para bañarse en el río. Las aguas no eran profundas y podrían adecentarse para estar presentables… A fin de cuentas ella iba a conocer a su futuro esposo. Jane no estaba preparada para afrontar lo que venía. Travis Hutson lo había complicado todo. Si no lo hubiese conocido sería más fácil seguir adelante porque su corazón estaba encogido al recordar que sería parte de otro hombre.

—¿Vas a bañarte o no, Jane? —La voz de su hermana hizo que dejase de amargarse con sus pensamientos sombríos.

—Sí. Iré enseguida.

—Me vestiré y daré un paseo para que tengas también un poco de tranquilidad, ¿de acuerdo?

—Sí, Dana. Ve, pero no te alejes demasiado. Ya viste que es una tierra peligrosa.

—No te preocupes. Estaré bien. El agua está fresca. Verás que te sentará bien nadar un poco. —Le sonrió y la dejó sola.

Comenzó a desvestirse y se dejó puesta la camisola, no se atrevía a sumergirse desnuda por si aparecía alguien. Metió el pie en el agua y se sintió liberador. No se lo pensó dos veces y se zambulló por completo. ¡Dios bendito! Era el paraíso. Se deleitó en nadar, en contemplar el cielo.

Los problemas parecían haberse esfumado. Después de un tiempo prudencial y de haber hecho uso de la pastilla de jabón con ahínco, decidió salir de allí muy a su pesar. No quería arriesgarse a ser sorprendida por Travis Hutson en paños menores.

Cuando llegó a la orilla sintió en su nalga derecha un resquemor bastante profundo.

—¡Aaaah! —exclamó debido al susto. Se llevó la mano a la zona y se palpó. No había nada, pero dolía.

Salió del agua rápidamente y se quedó en tierra, pero cerca de la orilla. Se sentía pesada de pronto. Y cada vez molestaba más… La pierna comenzó a entumecerse.

Lo veía. Travis se acercaba hacia ella a paso muy ligero.

—Ayuda… —consiguió exclamar, antes de caer de rodillas. Su pierna derecha había fallado y no podía sostenerla.

Él sabía que no era caballeroso, pero necesitaba verla, por eso había estado escondido, para espiarla cuando la vio meterse en el agua. Sí le había concedido el privilegio de la intimidad a su hermana Dana dado que esa muchacha no le interesaba. A Jane no, porque ansiaba llevarse un recuerdo para cuando su mente se volviese dolorosamente ardiente. Supo que algo le sucedía en el momento en el que la vio salir a trompicones de la orilla y decidió ir hacia ella y tratar de disimular para que creyese que había regresado antes de su paseo. Era muy observador y se había familiarizado con las expresiones de esa bella mujer. La dama tenía dolor. Y cuando pidió auxilio salió a la carrera.

Jane lo vio correr hacia ella con presteza y en un segundo lo tuvo a su lado.

—¿Qué te ocurre, Jane? ¿Qué es? —le preguntó mientras la tomaba en sus brazos.

—Me duele… la pierna… no puedo moverla. Algo me ha herido en la… —tragó saliva porque dolía muchísimo la picazón que sentía—, en… en la nalga derecha. Me siento pesada…

—¿En el río? ¿Te ha picado algo en el río?

—Sí.

La metió en la tienda de campaña que todavía estaba montada. Le quitó la camisola, la tendió en las mantas que habían servido de cama durante la noche y le dio la vuelta para dejarla sobre su estómago. Todo ello sin perder un solo segundo y controlando sus impulsos al tener a una mujer así desnuda solo para él. Jane se dejó hacer. Travis sabía que podía ser una serpiente de río. Cuando vio el lugar enrojecido, divisó un mordisco. Llevó su boca hasta allí y chupó con

fuerza para tratar de quitar el veneno inoculado. Escupió y repitió la operación varias veces más. No sabía si serviría para sacar todo de su cuerpo, pero confiaba en contribuir a que la infección que se estaba formando, debido a la mordedura, fuese menos grave.

Estaba azorada. No se atrevía a moverse ni a objetar. Los labios de él estaban succionando esa parte de su cuerpo y no se atrevía ni a preguntar por el motivo. Confiaba en él e intuía que tenía una buena razón para hacer lo que hacía.

Cuando terminó la operación, la cubrió con una manta. Salió de allí y regresó con una cataplasma que le colocó en la zona, esta vez sin quitarle la pieza de ropa que cubría su cuerpo desnudo.

—¿Qué bicho me ha hecho eso? ¿Voy a morir?

—No. No vas a perder la vida, Jane. Debió ser una serpiente de agua.

—¿No moriré? —Estaba al borde del llanto. No podía haber llegado hasta lo que se sentía como el fin del mundo, haberlo encontrado a él y partir. No dejaría a su hermana sin amparo y tampoco estaba dispuesta a despedirse de Travis.

—No lo permitiré. —Fue una aseveración tonta, él lo sabía, ella también, aunque Jane la creyó sin dudar. El mestizo había hablado con total seguridad, como si llegado el caso se fuese a presentar alguien para llevársela a la otra vida y él luchase por retenerla.

Jane se sentía cada vez peor. Cansada. Muy cansada y extraña.

—Eres como un guerrero incansable. Tan fuerte y poderoso… Me llenas de confianza cuando estás cerca. ¿Cómo lo consigues? Ningún hombre fue capaz de hacer eso en Londres… pero también era cierto que no les permitía acercarse a mí. Los despreciaba. No a ti. Incluso el abuelo me defraudó… Tú eres diferente. Me agradas. Si me sucede algo prométeme que cuidarás de Dana.

—Comienzas a divagar, Jane. Te he dicho que no va a suceder nada malo —sentenció con convicción.

—Me siento como una vez cuando bebí el *whisky* del abuelo. Dana me convenció para probarlo. Fue terrible. ¿Me dolerá la cabeza mañana? Tengo frío.

—Vas a pasar muy mala noche, Jane. No será agradable, pero me quedaré a tu lado. Confío en haber sacado el veneno y seguramente mañana te sentirás mejor, pero hasta que salga el sol vas a estar enferma —la avisó, mientras la colocaba en su regazo para acunarla. Comenzaba a temblar.

—Me encuentro extraña. Y no alcanzo a saber si es debido a tu cercanía, a tu abrazo, o si la causa es la picadura. Estoy muy cómoda entre tus brazos, Águila Negra. Sí, te llamaré así porque me gusta. No puedes enfadarte con una enferma… Ese nombre tuyo, el indio, me agrada más. Es como tú… insólito, con ímpetu.

—Sigues divagando, Jane. Trata de calmarte. Van a ser horas largas.

—¿Cómo voy a tranquilizarme después de lo que ha pasado entre nosotros? Estoy sobre ti, nos hemos visto desnudos, me besaste… —dijo llena de emoción—. Dímelo. ¿Estoy así por la picadura o porque me afecta muchísimo tu cercanía?

—Imagino que serán ambas cosas.

—Me gusta besarte, podría estar todo el día besándote. Has tenido tu boca sobre mi cuerpo desnudo… —recordó mientras colocaba su cabeza en el hueco del cuello.

—Era necesario hacerlo. El veneno podría no haberse dispersado por tu cuerpo por completo y tal vez haya podido sacar algo. —Evitó decirle que a él le encantaría que estuviera todo el tiempo besándolo…

—No pretendía recriminarte nada. Creo que no estuvo bien… haberlo disfrutado. ¿Te afecto yo, Águila Negra?

—Muchísimo, Jane —apuntó con absoluta sinceridad.

—¿Y vas a dejarme en casa de los Andrews hoy?

—No.

—¿No? —preguntó con sorpresa, mientras se acomodaba mejor en su regazo.

—Por el espíritu de la lluvia, Jane. No hagas eso. ¡No te muevas! —Estaba duro como una piedra. El restregón que ella le acababa de dar complicaba mucho las cosas. Estaba ardiendo por Jane Hertford.

—No me gusta estar así. No encuentro una posición que sea de mi agrado. —Volvió a moverse furtivamente y su masculinidad sintió esa dulce presión agónica—. Me duele la nalga. No estoy bien, Travis.

—¿Cómo quieres ponerte?

—Tumbada.

Él suspiró. Le habría gustado poder disfrutar unos minutos más de su cercanía, de su calor. A regañadientes la volvió a tumbar sobre las mantas.

—Te dejaré sola unos instantes, Jane. Debes descansar.

—No. No te vayas —dijo alarmada, al tiempo que una mano de ella lo apresaba para impedirle la huida.

Él maldijo. Necesitaba aliviarse o estallaría y la mano era lo único que tenía más cerca para poder… Dado que ella estaba acostada y desnuda… ¡No soportaría tenerla así y no poder tomarla!

—Jane… —Su nombre fue una súplica.

—Me gustó. Te regañé, pero me encantó tenerte cerca en la cama ayer. Me da igual lo que opines de mí. Es la verdad. Me haces sentir… Contigo estoy protegida, lo cual es una tontería porque soy muy capaz de tumbar a un hombre dándole una patada en sus bolas. ¿Se llaman bolas? ¿Cómo llaman los hombres a sus atributos masculinos? Mi hermana dice que

vosotros usáis ese nombre.

—¡Por el hechicero de los Santee, Jane! No hables de ese modo.

—Te lo dije. No soy tolerable. Ningún caballero se acercaba a mí porque soy espantosa. Mi abuelo me hizo así —se lamentó con un largo suspiro.

—No lo eres. No eres espantosa. Justo opino todo lo contrario de ti —puntualizó.

—Sí, debo serlo, porque tengo frío y tú no te tumbas a mi lado para consolarme.

—Jane… no hago lo que has dicho porque no sé si seré capaz de controlarme. —Travis estaba al límite de sus fuerzas. ¡Cómo la deseaba!

—Entonces vete. Dile a Dana que venga. Me estoy muriendo de frío y no me siento bien. Estoy sola y tú no quieres cuidarme. Nadie quiere cuidar de mí… Soy un estorbo para todo el mundo. —Una lágrima cayó de su ojo derecho y luego le siguió un torrente acompañado de sollozos lastimeros. Se sentía débil, vulnerable, tonta…

Travis suspiró. Se tumbó detrás de ella, a su espalda. En cuanto lo sintió, se dio la vuelta y se acomodó, pegando su cuerpo al suyo, con la cabeza en medio de su pecho. Él la mantenía abrazada con fuerza.

—Te prometo que siempre cuidaré de ti. Estás frágil, por el viaje, por la mordedura. Ya verás que mañana estarás bien, Jane.

La dejó desahogarse un tiempo y cuando la pena se marchó ella se sintió mucho mejor.

—Nunca lloro. Lo siento, Travis. No sé lo que me pasa. Mi abuelo estaría completamente defraudado si me viese. No me permitía llorar ni quejarme. No podía mostrar debilidad ante él… ante nadie.

—Descansa, Jane. Lo peor está por venir. Además, tú no eres débil y yo te protegeré siempre. Si deseas llorar delante de mí, puedes hacerlo, pero prefiero tus sonrisas, incluso esa

nariz alzada que me acusa con condescendencia.

—¿Travis?

—¿Sí?

—No me dejes nunca.

—Jane… —Esa mujer le estaba poniendo las cosas muy difíciles. Segundos después se dio cuenta de que su respiración era acompasada porque se había quedado dormida entre sus brazos. ¿Cómo podría dejarla ir cuando ella se amoldaba con tanta perfección a él? ¡Maldito lío en el que lo había metido el padre de Jeremy!

Dana no los censuró, pues cuando llegó a la tienda de campaña y los encontró en esa delicada tesitura, Travis le contó lo sucedido. Esa noche fue excesivamente dura para Jane. La fiebre la tuvo gran parte del tiempo divagando y quejándose. Pidiéndole a Águila Negra que no se marchase de su lado y de otras cosas que a él le hicieron muy complicado mantenerse honorable…

Ella durmió entre los brazos de él, porque tenía mucho frío. Su hermana se alejó todo cuanto pudo para respetar los deseos de Jane de estar con él y darles un poco de espacio. Dana estaba aterrada y el mestizo hubo de tranquilizar a dos mujeres con palabras alentadoras que jamás imaginó que diría en voz alta.

Y no le mintió. Travis no engañó a Jane cuando la avisó de que lo peor estaba por llegar. Aunque a la mañana siguiente ella se levantó bastante mejor, solo prevalecía un ligero entumecimiento en la pierna, aunque le duró poco la alegría. Al mediodía llegaron hasta la casa de los Andrews, donde tuvo lugar, al fin, el vaticinio de Águila Negra. Lo malo acababa de suceder.

Capítulo 7

Una ciudad nueva

Jeremy Andrews era el hijo de un hombre acaudalado. A sus veintisiete años se consideraba afortunado, pero no porque su padre tuviese una riqueza considerable. Tampoco por el hecho de que hubiera podido hacerse cargo del aserradero y ser inmensamente rico. Era feliz por el simple motivo de ser un hombre libre, capaz de hacer lo que quisiera cuando se le antojase. Y ese último punto había sido el mayor problema de todos en este tiempo pasado, dado que su padre deseaba verlo asentado, vestido con un traje formal y llevando los asuntos del negocio familiar.

Se había criado sin una madre cerca porque la señora Andrews se fugó con un contable del aserradero cuando apenas tenía cuatro años. Tal vez fuese ese el motivo principal por el que no confiaba en las mujeres y no quería una que dirigiera su vida. Aunque también había otra cuestión demasiado dolorosa para recordarla.

Haberse quedado a vivir en el Sarah Love, cuando regresó años más tarde a Crystal City con su mejor amigo, fue el mayor acierto de su vida. O el peor, según se mirase, dado que la hija del señor Foster resultó ser similar a un dolor de barriga y cabeza juntos.

En fin, el padre de Jeremy no debería quejarse de su comportamiento porque desde que la antigua señora Andrews los abandonase, este había sido más pícaro que él mismo. Su progenitor era un auténtico truhan que las engatusaba con solo una sonrisa. Las chicas del Orient Saloon conocían al padre y al hijo, y muchas solían quedarse con el mayor de los Andrews porque tenía más dinero, lógicamente. Y justo por eso estaba tan enfadado. Su padre juró que no se casaría jamás, incluso cuando le llegó la noticia de que la madre de Jeremy había fallecido

mientras viaja a algún lugar civilizado y lujoso del Este, aseguró que no volvería a caer en las sangrantes fauces del matrimonio. ¡No tenía sentido que lo obligase a casarse!

Ocurrió el accidente en el aserradero, donde su padre quedó herido en ambas piernas a causa de una nueva máquina que habían instalado para acelerar el proceso del trato de la corteza de los árboles, y regresó a casa para estar con él. Salió del Sarah Love con desgana, dado que imaginaba que más pronto que tarde acabarían discutiendo, o más grave, asesinándose.

El joven Andrews había perdido ya la paciencia. La hermosa casa de su padre no fue bastante para su madre y resultaba ser un yugo para él.

Esa mañana todo saltaría por los aires. Había encontrado, en uno de los cajones del aparador del salón, unas cartas dirigidas a su padre y escritas por *lady* Jane Hertford. No eran de contenido romántico, solo se hablaba de matrimonio. Un enlace acordado. Su padre había solicitado una esposa por correo.

El corazón de Jeremy Andrews hijo palpitaba con fuerza y en los oídos escuchaba silbidos. Sí, probablemente también le salía vapor por esa parte de su cuerpo.

—Vamos, Jey… —susurró el padre, al ver el gran enfado que reflejaba en el rostro, usando el dulce apelativo por el que solo él lo llamaba. Buscaba apaciguarlo.

—¿Vas a casarte? —preguntó imaginando la respuesta.

En ese momento el señor Andrews, un hombre de cuarenta y cuatro años, muy decidido, que se había hecho a sí mismo a base de lucha y trabajo, valoró sus opciones. Su hijo no debería haber descubierto el pequeño paquete de cartas, porque él tenía un plan. Una actuación brillante que pasaba por el hecho de que Jeremy no se enterase de que había traído a una novia por correo para él. Envió al mestizo porque era el hombre más confiable del estado, tan audaz y valiente que ella estaría sana y salva. Luego había pensado en que Jeremy la viese y cayese deslumbrado.

En un lugar donde escaseaban las bellas y jóvenes muchachas, no sería demasiado difícil hacer que un hombre aceptase un matrimonio por correo. Pero todo se acababa de ir por la

borda. Su hijo estaba enfadado y sostenía en su mano derecha una carta desplegada.

No tenía caso mentir, dado que empeoraría la situación.

—No.

—No voy a levantar la voz, padre. Tampoco descargaré toda la ira que siento, porque eso sería poco provechoso. No puedo marcharme como la última vez, dado que todavía estás convaleciente. No lo haré aunque debería, por la canallada que nos has hecho a esa mujer y a mí. Decidiste intervenir de nuevo en mi vida, pese a que me diste tu palabra de que no lo volverías a hacer. Este hecho merece que me vaya sin mirar atrás.

—Hijo…

—No. Voy a alejarme un par de días por nuestro bien o acabaré destrozando la casa. Me has mentido, no soy un chico al que puedas manipular, no después de lo que pasó entre nosotros, padre. —La relación entre ambos era frágil y bastante complicada.

—¡Era mi manera de resarcirte, Jey! Conócela al menos. —El pasado los había enfrentado hasta un punto de no retorno y el padre no sabía qué hacer para enmendar aquel error.

—Tú la has traído aquí. Cásate con ella o deshazte de ella —dijo con seriedad.

—No digas tonterías —exclamó irritado.

Jeremy exhaló varias veces mientras su padre, de pie junto a la cocina, apoyado con un bastón, lo observaba con mucha atención. Conocía la mirada de su hijo como si fuese la suya propia, debía ser cauteloso o él lo abandonaría de nuevo.

—Padre, me marcho, si cuando regrese, esa mujer está en casa, no esperes volver a verme nunca.

—Jey… —susurró sin saber qué más añadir. Su hijo respondió con un gruñido.

Jeremy dejó la carta sobre la mesa, de mala manera, recogió su sombrero de la percha que había junto a la puerta y salió de allí raudo para ir a buscar a su caballo y largarse a algún lugar que le diera paz y borrase… ¡todo!

El pasado era demasiado doloroso como para recordarlo. Cuando su padre había mencionado que traer a una mujer, engañada a Texas, fue un modo de resarcirlo… le dieron ganas de liarse a puñetazos con él, tal y como había sucedido largos años atrás.

El señor Andrews se quedó devastado. Si tan solo la hubiese visto… La había elegido completamente diferente de aquella para que no volviese a recordarla. Jane era bonita. En aquel retrato que le envió se veía tan serena, llena de vida, de luz. Elegante, sobria. Solo había tenido que aceptar darle cobijo a una hermana pequeña. La dama era tan orgullosa que no había aceptado ni dinero para el viaje. Eso le gustó. Jane Hertford era todo lo que necesitaba su hijo para comenzar a olvidar el pasado y convertirse en el hombre que estaba destinado a ser.

Una buena mujer lo enderezaría y le haría ver lo necesario que era Jeremy para el negocio familiar. El señor Andrews había creado un imperio para su único hijo, y el muy necio se empeñaba en no entrar en razón.

¡Si tan solo el mestizo hubiese llegado en dos días tal y como previó! ¿Qué demonios habría retrasado la llegada de la mujer que había seleccionado entre las diez candidatas que respondieron a su anuncio? Maldito fuese todo.

***

Jane nunca fue dada a desmayos. Ni tan siquiera sus nervios sufrían con facilidad, pero cuando otra vez se despertó con él pegada a su espalda, creyó que gritaría… y no sabía si sería de pura dicha o de indignación. Bueno. Ver a su hermana al otro lado, en la tienda de campaña, dejó claro que la cuestión no resultó tan inquietante como temió en un primer momento. Entre otras cosas, porque ella estaba desnuda. Bien. Sí, era algo alarmante. ¡Dios de cielo!, si los hubiesen

sorprendido a los tres en una actitud tan íntima, solo el Altísimo sabría de qué clase de depravaciones los hubieran acusado. Cierto que Dana había estado más separada de la pareja, pero de igual modo resultaba… extraño.

Algunos retales del día anterior llegaron a su mente. Le había picado una serpiente de río. Él le había sacado el veneno con su… boca. Uhm. No debería resultar tan excitante rememorar ese asunto, pero lo era. El resto estaba muy confuso y percibía que ella había hablado de más llevada por lo que fuese que la serpiente le hizo. Pero lo que sí recordaba a la perfección era el hecho de que Águila Negra —le fascinaba ese nombre— iba a llevarla con Jeremy Andrews sin albergar ninguna duda al respecto.

¿Eso debería consolarla? No lo sabía. Mientras viajaba en la parte trasera de la carreta, junto a Dana porque ella misma había exigido que así fuese y él no se negó, únicamente era consciente de que su vanidad femenina había sido vapuleada, y aunque ya debería estar más que acostumbrada, aquello dolía como la muerte.

—¿No vas a hacer algo? —susurró la pelirroja esperando que la oreja de Travis no pudiera escucharlas.

—¿Qué? —La voz de Dana la regresó al presente.

—Te quiere para él. No hablo de amor, pero es evidente que… —dejó la frase en el aire—. Además, a ti te gusta muchísimo. ¿De verdad, no vas a hacer nada al respecto, Jane?

—Estoy convencida de que Jeremy Andrews será mejor. Él mismo me lo ha dicho. —Trató de sonar casual, pero estaba enfadada. Tenía un dilema conjurado por algún tipo de hechizo… indio.

—Nos ha salvado la vida, Jane, a ti dos veces. ¿Qué otra prueba necesitas para comprender que él te conviene más? Te quiere —repitió.

—No me lo ha dicho —susurró muy, pero que muy bajo.

—¿Y tú a él?

—Una mujer no dice esas cosas hasta que el hombre…

—¿Vas a ampararte en convencionalismos, Jane, precisamente tú…?

—Déjalo ya, Dana. ¿Por qué no te has cambiado de ropa? —preguntó al ver que ella seguía con su aspecto masculino.

—He decidido que me gusta más ser un hombre que una mujer. Es muchísimo más divertido. Ellos no siguen estúpidas normas como nosotras. ¿Quién los eligió herederos de la libertad, Jane? Yo te lo diré: fue otro hombre. Así que puedes quemar el único vestido que traje, no lo pienso usar.

—Dana, te descubrirán y será…

—Ya pensaré en lo que hago cuando eso ocurra —la interrumpió—. Tu señor, Travis Hutson, no lo hizo con facilidad —se jactó.

Jane suspiró y dejó estar la cuestión. No tenía caso seguir discutiendo porque una preciosa casa de dos plantas, muy grande, de madera, se alzaba ante ellas.

Esa visión era también la que tenía delante de sus ojos Travis Hutson, pero a él le dolía el alma al imaginar que pronto Jane se convertiría en la dama de la casa. Se estaba convenciendo de que era lo mejor para ambos… Si lo era, ¿cuál era el motivo por el que el pecho le ardía?

No lo había mirado en toda la mañana. Era lógico que estuviese cohibida, dado que no era su esposo y había pasado ya en la cama dos noches con ella. Castas, pero dos noches al fin y al cabo. Buscó alguna señal en ella, algo que le indicase que él debía… No entendía lo que le sucedía. Y malditos fuesen los espíritus que no conseguían que él borrase de su mente la suavidad de esos labios de pecado, esa piel lechosa que saboreó. Y no, no supo a veneno. Su cuerpo era precioso. No se había deleitado en su desnudez cuando la desvistió a toda prisa para atender la mordedura, pero esa noche ella se había removido y un pecho precioso fue divisado, dado que la luz de la lámpara de queroseno estuvo encendida al mínimo de su intensidad bastante tiempo.

Había llegado a su destino, al momento preciso en el que era necesario tomar una decisión. Travis dejó la carreta frente a la casa donde el padre de Jeremy figuraba en el porche con su bastón como único apoyo. Buscó a su hijo. No lo veía. Bajó del vehículo y pasó a ayudar a las hermanas a apearse. Dana dio un salto. Parecía ser que iba a seguir interpretando el papel de hermano. Él no intervendría, más después de que Jane le confiase parte de la historia de la muchacha.

Le tendió la mano a Jane y la mirada de ambos se cruzó.

—Estarás bien aquí, confía en mí —dijo con firmeza. Lo que Travis no sabría nunca sería si lo dijo para tratar de que ella aceptase la decisión con facilidad o para convencerse a sí mismo de que eso era lo mejor.

—Muy bien —comentó de modo sucinto ella, ante su resolución.

Jane le soltó la mano al momento y se dirigió hacia la casa, donde un hombre, demasiado apuesto para su gusto pese a ser maduro, la observaba al detalle. Esa mirada verde esmeralda la analizaba de los pies a la cabeza con un descaro que…

Se acercó al lugar donde Dana ya se estaba presentando, seguramente como el señor Dan Hertford. Sí, fue así, dado que el hombre se giró para mirar al supuesto caballero con atención.

—*Lady* Jane —el señor Andrews le hizo una reverencia—, tenía entendido que vendría con su hermana.

—Señor Andrews, lamento la contrariedad. Mi hermana no quiso venir —dijo mirando a Dana con cierto enfado—. Mi hermano me ha acompañado en este largo y peligroso viaje. Había esperado que pudiese ofrecerle la misma cortesía que le habría brindado a mi hermana pequeña.

—Oh, sí, por supuesto. Las capaces manos de un muchacho siempre son bienvenidas. —El hombre le dio un par de palmadas amistosas a Dana y esta trató de no caer de rodillas ante el gesto. ¿Era necesaria esa muestra de efusividad?, se preguntó la muchacha con enfado—. Aquí

te daremos comida y haremos de ti un verdadero vaquero, pronto estarás descargando fajos de heno con una sola mano, señor Hertford… ¿O es lord Hertford? —preguntó con curiosidad. La sociedad inglesa era un tanto peculiar con sus títulos y tratamientos, según tenía entendido. No era que el señor Andrews supiera mucho de esas cosas, pero había investigado un poco al saber que había respondido a su anuncio la nieta de un conde, hija de un vizconde.

—Soy bastardo, señor Andrews. Mi padre no estaba casado con mi madre. Ya sabe, una hermosa doncella, un vizconde apuesto. Esas cosas ocurren… —se apresuró a explicar Dana.

Jane contuvo un gemido. ¡Su hermana estaba descontrolada! Buscó los ojos de Águila Negra. Oh, sí, en su interior él sería ese bravo guerrero que las salvó de un destino infernal a manos de tres indios. El mestizo miraba con atención a Dana, pero no abrió la boca para desmentirla o traicionarla. ¡Maldición! Lo admiró más por ello.

—Señor Andrews, ¿dónde está Jeremy? —se interesó Travis.

—Ha salido. Imagino que ha ido a comprobar que todo en el aserradero está bien. Es un muchacho muy preocupado y responsable. —Ahí el mestizo supo que el padre de su mejor amigo estaba haciendo lo mismo que Dana: mentir. No obstante, se limitó a asentir.

—¿Habrá algún problema? —preguntó con descaro. El señor Andrews sabía que el mestizo se refería a la reacción de su hijo con su *no* solicitada novia por correo.

—Mi hijo estará encantado. *Lady* Jane es una dama maravillosa, además de preciosa —la halagó con suma cortesía. La mujer le sonrió afable en agradecimiento por la deferencia.

Águila Negra supo, en ese momento, que ella encajaría mejor con los Andrews. Se veía a la legua que era una dama distinguida, no solo de nombre. Habría tenido una crianza exquisita y no merecía acabar siendo la esposa de un mestizo, porque él no renunciaría a su vida sencilla, ni reclamaría el legado de su padre por nadie, porque no deseaba ser ni un indio ni un noble en medio de una tierra extraña y gélida como era Londres. Solo pretendía ser un vaquero, un hombre apacible sin mayores aspiraciones.

—Dejaré la carreta en el establo y cogeré a Medianoche —era el nombre de su

montura— para marcharme. Imagino que mi caballo estará cansado de la buena vida que se le habrá dado en sus establos, señor Andrews… Me temo que Medianoche no va a estar contento cuando me lo lleve del lujo y la comodidad que ofrece su casa —aludió, mirando con fijación a Jane.

—Sí, sí… Ha estado tranquilo —observó, no muy seguro de lo que hablaba el amigo de su hijo—. Señor Hutson, el viaje… Confío en que no haya habido contratiempos. Le esperaba hace dos días.

—¡Oh! —intervino Jane—. La verdad es que desde Austin hasta aquí se complicó un poco la situación. La lluvia nos sorprendió, pero nos cobijamos en la cabaña de la señora… ¿Hatie? —le preguntó a Travis por si ese era el nombre correcto de la mujer.

—¿En la ruinosa cabaña de Hatie? —cuestionó sorprendido el padre de Jey—. ¿Qué te animó a tomar el camino más largo hasta Crystal City, Travis? —No entendía nada.

Jane se cuadró. Buscó la mirada de Dana y esta estaba sonriendo. Ella también había captado la sutileza del mestizo. ¡Las había llevado por un camino más largo para ver si ellas se marchaban llorando de vuelta a Londres! Miró a Águila Negra estrechando los ojos para mostrarle su malestar.

Sin embargo, la opinión de la joven pelirroja era diferente a la de Jane, dado que Dana estaba convencida de que haber retrasado la llegada hasta el destino final, debía responder al hecho de que Travis Hutson estaba irremediablemente enamorado de su hermana. Apostaría las joyas que había robado de casa de su tío, y que Jane no sabía que tenía escondidas en un compartimento secreto de su pequeño baúl, a que el señor Hutson cayó de rodillas nada más vio a su hermana en aquella estación de tren.

—Quería que los hermanos vieran un poco más de la preciosa tierra de Texas —se limitó a decir el mestizo, con una tranquilidad asombrosa y que denotaba que no estaba avergonzado por sus actos—. Si me disculpan, debo ir a ver cómo está Sarah. Imagino que estará preocupada por mi tardanza. No deje de llevar a *lady* Jane —usó el título de ella con gran esmero—, a visitar el Sarah Love. La vaquera querrá conocerla de inmediato. Todos sabemos que ella adora a Jeremy y estará ansiosa por conocer a su futura esposa. —Las palabras le supieron a cenizas mezcladas con estiércol de bisonte. Ofreció un asentimiento de cabeza y se

dispuso a ir hacia los establos.

Jane se tragó el amargo sabor de los celos. No olvidaba el modo tan ensoñador con el que se había referido a esa tal Sarah. ¡Ag! Ya odiaba ese nombre. Sarah. No le gustaba nada, y menos le gustaría la vaquera. No. No la conocería. No quería saber nada de la mujer que había capturado el corazón de Águila Negra.

—Iré con el señor Hutson. —Dana salió tras él sin esperar que nadie dijese nada.

El señor Andrews abrió la puerta de la casa y Jane y él entraron en el salón. Era una edificación majestuosa. Ricas alfombras, preciosas cortinas bordadas, muebles tallados a mano… Había lujo, sí.

Mientras el señor Andrews y Jane se disponían a tomar una taza de café, Dana iba a sondear la situación con el hombre que había dormido junto a su hermana… dos veces. Y ellos habían estado desnudos en cada una de las ocasiones, aunque no al mismo tiempo, dado que primero fue Travis, y cuando la picadura, fue Jane la que no tenía ni una pizca de ropa puesta.

—¿Entiendes que si fuese un hombre de verdad tendría que retarte a duelo por comprometer a mi hermana… dos veces? —dijo sin preámbulos.

—¿Y tú entiendes que si fueses eso que has dicho, no tendrías la menor opción de salir con vida? Solo con un puñetazo te quedarías muerto en el suelo, señor Hertford.

—Vas a perderla. ¿Lo entiendes? —le soltó sin pararse a atender su violenta observación.

—Voy a perderla porque así lo he decidido.

—¿Disculpa?

Él paró de andar antes de llegar al establo.

—Tu hermana es una mujer especial y se merece todo lo que los Andrews os puedan

dar. Jane estará mejor con él. Jeremy es más manejable, y en cuanto lo conquiste lo tendrá comiendo de la palma de la mano. Trata de que no se den cuenta demasiado pronto de que eres una mujer —le recomendó al tiempo que la observaba de arriba abajo.

—¿Apruebas lo que hago? —inquirió con sorpresa.

—Tendrás tus razones para ir así…

—Jane te lo ha contado —advirtió con sorpresa. Si su hermana le había hablado del asunto, no solo lo amaba, sino que confiaba ciegamente en él.

—Sí. Me dijo que tuvisteis problemas con un demonio. Hazme caso, no dejes que Jeremy te vea antes de que tu hermana logre conquistarlo.

—¿Por qué? —cuestionó con interés.

—Digamos que mi amigo es como aquel indio contra el que luché…

—¿Es un salvaje? —La pregunta fue lanzada con horror.

—No. Pero te deseará de inmediato si te descubre, como le sucedió a Hacha de Guerra. Me ofreció un caballo por ti, ¿sabes?

Ella se rio con asombro.

—Me estás dando una razón de peso para entrar en la casa y ponerme un bonito vestido de paseo, porque si ese mentecato de Andrews no valora a mi hermana en el primer instante, tal y como tú hiciste, no la merece y no la debería conseguir. En cuanto a lo del caballo… Bueno, me siento ofendida, porque creo que al menos calculo que yo valdría mi peso en oro. —Ella le sonrió y le guiñó un ojo.

—Te aseguro que si Jeremy hace algo que dañe a tu hermana, tendrá que responder ante mí. Y no he tratado de insinuar que tú seas mejor que Jane, sencillamente sucede que si bien no eres mi tipo, encanto —usó las mismas palabras que ella le arrojó en la cabaña de Hatie—, sí

eres el de él. Le gustan pequeñas y vistosas. Jeremy sí te daría tu peso en oro por un revolcón.

—¡No puedes decir esas cosas en presencia de una dama!

—Pero tú eres un hombre, ¿no?

—¡Por mis bolas sí lo soy! Tanto que puedo hablar de fornicar sin que nadie a mi alrededor busque las sales para llevárselas a la nariz o caiga en el desmayo… Por cierto, ¿cómo llaman los hombres a su *cosa*?

Él suspiró.

—Creo que estás muy alegre con tu papel, Dana. Tu hermana me censurará si sigo dándote munición.

—Dímelo, conseguiré que mi hermana se dé cuenta de que tú eres mejor para ella y mande al cuerno a Andrews.

—No quiero nada como eso. Jane pertenece aquí.

—Dime lo que te he preguntado.

—No.

—¿Pretendes que sea un tipo sin formación? ¿Se llama cosa de hombres? ¿Cachivache de bárbaros? ¿Torturador de mujeres? ¿Cómo me refiero a esa parte, Travis?

Él se rio en una sincera carcajada.

—No te rendirás, ¿verdad?

—No.

Travis suspiró.

—Algunos lo llaman pájaro, otros, vara, los más finos, tallo duro. He escuchado también: mástil, miembro viril, falo, hombría…

—Uhm… ninguno me satisface… ¿Tú cómo llamas al tuyo?

—Mío.

—Oh, eres imposible. ¿Cómo seré un hombre si no me echas una mano?

—Será mejor que te muestres menos… afeminado. Creerán que te gustan los de tu mismo sexo y podrías acabar atrayendo a hombres rudos que son… invertidos. No estás tan protegida bajo ese disfraz como crees. La maldad no conoce de géneros. Sé cauta y no te alejes de tu hermana. Si tienes algún problema en el pueblo, di que eres amigo mío.

—¿Tan importante eres? —preguntó burlona.

—He hecho algunas cosas para ganarme el respeto de mis vecinos —apostilló con naturalidad y sencillez.

—¿Como qué?

—Algún día te lo contaré, pero no hoy. Debo ir a ver a Sarah. Ella estará preocupada por mí.

—¿Es tu novia? —se atrevió a preguntar.

—No. Es como tú.

—¿Qué? —No lo entendió.

—Una especie de hermana pequeña insolente que atrae los problemas.

—¿Es por ella por lo que no vas a luchar por mi hermana?

—Eres insistente.

—Responde. —Ella usó el mismo tono intransigente que había aprendido precisamente de él.

Suspiró cansado.

—Sarah está casada. Muy felizmente casada con un exranger de Texas. Su esposo me cortaría el cuello si osase tener un solo pensamiento impúdico sobre ella y yo mismo sentiría náuseas si eso llegase a ocurrir porque siempre fue mi familia.

—Algunos no respetan a la familia —se lamentó.

—Tu tío no te encontrará aquí, Dana. No hace falta que sigas siendo un hombre. Puedes usar pantalones y ropa masculina, no te censurarán, Sarah lo ha hecho toda su vida. A ella no le gustaban los vestidos y ahora los usa más a menudo para que su esposo babee como un bebé de cuna cuando ella está cerca.

—Me gustará mucho conocer a tu amiga Sarah. Ya me agrada, aunque creo que declinaré tu oferta sobre no ser un hombre. Prefiero la libertad que ofrece. —Se quedó un momento pensativa—. Creo que me quedaré con mástil… suena grande y robusto y tengo la impresión de que el tamaño de esa cosa vuestra es importante. —Ella había escuchado algunas conversaciones del todo inapropiadas y le dio esa sensación—. Seguramente tú también llamas al tuyo así… —Le guiñó un ojo con descaro. Él bufó—.También adoro maldecir y usar palabras prohibidas. Prefiero ser masculino por el momento.

—Sí, ya he visto que fornicar es de tus preferidas… Ve con cuidado, Dana.

—Lo haré.

—Ve a la casa y vigila a tu hermana por mí. Si algo ocurre manda a alguien a buscarme al rancho de Lowell, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Eres tan terco como mi hermana. Ella te ama. Tú la amas y los dos os quedaréis sin hacer nada. De acuerdo, he hecho lo que he podido.

—Es complicado, Dana.

—¡No lo es!

—Espera a ver lo que sucede cuando tú te enamores.

—¡Ajá! Admites que estás enamorado de ella —expuso en tono acusador.

—Amé una vez, Dana, pero no recuerdo lo que es —dijo con pesar, pero sabiendo que el interior de su pecho se removía cuando Jane estaba cerca o pensaba en ella.

—¡Haz algo! —chilló.

—Me aparto para que tenga una vida mejor. Una vez alguien lo hizo por mí. Es un sacrificio que a ella le costó muy caro. Se llamaba Vergel Azul… —comenzó a decir sin darse cuenta de que hablaba de sus pensamientos íntimos en alto.

—Eres un indio, ¿cierto? —inquirió con suavidad.

—Mestizo. Mi madre era india, mi padre blanco.

—No me importa. A Jane tampoco.

Le ofreció una sonrisa y le tendió la mano. La pelirroja la cogió.

—Es hora de que me vaya. Buena suerte, señor Hertford.

—Buena suerte, señor Hutson. Volveremos a vernos antes de lo que cree. —Le guiñó un ojo.

Anduvo unos pasos y luego se giró para buscar a Dana. Se miraron y ella tuvo la esperanza de que él iba a decir algo importante o mejor, a hacer un gran gesto por Jane. Lo vio sonreír de modo socarrón.

—Yo lo llamo gran torre… alta, gruesa y robusta… siempre infalible, aunque también me gusta monstruosidad… —Le tocó a él guiñarle un ojo.

—Presumido… —susurró Dana mientras reía.

Águila Negra sacó su caballo y se marchó de la propiedad de los Andrews sintiéndose solo. Solo y miserable. Dana lo despidió. Le gustaba mucho ese hombre para su hermana y haría todo lo que estuviese en su mano para unir a esos dos cabezotas. ¿Cómo lo haría? No tenía ni la menor idea, pero algo se le ocurriría.

Se dio la vuelta y cuando llegó al porche, vio a su hermana de pie con el señor Andrews haciendo un esfuerzo importante por seguirla.

Comenzó a correr hacia el lugar.

—¿Qué sucede, Jane? —Su hermana tenía los ojos brillantes. Por un instante creyó que había entrado en razón y que ambas irían tras Travis sin pestañear.

—Me temo que ha habido un error, Dan. El hijo del señor Andrews no pidió una novia por correo —explicó tratando de contener su indignación ante los hechos revelados hacía unos pocos minutos.

—¿Qué? —Se había perdido una conversación importante mientras hablaba con el mestizo. Se dio cuenta debido a la cara de pocos amigos de su hermana.

—*Lady* Jane… le he pedido paciencia. Lo arreglaré, se lo prometo. Solo es cuestión de un poco de tiempo —intervino el hombre.

—¿Jane? —inquirió su hermana.

Los ojos de la mayor de las Hertford se posaron en los verdes de Dana.

—Me carteé con el señor Andrews y no con su hijo, dado que el hombre con el que esperaba casarme no sabe que existo. —Miró con enfado al hombre en ese momento—. Bien, sí lo sabe y ha amenazado con no regresar a casa si cuando vuelva yo sigo aquí.

El señor Andrews se lamentó de haberle contado la verdad.

—Diré a uno de mis muchachos que las acompañen al pueblo y tendrán la mejor habitación del hotel. Solo necesito algo de tiempo para que…

—No, por favor —interrumpió Jane al hombre—. Se lo ruego. Esto ya es bastante vergonzoso para mí. Le agradeceré que nos lleve al pueblo y no se preocupe más. Señor Andrews, espero que sepa que lo que ha hecho no está bien.

—No hay nada perdido, ¡no sea testaruda, mujer! —exclamó molesto por la falta de confianza de ella.

—Uhm —intervino Dana—. Decirle a mi hermana que no sea terca es como pedirle al sol que no salga por la mañana. Hágale caso, señor Andrews, a Jane le irá bien aunque su hijo no se haya dignado a presentarse para conocerla. —Oh, sí. Ese Jeremy le había gustado poco desde que apareció el mestizo, pero en esos instantes lo hacía mucho menos.

—¿No van a reconsiderar su posición? Estarán desatendidos en un lugar nuevo, sin contactos, solos… —Intentó que la amenaza hiciera recapitular a estos hermanos.

—No. Me temo que no lo haremos —decidió Dana por ambas—. No se preocupe demasiado, señor Andrews, hemos hecho un buen amigo de camino a su propiedad. El señor Hutson nos ayudará en todo lo que haga falta.

—¿El mestizo? —No veía al amigo de su hijo preocupándose por dos desconocidos.

Jane dio un paso adelante.

—Es mucho más que esa palabra que ha utilizado con el único motivo de cuestionar su valía —lo defendió la rubia.

—No, no, *lady* Jane. Travis Hutson es uno de los mejores hombres que conozco, pero… —La miró con suspicacia—. ¿Acaso le interesa él y ese es el verdadero motivo por el que no está dispuesta a concederme un poco de tiempo para que calme las aguas con mi hijo?

—Señor Andrews —tomó la palabra Dana—, creo que aceptaremos su amable oferta para que uno de sus hombres nos lleve al pueblo, pero debo decirle en nombre de mi hermana y en el mío propio, que el acuerdo que se hizo por carta ha quedado roto. Usted ha faltado a la verdad. Ha suplantado la identidad de su hijo y es algo reprobable que en mi opinión carece de honor.

—Ya veo… —Suspiró con fuerza, derrotado—. Le diré a Jacob Smith que las lleve a Crystal City. No duden en pedir mi colaboración mientras piensan en su siguiente paso. —Miró a Jane con atención y luego añadió—: La traje aquí con un engaño, no lo negaré, pero solo porque estaba convencido de que mi hijo la aceptará, *lady* Jane.

—Lo siento, el acuerdo está roto, señor Andrews —se limitó a decir Jane, corroborando las palabras de Dana.

En pocos minutos, el peón del hombre que la había defraudado estuvo delante de ellas. Dana se sentó a su lado en la carreta y ella lo hizo en la parte trasera. ¡Era maravilloso ser un hombre! Todo el mundo la escuchaba. Sí, Dana seguiría un poco más con la treta.

—Disculpe, señor Hertford. —Las presentaciones se habían hecho antes de iniciar un nuevo viaje hacia otra parte, uno que Dana esperaba que fuese corto. Le intrigó el tono bajo que había usado el conductor de la carreta, y que se debió, evidentemente, para que su hermana no escuchara lo que se proponía a decir.

—¿Qué ocurre, señor Smith? —preguntó con curiosidad, al ver la incomodidad del mozo.

—Verá… yo no quisiera pecar de indiscreto, pero ayudamos a acondicionar la casa del

señor Andrews para darle una sorpresa a su hijo… y algunos de los hombres estábamos al corriente de que su hermana era una novia por correo. —Dana no vislumbró censura en las palabras del muchacho. Se veía agradable, no demasiado apuesto, si se le comparaba con Travis, pero sí creía que sería honesto.

—Jane ya no es una novia por correo.

—Sí, lo sabemos. Los muchachos no hemos podido evitar escuchar la discusión que han tenido el señor Andrews y su hijo, antes de que ustedes llegasen…

—Ah. —Así que había sido una fuerte disputa y su hermana pronto estaría en boca de toda la comunidad. Los chismes viajaban rápido en cualquier parte del mundo.

—Verá, lo que quería decirle era que… Yo pretendía pedirle que… —Carraspeó. Dana sonrió, si él supiera que estaba hablando con una muchacha no más mayor que él… seguro que no le mostraría tanto respeto.

—¿Qué necesita, señor Smith? —lo ayudó al ver que el joven estaba cohibido.

—Quisiera cortejar a su hermana, con su permiso, por supuesto. Ella es muy bonita y no tardará mucho tiempo en tener admiradores, así que no quiero desaprovechar mi oportunidad para ser el primero en pedir sus bendiciones. Me gustaría que hablásemos de la situación en el saloon, podría invitarlo a un buen trago de *whisky* si me lo permite.

—¿Le interesa Jane? —Uhm, curioso. Su hermana podría tener mucha atención sobre ella, pues todo indicaba que era un pueblo donde escaseaban las mujeres.

—¿A qué hombre con dos ojos en la cara no lo haría, señor Hertford?

—Llámame Dan, Jacob, creo que nos merecemos la ocasión de hablar un poco más detenidamente en el saloon… con un vaso de *whisky* frente a nosotros. —Oh, desde luego que sí. ¡Iba a visitar un saloon!, algo prohibido para una mujer decente.

—Me alegro, Dan. —Jacob Smith estaba satisfecho con el primer paso dado.

***

Travis Hutson sabía que la única manera de sacarse de la cabeza a una mujer era buscando un reemplazo… similar. Con esa idea en mente abandonó la pretensión de ir a visitar a Sarah, y acabó en el Orient Saloon, un lugar al que hacía años que no acudía, dado que no había sentido una necesidad visceral. Su mano y su mente eran bastante buenos en proporcionar alivio cuando era requerido. Sí, acompañaba a Jeremy cuando querían divertirse en torno a una partida de cartas o para ver un espectáculo picante con esas bonitas mujeres bailando y enseñando sus preciosas piernas y excesivos escotes, pero no subía al piso de arriba con ninguna.

El caso era que todo había cambiado. La necesidad de acariciar a una suave mujer era brutal. Desde la pasada noche, Jane se había metido en su sangre para calentarla a un punto desquiciante.

Entró en el local y examinó con atención a las muchachas disponibles. Él era un hombre apuesto y solían colmarlo de atenciones rápidamente cuando lo veían entrar por la puerta, para buscar su dinero… Debía ser rubia, con carne en los lugares adecuados… Tuvo a una delante un poco similar a la mujer que lo atormentaba a cada instante, pero en cuanto abrió la boca para hablar, toda la magia se perdió.

Salió del saloon más molesto que cuando decidió entrar. No deseaba a otra. La ansiaba a ella. Lo mejor sería ir al Sarah Love, hacer una parada en el río y sumergir su lujuria para aplacarla en las aguas frías del lugar. No yacería con otra mujer solo porque no podía tenerla a ella. Con esa resolución fue a por su caballo, dado que lo había dejado con el herrero para que le arreglase la herradura que estaba floja. Posiblemente a Medianoche se le habría soltado debido a la cabalgata tan enérgica que le había dado hasta el pueblo. La frustración lo estaba matando.

—¿Qué tal estás, Timothy? —lo saludó más correctamente que cuando dejó al caballo y salió corriendo para ir al Orient Saloon, hacía poco menos de media hora.

—Deseando acabar el trabajo e ir a ver a la recién llegada muchacha —confesó sin reparos.

—¿Hay una nueva muchacha? ¿Dónde hay una nueva joven? ¿En el saloon? —Travis no se había dado cuenta.

—Sí, hay una joven, no en la taberna. Acaba de llegar hace poco con Jacob Smith al pueblo. Respetable y aceptable para casarse —le informó.

Travis se tensó. Reconocía ese nombre. El aludido era uno de los peones de Andrews.

—¿Cuál es la atracción, si puede saberse? —preguntó cauteloso.

—Se dice que es una mujer soltera y preciosa, y se ha instalado en el hotel.

—¿Qué? —No entendía nada.

—La señorita Hertford, ha dicho Jacob que se llama, está libre como una mariposa. Por lo visto, Andrews no ha conseguido tenderle la trampa a su hijo… Así que debo terminar rápido, asearme, colocarme mi mejor traje e ir a presentar mis respetos a la muchacha. Dicen que es impresionante, una dama con título aunque no lo usa. Debo ir a comprobar si es tan bonita como se dice.

Estaba contrariado. ¿Cuándo había sucedido todo eso?, si él la había dejado en casa de los Andrews hacía… nada.

—No sabía que el señor Smith fuese un chismoso —dijo más para él que para el herrero.

—Cuando hay una mujer involucrada, no existen los secretos.

—Volveré en unos minutos a por el caballo.

Iba a averiguar qué significaba todo aquello.

Cuando dobló la esquina vio el saloon lleno a rebosar. Tuvo un pálpito que no le agradó lo más mínimo. ¡Si él acababa de salir de ahí y no había nadie! En vez de dirigirse al hotel para enfrentarse a Jane, regresó al Orient para ver a qué se debía tanta expectación.

Entró y supo que esas dos hermanas no iban a traerle más que dolores de cabeza peores que los que sufrió con Sarah Lee. El señor Dan Hertford estaba en medio de todo un gran corro. Los hombres deseaban invitarlo a bebida y hablar de las condiciones ventajosas que le brindarían a su hermana.

Era evidente, por el sonrojo de la nariz de la joven, que ya había bebido más que suficiente.

Águila Negra se abrió paso entre la multitud.

—¡Oh, mi buen amigo, Travis Hutson! —exclamó llena de entusiasmo Dana, con esa voz baja y ronca que ponía para que nadie descubriese que no era un hombre—. ¿Vienes a ofrecerme tierras si te doy a mi hermana en matrimonio?

—¡Eeeeh!, no es justo. ¡Que aguarde su turno como estamos haciendo todos! —Oyó el mestizo que decía alguien.

Nadie osó apoyar la queja.

—Hutson tiene derecho a ser de los primeros en ofrecerse —tomó la palabra un hombre que estaba al lado del mestizo—. Es nuestro héroe local y merece distinción. Si Hutson pretende hacer una oferta, dejemos que la haga. Se lo ha ganado por lo que hizo por esta ciudad en el pasado.

—No debería sorprenderme que seas un héroe —alegó Dana—. A estas alturas nada de ti podría hacerlo.

—Creo, señor Hertford, que ya ha bebido bastante. Es hora de que me acompañe y hablemos.

—Caballeros —comenzó Dana a dirigirse a la sala—, Jane será de Travis Hutson si ella lo acepta, pero en caso de que el héroe local sea tan inconsciente de no tomarla en consideración, estoy dispuesto a que mi hermana elija ella misma a su esposo según su aspecto y ofrecimientos.

Águila Negra —porque él no era un hombre civilizado en esos momentos, sino un indio enfadado—, agarró del brazo a la pequeña embustera y la sacó de allí sin que nadie lo pudiera impedir.

Cuando dobló la primera esquina y estuvo seguro de que nadie los seguía ni los escucharía, se colocó delante de Dana y la miró con sumo disgusto.

—¿Te has vuelto loca?

—Noooo. Solo estoy disfrutando de la comodidad de ser un hombre.

—Apestas a *whisky*. Si crees que ser un varón es vender a tu hermana al mejor postor y emborracharte, creo que voy a darte una buena lección, Dana.

—¿Venderla? —Le costaba un poco seguir la conversación, pero haría su mejor esfuerzo—. ¿Qué derecho tienes tú a opinar? Tú, que la dejaste y te marchaste sin mirar atrás. No creas que no vi que salías de la taberna cuando yo me disponía a entrar, y las muchachas estaban alabando tu aspecto, tus ojos, tus labios… No mereces que te ayude. Eres igual de horrible que esos dos Andrews. —Para finalizar su intervención, Dana escupió en el suelo, quiso hacerlo cerca de la bota del vaquero, pero se quedó con un hilo de baba colgado en su boca. Se la limpió con la manga de la chaqueta—. Puliré esa reacción luego, cuando no esté tan mareada. Escupir no debe ser tan difícil…

—Si has terminado ya de hacer tonterías, dime qué ha sucedido. Os he dejado en un lugar seguro y…

—Le mintió —dijo, cortando la explicación del mestizo—. El padre de ese estúpido que no ha querido conocer a mi hermana, se hizo pasar por él y Jane está dolida. Ofendida y desilusionada por haber sido tan poco precavida. El hijo del señor Andrews ha dicho que si mi

hermana se instalaba en su casa, él no regresaría jamás con su padre. Lo cual es una buena señal, y yo no debería estar tan enfadada como lo estoy con él, porque deseo que mi hermana se case contigo y no con un tonto que no la apreciará en lo que vale —caviló en voz alta sin darse cuenta de todo lo que estaba diciendo. Tal vez sí había consumido demasiado alcohol.

—¡Mierda de caballo putrefacta! —gritó Águila Negra enfurecido.

—¡Oh, qué original! Me gusta. Casi tanto como fornicar. Me apunto esa vulgaridad que has dicho. ¡Mierda de caballo putrefacta! Suena fantástico. ¿Me enseñarás más palabras groseras, Águila Negra? —El calorcillo que sentía en su pecho… Había probado el *whisky* una vez en casa del abuelo, pero lo escupió tan pronto como le llegó a la garganta. Esta vez lo había paladeado y estaba muy bueno. Más que nada por el valor que parecía infundirle, dado que veía al pretendiente de su hermana con los ojos estrechos y los labios finos, en una línea blanquecina, y lo temía. Él estaba enfurecido y a ella no le importaba demasiado.

Él se cuadró.

—No me gusta que me llamen por ese nombre. —Fueron palabras cortantes.

A Dana no le impresionó. Se encogió de hombros antes de decir:

—Es el que usa mi hermana para referirse a ti. Creo que está muy disgustada contigo por el modo en el que te rendiste… Ya sabes, una mujer espera que su caballero de brillante armadura luche por ella y tú te diste por vencido con facilidad. Creo que debería regresar al saloon y seguir con las entrevistas.

—¿Qué entrevistas?

—Las que haré para ver a quién le permito cortejar a mi hermana.

—Jane no va a casarse con nadie.

—¿No? —preguntó ella levantando una ceja sardónica.

—¿Sabes dónde ha dejado Jacob Smith la carreta que os ha traído al pueblo?

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que…?

—Es un pueblo pequeño. Los chismes se extienden con facilidad. ¿Eres capaz de recordar el lugar en el que dejó la carreta o estás demasiado borracha?

—Sí…, estoy segura al noventa por ciento de que puedo encontrar el lugar.

—Bien. Ve, nos reuniremos allí, yo también sé donde está. Recogeré a tu hermana del hotel y nos marcharemos. —Tomaría prestada la carreta y luego ya se la devolvería a Andrews.

—¿A tu casa? —preguntó esperanzada.

—Sí. —Ya sabía lo que tenía que hacer. Primero asesinaría a Jeremy Andrews por estúpido y luego le daría las gracias por serlo.

—Enseguida. —Dana se lanzó a la carrera.

Travis se quitó el sombrero y se mesó el pelo con impaciencia. Iba a dar un paso que no creyó jamás que daría. Esperaba que Jane Hertford apreciase el ofrecimiento con gran alegría y gratitud, dado que él cargaba con demasiado. Y en especial aguardaba que ella fuese tan fuerte como preveía, porque ser la esposa de alguien como él no iba a resultar una tarea fácil.

De acuerdo. La suerte estaba echada y solo quedaba informar a la dama acerca de su futuro.

Capítulo 8

Un tirano en su máximo esplendor

Jane había pagado la habitación del hotel, y agradeció el hecho de poder lavarse las manos y el rostro en la jofaina con un agua en la que no hubiese peligro de que los animales le mordiesen el trasero. El dinero escaseaba y tendría que buscar un trabajo pronto porque no iba a pasar por la vergüenza de aceptar a un hombre que ni siquiera sabía de su existencia y que había salido huyendo de casa de su padre para no poder ni verla.

¿No podía salir nada bien? Y para mayor inquietud su hermana se había marchado a toda prisa de su lado con el mozo a la taberna. Iba a tener que hablar muy seriamente con ella, porque había pasado de la cautividad a la libertad más absoluta y le daba miedo que cometiese una temeridad. Si descubriesen su engaño… ¡Problemas y más dificultades!

Bajó al café para tomar una deliciosa comida caliente para ver si así templaba los nervios. Y cuando se sentó en la silla, se formó a su alrededor un corrillo de hombres que se estaban matando entre ellos por saludarla y conocer su nombre. Se sintió abrumada. ¿Qué diantres estaba pasando?

No tuvo mucho tiempo de preguntar por lo sucedido, dado que el fiero mestizo hizo acto de presencia. Lo tuvo enfrente y la miró con fijación. Ella se encogió ante su escrutinio… parecía que la estaba regañando por algo que había hecho mal. Se negó a sentirse inferior y cuadró sus hombros.

Travis la agarró por debajo de un brazo, como si fuese una niña pequeña y la puso de

pie, para luego colocarla detrás de él. ¡Sería posible! Iba a protestar enérgicamente por el trato recibido cuando él comenzó a hablar a la sala ante un más que aceptable número de vaqueros:

—Chicos, el espectáculo ha terminado. La dama no está disponible. —La sentencia fue enérgica.

—¡Eeeeh, eso no es lo que hemos escuchado! —se quejó un tejano al fondo.

—No pienso repetir lo que acabo de decir. Si alguien tiene ganas de una buena pelea, estoy dispuesto a hacerlo feliz. —Su tono no admitía réplicas.

—¿Y ella no tiene nada que decir al respecto? —se atrevió a parlotear otro hombre, aunque Travis no supo de dónde venía la voz.

—Puedo ir a buscar mi Winchester y dispersar a la multitud sin ningún problema —amenazó con más intensidad—. El *sheriff* me dará las gracias por evitar el alboroto que estabais a punto de formar frente a una mujer.

Se escucharon lamentos, maldiciones, palabras excesivamente malsonantes, pero finalmente los candidatos se marcharon de allí.

Jane no tenía ni la menor idea de lo que acababa de suceder. No le importaba, al fin podría comer tranquila… En cuanto terminase su pastel de carne con patatas se metería en la habitación para disfrutar de una confortable cama.

—¿Qué crees que estás haciendo? —inquirió el mestizo, en cuanto la vio tomar asiento frente a los alimentos.

—Comer —explicó sin mirarlo.

—Tienes dos minutos para terminar. Todos han ido al saloon a volcar allí su pérdida, y no tardarán en regresar más animados por el alcohol. No quiero estar aquí cuando se envalentonen para desafiarme. No pretendo pelear contra ellos. A casi todos los conozco desde hace demasiados años como para dejarlos sin andar durante un mes.

Jane tomó aire, contó hasta diez y decidió no contestar de modo descortés a su orden, porque si lo hacía…

—Comeré rápido, no se preocupe, señor Hutson. —Él gimió. La indiferencia y frialdad de ella no habían sido solo una percepción. No, eran una realidad. Si había tenido alguna duda al respecto, ella lo corroboró en cuanto usó la formalidad una vez más.

—¿Qué habitación tienes? Debo ir a por tus cosas.

—¿Perdón? —Eso sí la sorprendió.

—Nos vamos de aquí.

—¿Ah, sí? —ironizó con incredulidad.

—No estarás a salvo hasta que te cases. Ya has visto lo que ha sucedido, se pelearán por ti como sementales en celo. La solución es sencilla. Dado que ni Jeremy ni su padre te quieren, yo me casaré contigo.

El bocado que estaba a punto de llevarse a la boca se quedó suspendido en el aire. Jane dejó el tenedor en el plato y lo miró sin creer lo que escuchaba. Más allá de lo sorpresivo que fue su irritante razonamiento, estaba el hecho de que él se creyese con alguna especie de derecho sobre ella… porque los Andrews no la querían. Oh, sí, ese mestizo sabía cómo alabar a la mujer, pensó irónicamente en su interior.

Eso era ella para él: una posesión, una propiedad que podría hacer suya. La indignación la hizo toser, y deseó que el pequeño trozo de pastel de carne que todavía estaba masticando saliese escupido para terminar incrustado en su mejilla derecha. Se contuvo de llevar a cabo esa acción. Se limitó a beber un poco de agua, limpiarse con la servilleta, levantar la vista para observarlo y componer media sonrisa… del todo falsa.

—No, gracias.

—¿Cómo has dicho? —cuestionó incrédulo.

Travis estaba de pie, y había permanecido impasible, no obstante había llegado el momento de sentarse en la silla frente a ella.

—No estoy interesada en casarme con usted, señor. —No quiso ni mencionar su apellido debido al enfado que tenía encima.

—¿No? —No era esa la contestación que había esperado. Creyó que ella daría saltos de alegría.

—Esa ha sido mi respuesta a su… *amable* —arrastró la palabra— petición.

—Estás siendo condescendiente —la amonestó.

—Nada parecido. —¿De verdad él no se daba cuenta de que había sonado como un… un… un… ¡estúpido!, con su lamentable proposición? Bien, lo dicho por él no resultó una proposición, sino una orden que dejaba claro que ella no tenía otra opción más que él. ¡Quería gritarle de puro enfado! Se contendría para no hacer un espectáculo.

—Tú me quieres. Me deseas —apostilló sin lugar a duda.

Jane tenía varias posibilidades para regir su reacción. Podía gritar y abofetearlo…, lo cual no serviría de mucho con un hombre como él. Podría gritarle, lo que sería más improductivo todavía, o seguir con cierta indiferencia. Optó por lo último porque intuía que eso le molestaría más.

—¿Sabe que la vanidad es un pecado, señor mío? —La rabia la tenía al límite pero consiguió imprimirle un tono casual y ligero a su pregunta retórica.

—¿Y tú que la mentira también está condenada? —No iba a amilanarse ante la pequeña arpía.

Los dos se retaron en una larga mirada tan intensa que sería capaz de hacer arder el hotel entero.

—Ya le he ofrecido una respuesta. Ahora, si me disculpa, me gustaría seguir comiendo en paz y retirarme a mi habitación. —Trataba de ser civilizada porque le daban ganas de arrojarle el agua a la cara y marcharse corriendo a llorar. ¿Desde cuándo lloraba ella por un hombre? Hizo una mueca, no había derramado una lágrima en años y desde que llegó a Texas sus ojos no hacían más que aguarse a cada rato. El autócrata que tenía enfrente la había visto en demasiadas situaciones difíciles como para mil años de humillación.

—¿Cuál es tu habitación?

—¿No tiene nada mejor que hacer que importunarme, señor Hutson?

Se quedó callado, pero no le quitó los ojos de encima. Ella esperó alguna respuesta, pero como vio que no estaba dispuesto a hablar, siguió comiendo con cierta intranquilidad. Consiguió engullir la mitad del plato. Él la estaba poniendo… ¿Por qué no se marchaba?

No podía comer bajo su atenta mirada. Dejó en un lado el servicio y bebió agua.

—¿Has terminado?

—No. Pienso tomar algo dulce.

—Bien. No te muevas de aquí, Jane. —Lo observó marcharse y al fin pudo terminar su comida en paz.

Lo que ella no sabía era que él había ido en busca de sus pertenencias y que iba a cargarlas en la carreta de los Andrews. La raptaría si hacía falta.

Jane, cuando acabó, se dio el lujo de pedir un pedacito de pastel de manzana. Aquello le supo a gloria y después de felicitar a la cocinera y abonar el pago por la deliciosa comida, se dispuso a ir a su habitación para pedir un baño caliente y acostarse en esa fantástica cama mullida.

Volvió a toparse con él. Siguió caminando, dispuesta a hacer como que no lo había visto. No llegó lejos, Travis se la cargó al hombro y ella emitió un grito de sorpresa ante tal

atrevimiento.

—¡Señor Hutson!, le ordeno que me baje de inmediato —gritó mortificada.

Él resopló. Habían llamado demasiado la atención. Decidió atender el pedido de Jane y la dejó en el suelo.

—¿Vas a entrar en razón, mujer?

—No sé de lo que habla, solo puedo decirle que es usted un grosero de la peor clase. Estoy conteniéndome para no soltar mi lengua y dar rienda suelta a todo lo que me gustaría decirle.

Ya estaba harto de su comportamiento, frío, condescendiente y remilgado. Se acercó a su oreja.

—Hemos dormido juntos, te he visto desnuda, me has visto desnudo, probablemente he salvado tu vida dos veces. Todo ello, sin contar las ocasiones en las que observaba en tus ojos la cruda necesidad de que te besase de nuevo. No te atrevas a negar que me quieres, Jane, o tendré que darte una buena zurra que solo yo disfrutaré. Vamos a casarnos y es mi última palabra al respecto.

Las mejillas de ella ardieron de ira. Las palabras espetadas la hicieron ponerse colorada, pero lo peor era la seguridad de él.

—No —negó con firmeza, con el mentón levantado. ¿Qué se creía él? Que lo quisiera o no, era irrelevante. La forma de hablarle, de tratarla… ¡Si hacía menos de unas horas que la había dejado en la puerta de los Andrews alegremente!

Él resopló con mayor ímpetu. Ella no se achicó. Si él estaba molesto, Jane lo estaba más.

—Si esperas flores, tiernas palabras, una declaración llena de floridas indicaciones, no lo vas a tener. Ni tan siquiera me arrodillaré para sostener tu mano y hacer la pregunta. No soy

ese tipo de hombre, eso deberías saberlo ya a estas alturas. Si esperas que lo sea, será mejor que despiertes del sueño, porque no soy así.

—No espero nada de usted, señor Hutson —atajó.

—Vas a casarte conmigo, Jane, y es todo lo que necesitas saber. —Nadie más la tendría. Por encima de su cadáver putrefacto algún hombre que no fuese él la vería desnuda o se tendería sobre su cuerpo para montarla con fuerza.

—No, gracias —dijo en un tono altivo, antes de darse la vuelta para marcharse de allí.

—Se acabó. —Travis se la volvió a cargar al hombro decidido a ir hasta la carreta. La ataría de manos y pies como un auténtico salvaje si hacía falta. Posiblemente la amordazase, porque estaba gritando con enfado. Incluso pataleaba. Por inercia le dio una palmada en el trasero y pareció funcionar, porque se quedó callada… unos segundos.

—¡Es usted un animal incivilizado! —gritó enfurecida—. Ahí es donde me mordió la serpiente. —La había dejado escocida de dolor.

—La culpa es tuya por ser tan testaruda, cuando lleguemos a mi casa te aplicaré un ungüento con gusto. —Remató la amenaza con una sonora carcajada.

—¡No me casaré con usted, señor Hutson! —chilló llena de furia.

Él se tragó una maldición, dado que habían salido a la calle y tenían un numeroso público masculino que los miraba con atención.

—Será mejor que sueltes a la dama, Travis. Todos hemos oído su posición frente a tu propuesta. —Jane no veía quién hablaba, él la tenía sobre su hombro y era del todo vergonzoso. ¡Qué bochorno!

—Creo que no lo haré —dijo Hutson con arrogancia—. Tengo las bendiciones de su hermano para tomarla por esposa, y eso es lo único que necesito, ¿verdad, señor Hertford? —le preguntó a Dana, quien estaba subida a la carreta, que ella misma había llevado hasta la entrada

del hotel, mirando todo el espectáculo fascinada.

—No la entregaría a nadie que la mereciese menos. Lo lamento, caballeros, el señor Hutson ha ganado la mano de mi hermana limpiamente.

—¡Hermano! —gritó con enfado Jane.

—El señor Hertford ha hablado —señaló con tranquilidad Travis, sin estar dispuesto a soltar a su presa.

—Discrepo —habló un hombre fornido que Travis conocía bien, dado que era uno de los hombres de Sarah Lee. Le había dado órdenes desde que entró a trabajar en el Sarah Love, incluso había pensado en llevárselo a su rancho. Se alegró de haberlo dejado atrás.

—No me importa. Ella es mía. —Lo dijo en un tono cortante que esperaba que no fuese a dejar opción a réplica.

—Lo que importa es lo que opine la mujer y ella no desea aceptarte, por mucho que hayas sobornado a su hermano —añadió otro tejano.

—Es cierto. Déjala en el suelo, que ella nos examine y decida a quién desea tomar por esposo —habló un vaquero de pelo negro, escuálido como el hermano de Jane.

Los murmullos comenzaron a hacerse más fuertes, y el grupo entusiasta se arremolinó alrededor de Jane y de él. Necesitaba dejarla en el suelo para comenzar a repartir puñetazos disuasorios, pero si lo hacía, corría el riesgo de que ella huyese. No deseaba sacar el arma que llevaba oculta en su bota izquierda, aunque comenzaba a ser imperativo tomar una decisión urgente.

Dos tiros disparados al aire, hicieron que el corrillo callase en el acto. Todos se giraron para ver al atrevido que había desenfundado su revólver en primer lugar.

Sarah Lee Harris estaba de pie en lo alto de su carreta y tenía dos pistolas en las manos. ¡Pequeña tonta!, pensó Travis. En vez de haber ido a buscar al *sheriff*, y no intervenir…

Aunque muy probablemente el encargado de la seguridad del pueblo no habría querido inmiscuirse en la trifulca, porque era demasiado mayor para intervenir en líos de faldas. A buen seguro el *sheriff* estaría roncando en un camastro en la cárcel.

—Caballeros, creo que es momento de que se dispersen —tomó la palabra la vaquera recién llegada—. La mujer vendrá conmigo al Sarah Love, y si alguien tiene algún problema, puedo meterle una bala en una pierna o en otra parte que le causará todavía más dolor… —Los hombres se resignaron, entre otras cosas porque casi la mitad de los allí presentes tenían intereses que dependían de la buena voluntad de la tejana.

—Él no tiene derecho a llevársela —gritó alguien.

—Y no se la llevará. La dama se viene conmigo a mi casa hasta que todo se calme. —Sarah Lee se mostraba firme en sus palabras—. Debería darles vergüenza, caballeros… comportarse como si la recién llegada fuese un filete… ¡Me avergüenzo de todos! —sermoneó.

Muchos comenzaron a irse del lugar farfullando maldiciones. Ella estuvo satisfecha con su proceder.

—Sarah —la saludó el indio, cuando los pretendientes los dejaron solos.

—Águila Negra —respondió ella.

—No hacía falta que te inmiscuyeses en mis asuntos. Lo tenía todo resuelto.

—No me pareció así —rebatió la tejana.

—Sí, bien. Ahora, puedes seguir tu camino. Estamos perfectamente.

—No —se negó la vaquera.

A él no le pasó desapercibido que ella mantenía sujetos los dos Colt. Aunque no le estaba apuntando con los revólveres, era evidente que no había bajado la guardia.

—¿Vamos a tener un problema, Sarah? —La pregunta fue como un cuchillo cortando la piel. La tejana lo sabía. No le importó.

—Depende de lo que tardes en liberar a la mujer —le dijo en la misma actitud tiránica que él.

—Esto no es asunto tuyo. Vete a casa, Sarah.

—Bájala, Águila Negra, porque tu comportamiento es el más reprochable de todos. No creas que no estoy al tanto de que has convertido un viaje de unos pocos días en el doble de su duración. —Él la miró interrogativo—. El señor Andrews tuvo la amabilidad de mandarme una nota con urgencia e informarme sobre sus sospechas… acerca de ti. No fue complicado imaginar el revuelo que habría con la dama en un pueblo donde escasean las mujeres, imaginé que sería necesaria mi presencia, pero no sospeché el apremio. —Se quedó un momento en silencio. Lo evaluó. Su actitud dominante con la denominada Jane… No estaba dispuesto a soltarla, Sarah lo sabía. Estaba maravillada. No creyó verlo en esa tesitura—. Es evidente que no seguiste mi consejo. ¿Recuerdas lo que te dije cuando te marchaste de mi casa en dirección a Austin, vaquero? —lanzó la cuestión con una sonrisa socarrona en el rostro.

—Sí. —Todavía retumbaban en sus oídos las palabras de ella: «trata de no enamorarte en cuanto la veas». Era un tipo listo y sabía que Sarah se refería a esa parte en concreto. No tenía sentido jugar al despiste con ella.

—¿Seguiste mi recomendación? ¿Has tratado de no hacerlo, Águila Negra?

—Saraaaah… —Estaba llevándolo al límite.

—¡Responde! —gritó sin miedo.

—Sí, maldita sea, traté de no hacerlo. Creo que no lo he conseguido. Una sola mirada bastó para saber lo que tenía que hacer. ¿¡Satisfecha!?

—Lo estoy, enormemente. Ahora baja a la dama al suelo. No querrás que piense que eres un hombre salvaje. —La señora Harris ya imaginaba que era imposible que la mujer que él

mantenía cerca no se hubiese dado cuenta de que Águila Negra era un hombre muy peculiar, pero… ¡Dios santo, esperaba que él no la hubiese atemorizado tanto como para que ella saliese corriendo!

—Es mía —repitió, por si la tejana no había estado antes y no lo escuchó.

—Sí, todo el mundo en kilómetros a la redonda está al tanto de lo que has dicho. ¡Bájala, ya!

Él resopló.

—Creí que me entenderías, Sarah —apuntó, al tiempo que la dejaba en el suelo. La vaquera lo había conocido desde bien pequeña. Travis jamás había sido tan obvio con nadie. Nunca había mirado a una mujer como si fuese suya y de nadie más. Estaba dispuesto a todo por Jane, ella había sellado su destino cuando se marchó de casa de los Andrews, y que Sarah no lo comprendiese era un golpe duro, más después de todo lo que él dejó a un lado cuando la vaquera fue imprudente con Denver Harris. Ay, qué fácil era dar consejos a los demás y no tomarlos para sí mismos…

—Y lo hago —le dijo la señora Harris.

—No lo parece.

Jane, quien, al igual que Dana, no se había perdido nada de la conversación, había estado callada todo el tiempo, pero se moría por hacer mil preguntas. Tuvo el buen tino de no hacerlas. En cuanto estuvo en el suelo, miró a la mujer que había intervenido. Era preciosa, incluso vestida con unos pantalones y una camisa de mezclilla, se veía femenina. Inclinó la cabeza frente a la tejana y le dijo:

—Gracias.

Antes de que pudiera dar dos pasos, él la agarró del brazo y se colocó junto a su oreja para susurrarle:

—No pienso perseguirte. Si te vas, te quedas sin mí.

Jane jadeó. ¡Engreído!, gritó en su interior.

—Si tú no lo haces, otros muchos lo harán. Espero que no tengas que tragarte tus palabras, Águila Negra, porque acabas de comprobar que hay muchos buenos partidos que *lady* Jane podría tener en cuenta. —Sarah no había podido evitar poner la oreja y responder por la dama. Era evidente que la mujer inglesa necesitaba orientación sobre cómo llevar al indio y ella la adiestraría con gusto. Oh, sí. El mestizo no iba a ganar el premio con facilidad. Le iría mejor luchar un poco y tener competencia.

—Sarah, si sigues por ese camino vamos a tener un serio problema y ese esposo tuyo no va a poder salvarte del entuerto en el que estás a punto de meterte. —Estaba enfadadísimo, con Jane y con Sarah.

—Sí, sí… ya. Pero haz el favor de soltarla. Ella se viene conmigo. Sé un buen chico y carga las cosas de los hermanos en mi carreta. El señor Hertford te echará una mano. —Sarah estaba divertidísima con la situación. De verdad, ni en un millón de años había esperado ver en esa tesitura al indio. ¡Qué delicia! Iba a cobrarse unas buenas afrentas que él le hizo en el pasado.

—¿Vas a marcharte, Jane? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Me dejaste en casa de los Andrews sin mirar atrás. Te será fácil sobreponerte. Mantén el pensamiento que te dio alas para largarte a toda prisa. —Él se tranquilizó un poco, ella le había hablado por fin sin formalidad y era del todo evidente que Jane no deseaba alejarse demasiado, porque no había hecho amago de soltarse de su agarre.

—Te prometo que serás tú quien venga a persuadirme de que me case contigo, Jane.

Ella se irguió y levantó la mirada arrogantemente.

—Señor Hutson… creo que sobrevalora sus cualidades. Como ha dicho su amiga Sarah, tengo muchas oportunidades. —Quería darle duro en su orgullo masculino, tal y como él le había dado en el suyo. La formalidad sonaba mejor para su cometido.

Él maldijo en su interior. El pensamiento de que otro hombre pudiese captar la atención de ella… En su mente estaba todo hecho. La llevaría a su rancho, esa noche la marcaría a fuego y por la mañana iría a ver a un juez para que validase la unión. No acudiría a un hombre de Dios, porque él no tenía esa creencia. La cosa se acababa de complicar. ¡Entrometida Sarah Lee!

Dio un paso más cerca de ella, su aliento besaba su oreja, incluso sus labios estaban apoyados sobre su piel. Bajó el timbre de voz para que esta vez nadie lo oyese. Ella se estremeció al sentir la caricia en ese trozo de su cuerpo.

—Recuerda quién te abrazó anoche cuando estabas desnuda. Te aseguro que en mitad de la oscuridad quisiste besarme mil veces y rogaste que te acariciara. Eres una tentación y me mantuve firme. Debí haberte hecho mía y no estaríamos en esta situación. Fui yo quien se contuvo porque no era justo aprovecharme de tu delirio. Ningún otro logrará que tengas tales pensamientos, Jane. De verdad, confío en que estés preparada para hacer frente a lo que has provocado, porque jamás me rindo cuando quiero algo. —En ese punto se separó de ella y miró a Sarah Lee—. Soy más tenaz y perspicaz que tu esposo, señora Harris. Así que prepárame una habitación en tu casa.

—¡No! —gritó Jane llena de pánico. Si él se deslizase en su cama, y esa era una costumbre que había adquirido y a la que ella no había puesto fin, no podría refrenar lo que ese poderoso hombre ansiase de su cuerpo.

—Vaya, Águila Negra, para decir que no vas a perseguirla… han bastado unos pocos minutos para demostrar que harás lo contrario —se burló la tejana.

—¿Vas a negarme la entrada a tu casa, Sarah? —la desafió.

—Jamás —respondió rauda—. Ese rancho es de mi esposo y mío, pero todos sabemos que tú has sido un pilar sobre el que asentar el Sarah Love. Te pertenece también. Sin embargo, creo que nos irá bien a todos que sueltes a la dama, vayas a tu casa para poner en orden tus ideas y te sosiegues, vaquero. Date una semana y ven a visitarnos, *lady* Jane y yo te recibiremos si muestras la debida consideración, Águila Negra.

Él no parecía complacido con la idea de dejarla ir. No así, con tanta facilidad, su orgullo masculino deseaba marcarla… Se colocó delante de ella, sin dejar de sostener su brazo y la atrajo hasta su duro torso. Sin darle opción a rehuirlo, la besó con fuerza. En un beso exigente destinado a dejarle claro a quién pertenecía. No le importaba si lo consideraba un salvaje, un hombre sin escrúpulos. Llevaba cuatro malditos días soñando con besarla del modo en el que lo hacía en ese momento y por los rayos y truenos del fin de los tiempos que se daría el capricho.

Jane debería haberle dado una patada en la espinilla y echar a correr. No. No pudo. Sus brazos se colocaron sobre su nuca y él aprovechó el gesto para sostenerla más cerca. Ella sintió la dura virilidad de él punzando en su bajo vientre y eso envió un ramalazo crudo al centro de sus piernas. Trató de responder a su asalto, pero Jane no sabía besar del modo en el que él lo exigía.

Travis interrumpió el beso con la misma brusquedad que lo inició.

—¿Puedes andar con normalidad, Jane? —Intuía que le habría derretido las rodillas como la mantequilla. No hubo burla en su pregunta, solo preocupación. Ella asintió sin ser consciente de lo que acababa de ocurrir ni de dónde estaba. El mestizo la soltó y luego miró a Sarah para explicarle que—: Iré a tu casa en pocos días. No pienso dormir en los barracones.

Se dio la vuelta y se marchó de allí en dos zancadas.

Jane miró la carreta. Su hermana sonreía con satisfacción y la llamada Sarah, lo hacía con mayor gozo todavía.

—Él luchará por ti. No te preocupes. Te irá bien mantenerte firme frente a él. Está acostumbrado a salirse siempre con la suya y es momento de que se dé cuenta de que su palabra no es la ley.

Jane volvió a asentir y se subió, con la ayuda de Sarah, en la carreta de la vaquera.

¡Santo Dios! ¿Qué acababa de ocurrir? Se tocó los labios con los dedos temblorosos.

—¿Él es siempre así? —preguntó con cautela.

—No. Hasta la fecha no lo había visto más que preocuparse por el ganado y los caballos. Jamás de una mujer. Lamento informarte de que tienes un largo trabajo por delante. Creo que le has echado el lazo y debes domarlo para que sepa su lugar, *lady* Jane.

—No, no. Solo Jane, por favor.

Sarah Lee le sonrió con ternura y con alegría. Al fin. Por fin había llegado el día en el que su hermano mayor había salido de su zona confortable para reclamar a una mujer. Sarah sacudió la cabeza. No había imaginado que viviría para ver una hazaña semejante.

El futuro se acababa de volver más que interesante.

***

Cuando llegaron a las tierras del impresionante rancho de Sarah Lee Harris, Jane estaba asombrada. Tenía muchísimos acres y una casa preciosa que se divisaba a lo lejos, bastante grande. Casi igual que la de los Andrews.

—¿Todo esto es tuyo? —le preguntó con incredulidad a Sarah.

—Mi padre me lo legó y cuando me casé con Denver Harris, así se llama mi esposo, él pasó a ser el dueño, pero confío plenamente en él. Velará por nuestros intereses para que nuestros hijos tengan un futuro próspero. Tengo dos mellizos: Leah y Jackson. Son terribles como lo somos Denver y yo. Ya has podido comprobar que soy una mujer un poco… Un poco, no, bastante peculiar. Por lo de ser mujer y dirigir un rancho… Águila Negra es, aunque no tenga su sangre, mi hermano mayor. También lo es Jeremy Andrews, aunque creo que a él no querrás que lo nombre.

—¿El señor Andrews te lo ha explicado… todo en la nota? —inquirió con cautela.

—Sí. Es mejor que todo haya sucedido así. Jeremy no está preparado para sentar la cabeza, aunque su padre se empeñe en ello. Con Águila Negra estarás mucho mejor… en cuanto él comprenda que no puede imponer su voluntad por encima del resto. El indio puede llegar a ser muy intenso si no sabes manejarlo.

—Sí, me he dado cuenta. Me ha dicho que como ni Jeremy ni su padre me quieren, yo tengo que casarme con él.

—¡No ha dicho eso! —exclamó con alarma.

—Cada palabra.

—Bien. Estaré encantada de verlo arrastrarse.

—¿Tú y él…? —Necesitaba saber si habían sido algo más…

—¿Qué? —Sarah no entendía la pregunta.

—Nada —No se atrevió a seguir con la cuestión—. Solo que lo llamas por un nombre que parece que él odia. —Eso sonó más sutil.

—Ah. Sí, bueno, busqué una manera de incordiarlo y cuando me dijo que yo podría llamarlo de ese modo cuando quisiese, me gustó. Es un hombre magnífico. ¿Lo has visto disparar un Winchester? Denver es sublime manejando un Colt, pero el indio es increíble. Tiene muchas habilidades.

—Lo amo —confesó en un hilo de voz, sin poder contenerse más.

—Lo sé.

—¿Tan evidente soy?

—Si un hombre al que yo no amase me hubiese llevado al hombro y luego tuviese la osadía de besarme en medio del pueblo, creo que le habría disparado en el acto.

—No me gusta el modo en el que él se comporta. Es tan… —No sabía cómo definirlo.

—Sí. También lo sé. Es un verdadero tirano, por eso debes hacerle ver que no tiene todo el control. Es su sangre, Jane. Él no ha tenido una vida sencilla, no en cuanto a vivencias se refiere. Una noche llegó borracho por culpa de Jeremy al rancho y lo escuché. Creo que su madre y una mujer a la que amaba murieron masacradas y él las tuvo que vengar. Está convencido de que sus manos están manchadas de sangre y no merece nada bueno. —Jane suspiró al escuchar algo como eso—. Es un héroe. No le temas. Utiliza su lado guerrero cuando debe hacerlo. Nos salvó a Denver y a mí hace poco más de un año cuando unos hombres que querían asesinar a mi esposo trataron de asaltar el Sarah Love. Jeremy luchó a nuestro lado junto con otro amigo, Jack Lowell. Lo hacemos bien juntos, Jane. Son buenos hombres.

—Al señor Lowell lo conocí en Austin. Se presentó antes que Águila Negra, quiero decir… Travis… digo, el señor Hutson. Lo siento no sé cómo referirme a él —se sinceró.

Sarah se rio ante la incomodidad de la dama inglesa, era evidente que venía de un mundo muy regio.

—Sospecho que puedes llamarlo como desees, no te dirá nada. Como te decía… Denver, Jack, Jeremy, Águila Negra y yo luchamos juntos contra un buen batallón de hombres y los contuvimos. Yo daría mi vida por cualquiera de ellos. Los amos, Jane, y sé que me protegerán del mismo modo. Puedes estar disgustada con Jeremy y con su padre por haberte hecho… Por haberte menospreciado y utilizado, pero no se lo tengas en cuenta. La pérdida de los Andrews es la justa ganancia que se le debe a Águila Negra por quién es, por lo que ha hecho. Él merece la felicidad. Toda la ciudad está en deuda también con él, se ganó el respeto de todos a pulso. No lo condenan por ser un mestizo porque saben que protegerá a las gentes de Crystal City con su vida si es necesario. Águila Negra salvó a una madre y a una hija cuando unos pistoleros invadieron un rancho más pequeño, mataron al esposo y se las llevaron. Mientras el resto se preparaba para determinar la mejor forma de dar caza al grupo de cuatro hombres armados, él salió sin pensarlo ni un instante. Dijo que no sería la primera vez que lo hacía, sospecho que tiene que ver con la pérdida de su madre y de la mujer que le arrebataron. Las salvó, Jane. Ellas regresaron sin un rasguño. Los cuatro malvados, muertos. La niña no tenía más que doce años y él la tuvo que sacar de debajo del cuerpo de un hombre cuando él trataba de… —No pudo continuar—. Es tosco, es un mandón, incluso a veces parece que no tiene sentimientos por los demás, pero los tiene, yo sé que sí. Ten paciencia con él. No es un hombre

fácil. Tampoco lo es mi esposo y soy capaz de que se ponga panza arriba y ronronee como un lindo gatito. Es cuestión de saber qué tecla se debe tocar… —Se quedó mirándola un momento—. ¿Eres una mujer inocente? ¿Él te tomó? —preguntó con calma y suavidad. Debido al carácter del indio, no le sorprendería que él hubiese traspasado la fina línea que separa a un hombre de la mujer a la que desea.

—¿Puedo ser sincera?

—Siempre. En el Sarah Love somos tolerantes, pero no toleramos la mentira.

Ella suspiró ante la frase tan clara.

—Mi hermano no es un hombre. —Tuvo la imperiosa necesidad de explicar todos sus secretos. Confiaba en Sarah, y entendía la admiración de su guerrero por ella.

—Me pareció muy… afeminado, pero no me atreví a cuestionar el asunto. ¿Se enfadó mucho Águila Negra cuando se enteró del embuste?

—No se dio cuenta hasta bastante después…

—Ah, entonces sí debe desearte mucho. A ese hombre no se le escapa nada.

—Dijo que me vio a mí y no había nada más —confesó con humildad pero sintiendo que su vanidad se inflaba.

—Estaréis bien juntos. No como mi esposo y yo misma… —comenzó a lamentarse—. Puedo ver a Denver desde aquí apoyado en uno de los postes del porche, con los brazos cruzados. No está contento. Creo que voy a tener problemas.

—¿Por qué estaría afligido?

—Porque todos los hombres de mi vida son unos tiranos y no le informé de que me marchaba al pueblo. Y no le culpo por su enfado, pues en caso de haber sido a la inversa yo también estaría muy disgustada con él por no saber su paradero. Supongo que tendré que

esforzarme lo suficiente para que me perdone. —Sarah le guiñó un ojo.

Jane tragó saliva.

—Sigo siendo una mujer inocente, pero solo porque él no insistió lo suficiente. —Era la cruda verdad. Lo deseaba tanto como un vaso de agua en medio del desierto más árido. Los recuerdos de la noche anterior eran devastadores. Enferma como estaba y ardía por él.

Sarah asintió.

—Yo no pude mantener lejos a mi esposo antes de casarnos, así que no esperes que te juzgue. Una mujer tiene las mismas necesidades que un hombre y el corazón sabe lo que quiere en cuanto lo tiene delante, aunque le cueste más tiempo del debido darse cuenta. Yo misma me sentí enamorada de Lowell, mi mejor amigo, toda mi vida, cuando lo que más deseaba era a Denver Harris. No te juzgaré jamás, Jane. Hagas lo que hagas te daré mi apoyo, si Águila Negra te ha elegido, es suficiente para que yo te ame con todo mi corazón y te considere mi nueva hermana.

La carreta se paró enfrente del porche de la casa. Denver Harris solo tenía ojos para su esposa. Jane supo, por el modo en el que la adoración se reflejaba en los ojos del hombre, que era verdaderamente un matrimonio por amor. Ella deseaba eso con el indio… ¡Ay, cuánto lo anhelaba!

—Señora Harris —habló Denver en tono cortante. Era evidente que le estaba recordando que Sarah tenía un compromiso con él y que lo había dejado al margen cuando se marchó sin informarle de sus planes.

—Señor Harris —respondió la vaquera con una brillante sonrisa.

—Me has abandonado —expuso desde su posición. Seguía colocado cerca de un poste en el porche con los brazos cruzados en el pecho. No sonreía. Se veía fiero y duro.

—¿Abandonado? He ido al pueblo a recoger a mis nuevas amigas.

—Nos has abandonado, a mis hijos y a mí, Sarah Lee —expuso con molestia.

—¿No vas a dejarme hacer las presentaciones, señor Harris? —inquirió divertida Sarah al ver la molestia de su esposo. ¡Dios, cuánto lo amaba!

—En un momento, en cuanto me digas por qué has tenido que marcharte a solucionar los asuntos del indio. —Denver estaba indignado, dado que su esposa se había ido de inmediato para ayudar a Águila Negra. La señora Rolser, la mujer que hacía las veces de ama de llaves del Sarah Love, le había informado de una historia de lo más interesante en cuanto estuvo en casa.

—Cuando llegué al pueblo, el indio la llevaba a ella —Sarah señaló a Jane— cargada al hombro, proclamando que le pertenecía ante todo aquel que le quiso escuchar. Acabó la escena dándole un beso en medio del pueblo. Cierto que tal vez nadie vio lo último, pero él hizo lo que te acabo de decir, Denver. Él lo hizo —repitió incrédula. Pese a que lo había vivido en primera instancia todavía no acababa de creerse que ese hermano mayor hubiese hecho todo lo que vio.

Observó a su esposo estrechar el entrecejo. Denver también estaba asombrado con el relato de Sarah Lee.

—¿Estás segura de que era él y no Jeremy Andrews? —Esa demostración sería más propia del sinvergüenza apuesto que sabía cómo adular a todas las mujeres que quisiera conquistar.

—Tan cierto como que te amo, señor Harris. —Se vio en la necesidad de apaciguarlo.

Denver suspiró. Asintió en un gesto rápido.

—Supongo que debo conocer a la mujer que ha obrado un milagro. —Nunca imaginó que ese comedido indio que hablaba dando órdenes se hubiese mostrado tan… ¡Debía estar completamente enamorado!

—Señor Harris, permítame presentarle a *lady* Jane.

Ella que había estado apartada sin interrumpir la conversación, dio un paso adelante y le hizo una breve reverencia.

—Es solo Jane. Su esposa ha tenido la amabilidad de darme cobijo en su hogar.

—Sea bienvenida, Jane. —Él movió la cabeza en señal de respeto. Miró a su esposa y le preguntó—: ¿Cuánto va a tardar en venir corriendo tras sus faldas? —Creyó que ya se había deshecho del indio. No era que no lo apreciase, pero no parecía estar dispuesto a soltar el mando con facilidad y en el rancho, con dos gallos cacareando, las cosas podrían ponerse complicadas. En cuanto Denver supo que él tenía la intención de seguir su propio camino en el antiguo rancho de Jack Lowell, agradeció la decisión.

—Le he dicho que se tome una semana para calmarse. Es peor que un toro en celo. —Miró de reojo a Jane por si había herido su sensibilidad. Parecía no estar afectada por sus palabras, entonces regresó la vista hacia su esposo para seguir explicando que—: Con suerte no vendrá esta misma noche.

—¿Cuántos días tendré de paz, Sarah Lee? —insistió Denver.

—No creo que sean más de tres —dijo con calma la tejana—. Viene a instalarse en la casa, no en los barracones.

—¡Por amor de Dios, esposa! Dime que tienes una buena razón para privar a un hombre de sus deseos —se quejó.

Jane carraspeó con incomodidad.

—Él —dijo la inglesa refiriéndose a Águila Negra— cree que soy una posesión. Considera que como ninguno de los Andrews va a casarse conmigo, porque no me quieren, yo debo hacerlo con él. Y prácticamente lo dijo con esas mismas palabras.

La respuesta de Denver fue quitar su hombro del poste, descruzar los brazos y emitir una sonora carcajada en cuanto detectó la gran indignación de la mujer.

—Por Dios que voy a disfrutar. Casi temí que acabase casado con una vaca o un caballo… Esto es mucho mejor. Puede quedarse en mi casa —Sarah Lee tosió con fuerza y él comprendió lo que le estaba diciendo, así que se rectificó al punto—. Sea bienvenida a nuestra casa, Jane. Puede quedarse el tiempo que considere oportuno, será un placer ver a un hombre que parecía ser de hielo, arrastrarse por el fango para conquistar su mano.

Jane le sonrió. No creía que ese vaticinio fuese a suceder, pero estaba agradecida por la gran confianza que el esposo de Sarah le acababa de conferir.

Un ronquido resonó en medio del rancho. Jane se dio cuenta de que su hermana no había intervenido en toda la conversación. Se movió para ver la parte trasera de la carreta. Sarah y Denver la siguieron. Vieron a Dana abrazada a uno de sus baúles durmiendo y roncando. Su nariz roja y el olor a *whisky* daban buena cuenta del motivo de su indisposición.

—Hermana… —se lamentó Jane.

—¿Es una mujer? —inquirió Denver al verla vestida de hombre, pues Sarah llevaba tejanos y botas, pero no disimulaba ser una fémina.

—Es mi hermana Dana. La disfracé de hombre porque es muy hermosa y no quería que tuviese problemas a lo largo de este largo y peligroso viaje. Ella parece sentirse cómoda simulando ser un varón y no está dispuesta a abandonar su papel.

—¿El indio permitió el embuste? —Águila Negra era casi un santo. No le gustaban las mentiras.

—No se enteró al principio… —dijo Jane con cierta vergüenza.

—¿No se dio cuenta? —preguntó Denver con curiosidad y completamente incrédulo. ¡Era el día del asombro con Águila Negra!

—No. Se enteró al segundo día —respondió Jane.

Denver se volvió a reír con fuerza.

—Va a ser muy divertido ver lo que viene a continuación —observó el señor Harris, al tiempo que tomaba en brazos a la muchacha para meterla en casa y acostarla en la cama.

—Sarah… —Jane la llamó en cuanto su esposo se metió en casa—. Mi hermana ha sufrido el asedio de un hombre que la deseaba de un modo lascivo desde que era una niña.

—¿Ese hombre está vivo?

—Sí. Huimos de él. Nos marchamos de Londres porque nuestro tío regresó a la ciudad y nuestro abuelo ya no podía protegernos de él porque falleció. Y yo no fui lo bastante fuerte para vencerlo —reconoció con pesar. Sarah Lee asintió.

—Si viene a Texas, Águila Negra lo matará. No tengas miedo. Tu guerrero extiende su protección sobre todos los que le importan.

—No, no es eso lo que quería explicarte. Lo que sucede es que mi hermana está cómoda siendo un hombre y…

—Estará bien que siga como quiera. No te preocupes por ello. No la censuraremos tampoco, Jane. Aquí estás en casa… —se quedó pensativa y luego añadió—: hasta que tu hombre te rapte en mitad de la noche. —Sarah terminó la frase con una profunda carcajada.

—Él no lo haría —dijo también entre risas.

—No apuestes demasiado, Jane.

La alegría se le cortó de pronto a la mujer. No era que quisiera un cortejo formal… pero una palabra delicada, un gesto de ternura… algo que indicase que la amaba, no solo que la deseaba. ¿Estaba mal ansiar un poco de romance por una vez?

Capítulo 9

Un lugar de ensueño

Jane no podía ocultar y negar que estaba preocupada. ¿Lo habría estropeado todo? Había pasado una semana exacta desde que se separó de Águila Negra de aquel modo tan intempestivo en el pueblo.

Ese tiempo le había servido para aprender grandes cosas sobre la tierra que había elegido para ser su nuevo hogar, sobre la familia que las había acogido a Dana y a ella. La vaquera era una mujer deslumbrante, tan segura de sí misma, tan enamorada de su esposo que se sintió horrible por haber tenido celos de Sarah con respecto a Águila Negra.

Dana se ocupaba de los niños con frecuencia, porque siempre había adorado a los bebés y decidió convertirse en una especie de niñera con el beneplácito de Sarah Lee. Aunque lo que le fascinaba a su hermana era saber cómo ser un auténtico vaquero.

A Jane le impresionaban también mucho los asuntos del rancho. La vaquera le había enseñado a reparar cercas, a atender el ganado, los partos de las vacas, incluso le había cedido un caballo para que saliese a montar. También le había dado un Colt para que lo llevase siempre consigo, a fin de mantenerse protegida.

Todo el mundo la trataba bien. Los señores Rolser, el matrimonio que era algo parecido como unos segundos padres para Sarah y Denver, la hacían sentir muy bienvenida, tanto a ella como a su hermana. Incluso la hija de los Rolser, la señora Kurki, que iba al rancho para ayudar a su madre con las comidas de los vaqueros, se había hecho buena amiga de Jane.

Solo ellos estaban al tanto del secreto de Dana. Nadie forzaría a la joven a salir de su papel.

Jane también desterró los vestidos con suma facilidad. Pese a que Dana seguía vistiendo de un modo varonil, tratando de ocultar que era una fémina, ella había optado por usar tejanos y camisas de mezclilla, incluso llevaba un pañuelo anudado al cuello que le hacía sentirse como una auténtica ranchera. Y le encantaban sus nuevas botas tejanas. No era lo único que había cambiado en ella. Su pelo, su preciosa melena rubia fue cortada. No tenía el pelo tan corto como su hermana, pero sí lo suficientemente para sentir libertad. Fue un gesto de determinación. El cabello, liso, seguía siendo bonito, pues el tono dorado lo hacía especial, pero tan solo le llegaba por debajo de las orejas. Dana aplaudió su valentía y Sarah se puso nerviosa porque intuía que al indio no iba a sentarle bien que ella tomase esa decisión sin haberle permitido al menos acariciar una mata tan preciosa. La tejana lo imaginaba, dado que cuando Denver vio la nueva imagen de Jane la alabó, pero le pidió a Sarah que nunca se cortase su precioso pelo. A los hombres les gustaba ver a sus mujeres desnudas con el cabello cayendo en cascada, Sarah lo sabía. Jane no quiso hacerle caso cuando le sugirió que se tomase un tiempo para hacer algo tan trascendental. No sirvió de nada, se lo cortó.

Jane se sentía tan libre, tan igual a los hombres en esa tierra árida, pura, bella… No creyó que fuese así cuando puso un pie en el estado de Texas. Lo fue. Encajaba.

Ni la añoranza que sentía por el mestizo hizo mella en la sensación de plenitud que residía en su interior por haber conseguido paz al fin. Lejos de la maldad de su tío George, olvidando al fin la obediencia que le había dedicado al abuelo… No podía volver a someterse a un hombre. El abuelo le había demostrado que ni en él debió haber confiado. Quería a Águila Negra, pero no consentiría que la volviesen a aplastar. ¡Ay, pero cuánto lo amaba!

—Vendrá —le dijo la vaquera en cuanto su montura se paró al lado de la de Jane.

El caballo de la inglesa comenzó a ponerse nervioso, pero ella lo contuvo con un simple tirón de las riendas.

—Lo echo de menos, pero esta semana ha sido muy especial, Sarah Lee. Te lo agradezco. Me gusta estar aquí. Texas es mi hogar. Lo siento en mi corazón, pertenezco aquí.

—Cualquiera de mis hombres es una buena elección. No olvides que Águila Negra no tiene derecho sobre ti hasta que un juez diga que lo tiene, y a veces ni incluso así tienen potestad para regir la vida de nadie. No creí que vería jamás a mis chicos comportarse tan atentamente con una mujer. Se muestran de lo más civilizados en las comidas.

—Tal vez él no me quiera y sea mejor así —dijo en un hilo de voz.

—Es terco como una mula. De verdad, creí que vendría a por ti mucho antes. No obstante, debí haber previsto que es un estratega muy capaz de planear una guerra para ganarla.

—¿Qué? —Se había perdido.

—Quiere que lo persigas y por eso está agotando el plazo que le di para venir a casa, Jane. No dejes que te saque de quicio. Es un guerrero. Uno de los mejores, no olvides contra quién te enfrentas.

—Oh, Sarah Lee, no es una lucha. Solo es… —Jane suspiró—. No sé bien lo que hacemos. Yo lo amo y mi vanidad exige que él… Ya sabes.

—Y lo hará. Luchará por ti y cambiará esas maneras hoscas que tiene. Ten paciencia. Dios no formó el mundo en un solo día.

—Sí. Lo hizo en siete, ¿no? —Jane sonrió.

—Vendrá pronto y cuando vea lo que ha permitido con su ausencia se volverá loco… —Sarah se sonrió. Ese indio cabezota se moriría de celos en cuanto observase lo que Jane tenía a su alrededor.

—¿Qué quieres decir?

—Volvamos a casa, el sol se marcha y es la hora de la cena —apuntó enigmática.

Jane no discutió. Acababan de dar una buena cabalgata por la zona norte del rancho. Habían atendido un parto, un ternero nació y Jane había sido quien había ayudado a Sarah. No

imaginó haber llegado a hacer algo tan importante como traer vida al mundo. Hubo sangre, un animal enorme, pero ella había estado orgullosa de sus acciones, Sarah la había guiado para saber qué hacer.

Cuando llegaron a casa Jane subió a su habitación, se colocó una camisa de cuadros limpia, después de adecentarse. Peinó su pelo hacia atrás y trenzó unas hebras para hacer una pequeña trenza a modo de diadema para mantener el resto del cabello ordenado.

Los vaqueros de Sarah la hacían sentir tan mujer… incluso con pantalones ellos la admiraban. Toda la atención masculina que no había tenido en Londres, la estaba recibiendo en Texas y era embriagador. Lo malo era que solo deseaba la atención de un hombre en particular que parecía reacio a ofrecérsela.

Cuando estuvo lista, bajó, ayudó a la señora Rolser a preparar la cena y puso la mesa para cuando los hombres llegasen hambrientos a recibir el sustento. No tardaron demasiado en estar todos sentados a la mesa. Había una quincena de vaqueros, además de los señores Rolser, el matrimonio de los Harris y Dana. Parecían una gran familia. Trataban a su hermano con amabilidad, dado que Dan, además de estar pendientes de los niños, se había interesado por la doma de caballos. Jane casi se murió del susto cuando vio a su hermana subir sobre una fiera. Sarah la tranquilizó porque el alazán no era peligroso, aunque Dana dio con sus huesos en el suelo. Se contuvo de no ir corriendo a socorrerla y fue lo más difícil que Jane había hecho en toda su vida.

Su hermana también era feliz en el Sarah Love.

—El pan. Iré a por el pan —dijo Jane al darse cuenta de que no lo había sacado. Se levantó de la mesa y vio a todos los vaqueros alzarse al mismo tiempo en señal de respeto. Se marchó de allí rauda con las mejillas sonrojadas.

Denver Harris resopló, porque también le tocó levantarse al igual que los otros hombres y Sarah se sonrió. Todos volvieron a tomar asiento.

—Es grandioso ver lo educados que os habéis vuelto todos —dijo con humor la vaquera—. Podría acostumbrarme a esto con facilidad.

La puerta de la entrada se abrió con suavidad. Los comensales se giraron para observar al intruso que perturbaba la cena. Sarah se quedó con la boca abierta. Águila Negra se había presentado en su casa… al fin. Aunque iba decentemente vestido, no parecía venir a conquistar a una dama. El pelo lo llevaba completamente revuelto, no como el resto de sus muchachos, tampoco traía sus mejores pantalones o camisa. Su abrigo había visto mejores tiempos… Sarah suspiró cansada. Tal y como sospechaba, él había dado todo por hecho sin cuestionarse la competencia tan dura que iba a tener.

Águila Negra entró en el salón del Sarah Love con el mismo aire con el que solía hacerlo en el pasado. Dio una vista rápida a los que allí había reunidos. No le gustó oler a tanto jabón limpio. Menos le entusiasmó ver que los vaqueros iban impecablemente vestidos, con el cabello húmedo y recién peinados. Y definitivamente lo que no le agradó lo más mínimo fue ver los muchos jarrones de flores silvestres que había en la repisa de la chimenea, el aparador del salón, la mesa pequeña que figuraba a la derecha y también sobre un pequeño escritorio. ¿A qué venían tantas flores?

—¿Dónde está Jane? —preguntó Travis, sin tan siquiera dar las buenas noches.

—Sé bienvenido, señor Hutson. Estamos bien, nos alegramos de verte. Sí. Un placer también saludarte… —comenzó a decir el esposo de Sarah molesto por su falta de modales.

—¿Dónde está ella? —repitió. Había esperado una semana porque era lo que debía hacer. Si ella creía que iba a hacer de él un bobo baboso que se moriría por ella, debía comprender lo antes posible que eso no iba a suceder. Lidió con cuidado con esa sensación de pánico que se alojó en su pecho al valorar que ella tal vez hubiese podido regresar a casa de los Andrews.

Dana se levantó en ese momento y se dispuso a hablar con ese timbre de voz bajo y varonil que trataba de componer para no descubrir su engaño ante quienes no estaban al tanto de su secreto.

—Se ha marchado…

—¿Dónde diablos está? Será mejor que alguien me explique de una vez lo que ocurre.

—Su voz era letal. Sarah lo sabía, él estaba a punto de perder la paciencia.

—… ha ido a la cocina a por el pan —siguió Dana, complacida por haber molestado al mestizo. Él la miró como si le acabase de perdonar la vida. Ella le sonrió a cambio, con descaro y le guiñó un ojo.

Al fin respiró con tranquilidad. Pocos segundos después, vio a Jane entrar en el comedor con una bandeja y dos panes recién horneados.

La examinó con atención. Se quedó sin respiración. ¡Espíritu de la lluvia, cómo la había echado de menos! Miró sus pies. Botas nuevas. Eso era obra de Sarah. Subió la vista y divisó esos ceñidos pantalones tejanos. Gruñó. No le gustaba que cualquiera pudiera verla así. Revelaba demasiado. Los celos irracionales se le agolpaban en el pecho. Siguió observando. Una camisa que dejaba adivinar esos pechos magníficos que él había sentido contra su torso desnudo cuando durmió con ella. Volvió a gemir cuando su entrepierna palpitó por el recuerdo evocado. Subió y se detuvo en su rostro. Estaba preciosa. Esos ojos almendrados, del color de un río turbio que rugía con fuerza… Oh, sí. Ella tenía mucho ímpetu. Vio su pelo… Su ceño se frunció. ¡Se había cortado su preciosa melena rubia hasta casi hacerla desaparecer! No negaría que estaba preciosa, pero no tenía derecho a haberse cortado el pelo. ¡Maldición!

Los hombres la vieron entrar y se colocaron en pie de inmediato. Ella pasó por su lado sin mirarlo y tomó asiento. El resto hizo lo mismo, mientras él se quedaba como un pasmarote maldiciendo con fuerza en su interior.

Su mirada abandonó a Jane para observar a Sarah. La tejana lo miraba desafiante. Luego pasó a ver qué hacía Dana. Ella estaba sonriéndole con descaro. Su orgullo exigió que se marchase de allí al punto. En vez de eso se quedó perplejo viendo cómo Jane no le hacía el más mínimo reconocimiento a su presencia.

Dio dos zancadas y la tomó por debajo del brazo para levantarla. La estrechó contra su cuerpo con un abrazo posesivo y luego sus labios cayeron sobre los femeninos para darle un beso. Para su propia sorpresa no fue brusco. Colocó su boca sobre la de ella y jugueteó con su lengua de modo tranquilo.

Escuchó varios murmullos quejosos y estuvo satisfecho, así que la soltó y la ayudó a sentarse en su lugar. Cierto que Jane no había cooperado demasiado en ese beso que se sintió glorioso… Sin embargo, había servido a sus propósitos para dejar bien claro a quién pertenecía la dama.

Travis observó al esposo de Sarah en pie, la vaquera lo sostenía de la manga de la camisa. ¿Denver Harris pensaba amonestarlo? Casi pudo reírse por el hecho.

—¿Hay algún problema, Harris? —preguntó con arrogancia.

—Estás en mi casa. Jane Hertford es mi invitada y su protección es un asunto por el que me tomo mucho interés.

—Tú eres el que menos puedes opinar de asuntos civilizados, Harris —respondió el indio sin dejarse intimidar—. Creo que tu comportamiento pasado con cierta muchacha me da la razón.

—¡Águila Negra! —gritó Sarah, al tiempo que se incorporaba y dejaba la servilleta sobre la mesa—. No te reconozco. De verdad que no lo hago. ¿Pretendes también orinar sobre ella como si fueses una bestia salvaje para que nadie se le acerque? Te ordeno que le pidas disculpas por tu inapropiada acción.

—No pienso hacer nada tan desagradable como lo que has insinuado, Sarah —le habló en tono cortante—. Solo me pareció más rápido que todos estos… vaqueros limpios, sonrientes y educados, supieran de modo convincente que no deben perder el tiempo con lo que no está a su alcance. Consideré que darle un beso a mi prometida, después de haber estado una larga semana sin verla, era lo más sensato para advertirles. ¿Quién puede culpar a un hombre por tal muestra de efusividad del todo justificada? Hay quien incluso llega mucho más lejos con una mujer sin estar… casados.

Denver dio un paso hacia el mestizo, Sarah se colocó delante para retenerle. Bien sabía que su esposo podría matarlo por lo que acababa de decir, en especial por la última parte, dado que la espetó mirando directamente a los ojos del exranger de Texas y era evidente lo que trataba de recordarle.

—¡Basta! —Jane se levantó y dio una fuerte palmada sobre la mesa. La mujer tomó una bocanada de aire y miró al mestizo con seriedad—. Señor Hutson, acabo de perder el apetito, haga el favor y ocupe mi lugar. En cuanto a su actitud con respecto a mí, debo protestar enérgicamente por la licencia que se ha tomado, más después de advertir que es usted un hombre comprometido. En cuanto vea a la dama con la que está prometido, además de darle esa muestra de afecto que no debió ser mía, le ruego que le transmita mis bendiciones con respecto a su futuro enlace. Buenas noches… —Ella se levantó y se movió rauda hacia la escalera para marcharse a su habitación.

Las risitas de los vaqueros no tardaron en hacerse notar debido al desplante que acaba de sufrir por parte de Jane. En especial la larga carcajada que le ofreció Denver Harris, quien tras el discurso de Jane se sentó a cenar con el mejor de los deleites. Sarah hizo lo mismo. La vaquera miró a su amigo con una ceja alzada y una brillante sonrisa. Al fin él tenía un poco de su propia medicina.

El indio gruñó, pero nadie le hizo caso. Se movió hasta la escalera dispuesto a ir tras su presa. Dana se levantó de inmediato y se colocó con gran habilidad frente a él. La hermana de Jane vio que Sarah y su esposo se volvían a incorporar y les hizo una señal para que no interviniesen.

—¡Mujeres!, todos sabemos que son tanto o más orgullosas que los hombres, ¿verdad, señor Hutson? —dijo Dana en alto para aplacar la bravuconería de Travis. Hubo otro coro de pequeñas muestras de humor y la muchacha aprovechó el momento para acercarse al mestizo y le susurró al oído—: Ven conmigo afuera, un poco de aire te sentará bien. —Después le palmeó la espalda y lo guio con sutilidad hasta la salida.

Denver miró a Sarah con atención mientras Dana y Travis salían.

—Lo sé. Ni cuando se enamora es un tipo tranquilo. Por favor, no intervengas, cariño —le dijo la tejana a su esposo.

Denver farfulló algo en voz baja mientras observaba el plato de comida. Luego llevó sus ojos hasta los tiernos de su esposa. Lo miraba suplicante.

—Recuerdo una vez, en el pueblo, cuando yo no era más que un joven temerario que me atreví a besarte… y él me atizó un puñetazo que me dejó en el suelo. Creo que las normas se aplican de modo diferente cuando uno es el que las debe soportar. Me molesta, Sarah, sé lo que él es para ti y que le debo muchísimo, pero no puedo con tanta arrogancia, cada año está peor.

—Lo comprendo. Es un hombre duro, mi amor, ten un poco de fe en que Jane obre otro milagro. Él necesita encontrar a una mujer que pueda darle lo que se le debe. Además, tú no eres muy diferente de él, querido… —dijo ella con retintín.

Él se acercó a ella y luego le dijo, solo para sus oídos:

—Sabes bien que no me gusta que me compares con ningún hombre. Pagarás por la afrenta esta noche, Sarah Lee Harris. Y te gustará.

—No lo pongo en duda. Siempre me gusta.

La cena continuó con más tranquilidad después de ese episodio.

Mientras, Dana trataba de hacerle ver al mestizo que el camino que estaba tomando no era el correcto. Travis y ella se habían ido hasta el establo para tener un poco de privacidad.

—Te tenía por un hombre inteligente, Travis —le soltó sin remordimientos.

—¡Llevo una semana sin verla! Una semana entera conteniéndome para no venir, porque la avisé, le dije que no la perseguiría… Vengo, la veo en pantalones, toda su silueta es evidente, va con una sencilla camisa que deja ver que tiene unos pechos maravillosos… Los vaqueros en celo le han regalado flores, pues sé que todos esos ramos han sido para ella mientras yo no estaba… ¿y sabes qué es lo peor, Dana? —La pelirroja negó sin atreverse a abrir la boca mientras lo veía ir de un lado a otro hecho un loco—. Lo más doloroso es que… ¡Ella se ha cortado el pelo! —gritó con enfado—. No tenía que haberlo hecho —expuso malhumorado.

—Yo la encuentro preciosa —se atrevió a interrumpirlo, pues sospechaba que él no había acabado con su retahíla.

—¡Lo está! Maldición que sí lo está. ¡El infierno se los lleve a todos! Pero no he tenido la oportunidad de acariciar su larga cabellera como deseaba hacerlo. Pasarán años hasta que la vuelva a tener larga… Creo que he sido tolerante con toda la situación, Dana. Te concederé que no he hecho mi mejor movimiento con ella, pero, ¡por todos los indios salvajes del estado!, que he tenido que reclamarla ante todos esos estúpidos babosos… ¿En qué estabas pensando cuando has permitido que tu hermana… que ella… que ella…? —Las palabras lo abandonaron.

—Mi hermana no ha hecho nada malo, Travis —aludió con suavidad.

—¡Lo sé! Mierda de caballo… Lo sé —dijo con un poco más de calma—. Me ha rechazado… me ha rechazado la única mujer a la que me he permitido mirar en todos estos largos años. Sabe que la quiero y me hace perseguirla… ¿Tienes idea de lo frustrante que es tener que usar mi mano cuando pienso en ella para aliviarme? Cada pensamiento lujurioso lo ocupa ella. ¡Por el viento, la lluvia y los truenos! Llevo una semana teniendo que acariciarme yo solo pensando que es Jane quien me da placer…

—Uhm… Travis, ¿eres consciente de que soy una mujer? —inquirió completamente avergonzada. La imagen que acababa de meter en su mente era… demasiado…

—¿¡No querías conversaciones de hombres!? —Fue más duro de lo que pretendió—. Eso es lo que pasa cuando estás a punto de ebullición y sueñas con enterrarte profundamente en el interior de la suavidad de una mujer. De colocarte entre sus piernas y cabalgarla hasta que ella pida piedad y la dejes saciada. Montarla hasta que no sientas más fuerzas y necesidad. ¡Te juro que tendré a tu hermana en mi cama y nadie conseguirá alejarme de lo que ansío!

—¡Basta! —gritó del mismo modo que lo había hecho instantes antes Jane. La pequeña pelirroja se colocó delante de él y lo asió por las solapas de su desgastado abrigo—. Vas a tener que tragarte todas esas obscenidades y comenzar a ser un auténtico caballero para mi hermana, si no quieres que yo misma te vuele la tapa de los sesos, ¡maldito hombre lujurioso!

Lo observó inhalar aire por la nariz y sus aletas se abrieron para indicar que estaba furioso. Dana tragó saliva y deseó haber podido retirar las últimas palabras espetadas. Travis sujetó a la muchacha por las muñecas y Dana se preparó para… para algo malo. Se negó a mostrar miedo. Su hermana era la mujer por la que él bebía los vientos, no le haría daño…

¿verdad?

—Bastardo. La próxima vez cambia lo de maldito hombre por bastardo y serás un joven más peligroso.

—Siento haber sido tan… —Estaba mortificada por su actuación. Ella apreciaba a Travis muchísimo y había perdido los nervios.

—No. No lo sientas, Dana. Tenías que pararme. —Él la soltó y se separó de ella. Se mesó el pelo con desespero.

—Estoy convencida de que eres todo lo que mi hermana desea. Ella te ama, pero tú no le pones las cosas fáciles. ¿Por qué la tratas de ese modo tan rudo? —trató de preguntar con mucha suavidad. Muchísima.

—¿Rudo? Tu hermana es un tesoro que me ha caído del cielo. Tan precioso para cuidar y conservar, que mataría a cualquiera que la haga disgustarse.

Dana bufó.

—¿Entonces debo sostenerte yo la cuerda para que te ahorques o te doy la pistola para que te pegues un tiro? —inquirió con incredulidad.

—¿Disculpa?

—¡Tú! Tú la haces sentirse mal. La he visto llorar dos veces desde que llegamos al rancho de Sarah Lee. ¿Qué crees que está ella haciendo ahora en su habitación? ¿Reírse por lo maravilloso que eres? —ironizó.

—¡No sé cortejar a una mujer! Cuando quiero yacer con una, le doy unas monedas y no tengo que preocuparme por más. La última mujer a la que quise… ella murió… ¿Crees que estoy preparado para volver a perder la cabeza? ¡No recuerdo lo que es amar! —preguntó con angustia.

—Eso es el amor, Águila Negra —usó su nombre indio al tiempo que le ponía una mano sobre el hombro—. Es perder la cabeza. El amor es sincero, es libre para entregar… no es posesión, no son celos. Debe ser libertad y confianza. Tienes que demostrarle el motivo por el que debe aceptarte y casarse contigo. Sabe que te quiere y está confusa porque cree que no mereces su amor. No la estás tratando adecuadamente.

Él suspiró.

—Soy un mestizo, Dana. La dejé con Jeremy Andrews porque con él tendría una vida mejor. Solo entiendo de órdenes. No soy tierno. No soy capaz de hablar de mis sentimientos… yo…

Dana le sonrió.

—Conmigo lo estás haciendo muy bien. Trata de no gritar cuando lo hables con ella y explícale cómo eres.

—Ya se lo he dicho. Si no puede aceptarme como soy… Tal vez debería apartarme y que otro la tenga —aludió completamente derrotado.

—Yo creo que deberías dejar de comportarte como un cobarde e intentar ser un hombre mejor, uno que merezca a mi hermana. No te pido que hables sobre lo precioso que es el amor, o lo locamente enamorado que estás de ella… y por favor, no le digas que quieres hundirte en su interior porque te dará un puñetazo. Solo deja que ella te conozca. No te impongas. Un cortejo no es más que compañía, conversación y un ramo de flores. No hay más. Ten paciencia. Ella es una mujer que merece tu atención. Si no lo consideras así, hazte a un lado y deja que busque la felicidad con otro.

Dana le dio un par de palmadas en la espalda en señal de ánimo y lo dejó allí solo, para que reflexionase sobre su siguiente paso.

Travis se quedó en el establo un largo tiempo dando sentido a las palabras de la muchacha. A sus propios pensamientos. Todo esto era nuevo para él y estaba sobrepasado por lo que ella despertaba en su interior. Celos. Estúpidos celos. No había sentido nada tan doloroso

como eso. Ni siquiera el disparo que recibió en el hombro cuando defendía el Sarah Love de los Dalthon dolió tanto.

Escuchó unas pisadas y miró hacia la puerta del establo. Sarah se colocó frente a él.

—Te he preparado una habitación… en la planta de abajo. Como bien has dicho antes, soy la menos indicada para hablar sobre seducción —ella había pecado deliciosamente antes de casarse—, pero te agradecería que tuvieses en cuenta lo que Jane quiere de ti antes de forzarla a aceptar tus avances.

—No he forzado a una mujer en mi vida y no pienso comenzar ahora. —Sarah le sonrió y se acercó a él. Se acurrucó sobre su pecho y le dio un fuerte abrazo. El indio no esperó esa muestra de cariño y se sorprendió durante unos minutos, pero luego correspondió a su gesto de modo fraternal y la acunó con sus brazos.

—Eres uno de los mejores hombres que conozco, Águila Negra. Eres mi familia, mi hermano mayor. Solo quiero tu felicidad. Sé que la amas y ella te ama a ti. Solo necesitas hacer que Jane te vea… que te vea a través de mis ojos, por ejemplo. No pienso en ti de un modo carnal. Mi amor por ti es puro, fuerte, y lo es porque tú eres un hombre por el que vale la pena luchar. Haz que ella comprenda quién eres, lo que eres. Te amo. —Luego le dio un beso en la mejilla.

—También te amo, pequeño gorrión —le dijo, al tiempo que le daba un beso en la cabeza.

Ella asintió ante sus palabras y se marchó de allí.

Se cruzó con Denver Harris y se puso nerviosa. Miró a su esposo.

—¿Estamos bien? —le preguntó la tejana. Denver era también muy celoso y posesivo.

—Siempre, Sarah Lee. —Acompañó sus palabras con un fuerte beso exigente, destinado a demostrarle que ella era su compañera de por vida, la mujer que amaba por encima de todas las cosas. Luego la soltó y le dio una mirada cargada de promesas pecaminosas—.

Cuando acabes de ver si los niños están bien, ve a la cama y espérame desnuda. Tengo planes para ti. —Ella se movió rauda y veloz, sin rechistar.

Denver se quedó cara a cara con el indio.

—¿Vas a pegarme porque tu mujer me ha dicho que me ama y yo le correspondo? No hace falta que lo hagas, haberte escuchado darle esa orden sobre estar… en… en… —Suspiró. Hablar del pequeño gorrión haciendo cosas de mujer era terrible. Trató de explicarse de nuevo—: Oírte decir eso sobre que te espere en la cama ha sido bastante golpe. Siempre la veré como a una niña, no importa cuánto crezca.

—¿Me darías un puñetazo tú si hubiese sido una situación en la que Jane y yo nos hubiésemos hablado así?

El indio se tragó una maldición.

—Si has estado atento a nuestra charla, no hay nada malo en lo que sentimos Sarah y yo. Somos familia.

—Y por eso no tengo la más mínima tentación de aplastar tu cráneo y convertirlo en heno para caballo —respondió pacientemente—. Soy celoso. Lo admito. Sarah trabaja en un rancho lleno de hombres que la respetan y saben que no deben mirarla de modo inapropiado, pero eso no cambia el hecho de que yo deba confiar en que ella me ama sobre todas las cosas y me será fiel.

—Acabas de besarla hace un instante para reafirmarte, tus palabras dicen una cosa y tus actos hacen otra. La has marcado porque te sientes inseguro ante mí —tuvo que recordarle.

—Los hombres somos del todo curiosos. Hacemos muchas tonterías. Deseo que mi esposa tenga toda su atención sobre mí. Eso es así, pero he aprendido a convivir con el hecho de que Sarah es una mujer decidida, fuerte, sensata y que no haría nada, jamás, para lastimarme. No creas que no te entiendo, Travis. Yo he estado en tu piel antes. Muchos otros han pasado por lo que tú estás atravesando y lo mejor que puedes hacer es confiar en la mujer que has elegido para ser tu esposa. Sarah Lee te ha ofrecido unas sabias palabras. Intuyo que Dana habrá hecho lo

mismo. Las mujeres suelen acertar cuando dan consejos. Úsalos en tu propio beneficio.

—¿Todos saben lo de Dana?

—No. Solo los que vivimos en casa.

El indio asintió.

—Harris… Si alguna vez dañas a Sarah te mataré.

—No tendrás que hacerlo, pues en el improbable caso de que haga daño a mi esposa, ella misma me apuntará con un arma en mis bolas, directamente sobre mi tronco, y apretará el gatillo sin dudarlo.

Águila Negra no pudo contener la carcajada. *Torre* o *monstruosidad* eran más espectaculares que tronco…

—Vayamos adentro, tomemos una copa de *whisky* —lo invitó el mestizo.

—Es mi casa… ¿No debería ser yo quien te hiciese ese ofrecimiento? —preguntó un poco irritado Denver. Ambos comenzaron el camino hacia la casa.

La cena había acabado y los vaqueros habían regresado a los barracones para dormir. Estarían solos en el salón. Tal vez la señora Rolser estaría terminando de recoger los platos.

—No es fácil dejar de ser quien has creído ser durante toda la vida, Harris. El padre de Sarah me dio un hogar, me confió a su hija… El rancho te pertenece, pero siempre lo sentiré mío. Además, me ha parecido que necesitabas un poco de tiempo para que tu esposa esté lista para ti. —Travis hizo una mueca de desagrado—. No podré nunca habituarme a que la pequeña Sarah es una mujer casada que hace cosas…

—Bueno. Espera a tener una hija propia y verás que el infierno existe.

—¡Leah es un bebé! Faltan años para que ella tenga que enfrentarse a tipos como yo…

o peor, parecidos a su padre —advirtió con una brillante sonrisa.

—No tienes ni una pizca de gracia, Travis. Pero no te lo tomaré en consideración porque sé que eres un hombre enamorado que necesita consuelo, compresión, y una buena copa de licor que le infunda ánimos.

—Y yo no tomaré en consideración —repitió la misma fórmula que él— tu intento de burla, dado que estuve en primera fila cuando caíste rendido a los pies de la señorita Sarah Lee Foster.

—Caí porque tú me diste un puñetazo por besarla en medio del pueblo, cosa idéntica a la que tú has hecho… —No pudo evitar recordarlo una vez más.

—Es cierto. Intenta no olvidar que sigo siendo el mismo hombre capaz de darte un puñetazo si te metes en mis asuntos.

—Y tú no olvides que puedo usar mi Colt para recordarte que estás en mi casa y lo que ocurra aquí, todo, es asunto mío.

—¡Vaya, Harris! Estoy impresionado. Eres todo un matón… incluso más que yo mismo —argumentó jocoso.

—Sí, bueno. Te he visto comportarte con atención los últimos años. Se aprende de todo. Bebamos, amigo mío —sugirió mientras entraban por la puerta principal.

—Sí. ¡Por las mujeres! —estuvo de acuerdo Travis.

Denver carraspeó.

—¿Vas a tratar de seducirla esta noche?

—No quieres saber la respuesta a esa pregunta —le informó.

Denver suspiró fuertemente.

—¿No puedes poner las cosas fáciles por una vez?

—Precisamente que tú digas eso, cuando permití que Sarah te ofreciese sus tiernos cuidados cuando estabas postrado en una cama, indefenso como un gatito… Vamos, Denver Harris, no me culpes por tratar de tener a mi futura esposa antes de tiempo.

—No me pareció que ella estuviera interesada en el papel que le ofreces.

—Cierto. Sarah tampoco lo estuvo… durante una buena época… ¿Me equivoco? —contraatacó.

—Eres un tipo astuto. Ahoguemos tus penas en *whisky*.

—¿Cuál es su habitación? —tuvo la osadía de preguntar Travis, sin reparos.

—No creo que…

—Si quieres que vague por la casa y abra todas las puertas… —Iba a obtener esa información costase lo que costase.

—Veo la determinación en ti y de nada servirá que nos mostremos correctos y sensatos. Cuando un hombre quiere algo, va a por ello. Yo lo hice en su momento y no puedo mostrarme moralista ni altivo. Claudico, Travis, porque así estaremos en paz. Es la segunda a la izquierda. No vayas hoy, está muy enfadada. Déjalo para más adelante. Ese será mi último consejo, amigo mío.

Así fue como Denver Harris y Águila Negra, pareció, que enterraban el hacha de guerra, al menos hasta el próximo desacuerdo. Dos hombres demasiado autoritarios, tan iguales en su deber y honor que no sabían cuándo cruzaban el umbral que no debía ser atravesado.

***

Esa misma noche, Águila Negra ingresó mansamente en el dormitorio que se le había asignado. Y no fue hasta tres horas después cuando salió de allí para subir con sigilo a su destino. Necesitaba verla o se volvería loco. Se juró que no haría nada malo con ella. Solo saber que estaba bien. El cargo de conciencia que tenía después de que Dana le hubiese dicho que seguramente lloraría… Eso y que el alcohol ingerido parecía ser valor líquido.

Entró en la habitación y tuvo que esforzarse por habituarse a la oscuridad. Las cortinas estaban descorridas y la luz de la luna se filtraba por las ventanas. Vio un bulto allí.

—Jane, ¿no estás durmiendo? —preguntó en cuanto se dio cuenta de que ella estaba mirando el cielo a través de la ventana. La observó con atención. Estaba ataviada con una bata y tenía una manta sobre los hombros. Permanecía sentada en una silla.

—En cuanto escuché abrirse la puerta sabía que serías tú.

—No he venido aquí para… —Su voz se apagó. No sabía exactamente el motivo por el que había subido.

—¿Qué quieres de mí, Travis? Respóndeme esta vez. —No se atrevió a usar su otro nombre. Y esa cuestión ya la había hecho con anterioridad pero no obtuvo una respuesta adecuada.

—Todo.

—No lo creo.

—Te juro que solo he subido para comprobar que estabas bien. Necesitaba escuchar tu voz, saber que… —Se calló.

—¿Qué? —le dijo ella, todavía sin girarse.

—Me gustaría que mañana saliésemos a montar juntos, Jane. Desearía enseñarte mi

rancho… por favor. —Tragó saliva. Ser humilde era muy complicado.

En ese momento él tuvo toda su atención.

—¿Quieres… que yo… qué? —Estaba incrédula. Una parte de su mente supo que él no tardaría en buscarla. Se había preparado para presentar batalla, pues si la volvía a besar con el mismo ímpetu que las otras veces, cedería a su seducción. Lo amaba y también lo deseaba, pero se maldecía por ser tan débil. Ella merecía más consideración por su parte. Lo que él acababa de proponerle sobre ver su hogar había sido algo del todo inesperado.

—Siento lo que hice antes, Jane —se vio en la obligación de disculparse—. En realidad, creo que debo pedir perdón por un montón de cosas, y si soy sincero contigo, no habría tenido el valor suficiente para hacerlo en caso de que Harris no hubiese tratado de emborracharme hace un rato —reconoció—. Me gustaría mucho que saliésemos a montar mañana y que vengas a mi casa…

Ella lo miró con atención. Era un hombre orgulloso, un guerrero que hubiese sido capaz de guiar las huestes de un gran emperador… ¡Y se estaba disculpando con humildad!

—Dijiste que no me perseguirías —alegó con calma y en tono bajo para no herirlo. No pretendía ser un reproche.

—No lo haré… si es lo que quieres. Te dejaré tranquila si me lo pides aquí y ahora. —Sonó a promesa.

La respuesta la satisfizo.

—Me encantará ir contigo mañana a dar un paseo y conocer tu casa.

—Nos iremos después de desayunar. Duerme un poco, Jane. Te prometo que mañana todo será mejor.

—Espero que así sea —dijo en un susurro, en cuanto la puerta de su habitación se cerró con un sencillo *clic*.

Capítulo 10

Un cortejo incierto y un truhan

A la mañana siguiente, llegó una nueva decepción. Jane se despertó muy temprano, pese a haber dormido pocas horas. Se vistió con cierto esmero y cuando bajó a desayunar, se enteró de que Travis Hutson se había marchado. La desilusión la inundó. Todos se dieron cuenta.

Bueno, nada era fácil en la vida. Salió a hacer las tareas que Sarah Lee le encomendó, decidida a no pensar en nada. Entró en el establo y ensilló a la yegua. Se negaba a derramar una sola lágrima por la pérdida, deseaba haber pasado tiempo con él. ¿Por qué los hombres jugaban con los sentimientos de las mujeres de ese modo?

En un momento lo tenía proclamando que era su prometida y al otro se escabullía sin dejar el menor rastro, y sin la mínima explicación. ¿Se habría enfadado porque ella lo puso en su lugar la noche anterior, en la cena, y por ello se lo había pensado mejor y se marchó? ¿Era un juego para él?

Dio una patada sobre el suelo y retumbó de tal modo que captó la atención de Dana y uno de los vaqueros que estaban allí en ese momento, un irlandés bastante robusto llamado Prescott Callum.

—¿Hay algún problema, hermana? —cuestionó Dana, con su habitual tono de voz gruesa, y con esa pose varonil que estaba copiando a los vaqueros.

Jane rodó los ojos, le gustaba muy poco que ella no quisiera salir de ese tonto papel.

Residían en un lugar seguro, a salvo, y no tenía caso seguir con ese teatro.

—No. Todo está bien —mintió. Su corazón estaba encogido—. Voy a ir a la parte norte a terminar de reparar la cerca.

—¿Sola? —Dana tenía curiosidad.

—Sí. Necesito aclarar las ideas. Llevo el revólver que me dio Sarah, estaré bien. ¿Qué vas a hacer tú, hermano? —se interesó, porque ella pasaba mucho tiempo en compañía del señor Callum y no le agradaba que fuesen tan amigos. Había algo en la forma en la que el hombre miraba a su hermana que le daba mala espina. Tal vez se había dado cuenta del engaño.

—Prescott y yo planeamos ir a la parte sur. El ganado está en ese lugar, en el río. Ayudaremos a los vaqueros a moverlo —apuntó entusiasmada Dana.

—Ve con mucho cuidado —la previno.

—No se preocupe, señorita Jane, yo protegeré a su hermano. —Esa frase la inquietó. Fue por el modo tan seguro que fue dicha, por la entonación concreta.

—Dan, tal vez deberías quedarte en…

—Métete en tus asuntos, mujer —saltó a la defensiva sabiendo que su hermana iba a menoscabar su supuesta hombría.

Jane suspiró.

—Solo… ten cuidado. —Dana asintió secamente.

—Ahora… sobre la fiesta… Si quieres que te dé dinero para comprarte algo bonito para el baile, haz el favor de decírmelo. Quiero que mi hermana se vea preciosa. Si ese bobo de Travis Hutson no está dispuesto, otro lo estará.

—No pienso ir a ningún baile—. Sarah les había dicho, hacía un par de días, que el

pueblo se estaba preparando para organizar una fiesta de fin del verano y que todo el mundo acudiría. Jane tenía la firme decisión de no hacerlo.

—Sí, sí irás, hermana. Aunque te tenga que llevar sobre mi hombro y pataleando, vamos a ir a bailar y a divertirnos, porque después del maldito infierno que hemos pasado, merecemos un poco de diversión. —El tono enfurruñado que dio Dana, le hizo gracia. Jane volvió a suspirar mientras subía a la yegua con la ayuda del estribo. Eso de llevar pantalones era más práctico de lo que previó.

—Hablaremos de eso luego.

—El baile es en un par de días y por mi honor que irás. Es mi última palabra, Jane. —Ante la amenaza de Dana, ella la miró con extrañeza. Era del todo evidente que el viaje había cambiado por completo a su hermana pequeña. Se veía segura de sí misma, más tenaz y confiada. Le gustaba esa nueva Dana… si en verdad fuese su hermana y no una interpretación masculina que trataba de ser convincente y que no sabía hasta qué punto lo conseguía.

—Iré, señor Hertford, aunque sea para complacer a mi autoritario hermano pequeño —le aseguró Jane.

Eso pareció tranquilizar a Dana. Jane azuzó su montura y salió al galope. Dana se quedó con Prescott. Era un hombre diez años mayor que ella, moreno, muy simpático, que la había cobijado bajo su ala. Un hombre fornido en la batalla. Un auténtico vaquero del que esperaba aprenderlo todo. Tanto Dan Hertford como Prescott Callum eran los más nuevos del grupo, puesto que Denver lo había contratado la semana anterior a su llegada, pero el hombre llevaba toda la vida arreando ganado.

Mientras observaba a su hermana partir, sintió una palmada en su trasero, directamente sobre los tejanos. Dana se sobresaltó pero trató de no mostrarse sorprendida por el gesto. Se había dado cuenta de que su compañero era bastante… amigable, es decir que le gustaba mucho usar sus manos para mostrar sus estados de ánimo. ¿Era habitual que todos los vaqueros hicieran eso?

—Vamos, Dan. Hoy te enseñaré a mover el ganado —le dijo al tiempo que traía los

dos caballos. Ella decidió olvidar el asunto y seguirlo.

Así que en pocos minutos llegaron hasta la orilla del río. Dana estaba encima del caballo y vio a Prescott desmontar de un salto. Se veía ágil. Se acercó hasta ella y la asió por los brazos para bajarla con tranquilidad. Dana sintió que los cuerpos de ambos estaban demasiado juntos.

—No soy un niño para que me ayudes a desmontar, Callum —le señaló molesta.

—¿Qué hay de malo en ayudar a un compañero? Si te pasa algo, el señor Harris querrá mi cabeza. —El hombre se separó de su supuesto igual y luego le dio un toque a su sombrero, que cayó hacia atrás.

—¡Eeeeh! ¿Quieres que te dé un puñetazo en tu maldita cabeza, Callum? —preguntó con molestia, al tiempo que se daba la vuelta. Si Dana hubiese podido ver a su compañero en ese momento, habría visto al vaquero observar con fijación ese pequeño trasero tan apetecible que exhibió en cuanto se agachó para recoger el sombrero. El hombre se sonrió.

—Ven a la orilla —sugirió el vaquero.

—¿Dónde está el ganado? Aquí no hay ni una miserable vaca. —Dana se colocó el sombrero.

—Los demás no tardarán en traerlas. Ven, descansemos un poco aquí. Esa cabalgada te ha puesto las mejillas bien sonrojadas. Tu pequeño cuerpo debe estar extasiado. —El hombre se sentó y le dio unas palmaditas para que tomase asiento junto a él.

Dana lo observó con cautela. Prescott se comportaba de modo diferente a los últimos días. Suspiró. Seguramente Jane, siempre con tanta preocupación, la había contagiado con la desconfianza. Decidió sentarse.

—¿Los otros chicos se han metido contigo a menudo, Dan?

—¿Qué? —Ella no había entendido la pregunta.

—Cuando eras un niño pequeño. Tú no eres un muchacho grande que destaque. No eres como yo.

—¡Ah! Lo cierto es que solo he tenido que soportar las nada agradecidas atenciones de mi hermana durante toda mi vida. Solo me molestó Jane.

—A mí… trataron de hostigarme porque era grande y feo. Supuse que a ti te ocurrió lo mismo porque eres pequeño y muy bonito.

—Tú no eres feo, Prescott —dijo motivada por la sensiblería que él le despertó. La afirmación dicha anteriormente por su amigo sonó tremendamente triste.

—Tú, sí eres hermoso, Dan. Me gustas muchísimo. —Dana observó que él se sonrojaba.

—A mí también me agradas mucho. Te has convertido en un amigo maravilloso. —Le mostró una brillante sonrisa para acompañar sus palabras.

Lo observó mirarlo a los ojos con una intensidad que… Dana sintió que la respiración de su compañero se hacía pesada. La vista de Prescott cayó sobre sus labios.

—Los hombres también pueden amarse… Creo que yo te amo, Dan —confesó sin apartar los ojos de los labios de ella.

¡Oh, Dios del cielo! Era la misma mirada vidriosa que su tío le otorgaba cuando se convertía en un depredador, pero no del todo similar…

No pudo actuar, los labios duros de su compañero cayeron sobre ella sin que pudiera hacer nada. Se vio sepultada sobre el gran cuerpo de Prescott, quien en ese momento había parado de besarla y la miraba con atención.

—Esto no está bien. Por favor, déjame ir —le pidió tratando de mostrarse tranquila.

—Nadie tiene que enterarse, Dan, puede ser nuestro pequeño secreto. Sé que eres

como yo. Hablas y te comportas de ese modo que tanto me enloquece en un muchacho… Tan dulce… ¿No te gustaría que nos aliviásemos juntos? Puedes servirme de mujer, te trataré de modo gentil. No soy tan bruto como parezco. Y tú me gustas demasiado, seré bueno. Tienes una boca tan suave… No dejo de pensar en cómo sería poner mi pájaro sobre tu lengua. Eres un muchacho tan apuesto, tan encantador. He tratado de resistirme, Dan, no puedo vivir así. Me atormentas. Sé mío. Conmigo a tu lado, nadie volverá a reírse de ti, lo juro.

Dana abrió los ojos con sorpresa en cuanto fue analizando todas y cada una de las palabras de su amigo. ¡No la había descubierto! Él creía que en verdad era un hombre, uno invertido, como le acusó de ser el mestizo en aquel momento en la cabaña. Carraspeó.

—Lo siento, Prescott pero yo… No soy lo que tú crees.

—¿No te gusto ni un poquito? —A Dana se le rompió el corazón al ver a ese fortachón poner morritos tristes.

—Es más complicado que eso. No quiero hacerte daño… es que… —ella se tragó una maldición—, no eres mi tipo.

—¿Cómo lo sabes si no me has probado? Te prometo que te daré mucho placer. Puedo servirte de mujer si quieres.

—Por favor, olvidemos esto. Deja que me levante. Olvidemos esto —insistió de nuevo.

—Daaaan… —El nombre masculino de ella sonó como una súplica.

—Lo siento. No puedo hacer más. Créeme, no te miento, yo te defraudaría completamente… —Era verdad, si su amigo gustaba de los hombres, ella era una mujer bajo toda esa apariencia engañosa.

—¡Oye, tú, va…quero luju…rioso! —Oyeron una voz a su derecha—. El muchacho ha teni…do la corte…sía suficiente para recha…zarte. Déjalo en paz.

Dana y Prescott vieron a un hombre alto, pelirrojo con el pelo muy revuelto, con los ojos verdes, más claros que los de Dana, y eso que ella los tenía como dos esmeraldas. Se veía atlético, muy seguro de sí mismo… aunque su aspecto era horrible. Su camisa estaba manchada de carmín por varias partes y la tenía mal abrochada. Sus pantalones también mostraban un estado lamentable. Llevaba una botella de licor en la mano derecha y una pistola en la izquierda.

A Prescott y a Dana no les dio tiempo a poder decir una palabra, porque el desconocido disparó y el sombrero de Prescott se fue directamente al río. Su amigo se levantó sin dudarlo ni un instante.

—No soy violento —se excusó con las manos en alto.

—No me ha pare…cido e…so. —El pelirrojo hipó debido al alcohol y le dio un nuevo trago a la botella—. Creo que ib…as a forzar…lo.

—¡Jamás! —habló con sinceridad—. Nunca me he impuesto a los deseos de los demás y Dan es muy amigo mío.

Ella se levantó en ese instante.

—Baje el arma, vaquero. Es evidente que Callum y yo hemos tenido un pequeño desencuentro que ya ha quedado aclarado. ¿Cierto, amigo? —le preguntó a Prescott. Este asintió repetidamente sin bajar los brazos que todavía mantenía en alto—. Él se marchará y nos olvidaremos de esta tontería. —Dana esperaba que el forastero aceptase la propuesta.

—¿Tú le cr…ees? De verdad consid…eras que no te hubiese usa…do como a una vul…gar prostituta aun…que tú te hubieses negado? —inquirió incrédulo. Luego le dio un nuevo trago a la botella.

—Sí. Mi amigo no miente. Le creo. Él es inofensivo, no me haría daño —aseguró ella con convicción con los ojos mirando fijamente a Prescott.

—¿Por qué es…tás tan segu…ro? —El hombre tras los matorrales no lo entendía.

Dana alzó el mentón y lo desafió con la mirada sin temor.

—Porque he mirado a los ojos al demonio varias veces y sé de lo que es capaz. Prescott no mataría ni a una mosca y usted tampoco es peligroso. —Ella conocía la mirada de un hombre. Se había familiarizado mucho con ellos. Eran una especie capaz de obrar grandes cosas, y también grandes maldades. Ninguno de los que estaba cerca de ella suponía un peligro. Había aprendido a leer los ojos de su adversario, eso se lo debía al Demonio, a su tío George.

—Peque…ño bobo… Tu ami…go puede irse —dijo el hombre ebrio.

Prescott no se lo pensó dos veces. Se movió raudo y miró con cara de disculpa a Dan.

—Estaré bien, vete. —Le dijo ella en cuanto su amigo se quedó parado sobre su montura, observándolo con preocupación. Era evidente que Callum no quería dejarla ahí. Finalmente el corpulento vaquero se marchó a disgusto.

Vio al hombre moverse hacia su posición, pero trastabilló con una piedra y se cayó.

Dana se asustó por el aullido que él dio desde el suelo.

—Te he sal…vado de ser violado… lo mí…nimo que pue…des hacer, es venir a socorrerme.

—Le he dicho, señor, que Callum es inofensivo. No corría peligro. Además, le hubiese podido dar un buen rodillazo en sus bolas en caso de ser necesario. Su pájaro no habría vuelto a volar durante varias semanas. —Dana se rio en alto, muy satisfecha por la broma que acaba de hacer con el juego de palabras. Hubiese deseado que Águila Negra la escuchase.

—Muchacho, ven de una mal…dita vez a ayu…darme —gruñó desde el suelo el hombre ebrio.

—Si no hubiese bebido tanto, no estaría en una situación tan precaria. Le ayudaré si guarda su pistola.

—¡Hecho! —El desconocido lo hizo al punto.

Dana se acercó y vio un rastro de sangre en su brazo izquierdo.

—¿Qué demonios le ha pasado?

—Creo que tu…ve una pe…lea, no recuer…do cuándo, pero sí que alguien me cla…vó algo afila…do. ¿Tiene mala pinta? —El desconocido volvió a hipar.

—Creo que me he equivocado con usted, es más peligroso de lo que creí. —Le dijo cuando se quedó mirándola a los ojos con esa mirada cálida y esa preciosa sonrisa. Tan desaliñado como estaba y él era el hombre más seductor que había conocido.

Lo ayudó a colocarse en pie. Lo tenía sujeto por debajo del brazo. Él apestaba a *whisky*, perfume de taberna, sudor, sangre y algo más que ella no era capaz de dilucidar.

—¡Demonios que sí, eres un mu…chacho guapo! Creo que me su…peras y todo. No te traerá na…da bueno. Las mu…jeres te perseguirán y ya has vis…to que los hombres lo harán de igual modo… Te da…ré un consejo, hijo… —señaló en medio de una lamentación.

—No soy su hijo —lo rectificó.

—De igual mo…do te lo da…ré. Es mejor que pa…gues a una mujer por tus favores, son to…das unas perras. Así te ahorrarás tener que pro…teger tu corazón cuando te dejen por al…guien con más dinero que tú.

—Discrepo. No conozco ni a una mala mujer. Todas las que he tenido el placer y el privilegio de conocer son buenas, sensatas y tiernas… Bueno, mi hermana es bastante terca y mandona, pero no está tan mal. Y la vaquera, Sarah Lee, ella me gusta mucho.

—Cuidado, ella es…tá casada. Ni la mires. Su perro guardián, ese que tiene por es…poso te mata…ría sin pestañear y el mestizo… ese es el peor de todos. —El hombre volvió a hipar y le dio otro trago a la botella de alcohol que todavía tenía en la mano, dado que había guardado su revólver en el cinturón, pero no había soltado su provisión de *whisky*.

Lo llevó hasta la orilla, lugar en el que lo ayudó a sentarse, y Dana se sacó un pañuelo de lino blanco para bañarlo en el arroyo y limpiar esa fea herida. Le pasó la tela con suma delicadeza.

—Lo sé. Conozco a los hombres a los que alude. ¿Es usted un trabajador de la señora Harris? —Las delicadas y finas manos de Dan lo estaban atendiendo.

—Todo en ti es suave y tierno, mu…chacho. Vas a tener muchos proble…mas si te muestras tan delicado. ¿Cómo te lla…mas?

—Dan Hertford. ¿Quién es usted?

—¿Hert…ford? He oí…do ese apellido antes. No soy ca…paz de recordarlo con claridad. En verdad, llevo como un año vagan…do por ahí. Bueno, no tanto tiempo, pero sí bas…tante para decirte que he estado con una fal…da ligera que me ha cobra…do una fortuna, que bien ha merecido su pago. Una puerca… De…bería llevarte con ella, te haría un hombre al momento. ¿Has fornicado con una mujer, chico?

—Creo que usted lo ha hecho por los dos. ¿Cuál es su nombre?

—No. Debí haber montado a una más an…tes de marcharme de la taberna, porque estoy borra…cho y saciado después de mu…chos días fornicando como un semental, sin parar ni a comer, y encuentro que tu bo…ca es lo más bo…nito que un hombre puede desear be…sar. Pobre amigo tuyo, va a sufrir muchísimo. Deberías apartarte de él por com…pleto si no qui… eres verlo morir de lujuria, chico.

—No me llame chico. Soy un hombre —bufó Dana con fastidio.

—Es fre…cuente. Hombres que se… Bueno —continuó el otro hombre con su explicación sin hacer caso a la queja de ella—, hom…bres que fornican entre ellos. Las mu… jeres no abundan y no to…dos tienen dinero para ir al Orient Saloon o a Austin.

—Le gusta más la palabra fornicar que a mí —susurró por lo bajo Dana. El borracho lo escuchó y se sonrió.

—¿A ti te gusta la pala…bra o hacerlo, mu…chacho? —preguntó para irritar al bonito pelirrojo que lo miraba con disgusto.

—¿Es una proposición? —inquirió divertida Dana con la finalidad de inquietarlo.

—¡Ah! Estoy tan borra…cho que no sé ni lo que digo. Pero por Dios, que ja…más vi a un joven tan apuesto como tú. Estoy se…guro de que las chicas del Orient pa…garían por cabalgar sobre ti.

—Mire, me voy a ir porque me está poniendo nervioso con tanto halago. No he disuadido a mi amigo Prescott… para que ahora usted trate de violentarme, señor… como se llame. —La examinaba de un modo demasiado extraño y no se sentía cómoda. Eso y que le había pedido que se presentase ya varias veces y parecía que fuese un proscrito o algo peor. ¿En Texas todos serían… invertidos? ¡Ya no estaba a salvo ni vestida de mujer ni de hombre!

—Jeremy Andrews, mucha…cho. Y soy el mayor sinver…güenza de todo el estado. Me enorgullece ser capaz de hacer que una mu…jer se quite las ena…guas con solo un gui…ño de ojos. Ahora, sé bueno y lléva…me a casa de Sarah Lee.

—¡Ah! —después de esa expresión, el siguiente paso de Dana, fue ponerlo en pie, y él se dejó manipular creyendo que lo ayudaría a subir a su caballo y lo llevaría a donde le había pedido, así que una vez colocado, Dana lo empujó y cayó directamente en el río.

Jeremy Andrews salió del agua dando varios berridos y diciendo palabras malsonantes que ella no se atrevería ni a pronunciar.

—¿Te has vuelto lo…co? —inquirió un poco más despejado a causa del frío que sentía de pronto.

—El baño le venía bien. Apesta y necesita estar lúcido para presentarse ante la tejana. ¿Teme por un poco de agua, señor Andrews? —se burló Dana.

—¡Por supuesto que no! —ladró. Jeremy levantó la botella de cristal que tenía fuertemente agarrada por su mano—. Todavía quedaba *whisky* y es irlandés, me costó una

fortuna comprarlo y lo has arruinado. Debería rebanarte el cuello, chico —añadió con enfado mientras la miraba con ira.

—El remojón parece haberle sentado bien y su herida era un pegote sucio que no le dará mayor problema. Apáñeselas para irse a casa, señor Andrews. No soy ningún chico.

Dana corrió hacia su caballo en cuanto vio que ese maldito comenzaba a salir del agua para acercarse a ella sigilosamente con rabia. Espoleó la montura y lo dejó atrás sin el menor rastro de inquietud.

Oh, él ya le caía mal antes de conocerlo. Después de verlo en su máximo esplendor, lo toleraba todavía menos. Suerte que su hermana no había acabado unida a ese impenitente pícaro borracho.

***

Se había colocado un vestido de percal de color azul oscuro, con un vistoso brocado dorado en las mangas abullonadas y en el escote. Jane echó de menos su precioso pelo esa noche. Un baile. Atrás quedaron los grandes y elegantes salones de Londres donde no había destacado jamás. Todo parecía lejano, como si fuese otra vida. Se sentía bien… salvo por él. La tenía al borde del llanto. Más por no saber lo que se proponía que por sentirse olvidada.

Un ligero golpe en la puerta llamó su atención. Se levantó, estiró la falda de su nuevo vestido y dio permiso para que entrasen. Dana estuvo frente a ella.

—¿No piensas volver a ser una mujer nunca? —Veía a su hermana pequeña ataviada con un traje oscuro de lo más elegante. Su bonito sombrero de vestir en la mano y el pelo peinado hacia atrás. Era un pequeño Adonis, demasiado femenino para ser un hombre, pero muy guapo para atraer la atención de las damas que buscasen una belleza evidente, casi celestial en un hombre.

—Mientras tenga opción, no lo tengo previsto. Aunque he descubierto que ser un hombre también tiene serias desventajas —aludió de modo pensativo. No había comentado con nadie lo que sucedió con Prescott y con ese Jeremy Andrews al que no había vuelto a ver después de haberlo arrojado al río. Su amigo también lo había eludido como si fuese la peste. Demasiados problemas siendo de un género o de otro.

—¿De dónde sacaste el dinero para comprarme un vestido?

—Soy tu hermano, quiero proveerte de cosas bonitas. Solo sé una buena chica y dame las gracias.

—¿Debo preocuparme, Dana? Hace poco estábamos en la miseria. Gracias a la generosidad de Sarah y su esposo podemos considerarnos fuera de la ruina. No hagas nada estúpido, hermana.

—Si no te portas bien no te daré un regalo que tengo para ti.

—¿Qué tienes? —Su hermana mantenía los brazos atrás escondiendo algo. Sacó las manos y mostró unos preciosos pendientes de esmeraldas.

—¡Son los pendientes de mamá! ¿Cómo los has conseguido? El abuelo no sabía dónde ocultó las joyas tío George antes de que lo echase.

—Las encontré y se las robé. Tenemos dinero, Jane.

—¿Le robaste al Demonio? —preguntó con preocupación.

—No seas dramática, querida mía. El Demonio no nos seguirá hasta el fin del mundo. Esas joyas eran tuyas y mías. Dado que yo no puedo lucirlas, te dejaré los pendientes.

—¡Estás loca, Dana!

—¿Debo interpretar que no quieres mi presente, Jane? —dijo mientras se guardaba los pendientes en el bolsillo.

—Tráelos aquí. Bien sabes que sí deseo verme bonita hoy.

—En cuanto te vea lamentará estos días que no ha dado señales de vida. Estás preciosa, Jane.

—Me conformaré con que no vuelva a darme un beso delante de todo el mundo. Esta vez estoy decidida a ponerlo en su lugar si hace falta.

—¿Ah, sí? —Dana no se creía nada. Su hermana se había quejado de que no deseaba ir al baile y en cuanto ella le trajo ese precioso vestido del pueblo, se lo arrebató de las manos para probárselo.

—Le daré un bofetón —señaló con convicción.

—Ya… —No se creía nada.

—Además, no es seguro que lo vea esta noche. De hecho, estoy decidida a divertirme un poco y a olvidarlo. Si él es capaz de hacer como que no existo, ten por seguro que yo haré lo mismo. —Estaba convencida de sus aseveraciones.

—Seguro que tiene una buena razón para haberse marchado sin decir una palabra a nadie y no haberte visitado. —No le había contado la conversación tan poco apropiada que tuvo con él en el establo. No se atrevía a reproducir las palabras de Águila Negra ni en su propia mente. Su deseo y frustración a causa de Jane la dejaron atónita.

—Bien, es hora de marcharse. —Jane extendió la mano para pedir de modo silencioso los pendientes. Su hermana se los dio tratando de esconder una sonrisa. Seguro que Jane estaba imaginando la cara que pondría el mestizo en cuanto la viese tan arrebatadora. Esa noche sería una de las mujeres más bonitas de todo el pueblo. Las casadas no contaban y como había escasez, Jane tendría a todos los muchachos disponibles a sus pies.

***

El vaticinio de Dana no se cumplió. Jane y su supuesto hermano llegaron al cobertizo del pueblo acompañadas por los Harris, que habían dejado a los pequeños al cuidado de la señora Rolser. La música sonaba con alegría y las parejas bailaban llenas de júbilo. Todos los hombres la miraban, pero nadie se acercaba a ella para solicitarle un baile. Un piano, un violín y una armónica daban vida a las notas musicales.

Los Harris estaban bailando y Jane solo podía suspirar de ver la devoción que tenía ese matrimonio tan bien avenido.

Cuando finalizó la primera danza, el señor Harris se acercó a ella y Jane se lo agradeció. Deseaba escuchar sus preciosos nuevos botines blancos, esos que también le había comprado Dana, repiquetear alegremente sobre la madera del porche donde se llevaba a cabo la fiesta que ponía fin al verano.

Bailó, rio y se divirtió mientras aquella preciosa melodía tuvo vida. El señor Harris era un bailarín excelente e intuía que había sido Sarah quien lo instó a sacarla a bailar.

En el momento en el que finalizó la música, fue Dana, la que como galante caballero, le solicitó un nuevo baile. Y una vez que sus conocidos cumplieron con su parte, ya no tuvo más acompañantes.

Su hermana se volvió a acercar hasta ella con un vaso de ponche afrutado en la mano.

—Ya he descubierto el misterio y me temo que no te va a gustar, Jane —habló Dana, antes de tomar un largo trago de su vaso.

—¿Había un misterio que resolver, Dan? —preguntó burlona, usando su nombre masculino por si alguien los escuchaba.

—No te sacan a bailar porque te consideran su mujer.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado.

—Eso es una tontería, el trato con el señor Andrews quedó anulado cuando descubrí que fui engañada. Todo el mundo está al corriente de lo que sucedió. —Los rumores viajaban más rápido que el aire.

—Me refiero a Águila Negra. Dejó muy claro que eras suya y nadie en su sano juicio se enfrentaría a él. Lo siento, Jane. No van a atreverse a sacarte a bailar. Si quieres puedo hacerlo yo contigo toda la noche.

Jane se deshinchó. De pronto, le pareció una absoluta pérdida de tiempo haber invertido tanto esfuerzo en su aspecto.

—No importa. Me quedaré en un rincón y observaré a las parejas de baile. Si lo recuerdas bien, tengo mucha práctica en hacer eso, dado que en Londres, fue mi especialidad. Debí haber supuesto que la noche no sería tan perfecta como preví.

—Jane… tengo una idea…

Su hermana vio la cara que estaba poniendo Dana. Ella tramaba algo.

—¿Debo echarme a temblar, Dan?

—No. Pero creo… esto no es Londres… ¿verdad?

—Evidentemente no lo es.

—Y tu reputación… Bueno, no es que esté arruinada, o sí… no lo tengo claro.

—¿Qué pretendes decir? —Observaba a Dana divagar demasiado.

—Dado que todo el mundo cree que vas a ser la esposa de él…

—Suponen demasiado —dijo bufando.

—Como sea. Creo que no tienes mucho más que perder. Llegaste aquí como una esposa por correo, luego los Andrews te despreciaron, después el mestizo se aseguró de que todo el mundo supiera a quién pertenecías y dado que…

—Me estás poniendo de malhumor, Dan. Di lo que tramas de una vez. —¡Su hermana la estaba haciendo sentir peor que Águila Negra!

—¿Por qué no pides tú a algún hombre que te saque a bailar? Si el resto ve que alguno se anima y que tú tomas la delantera…

—¡Oh! No se me había ocurrido. ¿No será demasiado osado por mi parte?

—¿Quieres que enumere de nuevo lo que he dicho hace escasos segundos sobre ser una novia por correo, sobre…?

—Sí. Sí. Me queda claro tu punto. No hace falta que repitas ni una palabra más. Lo haré. —Jane tomó aire y miró a su derecha. Había un joven alto, bastante corpulento que parecía mirarla de reojo.

Se armó de valor y se colocó delante de ese hombre. No le salían las palabras, entonces Dan se situó a su lado y le dio un ligero codazo. Ese gesto la hizo comenzar a hablar:

—Buenas noches, me preguntaba si usted… si… querría… si le apetecería…

—¡Oh, por Dios! —se quejó Dana—. Mi hermana quiere saber si le gustaría bailar con ella —intervino en cuanto vio que Jane no conseguía parecer más segura.

El joven se puso de color carmesí al momento.

—Sería un verdadero placer —comenzó a decir el muchacho. Jane sonrió complacida—. Sin embargo, no quisiera molestar al señor Hutson bailando con su mujer sin su permiso. —El joven se apresuró a marcharse a toda prisa.

Jane se quedó descorazonada. Se apoyó en el poste de madera que había detrás y se dejó caer de espaldas ahí. Estaba cansada de todo. No tenía ganas ni de lamentarse ni de enfadarse con nadie.

—¿Dana? —susurró para que solo ella la escuchase.

—¿Sí? —respondió con suavidad su hermana, mientras le tomaba una mano y se la apretaba en un gesto de ánimo.

—¿Te importaría mucho si nos mudásemos de pueblo? —inquirió derrotada. La cuestión salió mitad en broma, mitad en serio. No sabía a qué atenerse.

—¿Y a dónde iríamos, Jane? Me gusta el Sarah Love, me agradan mis nuevos amigos. No lo creí posible, pero soy feliz aquí. No me hagas volver a empezar, te lo suplico. —Sospechaba que Jane no había dicho esa pregunta como una broma más.

—No sé qué voy a hacer… de verdad.

—¡Mira, querida, no te desanimes! —exclamó con ilusión—. Esta noche bailarás y no será solo conmigo o con el señor Harris —dijo Dana con alegría desmedida.

—¿Lo haré? —La emoción de las palabras de su hermana eran contagiosas, pero no se creía nada.

—Sí. Estoy convencida de ello.

—Tu seguridad me infunde ánimos. ¿Cómo estás tan segura de que voy a danzar con alguien más si todos le temen? —Jane solo deseaba un poco de diversión. Bailar. Reír. Disfrutar. ¿Por qué no podía tener eso solo porque él la había marcado a fuego? Tuvo la tentación de remangarse la falda y ver si Águila Negra le había colocado un hierro candente en su nalga derecha para marcarla como hacían con las reses. Suspiró… Solo pensaba en tonterías.

—Es fácil. Acaba de llegar el único hombre que parece tener potestad para sacarte a bailar.

Jane frunció el ceño y comenzó a lanzar miradas en busca de alguien, no sabía de quién, pero Dana parecía estar tan convencida de que un vaquero desafiaría al mestizo por ella, que tuvo la necesidad de examinar el lugar con atención.

—¿Quién crees que será valiente y me sacará a bailar?

—Enfrente y a tu derecha, hermana. —Jane llevó sus ojos a ese lugar.

—¿Podemos irnos a casa, hermano? —preguntó con cansancio.

Águila Negra acababa de llegar y ella, en toda su vida, había visto a un ejemplar masculino mejor formado, vestido, peinado y… ¡todo!, que él. Sencillamente era un dios oscuro que había bajado de los cielos, o subido de los infiernos, no lo sabía, para atormentarla. ¡¿Cómo un hombre podía ser tan perfecto!?, gritó su conciencia.

La respuesta de Dana a la pregunta que había hecho en alto fue emitir una fuerte carcajada.

—No, Jane, no. Esto no me lo pierdo por nada del mundo. Recuerda que si te besa has prometido darle un bofetón —se burló, mientras se alejaba de su hermana.

Jane seguía observando con intensidad al mestizo, al tiempo que él le devolvía la mirada con el mismo descaro. Estaba hechizada, no había otro motivo para lo que le ocurría.

Capítulo 11

Una confesión acertada

Los minutos parecían horas. Jane no entendía lo que sucedía. Si él la había reclamado ante el resto… ¿por qué no se acercaba y le pedía un baile? Todo indicaba que era lo más natural. Un hombre y una mujer sociabilizan cuando danzan y se veía perfectamente si encajaban cuando había música de fondo. Y más si él parecía haber prohibido a los otros hombres que bailaran con ella.

No se movía de su lugar. El mestizo la miraba sin apartar la vista de ella ni un instante, pero no actuaba. ¿Qué se suponía que debería hacer? Su mente de bruto varonil funcionaba de otro modo. Un hombre así no podía ser fácil ni sencillo. Y si lo fuese, jamás habría captado el interés de ella.

Se había desentendido de Jeremy Andrews por un motivo. Jane no podía ocultarlo más. Estuvo dolida por la treta de su padre y el modo en el que su vástago se comportó. Eso era así, pero el motivo para mandarlos a paseo había sido él: Águila Negra, su guerrero temperamental. Después de conocerle, de pasar esos días tan intensos e íntimos con él, no deseaba a ningún otro.

Buscó a Dana con la mirada. Su hermana la observaba con diversión.

Bien. Llevaba un vestido nuevo, se había acicalado lo mejor que pudo y le apetecía muchísimo rodar por la pista de baile. Cuadró los hombros y decidió que iba a demostrarle a él un par de cosas. Su abuelo no había criado a una dama remilgada que se rindiese a la primera

ocasión. Solo el Demonio consiguió doblegarla en cuanto se dio cuenta de que no podía vencerlo.

Comenzó a caminar con decisión hacia Águila Negra. La mirada de uno no abandonaba la del otro. Jane no tenía motivos para evitar su escrutinio ni a sentirse incómoda, entre otras cosas porque ella no le había prometido una especie de cita para conocer su hogar y luego se marchó sin dar explicación alguna. Bailaría con él y luego lo dejaría plantado. Sí. Le pareció una buena táctica para que su vanidad femenina no resultase vapuleada.

Llegó hasta su posición. Uno frente al otro, sin apartar la mirada.

—¿Estás enfadada? —Fue lo primero que escuchó Jane de él.

—Quiero bailar —se limitó a decir.

—Entonces baila —alegó sin más.

Jane suspiró con fuerza. Tragó saliva, reteniendo las ganas que tenía de gritarle y golpearlo con fuerza.

—¿También esperas que te pida oficialmente un baile? —preguntó con los dientes apretados.

—No. Te aconsejo que no lo hagas. —Fue una orden más que un toque.

—¿Qué se supone que significa eso? —inquirió ya sin apenas paciencia.

—Él no baila, señorita. —Escuchó una voz a su derecha.

Jane ladeó la cabeza y tuvo ante sí a un hombre… impresionante.

—Ya veo. —Así que esa noche no iba a poder divertirse… Le faltó muy poco para marcharse de allí gritando, resoplando, pataleando sobre el suelo y…

—Pero yo estaré encantado de bailar con usted si me concede el placer… —El desconocido le tendió la mano y Jane le sonrió complacida.

—Será maravilloso. —No sabía quién era el hombre, pero estaba claro que no temía desafiar al indio. Se dispuso a ofrecerle la mano derecha en señal de aceptación, cuando Águila Negra dio un paso para interponerse entre ambos.

—No. —Así, sin más. Fue la única explicación de Travis Hutson a su comportamiento. No iba a permitirle bailar con el apuesto hombre. Jane se puso roja debido a la ira que comenzaba a sentir.

—No tienes derechos sobre mí —le espetó con furia, dado que lo tenía a escasos centímetros frente a ella.

—Águila Negra, la señorita quiere bailar y no estás siendo galante —lo reprendió el desconocido, quien se había vuelto a poner a un lado y le tendía la mano a Jane.

Vio al indio ladear el rostro y mirar con excesiva seriedad al hombre que no se sentía amenazado por la rabia que Travis estaba conteniendo.

—Tú no vas a bailar con ella. Si osas si quiera rozarla, no me importará que seas mi amigo, te daré un puñetazo y te aseguro que no me sentiré mal. —Jane jadeó con horror. La cara del otro hombre palideció.

—¿Qué diantres te pasa? —gruñó el desconocido.

—No la quisiste y no la tendrás ni para un miserable baile —le dijo con tirantez al otro.

Jane veía el intercambio entre ambos y no comprendía nada. Iba a protestar, pero entonces su hermana llegó hasta su posición.

—¿Hay algún problema? —se interesó Dana. A Jane no le pasó desapercibido el modo en el que su supuesto hermano miraba al otro hombre. ¿De qué iba todo eso?, se preguntó con

inquietud.

—Por supuesto que no —habló Jane—. Solo me disponía a bailar con este amable tejano… —La mujer le sonrió afablemente al desconocido.

—No —negó su hermana, quien no dejaba de observar con cara de pocos amigos al hombre que se había ofrecido a bailar con ella.

—¿Disculpa? —Jane tenía los ojos como platos.

—No vas a bailar con él —puntualizó enérgica Dana en su papel varonil.

—¿Ah, no? —Jane estaba asombrada con Dana. ¿Quién era ella y qué había hecho con su hermana? Se veía tan fiera e intransigente como el mismo indio.

—No —le informó Dana.

—Creo, señor Hertford —tomó la palabra el mestizo, quien se dio cuenta al momento de que Dana y él compartían la misma idea—, que su hermana no conoce todavía al señor Jeremy Andrews. —Y Jane vio la sonrisa que él esbozó en cuanto ella puso cara de indignación al conocer la identidad del hombre que había huido de su casa para no tener que enfrentarla. Dana parecía también estar al tanto de quién era el pelirrojo… Jane se había perdido algo. ¿Cuándo lo había conocido su hermana? Y lo más apremiante… ¿por qué no le había dicho nada al respecto?

—Caballeros —llegó hasta el grupo Denver Harris—, están llamando todos la atención. Mi sabia esposa me envía en misión de rescate. Jane —el exranger le sonría y tenía una mano tendida hacia ella—, esa animada polka nos está llamando a gritos… ¿no te parece?

—Ve —le ordenó el mestizo.

—Sí, vete de aquí, hermana. Los hombres tenemos cosas que aclarar. —Estuvo de acuerdo Dana.

Jane se vio conducida hasta el centro de la pista de baile y, con sinceridad, se alegró del escape que le había dado Denver Harris.

—Ciertamente tu esposa es una mujer muy atenta —reconoció Jane.

—¿Por qué crees que me casé con ella? —Le sonrió y le guiñó un ojo—. ¿Puedo ofrecerte un consejo?

—Si es sobre el hombre que parece haberme puesto una cuerda sobre el cuello y cree que puede conducirme por cualquier camino… te lo agradeceré. —No sabía qué hacer con él.

Denver se acercó hasta su oído para que nadie escuchase lo que se le había ocurrido.

—El indio no baila y todos lo saben. Cuando cese la música, ve hacia él y dile que le dejarás robarte un beso si te saca a dar un giro por la pista. —Se separó de ella y se rio con una carcajada sincera.

—No creo que algo como eso suponga un triunfo para mí. —Se veía como si se estuviese rebajando.

—Lo será. Te lo aseguro. Lo pondrás en una situación muy difícil y ahí podrás ver si eres tan importante para él como todos creemos. Sospecho que no sabe bailar y por eso jamás lo hace. Si desafía al ridículo, bien podrás premiarlo con un beso. —Denver le guiñó un ojo de nuevo.

La vista de Jane se dirigió enseguida hacia ese poderoso hombre que la tenía desconcertada. Lo que vio fue a Dana enfrentándose a Jeremy Andrews con enfado mientras el indio sonreía satisfecho con el desafío. Él no había dejado de mirarla, pero era evidente que no se perdía ni una palabra dicha entre Dana y Andrews.

Jeremy se sonrió en cuanto vio a ese pequeño hombrecillo colocar sus manos en la cintura para parecer más peligroso.

—Ah —comenzó a decir perezosamente Andrews—, me parece que comienzo a

relacionar a qué vino aquel baño en el río, señor Hertford.

—Sí, bueno, le hice un favor porque usted apestaba.

—Intuyo que he cometido una gran ofensa sobre la dama a la que mi amigo no deja de observar embelesado —siguió Andrews. Águila Negra gruñó, pero no alegó nada al respecto—. ¿Debemos liarnos a puñetazos o hacemos algo más drástico como sacar las pistolas al amanecer? ¿Es así como se hace en Londres, Águila Negra? —inquirió en tono jocoso Jeremy. Era del todo lógico suponer que el pequeño pelirrojo de ojos verdes era de aquel lugar, y dado que el mestizo tenía intereses en aquel lado del mundo e incluso había estado allí años atrás, tal vez pudiera arrojar algo de luz al asunto.

—¡Bah! —Dana no dio opción al indio a responder—. Sería una pérdida de tiempo amenazarlo con pelearme con usted, incluso retarlo a duelo.

—¿Es usted un cobarde que no piensa limpiar la deshonra que le he hecho a su hermana? —se mofó Jeremy.

—No hace falta que le atice, señor Andrews, porque ya lo dejé a remojo en el río hace unos días. Y el honor de mi hermana ha quedado repuesto en cuanto la miró con admiración y se dio cuenta de lo estúpido que había sido por no haberse quedado en casa de su padre para conocerla. Su mayor castigo, amigo mío —ironizó al tratarlo de ese modo—, va a ser ver que esa preciosa y gran mujer sea de otro hombre. —Dana acompañó su argumentación con una brillante sonrisa.

—¿Quiere ver cómo su hermana cae rendida a mis pies, señor Hertford? Solo necesito componer una bonita sonrisa y decir en alto unas bellas palabras. Si mal no recuerdo le mencioné algo similar el otro día. —Oh, ese muchacho había picado en su orgullo como una abeja insensible.

—Yo si fuese usted, señor Andrews, no comenzaría a cavar mi tumba tan rápido. Me temo que si toma esa resolución, los clavos de su caja de pino no tardarán en ser amartillados.

—¿Es una amenaza? ¿Debo temer que me asesine un chico bonito que apenas me llega

por la barbilla? —se burló Andrews, sin compasión.

Dana intercambió una mirada de complicidad con el indio.

—Travis, ¿se lo digo yo o lo haces tú?

—¿Qué tienes que decirme? —interrogó Jeremy, con cansancio, al mestizo.

—Jane Hertford es mía y tú vas a suplicar su perdón por haberla tratado de modo tan cobarde, si no quieres que se cumpla la amenaza de su hermano —razonó sin inquietarse Águila Negra.

Andrews se quedó asombrado con la confesión. Luego miró a ese pequeño pelirrojo, quien sonreía complacido y le dieron ganas de desafiarlos a los dos. En cambio comenzó a reírse a grandes carcajadas, lo que hizo que Dana y Travis se tensasen visiblemente.

—No veo nada gracioso en mi advertencia, Andrews —dijo con seriedad el indio.

—¿Te das cuenta de que si yo no me hubiese revelado frente a mi padre, no tendrías a esa mujer disponible?

—Lo sé —reconoció Travis.

—¿Y entiendes que ella debe estar furiosa contigo debido a que no has querido acompañarla en un baile? —siguió con las preguntas retóricas.

—Probablemente así sea.

—¿Y sigues queriendo que me disculpe con la dama, Águila Negra?

—Debes hacerlo —opinó el mestizo.

—Y tu disculpa por tratarla del modo tan tiránico en el que sospecho que lo haces…

¿irá antes o después de la mía? —lo desafió.

Andrews no esperó la respuesta de su amigo. Le palmeó la espalda y se alejó de allí riéndose sin contención. Dana se quedó junto al mestizo y lo escuchó suspirar con fuerza.

—Lamento tener que decirlo, pero ese bastardo de Andrews tiene razón —sugirió Dana.

—Aprendes rápido, señor Hertford. Solo ten cuidado de a quién le dices un insulto semejante. No quisiera tener que rescatarte otra vez. No juegues con Jeremy. Es impredecible, si se da cuenta de tu embuste… —negó con la cabeza—. No quiero tener que matarlo por el modo en el que te castigaría.

—¿Castigarme? No lo creo. Le daré una buena patada en su pequeño eje —advirtió ella atenta para ver si él entendía la clara burla que había ahí.

El indio volvió a sonreírse.

—Mantente lejos de Andrews. Sea lo que sea que le hiciste en el río —no sabía la historia ni quería conocerla—, olvídalo y aléjate de él. Te aseguro que el castigo te dejaría… contrariada. Pequeño o no, su cachivache masculino no tortura a las mujeres, más bien he escuchado que hace todo lo contrario.

Dana lo miró con el rostro ladeado y una sonrisa.

—¡Tonterías! Debe ser minúsculo… lo que tiene grande es el bolsillo. Su dinero es lo que las hace felices.

—No juegues con Andrews. No te gustará el resultado.

—Tengo curiosidad por saber cómo sería ese castigo al que aludiste, Travis. Lo haces sonar de un modo… no sé cómo calificarlo, pero no me parece que sería un infierno y eso me tiene bastante intrigada. Y no quiero tener más de un pensamiento sobre… la oruguita de Jeremy Andrews… —Ella volvió a sonreírle. Era una pena que el objeto de sus burlas no la estuviese

escuchando.

—Para no querer pensar en él, lo estás haciendo demasiado… Aunque no piensas en el hombre, sino en su aparato masculino. En cuanto al castigo de Andrews, si él te descubre… Te castigaría con placer, Dana. No lo tientes. No tienes ni idea de a lo que te enfrentarías. Andrews es peligroso, no de un modo violento, es más sutil que eso y tú no serías rival para él. Apártate de su vista. Tu hermana tiene razón, eres demasiado bonita. —Travis la estaba imaginando con atención.

Ella suspiró.

—Creo que sencillamente mi hermana y yo atraemos los problemas como la miel a las moscas. ¿Sabes que incluso siendo un hombre, otros vaqueros me desean? —aludió pensativamente.

—No me sorprende. Te advertí de que tu disfraz no era todo lo efectivo que suponías.

—No creí que los hombres… ya sabes… entre ellos. Es extraño. Tengo la sensación de que pueden amarse entre ellos y es… muy inquietante concebir algo como eso —expuso Dana, contrariada.

—¿Te han forzado? —se interesó Travis.

—No —negó con la cabeza también—, pero comienzo a pensar que ni disfrazándome de pastor de Dios, podría estar a salvo de la lujuria.

—¿Debo intervenir? —Recelaba de que algún hombre de Sarah Lee pudiese haberse portado mal con Dana.

—No. Lo he arreglado yo misma.

—¿Lo conozco? —preguntó por la identidad del hombre que la había estado… ¿cortejando? El indio hizo una mueca. Era desconcertante pensar en un hombre enamorando a otro.

—No es importante.

—Ten cuidado. No te confíes. Debes saber que he hecho un viaje para despedirme de una vieja amiga que ha partido al mundo de los espíritus…

—Lo siento —lo interrumpió, al comprender que se refería a alguien que había fallecido.

—La muerte es así. Solo quería decirte que en el viaje me crucé con los tres indios que vimos en el camino hacia Crystal City. ¿Los recuerdas? —Ella asintió.

—¿Tuviste que volver a pelear con ellos? —inquirió con preocupación.

—No, pero Hacha de Guerra me preguntó por ti en cuanto me reconoció de nuevo. Creo que te quiere y no me gustaría que te encontrase. Le dije que me cansé de ti y te envié hacia el Este. Confío en que se lo creyese. No te alejes sola, puede que adivinase mi mentira y me siguiese. Mantente alerta.

Ella se sintió nerviosa. El indio al que se refería Travis era inmenso, fiero, y no estaba segura de que él fuese un buen hombre, independientemente de sus orígenes. Sacudió el pensamiento de su mente. No era momento de dedicar su tiempo en cosas alarmantes, sino de preocuparse por Jane.

—Saca a bailar a mi hermana si no quieres que ella haga una fea escena. Ningún hombre le ha pedido un baile porque tú la has marcado. Ella adora bailar y merece tener ese capricho.

—Yo no bailo. Y nadie de los que hay aquí, ningún soltero, va a sostenerla entre sus brazos porque no tiene derecho a tal premio.

Dana se rio con franqueza. Era evidente que era un indio posesivo, fiero e inquietante. Bueno. Jane era lo suficientemente fuerte para plantarle cara y salir indemne.

—Tienes un gran problema, amigo. —Le dio una palmada amistosa, y se marchó de

allí en cuanto vio que Jane se acercaba hacia ellos nada más terminó de sonar la música.

***

Jane se colocó delante de él y alzó el mentón. Ya estaba harta de pasar de puntillas por al lado de ese bárbaro hombre de las cavernas.

—Un beso por un baile —lo desafió.

Se miraron un instante muy muy corto, lo justo hasta que él le agarró la mano y la sacó de allí con premura.

Ella lo siguió tragándose una sonrisa, al menos lo había desestabilizado porque la mirada que él le dio… No estaba tranquilo. La llevó por medio pueblo y finalmente se colocaron en un callejón, junto a una casa que parecía estar deshabitada.

—Dame mi beso —exigió.

—Creo que no has entendido mi propuesta.

—Sí. Un beso por un baile. Dame lo que has prometido.

—No.

—Sí.

—No. —Si creía que iba a ganar la discusión, él no la conocía en absoluto.

—Ahora… dame mi beso, Jane. Una mujer debe saber lo que apuesta antes de lanzar

el reto.

—¿Dónde está mi baile?

—Después del beso.

—No.

—Sí.

—¿Quieres que discutamos toda la noche? —argumentó ella con molestia.

—¿Quieres que te bese y zanje la discusión? —Se sonrió de lado.

—¿Quieres que me marche del pueblo y no me vuelvas a ver más? Porque no voy de farol, vaquero. Estás a esto —ella colocó los dedos índice y pulgar muy juntos, delante de su cara— para que me marche.

—Creo que no lo entiendes, Jane. Tú me tienes. Yo te quiero. Mientras sigas respirando, mi corazón latirá junto al tuyo. Iré a cualquier lugar donde estés —le aclaró sin dejar de mirarla con fascinación. No se atrevía a tocarla porque solo el espíritu más antiguo de los Santee sabría lo que le sucedería.

Ella se quedó asombrada. Unos minutos de silencio se sucedieron. Carraspeó para recomponerse del efecto de esas maravillosas palabras.

—¿Es tan difícil? —inquirió Jane.

—Sé más específica. Contigo todo es complicado.

—¿Yo soy la complicada? —cuestionó incrédula.

—Lo que me haces sentir lo es —clarificó con tranquilidad.

—Ya… ¿Y lo que tú me haces sentir a mí? Solo me ordenas las cosas, me besas delante de todo el mundo y me marcas como si fuese una de las reses de un rancho. ¿No hay amabilidad en ti? ¿Un poco de ternura, de respeto? —preguntó con calma y sin levantar la voz, pero sí con cierto aire enérgico.

—Una vez conocí la suavidad. Yo tenía dieciséis años. No ha habido demasiada ternura… incluso en aquel entonces yo era duro como el acero. No sé hasta qué punto soy…

—¿Por qué yo? —susurró sin ser consciente de lo que decía, interrumpiéndolo.

—No sé qué contestar a eso, Jane. Solo puedo decirte lo que te he dicho. Siento que eres mía —habló con sinceridad.

—¿Una propiedad? ¿Seré como tu casa, como tu caballo? ¿Nadie podrá volver a hablar conmigo? ¿Bailar? ¿Algo tan sencillo como bailar con otro hombre tampoco se me concederá? Aquí tienes mis muñecas, Águila Negra, coloca los grilletes y hazme tu esclava porque eso es lo que sospecho que esperas que sea yo. Tú no deseas una esposa, una compañera, pretendes someterme y privarme de lo que tengo ahora. He cruzado el océano huyendo de lo que fue mi vida y no volveré a amar a otro hombre para sacrificarme.

—¿A quién dejaste atrás, Jane? ¿De quién hablas? —Percibía mucha tristeza en esas palabras.

—¡A mi abuelo! —gritó—. Lo amaba con todo mi ser, porque creí que él… pero no. El abuelo solo quería que yo fuese su nuevo trofeo. Y no volveré a perderme a mí misma para complacer a otro hombre —dijo con convicción.

—¿De qué hablas? —preguntó sin comprenderla.

—Mi libertad. Me has quitado mi libertad. Tampoco eres tan diferente de mi tío George. Solo que no eres violento… no al menos conmigo o con quienes valoras.

Él palideció ante la comparación porque se había hecho un buen retrato del tío de las hermanas Hertford. Se lamentó por no ser más… menos… ¡Travis no sabía quién era él mismo

en realidad!

—No soy un hombre blanco, Jane. Tampoco un Siux Santee puro. Viví mi infancia como un indio que llegaría a ser el jefe de su tribu. Las mujeres se ocupan de sus hombres y hacen lo que se les dice, pero algunas desafían las reglas y luchan. No condeno la libertad. Llegué a este pueblo siendo poco más que un adolescente, y me familiaricé con las costumbres de una gente muy diferente a mí. Observé cómo un padre se postraba a los deseos de su hija. El señor Foster amaba a Sarah con devoción y le dio poder. Sé lo que es estar por debajo de una mujer en cuanto a autoridad. No estuve contento con Sarah Foster antes de casarse y no fue el hecho de que no fuese un hombre. Tuve que quedarme observando, callado, cuando ella casi logró su ruina porque su padre no supo enseñarla mejor y contenerla. Ves a Denver y a Sarah felices, pero no fue así durante una buena temporada. No quiero que los que están cerca sufran y por ello impongo mi voluntad. Así que me toca a mí preguntar: ¿qué quieres de mí, Jane? Lo hago lo mejor que puedo.

—¡No es suficiente, quiero más! —gritó—. Más confianza, más afecto e interés por tu parte. Sarah es una mujer fuerte que no se doblega ante la adversidad. Yo soy parecida a ella y tú quieres aplastar mi libertad, mi espíritu. ¿Qué clase de mujer seré para ti? ¿Deseas a alguien que enmudezca cuando tú alces la voz? Nunca lo tendrás de mí. Solo mi abuelo consiguió eso. ¿Pretendes tener a una esposa que tenga miedo de salir a la calle por si otro hombre la mira dos veces y lo matas por ello? No, Águila Negra. No seré esa mujer para ti. Comprendo que la protección con la que quieres cobijarme te impulsa a actuar así. No callaré cuando tenga algo que decir. No pienso tolerar que no te entregues a mí con todo lo que tienes para darme. Si me quieres, si de verdad esperas que yo claudique, será cuando aceptes también mis reglas. No pienso vivir bajo tu sombra. Seré tu igual o no seré nada tuyo. Me importa muy poco el esfuerzo que suponga para ti. No me contentaré con nada menos que con lo que he exigido. Si estás dispuesto a dármelo me tendrás. Si me engañas, si me dices que serás el hombre que yo necesito que seas y no lo consigues, te abandonaré y no miraré atrás. Sé que no alzarías una mano contra mí y que no me harías daño de modo deliberado por eso no te temo. ¡Te desafiaré siempre que crea que debo hacerlo! Una vez dijiste que si esperaba flores, ternura o una declaración sensiblera, no podrías ofrecerla. Bien. Me toca a mí insistir en que si crees que seré dócil y sumisa, no deberías volver a mirarme de nuevo. No soy así y no lo seré mientras me quede un suspiro de vida porque no puedo seguir oculta por más tiempo.

Él dejó caer la frente sobre la de ella mientras la sostenía por la cintura. Ella permitió

el gesto y colocó sus brazos sobre su espalda, por debajo de los de él. Estaban abrazados, pero unidos por sus frentes.

—No te querría si no fueses fuerte, Jane. No pretendo aplastarte, quiero que me acompañes el resto del camino que me quede en la Tierra. Junto a mí, a mi lado. No hay más que rudeza en mí. Solo entiendo de matar, de perseguir, de proteger. No te haría daño. Antes me arrancaría la vida, y solo pensar en que puedas abandonarme me hace sentir dolor aquí. —Él le cogió la mano y se la colocó sobre el pecho—. Llevo solo toda la vida. Hablo y me obedecen. Tú no lo haces. Me desafías y por eso me gustas. Tu Dios sabe que he intentado protegerte de mí, de mi oscuridad de mis orígenes malditos. Te dejé marchar una vez porque creí firmemente, me obligué a convencerme —puntualizó—, de que era lo mejor para ti. No volveré a alejarme, Jane. No podía arriesgarme a que te dieses cuenta de que no soy el mejor de todos los que hay cerca de ti e hice valer mi superioridad frente al resto, por eso te marqué como mía… no quería perderte. No me pidas que me eche a un lado y te vea ser feliz con otro, pero pídemelo y lo haré. Te daré lo que quieras, Jane. ¿No lo sabes aún?

Ella cerró los ojos un momento para deleitarse en la sinceridad que escuchaba. Los abrió y lo miró con fijación dispuesta a exigir.

—Quiero tu corazón, tu respeto y mi libertad —dijo ella con claridad y cierta firmeza.

—Tendrás tu libertad. Tienes mi respeto desde que te vi en la estación. Me pides mi corazón y no sé si en verdad queda algo de eso bajo la piel, porque solo lo siento latir y nada más. ¿Qué harás si no soy capaz de amar, Jane? Siempre fui un guerrero. ¿Qué sé del amor?

—Amas a Sarah. —No era una pregunta.

—Sí, porque ella es mi hermana. La hija del mejor hombre que conocí. No creas que Sarah no ha tenido que pelear conmigo por su libertad. Ella sufre mi temperamento también, solo que ha sabido cómo manejarme porque lleva más tiempo a mi lado. ¿Te darás por vencida, Jane? ¿Vale la pena luchar por mí? ¿Un mestizo que fuera de Texas será vapuleado y que carecerá de reputación?

—Me abandonaste… hablas de luchar y tú te rindes con facilidad cuando se trata de mí

—susurró en un hilo de voz.

—Creí morir cuando te dejé en casa de los Andrews. Siempre tuve la esperanza de que Jeremy no se atrevería a darle a su padre lo que ansiaba. Quiere nietos y la felicidad para su hijo. Esperé con egoísmo que no le gustases, o que sencillamente hiciese algo como lo que hizo: huir de ti.

—No —ella negó con cuidado con la cabeza, sin apartar la frente de la de él—. No hablo de eso. Me dijiste que me llevarías a tu casa para…

—Lo recuerdo —la interrumpió—. Lo siento. Me tuve que marchar. Hatie… La dueña de la cabaña donde pasé una de las mejores noches de mi vida, enfermó y envió una nota para que me buscasen. Uno de mis hombres vino en medio de la madrugada para contarme que la mujer estaba a punto de morir. Me tuve que ir para despedirla. Esa mujer, Hatie, se portó siempre muy bien conmigo. Yo… la salvé. A ella y a su hija. Maté a quienes se las llevaron, Jane. La muerte es mi mejor negocio. Con Jeremy todo te habría resultado más fácil —se lamentó.

—Pero yo no me he enamorado de él, Águila Negra —susurró.

—Si lo dices, te aseguro que no me separaré de ti ni un instante. No lo digas si no estás segura —rogó con sencillez.

—Te amo con todo mi corazón. Si tú no tienes uno, espero que el mío sea lo suficientemente grande para darnos vida a ambos.

—Jane… —su nombre fue como una súplica. Deseaba decirle tantas cosas y, sin embargo, las palabras se sentían huecas, carentes de sentido para lo que le sucedía.

—No hagas que me arrepienta de entregarte lo que creí que jamás nadie merecería y obtendría de mí, Águila Negra, porque no me avergüenza decir que soy una mujer capaz de matar si es necesario. —Ella le sonrió—. Y tan retorcida, que antes podría dejar desvalido a quien me hiciese daño y no acabar con su vida. —Él se sonrió al percibir la amenaza. Ciertamente la veía fuerte y capaz de valerse por sí misma—. Un hombre hay al que le temo. Es el único con el que no he podido porque es más fuerte, más inteligente, duro y horrible que yo.

—Tú no eres horrible, Jane. Tus circunstancias han debido serlo, pero no tú. Tu tío es el único culpable —trató de sosegarla al percibirla muy contrariada.

—Peleé con él, Águila Negra. Cuando regresó después de la muerte del abuelo, una tarde lo vi, observando por la ventana a Dana. Sin darse la vuelta, mientras demostraba la posesión que él creía tener sobre ella, comenzó a decir en alto todas las cosas que iba a hacerle a mi hermana. Me enfrenté a él. No imaginas todo lo que enumeró con total tranquilidad. Cogí el abrecartas. Estaba dispuesta a terminar de una vez por todas con la amenaza que él suponía. Sé de lo que hablas cuando dices que matar es lo que mejor sabes hacer, lo he visto con mi abuelo y él me instruyó bien… yo supe lo que él hacía, el trabajo que llevó a cabo en la India. Enseñó a George antes que a mí y eso fue nuestra ruina. No se lo he contado jamás a nadie, Águila Negra. Ni tan siquiera Dana sabe exactamente lo que el hombre más importante hizo conmigo. Mi abuelo me dijo que tendría que matar a mi tío llegado el caso… no se detendría y me enseñó cómo hacerlo, dónde debía atacarlo para acabar con él. Fue un subterfugio, porque el abuelo quería convertirme en su soldado. No me di cuenta, solo quería complacerle y ser mejor. He luchado contra mi abuelo con ferocidad y conseguí ganarlo en sus entrenamientos. Entonces creyó que estaba lista. ¿Sabes lo que tardó el Demonio en vencerme? Un minuto. El abuelo ya era viejo, no tenía el ímpetu de mi tío. No fui rival para el Demonio. No me aplastó de inmediato, George quiso darme la ilusión de que yo podría ganarle y me dejó pelear durante mucho tiempo. Todo siempre diciendo cada una de las mil perversiones que obligaría a Dana a hacerle. Repitiéndolas una y otra vez, elogiando a su vez lo que el abuelo había conseguido de una simple mujer… de mí. George me admiraba. No escatimó detalles impúdicos cuando llegó el caso. Me tiró al suelo de una patada que no conseguí esquivar. Se colocó sobre mí. Me tocó, me palpó los pechos y trató de buscar mi sexo. Me dijo que yo tenía suerte porque no me deseaba con intensidad, aunque de igual modo iba a divertirse un poco. Luego comenzó de nuevo a hablar sobre Dana y a decir que podría practicar conmigo. Juró que profanaría cada parte de su cuerpo… Su boca, luego tomaría su virginidad, después la forzaría por otro lado… por… —tragó saliva— detrás. Pretendía hacerme lo mismo… No puedes imaginar los detalles que me dio. Y me dijo que me mataría si me interponía entre él y Dana. Cuando estuvo satisfecho con mi pánico y mi temor, que parecía estar absorbiendo para nutrirse, fue cuando comprendí que debía ser fuerte, porque escuchaba las palabras de mi abuelo y él me decía que no mostrase vulnerabilidad jamás ante George. Y solo cuando vio que dejé de tener miedo y que sus asquerosos toques no surtían efecto, fue cuando me soltó. ¿Cómo un hombre puede hablar así de las mujeres que debe proteger, de su propia sangre? Yo era su sobrina, pero Dana tal vez fuese su hija, Águila Negra. ¡Él violó a mi madre! Lo hizo mientras mi padre miraba… y… lo que le hizo

a padre… ¡Su hermano! ¡Dios mío! Él lo hizo, le hizo eso a su propio hermano… Me lo contó todo aquella tarde que creí que me sometería. Encadenó a mi padre como si fuese un perro… No sabes lo que he vivido. Tu mundo no es más feo que el mío.

—Jane, trataré de aliviar la carga que llevas sobre tus hombros. Déjame ayudarte…

—Espera, debes saberlo todo.

—Déjalo salir, Jane. Te hará bien compartirlo. Cuéntamelo.

Ella asintió.

—Solo el abuelo fue capaz de doblegar a George. Lo admiraba. El Demonio admiraba a mi abuelo porque decía que era como él. En su mente putrefacta instauró una especie de código con su padre, su mentor. No —negó con fuerza esta vez con la cabeza—. Mi abuelo no era un monstruo, como él, no podía serlo, ni yo tampoco, pero no soy venerable. —Suspiró con fuerza—. En el barco… cuando llegamos a puerto, antes de desembarcar, un hombre me arrinconó. Sentí su fétido aliento en mi boca mientras sus rodillas trataban de abrirme las piernas. Dana estaba en la cubierta. Lo dejé creer que tenía el control mientras me sostenía con fuerza contra la pared. Yo lo había visto observarme de ese modo, cuando un hombre quiere poseer a una mujer y no le importa lo dispuesta que esté. Le dije que no me tendría. Trató de coger lo que yo no deseaba entregarle. Veía en ese hombre a mi tío… Yo…

—¿Te violó? —No pudo esperar más para hacer la pregunta.

—Me subestimó y ese fue su primer error. Alcé mi rodilla con fuerza sobre esa parte más sensible de él, pero quise matarlo porque veía a George reflejado. Quise degollarlo, como el abuelo me enseñó a hacerlo con un cerdo. Tantas veces me dijo mi instructor que debería librarme de George que yo… Mi abuelo deseaba que yo tuviese las mismas ganas de matar que tiene mi tío. ¡No quiero ser así! Llevo toda la vida escondiendo lo que sé hacer, sabiendo que una mujer no debería aprender lo que me enseñó… Nadie debería saber hacer lo que ellos hacían. Vine aquí escapando de mí misma, para poner a salvo a Dana, pero sobre todo para no acabar sumida en la oscuridad que siento que hay en mi interior. ¡Mi abuelo me obligó a cortarle el cuello a un animal mientras alababa mi técnica! —gritó con enfado—. En aquel entonces me

sentía satisfecha, pero luego comencé a comprender lo que sucedía. Deseaba ser el orgullo de mi abuelo. No puedo excusarlo, porque él creó a George y luego trató de que yo lo contuviera porque él no podía matar a su propio hijo. No soy como ellos, no quiero serlo, Águila Negra. Solo deseo ser una mujer, buena, como otra cualquiera. Amaba a mi abuelo, pero comprendo lo que hizo y estoy enfadada con él. Dejó a su primogénito al margen de la muerte porque debía sucederlo en el título, pero formó a un monstruo para ponerlo al servicio de la Corona. ¿Y si yo hubiese acabado siendo como mi tío? —Comenzó a sollozar, al darse cuenta de lo que realmente habían hecho su abuelo y su tío con ella.

Águila Negra la estrechó contra su cuerpo para darle consuelo ante su sufrimiento. No había querido interrumpirla. Sabía que ella debía sacar todo su dolor, sus miedos e inquietudes de una vez por todas para poder ser un poco más libre del yugo de… ¿Por qué le habían hecho eso dos personas que debieron pelear por ella? Águila Negra no lo entendía. Había convivido con los ingleses largos meses y sus formas educadas, frías y excesivamente corteses solo eran una cortina destinada a ocultarse. Lo veía en estos instantes y sentía dolor en el pecho por no poder borrar la amargura de Jane de un plumazo. Habían jugado con esa preciosa mujer. Ella se sentía traicionada por su abuelo y dolida por la naturaleza de su tío, pues había sido creado por su propio padre.

—Sé lo que es, Jane. Yo me preparé para la guerra. No te avergüences por los impulsos que te mueven a proteger tu vida a toda costa. El mal únicamente se combate con mal. Para hacer frente a los demonios hay que ser uno de ellos. Tu abuelo no debió haber puesto sobre tus hombros semejante carga. Jugó a ser un Dios y se le fue de las manos. No todos los hombres son capaces de lidiar con lo que se les enseña. Algunos ven en la muerte, placer. Sospecho que tu tío solo conoció una vertiente. En algún punto tu abuelo olvidó inculcarle la necesidad de proteger a los débiles, a quienes merecían su ayuda. Si el hombre que te enseñó era un guerrero fuerte, debía ser despiadado, pero supo mediar entre lo que era necesario y lo correcto. No así lo hizo tu tío. Se echó a perder en el camino. Tú no lo has hecho. No eres mala, Jane. Los conocimientos que posees no te hacen ser ruin si no los usas para devastar. Hay una fina línea, no te mentiré. Si te mueve la protección, si crees que lo que haces es porque es necesario para preservar la vida de quienes solo quieren acabar con ella, debes poder dormir por las noches. Es lo que yo me digo cuando el sol se oculta y funciona. No tienes sangre en tus manos, Jane. No quisiste matar a tu tío porque temías deleitarte en el orgullo que podría producirte acabar con el hombre que hizo tanto daño a todos los que querías. ¿Quién te culparía por sentirte bien en caso de haberlo hecho? Yo no, Jane. Tu abuelo tampoco. A veces es necesario ser el Diablo. Te

prometo que no volverás a tener esa responsabilidad mientras estés a mi lado. Todo ha terminado ya. Estás libre de tus circunstancias y lista para comenzar una nueva vida.

Ella se abrazó a él con fuerza. Su rostro se quedó cobijado en su pecho. El indio le acariciaba la espalda con ternura.

—Tampoco yo sé mi lugar. Siempre tratando de mostrarme correcta, recatada, una dama… porque tengo miedo de que me descubran. Lo que hizo el abuelo conmigo… Me dijo que sería un arma efectiva, que nadie sospecharía de una mujer con tanto poder, fortaleza e instrucción. Incluso habló con sus superiores de mi destreza… —Una vez escuchó una conversación en la que miembros del Ministerio de la Guerra alababan a George debido a su efectividad y el abuelo les dijo que había preparado a una mujer que sería mucho mejor. Fue como si el anterior conde de Alastor asumiese que cometió un error con su segundo hijo y quisiera remediarlo con ella. Fue ahí cuando tramó escapar de Londres y ser una novia por correo—. Quiero pensar que no me quitó la capacidad de amar, de ser tierna, de poder… —Sollozó al recordar lo que fue parte de su infancia con ese mentor al que solo deseaba agradar.

—Cuando te vi, supe que escondías muchos secretos, Jane. Los ocultaste muy bien y es difícil engañarme, más porque tenías toda mi atención. No hubieses sido feliz con Jeremy ni en un millón de años, lo veo ahora. Pensé que se trataba de la relación incestuosa con tu hermano, pero me di cuenta de que no era eso, solo tuve celos de tu preocupación por él. Luego me hiciste creer que no estabas preparada para Texas. Te veía tan desprotegida, tan dulce y serena… Disparaste a aquel conejo y no le di más vueltas. Después de todo, no sería extraño que una mujer tuviese una habilidad así. Yo mismo enseñé a Sarah a hacer varias cosas que ella supo aprovechar para sobrevivir. Despellejaste los animales sin pestañear mientras tu hermana se ahogaba en arcadas. Tú, una mujer inglesa, cuya sensibilidad debió ser protegida por todos los que te rodeaban como marcan vuestras costumbres, me demostraste que eras más peligrosa que la señora Harris. Y te admiro por ello con entusiasmo. Eres un diamante en bruto, Jane. Te besé en medio de todos aquí, en Crystal City, porque supe, en cuanto te vi en la estación que serías mía. Me resistí cuanto pude porque no conseguí adivinar lo que escondías. Llevo mucho tiempo esperando por ti. Si debemos vivir el resto de nuestra vida en la oscuridad, y no en la luz, lo haremos juntos. Ahora que me has dicho quién eres, lo que te han enseñado a hacer, no tengo duda alguna de que te pertenezco, de igual modo que tú me perteneces.

—Lo lograremos —estuvo de acuerdo—. Quiero ternura y devoción. Viviré a tu lado

rodeada de la oscuridad a la que has aludido, pero lo quiero todo, Águila Negra. No solo sirvo para proteger a mi hermana y defender mi vida. Nací del amor entre mi padre y mi madre y lograré conocer lo que es eso, el amor, puro, bueno, el que hace arder y del que nacerán mis hijos —expuso con convicción ya sin llorar.

—Lo haré mejor, Jane. No te escondas de mí y ten paciencia. No temas alzar tu voz sobre la mía. Dejaré de quererte si lo haces. Tendrás a nuestros hijos y trataré de que mi corazón despierte de su sueño. Deberás aceptarme duro, a veces frío, extremadamente protector y posesivo… al menos al principio. Rompe mi hechizo, Jane. Como en los cuentos que les lee Sarah a los niños… ¡Sálvame! —imploró—. Haz que sepa que mi lugar está a tu lado.

—Lo haré. Soy capaz de cualquier cosa —apuntó con humildad pero firmeza.

—Te daré lo mejor de mí. Lo intentaré con todas mis fuerzas y no fracaso cuando pongo todo mi empeño.

—Entonces me tienes, Águila Negra. Me tienes para siempre.

—¿Es ahora cuando por fin vas a besarme? —Necesitaba tenerla de esa forma. Acariciando su dulzura.

—No piensas bailar conmigo, ¿verdad? —preguntó un poco decepcionada.

—¿Qué estamos haciendo, Jane? ¿No lo sabes? Te abrazo y me muevo contigo pegada a mi cuerpo, la música suena… Estamos bailando del único modo en el que sé.

Ella sonrió al darse cuenta de que sí se balanceaban. No era el baile que había esperado, pero sí uno del todo conmovedor, íntimo, adecuado… perfecto.

—El señor Harris dijo que tú no sabías bailar y que por eso no lo hacías nunca. Me sugirió que te ofreciese un beso por una danza. Tuve que haber imaginado que serías más inteligente que todo eso.

—Harris tiene la lengua muy larga… ¿Me besarás, Jane? Creo que merezco mi

recompensa, dado que he cumplido con tu pedido. —Le sonrió pícaro.

—¿Y si no puedo parar? —preguntó con valentía—. Hay oscuridad dentro, pero no solo eso. He manifestado mis temores, no he olvidado enumerar ni uno solo, así que únicamente me queda despojarme de lo último que debo confesarte y es que… deseo que me hagas el amor para que olvide lo que fue sentir al Demonio tratando de doblegarme. Borra ese recuerdo de mí.

—Y te haré el amor, te cubriré con mi cuerpo y dejaré mi semilla en tu interior, y olvidarás todo lo que haya sucedido antes de ese momento. No tengas la menor duda de que sucederá. Eso lo reservo para cuando seas mi esposa. Haremos las cosas bien, por ti, porque mereces y quieres mi respeto. Bésame, Jane… yo te detendré cuando quieras más de mí, te lo prometo. No dejaré que me corrompas —susurró contra sus labios para tentarla.

Ella se sonrió.

—¿Es un reto? Mi vanidad exige que trate de volverte loco para demostrarte que no vas a poder parar.

—¿Por qué no tratas de averiguarlo? —la retó con descaro. Pretendía alejar los malos pensamientos de ella. Su confesión fue dura y Travis necesitaba…

El mestizo no tuvo que decir nada más porque Jane se abalanzó sobre él, de tal modo que el cuerpo de Águila Negra se quedó pegado contra la pared más cercana a su espalda. Jane reclamó lo que necesitaba y quería porque ya no hacía falta esconderse de sus ojos. Lo besó con ímpetu, sin reservas, con hambre. Con un anhelo tan desquiciante que podría abrasarse. Le sujetó los brazos sobre la cabeza en cuanto él quiso comenzar a tocarla y lo mantuvo así, mientras lo besaba con frenesí. Él se dejó llevar.

—Es mi turno, vaquero —le dijo sin apartar los ojos de él. Se sentía poderosa, pues conocía al hombre al que trataba de someter y verlo tan dispuesto a complacerla le hizo querer gritar de emoción. Estaba perfecto, ahí contra la pared de madera de esa casa, con los brazos en alto… indefenso. Mentira. Él deseaba darle la falsa sensación de que ella tenía el control. Lo llevaría al límite si él lo permitía.

—Espero que puedas manejar lo que has despertado, Jane.

—No me digas que no vas a poder contenerte. Te vi muy seguro antes.

—No deberías hacer de esto una competición, ya te demostré que puedo ganarte.

—Veamos si es verdad.

Le soltó las muñecas y buscó su camisa para abrirla de un fuerte tirón. Los botones salieron desperdigados.

—¿Debo impresionarme, Jane? —preguntó con humor—. Lo único que has logrado es arruinar mi mejor camisa.

—Todavía no he comenzado a impresionarte…

Ella empezó a besar su cuello. Alternando pequeños bocados de pasión con lujuriosos lametazos pensados para desquiciarlo. Sí, era inocente, pero su tío había conseguido instruirla, del peor modo posible, en la lujuria más desagradable y asquerosa cuando le relató sus malvadas hazañas y necesitaba borrar aquel recuerdo.

Bajó hasta su pecho y su boca lamió sus tetillas sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Cuando termines pienso hacer eso mismo contigo. Eso y mucho más, Jane.

—¿Y qué te detiene? —Ah, ella quería retarlo también.

—Tú.

—¿Yo? —preguntó con inocencia.

—¿Has acabado ya de jugar conmigo?

—¿Qué estás pidiendo que haga?

—Sería un sueño que me lamieses en todas partes, Jane, porque es justo lo que yo voy a hacer contigo. En dos lugares precisos mantendré mi lengua pegada sobe tu piel. ¿Quieres verlo ya o te dejo al mando?

—Muéstrame —murmuró, mientras daba varios pasos atrás para quedarse con la espalda pegada contra la casa que había al otro lado.

Él se colocó sobre ella y la besó tratando de no asustarla en el primer encuentro. Era audaz, lo sabía, pero debía tener paciencia, no era una mujer para solo desfogarse. Ella sería su esposa, la madre de sus hijos y era menester hacerle ver que era importante para él.

Le acarició el pelo y era tan sedoso… Ella era tan preciosa, tan perfecta… Encajaba con él más de lo que soñó alguna vez.

La besó y su lengua pronto estuvo en su cuello. La devoró por completo y ella pedía más. Susurros, gemidos, suspiros, sonidos de succión, besos, toques destinados a encender todavía más la pasión…

Águila Negra se las arregló para no romper su bonito vestido cuando consiguió liberar esos pechos llenos, que tan bien recordaba, dado que ella debía volver a su casa en las mejores condiciones posibles.

Llevó sus manos allí y jugueteó con los pezones erectos. Los retorció para hacerla gemir de placer. Y cuando tuvo suficiente, es decir, en el momento en los que los acarició con ambas manos, los estrujó para hacerla desfallecer, llevó su boca para engullir el primer botón. Mamó como si fuese lo más delicioso que alguna vez paladeó. Su mano izquierda acunaba el pecho derecho mientras su boca mantenía prisionero al seno izquierdo.

Las manos de Jane sostenían su cabeza como si temiese que él fuese a escapar. Le acariciaba el pelo en medio de lamentaciones y exigencias incoherentes.

—¿Quieres que pare, Jane? —le preguntó con maldad.

—Noooo. Nunca… Necesito mucho más… Yo… Arde. Algo en mí arde. Esto se siente bien, natural. No me repugna lo que me haces. Cuando mi tío me tocó, cuando en el barco el otro trató de tenerme, no era así. Por favor… ¿Qué me pasa? Me siento débil… tan perdida…

—Me necesitas aquí, Jane. —Le tocó el sexo sobre las capas de ropa—. Debes estar empapada por mí. Tu cuerpo desea que lo monte.

—Hazme el amor —suplicó con humildad y desesperación.

—No. No aquí. No en estos instantes. Será en mi cama. En nuestra cama. Y será porque eres mi esposa. No me sacrifiqué dos veces para fallar ahora que estoy tan cerca de lo que sé que debe ser. En la cabaña de Hatie me lo pusiste complicado. Cuando te mordió la serpiente creí que no sobreviviría a tus peticiones. Me tientas de un modo que me hace… Yo también ardo, cariño.

—Dame paz, por Dios. Dame paz, Águila Negra, si me dejas así… Me siento morir.

—Lo que quiero hacerte es…

—¡Lo que sea con tal de que este sufrimiento que tengo entre mis piernas se apacigüe! —gritó desesperada.

—Voy a lamerte, Jane. Igual que he hecho con tus pechos. Si no me detienes lo haré. ¿Vas a detenerme?

—¿Me darás alivio? No veo más allá de la lujuria que siento. Estoy poseída y tengo miedo porque no puedo manejarlo, Águila Negra. Me siento… perversa. —En verdad era algo tan grande que la asustaba.

—Te calmaré.

Le levantó el vestido y se metió debajo, con sus rodillas en el suelo y le separó las piernas cuanto pudo. Consiguió abrirse paso entre sus enaguas y lo primero que hizo fue sorber su olor a hembra… a almizcle. Colocó su nariz lo más cerca posible y jugueteó entre sus pliegues

con ella. Jane creyó que desfallecería. Y lo peor llegó cuando sintió la lengua de él en ese punto exacto que la hacía temblar. Se llevó el puño a la boca para no hacer más ruido del necesario.

Él se dio cuenta de que había parado de escuchar sus gemidos. Dejó de lamerla y ella lloró por la pérdida.

—Jane, hoy te permitiré estar callada, cuando estemos en la cama no dejaré que estés en silencio. Tus gritos de placer son míos.

Ella se quitó la mano de la boca para responderle:

—Sí… sí…, pero por favor, dame paz… dame placer…

—Eres una auténtica arpía codiciosa. Si no tengo cuidado contigo, me tendrás comiendo de la palma de tu mano…

Mientras regresaba la boca hacia su sexo, Águila Negra era consciente de que estaba al borde de la locura también. No vio otra opción, para lograr calmarse y no tener que entrar en ella, más que la de desabrochar sus pantalones y sostener su torre con fuerza para darse placer. Debía desahogarse o ella conseguiría que la tumbase en la tierra y la poseyera. Jane no era la única que sufría debido al delirio de la pasión y avidez lujuriosa.

Se acarició con la mano derecha con toques más suaves al principio, para hacer que el gozo durase más tiempo. Su lengua seguía dándole placer en ese preciso botón que sabía que la haría vibrar, mientras los dedos de la mano izquierda trataban de abrirse paso en su mojada cavidad. Metió el primero y sintió esa presión… Cerró los ojos e imaginó que era su falo el que estaba siendo ahogado por esa vaina apretada y húmeda.

Su mano derecha comenzó a trabajarlo con más intensidad. Podría sentir que el placer se desbordaba en él… en ella. Jane no tardaría en descargar su esencia sobre su lengua. Aligeró más las lamidas que le otorgaba, porque él sabía que estaba a punto de dejarse ir y deseaba hacerla llegar al éxtasis con él, en sincronía. Un segundo dedo consiguió entrar en su feminidad mientras su mano tiraba con mayor fuerza sobre su duro eje.

—Déjalo ir Jane, ven conmigo ahora… —Se separó lo justo y necesario de su manjar para darle esa precisa orden.

Jane se mordió el puño en el momento exacto en que todo eso que había crecido en su interior se desbordaba. Solo pudieron escapar un par de gemidos sordos que le dieron buena pista a él de que debía dejarse ir. Con dos sacudidas más, su esencia salió disparada directamente al suelo. Y aquello, llegar a la cúspide del placer con ella, con su lengua enterrada en sus pliegues, fue el cielo mismo. Uhm, le habría gustado que ella hubiese tenido la boca sobre su gran torre mientras él la degustaba. Una idea interesante que mantendría cerca…

Salió de debajo de la falda de Jane y la observó con los ojos cerrados y una sonrisa perezosa en el rostro. Jane le colocó las manos en los hombros, sin despegar los párpados, y le dio un tirón hacia sí. Lo besó con fuerza y no le importó que sus labios hubiesen estado en ese lugar tan íntimo antes que sobre su boca. Él respondió a su demanda. Y cuando el beso se tornó más pacífico, ella se separó para cobijarse en su abrazo.

—¿Quién te enseñó a hacer eso? —No creyó que un beso en su intimidad femenina pudiera ser tan especial y placentero.

—Tengo un par de trucos, Jane, pero no debes estar celosa. Si no hubiese mostrado el dinero por anticipado, ninguna se habría abierto de piernas para mí.

—¿Cuántas? —quiso averiguar.

—Pocas, y solo una tuvo una vez lo que te acabo de dar a ti. Yo era joven cuando la besé íntimamente como acabo de hacer contigo.

—Sarah me dijo que perdiste a alguien importante —habló con mucha cautela.

—Vergel Azul. La amaba, pero mi abuelo sabía que no estaba destinado a ella. Murió entre mis brazos, Jane. Yo solo tenía dieciséis años cuando sucedió. No me atreví a hacerla mía porque yo iba a casarme con otra mujer, pero sí le mostré que la amaba como pude.

—Siento mucho lo que has tenido que sufrir para llegar hasta mí, Águila Negra.

—Es la única mujer que me importó hasta que tú llegaste, Jane. La única con la que habría querido hacer el amor. Ese derecho te corresponde a ti ahora. ¿Te casarás conmigo?

—Sí, Águila Negra. Seremos una familia porque te amo de un modo que duele y me asfixia, pero que me llena de esperanza, alegría y emoción.

El indio la premió con un nuevo beso, esta vez le salió más tierno de lo que imaginó y ella lo agradeció.

Capítulo 12

Sellar el destino

En mitad de la noche Jane se despertó con una brillante sonrisa en los labios. Faltaba mucho para que el sol saliese. Los nervios la tenían un poco desconcertada, pero su corazón rebosaba de alegría. Estaba en el Sarah Love, pero no por su propia voluntad, sino por la de la vaquera. Su indio quiso llevársela a su rancho, pero Sarah Lee se opuso. Dana también. Así que como Águila Negra no consiguió llevársela a su casa, acabó siendo el invitado de los Harris una vez más, un hecho que a Denver no le hizo especial ilusión.

Jane se desperezó en su cama, había dormido unas pocas horas y estaba harta de no poder concebir el sueño de nuevo. Había imaginado que su mestizo asaltaría su habitación para conquistar su cama… Eso parecía que no iba a suceder y Jane se sentía muy extraña… y malvada. ¿Sería muy descarado ir a su encuentro? ¿Se enfadaría él? ¿La echaría de su lado? Muchas preguntas y una única solución para conocer la respuesta.

Se levantó, se colocó la bata y las zapatillas y se movió hacia la puerta. Giró la manilla con sumo cuidado, para no hacer ningún sonido. Sacó la cabeza, que no el cuerpo, por la puerta y comprobó que no había nadie en el pasillo. Fue entonces cuando salió, cerró con delicadeza y comenzó a ir de puntillas para llegar hasta su destino. Incluso respiraba con mucha suavidad, no deseaba que nadie la pescase. Llegó al primer escalón y maldijo, porque la madera crujía cada vez que ella descendía. Se apresuró a bajar con sigilo y se encaminó hacia esa habitación en la que debía estar.

Abrió con cuidado, se metió y cerró a toda prisa la puerta, pero siempre tratando de no despertar al resto de la casa.

—Águila Negra… —susurró sin avanzar hasta la cama. No quería asustarlo y que él llevase a cabo alguna acción que la hiciera gritar al mismo tiempo.

Él, al igual que ella, dormía con las cortinas abiertas y había bastante claridad.

—¿Jane? —Ella no tuvo que esperar demasiado para que él le respondiese. Se incorporó de pronto.

—¿Esperabas a alguien más? —rebatió con humor.

—Desde luego, no a ti.

—¡Oh! Entonces será mejor que me marche… No quisiera importunarte. —Se dio la vuelta, como si en verdad quisiera marcharse.

—¡Quieta! Ven aquí.

—Tan tirano… Siempre tan tirano…

—Ven a mí, Jane —dijo en un tono más elocuente que a ella le hizo temblar las piernas.

No se lo pensó dos veces, se desanudó la bata, se quitó el camisón y comenzó a ir hacia su destino. Era un hecho. Iba a casarse con él y quería, necesitaba, convertirse en su esposa esa misma noche. Desde que horas antes, Travis la sumiera en las delicias de la pasión, no había podido pensar en nada más que en lo bien que se sentía estar con él… Jugar con él. Seducirse. Amarse…

Él abrió la cama y en cuanto percibió la piel desnuda de ella ahuecar su propio cuerpo, jadeó. No estaba dormido del todo, pero su grandiosa torre dio un brinco.

—Por todos los espíritus, Jane… ¿Quieres matarme?

—¿Qué? —Ella se había perdido algo.

—¡Estás desnuda! —exclamó incrédulo. Había pensado en hacer acopio de sus fuerzas, poder controlarse y dormir junto a ella. En cuanto supo que no mediaba ni una simple prenda de ropa entre ambos, ya toda honorabilidad cayó en el olvido.

—¿Eres un hombre inocente, Águila Negra?

—¿Cómo dices? —No era capaz de seguir la conversación.

—He venido a tu cama en mitad de la noche… ¿Qué crees que espero que suceda entre nosotros? —Su propia audacia la tenía bastante sorprendida.

—Jane… No quiero hacerlo así… —Pero sus labios ya estaban dándole suaves besos en el hombro.

—Me haces sentir una pecadora. No es justo. Deseo convertirme en tu mujer hoy… ahora. No he podido dejar de pensar en lo que sucedió antes entre nosotros. Incluso he tenido un sueño que me ha hecho desear, mucho más. ¿Sabes lo frustrada que me he sentido cuando me he despertado y me he visto sola?

—¿Y tú eres consciente de lo que me ha costado refrenarme para no ir a buscarte porque te deseo con un hambre inmensa, cariño?

—En verdad estaba defraudada porque no habías venido en mi busca. Y dado que no soy una mujer que se siente a esperar a que sucedan las cosas, he decidido venir a ti. ¿Debo marcharme, Águila Negra? —lo desafió.

—Si crees que puedes entrar en la cueva del lobo, tentarlo, y marcharte como si no hubiese sucedido nada, me parece que debo darte una lección, pequeña seductora.

—Te necesito tanto, no me dejes nunca.

—No mientras viva, Jane —le dijo en cuanto estuvo cubriendo su cuerpo con el suyo. Le acarició las mejillas con los nudillos y la admiró durante un momento.

Le tocó los labios con el pulgar, recorriendo cada pincelada de esa bonita boca. Luego bajó el rostro para besarla con delicadeza. Se degustó con su dulzura al tiempo que metía las manos en su corta cabellera.

—Te amo, Águila Negra —musitó cuando él se retiró para besar sus mejillas y seguir bajando por su cuello.

—Jane, eres lo que no esperé, siempre quise y al fin llegó. Te haré feliz, te lo juro.

El indio llevó la mano hacia sus pliegues y la encontró empapada. Ella sintió que sus manos, ásperas y grandes, la tocaban con delicadeza en ese botón tan intenso que tenía entre sus piernas. El corazón volvió a bombear con fuerza y la anticipación la embargó.

Travis bajó su boca para lamer sus pechos. Engulló el primer pezón, al tiempo que uno de sus dedos invadía la vaina de Jane. Ella suspiró y gimió con fuerza. Un segundo dedo siguió a la invasión para estrecharla.

—¡Dios! —exclamó cuando la intrusión y la boca de él sobre su seno la hicieron arquear la espalda.

—Ah, ah, debes ser silenciosa, cariño. No queremos que nos interrumpan. Pero te prometo que solo será hoy, porque mañana estaremos en nuestra casa y allí te haré gritar de puro placer. Esta noche sellaremos nuestro destino. Te tomo como mi esposa, Jane. Atrás dejé mi vida como indio y no pienso regresar. He descubierto mi rumbo y tú eres la que me liga al mundo de los blancos. Me entrego a ti para el resto de mi vida y pido a mis antepasados Santee que honren, bendigan y respeten mi decisión. Eres mía.

Le abrió las rodillas todo cuanto pudo, sujetó su miembro y lo apoyó en la entrada. Entró en su interior unos pocos centímetros. La sintió tensarse.

—Jane, eres una guerrera, eres fuerte. Debes mostrarme tu valentía. Tu estrechez es perfecta para mí, me das mucho placer, pero me temo que voy a hacerte daño. Iré poco a poco, pero necesito que te relajes. Concéntrate en mis besos.

—Está bien —le aseguró.

Águila Negra llevó su boca a la de ella y comenzó a besarla. Cada beso iba acompañado de una caricia sobre su pecho, y la cadera la movía para ir avanzando en su interior con tranquilidad.

—Tan apretada, Jane… Me estrangulas y es el cielo. Jamás fue así. Eres mía, solo mía… —La besó con fuerza y se dispuso a hundirse hasta la empuñadura.

Ella sintió el tirón y le clavó las uñas en la espalda. Ahogó un grito en su hombro y lo mordió. La combinación de dolor con el placer, hizo que él tuviese que apretar los dientes para contener un profundo grito. Travis la había marcado para siempre, pero Jane también lo había hecho. La sensación de plenitud, de compenetración, era sublime.

—Dime que ya ha acabado —suplicó ella. Él se separó para buscar sus ojos en medio de la oscuridad.

—Lo peor ha pasado. No vas a volver a sentir dolor, solo esta noche. He roto tu barrera y me perteneces.

—¿Y tú? ¿Eres mío?

—Desde que te vi en la estación de tren, Jane. Esa nariz altiva me conquistó. ¿Cuánto ensayaste esa manera de mirar por encima del hombro a un vaquero? —Ella sonrió.

—¡Oh, Águila Negra, no me hagas reír! No en estos momentos en los que tengo miedo hasta de respirar por si vuelvo a sentir ese ardor tan insoportable.

—Vamos a ver si podemos continuar, ¿de acuerdo? Moveré brevemente las caderas para ver si toleras lo que te daré.

—¿No hemos acabado todavía?

—No. Tengo que dejar mi semilla en ti.

—¿Y eso no se puede hacer en otro momento? —preguntó con esperanza. No sabía ni a lo que se refería él, solo deseaba terminar.

—Te prometo que te daré placer luego, cuando estés un poco mejor, pero ahora necesito marcarte a fuego. Debo dejarme ir en tu interior. ¿Estás lista?

—Nooo —susurró.

—Si no quieres seguir, me retiraré de ti.

—¡No! —gritó en cuanto su indio se movió, así que la respuesta física de ella fue apresarlo con las piernas para que no se moviese—. ¡Vaya!

—¿Qué? —se interesó su amante al verla cerrar los ojos con deleite.

—Me ha gustado. No duele. Muévete a ver qué pasa…

—Eres una tirana, Jane. Me dominarás y me temo que yo tendré que resignarme. Y lo peor de todo será tener que lidiar con las burlas de Harris.

—Eeeeh. ¿Estás haciendo el amor conmigo y pensando en otro hombre? —se molestó ella.

—Sí, cariño, no he podido evitarlo. Llevo mucho tiempo convirtiendo al esposo de Sarah en mi víctima y en cuanto tú hables y yo calle, él no tendrá piedad de mí.

—Permite que dude de tus palabras, Águila Negra. No te veo como un hombre capaz de dejar a un lado tu autoritarismo con facilidad.

—Te equivocas. Te di mi palabra de que sería el hombre que necesitas y lo conseguiré. Ya oigo desde aquí las risas de Harris… —volvió a lamentarse.

—¿Vas a hacerme el amor en algún momento o no? —Tuvo que recordarle lo que estaban haciendo.

—Trataba de que te relajases… Estás muy tensa. Eres más tirana que yo.

La siguiente acción del mestizo fue sonreírle, besarla con fuerza, y llevar una mano a su centro del placer mientras comenzaba a mecerse de nuevo. Todo por ese orden.

Jane empezó a suspirar con fuerza. Se sentía tan llena de él… Tan deseada y querida… Los dos dedos de él la tocaban sin piedad mientras que su longitud golpeaba con sutilidad un lugar dentro que la hacía sonreír. El dolor había cesado para dar paso a algo totalmente desconocido.

—Jane, no voy a poder aguantar más. Si vienes conmigo, debe ser ahora. ¿Estás lista para seguirme? —El ritmo de los embates fue más certero, sus dedos espléndidos en el modo de proporcionarle la dicha de la pasión.

—¡Ooooooooh! —exclamó Jane, tratando de no alzar la voz. El éxtasis la había arrollado en el mejor instante posible.

—Janeeeee —susurró él, también en cuanto se sintió desmoronarse.

Jane sintió algo cálido verterse en su interior y entendió que era justo a eso a lo que él se refería cuando le habló de su semilla.

El indio se tendió sobre ella, con cuidado de no hacerle daño. Jane le echó las manos a la espalda y comenzó a acariciarlo mientras él se cobijaba en su cuello.

—¿Siempre es así? —preguntó su esposa.

—No lo sé, Jane. Es la primera vez que le hago el amor a una mujer.

—Dijiste que tú habías tenido otras mujeres… —comenzó a decir ella. Los celos eran un animal implacable.

—Y las tuve, pero nunca actué así con ellas —razonó con sinceridad—. Dinero y revolcón, Jane. Algo rápido para saciarme y hace demasiado tiempo que no visito ningún saloon

en busca de desahogo. ¿Te he hecho mucho daño?

—Ha sido extraño cuando te has… Uhm, cuando te has metido hasta el final. —Decidió que no debía ser remilgada con él, dado que ya le había confesado sus secretos más vergonzosos.

—No sabía bien lo que hacía. Lo confieso, pero era consciente de que no debía tratarte como a las otras. Tú merecías que fuese atento y paciente en tu primera vez.

—¿No piensas ser siempre atento y paciente? —rebatió con picardía.

—No lo sé, Jane. Es nuevo, pero cuando era más joven y tenía prisa, me gustaba ser rudo cuando me lo permitían.

—No sé bien lo que estás diciendo.

—Iremos averiguando más cosas, Jane, de todo esto. Tenemos toda la vida para indagar cómo podemos ser en la cama. Me gustaría que hiciésemos lo que quisiéramos… lo que disfrutemos, sin normas. Ambos hemos superado ya lo que es estar a las órdenes de otros, en especial tú, y creo que es tiempo de que averigüemos lo que deseamos. ¿Te parece bien?

—Creo que te entiendo y me gusta lo que sugieres. Uhm… Siento presión en mi interior, Águila Negra.

—Me vuelves loco, Jane. Creo que estoy dispuesto para un nuevo asalto, pero no lo haré porque debes recuperarte. —Dicho lo cual, deslizó su cresta fuera del cuerpo de ella. Se dejó caer a un lado de la cama, la colocó pegado a él, de tal modo que la espalda femenina se quedó apoyada en su pecho, le pasó una mano sobre la cadera y se dispuso a dormir.

—No estamos casados. —Hubo de recordarle.

—Muy pronto.

—Sí, lo sé. No era eso a lo que me refería, sino que no debería dormir en tu cama…

Tengo que regresar a mi habitación.

—No.

—Águila Negra…

—No creí que me gustase tanto mi nombre salvaje, pero cuando lo dices me gusta escuchártelo.

—No cambies de tema. Deja que me vaya.

—No.

—¡No puedo quedarme a dormir contigo!

—Eres mi mujer.

—¡No estamos casados!

—Jane, me temo que deberás aprender a perder ciertas batallas y esta la he ganado antes de que empezara. No vas a abandonar mi cama después de haber sido mía.

—¿Por qué? —No lo entendía.

—Porque no quiero.

—No estás siendo razonable.

Él suspiró junto a su oreja y le hizo cosquillas.

—No eres un revolcón por dinero. Dormirás junto a tu hombre cada día hasta que la muerte nos llame a uno de los dos. —Sí. Fue sin duda una sentencia dicha como una promesa. Tan cierta como que el cielo era azul.

—Debes dejarme ir.

—Eres tú la que ha venido a buscarme, mujer. Esto te dará buena cuenta de que todos los actos tienen sus consecuencias. No vas a marcharte de mi cama.

—No quiero irme solo que…

—Entonces asunto resuelto. Duerme —le ordenó despótico.

—Pero Sarah Lee…

—No dirá nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Es una larga historia. Duérmete —repitió.

—No vas a dejar que me vaya, ¿verdad?

—Nunca.

Ella suspiró, cerró los ojos y con una bonita sonrisa se dejó caer en los brazos de Morfeo sin remordimiento alguno.

***

Travis Hutson se despertó con las primeras luces del sol. Se levantó sin hacer ruido para no despertarla. Ella estaba plácidamente durmiendo y después de todas las novedades que ocurrieron el día anterior, quería que Jane descansase. Se lavó, aseó y vistió y después se marchó

de la habitación sintiéndose el hombre más feliz de la faz de la Tierra.

Cuando llegó al comedor vio a Sarah de brazos cruzados sentada en la silla mirando hacia el piso de arriba. La vio fruncir el ceño y relajar la postura.

—¿Hay algún problema? —se interesó el mestizo.

—No. No lo hay, creí que sí lo habría, pero has demostrado ser… No esperaba lo que acaba de suceder. —No sabía si alegrarse o enfadarse por haber errado en su suposición.

—No tengo la menor idea de a lo que te refieres y creo que no quiero averiguarlo. Siempre traes problemas, soltera o casada, eres un dolor de cabeza, señora Harris.

—¡Qué cosas más feas me dices, Águila Negra! No me enfadaré y pasaré por alto tu vago intento de hacerme enfadar porque me has dado una verdadera lección —planteó incrédula.

El modo en el que la vaquera estaba hablando lo hacía sentirse curioso. ¿Qué pasaba?

—Dilo de una vez, Sarah. No tengo paciencia para seguir tus conjeturas. ¿Se trata de tu esposo? Si te ha hecho enfadar, puedo darle una buena patada en…

—No es nada de eso —lo cortó—. Es sobre ti. Me he levantado temprano esta mañana, más que de costumbre —puntualizó— con la única idea de sorprenderte.

—¿A mí? ¿Creías que iba a robar la plata de los cajones? —inquirió jocoso.

—No seas ridículo. No hay plata en esta casa. Yo creí que bajarías pronto y me preparé para soltarte un elocuente discurso sobre las normas, la moralidad, el deber… No puedo hacerlo porque has demostrado que eres mucho más… que eres menos… ¡No esperaba que tuvieses tanta contención! —exclamó después de haber tomado una bocanada de aire.

—No todos somos tan descarados como tú, Sarah Harris —le espetó con una sonrisa ladeada.

—Bien, eso, me lo merezco. Iré a prepararte el desayuno. Supongo que tienes previsto buscar a un juez y que os case de inmediato… O tal vez no, dado que has tenido la suficiente fuerza de voluntad para permanecer separado de ella… —Sarah estaba impresionada.

—Quisiera pedirte un favor, Sarah.

—Lo que sea, lo tendrás.

—Me gustaría que arreglases la casa para esta tarde, unas flores, un pastel. No sé… lo que sea para celebrar una boda aquí.

—¿Hablas en serio? —inquirió con ilusión. No había previsto que él planease hacer una fiesta de boda.

—Sí. Habla con su hermana y que te diga lo que a ella le gusta. Dile a tu esposo que trate de traer a un juez para la tarde.

—No sé si lo conseguirá. Es un poco precipitado. ¿Y el pastor Aledo? Estoy seguro de que os casaría con gusto.

—No un hombre de Dios, Sarah. Si tu marido te pone impedimentos, recuérdale que yo no me iré a mi casa hasta que Jane se convierta en mi esposa. Además, hazle memoria… No lo maté cuando él te… cuando tú y él… Ya sabes. Le permití vivir cuando lo que tuve que haber hecho fue darle una paliza.

Ella suspiró.

—Lo peor de no haberte encontrado en la cama de una mujer soltera, es que no vas a permitirme olvidar lo que hice antes de casarme con mi esposo. Confieso que precisamente por ese motivo quise atraparte. ¿Cómo demonios lo has logrado, Águila Negra?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el listo conmigo. Soy una mujer casada… con apetitos.

—¡Sarah! —se quejó—. No puedes decir ese tipo de cosas en mi presencia.

—¿Después de todo lo que pasó en el pasado, crees que soy una mujer que no tiene impulsos…?

—¡Espíritu de la lluvia! —gritó—. No sigas por ahí.

—¡Pues confiesa que has asaltado la habitación de Jane! —lo retó.

—No he hecho nada como eso —rebatió con tranquilidad.

—Eres un hombre.

—Lo haces sonar como si fuese algo malo.

—Tú también debes tener fuertes necesidades.

—¡Sarah! Te prohíbo que sigas por ahí.

—Pues confiesa el modo en el que lo has hecho… ¿Has saltado por la ventana en medio de la noche? Tiene que ser esa la explicación para no haberte sorprendido.

—No.

—¡Confiesa!

—He estado toda la noche en la estancia que me adjudicaste. Te diré que he tenido una gran tentación, pero me he contenido —expuso con orgullo.

Ella suspiró derrotada.

—No sé si admirarte o creer que eres un tonto… —dijo sin ser consciente de lo que decía en alto.

—Oh, Sarah Lee Harris… Deberías estar avergonzada de considerarme un hombre tan falto de disciplina.

—¡Está bien! Te pido disculpas por haber pensado mal de ti.

—Así me gusta, que asumas tus errores. Acepto encantado tu franca disculpa —señaló pagado de sí mismo—. Ahora… ¿recuerdas cuando Denver Harris estaba herido?

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —inquirió frunciendo el ceño al tiempo que se ponía en pie.

—Solo estaba rememorando el pasado… Cuando yo permití que Denver fuese *tu herido*, que te ocupases de él y después se convirtió en tu amante…

—Podría darte un puñetazo por esas palabras y no lo lamentaría —lo amenazó—. ¿Te das cuenta de lo contradictorio que eres? No puedes decir que no hable de mis intimidades y al minuto siguiente hacerlo tú.

—Jane está en mi habitación, Sarah. Por favor, llévale agua caliente, algo de ropa y no la hagas sentir mal. Organiza la boda.

—¡Ajá! —exclamó con ilusión—. Sabía que no podías quedarte quieto. —Le gustaba tener siempre razón.

—Sarah…

—¿Qué?

Él suspiró con fuerza mientras se pasaba los dedos por el pelo para peinarlo hacia atrás.

—Ella vino a mí. Un caballero nunca desprecia un regalo semejante. Tu esposo bien lo sabe. Ahora ocúpate de mi mujer, tengo que ir al rancho de Lowell para poner orden.

—¿Todavía no le has puesto nombre?

—Estoy pensando en Jane Love.

—¡Oh! —exclamó contenta—. Eso sería un bonito regalo de boda para tu dama. A ella le entusiasmará.

—¿Lo crees? —preguntó al tiempo que se rascaba la barbilla de modo pensativo.

—¡Hazlo! Tu nuevo hogar llevará el nombre de la mujer que amas. Le encantará, estoy segura.

—Sí, lo haré. Será un gesto de esos que las mujeres adoran… —dijo mientras salía del comedor.

La tejana rodó los ojos al tiempo que sonreía. Al fin su querido hermano mayor había logrado encadenarse con gusto a una mujer. Lo vio meterse en la cocina para tomar un café antes de marcharse y decidió subir a contarle a su esposo que el indio le había asignado la tarea de buscar a un juez para esa misma tarde. Esperaba que sus contactos como exranger de Texas le sirviesen para lograr algo como eso.

¡Una boda! Sarah aplaudió en silencio al pensar en que iba a poner el rancho precioso para celebrar la boda de Águila Negra. Le pediría ayuda a Dana y haría algo bonito. ¡Música! Le traería la pequeña banda del pueblo y se vengaría de la afrenta sufrida. ¡La había obligado a disculparse cuando sabía que él había sido tan temerario como Denver Harris antes de casarse!

Oh, sí. El indio bailaría en el día de su boda y al fin sabrían si él sabía hacerlo o no.

***

Hacía años que no había dormido tan profundamente. Jane buscó, con los ojos cerrados, por la cama a su indio. Estaba sola. Se incorporó intuyendo que sería muy tarde. Vio a su lado un cubo de agua… al otro lado unos tejanos y una camisa limpia a cuadros azules. Grandioso, toda la casa estaría al corriente de sus hazañas reprochables.

Se levantó y tocó el agua. Todavía estaba templada. Comenzó a arreglarse mientras sonreía como una tonta. Se había convertido en una mujer completa. Una fémina que había unido su destino al hombre que amaba.

Salió de la habitación con cuidado y se metió en la cocina. La señora Rolser tenía un panecillo y un poco de café caliente preparado para ella. No dijo nada sobre… nada. Salió de allí con incomodidad y se desplazó hasta el porche. El día era un poco extraño.

Desde ese lugar veía el cerco de los caballos. Los vaqueros se habían apostado allí para ver a un ejemplar magnífico. Dorado. Su pelaje era puro oro. Se acercó para ver lo que sucedía. Se colocó al lado de Sarah Lee.

—¿Qué hacen? —preguntó al ver a un muchacho joven entrar al picadero.

—Denver ha conseguido atrapar a un palomino y todos están deseando domesticarlo —respondió la vaquera.

—Se ve un animal fiero. —Lo observaba corvetear y rezumar con fuerza.

—Lo es, nunca antes vi a un caballo tan enfadado como este por robar su libertad.

—¿Se atreven a tratar de montarlo?

—Por supuesto, son vaqueros. Yo misma subí hace un instante.

—¿Lo hiciste? —inquirió alarmada.

—Sí. No volveré a intentarlo. Tuve una discusión con mi esposo y acabé con el orgullo por los suelos. Denver estará imposible una buena temporada porque no le hice caso —se

lamentó.

—Siempre tuve mano con los caballos. Mi abuelo me enseñó a no temerles. Me decía que si me mostraba superior, ellos sabrían quién los sometería pero dudo que aquí se aplique algo como eso.

Jane vio cómo el vaquero había conseguido subir sobre el lomo desnudo del caballo tres minutos, e incluso mientras sus compañeros trataban de contener a la bestia con varias cuerdas sobre su cuello, se fue al suelo con rapidez.

—Tu hermana también lo ha montado —observó con tranquilidad Sarah.

—¿Qué? —El corazón comenzó a bombearle con fuerza. Su frágil y pequeña hermana acabaría con el cuello roto si osase enfrentarse a una prueba semejante.

—Se ha empeñado en tener su turno y la hemos tenido que dejar.

—¿Está bien? —La pregunta salió con mucho temor.

—Perfectamente. Cinco muchachos estuvieron conteniendo al palomino. No quise privarla de un reto así. No corrió peligro, no al menos uno que supusiese correr a los brazos de la muerte. Es valiente. Tu hermana es muy valiente.

—Temeraria, más bien —susurró por lo bajo—. ¿Puedo probar yo?

—Por supuesto.

—Buenos días —llegó, desde atrás, una voz que Jane ya conocía como si fuese la suya propia.

Se giró y le ofreció una sonrisa brillante a su indio.

—Buenos días —lo saludaron Jane y Sarah al mismo tiempo.

—¿Estás bien? —le preguntó a su prometida. Ella sabía a qué se estaba refiriendo él concretamente. Los recuerdos de la madrugada saltaron a su mente para provocarle regocijo.

—Nunca he estado mejor.

—¿Te molestaría si te diese un beso?

Ante la pregunta, Sarah Lee tuvo el buen tino de apartarse hacia la derecha para darles intimidad.

—Estoy sorprendida —alegó con los ojos como platos.

—¿Y eso es un sí o un no?

Jane se acercó a él y le dio un ligero roce en los labios.

—Ya está —dijo esperando que fuese suficiente.

—¿A eso llamas tú un beso, mujer? —se burló deliberadamente.

—A eso lo llamo yo: dejarte anhelante —refutó con una sonrisita ensoñadora.

—Esta noche te demostraré lo que es un beso, Jane.

—¡Todo tuyo, señorita Hertford! —gritó Sarah para que ella entrase en el picadero para probar suerte con el caballo.

Jane sintió al indio tensarse a su lado. Lo miró de reojo.

—¿Vas a tratar de domesticarlo?

—Quería intentarlo… incluso mi hermana lo ha hecho.

—Es un caballo muy peligroso, Jane. No me gustaría que te sucediese nada.

—¿Vas a impedirme que lo haga?

—No imaginas el esfuerzo que estoy haciendo para contenerme. Todo en mi interior ruge para que te cargue sobre mi hombro, me siente en una cómoda silla y comience a calentar tu precioso trasero para quitarte la tontería de la cabeza.

Ella se rio con ligereza.

—No puedes decir que vas a castigarme y luego relatar una explicación que resulta tan… perversa. No creas que no he percibido el tono tan seductor que le has dado.

Él le sonrió.

—¿Te agrada la idea de que te haga algo como eso precisamente ahora? Si estás dispuesta puedo hacer justo lo que acabo de decir. Lo que sea con tal de que no montes ese caballo.

—Quiero hacerlo. Sarah dice que no es tan peligroso…

—La señora Harris debería morderse la lengua, Jane. No me gusta que te pongas en peligro sin necesidad.

Ella lo miró durante un largo momento y luego comenzó a avanzar hacia la puerta de acceso del cercado. Llegó hasta el lugar y se giró para ver al indio. Lo vio observándola con cara seria y los puños apretados.

Entró y se movió hacia el corcel. Jane alzó la cabeza dispuesta a mostrar la actitud de superioridad que su abuelo le dijo que debía mostrar ante un adversario. Tuvo al caballo frente a sí. Los hombres lo contenían y ella se vio con valentía para tratar de acariciar su cabeza. En cuanto estuvo a un suspiro de distancia, el animal se encabritó. Jane se separó de inmediato y se colocó fuera del radio de actuación del palomino.

Buscó a Águila Negra. Él seguía observándola con intensidad. Era evidente que estaba disgustado y ella sabía que no interferiría porque estaba utilizando cada gota de su autocontrol para no entrar, amonestarla y cargársela al hombro.

—¿No quieres detenerme? —preguntó desde su posición.

—Con todas mis fuerzas, Jane.

—¿Y no lo haces? —La nariz aristocrática de ella se alzó burlona.

—¿Me estás retando, pequeña descarada? —inquirió mientras entraba por la puerta en dirección a ella. Llegó a su lado y le tendió la mano, esperando a que ella la cogiese.

Jane no titubeó, puso la mano sobre la grande de él y comenzó a salir del lugar.

—No tengo nada que demostrarle a nadie —dijo a modo de excusa.

—Exacto —estuvo de acuerdo él.

La dejó fuera del recinto y cerró la puerta con él dentro.

—¿Dónde vas?

—A demostrarte lo que sé hacer. No dejaré de lado la oportunidad para que tu admiración por mi crezca.

—¡No! —gritó.

—Ah, pequeña víbora, ya sabes lo que yo estaba sintiendo cuando tú has ido directa hacia el caballo —expuso, de modo socarrón.

—No quiero que lo hagas. No me hagas sufrir, Águila Negra —suplicó. Imaginar que a él le pudiese suceder algo… El corazón se le estrujó en un nudo.

—La próxima vez, ten en cuenta que tú y yo no somos tan diferentes en cuanto a la preocupación por el otro.

—Dios mío… —susurró Jane.

Águila Negra se dirigió hacia el caballo sin pestañear. Nunca se le resistía ninguno. A la edad de doce años ya sabía lo que era montar sobre una fiera salvaje. No tuvo que pronunciar palabra alguna para que los hombres de Sarah se marchasen de allí. Era evidente que él hacía eso muy a menudo… El palomino tenía una cuerda anudada en su cuello. El indio se acercó a él por delante y tomó el cabo.

Lo tuvo rodando en círculos durante un buen rato.

Jane se acercó hasta Sarah, quien estaba junto a su esposo observando la acción del indio apoyados sobre uno de los troncos que componían el cercado.

—Te apuesto lo que quieras a que acaba en el suelo —dijo con burla el señor Harris.

—¡Denver! —lo regañó Sarah.

—Él no va a caer —sentenció Jane con convencimiento.

—Si llego a saber que el caballo iba a servir para impresionar a su dama, lo hubiese dejado libre —habló el exranger con fastidio.

—¡Oh, Denver! No seas celoso. Tú también tuviste tu oportunidad para dejarme con la boca abierta —le recordó Sarah.

—¿Lo recuerdas, amor mío? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Imposible olvidarlo, creí que acabarías matándote. —Finalizó la frase con una risa profunda.

—No me tenías ninguna fe… —resopló él—. En cambio estás convencida de que el

mestizo no caerá.

—No he dicho nada como eso… ha sido Jane la que ha hecho la observación —se defendió la vaquera.

—No importa que no lo hayas mencionado en alto, sé lo que piensas con solo echarte una sencilla mirada, esposa —la sermoneó.

—¡Vamos, cállate, hombre testarudo! Él está ahí para darle una lección a Jane y para que lo admire con ensoñación.

—¡Eeeeh! —se quejó la aludida—. Ya lo admiro bastante. Lo vi cazar en nuestro viaje hacia Crystal City. Es bastante espectacular en todo lo que hace. —Se mordió el labio en cuanto lo vio moverse como un león para auparse con un gran salto y colocarse sobre el caballo.

—Lo sé —estuvo de acuerdo Sarah Lee. La respuesta de la tejana le valió para que su esposo refunfuñase y bufase.

—Denver, estás adorable cuando te pones celoso… —se divirtió ella a su costa. Él gruñó de nuevo.

Águila Negra se agarró al flanco del corcel con fuerza y fue acompasando sus movimientos con las embestidas del caballo, dispuesto a demostrarle que la lucha sería inútil.

Caballo y jinete estuvieron luchando durante lo que a Jane le pareció una eternidad. Y a cada momento que veía al caballo encabritado, deseaba cerrar los ojos. ¡Malvado hombre por hacerle sentir esa opresión en el pecho! Y con ese pensamiento llegó el recuerdo de él advirtiéndole de que también sufría por ella.

Aunque el miedo estaba ahí, no podía evitar sentir una admiración tan grande por él que no le cabía en su ser. Era perfecto en todo lo que hacía.

—¡Abre la puerta, Harris! —le gritó el mestizo, en cuanto estuvo seguro de poder salir a dar un largo paseo.

El vaquero lo hizo al punto y el resto lo vio marcharse a un galope apurado.

Jane suspiró. ¡Era increíble! No pudo haber hecho mejor elección que él.

Mientras seguía con la mirada puesta en su estela, Dana se acercó a ella.

—¿Has dormido bien esta noche, hermana? —le preguntó con seriedad.

—Perfectamente —se limitó a responder.

—Ya… Trata de no babear más o harás un charco de barro bajo tus botas. —La dejó ahí y se marchó hacia el establo.

La mirada de Jane se centró en Sarah, que estaba muy cerca de ella y la vaquera tenía una expresión divertida.

—¡Ah! Dije que no te juzgaría y no lo haré. —Luego se fue de ahí como una tormenta de arena.

Jane supo que su secreto no estaba tan oculto como imaginaba que estaría. Se preguntó si la ropa y el agua caliente que encontró en la habitación había sido cortesía de Dana o de la vaquera… Dejó a un lado los remordimientos y se centró en el gozo que sentía por… por… ¡por todo! Una nueva vida. Grandes esperanzas. Un matrimonio con un hombre de ensueño… ¿Qué más podía pedir?

Capítulo 13

Una noticia insospechada

Jane se sentó a esperarlo en una bonita mecedora en el porche de la casa. El indio tenía su admiración hacía tiempo. No había nadie más leal, sincero y noble que él. Aunque con esa muestra de doma del palomino parecía haberse olvidado de que tenía el compromiso de mostrarle el que sería su nuevo hogar… en breve.

Sarah Lee salió con una pequeña cesta y la dejó a sus pies.

—No tardará demasiado. Te he preparado un tentempié para que disfrutéis de un tiempo a solas —le dijo la tejana al tiempo que le guiñaba un ojo.

—¡Oh! Muchísimas gracias, pero no era necesario. La verdad es que me siento como una princesa en este rancho… Me parece que no voy a querer abandonarlo si me sigues ofreciendo tantas atenciones. —Premió el gesto de Sarah con una sonrisa que la vaquera le devolvió.

—No lo había visto tan feliz… nunca. Él te necesitaba, Jane. No sé cómo explicarlo. Son sus ojos… La mirada que Águila Negra tiene no había estado ahí hasta que tú llegaste. —Se tomó un instante y luego le preguntó—: ¿Crees en el destino?

—Supongo que sí que hay un plan para cada uno. ¿Y tú Sarah? ¿Crees en el destino? —le preguntó con complicidad.

—Sí —contestó sin dudar—. Mi padre me habló sobre mi esposo, Denver le gustaba, y yo ni siquiera le presté atención. Yo pienso que llegué a detestar a Denver cuando éramos niños y creí firmemente que él hacía lo mismo con respecto a mí. No fue así. Me hacía la vida imposible porque yo tenía los ojos puestos en otro lado. Una noche me besó y Águila Negra lo apartó de mí por las malas. Ahí fue cuando nuestro futuro quedó sentenciado. Solo tuve que esperar unos cinco años para darme cuenta de que era el hombre indicado para mí. Ninguna historia es fácil, Jane.

—Me enfadé muchísimo…

—¿Qué te hizo el indio? —preguntó con curiosidad.

—No. No hablo de ahora, ni de Águila Negra. De todos modos no he conocido jamás a un hombre como él. Sé que es incapaz de hacer daño a nadie. Es tan protector…

—Entonces, ¿a qué te referías?

—En Londres. No fui capaz de captar la atención de ningún hombre lo suficientemente fuerte y poderoso para que nos protegiese a mi hermana y a mí. Yo… Mi abuelo acordó dos veces mi matrimonio con dos nobles cuyas credenciales lo dejaron impresionado. No funcionó. —Mejor olvidar lo que supuso aquello, la vergüenza—. Y me alegro, porque a estas horas yo podría ser la rica condesa de Trust o incluso de Ithorne… y no sabría lo que es la libertad, el amor. Una suerte… —dijo con confianza.

—¿Cómo has dicho? —Jane percibió que a Sarah le había cambiado el rostro y creyó que sería debido a que la podría estar acusando de ser una esnob.

Jane se apresuró a puntualizar que:

—Ah, no me molesta ser solo Jane. No era importante el título… Quiero decir, no es importante aquí, porque hay otras normas en Texas. Perdí mi reputación en Londres y todo se volvió muy oscuro. Allí es habitual orquestar matrimonios por intereses y el abuelo sabía que debía buscar a un hombre del mismo rango, o superior, al que heredaría mi tío George, el hombre que persigue a Dana.

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces el abuelo investigó a esos dos condes por su posición y circunstancias.

—¿Y qué pasó? —se interesó la vaquera.

—El primero, Trust, vino a casa, cenó con mi familia y a la mañana siguiente se excusó… Fue un poco más doloroso que eso, pero al final resultó así. El segundo… digamos que es mejor olvidarlo también. Tengo entendido que era americano. Llegó a Londres y tal como arribó se fue. Conocí a su hermana… una mujer muy agradable —aludió pensativamente.

—¿Cómo se llamaba la dama? —Sentía curiosidad.

—No lo recuerdo bien. ¿Por qué? —Veía los ojos curiosos de Sarah Lee y no sabía a qué se debía.

—Mira, ahí llega tu vaquero —la tejana señaló hacia el horizonte—. Estará eufórico. Ve con cuidado con él. Hablo por mi propia experiencia con mi esposo, cuando Denver logra una hazaña… —La miró de reojo—. Ya lo averiguarás —añadió con picardía.

Jane se puso de pie, cogió la cesta, se despidió de Sarah y echó a correr hacia el establo, lugar al que se había dirigido Águila Negra.

Cuando entró, lo vio dejando al palomino en su cubículo.

—¿Estás lista? —le preguntó, mientras sacaba a Medianoche y se disponía a ensillar la yegua para Jane.

—Llegué a creer que me habías abandonado por un caballo salvaje… —se lamentó tragándose una sonrisa.

—¿Estás celosa? —argumentó él con otra nueva sonrisa.

—¿De un animal? ¿Debería estarlo?

—No, pero me agrada verte poniéndome en mi lugar porque te dejé desatendida —confesó—. Montemos, tengo muchas ganas de que veas mis tierras y mi casa. No es tan grande como el Sarah Love, pero nos irá bien allí. He pensado que… —su voz se silenció.

—¿Qué has pensado? —lo interrogó.

—Lo llamaré Jane Hope. Al principio pensé en Jane Love… No me convencía, demasiado parecido a Sarah Love. ¿Te gusta el nombre de nuestro hogar, Jane? —preguntó con suma esperanza.

La respuesta de ella fue sacar el pie derecho del estribo de la yegua, dado que se disponía a montar, y abalanzarse a sus brazos. Lo besó con intensidad.

—¡Me haces tan feliz! —suspiró la dama cuando cortó el beso.

—¿Debo suponer que estás contenta? —inquirió con humor, mientras la sostenía entre sus brazos.

—Si sigues dudando, creo que no he sido evidente en mi… muestra de agradecimiento. Me encanta lo que has pensado.

—Es mi regalo de boda para ti.

—¡Ah!, ¿vamos a casarnos? —preguntó falsamente sorprendida.

—Si lo dudas —usó una fórmula parecida a la de ella— es que no lo he dejado lo suficientemente claro. Me parece que sería buena idea buscar un cubículo confortable y alborotarte un poco, cariño. —Hizo sonar la propuesta como una amenaza de lo más seductora—. No sabes cuánto te deseo a todas horas.

—Eres tentador, cariño —le gustaba esa palabra que él empleaba cuando le hablaba con afecto. Se la copió—, aunque debo declinar tu amable propuesta, dado que quiero ver el Jane Hope. Me gusta muchísimo cómo suena.

—Ya he mandado hacer el letrero, lo colocaremos cerca de la casa. Se verá precioso. —La ilusión con la que él hablaba sobre el futuro le hacía sentir el corazón cálido.

—Vayamos a nuestro hogar —sugirió ella. Sin embargo, no logró moverse ni un ápice—. Si no me sueltas, no podremos ir.

—Lo sé. Solo quería tenerte un poco más entre mis brazos. Se siente tan natural, Jane… ¿Crees en el destino?

—¡Vaya! —exclamó mientras fruncía el ceño.

—¿Qué? —Él la había soltado hacía unos segundos y vio la extrañeza dibujada en su rostro.

—Comienzo a pensar que sí podría existir un motivo y una causa en todo lo que sucede… dado que es justo de lo que estábamos hablando Sarah Lee y yo hace unos instantes.

—¿Y qué le dijiste?

—Creo que todo en mi vida me ha conducido hasta ti. Pude haberme casado en Londres, pero no estaba escrito así. Siento que debí llegar hasta aquí… hasta ti, hasta un hombre bueno, leal, confiable… ¿Tiene sentido lo que te digo?

—Muchísimo. Mi abuelo, el hechicero de los Santee me hablaba constantemente de mi futuro, de cómo llegaría a ser el gran jefe de mi tribu, pero eso no ocurrió. Comienzo a pensar que tú estabas destinada a mí, del mismo modo que yo lo estaba para ti. Y estoy completamente seguro de que por mucho que hubiese corrido me habrías alcanzado, Jane. Eres mía. —El modo en el que lo dijo se sintió abrasador—. Creo que también mis pasos me condujeron hasta ti… Y me siento afortunado, cariño. No te haces una idea de lo tremendamente feliz que me haces.

—Ah… Supongo que esperas otro beso por esas bonitas palabras.

—Espero mucho más de ti, Jane —le dijo con una mirada cargada de deseo—, pero no ahora. Vamos, monta, iremos a ver nuestra casa o no llegaremos jamás.

Lo hicieron. En poco tiempo llegaron a su destino. La tierra era árida, salvo el recorrido que discurría junto al río que también bañaba las tierras del Sarah Love. Águila Negra le presentó a su capataz, el señor Barry Nicholson, le mostró la preciosa casa y los planes que tenía para ella… en especial sobre la guardería de los niños. Era una edificación de madera, amplia. Tenía cuatro habitaciones, señal de que era un rancho próspero, pero le faltaba la mano de una mujer. Las cortinas estaban viejas y los muebles debían ser reparados.

Águila Negra le habló con pasión de lo que suponía ser un vaquero, de la libertad de vivir según sus propias reglas y criterio, sin que no demasiada gente dependiese de él. Después de conocer el Jane Hope y a algunos de sus hombres, se dirigieron, a caballo, a la parte norte de las tierras. Comieron un poco de carne fría y unas deliciosas empanadas junto al río. Y cuando terminaron, se abandonaron a los brazos del amor. Se amaron en medio de la naturaleza, bajo la sombra de un precioso árbol que los cobijaba del intenso sol. Su indio quiso que se metiera en el río con él. Lo hizo, pero dos minutos, lo justo para adecentarse, dado que pasaría bastante tiempo hasta que se olvidase de lo que sucedió la última vez que se bañó en las frescas aguas de Texas. Durmieron una corta siesta, que se sintió perfecta y luego fue momento de regresar a casa de Sarah Lee. Jane no pretendía marcharse. Deseaba estar con él a todas horas, pero el mestizo la convenció, diciéndole que tenía una sorpresa preparada y que debía ser buena si deseaba conocerla. ¡Y vaya que sí, fue una sorpresa inigualable y… perfecta!

***

Dana estaba emocionada. Sarah Lee, la señora Rolser y ella llevaban todo el día cocinando para festejar una maravillosa boda para Jane. Habían comprado en el colmado unas preciosas guirnaldas para decorar el comedor. Los vaqueros también estaban invitados y sería una celebración más que bienvenida para todos los residentes del Sarah Love.

Dana suspiró mientras estaba tratando de colocar el borde de la guirnalda arriba del mueble del aparador, donde se guardaban los platos. La silla se movió y ella perdió el equilibrio. Un grito salió de su boca mientras veía arruinada la boda de su hermana por su estúpida caída. Cerró los ojos esperando el duro impacto. No llegó a tocar el suelo. Despegó los párpados y se

vio sujeta por dos fuertes brazos. Carraspeó de inmediato para no olvidar que era un hombre, aunque el grito a buen seguro no había sido nada varonil…

—¿Te han dicho alguna vez que chillas como una niña? —inquirió molesto su salvador.

Dana gimió en silencio. Ahí tenía la confirmación de que su actuación no fue nada parecida a la de un hombre. Gimió doblemente al ver quién la sostenía junto a su duro torso… ¡Vaya por Dios…! No podía haberla recogido otro… Jeremy Andrews, precisamente, la acababa de salvar de una fea caída que le habría podido hacer daño en un pie, una mano o alguna otra parte de su cuerpo más dolorosa, como su cuello.

—¿Y a usted no le han dicho nunca que se meta en sus propios asuntos? —rebatió ella con rabia. Ni salvándola podía ser simpática con él, dado que no le permitía mostrar agradecimiento debido a las salidas de tono del pelirrojo.

—Un simple gracias habría estado bien —le recriminó—. Te hubieses podido matar. No eres fuerte. —Jeremy, quien todavía la sostenía en sus brazos, con las manos de ella alrededor del cuello como si fuese una damisela en apuros, la alzó un par de veces al aire y luego añadió—: La señora Rolser debe poner más carne en tu comida, chico. No eres más que un niño.

—Y usted, señor Andrews, no es más que un ser desagradable falto de cualquier sentimiento decente.

—Así que también te defiendes como una niña… —observó con la sonrisa torcida.

—¿Qué pretendía que hiciera? ¿Ponerme a gritarle que es una bestia salvaje, un maldito bastardo? —Esperaba haber sonado como un tipo duro. Lo vio enfurecerse y Dana supo que le había atizado en su orgullo.

—¿Vas a soltarme ya para que pueda bajarte o pretendes seducirme como a aquel otro del que te salvé? Si mi memoria no me falla, ya van dos veces las que te he librado de una buena complicación. Trata de mostrarte más agradecido y no vuelvas a usar ese florido vocabulario en casa de la señora Harris, si no quieres que te dé una buena tunda, ¿de acuerdo?

—¿Está celoso de mi amigo, señor Andrews? —inquirió burlona. Lo sintió tensarse.

—¿Quieres recibir tu primer puñetazo, chico? —preguntó con enfado.

—¿Y quién lo haría? ¿Usted? ¿Y por qué motivo? —se mofó—. Vamos, sea serio, no soy yo quien me mantiene prisionero entre sus brazos. Y si he dicho unas palabras vulgares solo ha sido porque usted me forzó a hacerlo. Solo he tratado de hacerlo feliz —alegó con sencillez.

—¡Oh, por Dios, eres peor que una mujer! —dijo mientras la dejaba en el suelo.

—Sí, pero recuerde cada vez que mire mi boca que soy un hombre… No crea que no me he dado cuenta del modo en el que me ha examinado —le dijo en cuanto lo vio de espaldas y a una distancia prudencial. Así que en el momento en el que observó girarse e ir directamente a por ella, huyó de la casa a toda prisa mientras se reía con fuertes carcajadas.

Al salir se topó con Prescott Callum y su reacción fue cogerle de la mano y echar a correr, dado que el bobo pelirrojo salía tras ellos escupiendo veneno. Palabras mucho más malsonantes de las que a ella se le ocurrirían. Decidió memorizar unas cuantas, aunque la vulgaridad era tal, que seguramente no las usase nunca.

Prescott y ella llegaron hasta detrás del establo, lugar en el que se sintieron a salvo. Con la respiración agitada, ambos comenzaron a reírse… Bueno, Dana se dio cuenta de que ella era la única que lo hacía. Su amigo permanecía serio y con el rostro… ¿descompuesto?

—¿Te encuentras bien, Prescott? —se interesó con sinceridad.

—¿Es por él por lo que no me quieres? —preguntó al punto, sin poder evitar que sus palabras salieran.

—¡Oh, Dios mío! —comenzó a decir Dana, con mortificación.

—Te he visto con él. Desde la puerta os he observado a ambos. En el río… ¿te sedujo? —trató de averiguar conteniendo la rabia de sus sentimientos.

—¿Seducirme? ¿Ese sinvergüenza que solo habla de sus conquistas y de lo capaz que es montando a cualquier hembra?

—Os estabais abrazando —insistió el vaquero.

—Callum, llevo esperando hablar contigo muchos días. Me has evitado cuanto has podido y ahora te presentas… ¿celoso? —No comprendía a los hombres. ¡De verdad que no!

—Es evidente que no me quieres. ¿Qué se suponía que íbamos a decirnos? Fue mejor que no nos encontrásemos —inquirió, sin abandonar el mismo tono serio y triste.

—Prescott… No lo entiendes… —señaló con cansancio.

—Sí, lo hago, perfectamente.

—No lo haces y si te lo cuento corro el riesgo de que me traiciones y me gusta demasiado mi… ¿Hacemos un trato? —Se le acababa de ocurrir una idea.

—¿Qué propones?

—Creo que no está bien visto que un hombre… ya sabes… con otro hombre. —Ella hizo un gesto lascivo con la mano que incluía un círculo y un dedo atravesándolo. Era algo que vio un día hacer a un forajido en el Orient Saloon a una paloma mancillada y comprendió el sentido cuando le preguntó a Águila Negra.

—¿Vas a chantajearme? —se irguió—. Te aviso de que no tengo dinero y antes te daría una buena paliza y luego negaría todas las acusaciones.

Dana colocó una mano sobre el hombro de su amigo para apaciguarlo. Lo logró al instante. Ella sonrió, porque no se había equivocado con él. Prescott Callum era un buen hombre con inclinaciones… No iba a censurarlo, más porque parecía que en verdad estaba enamorado de Dan Hertford y se sentía miserable por engañarlo.

—Yo sé un secreto tuyo. No diré nada si tú guardas el mío.

—¿Qué secreto? —preguntó evaluativo.

—Voy a confiar en ti porque te aprecio. No tuve miedo cuando intentaste… ya sabes… en el río.

—Sí, cuando el maldito bastardo de Jeremy Andrews nos interrumpió.

—No lo llames bastardo, no le gusta… Aunque creo que a ningún hombre le agrada que lo tachen de ilegítimo. —Dana sacudió la cabeza—. Bueno. La cuestión es que te considero mi amigo y olvidaré lo que pasó entre nosotros.

—Yo no te hubiese forzado, debes saberlo —le aclaró porque se sentía correcto hacerlo.

—Lo sé y si lo hubieses hecho, creo que te hubieras desilusionado terriblemente, Prescott.

—¿Por qué? No te sigo, Dan. —No entendía nada.

—Soy una mujer, amigo mío. Soy la hermana de Jane —dijo, sin más preámbulos, usando su voz femenina.

—¿Quéééééé? —Los ojos del vaquero estaban de par en par.

—Es una larga historia, pero en síntesis radica en que era un viaje largo, yo soy demasiado bonita y Jane no quería tener problemas con mi aspecto. Atraigo a los hombres… —Evitó decir en alto que no importaba si era hombre o mujer… Se fijaban en ella y era muy molesto.

Lo vio examinarla de arriba abajo varias veces. De hecho, no cesaba en el escrutinio.

—¿Eres una mujer?

—Sí. Me llamo Dana, no Dan.

—¿Por qué haces eso? No entiendo el embuste. Se supone que aquí todos te protegen. Tu hermana va a casarse con ese indio peligroso. Nadie osaría molestaros a ninguna de las dos…

—Me gusta pasar desapercibida. Cuando soy un hombre todos me hacen más caso… Me siento más protegida, salvo cuando tú intentaste… —dejó la frase en suspenso.

—¡Eres una mujer! —exclamó escandalizado.

—Shhhhh. No grites. Es un secreto y no quiero que nadie se entere.

El vaquero comenzó a pasearse de un lado a otro. Echó su sombrero al suelo y empezó a mesarse el pelo con impaciencia. Paró de moverse y volvió a observarla de los pies a la cabeza.

—Una mujer… Me gustaba una mujer —señaló con repugnancia.

—¡Eeeeeh! Si me vieses vestida de muchacha, no habrías puesto esa cara. Te aseguro, y no es por pura vanidad, que soy preciosa. —Su orgullo femenino exigía que la aclaración fuese hecha.

—¡A mí no me gustan las mujeres! —aseguró haciendo una nueva mueca.

—Y por eso es por lo que seremos grandes amigos —le advirtió sonriente—. Ya sabes mi secreto y te disgusto completamente. A mí no me agradan los hombres, así que…

—¿Te gustan las mujeres? —inquirió asombrado con la revelación, interrumpiéndola.

—¿Te refieres… para darles un revolcón? —Eso de simular ser un hombre era maravilloso, ni Prescott se escandalizaba por sus afirmaciones. Hablar de forma soez se volvía más natural por minutos para Dana. Ese punto de rebeldía le encantaba.

—Sí.

—No. No me gustan de ese modo las mujeres.

—¿Y tampoco los hombres? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, me gustan los hombres, solo que no he encontrado a ninguno que me haga suspirar. Es… complicado. Creo que son todos despreciables.

—¿El qué es complicado? No entiendo nada. Además no somos despreciables —se defendió, de lo que se sintió un malvado ataque contra su género.

—Mira, soy una mujer… ¿quieres ser mi amigo o no? —Atajó el debate.

El vaquero se quedó un momento en silencio mientras evaluaba la situación.

—¿Qué beneficios tendré? —cuestionó, en cuanto reaccionó.

—Mi amistad —señaló como si eso lo aclarase todo.

—¿Solo eso? —No le parecía demasiado.

—¡Prescott Callum, eres un ser miserable! —lo amonestó de súbito—. ¿No quieres ser mi amigo? —preguntó con verdadero enfado.

—Nunca he trabado amistad con una mujer. Ellas… No nos llevamos bien.

—Y entiendo perfectamente el motivo —señaló por lo bajo.

—¡Te he oído! —se molestó el vaquero.

—Bien. Nuestra amistad finaliza aquí y ahora. Tú sabes mi secreto, yo sé el tuyo. Confiaremos en que…

—Sí, sí… seremos amigos, chica.

—¡No me llames así! —lo amonestó de inmediato.

—¿No eres una chica? —interpeló con una sonrisa ladeada.

—Sí, pero no lo digas de ese modo. Me haces parecer… No me gusta. Entonces, ¿somos amigos?

—Sí, Yo cuidaré de ti o el resto te comerán viva… vivo… ¿Cómo demonios debo tratarte?

—Soy Dan. Debes recordarlo.

—Será complicado.

Ella le sonrió.

—Confío en ti. ¿Hay tregua?

—Sí, supongo que sí.

—Entonces dame un abrazo, vaquero, creo que necesitas un poco de ternura y de eso entiendo mucho. Lo vi en tus ojos… Estás tan solo como yo —sentenció con humildad.

Dana no lo dejó objetar, se abalanzó sobre él y los dos se fundieron en un abrazo fraternal que se sintió muy bien para ambas partes.

—Esto es extraño.

—Yo lo siento fenomenal. Hace tiempo que nadie me da una muestra de cariño así… Ni Jane lo hace. Desde que tiene a Águila Negra no sabe ni que existo, lo cual es mejor porque ando a mi aire sin darle explicaciones. Ayer estuve en el saloon jugando una partida de cartas. Gané con facilidad.

—Creo que me estás utilizando, señor Hertford. Será mejor que nos separemos. —Ella notó la incomodidad en su voz porque seguía abrazada a él.

—¿Estás sonrojado, Prescott?

—Esto es extraño —repitió.

—¡Por amor de Dios! ¿¡Tenéis que hacer *eso* a plena luz del día!? —Escucharon una voz que a Dana comenzaba a serle demasiado familiar.

Prescott trató de soltarla de inmediato, pero ella no se lo permitió. La estampa era divertida. Él con los brazos bajados y la cabeza lejos, tratando de escapar y Dana aprisionándolo con ímpetu.

—¿Celoso de nuevo, señor Andrews? —argumentó Dana con más maldad que gracia.

Escuchó al señor Callum gruñir con vergüenza. Entonces lo dejó libre del abrazo.

—¡Mereces que te cierre la boca con una patada, señor Hertford! Lo dejaré para otro momento, dado que siento que mis ojos podrían comenzar a arder debido a la escena tan… ¡Agggg! —se quejó—. ¡Haced esas cosas en plena noche! Maldito Águila Negra y su estúpida boda… Yo no merecía ver algo así… —Y Jeremy se fue de allí escupiendo fuego por la boca debido a la imagen tan extraña que había tenido frente a él.

Cuando estuvo bien lejos, Prescott comenzó a reírse.

—Creo que tu amistad va a tener algunos beneficios, Dan Hertford. Me ha gustado mucho ver incómodo a Jeremy Andrews y no creas que no fui testigo del modo en el que te miraba… Tal vez…

—No lo creo, Prescott. —Ella estaba adivinando el rumbo de los pensamientos de su amigo y por eso lo interrumpió.

—Ya veremos —alegó pensativo, mientras miraba el lugar por el que Jeremy Andrews acababa de marcharse.

Dana mentiría si no reconociese que tuvo ciertos remordimientos al saber que acababa

de colocarle una diana al señor Andrews, dado que su nuevo mejor amigo estaba fascinado mirando al horizonte y siguiendo la silueta del hombre que no quiso ni conocer a su hermana. Bien pensado… no tenía ni un solo problema en que ese pelirrojo bobo tuviese que lidiar con las atenciones que Prescott le pudiese dispensar…

Sonrió de lado. ¡Qué grandioso era ser un hombre!

***

Jane se había colocado el vestido que le regaló su hermana. Era muy favorecedor y no se le ocurría otro para ponerse en el día de su boda. Terminó de colocarse los pendientes de esmeraldas y se miró al espejo. Sonreía como una boba enamorada porque lo era. Las dos cosas, dado que no veía nada más allá de él.

Le había dado la mayor de las sorpresas planeando una boda… Bueno, Jane intuía que Sarah Lee estaba muy implicada en la acción, pero de igual modo fue demasiado emocionante ver la casa con ese aspecto festivo. Y la comida olía deliciosamente bien. Todos se habían esforzado muchísimo por ambos y Jane flotaba sobre una nube de algodón de azúcar.

Después de haber estado en el Jane Hope, su prometido la había dejado en el rancho y se marchó a su casa de nuevo en busca de su mejor traje. Antes de irse le dijo que no se atreviese a huir. No lo haría. Estaban demasiado bien juntos como para renunciar a su amor.

—¿Estás lista, hermana? —Dana había entrado en la habitación y la miraba con los ojos humedecidos—. ¡Diablos si lo estás! Más bonita que una diosa fornicadora corrompida por mil pecadores.

Jane rodó los ojos.

—No debí consentir que siguieras siendo Dan Hertford… —se lamentó.

—Sí, sí. Dejemos esa discusión para otro momento. El juez ha llegado y Águila Negra podría morir de un ataque de apoplejía si no bajas de inmediato. Tiene la absurda idea de que en cualquier instante vas a cambiar de opinión y lo dejarás plantado.

—¡Oh, por favor! ¿Cómo puede pensar algo así?

Dana se encogió de hombros.

—¡Hombres! Imagino que también adolecen de inseguridad. Y de verdad que es divertido haber visto a un indio tan fiero e inmenso como él, sudar como si estuviese en el infierno de los sementales y no pudiera revolcarse con ninguna mujer.

—¡Por amor de Dios! Cada día hablas peor. Tienes que volver a ser tú misma antes de que te eches a perder.

—Sí, sí… bajemos antes de que tu mestizo suba a comprobar que no has escapado por la ventana, o peor, antes de que yo mate a Jeremy Andrews… —susurró por lo bajo la última parte.

—¿Cómo dices? —Jane la había oído.

—Ese hombre es odioso. Mejor no preguntes.

—¿Qué le has hecho? —se atrevió a preguntar, mientras enlazaba el brazo con el de su supuesto hermano.

—¿Yo? Nadaaaa. Tu acusación me ofende. Debería darte un par de latigazos por poner en entredicho el honor de tu hermano.

—¿Quieres ver como soy yo la que te atiza, Dana? —respondió con otra pregunta que hizo que su hermana se centrase.

—Estarás bien con él… Ambos sois unos tiranos malvados —dijo por lo bajo.

Llegaron al piso de abajo y todos estaban preparados para recibirla. Sarah Lee, que también se veía preciosa con un vestido nuevo de color dorado, le dio un pequeño, pero precioso ramo de margaritas. El juez estaba sentado en la mesa del comedor, y ya tenía todos los papeles listos para que ambos los firmasen.

Águila Negra estaba delante del hombre que daría validez a su unión y la miraba con adoración. Ella sintió sus mejillas sonrojarse al recordar que ambos habían sido amantes antes de convertirse en esposos. Ese pensamiento tan malvado la llenó de orgullo. Estaba impecablemente vestido, con un traje oscuro y una camisa de batista blanca. El pelo echado hacia atrás. Sus ojos negros se veían brillantes. Era oscuro. Todo su indio se veía tenebroso, pero irradiaba una luz brillante que ella había podido observar con facilidad. Tan bueno… Un hombre único que hacía palidecer al resto.

Su nueva familia y sus conocidos más cercanos a su lado, junto a ella para dar el paso a la nueva vida. Los novios firmaron la documentación entre aplausos y vítores. El indio le deslizó una sencilla banda de oro en su dedo y se emocionó, luego ella pidió un poco de silencio y habló ante el improvisado público.

—Quiero deciros a todos que estoy muy feliz por la nueva vida que acabo de comenzar y que no podría ser más dichosa. Siento que todo está en su lugar al fin. —Llegado ese punto miró a su ya esposo y suspiró—. No podía haber pedido a un hombre mejor, más sensato… Aunque a veces no lo demuestra demasiado… —Todos se rieron con esa observación, también el aludido—. Sin embargo, le confiaré mi vida, porque es fiel, es leal, honrado y sé que jamás me fallará. No he conocido un hombre mejor en toda mi existencia —insistió una vez más.

El mestizo le sostuvo el rostro entre las manos como si fuese la flor más bella del mundo, listo para protegerla, la miró de un modo que le hizo sentir el corazón batiendo con fuerza y luego la besó con anhelo. Jane se fundió con él. Solo podía sentir la suavidad de la lengua de ese rudo indio que había sufrido tanto o más que ella.

El beso terminó en cuanto todos comenzaron a carraspear con incomodidad. El indio la miró, permaneciendo a un suspiro de su rostro y le dijo:

—No soy bueno con las palabras. Espero que mi beso haya dejado claro lo que eres para mí, Jane. —Ella asintió embelesada.

La música comenzó a sonar y la comida que había sido preparada especialmente para honrar la fiesta, empezó a ser devorada. El vino corría, el *whisky* también. Todo era júbilo y felicidad.

Su esposo la llevó hasta el centro de la improvisada pista de baile y la sostuvo entre sus brazos. No importaba que la música fuese excesivamente alegre, él se balanceaba con ella y no parecía dispuesto a soltarla. Estuvieron así durante un par de canciones.

Luego los invitados reclamaron a los recién casados. Jane se fijó en su hermana. La vio con un vaso de licor en la mano y su nariz estaba roja. ¡Dana necesitaba una niñera! Se acercó hasta ella.

—Hermano, creo que deberías moderarte un poco…

—¡Vamos, mujer! No seas tan remilgada —le dijo con alegría la pequeña Hertford alzando su vaso en alto—. Es el día de tu boda. Al fin te has casado, hermanita. ¡Pasarás a ser problema de otro hombre!

Jane se tuvo que morder la lengua. No era ella quien estaba resultando ser una verdadera molestia…

—¡Eso! No quieras dar lecciones de moralidad —dijo a su lado Jeremy Andrews, quien también estaba ebrio. Jane suspiró. Intuía que el pelirrojo era el responsable del estado de embriaguez de su hermana.

—Señor Andrews, ¿por qué no baila un poco?

—¿Con quién? Aquí, al igual que en el pueblo no hay mujeres. Creo que debí haber esperado a conocerla… Es usted muy hermosa. Entiendo el motivo por el que mi amigo cayó a sus pies. No lo hubiese sospechado jamás… el indio no es amable con nadie. Solo entiende de ganado, caballos y órdenes. Debe de ser usted una mujer del todo dura si lo ha conquistado. —Él la estaba estudiando. Jane lo sabía.

Ella suspiró. El alcohol hacía hablar a los hombres mucho más de la cuenta cuando no

debían hacerlo. Decidió olvidarse del pelirrojo y centrarse en lo importante.

—Dan, creo que deberías subir y acostarte un poco. No bebas más. —La última parte fue dicha en tono bajo pero con tiranía.

—¡Maldita sea, hermana! No soy un niño, no te atrevas a mandarme. Soy yo quien debe obligarte a ti a hacer las cosas —saltó a la defensiva, mientras trataba de ponerse en pie. Dana trastabilló y de nuevo terminó en el regazo de Jeremy Andrews.

—Chico, esto se está convirtiendo en una costumbre muy fea y no soy de ese tipo de hombres… —susurró cerca de la oreja de Dana. Ella sintió un estremecimiento extraño. Se levantó de inmediato… Entre otras cosas porque su hermana la ayudó a alzarse a toda prisa.

Jane frunció el ceño. No le gustaba la complicidad que acababa de observar entre ambos.

—¿Dan? —la interrogó, al verla descompuesta.

Su hermana carraspeó.

—Yo… creo que te haré caso y subiré a echarme un rato. ¡Pero no te acostumbres, mujer! —Se vio en la necesidad de reafirmar su hombría. Lo que Dana estaba sintiendo en esos precisos momentos la tenía… molesta. Sí, ese Jeremy Andrews con su estúpida sonrisa y sus manos seductoras la habían hecho enfadar.

Jane se sintió un poco más tranquila al ver que su hermana, a duras penas, conseguía subir las escaleras. Era imprescindible mantener una seria conversación con Dana. Tenía que convencerla de acabar con la tontería de ser un hombre.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted muy mandona, señorita…? ¿Cómo debo llamarla ahora que es la esposa de mi mejor amigo? ¿Señora Águila Negra? —Jeremy tomó un nuevo trago de su vaso lleno. No había bebido lo suficiente porque todavía no tartamudeaba—. No me gusta. Por cierto, le debo una disculpa y se la ofrezco ahora. Su esposo me dará una paliza… o lo intentará, si no le pido mis sinceras disculpas… Aunque no son sinceras, porque yo

no deseaba casarme y el indio la quería para usted. Supongo que todo ha salido bien, más porque es usted tirana, y creo que lo será más que su esposo… —El alcohol le estaba soltando la lengua. No importaba, se sentía alegre.

—Constantemente me lo dicen. Es mi mejor cualidad. Debería alejarse de mi hermano —lo avisó.

—¿O condesa? —siguió él con su conjetura sin hacerle caso—. Creo que le irá bien que la llame condesa… sí, porque se ve altiva y autoritaria, más que Águila Negra —insistió—. Debo decirle que le sienta muy bien su nuevo título, aunque no lo pueda usar aquí, en medio de la nada de Texas, se ve usted preciosa como *lady* Ithorne… Distinguida y fría… porque sus ojos me están helando la sangre. —Jeremy apuró su vaso y lo dejó sin líquido. Luego, se levantó de la silla, la miró a los ojos y añadió—: Ahora, si me disculpa, creo que iré a beber un poco más. —El pelirrojo anduvo unos pasos, se giró y habló de nuevo—: Ah, por cierto. Avise a su hermano… no estoy interesado en lo que sea que ofrezca. Él es quien me persigue a mí. —Jeremy continuó su rumbo sin saber que a ella se le había caído el mundo a los pies.

El título que él había usado… El conde salvaje… Un indio americano. Ithorne. Jane sintió un tirón en el pecho. La angustia que creía olvidada le subía por la garganta. Una doble inquietud: por la revelación hecha y por lo sugerido sobre su hermana. Los asuntos relativos a Dana tendrían que esperar. ¿Podría ser él el conde que no quiso casarse con ella? ¿El que no la quiso ni conocer?

Su mirada buscó a su recién estrenado esposo. El indio estaba de espaldas a ella. Jane se sentía extraña. El pasado regresaba con fuerza a su mente. Miró a un lado, a otro… Sus ojos se cruzaron con los de Sarah Lee. La vaquera supo que algo no iba bien en cuanto vio a Jane lívida y respirando con dificultad. Se acercó a ella rápidamente desde el otro lado del salón.

—¿Qué sucede? —quiso averiguar, Sarah, alarmada.

—¿Desde cuándo lo sabías? —La pregunta salió de sus labios como un huracán.

—¿Qué? —La tejana intuía que había un problema pero no entendía cuál.

—Reconociste el título esta mañana. Tú sabías quién era él y no me lo dijiste —la acusó, con los dientes apretados.

La vaquera la tomó del brazo. No quería mantener esa conversación ante todos. Jane se desembarazó de ella con un tirón seco.

—No es buena idea tocarme, Sarah Lee, no estoy bien… —dijo a la defensiva.

—Por favor, acompáñame al porche y te lo explicaré —solicitó con cautela. Jane asintió con la cabeza y se marchó tras ella.

Salieron y se colocaron en un lateral para tener mayor discreción.

—¿Por qué me lo ocultaste? —inquirió, Jane. Se sentía traicionada.

—¿Cómo te has enterado? Deduzco que no ha sido Águila Negra quien te lo ha contado…, ¿me equivoco?

—No, él no ha sido, pero me he enterado y no tienes la menor idea de lo que supone para mí saber quién es él realmente. Yo… —El pasado dolía de nuevo. Jane creyó haber superado todo… No, siempre regresaría para incomodarla, para lastimar.

—Lo siento. No pretendía mentirte. No quería… No sé… Solo pensé que no me correspondía a mí hablarte sobre… Estoy acostumbrada a que sea un vaquero más, mi hermano mayor —se confesó con sinceridad.

—Solo necesito saber una cosa, Sarah Lee… La confirmación.

—Él te ama, Jane.

—¿Es el conde de Ithorne? ¿De verdad lo es? —preguntó con ansiedad y rezando para que le dijese que no.

—Sí. —Jane cerró los ojos al escuchar la respuesta de la tejana.

—No se apellida Hutson —No era una pregunta. Ella ya lo sabía.

—Hutson-Smile —le corroboró Sarah Lee—. Pero él lo hizo más simple cuando adoptó su nombre de hombre blanco y solo usa Hutson. No quería ser un indio nunca más, tampoco un noble. No sabe cuál es su lugar. Llegó aquí, a mi casa, solo, desvalido, triste… sin tener un rumbo y era feliz. Contigo ha alcanzado un escalón más, está ilusionado. Su vida está a tu lado…

—*Lady* Dríade Hutson-Smile. Ella era su hermana. La suerte para que su mentira prevaliese fue que no coincidí con él en Londres. Nunca nos vimos y eso no le impidió… —Se calló y comenzó a negar con la cabeza. El pasado estaba en su cabeza y era abrumador.

—¿Qué? ¿Qué te hizo? ¿Por qué ese cambio tan brusco? No lo entiendo, Jane. Hace unos instantes irradiabas felicidad, amor… ¿qué ha sucedido?

Jane la miró durante unos pocos segundos que la vaquera sintió como horas. Finalmente le respondió:

—Me has preguntado si creía en el destino esta mañana. Ojalá el sino no fuese solo un dios jugando con nosotros mientras se ríe a placer. Pregúntale a él sobre *lady* Jane Hertford, nieta del anterior conde de Alastor. Lord Ithorne me ha hecho perder seis años de mi vida… No sé cómo lidiar ante lo que siento… —Estaba abrumada.

Jane dejó de mirar a la vaquera y dio un paso para bajar los escalones del porche. Necesitaba alejarse, estar sola un tiempo y tranquilizarse. Sarah Lee la agarró del brazo.

—Por favor, Jane… Eres su esposa.

—Necesito… pensar. —La actual condesa de Ithorne bajó la mirada hasta el lugar donde la vaquera la tenía agarrada. Sarah la soltó como si quemase.

Jane comenzó a caminar. El sol se había puesto. La noche no tardaría en caer, no le importó. Era imperativo alejarse de allí, tener un poco de paz y sosegar su mente inquieta. Comenzó a correr para tratar de que toda la ansiedad se evaporase. Dolía. El recuerdo dolía.

Se había casado con el hombre que la sentenció hacía seis años y estaba segura de que él lo había sabido durante todo el tiempo. Embustero…

Capítulo 14

Lo inevitable

Sarah Lee entró como un vendaval en la casa y buscó a Águila Negra. Estaba enfrascado en una conversación con un Jeremy Andrews que se tambaleaba de lado a lado. Se acercó rauda para alertar al indio:

—Ve a buscar a Jane.

El mestizo se giró y barrió con la mirada todo el salón.

—¿Dónde está mi esposa?

—¿La condesa? —inquirió Jeremy.

Sarah bufó. Ahí estaba el misterio. Andrews lo acababa de resolver.

El indio miró a su amigo con cara de pocos amigos. Luego pasó la mirada a la vaquera. Volvió a centrarse en el pelirrojo.

—¿Qué has hecho Jeremy?

—¿Yo? Be…ber. —aludió con suma tranquilidad.

—Ella lo sabe. No sé lo que ocurrió, Águila Negra, pero está muy enfadada

—intervino Sarah.

—¿Dónde está?

—Ha dicho que necesitaba estar sola.

—¿Hacia el norte o el sur, Sarah? ¿A pie o a caballo? —Tenía una sensación extraña sobre Jane, tenía que hablar con ella.

—Iba a pie, en dirección a los establos. No sé si se habrá marchado, he venido a localizarte de inmediato —le respondió la vaquera, intuyendo lo que él le había preguntado.

—Jeremy… eres… —Águila Negra le dio un empujón y lo tiró al suelo antes de salir corriendo. Era eso o darle un puñetazo.

—¿Qué demonios le pasa? —se quejó Andrews desde el suelo.

—Sucede que eres un bocazas y no sabes cuándo dejar de hablar ni de beber. Jeremy Andrews, no sé qué te está pasando, pero no me agrada ver en lo que te has convertido. —Sarah le dio una larga mirada con enfado y se alejó de allí.

Observó que su esposo estaba sentado con su hijo Jackson, junto a la señora Rolser, quien sostenía a Leah y tomó a la niña en sus brazos.

—¿Hay algún problema? —se interesó Denver.

—Me temo que sí.

—¿Qué ha pasado? Estás pálida, Sarah Lee. ¿Podría ser que te hubiera dejado embarazada de nuevo? —se pavoneó con una brillante sonrisa.

—No, no es eso —dijo, no estando muy segura de si en verdad podría estar en estado de buena esperanza. Sacudió la cabeza—. Me temo que Jane está muy disgustada.

—¡Vaya! No ha tardado ni una hora en fastidiarla. A ese indio al que tanto alabas no le irá bien si no sabe conducirse con su esposa.

—¡Oh, Denver! Jane estaba dolida. Tremendamente disgustada.

—¿Qué le ha hecho? —dijo en tono serio al ver que su esposa tenía los ojos aguados.

—Es una historia larga.

—Comienza por el principio —le sugirió de modo sensato.

—Está bien… Te contaré lo que sé.

Mientras la señora Harris ofrecía los detalles sobre quién era en verdad Águila Negra, sobre su linaje de sangre azul, el afectado estaba sacando a Medianoche del establo para ir a buscarla.

Jane salió de un cubículo en el que se había escondido y lo enfrentó tratando de estar tranquila.

—Te has debido burlar bien de mí —le espetó sin alzar la voz.

—Nada parecido, esposa. —El toque de la palabra hizo que ella sonriese tristemente.

—¿Esposa? ¿No *lady* Ithorne? —Sus palabras fueron un ataque. Él lo sintió.

—¿Ves ante ti a un conde? —rebatió él, mientras alzaba sus manos para que lo observase con atención.

—Veo a un embustero que me ha ocultado la verdad.

—Jane… —susurró su nombre al percibir el pesar en sus palabras.

—¿Cuándo lo supiste? —lo interrogó.

—No enseguida —se defendió.

—¿Cuándo? —lo azuzó.

—En la hoguera. La primera noche que acampamos junto al río. Cuando dijiste que habías sido una mujer con título en otra vida. Relacioné ahí tu nombre con el pasado —se sinceró.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Yo… no sé qué pensar… —Estaba inquieta y nerviosa.

—Ser mi esposa como pretendió tu abuelo.

Ella tomó una larga bocanada de aire para contener la rabia que le provocaba esa respuesta. Apretó los puños y se obligó a relajarse. ¡Que precisamente dijese eso el hombre que no quiso ni conocerla en aquel momento!

—Estás loco si crees que voy a olvidar lo que pasó con facilidad.

—Yo no te conocía —alegó con cautela.

—¡No quisiste conocerme! —gritó—. Dijiste que no te casarías jamás con una mujer que se vendiese tan barata y sin tan siquiera haberla visto, porque era evidente que tendría más taras que un bisonte descuartizado. ¿¡Recuerdas tus palabras, lord Ithorne!? —chilló con fuerza. Ambos estaban alejados el uno del otro. El mestizo dio un paso para ir a tocarla. Ella retrocedió dos—. No te atrevas a acercarte a mí. No ahora… —lo avisó. Él se resignó, dado que estaba ante una mujer herida.

—Jane, fue una conversación privada entre mi hermana y yo. Tienes que creerme, no imaginé el escándalo que llegaría a ocurrir… Tu sociedad es… cerrada, estrecha de miras. Yo… —Travis tragó saliva.

El vaquero recordaba las columnas de chismes hablando sobre él. Sobre el salvaje conde americano descendiente de los indios que había llegado a Londres en busca de esposa para perpetrar el título, y cómo había descalificado a *lady* Jane Hertford poniendo de manifiesto todas sus taras. Las palabras de su hermana advirtiéndole del daño que aquella sencilla conversación le traería a Jane… pero él no lo entendía. ¿Cómo una conjetura sobre una mujer podía someterla a la hoguera? Dríade se lo explicó una y otra vez, aunque él no vio la complicación. Para el indio, una cuestión de vida o muerte era estar frente a un toro bravo, no ante las murmuraciones de una sociedad civilizada. El dolor que veía reflejado en los ojos de su esposa en ese momento, le daba buena cuenta de que ella había sufrido mucho a manos de extraños que la vapulearon sin inmutarse.

—No conoces Londres. No sabes lo que es aquello. Las paredes tienen ojos y oídos. Ninguna conversación es algo íntimo si no se está en una habitación a solas, e incluso así, todo puede saberse. Alguien te escuchó… Una palabra mal dicha contra una mujer y sus posibilidades… se pierden.

—Lo haces sonar como una sentencia de muerte, Jane. Solo sucedió que yo no estaba en Londres para encontrar esposa. Aquel no es mi mundo. Texas es mi hogar, al igual que es el tuyo. Solo fui, obligado, a arreglar los asuntos para darle poderes al esposo de mi hermana. Él es quien administra todo. Me tendieron una trampa. Llegué y había sobre la mesa un contrato. Tu nombre impreso en él. ¿Qué clase de mujer acepta casarse con un hombre del que dicen que es un salvaje y al que no ha visto?

Ella lo miró con intensidad y suspiró.

—¡Una mujer desesperada! Una con unos fallos tan grandes que ni un salvaje la quiso por esposa. Mi reputación ya era débil cuando otro antes que tú me dejó de lado, aludiendo a que mi figura era demasiado redondeada, mis modales toscos, mi cabello no era del color adecuado. No fuiste el primer conde que me descalificó y me puso en el punto de mira de la sociedad. Sobreviví a la primera tortura porque el abuelo consiguió capear el temporal. No lo entiendes, tú eras mi última oportunidad. No sabes lo que es Londres —repitió—. Yo era poco más que una paria social desesperada por encontrar a un salvador que me ayudase a contener al diablo. El conde de Trust tenía dinero, fuerza, poder… Era quien susurraba al primer ministro. Estaba por encima de mi abuelo… de mi tío George. El golpe de él no fue nada comparado con el tuyo porque ya me dejaste sentenciada. Tenía todas mis esperanzas puestas en aquella unión. Siento

que me condenaste a seis años de entrenamiento con mi abuelo. Yo ya no podía más, no quería seguir. No me gustaba hacer lo que él decía que tenía que saber… —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas al recordar los amargos años pasados. Águila Negra sintió que sus propios ojos se nublaban al ver la lástima en la mirada de la mujer más importante de su mundo. Ella sufría por su culpa.

—No podía quedarme, Jane. No era mi lugar. —Tenía unas ganas enormes de acercarse a su amada y darle consuelo entre sus brazos, borrar sus lágrimas con besos tiernos.

—Una mujer solo tiene su reputación —siguió ella con sus recuerdos—, y tú me diste la estocada final después de Trust. Me comparaste con un bisonte… Los periódicos dijeron que *lady* Jane había espantado al conde salvaje… —Se pasó las manos por el rostro. Él no podía hacerse una mínima idea de lo que fue aquello. Siempre viviendo con el miedo de que el Demonio regresase, temiendo por la seguridad de su hermana… sin opción para un futuro mejor.

—Si te hubiese visto, las cosas serían diferentes… Siento lo que pasó, pero no eras mi responsabilidad, Jane.

Ella lo miró detenidamente.

—No, no lo era. Pero no puedo evitar recordar las mofas, susurros acusadores para poner de manifiesto que yo no servía para ser la simple esposa de un salvaje. Me siento…

—Ah, pero el destino quiso que estuviésemos juntos, nos reunió, Jane. Te lo dije, cariño. Nadie puede separarnos y tienes la prueba delante. Hui de ti y viniste a atormentarme. Te juro que traté de apartarme en cuanto me di cuenta de quién eras, la vida de lujos que habías disfrutado en Londres… y por eso creí que Andrews te ofrecería más. Te juzgué mal, tú estabas llena de sorpresas. No creas ni por un momento que no soy consciente de que no me porté bien contigo, aunque no pueda cargar con toda la culpa que me achacas, porque no orquesté nada de lo que sucedió.

—No pensabas decírmelo, ibas a ocultármelo y eso también me duele. Yo te conté todo lo peor que había en mi vida, mis miedos más ocultos, lo que me hizo mi tío… ¿Por qué no decírmelo, Travis? —Usó su nombre y eso le dio una pista de que ella estaba dolida. Muy dolida.

—No soy un conde, Jane, y no quería hacerte sufrir más. El pasado no se puede remediar… ¿Qué ganaba por levantar las ampollas?

—Yo… Siento que has roto algo dentro de mí. No sé cómo sentirme, pero me duele mucho aquí —se llevó una mano al pecho—. No entiendes el sufrimiento que siento… —dijo en un murmullo.

Él se envaró.

—¿No, Jane? ¿Crees que no sé lo que es sufrir? Lo sé tanto o más que tú. Hablas de tu reputación, del dolor que sentiste… ¡Yo perdí a la mujer que amaba porque no luché por ella y seguí los dictados de los demás! No volveré a cometer dos veces el mismo error. De hecho lo cometí, porque en Londres, mi hermana, su esposo, los abogados… todos querían decidir por mí. Tuve que reafirmarme en mi decisión y te perjudiqué. ¿Qué quieres que haga? ¡No puedo remediar lo que ocurrió! —alzó más la voz de lo que pretendió.

—No me diste una mínima oportunidad… —Ella solo veía los últimos seis años siendo su esposa. Solo si él hubiera…

—¡No te conocía! No me importabas. No era tan grave a lo que te enfrentabas, tu vida no corría peligro. No ibas a morir por mi negativa, Jane —confesó con sinceridad.

—Es cierto, pero duele de igual modo. Duele mucho… Tu hermana te tuvo que haber explicado bien lo que significaba no casarse conmigo después de que tus palabras sobre mí trascendiesen. Londres no perdona los errores, unos que tú pusiste sobre mis hombros. Me humillaste, aunque no lo pretendieses. Te llevaste contigo la única salida que tuve de escapar del Demonio. Mi hermana y yo no pudimos salir del agujero porque perdimos todos los contactos. ¡Mi abuelo planeaba convertirme en una espía! —confesó al fin el mayor daño que su abuelo le había infligido—. Ni siquiera te dignaste a conocerme… Todo habría sido tan diferente… —Era entraño lo que sentía en su interior.

En ese momento exacto, el indio comenzó a preocuparse muy seriamente. El dolor que prevalecía en sus palabras lo estaban matando. No deseaba verla así, triste, apagada, enfadada…

—Yo no lo sabía. No sabía quién eras, lo que sucedió… No lo sabía… No lo sabía… No sabía… —se lamentaba una y otra vez—. Nada. Nada sabía de tu familia, de tu infelicidad.

Comprendía que pese a no haberla conocido, ella podía sentirse traicionada. Tanto Travis como Jane eran conocedores de que una sencilla mirada los habría conectado, porque fue precisamente eso lo que le sucedió cuando la vio en la estación del ferrocarril de Austin.

—Pudimos habernos casado seis años atrás… Yo… —Se limpió las lágrimas con fuerza con la manga del vestido.

—Pero lo eres, Jane. Eres mi esposa ahora. Siempre has sido mía. ¿No lo ves? —dijo desde su posición ante ella.

—Tuviste que habérmelo dicho. Yo siento que he perdido la confianza en ti. Me duele…

Se colocó ante su mujer con la expresión muy seria.

—No tienes opción, Jane. Eres mi esposa. Te entregaste a mí anoche. Esta mañana volvimos a sellar nuestro pacto. No importa el pasado, el presente y el futuro están a nuestro alcance. Deberás encontrar la fuerza para perdonarme y olvidar.

—Yo te amo. Muchísimo… pero no puedo olvidar que me has ocultado la verdad. No sé cómo lidiar con lo que siento. Estoy furiosa. ¿Qué hago con lo que me duele aquí? —Volvió a tocarse el pecho—. ¿Qué hago con la intranquilidad, la soledad, el sufrimiento de aguardar el regreso del Demonio para que nos sometiera a Dana y a mí a sus caprichos y placeres? Haces que piense que únicamente pueda confiar en mí misma. Acabé en la boca de las hienas… pude haber estado a salvo seis años atrás. Debes comprender que no es sencillo. La revelación no es fácil de aceptar.

Las costumbres de Londres eran más sanguinarias que vivir en una selva salvaje. Un sencillo error, una palabra malintencionada y una dama quedaba a merced de los furtivos que la destrozarían sin piedad. Y eso fue lo que le sucedió. Sin opciones para buscar otro matrimonio, sin esperanzas de poder formar una familia y él estuvo al alcance de su mano. Una sencilla

presentación hubiese bastado, ella lo sabía… Era contradictorio saber que el hombre que consideró en su momento le había quitado todo, fuese el que le volviera a dar esperanza. ¿Cómo podría superar lo que sentía en su pecho?

Dolía. El pasado la estaba atormentado. No quiso verla seis años atrás. La hermana del indio se excusó, pero ambas sabían lo que implicaba que él rompiese el acuerdo que el abuelo ya había firmado y del que él no quiso ni escuchar hablar. *Lady* Dríade también entendía que su futuro terminó en cuanto se aireó aquella conversación que los hermanos tuvieron creyendo que nadie los escuchaba.

Jane comenzó a andar para salir del establo. Cuando llegó a su altura, la agarró e hizo que ella terminase entre sus brazos. La aprisionó para que no escapase.

—Nos condenarás, Jane. No te alejes de mí. No fui consciente de lo que suponía para ti. Solo deseaba poner en orden las cosas de mi padre y regresar. También fui una víctima de aquello. Estoy aquí. Eres mi esposa.

—Necesito un poco de tiempo. Mi cabeza… es un hervidero. Por favor…

—No estás siendo justa, cariño… Intuyo que me estás pidiendo que me aleje de ti y no puedo hacerlo.

—Te ruego que me des unos días. Un poco de tiempo para asimilar quién eres, lo que pasó años atrás. Es complicado olvidar que solo debíamos habernos visto una vez y todo habría encajado. Seis años… Seis años… No puedo, por favor, déjame ir. No puedo… no puedo… —repetía una y otra vez—. Ahora mismo no puedo darte lo que sé que me pides.

Él ahogó un grito sordo. Se tragó el dolor del pecho que se amotinaba en su garganta al verla tan descompuesta y se irguió para dejarle ver la clase de hombre con el que se había casado: uno que jamás se rendía ante la adversidad.

—Eres terca y lo peor que hay es una mujer que cree que lleva razón. Te daré tiempo para que comprendas que tu enfado por el pasado no debe ser un obstáculo insalvable, porque yo no conocía tu sociedad, ni vuestras reglas. Solo puse de manifiesto mis opiniones sobre una

mujer a la que no conocía y no deseaba conocer. Te daré tiempo, pero volveré a por ti, Jane.

Bajó sus labios y la besó con intensidad. Con devoción, para demostrarle, más allá de las palabras, lo que verdaderamente ella significaba para él. Jane cerró los ojos y se concentró en esa muestra. Tenía muy claro que lo amaba. Lo amaba con todo su ser. Ese no era el problema. El dolor provenía de saber que si se hubiesen conocido, ella había estado los seis últimos años en el paraíso y no en un entrenamiento continuo y aguardando al Demonio.

Solo después de hacerle saber a Jane lo que ella le provocaba, la soltó. Fue lo más difícil que había hecho en toda su vida. Ella corrió hasta la salida del establo ya sollozando.

***

Águila Negra no sabía cómo ser un esposo. Y no lo sabía, entre otras cosas porque ni tan siquiera pudo consumar su matrimonio en su noche de bodas… Creyó que la necesidad por ella podría sobrellevarla con relativa normalidad, dado que disfrutaron el uno del otro antes del enlace. Mentira. Había pasado una semana entera y el malhumor del indio tenía a todo el Jane Hope desquiciado. Ah, pero él no iba a ir a buscarla ni a persuadirla de que volviese. Lo había pensado mejor. No. Le había dado muchas vueltas a ese asunto y no podía hacerlo, porque si llegase a presentarse en el rancho de Sarah, se la cargaría al hombro después de darle una buena tunda. ¡Era su esposa! Ella debería estar a su lado. Bien. Si su orgullo femenino pretendía tenerlo postrado a sus pies, no iba a obtenerlo tampoco.

¡Aaaah! Pero fue una semana larga y dura, donde después de los largos y duros días de trabajo no pudo disfrutar de la calidez y las atenciones de la mujer que lo había aceptado para casarse. Así que su larga y dura *torre* estaba causándole muchos problemas. También añoraba observar sus bonitos ojos burlones cuando lo retaba. Y no conseguía olvidarse de sus labios jugosos y tiernos. Su risa. Deseaba escuchar su risa y poder olvidar la amargura que sintió en sus palabras cuando le relató lo que supuso su negativa de conocerla en Londres, de cancelar el contrato de una boda acordada.

Ella debía comprenderlo. Era un indio que se vio en medio de algo que no le agradaba. La sociedad inglesa no era para él. La detestó cuando puso un pie en el puerto londinense y sintió su frialdad, una que no solo permanecía en el ambiente. Su lugar no estaba allí. ¿Qué podía haber hecho más que lo que hizo? Huyó rápido de las contrariedades, porque se consideraba un tipo listo. Su hermana pretendió retenerlo a toda costa. No conocía a Dríade lo suficiente para saber su carácter, pero pronto ella le demostró que era su familia y en la familia se debía confiar, pero no deseaba claudicar ante lo que le solicitaba. No pudo quedarse allí ni por su propia hermana… ¿Cómo hacerlo por una desconocida a la que no deseaba conocer?

Cierto que el pasado les causó una mala jugada, pero no se podía deshacer lo hecho, ni regresar atrás en el tiempo… Y si lo último fuese posible, él lo haría con los ojos cerrados, se casaría con ella en Londres y luego la traería, junto con su hermana Dana, a Texas. No ocurrió así… ¿Quién iba a imaginar que una joven dama inglesa fuese como Jane? Ni en sus mejores pensamientos habría conjeturado que la nieta del conde de Alastor resultaría como fue ella.

En medio de sus cavilaciones, sus piernas lo llevaron hasta el establo. Se había cambiado la ropa y estaba decidido a ir en su busca. Frenó en seco en cuanto estuvo ante la puerta de madera. Se quitó el sombrero y se mesó el pelo. Ni arrear el ganado con la dureza con la que lo habían hecho todos esos días conseguía apaciguarlo. Una parte de él deseaba traerla a casa. Otra, en cambio, quería castigarla porque por lo visto podía vivir sin él con facilidad. ¿Y si no lo echaba de menos? ¿Y si había cambiado de idea sobre su unión y pretendía anular el matrimonio? Todo el mundo sabía que su noche de bodas no había podido llevarse a cabo, puesto que no durmieron ni en la misma casa. Águila Negra maldijo entre dientes y se lamentó por no haberle hecho el amor en un cómodo y limpio cubículo después de aquella discusión. Ella respondió a su beso, y él solo tenía que haberla seducido con todo…

—¿Hay algún problema, jefe? —El capataz salía del establo sobre su caballo.

—No, solo… —Lo miró con atención—. ¿A dónde vas?

—Al pueblo, necesito un poco de diversión y el Orient Saloon me parece un agradable lugar donde un hombre puede encontrarla, si sabe a lo que me refiero.

—Sí… —El indio había sospechado que ese sería el lugar al que se dirigía. —¿Te importa que te acompañe?

—No, es más, estaré encantado de que lo haga. Todos lo estaremos —dijo por lo bajo, en alusión a su malhumor, uno que todos habían padecido en sus propias carnes. El indio podía ser muy insufrible cuando estaba contrariado.

—Solo voy a ir a tomar un *whisky*, tal vez dos —le advirtió con molestia, dado que imaginaba que su subordinado estaba hablando de que le iría bien subir al piso de arriba con una bonita palomita.

—Por supuesto —señaló el señor Barry Nicholson con indiferencia. Él no censuraría a un hombre por ir a buscar un poco de placer si su esposa se negaba a ofrecerlo…

Así fue como el capataz y su jefe se pusieron en marcha y acabaron en medio del pueblo. El sol se estaba poniendo y lamentó que todavía hubiese claridad porque eso supuso poder ver lo que tenía enfrente.

Un indio. Un indio caminaba por el medio del pueblo causando mucho interés. Y lo peor de todo era que ese salvaje precisamente…

Águila Negra invitó a su capataz a adentrarse en el Orient Saloon mientras se encaminaba hacia Hacha de Guerra. El guerrero iba andando, sosteniendo las riendas de un caballo blanco. Lo tuvo delante y lo vio examinándolo con atención.

—¿Dónde están tus mujeres? —preguntó con una sonrisa ladeada y en la lengua Siux el guerrero Lakota.

—Fuera de tu alcance —respondió en tono burlón en el mismo idioma.

—Apuesto a que sí. Aunque me ganaste por pura suerte, imagino que si me volviesen a ver, las dos podrían renunciar a ti con suma facilidad. Es del todo evidente que soy más fiero que tú.

—Si eres más feliz pensando eso… No seré yo quien te prive de tus sueños.

—Dame a la pequeña mujer roja. Puedo pagarte.

—¿Estás aquí solo por una mujer? —inquirió escéptico. Entre otras cosas, porque la última vez que se topó con Hacha de Guerra le dijo que Dana se había marchado hacia el Este. Algo no cuadraba en la situación.

—No, pero verte aquí supone que puedo hacer las dos cosas. No creas ni por un instante que no sé que me mentiste.

—¿Te mentí? —Trató de hacerse el despistado. Bien sabía a lo que se refería el hombre que tenía enfrente. Cuando algo obsesionaba a un indio, no podía olvidarse del objeto de su interés.

—Sé que las tienes cerca. Un hombre no se desprende de dos mujeres como esas… Aunque a ti te gustaba más la del pelo amarillo. Dame a la roja —insistió.

—No —zanjó la cuestión—. ¿Qué haces en Crystal City? No es aconsejable caminar en un pueblo de blancos siendo un indio… Deberías haberte puesto ropa más adecuada. Creo que están todos nerviosos. —Los hombres pasaban de lejos pero no dejaban de observarlos con mucha cautela.

—Estoy siguiendo las huellas de un grupo de hombres que me dieron por muerto —aludió con furia—. Mataron a mis dos hermanos… por la espalda. ¿Qué honor hay en eso? —preguntó ardiendo de ira.

—Creo que debemos buscar un poco de *whisky*. Imagino que la historia va a requerir alcohol.

—Yo no bebo y menos en un lugar de blancos —observó Hacha de Guerra.

—Yo lo haré por los dos. Vamos al saloon antes de que alguien saque una pistola y te asesine también a traición.

—Me dices que me vista como uno de ellos para transitar por sus calles y… ¿propones entrar a la taberna? —No lo iban a dejar acceder y en el peor de los casos… Ese mestizo no estaba bien de la cabeza.

—Sí. Vamos.

—Creo que estás loco, Águila Negra —le dijo en voz alta.

—Yo te protegeré, no tienes de qué preocuparte —repuso socarrón.

El guerrero gruñó y luego añadió:

—Si logras que entre, y que no haya una gran trifulca, yo mismo te invitaré a un trago.

—Yo respondo por ti —le aseguró con convicción.

Los dos indios se adentraron en el lugar, después de anudar al caballo blanco en el poste cerca del abrevadero. Hacha de Guerra se colocó su machete en el cinturón, en la parte trasera, y el arco lo dejó a su espalda, tal y como le había sugerido Águila Negra que hiciera. Así que, con resignación y sintiéndose más vulnerable accedió al saloon con recelo. Ni que decir tiene que en cuanto lo vieron, la música cesó y todo el mundo dejó de hablar para observarlo. Iba ataviado con sus plumas, su cabello trenzado, el pecho descubierto… Todo un gran guerrero Lakota capaz de hacer morir de miedo con una sola mirada a un hombre de tamaño menor que él… incluso a uno más grande. Era fiero, se veía más peligroso y salvaje que Águila Negra. Y eso que el mestizo, vestido de hombre civilizado, asustaba bastante.

—¿Cuál es el plan, Águila Negra? —preguntó en su lengua materna el indio. Habló con cautela y sin hacer el menor movimiento. Sentía que el hombre tras la barra del establecimiento estaría apuntándole con un rifle oculto. Y creía que las mujeres, que estaban en medio del escenario con las faldas a medio vuelo y con cara de pánico, se pondrían a gritar y a llorar en cualquier momento si osaba dar medio paso incluso para salir del lugar.

El señor Hutson se dirigió a la sala con calma para decir:

—No es un problema. Yo respondo por él. Es mi amigo —señaló en la lengua de los tejanos civilizados.

—Prometo portarme bien. Tengo dinero —habló Hacha de Guerra, en el mismo

idioma que Águila Negra acababa de usar. Y para mostrar que no mentía, el guerrero alzó una pequeña bolsa que llevaba en su cinturón. La sacudió y sonaron las monedas.

El mestizo lo miró contrariado. No había esperado que supiera hablar la lengua del hombre blanco.

—Creí que solo hablabas Siux —observó Águila Negra.

—Lo diste por hecho y no quise sacarte de tu error porque mis hermanos y yo pretendíamos averiguar algunas cosas sobre tus mujeres, pero parece que las tenían bien adiestradas porque no dijeron una sola palabra —señaló con media sonrisa.

—Vayamos a una mesa —dijo negando con la cabeza, contrariado.

Se movieron hasta el lugar que propuso Águila Negra y todo el mundo los seguía con la mirada. En cuanto estuvieron sentados, todo pareció tranquilizarse. Las muchachas comenzaron a bailar, dado que la música se reinició, y las conversaciones habituales se reinstauraron. El saloon dejó de parecer la iglesia silenciosa de los domingos para convertirse en lo que era: un antro de diversión.

Les sirvieron dos vasos y dejaron la botella sobre la mesa. Los dos estaban solos. Águila Negra lo invitó a atender la cuenta y el indio pagó sin rechistar lo servido. Hacha de Guerra tomó el vaso y decidió probar el líquido. Ingirió el contenido casi sin respirar, de un solo trago. No tosió ni sintió que era ardiente. El mestizo frunció el ceño.

—¿No decías que no bebías? —habló en la lengua civilizada para no desentonar con el resto de los hombres, dado que el guerrero Lakota ya estaba causando mucho revuelo.

—Siempre hay una primera vez para todo. Además esto parece agua… ¿No hay nada más fuerte?

—¿Qué pasó con tus hermanos? —Movió la conversación hacia el asunto principal.

—Cuando nos topamos contigo y con tus mujeres… —se quedó pensativo—. ¿Dónde

están ellas? ¿Las tienes escondidas? —Paró el relato puesto que ese tema le interesaba mucho. Los ojos de la pequeña mujer con el pelo como el fuego lo fascinaron de un modo increíble.

—Han matado a tus hermanos… ¿y preguntas por mis mujeres? —lo acusó sin vacilación.

—Los hombres que asesinaron a mis hermanos y que me dieron por muerto, tienen un pie en la tumba, solo que aún no lo saben. ¿Dónde están la mujer amarilla y la roja? —Las identificó por el color del pelo. Ese tema le atraía muchísimo.

—Sigue con las explicaciones. Olvida a las mujeres —sugirió.

El indio se encogió de hombros.

—No importa, acabaré averiguándolo en cuanto termine de hacer el trabajo. Si tú estás aquí, ellas no deben estar lejos. No dejarías desprotegido y fuera de tu alcance algo que defendiste con tu propia vida —señaló, sabiendo que sus conjeturas eran correctas.

—¿Vas a explicarme lo que sucedió de una maldita vez? Si lo que quieres son mujeres, y tienes tanto dinero como parece que guardas en esa bolsa de tu cintura, bien puedes pagar por compañía femenina.

—No creo que ninguna de ellas —señaló el escenario—, me acepte ni por todo el oro de la mina más rica.

—Aquí las cosas son diferentes. Si yo digo que no eres un peligro, es porque no lo eres. Si causas algún daño, yo mismo te mataré y te diré, para mayor tranquilidad, que no sería por la espalda. No soy un cobarde y ya te gané una vez —sumó a sus palabras cierto orgullo.

—¿No saben que eres mestizo? —No conocía a ningún indio que contase con el respeto del hombre blanco. Y ser un mestizo era un pecado mayor todavía. No entendía nada.

—Los respetables habitantes de Crystal City confían en mí. Les he demostrado que pueden y deben hacerlo. Son mi familia —explicó con sencillez.

—Muy bien, te creo. —Lo miró a los ojos con fijación—. En cuanto a lo de vencerme… No estaría tan seguro. Sabiendo que podría quedarme con las dos mujeres… Lo tendrías más complicado que la primera vez. Ahora siento la ira corriendo por mis venas con intensidad. Eso me da fuerza.

—¿Quieres que lo veamos, Hacha de Guerra? —lo desafió con parsimonia.

—Tal vez en otro momento. Lo imperativo es que primero atienda a los hombres que nos asaltaron. Tienen oro que me pertenece y sus manos están manchadas con la sangre Lakota. Deben morir bajo mi machete.

—¿Qué pasó?

—Cuando nos encontramos con vosotros, semanas atrás, nos dirigíamos al sur. Unos hombres asaltaron la mina de nuestro territorio. Consiguieron llevarse un buen botín que debíamos recuperar. Los alcanzamos y nos hicimos con lo que era nuestro. Trabajo fácil. Somos grandes rastreadores, mejores guerreros… Cuando pusimos rumbo a casa, nos topamos con un grupo de diez hombres. Buscaban mujeres, y cuando nos vieron nos atacaron… por la espalda, después de decir que no se interpondrían en nuestro camino. Herí a un par, me dieron por muerto y les he seguido el rastro hasta aquí.

—¿Estás seguro de que están en Crystal City? No ha llegado nadie nuevo. El *sheriff* me lo habría advertido.

—¿Un hombre de la justicia te informa de lo que ocurre en su pueblo? —preguntó incrédulo.

—Me has visto pelear, no sabes cómo manejo el rifle. Soy bueno en lo que tú también sabes hacer —expuso con sencillez. El otro guerrero asintió.

—Las huellas acaban aquí. El grupo debe de estar cerca y voy a encontrarlos. Recuerdo los rostros de cada uno de ellos. Nunca olvido una cara. Sé que están en las inmediaciones del pueblo, es cuestión de un par de días.

—Siento mucho lo de tus hermanos —le dijo con sinceridad. Los Siux respetaban las reglas de un enfrentamiento con honor. De una buena batalla.

—Su vida era la guerra. Solo lamento que no pudieran perecer con más honor. Un tiro por la espalda… Teníamos demasiadas ganas de llegar a casa y creímos… —se lamentaba y se sentía culpable por haber pensado que los dejarían en paz. No fue así. Era un grupo con maldad y debía tener su castigo.

—No me gusta tener cerca a diez forajidos. La última vez… —No pudo evitar recordar lo que sucedió con los Dalthon y aquel pequeño ejército que reunieron para acabar con Denver Harris—. Habrá que hacer algo —dijo más para él que para el Lakota.

—¿Quieres unirte a mí?

—¿Cuándo piensas intervenir?

—Lo más pronto posible. Primero debo localizar su campamento y ver cuándo son más vulnerables para sorprenderlos. En algún momento deberán separarse y será mi oportunidad. Soy paciente. Soy un Lakota.

—Te ayudaré a averiguar qué quieren si es que siguen por aquí.

—¿Dudas de mis habilidades? —preguntó con cierta molestia.

—¿No debería hacerlo? —inquirió con una sonrisa ladeada.

—¡Desde luego que no! Somos hombres de honor y por eso nos sorprendieron cuando los dejamos atrás creyendo que seguirían su camino en paz.

—A mí me obligaste a luchar cuando nos topamos en el camino —hubo de recordarle.

—Vi a la mujer roja, la quería —señaló como si fuese la excusa más habitual del mundo para justificar una pelea a muerte—. Peleamos con dignidad y venciste… me retiré.

—No dudo de tu valía… Aunque… estaba recordando la lucha tan fantástica que entablé contigo… Fui bueno… —Le mostró una brillante sonrisa para tratar de que él se olvidase por un momento de los asesinos que sesgaron la vida de sus hermanos. El indio estaba sujetando con fuerza el vaso y eso indicaba que estaba dolido. Un poco de humor les haría bien a ambos. Los dos eran conscientes de que se habían enfrentado a muerte en el pasado y de que Águila Negra le había perdonado la vida. Ellos habían forjado un vínculo sólido, pese a no conocerse con anterioridad. El honor era un asunto sagrado para los Siux.

—Me parece que cuando acabe con mis prioridades, vamos a volver a enfrentarnos. Debes demostrar que no fue solo suerte, Águila Negra. —El mestizo lo observó relajarse y supo que había logrado su objetivo.

—¿Dónde vas a dormir?

—En cualquier lugar. —No mentía. Lo había hecho en las últimas semanas. Cuando los asaltaron lo dejaron sin nada, pero él llevaba su pequeña bolsa bien oculta en su montura. El caballo escapó, con sus pertenencias, tras los tiros, una vez que Hacha de Guerra cayó al suelo, pero con solo un silbido lo hizo regresar cuando los malhechores huyeron. Llegó hasta otro poblado indio y lo socorrieron en cuanto dijo que el hombre blanco le había disparado por la espalda.

—Vendrás a mi casa.

—No me hace falta un techo.

—Lo sé, pero me quedaré más tranquilo si andas cerca.

El mestizo lo vio fruncir el ceño. Era evidente que estaba dando vueltas sobre la conveniencia de aceptar su ofrecimiento.

—De acuerdo. ¿Tus mujeres están allí? —se interesó.

Águila Negra bufó. Debió esperar que él estuviese pensando en Jane y Dana. Él mismo no podía sacarse de la cabeza a su díscola esposa. Suspiró con fuerza al darse cuenta de que no

iría a por Jane todavía. Tal vez fuese mejor así. Arreglaría las cosas con el guerrero indio y luego le explicaría un par de cosas que Jane debía empezar a comprender… como que el lugar de una esposa era estar al lado de su marido. Pero eso debía esperar.

—¿Debo preocuparme? No quisiera pensar que estoy dando la cara por un hombre que agradecerá mi gesto raptando a dos mujeres.

—Te he dicho que tengo honor. Tú me demostraste la misma cortesía. No pienso ir en contra de tus intereses. Aunque… podría pagarte en oro… Dame a una. La pelirroja.

—¿No piensas olvidar el asunto nunca?

—Aquellos ojos… eran más bonitos que cualquier pepita dorada. Ella es tan frágil que deseo protegerla de todo mal. Dámela —insistió.

—No puedo dártela ni aunque quisiera. Es una mujer libre que toma sus propias decisiones. No es mía, pero sí está bajo mi protección. Es mi familia —le aclaró.

—¿Y la otra te pertenece? —indagó con diversión. Cuando Hacha de Guerra se topó con ellos tiempo atrás, se dio cuenta, al instante, de que el mestizo estaba encaprichado con la mujer amarilla. Su posesividad fue evidente para sus hermanos y para él.

—Sí. Tanto como yo a ella.

Capítulo 15

Las hermanas Hertford

Jane estaba de malhumor. Era una mujer casada que residía en una casa que no era suya. Y lo malo, lo peor, radicaba en que todo fue culpa suya.

Después de los primeros dos días, tras la discusión, la cosa se enfrió. No supo, en un primer momento, cómo lidiar con el descubrimiento que la impactó sobremanera. Necesitaba tiempo para ver cómo asimilaba la nueva información, en especial el hecho de que él se lo hubiese ocultado cuando descubrió el nexo que compartían.

Se sentía traicionada y era complicado no atender a esa voz en su cabeza que le decía que todo hubiese resultado más fácil para ella si en Londres, el hombre al que amaba, que era ya su esposo, se hubiera dignado a tener una simple entrevista para conocerla.

Esos seis años donde el abuelo cada vez se mostraba más parecido al tío George en cuanto a asuntos de sangre y obligaciones… Y luego figuraba el hecho de recordar la incertidumbre pasada, los días en los que se sentían sin protección frente al Demonio, porque el abuelo no se estaba haciendo más joven.

Así que todo era contradictorio en su mente. Por una parte, lo penalizaba por haber ofuscado todas las posibilidades que tuvo de casarse, pero por otra, se alegraba de no haber acabado ligada a nadie más que él. Sentía que ese mestizo, que por algún motivo había acabado siendo el conde de Ithorne, era el hombre al que estaba destinada.

Entonces, cuando se sentía triste y sola, quería estar en sus brazos reteniendo su afecto. Y en el momento en el que recordaba el pasado, deseaba alejarse de él. Así que era un torbellino de inseguridad y de no saber lo que debía hacer. Se decía a sí misma que conocería la verdad y la profundidad de sus sentimientos en cuanto lo tuviese delante.

Sarah Lee le había dado su espacio y no habló del asunto. No así lo hizo Dana. Su hermana era un incordio que la ponía más nerviosa todavía. Le había narrado la situación y su hermana no veía el problema. Para la pequeña de las Hertford, lo importante era el presente. Jane no lo entendía así, y ese fue motivo de varias disputas entre ambas… ¿Cuándo se convirtió su hermana en una tirana incluso peor que ella misma?

Los días pasaban y él no aparecía. Con lo cual, la situación se hacía más tensa para ella. Jane no lograba ver su futuro. Él dijo que vendría a por ella… ¿por qué no lo hacía? ¿Tenía que ir Jane a buscarlo?

Su situación era confusa. ¿Debía confiar en su amor por él? ¿Sería lo suficientemente sólido para olvidar el pasado y poder concentrarse en el presente… en el futuro? Muchas preguntas. Más incertidumbre.

Él fue el culpable de una serie de contextos muy incómodos en Londres, aunque era cierto que no la conocía y no le debía nada. Una mirada… si se hubiesen visto…

Jane se levantó de la cama, donde había estado sentada durante unos minutos, y gruñó con fuerza. ¡Estaba agotada de pensar, pensar y más pensar! Cerraba los ojos y veía a su peligroso mestizo, plantado ante ella, mirándola de ese modo tan característico suyo que denotaba protección, seguridad, posesividad… amor. ¡Un momento! ¿Él le había hablado alguna vez de amor? Jane frunció el ceño al hacer esa pregunta mental. No lo había hecho. Pero tampoco era como si Águila Negra fuese a ponerse a recitar bonitos poemas de amor. Se había enamorado de un hombre rudo, fuerte, fiero, hecho a sí mismo y no podía exigirle que se convirtiese en algo que no era. Eso, y que si no la quisiese no se habría casado con ella.

Jane le confiaría su vida sin dudarlo. Estaba segura de él. De que la protegería de todo mal, de que daría hasta la última gota de su sangre por ella. Todo ello tenía que contar para algo.

Llamaron a la puerta con suavidad. Era media mañana. Jane había subido a su habitación para cambiarse de ropa y limpiarse. Había ayudado a traer a un ternero al mundo hacía poco.

—Adelante —autorizó el paso.

—Jane… ¿Estás bien? —Sarah Lee la miraba con preocupación.

—Sí. Lo siento, ha sido una tontería ponerme a llorar en cuanto he sostenido al pequeño animal en mis brazos. No sé lo que me… —Su voz fue perdiendo fuelle, dado que sí sabía lo que le sucedía. Estaba muy triste e insegura acerca de todo.

—Ha pasado una semana.

—Lo sé. Cada mañana cuento los días —dijo Jane.

—No quiero meterme en tus asuntos, de verdad que no… Pero verte llorar antes… Estás sufriendo, Jane, y si conozco al mestizo como lo hago, apostaría mi rancho a que no eres la única. ¿Tan terrible es lo que pasó que no podéis…? —No se atrevió a seguir con la pregunta.

Jane suspiró. Se puso las manos en el rostro y buscó un punto de apoyo, así que se sentó de nuevo sobre la cama.

—Estoy avergonzada.

—¿Cómo dices? —La vaquera, que todavía estaba en la puerta, había esperado muchas respuestas. No esa.

—Lo amo, eso es tan cierto como que sé que mañana será un nuevo día. Lo supe en cuanto lo vi. Bajé del tren y con una simple mirada me bastó para que quedase asombrada con su aspecto, su porte, su… intensidad. Él estaba apostado junto a un poste, fuera de la taberna de Austin y no dejaba de mirarme tampoco. Me puse nerviosa, pero no podía dejar de buscarlo para comprobar si seguía examinándome. Fue una chispa que prendió con fuerza. Así que no puedo evitar hacerlo responsable de habernos quitado seis años. No quiso conocerme en Londres y eso

me perturba muchísimo. Incluso entiendo que es mi marido, estoy ligada a él y no soy una buena esposa porque… Bueno sigo viviendo aquí.

—Ve a por él —sugirió de modo sencillo.

—Ah, pero eso tampoco sé cómo afrontarlo. He estado esperándolo. Dijo que vendría a por mí. ¿Y si se ha dado cuenta de que hizo bien la primera vez cuando escapó de mí? Yo… ¡Estoy hecha un tremendo lío! —exclamó mientras contenía las lágrimas.

—Solo tienes que ir a por él. No te dirá nada, ni un reproche saldrá de su boca. Te lo aseguro. Lo conozco bien. Águila Negra no va a cambiar de parecer sobre ti.

—¿Y por qué no viene?

—Tal vez le suceda como a ti y no sepa cómo actuar en esta tesitura. Puedes dar tú el primer paso. Parece complicado, pero lo agradecerás en el momento en que veas que él también te esperaba.

—¡Soy un desastre! —se lamentó.

—No lo eres. Todo el mundo tiene problemas, en especial al principio de la relación. Denver y yo fuimos peores, te lo aseguro. ¿Lo dirías viéndonos ahora? —Trataba de tranquilizarla. Sarah Lee sabía lo que era sufrir cuando todo parecía volverse negro.

—Envidio vuestra complicidad, el modo en que os habláis y tratáis. Es como si fueseis solo uno. Yo también deseo un matrimonio así.

—Puedes lograrlo en cuanto estés preparada. ¿Lo estás? —Fue un reto. Jane lo sintió así.

—No puedo vivir siempre de tu generosidad. Supongo que deberé ir y enfrentarme a mis temores… Debemos seguir adelante —dijo convencida sobre lo que tenían que hacer Águila Negra y ella—. Ya tuve mi momento de reflexión y no ha servido para nada. Una semana y estoy peor que cuando lo eché a un lado para pedirle tiempo. Intuyo que Dana se alegrará mucho

cuando le diga que ella tenía razón y yo no… ¿Por cierto dónde está mi hermana? A estas horas de la tarde siempre viene a recordarme que soy la peor esposa de Texas…

Fue el turno de suspirar de Sarah Lee.

—No te va a gustar… —le advirtió.

—¿Qué ha sucedido ahora? No sé lo que hacer con ella —se lamentó.

—Se ha marchado al pueblo con los muchachos.

—¿A dónde? —No estaba segura de si deseaba tener es información.

—Denver ha ido con ellos. Estará bien. Era la despedida de Jimmy. Ha decidido regresar a casa y los vaqueros han querido despedirlo del modo en el que merece…

—No me digas que mi hermana está en el saloon —señaló con desespero.

—Eso me temo. Es muy insistente cuando se lo propone. Ni tan siquiera Denver ha podido convencerla para que se quedase en casa. Ella ha hablado de que si era un problema de torres o de monstruosidades, estaba dispuesta a demostrar que escondía un mástil entre los pantalones… —Sarah Lee estuvo impactada por la audacia de la pequeña pelirroja. Cuando su esposo le contó el modo tan particular que tuvo de defenderse de él, al sugerirle que tal vez no fuese buena idea que ella fuese al saloon… Por lo visto, según le explicó Denver, la muchacha se había dado cuenta de que los hombres solían hacer mención a su… al tamaño de… sus atributos para darse mayor importancia. Era innegable que Dana aprendía rápido.

—¿Cómo has dicho? —Jane no entendía esas palabras.

—Son cosas de hombres.

—Pero mi hermana es una mujer —puntualizó.

—Lo sé, lo sé. Pero es demasiado… es… Ella…

—Ni lo intentes, no vas a saber cómo calificarla. —Jane adivinó el rumbo de los pensamientos de Sarah.

—Sí, mejor hablemos del precioso vestido que te pondrás para ir a recuperar a tu esposo. Tu hermana…

—¿¡Crees que lo he podido perder!? —preguntó alarmada, interrumpiéndola.

—Por supuesto que no. Fue solo una manera de hablar. Tienes más poder sobre Águila Negra del que crees, deberás tener cuidado —le recomendó, al tiempo que le guiñaba un ojo—. En cuanto a Dana, iba a decirte que sabrá manejarse en el saloon… siempre y cuando no beba de más y caiga desmayada en los brazos de algún hombre… —Sarah carraspeó. No debió decir eso en alto. Se dio cuenta en el momento en el que vio a Jane palidecer.

—¡Cielo santo! Mi hermana podría acabar haciendo justo eso. Creo que debo ir a buscarla de inmediato.

—No puedes hacer eso, Jane. No, si no quieres avergonzar a *Dan* ante un buen puñado de vaqueros.

—¡Mi tormento no acaba nunca! —se lamentó por el comportamiento de su hermana.

—No te preocupes, Denver no dejará que le suceda nada malo.

—Ah, pero ella es muy capaz de llevarlo a su campo con facilidad. Me he dado cuenta de que Dana sabe cómo manejar a todo el mundo con unas pocas palabras y eso no me agrada. La prefería cuando era controlable y estaba cerca de mí todo el tiempo. —Era innegable que el ratón de biblioteca había evolucionado de un modo que asustaría a cualquiera.

—Es tu hermana pequeña… Yo no entiendo de eso, porque no tengo una, pero sí me convertí, sin esperarlo, en una hermana pequeña para dos hombres. Te diré que Águila Negra y Jeremy Andrews me hicieron sentir muy miserable en alguna ocasión, en especial cuando hacían cosas por mi propio bien, que no me beneficiaban en nada, es más complicaban todo. Deberás dejarla volar, Jane. Dana no es la misma que cuando llegó. Es fuerte.

—Será un escándalo cuando descubran que nunca fue un hombre. ¿Cómo lo podré remediar?

Sarah se acercó a ella. Se dio cuenta de que mantener una conversación de pie, en la puerta, era una tontería. Le tomó las manos y le sonrió.

—Llegaremos a eso cuando sea el momento. Centrémonos en tu esposo. ¿Qué vestido usarás? El de boda me parece perfecto.

—Yo…

—¿Qué sucede, Jane? —La veía descompuesta.

—Mi mente está con Dana en estos momentos. En cuanto sepa que ella regresa a salvo, haré algo con mi embrollo. Primero tengo que saber que ella está bien. Mi hermana es mi prioridad. Si algo le sucediese…

—No puedes ir al saloon, Jane. Ella se enfadará muchísimo.

—Sí… tienes razón —suspiró—. No entiende que es toda mi vida. La quiero tanto… No puedo pensar en un mundo donde mi hermana no esté a mi lado. Siempre vivo con miedo por si…

—Estáis a salvo, Jane. No corre peligro, ni tú tampoco.

Ella asintió ante las palabras de la vaquera.

—Esperaré a que Dana regrese. Iré haciendo las maletas para tenerlo todo listo para mudarme a mi hogar, junto a mi esposo —sentenció.

—¡Sabia decisión! —estuvo conforme Sarah Lee.

—Sí. Esperaré a Dana y luego buscaré a Águila Negra para… ¿Qué le diré? —No sabía el modo en el que debía conducirse después de la discusión, de haberlo apartado de su lado

precisamente en el día de su boda.

—Solo… bésalo —Sarah Lee le soltó las manos, se dio media vuelta y la dejó pensando en cosas de lo más interesantes.

***

Denver Harris era peor que una niñera. Incluso mucho más asfixiante que Jane. Dana creyó que sería un poco más tolerante. No. Estaba en un saloon lleno de apuestos y bravos vaqueros, disfrutando de un ambiente del todo desinhibido, mientras las muchachas se levantaban la falda y enseñaban las largas piernas al ritmo de la animada música del piano, y no se estaba divirtiendo. Solo le había dejado beber un vaso de *whisky*. No. Denver Harris no era, para nada, divertido. Tampoco permisivo. Y lo peor era que no le quitaba el ojo de encima.

—No parece que te estés divirtiendo —le dijo a Dana su amigo Prescott.

—No lo hago. Me siento… No me siento libre.

—Eso es porque no lo eres, Dan.

Los dos amigos estaban en una mesa, jugando a las cartas. Ella había perdido las últimas dos manos de póker y no tenía ganas de seguir en la taberna.

—Me gusta más cuando venimos tú y yo solos. No tengo a nadie controlándome para que no me meta en dificultades.

—Pero eres peligroso, amigo mío. —Esa muchacha se metía en demasiados problemas sin querer… evitarlos.

—No lo soy —rebatió.

—Lo eres porque la última vez tuve que ayudarte a sacudirte de encima a dos palomitas de tu regazo, y una acabó sobre mí toda la noche.

Dana se rio con ligereza.

—Es cierto. Tú tampoco te divertiste esa vez. —Los compañeros de la partida la observaron ante las palabras dichas, pues era incomprensible que un hombre no se divirtiese mientras tenía a una falda ligera sobre sus rodillas—. Una pena que no cobrases la paga y pudieras hacer uso de aquella preciosa mujer. —Improvisó. Prescott también se quedó tranquilo con su respuesta. Eran tan cómplices que en muchas ocasiones se olvidaban del papel que interpretaban.

—¿Quieres que nos marchemos? —inquirió a disgusto Prescott. La noche le estaba yendo bien en el azar y no le apetecía meterse en los barracones todavía.

—Yo me iré solo. Todavía no ha oscurecido. —Dana se levantó.

—Te acompañaré. —Su amigo movió la silla dispuesto a incorporarse.

—No. No lo harás. No me harás sentir como a un niño pequeño que necesita tutela constante. —Una vez más los hombres la miraron con el ceño fruncido—. ¡Soy un hombre muy capaz de disparar a cualquiera que me moleste. No toleraré que se dude del poder de mis bolas! —Prescott la miró extrañado. Ella supuso que fue a raíz de la última frase. Maldijo porque no le salían expresiones varoniles de modo sencillo, tal y como lo hacían ellos. Denver Harris era tan natural a la hora de blasfemar o usar esas palabras prohibidas… Incluso el bobo de Andrews lo hacía mejor que ella.

—¿Dan? —interrogó su amigo.

Ella carraspeó.

—¡No voy a dejar que nadie crea que no tengo las bolas grandes y un grueso y largo mástil! —Esperaba que con esa frase le fueran mejor las cosas. Supo que no había sido hábil en cuanto Prescott se puso una mano en la frente y bajó los ojos, demostrando vergüenza ajena.

—¡Chico! —lo llamó desde la mesa de atrás Andrews. Ella se giró por inercia y lamentó tenerlo en el campo de su visión al momento—. Si lo que necesitas es vaciar las bolas y que una brava mujer halague tu mástil, saca unas monedas y sube arriba. Te hará bien que te cabalgue una buena tejana… si es que eres capaz de hacerlo, por supuesto. —Los hombres más cercanos se rieron por la gracia de Jeremy Andrews.

Dana sonrió de lado. Si él pensaba que iba a quedarse callada… Desde su posición, mientras instaba a su amigo a no levantarse de su mesa, dado que había decidido regresar al rancho sola, se irguió y miró a Jeremy con los ojos desafiantes.

—Pero… señor Andrews, no quisiera dejar en entredicho su hombría. Si todas las palomitas que hay aquí me prueban, y descubren que su oruga no es comparable a mi torre monstruosa… —Oh, cómo le habría gustado que Águila Negra la hubiese podido escuchar. Se felicitó a sí misma por la combinación de palabras—… me temo que le cobrarían el doble por no poder satisfacerlas adecuadamente.

Andrews se levantó de la silla, con tal violencia que el mueble acabó en el suelo.

—¿Quieres que nos quitemos los pantalones y veamos quién la tiene más gruesa y larga, chico? —inquirió molesto.

Ella se encogió de hombros. La satisfacción brillaba en los ojos esmeralda femeninos.

—Yo si fuese usted, señor Andrews, me lo pensaría dos veces. Si se baja los pantalones ante tanto público masculino, podría dar pie a que todos supusiéramos algo que no es… —Paró de modo deliberado su observación para poder ponerlo nervioso unos segundos y luego siguió con su suposición—: ¿Podría ser considerado como una invitación a cuestiones que no son para nada estimadas… varoniles…? —se mofó, pensativamente. Él supo a qué se estaba refiriendo y gruñó. El improvisado público más cercano se rio. La ofensa de llamarlo desviado estaba más que patente en el aire.

—No es a mí a quien podrían acusar de situaciones anormales con otro hombre —contraatacó Andrews.

—¿Ah no? —preguntó con falsa sorpresa.

—¡Desde luego que no! —se enfurruñó—. Soy más hombre de lo que tú llegarás a ser en toda tu vida, chico. —Los allí presentes volvieron a reírse.

Ella mantuvo la calma.

—Como sea, yo no necesito demostrar nada, porque sé que soy superior a usted… en todos los aspectos. Incluidos los asuntos que maneja entre sus pantalones.

—Palabrería —la regañó.

—Hechos —refutó de inmediato, y luego barrió el salón y vio a May Sue en un rincón. Al fin le iba a dar resultado la inversión que hizo con esa muchacha. Jane se creía que era una gran estratega, pero ella había aprendido un par de trucos también.

—¡Demuéstralo! —la desafió Jeremy.

—Oh, señor Andrews, su insistencia por verme con los pantalones bajados me tiene preocupado. —Se rio y le guiñó un ojo. El resto emitió unas sonoras carcajadas. Andrews se encendió. Ella le vio las mejillas ponerse al rojo vivo. Sabía que estaba jugando con fuego, pero era tentador molestarlo. No podía dejar de hacerlo y no lo habría hecho ni aunque pudiese haberlo dejarlo pasar.

—May Sue… —llamó Dana a la muchacha que seguía el intercambio de palabras entre risas. Esta hermana Hertford se dispuso a componer su mejor voz ronca y sugerente.

—¿Sí, señor Hertford? —respondió la interpelada.

—No es propio de un caballero incitar a una dama, más a una tan preciosa como usted, pero me veo en la obligación de tener que pedirle que atestigüe un hecho… aunque ello suponga terminar con el capricho del señor Andrews de satisfacer su curiosidad sobre mis partes privadas.

La sala se mofó. Jeremy apretó los puños con fuerza pero se contuvo de ir a buscarlo

para darle su merecido.

—¿Qué necesita que haga? —La mujer se hizo una idea de lo que le pedía.

—¿Sería tan amable de decir si miento cuando digo que soy monstruoso —Dana bajó la vista para hacer ver que hablaba de *esa* parte en concreto de su anatomía—, y de explicar cuánto tiempo estuvimos retozando la última vez? Pero solo si no lo considera una ofensa, señorita May Sue —trató de ser galante con ella y la vio sonreírle complacida.

—Oh, sí… Gigante. Me asusté en cuanto vi que un muchacho tan pequeño poseía un arma tan grande. Con respecto al tiempo… Si mal no recuerdo casi fue una hora… Creí que moriría de cansancio y de placer… La próxima vez tendré que cobrarle, señor Hertford, no puedo dejar que me manipule con su atractivo y encanto.

Dana le sonrió complacida por la gran farsa de la mujer. La pequeña fortuna que le pagó a la preciosidad morena de ojos negros, bien acababa de cumplir su cometido. Se le ocurrió que le iría bien tener un encuentro con una mujer y pagarle por su silencio y por mentir en caso de necesidad si alguien preguntaba acerca del señor Hertford. Era importante construir una buena imagen viril y el mejor lugar era en un saloon, y con una falda ligera a la que pudiese sobornar. Por suerte, May Sue resultó ser de plena confianza y no tuvo que explicarle que era una mujer, solo que mintiese si llegase el caso y aceptó con rapidez. El anillo de brillantes que le sustrajo al Demonio, y que empeñó en su momento, había servido de forma magnífica a sus planes.

—Mala suerte, señor Andrews, tendrá que afrontar el hecho de que no consiguió esta noche bajarme los pantalones. —Dana se llevó las manos a la cinturilla de la prenda—. Aunque en caso de que necesite verme… para quedar más complacido… yo…

El saloon entero, sí al completo, dado que poco a poco los hombres se habían interesado por la conversación entre Andrews y el señor Hertford, comenzó a reírse sin poder parar. Ella se sumó a las carcajadas y eso hizo que Jeremy comenzase a caminar hacia ella alzando el puño para atizarle en el rostro.

Dana echó mano del revólver que llevaba en el cinturón dispuesta a pararlo. Una gran figura masculina se interpuso entre ella y Jeremy Andrews en el momento indicado. Denver

Harris pescó el puño del pelirrojo al aire. El exranger se giró hacia ella y le ordenó:

—Quita la mano del arma, Dan. Es hora de que te vayas a casa.

Ella se quedó asombrada. Andrews le hubiese atizado con fuerza. Miró a su lado izquierdo y vio que Prescott estaba también más que preparado para haber intervenido en caso de que Denver no se hubiese anticipado.

—Me voy —le dijo a su amigo—. Quédate jugando, no desperdicies tu noche de suerte, amigo mío.

Dana salió de allí a paso seguro, tratando de no perder los nervios. Había ido demasiado lejos, lo sabía, pero no esperó que… ¡Maldito Andrews! A partir de ese momento, se juró que permanecería lejos de él, costase lo que costase.

Mientras, Denver miraba a Jeremy con cara de pocos amigos.

—Alguien debía darle una lección —soltó el pelirrojo con enfado.

En ese momento el señor Harris le soltó la mano.

—No vas a poner las manos sobre alguno de mis vaqueros. Tú empezaste a molestar al muchacho y cuando viste que te colocó contra las cuerdas, decidiste mostrarte violento. No iba a ser una pelea justa, Andrews. Siempre creí que de los dos —dijo refiriéndose a Águila Negra. Jeremy lo intuyó también—, tú eras el menos problemático. Creo que erré en mi suposición.

—Deberías atar en corto a ese chico si no quieres acabar enterrándolo antes de tiempo. Si no soy yo, otro acabará dándole una paliza o pegándole un tiro. Su insolencia no tiene límites —dijo al tiempo que recogía la silla y se sentaba en la mesa, simulando que no había ocurrido nada.

Jeremy comenzó a maldecir el hecho de haberse marchado de casa de su padre esa noche para tener un poco de tranquilidad en el Orient Saloon. Ese maldito pequeño pelirrojo lo sacaba de sus casillas como nunca nadie lo había logrado. ¡Qué demonios sucedía!

—No te acerques al señor Hertford, Andrews. Olvídate de él —le aconsejó Denver.

—Hecho. —No le costaría mayor complicación. Estaba seguro de que así sería.

Entre tanto, Dana se dispuso a desanudar su caballo decidida a marcharse y olvidar el suceso. Escuchó voces detrás. Giró levemente la cabeza para observar quiénes eran. Tres hombres, desconocidos, y nuevos en la ciudad, se encaminaban hacia la taberna.

—Ya tendríamos que haber dado con ellas —habló el más alto.

—Son dos damas inglesas. No deberían pasar desapercibidas. Hemos rastreado los pueblos cercanos a Austin. No pueden haber desaparecido —observó el de estatura media.

Dana se quedó quieta al escuchar eso en concreto. La angustia comenzó a subirle por la garganta y no era debido al miedo que pasó cuando vio a un fiero Andrews dirigirse hacia ella para hacerle un rostro nuevo. Tampoco era por el *whisky* ingerido, dado que había bebido muy poco. Era una sensación de terror muy conocida.

—Tal vez si ofrecemos un poco de oro como recompensa por algún dato sobre las hermanas Hertford… —sugirió el tercer hombre.

Dana agradeció en ese momento su resolución de llevar un atuendo de vaquero y apestar casi tanto como ellos. En cuanto escuchó su apellido en boca de ese desconocido, oyó al Demonio susurrando en su oreja, pidiéndole que lo abrazase, que lo besase… Advirtiéndole que estaban cerca de pertenecerse al fin…

Dana se subió a su caballo en cuanto ellos se alejaron un poco de su posición. Por suerte no se fijaron en su aspecto. El sombrero ocultaba el color de su pelo, que era lo más llamativo, junto con sus ojos. Escuchó que ellos preguntaban a un hombre al que habían parado para interrogarlo sobre ellas.

—¿Hermanas? Hay un señor Hertford justo… —comenzó a decir un vecino de Crystal City.

No esperó a escuchar nada más. En cuanto se dio cuenta de que el hombre decía en alto su apellido, azuzó su montura y puso rumbo al Sarah Love.

El Demonio las había encontrado y Jane debía ser avisada. Por Dios que esperaba que Águila Negra fuese el hombre que supuso que les convendría a ambas, porque iban a necesitar toda su fuerza para ayudarlas en la lucha que se avecinaba. No importaba lo que hubiese sucedido entre su hermana y el mestizo, porque Jane debía suplicarle a su esposo su intervención.

Y estuvo segura de que tenía un verdadero problema en cuanto los tres hombres la interceptaron a medio camino de casa y la obligaron a parar. Toda su existencia pasó por delante de sus ojos… Le quedaban tantas cosas malvadas por hacer…

***

Era la hermana mayor. Tenía que proteger al pequeño incordio a toda costa. En su mente veía a Dana ebria mientras los hombres la violentaban debido a su embuste. Algo en su interior le gritaba que interviniese. No se fiaba de ella. Las hermanas mayores cuidaban de las pequeñas.

No podía soportarlo más.

Había tratado de serenarse, de aguardar a que su intrépida y boba hermana regresase. No podía seguir así. Entre la ansiedad que sentía al pensar en cómo abordaría a su esposo y la angustia de saber que Dana estaba en el saloon… sola… Demasiado temor. Primero iría a asegurarse de que su hermana estaba bien y luego tendría que lidiar con el esposo al que dejó plantado después de declararle amor eterno. ¿Nada podía salir bien?

Fue a los establos, comprobó que tenía el Colt que le había dado Sarah Lee nada más llegó al rancho, del cual le aconsejó no desprenderse jamás, y subió sobre el caballo dispuesta a

ir a la taberna y explicarle un par de cosas a su hermana. Iba a terminar con las tonterías de Dana de un modo u otro. Ella volvería a ser una mujer al día siguiente si era necesario.

Cabalgó con enfado mientras pensaba en qué decirle a Dana. Un grito hizo que frenase el caballo. Cerró los ojos. Le pareció una mujer. Se quedó callada, con los cinco sentidos puestos en el ambiente que la rodeaba. Por un momento sintió que su abuelo estaba junto a ella. Podía escuchar cómo le decía que se centrase y prestase atención. Era una sensación extraña la que se apoderaba de ella.

Todo estaba en silencio. ¿Lo habría imaginado? Fue un potente grito de puro pánico. No pudo haber sido una invención. Trató de recordar lo siguiente que escuchó tras el supuesto chillido. Pájaros. Una bandada de pájaros había sonado al oeste de su posición, como si hubiesen alzado el vuelo provocados por ese estruendo.

Giró su caballo hacia el lugar al que le dictaba su intuición que debía ir. Quitó el cierre de seguridad del cinturón sobre el que descansaba su Colt. Prefería un rifle, porque estaba más familiarizada para disparar a mayor distancia, incluso un arco, debido a lo silencioso que era. Debía conformarse con lo que llevaba. Si en verdad ese sonido desgarrador había sido el grito de una muchacha, y creía que así fue, tenía que estar más que preparada para lo que fuese a venir.

Montó durante una distancia prudente hacia el lugar donde todo le indicaba que debía ir. Vio huellas en el suelo. Bajó del caballo y lo ató a una rama. El siguiente trayecto debía hacerlo a pie. Tal vez no fuese nada. Rezó para que así resultase… pero las pisadas de cuatro caballos bajo sus pies indicaban que había más gente cerca. Siguió el rastro con cautela, tal y como le había enseñado el abuelo. Debía ser sigilosa, inteligente. Si alguien corría peligro, intervendría.

Un nuevo grito se escuchó mucho más cerca y nítido que el anterior. Era una mujer pidiendo auxilio. No dejó que sus emociones y las ganas de ayudar mermasen sus opciones de poder intervenir y usar el factor sorpresa. Su abuelo era muy quisquilloso en cuanto a dominar los sentimientos cuando se estaba en guerra.

Tenía un mal presentimiento. El cabello de la nuca se le erizaba a medida que andaba, en silencio, cada paso hacia el lugar del que sabía que habían provenido los dos gritos. Pensaba en su hermana. Posiblemente una mujer estaba siendo atacada. No sería su hermana. Ella estaba

con Denver Harris, quien la protegería con su propia vida, en el saloon. Por una vez, se alegró de que Dana estuviese bebiendo con los vaqueros y jugando a ser un hombre.

Siguió su camino con sigilo. Llegó hasta un lugar donde comenzó a escuchar susurros bajos. Cerró los ojos. Buscó concentrarse para determinar qué estaba sucediendo. Un nuevo grito rompió el silencio. Acompasó la respiración para centrarse en lo que la rodeaba, para evitar escuchar lo que no era relevante y buscar lo que sí lo era. Voces. Dos voces. Una mujer. Dos hombres. Jane esperó un poco más. Tres voces de hombres. Una única mujer.

Abrió los ojos y certificó que el Colt estaba en su lugar. Sacó un cuchillo de su bota tejana y le quitó su funda para colocarlo en su manga derecha. Su mano diestra era más infalible, así en caso de disparar lo haría con la zurda para tener disponible el cuchillo en caso de necesitarlo. Siguió avanzando. Las voces eran más claras. El camino era más tortuoso y no debía hacer notar su presencia. El abuelo exigía que ella fuese invisible cuando hacían las misiones en el bosque de la casa de campo. Jane había conseguido sorprenderlo en bastantes ocasiones. Podía hacerlo. Tenía que ayudar a la mujer que había gritado.

Llegó a su destino y cerró los ojos para averiguar lo que debía escuchar.

—Te crees muy lista, pequeña perra —dijo una voz masculina—. Un hombre… veamos los pechos que escondes y si vale la pena la recompensa que tu tío ha ofrecido por ti.

—Si creéis que voy a poner las cosas fáciles… —Dana estaba desarmada. Le habían quitado el revólver con un rápido movimiento cuando los tres la tiraron de su montura. No tuvo tiempo a hacer, ni pensar nada, pero se defendería hasta el final.

Había gritado cuando sintió el primer puñetazo, cuando ella trató de resistirse y huir. Nuevamente chilló, en el momento en el que la abofetearon, tras haber recibido un beso y haber mordido a su agresor hasta hacerle sangre. Probablemente ese sería su fin, pero por Dios, que ella lucharía con uñas y dientes. Dana se lo juró a sí misma.

Desde detrás de los árboles, Jane trataba de mantener la mente fría. Ya había abierto los ojos porque ya había conseguido averiguar lo que necesitaba. Dana. Su hermana. Magullada y a merced de esos tres hombres que estaban disfrutando al acorralar a su presa. El abuelo

también le había hablado de eso. Del placer de cazar, de la anticipación del depredador por conseguir su premio. Las miradas de pura lascivia que tenían sobre su hermana pequeña la enfermaban. Le habían rasgado la camisa y los pantalones tenían varios cortes. Era evidente que se habían estado divirtiendo al tiempo que la atormentaban.

Jane desenfundó su Colt con sutilidad. No debía actuar aún. Debía esperar a que el grupo fuese más vulnerable. Si pretendía salvar a su hermana, debía sacrificar su seguridad durante un poco más de tiempo. Ellos debían concentrarse en Dana, en su lujuria y así serían más endebles. Y lo supo. Todo el entrenamiento, todo el dolor causado por el abuelo la habían llevado a ese preciso instante. La había capacitado para saber luchar, para saber disparar… matar. Acabaría con ellos. Eran animales. No hombres. Se concienció para lo que debía llevar a cabo. Eran ciervos. Sí, los mismos a los que el abuelo le obligaba a disparar después de probar que era invisible en medio del bosque.

Concentró su respiración mientras confiaba saber manejar un Colt. Calculó la distancia y decidió que podría tener un tiro limpio desde su posición. Era fundamental tirar a matar. Eran tres. Si era rápida podría lograrlo. Un tiro y correría hacia la parte derecha donde se encontraba, se echaría al suelo y volvería a apuntar al segundo objetivo. Con el tercero no había ideado todavía qué hacer, pero sería más fácil si solo quedaba uno de ellos con vida.

Escuchaba a Dana siendo fuerte, no mostrando el miedo que sabía que su pequeña hermana tenía. Se sentía orgullosa de la brava mujer en la que se había convertido Dana.

Jane observó que uno de los animales llegaba hasta ella y la sujetaba por detrás. Un hombre a la derecha de Dana y el otro a la izquierda, preparados y dispuestos para desnudarla y obligarla a satisfacerlos.

Levantó el arma y apuntó al objetivo de la izquierda porque era el más voluminoso. El abuelo se lo dijo. Siempre había que quitarse de en medio al que suponía una mayor amenaza.

Acarició el gatillo, tomó una bocanada de aire para estabilizarse, movió el cuello a ambos lados para prepararse. Rapidez. El abuelo le estaba susurrado que debía ser rápida, lo escuchaba, como si estuviese todavía en aquel bosque de Londres donde habían compartido tanto tiempo de entrenamiento.

Jane apretó el gatillo y la bala dio en el lugar en el que deseaba. En la parte trasera derecha, en la espalda, directa para atravesarle el corazón. El hombre cayó. Ella se lanzó hacia el lado que sabía que debía echarse. Aterrizó en la tierra y confió en que ellos no hubieran sido capaces de determinar su ubicación exacta. Gracias a Dios, el sol todavía daba visibilidad y eso la hacía tener mayor acierto en los disparos, pero también la perjudicaba puesto que ellos tenían la misma ventaja.

Los escuchó gritar y gruñir. Comenzaron a disparar hacia el lugar en el que ella había estado instantes antes de tirarse sobre el suelo. Jane permanecería extendida sobre el suelo. El revólver lo tenía sujeto con ambas manos. Esperó un poco para tener un tiro limpio. Las balas que ellos disparaban en modo de ráfaga estaban barriendo buena parte de la zona y no tardarían en alcanzarla. La suerte estuvo en que ellos dieron por supuesto que estaría de pie. Ah. El abuelo. Siempre tenía razón en cosas tácticas. Se armó de paciencia para no precipitarse. Debía esperar a tener un ángulo exacto hacia el corazón del segundo animal a abatir. No era el más poderoso de los dos, pero debía ser el próximo, dado que el otro hombre de mayor corpulencia tenía a Dana todavía sujeta, la estaba usando de escudo protector. Canalla. Cobarde.

No fue el corazón, pero vio una trayectoria fácil, y en cuanto tuvo la sien del siguiente a su alcance, disparó sin pensarlo. Escuchó un sonido sordo y luego el hombre acabó tirado cerca del primer cadáver. El abuelo había insistido siempre en que debía aprender sobre los lugares vulnerables del cuerpo de un hombre o una mujer.

El único que quedaba dirigió sus balas directamente sobre su cuerpo, dado que su posición ya había quedado en evidencia tras el disparo. Ella agachó cuanto pudo la cabeza y se cubrió con las manos. Rezaba para poder sobrevivir y salvar a su pequeña hermana. Dana. Solo la tenía a ella en sus pensamientos. Sería fuerte por ella y solo por ella. Retuvo esa idea mientras trataba de sosegar su respiración.

Jane se armó de valor. Era momento de darse a conocer. Confiaría una vez más en el abuelo. Él solía decirle que sus enemigos siempre subestimarían el hecho de que ella fuese una mujer. Esperaba confiar en que así fuese.

—¡Me rindo! —gritó, todavía escuchando alguna bala sobrevolar su cabeza—. ¡Me rindo! —insistió con más fuerza.

—¡Sal de tu escondite! —le ordenó el hombre.

—No dispare. He dicho que me rindo.

—¡Sal de una maldita vez! —vociferó con enfado.

Jane se puso de pie y esperó que no le pegase un tiro. Alzó las manos en señal de rendición. Su Colt lo dejó en el suelo antes de haberse incorporado. Solo necesitaba sentir el frío acero oculto en su manga para tener un poco de seguridad en sí misma.

—Es mi hermana —susurró Dana, al sentir que su captor se disponía a martillear el arma.

Esa información pareció interrumpir la acción del villano.

—Vaya, vaya… —comenzó a decir el último animal que quedaba vivo, mientras Jane analizaba sus opciones—. Alastor nos avisó de que una de sus sobrinas era fuerte… Has matado a dos de los forajidos más capaces que conocía…, *lady* Jane.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotras? —se atrevió a preguntar la rubia.

—Lo envía el Demonio —habló Dana. Eso le valió para que el maldito le apretase el cuello con el brazo. La pelirroja se quejó por la crudeza de la acción. La había dejado sin respiración durante unos pocos segundos.

—Iremos con usted sin oponer resistencia alguna. No es necesario que le haga daño a mi hermana —decidió decir Jane.

—No voy a subestimarte, mujer. —Jane maldijo en su interior, dado que justo fue eso lo que había esperado—. Él dijo que tuviésemos cuidado contigo y veo el motivo. Si haces un movimiento extraño, tu pequeña hermana muere. ¿He sido claro?

Jane continuaba con las manos en alto, colocada frente a él.

—Estoy desarmada. No voy a poner en peligro la vida de Dana. Haré lo que quiera.

La vista de Jane se cruzó con la de su hermana en ese preciso instante. Jane cabeceó sutilmente, un gesto mínimo que le valió a Dana para saber lo que debía hacer. La pelirroja alzó su rodilla derecha y buscó darle un fuerte pisotón en el pie a su captor. Empleó toda la fuerza que fue capaz de reunir. Jane aprovechó el movimiento para deslizar el cuchillo por su mano derecha y lo lanzó, con la idea de incrustárselo en el corazón… Vio cómo volaba el acero por el aire mientras contenía la respiración. En el brazo izquierdo. El metal hizo diana en el brazo del animal.

Dana cayó al suelo porque él la empujó con violencia. Jane tuvo la pistola apuntándole.

—Perra del infierno. Sus instrucciones eran llevar a tu hermana, no a ti. —El odio que detectó en sus palabras dejó claro que estaba indignado por el hecho de que una mujer se hubiese atrevido a herirlo.

Jane se agachó de cuclillas, para luego poder dar un salto a la izquierda, esperando poder llegar hasta él antes de que consiguiese acertar el tiro, y tratar de reducirlo. Debía buscar sus testículos. El abuelo no escatimaba en detalles. La parte vulnerable de todo macho, animal o persona, era esa. La bala que salió del arma del animal le dio en el brazo derecho. No consiguió esquivarla. El maldito también buscaba darle en el corazón para liquidarla cuanto antes. Se aventuró hacia él con un grito en el que buscaba exponer todo su coraje. No llegó hasta su posición…

Una flecha, con plumas al final de la madera pasó muy cerca de ella para acabar impactando en el corazón de su rival. Lo observó tratar de volver a dispararle. Una segunda flecha se alojó dos centímetros más abajo que la primera. Jane no se lo pensó dos veces, avanzó, le dio una patada en su zona más sensible y lo dejó extendido sobre la tierra del campo. El siguiente movimiento fue saltar sobre Dana. No sabía quién había disparado el arco a su espalda y su reacción fue proteger a su hermana. Alzó la cabeza desde el suelo para ver de quién eran las pisadas que escuchaba cerca.

Un indio. No era su mestizo. Lo observó con atención. Plumas. El pecho descubierto. Pinturas de guerra en el rostro, negras sobre el torso. Lo divisó echarse el arco a la espalda, sacar

un cuchillo y acercarse al hombre que se estaba desangrando en el suelo. El indio se colocó de rodillas, le alzó la cabeza al último abatido y lo miró a los ojos con desprecio.

—Tu grupo morirá a mis manos antes de mañana. —Luego le cortó el cuello con la precisión de un experto cazador. Sin dudar. Cuando supo que estaba muerto. Le sacó el corazón del pecho y lo estrujó con fuerza. Terminó el ritual cortando la cabellera del animal. No se detuvo ahí. Hizo lo mismo con los otros dos que estaban muertos.

Metió las cabelleras en una bolsa y luego las miró.

—Moriré defendiendo nuestras vidas —dijo Jane mientras se ponía en pie. Colocó a Dana a su espalda. Se irguió ante el indio dispuesta a no mostrar pánico. Su rostro femenino parecía estar esculpido en piedra.

—¿Sabes quién soy? —inquirió en la lengua que ellas entendían, de igual modo que había hecho antes de matar al último que quedaba con vida.

—Sí. Mi hombre te venció una vez. —Buscó con la mirada el arma más cercana. No había ningún Colt a su alcance. El cuchillo seguía clavado en el brazo del animal número tres. El salvaje que tenía ante ella la doblaba en tamaño. Si luchaba con él tenía pocas posibilidades de sobrevivir. Sin un arma no sería capaz de reducirlo.

—No será necesario, mujer —habló Hacha de Guerra al comprender lo que ella estaba buscando y analizando.

—¿Por qué nos has salvado? —se atrevió a preguntar.

—Esos hombre mataron a mis hermanos y trataron de hacer lo mismo conmigo. Seguí la pista del resto cuando he escuchado lo que supongo que fue tu primer tiro. —Ella asintió.

—¿Qué vas a hacer con nosotras? No te lo voy a poner fácil —le aseguró sin vacilación.

—Ahora sé por qué él te desea tanto. Eres una guerrera. ¿Cómo los has matado?

—Con suerte —dijo ella.

—Lo dudo mucho. He visto dónde estaban alojadas las balas. No ha sido buena fortuna. Sabes matar —señaló reconociendo la valía de ella—. ¿Lo has hecho tú sola o la mujer roja te ha ayudado?

—Yo lo hice —reconoció Jane.

—Debes practicar más con el cuchillo. Si no hubiese aparecido a tiempo estarías muerta.

—¿Podemos marcharnos? —tanteó Dana, tras la espalda de su hermana, pero sin atreverse a mirarlo. Él la atemorizaba.

—¿Por qué tu hombre no te ha protegido? —Hizo caso omiso de la cuestión planteada por Dana—. Dice que le perteneces, pero no estás con él. En su casa. —A él no le pasó desapercibido que ellas no habían estado en el rancho del mestizo la noche anterior. Creyó que tal vez las había escondido de su vista. Pero había algo extraño en el comportamiento de Águila Negra y sentía curiosidad.

—No es asunto tuyo —rebatió Jane.

—Lo es, porque ella —señaló a Dana— me interesa.

—No vas a tenerla. Mi hermana no es para ti. Estoy dispuesta a todo para protegernos.

El indio y ella se batieron en un duelo de miradas. Jane era consciente de su inferioridad, pero estaba preparada para plantarle cara con lo que fuese. Incluso a puño descubierto. Sabía pegar y lo intentaría…

Hacha de Guerra la observaba de modo muy evaluativo. Sonrió de lado.

—Y yo te creo, mujer. Ahora baja tus defensas, guerrera. No corres peligro frente a mí. Tengo una deuda con tu hombre. Os conduciré hasta él.

—¡No! —gritó Jane.

—¿Te has vuelto loca, hermana? Debes hacer las paces con tu esposo de inmediato. El Demonio nos pisa los talones. —La pequeña Hertford no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Dana —comenzó a hablar sin quitarle los ojos de encima al temible indio—, tenemos que confiar en él —su hermana asintió. Jane lo percibió por el rabillo del ojo—. El guerrero debe llevarme al Sarah Love… está más cerca. Tú coge mi caballo, lo he dejado al final de ese sendero —señaló el lugar con el brazo ensangrentado—, atado a un árbol, confío en que los tiros no lo hayan espantado. Trae al médico.

Entonces, y solo cuando creyó que al fin estaban fuera de peligro, cedió. Sus ojos se cerraron. Lo último que escuchó antes de desvanecerse en la más tranquila oscuridad llena de paz, fue un grito de su hermana. Debió haberse dado cuenta de que fue Dana quien chilló cuando, de camino a la taberna, detuvo el caballo para escuchar mejor.

Jane no llegó a tocar el suelo, dado que el indio avanzó hacia ella con rapidez y la sostuvo entre sus poderosos brazos.

—¿Has escuchado lo que ha dicho tu hermana? —preguntó Hacha de Guerra.

—Sí. —La pelirroja luchaba por contener las lágrimas, la ansiedad y el temor por perder a su hermana mayor… Jane era tan fuerte… En cambio la veía desvalida, vulnerable en el abrazo de ese gran indio terrible. Dana no podía olvidar el modo en el que luchó contra Águila Negra y sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—Haz lo que te ordenó. Dime qué camino debo seguir para llegar al lugar al que ella ha dicho que debo llevarla y vete.

—¿Va a morir? —preguntó con las lágrimas deslizándose ya por sus mejillas.

—Es fuerte. La bala no está dentro de su carne. Ella puede vivir si lo desea —trató de tranquilizarla.

Dana le dio las indicaciones, y luego buscó la montura de su hermana para cumplir su cometido. Se obligó a ser fuerte por Jane. Su adorada hermana mayor, su protectora, quien había demostrado ser como una de las valquirias sobre las que el abuelo le leía algunas noches cuando era una niña.

El indio llegó poco después al rancho y entró por la puerta principal sosteniéndola entre los brazos, y confiando en que no lo creyesen culpable del aspecto de la mujer que parecía estar sin vida, pero que seguía respirando con suavidad.

Mientras la había tenido entre los brazos la había contemplado con suma admiración. Podía entender por qué Águila Negra había pasado por alto la belleza evidente de la mujer roja en favor de la valentía de ella.

Capítulo 16

Una cuenta que ajustar

Decir que Hacha de Guerra estaba fascinado con lo que había visto era poco. Una mujer blanca, que parecía no tener ninguna habilidad especial, se había enfrentado a tres hombres del grupo que él estaba buscando y había salido viva del encuentro.

El bravo guerrero indio había dejado a la esposa del mestizo en aquel rancho, después de explicarle brevemente la situación a una mujer muy mandona, para luego ir a buscar a Águila Negra.

Cuando llegó a la casa de su nuevo e improvisado amigo, lo divisó en la cocina tomando un café caliente. Águila Negra estaba de espaldas a él y miraba por la ventana.

—¿La puerta principal no debería tener un cerrojo o algo así? —inquirió cerca del mestizo.

—Puedo olerte desde aquí. Además, he escuchado el caballo. No ibas a sorprenderme. No es fácil hacerlo. —le advirtió, sin volverse.

El guerrero bajó la mirada. Tenía el pecho lleno de sangre, y ese olor metálico era muy característico.

—La sangre no es mía y creo que cuando escuches lo que tengo que contarte sí quedarás asombrado.

—¿Los mataste a todos? Te dije que solo localizases el campamento —se lamentó, porque ese día había tenido complicaciones con un parto de una vaca y no había conseguido disuadir al indio para que retrasase sus planes. Él echaba de menos a Sarah Lee cuando se producían esos acontecimientos, porque la tejana tenía mayor habilidad para traer al mundo a un ternero cuando el asunto se ponía feo con la vaca.

—Solo conseguí matar a uno de los tres que pudieron haber sido míos hoy.

—¿Qué pasa con el resto? —se interesó.

—Tu esposa se deshizo, ella sola, de dos. Quedan cinco y se reagruparán en cuanto se den cuenta de lo que ha pasado.

Ahí fue el momento exacto en el que Hacha de Guerra tuvo toda la atención del mestizo. Se giró y lo examinó con fijación. Observó que no tenía ni un solo rasguño. Su corazón comenzó a bombear con fuerza. La taza que sujetaba con su mano derecha acabó hecha añicos.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó controlando el pánico que sentía.

—Tu mujer es muy… singular —continuó advirtiendo el indio sabiendo que la paciencia del otro se agotaba, aunque no le importaba demasiado—. Entiendo perfectamente el motivo por el que la quisiste —señaló con tranquilidad—. ¿La enseñaste tú?

El mestizo se acercó hasta el guerrero y lo miró con una expresión muy seria.

—¿Quieres que te corte el cuello o comienzas a explicarme lo que ha pasado? —inquirió con una naturalidad que el otro indio sabía que era forzada—. Si Jane está metida en algo que tú…

—Está herida —atajó. Hacha de Guerra vio la cara de ansiedad de su compañero y enseguida se vio en la obligación de tranquilizarlo—: Sigue con vida. No creo que corra serio peligro, y su hermana ha ido ya a buscar a un médico que debe estar atendiéndola en estos instantes.

—¿Dónde está? —El pánico se desató en su interior y era complicado lidiar con ello. Su mirada bajó hasta el torso del indio. No le hacía falta preguntar de quién era la sangre que lo manchaba. Águila Negra sabía que era de su terca esposa.

—La he dejado en… Ella dijo que se llamaba Sarah…

—En el Sarah Love —dijo, mientras salía a toda carrera hacia el establo en busca de Medianoche.

El guerrero lo siguió con más calma. Hacha de Guerra solo era capaz de preguntarse el motivo por el que Águila Negra se mantenía apartado de su mujer. Tal vez fuese algo relacionado con su mitad de hombre blanco, porque un indio haría buen uso de una fémina como esa y desde luego no la dejaría fuera de su vista ni un instante. La denominada Jane era capaz de meterse en muchos problemas si nadie le echaba un ojo. ¡Qué mujer!

Por su parte, Águila Negra se recriminaba la libertad que le había permitido. Sangre. Sangre de su esposa. Jane. Herida. Su imagen sobre una cama, con los ojos cerrados y malherida lo hacía mascullar maldiciones y sentirse inútil.

Tuvo que haber ido al día siguiente de la boda y obligarla a marcharse a su casa con él. ¡No! Debió haberle ordenado ir a su rancho ese mismo maldito día. ¿En qué problemas se había metido ella? Necesitaba verla primero y comprobar su condición física, luego ya averiguaría a quién debía matar por haberle hecho daño a la mujer que amaba con cada fibra de su corazón.

Mientras galopaba a toda velocidad, únicamente quería… ¡Por todos los espíritus!, ella tenía que recuperarse. Sí. Se pondría bien y en cuanto estuviera fuera de peligro, él mismo la estrangularía por darle el disgusto más amargo de su existencia. ¡No podía perder a una segunda mujer! No así. No, cuando al fin había encontrado a una compañera con la que sabía que estaría fantásticamente. Había esperado demasiado a que llegase y no renunciaría con facilidad.

La congoja, la rabia y la ansiedad lo tenían al límite. Llegó hasta el frontal de la casa de Sarah y saltó de su caballo. Abrió la puerta principal y subió los escalones de dos en dos para llegar hasta su esposa. El corazón le resonaba en los oídos. La amargura continuaba alojándose en su pecho…

La puerta de la habitación de Jane estaba abierta. En cuanto estuvo en el umbral, los ojos de ella se cruzaron con los de él. Se quedó quieto unos pocos segundos. Jane estaba despierta. Eso le dio cierta tranquilidad, pero no demasiado sosiego. Sarah Lee figuraba a un lado de la cama, cerca de Dana, quien tenía los ojos muy rojos y continuaba llorando en silencio. El doctor estaba guardando su maletín.

Jane hacía muy poco que se había despertado de su desvanecimiento. Había insistido en que no le diesen nada para dormir. Lo estaba esperando a él. Su hermana llegó con el doctor inmediatamente después de que Hacha de Guerra la hubiese dejado en el rancho. El señor Bride le había examinado el balazo de su brazo, lo limpió, lo cosió y luego acabó el trabajo poniendo un vendaje. También le había dado unos preparados para combatir la fiebre si aparecía.

Estaba cansada, se sentía débil y únicamente deseaba ver a su esposo. Así que cuando él apareció ante la puerta, comenzó a llorar y extendió su brazo sano en una clara invitación para que la abrazase y la consolase.

Águila Negra no se lo pensó ni un instante, se movió hasta ella como un relámpago. Se sentó en la cama, se acercó con cuidado y le dio un beso en los labios. Necesitaba tocarla, así que cruzó los dedos de su mano con los que ella le había ofrecido antes de que llegase hasta su lado.

—Jane… —Su nombre sonó como un súplica desgarradora. Ella sabía lo que él estaba sintiendo. Veía la preocupación dibujada en sus ojos.

—Estoy bien, estoy bien —repitió varias veces más—. No me dejes. No te vayas. Por favor, no me dejes, Águila Negra. —Comenzó a llorar con más intensidad. Él se tumbó a su lado, mientras le acariciaba la mejilla, sin dejar de mirarla, y de comprobar que de verdad estaba bien.

Sarah, Dana y el médico salieron de inmediato de la estancia para darles intimidad.

—Nunca volveré a separarme de ti. Pídeme lo que quieras, pero jamás insistas en que debemos permanecer lejos el uno del otro, Jane. Por tu Dios, que creí lo peor cuando… ¿Qué ha pasado, mi amor?

Ella le sonrió.

—Dilo otra vez… dilo… —solicitó, llena de dicha.

—¿Qué necesitas oír? ¿Que mientras me quede aliento no volveré a dejarte? Nunca, Jane. No nos volveremos a distanciar. Aunque para ello deba amordazarte, atarte de pies y manos y llevarte sobre mi hombro. Nuestro destino es estar juntos y no permitiré que te pase nada malo. Te lo juro.

—No, necesito escuchar cómo me has llamado. Dime: «mi amor». No dejes de decírmelo mientras viva, Águila Negra.

Él le sonrió como si fuese un chiquillo al que le acababan de regalar su arco. Le dio otro beso ligero sobre los labios con sumo cuidado para no lastimarla.

—Mi amor, mi dulce amor. Eres todo cuanto quiero. No vuelvas a asustarme así, te lo suplico. ¿Qué te ha pasado? ¿Quién, sabiendo que eres mi esposa, ha osado hacerte daño, mi amor?

El indio le acariciaba el rostro. Se veía tan pálida, como si hubiese librado una gran batalla… No parecía su pequeña inglesa altiva y serena.

—Tenemos que hacer algo… Mi hermana. Debes…

—¿Quién, Jane? —se interesó con calma. Su esposa sufría, tanto o más que él.

—El Demonio ha venido a por Dana. Sus hombres la tenían. Debía enfrentarme a ellos. Tuve que hacerlo, no había tiempo de buscar ayuda. He pasado tanto miedo… Águila Negra… yo… No quería perderla y sabía que no podía rendirme o ella moriría. Luego me dispararon… Pensaba en ti, en que teníamos que hacer las paces. Debía disculparme contigo… Lo siento tanto…

—Ya está… ya está, mi pequeña guerrera. Mi valiente Santee de espíritu…

La abrazó esperando darle sosiego y consuelo. Herida. Le habían disparado… A ella. A su mujer. Suya. Alguien le había hecho daño a su Jane. Iban a rodar cabezas. El indio se armó

de paciencia para no salir a la carrera y buscar al culpable y sacarle los intestinos con un largo y afilado cuchillo.

—Vendrán. Mi tío no se detendrá hasta que… Pero debes saber que te amo y que yo… Yo quiero ser tu esposa. No debí haberte apartado. Fue una tontería, Águila Negra… Lo siento. Lo siento tanto… —Volvió a estallar en lloros.

—Shhhh. Ya. No. No quiero que pienses en eso ahora. Necesito que descanses, Jane. Quiero que te centres en ponerte bien y en nada más que eso.

—Lo haré. Te lo prometo. Haré cualquier cosa que me pidas para que estemos bien, para que seamos una pareja feliz.

—Lo seremos. Estaremos bien, mi amor. Solo te prometo una cosa. Conmigo estarás siempre a salvo y juntos seremos felices. Te lo juro, mi amor. ¿Me crees?

—Sí. Por supuesto que sí. Bésame, bésame, esposo. Haz que tus labios borren mi angustia, que el miedo cese. Dame consuelo, Águila Negra —solicitó con humildad.

El indio tomó sus tiernos labios y le dio un beso destinado a certificar cada una de las promesas que sentía en su corazón. Ella respondió en la misma medida, le juró en silencio que nada volvería a interponerse entre ambos. Jane y Águila Negra. Dos personas que debían ser una. Vivir juntas, estar unidas. Disfrutar de su amor.

Nunca un beso dio a entender tanto con un simple gesto marcado por la devoción más tierna.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo, mi amor. —Ella asintió. Confiaba en él. Su esposo lo arreglaría todo.

Llegados a ese punto, Sarah Lee tocó con suavidad en la puerta que estaba cerrada para alertarlos de su inminente intrusión.

—Adelante. —Jane le ofreció el paso.

—Debes tomar los remedios que ha ordenado el señor Bride —habló la vaquera. Ella cabeceó afirmativamente.

Jane intentó incorporarse un poco en la cama y el mestizo la ayudó de inmediato con la mayor de las delicadezas. Sarah le tendió el preparado y ella bebió toda la taza.

Águila Negra se dispuso a salir de la cama y ponerse en pie.

—¡No! —gritó Jane, en cuanto sintió la pérdida de su calor y protección.

—Jane… —musitó él. Necesitaba averiguarlo todo y no quería interrogarla a ella. Y lo más importante, tenía que actuar.

—No te vayas. No quiero… estar sin ti… por… favor… —Pero los ojos de ella pesaban demasiado como para poder mantenerlos abiertos, y su lengua se trababa. Giró el rostro para buscar a la vaquera y preguntarle—: ¿Qué me… has dado? —No pudo aguardar a la contestación pues se quedó dormida al momento.

—¿Era láudano? —inquirió el mestizo, quien todavía permanecía junto a su esposa, acariciándole el pelo. Lo tenía revuelto, lleno de tierra, hojas y algunas pequeñas ramas secas.

—El médico ha dicho que debe descansar y es demasiado terca como para hacerlo por su propia voluntad —se excusó Sarah. Él asintió.

—¿Además del disparo tiene algo…?

—No. Está perfectamente. Solo fue el brazo y el agujero fue limpio. El señor Bride no cree que tenga mayor complicación. Ella es fuerte.

—¿Qué ha pasado, Sarah Lee?

—Te están esperando abajo. Tu amigo te lo contará mejor y Dana rellenará los huecos. Te has casado con una luchadora, Águila Negra —señaló la vaquera con admiración.

—Lo sé —estuvo de acuerdo.

—Me rogó que la dejase permanecer despierta hasta que llegases. Yo sabía que el dolor debía ser… No pudimos convencerla. Necesitaba mirarte a los ojos y saber que todo estaba bien entre vosotros.

Él suspiró. Le dio un ligero beso en los labios, se puso de pie y luego, desde el lado derecho de la cama, le dio una larga mirada. Se veía delicada como una margarita en medio de un jardín. Había más, mucho más, dentro de ella de lo que se apreciaba a simple vista. Tras examinar a su esposa, buscó la mirada de Sarah Lee.

—Cuida de mi mujer, vaquera.

—Siempre —le aseguró. Él asintió, se dio la vuelta y bajó dispuesto a conocer cada detalle de esa historia que acababa de comenzar.

La escena que tenía frente a él cuando llegó al comedor era bastante interesante. Denver Harris casi había sacado su arsenal al completo y estaba repasando los tres Winchester, que previamente fueron de Sarah. El indio miraba su machete mientras comprobaba la tensión de su arco. Dana estaba sentada, apartada de los dos hombres, en un confortable sofá, cerca de las ventanas.

—¿Alguien piensa decirme en algún momento el motivo por el que mi esposa está postrada en la cama con un tiro en el brazo? —preguntó quedamente.

—¿Quieres la versión larga o la corta? —habló Hacha de Guerra.

—Una que me diga, exactamente, a dónde debo ir para matar al responsable de dañar lo que es mío. —Se quedó mirando a la hermana de su esposa. Se veía devastada—. ¿Dana?

La pelirroja levantó el rostro y lo miró. Sarah Lee había insistido en que tenía que lavarse, cambiarse la ropa para poder olvidar lo sucedido cuanto antes. Dana sabía que nada podría volver a ser igual hasta que no acabasen con la amenaza. Olvidar era… imposible. La muchacha tomó una larga bocanada de aire dispuesta a relatar lo acontecido.

—Salí del saloon, todavía no era de noche, para venir a casa. Escuché a tres hombres pronunciar nuestro apellido y alguien debió señalarme, porque en cuanto estuve a mitad del Sarah Love, me arrinconaron. Me tiraron del caballo. Dijeron que iban a comprobar por qué mi tío había pagado esa fortuna para recuperarnos a Jane y a mí. Comenzaron a… jugar conmigo. Traté de defenderme, pero eran tres y yo no soy… No soy, Jane. —Tragó saliva. Sus manos se retorcían en su regazo con nerviosismo.

—¿Dónde está tu tío, Dana? —le preguntó Hacha de Guerra mientras mantenía la compostura. Lo que ella despertaba en su interior, ese sentido de protección, era muy fuerte. Esa muchacha tan especial… Tres malditos atemorizándola. ¿Qué honor había en ello?

—No. No ha venido. Tío George no está en Texas. Ellos dijeron que fueron contratados para escoltarnos hasta Londres.

—¿Qué pasó, Dana? ¿Puedes contarlo? —inquirió Denver.

—Sí. Ahora sí. —Le habían preguntado anteriormente, pero no fue capaz de narrar lo sucedido. Ella también lo había estado esperando a él para explicarse—. Mi hermana se recuperará y tú —miró a Águila Negra con los ojos llenos de lágrimas— nos protegerás de todo. Lo harás, ¿verdad? A mi hermana la amas y sé que no le fallarás. ¿Cuidarás de mí también, Águila Negra? —preguntó con la esperanza bailando en sus ojos.

—Si él no lo hace, yo lo haré, mujer roja. —Se adelantó a responder Hacha de Guerra. Eso le valió al guerrero para recibir una tímida sonrisa de agradecimiento.

—Dana —habló el mestizo—, eres la hermana de mi esposa. Eres mi familia y estás bajo mi protección. Nadie —miró con fijación al indio— va a obligarte a hacer nada que no quieras. Por favor, dime qué sucedió. —La vista regresó a la pelirroja.

—Sarah Lee me dijo que mi hermana había ido a buscarme al pueblo, porque había estado preocupada al enterarse de que fui a la taberna a beber con los chicos.

El indio le dio una mirada de reprobación.

—Yo estaba allí —tomó la palabra Denver—. No corrió peligro…

—La dejaste sola, Harris. Y fue atacada, mi mujer está en la cama herida. Creo que no es acertado decir que Dana no corría peligro…

—No fue culpa de nadie —interrumpió Dana—. Los responsables fueron los tres hombres que me atacaron por orden de mi tío. Mi hermana me salvó. Debió escucharme gritar y llegó hasta mí. Yo la llamaba. En mi interior llamaba a Jane, como cuando era pequeña y el Demonio me obligaba a… —no pudo seguir con esa idea—. Mi tío no es una buena persona. Está loco. Cree que me ama y dice que debo ser su mujer. Él desea de mí… —No hizo falta completar la frase. Todos lo entendieron—. Pero Jane me escuchó. Mi hermana siempre me oye cuando la llamo en silencio. Los tres me observaban con esa mirada que mi tío ponía cuando estaba cerca… Yo sabía lo que iba a ocurrir. No fui fuerte como Jane, me quitaron el arma de inmediato y no pude defenderme ni herirlos. Mi hermana sí. Cuando sonó el primer disparo en medio del silencio, supe que ella estaba ahí. Mató al primero y me alegré. Los dos dejaron de atenderme y comenzaron a disparar. Yo quería ayudar a Jane, pero uno de esos malditos me tenía prisionera, me usaba para protegerse de las balas. Pero mi hermana no disparaba. Yo sabía que ella se había movido de lugar. El abuelo decía que Jane podía llegar a ser como un fantasma. Lo he visto. He visto a mi hermana hacerlo. Cuando la segunda bala fue disparada desde otra localización diferente a la primera… No la esperaban. Otro cayó. Vi sus sesos esparcidos por el suelo y me alegré otra vez. Pero sabía que Jane no dispararía mientras ese grandullón me mantuviese frente a su pecho. ¡No podía ayudar a mi hermana! —Dana sollozó sintiéndose miserable.

—Estás bien ahora, mujer roja. Nadie va a volver a hacerte daño —dijo, convencido, el guerrero indio.

—¿Qué sucedió luego, Dana? —preguntó con suavidad Denver.

Ella trató de controlarse para poder seguir con la narración.

—El último de ellos comenzó a disparar hacia el lugar en el que Jane estaba. Temí lo peor, pero entonces ella gritó. Dijo que se rendía. Yo supe que era una treta. Mi abuelo jamás dejaría que ella se rindiese. Lo había escuchado muchas veces… El abuelo la obligaba a repetirle una y mil veces que un Hertford no se rendía. El abuelo le enseñó todo… —puntualizó—. La vi.

Un día vi al abuelo con un cochinillo recién nacido. La obligó a degollarlo. Dijo que debía prepararse para desprenderse de sus emociones. Debía imaginar que ese tierno animal era un enemigo. Sentí repulsión entonces, pero doy gracias a lo que mi hermana sabe hacer. Jane se presentó ante el último que quedaba con vida como si de una valkiria se tratase. Lo desafió. Sus palabras habían gritado su rendición, pero en su mirada estaba la lucha. El hombre que me sostenía también debió verlo, porque amartilló la pistola dispuesto a dispararle. Mi hermana me miró y entendí lo que quería que yo hiciese. Le di un fuerte pisotón para distraerlo. Ella sacó el cuchillo del abuelo y lo lanzó, pero no llegó a matarlo. Le dio en el brazo. Supimos que era el fin. Pero una flecha salió de la nada. Y otra más logró reducirlo. —Ella miró a Hacha de Guerra.

—Yo había salido a buscar el campamento de ellos —tomó la palabra el indio—. Escuché el primer disparo y cabalgué hacia allí. Cuando llegué vi a tu mujer —le dijo a Águila Negra— dispuesta a morir en caso de ser necesario. —Hacha de Guerra se sonrió. Nunca olvidaría esa estampa—. Ella permanecía alerta, no estaba segura de mis intenciones y hacía bien, dado que por un momento quise habérmelas llevado a ambas. —Le sonrió al mestizo sin cargo de conciencia por haber tenido esa tentación.

—No habrías llegado lejos —observó el afectado.

—Lo sé. Tu esposa habría peleado contra mí aunque sabía que no podía ganarme. Le dije que estoy en deuda contigo por lo que pasó en nuestro primer encuentro y, solo entonces, se permitió bajar la guardia. No me había dado cuenta de que estaba herida. Recibió el último disparo que el hombre lanzó antes de caer abatido por mis fechas. No se quejó. Tu mujer es… curiosa. Curiosísima, de hecho. No dio indicios de haber sido herida hasta que ella se desmayó, pero antes de hacerlo, nos dio instrucciones muy precisas sobre lo que debíamos hacer.

—Apuesto a que lo hizo —señaló con orgullo Águila Negra.

—Bien. Ya sabes toda la historia, mestizo. ¿Vamos a matar al resto? —sugirió el guerrero Lakota.

—¿Sabes dónde están? —interrogó Águila Negra a su compañero.

—Entre las montañas, al norte del pueblo. Solo deben quedar cinco, si no han ido a por

más refuerzos… —observó Hacha de Guerra—. Nosotros tres deberíamos bastarnos para reducirlos.

—¿Llamamos a Andrews? —le preguntó el mestizo a Denver.

—No será de ayuda. La última vez que lo vi estaba borracho como nunca, y subía al piso de arriba con May Sue, Dorothy y Marian. —Después del episodio ocurrido en la taberna con el supuesto Dan Hertford, Jeremy se vio en la obligación de reafirmar su masculinidad…

—¿Tres? —Su amigo estaba descontrolado.

—Mejor no preguntes. —Miró de soslayo a Dana. Pero ella estaba pensando en cosas más importantes y no se percató de la conversación.

—¿Tú has bebido? —quiso averiguar Águila Negra.

—No. Estoy perfectamente —le respondió Denver.

—Bien. Será una incursión rápida. Esperemos que no estén al corriente de lo que ha pasado. Reconoceremos el terreno y los abatiremos. Cinco contra nosotros tres… debería ser pan comido. —Águila Negra veía un plan. Caerían sobre ellos como la peste negra.

—Vendrán más… —habló Dana.

—Nos ocuparemos de eso luego. Lo importante es librarnos de la amenaza más cercana. Me ocuparé de tu tío cuando Jane esté bien y decidamos lo que debemos hacer. —El mestizo intentaba tranquilizarla. Ella asintió.

—De acuerdo —opinó la pelirroja sabiendo que él tenía razón.

—¿Estamos listos? —les preguntó el mestizo a Hacha de Guerra y a Denver.

—Desde luego que sí. —Los hombres ya habían cogido varios revólveres y llevaban un Winchester cada uno a su espalda.

—Yo también voy —habló una voz femenina que bajaba por la escalera. Denver maldijo en cuanto vio a Sarah Lee ante él.

—No, tú te quedas aquí —se opuso Águila Negra.

—Uhm… Por si lo has olvidado, es mi mujer. Yo le diré lo que debe hacer —dijo enfurruñado el exranger.

—¿Vas a dejarla ir? —preguntó incrédulo Águila Negra.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces dónde demonios está el problema, Harris? —interrogó molesto Águila Negra.

—¿No lo ves, verdad? —le preguntó Denver.

—La última vez fui de gran ayuda —intervino Sarah para cortar la pequeña discusión—. ¿Queréis que os recuerde quién os salvó las bolas cuando nos atacaron? —argumentó la tejana altiva y segura de sí misma.

Se oyó una carcajada de lo más sonora. Hacha de Guerra no podía dejar de reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirió con enfado Águila Negra.

—¿Las mujeres siempre luchan por vosotros? —preguntó divertido el Lakota—. Tal vez debería quedarme con una que me proteja. —Miró a Dana cuando dijo lo último. La mirada de la pelirroja estaba sobre la del indio y ella sintió un estremecimiento por lo claro que había sido en su insinuación.

Solo Águila Negra había sido consciente del detalle ocurrido entre Dana y el guerrero. Se preocupó de inmediato, pero decidió no intervenir.

—Nuestras mujeres siempre se meten donde no las llaman —señaló Denver—. Sarah,

mis hijos necesitan que uno de sus padres esté bien. Eres hábil con el rifle. No negaré que serías un excelente refuerzo para cubrirnos, pero no puedo permitir que nos arriesguemos los dos. Leah y Jackson necesitan a su madre cerca. Dime que serás buena y no discutirás.

—Denver… —Su nombre salió como una súplica.

—Lo sé. —El señor Harris se acercó a su esposa y le dio un beso de lo más sugerente. Sarah Lee estaba muy preocupada por él. Se separó de ella y la dejó con las rodillas temblando—. Volveré a tu lado siempre. Nada me impedirá dejarte.

Hacha de Guerra miró a Dana. Ella estaba sonriendo y sonrojada por haber visto ese intercambio entre los dos esposos. Él dio un paso al frente dispuesto a hacer lo mismo que acababa de ver. Águila Negra pareció haberle leído la mente, dado que le colocó una mano en el hombro y le dijo:

—Ni lo intentes. —Empleó la lengua Siux para que el resto no lo entendiese.

—Solo me limitaba a seguir las costumbres del hombre blanco. Tu amigo se ha despedido de su mujer y… no me gustaría que me acusaran de ser un salvaje que no es capaz de adaptarse a las nuevas costumbres —respondió en el mismo idioma, sumamente frustrado.

***

Los tres hombres llegaron hasta el lugar al que Hacha de Guerra les había guiado. Era un campamento pequeño. Desde una distancia prudencial observaban lo que allí sucedía. Estaban tendidos en el suelo, con unos matorrales cubriéndolos. La hoguera que había en el medio del grupo les daba una vista excelente.

—¿Cómo nos los repartimos? —preguntó en tono bajo Denver.

Se veían cinco hombres en total.

—Podemos disparar desde aquí. Son blancos fáciles —opinó el indio.

—No somos asesinos —rebatió Águila Negra.

—A ellos no les importó matar a mis hermanos sin honor —le recordó Hacha de Guerra.

—Necesito información. Vamos a acercarnos con calma, con las pistolas en alto y los desafiaré. —Águila Negra tenía un plan.

—Sería fácil dispararles desde aquí —habló Denver—. Cinco minutos y estaríamos en casa.

—Debo hacer esto de una manera muy concreta. El Demonio debe venir a Texas. En Londres estaría en desventaja frente a él. Este es mi territorio.

—¿Quién? —Denver se había perdido.

—Ellas lo llaman el Demonio. Su tío les ha hecho mucho daño. Es un hombre con título. Un conde. Tiene mucho poder en Inglaterra. Debo hacerlo venir a mí. Tengo que actuar de una determinada forma, así que pase lo que pase, debemos dejar a un hombre vivo, ¿de acuerdo?

—No —se opuso Hacha de Guerra—. Ninguno sobrevivirá.

—Debes dejar a uno con vida. Si no, no podré traer al tío de ellas hasta mí.

—Mataron a mis hermanos. No descansaré hasta que haya regado la tierra con su sangre —insistió el Lakota.

El mestizo suspiró.

—Consigamos doblegarlos y luego nos ocuparemos del resto —intervino Denver.

Águila Negra observó con detenimiento al exranger de Texas.

— Me gusta saber que siempre puedo contar con tu apoyo. Te agradezco tu ayuda, Harris.

—No hace falta hacerlo. Solo estoy devolviendo un favor. Tú me ayudaste antes a mí. —El mestizo asintió.

Los tres se incorporaron y sacaron los Colt. Un revólver en cada mano. Águila Negra se giró hacia el indio.

—¿Sabes disparar? —Se había dado cuenta de que era bueno con el arco y las flechas, también con el machete, pero no lo había visto empuñando un arma hasta ese momento.

—Pronto lo averiguarás —le respondió el indio.

Los hombres comenzaron a caminar hacia el lugar donde los cinco parecían estar debatiendo algo importante junto al fuego.

Un disparo resonó en el aire cuando todavía faltaba un poco para llegar frente a ellos. Hacha de Guerra había disparado a uno de los cinco por la espalda. Águila Negra lo miró con reproche. El guerrero alzó su arma.

—Solo estaba probando si recordaba cómo manejar uno de estos —se excusó, mientras comenzaba a correr hacia los cuatro que quedaban. En ese momento los estaba viendo lanzándose al suelo, en busca de sus armas para defenderse.

Denver y Águila Negra también iban a la carrera, al tiempo que abrían fuego para impedirles incorporarse y plantarles cara con mayor facilidad. Algunos habían conseguido hacerse con una pistola y les devolvían las balas desde el suelo, pero debido a la sorpresa del asalto no habían estado preparados para responder con mayor efectividad.

Estuvieron frente a ellos y Hacha de Guerra asesinó a uno más con un disparo certero. Solo quedaban tres.

—¡Nos rendimos! No disparen —dijo uno de los hombres, mientras arrojaba la pistola a un lado.

Los otros dos que estaban en el suelo cubriéndose la cabeza, dijeron lo mismo.

—¡Poneos en pie! —ladró Denver como el ranger que fue antes de reencontrarse con Sarah Lee.

El pequeño grupo lo obedeció al instante.

—Las manos en alto, donde yo pueda verlas —ordenó Águila Negra. Ellos le hicieron caso y las alzaron.

—Creí que sería más complicado… Estoy desilusionado —observó Hacha de Guerra al ver que la rendición fue tan… rápida. Había esperado un poco más de acción.

—Alégrate de tu buena fortuna. Esta no es la guerra que debo ganar. La batalla decisiva será cuando el hombre que molesta a mi mujer y a su hermana caiga bajo mi machete —apuntó el mestizo con calma.

Los tres hombres los miraban con atención.

—¿Quién está al mando? —preguntó Denver.

—No están aquí. Se marcharon hace horas y no han vuelto —respondió el más joven.

—Deben ser los que tu esposa… —Hacha de Guerra dejó la frase en suspenso. Los tres amigos sabían que Jane había conseguido matar a los más rudos del grupo. Posiblemente, las flechas de Hacha de Guerra acabasen con el cabecilla.

—¿Por qué buscabais a las hermanas inglesas? —inquirió Águila Negra.

—No lo sabemos. —Hacha de Guerra disparó en el corazón del que acababa de hablar. Cayó muerto al suelo de inmediato.

—Me vas a dejar sin hombres a los que interrogar —se quejó el mestizo.

—Yo lo veo bien. Tengo ganas de regresar a mi casa —opinó Denver.

—¿Probamos otra vez? —preguntó Águila Negra a los dos que quedaban en pie.

—Nos contrataron para hacer una búsqueda —habló el más joven de nuevo—. Alguien importante de Inglaterra quería que le llevásemos a dos mujeres. Dos hermanas. Nos dijeron que debíamos buscar en Austin y nos pagaron la mitad para localizarlas y escoltarlas de regreso a su hogar. El resto cuando el hombre las tuviese en su poder.

—Tres de los tuyos, que ya están muertos, iban a asesinar a mi esposa y a violar a su hermana antes de llevarlas a Londres. ¿Ese era el encargo? —cuestionó Águila Negra.

—Joyce —así se llamaba el que mandaba del grupo— era un bruto, aunque sí es cierto que nos autorizaron a matar a la hermana mayor si causaba problemas. Nos avisaron de que no debíamos subestimarla.

—Esa es mi chica —señaló con orgullo el mestizo—. Uno de los dos irá a Londres y le entregará un mensaje al hombre que las contrató. Así que solo necesito a uno de vosotros con vida…

—Águila Negra… —comenzó a quejarse el indio, interrumpiéndolo en su explicación.

—Haremos un trato, Hacha de Guerra.

—Solo tienes una cosa que yo desee… —dijo en clara alusión a Dana—. No me será fácil dejar a uno de los que estuvo involucrado en la muerte de mis hermanos pero…

El mestizo sabía lo que pedía como pago.

—¡Yo soy nuevo! —interrumpió la conversación el hombre que había permanecido callado hasta el momento—. Joyce me vio en Austin y me dijo dónde podía encontrarlo si quería trabajo. Llegué hace dos días. No sé nada de ninguna muerte.

—Eso es mentira —dijo el joven, sabiendo lo que implicaría no negar dicha afirmación.

Hacha de Guerra disparó sobre el que acababa de hablar.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió Águila Negra.

—Porque ya ha desmentido lo que ha dicho ese —lo señaló con la pistola—, así que ya no me servía de mucho. Te queda uno y vas a tener que convencerme de que no lo mate de inmediato.

—¡No he mentido! Lo juro por la vida de mi madre —señaló el último del grupo de los malhechores.

—¿Quién corroborará tu historia? —lo retó el indio.

—No has sido justo, Hacha de Guerra. Además, creo que él no miente y no estuvo involucrado en la muerte de tus… —habló Denver.

—¿Cómo puedes estar seguro? —lo cortó el indio.

—Porque he sido ranger y he visto a muchos tipos como él. Solo sé cuando mienten… es algo natural.

—No es suficiente para mí —razonó con calma el guerrero.

—Yo sé lo que quieres, Hacha de Guerra —tomó la palabra el mestizo—. No puedo darte a Dana.

—¿Quiere a Dana? —cuestionó asombrado Denver.

—¿Por qué te sorprende? —le preguntó Águila Negra.

—No sé… esa mujer atrae los problemas como la miel a las moscas. El hombre que la tenga por esposa debe ser… estar… —Se quedó un momento pensativo—. ¿Estarías dispuesto a quedarte en Texas con ella? —le preguntó directamente al Lakota.

—No —se apresuró a responder el guerrero.

—Creo que tienes un problema, Águila Negra.

—¡No me digas! —ironizó el mestizo.

—La mujer para mí y… él se marcha con vida —le espetó el indio, señalando al hombre que tenían enfrente.

—¿Y si le envías una carta a su tío? Tal vez no haga falta que quede nadie con vida… —razonó Denver.

—Yo le relataré cualquier cosa que necesiten y lo haré en el tono más adecuado posible. Seré más convincente que una simple misiva. —El hombre veía una vía de escape y la aprovecharía.

—Justamente es por ello que necesito que uno viaje a Londres… —señaló Águila Negra.

—No sé… —volvió a comentar Denver—. Sarah escribe unas cartas que atemorizan al contable del banco de Austin… podría ayudarte a redactar lo que pretendas.

—Eso no es importante, Harris, porque Jack Lowell es a quien le dirige las cartas tu esposa y ambos sabemos que él le tiene un gran respeto a la vaquera desde que la vio enfrentarse a los Dalthon y a sus amigos —le tuvo que recordar Águila Negra.

—¿Lo mato ya o me das a la mujer roja? —interrumpió el parloteo Hacha de Guerra.

—Si la quieres debes conquistarla y quedarte a vivir aquí. Aprender a ser un hombre blanco… Mi esposa jamás se separará de ella y no seré responsable de mi propia muerte a sus manos.

El Lakota se rio a carcajadas.

—Haces bien en temer a la mujer de pelo amarillo. Con respecto a tu petición… Antes me cortaría mi propio cuello. —Hacha de Guerra levantó el arma dispuesto a apuntar al último de los hombres que fue responsable de la muerte de sus dos hermanos.

—Un año.

El indio lo miró de soslayo.

—¿Qué? —le preguntó el guerrero al mestizo.

—Dana ha sufrido un infierno. No puedo dejar que te la lleves. Regresa dentro de un año, cuando ella esté bien y pídele que sea tuya. Si ella te acepta no me opondré.

—¿Qué tramas? —La pregunta la hizo el indio, pero Denver Harris la había tenido también en la punta de la lengua.

—Es mi acuerdo. Un año o te dejo matarlo y voy yo mismo a retar al tío de mi esposa a Londres a venir a buscarla a mi territorio. ¿Lo tomas o lo dejas? —lo azuzó.

—Me la llevaré aunque no me acepte. Seis meses.

—No.

—Lucharemos de nuevo y si gano me la entregas y dejo que ese miserable mentiroso viva… —trató de convencerlo con un nuevo acuerdo.

El mestizo se guardó los dos revólveres en el cinturón listo para marcharse. Luego miró al indio y le dijo:

—Adelante… mata a un hombre que los tres sabemos que es inocente de la muerte de tus hermanos, porque no vas a tener un acuerdo mejor que el que te he propuesto hace unos instantes.

—Quiero a la mujer roja, Águila Negra. Debe ser mía.

—Lo será si te elige como hizo Jane conmigo. ¿Aceptas?

—Seis meses.

—Un año, pero puedes presentarte dentro de seis meses y probar suerte. No la raptarás. Sé que eres un hombre de honor y no quebrantarás el vínculo que nos une. Yo pude haberte matado y no lo hice en su momento. —Se lo recordó por si acaso el salvaje tenía la tentación tan grande de llevársela.

Hacha de Guerra suspiró con fuerza y bajó el arma. Solo la de Denver Harris permanecía subida.

Águila Negra se acercó al hombre.

—Ve a Londres, busca al conde de Alastor y dile que Águila Negra tiene lo que quiere y que lo espera impaciente en Texas. Dile que si tiene las agallas suficientes… que no sea un cobarde y venga él mismo a buscarlas. Insiste en que lo reto y en que sé que es un gallina que no vendrá a dar la cara. ¿Entiendes lo que te digo? —El interpelado asintió, sin atreverse a bajar las manos. Estaba un poco más seguro, pero desconfiaba del salvaje con las pinturas y las plumas en su pelo.

—Sí, señor. Quiere que el hombre venga sea como sea a buscarlo.

—Eso es.

—¿Qué le impedirá huir de aquí y no entregar el mensaje, Águila Negra? —preguntó Denver.

—A eso voy. Tengo a un buen amigo en la ciudad inglesa, busca al administrador del conde de Ithorne, él te dará una más que generosa recompensa cuando sepa que has cumplido con tu cometido. Es un trabajo muy fácil por un tranquilo viaje. Cuando cumplas tu cometido, ve a buscar a quien te he dicho y dile que te pague en consecuencia por tus servicios. Tienes mi palabra de honor de que la suma no te defraudará, pero deberás hacer lo que te pido. ¿Lo harás?

—Sí, señor. Yo buscaba trabajo y usted me acaba de contratar —apostilló con sencillez.

—¿Tienes dinero para hacer el viaje?

—Lo conseguiré. No supondrá un problema.

El indio maldijo en alto y en la lengua Siux.

—¿Qué ocurre? —se interesó Águila Negra.

—¿Has acabado con él? ¿Puede marcharse? —preguntó el guerrero Lakota.

—Sí. Vete ahora —lo despachó.

El hombre no se lo pensó dos veces. Buscó su montura y se fue de ahí mientras los otros tres miraban cómo emprendía el camino.

—¿Crees que cumplirá con tu propósito? —interrogó Denver.

—Le enviaré una carta al esposo de mi hermana y lo pondré al corriente de todo. Si hace lo que le he pedido le daré un buen dinero. Creo que tiene motivos para averiguar si fue un simple farol o no. Si no tengo respuesta de Londres, tal y como espero que ocurra, yo mismo iré a buscarlo para traerlo. Aquí será más fácil matarlo y tirarlo al río. Buscaremos uno con pirañas —dijo pensativamente.

—Espero que sepas lo que haces —señaló Denver.

—Debo liberarlas de él.

—Si me dieses lo que quiero, no la encontraría jamás —apuntó con enfado el indio.

—¿Qué ha pasado antes de que se marchase? Estabas maldiciendo. —Águila Negra decidió cambiar de tema.

—El oro —señaló—. Debemos registrar a todos estos y buscar el oro de mi tribu. Si no está aquí, debemos ir al lugar en el que murieron los otros tres.

—Yo me voy a casa… No pienso registrar cadáveres por un oro que no es mío. —Denver se dio la vuelta y los dejó allí solos.

—¡Harris! —lo llamó Águila Negra cuando se acordó de algo.

—¿Qué pasa ahora? Tengo una cama caliente y a una mujer bien dispuesta esperando para darme mi recompensa. No me quedaré ni aunque tu amigo comparta el botín —alegó enfurruñado.

—Gracias.

—No hace falta.

El exranger comenzó a caminar de nuevo.

—¡Harris! —lo volvió a llamar. Lo escuchó decir una ristra de palabras muy malsonantes, aunque se giró una vez más para atenderlo.

—¿Qué demonios quieres, Águila Negra?

El mestizo se sonrió.

—Dile a mi esposa, si está despierta, que iré dentro de poco. Jane está delicada y debe

descansar… No hagas mucho ruido o tendré que matarte por interrumpir el descanso de mi mujer, ¿de acuerdo?

—Debería pegarte un tiro ahora mismo. Eres un mestizo pretencioso… ¡Es mi maldita casa! Si quiero gritar mientras monto a mi esposa y despertar a Dios en los cielos, juro que lo haré.

—Sí, sí… como quieras… Recuerda lo que te he dicho —le dijo socarrón.

—¡Maldito seas, Águila Negra! No te pego un tiro porque mi esposa lloraría tu muerte y luego la mía… —señaló en una clara alusión a que su mujer lo asesinaría por matar, con motivo, a su preciado mestizo.

—¿No estabas deseoso de marcharte a casa? ¡Vete, hombre! —se mofó una última vez.

Denver subió a su montura y desapareció de allí. Aunque no cesó en maldecir al mestizo hasta que llegó a su casa.

—¿De verdad sois amigos? —preguntó por curiosidad Hacha de Guerra. Era evidente que no se llevaban demasiado bien.

—Algo así —respondió el mestizo—. Busquemos lo que te pertenece, deseo perderte de vista y regresar a casa para ver cómo está mi esposa.

—Ella se pondrá bien pronto. Es una luchadora. ¿No quieres oro por las dos? Serías el hombre más rico de Texas… —trató de tentarlo aun a sabiendas del resultado de la proposición recién hecha.

—Ya lo soy, Hacha de Guerra… Ya lo soy —repitió sonriente.

Los dos sabían que hablaba de una mujer en concreto. Águila Negra se refería a Jane Hutson-Smile, condesa de Ithorne, esposa de un mestizo que llevaba la vida sencilla de un vaquero de Texas… La mujer que el destino le debía y al final había conseguido.

***

Jane se despertó aquella mañana sonriente. Se desperezó en la cama y rodó fuera del alcance de su esposo dispuesta a ser traviesa. Tenía grandes planes para empezar el día con energía.

El problema todavía no se había resuelto del todo. El Demonio aparecería tarde o temprano. Su esposo le había contado lo que sucedió la noche de hacía tres días. Retarlo a venir… Tendrían que enfrentarse a él, pero no todavía, así que no pensaría en problemas cuando tenía una deliciosa luna de miel de la que disfrutar.

Jane y Águila Negra se trasladaron al Jane Hope un día después de que su esposo la tuviera en la cama… sin hacer nada interesante. Y fue por su propia insistencia, dado que ya había pasado demasiado tiempo fuera del hogar de su marido. ¡Ella estaba perfectamente bien! Sin fiebre, sin apenas dolor. Cansada de estar quieta y sin nada que hacer.

Casados, pero sin consumar su relación… No la había tocado más que para abrazarla y darle algún beso no demasiado excitante. Águila Negra le aseguró que había esperado treinta y un años y que podría aguantar un poco más para conocer el sabor del cielo.

Bueno, la herida de su brazo estaba perfectamente bien, ya era un sencillo rasguño. Se levantó de la cama y se quitó el camisón que él le obligaba a ponerse para dormir y se quedó gloriosamente desnuda.

Precisamente, esa mañana se cumplía el tiempo que él había estipulado para que pudieran hacer el amor. El sol estaba despuntando y se le ocurrían un par de cosas antes de que ambos se pusieran a atender sus obligaciones.

Jane regresó a la cama y se colocó sobre su esposo. Tuvo el impulso de arrancarle esa estúpida camisa de dormir que él también había insistido en utilizar para evitar la tentación…

Le dio un beso rápido.

—Sé que estás despierto —dijo al ver que él no abría los ojos.

—Sé que estás desnuda. —Su mano estaba acariciándole la espalda.

—Sé que quieres hacer el amor. Tengo la prueba de tu dureza presionando sobre mí. —Su virilidad estaba más que lista.

—Sé que deseas que te haga el amor y que debes estar empapada solo de imaginarte lo que te haré. —Su mano izquierda se posó entre sus pliegues. Efectivamente, estaba resbaladiza. Introducirse en ella sería sencillo.

Águila Negra, sintió que ella empuñaba su gruesa torre. Gimió lleno de anticipación.

—Debes tener cuidado, Jane. Si me tocas demasiado, creo que la cosa podría acabar antes de comenzar. Todos los espíritus Santee están al corriente de cuánto te deseo.

Ella no dijo nada. Se colocó a horcajadas sobre él, apoyó la gruesa vara en su entrada y se dejó caer. Lo montó hasta el final.

Ahí fue cuando él abrió los ojos con un largo y sordo gemido, que bien pudo haber sido escuchado en el Sarah Love. Ella también aulló de puro éxtasis.

—No eres justa. Yo quería jugar contigo.

—Y yo necesitaba que me reclamases como tu esposa.

—Eres una pequeña tirana, Jane.

—Puedo parar si quieres… —Ella hizo presión sobre sus rodillas, que estaban apoyadas sobre el colchón para alzarse y librarlo.

—Acaba lo que has empezado —la urgió, al tiempo que la sujetó por sus encantadoras posaderas para bajarla de nuevo.

—Entendí que deseabas jugar primero… —lo incitó pareciendo falsamente inocente.

—Móntame, Jane. Hazlo todo lo duro que te permita la herida si quieres, porque hoy necesito que me trates como a un semental que debe ser domesticado. Y cuando me calme, volveremos a empezar de nuevo. Veremos si eres capaz de soportar lo que has despertado, esposa.

—Parece que me estás regañando. ¿Todavía no me has perdonado por haberte dejado solo una semana? —Ella comenzó a besar su oreja.

—Y lo haré, en cuanto caliente tus preciosas nalgas con mi mano, Jane. Las dejaré bien coloreadas y luego te daré un beso en cada una para calmarte. Te portaste muy mal… y debes ser castigada.

—¿Por qué de pronto tengo ganas de portarme siempre mal? —preguntó juguetona—. Si lo que quieres es que sea una buena esposa, no deberías incitarme con amenazas tan sugerentes, esposo.

—¿Te he contado alguna vez lo que me dijo Sarah cuando se enteró de que iba a recoger a una novia por correo a la estación?

—No. ¿Qué te dijo? —Ella seguía manteniéndolo en su interior, pero no se movía.

—Trata de no enamorarte de ella en cuanto la veas…

—¿Eso dijo? —Él asintió y ella se rio con ligereza—. ¿Y lo conseguiste?

—Me temo que no, fue como dijiste. Una mirada y ya estaba preso de ti, Jane. Así que nunca más nos separaremos, pase lo que pase.

—Mi tío…

—Nos ocuparemos de eso llegado el momento.

—¿Y Dana? No quiero que siga siendo un hombre por más tiempo… Necesito que vuelva a ser mi hermana.

—Eso creo que lo conseguiremos antes de lo que crees, porque pretendo que se case…

—¿Qué? —lo interrumpió.

—… antes de un año —terminó de explicarle.

Esa parte sobre Hacha de Guerra, quien se había ido al día siguiente de acabar con los asesinos de su hermano con una buena bolsa de oro que encontraron bien oculta entre la ropa del hombre que el indio mató con su flecha, no se la había contado a su esposa. Lo haría, pero más adelante, cuando Dana perteneciese a otro hombre y el guerrero tuviese que resignarse a marcharse con las manos vacías… Por si acaso, haría bien en entrenarse cada día y no olvidarse de pelear con garra, dado que justo eso sería lo que haría Hacha de Guerra de aquí a que volviese a aparecer para tratar de llevársela. Águila Negra no dudaba de esto último.

—Si logras ese milagro estaré a tu servicio el resto de mis días.

—¿No te importa que pretenda casar a tu hermana?

—Por supuesto que no. Siempre que sea un hombre aceptable para ella… y para mí. Sí. Yo también debo estar de acuerdo en que el hombre la merece.

—Perfecto. Un problema menos —alegó alegremente.

—¿Mi hermana supone un problema para ti? —preguntó con el ceño fruncido.

—Desde luego que no. Ha sido ella quien ha insistido en quedarse durante un tiempo con los Harris, yo la hubiese traído con nosotros sin pestañear.

—Sabes que lo ha hecho para darnos intimidad. No puedo dejarla sola. Dana es…

—Sí… Problemática —terminó por ella.

—Será mejor que sepas cómo convertirla en una mujer y que…

—Será mejor —la interrumpió— que cabalgues bien, vaquera, para que yo pueda idear un buen plan y tratar de hacer entrar en razón a tu díscola hermana.

—Uhmmm. Un reto. Allá vamos, vaquero.

Jane comenzó a cabalgarlo con fuerza, tal y como él había exigido.

El señor Travis Hutson, más conocido en Texas como Águila Negra, cerró los ojos, soltó las caderas de su esposa, y la dejó tomar su placer del modo en el que quisiera. Sí. El mestizo decidió que de vez en cuando le daría las riendas a Jane, pero solo en la cama…

¡Vaya vaquera! Sin lugar a dudas ella sabía domar a un buen semental… Sí, le daría poder en la cama, porque no lo iba a tener en otro ámbito de su vida. No volvería a correr el riesgo de perderla.

Y mientras disfrutaba del excitante paseo que la improvisada vaquera daba sobre sí mismo, se preguntaba si Denver Harris habría tenido el mismo pensamiento cuando se casó con Sarah Lee…

Bueno, no importaba porque él era mucho más autoritario que el exranger y seguro que conseguiría que Jane se mostrase más razonable a la hora de aventurarse en un enfrentamiento contra tres hombres… Y ahí se dio cuenta de que no debería darle poder ni en el lecho, porque Jane Hutson-Smile podría amansarlo y dejarlo ante ella como a un gatito domesticado, listo para ronronear con un movimiento de dedos.

Sujetó a su esposa para detenerla en su increíble cabalgada, rodó sobre su espalda por la cama, sin salir de su cálida vaina, y la dejó tendida bajo su cuerpo.

—Creo que será mejor que te haga el amor yo a ti.

—No me opongo a eso, vaquero… Siempre que tú también seas razonable.

—¿Qué? —Se había perdido algo. Ella lo miraba con diversión en sus ojos.

—¡Miau! —Jane maulló y él supo que algún pensamiento había escapado de su mente para acabar siendo dicho en alto.

Epílogo

El resultado del matrimonio

Meses más tarde.

Jane sostenía a un ternero entre sus brazos. Le gustaba no tener pánico a la sangre y haber aprendido bien lo que Sarah Lee le había enseñado tiempo atrás para atender el parto de un animal. Águila Negra también lo agradecía.

—¿Qué tal si tenemos uno de verdad, esposa? —le preguntó Águila Negra, mientras la observaba complacida meciendo al pequeño animal.

—¿Sí? ¿Dónde podríamos conseguir el nuestro propio, esposo? —rebatió rauda.

Estaban los dos solos en el establo, lugar al que habían llevado a la vaca en cuanto comenzaron los trabajos del parto.

—¿Todavía no lo sabes? Pensé que a estas horas ya serías toda una experta en la cuestión.

—¿Qué insinúas? —inquirió divertida.

—Conozco tu cuerpo casi mejor que el mío propio.

—¿Sí? —cuestionó, jugando al despiste.

—Está bien… imagino que me lo dirás cuando estés lista.

—¿El qué? —preguntó con inocencia.

—De acuerdo. Tengo trabajo que hacer. —Él se giró para simular que se iba.

—¡Espera! —Su boca esbozó una sonrisa cuando su mujer lo llamó.

—¿Sí, esposa? —preguntó sin girarse.

—¿Cómo lo has sabido? ¡Has estropeado mi sorpresa! Había planeado ir al pueblo, cenar los dos solos en el comedor del hotel y luego… —Ella estaba molesta. Él pudo haber esperado un poco más para forzarla a confesar el feliz secreto.

Él se dio la vuelta para observarla. Ella había dejado al ternero mamando de su madre y estaba en pie, llegando hasta su posición.

—El cuerpo de una mujer sangra una vez al mes. Tú, hace tres que no tienes ese signo. ¿De verdad creías que no me iba a dar cuenta, Jane? Presto atención a todo lo que tiene que ver contigo. En cuanto a lo de la sorpresa… ¿Te desilusionaría mucho saber que estaba al corriente de tu maravilloso plan y que lo apruebo por completo?

—¿Debo suponer que jamás volveré a tener un pequeño secreto para mi fantástico mestizo salvaje? —Ella le sonrió.

—Oh, mi amor… Puedes intentarlo, pero no te sientas frustrada cuando te des cuenta de que no va a ser posible. Ahora… ¿tienes algo que explicarme, Jane?

—Noooo.

—¿No vas a decírmelo?

—Dado que eres tan listo… no hace falta que te diga nada. Ya lo sabes.

—Jane, Jane, Jane… Creo que esta noche alguien va a recibir una buena zurra en su fascinante trasero insolente.

—¡No volverás a ponerme sobre tus rodillas para… para…! Ya sabes para qué… No, no lo harás.

—¿Te quejas? La última vez que comprobé tu reacción, mi mano quedó empapada por tu néctar. Me parece que solo ansías provocarme para que yo…

—¡Ya basta, Águila Negra! —exclamó sofocada.

—Uhm… Creo que alguien está ardiendo por su hombre. ¿Estás imaginando mi mano alzarse para darte una nalgada mientras gimes llena de anticipación, Jane? ¿O estás pensando en mis grandes dedos acariciando tu humedad, al tiempo que se meten en tu interior para hacerte gritar de placer? —Era malvado. La estaba incitando, pero él ya estaba más que duro para ir con ella a la cama.

—Eres perverso, Águila Negra. No deberías decir esas cosas que…

—¿Vamos a la cama, Jane?

—Ya deberías haberme tomado en brazos para conducirme allí a toda prisa —espetó molesta.

—Dime lo que un padre debe saber, esposa, y te daré lo que sé que necesitas de mí.

—No.

—Jane… —Era terca. Más que cualquier mujer que hubiese conocido previamente.

—Te lo contaré todo esta noche, mientras cenamos, vestidos adecuadamente frente a una cena maravillosa.

—¿Y qué me dirás, esposa? —la azuzó.

—No me vas a dejar ganar… ¿cierto? —se quejó.

—Tú… ¿qué crees?

—Está bien. Más vale que lo que has prometido que va a ocurrir en la cama… sea excelente.

—¿Pones en duda mis capacidades? Me siento terriblemente ofendido, Jane. Definitivamente vas a obtener el castigo que estás buscando —la avisó, con esa mirada cargada de promesas… perversas.

Ella suspiró.

—Esta noche planeo explicarle a mi esposo, que pronto seremos uno más en esta familia. ¿Satisfecho?

La respuesta de él fue cargarla entre sus brazos para dirigirse a toda prisa a la casa… a su cama. Jane se reía a carcajadas al ver lo rápido que él corría.

—No te rías, mujer. Cuando incitas a tu hombre, debes saber que obtendrás esa respuesta.

—Creo que me deseas con intensidad y eso me hace sentir… poderosa.

—Oh, Jane… No tienes ni la menor idea de la fuerza con la que me atraes hacia ti. Me parece que pronto tendremos a todo un pequeño ejército de niños, porque no vas a salir de la cama en mucho tiempo, si tengo algo que decir al respecto.

—Palabrería… Menos hablar… y más…

No pudo acabar la frase, dado que su esposo la besó con fuerza, antes de dejarla en pie sobre las tablas de madera de la bonita habitación que compartían, y que Jane había redecorado con cortinas nuevas y una preciosa colcha. A continuación, él se puso de rodillas y llevó la cabeza hasta el vientre de ella, para recostarla ahí. La abrazó. Ella le acarició el cabello negro. Le

había crecido bastante y lo tenía por los hombros. Él se veía más salvaje que nunca. A ella le encantaba así.

Jane se dejó llevar por él. Una vez más, las preocupaciones sobre su díscola hermana y su malvado tío tendrían que esperar a ser resueltas, dado que lo fundamental era disfrutar de los pequeños placeres de la vida que compartía junto al amor de su vida.

Llegarían nuevos retos, otras complicaciones, pero por el momento, disfrutaría de la atención de su esposo y de su futura maternidad.

Fin.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo… Y en especial las de género histórico. Si no conoces lo que tengo publicado, puedes pasarte por Amazon y buscar mi página de autora. Verás que hay para elegir.

Mis historias se ambientan en la regencia inglesa y algunas en la época victoriana. Esta es mi segunda novela del oeste americano. Soy novata en escritura del género, pero no como lectora. He devorado muchísimas novelas del oeste y espero haber podido emocionarte. Los Siux Santee fueron un pueblo bastante pacífico hasta que en 1862 hubo una revuelta, más producida por la hambruna y por la falta de créditos de los comerciales locales, que llevó a un levantamiento donde algunos Siux masacraron a 450 granjeros. Las tropas del Estado detuvieron el levantamiento y se cerró con el ahorcamiento de 38 Santee, que pudieron haber sido otros 285, pero fue Lincoln quien detuvo la pena de estos últimos. Este ha sido el germen para idear a Águila Negra, un guerrero que es producto de mi mente.

Nos quedará pues un vaquero que también tiene lo suyo… Jeremy Andrews nos contará pronto sus planes.

Me considero más una escritora de romance que una historiadora. Ello no implica que no me documente para no meter la pata (tal vez no siempre lo consiga, esto es mi ficción y adoro las licencias literarias). Sin embargo, puesto que intento crear mujeres fuertes ya en sí estoy pecando de no ser fiel a la historia. Recordad que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Esto es una obra de ficción que nace en mi mente y que está basada en lo que soy, en mi modo de vida o en cómo entiendo la vida misma. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Un matrimonio inconveniente

¿Quién no ha querido que el chico más guapo
y sinvergüenza se enamorase de ella?
A veces, es mejor ser sensata y optar por lo seguro.
En otras ocasiones, es justo arriesgarse y buscar lo soñado.
Dedicado a las mujeres que tuvieron que demostrar su valía.
Sin olvidar a los hombres que supieron apreciar lo que se les concedía…
aunque fuese tarde.

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

Un incordio para nada adorable

Capítulo 2

Una confesión aterradora

Capítulo 3

Un acercamiento sorprendente

Capítulo 4

Una revelación desconcertante

Capítulo 5

Una solución a la vista

Capítulo 6

Un viaje insoportable

Capítulo 7

Un río cristalino

Capítulo 8

Una amarga realidad

Capítulo 9

Una aceptación espeluznante

Capítulo 10

Un futuro incierto

Capítulo 11

Un reencuentro maldito

Capítulo 12

Un par de reclamos absurdos

Capítulo 13

La revancha

Capítulo 14

¿El siguiente paso?

Capítulo 15

Un imposible

Capítulo 16

Una pareja de tres

Capítulo 17

Tras las llamas del infierno

Capítulo 18

Cuando la muerte acecha

Capítulo 19

Una boda al fin

Epílogo

Paz y felicidad

Nota de la autora

Todos los títulos por orden

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Crystal City, Texas, 1880.

Solo se era joven una vez. Jeremy Andrews, o Jey, como solía llamarlo su padre, había escuchado esa frase mil veces. ¿El motivo? El señor Andrews, su progenitor, siempre fue un hombre precoz para todo, incluso a la hora de engendrarlo, dado que con poco más de diecisiete años ya estaba casado y con su propio hijo. Ah… pero aquello salió francamente mal. Jeremy no recordaba a su madre y la sombra de su legitimidad, o la falta de ella, siempre estaría sobrevolando su cabeza para atormentarlo.

Miranda. Un nombre proscrito en el seno de los Andrews. Una mujer caprichosa que se mudó del Este hasta Crystal City y se quedó con su esposo y su hijo durante cuatro años. La señora Miranda Andrews se marchó, sin mirar atrás, con el contable del aserradero, el negocio familiar que había hecho a su padre uno de los hombres más ricos e influyentes de Texas.

Sus padres no se llevaban bien porque no confiaban el uno en el otro. Había escuchado rumores en el pueblo sobre la huida de Miranda Andrews. Decían que era una mujer que se creía superior al resto y que no estaba contenta con la vida que llevaba en un entorno tan humilde, así que cuando un tunante de Boston le ofreció una vía de escape —nunca mejor dicho—, la madre de Jeremy la aceptó sin rechistar. No amaba a su padre y estaba cansada del salvaje Oeste y de la vida monótona que llevaba. Y lo peor que pudo ocurrir para un hijo, fue escuchar una conversación cuando su padre estuvo borracho.

El señor Mathias Foster, el propietario de un rancho vecino muy próspero llamado Sarah Love, era muy amigo del padre de Jeremy y esa noche ambos habían estado en el saloon. Jeremy tenía dieciséis años recién cumplidos y oír a su padre decir que no estaba seguro de si estaba criando a un bastardo… Aquello supuso el fin de la relativa estabilidad de padre e hijo, aunque nunca se habían llevado demasiado bien. Compartían el mismo nombre, los dos se llamaban Jeremy, pero el temperamento del menor era más fuerte que el de su progenitor y no le gustaba que tratase de doblegarlo. Así que la guerra estalló aquella noche, en la que su padre al fin le contó, delante del señor Foster, las acusaciones que se habían vertido sobre su fugitiva esposa. Por lo visto, la madre de Jeremy había intentado casarse con otro hombre más rico y poderoso que el señor Andrews, y cuando llegó al lecho, en su noche de bodas, la señora Andrews no entregó el regalo más preciado que una esposa debía hacerle a su marido. Ese fue el germen de un matrimonio tortuoso que había hecho que el padre siempre desconfiase, no solo de la madre, sino también del hijo. El señor Andrews le confesó que no podía soportar verlo porque se parecía demasiado a ella. Mathias Foster intervino de inmediato, alegando que no se podía cuestionar la paternidad de Jey dado que ambos eran pelirrojos y tenían los mismos ojos verdes, y más allá de eso estaban los gestos y eran como dos gotas de agua. Para Mathias era evidente que no había duda posible sobre la legitimidad.

No importó. Aquella revelación supuso el final de una relación que ya era frágil entre ambos. Jey se marchó sin rumbo fijo y recorrió buena parte del país hasta que la suerte le hizo tropezar con un mestizo muy singular. Era un tipo duro con muchas agallas que se hacía llamar Travis Hutson, aunque a Jey le gustaba más usar su nombre indio: Águila Negra… solo para fastidiarlo. Se hicieron buenos amigos pronto, y estuvieron un tiempo más que considerable vagabundeando y divirtiéndose. Sin embargo, cuando a Jeremy se le acabó el dinero, decidió regresar a su pueblo e invitó al mestizo a ir con él. Lo convenció a duras penas y, por azares del destino, dieron con sus huesos en el Sarah Love, donde Mathias Foster los contrató como peones. Les iba bien en ese rancho, tanto que tras demostrar su valía, el jefe los hizo su mano derecha e izquierda. A veces no se sabía quién era la derecha o la izquierda, pero Águila Negra llevaba más peso.

El mayor problema era esa hija del ranchero del Sarah Love que… La señorita Sarah Lee Foster era peor que un… un… un puntapié en un trasero huesudo. Sí. Eso era ella. La muchacha tenía dieciocho años y sabía tanto o más que los hombres sobre arrear ganado, atender el parto de una vaca, hacer cuentas o reparar una cerca.

Complicaciones. Esa joven llevaba la palabra «problema» escrita en la frente. Bueno, tampoco importaba demasiado porque esa muchacha no iba a ser una dificultad para él, dado que Jeremy no se implicaba demasiado en los asuntos de los demás. Eso y que el señor Foster estaría ahí para su hija largos años. No obstante, la joven le había pedido que la acompañase al pueblo para ir a la mercería a comprar cintas para el pelo. La despachó de inmediato y ella se quejó a su padre. Así fue como Jey, la mano derecha del jefe, un hombre de veintiún años, estaba en estos momentos llevando de paseo a una tejana que no sabía lo que era un vestido. ¿Para qué querría cintas para adornar el cabello si no usaba más que pantalones, camisas y botas tejanas y no parecía femenina? Algo le olía mal.

Mocosa chivata e insolente. No importaba que ella fuese ya una mujer casadera. Siempre sería una niña a sus ojos porque la conocía desde hacía demasiado tiempo, e incluso habían compartido el aula de la iglesia cuando se transformaba en la escuela fuera del domingo.

—¡Jaaaaack! —gritó la muchacha a su lado derecho. El chillido lo dejó con dolor de oído. Probablemente no volviese a escuchar nunca más con normalidad.

—Saraaah —la amonestó, por el espectáculo que acababa de dar sobre la carreta. La buena gente de Crystal City que transitaba por la calle los estaban mirando de modo censurador.

—¡Jack Lowell! —Sarah Foster volvió a llamar a su mejor amigo haciendo caso omiso a las miradas irritadas de Jeremy.

—¡Sarah! —la saludó, al fin, el objeto de la atención de la joven desde el otro lado de la calle.

Para la señorita Foster, Jack Lowell era mucho más que un excelente amigo. Era el mejor hombre que conocía y conocería jamás.

—Eres demasiado evidente, Sarah Lee Foster —la sermoneó, otro muchacho desde el lado derecho de la carreta.

Tanto ella como Jeremy giraron la cabeza para centrarse en el que había hablado.

—¡Oh, Denver Harris! —exclamó la tejana—. ¿No deberías estar cortándole el pelo a alguna buena muchacha para divertirte? —se burló de él.

—¿Y tú no deberías dejar de perseguir a Lowell como si fueses una gata relamiéndote por su pastel de crema? —respondió, con otra pregunta, el matón del pueblo.

El señor Denver Harris era un muchacho odioso al que Sarah deseaba perder de vista.

—¡Chico! —Lo llamó al orden Jeremy, al ver que la hija de su jefe fruncía los labios y los ojos con sumo disgusto.

—Déjalo, Andrews, solo pretende molestarme —intercedió ella alejando el malhumor que le ponía ver a ese joven Harris.

—¿Molestarte? Solo trataba de que no hicieras más el ridículo. Todo el mundo sabe que Lowell prefiere a otra…

—¿No tienes nada mejor que hacer, Denver Harris? —rebatió Sarah Lee.

—En realidad no —añadió, con tranquilidad, el aludido.

—Pues busca algo que hacer y déjame en paz —le pidió con autoridad.

—Solo me he acercado para ver si quieres venir al baile del fin del verano conmigo. Lowell no va a llevarte —le espetó con satisfacción.

Se oyó un suspiro largo. Sarah Lee estaba cansada de tener que lidiar con Denver Harris. ¿Por qué tenía que seguir molestándola a todas horas? ¿Qué mal le habría hecho para que el chico más inadaptado e insoportable de Crystal City solo quisiera fastidiarla a ella?

—No, gracias —respondió sin emoción.

El joven agitó los hombros despreocupadamente.

—Como quieras. Yo pretendía hacerte un favor.

—Sí, por supuesto que sí —refutó de modo irónico.

—Si no fueses tan orgullosa y estuvieses más atenta, verías que Jack Lowell no tiene ninguna intención hacia ti —sugirió con calma.

Sarah Lee dejó de mirar los ojos despiertos de él y giró la cabeza para centrarse en su acompañante. Vio a Jey sonriendo y se disgustó todavía más que con Denver Harris.

—Me voy —le informó a Jeremy, para después dar un largo salto y bajar del vehículo. Calculó mal la distancia y acabó dando medio paso de más en el suelo que pudo haber supuesto una fea caída delante de su némesis. Y que precisamente él la estuviese sosteniendo entre sus brazos para haberle evitado la caída… Mal asunto.

Los ojos oscuros de ella se posaron sobre los negros de él. Lo que Sarah Lee vio ahí no le gustó demasiado y fue precisamente por ello por lo que se dispuso a desembarazarse de su abrazo con rapidez. Sin embargo, él no le permitió retroceder ni un ápice.

—Creo que merezco un poco de respeto, Sarah Lee. No soy un animal del que trates de huir —le dijo ofendido por su reacción, mientras la tenía presa en un abrazo que resultaba de lo más incómodo para ella.

Jeremy Andrews suspiró cansado de la situación entre esos dos. Definitivamente iba a convertirse en la niñera de Sarah Foster sin querer serlo. Se levantó de la carreta dispuesto a bajar y poner orden.

—¡No! —Lo detuvo ella, en cuanto se dio cuenta de que Andrews, enfadado, iba a intervenir. No debía sentir empatía por el chico malo del pueblo, pero lo hacía… ¡Y el maldito Denver Harris no se lo merecía!

—Sarah, te está abrazando delante de todo el pueblo y no parece dispuesto a soltarte. Si tu padre se entera de eso, pedirá mi cabeza para la cena. —Jey estaba seguro de ello.

Ella chasqueó la lengua. Era evidente lo que el capataz de su padre acababa de explicar.

—Señor Harris —le habló con un trato formal, intentando parecer autoritaria—, le agradezco que haya evitado que diese con mis huesos sobre el duro suelo, pero creo que es momento de que usted…

—Jack Lowell no te mirará jamás como… —Denver suspiró. Ese Lowell no la miraría como lo hacía él. Se detuvo a tiempo para no confesar lo que ella le hacía sentir. Sacudió la cabeza y la soltó—. Que tenga buen día, señorita Foster —le dijo finalmente, sin moverse de su lugar.

Ella se mostró sorprendida con la reacción de él. ¿Parecía desolado? No importaba. Sarah se colocó bien el chaleco que llevaba, se sacudió sus pantalones tejanos, irguió la cabeza y se dispuso a ir hacia el otro lado de la calle, donde Jack Lowell mantenía una animada charla con Leah Larson, quien seguramente acaba de llegar hasta él. Los tres eran inseparables. Lo habían sido desde niños. Tan buenos amigos que se lo contaban todo siempre.

—Sarah Lee, no tardes demasiado, tengo trabajo que hacer —le recordó Jeremy Andrews desde lo alto de la carreta. Ella asintió.

Jey se quedó mirando con detenimiento al muchacho que permanecía cerca, admirando la estela que dejaba a su paso la hija de su jefe.

—Engreída… —soltó por lo bajo Denver. Eso hizo que Andrews comenzase a reír con fuerza—. ¿Y tú de qué te ríes? —lo afrontó el joven.

—De ti. Puede que ella sea evidente con respecto a Lowell, pero tú lo eres todavía mucho más, Harris.

—Baja aquí y te demostraré lo evidente que soy, Andrews. Todavía puedo darte un buen puñetazo —dijo resoplando.

Ambos se conocían bastante bien. Al menos, durante su niñez, antes de que Andrews

desapareciese de la faz de la Tierra.

—No peleo con chicos —respondió con diversión.

—Tienes un año más que yo, a lo sumo dos… —hubo de decirle.

—Soy más mayor, y yo he vivido más que tú en este tiempo. —Recordaba bien lo que fue haberse marchado de casa tan joven. No imaginó que regresaría al pueblo para reencontrarse con la mujer perfecta para él y que acabaría deseando sentar la cabeza.

—No creo que…

—Créeme —lo cortó—, los años que estuve fuera… Fue duro. No soy el mismo que recuerdas. He pasado por demasiado.

Harris asintió, dándole a entender que lo creía.

—Estoy deseando marcharme de este estúpido pueblo. Lo haría si no fuese por… —Se calló, pero su vista recorrió el lugar para acabar posándose sobre Sarah Lee Foster. Jey se dio cuenta de lo que él había señalado sin terminar la frase.

—No tienes la más mínima posibilidad con ella. Será mejor que la olvides —le recomendó con sencillez.

—¡Métete en tus asuntos! —bufó.

—Y deberías mostrarme más respeto, chico. No he visto que le hables así a Travis Hutson. —Su mejor amigo era la autoridad del pueblo.

—No se me ocurriría hacer enfadar a un mestizo con malas pulgas —se defendió.

—Como sea. Olvídate de la señorita Foster si no quieres…

—¿Te olvidaste tú de Mery Bell Adams? —contraatacó. Denver recordaba algunas cosas del pasado sobre Andrews y esa muchacha a la que había aludido.

Jeremy se sentó en ese momento en el asiento de la dura madera de la carreta. Vio a Harris cruzar los brazos sobre su pecho. Él estiró las piernas y sujetó las riendas con cuidado.

—Eso es completamente diferente —sostuvo Andrews.

—¿Ah, sí? —preguntó, incrédulo, Denver.

—La señorita Adams ha estado siempre enamorada de mí, aunque ella no lo supiera.

—No —refutó de inmediato—. Sabes bien que ella solo tenía ojos para Matt Gorwing. Te estás engañando.

—Ah, pero Gorwing se largó y alguien tiene que llenar el hueco que dejó —insistió, sabiendo que había conseguido una gran victoria al hacer que ella lo aceptase.

—No sabes lo que dices…

—Harris, lo sé perfectamente, porque yo no le corté el cabello cuando era una niña. Lo creas o no, Sarah no va a perdonarte jamás lo que le hiciste. Lloró durante meses por la pérdida—señaló, con una brillante sonrisa—. La fastidiaste para siempre, chico.

Allá donde Denver Harris fue considerado un muchacho problemático que buscaba pelea todo el tiempo, Andrews fue siempre el hombre apuesto del lugar, hijo de un hombre rico y con excelente posición en la comunidad. Era resultón, debido a su cabellera roja como el fuego, sus bonitos y expresivos ojos verdes, su altura considerable y su complexión atlética. Ya siendo un niño, Jeremy destacó entre el género femenino y pudo haber elegido a la muchacha del pueblo que hubiese querido, si no se hubiera marchado tan rápido como un relámpago en medio de la noche.

—Ahora es mi turno, Andrews. Créeme… Mery Bell Adams se enamoraría de cualquiera que tuviese dinero en su bolsillo y eso lo vería hasta el más ciego. Deberías tener

cuidado porque…

Andrews cuadró los hombros.

—Si no quieres que te dé tu merecido, harás bien en no calumniar a mi prometida. No me gustaría darte una buena paliza delante de la señorita Foster. Temo que vea el espectáculo y me anime a terminar el trabajo. Sospecho que eso no te gustaría demasiado —dijo, con la seriedad más cortante que fue capaz de mostrar.

—¿Qué te hace pensar que me ganarías, Andrews? —preguntó, socarrón.

—El hecho de que he tenido que aprender por las malas a manejar un revólver y a pelear hasta la muerte por mi vida. El mestizo hizo un buen trabajo conmigo sobre lo segundo, y bien sabes que tengo la puntería del diablo. Así que no te conviene probar la verdad de mis palabras, Harris.

—Como desees. Espero que no tengas que arrepentirte sobre Mery Bell. —Dicho lo cual, Denver se dio media vuelta dispuesto a marcharse de allí.

—¿Harris? —lo llamó Jeremy.

—¿Qué? —preguntó, desde la pequeña distancia que los separaba.

—No te acerques a Sarah Foster si es para molestarla.

—¿Y a ti qué te importa? —rebatió con enfado. Ya era bastante malo tener que lidiar con Jack Lowell, el hombre por el que Sarah Lee se derretía, y no sería capaz de resistir que el vaquero más apuesto del pueblo también fuese un problema para él.

—Es algo así como mi hermana pequeña y no consentiré que la inoportunes. Estás avisado. —Aquello sonó a amenaza.

Harris se irguió cuan alto era también, con enfado.

—Deberías tener más cuidado con tus propios asuntos antes de aconsejar a otro, Andrews —le dijo, enigmático, antes de salir de allí a paso rápido.

Jeremy se quedó con el ceño fruncido. Eso sonó como un toque excesivo de atención. ¿Qué demonios…? ¿Por qué le diría Harris algo así?

En ese momento, una sirena pelirroja de los mares cálidos captó su atención. Colocó el freno en la carreta, bajó de un salto y salió corriendo como si fuese un colegial. No le afectó saber que lo tenía bailando al son de su dedo meñique. Jeremy deseaba eso. Ella era perfecta para él. Su piel cremosa, sus ojos azules como un río claro, esas curiosas pecas que él podría contar hasta quedarse dormido en sus brazos. Tan dulce… No le importaba si el maldito Gorwing se había caído en un pozo profundo, lo sustancial era que ella al fin estaba libre y él aprovecharía su oportunidad. Y el hecho de haber decidido casarse, no tenía nada que ver con el asunto de que su padre lo hubiese amenazado con desheredarlo si no se establecía al fin. No. Siendo un escolar, ya, Mery Bell Adams había captado por entero su atención, pero la niña nunca tuvo ojos para él. Finalmente el destino le sonreía y aprovecharía el golpe de suerte. Si él no era lo que ella deseaba, tendría paciencia y le haría ver que no se equivocó al aceptar su petición de mano. Podrían ser felices y Jey lucharía con uñas y dientes para conseguirlo. Le daría todo cuanto ella demandase sin importar cuán alta fuese la demanda. Así de loco lo tenía.

Intuía que en cuanto su padre se enterase del compromiso daría un brinco de alegría. Llevaba sin hablar con el señor Andrews… Lo cierto era que se veían y se eludían. Desde que llegó al pueblo para meterse a trabajar en el Sarah Love había evitado tener que hablar con su progenitor. Pronto le haría una visita para informarle de sus formidables planes respecto a su futuro inminente.

¡No creyó sentir esa ilusión por una mujer! Había dado por perdida a la señorita Adams durante tanto tiempo que… ¡Su suerte era maravillosa!

—¡Mery Bell! —la llamó, mientras corría tras ella como un cachorro ansioso.

—¡Oh! —exclamó la pelirroja, en cuanto se dio la vuelta.

A Jeremy se le quedó la boca de par en par al verla tan hermosa. Llevaba un vestido de

percal dorado que asomaba ligeramente por debajo de su abrigo de color verde. Los guantes de piel puestos, un bello sombrero de plumas, muy discreto sobre su cabeza. Era la chica más bonita de todo Crystal City y pronto se convertiría en la señora Andrews. Se sentía tan lleno de ilusión y esperanzas. Al fin, una dama con la que iniciar el camino de su vida. Ojos azules risueños, pelo del color de los rayos del sol al atardecer, una piel tan blanca que parecía de alabastro, y una boca pequeña y sugerente con los labios regordetes. ¡Maravillosa!

—¿Dónde vas tan elegante, Mery Bell? Estás preciosa, como siempre —la alabó, en cuanto llegó a su altura, al tiempo que se quitaba el sombrero negro de la cabeza para mirarla con todo ese anhelo que sentía en su interior.

—Verás, debo ir a visitar a… a… —Suspiró. La vio observarlo con… ¿lastima?—. Jeremy, lo siento —aludió finalmente.

—¿Qué? —dijo, sin saber lo que ella trataba de explicarle. Solo percibía su nerviosismo y cierta tartamudez.

Él la oyó suspirar una vez más.

—No esperaba verte, Jey —señaló ella como si eso lo explicase todo, a la vez que se mordía el labio inferior.

—Yo tampoco a ti, pero me alegro de esta grata coincidencia. —Jey sonreía como un bobo enamorado.

Justo en ese momento, se acercó un niño corriendo hasta la pareja.

—Señorita Adams, sus maletas están cargadas, el señor Cooper la espera —le informó el pequeño.

—Gracias —dijo ella. El mensajero asintió y se dio la vuelta para regresar a las cuadras.

—¿Te vas? —Jeremy se quedó con el ceño fruncido—. ¿Te ibas a marchar sin decirme

nada, Mery Bell? —No sabía cómo lidiar con lo que tenía entre manos. Comenzaba a sentirse… extrañamente inquieto.

—Lo siento —repitió ella nuevamente.

—¿Cuándo vas a volver? —Se negaba a pensar lo peor de la situación.

—No lo sé… —murmuró, sin mirarlo a los ojos.

Hubo un silencio incómodo. Jeremy la analizó con detenimiento. Su actitud, su nerviosismo e intranquilidad eran diferentes a los de él… Algo no andaba bien. De hecho estaba seguro de que tenía ante sí un tremendo lío. Y, de pronto, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Me estás abandonando? —No se lo podía creer. La opresión en su pecho comenzó a ser arrolladora y mortífera.

—Lo siento —insistió la pelirroja con calma—. Se suponía que hoy estarías en el rancho todo el día y que no ibas a tener tiempo de venir al pueblo.

Él abrió los ojos como platos. Así que de verdad ella se marchaba sin despedirse… ¿por qué?, se preguntó angustiado.

—¿He hecho algo que te haya disgustado? Porque hace tres días dijiste que serías mi esposa y ahora… ¿te marchas? Mery Bell creo que no entiendo nada —expuso sus sentimientos con humildad, aunque estaba derrotado.

—Lo siento —añadió ella una vez más. Jeremy pensó que si volvía a oír de nuevo esas palabras gritaría con furia.

—¿No vas a ofrecer alguna explicación? —Con ella había sido un perfecto caballero, un dechado de virtudes, paciente, tranquilo… salvo por los besos, claro. ¡Si hasta había dejado de ir a la taberna! No jugaba a las cartas, no se acostaba con las señoritas del saloon, ¿qué otra muestra de compromiso necesitaba ella? ¡Se había convertido en un santo!

—Verás, Jey, eres un hombre muy especial, pero…

—¡No sigas por ahí, Mery Bell! —la frenó con enfado. Definitivamente lo estaba abandonando. Su compromiso hecho trizas sin un mínimo de cortesía.

Ella le ofreció una sonrisa tímida y levantó la mano para acariciar su mejilla. Él sintió el guante y se retiró de inmediato. Lo que menos necesitaba era ser el objeto de su lástima.

—Tu padre tiene razón. No estaríamos bien juntos. Yo no voy a poder olvidar a Matt nunca y acabaría hundida en este pueblo.

—¿Disculpa? —Debía haber escuchado mal. Él tragó saliva con fuerza y apretó los puños, que mantenía junto a su cadera, con fuerza.

—Tienes suerte, Jeremy —siguió ella sin prestar atención a la cara de estupefacción que él había compuesto—. Tu padre te quiere tanto… Y ha sido de lo más generoso conmigo, me ha ayudado muchísimo con los gastos y me ha dicho que no hace falta que le devuelva ni un centavo. Voy a poder empezar desde cero en Boston. Incluso me ha conseguido un buen trabajo como dama de compañía de una mujer con la que mantiene correspondencia.

Jeremy carraspeó incrédulo.

—¿Estás diciendo que te marchabas a Boston, sin despedirte, y que mi padre te ha dado dinero y te ha facilitado los contactos para que me abandones?

—¡Oh, Jey! —Ella chasqueó la lengua—. No lo veas así. El señor Andrews nos ha salvado de un futuro horrible. Yo soy una chica de ciudad, no podía vivir entre ganado y polvo contigo.

—Es algo que diría mi padre, no tú, Mery Bell —señaló con los dientes apretados.

—Pero no por ello es menos cierto. No me gustaba la idea de vivir en un rancho, ya te lo dije. Aunque el señor Foster te haya prometido tierras y pronto tengas una casa, no es lo que yo quería. Matt se marchó a Boston para buscar fortuna y estoy dispuesta a ver…

—¡Te dejó! —la interrumpió con un grito—. Tu adorado Matt Gorwing te abandonó sin mirar atrás y soy yo el que está aquí para ti —le recordó con acritud.

Ella lo miró con compasión decidida a no molestarse.

—Entiendo que estés enfadado, Jeremy, pero a la larga te darás cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro. Soy joven y es el momento de perseguir mis sueños. ¿Qué pasaría si Matt regresase a por mí y yo fuese tu esposa? Tu padre tiene razón, me fugaría con él porque nuestros cimientos no son sólidos. Lo siento, debo alejarme. Te deseo lo mejor y espero que seas capaz de entender mi decisión. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia su nuevo futuro. Iría a Boston y viviría una vida plena allí. Buscaría a su amado y trataría de ser feliz con él. Hacía solo unos pocos meses que Gorwing se había marchado en busca de una vida mejor y esperaba poder encontrarlo allí y que fuese libre. El padre de Jeremy no estaba equivocado. Si el amor de ambos era tan fuerte como ella sentía, estaban destinados a ser uno solo y debía arriesgarse.

Jeremy se quedó incrédulo, viendo cómo se alejaba la mujer con la que llevaba años soñando y meses ilusionado con casarse. La observaba y sentía que se le escurría entre los dedos de las manos. El corazón comenzó a estrujar su pecho sin compasión. Se habían hecho promesas, compartido besos incendiarios que le hicieron visitar las frías aguas del río en más de una ocasión. Se veía casado con esa mujer porque era perfecta, dulce, amorosa… ¿Cuándo cambió todo eso?

—¡Andrews! —gritó Sarah Foster desde atrás.

Él suspiró. Abandonado. La única vez. La única mujer con la que se permitió fantasear con una familia, con el amor, acababa de dejarlo plantado con una explicación de lo más extraña. ¿Su padre? ¿Qué demonios pintaba el señor Jeremy Andrews en todo esto? Ah, no lo sabía, pero iba a averiguarlo de inmediato. Incluso desde la distancia que Jey le había impuesto, su progenitor no era capaz de dejar de inmiscuirse en sus asuntos.

—Ya voy, Sarah —le dijo, mientras la observaba esperarlo en el lado derecho de la carreta.

Llegó hasta la joven rubia, la ayudó a subir y a continuación dio un salto hacia arriba

para instalarse a su lado. Arreó las riendas y comenzaron el regreso al Sarah Love.

—¿Has comprado las cintas? —le preguntó, intentando no pensar en lo que acababa de sucederle.

—¿Qué? —Ella no se dio cuenta de lo que le había inquirido.

—Cintas. Hemos venido al pueblo a buscar cintas para el pelo… ¿recuerdas?

—¡Ah, sí! —exclamó—. No, no he comprado ninguna. No eran bonitas. —La joven hizo un aspaviento con la mano.

—Sarah Foster, es una suerte que no seas abogada, dado que mientes muy mal —la sermoneó.

—Tenía que venir al pueblo, Jeremy. Tú… no lo entenderías.

Él resopló. Vaya que sí lo entendía, se dijo Andrews.

—Te aconsejo que no pongas todas tus ilusiones en un lugar si no estás segura de ser correspondida.

Ella lo miró de soslayo.

—No sé de qué me hablas. —La muchacha iba a negar cualquier cosa que pusiera en peligro su secreto. Su amor por Lowell era grande y fuerte, pero se confesaría con su amado cuando fuese el momento perfecto. Tal vez en el próximo baile del final del verano.

—¿Todas las mujeres sois tan volubles? —preguntó con rabia.

—Uhm… ¿Te has peleado con la señorita Adams? —preguntó con cautela. Ella estuvo observando cómo Mery Bell se marchaba y él se quedaba con los hombros hundidos.

—No —apuntó escuetamente.

—¿Quieres hablar sobre…?

—No —la cortó—. Voy a dejarte en casa y luego iré a ver al señor Andrews. Tengo que averiguar un par de cosas —señaló más para él que para su acompañante.

—¿¡Vas a ver a tu padre!? —exclamó, con entusiasmo, la joven.

—Sí. Es fundamental que lo haga.

—¡No sabes cuánto me alegra, Jeremy! Siempre he lamentado, aunque respetado —se apresuró a puntualizar—, que estuvieseis enfadados. No concibo mi existencia sin mi *pa* —ella llamaba así a su padre de modo cariñoso— a mi lado. Haz las paces con el señor Andrews. Estoy segura de que si no lo haces y a tu padre le sucediese algo, lo lamentarías el resto de tu vida. No hay nadie tan importante como un padre.

—Sí… —dijo, mientras contenía la ira que comenzaba a albergar en su interior.

Las palabras de su exprometida, de la mujer que lo acababa de abandonar, resonaban una y otra vez en su cabeza. La tranquilidad que trataba de mostrar estaba a punto de saltar por los aires.

El resto del camino transcurrió en silencio. Tal como había dicho, Jeremy dejó sana y salva a Sarah en el rancho y se dispuso a salir a ver al dueño del aserradero. Su padre tenía que darle bastantes explicaciones con respecto a su intromisión.

***

El señor Jeremy Andrews, a sus treinta y ocho años, estaba satisfecho con sus logros.

Solo tenía una cosa que lamentar: su hijo. Más bien su nula relación. La familiaridad entre ambos no fue buena jamás, y la culpa era de su madre. Fue demasiado joven para ser padre, para empezar un negocio, para triunfar. Todo el mundo en Boston, lugar del que provenía, se lo decía. De las tres cosas, dos le salieron bien. Y el tiempo pasaba y él se sentía solo. ¿De qué servía forjar un imperio si no tenía a nadie con quien compartirlo? No deseaba casarse, tenía en Austin a una viuda discreta, una buena amiga, que lo aliviaba, y cuando tenía una necesidad visceral, acudía al saloon. Desde bien temprano fue un muchacho fogoso, tanto o más que Jey. Era así. Siempre le habían gustado las mujeres, pero cuando hizo sus votos, los enumeró dispuesto a honrarlos. Fue la señora Andrews la que no estuvo capacitada para el trabajo y huyó. No. No volvería casarse. Centraría sus esfuerzos en limar asperezas con su hijo, cosa que parecía imposible, y sería un abuelo excelente llegado el caso. No podía recuperar los años perdidos con Jey, pero estaba dispuesto a disfrutar de una familia, de un legado que le daría su hijo en cuanto se casase.

Había llegado a sus oídos que Jeremy al fin había comenzado a cortejar a una bonita muchacha de Crystal City… El problema era que su hijo jamás había sabido distinguir lo que le convenía de lo que no. Esa joven que había elegido Jey ya tenía dueño y era imperativo que le ahorrase todo el dolor que sabía que sufriría su hijo si daba un mal paso como el que pensaba dar. Él conocía a las mujeres como la palma de su mano. Su esposa lo había enseñado bien a mirar más allá, a no fiarse de ninguna.

Así que un día, invitó a la novia de su hijo a tomar un café en casa. La interrogó. De modo sutil, por supuesto. Era un hombre encantador que sabía cómo ganar la confianza de gente. No tardó más de unos pocos minutos en darse cuenta de que la señorita Adams había encadenado su corazón con otro joven que se había marchado a Boston tiempo atrás. Tal vez no fuese un buen padre, pero el señor Andrews estaba decidido a salvar a su desagradecido hijo de una asfixia que le costaría más que la vida.

Le hizo ver a la beldad de Crystal City que era joven y que debía luchar por lo que ansiaba. Ella no le dio importancia hasta que él regresó al salón donde estuvieron tomando café y bollitos de mantequilla, con un sobre lleno de dinero contante y sonante. La señorita Adams estuvo de acuerdo de inmediato en que Jeremy no era lo mejor para ella.

No le costó el mínimo esfuerzo convencerla para que se marchase. Incluso creyó que ella acabaría dando saltos y palmadas de alegría ante la suerte que acababa de correr. El padre de

Jeremy le aseguró que la pondría en contacto con una vieja amistad que tenía en Boston y la joven sí lanzó un gran suspiro lleno de dicha.

Ah. Se dio perfecta cuenta de que su hijo no era lo primero para la señorita Adams. Si hubiese estado enamorada, ella habría hecho un espectáculo de su encerrona, tal vez incluso lo hubiese abofeteado por sus impertinencias. No. Mery Bell Adams se mostró terriblemente agradecida con sus sugerencias.

El señor Andrews dejó el periódico sobre la mesa del comedor. Esbozó una sonrisa y se felicitó a sí mismo por haber ayudado a su hijo de una forma tan desinteresada. Sacó su reloj del bolsillo del chaleco de seda azul. Comprobó la hora y decidió que se tomaría el resto del día libre. Haría un viaje al saloon para divertirse un poco. Una partida de cartas le animaría. Posiblemente, ver el espectáculo picante de las chicas en el escenario lo ayudase también. Su casa era grande, lujosa, pero tan solitaria… Solo si su hijo entrase en razón y regresase… Su amigo Mathias Foster había tratado también de persuadir a Jeremy para que tomase el lugar que le pertenecía en el aserradero. El señor Foster le daba informes sobre Jey cada cierto tiempo, le decía que su hijo era trabajador, inteligente, hábil… Estaba tan orgulloso de que se hubiese labrado un futuro lejos de su sombra… Pero, era momento de regresar y afrontar el destino. Era su heredero, toda su fortuna pasaría a sus manos tras su muerte y quería tenerlo cerca. Jey se resistía. En uno de sus encuentros, que precisamente fue en el Orient Saloon, dado que no coincidían en ningún otro lugar, lo amenazó con no darle un centavo de su herencia y dejarlo todo al Ayuntamiento, para destinarlo a la caridad. En aquella ocasión su hijo no le prestó atención, siguió jugando como si él no hubiese hablado. ¿Qué podría hacer para que regresase a casa? ¿Para que hablase con él y arreglasen sus diferencias? El fantasma de la ilegitimidad estaba cada vez más lejos. Estaba seguro de que era su hijo, pero se maldecía por todas las dudas que surgieron para distanciarlos, por no haberle prestado la merecida atención cuando era pequeño.

Escuchó sonidos fuera y se movió hacia la ventana para ver quién se acercaba a la casa. Vio a Jey sobre una carreta y tuvo que frotarse los ojos para asegurarse de no estar soñando.

Se apresuró a salir al porche para recibir al hijo pródigo que al fin regresaba a su hogar. El señor Andrews mantenía en el rostro su mejor sonrisa. Sus ojos estaban aguados debido a la emoción. Por fin Jey se dignaba a visitarlo.

Lo observó frenar el carro, dar un salto y dirigirse hacia él.

—¡Hijo mío…! —exclamó con orgullo. Abrió sus brazos para recibirlo, al ver que él llegaba hasta su posición corriendo.

Lo que sucedió después, estaría confuso, pero el señor Andrews recordaría a Jeremy dándole el primer puñetazo.

Jey estaba furioso. Su padre no tenía derecho a inmiscuirse en su vida. Menos a separarlo de la mujer a la que amaba. Oh, sí. Se había enamorado por completo de Mery Bell y saber que no la volvería a ver dolía como la muerte.

Le dio un puñetazo a su padre y se vio abrazado por este mientras gritaba que se calmase. No hizo caso, siguió peleando. Los dos cayeron al suelo. Se separaron y Jeremy volvió a golpear a su progenitor, esta vez en las costillas. El señor Andrews le devolvió el puñetazo, al ver que no conseguía aplacarlo. Así que además de defenderse, tuvo que atacarle como medida disuasoria.

Jey le dio un empujón fuerte y su padre dio con su cuerpo en el duro suelo.

—No te levantes, porque no soy capaz de parar si te tengo delante —le avisó el joven.

—¿Qué diantres he hecho para merecer tus golpes, Jey? —preguntó incrédulo sin atreverse a ponerse en pie. Sentía la mejilla derecha palpitar con fuerza. Tenía que admitir que su hijo era de complexión delgada pero fuerte como un toro.

—Esto es por Mery Bell Adams. Será la última vez que me veas y que hablemos.

—¿¡Estás loco!? —gritó—. Deberías darme las gracias por el favor que te he hecho —siguió espetando con furia desde el suelo—. Esa mujer te habría abandonado en cuanto otro hombre se hubiese fijado en ella y poco habría importado que estuviese casada contigo.

—No soy hijo tuyo, así que no tenías derecho a interferir en mis decisiones. Ella se había prometido conmigo y tú, con tus trucos y tu asqueroso dinero, la volviste en mi contra. No

te lo perdonaré jamás.

Jeremy escupió en el suelo un hilo de sangre roja y se marchó de allí sin echar la vista atrás, sin sentir el menor remordimiento.

—¡Eres mi vivo retrato, Jeremy Andrews! —chilló su padre, al tiempo que se incorporaba.

El aludido lo oyó, pero no respondió.

El domingo, el señor Andrews fue visto en la iglesia con el ojo derecho morado. Por su parte, Jey se encontraba en el saloon por la tarde con el ojo izquierdo amoratado. Todo el mundo en Crystal City se enteró de que los dos Andrews habían tenido una pelea y que la fugada señorita Adams había sido la causa. Se especuló mucho sobre lo acontecido y los rumores iban de lo más sencillo a lo más elaborado.

La relación entre ambos quedó sumida en el olvido hasta que, años después, ocurrió un accidente en el aserradero, donde su padre quedó herido en ambas piernas, a causa de la explosión de una nueva máquina que habían instalado para acelerar el proceso del trato de la corteza de los árboles.

Ese suceso propició que Jey se viese obligado a regresar a casa para estar con él, aunque salió del Sarah Love con desgana y maldiciendo, dado que imaginaba que más pronto que tarde acabarían discutiendo o, más grave, asesinándose.

Sus suposiciones no fueron infundadas…

Capítulo 1

Un incordio para nada adorable

Crystal City, Texas, 1886.

Dana Hertford no tenía muy claro qué lugar ocupaba en el mundo que el buen Dios había creado. Pero lo que sí había aprendido era que le gustaba muchísimo simular ser un hombre frente al resto. Era un disfraz que había ideado y del que no se desprendería. ¿Por qué? Pues porque el mundo estaba pensado para que ellos, los catalogados como machos de la especie, tuvieran toda la libertad que quisieran sin ningún tipo de castigo… siempre y cuando se manejasen dentro de la ley, por supuesto.

Acababa de cumplir veintidós años, pero se sentía como si tuviese muchos más. Era inglesa, pero tanto Dana, como su hermana Jane, dejaron atrás su hogar en Londres para llegar al salvaje Oeste huyendo de un depredador, al que ellas llamaban el Demonio.

Se quedaron huérfanas de padre y madre a una temprana edad y su tío George Hertford, actual conde de Alastor, había desarrollado una fijación insana por Dana, ya siendo ella una niña. El abuelo, Trevor, consiguió mantener lejos a George, pero cuando la muerte se llevó al anterior lord Alastor, nada se interponía entre el Demonio y Dana. Según le había explicado su hermana Jane, el único delito de ella fue parecerse en exceso a su difunta madre. Dana no la conoció, dado que falleció en el parto, pero Jane decía que eran idénticas.

Por lo visto, el padre de las hermanas Hertford y el tío George habían luchado por la atención de la misma mujer, es decir por la madre de ellas, y cuando el Demonio perdió, no se

recuperó. A medida que la pequeña Dana fue creciendo, su tío se dio cuenta de que era un calco de la esposa de su hermano y ahí llegaron los problemas.

La belleza de Dana fue siempre considerada una maldición más que otra cosa. Era pelirroja, con un toque de fuego en su pelo que la hacía de lo más exótica. Sus ojos verdes se asemejaban a dos esmeraldas tan intensas que cualquiera podía perderse en esos orbes. Sus facciones eran suaves, su piel muy lechosa, con pocas pecas. Su talla no era ni alta ni baja, sino perfecta. Estaba un poco más delgada de lo aconsejable, pero su figura era envidiable.

No deseaba ser bonita. Hasta que el abuelo lo echó de Alastor House, ella había tenido que soportar cosas muy extrañas que su tío le pedía, como que lo abrazase, le diese algún beso en los labios… No lo entendía, solo sabía que su hermana Jane era un halcón que la vigilaba sin descanso y que el abuelo se disgustó mucho cuando se enteró del problema que creaba su propio hijo con una de sus nietas. El conde lo exilió, pero el Demonio juró que volvería y que nada sería un obstáculo entre Dana y él.

Así resultó. Cuando regresó, Jane, que era muy astuta, ya tenía un plan sólido para desaparecer. Su hermana, una vez más se sacrificó y se convirtió en una novia por correo. Sin embargo, cuando llegaron a Austin, la primera parada fue el destino final de Jane. La mayor de las Hertford conoció al hombre de sus sueños y la boda prevista con un joven llamado Jeremy Andrews no llegó a celebrarse, entre otras cosas, porque según explicó el padre del fallido novio, su hijo decidió desaparecer porque no quiso ni conocer a Jane y menos quería una novia por correo. Lo que ocurrió fue que el padre del muchacho había falseado su identidad y Jane creyó que un esposo la esperaba de buena gana. No fue así. El progenitor había suplantado al hijo y Jeremy Andrews se negó a ser partícipe de una boda concertada. Dana lo odió por eso, por no ser un hombre y dar la cara. Aunque todo aquello valió para que la dulce, pero fiera, Jane se casase con un mestizo llamado Águila Negra, a quien todo el mundo llamaba Travis Hutson… todo el mundo salvo Dana, Jane y Sarah Lee, esta última vaquera era algo así como una hermana pequeña para el mestizo.

El viaje de Londres hasta los Estados Unidos de América era largo y peligroso, más para una mujer como Dana, quien despertaba la curiosidad de los hombres con un simple vistazo. La solución de Jane para salvaguardar su seguridad fue cortar su preciosa melena, y aprovechar que Dana era esbelta y de poco pecho para hacerla parecer un hombre. La pequeña de los Hertford se colocó un elegante traje masculino y no quiso salir de él ni cuando llegaron a Austin.

Se convirtió en el señor Dan Hertford, el hermano protector de Jane. Ser un hombre era deliciosamente liberador, decir esas palabras prohibidas, un lujo maravilloso, y no tener que darle cuentas a nadie de sus actos, un sueño. ¿Quién querría volver a ser una mujer cuando había saboreado tal libertad? Dana no, desde luego que no.

No obstante, los tentáculos del Demonio eran alargados y las había encontrado en el otro lado del mundo. Hacía algo más de un mes, los secuaces del tío George trataron de secuestrar a Dana, pero su valiente hermana la salvó. Jane Hertford, quien cambió su apellido a Hutson en el momento de casarse con Águila Negra, no fue nunca una mujer común. Dana no había sabido lo que el abuelo, un militar muy excepcional que luchó en la India, le enseñó a su hermana hasta que lo vio por sí misma. Jane se deshizo de cuatro hombres y la liberó de su cautiverio cuando los esbirros del Demonio la apresaron en medio del campo. Cierto que tuvo un poco de ayuda de un indio llamado Hacha de Guerra, quien se convirtió en algo así como un aliado inesperado del esposo de Jane. El guerrero apareció en el mejor momento, pero fue su hermana la que llevó el peso de la lucha. La recién estrenada señora Hutson, Jane, era increíble, pero la hizo sentirse indefensa, sola, vulnerable. ¿Por qué el abuelo no había invertido sus enseñanzas militares también en Dana?

Jane había disparado, lanzado un cuchillo y peleado contra sus captores y ahí Dana se dio cuenta de que necesitaba espabilar.

Ni disfrazada del género masculino pudo evitar a los hombres que el Demonio envió tras ellas. Y lo curioso resultó ser que Jane, a pesar de haber llegado a un lugar recóndito como era el territorio de Texas, consiguió el buen partido con el que no pudo casarse en Londres, puesto que Águila Negra fue el heredero de un noble inglés y ostentaba en la actualidad el título de conde de Ithorne. Eso no sentó bien a Jane, dado que, por lo visto, el abuelo trató de casarla con ese mismo hombre en Londres por medio de un matrimonio concertado y el mestizo no se dignó ni a conocerla, tal y como hizo el propio Jeremy Andrews cuando llegaron a Crystal City.

Oh, pero lo de Jeremy Andrews era mucho peor, porque Dana lo había conocido y no le gustaba lo más mínimo. Era un sinvergüenza de la peor clase que siempre andaba ebrio y metiéndose con ella.

Cuando llegaron al pueblo, a Crystal City, Dana y Jane habían estado residiendo en casa de los señores Harris, Denver y Sarah —un matrimonio que contaba con una historia pasada

de lo más interesante que en estos momentos no venía al caso—, y pocos conocían la verdadera naturaleza femenina de Dana, porque para mucha gente continuaba siendo Dan Hertford.

Su hermana se había trasladado hacía casi cinco semanas al rancho de su esposo, al Jane Hope, y ella había suplicado quedarse en casa de los Harris para no interferir en los asuntos de los recién casados. A Dana le gustaba vestirse como un vaquero, ser uno de ellos. Pese a que residía en la casa principal con Denver, Sarah y los mellizos de ambos, Leah y Jackson, se consideraba uno más de los trabajadores del rancho Sarah Love. Había aprendido a arrear ganado, a reparar cercas, incluso ayudó a atender tres partos de unas yeguas.

La vida era pacífica, tranquila, especial… Y deseaba que siguiera así, pero era realista y consciente de que el Demonio tarde o temprano regresaría. Águila Negra y el señor Harris, junto con el indio Hacha de Guerra, habían plantado cara a lo que quedó de aquel grupo de hombres que contrató su tío para secuestrar a Dana, pero el problema todavía estaba lejos de solucionarse.

Águila Negra dijo que atenderían la cuestión cuando fuese momento, y que mientras, seguirían viviendo sus vidas en paz, sin echar la vista atrás. Dana, siendo el señor Hertford como lo era, lo intentaba cada día desde que amanecía hasta que anochecía. También se sentía culpable por ser una carga para Jane, por poner en peligro a los suyos. Los Harris, su hermana y Águila Negra, junto con los vaqueros que trabajan en el Sarah Love, eran su familia.

Dana tiró una piedra al río con fuerza mientras pensaba en su futuro. ¿Cuánto tardaría su tío en volver a atacar? ¿Qué podría hacer ella cuando el peligro regresase para desestabilizarlos a todos?

—¡Perro del infierno maldito! ¡Mierda de caballo y nabos podridos te comas en el desayuno, tío George! ¡Testículos peludos de Lucifer! —gritó Dana con toda sus fuerzas.

—¡*Wow*, señor Hertford!, para ser un inglés de buena cuna sus modales y vocabulario dejan mucho que desear. ¡Debería avergonzarse! —habló un hombre cerca de su lado derecho.

Esa voz. Ella conocía ese tono de voz más que el suyo propio. Dana suspiró con fuerza, contó hasta diez y dirigió la vista al cielo. La mañana de ese domingo estaba muy clara.

El calor había dado una tregua y todos los rancheros esperaban que lloviese pronto porque las reservas de aguas necesitaban reponerse. Mientras Dana hacía esa reflexión, se ajustó el chaleco y miró por el rabillo del ojo a la fuente que había perturbado su paz. Él estaba varado a su lado y la miraba con diversión. Había esperado que al no hacerle caso, Jeremy Andrews se marchase y la dejase en paz. Ese hombre la ponía nerviosa. Y dio gracias a Dios de que él no supiera su secreto sobre ser una mujer. Dana llevó por inercia los dedos de su mano derecha hasta su cabellera, por debajo del sombrero negro. El pelo, aunque no era de larga longitud, lo tenía anudado en una cinta, como la mayor parte de los vaqueros que decidían dejarse el cabello largo. Tal vez se lo cortase pronto. Su hermana Jane había insistido, bajo pena de muerte en que lo dejase crecer. ¡Pobre Jane! La esposa del mestizo creía que Dana se convertiría, públicamente, en mujer pronto y por eso le había prohibido volver a cortar significativamente su cabello.

Dana carraspeó y se dispuso a componer su voz más feroz y masculina. Hablaba en tono bajo, pero su volumen era cortante, destinado a esconder que era una mujer. Había pulido también sus gestos, para hacerlos más varoniles, aunque todavía no había conseguido dejar de parecer un muchacho afeminado… Esa era la burla que tenía que soportar de Jane. Pero no le daba demasiado crédito a su hermana, dado que la nueva señora Hutson pretendía que ella volviese a colocarse un precioso vestido. No. Le gustaba ir en camisa de mezclilla y pantalones.

—Señor Hertford, incluso en el inhóspito territorio de Texas mostramos cierta deferencia. Está siendo del todo incivilizado. ¿Qué dirían sus antepasados ingleses? ¿Acaso no se estarían revolviendo en su tumba viendo cómo uno de los suyos falta a la educación estirada que le dieron?

Dana tomó una larga bocanada de aire cálido que inundó sus pulmones. Un gesto destinado a colmarse de paciencia. Giró la cabeza y miró a Jeremy Andrews. Ambos compartían el rasgo de ser pelirrojos, pero su apariencia distaba mucho de ser similar. Y en especial el carácter de ambos. El hombre la sacaba de quicio. Ya había tenido varios encontronazos con él y tanto Águila Negra como Denver Harris le habían aconsejado huir de él cada vez que lo viese. El problema radicaba en que Andrews parecía buscarla a cada rato para martirizarla.

—Señor Andrews, mis mayores siempre me han aconsejado que cuando no tuviese algo agradable que decir, callase para no molestar a nadie. Había esperado que siguiese usted su camino sin percatarse de mí. Es evidente que nosotros dos somos como el agua y el aceite. Así que por la paz de las personas que nos rodean, deberíamos evitarnos. Por favor, tiene mi permiso,

mi completa bendición, para ser desagradable cuando me vea y no hacerme el menor caso. No me salude, haga sencillamente como que Dan Hertford está muerto para usted. —Dana se quedó mirándolo con media sonrisa. Él estaba frunciendo el ceño.

—Solo me he acercado hasta su posición, señor Hertford, para pedirle disculpas.

—¿Disculpas? —Dana lo observó con la boca abierta. Lo conocía desde hacía relativamente poco, pero se sentía como si hubiese tenido que soportar a ese sinvergüenza durante un lustro completo.

—Así es. El señor Harris me ha hecho ver que pese a que es usted una desgracia para nuestra especie, dado que es demasiado bajo, demasiado esquelético, demasiado arrogante, demasiado estúpido, demasiado…

—Veo que se le dan bien las disculpas, señor Andrews —lo interrumpió, al tiempo que suspiraba con fuerza.

—Sí… bueno —dijo a la vez que se rascaba la cabeza con la mano libre que no estaba sujetando su sombrero.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted un abusón? —contraatacó Dana tratando de mantener la calma.

—Aunque no lo creas, solo pierdo los nervios contigo, chico. —Cambió su tono de conversación a la informalidad.

Dana puso los ojos en blanco. Demasiado tiempo había estado Andrews guardando las formas con el trato formal. Si algo odiaba la joven era que lo llamasen *chico*, algo que al maldito Jeremy Andrews le gustaba hacer.

—Ya me ha pedido disculpas… Si es que a eso se le puede llamar excusa. —Dana dijo la segunda parte de su exposición por lo bajo. Él la escuchó y se enderezó ofendido.

—Creo que también merezco que me pidas perdón por tu parte, chico.

Le tocó a Dana erguir la espalda y fruncir los labios. Ella se mantenía apartada de él. Hubo un episodio serio que habían protagonizado ambos. Fue hacía unas semanas en el Orient Saloon, cuando Jeremy casi le dio un puñetazo por haberlo llevado demasiado lejos con sus burlas. Dana se sonrió al recordar aquel instante. En su ingenio, ella había contratado los servicios de una muchacha de la taberna, a May Sue, para que en caso de necesidad certificara su hombría, a fin de que alguien diese buena cuenta sobre sus competencias como amante. Esa inversión resultó muy lucrativa para Dana, porque May Sue dejó bien claro que el supuesto señor Hertford era muy capaz de alegrar y contentar a una mujer. No obstante, en aquella ocasión, ella había hecho una serie de insinuaciones sobre Jeremy Andrews muy traviesas que, lógicamente, a él no le hicieron ninguna gracia, dado que puso en entredicho su masculinidad, al dejar entrever que el joven Andrews, quien posiblemente le sacase unos seis o siete años, tenía especial predilección por los hombres. Ella sabía que eso era una vil mentira, pero le encantaba enfurecerlo con esa treta. Eso hizo que su peor pesadilla, es decir Andrews, se acercase a ella con el puño en alto dispuesto a darle un par de golpes. Harris intervino y todo quedó en nada.

—¿Yo debería disculparme, señor Andrews? —No iba a dejar la formalidad a un lado.

Los tipos como ese sinvergüenza le repugnaban. Él le hacía sentir arcadas. Había escuchado que dejó de lado a su padre durante muchos años, pese a que el señor Andrews era un hombre excelente que adoraba a su vástago. ¿Qué clase de hijo que se considerase digno apartaría a un padre que solo buscaba la felicidad de su progenie? ¿A un padre que le consiguió a Jane, a la mejor mujer con la que cualquier hombre soñaría, para que la desposase? Uno del todo estúpido, un crápula que solo pensaba en divertirse, un hombre mezquino y ruin que merecería vagar por el desierto sin una sola gota de agua. ¡Oh, el desgraciado…!

—Admite que siempre estás buscando pelea conmigo. Desde que me negué a conocer a tu hermana, a una esposa por correo que yo no quise para mí, me has estado haciendo la vida imposible.

—¿Yoooo? —preguntó con los ojos abiertos. Jeremy asintió—. Estoy en total desacuerdo con usted. La miel no está hecha para los cerdos, así que Jane habría sido un desperdicio si usted no se hubiese largado con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas —le espetó de forma casual y tranquila, como quien decía que el tiempo se acababa de estropear.

—¿Me acabas de llamar cerdo y cobarde, chico? —Andrews dio un paso amenazador

hacia Dana. Ella no retrocedió ni un ápice.

Estaba harta de sentir miedo. Se guardaría sus temores para cuando el Demonio hiciese acto de presencia. Se veía capaz de manejar a Andrews. Al menos, esta vez él no estaba borracho.

—No le he llamado nada, solo me he limitado a hacer una tibia comparación. Si no alcanza a comprender mis elocuentes palabras, me temo que no debería ser responsabilizado de su falta de inteligencia, señor Andrews.

—¿Me acabas de llamar… de llamar…? No encuentro la palabra, pero sé que es algo malo.

—No le he llamado nada —repitió Dana con tranquilidad—. Sencillamente he hecho una observación.

—¿Quieres que mi puño te observe de cerca, chico? En esta ocasión no está delante Harris para proteger tu bonito rostro —le advirtió, mientras alzaba la mano derecha con los dedos replegados en un claro gesto intimidatorio.

—Ya le he dicho que es mejor que hagamos como que el otro ha muerto. Insisto en que no pierda más el tiempo conmigo, puesto que no tengo intención de volver a dirigirle la palabra. Ya ve, señor Andrews —dijo completamente despreocupado—, que podría haberme mofado del hecho de que por norma general, cuando se dirige a mí, suele enaltecer algún rasgo físico mío. Le dije en su momento que no estoy interesado en ese tipo de atenciones poco varoniles y le rogaría que…

Jeremy se colocó a unos pocos centímetros de su rostro. La miró con ira.

—Eres tú quien va cazándome como un semental desquiciado. Admite que lo que te molesta es que no quiera otorgarte mis atenciones íntimas. Solo me gustan las mujeres y tú, chico, deberías tener cuidado cuando insinúes otra cosa. Eres afeminado, solo te falta ponerte un vestido y mostrar tus lindas posaderas para que un rudo vaquero te dispense la necesidad que imploras. Eres extraño y te he visto con ese amigo tuyo, Preston o Prescott, o como se llame. Lo

que hacéis no me incumbe, pero deja ya de devorarme con los ojos y de poner en entredicho mi masculinidad antes de que cree un verdadero problema con Águila Negra, porque estoy dispuesto a asesinar al endeble y reprobable hermano de su nueva esposa.

Dana se atrevió a sonreír de lado. Él supo que lo que el señor Hertford iba a espetarle era algo que le haría volver a perder los nervios.

—Vaya, señor Andrews, ¿he notado una pizca de celos en su aseveración? ¿Le gustaría ocupar el lugar de mi estimado Prescott Callum siendo mi más querido amigo? —se mofó.

—Un día, chico… Un día…

—¿Qué? —lo desafió, al ver que se había quedado callado.

Jeremy Andrews no le inspiraba terror. Dana sabía lo que era estar en el infierno, y una disputa agitada con Andrews no era comparable a lo que vivió con el tío George.

En ese momento, Jeremy suspiró con fuerza y ella percibió su aliento a regaliz. Se quedó impactada al no oler el fuerte y dulzón olor a *whisky* en su aliento. Instintivamente la mirada de Dana se movió de los ojos verdes de él a su boca. Tenía que admitir, que aunque el color de su iris era más vistoso que el de Andrews, el desgraciado tenía unos ojos preciosos. Su boca también debería ser considerada un pecado, dado que sus labios gruesos, pese a estar fruncidos, se veían de lo más sugerentes. Eran muy simétricos. Tenía que reconocer, a su pesar, que Jeremy Andrews era un tipo muy atractivo y que cualquier fémina se fijaría en él… Al menos hasta que el estúpido abriese la boca y demostrase ser un hombre absurdo.

Dana regresó la mirada a los ojos del pelirrojo y se dio cuenta de que acababa de entrar en pánico. Lo observó retroceder un paso. Luego otro, como si estuviese tratando de poner una larga distancia entre ambos.

—Te lo advierto, chico, no soy de los de tu clase. Si te atreves a hacer lo que veo que deseas, no tendré más remedio que atizarte un buen derechazo en el estómago.

—¿Disculpe? —Ella se había perdido algo. ¿A qué se refería el odioso Andrews?

—Bésame y te juro que habrá un duelo y poco me importará que luego Águila Negra pretenda asesinarme.

—¡No pienso hacer nada como eso! —gritó indignada.

—Me estabas observando como si fueses un gato y yo la crema —se defendió, desde una distancia más que prudencial.

—¡Oh, vamos! —volvió a chillar—. ¿No piensa admitir que está encaprichado conmigo y que solo pretende ver si por algún milagro del Todopoderoso yo acabo fijándome en usted? Sea valiente y confiese que está pegado a mis pantalones todo el tiempo, señor Andrews.

—¡Estás faltando a la verdad, chico! Y las consecuencias de tal afirmación acabarán con mi pistola fuera de su cinturón y una bala alojada en tu cráneo. Te aconsejo que midas tus palabras.

—¡Oh, por Dios! —exclamó, sin poder creer que nuevamente se había enfrascado en una discusión del todo incongruente con Jeremy—. ¿Tan difícil sería ignorarme, señor Andrews? Se lo suplico, si me ve, por lo que más quiera, haga como que no me ha visto, pase por mi lado como si no me conociera. No le acusaré de falto de modales, le daré en silencio las gracias por su gesto. No sé qué más hacer para solicitar que se olvide de mí.

—¡Maldita sea! Lo haces sonar como si yo fuese un cachorro lujurioso corriendo tras tu trasero y no voy a consentirte que…

Dana levantó una mano para hacerlo callar y luego lo miró con seriedad.

—Establezcamos que nadie quiere el… el… ¡Por Dios bendito! Ni usted ni yo tenemos pensamientos con el trasero del otro… ¿de acuerdo? No nos soportamos y siempre vamos a estar peleando. Podemos vivir en paz si nos evitamos, ¿no está de acuerdo, señor Andrews? —preguntó con esperanza.

Él la miró con el ceño fruncido como si no se creyese nada.

—La verdad es que no lo sé, chico.

—¡Deje de una vez de llamarme *chico*! —se quejó.

—Es que eres un chico. ¿Cuántos años tienes?

—Señor Andrews… ¿se da cuenta de que a cada rato quiere saber más cosas sobre mí? —inquirió desesperada.

—¡Eso es del todo una apestosa mentira! —Estaba fuera de sus casillas, con las manos a ambos lados de la cadera y los puños apretados.

—¿Qué está pasando aquí? —Llegó un hombre para interrumpir la acalorada discusión.

Tanto Jeremy como Dana habían estado tan ensimismados en sus desavenencias que no habían escuchado los cascos del caballo de Prescott Callum, el vaquero que conocía el secreto de Dana y quien la había cobijado bajo su ala.

—¡Ah! Acaba de llegar el otro hombre en discordia —soltó Andrews con enfado—. Quédate tranquilo, vaquero, tu… tu… —no le salía la palabra para calificar la relación que intuía que ese otro pelirrojo fornido recién llegado y el escuálido Dan Hertford mantenían. ¿Quién de los dos serviría de mujer al otro? ¿Intercambiarían posiciones? Hizo una mueca. ¿¡Qué diablos le importaba a él cómo se arreglasen dos vaqueros antinaturales!?

—¿De nuevo celoso, señor Andrews? —picó Dana, como si fuese una abeja reina zumbando sobre el polen de una flor.

—¡De verdad que vas a probar el sabor de mis puños, chico! —amenazó con furia Jey.

Prescott, que había escuchado las palabras altas que ellos habían intercambiado a una distancia más que apreciable, se interpuso entre Dana y el otro pelirrojo.

—Será mejor que se marche, señor Andrews —le dijo con tranquilidad a Jeremy.

—¡Ah, el protector! Ya sé quién es la parte fuerte de esta abominable pareja… ¡Deberían colgaros a ambos por ser… ser… ser…! —Estaba tan enfadado que no conseguía hilar sus propios pensamientos.

—¡Oh, señor Andrews! —se preparó Dana de nuevo para mofarse de él—, le está dando un verdadero ataque de celos. Haga el favor de seguir el consejo de Prescott y márchese para atender sus asuntos. No obstante, no olvide nuestro acuerdo.

—¡No tenemos ningún acuerdo, chico! —Prescott se vio pecho con pecho contra el señor Andrews.

El recién llegado se dio la vuelta ligeramente para mirar a Dana de un modo reprobatorio.

—Haz el favor de callar, Hertford —le ordenó el fornido hombre. Ella suspiró y decidió dejar de molestar a Andrews.

—Deberías controlar mejor a tu… a tu… a tu… ¡lo que sea él para ti! —gritó con furia.

—Somos amigos, señor Andrews —le aclaró el otro vaquero.

—¡Amigos! Yo estaba presente cuando tú le pediste a él que te ayudase…

Prescott recordaba aquella situación. Antes de averiguar que Dana no era un hombre, había intentado… seducirlo. Él tenía unos gustos muy peculiares, pero a raíz de eso, la muchacha y Prescott se habían hecho excelentes amigos. Sentía ternura por ella, aunque en honor a la verdad, estaba cansado de sentirse como su niñera.

—Ya basta —intervino el vaquero de nuevo—. Por favor, siga su camino, señor Andrews, le doy mi palabra de honor de que el señor Hertford no volverá a molestarle…

—Más bien, será al revés —dijo ella por lo bajo. Jey la escuchó.

—Un día… un día de estos… —La volvió a amenazar Jey.

—Fanfarrón… Coge tu oruguita minúscula y lárgate de aquí, Andrews —le espetó ella despectivamente, olvidándose de la formalidad.

—¿Su qué? —preguntó con interés el señor Callum.

—Su pequeño instrumento masculino, ya sabes… su oruguita… Seguro que tiene una pequeña y miserable p…

—¡Agggg! —gruñó Jey, interrumpiéndola, antes de proceder a mostrar su punto sobre esa observación. Le molestó tanto que ambos estuviesen hablando como si él no existiese que…

Jeremy Andrews se quitó el cinturón de los revólveres, lo dejó caer al suelo, se desató los botones de los tejanos y se los bajó, junto con los calzones, para dejar a la vista su anatomía masculina.

Lo habían escuchado gruñir, por lo que los ojos de Dana y de Prescott lo observaron atentos contemplando todos sus movimientos, así que cuando la mirada de ellos se posó sobre esa parte de él…

—¡Vaya…! No es una oruguita… —dijo ella, sin ser consciente de haber abierto la boca para realizar semejante observación.

Al parecer un hombre, los demás vaqueros habían dicho y hecho cosas delante de ella que si Jane llegase a saberlas… ella se moriría de vergüenza, por lo que el cuerpo masculino tenía pocos secretos para la pelirroja, sin embargo…

—No lo es, en absoluto. —Estuvo de acuerdo el otro vaquero, quien no daba crédito a lo que veía. ¡Madre del amor hermoso!

—Una serpiente más bien —aludió Jey con condescendencia, satisfecho de verlos con

la boca abierta. Al fin pudo dejar al miserable enclenque sin palabras y asombrado. ¡Ja!

—¿Interrumpo algo? —Se oyó una voz gruesa desde detrás del grupo de tres.

Jeremy maldijo con fuerza y se dispuso a adecentarse lo mejor posible, dado que se dio cuenta de quién acababa de interrumpir sin necesidad de fijar la vista en el recién llegado.

Dana se giró para ver a un ceñudo Águila Negra que tenía los brazos cruzados sobre su pecho. Prescott hizo lo mismo. La situación era del todo incómoda para todos… Bueno, para Dana no tanto.

—Nada en absoluto —tomó la palabra ella—. El señor Andrews estaba celoso de mi amistad con Prescott y ha tenido que mostrar… la mercancía para ver si mi amigo y yo estábamos interesados en lo que vendía… —comenzó Dana a mofarse de nuevo.

—¡Te mato, chico! Te asesinaré con mis propias manos y luego… —Prescott se dispuso a agarrar a Jeremy, quien ya se había vestido correctamente y estaba echando vapor por las orejas, al tiempo que gritaba y gruñía.

Águila Negra se movió raudo para quitar de la línea de fuego a la inconsciente hermana de su esposa. ¿Por qué tenía que molestar a un hombre tan irritable como Jeremy? Y lo más importante, ¿por qué siempre estaban juntos y parecía que disfrutasen al molestarse el uno al otro?

—Es suficiente, Andrews —habló el mestizo, mientras colocaba al supuesto hermano de Jane tras su espalda—. Ve a casa de tu padre. Yo pondré orden —le informó a Jey.

—¡Hazlo! Haz que él entre en razón —sentenció Jeremy al tiempo que trataba de desembarazarse de Prescott, quien lo tenía bien sujeto para que no dañase a Dana—. ¡Y hazlo pronto, o te juro por los querubines del infierno que mataré a ese chico y no tendré mala conciencia!

—Señor Andrews… —comenzó a pedir calma el amigo de Dana.

—¡Suéltame para que pueda marcharme y os pierda de vista a todos! —gritó con enfado.

Prescott lo soltó al momento y Jey se dio media vuelta sin dejar de maldecir y soltar una ristra de malsonantes palabras de las que Dana tomó buena nota. El vocabulario obsceno era algo que le fascinaba.

Se quedaron solos Águila Negra, Prescott y ella.

—¿Alguien me puede decir qué hacía Andrews mostrando su…? —El mestizo no supo cómo continuar la pregunta.

—Su víbora —susurró Dana con voz femenina—. Desde luego no voy a poder ridiculizarlo por eso. Ni tu *torre* es tan gruesa como…

—¡Señor Hertford! —lo llamó al orden el mestizo, por el desliz sobre su disfraz y por lo inapropiado que fue lo comentado.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que tú hicieras algo similar a Andrews y me dejases verte en tu inmensa gloria… desnudo, Águila Negra? He sido una observadora accidental las dos veces, lo juro —se escudó ella con calma.

—Por amor de Dios, ambos sabemos el motivo por el que sucedió eso, Dan… —aludió con los dientes apretados.

Una vez, no hacía demasiado, el mestizo se había quitado la ropa mojada delante de lo que imaginó que era un hombre… afeminado y enclenque, pero un hombre al fin y al cabo… Dan Hertford resultó ser una muchacha y parecía muy interesada en conocer los secretos íntimos de los buenos vecinos de Crystal City. ¡La muy desvergonzada!

—Él —dijo señalando a Prescott— sabe que soy una mujer y me guardará el secreto—confesó ella. El pelirrojo no señaló nada al respecto, se limitó a asentir.

—¡Ah! —exclamó Águila Negra—. ¿Eso indica que has decidido ser sensata y volver

a ponerte un vestido? —preguntó con esperanza.

El mestizo tenía que casarla lo antes posible, porque más allá de ser un incordio nada adorable, Hacha de Guerra, el indio que lo había ayudado a acabar con el pequeño grupo de hombres que contrató el tío de ambas hermanas, estaba realmente interesado en quedarse con Dana y la solución para frustrar los planes del guerrero Siux Lakota era que ella fuese propiedad de otro hombre… Eso y que dentro de cinco meses, tal vez antes, o un año como mucho, el indio regresaría para reclamar a Dana como parte del favor que le hizo. Un detalle significativo del que todavía no le había hablado ni a la afectada ni a su esposa. Cruzaría ese puente a su debido tiempo.

—No. Me temo que me gusta ser el afeminado señor Hertford. No me importa demasiado que me vean poco varonil… Acabas de ser testigo de que incluso el viril Jeremy Andrews se pone nervioso cuando yo…

—¿Te gusta Andrews, Dana? —inquirió con el ceño fruncido al darse cuenta de que tal vez…

—No —respondió ella.

—Sí —afirmó al mismo tiempo Prescott. Era evidente que la pequeña arpía tenía algo… complicado con ese joven.

—¡Lo odio! Es el último hombre al que miraría dos veces —se quejó ella.

—Estás mintiendo descaradamente, chica —rebatió el fornido pelirrojo.

—¡No me llames *chica*! —amonestó a Prescott profundamente irritada.

—Te empeñas en molestarlo cada vez que lo ves, lo miras como si fuese un pastel de manzana y has estado contemplando con avaricia su gran…

—¡Prescott! —trató de cortarlo Dana.

—… víbora aterradora —continuó el pelirrojo, obviando el fastidio de ella—. Nunca vi algo similar. Deberías estar terriblemente asustada con semejante tamaño… Yo mismo lo estoy—observó, al tiempo que emitía una carcajada.

—¿Asustada? ¿Por una *cosa* masculina de la que no pienso volver a tener noticias? No seas absurdo, Prescott.

—Ya… —añadió, no muy convencido, el joven.

Él, que tenía el inconveniente de fijarse en los de su propio sexo, no podría olvidar esa obra de arte con facilidad… Así que Dana tampoco lo lograría. ¡Qué serpiente le habían otorgado a ese muchacho! Callum tenía poco más de treinta y dos años, pero bien se sentía como un colegial en esos precisos momentos.

Águila Negra decidió cambiar de tema porque la cosa era de lo más violenta y parecía no dejar de serlo.

—Me envía tu hermana, quien te conoce mejor que tú misma, y me dijo que estarías justo en esta parte del río, para recordarte que es domingo y que espera que te unas a nosotros para compartir una comida familiar.

—Oh… Yo iba a ir al pueblo a…

—No —la frenó el mestizo—. Vas a venir conmigo porque es el deseo de tu hermana y no pienso molestar a mi esposa con una negativa de tu parte.

—¿Ya te tiene dominado? —Sorpresivamente, la pregunta no salió de Dana. Fue emitida por un sonrojado Prescott, cuyas mejillas se tiñeron en cuanto se dio cuenta de lo que acaba de decir—. Lo siento. Estaba pensando en alto —trató de disculparse mientras el mestizo lo miraba con cara de pocos amigos.

—Lo tiene bailando al son de su meñique —lo fastidió Dana.

—¡Nos vamos!

La respuesta del mestizo se completó con un gesto del todo molesto para Dana, dado que la aupó sobre su hombro, la llevó hasta su caballo y luego la obligó a montar con él.

—¡Águila Negra, estás avergonzándome delante de mi mejor amigo! —se quejó ella, con un puchero del todo femenino.

—Si es tu mejor amigo, estará acostumbrado a que lo avergüences a todas horas —rebatió el esposo de Jane, sin remordimiento alguno.

—Eso es cierto. —Estuvo de acuerdo el señor Callum.

—¡Hombre podrido y apestoso! —le gritó Dana a Prescott con enfado.

—Señor Callum, confío en que esa de allí —señaló a un castrado negro que tenía las riendas enredadas en unas ramas—, sea su montura y pueda regresar al Sarah Love, yo me ocuparé de que el señor Hertford llegue a casa cuando mi adorada esposa se canse del malhumor de su hermana, después de comer. —El aludido asintió sonriendo.

—¡Jane me adora! Además, yo soy tremendamente encantador como muchacho… y mucho más como mujer —dijo con orgullo.

—Sí… Jeremy Andrews sabe lo maravilloso que eres… —ironizó Águila Negra, al tiempo que espoleaba a su caballo.

—¿Qué más me dará la opinión que tenga ese monstruoso hombre? —Dana se agarró de la cintura de Águila Negra en cuanto el trote fue un poco más animado.

—Ciertamente su… *monstruosidad* te dejó sin palabras, ¿verdad, Dana? —preguntó riendo a carcajadas.

—¡Oh, cállate, Águila Negra! —le ordenó, pero él no dejó de reír hasta que se dio por satisfecho con la molestia de ella, dado que la muchacha refunfuñaba sin parar.

Capítulo 2

Una confesión aterradora

Cuando llegaron al Jane Hope, su hermana estaba con los brazos en jarras esperándolos en el porche. Águila Negra aguardó a que Dana descendiese de la montura y bajó, también, de un salto. Ató el caballo a la sombra y se dispuso a armarse de paciencia. Cuando las hermanas estaban juntas…

Estar a cargo de una esposa, era una tarea complicada, pero nada comparado con tener que vigilar a esa temeraria hermana que traería muchos problemas si no la convencían de formar su propia familia y asentarse de una maldita vez.

—¿Dónde la encontraste? —le preguntó Jane a su esposo.

—En el lugar donde dijiste —respondió a la rubia.

—¿Se va a convertir en costumbre esto de comer juntos todos los domingos? Te aviso de que tengo mis propios planes —le informó Dana a Jane.

—¿Ir al saloon y beber hasta desmayarte? —la acusó su hermana mayor con fastidio.

Dana resopló. El pueblo estaba lleno de chismosos que habían hablado de lo que sucedió hacía dos días. Jane no entendería que cuando un hombre lanzaba un desafío, el otro debía responder y demostrar de lo que es capaz.

—Eso solo ocurrió dos veces y yo…

—¿¡Dos veces!? —gritó Jane.

Dana se dio cuenta de que no debió haberle comentado ese dato.

—Tengo una reputación que mantener, hermana. Deberás acostumbrarte a eso —le espetó, al tiempo que llegaba hasta su lado y le daba un beso en la mejilla.

—Oh, vamos, Dana… No eres un hombre y es momento de que dejes a un lado esa tontería. ¿No te das cuenta de los problemas que puedes ocasionar si descubren que…?

—Sí, sí… —la cortó Dana—. Ahórrate todo ese sermón, no vas a hacerme cambiar de idea. Además, me gusta mucho la libertad que me ofrece parecer un espléndido ejemplar varonil.

—Tú no parecerías eso ni en un millón de años —señaló Águila Negra.

—¡Qué cosa tan fea acabas de decir! —se enfadó la aludida.

—Esta tarde mi esposo te acompañará al rancho con la carreta y traerás tus cosas aquí. Verás que tu habitación…

—No —negó Dana con efusión.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Jane claramente enfadada.

—No pienso marcharme del Sarah Love. La señora Harris me ha dicho que puedo considerar el rancho como mi propio hogar y allí estoy perfectamente bien.

—¡No puedes quedarte allí!

—¿Por qué no?

—Porque tienes que estar conmigo.

—¿Bajo tu manto protector, Jane? Creo que no. Te agradezco lo que has hecho por mí, todo, desde que nací, pero es momento de que dejes de ser mi madre y tengas tu propia vida. Del mismo modo, yo tengo que empezar a recorrer mi camino.

—¿¡Acaso crees que el Demonio va a dejarte en paz!? Yo te lo diré, hermana, él no lo hará porque hemos convertido tu persecución en un juego excitante para tío George. Vendrá y no vas a estar alejada de mí. De ninguna manera, Dana.

—Jane… —comenzó a idear la pelirroja una réplica.

—Tienes que casarte —sentenció el mestizo, quien estaba detrás de ella.

Eso hizo que ambas hermanas dejasen de discutir y lo mirasen con atención. Dana lo observó con sumo enfado, la señora Hutson con placer. Sí. Esa propuesta podría ser más que aceptable.

Dana negó con la cabeza. Anduvo un par de pasos, rodeó a Águila Negra, bajó los escalones de madera del porche y siguió su camino.

—¿Se puede saber qué haces, hermana?

—Marcharme, Jane. No pienso dejar que nadie decida mi vida por mí —alegó sin girarse.

Su hermana suspiró con fuerza, y miró con súplica a Águila Negra para que interviniese.

—Dana, Hacha de Guerra vendrá dentro de unos meses para obligarte a ir con él a su tribu. Él te quiere y está decidido a tenerte. —La sentencia del mestizo hizo posible que la pelirroja frenase el paso y se girase para observar al esposo de su hermana. Buscó en sus ojos la mentira, pero algo le decía que la situación era más grave de lo que parecía.

—Buena jugada, esposo —susurró Jane con orgullo.

—No es una estratagema, Jane —reveló con cierta inquietud Travis Hutson.

Jane sintió que el corazón comenzaba a bombear con fuerza. Recordaba perfectamente a Hacha de Guerra. El pánico estaba despertándose en su interior con verdadera ansiedad. No podía imaginarse lidiando, además de con tío George, con un guerrero Siux proveniente de la tribu de los Lakota.

—¡Jane! —gritó su hermana al ver que ella cerraba los ojos y que comenzaba a tambalearse de un lado a otro.

Águila Negra se movió como un astuto zorro y la sostuvo entre sus fuertes brazos.

Dana llegó hasta ellos. Estaba llena de preocupación.

—¿Qué le sucede a mi hermana? —consiguió preguntar al tiempo que le quitaba unos pocos mechones de la frente.

—Tiene miedo por ti, Dana. Eres lo más importante para ella y siempre lo serás.

Ella asintió.

Los tres entraron en casa y dejaron a Jane sobre la cama. Ella no tardó más que unos pocos segundos en regresar en sí misma.

—Lo siento —dijo Jane, cuando vio la cara de suma preocupación de las dos personas que había con ella—. Ha debido ser el calor —trató de explicar.

—No. Trabajas demasiado en casa, cariño. Mañana mismo iré al pueblo a poner un anuncio para buscar a una mujer que venga a echarte una mano un par de veces por semana. Tú sola no puedes ocuparte de los vaqueros y de mí. —Águila Negra la acariciaba con ternura y Jane estaba sonriéndole, al tiempo que le tocaba la mejilla. Le conmovía tener al fin a alguien que se preocupase por ella. Confiaba en ese mestizo con una fe inquebrantable. Estaba

totalmente enamorada de su fiero esposo. Todo un guerrero Siux Santee capaz de derribar a sus enemigos, y de igual modo ofrecer tanta ternura y compasión que le hacían estremecer el corazón.

Dana, quien observaba toda la situación con una sonrisa, sintió un tirón en el pecho. Estaba siendo testigo de la complicidad de los señores Hutson y no podía evitar sentirse un poco… mínimamente celosa. Sacudió la cabeza con decisión y carraspeó.

—¿Preferís que os deje a solas? —inquirió con picardía, alzando las cejas repetidamente.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó Jane, quien observaba en ese instante a Dana con fijación.

—¿Dejarme llevar mi vida como yo estime oportuno?

—Danaaaa… No puedes seguir así… —lloriqueó su hermana.

—¿Ese va a ser mi sino, Jane? ¿Me obligarás a volver a ser una mujer, ni cuando como hombre he sido capaz de estar a salvo de quienes me miran con codicia? Mi tío me persigue, mi mejor amigo, quien es un buen hombre, trató de seducirme —la imagen de Prescott tratando de besarlo cuando creyó que en verdad era del sexo masculino no se le iría jamás—, un indio que me dobla en edad y tamaño, quien con dos de sus dedos podría romper mi cuello, parece estar interesado en mí, y Jeremy Andrews… —Suspiró con fuerza.

Tanto Águila Negra como Jane fruncieron el ceño con extrañeza.

—¿Qué ocurre con Andrews? —preguntó con suavidad Jane, quien todavía estaba reclinada en la cama.

—No quieres saberlo, esposa —habló, sin ser consciente, Águila Negra.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Jane a su marido.

—Nada —respondió Dana.

Si su hermana estaba un poco débil no era el mejor momento para hablar sobre la… la… la gruesa serpiente que Andrews escondía en sus pantalones. ¡Maldito fuese ese hombre porque no podría volver a mirarlo a la cara jamás! ¡Ni tan siquiera para martirizarlo!

—A tu hermana le gusta Jeremy Andrews —comentó Águila Negra sin dejar de observar la respuesta de Dana ante lo que acababa de decir.

—¡Claro que sí! Y adoro nadar en un mar infestado de tiburones, dejarme pisotear por un caballo salvaje y que las abejas me piquen en el trasero —ironizó después de dar un largo resoplido.

—¡Oh, por Dios santo, Dana! No conseguirás casarte jamás si no dejas de lado esa manera tan inadecuada de hablar. ¿Qué hombre va a querer a una mujer que más se asemeja a un macho que lo que verdaderamente es? —Jane estaba mortificada.

—No supone un problema porque no pienso casarme, hermana.

—Tus opciones no son ilimitadas, Dana —tomó la palabra el mestizo—. Como bien has recordado, tienes a tres hombres, cuatro si contamos a tu amigo Prescott, detrás de tus… pantalones —iba a decir faldas, pero ella no usaba esa prenda—. Debes elegir a alguien que pueda protegerte y te ligue a esta tierra, porque Hacha de Guerra no va a dejar de luchar por ti y te llevará con él al norte, y sospecho que el Demonio, como vosotras llamáis a vuestro tío, vendrá más pronto que tarde.

—¿Tú no me protegerías? Te he visto luchar contra Hacha de Guerra antes de que adquirieseis esa especie de tregua entre vosotros, yo confiaba en que tú…

—Y lo haré, Dana —se adelantó, sospechando lo que ella iba a comentar—. No te quepa la menor duda de que moriría por mi esposa y por ti. El asunto es que tienes que tomar una decisión sobre lo que deseas hacer. ¿No quieres tener tu propia casa, tu familia? Hay consuelo en la familia, libertad en estar asentado. ¿No te agradaría tener tus propios hijos? Piensa en que el disfraz que has adquirido no puede ser permanente. Algún día alguien te descubrirá y te aseguro

que, en cuanto se corra la voz, será lo más vergonzoso que te suceda. En el mejor de los casos, te considerarán excéntrica, en el peor, una desviada en lo que se refiere a tu condición de mujer. Tus posibilidades de llevar una vida cómoda cerca de tu hermana podrían disminuir y debes ser consciente de si podrías llegar a arrepentirte de lo que hagas en el presente. Tu futuro depende de tus decisiones, Dana.

Ella se quedó pensativa unos minutos, sopesando sus opciones. Se colocó al otro lado de la cama y se sentó junto a su hermana, quien tenía a su derecha a Águila Negra.

—Ciertamente no sé lo que debería hacer. Me gusta la libertad que tenéis los hombres, me enfurece la carga que soporta mi hermana por el simple hecho de que el Demonio no me deje en paz. Incluso sopeso la posibilidad de irme con Hacha de Guerra y desaparecer si con ese sacrificio me asegurase vuestra seguridad. ¿Hijos? ¿Qué mujer no querría sentir la dicha de llevar vida en su vientre y ver crecer feliz a su progenie? ¿Un esposo? Me aterra por completo pensar en que sería la propiedad de un hombre que decidiría por mí. ¿Y si fuese un sinvergüenza como Andrews que solo quiere divertirse en el saloon y beber hasta perder el sentido?

—¿Alguien sería tan amable de decirme por qué el señor Andrews sale a cada momento en la conversación? —Jane estaba inquieta. Jeremy no le agradaba especialmente.

—A tu hermana le gusta… Lo considera una verdadera *monstruosidad* de hombre —señaló con media sonrisa el mestizo.

Dana rodó los ojos. Esa broma no fue demasiado sutil y esperaba que Jane no imaginase a qué se refería su esposo con esa afirmación. Con un poco de suerte no habría preguntas al respecto.

—¿Desde cuándo algo relacionado con el término «monstruoso» es bueno? —Jane los veía a ambos mirarse con suspicacia, y estaba segura de que el asunto era interesante. ¿Qué estaban ocultando su hermana y su esposo?

—Créeme, cariño, estoy deseando que nuestra querida Dana nos lo explique. —Águila Negra estaba divertido con la situación.

—No soporto a Jeremy Andrews —dijo con severidad—. Lo que ocurre es que él… —sopesó explicarle lo sucedido a Jane. No lo consideró oportuno—. No nos llevamos bien. Solo es eso. De ahí que lo considere un verdadero monstruo —dijo la última palabra con retintín.

—Ciertamente te quedaste impresionada con su monstruosidad. Admite que él te gusta, Dana. He visto cómo lo observas cada vez que él pretende sacarte de quicio. —Águila Negra parecía un perro con un hueso. Ella bufó.

—Si tanto lo admiras, y tanto te ha impactado su *monstruosidad*, haz el favor de pedirle a él que sea tu amada esposa —se burló la señorita Hertford. Desde que llegó a los Estados Unidos de América, ella había dejado de ser *lady* Dana Hertford para ser sencillamente uno más de los rudos y desvergonzados tejanos.

—Sospecho que estáis hablando en una especie de código secreto y no creo que desee saber el significado real —intervino la señora Hutson—. Lo que deberíamos hacer es pasar al salón y disfrutar de una agradable comida en familia. Y luego decidiremos lo que vamos a hacer con Dana.

—Creo que tu marido tiene bien definido todo mi futuro y no me agrada por dónde van sus pensamientos. —Ella veía al esposo de Jane observarla como si estuviese tejiendo su destino. Ni una Parca lo haría mejor, Dana estaba segura de ello.

—Descarto a Hacha de Guerra, porque los indios pueden tener tantas mujeres como deseen, y no creo que tú pudieses compartir a un hombre. Y la vida en un territorio salvaje no es lugar para la nieta de un conde. Tu amigo Prescott… no es aconsejable, sus inclinaciones…

—No está en la lista —intervino Dana—. Es solo un amigo, como bien has dicho.

—Jeremy Andrews es valiente, leal y estoy seguro de que cuando te vea con un vestido babeará bajo tus pies.

—¿Valiente y leal? ¿Hablamos del mismo hombre? ¿Estás seguro de que lo conoces? —Dana no pudo callarse.

—Te concederé que no está en su mejor momento. Vivir con su padre… La relación con el señor Andrews ha hecho que Jeremy… —El mestizo suspiró—. Mi compañero no es feliz, pero sé de buena tinta que una mujer es capaz de lograr un imposible.

—Por mí, el *monstruoso* Andrews puede irse al infierno. En cuanto a su padre… Me pareció un tipo agradable.

—¿Agradable? —preguntó con los ojos como platos Jane—. ¿Has olvidado que me mintió y simuló ser mi prometido, hermana?

Dana agitó los hombros.

—Y yo estoy fingiendo ser un hombre. Nuestros engaños, los de él y el mío, podrían ser perdonados con facilidad. Y ciertamente es mucho más apuesto y confiable que el hijo.

Águila Negra se carcajeó.

—¿De qué te ríes? —inquirió Jane.

—De tu hermana. No se da cuenta de que sería capaz de aceptar un enlace con el padre de Jeremy solo para poder estar cerca de él el resto de su vida…

—¡Eso es mentira! —chilló la aludida.

—¿Lo es? ¿Qué otro fin podría tener unirte al hombre que siempre estará ligado a su hijo? Porque si pienso en lo que tendrás que soportar cuando Jeremy te descubra… Me atrevo a aventurar que él podría pasar el resto de su vida atormentándote con su *monstruosidad* y tú…

—¡Está bien! —lo cortó la pelirroja—. Tu punto ha quedado probado. Ningún Andrews será. ¿Quién nos queda? Uno de los vaqueros de Sarah Lee… Reinols es un tipo apuesto y se ve feroz. Podría ir a su cama con facilidad.

—¡Dana! —Jane usó su nombre para suplicar un poco de cordura.

—¿Qué? ¿No es cierto que el aspecto de tu esposo te hace más llevaderos tus deberes conyugales? —preguntó con calma su hermana.

—Hay alguien en Austin —intervino el mestizo, antes de que las hermanas volviesen a enzarzarse en una nueva disputa.

—¿Quién? —se interesó Jane.

—Jack Lowell, es un viudo muy amigo de Sarah Lee Harris. Las dos lo conocisteis en la estación de ferrocarril al llegar a la ciudad. ¿Lo recordáis?

—Oh, sí. Era apuesto —intervino Jane.

Águila Negra levantó una ceja.

—¿Lo era, esposa?

—Sí, por supuesto. No es que yo me fijase mucho en él, solo estaba pensando en que dado que Dana quiere un hombre… ya sabes… bien parecido, él podría servir. —Jane estaba sonrojada. Cuando su marido se ponía a la defensiva a causa de los celos ella deseaba… Sí, hacer *eso* precisamente, para demostrarle a quién le pertenecía en cuerpo y alma. La suya fue una unión por amor y la señora Hutson no pudo pedir un hombre mejor.

—¿Viudo? —habló Dana.

—Tiene dos hijos. La última vez que Sarah lo mencionó, dijo que no se había casado todavía. Podría ser interesante trasladarte a la ciudad por un tiempo. Tal vez unos meses, lo suficiente para decirle a todo el mundo que el hermano de la señora Hutson cumplió su cometido y regresó a Londres, de tal modo que llegó a Texas su hermana melliza… No sería descabellado. Los hijos de los Harris son de género opuesto y parecen dos gotas de agua, así que nadie debería sorprenderse por el parecido. Si el pelo te crece un poco más, te pones un par de medias, faldas y zapatos de mujer… —Águila Negra veía un buen plan ahí.

—¿Lo tienes todo pensado? —se quejó Dana.

—En absoluto, improviso a medida que hablo. Sin embargo, podría ser una salida adecuada. Lowell es menos fiero que Andrews, pero te defendería bien. Con él vivirías en la ciudad y…

—Olvidáis que el Demonio todavía anda suelto fuera del infierno —habló Jane.

—Y, tú, esposa, olvidas —usó la misma fórmula que ella— que soy el conde de Ithorne y que mi fortuna londinense es capaz de poner a un par de tipos tras tu tío. Estoy muy bien informado de sus movimientos. El telégrafo hace posible que las noticias lleguen pronto.

—¿Qué has descubierto? —inquirió Dana.

—Nada que deba preocuparnos por el momento. Con un poco de suerte él podría considerar que es un negocio peligroso venir a Texas. —De hecho, Águila Negra se ocupó de que el único superviviente de la escaramuza contra el grupo que el tío de su esposa puso tras las hermanas, le diese buena cuenta de lo arriesgado que sería seguir con sus planes. No renunciaría a esa esperanza hasta que en verdad se perdiese por completo.

—¿Dana? —preguntó su hermana.

—¿Qué?

—¿Qué opinas de todo esto?

—No lo sé. ¿Me considerarías frívola si dijese que echo de menos estrenar un vestido o dos, usar jabón perfumado de rosas, trenzar mi cabello y tratar de coquetear?

—¡Ah! —exclamó el mestizo—. Creí entender que adorabas ser un hombre.

—¿No podía haber un término medio entre ambos mundos? Deseo la libertad de elección que tenéis, el hecho de poder hablar sin tapujos de cualquier asunto, emitir sonidos asquerosos porque os duele el estómago, utilizar palabras malsonantes cuando os disgustáis, probar las bebidas espirituosas, acudir a la taberna para jugar a las cartas y ver un espectáculo picante —Jane gimió ante la última revelación—, montar a horcajadas sin ser censurada… Pero

ser mujer también es excitante. Nosotras traemos vida a este mundo. Cierto que tenemos excelentes cualidades, pero ninguna es tan sobresaliente como esa.

Se escuchó una nariz moqueando. Dana se fijó en Jane.

—Lo sabía —señaló la señora Hutson.

—¿Estás llorando, Jane? —preguntó incrédula Dana.

—Son lágrimas de felicidad, porque había perdido la esperanza de que tío George te hubiese arrancado la posibilidad de amar y confiar en un hombre. Sé que sufriste cuando él te acosaba. No eras más que una niña y…

—No pienses en el pasado, hermana. Aquello ya pasó. Es momento de mirar adelante.

—¿Seguirás mi plan, Dana? —quiso averiguar el mestizo.

—Lo haré en un par de semanas, pero antes arreglaré unos asuntos —expuso, enigmática, la pelirroja.

Jane no le dio mayor importancia sobre las cuestiones que tuviese en mente su hermana. Al fin, ella había entrado en razón y eso se merecía la comida suntuosa que había preparado.

***

Aquella tarde, después de que Dana se marchase de regreso al Sarah Love y les informase de que necesitaría unas semanas más para desprenderse de su adquirida masculinidad, Águila Negra y Jane disfrutaron de la intimidad para hacer el amor de modo muy placentero. El sol se había ocultado y un tronco crepitaba en la chimenea de la habitación.

La pareja estaba en la cama, recuperándose y disfrutando de caricias tiernas. El mestizo tenía abrazada a su esposa.

—¿He sido demasiado bruto, Jane? Cuando me tocas, es fácil olvidar que debo tratarte con delicadeza.

—No seas absurdo, cariño. Cuando me amas con fervor también me haces sentir en las nubes, aunque sí confesaré que hoy has sido tan amable y feroz que creí que había muerto y estaba en el cielo. Tienes trucos muy interesantes…

—Y aun dándote lo mejor de mí en nuestra cama, no he sido capaz de que olvidases todos tus problemas.

—¿Qué? —Ella se dio la vuelta y se quedaron cara a cara. Su esposo le dio un beso en la nariz.

—Te conozco mejor que tú misma y creo que te sucede lo mismo con respecto a mí. He sentido la ansiedad en tu cuerpo.

—¿Te estás quejando de mis afectos conyugales, esposo? —preguntó con humor.

—Nada como eso. Lo que trato de explicarte, es que estás tensa y yo me siento miserable por no haber podido hacer que olvidases tus problemas.

—¿Tengo problemas? —siguió ella en tono jocoso.

—Estás mortalmente inquieta por Dana.

Ella suspiró. Al hacerlo, el aliento le hizo cosquillas en la nariz a él.

—Llevo tanto tiempo preocupándome por ella, que va a ser complicado dejar de hacerlo.

—¿Y por qué le has permitido que se marche a casa de Sarah Lee?

—Por lo mismo que tú le has dado también esa libertad. Se avecinan tiempos complejos, Águila Negra. Lo siento aquí —ella llevó la mano de él hasta su corazón—, Dana siempre será mi hermana pequeña, cuidarla y protegerla es mi deber, pero también debo preocuparme porque viva y disfrute de los pequeños momentos que tenga antes de que todo se vuelva negro.

—Sabes que tu tío vendrá… ¿verdad?

—Su mente pútrida lo impulsará a seguirla hasta el fin de los días. Se considera una especie de campeón y ella es su trofeo. ¿Debo preocuparme por el indio que también la codicia?

—No. Le gané una vez y si me fuerza a luchar por tu hermana, estaré preparado —señaló con orgullo—. Pero sí pretendo que ella se case. Temo que Dana pueda estar tentada a marcharse con él en un gesto de protección hacia nosotros y eso te haría terriblemente desgraciada.

—No le gustan los hombres, cariño —dijo, sin saber si eso era algo bueno o malo—. No confía en ellos y es complicado que alguna vez exponga su corazón.

—Ella estaría bien con Andrews.

Jane comenzó a carcajearse de inmediato. En cuanto vio que él la miraba con una ceja alzada dejó de reír.

—¿No era una broma? —preguntó con nerviosismo.

—Lo primero que le dije a tu hermana cuando vinisteis a Crystal City, justo después de dejaros en casa del padre de Jeremy, fue que evitase que el hijo la viese.

—¿Debo estar celosa de mi hermana, esposo? —sentenció con un puchero.

—Es muy bonita, incluso siendo un hombre, muchos vaqueros la encuentran una tentación ante unos impulsos que saben que no deberían tener. Aun así, no supe que ella era de verdad una mujer porque solo tuve ojos para ti.

—Lo recuerdo muy bien… —presumió ella, con una brillante sonrisa.

—¿Buscabas halagos, cariño? No hace falta que me los saquen con falsos pretextos, te brindaré lo que necesites cuando lo pidas, lo sabes. Eres preciosa, la mujer más apasionada del mundo, tan valiente que podrías menoscabar el valor de un hombre que no estuviese seguro de sí mismo, pero tan tierna y paciente que haces que el resto palidezca.

—¿Te has vuelto un poeta, cariño? No te reconozco en tus aseveraciones. No esperaba que fueses un dechado de bellas y elocuentes palabras, vaquero , así que aprovecharé esta ocasión y me las guardaré en lo hondo de mi corazón.

—Y harás bien, porque estoy cansado, mañana tengo una jornada dura por delante y en vez de hacerme descansar, me has dado el placentero trabajo de amarte para hacer que cayese todavía más extenuado. Y de ahí que me sienta vulnerable como un gatito y esté dispuesto a comportarme como un poeta.

—Oh, Águila Negra, espero de verdad que no cambies nunca, porque me gustas tal cual eres.

—No creo que lo haga. Por la mañana, o tal vez antes, volveré a ser el hombre exasperante, posesivo y orgulloso que juró amarte sobre todas las cosas, pero por el momento podría decirte algunas delicadas palabras más.

—¿Y eso incluye hablar sobre Jeremy Andrews y Dana?

—Lo creas o no, a tu hermana le gusta Andrews aunque jamás lo admitirá. Debes confiar en mí. Conozco a Jeremy lo suficiente para intentar que los dos tengan un acercamiento, porque ella estará protegida y contenta con él.

—¡No puedo creer que hables en serio!

—¿Qué te molesta de la situación, Jane? ¿No crees que mi criterio sea acertado?

—¡Dana no lo soporta, los he visto a ambos juntos! —exclamó incrédula.

—Bueno, en tal caso es una suerte que el destino de la procreación de la humanidad no dependa de tu visión.

—Tú mismo has escuchado a mi hermana. Lo aborrece.

—Entonces, si estás tan segura de tus afirmaciones, no te importará que yo pruebe que estás equivocada.

—No me gusta lo que creo que estás pensando.

—¿Y qué pienso?

—Algo tramas, y sé que no me va a gustar.

—Planeo varias cosas, la primera es volver a hacerte el amor, y esta vez no habrá nada paciente o amable. Pretendo que estés igual, o más cansada que yo. La segunda me hace preguntarte si Dana tiene capacidad con los números.

—En cuanto a lo primero, tienes mis bendiciones. Respecto a lo segundo no entiendo en qué te beneficiaría obtener semejante información, pero sí, ella es estupenda con el cálculo.

—De acuerdo. El señor Dan Hertford se convertirá en el contable del Aserradero Andrews, porque Jeremy me ha dicho un par de veces que no se fía del que hay, incluso creo que lo despidieron y… ¿Abres ya las piernas o pretendes que te saquee como el mestizo salvaje que soy?

—Saquéame, esposo… yo, te reto —dijo en voz seductora.

En cuanto se pronunció la última sílaba, él ya estaba besándola con fuerza, preparado para encontrar todos los tesoros que tenía su bella y maravillosa mujer. Águila Negra iba a disfrutar del resto de la noche. Tal vez al día siguiente se levantase fatigado, quejoso y con un humor de perros debido al desgaste, pero por todos los espíritus del mundo de los Santee, que él lograría relajar a su esposa hasta hacerla desfallecer de puro deleite.

En cuanto a Dana Hertford, tenía muy claro lo que iba a comenzar a hacer…

Capítulo 3

Un acercamiento sorprendente

Dana apuntó a una de las veinte latas que su amigo Prescott había colocado sobre una cerca, a una distancia de lo más considerable. Le gustaba el rifle, pero el Winchester era más complejo de llevar siempre encima. Lo había comprobado a lo largo de las semanas. El peso de ese arma tan voluminosa no le agradaba, le hacía daño en el hombro cuando salía la bala. Prefería el Colt que solía llevar en la cintura, aunque con el revólver no sabría darle a algo si no estaba cerca de ella y sin movimiento. E incluso así, su habilidad sería más que cuestionable. Disparar era más complicado de lo que parecía a simple vista.

—Mide bien tu respiración, Dana. Observa los árboles que hay cerca para calcular la fuerza del viento por si es preciso desviar el tiro. No te apresures. Solo trata de respirar con normalidad, visualiza tu objetivo y aprieta el gatillo cuando tu instinto te lo indique. Es más sencillo de lo que parece. Ten confianza en ti misma.

Prescott Callum comenzaba a pensar que entre las atribuciones de ser un vaquero tejano se había colado la de ser un maestro en cuestiones de defensa. Ella podía haberle pedido ayuda a su propia hermana, a quien él admiró profundamente cuando Dana le hizo partícipe sobre los pormenores de su secuestro y le narró las hazañas de la señora Hutson. Tal vez, incluso el mestizo pudo haberla formado, puesto que se decía que era un portento disparando un rifle, y podría haberla instruido mucho mejor que él. No. La pequeña pelirroja testaruda quería llevar su formación en el más estricto silencio.

El hombre se separó de ella y esperó a que disparase. En honor a la verdad, debía admitir que era una alumna que ponía mucho empeño. Sin embargo, en toda la mañana no había

conseguido derribar ni una sola lata, por lo que estuvo de acuerdo cuando ella le informó de que pronto iba a convertirse, definitivamente, en una mujer y que buscaría un esposo, que él esperaba que fuese quien la protegiera.

Dana se dijo a sí misma que en esta ocasión no fallaría. Cerró los ojos, tomó una bocanada de aire, miró el árbol a su derecha y apretó el gatillo. ¡La lata cayó al suelo!

—¡Le he dado, le ha dado! Al fin mi primer tiro bueno, Prescott. —Dana soltó el rifle a un lado y buscó a su amigo para abrazarlo. Le dio incluso un beso en la mejilla.

Él suspiró.

—Señor Hertford, creo que debería…

Cinco tiros más resonaron en el silencio de esa tarde de sábado. Dana, sin abandonar los brazos del señor Callum, miró hacia la cerca y pudo ver que cinco latas habían caído al suelo. Fue entonces cuando ella escuchó los cascos de un caballo dirigiéndose hacia la pareja.

Dana observó a un grácil jinete sosteniendo una pistola a una distancia bastante larga.

—Eso estaba tratando de explicarte…

—¿Ha sido él quien ha derribado mi lata? —preguntó en un puchero.

—Me temo que sí. Había escuchado que Andrews poseía una puntería envidiable, pero hasta el momento no creí que fuese verdad. Ese hombre tiene demasiados atributos que destacan… —dijo pensativamente.

—¡Cállate, Prescott! —Dana se puso de muy malhumor al darse cuenta de que no había acertado el tiro. Odiaba a Jeremy Andrews con fuerza, no solo tenía un instrumento más grande que el suyo… Sí, sí. Cierto que ella era una mujer y no poseía esa *cosa* que debía ser del todo incómoda y molesta sobresaliendo entre sus piernas, pero resultaba que además, el tonto era audaz disparando. ¿No podía ser mejor que él en nada? ¡Incluso el maldito soportaba mejor el licor que ella! Aquella vez que la retó a beber sin descanso varios pequeños vasos de *whisky*…

¡Él ganó sin problemas!

Dana suspiró y se dispuso a salir del abrazo de su mejor amigo. Prescott la retuvo.

—¿Qué haces? —musitó.

—Creo que le gustas.

—¿Qué?

—A Andrews… y me gustaría saber si es porque sospecha de tu verdadero género o justamente porque cree que eres un muchacho bonito y joven.

—¡Ah! Te gustaría que fuese lo segundo, bribón.

—¿No sientes curiosidad, Dana? Deberías decirle que eres una muchacha a ver si toma la revelación con ilusión o sus esperanzas se hacen añicos.

—Ah, estás rememorando lo que sentiste cuando descubriste que yo no era el hombre que presumo ser—señaló con picardía.

—Pequeña arpía, tú estás lejos de ser un hombre. Andrews tiene razón, eres un chico, pequeño, frágil y del todo afeminado.

—Para hablar tan mal de mí, creo que te deslumbré.

—Despertaste mi ternura también. Ahora silencio, veamos lo que nos dice Andrews.

Los dos esperaron plácidamente. Dana se quedó abrazada a su mejor amigo. No mentiría si dijese que también tenía curiosidad por saber si en verdad Andrews… Sacudió la cabeza tratando de negar el pensamiento. ¿Qué le importaba a ella lo que el bobo pensase o sintiera?

Andrews los había visto a lo lejos y no pudo evitar hacer un alarde de sus habilidades con su Colt. Hacía mucho tiempo que no usaba el revólver, pero ciertamente no había olvidado cómo se hacía.

Había disparado creyendo que si le permitía hacerlo al enclenque pelirrojo, el retroceso del arma lo tiraría para caerse sobre el duro suelo con sus pequeñas y tersas posaderas y… Maldijo por tener ese tipo de pensamientos sobre un chico que solo lo molestaba por deporte. ¿Por qué no se iba de regreso a Londres y lo dejaba en paz?

Hacía demasiadas semanas que no subía al piso de arriba con una bonita mujer del Orient Saloon y sospechaba que sería momento de repetir las visitas. Trataría de no estar borracho porque no recordaba, cuando terminaba, si había sido una excelente compañía para las chicas. Todas ella eran buenas amigas suyas. Tan dulces… Y deseaba recordar su actuación, porque desde que May Sue dijo que el señor Hertford era un amante generoso y sublime, él había estado sintiendo unos tremendos celos… de May Sue. No, de Hertford. Bien, no sabía de quién sentía celos, pero era por algo muy varonil que no implicaba que él tuviese ciertas inclinaciones con respecto al maldito escuálido pelirrojo de profundos y brillantes ojos verdes. ¡Testículos peludos de Lucifer!, maldijo mentalmente… Y, ¡doble maldición! Incluso el chico, que lo tenía enfermo de… de… de lo que fuese, sabía improvisar maldiciones de lo más creativas.

Cuando lo escuchó decir eso sobre los testículos de Satanás… A él no se le habría ocurrido ni en un millón años. ¿Había algo en lo que el hermano de la esposa de Águila Negra no fuese notable?, se preguntó irritado.

—¿Tenéis que estar siempre con las manos del uno sobre el otro? —inquirió con fastidio, cuando llegó hasta la feliz pareja.

—Deberías soltarme, Prescott —comenzó a decir Dana—, no me gustaría volver a acusar al señor Andrews de estar tremendamente celoso de…

—Tengo un Colt en la mano… ¿Estás seguro de que quieres terminar esa afirmación, chico? —la interrumpió.

En ese instante, Callum la dejó marchar. Curioso. Jeremy Andrews solo tenía ojos para

Dana… Lo que Prescott daría por estar presente cuando se enterase de que «el chico», como lo llamaba él, era en verdad una hermosa mujer. Sí, tal vez debería hacer todo lo posible por estar en primera fila cuando eso sucediese, porque si la desilusión llevase a Andrews a lagrimear, Prescott podría ser un excelente paño de lágrimas.

—Creí que teníamos un trato, señor Andrews. Yo no le molestaba a usted, ni usted a mí. Nos íbamos a ignorar el uno al otro.

—Ya… —Jeremy saltó de su caballo, miró con el ceño fruncido a Prescott, pues lo veía devolverle la mirada con una sonrisa oculta en su rostro. ¿Qué sería tan gracioso?—. Sarah Lee te necesita en el rancho, me manda a buscarte —le dijo al grandullón pelirrojo.

—Oh… Dan, vayamos a ver qué sucede. —El vaquero se apresuró para ir a su montura. Ella inició el camino.

—No. —Jeremy se colocó frente a ella para frenarle el paso—. Tú y yo vamos a discutir algunos asuntos —le dijo con acritud al supuesto chico.

—No sé qué podríamos tener que tratar —respondió ella, lamentando que su aliento volviese a oler a regaliz. A Dana le chiflaba la regaliz…

—¿Denoto miedo en tus palabras, señor Hertford?

Ella se envaró pero lo miró con una sonrisa ladeada.

—Vete, Prescott, iré en un momento.

—Daaaaan… —Usó su nombre masculino para ver si ella se daba cuenta de la temeridad que era quedarse con un hombre que había intentado atacarla, puño en alto, varias veces creyendo que era un muchacho temerario.

—Estaré bien. El señor Andrews no olvidará ni por un instante quién es el esposo de mi hermana, dado que yo no cesaré en recordárselo.

Prescott carraspeó.

—Ven un segundo, Dan —le ordenó, el rudo vaquero de mayor edad en tono que no admitía réplica.

Así que ella se movió hasta donde su mejor amigo estaba.

—¿Qué ocurre?

—Dana —dijo en un susurro—, no es buena idea que te quedes con él.

—No me hará daño. Además, no sabré disparar todavía, pero sí sé cómo dar un buen pisotón y luego golpear sus bolas con fuerza. Se lo he visto hacer a Jane y tú, estas semanas, me has aconsejado que mi mejor baza en el cuerpo a cuerpo es la sorpresa de un ataque inesperado donde más le puede doler a un hombre.

—Ten cuidado. Él parece un lobo y tú tienes aspecto de ser una oveja indefensa. Trata de no enfurecerlo porque podría hacerte mucho daño. Es fuerte, parece que no es peligroso, porque es menos corpulento que yo, pero he escuchado historias sobre…

—Vete, ya… Eres peor que mi hermana —se quejó, dándose la vuelta para enfrentar a Jeremy Andrews.

Ella no tenía miedo de él. ¿Qué podría hacerle? ¿Darle un puñetazo en el rostro que la dejaría en el suelo llorando y sollozando? De acuerdo, Prescott tenía razón. Trataría de ver lo que él pretendía y lo haría sin irritarlo.

—Te he advertido lo mejor que he podido. —Escuchó Dana que le dijo su mejor amigo antes de azuzar su montura.

La muchacha no hizo caso del breve sermón. Se encaminó hacia Jeremy mostrando su mejor sonrisa y poniendo su pose más varonil. Levantó una ceja y luego se dispuso a hablar:

—Bien, señor Andrews, espero que esto no sea una treta para tenerme a solas, porque

le aseguro que usted no es ni de lejos mi tipo…

Bueno. Dana estuvo satisfecha consigo misma cuando lo escuchó gruñir. Al menos, esta vez, se había contenido un largo minuto antes de hacerlo sacar espuma por la boca.

—¿Te das cuenta de que no hay nadie aquí para defenderte? —le preguntó, tratando de contenerse.

—¿Necesito protección? —Ella respondió con otra pregunta, aunque por si acaso se limitó a permanecer lejos de él.

—¿Por qué te gusta tanto molestarme, chico? —Intentó sonar un poco conciliador.

—Precisamente, que me llame chico y me haga esa pregunta… ¿Quién trata de hacer saltar al otro, señor Andrews?

—Eres tan malditamente… ¡inglés!

—Oh, otro cargo que añadir a mi condena —resolvió con voz socarrona.

—Tengo un trato que ofrecerte, si cierras el pico lo suficiente para que pueda no pensar en matarte, y tal vez…

—Se lo agradezco, pero no me interesa.

—¡Si no me has dejado explicártelo! —gritó más de lo que pretendió.

Jeremy ya le dijo a su amigo que sería una mala idea cuando le comentó que el hermano de su esposa podría ser de ayuda. Suspiró.

—Hable, le escucho —lo invitó con condescendencia.

—Sé que eres bueno con las cifras.

—¿Qué? —Ella había esperado muchas cosas, pero ninguna como esa.

—Cálculo, números, cuentas…

—Ah. ¿Qué quiere pedirme exactamente? —trató de averiguar sin bajar la guardia.

—Puedo darte un empleo en el aserradero. Estarás limpio, caliente, vestirás traje y…

—Se lo agradezco, pero no me interesa —repitió con seguridad una vez más.

—¿Vas a rechazar un puesto bien pagado que supondría una mejora sustancial con respecto a tu situación actual, solo para fastidiarme? —Jeremy silbó—. Tal vez no eres el chico inteligente que me han hecho ver.

—Lo soy y me jacto de serlo.

—No lo parece en absoluto.

—Lo soy —insistió—, porque sé que usted trabaja en el negocio de su padre y ambos acabaríamos peleándonos… o algo mucho peor. Prefiero no tentar a la suerte.

—Podemos establecer una tregua. —Jeremy nunca llegaría a saber de dónde sacó tanta diplomacia.

—Habló el vaquero que hace unos días se bajó los pantalones con el fin de impresionarnos a Prescott y a mí. ¿Está seguro de que es un hombre que prefiere a las mujeres, señor Andrews? —se atrevió a preguntar.

—¿Y tú estás seguro de que quieres seguir manteniendo todos los dientes en tu boca, chico? —preguntó, levantando el puño en alto para hacerle ver que acabaría dándole un buen derechazo.

—Y ahí tiene su respuesta, señor Andrews. Usted y yo no conseguiremos llevarnos bien ni aunque la extinción de la raza humana dependiese de ello. ¿Se imagina tener que verme

cada día en su lugar de trabajo, soportar mis sonrisas maliciosas y estar preguntándose cuánto tiempo estaré sin sacarle de sus casillas?

—Sería fácil que estableciésemos una especie de acuerdo si tú, muchacho insolente y temerario, te dieses cuenta de que me provocas porque me deseas, y dejases de hacerlo. Y debes hacerlo —insistió—, porque por muchas esperanzas que tengas en tu afeminado cuerpo, jamás conseguirás que yo sienta algo más que repulsión por tus maneras tan poco elegantes de tratar de atraparme. Y créeme cuando te digo que estoy siendo amable, porque otro en mi lugar, haría tiempo que te hubiese pegado un tiro en tus testículos faltos de vello masculino.

Ella sonrió de lado. Colocó sus manos en el bolsillo.

—Yo le habría dicho precisamente las mismas palabras, señor Andrews. —Se vanaglorió de su intelecto cuando él frunció el ceño y comenzó a destramar lo que ella había pretendido insinuar.

—Siento ganas de poner mis manos sobre tu delicado cuello y retorcerlo hasta verte azul, chico —la avisó.

—Todo irá bien siempre y cuando no sienta ganas de volver a bajarse los pantalones, señor Andrews.

—¡Por amor de Dios! Eres imposible. Se lo dije a Águila Negra, que no aceptarías el puesto, porque no tienes ni una pizca de inteligencia en tu dura y hueca sesera, pero él reclamó que lo hiciera. Insistió tan malditamente, que tuve que venir a buscarte.

—Águila Negra hizo…. ¿Qué? —Su boca se quedó abierta.

¿Habría considerado que el padre de Andrews podría ser un buen partido para ella? Uhm. Ese hombre era un poco mayor, pero era bastante atractivo, también rico… ¡Ag! Pero era el padre del bobo que tenía enfrente. ¿Qué habría motivado al esposo de Jane a plantear esa sugerencia? Y lo más apremiante… ¿Cómo de fangoso sería el problema que tenía Jeremy Andrews con el aserradero para tragarse su orgullo y presentarse para pedir su ayuda? Por supuesto que ella intuía que él debía estar desesperado… ¿Cuánta desesperación sentiría él?

Uhm, interesante. Se le cruzaban un par de ideas de lo más cuestionables para fastidiarlo y probar su punto sobre la necesidad de Jeremy Andrews.

—Lo creas o no, te estoy ofreciendo una oportunidad única, aunque por supuesto, para un chico que no pretende establecerse y formar una familia…

—¿Cuánto me pagaría? —La palabra familia la tentó de un modo cegador. Si trabajase allí unas semanas, tal vez meses, ella podría tener una buena suma. Tenía escondidas algunas joyas que robó de casa del Demonio cuando Jane y ella huyeron y el dinero nunca estaba de más.

—Lo suficiente para dilapidarlo con ocho o nueve chicas en el saloon, beber hasta quedarte borracho y volver a casa con dinero en el bolsillo.

Ella se quedó pensativa. Ahí había muuucha desesperación.

—Estoy dispuesto a hacerlo, pero mis condiciones no van a agradarle.

—Pide lo que quieras. Es importante, si es que eres tan bueno con los números, que veas los libros de cuentas del aserradero.

—Se ha ofrecido sin saber lo que voy a demandar de usted, señor Andrews.

—Dispara —lo retó.

—Eso me recuerda que quiero dos cosas de usted.

—Dilo, no tengo todo el día.

—Quiero que me enseñe a disparar.

—¡Eso es imposible! No tienes la fuerza necesaria para sostener el Winchester. ¿Tu amigo ya se ha echado atrás y se ha desentendido de tu aprendizaje? —preguntó en clara alusión a Prescott.

—Si la primera de mis demandas no le gusta… cuando oiga la segunda, tal vez saque su pistola dispuesto a dispararme.

—¿Qué pretendes pedirme?

—Suelte las pistolas a un lado, no quiero arriesgarme.

—No pienso herir a la única persona del territorio de Texas que posiblemente pueda tener la solución al problema del aserradero. No debe ser nada tan terrible como todas las estupideces que me has dicho desde que nos conocemos. No haces un buen negocio cuando socavas a cada rato la hombría de otro hombre, señor Hertford —sentenció con honestidad.

—Quiero que me bese —demandó Dana, con la nariz elevada, al más puro estilo de una gran dama altiva que recorriese los salones más populares de Londres.

Fue el turno de Jeremy de quedarse con la boca abierta.

—¿Cómo dices?

—Ya me ha escuchado, señor Andrews. Un beso y aceptaré una tregua, por más que me recree en irritarlo y enfurecerlo, estoy dispuesto a renunciar a toda la diversión y ayudarle con sus problemas en el aserradero de su padre.

—¡No puedo besar a otro hombre! Ya te dije que no soy de ese tipo… ¡Por los testículos peludos de Lucifer, tiene que haber otra cosa que quieras!

—Ah, veo que esa blasfemia, que fue una invención mía, le gustó.

—Pide otra cosa, chico. Te pagaré los encuentros con May Sue que quieras, pero no puedo…

—Está bien. —Ella se dio la vuelta y comenzó a ir hacia el Winchester que seguía en el suelo.

—¡Espera!

Dana sonrió de lado a lado. Los problemas en el aserradero debían ser muy gordos. Se giró de nuevo, pero antes, borró la sonrisa de su rostro.

—¿Si?

—May Sue afirma que eres un amante excelente, pero te he visto numerosas veces en una actitud más que reprochable con ese pelirrojo grandote… ¿por qué me pides un beso? ¿Es solo para probar la intensidad de mi necesidad para que aceptes el puesto como contable? —Había tratado de hacer que el propio Jack Lowell, el mejor amigo de Sarah Lee, quien trabajaba en un banco en Austin, aceptase el empleo, pero el viudo no quería ni escuchar hablar de regresar a Crystal City, dado que todo allí le recordaba a su difunta esposa Leah.

—No anda desencaminado, señor Andrews, quería ver el grado de desesperación que arrastra, aunque ciertamente, quiero que me bese.

—¿Pero, por qué?

«Porque nunca me han besado, porque sé que tienes suficiente práctica como para hacer que mis rodillas tiemblen, pero sobre todo con el fin de tener una gran victoria sobre ti, dado que trataste de darme varios puñetazos en distintas ocasiones». Eso definitivamente no iba a decirlo en alto.

—Mis razones son mías.

—No me gustan los hombres y lo que pides no es natural.

Ella sonrió de medio lado debido a la gravedad con la que él hizo esa sentencia en firme.

—Si me viese con un vestido, le aseguro, señor Andrews, que caería de rodillas, y no es por falsa modestia que le hago esta advertencia. —Por un instante, su orgullo femenino la incitó a que hiciese eso mismo para ver si él podía resistirse a una mujer como ella. Desechó la

idea al punto. Impresionar a Jeremy Andrews no era una prioridad, pero…

—Lo haría si en verdad disfrutase de ese tipo de relación. No puedo besarte. —Andrews había visto muchas cosas curiosas a lo largo de su vida, y dos hombre juntos, intimando, era una de ellas. No comprendía ese tipo de relación, pero al menos no mataría al pequeño pelirrojo por proponerle algo tan descabellado como lo que acababa de pedir.

—Le deseo suerte con la búsqueda de un contable. Espero que sea tan bueno como yo. La fortuna del abuelo no mermó ni un sola libra pese a que yo sabía quién iba a ser el próximo heredero, y le aseguro que conducir la finca de campo con veinte sirvientes, y treinta habitaciones… Economizar aquello no fue tarea fácil y lo conseguí.

—¿Cómo sabes que tengo problemas de liquidez?

—Porque si no fuese así, se habría ido en el momento en el que le dije lo que yo deseaba de usted.

—Al fin lo admites.

—Al fin admito que deseo un beso suyo.

—¿Tu amigo no te besa como deseas, chico? —preguntó con enfado.

—Tenga cuidado, Andrews, o pensaré que está celoso y ha quedado perfectamente claro que no tiene motivos. Le estoy pidiendo un beso a usted.

—¡Maldita sea! No podré mirarme a la cara jamás.

Andrews se acercó hasta el supuesto señor Hertford, lo agarró por la nuca y pegó sus labios a los de ella, unos dos segundos, tal vez menos, se separó y comenzó a escupir con fuerza.

La reacción de Dana, mientras él llevaba a cabo todo ese teatro, fue cruzar los brazos sobre su chaleco, alzar una ceja y mirarlo con reprobación.

—No.

—¿Qué? —Él no entendía la actitud beligerante del chico.

—Quiero el beso prohibido de un amante —confesó sin vergüenza. Desde que comenzó a hacerse pasar por hombre, dejó de sonrojarse por exigir lo que deseaba. Además, Jeremy estaba seguro de que sus inclinaciones eran… discutibles, así que él no tenía derecho a mostrarse sorprendido y ofendido por su petición. ¡Oh, sí! El señor Andrews la estaba mirando con sumo pánico e incomodidad.

—Ya te he dado lo que deseabas.

—No. Ese beso no basta ni para que yo ponga mis pies en la oficina de su padre, menos alcanzará para que acepte el empleo.

—¡Maldita sea! Estás empeñado en que me rebaje ante ti y te juro que no…

—Ahórrese la charla y vuelva por donde ha venido, señor Andrews.

—Estoy dispuesto a enseñarte a disparar.

—Estoy dispuesto a aceptar solo un excelente beso —rebatió ella con presteza.

—¿Cómo puedo saber que vales el precio que exiges?

—Porque lo valgo. Daré con el problema que haya con las cuentas, se lo garantizo —añadió segura.

Él creyó al muchacho.

—¡Mierda! —gritó, para después acercarse al estúpido hermano de la esposa de su mejor amigo para darle un beso.

Dana se quedó inmóvil en cuanto percibió la lengua de él serpenteando sobre sus propios labios. Sintió terror cuando esa malvada caricia trató de abrirse paso entre sus dientes para profundizar en su interior. No pudo decirle que no deseaba una muestra tan… Lo que consiguió fue emitir un largo gemido de deleite. Regaliz. Siempre olía a regaliz y en esos momentos estaba saboreando ese dulce en su lengua.

Los sombreros de ambos hacía rato que habían chocado entre ellos y estaban en el suelo.

Jeremy supo que había sido un grave error dar ese paso en cuanto cerró los ojos para ocultar lo que le hacía sentir mientras percibía la suavidad de esa dulce boca… de un hombre… de un muchacho joven que acababa de gimotear de puro placer. ¿A qué olía él? ¿Usaba jabón con un toque a limón? Jeremy nunca había olido así, de hecho ninguno de sus compañeros lo hacía. Se sintió mareado, con ese olor a limpio. Y no ayudó demasiado que los delgados brazos del señor Hertford se colocasen sobre su cuello. Y lo peor fue que, no supo cómo, pero sus piernas acabaron enredadas en las de ese enclenque. No. Lo más inoportuno no fue eso… Lo realmente alarmante y vergonzoso fue que él no era capaz de poner fin a ese despropósito de beso.

El chico jadeaba cada vez más fuerte y, por Dios santo, que su virilidad estaba completamente despierta. ¿Por qué mierda tenía que ser tan condenadamente suave? Era como besar a una mujer, su piel tan suave… su calidez, sus suspiros… ¡Maldito afeminado y maldito él por no apartarse! Un segundo más… un poco más y dejaría de besar a ese muchacho descarriado que lo tenía al borde del precipicio. ¿Cómo podría volver a mirarse en el espejo? Le gustaban las mujeres, esbeltas, elegantes, pelirrojas… ¿Qué significaba esto? ¿Se había descarriado él también? ¿Acabaría complaciendo un feo trasero peludo mientras…? Ese pensamiento verdaderamente le hizo sentir arcadas. Ahí supo que por mucho que el beso hubiese sido memorable, no sería capaz de llegar hasta el final con otro hombre. Apartó al señor Hertford de su abrazo sin ningún miramiento. Casi fue más un empujón que otra cosa.

Ella se quedó sola en mitad del paraje pensando que había sido una gran suerte que el río estuviese cerca. El calor que destilaba su cuerpo, en especial su parte íntima, era abrumador.

—Te agradezco que hayas sido capaz de… detenernos —dijo sin formalidad y con sinceridad. Si él no hubiese cesado su avance, ella habría podido lanzar las preocupaciones al

viento, y sospechaba que a cualquier hombre le gustaba poco que le mintiesen, pero posiblemente, menos que a todos, a Jeremy Andrews, por lo que si él hubiera averiguado que era una mujer… Mala cosa.

—Ya tienes lo que querías. Mañana a las ocho en el aserradero. Espero que sepas dónde está —dijo, sin poder mirarlo a los ojos, mientras recogía su sombrero del suelo.

Jeremy se dio la vuelta, subió a su montura y se fue de allí sintiéndose todo un mar de dudas, porque quisiera o no reconocerlo, el beso lo perturbó, aunque imaginarse yaciendo con otro hombre… Se le revolvieron las tripas con ese pensamiento. Lo mejor sería ir al saloon y reafirmar su virilidad con la muchacha más hermosa que allí hubiese.

Dana lo vio irse y suspiró. No debió haber jugado con fuego. Se pasó la mano por el pelo y se lamentó por la mala decisión que había tenido al pedirle ese estúpido beso, porque se había vuelto en contra suya.

Se mordió el labio inferior. Que precisamente Jeremy Andrews, el tarambana Andrews, la hubiese hecho sentir deseada, femenina… anhelada… Ella lo había devorado en igual medida que él. Había acariciado su pelo corto, hundido las yemas de sus dedos en su espalda con codicia, gemido por él, suspirado, mientras su lengua luchaba con la suya propia en una competición deliciosa…

¿En qué demonios se había metido? Problemas. Grandes y serios, porque sabía, tan cierto como que el cielo era azul, que la próxima vez que tuviese frente a sí a Jeremy Andrews, ella desearía que él la volviese a besar y eso era un pecado, pues él no sería nunca un hombre aceptable con el que formar una familia o asentarse. Eso, y que jamás le perdonaría el hecho de haberlo engañado sobre su sexo. Jeremy Andrews exudaba orgullo por todo su cuerpo y ella no se quedaba atrás. Trataría de eliminarlo de su mente y de seguir adelante.

Lo primero que haría sería darse un baño en el río a fin de olvidar lo sucedido. Luego iría en busca de Prescott para que lo acompañase al Orient Saloon, dado que en verdad el supuesto señor Hertford necesitaba emborracharse para ahogar las penas.

¡Testículos peludos de Lucifer!

Capítulo 4

Una revelación desconcertante

A Dana le gustaba la señora Harris. Sarah Lee, la tejana que ayudaba a su esposo a dirigir el Sarah Love —¿o sucedía al revés?— era todo lo que a ella le gustaría ser: dura, fuerte, pero con un corazón de oro que amaba a su familia por encima de todo.

Necesitaba encontrar a alguien que le enseñase a disparar porque, lo de dar un rodillazo en las partes privadas de un hombre… Eso ya lo dominaba. Además, Prescott era bueno disparando, pero no resultó ser un mentor interesante, dado que no había progresado nada en sus lecciones.

—Estás muy pensativa hoy. ¿Qué te preocupa? —le preguntó Sarah Lee al tiempo que le daba una taza de café.

Ambas estaban en la cocina. El ama de llaves, la señora Rolser, había subido al piso de arriba para ocuparse de los mellizos, quienes, esa noche, habían estado llorando sin parar y la orgullosa mamá necesitaba un respiro.

Eran poco más de las seis de la mañana y todo estaba en calma.

—Andrews —dijo sin ocultar nada.

Sarah la miró con una sonrisa en el rostro.

—Estarás bien en el aserradero. Buena paga, sin el sol dándote todo el día en la cabeza, sin animales malolientes a tu alrededor…

—Tú no me pagas nada mal, adoro el sol y me gustan los caballos y las vacas —respondió rauda.

—Ah, pero yo no hablaba de vacas y caballos… —añadió con media sonrisa.

—Tus vaqueros son buenos chicos.

—Lo sé, pero desde que Águila Negra se llevó a tu hermana a su casa, ellos han olvidado sus modales y su aseo personal. —Sarah respiró con profundidad—. Debo confesar que tener a una joven soltera en mi casa fue bueno. Los muchachos se comportaban de un modo tan ejemplar… ¿No te gustaría volver a ser una mujer? Mis chicos podrían competir por tu mano. No abundan las mujeres y…

En verdad Sarah Lee echaba muchísimo de menos la corrección que sus chicos exhibieron en el rancho cuando la hermana de Dana todavía era una mujer libre. Acudían a la hora de la cena bien peinados, limpios y con sus ropas más finas. Eso terminó en el momento en el que el mestizo se casó con la supuesta única dama disponible del lugar. No le importaría que Dana Hertford volviese a hacer que sus vaqueros empleasen sus mejores esfuerzos para impresionarla. Si solo ella quisiera desprenderse de su identidad varonil…

—Estaba esperando el mejor momento para contártelo.

—¿El qué? —se interesó la señora Harris.

—No tardaré en dirigirme a Austin.

—¿Piensas marcharte? —preguntó contrariada.

Dana se percató de la preocupación en la voz de Sarah y se alegró de tener a personas como ella cerca, buena gente que se preocupaba por su seguridad.

—Serán unas semanas. Águila Negra cree que sería conveniente que el señor Hertford regresase a Londres y que la hermana pequeña de Jane llegase para vivir con ellos.

—Uhm… es una idea fantástica. ¿Te instalarás con tu hermana cuando regreses siendo Dana Hertford?

—¿Me echarías de menos, señora Harris, o simplemente quieres exhibirme como un reclamo para tus muchachos? —preguntó con una brillante sonrisa.

—¿Tan evidente he sido?

—No, pero recuerdo muy bien que cuando mi hermana vivía en tu casa, los chicos venían muy limpios y relucientes. Desde que Jane se marchó parece que no tienen ganas ni de bañarse. Ellos apestan. —Arrugó la nariz al recordar.

—Sí, es así. Creo que voy a tener que ponerme seria y empezar a negarles el paso al comedor si no vienen en buenas condiciones.

—Harás bien —le recomendó Dana.

—Cambiemos de asunto. ¿Estás nerviosa por tu nuevo cometido?

—No. Los números se me dan bien. Allá donde Jane es algo así como una guerrera fuerte, supongo que yo desarrollé más la mente. Adoro leer y veo con facilidad cuando el dinero no va a ser suficiente. Los números me hablan.

Hubo un silencio que Dana percibió como incómodo. La joven dejó de mirar por la ventana, le dio un sorbo a su café y miró a Sarah con curiosidad. La vaquera entendió que le estaba haciendo una pregunta silenciosa.

—Mi esposo no cree que sea buena idea que estés tan cerca de Jeremy. Denver dice que saltan chispas cuando estáis juntos y…

—Ni te imaginas —susurró por lo bajo. Sarah la oyó.

—¿Qué quieres decir?

—Nada… Solo que Andrews es… él…

—Tremendamente apuesto. Tan guapo como el pecado —señaló Sarah.

Dana se echó a reír.

—¿Sabe tu esposo la opinión que te merece Andrews? Creo que el señor Harris es bastante posesivo cuando se trata de su mujer.

—¡Oh, por supuesto que lo es! Todavía no he conocido a ningún tejano que no sienta que su dama deba pensar en él, todo el tiempo, y que no deba admirar las virtudes de otro hombre. ¿Y qué debo hacer yo cuando acude al saloon a estar con los muchachos y salen las chicas a enseñar sus pantorrillas y esos pechos casi desnudos? ¿Callar? Jeremy es uno de los hombres más apuestos de Texas y no está en mi naturaleza andarme por las ramas. Y no solo tiene una apariencia que lo hace destacable, sino que su padre le dejará un buen pellizco cuando se case, y le dará otra buena suma cuando al fin le dé un nieto. Todo el mundo lo sabe.

—La mujer que se case con Andrews deberá ser considerada una mártir celestial —añadió bufando.

—¿Por qué dices eso? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Y tú que lo conoces desde hace tantos años me lo preguntas? —inquirió incrédula.

—Por eso mismo lo hago. Jeremy es un buen hombre.

—Es un asiduo del Orient Saloon, ¿qué clase de mujer se casaría con un sinvergüenza? —preguntó, al tiempo que arrugaba la nariz, en una clara muestra de desaprobación.

Sarah Lee dejó la taza en el fregadero y la abrazó desde atrás.

—Una que fuese capaz de traerlo por el buen camino y que tuviese la paciencia y

perseverancia necesaria para hacer que él abriese su corazón. Es un buen hombre, Dana, y sé que te gusta.

—No me gusta —dijo con la boca pequeña.

—Lo hace, porque te he visto mirarlo cuando crees que nadie se da cuenta. Eso y que si no sintieses nada con respecto a él, no te importaría dónde fuese y con quién se relacionase. Si crees que él puede ser el hombre que deseas, abre bien los ojos en el aserradero y descubre al verdadero Andrews. Te aseguro que te sorprenderás si encuentras lo que hay bajo la superficie.

Dana suspiró y asintió con la cabeza. Sarah la soltó y se marchó de la cocina sin decir nada más. Entonces, la pelirroja terminó su café, cogió un bollo de canela recién hecho y salió por la puerta de la cocina. Había pensado en llegar pronto y revisar con calma las instalaciones del aserradero. Como en cualquier negocio, la máxima que debía imperar era la de reducir costos y ganar dinero. No era tan complicado manejar económicamente una actividad, en especial para Dana, puesto que ella misma lo había hecho con la finca del abuelo. Los ganaderos que dependían del anterior conde de Alastor disfrutaron de un precio más que justo por la tierra y vieron incrementar los resultados. Tal vez, su lugar en el mundo fuese el de ayudar con los números a quienes necesitaban asesoramiento, pero algo como eso también era trabajo de un hombre… Así que se preguntó si Andrews le habría pedido ayuda en caso de haber sabido que ella no era en verdad un hombre.

Bajó los escalones de la puerta de la cocina y escuchó un carraspeo. Dana se giró para ver quién estaba ahí.

—Buenos días —le dijo ella a Denver Harris.

—Buenos días —respondió cortés.

Dana miró la puerta por la que acababa de salir, había estado abierta durante toda la conversación con Sarah y la vaquera se había marchado por el salón, en dirección a las habitaciones del primer piso, seguramente para atender a los mellizos que estaba cuidando la señora Rolser. Frunció el ceño, pero se negó a sentirse nerviosa. Caminó en dirección a los establos, pero pronto el señor Harris la interrumpió.

—Ten cuidado con Andrews, más allá de que no me guste oír hablar a mi esposa de otro hombre en los términos en los que lo ha hecho, debo reconocer que ella tiene razón, por lo que tengo que advertirte de que aunque Jeremy no era peligroso para Sarah Lee, porque ellos han sido siempre una especie de… hermanos, tú, por otro lado… Solo ten cuidado con él. Águila Negra puede ser considerado como el mestizo salvaje de Crystal City, pero el pelirrojo es bastante más impredecible. No lo hagas enfadar —le recomendó con humildad.

—Creo que nunca te he dado las gracias, Denver, por acogerme en tu casa y cuidar de Jane y de mí.

—No hace falta. Sois mi familia, por mucho que el mestizo me irrite, mi esposa lo adora, lo mismo que a Andrews, así que tengo las manos ligadas. Protegemos a nuestra familia, aunque a veces queramos arrancarle la cabeza a alguno de ellos —dijo, con una sonrisa torcida. Él había tenido sus más y sus menos con el mestizo, pero sabía que siempre podría contar con Águila Negra, para cualquier cosa.

—Todos arriesgasteis la vida por mi hermana y por mí, y yo… —Se le hizo un nudo en la garganta que le impidió continuar.

—Familia —insistió—. Eso es lo que hacemos, nos preocupamos los unos por los otros. Aquí nadie te dará la espalda —sentenció, antes de entrar en la casa y dejarla sola.

Por lo que, lo siguiente que hizo Dana fue ir al establo, sacar su montura y encaminarse hasta el Aserradero Andrews. Prefería llegar una hora antes y ver las cosas sin la interferencia de nadie.

***

Aquello no salió como previó, porque el padre de su peor pesadilla estaba en el despacho, sentado frente a los libros de cuentas. Las muletas que utilizaba a un lado y echaba

chispas por los ojos.

—Señor Andrews, buenos días —saludó Dana, en cuanto entró en la estancia.

El hombre que la había dejado acceder recelaba del señor Dan Hertford. Esa era la historia de su vida, dado que siendo Dana llamaba la atención demasiado y siendo un hombre también, debido a sus rasgos claramente femeninos y a su tono de voz, que pese a tratar de ser ronca, le salía un poco… En fin, el peón del aserradero insistió en que debía presentarse ante el padre de Jeremy y ella no tuvo más remedio que seguir sus instrucciones.

—El nuevo contable… supongo —dijo, pensativamente, el señor Andrews, mientras la miraba de arriba abajo en un claro gesto de desaprobación.

—Su hijo sugirió que tal vez yo pudiese serle de ayuda.

—¿Qué sabe de aserraderos, señor Hertford?

Ella se encogió de hombros. Se quedó de pie ante el gran jefe del lugar.

—Si se refiere al funcionamiento exacto, no tengo la menor idea, no obstante, lo primordial de un negocio es que dé dinero y comprendo bien las cifras.

—¿Entiende que yo me haya mostrado reacio a la sugerencia de Jey sobre traerlo a usted aquí?

Ella se quedó pensativa.

—¿Jey?

—Jeremy, ya sabe, ambos somos aquí el señor Jeremy Andrews y es más fácil distinguirnos si uno de los dos tiene un sobrenombre. Yo lo llamo Jey, aunque no le agrada demasiado… ¿Por dónde íbamos, señor Hertford?

—Acababa de mencionar usted su desaprobación hacia mí, señor Andrews —señaló

con audacia Dana.

—Sí, exacto —tuvo el descaro él de decir, al tiempo que Dana rodaba los ojos—. Yo quería que su hermana se casase con mi hijo, en cambio recibí la noticia de que Travis Hutson consiguió a la novia por correo que yo traje de Londres. Entenderá pues que no me muestre entusiasmado con darle un excelente trabajo al… hermano de la dama que no quiso esperar a que yo arreglase las cosas para que Jeremy entrase en razón.

—Con el debido respeto, señor Andrews, tengo el… la… —No pretendía ofender al buen hombre, pero le venía a la mente decir algo así como que había tenido la desgracia de conocer a su hijo bastante bien y que era un desvergonzado. Así que se paró un momento, tomó aire y trató de empezar de nuevo—. Verá, no hay una manera fácil de decir esto, así que será mejor que no nos andemos por las ramas. Usted ya ha dejado bien claro su punto y creo que es momento de que yo le diga lo que opino de este trabajo.

El hombre, que era la viva imagen de Andrews pero con la madurez reflejada en su rostro, la miró con sorpresa. Dana entendió que no estaba habituado a que sus hombres no mostrasen un exceso respeto por él, e intuía que jamás osarían llevarle la contraria. Bien, en primer lugar ella no era un hombre y en segundo, no tenía nada que perder si el padre de Andrews le decía que se marchase por donde había venido.

—Adelante, le escucho —lo invitó el jefe.

—Creo que conozco bastante a su hijo y en caso de haberse casado con mi hermana, podría estar usted ahora mismo guardando luto por él. —No había una forma más sencilla de expresar lo dicho y esperaba que él lo entendiese.

La reacción del buen hombre fue soltar una larga carcajada.

—Precisamente por eso elegí a su hermana, señor Hertford. Desde la primera carta supe que era una dama con carácter. Jey necesita disciplina y no serviría una mujer que se postrase a los pies cuando él sonriese. Su hermana… —se quedó un momento pensativo y luego procedió a hablar de nuevo—: por lo que he podido escuchar era precisamente lo que él habría necesitado.

Hubo algo en la forma de hablar de su nuevo patrón que la incomodó… como si él supiese…

—Lo que necesitaba mi hermana es precisamente —usó la misma fórmula que él—, lo que ha recibido, un hombre bueno, valiente y merecedor de ella. Águila Negra es el sueño de toda mujer y Jane se lo ha ganado —rebatió con ferocidad.

—Su actitud dista mucho de lo que un buen empleado debería ser. Aquí nadie me discute, señor Hertford, porque soy el que le da su paga.

—Ah, pero fue su hijo quien vino a insistir, así que si no está conforme, puedo dar media vuelta y marcharme al Sarah Love. Lo crea o no, no me siento cómodo trabajando para la familia que engañó y desdeñó a mi hermana. —Y a Dana no le tembló ni un ápice la voz al hacer semejante acusación.

El señor Andrews se levantó de la silla, apoyó las manos en el borde de la mesa de madera maciza y se quedó mirando con fijación al hombre menudo que se alzaba ante él sin ningún miedo.

—Voy a pagarle una pequeña fortuna, ¿quién me asegura que sabe lo que yo necesito que sepa, señor Hertford?

—Deme una semana y veré si soy capaz de averiguar dónde está el dinero que le han robado. —No. Tampoco titubeó al hacer semejante afirmación.

—¿Me han robado? —preguntó sorpresivamente el hombre.

—O eso o está nervioso por no poder correr con los gastos.

—¿Qué?

—Vamos, señor Andrews, no me juzgue tan pusilánime, o acabaré ofendiéndome, porque puedo ser desgarbado, pequeño, incluso dicen que soy afeminado, pero mi inteligencia es tan grande que si se manifestase, llenaría este enorme despacho. —Terminó la retahíla con una

sonrisa socarrona.

—¿Es por eso por lo que se dejó secuestrar por dos hombres? —inquirió a bocajarro el padre de Jey. Ella se negó a mostrar sorpresa.

—Eran cuatro, señor Andrews —respondió con tranquilidad.

—Suerte que su hermana es buena luchando y que el otro salvaje amigo del mestizo andaba por la zona… —señaló con igual de parsimonia que Dana. Ella sabía que él se refería a Hacha de Guerra.

—¿Acaso tiene espías rondándonos a mi hermana y a mí, señor Andrews?

—En absoluto, sencillamente, tengo ojos y oídos en todos los lugares. No se llega hasta la cúspide sin saber qué sucede alrededor de uno mismo.

Ella se quedó mirando con fijación al hombre que todavía estaba de pie y la desafiaba con la mirada.

—Es imposible que alguien le contase lo que ocurrió aquella noche… A no ser que se trate de alguno de los implicados, por supuesto. Harris no lo haría, porque el esposo de Sarah Lee no es un chismoso. El indio, Hacha de Guerra, se marchó después de aquello y le disgustan los hombres blancos, así que él tampoco fue.

—¿Está jugando a ser un ranger, señor Hertford?

—No. Ya le dije antes que soy inteligente y que me suelen subestimar.

—Está bien. Veamos hasta dónde quiere llegar.

—Águila Negra.

—¿Qué sucede con el esposo de su hermana, señor Hertford?

—¿Qué más le contó ese bocazas con el que Jane se casó?

—¿Qué más habría de contarme?

—Dígamelo usted —lo retó.

—¿Yo? No sé a qué se refiere, señor.

—¿Se lo ha contado todo? —Dana vio que el labio superior derecho del hombre se alzaba levemente—. Ya veo… ¿por qué y cuánto le ha dicho sobre Jane y sobre mí?

—¿Se trata de una pregunta directa a la que espera que responda o es un pensamiento en alto que se hace y sobre el que no espera respuesta? —Dana veía diversión en sus ojos.

—Pongamos las cartas sobre la mesa.

—Por supuesto —estuvo él de acuerdo.

—Es del todo evidente que a usted le están robando, o le han estado quitando dinero, y que no encuentra el fallo en sus libros de contabilidad.

—Una suposición que se sustenta en… ¿en qué? —La invitó a explicarse.

—En que Águila Negra está buscándome un esposo y que Jey, a quien yo no soporto y no me aguanta, ha venido con el rabo entre las piernas para pedirme auxilio. —Ya estaba harta del juego de ese hombre, así que dejó toda la carnaza dispuesta para ver cuánto sabía él. En el momento en el que observó que el jefe no se inmutó ante sus palabras, supo que Águila Negra no solo era un chismoso, sino que en verdad se había propuesto emparejarla con el hijo de ese hombre que la comenzaba a mirar con cierta… ¿admiración?

—Le concederé que es usted inteligente.

—No va a funcionar. Lo que ustedes dos hayan tramado para que su hijo y yo seamos una pareja no va a funcionar. Águila Negra ha ido demasiado lejos en sus atribuciones. —En ese

punto Dana relajó la voz y ya no le salía tan forzada para parecer un varón.

—El esposo de su hermana sabe que tiene a un lobo soplándole en el cogote, su tío, ese que la amenaza a usted y a su esposa, no es un hombre común.

—¿Águila Negra le ha pedido ayuda?

—Tengo recursos y contactos que son de utilidad para avisarme sobre la llegada de algún noble inglés. Alastor, creo que es el título de su familia.

—¿El traidor del mestizo sencillamente me ha intercambiado a mí por información?

Él se sonrió.

—Cuando la vi por primera vez, señorita Hertford, supe que había algo muy extraño en usted. No era posible que un muchacho resultase tan… bonito, tan débil y refinado. Algo no estaba bien. Le concederé que se esfuerza bastante en asemejarse a un verdadero hombre, pero hay muchas cosas que la delatan.

—Si no fuese por Águila Negra, le aseguro que no me habría atrapado, señor Andrews. Los hombres no quieren ver más allá de lo que sus ojos observan. Su propio hijo es una buena muestra de lo que digo.

—Tal vez. Pero Águila Negra está convencido de que mi hijo puede tener una oportunidad contigo y es por eso por lo que accedí a tenerte aquí trabajando —cambió a la informalidad en la conversación.

—¿Disculpe?

—Te gusta. Jey te gusta. —El señor Andrews decidió ir al grano de una vez por todas.

Ella suspiró. Estaba hasta los testículos peludos que no poseía de escuchar semejante apreciación. ¿Tan evidente era? Cierto que Jeremy era apuesto y que aquel beso resultó ser… excepcional, pero en cuanto abría la boca, ella perdía todo el interés en él, y si algo había

aprendido, era que las apariencias engañaban y que no debía fiar todo su futuro a una cara bonita con unos preciosos ojos verdes. Jeremy Andrews, el hijo, era un sinvergüenza encantador y Dana comenzaba a comprender de quién había adquirido ese encanto que siempre le daban ganas de molestarlo. El padre era tanto o más peligroso que el hijo cuando mostraba su sonrisa madura.

—¿Qué está pidiéndome exactamente, señor Andrews?

—El mestizo me ha dicho que estarás en Austin un tiempo y que pronto llegará la hermana de su esposa…

—No.

—No he terminado todavía de hablar.

—No pienso convertirme en una nueva esposa por correo, señor Andrews —afirmó con convicción al intuir lo que él iba a explicar.

—¡Que me aspen si no eres inteligente, *lady* Dana!

—Se lo ruego, no use mi título, y siga tratándome como Dan Hertford, señor Andrews. No quisiera tener mayores complicaciones de las que ya sabe que tengo.

—Por tu tío no debes preocuparte. El mestizo te protegerá con su propia vida y tiene muchos contactos en el pueblo que lo respaldarán. Lo que debemos atender es el hecho de que mi hijo precisa casarse.

—Su hijo no tiene madera —ella se rio por el pequeño chiste, dado que estaba en el aserradero—, de esposo. Le irá mejor visitando a las muchachas del saloon.

—Deja que te vea vestida de mujer. Él te querrá.

—El asunto es que yo no preciso de un hombre como él. Si este mundo fuese equitativo y justo, yo sería una mujer con los mismos privilegios con los que cuentan los hombres y más allá de divertirme sin compromiso con su hijo, no haría otra cosa. ¿Comprende lo

que le digo, señor Hertford?

—¡Oh, vamos, muchacha! No intentes escandalizarme o que trate de creer que eres una paloma mancillada. Tu hermana no te habría permitido descarriarte del camino.

—No soy una oveja en un rebaño, señor Andrews —puntualizó con cierto enfado.

—Pero sí una mujer testaruda. Comprendo lo que te llevó a… digamos… disfrazarte de un hombre. Entiendo también que has estado saboreando la libertad de ser un muchacho y que has visto y oído ciertas cosas de las que una muchacha decente debe guardarse, pero cuando vuelvas a ser Dana Hertford, deberás cuidar tu reputación.

—En cuanto deje de interpretar mi papel, señor Andrews, será para buscar a un buen hombre con el que desee compartir mi futuro, formar una familia y que tolere en lo que me he convertido. No creo que pueda volver a ser una dama remilgada que deje de lado sus convicciones con facilidad, menos renegaré de la libertad que he tenido, como usted bien ha dicho. Pierde el tiempo conmigo, señor Andrews, se lo aseguro. Le aconsejo que pida una nueva novia por correo.

—Querida mía, ya lo he hecho.

—Perfecto, ahora solo cabe esperar a que su hijo la acepte.

—La he pedido a usted y así se lo he comentado a Águila Negra. Más pronto que tarde, todo el pueblo sabrá que el señor Hertford tiene pensamiento de regresar a Inglaterra y que su hermana llegará para casarse con un Andrews —confesó, como quien dice que el tiempo es espléndido.

—No me gustan las trampas —sentenció, al percatarse de los planes de ese hombre divertido que la miraba… de un modo excesivamente extraño. Ciertamente parecía una araña tejiendo una tela… y Dana se sentía como una mosca a punto de caer enredada ahí.

—No te muestres tan ofendida. Tal como yo lo percibo, sales ganando en todos los supuestos. Como ves soy muy parecido a mi hijo y, aunque creo que sientes deseos de atizarme

con la culata de ese revólver que llevas bajo la chaqueta, sabes que soy razonable y por eso creo que podrías ser una buena esposa… para Jey o para mí —sentenció la última parte muy despreocupado.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó con los ojos como platos y la boca abierta.

—La mujer que, años atrás, aparté del camino de mi hijo, dado que no lo merecía, está a punto de regresar al pueblo porque ha enviudado… Sí, me he vuelto loco, no me queda demasiado tiempo para actuar.

—¿Usted hizo qué?

—Lo que has escuchado.

—Lo que estoy imaginando no le favorece en nada y todo lo que acaba de decir, todavía menos.

—Verá, señorita, —volvió a la formalidad— hubo una muchacha con la que Jeremy se encaprichó en su niñez y cuando creció no la dejó estar. Entonces, cuando el hombre del que ella estaba enamorada se marchó a Boston, o a Chicago o a Nueva York… no lo recuerdo demasiado bien, a donde fuera, yo la envié con él. Mi hijo no merecía ser el segundo plato de nadie porque yo una vez lo fui y eso no acaba bien. Júzgueme severamente si quiere, por interferir en la vida de Jey, no me importa. Los padres sabemos la mayor parte del tiempo lo que es mejor para nuestros hijos. Lo averiguará cuando se convierta en madre.

Dana se quedó pensativa un instante, analizando con atención la reflexión del padre de Jeremy.

—No tengo nada que reprochar al respecto, señor Andrews. Si lo que le movió fue su protección por su hijo, aunque no apruebe por completo su acción, no negaré que hasta que llegue el día en que mis hijos dependan de mí, no sabré lo que impulsa a un padre o a una madre a interferir en la vida de los que más quiere. Si Águila Negra le ha puesto al corriente de todo, y sospecho que así ha sido, ya sabrá que perdí a mis padres siendo joven y que Jane ha sido, a todos los efectos mi madre y mi padre. Ella se mete más de lo que yo desearía en mis asuntos y

muchas veces la disculpo porque sé que me desea lo mejor, pero ello no me impide sentirme molesta cuando lo hace. Supongo que no es algo fácil de entender para ninguna de las dos partes. Ahora, ¿sobre los fondos que sospecha que le han robado …?

—Es hábil al tratar de cambiar de tema, señorita, pero yo soy más viejo y astuto. Le permitiré la retirada por el momento, no obstante llegado el caso, cuando regrese de Austin, después de ayudarme con los asuntos del aserradero, llevando un precioso vestido y luciendo su mejor sonrisa, volveremos a hablar, porque usted se convertirá en una Andrews.

—¿Lo haré? —inquirió ella, falsamente sorprendida con la tenacidad de él.

—Ha dicho que es inteligente y la decisión más brillante es ser la señora Andrews.

—Vaya… su audacia no es nada comparada con la mía. No importa de quién sea esposa siempre que lleve el apellido que usted considera correcto, ¿cierto?

—Muy cierto. Ahora permítame mostrarle lo que hacemos aquí y luego le dejaré mirar con lupa los libros. Yo no he sido capaz de encontrar nada, así que espero que su espléndida mente sea más perspicaz y me dé algunas respuestas.

—Muy bien.

Jeremy Andrews, el padre, se levantó, le hizo una breve reverencia con la cabeza y procedió a ofrecerle una visita guiada por el almacén tras coger los bastones que le ayudaban a caminar, dado que el accidente todavía no estaba superado del todo y sus piernas se resentían.

—Nada me gustaría más que escoltarla de mi brazo, querida señorita Hertford. ¿Qué posibilidades habría de que se pusiera un vestido?

—Tantas de que usted volviese a tener veinte años, querido señor Andrews.

Él estalló en una carcajada franca.

—Me agrada su frescura, muchacha, y es una pena tener que tratarlo como el blando

señor Hertford, quien mantiene en constante tensión a mi hijo. Creo que Jeremy lo odia y eso es bueno.

—¿Lo es?

—Sí, porque cuando descubra que es usted una mujer… Me gustará ver eso.

—¿Cree que lo dejaré descubrirme? —preguntó bufando.

—Ya veremos. Ahora déjeme que le muestre las tres sierras de pandilla que hacen que nuestro aserradero sea uno de los principales proveedores navales de los Estados Unidos de América. Comencé con una cuando llegué. Toda la herencia de mi padre la invertí en esa máquina y todavía hoy no me arrepiento de haberme instalado en un lugar con tanta madera para explotar. Barcos, casas, muebles… incluso pueblos enteros. Estamos inmersos en la Era de la Madera y espero que mis nietos lleven el testigo de mi esfuerzo.

Ella lo miró con ternura cuando la voz de él se percibió un poco más débil. Era el sueño de un hombre. Sí. El Aserradero Andrews era el legado que él pretendía dejar a su hijo y sus nietos. Y sobre esa mujer a la que él había aludido que fue el capricho de Jey… Bueno, ella no era problema de Dana, dado que no tenía ningún interés en el hijo del señor Andrews.

Así fue, como durante una hora entera, ella estuvo escuchando toda la historia familiar de un negocio que era mucho más que una forma de vida. Había orgullo en cada palabra, en cada sílaba, que el señor Andrews pronunciaba y eso le hacía apreciarlo todavía más.

Ciertamente le gustaba este Andrews y eso que era todavía mucho más peligroso que el otro, dado que ella había descubierto su carácter embaucador. Jeremy Andrews, el padre, era un pícaro terriblemente adorable y audaz, y ese hecho sí le ponía la piel de la nuca como las patas de los gallos.

Capítulo 5

Una solución a la vista

Dana llevaba poco más de dos semanas en el aserradero. Había repasado los libros de los tres últimos años y comenzaba a preocuparse seriamente. Todo estaba perfectamente equilibrado, los gastos y las ganancias, sin embargo, los recibos del banco eran otra cuestión porque faltaba dinero. Le habían comentado que fue el señor Smith, el anterior contable al que hicieron abandonar su puesto de trabajo de un día para otro, gracias a que Jey sospechó de él.

El supuesto señor Hertford sabía que algo no estaba bien, pero no era capaz de dar con el fraude. Los libros estaban calzados al milímetro. Cualquiera que no tuviese sospechas del denominado señor Smith creería que era el mejor de los contables, incluso el mismísimo rey Jorge no hubiese estado en la ruina de haberlo tenido a él para dirigir su economía. ¿Dónde estaba el error? Era la pregunta que Dana se hacía cada día… Esa y dónde estaba Jeremy Andrews, el hijo, porque con el padre trabajaba casi a diario.

Sabía que el joven Andrews venía al aserradero, pero, o estaba esquivando al supuesto señor Hertford o sencillamente tenía cosas más importantes que hacer.

—¡Testículos peludos de Satanás! —gritó ella, al tiempo que se ponía en pie y lanzaba el último libro de cuentas que acababa de hojear, con fuerza contra la puerta.

Ese fue el preciso instante en el que Jey, como lo llamaba su padre, decidió ingresar en el despacho. Así que el lomo del libro aterrizó directamente sobre su mejilla derecha.

—¡Maldita sea! —exclamó al sentir el golpe Jeremy.

—Lo siento, lo siento. Lo siento muchísimo —comenzó a decir ella, a la vez que se acercaba para ver la gravedad del incidente.

Llegó a él y se dio cuenta de que estaba desnudo de cintura para arriba. Se ruborizó al darse cuenta de que Jey era mucho mejor de lo que previó. Trató de ocultar su sorpresa.

—¿Qué hace sin camisa, señor Andrews? ¿Quiere volver a tentar a la suerte? —señaló ella, pensando en que había echado mucho de menos hacerlo enfadar con ese tipo de bromas. Eso y que su estado de semidesnudez la estaba llevando al borde de la locura, porque aquel beso que compartieron… Así que sería mejor cortar cualquier familiaridad. Lo prefería disgustado en su presencia, porque de esa manera era más fácil no… no… no sentir nada por él.

Se dio cuenta de que el pelirrojo cambió el gesto en cuanto terminó de hacer la pregunta y se tragó una sonrisa. Definitivamente era mejor mantener las distancias con Jeremy Andrews, el hijo. Y en honor a la verdad podría molestarlo durante el resto de su vida. Él no le convenía en absoluto.

—Tienes una habilidad innata para enfurecerme. Me alegro de haberme mantenido lejos de tu oficina, chico. Te aseguro que deberías tener cuidado, porque después de atizarme con… con… —él llevó la mirada al suelo y vio un libro allí— ¿un libro? —preguntó extrañado—. Me siento insultado, esperaba algo más consistente.

—Lamento haberle tirado el libro, pero no lo que he dicho sobre su falta de… ropa.

Él bufó. Sabía que ese muchacho insulso llegó a trabajar en la fecha acordada y sí, debía reconocerlo, Jeremy había tratado de no coincidir con él porque era muy desconcertante lo que sucedió entre ambos. Un hecho que, por otro lado, él se negaba a recordar. Es más, estaba convencido de que la tontería que tuviese con el señor Hertford ya había pasado por completo, que estaba fuera de su cabeza, por lo que decidió enfrentarlo de una vez por todas. Y puesto que él no le afectaba lo más mínimo, Jey se prometió que tendría paciencia con el pobre muchacho perdido. ¿A qué hombre no le gustarían las mujeres? Esas hembras bien formadas, bellas, gráciles, coquetas… Cierto que la boca del señor Hertford fue tan suave que cuando cerró los

ojos le hizo olvidar que besaba a un hombre… afeminado. ¡Maldición! Ahí estaba Jeremy, una vez más recordando lo que sucedió… Sacudió la cabeza y se obligó a dejar de pensar en eso. ¡Él era un hombre de apetitos sanos y frecuentes! Poco importaba que las visitas al piso de arriba del Orient Saloon hubiesen disminuido hasta la inexistencia desde hacía… ¡demasiado tiempo! No era por el enclenque hermano político de Águila Negra. ¡No lo era! Lo único que sucedía era que… que… Bueno, sucedía algo que no estaba relacionado con el menudo hombre que lo miraba con sus enormes ojos verdes y que parecía que iba a saltar sobre él. ¿Por qué demonios le gustaba ser admirado por ese chico si no lo soportaba? Volvió a sacudir la cabeza… ¡Doble maldición! Ni los testículos peludos de Satanás conseguían darle estabilidad a sus pensamientos, y eso que no había nada tan repugnante para pensar como en las partes privadas de «el Maligno».

—Tengo algo importante que hacer en el pueblo y mi camisa y chaleco han quedado arruinados, mi padre dice que aquí hay ropa. En ese armario —él señaló el lugar al lado de la puerta— tiene algunas cosas que podrían servirme.

—Ya… —dijo, sospechando que el hecho de que su padre lo enviase al despacho ligero de ropa sería una de sus tácticas audaces.

Bien. Estaba funcionando porque ella ya lo había devorado con la mirada varias veces y sus dedos le picaban por no poder acariciar ese torso tan bien torneado. ¿Por qué tenía que ser él tan… tan…? ¡Maldición! Era el hombre mejor esculpido que jamás había visto.

—¿Qué pasa con los libros?

—¿Podría vestirse, señor Andrews? —preguntó con los dientes apretados. Él le afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Ah… ¿te pongo nervioso, chico? —dijo, con un toque de humor. Eso hizo que ella frunciese el ceño. No. Esa no era la reacción que había esperado de Jey.

—Por supuesto que no.

—Perfecto, porque no soy de esos hombres y cuanto antes lo comprendas… mejor nos irá a todos.

—Entonces será mejor que se vista si no quiere que ocurra algo que hará que trate de evitarme dos semanas más.

Jeremy silbó para después preguntar:

—¿Has estado incluso contando los días? Imagino que debería ser un halago, pero no lo es… Lo que me produce tu revelación es dolor de barriga. ¿Ese amigo tuyo, Preston, no te da… alegrías? —se burló.

—Se llama Prescott —lo corrigió—, es un buen amigo y me da muchísimas alegrías. ¡Póngase una camisa ya! —gritó, aunque no quiso haberlo hecho.

—¡Está bien, está bien! —Se dirigió al armario y sacó una camisa blanca limpia y se la colocó, aunque pareció que quiso tardar mucho en hacer ese sencillo gesto. Dana se quedó pensativa. Le apetecía lanzarle una pregunta sobre si él estaba disfrutando al exhibirse ante el supuesto señor Hertford, pero desistió, dado que no había dejado de admirar su perfecto torso que parecía cincelado en mármol.

Dana al fin pudo tranquilizarse cuando él abrochó el último de los botones.

—Eso está mejor —le dijo, en cuanto lo observó ya cubierto.

Entonces lo vio sonreírle con… ¿satisfacción? ¿A qué estaba jugando Andrews? Su actitud parecía haber cambiado y a Dana no le gustaba en absoluto eso. Lo prefería echando espuma por la boca cuando ella ponía en tela de juicio su masculinidad.

—¿Qué sucede con las cuentas? ¿Has encontrado el problema?

—No. Eso es lo que me tiene frustrado. Ese contable suyo era metódico, perfecto, excepcional. Cada centavo coincide con respecto a los gastos y los ingresos. Siento una envidia terrible por su brillantez —se atrevió a confesar.

—Vamos, nadie en esta vida es tan sublime como dices, chico.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué gana con llamarme *chico*? Sabe que me molesta y lo sigue haciendo. ¿Disfruta de mi enojo, señor Andrews?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que, al igual que tú, he descubierto que me gusta molestarte. Sí. Aunque nuestra tregua parece estar dando sus frutos, ¿no te parece, chico?

—¿Tregua? No se equivoque, señor Andrews, nos llevamos bien porque no nos hemos visto en estas semanas —le recordó. Esperaba no haber sonado lastimera. ¿Era preciso echarlo de menos cuando no estaba cerca? ¿Qué le estaba pasando? Dana se sentía contrariada.

—Eso, y por el hecho de que he aprendido a moderarme. Siempre tratas de que mi temperamento salte por los aires y he decidido que no vas a tener poder sobre mí.

Ella sonrió de lado.

—Así que… tengo poder sobre usted. —No fue una pregunta.

—Me has entendido perfectamente y no pienso molestarme por la insinuación que subyace bajo tu apreciación.

—Convengamos en que a mí me gusta molestarlo y a usted enfadarse por mis sugerencias, así que le ordeno que se muestre enfurruñado y lleno de ira.

—No. Ya no pienso hacerlo, dado que eso te llena de satisfacción. He tardado en comprenderlo, pero Águila Negra tenía razón.

—Águila Negra le dijo… ¿qué? —¿Todo el mundo se tenía que meter en su vida?, se preguntó enfadada Dana.

—Regresemos al asunto de las cuentas. —Jey se agachó y tomó el libro para dárselo al

señor Hertford. Luego se quedó apoyado sobre la superficie de la mesa de madera y cruzó los brazos.

—Es perfecto. Malditamente perfecto —se quejó mientras hojeaba las páginas sin pararse a mirarlas bien. Estaba varada en medio del despacho y el desconcierto la embargada por completo.

—Eso ya lo has dicho. ¿No es bueno que sea perfecto? Porque lo haces sonar como una queja. Se supone que un contable debe ser como un banquero, aplicado y con los libros perfectamente ordenados e inmaculados… ¿no?

—¡Eso es! —cantó ella llena de júbilo.

—¿Qué sucede? —Él se había perdido algo que parecía de vital importancia.

—¿Sabes cuántas veces en casa de mi abuelo tuve que hacer tachones y apuntes nuevos en los libros?

—No lo sabré si no me lo dices.

—Montones de veces. Bien porque esa semana le dimos unos peniques de más al carnicero, o porque el abuelo acabó repartiendo de otro modo la cosecha. ¡Este libro es un fraude! —exclamó segura de su aseveración.

—¿A qué te refieres?

—A que todo lo que hay aquí es mentira. Los números no son exactos. Siempre se descuadra algo, pero el señor Smith lo hizo casar a la fuerza. ¿Lo entiende?

—No —señaló con sinceridad.

—¿Dónde está el antiguo contable, Jey?

—¿Ahora soy Jey? —inquirió con sorpresa, dejando olvidada la pregunta.

—La culpa es de su padre. Jeremy siempre le llama así a usted y al final, de tanto escucharlo pues…

—¿Pasas mucho tiempo con mi padre? —preguntó con curiosidad al darse cuenta de la familiaridad y… algo más, con la que el chico hablaba del jefe. ¿Sería cariño? ¿Debía comenzar a preocuparse por el hecho de que su progenitor compartiese las comidas con un joven afeminado que parecía tan dulce? Y no. No eran celos lo que sentía, porque él prefería a las mujeres, solo se trataba de preocupación por su padre. Era así de simple.

—Por supuesto. Comemos todos los días juntos en este despacho. Cada vez trae uno de nosotros la comida. ¿Sabes que cocina un pan fantástico? Aunque creo que me engaña, dice que lo hace él, pero estoy convencido de que lo debe de hacer su ama de llaves, dado que no he conocido nunca a ningún hombre que haga un pan tan crujiente y esponjoso. Eso sin duda es obra de una mujer. Y la tarta de manzana de ayer… quise gritar cuando probé el primer bocado. —No se había dado cuenta de que le hablaba con informalidad.

—¿Te ha hecho su tarta de manzana? —graznó.

—¿Así que en verdad cocina él?

—¿Mi padre te ha dado su tarta especial de manzana? Hacía… desde que mi madre se marchó él jamás la había vuelto a preparar —señaló más para sí mismo que para el señor Hertford. ¡Estaba atónito!

Supo que iba a darle un golpe en su orgullo cuando vio al enclenque pelirrojo sonreír de lado.

—Cuidado, señor Andrews, porque cualquiera diría que está celoso. —Regresó a la formalidad.

—Te gustaría que me mostrase celoso, ¿verdad? No lo haré, porque como te he dicho en multitud de ocasiones, no soy ese tipo de hombre.

Ella cruzó los brazos sobre la elegante chaqueta de su traje masculino y lo miró con

interés.

—Ah… pero yo me refería a las atenciones que su padre me profesa… Ciertamente me hace sentir como un hijo cuando me habla —pinchó como una abeja enfurecida.

—Deberías tener cuidado con tus insinuaciones, mi padre no tiene ni la mitad de paciencia que yo poseo. Es un jefe exigente con el que no deberías bromear sobre las cuestiones con las que tratas de hacerme enfurecer a mí.

—Jeremy Andrews es un hombre admirable. Debería usted seguir sus pasos. Confieso que tenía mucha reticencia sobre su persona, porque él engañó a mi hermana cuando la trajo aquí haciéndose pasar por usted. Entiendo que es un padre magnífico que se preocupaba por darle lo mejor al asno de su hijo, porque Jane era una flor espectacular que acabó en las mejores manos gracias a su cobardía. —Dana levantó una ceja esperando una reacción rabiosa.

—Te he dicho que no voy a enfurecerme. No pierdas el tiempo, chico.

—Interesante —dijo ella, mientras señalaba con la cabeza hacia un punto de su cuerpo.

—¿El qué?

—Sus palabras dicen una cosa, pero sus manos apretadas, otra muy diferente. Apuesto a que está deseando levantar el puño y ponerme un ojo morado.

—Negro. Te lo pondría negro. Me gustaría atizarte por tus impertinencias, pero no lo conseguirás.

Ella tenía una réplica mordaz, dado que era imperativo que él volviese a tratarla con hostilidad si quería sobrevivir a su encanto. No pudo expresarla en voz alta, puesto que el jefe del aserradero apareció por la puerta portando una canasta de madera. Ella lo vio y le sonrió complacida. Era hora de comer.

—Siento el retraso —le dijo el padre alzando la cesta y mostrando una gran sonrisa.

—Jeremy, siempre tan puntual. La verdad es que hoy estoy hambriento, tengo grandes noticias que compartir contigo. Sentémonos y te pondré al día.

—Por supuesto, pero primero comeremos. ¿Quieres acompañarnos, hijo? —le preguntó, a un asombrado Jey, su padre.

El joven Andrews se quedó con la boca abierta al ver el modo en el que el escuálido y el jefe se trataban. ¿Cuándo se habían vuelto tan íntimos?

—No —tomó la palabra Dana—, tu hijo tendrá cosas que atender. No le impongas nuestra presencia. Además, lo que tenemos que discutir es importante y no queremos aburrirlo con cuestiones tan…

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes o decirme lo que puedo o no hacer? —le espetó, interrumpiéndolo, con verdadero enfado. De hecho, Jeremy, el hijo, estaba a escasos pasos de ella. Tan cerca que pudo sentir su olor a regaliz en el aliento.

Ella le sonrió y alzó una ceja, en un gesto que evidenció que no había perdido su toque a la hora de enfurecerlo. Dana miró por encima del hombro de Jey en dirección a su padre.

—Me parece que tu hijo está… celoso…

—¡Cuidado, Hertford! —le avisó el aludido.

—… de nuestra relación. Creo que a tu hijo no le gusta que me invites a comer y me prepares tu tarta —continuó Dana.

—Me voy —dijo Jey, antes de que alguien más pudiese alegar algo. Y así fue como en dos zancadas cruzó la puerta y desapareció de allí.

Dana se movió para quedarse sentada frente al escritorio y el jefe se colocó a su lado. Ella podía sentir su mirada acusadora.

—¿Qué? —le preguntó al padre de Jey.

—¿Por qué lo has espantado?

—Es mejor así.

—Eres una mujer extraña, y no lo digo solo porque te vistas como un hombre y trates de simular ser uno de nosotros… Lo digo porque no había conocido a una fémina que tratase de ese modo a su futuro esposo.

—Vamos, Jeremy. No sigas por ese camino. Eso no va a suceder. Ya has visto lo que ocurre cuando estamos juntos. Nos odiamos.

—¿Te he hablado de Mery Bell Adams?

—Debemos hablar antes de la contabilidad. Creo que he averiguado lo que sucede con…

—Eso puede esperar —la cortó—. La que fuese la señorita Adams, antes de casarse con Matt Gorwing, era la mujer a la que Jey deseaba por esposa y ella se marchó.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —se quejó.

—Es viuda, ha llegado a Austin y no tardará en presentarse en Crystal City. No quiero que Jey vuelva a interesarse por ella. Si no lo quiso en un primer momento, no lo merece ahora que no tiene demasiadas opciones en el camino.

—Con el debido respeto, Jeremy, es decisión de tu hijo. ¿Y si la ama?

—Pamplinas. He visto las chispas que saltan entre vosotros. En cuanto te vea —la señaló con el dedo— vestida como una mujer, se dará cuenta de que eres lo que necesita.

—Tu hijo ve a un hombre… A un *chico* —arrastró la palabra— al que detesta. Ahora deja que te cuente lo que he averiguado.

—¿Es preciso hablar de negocios, querida?

—Jeremy, por favor, la puerta está abierta. —No quería que la descubriesen así. Él no debería olvidar que era Dan Hertford.

—Ciérrala —dijo con tranquilidad. Ella se levantó y lo hizo.

—¿Dónde está el señor Smith?

—La última vez que supe de él estaba en Austin.

—Necesito que venga.

—No. —Fue tajante.

—¿Por qué?

—Porque sé que me robó y no voy a traerlo de vuelta. Podría acabar metiéndole una bala entre los ojos y no debo arriesgarme a que algo así suceda.

—¿Cuánto hace que lo despediste?

—Lo eché a patadas una mañana, poco antes de que tú llegases. En realidad, mi hijo lo hizo. No le permitimos recoger nada y le dijimos que si volvía por aquí lo mataríamos. Mi muchacho te defenderá bien si ese tío tuyo tiene la mala elección de venir a buscarte.

—Céntrate en el asunto. Es importante.

—¿Qué has descubierto?

—Los libros de tu negocio son falsos. Son los que él te mostraría a ti. Tiene que haber otros libros, los de verdad, los que muestran las cantidades que desviaba el señor Smith.

—¿Dónde podrían estar? Si es que existen.

—Existen. Este y sus hermanos —ella levantó el libro que todavía tenía en la mano— son un cuento destinado a engañarte. ¿No te parece curioso que un hombre al que acusan de robo se instale tan cerca del lugar del crimen?

—Pareces un investigador profesional. Admito que sí es extraño.

—Necesito hablar con él. Conocerlo. Está tan convencido de que nadie va a *cazarlo*, que ha osado permanecer cerca de ti para burlarse. Es preciso que yo sepa si eso es así, debo hablar con él —insistió.

—¿Y qué le preguntarás? Lo negará todo y sin pruebas no puedo hacer nada.

—Mi hermana es buena peleando, pero yo conozco bien a la gente. Eso es cortesía del Demonio. No pensé que acabaría agradeciéndole algo a él… nunca.

—¿De quién hablas? —Era evidente que le faltaba información.

—De mi tío George. Jane y yo lo llamamos así. Lucifer palidece a su lado, te lo garantizo.

—Mi hijo te protegerá, ya lo verás —apostilló con un convencimiento inquebrantable. Él sabía la clase de pistolero que era Jeremy. Era uno de los mejores. Tenía un don con respecto a su puntería. Lo había visto dar en el blanco incluso ebrio.

Ella rodó los ojos ante lo que parecía ser una creencia incuestionable para el señor Andrews.

—Si pudiese tener acceso a las cuentas del banco de ese hombre, Smith,… Es posible que se viera con claridad si él te ha estado robando. Únicamente necesito comprobar la periodicidad de los ingresos. Sé que lo ha hecho, porque los libros son perfectos y, como dice tu hijo, nadie es tan sublime.

—¿Le has comentado el asunto a Jey?

—No. Ya has visto que se ha marchado intempestivamente.

—Lo has echado, querida.

—Digamos que le di un empujoncito. No es buena idea que estemos juntos. No nos llevamos bien.

—Eres terca.

—No, solo precavida. ¿Qué hacemos con el señor Smith? Me gustaría comprobar algunas cosas sobre…

—¿Y si se quedó el dinero en efectivo y no lo llevó al banco? —cuestionó, retomando el asunto inicial—. Siempre he tenido mala suerte con los contables. El anterior se fugó con mi esposa.

—¡Oh! —dijo ella con lástima. Sostuvo la mano de él entre las suyas y lo miró con ternura y preocupación.

—No te angusties demasiado. —Él apretó su mano sobre la de ella—. Prefiero aquel robo frente a este. La difunta señora Andrews… Olvidémosla, no está bien hablar mal de los muertos. Tengo un contacto en el Austin’s Bank que tal vez podría echarte una mano.

—Partiremos esta tarde hacia allí y haremos todo lo posible por encontrarnos con el señor Smith. Quiero verlo por mí misma. Sé que es un viaje un poco largo, pero cuanto antes salgamos… mejor.

—Por supuesto —dijo mostrando una gran sonrisa—, pero primero comamos. Te he traído tarta de manzana de postre. Aunque no te lo creas, la hago yo.

—Sé que la haces tú, tu hijo me lo ha confirmado.

—Interesante —observó el señor Andrews.

—No quiero saber lo que está pasando por tu mente.

—Cosas beneficiosas para todos, te lo aseguro, querida. Ahora veamos qué tenemos en la cesta…

—Solo por el trato que me dispensarías, por tus panecillos y tu tarta de manzana, bien podría querer emparentar con tu familia. No sé cómo lo has conseguido, señor Andrews, pero me tienes bailando al son de tu meñique —confesó con humildad.

—Y eso está muy bien, porque como siempre digo: Una esposa debe llevarse bien con el padre de su marido.

—¡Eso te lo acabas de inventar! —exclamó con exasperación.

—Puede ser, pero no por ello es menos cierto.

Al padre de Jey le gustaba muchísimo esa muchacha. Sí. Su hijo estaría bien con ella. Solo faltaba que la joven volviese a convertirse en una dama. A Dios daba gracias de que Águila Negra hubiese confiado en él para desvelar el secreto de Dana, porque en cuanto pusiera un pie en el pueblo seguro que tendría a más de la mitad de los vaqueros suspirando por ella.

Además, tenía que pensar rápido un plan para que pudieran descubrirse el uno al otro antes de que llegase la otra mujer que supondría una tentación para su hijo. ¡Ambos eran tan testarudos!

—Eres terrible, comienzo a comprender de dónde saca ese… ese… lo que sea que compartas con tu hijo. Sois demasiado parecidos.

Él le sonrió complacido por el gran cumplido que ella, sin saberlo, le acababa de hacer.

—¿Sabes que durante mucho tiempo creí que Jeremy no era mío?

—¿Qué?

—Oh, querida, tengo mucho que contarte sobre el hombre con el que vas a casarte. —Dana suspiró con fuerza. No tenía sentido discutir con él. Sí, idéntico al hombre que no deseaba que la desestabilizase.

—Eres peor que un perro con un hueso.

—Así es —dijo, para después proceder a explicarle todos los problemas que había tenido con su hijo.

***

Jeremy Andrews había salido del aserradero de su padre enfadado. Más allá de ser el responsable de que el chico hubiese averiguado algo importante con respecto a los números, estaba molesto por el modo en el que el jefe trataba a un trabajador nuevo.

¿Serían celos? Y en caso afirmativo… ¿serían producto de un hijo que siempre se sintió desatendido por su progenitor, o por el hecho de que el escuálido chico se sintiese tan cómodo en presencia del hombre que pagaba su estipendio?

Se marchó al pueblo para ver si conseguía constatar un rumor desconcertante que había escuchado a uno de sus compañeros del aserradero sobre el regreso de la que una vez consideró su prometida. La antigua casa de los difuntos padres de Mery Bell había comenzado a ser reparada y eso quería decir una cosa: ella podría volver. Puesto que había preguntado discretamente sobre las obras iniciadas en una casa que no tenía un nuevo propietario, él había decidido ir a averiguar los detalles que tuviesen que ver con esa edificación, en especial con su legítima dueña.

Maldijo su suerte cuando llegó y los operarios no consiguieron decirle nada más al respecto. Y todavía de malhumor se metió en el saloon, donde May Sue lo miró con una sonrisa en cuanto pidió un *whisky* en la barra. La mujer, que había estado sentada un poco más alejada,

llegó hasta él.

—Dichosos los ojos, Andrews. Las chicas comenzaban a pensar que te habías olvidado de ellas.

—¿Tú también, May Sue? —preguntó con desgana.

—Por supuesto.

Él sostuvo el vaso de licor entre los dedos. Lo examinó y lo volvió a dejar sobre la madera de nuevo. Ladeó la cabeza y miró a la mujer a los ojos para decirle:

—Sin embargo, en alguna ocasión has comentado que prefieres a otros chicos más jóvenes y con apariencia menos… viril.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—¿Denoto celos en tu afirmación? —Ella sabía exactamente a qué se refería él.

—No me consideré nunca un hombre celoso y últimamente comienzo a escuchar demasiado esa palabra —dijo más para sí que para su acompañante.

—No deberías inquietarte demasiado por Hertford —le recomendó con un toque de simpatía.

—¿No? Recuerdo la última vez en la que alabaste sus… múltiples cualidades como amante excepcional.

—Oh, Andrews… ¿Por qué todos los hombres estáis tan ciegos? —Ella suspiró fuertemente y comenzó a negar con la cabeza. Si ellos mirasen con atención las cosas… pero no, los hombres estaban demasiado ocupados contemplando sus propios ombligos.

—¿A qué te refieres? —se interesó al ver la sonrisa socarrona que ella había dibujado en su rostro.

—¿Vas a querer mis servicios o no? —inquirió con impaciencia.

—¿Por qué has dicho que estamos ciegos? Veo algo en tu mirada…

—Porque no prestáis atención. ¿Subimos o no? —preguntó de nuevo.

—No —señaló con la boca pequeña. No tenía ganas de desahogarse. ¿Qué diantres le sucedía para quedarse mirando el vaso de *whisky* que tenía delante, no terminarlo de un largo trago y subir a disfrutar de una invitación directa de una mujer más que apetecible?

—¿Has dicho «no»? —preguntó incrédula.

—Sí.

—Ah, pues subamos… —señaló picaruela.

—Ese truco no va a funcionarte. No voy a ir arriba. No estoy de humor.

—Como quieras. —Lo dejó ahí, creyendo que en menos de un minuto cambiaría de opinión, por lo que no se movió apenas de su lugar.

—¿Por qué soportas esto, May Sue? ¿Te gusta trabajar en el saloon? —se interesó de repente.

—A ninguna mujer le gusta esta vida, Andrews.

—¿Cómo acabaste aquí?

—No es agradable, ¿por qué me lo preguntas ahora?

—He usado vuestros servicios, como tú los has llamado antes, y me doy cuenta de que… —Se quedó en silencio, dado que no sabía cómo seguir la frase.

—¿De que somos también personas que merecemos más de lo que obtenemos?

—Sí. Algo así. Os conozco a todas y sois buenas chicas. ¿Cómo las buenas chicas acaban vendiendo su cuerpo?

Ella lo examinó. Lo veía diferente. No era el mismo que se emborrachaba, subía al piso de arriba y acababa el acto, casi, antes de comenzar, debido a la embriaguez. Aunque la mayor parte de las veces se quedaba dormido y las chicas no trabajaban.

—Porque un indeseable creyó que tenía derecho sobre mí. Mi único pecado fue no poder defenderme de sus avances. Mi familia me dio la espalda cuando perdí mi virtud y ya sabes lo que sucede con una muchacha a la que creen que es una perdida. No había otro trabajo y yo necesitaba comer. La mayoría de nosotras tiene una historia triste detrás. No importaba lo que nos sucedió. Caímos en desgracia y ya no podemos salir de aquí.

—¿Está bien que yo haya usado…? ¿Sabes lo que quiero decir?

Ella se encogió de hombros.

—Tus monedas son necesarias para nosotras, Jeremy Andrews. Y no eres un hombre violento. Hay que ganarse la vida y esto es lo que somos.

—Lo siento, May Sue. Siento de verdad lo que te sucedió.

—Mientras haya hombres en la Tierra que paguen por tener a una mujer dispuesta, habrá trabajo para nosotras. Sea lo que sea que creas sentir en estos momentos de reflexión sobre lo que has hecho con nosotras, no debes sentirte culpable. Nadie nos apuntó con una pistola para tolerar tus atenciones y es el trabajo que hacemos. Siempre puede ser peor. Podríamos malvivir en la calle, a la intemperie, sé lo que es eso. El señor Melbourn, el dueño del Orient, nos protege y nos trata bien. Tenemos un lugar en el que vivir y un plato de comida caliente en la mesa. Antes de llegar al oeste estuve en Boston. Allí las cosas no me fueron bien.

—Si hay algo que yo pueda hacer…

—No seas ridículo, Andrews. Aprecio el gesto y tus palabras, pero no hay nada que puedas solucionar, porque quedé sentenciada cuando me agredieron y no tuve otra salida. Yo era la hija de un comerciante de Boston. Alguien respetable. Mi propio padre me acusó de seducir a un hombre y me dijo que era Jezabel, la novia de «el Maligno». Me echó de casa.

—Los padres…

—No. El tuyo no —le dijo antes de darse la vuelta para marcharse.

Lo siguiente que ocurrió fue que la mujer lo escuchó maldecir y salir del saloon a grandes zancadas para dirigirse a casa de su padre. Un lugar del que esperaba mudarse pronto, dado que su progenitor parecía haber encontrado un nuevo apoyo en el señor Hertford y sus piernas estaban cada vez mejor para valerse por sí mismo. La relación con su progenitor no era fácil y parecía volver a complicarse a cada paso. Jey se estaba asfixiando en Crystal City.

Lo que hizo al llegar a casa, fue mirar en la cocina por si había algún pedazo de tarta de manzana. Deseaba comer un poco de ese manjar que el estúpido chico parecía haberse ganado. Nada de eso.

Lo que encontró allí fue a su padre sosteniendo una taza de café.

—¿De dónde vienes? —le preguntó con seriedad el señor Andrews.

—Ya lo sabes —le respondió Jey.

El señor Andrews sabía que había estado en el saloon, pero dado que no estaba ebrio no tuvo la certeza por completo. En las últimas semanas su hijo estaba diferente y comenzaba a tener esperanzas. No obstante, Jeremy parecía triste y en opinión del mayor de los Andrews, eso no era un buen augurio.

—¿Cuándo piensas sentar la cabeza, hijo mío? —habló con mucha calma y un tono bajo, suave.

—No vamos a tener esta conversación, padre —lo frenó.

—La estamos teniendo, Jey.

—¿Hay tarta de manzana? Aunque bien pensado, ese enclenque la necesita más que yo —advirtió con media sonrisa.

El padre se dio cuenta de que no iba a sacar nada en claro de su hijo. No importaba, le acababa de dejar abierto otro frente para intentar pelear por la paz.

—Tengo entendido que tu ropa de esta mañana quedó arruinada porque alguien dijo que no desearía quedarse a solas con un pequeño hombre apuesto y tan afeminado —le desveló el señor Andrews con tranquilidad.

—¿Y qué si le di un puñetazo a alguien por burlarse de otro? No sería la primera vez.

—Tú acabas de hacer exactamente eso. Te has mofado de él. ¿Debo atizarte, Jey?

El padre miró con curiosidad a su vástago. Cuando escuchó hablar a los hombres sobre el suceso que había protagonizado su hijo se quedó impactado.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque yo puedo molestarlo y no pasa nada —apuntó, como si eso desvelase todo el misterio.

—¿Y el otro que te dejó la camisa y el chaleco manchados de sangre no tenía derecho?

—Es la familia de mi mejor amigo. No consentiré que se metan con él, por mucha razón que puedan tener sobre las acusaciones que se vierten sobre ese chico.

—¿Qué insinúas? —Jey tuvo toda la atención de su padre.

—¡Venga!, sabes el tipo de hombre que es.

—¿Lo sé? —preguntó, como si no tuviese ni idea de nada acerca del supuesto Dan Hertford. Ni de que era en verdad una dama, ni de que se veía como un hombre menudo, demasiado apuesto y totalmente desvalido.

—No es… normal. No es un hombre de verdad —reveló enfurruñado.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres? —tanteó con sumo cuidado. ¿Su hijo había averiguado al fin que en realidad Hertford era una muchacha?

—Porque es… no parece… él no… —suspiró—. No quieres saberlo. Hertford es complejo y si no se le vigila de cerca tendrá problemas. Ya se lo he dicho muchas veces a Águila Negra. Ese chico acabará mal si no modera su lengua.

El padre se dio cuenta de que su hijo no sabía la verdad. Se lamentó por ello. Sería más fácil si la descubriera.

—¿Es un ladrón?, ¿un asesino? —cuestionó con la misma paciencia que había mostrado hasta el momento.

—No. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—No lo sé —negó porque deseaba escuchar lo que su hijo tenía en mente.

—¡Es un hombre al que le gusta acostarse con otros hombres! —gritó con enfado.

Eso dejó estupefacto a su padre. Se tomó un momento para medir sus palabras.

—¿Lo has visto retozar con alguien o en una actitud que…? —volvió a sondear con delicadeza.

—No pienso decir más —lo cortó.

El padre se moría por averiguar lo que su hijo había visto del señor Hertford. Por lo visto, la muchacha era toda una sorpresa.

—De acuerdo. Tengo un pedazo de tarta de manzana para ti. El señor Hertford insistió en que debía guardártelo.

—No sabía que habías vuelto a cocinar la receta de la abuela.

—Dan dijo que le gustaba mucho y pensé en hacerle una.

—¿Dan? —Se quedó sorprendido por esa muestra de… familiaridad.

—Es un buen tipo.

—¿Dónde está ese trozo que trajiste para mí?

—Ahí —señaló hacia la mesa que estaba en el salón—, dentro de la cesta.

—¿Desde cuándo tienes una cesta de picnic?

—Era de tu madre, la encontré en el ático con otras cosas que deberíamos ver si…

—No me interesa nada de lo que sea de esa mujer. Haz lo que tengas que hacer —añadió, intuyendo lo que su padre iba a comentarle.

—Muy bien. Hertford tiene algunas suposiciones sobre el señor Smith y necesita ir a Austin. Me gustaría que tú lo acompañases.

—¿Yo? ¿Pretendes que me haga dos o tres días de camino con un hombre que tiene sentimientos por los de su misma condición?

—¿Tienes pruebas de lo que dices? Antes creí entender que no lo hacías. Incluso creo recordar que se comentó una larga temporada sobre el brío del señor Hertford en el Orient

Saloon. Llegaron a decir que tal vez fuese más asiduo que tú a las palomas mancilladas.

—No las llames así. Son mujeres y merecen nuestro respeto.

El padre se quedó asombrado con ese respuesta. No había esperado unas palabras así.

—Eres del todo contradictorio, Jey. Nunca sé lo que debo pensar de ti.

—Pronto me iré por un tiempo del pueblo. Tú vuelves a estar en plenas facultades para dirigir el aserradero y en casa no me necesitas tampoco. Es mejor que me vaya durante unos… No sé cuántos meses estaré fuera, pero me iré. —Sería una buena forma de escapar de todo lo que le molestaba y enfurecía.

—¿Vas a volver a huir? —preguntó con cautela. No deseaba perder una vez más a su hijo. La última vez que Jey dejó su casa tardó demasiado en volver a verlo.

—No. Solo me marcho una temporada.

—¿Por qué?

—Hace tiempo que dejé de darte explicaciones, padre. No pienso comenzar ahora.

—¿Cuándo dejaremos de lado esta animadversión que nos tenemos, hijo? —habló en un tono del todo suave y comedido.

—Por lo que a mí respecta, nuestra… relación está bien. No pretendo cambiar nada.

El señor Andrews suspiró desvalido. No era fácil tratar con su hijo y no deseaba forzarlo. Decidió dejar a un lado ese asunto.

—¿Irás a Austin con el señor Hertford?

Jey se tomó un momento para pensar en sus opciones. Estaba harto y cansado de la

rutina que llevaba. Si era verdad que la mujer que lo dejó plantado regresaría al pueblo… No sabía si estaría preparado para enfrentarse a Mery Bell Gorwing. Y después estaba ese absurdo señor Hertford y sus ganas de hacer que lo estrangulase con sus propias manos. ¿Y si se tomaba un descanso ya mismo?

—Lo acompañaré hasta allí porque desde la ciudad me subiré a un tren en dirección al norte.

—Entonces prepara la carreta y ve a buscarla al rancho de Sarah Lee en cuanto puedas.

—¿A quién? —quiso averiguar, al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Qué? —No sabía qué estaba preguntando su hijo concretamente.

—¿A quién debo ir a buscar al Sarah Love?

—Al señor Hertford. Creí habértelo dicho antes.

—¿Viene una mujer con nosotros? —preguntó con desconcierto.

—¿Necesitas compañía femenina para protegerte de Dan Hertford? —se burló el padre.

—Has dicho que debo ir a *buscarla* al rancho.

—Pamplinas. En Crystal City hay pocas mujeres y las que valen la pena están casadas. ¿A quién deberías ir a buscar al rancho de los Harris? No hay allí más mujer que la hija de Foster.

—Sé lo que he escuchado, padre.

—Y yo lo que he dicho —rebatió con presteza. Ahí fue cuando el señor Andrews, el padre, comenzó a darse cuenta de que tal vez sí había cometido un desliz en la conversación.

—Entonces, ¿por qué debo preparar una carreta? —preguntó enfurruñado.

—Porque ambos estaréis más cómodos —opinó, tratando de mantener la calma.

—Prepararé las alforjas y una montura para mí. Él tendrá que ir a caballo también y no será en uno de mis establos.

—¿Tus establos?

—¿Soy tu hijo o no lo soy? Hay días en los que me hago esa misma pregunta y no sé bien qué responder.

—Parece ser que lo eres cuando te conviene o te quedas sin dinero. ¿Recibiré en esta ocasión cartas de los lugares a los que deba enviarte mis monedas, Jey?

—Intentaré no hacerlo esta vez, padre. He trabajado duro estos años y tengo suficiente dinero para derrocharlo en alcohol y en mujeres, pero no prometo nada —dijo con tirantez.

—¿Y si te desheredo si te marchas? ¿Qué tal si te dejo sin un centavo si vuelves a dejar de lado tus obligaciones como mi único hijo?

—Haz lo que tengas que hacer. Si Hertford no encuentra pronto lo que falta, te verás en un serio apuro.

—Tú también. Todo esto —alzó las manos para señalar la enorme casa que estaba vacía la mayor parte del tiempo—, lo construí para ti. Para tu familia. ¿Qué había de malo en darme nietos, Jey? Solo pretendía tu felicidad.

—Todavía eres joven, padre. Podrías casarte y tener un hijo del que no tengas dudas sobre su procedencia.

—He pedido una novia por correo —se atrevió a decir.

—Espero que esta vez sea para ti. —La última vez que trajo a una dama inglesa…

Bueno, salió bien para Águila Negra.

—Me gustaría que fuese tuya. Tu esposa.

—No, gracias.

Hubo un momento de silencio.

—Mery Bell no te habría hecho feliz.

—No vamos a hablar jamás de aquello.

—Tenemos que hacerlo para superar…

—No —lo cortó—. Voy a preparar mis cosas. Será un viaje agradable… con un chico insufrible, cuanto antes salgamos, antes seré libre nuevamente de tu yugo. —Avanzó unos pasos para salir por la puerta. De pronto no deseaba ni probar la tarta de manzana. Su padre le puso una mano en el hombro para frenarlo y él dejó de caminar. Los ojos del hijo estuvieron fijos en los del padre.

—Jey… por favor, no te marches. Acompaña al muchacho y luego regresa a casa —sonó a súplica.

—He tomado una decisión. Es necesario.

—Mery Bell va a volver —desveló al fin, para ver si así Jey abandonaba la idea de ir a vagar por el mundo.

—Lo sé y, aunque no te debo explicaciones… es por eso por lo que es mejor que me marche.

Capítulo 6

Un viaje insoportable

Llevaban tres horas a caballo y Dana sabía que debió haberse inventado una excusa para no ir con él cuando tuvo la oportunidad. No había esperado que el padre le colocase al hijo para acompañarla a Austin. En cuanto vio que Sarah Lee y Denver intercambiaban una mirada de complicidad, supo que eso no podía salir bien. ¿Acaso quedaba alguien de sus conocidos que no esperaba que acabase unida al estúpido Andrews?

Incluso Prescott, quien le había preparado las alforjas de la montura, le había preguntado si quería que fuese con ella o si prefería ir sola con el apuesto y sinvergüenza de Jeremy. Ese momento fue gracioso, porque ella le dio un puñetazo en el pecho y le hizo un poco de daño. Al menos, algunas de las enseñanzas de su mejor amigo sí estaban funcionando, porque disparar… Eso no era para ella. No fue capaz de darle a una sola lata durante las últimas semanas en las que estuvo practicando.

Dana frenó su caballo. El sol comenzaba a ponerse y sospechaba que la haría dormir a la intemperie. El señor Andrews había hablado de viajar en una carreta y hacer noche en una cabaña abandonada que había por el camino. Seguramente su acompañante no tenía ni una tienda de campaña, y ella solo había cogido algo de dinero y una de las joyas que le sustrajo al Demonio cuando se marchó de Londres, y, con las prisas, no pensó en la noche.

El muy desgraciado seguía adelante y ella no podía más. No le importó lo más mínimo verlo avanzar sin que se diese cuenta de que ella se había detenido. Con un poco de suerte la dejaría atrás y ya se verían en Austin, incluso no hacía falta que se encontrasen allí. Tres horas a caballo para un supuesto vaquero que no montaba con tanta asiduidad estaba resultando

doloroso, incómodo y mortalmente embarazoso. ¿Cómo lo haría ella para bajarse del animal? Tendría que tirarse al suelo, porque las piernas no le respondían.

Jeremy Andrews la había hecho cabalgar a una velocidad del todo trepidante, y estaba tan cansada que podría dejarse caer de lado y quedarse dormida allí mismo, sobre la tierra seca y polvorienta.

Maldijo en silencio cuando se dio cuenta de que el vaquero daba la vuelta para ir en su busca. ¡Ojalá pudiese desaparecer!

—¿Tienes que aliviarte? —se interesó él en cuanto estuvo a su altura.

—No. —Lo de hacer sus intimidades físicas… bueno ese problema lo abordaría cuando llegase el momento.

—Entonces, sigue. Podemos avanzar bastante más.

—No. —No se negaba por capricho, sencillamente ocurría que no era capaz de seguir.

—¿Disculpa?

—Estoy cansado.

Andrews la miró con horror para luego decir:

—Eres un muchacho tan enclenque que no sirves ni para montar un caballo —se quejó.

—Eso parece. —Estaba tan agotada que no iba a discutir con él.

—Está bien. Prenderemos una fogata y cenaremos algo aquí mismo.

—Gracias. —Casi se le salieron las lágrimas al ver que él había claudicado.

Lo vio saltar del caballo y lo envidió por su buena forma física. Lo observó sacar sus cosas de las alforjas y, previsiblemente, al ver que ella no bajaba, se giró para mirarla con extrañeza.

—¿Quieres descansar o no? —inquirió molesto.

—No sé cómo bajar del animal.

—¿Qué has dicho?

—Mis piernas… Ya sabes. No puedo….

—¡Maldita sea! Eres el vaquero más avergonzante que he conocido jamás. —Con enfado, se acercó hasta Dana, le puso las manos en la cintura y la ayudó a desmontar. La dejó en el suelo y ella no pudo sostenerse en pie. Sus piernas fallaron y acabó abrazada a él, con tan mala suerte que lo hizo tropezar, caer de espaldas y quedarse con el supuesto señor Hertford tendido sobre él.

No fue eso lo más bochornoso de la situación. Las bocas de ambos se quedaron peligrosamente juntas, tanto que Dana podía oler su aliento con un toque a regaliz y él, a café en el de ella. Por instinto, Dana le quitó un mechón de pelo de la frente, dado que los sombreros de uno y otro habían salido volando. Él trató de separarse, y en cuanto se dio cuenta de que tenía sostenido al muchacho por la espalda, le quitó las manos como si Hertford quemase.

—Lo siento. —Ella se disculpó por haberle hecho caer al suelo y por haberlo tocado de ese modo que se sintió tan íntimo y cercano.

—¡Quítate de encima de mí! —le gritó frente a la cara.

—No puedo moverme —alegó con sinceridad.

—¿¡Quieres que te dé un empujón!? —volvió a chillarle.

—Solo así podrás desembarazarte de mí, porque siento unas terribles ganas de repetir

aquel beso. —Estaba loca. No había otra explicación posible… o sí. Tal vez fuese el calor de toda la tarde, el cansancio del largo camino recorrido, o que en verdad deseaba a ese estúpido hombre al que podría besar con solo moverse unos pocos centímetros.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó con pánico, mientras veía al pequeño y débil pelirrojo cerrar los ojos e ir hacia él para… ¡besarlo!

—Demasiado tarde —le advirtió, sin abrir los ojos y dejando caer la cabeza para encontrar los jugosos labios de Jeremy Andrews.

Y llegó hasta lo que ansiaba y necesitaba. Unió los labios a los de él y comenzó a pasear la lengua sobre la boca masculina para tentarlo del mismo modo en el que se besaron con anterioridad.

Estaba perdido. Andrews lo supo en el momento en el que vio a ese enclenque pelirrojo subido a la montura y mover de ese modo las caderas sobre el animal. ¿Qué mierda le pasaba para sentirse tan atraído por un muchacho? ¡Si a él no le gustaban los hombres!

Esa cintura tan pequeña, esos ojos tan expresivos, el peso tan ligero sobre todo su tronco… Su virilidad se despertó furiosa en el momento en el que el señor Hertford cayó sobre él. La breve caricia que le había propiciado para apartarle el pelo de la frente, lo dejó tiritando de placer. ¿Cómo demonios podía ser un hombre tan tierno y delicado como ese chico? Oh… y ese olor a limón que le llegó en cuanto el aliento a café del muchacho se dispersó… ¿De verdad tenía que oler como una mujer?

Gimió al sentir la lengua traviesa de ese joven afeminado recorrer sus labios fruncidos. No quería. No deseaba sucumbir a lo que sabía que estaba mal. No pretendía caer en esa tentación. No era uno de esos vaqueros que gozaba cuando le presentaban un tierno trasero para montarlo. Su mente le decía una cosa, su boca otra muy diferente, dado que le estaba devolviendo el beso con la misma pasión que Hertford empleaba. Y sus manos… sus tontas manos habían agarrado las pequeñas posaderas de él para amasar esos lindos cachetes a placer. Y su virilidad estaba ansiosa por escapar de los pantalones y saltar para… para… para… ¡No podía pensar en meter su instrumento en un lugar en el que no debería ir!

Andrews trató de girar el rostro para escapar de esos besos incendiarios que le daban placer, pero lo tenían en una agonía, entre lo que era correcto y lo que consideraba una aberración. Y maldita sea si el enclenque no sabía lo que hacía, porque de pronto lo tenía sintiéndose como una damisela suspirando por los besos que percibía en su cuello. ¡No tuvo que haberse afeitado! Ay… esa lengua tan dulce lamía y besaba de forma gloriosa y Jey no tenía ya fuerzas para seguir negando lo que deseaba del hermano de la esposa de su mejor amigo. Tenía que pararlo o la cosa acabaría en una catástrofe. Se concienció, entre gemido y suspiro, para pedirle que lo dejase en paz, que se apiadase de su cordura. No pudo. El muchacho comenzó a lamerle el lóbulo de la oreja con una destreza que jamás imaginó posible. Lamió y jugueteó con esa parte de la oreja todo cuanto quiso, y cuando se cansó de besarlo ahí, comenzó de nuevo a darle cortos besitos en su cuello. Jeremy se encontró gimiendo todavía más alto. Si no lo detenía acabaría haciendo que se derramase en los pantalones, como cuando tenía catorce años y le vio los pechos a aquella viuda que se burló de él mientras la espiaba por la ventana.

No consiguió refrenarse. Lo besó con fuerza para después rodar con el muchacho por el suelo, y acabar colocado encima para asumir el mando de la acción. Todo aquello era una locura y aunque su cuerpo estaba lleno de necesidad por un muchacho apuesto y delicioso, Jeremy Andrews no era de los que jugaban con hombres. Saciar su ansiedad les traería vergüenza por la mañana, incluso antes. Debía terminar con esa tontería que no debió haber comenzado jamás. La culpa fue del primer beso que compartieron. ¿Por qué lo hizo? ¿Por ayudar a su padre con el aserradero o porque de verdad deseaba probarse a sí mismo y demostrarse que no sentía nada por ese joven pelirrojo de ojos verdes?

Sea como fuere, tenía que parar la desagradable situación lo antes posible. Había cabalgado delante de él para no tener que verlo montando sobre ese animal e imaginar que… ¡Dios santo, acabaría en el infierno y eso que Andrews no era creyente!

—No pienso servirte de mujer —le espetó con ferocidad a Hertford.

—Yo lo haré —dijo, al tiempo que trataba de darle un nuevo beso. Andrews lo esquivó y Dana gimió presa de la frustración—. No te detengas, por favor… —Le daba igual suplicarle. Estaba ardiendo. Necesitaba calmar el dolor que sentía en el bajo vientre. La humedad que tenía entre las piernas le estaba gritando que lo albergase para saciar la lujuria.

—¡Ya basta! —gritó él, mientras le sostenía las manos sobre la cabeza para tratar de

hacer que el muchacho dejase de retorcerse bajo su cuerpo.

El chillido logró sacarla de ese sueño libidinoso en el que ella sola se había metido. Lo miró con pánico al comprender lo que casi había estado a punto de hacer.

—¡Suéltame! —le ordenó con una voz furiosa Hertford. Comenzó a luchar contra Jeremy y él lo aplacó con severidad.

—¿Ahora te das cuenta de lo que has provocado? ¿Qué crees que hacías, chico? Yo te lo diré: estabas tentando al demonio y mereces que acabe lo que has empezado.

—¿Qué sabrás tú del demonio? Nada. —Puso su voz más masculina y colérica.

—Ah, pero eres un buen secuaz de Lucifer. Tratas de corromperme y cuando ves que me tienes, te asustas. Tú viniste a mí. Sé que desde que te mostré esa parte íntima de mí, has debido estar soñando conmigo mientras con tu mano subes y bajas sobre tu eje. Dime… ¿gritas mi nombre cuando en medio de la noche dejas escapar con furia tu semilla? Veamos lo que escondes entre los pantalones. —Él sujetó las manos del muchacho con una de las suyas, para ir en busca del cinturón y desatarle la prenda de ropa. La única manera que tenía de hacer que él se alejase lo suficiente sería darle un buen susto. Veía su cara de pánico. Hertford había pasado de la lascivia al temor más absoluto y Jey aprovecharía todos los recursos para que ese pelirrojo no volviese a tentarlo. Sí. Prefería su ira a caer en esa horrible tentación. Lo tenía que confesar. Deseaba a ese chico con todas sus fuerzas. Nunca había querido algo con la intensidad con la que lo ansiaba. No podía ser. No debía ser. No se convertiría en algo que lo llenaría de vergüenza. Los vaqueros rudos, los que eran auténticos hombres, disfrutaban de las mujeres. ¡Diablos, él mismo lo hacía! ¿Por qué ese enclenque lo tenía subyugado? Ningún otro le llamaba la atención, ¡solo el maldito Dan Hertford!

—¡Te mataré si me tocas! Lo juro, Andrews. —Ella comenzó a luchar con todas sus fuerzas. Se sentía desprotegida, a merced de un hombre superior que podría destrozarla. Era como si tío George volviese a susurrarle todas aquellas cosas que le decía que le haría cuando se convirtiese en una mujer capaz de satisfacerlo.

—Y mientras me besabas y me ponías más caliente que a una cafetera… ¿Qué creías

que iba a pasar, chico?

Las lágrimas comenzaron a caer por los párpados de Dana. Sollozaba y pedía que la liberase. En su mente había regresado a Londres. Era la habitación del Demonio. Su tío la tenía sujeta, con una mano sobre su boca para que no gritase.

—¡Jane, Jane, Jane! —comenzó a llamar a su hermana con pánico. Ella vendría. La liberaría.

Jeremy se quedó quieto. Nunca antes había escuchado llorar a un hombre. Rodó sobre el suelo y lo dejó libre en cuanto lo observó con los ojos cerrados y llamando con desesperación a su hermana.

Dana se dio la vuelta hacia el otro lado y se sujetó las piernas con los brazos. El dolor del pasado regresaba.

—Lo siento. He ido demasiado lejos… Yo… —comenzó a decir Andrews, sintiéndose un bastardo.

Lo escuchaba sollozar y no ayudaba que el chico se hubiese hecho un ovillo en el suelo. Maldijo en su interior con fuerza. Solo era un crío que cuando tenía problemas llamaba a su hermana mayor…

Jey se acercó al caballo y sacó una manta. Se la echó por encima y lo dejó para que se calmase. Necesitaba estar solo. Ambos lo necesitaban. Se marchó de allí. Dio dos pasos para huir. Maldijo nuevamente. No debía dejarlo así. Se movió hacia la derecha y recogió unos troncos sueltos que había en el suelo para encender una hoguera. En el más absoluto silencio comenzó a hacer la fogata y cuando el fuego empezó a crepitar, se sentó delante para buscar una paz que estaba lejos de sentir.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo pasaron en silencio. Dana notaba el corazón revolverse en su pecho. Se sentía estúpida por haber jugado a ser un hombre durante todo ese tiempo, creyendo que de ese modo el recuerdo del Demonio acabaría por desaparecer. No. Eso no iba a suceder. Debería marcharse lejos. Escapar para que Jane estuviese a salvo. Tío George

solo la buscaba a ella. Si pudiese tener una vía de escape…Hacha de Guerra le vino a la mente. Aquel fiero guerrero Lakota podría protegerla y llevársela lejos. Por el bien de su hermana debería sacrificarse.

—Ven a comer algo. Te sentirás mejor con el estómago lleno —le sugirió con cautela Andrews. Si le hubiesen dicho que estaría ardiendo por un muchacho y que al momento siguiente trataría de consolarlo…

—No tengo hambre —consiguió decir Dana, sin volverse para mirarlo. Le resultaba menos embarazoso seguir de espaldas a donde sabía que Andrews estaba. Todo lo que había hecho y sentido era una gran mortificación para una mujer… más para una que estaba simulando ser un vaquero tejano.

—No seas testarudo. No serás el primer hombre que…

—He llorado. No es un pecado llorar, ¿sabes? A veces es necesario hacerlo para dejar libre y limpio el corazón de todo lo que nos atormenta.

—Supongo… —argumentó, no estando demasiado convencido.

—Ya. Tú eres de los que jamás derramarían una sola lágrima, ¿verdad?

—Soy más bien del tipo que empuña un arma cuando tratan de hacerme… ya sabes…

—Llorar —terminó ella por él—. Es solo una palabra. ¿Por qué podemos reír y está mal visto si lloramos? Ambas son reacciones que nos hacen humanos.

—Bueno, yo no lloro —atajó—. Ahora ya no lo hago… y no tengo razones para reír —dijo por lo bajo. Ella lo escuchó y tuvo que girarse hacia él para ver si lo había oído bien o era su mente que le acababa de hacer una mala pasada.

—Llorabas. —No era una pregunta.

—Era un niño y los niños pueden hacerlo —se escudó.

—Y tampoco ríes. Es más, siempre estás enfurruñado con todo el mundo. ¿Es por tu madre? —se atrevió a preguntar.

Dana se puso de pie, se enrolló la manta y se acercó con sigilo hasta él para ver si no le repugnaba su cercanía. La noche estaba muy fresca. Él figuraba con la mirada fija en las llamas. Parecía tranquilo e indiferente. Ella se sentó a su lado, sin tocarlo.

—Han sucedido demasiadas cosas entre nosotros que jamás debieron ocurrir.

—Lo siento. —Ella no sabía qué más podría decir.

—Mi padre te ha contado toda mi historia. —Tampoco era una pregunta.

—Tu padre es uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida —expuso con reconocimiento.

—¿También quieres besarlo? —cuestionó, sin apartar la mirada de las llamas.

—No. Solo me sucede contigo. —No tenía caso negar la evidencia.

—No está bien que me hagas eso. Me siento tentado por ti y no puedo consentirlo. ¿Es una especie de castigo por…?

—No —negó con la cabeza a la vez que lo decía. Él cabeceó afirmativamente. Jey no sabía si esa confesión era mejor o peor.

—Había una mujer. ¿Te lo dijo mi padre?

—No sé los detalles, pero todo el pueblo sabe que os peleasteis por una dama. He escuchado algunos chismes en el saloon.

—Mery Bell. La única chica a la que he amado alguna vez. Ella tenía sus ojos puestos en uno de los mejores partidos del pueblo, pero cuando él se marchó, yo supe que esa era mi gran oportunidad. Mi padre no permitió que la tuviese y la envió lejos.

—Lo siento.

—No es el mejor hombre que conocerás —dijo, dando un largo suspiro—. Cuando mi madre nos abandonó, mi padre no conseguía ni mirarme a la cara. Pensé que se debía a que yo le recordaba demasiado a ella, pero no. Resultó que no estaba seguro de ser mi padre. Fui un huérfano que se fue de casa siendo un muchacho y regresé siendo un hombre. Por el camino me topé con el esposo de tu hermana y ambos acabamos, después de varios años turbios, cuidando de la señorita Sarah Lee Foster. Me gustaba la vida en el Sarah Love, pero entonces mi padre estuvo herido y tuve que marcharme del lugar que sentía como mi propia casa. No lloro, porque siendo un niño consumí todas mis lágrimas. No rio, porque no tengo motivos para hacerlo —insistió una vez más.

Hubo un momento de silencio. Ella fijó la vista en el fuego y comenzó a hablar:

—Mis padres murieron pronto. Mamá lo hizo cuando yo nací y papá la siguió al poco tiempo. Nos quedamos con el abuelo. Jane no sabe que lo sé, pero tampoco estoy segura de quién es mi verdadero padre. El Demonio… Mi tío George, al que Jane y yo llamamos el Demonio, violentó a mi madre… delante de su propio hermano.

—¿Cómo te enteraste de algo tan…?

—¿Ruin? ¿Repulsivo? ¿Antinatural? —Él asintió—. Escuché una noche a Jane relatarle muchas cosas a Águila Negra. Fue durante el baile del verano. La seguí cuando ella se marchó con el mestizo y la oí.

—Supongo que tu historia es más lamentable que la mía —apuntó con suavidad.

—Aún hay más.

—¿Más? —se giró para observar al chico.

—Mi tío me desea y no se detendrá hasta que consiga lo que ansía de mí. Desde bien joven he tenido que soportar sus miradas, sus gestos obscenos cuando me examinaba. Me obligaba a…

—¿Te violó? —Había hombres capaces de todo, incluso de someter a los niños. Comenzó a sentir la furia inundando sus venas al pensar en el muchacho siendo objeto de su despiadado tío.

Ella negó con la cabeza y luego siguió con su historia:

—No. Pero solo porque Jane sabía cómo protegerme de él. Vinimos a Texas huyendo del pasado. Cuando el abuelo murió, él regresó a Londres… por mí. Y tarde o temprano vendrá aquí a buscarme —reconoció, tratando de controlar el horror. George nunca se detendría mientras siguiese con vida. Dana y Jane lo sabían.

—Texas está muy lejos de tu hogar. Tal vez no aparezca.

—Lo hará y será su vida o la mía. Sencillamente es algo que sé que ocurrirá.

—Es horrible que tengas ese presentimiento. Y todavía es peor que tuvieses una infancia tan… —No le venía una palabra adecuada a la mente.

—Definitivamente mi niñez fue una auténtica mierda de caballo putrefacta —espetó con media sonrisa. Lo mejor sería poner un poco de humor a algo tan desagradable.

—¡Testículos peludos de Satanás, si no lo fue! —exclamó Andrews en el mismo tono jovial que Hertford acababa de emplear.

—Te gustó mucho esa maldición, ¿cierto? —Ambos se miraron un instante que fue de pura conexión y comprensión.

—La mejor que he escuchado nunca.

—¿Crees que podríamos dejar atrás todo y comenzar de nuevo?

—No lo sé. Son demasiadas cosas —habló con sinceridad.

—No volveré a besarte, ni a molestarte con cosas que sé que no debería decir o hacer

—señaló ella, mientras se mordía el labio inferior.

—No me siento cómodo, ni bien, en tu presencia —se sinceró porque sentía que era momento de decirle eso.

—Lo siento. —No se le ocurrió qué más decir al respecto.

—Yo también. Durmamos un poco. Mañana seguiremos y con un poco de suerte llegaremos a Austin por la tarde.

—No puedo cabalgar igual de rápido, ni tantas horas como tú.

—Lo sé. Iremos más despacio.

—Gracias.

—No se merecen. Tiéndete y duerme.

Ella se dio cuenta de que la única manta que había era la que él le había dado.

—¿Y tú?

—No podría dormir ahora mismo. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Aquella mujer de la que has hablado antes es una de ellas? —preguntó con cuidado Dana. Sentía algo… una cosa… como si fuesen celos. Desde que él dijo que una vez amó a una mujer, ella se había sentido… rara.

—Estaba muy enamorado de ella, lo admito. Y cuando creí que la tenía… Se me escabulló entre los dedos de las manos. Saber que mi padre estuvo detrás de aquello…

—Creo que él piensa que no te merecía —se atrevió a decir.

—Nadie tiene derecho a meterse en los asuntos de otro hombre, por mucho que crea estar guiado por un sinfín de buenas intenciones.

—¿Te habrías casado con ella si no se hubiese marchado?

—Era mi prometida —desveló, sintiendo que su corazón se removía.

—¡Oh! Lo siento.

—No te disculpes. Tú no tienes la culpa de lo que sucedió. Duerme —insistió.

—Es tu manta.

—Tengo otra en las alforjas. La cogeré cuando tenga frío.

—Está bien.

Dana se tumbó en el suelo, cerca de fuego y trató de relajarse.

—¿Andrews?

—¿Qué?

—Gracias por escucharme. No había podido hablar nunca de esto. Jane ya tenía demasiado trabajo cuidando de mí y no quería angustiarla más.

—No te habría forzado, Hertford. No te habría hecho daño antes, cuando…

—Lo sé. Reconozco a un hombre cruel en cuanto lo veo, y tú, Jeremy Andrews, eres un sinvergüenza, pero no, un desalmado. La mujer que escojas tendrá suerte de tenerte si consigues dejar a un lado todo el dolor que sientes. Si permites que sane tu alma, podrás ser feliz.

—Renuncié a eso hace mucho tiempo.

—Sé que estás enfadado con tu padre, furioso, y que no tengo derecho a dar mi opinión, pero si yo tuviese a alguien como él a mi lado… Ojalá consigas olvidar el pasado y ambos os deis una oportunidad. El señor Andrews es magnífico. Yo no recuerdo mucho a mi padre, pero me habría gustado tener a alguien así, aunque se metiese siempre en mis asuntos.

—No te gustaría. Te lo garantizo.

—Jane siempre ha sido más una madre para mí que una hermana. Solo se debe aprender a lidiar con esas interferencias que están motivadas por el amor y la protección de quienes darían su vida por la nuestra.

—Mi padre no hace eso por mí. Ni siquiera sabe si soy su hijo en verdad.

—Lo sabe. Los dos sois demasiado parecidos. No solo en los que se refiere a vuestros rasgos físicos. Sois honrados, aunque tú hayas perdido el norte últimamente.

—No me conoces.

—Creo que sí lo hago. Tu padre ha hablado tanto de ti que…

—Duérmete, Hertford. Mañana será un día largo y estoy ansioso por perderte de vista.

—Ah… Ahí vuelve a estar el joven señor Jeremy Andrews de siempre. Buenas noches. —Ella recibió un gruñido por respuesta.

Dana cerró los párpados, el cansancio y la tensión la vencieron. Se quedó dormida en un segundo.

Jeremy Andrews no consiguió pegar ojo. Su vida era un caos absoluto y tenía muy claro que necesitaba un respiro de todo. En especial, de la mujer que sabía que pronto llegaría al pueblo y de ese pelirrojo que tenía un extraño poder sobre él.

***

—¡No puedo más! —le gritó a él.

Dana se había despertado con las primeras luces del sol. Si en un primer momento había previsto que lo sucedido la noche anterior los uniría de alguna manera… ¡falso! Él ni la miraba. Menos le hablaba. Y eso que el supuesto señor Hertford había intentado ser paciente y simpático.

El calor no ayudaba tampoco a sobrellevar el ejercicio físico de montar. Tan asfixiante había salido el día, que ella no pudo resistirse a desembarazarse de la chaqueta y el chaleco. Dado que su pecho era pequeño, y él no se giraba para observarla… Era arriesgarse con él o acabar muerta por el calor. Eligió lo primero. Además, Andrews también iba en mangas de camisa. Estaba a salvo con él. Tan necio que no la descubriría jamás.

Era guapo como el pecado, pero no, un hombre inteligente, ¿verdad?

Era un abusón. Nada de ir despacio o tener compasión de su débil constitución. El muy desgraciado la tuvo buena parte de la mañana trotando a una velocidad vertiginosa y no había parado ni un instante. Sí. Él estaba ansioso por verla desaparecer de su camino. Dana lo sabía. Ya no podía cabalgar más.

—No te detengas hasta que atajemos por el río. Eso nos hará acortar camino —le gritó desde una distancia más que considerable.

—No pienso cruzar un río —le informó ella. Sabía nadar, pero no demasiado bien… No iba a arriesgarse a terminar ahogada.

—No tienes otra opción.

—¿Qué ha pasado sobre lo de ir más despacio?

—Te vendrá bien curtirte —razonó.

—Si no quieres que un médico acabe cortándome las piernas, nos detendremos.

—Cruzaremos el río y pararemos a comer. Solo media hora. Piensa en lo satisfecho que te sentirás cuando te des cuenta de que lo has logrado.

—Si, por supuesto, cuando sea un lisiado sin piernas, reiré de plena satisfacción —ironizó con los dientes apretados.

—¡Vamos!

No le permitió quejarse más. Andrews puso su caballo de nuevo al galope y la dejó allí. Dana maldijo con fuerza, como si fuese uno de los trabajadores del puerto de Londres, y azuzó a su castrado. Podría matar a Andrews con sus propias manos. Ella sonrió de lado al tener ese pensamiento. Era mejor desear matarlo… que besarlo.

Después de diez minutos, ella estuvo frente a un río que no era poco profundo y se veía bastante rápido.

—No —dijo Dana. No iba a cruzar por ahí.

—No seas gallina. He hecho esto mil veces.

—Me da igual. Demos la vuelta. No voy a poder hacerlo.

—Claro que podrás.

—¿Te has levantado esta mañana con la idea de enderezarme? —preguntó con enfado.

Andrews, sobre su montura, se encogió de hombros.

—Algo así. Incluso iremos a uno de los mejores burdeles de la ciudad en cuanto

lleguemos. Creo que antes de que nuestros caminos se separen te convertiré en un hombre. Estoy convencido de que tus inclinaciones son a causa de ese al que llamas Demonio. De alguna manera debió corromperte, así que lo único que necesitas es retozar con una excelente moza que te deje deslizarte con pasión entre sus suaves muslos. Las chicas del Orient no son tan experimentadas como las de Austin, ya lo verás —le advirtió, convencido de lo que acababa de decir.

—Eso, conmigo, no servirá.

—¿Con un hombre que no teme nombrar las partes íntimas de «el Maligno»? Señor Hertford, una mujer dispuesta, que disfrute de las atenciones de un semental, es lo que te hace falta. Te prestaré una buena suma de dinero para hacer que la dama se esfuerce.

—No apruebo que un hombre use a una mujer de ese modo —señaló con enfado.

—¿Y May Sue? ¿Las veces que tú hiciste uso de ella…?

—No es lo mismo —lo cortó.

—Ya.

—No lo entenderías y si te lo explicase… Tienes un fuerte temperamento, Jey, y… —No quiso decirle que se enfadaría mucho si la descubriese y que por eso no le contaba su secreto.

—No me llames así —le advirtió con enfado.

—Lo siento.

—No te disculpes.

—Lo si… —Ella calló al ver que él la miraba con una ceja levantada—. Eres muy mandón. ¿Te lo habían dicho antes?

—Cruza el río.

—No.

—No me hagas darte un azote en el trasero, chico.

Fue el turno de ella de levantar una ceja y mirarlo con media sonrisa.

—Me pones las cosas demasiado fáciles, Andrews. —Las bromas que se lo ocurrían con esa sencilla frase…

—Cruza.

—No.

—Te prometo que vas a pasar por ahí de un modo u otro.

—No. —A ella no la ganaba nadie a obstinada.

—Tú lo has querido.

Jeremy miró a su compañero de viaje con una brillante sonrisa. Bajó de su montura con una agilidad que Dana envidiaba y en un pestañeo lo tuvo junto a ella.

—¿Qué haces? —inquirió, al ver que él la tomaba por la cintura para bajarla del caballo. Ella se quedó frente a él. A un suspiro de su boca.

—Ayudarte.

—La última vez que hiciste algo como eso… ¿De verdad quieres que te recuerde lo siguiente que sucedió, Andrews?

—No pasará nada similar porque vas a refrescarte, Hertford.

—¿Qué?

—La primera vez que te vi, me hiciste desperdiciar un excelente licor que se perdió en el agua de otro río. ¿Lo recuerdas?

—Lo que me asombra es que tú seas capaz de recordar aquel empujón… Estabas muy ebrio. —Lo descubrió entre los matorrales, precisamente, cuando su mejor amigo Prescott se declaró al supuesto señor Hertford, antes de que ella le confesase que era en verdad una mujer. Aquello fue bochornoso para todos los implicados, incluido Jey que estuvo allí.

—Me diste un empujón y me tiraste al río.

—Yo no tuve la culpa de que fueses un patoso y terminases a remojo.

—Ya.

La cogió como si fuese una damisela en apuros y se dispuso a ir con ella hacia la orilla. Ella comenzó a forcejear.

—¡No te atreverás! —exclamó, con verdadero pánico. La camisa de hilo blanca que llevaba no la camuflaría si se mojaba. ¡Tenía que pensar en algo y rápido!

—Vaya que lo haré. La venganza es un plato que se sirve frío, Hertford.

—Cruzaré sobre el caballo. Lo haré, lo prometo —comenzó a decir con ansiedad.

—No, vas a lavarte porque apestas. —No era mentira del todo. Ese olor a limón que percibía cuando estaba cerca del chico, lo tenía loco de desconcierto.

—No sé nadar.

—No hay tanta agua.

—Por favor, por favor, no lo hagas. Comenzaré a llorar, lo juro.

—Las lágrimas se irán río abajo.

Se le acababan las súplicas. Debía dar con algo que lo hiciese desistir de su empeño.

—Prometo que no volveré a molestarte con ninguna insinuación inoportuna sobre tu hombría…

—Tardarías tres segundos en volver a enfadarme con una de tus estúpidas salidas de tono.

—No volveré a besarte.

—¡Desde luego que no lo harás! —refutó, indignado.

No tuvo más tiempo para negociar. Jeremy había llegado a la orilla, donde el agua le cubría hasta las rodillas. Él le sonrió y la dejó caer. No obstante, Andrews no contó con el hecho de que el pequeño simio se agarraría a él con todas sus fuerzas.

Ahí estaban los dos. Uno de pie y el otro sujeto de su cuello, sin pretensión alguna para soltarlo.

—Tengo mucho miedo al agua. No me dejes caer —suplicó. Si tenía una altura poco profunda todo estaba bien, pero ella no sabía si ese tramo era seguro.

Su sombrero se precipitó al agua y ella lo vio marcharse río abajo, aunque no llegó muy lejos.

Le cogió las manos, se las quitó de su nuca y el chico estuvo de pie en la orilla del río. Lo siguiente que hizo Andrews fue darle un empujón y tumbarlo. Ella escuchó una sonora carcajada mientras se zambullía.

—¡Bestia, animal salvaje y despiadado, grano infecto de pus gangrenoso de la uña de

un puerco maloliente! —gritó, cuando consiguió emerger a la superficie. Por un instante creyó que su vida se acababa. No le gustaba el agua. Jane había intentado enseñarle a nadar, pero no lo hacía con eficacia y ese río no era de aguas tranquilas.

Dana se puso en pie y se dirigió a él para… para… No sabía para qué, pero sí iba a enfrentarlo por su osadía.

Si ella hubiera estado un poco más atenta a la reacción, al lugar exacto que él estaba mirando, se habría dado cuenta de que no era un buen momento para mostrarse como un gallo cacareando, porque el agua estaba fría como un helado de Gunter’s, y sus pezones estaban dejándose ver, inhiestos, sobre la camisa blanca que se pegaba sobre su cuerpo, y su cabello húmedo estaba hacia atrás, porque Dana había levantado la cabeza con suma gracia al emerger, y ya no lo llevaba tan corto como antes…

—¡Mierda! —exclamó él, con los ojos como platos.

Capítulo 7

Un río cristalino

Jeremy Andrews había estado muy satisfecho esa mañana cuando se levantó sin mirar al pelirrojo, de quien deseaba deshacerse de una maldita vez. No le dio ni un simple vistazo. Había cabalgado delante para olvidar su presencia, tal y como hizo el día anterior. Le afectaba de un modo que… Lo hacía arder con solo observarlo un instante. Así que era muchísimo mejor obviar a la tentación más sugerente.

Necesitaba acortar el viaje y para eso debían montar raudos. Cuando vio el río se acordó de lo que el chico le hizo en el pasado y decidió tomarse la revancha. Lo que menos esperó fue dejar a remojo a un muchacho para que del río saliese una mujer. No recordaba que fuesen las aguas de los deseos… ¿Estaría soñando todavía?

Ella gritaba mil blasfemias frente a su cara. No le importaba. Lo que veía bajo la camisa eran pechos. Pequeños, pero los senos de una mujer. Alzó los brazos y llevó las manos hasta el cuello de él… o de ella, o lo que diantres fuese ese Hertford y, sin pensárselo demasiado, le abrió la camisa con un violento tirón que mandó los botones a paseo.

Se quedó con la boca abierta, admirando esos delicados senos. Tuvo que cerciorarse de que la lujuria por el chico no le estaba haciendo imaginar una visión inventada. Así que llevó ambas manos a cada uno de sus montículos para sostenerlos en la palma. El pezón de ella le picó contra la piel. Y lo siguiente que Andrews sintió, fue una fuerte bofetada sobre la mejilla derecha, seguida de un gemido de indignación, seguramente, debido a su osadía. Tampoco importaba haber recibido un golpe, aunque ese gesto fue decisivo para sacarlo de su ensoñación y comprender al fin que el señor Hertford jamás había existido. ¡Era una maldita mujer! Menuda,

preciosa y con un fuerte temperamento.

Ahí se dio cuenta de todo lo que había vivido con él… con ella. Le había enseñado lo que guardaba entre los pantalones. La había amenazado en un sinfín de ocasiones. Había querido darle un puñetazo más de una vez… ¡Habría levantado la mano a una muchacha en caso de que Harris no lo hubiese detenido en el Orient Saloon aquella vez!

¡May Sue! Aquella mujer había dicho que Hertford era un amante excepcional… Y luego le dijo que estaba ciego.

¡Su padre! Le dijo que tenía que recogerla en el rancho. Lo recordaba perfectamente.

¡Águila Negra!, quien incluso le había dicho que tenía que prestar más atención.

¡Aquel amigo de él… de ella! ¿Prescott era? ¿o Preston? Bueno, ese otro hombre, ¿cuántas libertades se habría tomado con ella? ¿Cuántas veces la habría poseído, besado o acariciado? Sacudió la cabeza, tratando de alejar la pesadez que sentía en el pecho por haberse hecho esas últimas dos preguntas. Estaba irremediablemente furioso, pero también muy celoso.

Jeremy Andrews, por primera vez en su vida, se sintió un completo estúpido, porque esa situación, toda esa farsa, no era nada comparado como cuando Mery Bell Adams le dijo que se iba.

Dejó de mirar los senos, le quitó las manos de encima y fijó la vista en sus ojos. Bien. Al menos ella parecía estar avergonzada en su presencia. Eran unos orbes preciosos, incluso cuando creyó que era un chico, ya los había notado maravillosos. Tan claros y profundos que daban ganas de echarse a nadar en ellos. Examinó su rostro. Sus facciones eran bellas y femeninas, porque realmente era una mujer. Bajó la vista y contempló el cuerpo. Él…, bueno, ella ya se había cubierto el torso con la camisa, aunque no podía borrar sus pequeños pechos de su mente por mucho que tratase de ocultarlos. Su figura era delgada, pero fuerte, producto del trabajo que había hecho esos meses en el rancho de Sarah Lee. Era una mujer impresionante. Por fin entendió el motivo por el que se sentía fuertemente atraído por esa embustera del diablo.

Andrews retrocedió un paso y luego otro. Se fijó en que el sombrero de él… de ella,

estaba varado cerca de la orilla y se movió para ir a buscarlo. Cuando lo tuvo en la mano, se dirigió hasta el chico… hasta ella, quien no había hablado ni tampoco movido, para colocárselo en la cabeza. Se dio la vuelta dispuesto a ir a buscar su montura.

Un fuerte trueno retumbó en el cielo. Jey lo sintió como si fuese su propio cuerpo el que se había manifestado por todo lo que acababa de suceder.

Un relámpago cruzó el horizonte y dos segundos más tarde comenzó a llover con intensidad. El agua estaba fría y caía con una fuerza que asustó a Dana, tanto, que salió disparada del río detrás de él.

—Di algo —susurró tras su espalda, sin cambiar ya el tono de su voz por uno más ronco, en cuanto vio que iba a subir sobre su caballo.

Andrews ladeó la cabeza y la miró por encima del hombro.

—Monta. Hay que buscar un lugar en el que cobijarse antes de que se nos eche encima la tormenta.

Ella no dijo nada. Se limitó a cumplir la petición de Jeremy. Había sabido, por todas las cosas que le había contado el señor Andrews sobre Jey, que cuando él se veía serio y distante, era mejor echar a correr. Dana era plenamente consciente de que él estaba furioso con ella y habría preferido que le gritase sin cesar, incluso que la amenazase de alguna manera, porque contra eso sí era capaz de luchar, pero su silencio era más doloroso que cualquier insulto que él pudiese haberle dirigido.

Ella se ató, como pudo, la camisa que Jeremy le había desgarrado, se puso el chaleco encima y se subió al caballo. Él estaba parado mirando al frente. Bueno, al menos no se había marchado dejándola atrás en el camino, porque lo que tenían sobre sus cabezas no era un poco de agua de lluvia, era una verdadera tempestad acercándose y sospechaba que no sería lo único que tendría que enfrentar ese día. Y no, no se arrepentía de haberle dado una fuerte bofetada cuando él puso sus manos sobre sus senos, porque, aunque la sensación no le desagradó en absoluto, Jeremy no tenía derecho a tocarla sin su consentimiento.

Comenzaron a cabalgar bajo la lluvia. No sabía dónde la llevaba, pero mientras fuese a un lugar seco, no le importaba demasiado. Se pararon después de unos veinte minutos.

Andrews bajó del caballo y se aventuró en una especie de gruta. Ella lo siguió. Había logrado desmontar con dificultad, porque no estaba acostumbrada a cabalgar durante tantas horas y sus piernas sufrían, completamente doloridas.

Dado que el lugar era lo suficientemente alto para albergarlos a ellos y a los caballos, entraron allí los cuatro. No obstante, se quedaron cerca de la entrada. La tormenta había estallado en su máximo esplendor. ¿Cómo en nombre del Altísimo podía hacer calor un instante y al siguiente un frío polar? Texas era más complejo que Londres con respecto a los cambios bruscos de temperatura.

Lo observó ponerse de espaldas y comenzar a desvestirse.

—¿Qué haces? —preguntó con valentía.

—¿A ti qué te parece? —respondió con otra pregunta sin darse la vuelta para mirarla.

—Pero… —Dana se giró mortificada. Una cosa era que él se quedase desnudo cuando no sabía que en verdad era una mujer y otra muy diferente que él… ¡Se estaba desnudando! ¡Por los testículos peludos de Satanás!

—No hay nada que no hayas visto antes. Te aconsejo que hagas lo mismo si no quieres caer enfermo… enferma. —A Jeremy le estaba costando horrores acostumbrase a la nueva identidad del chico… de ella.

—Tienes que saber que lo hice porque el viaje a Texas era… —Creyó que sería necesario explicarle los motivos que la llevaron a camuflar su género.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir —la cortó—. Mejor, cállate —le recomendó la última parte, cortante y serio.

Ella, sin darse la vuelta comenzó a desvestirse. Cuando se quedó desnuda, se acercó a

sus alforjas para coger la manta, que esperaba que estuviese seca, y entonces lo vio pasar por su lado. Giró la cabeza en un gesto involuntario, no había sido su intención examinarlo, pero se fijó en la fuerte espalda de él y esas posaderas tan duras que… Apartó la mirada enseguida. Se cubrió con la manta y se sentó cerca de una de las paredes de piedra.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dana con mucha suavidad.

—Yo voy a dormir —le informó, desde el otro lado de donde ella se encontraba. Jey se había reclinado cómodamente contra la pared para descansar. A fin de cuentas, había dormido en lugares mucho peores.

—¿Estás enfadado?

—No. —Ni se pensó la respuesta.

—Tu padre dice que cuando te quedas mudo eres peligroso.

—Cállate, Hertford.

¡Grandioso! Ella iba a ser a partir de ese momento un apellido.

—Me llamo Dana —le informó, con la misma tranquilidad que mostraba desde que la había descubierto.

—¿Quieres callarte de una vez? —inquirió con insistencia.

—Tienes que comprender que era un viaje largo desde Londres y que yo atraigo los problemas, así que…

—Te he dicho antes que no me interesaba la cuestión. Si no vas a callarte, me iré a otro lado. —Él se levantó y comenzó a caminar hacia dentro de la gruta.

—¡No te vayas! Ya me quedo callada. —Las tormentas la hacían sentir insegura y no deseaba quedarse sola en un lugar como el que estaban.

El día se había vuelto tan gris que apenas había claridad. No se creyó una mujer temerosa, pero en esos momentos sí se sentía vulnerable.

Él suspiró con fuerza y volvió a sentarse en el mismo lugar.

Ella lo observó reclinado con los ojos cerrados, la manta echada por encima y las pantorrillas a la vista. No tenía demasiado vello. Ni en esa parte del cuerpo, ni en el pecho, pero sí recordaba aquella víbora amenazadora recubierta de un espeso pelo pelirrojo, igual que el que ella tenía en su zona íntima.

Dana se dejó vencer por el cansancio una vez más y cerró los ojos durante lo que le pareció un momento. Al instante siguiente, ella estaba chillando desesperada.

—¡Jane, Jane, Jane! —gritaba con ansiedad.

Jeremy se despertó asustado y se levantó de pronto para ver a la embustera acurrucada en el suelo vociferando, llamando a su hermana. Dejó a un lado el revólver que había estado sosteniendo.

Maldijo al tiempo que se acercaba para calmarla.

—Hertford… —susurró. Le tocó el hombro para tranquilizarla. En ese instante la vio abrir los ojos, levantarse a una velocidad nunca vista y saltar sobre él.

—Jane, Jane… —sollozaba él… ella. Nunca se acostumbraría a que no fuese un hombre, de ahí que hubiese elegido llamarlo… llamarla por su apellido. Escudarse en Hertford era más sencillo para todo lo que Jey sentía en su interior.

Jeremy gimió. Una vez más estaban uno encima del otro… y en esta ocasión desnudos, y que Dios lo maldijese, él la había examinado con atención cuando ella se quitó la ropa. Aunque eso fue solo para asegurarse de que en verdad era toda una mujer. ¡Y vaya si lo era! Tanto que incluso en un momento en el que no debía estar dispuesto y con la bandera izada, él parecía más que listo para hacerle el amor. ¿Hacer el amor? Andrews frunció el ceño con ese pensamiento. Él se desfogaba, no hacía el amor. ¿De dónde mierda había venido ese pensamiento?

—Hertford… creo que será mejor que te despiertes de una vez, porque el diablo está sentado en mi hombro derecho susurrando. Y lo que deseo de ti es algo que no debería obtener si no quiero que Águila Negra acabe matándome.

La respuesta de Dana fue abrazarlo con mayor intensidad. Todavía no era consciente de la realidad que estaba a su alrededor.

—¿Andrews? —preguntó, mientras acomodaba la cabeza en el hueco de su cuello. Había reconocido su tono de voz y eso la calmó al instante.

—El mismo. Debes soltarme —le ordenó tirante.

—No. —A ella le daba igual el enfado de él. Lo necesitaba así en ese momento.

—Sí.

—No.

—Sí. —Él sentía su sangre arder, aunque el cuerpo de ella estaba congelado.

—Tengo frío y he tenido una pesadilla horrorosa. No creo que pueda dejarte ir, porque necesito tu calor y tu compañía —le confesó.

—No tengo pensamientos… puros sobre ti, desnuda, encima de mí. Créeme, es necesario que te alejes lo antes posible. Porque incluso furioso como estoy contigo no puedo…

—No me harás daño.

—Deberías haberme temido incluso cuando yo creía que eras un chico, porque lo que ansiaba hacerte, aun considerando que no era correcto…

—Sabía que te gustaba. La forma en la que me observabas, tu furia cuando te desafiaba… Sé leerte Jeremy Andrews y deberás aprender a hacer lo mismo conmigo.

—No. No me gustabas —negó con la cabeza—, pero me encendías como el mismísimo sol. Me refrené porque no soy un hombre que se acueste con otros hombres.

—Pero yo soy una mujer —susurró pasados unos pocos segundos.

—Una embustera, y precisamente por eso debes quitarte de encima de mí.

—No fue algo personal. Soy demasiado vistosa y los hombres me molestaban todo el tiempo, por eso Jane quiso que yo fuese un hombre durante el viaje. Cuando me puse un traje y nadie me miró… Me siento más segura siendo Dan Hertford, aunque crean que soy afeminado. No me había sentido a salvo de los ojos lascivos jamás. De hecho, no había tenido pesadillas desde que salí de Londres y dejé al Demonio allí. —Le dio un rápido beso en los labios.

—¡Maldita sea, Hertford! —No podía más. La lujuria, y algo más que no quería pararse a interpretar, lo tenían consumido.

—Dana. Usa mi nombre, Jey —murmuró contra su cuello.

—No pienso hacer eso, y no me llames Jey.

Él rodó por el suelo con la intención de alejarse de la tentación. Dana era pequeña pero fuerte, así que no logró desembarazarse de ella. Se quedaron en la tierra el uno frente al otro. Ella lo tenía bien agarrado por el cuello y estaba pegada a su cuerpo.

—Tú te lo has buscado —dijo, al tiempo que cogía su monstruosa víbora con la mano derecha.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, al ser consciente de lo que él parecía proponerse. Sorpresivamente no estaba asustada. Más bien… entusiasmada.

—Darme placer sin arruinarte, porque de lo contrario acabaré haciendo una temeridad.

—¿Me deseas?

—¡Que me aspen si puedo negarlo! No quiero hablar contigo, no quiero mirarte, no deseo saber nada más de tu vida, estoy ansioso por perderte de vista, pero lo que más necesito en este momento es sumergirme entre tus piernas y cabalgarte con rudeza. —Ahí estaba. Lo había dicho y esperaba que él… que ella se levantase airada y le diese un puntapié en su… Sí… ahí, dado que sería la única manera de que él dejase de lado la lascivia que sentía recubriendo cada gota de su sangre.

—¿Sería eso solo una venganza por mi engaño, Jey?

—No me llames así, por amor de Dios, Hertford.

—Dana —lo corrigió.

La reacción de él fue acercarse más a ella. Los ojos de uno fijos en los del otro. Jeremy se percató de que no le temía y que eso se debía probablemente a que ella había sido demasiado tiempo un hombre y estaba curtida. Bajó su boca y la besó de modo exigente, crudo, rudo, feroz. Duró unos cinco minutos, en los que se dio cuenta de que ella no había mostrado repulsión. Se separó para mirarla una vez más. Sus ojos de gata estaban llenos del mismo deseo que los de él.

—Maldita seas, mujer. Maldita seas por haberme engañado, tentado y hacer que te desease cuando creía que eras un chico. Maldito sea yo por no poder controlar lo que me haces sentir. Deberías alejarte. Yo debería dejarte ir. No puedo… ¡Maldita seas, Dana Hertford! —gritó. Cerró los ojos, volvió a besarla, con la misma rudeza que hacía un instante, y esta vez descendió por su cuello para chupar esos pechos tan apetecibles que había descubierto cuando ella se mojó en el río. Era lo que más deseaba en el mundo. Su mano volvió a sujetar su virilidad y comenzó a zarandear su eje con movimientos agresivos. Estaba loco de deseo, de lujuria. Enfadado, ansioso. La necesitaba.

Dana se dejó llevar. El tío George se había colado en sus sueños para perturbarla y necesitaba olvidar lo que era tener pavor. Jeremy Andrews no le inspiraba temor alguno, solo deseo. Lo necesitaba en un lugar muy concreto de su cuerpo y él solo estaba atendiendo sus pechos.

—Jey… por favor… Necesito… —murmuró, ansiosa por lo que él le hacía sentir.

—Lo sé, cariño. Lo sé, pero no puedo dártelo todo —susurró junto a su oreja.

—Te necesito… dentro. —No era inocente del todo. El tiempo en el que disfrutó de la libertad de ser un hombre había tenido muchísima información sobre el acto amoroso.

—¿Eres virgen, muchacha?

—No he estado con nadie. No he besado a otro hombre más que a ti —le confesó con esperanza. No le gustaba que él estuviese enfadado con ella, no así. Le encantaba enfurecerlo con sus salidas de tono, pero él, más que furioso, se percibía… estafado, triste, herido.

—No te tendré. No pienso casarme contigo y es lo que Águila Negra me obligará a hacer si te poseo.

Si ella hubiese respondido de otro modo, la cosa sería muy diferente. No podía mancillar a una inocente.

—Jey… por favor—musitó, al tiempo que movía las caderas para buscarlo. A ella, en ese momento de necesidad, le importaba todo una boñiga de caballo. Lo que ansiaba era calmar la pasión que sentía en esa parte de su cuerpo.

—No. Esto es una locura. —Dana enroscó sus piernas en la cintura de él. Lo escuchó maldecir de nuevo y lo siguiente que ella percibió fue su masculinidad frotando su núcleo.

—Más… —reclamó ella, al ver que él dejó de mover su virilidad sobre su perla.

Él se quedó atónito con esa petición. Luego sonrió de lado. No era como las demás, eso no podía negarlo.

—Oh, cariño, eres una de esas mujeres codiciosas que exige que su amante lo dé todo… ¿verdad? —Y no tardó ni un segundo en complacerla, moviendo de nuevo su virilidad en su centro. La cabeza hinchada de su hombría estaba causando un torbellino de placer en ella.

—Más… —repitió Dana, llena de júbilo por la maravillosa sensación que el roce de

esa parte de él producía en ese punto exacto de ella.

Jeremy comenzó a sacudir su miembro con violencia poseído por la más cruda de las necesidades, mientras controlaba, con la precisión de un cirujano, no acabar ensartándola. Movía la cabeza de su eje sobre el botón del placer de ella con deleite para ambos. Estaba tan mojada… Saber que era virgen. ¡Por Dios, Satanás y los ángeles del cielo y del infierno, que deberían darle un premio por no terminar con el sufrimiento que sentía! Podía percibir la humedad de ella resbalando en sus propias manos. Estaba tan mojada y dispuesta… Solo tenía que mover un poco el ángulo y podría hacerla suya. Suya y de nadie más. Era pura y él podría ser el único hombre en tenerla.

Sintió las uñas de Dana clavarse en su espalda y Jeremy gimió por el placer de ese ligero dolor unido a la lujuria que sentía. Y ella se movía de un modo que… Al siguiente minuto, la escuchó gritar de una manera tan cruda, tan liberadora que lo hizo sentir el hombre más capaz de la Tierra. No se había preocupado del placer de ninguna mujer con las que había estado. Aquello era una transacción económica, pero esto era… No deseaba pararse a pensar en lo que suponía haber querido darle descanso a la maldita embustera.

—Jeeeeeeeeyyyyy —chilló con todas sus fuerzas.

Tampoco razonaría sobre lo que implicaba ese golpe que sintió en su pecho cuando ella llegó a la cumbre de la montaña del deseo con su nombre en los labios.

—Síííí. —Le siguió él a la zaga en cuanto sintió un éxtasis tan formidable y arrollador que le hizo temblar las piernas.

Ella notó algo cálido derramarse sobre su intimidad. Sabía que él había conseguido alcanzar la cima, al igual que ella.

La señorita Hertford se quedó quieta, con los ojos cerrados y una preciosa sonrisa en el rostro. Sus manos todavía estaban sosteniéndose de la espalda de él.

—Dios de los cielos… Esto es magnífico, Jey. Tuvimos que haberlo hecho antes —señaló, sin despegar los párpados.

—Eres peligrosa —susurró sin que la pelirroja lo escuchase.

Él se levantó y ella se dio la vuelta de lado, dispuesta a conciliar la paz que acababa de sentir. No pudo concentrarse en su plenitud, dado que Jeremy se acercó a ella con un trapo mojado por la lluvia, y procedió a limpiarla. Dana se dejó hacer.

—Eres tan considerado —alegó, sin poder abrir los ojos todavía. No era cansancio, no como montar a caballo, pero sí un tipo de agotamiento tan maravilloso que se sentía en una nube.

La tapó con la manta y se alejó de ella. Aunque Jeremy acababa de liberarse, no estaba saciado por completo. Fue placentero hacer *eso* con ella, pero seguía necesitando hundirse hasta la empuñadura. Su mano no le daba tanto placer como imaginar lo apretada que ella se habría mostrado si él se hubiese deslizado en su interior para reclamarla. ¡Maldito infierno sangriento! Había conseguido no robarle la virtud a la hermana de la esposa de su mejor amigo… por los pelos.

Si Dan Hertford era peligroso para su cordura, Dana Hertford lo era para todo su mundo. Golpeó el suelo con furia. Virgen. Nadie la había poseído… en caso de que ella le hubiese dicho la verdad, por supuesto. Entonces, ¿cómo saber si una mujer que lo había estado engañando durante meses era de confianza?

Y otra vez se agolparon en su mente los recuerdos de ese falso Hertford, haciéndolo dudar de su hombría, de sus preferencias carnales… La autofustigación que había estado soportando por creer que era un hombre que ansiaba a un jovencito pelirrojo de boca suave…

Era una embaucadora, una farsante. ¿Y si había simulado la pesadilla para tenerlo donde lo deseaba?

Una cosa era segura. No se fiaba de esa tramposa, y por mucho que la desease, se desharía de ella en cuanto tuviese la menor ocasión.

***

Un sonido la despertó de su maravilloso sueño. Atrás habían quedado las imágenes del Demonio haciéndola sentir incómoda. Solo había espacio para una persona en su mente. Se incorporó, sin levantarse del todo del suelo. Sintió una corriente fría. Todavía llovía afuera con intensidad. También había relámpagos, pero no truenos. Ladeó la cabeza y divisó a Jey lejos de su posición. Se puso de pie y fue a colocarse a su lado. Él se había destapado, ella le colocó la manta y se tumbó junto a él para abrigarse también con la suya propia. Estaba durmiendo como un bebé. Se sonrió a ver lo apuesto y dulce que se veía. Se puso delante de su torso y acopló la espalda en su pecho. Le gustó sentir su calor, y más le encantó el momento en el que él le pasó una mano por la cadera y la apretó contra su cuerpo. Cerró los ojos y disfrutó de su protección. Sería un sinvergüenza, y una chica decente no debería amar a un hombre como Jey, sin embargo, Dana Hertford no era una muchacha corriente. Se había enamorado por completo de él y no tenía caso negar que le había entregado su corazón y su cuerpo, aunque él no quiso mancillarla… por completo. Era un sinvergüenza honrado.

—Da… na —murmuró, sobre su cuello—. Me gus…ta que huelas a li…món.

Ella oyó lo que él acababa de decir y su corazón comenzó a aletear con fuerza. Escuchar su nombre en sus labios era un gran presagio. Al fin estaba en casa, así que se dejó llevar por la tranquilidad que Jey le hacía sentir, y acabó dormida de nuevo entre sus fuertes y protectores brazos.

Lamentablemente, no pasó demasiado tiempo hasta que el pelirrojo abrió los ojos. Tenía su virilidad cobijada entre dos nalgas y estaba de nuevo erecto y más que preparado para… Miró a su alrededor. Los recuerdos de lo que había hecho con la pequeña embaucadora llegaron para crearle un tormento doloroso.

Trató de apartarse de ella, pero lo que consiguió fue que se diese la vuelta y lo rodease con un brazo y una pierna. ¿Qué mal había hecho él en esa vida para estar en un aprieto como ese? Las ganas de volver a besarla, tumbarla sobre su espalda y tomarla sin remordimientos estaban más que presentes. No debía. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para quitársela de encima.

Dana se sentía cálida, arropada, serena. Alguien la tenía entre sus brazos, pero la

estaban moviendo y eso la molestaba. Abrió un ojo para echar un vistazo. Lo vio frente a ella y le sonrió.

—Buenos días, Jey.

—No me llames así —dijo con los dientes apretados.

—Oh, oh. Alguien se levanta de malhumor —dijo con una sonrisa al tiempo que se acercaba para darle un beso.

Él se dio cuenta de lo que Dana se proponía y apartó el rostro, por lo que los labios femeninos chocaron sobre la áspera mejilla derecha de él.

—No hagas eso.

—¿No te gusta que te bese? Creí que lo hacíamos muy bien juntos. ¿Por qué te has apartado? ¿No me dirás que he herido tu sensibilidad, Jeremy Andrews? —se mofó ella.

—¿Para ti todo es un juego? —respondió cortante. Ella suspiró.

—¿Sigues enfadado? Ya te expliqué que…

—Por favor, deja que me levante. No quiero hacerte daño.

—¿Físico o de otra clase? —rebatió ella, sin permitirle salir de su abrazo.

—¿De verdad, quieres jugar esa carta, Hertford?

—¿De verdad —usó la misma fórmula que él— soy Hertford después de lo que ha pasado entre nosotros?

—No ha sucedido nada irreparable. Si es cierto que eras virgen, sigues siéndolo —cuestionó con enfado.

Ella lo soltó en ese instante. Él se puso de pie, la manta de ella se escurrió y desvió la vista para no ver esos senos que hasta hacía poco habían sido invisibles para él.

Él era tan hermoso, tan varonil y excitante… Lo tenía desnudo ante ella y no podía evitar mirar de reojo esa virilidad tan… monstruosa. Dejó de admirar todo su cuerpo y se centró en su rostro. Él la miraba con cara de perro. Sí, de perro rabioso y eso no resultaba alentador.

—Veo que tienes ganas de pelear conmigo y creo que será mejor que ninguno de los dos digamos nada de lo que nos podamos arrepentir.

—En eso estamos de acuerdo. Levántate y ponte algo de ropa. Será mejor que te cubras los… —Jeremy movió las manos para señalar su torso, para explicarle que tenía los pechos a plena vista.

—Rompiste mi camisa, vaquero. —Ella subió la manta para no continuar hiriendo su sensibilidad, puesto que sus dos senos parecían incomodar mucho a Andrews.

—Seguro que trajiste otra de repuesto.

—La verdad es que no, porque si hubiese tenido otra ropa, no me habría quedado desnuda.

—Pienso que lo habrías hecho de igual modo. —Ella frunció el ceño ante lo que se sintió como un verdadero reproche.

—¿Qué insinúas?

—Es evidente que te propusiste atraparme desde el principio.

—¿Atraparte? —Seguía sin entender a lo que se refería.

—No pienso casarme contigo suceda lo que suceda entre ambos. Será mejor que lo asumas cuanto antes y te alejes de mí.

—Así que crees que mi intención ha sido la de… ¿atraparte? ¿Desde que nos conocimos?

—Sí.

—¿Eso es lo que has estado pensando desde que descubriste que era una mujer?

—Eso y que eres una vil mentirosa en la que no confío.

—¡Vaya! Lo que una mujer desea escuchar después de que su hombre le brinde unos momentos de la pasión más deliciosa es que… —comenzó a ironizar.

—No soy tu hombre —la interrumpió.

—Ya. —Ella trató de tranquilizarse. Lidiar con un varón cabezota, enfadado y que se creía traicionado, era peor que ponerse delante de un toro para evitar que montase a una vaca. Se armó de paciencia—. Entiendo que vas a estar enfadado durante un largo tiempo, pero ni tú eres capaz de negar lo que ha sucedido entre nosotros. Lo que sentimos el uno por el otro.

—No ha ocurrido nada —le dijo, sin mirarla todavía a los ojos. Ella, por el contrario, no había despegado la vista de él para examinar con cuidado sus reacciones.

—Me has hecho el amor —habló con contundencia.

Él se puso nervioso ante su observación. Dana percibió un cambio de actitud en él y se preparó para un arrebato.

—Lo único que hemos hecho ha sido aliviarnos.

—No.

—Es lo que ha sucedido.

—Mientes. Me has hecho el amor —rebatió ella, pues no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer en esa cuestión.

—No, muchacha. Es imposible porque yo, cuando estoy con una mujer, no hago eso.

—¿Y qué haces? —inquirió, sin que pudiera detener la pregunta.

—Fornicar —dijo sin vacilación.

Ella silbó.

—Bueno, es un gran consuelo que haya sentido que me has hecho el amor y no otra cosa, aunque no has querido llegar hasta el final para convertirme en tu mujer.

—No lo he hecho y no ha sido gracias a tu ayuda. Eres más atrevida que la mejor fulana de un selecto burdel, y si no fueses la hermana de la señora Hutson, te aseguro que a estas horas habrías perdido tu virtud, y yo no sentiría la menor lástima.

La señorita Hertford hizo un aspaviento, en una clara señal para restar importancia a las palabras de él. No caería en su juego. No iba a pelear con él. No dejaría que sus afirmaciones se sintieran como un insulto. El desgraciado buscaba una discusión y ella era más inteligente que todo eso.

—Tonterías. Estás enfadado y despechado. No te lo tomaré en cuenta. Cualquier cosa que digas la olvidaré en el acto… a no ser que hables de una promesa de…

—No deberías hacer eso, muchacha —la interrumpió con un gruñido—. No seré yo quien acabe sufriendo. No serías la primera mujer que quiere echarme el lazo para domesticarme como a un potro escurridizo y a la que abandone sin mirar atrás. Considérate debidamente advertida.

—No eres así —dijo convencida—. He visto dentro de ti, tu alma, Jey…

—No me llames de ese modo.

—… y he comprobado lo que eres. No has tomado mi virtud, aunque yo te la ofrecido, porque eres noble. Te preocupas por mí. Me has atendido después de hacerme el amor. Otro hombre en tu lugar, cuando te obligué a besarme, mientras pensabas que era un chico, me habría golpeado, eres diferente, lo siento aquí —se llevó una mano al corazón—. Déjame entrar, Jey, no tienes por qué estar solo. Podemos hacerlo bien.

Él comenzó a negar con la cabeza.

—Piensa lo que quieras, Hertford —le dijo sin enfadarse—, pero recuerda mis palabras. Pase lo que pase, no seré tu esposo. Amé una vez a una mujer y no volveré a ser tan estúpido como para caer en la trampa.

Ella le dedicó una brillante sonrisa y le guiñó un ojo.

—Ah, pero tú ya estás enamorado de mí, Jey.

—Te he pedido muchas veces que no me llames así… Si lo vuelves a hacer…

—¿Qué harás? —preguntó jocosa—. ¿Me darás unos azotes en el trasero? Uhm… Haces que me sienta juguetona.

—Una dama no debería hablar así, pero ambos sabemos que no lo eres —la regañó.

—Cierto, yo no soy una mujer al uso. He adquirido vuestros vicios durante meses y me gusta mostrarme perversa contigo. —Aunque él lo había dicho para herirla, no iba a consentir que triunfase.

—Estoy duro, Hertford —él se sujetó la virilidad con la mano para mostrar de lo que hablaba y vio que ella, la muy descarada lo miraba *ahí* mientras se mordía el labio. Se soltó sus partes íntimas y le dijo—: Si no quieres que olvide quién es el esposo de tu hermana, harás bien en levantarte y vestirte para que nos pongamos en marcha.

—Uhm… ¿Es un reto, Jey? Siempre adoré los desafíos, pero los disfruté más siendo un muchacho. Te recomendaría que no siguieses por ese camino porque podría aceptar tu juego.

—Estás *jugando* —arrastró la palabra— con fuego, Hertford.

—Dana. Di mi nombre, porque de lo contrario comenzaré a pensar que estás terriblemente asustado… Me temes.

—¿Asustado de ti?

—De lo que sientes por mí y te niegas a admitir.

—Lo que siento es lujuria. Te deseo como nunca antes quise yacer con una mujer, te concederé eso.

—Me deseas con esa fiereza porque me amas. Lo admitirás cuando estés preparado. No tengo ninguna prisa. No te forzaré a reconocer lo que los dos sabemos. Soy capaz de esperar hasta que se te pase el enfado por no haberme descubierto.

—Lo que has dicho es todo una gran mierda de caballo. Me mentiste, Hertford, y no eres de fiar.

—No. No te mentí —rebatió rauda.

—Me dejaste pensar desde el principio que eras un chico desviado. Debiste decirme la verdad en cuanto te diste cuenta de que te deseaba y peleaba conmigo mismo por hacerlo.

—La sabes ahora.

—Y no confío en ti.

—Te sientes traicionado, lo sé. No era algo personal. Es muy complicado, Jey.

—Si vuelves a llamarme así, te juro por la tumba de mi madre, esa que no me quiso jamás, que te besaré de tal modo que estarás jadeando y exigiendo que me hunda en tu interior.

—¿Es eso lo que quieres que haga? Solo tienes que pedirlo y lo haré, porque me he enamorado de ti, Jeremy Andrews —le confesó con el corazón en la mano.

—Eres la mujer más estúpida que conozco.

—¿Lo soy? —No iba a enfadarse, porque eso era precisamente lo que él buscaba, se tuvo que recordar a sí misma.

—Te he dicho que fornicaré contigo, pero no me casaré y, aun así, hablas de tontos sentimientos. Lo eres —sentenció mientras resoplaba.

Era un luchador, lo veía. De acuerdo, ella tenía más agallas que él e iba a demostrárselo.

—No te tengo miedo, Jey.

—Te lo he advertido, no uses mi nombre porque de verdad que estoy a un paso de mandar todo al infierno y poseerte como nunca ningún otro hombre lo hará.

Dana se puso de pie con delicadeza. Se quedó desnuda frente a él. Se mostró vulnerable y segura de sí misma. Había escogido al hombre con el que deseaba pasar el resto de su vida. Supo que era Jeremy Andrews en cuanto lo besó. Se había resistido a él con fuerza, ya no podía soportarlo más. Lo veía colérico y lo único que deseaba era calmarlo y convencerlo de que lo amaba con todo su ser. No era el capricho de una mujer que no sabía lo que necesitaba. Él era lo que escogía y, por los testículos peludos de Satanás, que lo haría entrar en razón.

Se acercó a él y lo vio dar un paso atrás.

—No lo hagas.

—Te he dicho que te amo. No me crees y debo probártelo.

—No te correspondo —dijo él con seguridad.

—Estoy dispuesta a demostrarte cuanto te amo. Incluso estando enfadado como sé que lo estás, cuando tu lengua solo quiere escupir veneno sobre mí, pues crees que te he traicionado y me he burlado de ti, me muestro ante ti con todo lo que tengo para darte. Desde que me besaste soy tuya, Jey. Si me deseas ven a por mí, porque yo estoy ardiendo por ti. —Ella le tendió la mano. No quería seguir caminando hasta él porque parecía dispuesto a echar a correr.

—No nos pongas en esta situación. No te lo advertiré más. Vas a sufrir, Hertford. No me casaré contigo.

—Solo ámame… —susurró con expectación.

—Lo único que puedo darte es mi lujuria.

—Entonces dámela y yo te colmaré con mi amor. Llevas solo demasiado tiempo. Yo también. Ven a mí.

Comenzó a preocuparse a medida que lo veía batallar consigo mismo, en una discusión interior que no sabía en qué devendría. Tragó saliva creyendo que no conseguiría llegar hasta él.

—No será hacer el amor.

—Sí por mi parte.

—No me hagas traspasar una línea que hará que nos arrepintamos los dos. Te poseeré y no habrá ningún otro acuerdo, Hertford.

—Te deseo y ansío que me poseas, como yo te tendré ti. ¿Qué más tengo que hacer para que vengas a mí, Jey? —señaló con la sinceridad reflejada en sus ojos.

—Te maldigo, mujer, por salirte siempre con la tuya —gruñó, al tiempo que salía disparado hacia ella.

Ella saltó sobre él y las piernas de Dana se quedaron enredadas en la cintura de Jey, sus brazos cruzados sobre su poderosa espalda. Los dos se besaban con desesperación en un

momento que ella sintió como algo glorioso.

—¿Por qué has tardado tanto? —lo regañó sin dejar de besarlo.

—Porque no quería hacerte sufrir —le reveló entre caricias.

—No me harás daño —susurró contra su boca.

—Lo haré y me odiarás —refutó él, al tiempo que volvía a besarla con fuerza.

Se fue con ella en brazos hasta que encontró la manta más cercana. La tumbó y Dana lo observó con tanta hambre que a él se le hizo la boca agua.

Se tendió sobre ella y comenzó a besarla con pasión. Ella le siguió el ritmo, le acarició el pelo y la espalda, con la finalidad de ofrecer todas las caricias que pudiese para hacerle entender que en verdad lo amaba y le estaba ofreciendo todo lo que era, lo que poseía.

Andrews le abrió las piernas con las rodillas y llevó una mano para palpar su intimidad. La encontró tan empapada que aulló de puro gozo.

—Me deseas —le señaló mirándola a los ojos.

—Más que a nada en este mundo —confesó sin temor y con total honestidad.

—Nos destruirás a los dos, Hertford —comentó, mirándola con fijación a los ojos.

—Dana. Di mi nombre, Jey. Dilo. Déjame oírtelo decir.

—No.

—Dilo. Es a mí a quien deseas, a quien amas.

—No. —Se agarró el miembro y lo colocó en su entrada. Ella levantó las caderas para

facilitarle la labor—. Es tu última oportunidad. Solo tienes mi lujuria, Hertford. O me frenas o seguiré.

Ella lo vio debatirse entre lo que deseaba hacer y lo que sabía, porque era un hombre honrado, que no debía hacer.

—Soy tuya, Jey. Haz conmigo lo que debas.

—Maldita seas una y mil veces —la volvió a maldecir una vez más por no apartarlo.

Jeremy comenzó a hundirse con cuidado en ella. Estaba tan apretada y él era tan grande que no sabía si lograría llegar al final. Con una habilidad que no creyó tener con una mujer virgen, se contuvo de deslizarse hasta el fondo. Si lo hacía, la haría pedazos. Sintió las uñas clavarse en su carne y eso lo puso al límite. Desistió en su avance y dejó de empujar. Ella estaba demasiado apretada y debía prepararla mejor para recibirlo. Salió de su interior con suma cautela. Tanta, que ella sintió su cuidado y protección y se estremeció.

Lo siguiente que sintió Dana fue una mano acariciando su intimidad, y de pronto un dedo se hundió en ella. Gritó de placer. Él se maravilló con lo receptiva que se mostraba. Tan desinhibida… tan apasionada y maravillosa. Metió un segundo dedo con delicadeza infinita, y con el pulgar pulsó sobre esa protuberancia sensible que la haría gritar. No tuvo que esperar demasiado para escuchar cantar, con fuerza, su liberación.

—Eres glorioso en lo que haces, Jey. —Ella lo besó y él se dejó besar.

—Debes estar tranquila para lo que viene. Deja que siga haciendo mi trabajo. —Ella asintió.

Jeremy volvió a sujetar su miembro y lo llevó hasta su húmeda entrada. Se introdujo un poco. Ella saltó ante la intrusión.

—Eres demasiado grande. —Dana hizo una mueca de dolor.

—Lo sabías desde hacía semanas, no te atrevas a mostrar miedo ahora por mi tamaño.

—Él le besó los labios—. Relájate y entraré. Cierra los ojos y siente mis caricias sobre tu sexo. —Repitió la acción. Esta vez ella le permitió la entrada. La mano de él ya había soltado su virilidad para posicionarse en esa perla rosada que la haría volver a sentirse llena de lujuria.

—Me gusta cuando me tocas así. Haces que desaparezca de este mundo. Me obligas a olvidarme de los problemas, y solo estás tú.

—Lo sé.

—Eres demasiado vanidoso —le recriminó entre jadeos.

—Porque puedo serlo. —Él le sonrió.

Avanzó poco a poco en su humedad, como si fuese un pesado trabajo en las minas en el que un paso en falso los haría caer a ambos.

—Dime que me amas —suplicó, al tiempo que lo sintió llegar hasta el final. Había sido tan paciente y delicado… ¿Por qué no confesaba lo que ella sabía ya? Estaban hechos el uno para el otro. Lo supo desde el primer beso. Todo el mundo que sabía que ella era una mujer, se lo había dicho, la habían conducido hasta sus brazos y ella se entregaba libre y feliz a él.

—No te mentiré. —Gimió, lleno de placer al sentirse tan abrigado por la intimidad de ella.

—Di mi nombre, Jey, necesito que me hagas el amor y susurres mi nombre —le pidió junto a su oreja.

Jeremy comenzó a balancearse en cuanto percibió que ella se relajaba y salía a su encuentro.

—No —negó, al tiempo que le besaba el cuello con fuerza. Incluso atrapó un bocado de carne para mantenerlo entre los dientes.

—Hombre terco… —se burló ella.

Él se quedó quieto un momento y se movió para quedar frente a ella, para que lo mirase bien. Comenzó a moverse con mayor fiereza. Ella llevó una mano hasta su pelo para acariciarlo. Jeremy intensificó los embates. Ella gimió alto. El dolor inicial se había convertido en un ardor… algo… Las caricias certeras de él eran mágicas. Se sentía volar hacia un lugar brillante, lleno de placer. Sus párpados se cerraron por inercia y sus gemidos aumentaron.

—Solo hay una mujer a la que he amado…

Ella abrió los ojos con pánico al escuchar esa frase.

—No lo hagas, te lo suplico.

—Es la verdad.

—No podré perdonarte si lo dices. No lo hagas. No ahora… —Lo observaba mirarla con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Es la única manera de que lo entiendas —añadió, antes de comenzar a moverse con mayor determinación. Ella gimió cuando él profundizó sus movimientos.

—Jey… —Su nombre salió como una súplica y él no supo si era para pedirle más pasión, o para rogarle que no quebrase ese momento especial que estaban compartiendo.

—Mery Beeeeell —rugió, cuando se derramó en sus entrañas.

Ella se congeló, incapaz de hablar o moverse. Los ojos de uno y de otro seguían fijos, dado que él no había apartado la mirada ni para decir el nombre de otra mujer mientras llegaba al cénit de su pasión.

—¿Qué has hecho…? —se preguntó, pasados unos minutos que se sintieron como horas, más a sí misma que a él. No iba a llorar. No derramaría ni una sola lágrima. No le daría a él ese placer. No. Se mordió la cara interna de los mofletes para poder concentrarse en otro tipo de dolor menos agudo. Ni cuando sintió el sabor de la sangre en la lengua, le resultó tan duro como lo que Jeremy Andrews acababa de hacerle.

—Lo que era necesario —respondió él—. Ahora ya sabes que no te mentía, Hertford. No te amo y no estaba haciendo el amor contigo —le espetó, al tiempo que salía de su interior sin ningún cuidado.

Dana se encogió con incomodidad cuando sintió el vacío que acababa de dejar en su ser, y no solo el físico, sino también el emocional. La pelirroja se levantó de inmediato, sin mirarlo. Los restos de su ardor corrían por sus muslos, junto con su sangre virginal. Suspiró y comenzó a negar con la cabeza, y sin buscar la expresión de los ojos de él, le dijo sin acritud:

—Ahora ya puedes estar satisfecho porque has logrado tu objetivo. Me has roto el corazón en mil pedazos, y no serás capaz de recomponerlo ni en mil años, Andrews. No temas que te vuelva a demostrar mi amor, dado que nunca podré volver a hacerlo, puesto que tú jamás serás capaz de revivir lo que hoy has envenenado.

Capítulo 8

Una amarga realidad

El Gold Hotel de Austin resultó ser muy agradable. No era que hubiese echado de menos el lujo de Londres. Bueno, tal vez un poco sí. Desde que se había instalado en su nueva residencia en Austin, hacía poco más de dos meses, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. ¿Cómo se sentía Dana? Extrañamente complacida con las posibilidades que se abrían frente a ella.

Se sentó en la ventana más próxima de su pequeña pero fabulosa habitación de hotel y miró por la ventana. Se había vestido con esmero para la ocasión. Llevaba un vestido de tafetán color azul zafiro, con las mangas largas, ligeramente abullonadas, y unos bordados discretos con hilo de plata en un escote rematado con una gasa vaporosa blanca. La falda, ajustada a su esbelta cintura, era lisa, salvo por un pliegue de encaje en la zona más cercana al suelo. Un atuendo discreto pero elegante.

Creyó, cuando se dirigió a la modista de la ciudad, que acabaría echando de menos los cómodos pantalones que facilitaban sus movimientos. No fue así del todo. En el momento en el que ingresó en el taller de la costurera, siendo todavía el señor Dan Hertford, se dio cuenta de que se moría por ponerse un precioso vestido. Le dijo a la buena señora que su hermana melliza iba a llegar pronto a Texas y que necesitaba hacerle un guardarropa nuevo, la mujer lo miró con cara de incredulidad. En especial, cuando le sugirió que le tomase las medidas a él para hacer los vestidos. Ciertamente, enfundado en un traje polvoriento, luciendo unos maltrechos pantalones, una camisa deleznable, un chaleco y una chaqueta más que cuestionable, la trabajadora pensó estar ante un mendigo. La pelirroja no iba a malgastar dinero en comprarse un traje de hombre para ir a adquirir los vestidos que necesitaría usar como Dana Hertford, por lo que cuando pagó

la habitación del hotel, se bañó y se colocó la misma ropa con la que había hecho aquel insoportable viaje. Cierto que sacudió y adecentó lo mejor que pudo su ropa masculina, aunque el gesto no ayudó para que la vestimenta le sirviese para darle una buena imagen. Bien. Lo importante fue que ella consiguió los nuevos vestidos una semana después, tiempo que aprovechó para reflexionar sobre su futuro en la soledad del Gold Hotel.

Desde la ventana con el perfil de madera blanco, tras la luz del cristal que reflejaba el sol, vio a una pareja caminar por el lado derecho de la calle. La mujer, ataviada con un sencillo vestido verde, cuyo cabello rubio estaba cubierto por un bonete de paja con unas pequeñas plumas, iba agarrada del brazo del que, a buen seguro, sería su orgulloso esposo. Ambos charlaban y se reían mientras avanzaban calle abajo. Sacudió la cabeza y cerró los ojos.

Una lágrima cayó de su ojo derecho al recordar a alguien al que no quería traer de regreso a su mente. Dos meses no eran suficientes para borrar el dolor de su corazón, pero tendría paciencia para eliminar su recuerdo.

Suspiró con fuerza y el cristal quedó empañado por el vaho de su aliento. Usó el guante de cervatillo que llevaba puesto para limpiar el vidrio de la ventana.

Jeremy Andrews. El nombre brotó de su garganta como el flujo gástrico que subía por el mismo conducto. Buscó el orinal a toda prisa para no hacer un estropicio en un lugar tan bonito. No deseaba dejar sus restos sobre la tupida alfombra del suelo. No era buena idea recordarlo a él, lo sabía, porque en cada ocasión en la que él le venía a la mente, ella acababa vomitando el contenido de su estómago. El café y las tostadas del desayuno fueron un desperdicio, aunque al menos no lo sacó todo de su interior. Dejó el orinal debajo de la cama y se volvió a acercar a la ventana para entretenerse con la ajetreada ciudad que esperaba que le ayudase a sanar su alma.

¿Dónde estaría él? No se había hecho esa pregunta desde que lo vio subir a un tren en cuanto llegó a la ciudad. Le fue tan fácil desentenderse de ella…

Su mente viajó a los últimos instantes que compartió con Jey. El camino hasta llegar a Austin resultó silencioso. Ninguno de los dos miró al otro o buscó iniciar una conversación. Incluso sus ojos rojos que habían llorado sin igual mientras él montaba, como siempre delante de ella, no habían conseguido conmoverlo cuando le echó aquel breve vistazo. Era más, estaba

convencida de que él se enorgullecía del daño que le había infligido.

Se dirigieron, sin decir ni una sola palabra, hasta el lugar en el que trabajaba Jack Lowell, el banquero al que la había remitido el dueño del aserradero, quien era además un excelente amigo de los Harris. Ella se acordaba de él, dado que cuando llegó por primera vez a Texas, Lowell había estado al lado de Águila Negra para recibirlas en la estación de ferrocarril.

Cuando le preguntaron a Lowell si sabía el paradero del señor Smith, dijo que no estaba residiendo en la ciudad, algo de un largo viaje fue mencionado y que no sabía si regresaría a Austin de nuevo. Eso fue todo lo que necesitó el hombre que la había hundido en la miseria para desaparecer de su lado. Bueno, en realidad fue ella quien se despidió de Lowell, simulando ser todavía Dan Hertford, para dejar a Andrews plantado y salir huyendo.

No tenían nada más que decirse. Ella poseía dinero y no necesitaba a nadie más. Él deseaba escapar, así que cuando a la tarde siguiente lo encontró de espaldas en la estación de ferrocarril, no se sorprendió en absoluto de que se marchase de la ciudad. No pudo evitarlo y volvió a llorar. Se había jurado que no derramaría ni una sola lágrima por un hombre que no había apreciado lo más mínimo lo que ella le había ofrecido sin exigir nada a cambio. ¿Tan malo fue darle su amor y suplicar que la quisiera? Ella lo había sentido. Él no era indiferente a sus besos, a sus miradas, a sus caricias. ¿Estaría verdaderamente su corazón comprometido con la mujer a la que había nombrado mientras se vertía en su interior?

Dolía. Esa humillación era tan grande que hacía que su corazón se encogiese cada vez que recordaba esa parte. Jeremy Andrews la llevó al cielo para luego dejarla caer en el infierno más sombrío.

Bueno, al menos había conseguido saber lo que era enamorarse de alguien, aunque fuese un desalmado que no merecía que ella le dedicase ni un pensamiento. Y no lo merecía, pero era complicado expulsarlo de su mente y suponía una lucha encarnizada arrancárselo del corazón.

Había empeñado el reloj del tío George, una de las joyas que sustrajo de la casa del abuelo antes de alejarse de allí con Jane, y con ese dinero consiguió cubrir los gastos del hotel y la variedad de ropa femenina que se había comprado.

Había enviado tres cartas a Crystal City. La primera a su hermana, para decirle que iba a quedarse a vivir una temporada en Austin y que no deseaba que se preocupase por ella, que debía confiar en que sería capaz de valerse por sí misma. Le pidió independencia y parecía que Jane se la había concedido, porque hasta el momento no se había presentado para llevarla a su casa. La segunda fue para Sarah Lee. Le informó de su deseo de hacer desaparecer al señor Hertford para dar la bienvenida a su hermana melliza en las próximas semanas, a fin de que la vaquera lo comentase con los muchachos. Tampoco era que le afectase demasiado que acabasen por descubrir su embuste, pues la persona más importante para Dana lo había hecho y la dejó atrás sin pestañear.

La pelirroja se alejó de la ventana en cuanto escuchó que alguien llamaba a su puerta. Se dispuso a abrir, sospechando quién estaría al otro lado, en el pasillo del hotel.

—*Lady* Dana, está usted impresionante, como de costumbre —le dijo, el apuesto caballero maduro que tenía frente a ella.

—Señor Andrews, una dama se ve obligada a presentar batalla y tratar de rivalizar con su buen aspecto —le dijo, mostrando una brillante sonrisa.

La mano del dueño del aserradero se movió rauda para limpiar la humedad de la mejilla derecha de ella. Dana, cuando él terminó de secar las lágrimas que no sabía que todavía estaban ahí, sujetó la mano de él y se la apretó en un claro gesto de gratitud. Solo podía sentir agradecimiento por ese hombre bueno que, tras recibir su misiva, una que se vio obligada a enviar para explicarle que su hijo se había marchado y que el señor Smith no estaba en Austin, se presentó en la ciudad dispuesto a ser su vasallo.

Había tratado de hacerle comprender que estaba bien y que necesitaba soledad, pero el señor Andrews, no era como su hijo. Veía más allá de sus propias narices y con una simple mirada pudo dilucidar la gravedad de su estado. Insistió en quedarse en Austin para asegurarse de que no tuviera ningún percance. Además, sospechaba que el mestizo estaba detrás de la llegada del padre de la rata huidiza. Sí, Jey se había convertido en «la rata huidiza» porque lo era.

El señor Andrews y Dana ya habían hecho buenas migas cuando ella comenzó a trabajar en su negocio, lo de este tiempo en Austin culminó en una sana amistad y compañía que ella agradeció a todos los dioses del universo. Se había instalado en el mismo hotel que la

pelirroja dispuesto a esperar el momento en el que ella decidiese regresar al pueblo.

—No me agrada verte llorar cada mañana, querida.

—Una vez le dije a alguien que llorar no era algo malo. —Sonrió trémulamente.

—Una mujer como tú merece tener cientos de sonrisas para deslumbrar a los pobres mortales que admiren tu perfección.

—Eres un adulador, Jeremy. Las mujeres de Austin harán bien en protegerse de un caballero como tú si no quieren acabar suspirando desvalidas por tus atenciones.

El señor Andrews bajó la mano y ambos se soltaron. Echó una mirada por la habitación. Ella sabía lo que iba a preguntarle cuando arrugó la nariz ligeramente.

—¿Has vuelto a devolver, Dana?

Ella se sonrojó.

—Siento que huela así… llamaré a una muchacha para que…

—Deberíamos llamar al médico. No quiero que te suceda nada malo.

—Solo fue un enfriamiento. Ya te conté que nos sorprendió la lluvia y que desde entonces no me he sentido demasiado bien —explicó, tratando de restar importancia.

—Es lo único que has compartido conmigo de ese viaje. Me prometí no presionarte, sin embargo, sé que ocultas mucho más de lo que parece.

—Tenemos trabajo que hacer, Jeremy —atajó.

—El señor Smith no es mi prioridad, Dana.

—Ha sido un golpe de suerte que él volviese a aparecer y no estoy dispuesta a desperdiciar la ocasión.

—Y yo no estoy dispuesto —usó la misma fórmula que ella— a continuar esperando a que decidas contarme qué fue lo que hizo mi hijo para herirte tan profundamente.

—No hizo nada como eso. —Esperaba haber sonado convincente.

—No sabes mentir, pequeña —le dijo sonriendo—. Tu mirada está apagada. Dejaste el pueblo llena de vida y cuando te vi en la ciudad no eras la misma.

—Naturalmente que no lo era —añadió, señalándose a sí misma. Era una mujer sofisticada, la misma *lady* Dana Hertford que había vivido frente al espejo en Londres: vacía y llena de temor por el futuro. Aunque la segunda parte de sus pensamientos no se la desvelaría a él.

—Eres más testaruda que la vieja mula que tengo en el granero —le dijo enfurruñado.

—No eres el primero que lo saca a relucir. Bien. Ahora, señor Andrews, si ha terminado usted de regañarme —usó la formalidad para darle un toque divertido—, es momento de que vayamos a *pescar*. No quiero quedarme en la puerta aireando nuestros asuntos.

Dana colocó la mano enguatada sobre su brazo en cuanto él hizo el ofrecimiento.

—¿De verdad no considerarías convertirte en la señora Andrews, Dana? Más allá del teatro que se te ha ocurrido para ir a… pescar, como tú bien dices, creo que sería un tonto si desperdiciase la oportunidad.

—Ay, querido mío, eres peligroso —soltó, acompañando la frase con una larga carcajada sincera.

—No más que tú, querida mía —respondió él, en igual tono jovial.

***

Diez minutos más tarde, se encontraron entrando en el gran comedor del hotel, donde Jack Lowell y el señor Percival Smith, el anterior contable del aserradero, estaban comiendo apaciblemente. Todo debía ser producto de un encuentro casual y fortuito, porque así lo habían planeado los tres, para que el cuarto no sospechase nada.

La joven observó al susodicho caballero con atención, dado que el que estaba de frente a ellos era Smith y Lowell figuraba de espaldas. Era un hombre de una edad similar a la del señor Andrews. Tal vez fuese un poco más bajo que él, y tenía también menos pelo. Facciones agradables, más bien afable. No era el tipo de hombre que había imaginado. No. No lo había idealizado con grandes fauces, ni con garras, pero definitivamente no era el ladrón que había supuesto. Se veía tan amigable… Frunció el ceño. También era cierto que había monstruos camuflados bajo apariencias angelicales. Su propio tío era un ejemplo, sin embargo, en los ojos del Demonio siempre había visto esa chispa de pura maldad. Así que Dana se concentró en la mirada de Smith, y cuando lo vio levantar la vista para observar al hombre que caminaba a su lado… ¿Qué demonios había sido eso? ¿Alegría? ¿Reconocimiento?

Ladeó la cabeza de inmediato para ver a Jeremy. Odiaba que el padre y el hijo se llamasen igual. Al usar ese nombre, incluso en su propia cabeza, sintió grandes arcadas. Tragó el líquido que subía por la garganta y se concentró en el señor Andrews. Lo vio responder al gesto del otro hombre con seriedad, una ligera inclinación de cabeza que venía a reconocer su presencia.

Ella había tenido ocasión, en las semanas previas, de entrevistarse con el banquero para ver si podían averiguar el paradero de la excesiva fortuna que el contable le había sustraído a los Andrews, aunque no había servido de nada, porque no había ni rastro en ninguno de los demás bancos de Austin, y tampoco en otros cercanos donde Lowell tenía contactos y había preguntado.

Dana, antes de que el señor Smith apareciera como por arte de magia, había estado haciéndole una serie de preguntas a Lowell sobre el contable, sin embargo, el banquero se extrañó cuando ella mencionó que los Andrews tenían un problema serio con su economía, y le

dijo, afectado, que era la primera noticia que tenía. Dedujo que tanto el padre como el hijo serían demasiado orgullosos como para revelar que habían sido objeto de un robo y le pidió discreción.

Así que lo que le estaba causando un gran desconcierto era ver a ese hombre, Smith, que se percibía adorable, mirar con… con… con… Ciertamente no sabía el modo con el que estaba mirando a su acompañante, pero lo que sucedía ahí, entre ellos, era extraño. Más, porque cuando llegaron a la mesa donde estaba Lowell y los dos hombres se levantaron para saludarlos, se dio cuenta de que el señor Smith era un caballero sencillo que la miraba con una sonrisa genuina dibujada en el rostro. Los libros que ella había examinado hasta la saciedad no parecían haber sido creados por alguien de aspecto tan gentil y natural. ¿Qué se le estaba escapando?

—Señor Andrews, señorita —los saludó el excontable.

—Señor Smith, Lowell —dijo con seriedad el aludido, al responder al saludo. El banquero también saludó oportunamente y luego Andrews siguió hablando—: Permítanme presentarles a *lady* Dana Hertford —les dijo a ambos hombres para que pareciese que Lowell no la conocía a ella tampoco.

La joven inclinó cortésmente la cabeza y recibió una breve reverencia por parte de Lowell y otra del señor Smith, quien por supuesto la examinó de arriba abajo, tal y como solían hacer la mayoría de los hombres con los que se topaba. Gran parte de su vida había considerado su belleza como una maldición por haber atraído de semejante modo la atención indeseada de su tío. Lejos de él, y después de haber jugado con las reglas de los hombres, pareciendo uno de ellos, Dana había aprendido a manejar sus virtudes en su propio beneficio. Y eso era lo que pretendía hacer. Había ideado un plan de seducción para atrapar a un ladrón, pero el denominado Smith tenía aspecto de muchas cosas, pero no de ser un mal tipo. ¿Estaría fallando su instinto o él era tan bueno escondiendo su naturaleza que no conseguía vislumbrarla? No sabía a qué atenerse.

—Es un verdadero placer conocerla, *milady* —añadió Smith con una sonrisa.

—Del todo, bella dama. —Fue Lowell quien le hizo el cumplido.

—Nos disponíamos a almorzar —tomó la palabra ella— y dado que parecen ser

amigos de mi futuro esposo, me agradaría conocer un poco más del carácter del señor Andrews, a fin de cerciorarme de que no estoy cayendo en una trampa. —Ella sonrió mientras le guiñaba un ojo a su supuesto prometido.

Habían ensayado la situación un par de veces. Tanto el señor Andrews como ella sabían que debían parecer una pareja ideal. Y dado que, ante el resto de los mortales, él tenía dinero para pagar el rescate de un rey, y ella juventud y hermosura para enamorar a un príncipe, su relación, pese a la diferencia de edad, resultaría más que creíble.

¿Cuál era el plan? Sencillo. Ella debía mostrarse caritativa y encandilar al contable, para ganarse su amistad rápidamente, luego le hablaría de las desventuras que tenía con el dueño del aserradero, para convencer a Smith de que era tremendamente infeliz con él. Y entre sonrisas, unos cuantos pestañeos y unos roces accidentales, esperaba que él se ofreciera a ser su salvador. Lo convencería de que estaba con el señor Andrews debido a su dinero, porque pretendía escapar de una vida ruinosa en Inglaterra y así esperaba que Smith le confesase que era rico y que su fortuna había salido de los bolsillos del que sería su exprometido en cuando el excontable le propusiera huir juntos.

Y lo supo. En cuanto tuvo delante a Percival Smith supo que esa triquiñuela no iba a funcionar porque no era un hombre malvado. Su mirada era limpia. Ella había visto los ojos del Demonio demasiadas veces como para no saber distinguir la maldad de la sencillez.

—Será un placer que nos acompañen —se ofreció Lowell rápidamente, para que ambos tomasen asiento en la mesa.

El banquero le apartó la silla de su lado y ella se sentó. Percibió a Andrews tenso. Y eso sí le pareció más natural, dado que era el hombre que le había robado una buena suma de dinero. Lo que no concordaba era lo que seguía observando en el contable. Parecía más cómodo con la situación de lo que debería estar. Eso era desconcertante.

Una vez los cuatro estuvieron sentados en la mesa, al fin se notó un poco de tensión en el ambiente.

—¿Dónde se conocieron, caballeros? —Dana decidió abrir la conversación, mientras

se acercaba una muchacha para tomarles nota.

—El señor Andrews y Smith —tomó la palabra Lowell—, crecieron juntos al oeste de Boston. —El banquero conocía la historia porque ambos se la habían contado varias veces.

—¿Sí? —le preguntó con extrañeza Dana a Jeremy.

—Eso fue hace mucho tiempo. Las cosas han cambiado bastante, ¿verdad, Smith? —dijo casualmente el interpelado. A Dana le subió de nuevo otra arcada, dado que el tono que él acababa de usar era el mismo que solía utilizar su hijo cuando respondía porque ella lo incomodaba.

Dana miró con atención al que fue el contable del aserradero en el pasado y vio que él se puso serio de repente. Ah. Lo que sucedía con esos dos hombres no era solo un asunto de dinero. Era… era… era algo que ella no conseguía identificar y eso la tenía intrigada.

—Por supuesto. —Esa fue la escueta respuesta del adorable maduro de ojos castaños. ¿Así se presentaba un ladrón? ¿Se hacía con una imagen entrañable para conquistar a sus víctimas? Sí, de acuerdo que los tramposos debían ser astutos, pero el problema radicaba en que no veía a Smith cometiendo un golpe maestro como el perpetrado en el aserradero. Lo confesaba, estaba decepcionada, porque deseaba enfrentarse a una mente privilegiada, a un hombre con muchas capas compuestas de: sofisticación, engaño, seducción, inteligencia y, no menos importante, maldad.

La conversación se paró durante unos minutos, lo que tardó la joven en preguntar lo que iban a tomar. Ella pidió un té de limón, dado que si probaba bocado acabaría echando la comida en medio de la mesa. El padre de Jeremy pidió un muslo de pavo en salsa, papas hervidas y un trozo de pastel de calabaza. Ella sentía bailar el estómago al pensar en tanta comida. Gracias al cielo, Lowell y Smith estaban comiendo pescado y eso le disgustaba menos.

Vio a su supuesto prometido levantarse para acercarse a ella. Cuando estuvo a su lado le susurró:

—Estás pálida, ¿quieres que nos marchemos?

—No. Es solo… Bueno, no sé lo que es, pero estaré bien pronto —respondió, en el mismo tono confidente. No podía decirle que todo en él le recordaba en exceso a su hijo y que eso la enfermaba.

—De acuerdo. —El hombre regresó a su lugar y se sentó.

—¿Va todo bien? —preguntó el señor Smith a Andrews.

—Perfectamente. —Se adelantó ella en responder—. Entonces, ¿ustedes dos son buenos amigos?

Smith sonrió.

—¿Lo éramos, Andrews? —inquirió con media sonrisa.

—Supongo —respondió despreocupadamente—. Hasta que las circunstancias hicieron que rompiésemos la amistad.

—Sí, una pena. Sin embargo, cuando un amigo pide un favor… —El hombre suspiró con fuerza, luego le sonrió a Dana y procedió a decir—: Si me disculpan, tengo cosas que hacer. Señor Lowell, Andrews, *milady*, disfruten de la comida. —Hizo una breve reverencia con la cabeza y se marchó de allí.

Ya estaba. Confirmado. Dana no tenía ni la menor idea de lo que sucedía entre ambos, pero era algo… gordo.

—¿Qué ha sido eso? —se adelantó el banquero a preguntar.

Lowell y Dana se habían conocido desde que ella estaba en la ciudad y tenían cierta cercanía. Sarah Lee le dijo que podía confiar en él cuando le respondió la misiva.

—Excelente pregunta —opinó ella.

—Eso ha sido… No sé lo que ha sido. Dana, quédate aquí. Lowell, no la dejes sola

hasta que regrese. Disculpadme, por favor —les pidió Andrews, al tiempo que se ponía de pie y se iba detrás de Smith.

El banquero y la pelirroja se quedaron solos al siguiente segundo.

—¿No te ha parecido raro todo? —preguntó el banquero.

—Hay algo que se nos escapa —sugirió Dana.

—Y tanto que lo hay, porque conozco a esos dos hombres desde hace mucho tiempo y cuando me comentaste que se sospechaba que Smith había desviado dinero que no era suyo… Además, el dueño del aserradero estuvo muy tirante mientras planeábamos la pantomima. Incluso sentí que no deseaba saber dónde estaba su dinero. —No mentía. Algo no casaba en toda la situación.

—Pero he visto los libros, y los ingresos del banco no se corresponden con lo que allí figura. Los Andrews han sufrido un robo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —cuestionó.

—Porque… —se quedó pensativa un momento. Repasó mentalmente lo sucedido. Todo lo que le había dicho el hijo de Andrews fue que tenían un problema y ella era consciente de que se trataba de uno serio, dado que la rata intercambió servicios por un beso, con alguien que él creyó que era un muchacho, así que la cosa era muuuy apremiante. Luego su padre se lo había confirmado. ¿Evidencias? Los libros eran brillantes y, tal y como dijo la rata huidiza, nada era tan sublime.

—¿Y bien?

—Ellos dijeron que echaron a patadas a Smith, él hizo algo despreciable. No me imagino al señor Andrews tratando mal a alguien que no lo mereciese.

Hubo un silencio entre ambos. Dana pensaba en lo ocurrido, Lowell también lo hacía. De hecho, el amigo de Sarah Lee veía en Smith a un hombre bastante cabal. Lo había invitado a

comer para hablar de negocios, tal y como sugirió Dana.

—Desde que me contaste la situación, supe que algo era extraño. Aunque no logro comprender lo que ha sucedido entre ambos hombres.

—Lo he podido sentir hace escasos minutos. Extraño del todo. Te doy la razón —estuvo ella de acuerdo.

—Andrews es un hombre que no saludaría educadamente a otro que le hubiese quitado lo suyo. Tanto el hijo como el padre tienen un fuerte temperamento. Extrañísimo —insistió.

—No lo entiendo. —Estaba desconcertada—. ¿Me disculpas? —Dana hizo ademán de levantarse.

—¿A dónde vas? Ha dicho que no te movieses de aquí. No es oportuno contrariar a Andrews.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Es un hombre… —Lowell suspiró—. Siempre se sale con la suya, creo que ese es el motivo por el que su hijo y él tienen problemas. Ya sabes… demasiado iguales ambos, pero la diferencia está en que el padre es más persistente y astuto. No te equivoques, he peleado al lado del hijo contra gente peligrosa y le confiaría mi vida, sin embargo, siempre fue más complejo, se guía por impulsos y no mide sus acciones.

Ella exhaló con fuerza.

—Dímelo a mí —susurró por lo bajo.

—¿Qué te hizo?

—¿Disculpa?

—El padre no te quita ojo y no es precisamente porque tenga aspiraciones románticas contigo. Todo Austin sabe que el dueño del aserradero mantiene a una…, digamos, respetable viuda que lo mantiene bastante satisfecho.

—¿Ah, sí? —preguntó con curiosidad.

—Un hombre rico, que está en unos años todavía más que vigorosos. ¿Creías que se quedaría célibe? Todo el mundo sabe que Jeremy es su hijo porque son exactamente iguales, en cuanto a su… En fin, discúlpame, no son cuestiones para tratar frente a una dama.

Ella le sonrió.

—Vamos, Lowell, sabes de sobra quién soy y lo que he hecho. No trates de hacerme pensar que no me descubriste en cuanto me viste vestida de mujer. —Era momento de poner las cartas sobre la mesa.

Él le devolvió la sonrisa.

—Pudiste engañarme, no lo niego, he visto a los mellizos de los Harris y son muy similares, así que debía creerlo, pero fue Sarah Lee quien me dijo que no te perdiese de vista por si te metías en líos.

—¿Me traicionó? —La cuestión salió de modo incrédulo de su boca.

—Te ayudó. La última vez que estuve en el rancho me contó que eras propensa a meterte en problemas.

—No lo negaré. Las dificultades me persiguen por todas partes.

—¿El hijo de Andrews es una de ellas? Porque si te causa problemas solo tienes que susurrárselo a la señora Harris y lo pondrá en su lugar en un instante. Pero te recomiendo que no se lo digas a Águila Negra, porque conociendo al sinvergüenza de Andrews… En fin, no quiero faltarte al respeto ni insinuar nada que pueda… —Él comenzó a sudar. Se daba cuenta de lo que acababa de exponer y no deseaba molestarla al decirle que creía que Jey se habría podido pasar

de la raya con ella. Dana se dio cuenta.

—Todo está bien. No tienes de qué preocuparte —trató de tranquilizarlo.

—Lo que pretendía decirte es que si no quieres que el mestizo le corte el cuello por lo que sea que Andrews te haya hecho, no le digas que…

—No ha hecho nada de lo que nadie deba preocuparse —aseveró con convicción, interrumpiéndolo.

Ese capítulo de su vida era sangriento, pero estaba intentando olvidarlo con todas sus fuerzas. El tiempo todo lo curaba y confiaba que así sucediese también con respecto al sufrimiento que sentía a causa de la rata huidiza.

—Está bien.

—No me crees, ¿verdad? —No lo había visto convencido al expresar la frase.

—No quiero ofenderte.

—No lo haces.

—Entonces te diré, en confianza, que si el padre no estuviese preocupado por lo que ha hecho su hijo, no seguiría pegado a ti las veinticuatro horas del día. No subestimes, jamás, a un hombre, y de todos ellos menos a los Andrews. Te aseguro que no sabrás por dónde van a salir para sorprenderte.

Ella se quedó una vez más pensando en silencio.

—¿Te molestaría que me retirase ahora?

—¡Pero si no han traído tu té ni la comida de Andrews!

—Y lo agradezco, porque si veo sobre la mesa algo de comida, te aseguro que no te gustará ver mi reacción.

—Adelante pues. Bajo tu responsabilidad puedes marcharte, aunque Andrews no estará contento conmigo cuando se dé cuenta de que no cumplí sus órdenes.

—Es bastante autoritario, ¿cierto? Su hijo también lo es, pero en menor medida.

—Para dirigir un aserradero de la magnitud del que posee, debe ser despiadado cuando la ocasión lo requiere.

—¿Tú le robarías a un hombre como Andrews? —soltó a bocajarro.

—Jamás. Sus tentáculos son largos. Es amigo personal del juez de paz y otros magistrados, y tiene a varios rangers entre sus amigos.

Ella suspiró y se levantó.

—Te deseo buenas tardes, señor Lowell.

—*Lady* Dana —correspondió él a su despedida.

—Llámame Dana. Después de esta conversación, bien podrías tener mayor familiaridad conmigo. —Habían traspasado ciertas barreras que un hombre y una mujer no deberían cruzar, pues en la reciente conversación surgieron asuntos espinosos. Suerte que ella no se tomaba demasiado en serio su papel de dama refinada y correcta… Y no iba a empezar a hacerlo… nunca.

—Solo, si yo soy Jack —apuntó en tono amigable.

—Hecho. —Dicho lo cual, ella se dispuso a marcharse de allí para subir a su habitación.

Dana se encontró con una mujer rubia, de ojos verdes, algo más mayor que ella,

cuando se levantó de su silla.

—¿Jack? —preguntó la recién llegada. La dama parecía… ¿celosa?

—Oh, Lorel… —dijo él titubeando y con cierto nerviosismo. Lowell se puso en pie de inmediato.

Dana se sonrió. ¿Qué ocurría entre esa pareja?, se preguntó ella.

—¿Interrumpo algo? —Le demandó la recién llegada, sin dejar de inspeccionar a la más joven.

—No, por supuesto que no. *Lady* Dana —él usó su título y la pelirroja sabía que estaba frente a una mujer importante para él—, permítame presentarle a Lorel Farith, mi… mi… —Jack carraspeó y luego prosiguió—: mi prometida. La señora Farith es viuda, como yo —apostilló mirando a Dana—, y *milady* es una buena amiga.

—Encantada, señora Farith —respondió la pelirroja al tiempo que le hacía una reverencia con la cabeza en señal de respeto, la otra dama también realizó el mismo gesto.

—El placer es mío. No había conocido nunca a una dama con título. —Dana le sonrió.

—Si me disculpa, señora, tengo asuntos que atender. Señor Lowell, le felicito por sus próximas nupcias y les deseo a ambos lo mejor. —Vaya, Dana ya tenía un buen chisme que contar cuando viese a Sarah Lee, dado que estaba segura de que el banquero habría mantenido su cortejo en secreto.

La muchacha dejó discutiendo a la pareja y se marchó de allí.

—Siéntate, por favor. —Le ofreció Lowell la silla que tenía frente a él. Con galantería, el banquero procedió a apartar el mueble para que la dama tomase asiento.

—Gracias —le dijo en cuanto se acomodó—. ¿Has cambiado de idea, Jack? —preguntó Lorel un poco más brusca de lo que pretendió.

—No… ¿estás celosa? —inquirió frunciendo el ceño.

—¿Tengo motivos? Creí que habíamos acordado casarnos para formar una nueva familia y… cancelaste nuestra cita para comer. Me ha sorprendido verte desde el cristal con una bonita muchacha. Lowell, si no estás dispuesto a…

—¡No! —la interrumpió él. La negativa tan pronunciada hizo que la dama se sobresaltase. Él se calmó—. Lo que pretendía decirte era que se trataba de una reunión de negocios. Estamos comprometidos y no faltaré a mi palabra.

—No sé si es buena idea que esto… lo que tenemos sea una obligación. Al menos ha sonado como una —razonó.

—Tienes dos hijas, yo dos muchachos. Entregamos nuestro amor hace tiempo, Lorel. Ambos vimos con buenos ojos este acuerdo. Estoy seguro de que nos llevaremos bien, así que no tienes de qué preocuparte. Tendremos una buena unión —apuntó con convicción. Ella asintió.

—Entonces… ya que he venido y estamos aquí…

—Me encantaría invitarte a comer, Lorel —le informó Jack con una brillante sonrisa.

El banquero había conocido a esa bonita viuda hacía unos dos meses, cuando ella liquidó el último pago de su hipoteca. Se cayeron simpáticos y en cuanto se dieron cuenta de que tenían mucho en común, comenzaron a congeniar de inmediato. Jack Lowell ya había vivido un amor intenso, del mismo modo que la señora Farith, así que sabían qué esperaban de su próximo matrimonio: compañía y consuelo. Si algo más llegase, sería de lo más bienvenido, pero Lowell no forzaría las cosas, lo primero para la pareja eran sus hijos, los cuatro.

***

En cuanto Dana llegó a la entrada principal, vio enfrente, al otro lado de la calle, la puerta de la taberna. Tuvo un pálpito, el mismo que cuando los hombres contratados por su tío la persiguieron aquella tarde.

Salió del hotel y cruzó dispuesta a ver si seguía teniendo una buena intuición. Abrió las puertas de madera del Paradise Saloon y se quedó maravillada con lo que vio. El establecimiento no tenía nada que ver con el que había en el Crystal City. Estaba tan limpio y reluciente que podría comer sopa sobre el suelo de madera. Era espacioso y bastante opulento. Dana barrió el lugar con una mirada y no vio allí al señor Andrews. Se desanimó un poco. No obstante, pronto se dio cuenta de que todos los hombres la estaban mirando. No era algo de extrañar, una dama decente no entraría en un lugar como ese sin un buen motivo. Sonrió de lado y se metió de lleno en la boca del lobo.

Oh, definitivamente no era la misma chica asustadiza que salió de Londres. Texas la había hecho audaz y temeraria. Se acercó a la barra y le pidió al tabernero un *whisky*.

—El salón del té está dos calles más abajo, señora.

—Te he pedido un trago de *whisky* —lo desafió, con un trato informal.

—Señora, con el debido respeto, no quiero problemas con los hombres ni con su esposo, si es que está casada. —Veía el saloon revuelto desde que ella entró. Y no tenía ganas de enfrentarse a un marido loco en caso de que llegase a presentarse para cargarla sobre el hombro.

—Estoy buscando al señor Andrews —le informó.

—No conozco a ningún hombre que responda a ese apellido.

Se quedaron en silencio y ambos se examinaron el uno al otro. Ella decidió ser audaz.

—Buen intento, pero la próxima vez que mientas, trata de seguir mirándome a los ojos. Además de bonita, soy una mujer inteligente. Te has delatado con facilidad.

—Le ruego que se marche.

—Es mi prometido. Dígale que salga de donde esté reunido.

—Señora…

—¿Prefiere que me ponga a gritar el nombre de mi futuro esposo y arme un escándalo mayor? Le aseguro que si Andrews se entera de que he entrado en el saloon buscándolo, y nadie le da mi recado… Las cosas se pondrán feas. —Decidió utilizar lo que acababa de descubrir de él en su favor, dado que el padre de la rata huidiza era sumamente influyente.

El hombre se quedó callado y ella supo que se acababa de erguir como ganadora de la batalla. Se había echado un farol. Un truco que había aprendido viendo día tras día cómo se comportaban ellos, los varones, en esas situaciones. Se enorgulleció de su elocuencia.

—Quédese aquí y trate de no darme problemas. —Sí. Fue una orden de lo más directa.

Ella le sonrió.

—¿Qué clase de dificultades podría dar una dama en un saloon? —preguntó con inocencia.

—Si es usted quien afirma ser, a Andrews no le gustará que se haya metido en un lugar como este —señaló con disgusto.

—Busque a mi prometido —le dijo con firmeza.

El tabernero se marchó de la barra y cruzó una puerta lateral que había cerca de la escalera que comunicaba con el piso de arriba. Por supuesto, ella se levantó y lo siguió sin vacilación. Abrió la puerta que el hombre acababa de cerrar hacía tres segundos y se dio de bruces con una pequeña habitación en la que Smith y Andrews estaban… ¿conversando frente a un par de *whiskies*?

—Siento interrumpir, caballeros —dijo sin pestañear y sin quitar la vista de encima del padre de la rata huidiza.

—Lo lamento, señor Andrews, le había dicho que esperase fuera —empezó a excusarse el tabernero.

—No te preocupes, Lewis —lo cortó Jeremy—. No deberías estar aquí, Dana —le espetó con tirantez a ella.

La pelirroja entró y se sentó en la silla más próxima a los dos hombres. El denominado Lewis se dirigió a la puerta para marcharse dado que Andrews parecía tenerlo todo controlado. Ella miró sobre su hombro izquierdo.

—Lewis —lo llamó Dana con seguridad—, te había pedido un *whisky*, sé un buen chico y sírveme mejor un té de limón. No he podido tomármelo antes.

El empleado miró al señor Andrews para ver si debía obedecerla. Tal y como pensó, el padre de la rata no era un hombre de negocios al uso. Era mucho más de lo que parecía, muchísimo más. Era poderoso y tenía el respeto de buena parte de los habitantes de Austin. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Pues porque la había encandilado para metérsela en el bolsillo desde primera hora, y ella no había visto más allá de lo que quería ver.

La muchacha lo vio observarla con una ceja alzada, que simulaba ser una pregunta muda. Dana le dedicó una sonrisa con falso candor. Luego, él afirmó con la cabeza para que el tabernero atendiese su petición. Cuando la dama giró la cabeza para observar al señor Smith, este tenía dibujada una brillante sonrisa.

—Te dije que ella nos había pescado desde que nos vio en el comedor del hotel. No soy bueno mintiendo y menos interpretando un papel, Andrews. Todavía no sé ni cómo salió bien lo del aserradero… —señaló el contable, ante una Dana que se mostraba paciente.

—¿No podías callarte, Smith? Tal vez ella no se había dado cuenta de que…

—¿Sabes que estoy aquí, Jeremy? —lo interrumpió la pelirroja. De nuevo, al decir ese nombre sintió que el estómago se le retorcía. Trató de contener la angustia. ¿Hasta cuándo tendría que soportar esa reacción visceral?, se preguntó con enfado.

—Te veo, Dana, lo que no sé bien es por qué estás aquí. Te dije que me esperases en el hotel con Lowell, aunque sabiendo todo lo que sé de ti, no podía esperar a que atendieses una sencilla orden, porque en ese caso no habrías hecho huir a mi hijo —le dijo con seriedad.

Ella se sonrió.

—Estás muy acostumbrado a que se cumpla tu palabra, ¿verdad? —Obvió lo referente a lo dicho sobre la rata.

—No he tenido que levantar ni una sola vez la voz ni repetir una de mis órdenes jamás, para que se siguieran mis indicaciones.

—Salvo con tu hijo —puntualizó ella deliberadamente.

—Así es —reconoció él con cautela.

—Supongo que debió ser muy frustrante… —expuso enigmática.

—¿Te refieres al hecho de intuir que mi hijo te ha herido y no poder confirmarlo con certeza porque te niegas a hablar de ello?

Ella jadeó con diversión.

—Eres directo, pero no, en absoluto. Hablo del hecho de tener un gran imperio que te da poder e influencia en buena parte de Texas, y en el que tu heredero no pretende participar.

—Eso también resultó ser frustrante, lo reconozco. ¿A dónde quieres llegar, Dana?

Dado que él estaba mostrando su mejor cara de póker, ella puso la misma expresión.

—Creo que este es un asunto familiar y yo debería irme —sugirió el anterior contable del aserradero.

—Llegaremos a usted en un momento —le informó la muchacha—. No se vaya todavía —le pidió con humildad.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó Jeremy.

—¿Que vosotros dos sois muy buenos amigos? —inquirió con cierta burla impresa. Él asintió—. En cuanto Lowell dijo que os criasteis juntos y vi a tu anterior contable mirarte con afabilidad. Me costó un poco llegar a la conclusión de que un hombre que le roba al poderoso Jeremy Andrews, a ti, no saldría impune de una situación semejante. Más cuando tienes tantos amigos, que, como tú, son influyentes. Así que supuse que todo debió ser una estratagema. Y lo cierto es que lo pensaste bastante bien. Sospecho que el dinero no salió nunca de tus bolsillos, pero sí hiciste parecer que lo hacía. Eres hábil, Jeremy. Esos libros tan pulcros… La próxima vez que hagas algo similar, intenta poner al menos un par de tachones. La perfección fue lo que me hizo sospechar de que algo no andaba bien en tus cuentas.

Él la aplaudió. Tres palmadas secas.

—Mis felicitaciones, Dana. Hay poca gente que me sorprenda. No debí subestimarte, pero la suerte te ha acompañado porque Smith ha regresado para firmar la venta de una propiedad en Austin. Cuando me dijiste que Smith estaba en la ciudad… El destino ha estado de tu lado, querida mía, porque de lo contrario no lo hubieses averiguado.

—¿Estamos hablando de cómo simulaste un robo en el aserradero para que tu hijo acudiese en tu ayuda? —inquirió falsamente escandalizada.

Comenzaba a hacerse una buena idea de lo que era ser hijo de un hombre que movía los hilos de la vida de otro amparado por la protección. Comprendía que la rata se sintiese abrumada por las incursiones de su progenitor. Aunque no sentía lástima por Jeremy Andrews, el hijo.

—¿Qué nos delató? ¿Dijiste que fue mi mirada? —preguntó Smith con curiosidad.

—Confieso que ha sido divertido jugar a los detectives de Bow Street con ustedes, pero lo que de verdad me pregunto es si el accidente que obligó a Jeremy a regresar a casa para

cuidar de su desvalido padre sucedió de verdad o fue como el robo que se simuló… —Ella se puso un par de dedos en la sien y se dio un par de golpecitos.

El té de menta llegó y la conversación cesó unos minutos. Así que se reanudó cuando se quedaron solos.

Andrews no le había quitado los ojos de encima ni un instante, y ella se negó a sentirse cohibida ante ese gesto que ni el duque más temible de Inglaterra hubiese ejecutado con tal precisión.

Dana tomó un sorbo, sin apartar la vista de los ojos de él.

—Eres demasiado inteligente para tu propio bien.

—Nunca escuché decir que un hombre fuese demasiado inteligente para su propio bien…, Jeremy —señaló de modo casual.

Ella comenzó a sentir verdaderas arcadas y le fue imposible no devolver en el vaso lo que acababa de beber. ¡Estiércol de vaca y caballo! Acababa de perder su posición frente a Andrews porque se sintió mortificada por lo que acababa de suceder.

—Lo siento —se disculpó, llena de sonrojos que sentía por todo el cuerpo.

—Creo que tienes razón, Andrews —señaló Smith—. No te había creído porque ningún hombre sería tan canalla y menos uno del que te he escuchado enorgullecerte durante todos los días que trabajé a tu lado, pero ella sí tiene un verdadero problema.

Jeremy se giró entonces para mirar a su amigo.

—¿Dónde has dicho que viste a mi hijo, Percival?

—Me tropecé con él en Dallas.

—¿Te vio? —siguió con el interrogatorio Andrews.

—No. Debido a nuestro acuerdo, no me pareció oportuno dejarme ver. Recuerdo todavía que él tiene una puntería excelente y bastante malhumor. Y por si te lo estás preguntando sé dónde está trabajando.

Andrews tamborileó los dedos sobre la pequeña mesa redonda de madera donde estaban sentados los tres. Miró a la nada y dijo:

—Tengo que hacer que regrese. Le mandaré un telegrama.

—Ya lo creo que sí debes traerlo —opinó Smith, mientras la observaba a ella con atención.

Dana, al ser testigo de toda esa conversación, se sentía como si algo se le pasase por alto.

—¿Qué me estoy perdiendo? —se metió Dana en el intercambio de sugerencias.

—Tan inteligente como eres, Dana… ¿y no sabes por qué Jey debe regresar lo antes posible? —inquirió incrédulo Jeremy.

—Sí lo sé —respondió ella rauda.

—Lo dudo mucho porque de lo contrario no estarías tan tranquila. Me corrijo, no hubieses estado tan serena estas largas semanas, pero ilústrame, te lo ruego.

—Estoy sosegada porque no tengo motivos para mostrarme de otro modo. Y en cuanto a tu pregunta… dado que fingiste un accidente que, imagino, no te hizo ni un solo rasguño, y que luego acordaste con tu amigo —señaló a Smith— una argucia para que pareciese que tu hijo era preciso en el aserradero para dirigirlo, porque le hiciste creer que estabas en la ruina, intuyo que has pensado otra mentira para volver a traerlo a fin de que esté contigo y dirija tu imperio. ¿Qué será ahora, Jeremy? ¿Le dirás que tienes un pie en la tumba? ¿Una inesperada enfermedad? —preguntó con una notable carga censuradora.

Él la miraba todavía con seriedad.

—Lo traeré de vuelta esta vez sin embustes, Dana, y tú serás la razón.

—¿Yo? —Jeremy asintió y ella comenzó a reírse a carcajadas—. Siento desilusionarte, pero tu hijo se irá a la otra punta del país mientras yo esté en Crystal City o en Austin. Y ciertamente lo prefiero así, puesto que no tengo pensamiento de marcharme y no deseo que él esté cerca.

Él sonrió de lado. Se tomó de un sorbo el vaso de licor que sostenía en la mano en ese momento, sin dejar de observarla. Era intimidatorio, Dana debía reconocerlo.

—Y te creo —habló Andrews al fin—, porque sé que algo grave ha sucedido entre ambos, pero el hijo que llevas en tu vientre hará que el mío regrese corriendo a casa.

Entonces sucedió lo que nunca pensó que sucedería. Ella se llevó una mano al vientre y todo se volvió oscuro. Se desmayó en la silla tras escuchar esas palabras y el señor Andrews la sostuvo con rapidez para que no sufriese daño alguno.

Capítulo 9

Una aceptación espeluznante

Dana se removió inquieta en una superficie blanda. Escuchaba voces a su alrededor y un olor extraño le provocaba que arrugase la nariz. Levantó la mano derecha para espantar lo que fuese que tuviese cerca y que le provocase ese olor. Se topó con algo duro, posiblemente otra mano. Abrió los ojos y trató de incorporarse en la cama, solo consiguió moverse un poco sobre los cojines que tenía a su espalda. Miró su alrededor y supo que estaba en su habitación del Gold Hotel. Desvió la mirada a la izquierda, y se percató de que había un hombre menudo con el pelo gris, quien sujetaba un tubo de papel largo en una mano, era uno de esos cachivaches médicos con los que se escuchaba el corazón y los pulmones, y en la otra un frasco de sales. El desconocido la observaba sonriente.

—*Lady* Dana, es un placer que haya vuelto con nosotros —le dijo el hombre mayor.

Ella miró hacia el otro lado y vislumbró la potente figura de Jeremy Andrews, el padre. En verdad tuvo que haber estado más atenta a él, toda su persona parecía poseer la habitación. Bajo el nuevo prisma se daba cuenta de que era francamente intimidante.

—¿Has llamado a un médico? —le preguntó con molestia al padre de la rata.

—He tenido que mandar a Smith a hacerlo —le comentó Andrews.

—No era necesario —rebatió ella.

—Lo era, querida, porque no eres dócil y estaba seguro de que refutarías mis palabras en cuanto abrieses de nuevo los ojos. El doctor Brashmeer opina que debes comer más y tomar té de jengibre para controlar las náuseas. Ha hecho un listado de alimentos que te sentarán bien y no te dejarán sin las fuerzas que necesitas para lo que está por venir.

Ella llevó la mirada al médico que estaba a su lado.

—Enhorabuena, *lady* Dana, ya me ha comentado el señor Andrews que usted y su hijo adelantaron antes de tiempo sus votos. No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo. ¡Los jóvenes y su impaciencia! —Por la manera en la que el hombre le guiñó el ojo, ella supo que el padre de la rata huidiza le había dado un buen incentivo para mantener la boca cerrada sobre su… ¡desliz! Abrió los ojos con sorpresa en cuanto recordó lo acontecido. Dana se llevó la mano a la barriga al comprender todo lo que había sucedido y miró a Andrews con pánico. Las palabras de él antes de desvanecerse llegaron a su mente: «el hijo que llevas en tu vientre, hará que el mío regrese corriendo a casa».

—No puede ser… —musitó. Vio a Jeremy levantar una ceja acusadora.

—Te dije que lo negarías, y por eso el buen doctor está aquí.

—Solo fue una vez — espetó en alto, sin ser consciente de lo que acababa de decir. Había escuchado decir a muchos hombres que la primera ocasión no contaba y que era imposible engendrar. ¡Mentirosos!

—Con una sola basta —apostilló el galeno—. Imagino que se dio cuenta de que su flujo mensual dejó de llegar. ¿Cuánto hace que se le retiró el sangrado, *milady*?

—Solo Dana, por favor. No use el título.

—¿Cuánto tiempo, Dana? —repitió el doctor la pregunta, aceptando su petición.

—Lo atribuí a… —Ella suspiró y se pasó la mano derecha por la frente.

—¿Al disgusto que te ha dado mi hijo? —terminó Jeremy por ella. Dana asintió

levemente.

—Dos meses, tal vez un poco más, justo lo que hace que llegué aquí —le respondió al médico sin dejar de mirar a Jeremy—. ¿Cómo te diste cuenta? —le preguntó a Andrews.

—La madre de Jey estaba indispuesta cada mañana, al igual que tú. Soy un hombre muy observador, Dana, y también presumo de inteligencia, al igual que tú. Aunque no sé si puedo decir que eres una muchacha demasiado sabia si te hallas en esta situación sin estar debidamente casada —la sermoneó.

—Esto no es Londres —señaló, tratando de restar importancia a lo que suponía que una mujer soltera estuviese encinta. Se dispuso a mirar por la ventana. De pronto le faltaba el aire y deseaba que alguien la abriese.

—Las reglas sobre mujeres… ligeras de cascos, son aplicables en cualquier parte del mundo, querida. Somos americanos salvajes, pero incluso aquí hay pautas sobre la moral y el decoro, más si se trata de una verdadera dama inocente.

Ella ladeó el rostro y lo miró desafiante.

—¿Estás seguro de mi supuesta inocencia, Jeremy? El falso señor Hertford tuvo un par de interesantes descubrimientos. —No iba a consentir que él trajese a su hijo de regreso para que se atase a ella. No podría volver a aceptar a la rata… jamás. No consentiría en un matrimonio sin amor.

—¿Quieres jugar esa carta, Dana? Tu situación es preocupante, más de lo crees. No te conviene sembrar dudas en mi mente —apuntó tajante.

Ella se calló la boca porque era lo mejor.

—Si no desean nada más, creo que debería marcharme —habló el doctor—. Tengo otros pacientes que visitar y la dama está en óptimas condiciones. Solo necesita descansar y alimentarse adecuadamente, nada de saltarse comidas y excederse en trabajos que produzcan fatiga.

—Gracias, doctor —le dijo ella.

El hombre mayor se movió hacia Andrews y al tenderle la mano para despedirse, ella vio cómo el padre de la rata le daba un par de monedas. El galeno se retiró y los dos se quedaron en la habitación a solas.

—¿Debo preocuparme, Jeremy?

—Tienes varios frentes abiertos, querida… ¿A cuál de ellos te refieres?

—A tu cambio de actitud.

—¿Disculpa? —Él había esperado muchas cuestiones, no esta.

—Desde el principio te has mostrado afable, simpático y familiar conmigo. Has tejido una buena telaraña para que yo confiase en ti, pero de repente comprendo que eres un hombre muy inteligente, controlador y astuto que no deja nada al azar. ¡Me hiciste tu tarta de manzana! —Cuando ese hecho le vino a la mente, le pareció un auténtico soborno, como si él la hubiera cocinado para que su hijo le dijese a ella que hacía años que no la preparaba y sentirse más que especial. El señor Andrews podía ser capaz de hacer algo semejante. Ella estaba convencida—. ¿Qué debo esperar ahora?

Él sonrió de lado, a la vez que iba hacia el decantador de *whisky*, y se sirvió una copa. Vaya, Dana no recordaba que un enser así hubiese estado en su habitación. Él debía haberlo pedido en algún momento cuando ella estuvo indispuesta y seguro que nadie le negaba nada al dueño del aserradero… nunca. Se acercó hasta una silla acolchada y la arrastró hasta el lado derecho de su cama para tomar asiento. Ella lo miró con atención y cautela.

—¿Me tienes miedo?

—Solo le temo a un hombre y ese no eres tú, Jeremy.

—Tu tío —señaló él.

—¿Qué vas a hacer conmigo? Porque siento que me acabo de convertir en tu prisionera.

—Querida, lo has sido desde hace dos meses, aunque estás confundiendo protección con encarcelamiento. Tal vez, fue incluso un poco menos de dos meses, pues en cuanto te vi usar el orinal cada mañana porque tu estómago estaba dándote problemas, supe que llevabas a mi nieto en tu interior.

—Es mi hijo.

—El hijo de Jey —puntualizó con sutilidad.

—Eres un hombre tremendamente rico, ¿verdad?

—Lo soy —respondió sin saber a dónde quería llegar ella.

—Ni por todo el oro del mundo aceptaré a tu hijo como algo más que la rata que es —le dijo, con la misma suavidad que él estaba usando.

Jeremy Andrews rompió el silencio que se produjo durante un minuto con una larga carcajada. Ella no sabía si eso era algo bueno o terriblemente malvado. Él terminó de reír ante la mirada cauta de ella y luego le sonrió.

—¿Qué te hizo?

—Romper mi corazón —desveló sin temor a ser honesta.

—Sé más concreta.

—¿Hay algo peor que pisotear el corazón y las ilusiones de una persona, que se ofrece ante uno con todo lo que es y tiene para dar? —Su tono de voz era correcto, educado y paciente en todo momento.

—Maldita sea —maldijo, por lo bajo, al comprender que lo que hubiese ocurrido la

había dejado a ella terriblemente herida.

—Eso fue lo que dije yo en aquel momento.

—¿Qué vamos a hacer, Dana?

—Sinceramente, no tengo ni la menor idea —dijo, con la voz cargada de preocupación, pero contenta de que él tomase en cuenta su opinión.

—Debes saber que en lo referente a Smith… —comenzó él a hablar.

—Sé que es un buen hombre —lo interrumpió ella—, lo percibí en cuanto vi que él te miró con la alegría que un viejo amigo ve a otro después de un tiempo.

Hubo un momento de silencio. Jeremy bebió un trago de licor.

—Es mi hijo, Dana. Lo único que me queda —alegó, para que comprendiera que tenía que hacer todo lo necesario para… Amaba a Jey y era el único familiar que tenía con vida. Lo daría todo por el desagradecido de su hijo aunque recibiese mil puñaladas por parte de su vástago.

—Lo sé —señaló con comprensión—. Jane no es menos autoritaria que tú, pero ella al menos habla conmigo y razona. Solo se impone cuando yo no le dejo otra opción y ha aprendido que no es bueno ir en contra de mi voluntad. Tú has llegado demasiado lejos con tu hijo. Lo fuerzas y él se siente amordazado y atado de pies y manos, deberías comprender que es tan impulsivo e impredecible como tú. No esperes que acoja de buena gana lo que tú determines que él debe hacer. Te sugeriría que hablases con él y confiases en que atendiera tus consejos porque le hablarías guiado por el amor que sientes por él. ¿No te has preguntado nunca, qué harías tú si alguien te hubiese hecho exactamente lo que le has causado a él?

—No estoy acostumbrado a que me regañen, querida.

—Siento que voy a tener que hacerlo cada vez que sepa que te equivocas, y tú aceptarás que lo hago porque me agradas y te valoro.

—¿Eso es una tregua, Dana?

—No creí que estuviésemos en guerra, Andrews. —Una nueva arcada le subió por la boca. Él se dio cuenta y le preguntó:

—¿Estás bien?

—¿Hay alguna posibilidad de que te cambies el nombre? Cada vez que pienso en tu nombre o tu apellido siento ganas de devolver el contenido de mi estómago. Lo creas o no, pensé que el trastorno que padecía era fruto del horror que me produce recordar a tu hijo.

Él se rio con diversión y franqueza.

—Jey no tenía ninguna posibilidad contra ti, Dana. En cuanto Águila Negra me dijo que eras una mujer y os observé a ambos, supe que atraías a mi hijo como una polilla a la luz. Imagino que se disgustó profundamente cuando se dio cuenta de que eras una dama y de que había estado sufriendo por creerse subyugado por un muchacho.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Fácilmente, querida. Como bien has dicho antes, somos iguales. Jey es exactamente igual que yo, y es precisamente lo que me hubiese sucedido a mí. Está despechado, y yo confío en que…

—No. No sabes lo que hizo. —Lo frenó en cuanto se dio cuenta de lo que iba a decir.

—Cuéntamelo.

—Te lo he resumido hace unos minutos con mucha claridad. No esperes que arregle nada con él —lo avisó con firmeza.

—Dana… —chasqueó la lengua—. Su hijo crece en tu interior, debo traerlo de vuelta para que haga lo que es honorable y necesario.

—Me lo advirtió y yo no le hice caso —dijo en alto, mientras recordaba el doloroso suceso.

—¿El qué? —preguntó con suavidad, mientras se acercaba a ella para limpiarle una lágrima de la mejilla.

—Que me rompería el corazón y que… —Se tragó un sollozo.

—Dilo.

—… no se casaría conmigo, ocurriese lo que ocurriese entre nosotros. —No diría nada más. No le contaría a su padre que él gritó con fuerza el nombre de otra mujer mientras su semilla creaba a su hijo. No lo haría, porque ya sentía bastante humillación.

El señor Andrews se levantó para sentarse en la cama y la abrazó. Dana se dejó consolar y lloró sobre su hombro durante un buen rato.

—Tranquila, te prometo que todo se arreglará. De un modo u otro conseguiré que todo salga bien. Ya lo verás. No dejaré que te vuelvan a hacer daño, pequeña —le señaló, mientras ella trataba de tranquilizarse.

Pasados unos segundos más, la joven se despegó de su abrazo y lo miró con los ojos llenos de esperanza. Las manos de ella apretaban los antebrazos de él y el hombre maduro también la tenía sujeta en un gesto destinado a ofrecerle confianza.

—No le digas que estoy embarazada, por favor. No lo hagas.

—No lo haré. —Fue imposible no claudicar.

—Promételo, Andrews. —La pelirroja confiaba en su palabra.

—Te lo juro, Dana —le sonrió con afabilidad—. Y ahora, solicitaré un baño para que te relajes en una bañera humeante con esos jabones que tanto te gusta emplear. Voy a pedirte un té de jengibre y algo más que te tiente a fin de que repongas fuerzas y estés bien para afrontar el

camino de regreso a casa.

—No quiero volver todavía a Crystal City.

—Tenemos que volver, el aserradero no tiene a nadie allí para supervisarlo todo. Dejé al mando a Irwin Spencer y presumo que estará a punto de quemarlo todo porque no soporta la presión y lleva mucho tiempo siendo el jefe. No te dejaré sola. Vayamos a casa, Dana.

—Jane va a estar decepcionada conmigo —apuntó, al tiempo que se dejaba caer en los cojines de la cama sobre los que había estado recostada hasta que él la abrazó para consolarla.

—Llegaremos a eso cuando sea preciso. No quiero que nada te angustie. Debes cuidarte por ti y por tu hijo. Lo demás no importa. —Fueron órdenes tan directas… Era autoritario incluso cuando no pretendía serlo.

—Tu nieto —apostilló ella con una sonrisa. Él le devolvió el gesto también. Dana suspiró al ver los ojos acuosos de Jeremy. Estaba tan ilusionado con ese bebé.

Se llevó las manos al vientre y cerró los ojos. Pensó en su hijo. Un niño que no resultó ser fruto del amor, no al menos por parte de su padre. No importaba, ella lo amaría por los dos.

—Descansa hasta que preparen tu baño. Tengo un par de cosas que hacer. Pronto estaremos en casa.

Ella no abrió los ojos. Se sentía cansada.

—Gracias, Andrews.

Él caminó hasta la puerta y ella escuchó girar el pomo.

—¿Dana? —la llamó.

—¿Sí? —inquirió sin abrir los ojos.

—¿Lo amas? —No necesitó decir a quién se refería. Ambos lo sabían.

—Ya no. Nunca más —confesó, al tiempo que se daba la vuelta y se hacía un ovillo en la cama.

***

—Te dije que tenía muchos captores y que no dejarían que tú fueses uno de ellos —le señaló Dana con diversión.

—¿No te sientes como una princesa en casa, querida?

—Es tu casa, Andrews. Eres un hombre soltero y yo una mujer…

—No califiquemos lo que somos, porque entonces tendría que admitir que soy un viudo con un pie en la tumba, y tú, la madre de mi nieto, a la que no pienso perder de vista. Esta es tu casa —insistió.

Los dos estaban en el gran y elegante salón del señor Andrews. Habían llegado hacía unas pocas horas de Austin, y él, como el tirano del que sospechaba que no podría desprenderse debido al parentesco que tenía con el niño que llevaba en sus entrañas, la había llevado directamente a su finca. Le había avisado que lo que planeaba él era una locura. Andrews le dijo que se ocuparía de todo y dado que estaba agotada por el viaje, no quiso discutir hasta que llegase la hora. Bien. Ese momento estaba sucediendo y ella disfrutaba al verlo enfurruñado. ¿Por qué se tenía que parecer tanto a su hijo y a la vez ser tan diferente? Era el vivo retrato de la rata huidiza, salvo por las arrugas de debajo de los ojos y la protección que sentía bajo su cuidado.

—Los que están ahí fuera —señaló por la ventana hacia el porche, lugar en el que Águila Negra y Jane estaban aporreando la puerta—, no van a ser pacientes y acabarán por hacer

un estropicio.

—Andrews, no tienes derecho a secuestrar a la hermana de mi esposa, te ruego que nos la entregues —habló desde detrás de la puerta el mestizo.

Dana miró al dueño del aserradero con ternura, se acercó a él y le puso una mano en la mejilla.

—No vas a perderme como a tu hijo, Andrews. No tengo contactos, pero sí manejo dinero porque… Bueno, eso no viene al caso, pero lo cierto es que me persigue un hombre muy peligroso y debo estar donde puedan protegerme.

—¿Te refieres al otro indio que quiere llevarte con él o a tu tío?

—¿No hay nada de lo que no te enteres? —inquirió, sorprendida de que él también manejase ese dato.

—Es mi deber preocuparme por mi familia, querida.

—No soy nada tuyo —dijo con pesar.

—Todavía no lo eres legalmente, pero lo serás —apostilló con orgullo.

Ella rodó los ojos y decidió olvidar lo que acababa de escuchar, por lo que retomó la conversación inicial.

—No, no me refería a Hacha de Guerra. Mi tío es más peligroso que un indio que me dobla en tamaño y fuerza.

—Verás, Dana. Esperaba mantener esta conversación más adelante, pero la cuestión es que no puedo dejar que te alejes de mí.

Ella se echó a reír.

—Cuidado, Andrews, o la viuda que sé que mantienes en Austin podría ponerse celosa.

Él abrió los ojos con asombro y a ella le gustó haberlo pillado por sorpresa con esa premisa.

—¿No estarás tú celosa de mi amante, querida?

—¿De verdad, vamos a jugar a ese juego, cuando tienes a lo que bien podría considerarse una valquiria y un guerrero despiadado aporreando tu puerta?

—Oh, Dana, acordemos que no volveré a subestimarte y tú harás lo mismo conmigo, ¿de acuerdo? —Jeremy le guiñó un ojo y se dispuso a ir hacia la pared, donde tenía colgados dos rifles Hunter. Los sacó de allí y los sostuvo con suavidad.

—¿Qué pretendes?

—Es demasiado, ¿cierto? Creo que con uno será más que suficiente.

Ella lo miró incrédula y con preocupación. Lo vio dejar la segunda arma en su lugar y sujetar solo un rifle con precisión.

—No hagas ninguna tontería, te lo ruego. El mestizo no es alguien con el que deberías enemistarte y Jane…

—Sé que tu hermana puede ser incluso más peligrosa que él —la interrumpió.

—He visto luchar a Águila Negra y es bastante sobresaliente.

—Sí, pero nadie espera que Jane sea tan poderosa y eso la hace más sorpresiva para un posible atacante. Ya sabes… No debemos subestimar a nadie, sea familia nuestra o no. Ahora, querida mía… ¿Qué tal si abrimos la puerta y atendemos a nuestros invitados?

—¿Con un Hunter en la mano? —Tenía los ojos como platos.

Le guiñó un ojo otra vez. Eso no la tranquilizó lo más mínimo.

—Con lo que sea necesario para evitar que salgas de tu casa.

—No es mi…

—De la casa de mi nieto, pues —la cortó, sabiendo lo que ella iba a corregirle.

Dana resopló como una yegua furiosa, mientras él, con el rifle en la mano, abrió la puerta… todo lleno de jovialidad y pareciendo un dechado de virtudes.

—Señor Hutson, señora Hutson —los saludó con gran educación—, ¡qué agradable sorpresa! Por favor, pasen y acompáñennos en el té de la tarde.

Jane entró sin prestar atención al rifle que él portaba en la mano. Mientras que Águila Negra adoptó una actitud defensiva por inercia, así que se movió cubriendo a su mujer con su propio cuerpo hasta que ella llegó a Dana y la abrazó.

—¡Estás preciosa! —Jane, después del abrazo, se había echado atrás para observarla con atención.

La señora Hutson la veía vestida con un vestido de muselina verde, con un bordado dorado en las mangas y el escote. ¡Su hermana llevaba guantes! En toda su vida había podido conseguir que Dana se cubriese las manos con un elemento imprescindible para cualquier dama londinense de alta alcurnia.

—Te he echado de menos, Jane. —Dana se volvió a abrazar a ella y comenzó a llorar, incapaz de poder soportar la emoción de reencontrarse con su hermana.

Eso hizo que la señora Hutson empezase a sollozar de igual modo.

—Pediré té de jengibre para todos —susurró Andrews, más para sí que para el resto. Águila Negra, que no había dejado de observarlo, lo escuchó y frunció el ceño. Andrews carraspeó ante el escrutinio y dijo—: Si me disculpan, iré a la cocina a solicitarle a la señora

Norris que nos prepare algo caliente y un tentempié.

—¿Te vas de caza, Andrews? —interpeló el mestizo, haciendo una señal con la cabeza para señalar el rifle.

—No, simplemente me gusta estar protegido en los imprevistos.

—Señor Andrews —dijo Jane, cuando se separó de su hermana, aunque no la dejó salir de su abrazo. Águila Negra seguía interponiéndose entre Jeremy y las mujeres—, le agradecemos el gesto, pero no vamos a quedarnos para una visita social. Mi hermana estará cansada por el viaje y es momento de marcharnos a casa.

—Regresen cuando quieran, señores Hutson —les invitó él, cortés.

Vio a Jane comenzar a caminar con Dana de la mano y entonces el dueño del aserradero se interpuso en su camino.

—Jeremy… —susurró Dana, al tiempo que Águila Negra también le bloqueaba el paso a él.

—¿Qué te propones, Andrews? —preguntó el mestizo, de modo cortante.

—No puedo consentir que os llevéis a Dana —sentenció a la vez que le daba un golpecito discreto al rifle que portaba.

—¿Disculpe? —preguntó con los ojos como platos Jane.

—Salgamos, Andrews, creo que tenemos que hablar —solicitó el mestizo.

—¿Dana? —Fue como si Jeremy le estuviese pidiendo permiso y a la vez ordenándole que no se marchase de ahí. ¡Era tan autoritario!

—Esperaré aquí —respondió resignada la pelirroja.

—¿Qué es todo esto, hermana? —Jane no comprendía nada.

—No quieres saberlo…

Jane volvió a hacer una mueca, tratando de que el contenido del estómago se quedase en su lugar.

—¡Señora Norris! —llamó Jeremy a su ama de llaves. La mujer, esbelta y severa, apareció por la puerta que comunicaba la cocina.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Por favor, sirva un poco de té de jengibre a las damas y asegúrese de que Dana se beba todo el contenido.

—¡Andrews, no soy una niña! —se quejó.

—Lo sé, querida —le dijo sonriendo.

Águila Negra salió afuera y Andrews lo siguió.

Dana se giró y vio a Jane con la boca abierta. Las damas se quedaron en el salón y tomaron asiento en la mesa.

El ama de llaves les dejó el té y Dana procedió a servir el líquido con la más elegante acción, digna de la nieta de un conde. Sí. Jane seguía boquiabierta con lo que estaba viendo.

—No es propio de una dama estar con la boca de par en par, hermana —le señaló con seriedad la pelirroja.

—¿Estás prometida con el señor Andrews?

—¡No! —negó con efusividad.

—¿Lo amas?

—Por supuesto que no.

—Dana, he visto a ese hombre defendiendo a una mujer que considera suya… —alegó con suavidad.

—No es lo que crees.

—Explícamelo, por favor, porque no parecía dispuesto a dejarte marchar.

—No te va a gustar.

Jane le dio un largo sorbo a su té de jengibre.

—Es maravilloso lo que esa bebida hace por mí. Me calma el estómago.

—Sí, lo sé —musitó Dana. Su hermana no pareció haberla oído.

—Antes de que empieces a explicarme todo, tengo que darte una excelente noticia, Dana.

—¿Voy a ser tía? —preguntó con una brillante sonrisa.

—¡Lo has adivinado! ¿Cómo?

—No te va a gustar —repitió.

—Me estás poniendo nerviosa. Lo que yo esperaba era que me dieses un fuerte beso y me deseases lo mejor, no que comenzases a asustarme. ¿Qué sucede, hermana?

Jane se estaba controlado. Dana podía adivinarlo por los gestos que ella hacía.

—Señorita Hertford —se escuchó una voz desde la puerta de la cocina—, siento interrumpir.

—¿Sí, señora Norris? —inquirió la aludida.

—Tome su té, por favor. Si no lo hace él se pondrá… Beba, por favor.

—Ya lo hago, señora Norris —argumentó enfurruñada, al tiempo que levantaba su taza y tomaba un largo sorbo.

—Gracias —dijo el ama de llaves, antes de desaparecer.

—¿Dana? —Jane no comprendía nada.

—Estoy en un problema y no sé cómo voy a poder solucionarlo —desveló al fin.

—¿Qué tipo de dificultad?

—No quiero que te enfades, Jane. No, en tu estado.

Su hermana suspiró con fuerza y Dana supo que estaba preparándose para recibir malas noticias.

—Después de lo que nos pasó meses atrás, cariño, cuando creí que te perdería… No hay nada más importante para mí que el hecho de que estés bien. Lo que nos sucedió cuando aquellos hombres trataron de secuestrarte me hizo ver que nada es más importante que tu vida.

Dana asintió, no estando muy convencida de si Jane lo soportaría. Bien. Era momento de comprobar si su hermana estaba hablando de verdad o era un farol.

—Estoy embarazada, Jane —susurró con suavidad.

Vio a su hermana asentir. Cogió la taza de porcelana con flores rosas, terminó su

contenido y se puso en pie. Dana la miró con precaución. La observó dirigirse al lugar en el que estaban las armas y sostener un Hunter entre las manos. Se giró para mirar a Dana, le dedicó una sonrisa confiada y luego se dispuso a salir de la casa.

—¡Jane! —gritó, al tiempo que se levantaba de la silla y comenzaba a correr tras su hermana para detenerla.

***

Mientras las mujeres esperaban en el salón de la casa, Águila Negra y el señor Andrews habían salido a caminar por la propiedad para hablar con calma. Habían llegado hasta los establos para tener una conversación privada.

—¿No piensas soltar el rifle, Andrews?

—No vais a llevaros a Dana de aquí. Está en su casa.

—¿Entiendes cómo suena lo que acabas de decir?

El hombre maduro se encogió de hombros.

—Al igual que a ti, nunca me importó demasiado lo que opinasen los demás de mis asuntos.

—Es la hermana de mi esposa. Su hermana pequeña —precisó con ímpetu—, por la que se jugó la vida sin pestañear cuando una cuadrilla de hombres secuestró a Dana. Eso debería hacerte ver que Jane no va a dejar que te quedes con ella. ¿Debo preocuparme, Andrews?

Jeremy se quitó el rifle de la espalda, donde lo había estado llevando colgado de una tira de cuero al hombro, y lo dejó apartado en un rincón del establo. Se pasó las manos por el

pelo y por el rostro.

—Las cosas no han salido como planeamos —se limitó a decir.

—No suelen hacerlo nunca. ¿Es grave? —se atrevió a preguntar, esperando que sus sospechas fuesen infundadas.

—Té de jengibre, Hutson —le dijo, esperando que ese hecho lo resumiese todo.

Águila Negra suspiró con fuerza y apretó los puños. El dueño del aserradero comprendió que él lo había entendido.

—Me pones en una posición muy delicada. Me debo a mi esposa y ella reclamará la cabeza de alguien en una preciosa bandeja de plata. ¿Será la tuya o la de tu hijo?

—Voy a solucionar las cosas. —No tenía ni idea de cómo, pero algo se le ocurriría. No obstante, lo primordial era que su vástago regresase a casa. A partir de ahí, iría sobre la marcha, tal y como solía hacer siempre.

—No has contestado a mi pregunta.

—Vamos, Hutson, tú conoces mejor que nadie a Jey.

El mestizo cerró los ojos, respiró con fuerza y comenzó a decir una rastra de maldiciones tan atroces que Andrews se escandalizó. A continuación, miró al padre del pelirrojo y le dijo:

—No le gusta que lo llamen así.

—Lo sé —razonó—. Un padre tiene derecho a hacer todo lo necesario en favor de su hijo sin importar su edad o lo testarudo que sea… Ahora que vas a convertirte en el protector de un niño, de tu propio hijo, ¿no opinas igual? —preguntó con calma.

—Si tu vástago estuviese aquí, le daría una paliza.

—Ya somos dos.

—¿Dónde está? —Se dio cuenta de que el objeto de sus nuevos problemas no estaba en la finca.

—En Dallas.

—Bien. Planifiquemos la boda antes de que mi esposa haga una temeridad.

—Hay un pequeño problema con eso —murmuró, para después chasquear la lengua.

—No… No me lo digas. —Casi lo suplicó, dado que conocía muy bien al hijo del hombre que tenía delante.

—No lo haré. —Se calló siguiendo sus órdenes.

El mestizo volvió a maldecir con fuerza.

—Habla, Andrews, sea lo que sea, imagino que es terrible.

—Ella se siente herida y dice que no piensa casarse con él jamás.

El mestizo se pasó los dedos por el pelo.

—¡Por todos los espíritus Santee, Andrews! ¡Le dimos una oportunidad de oro y la ha desperdiciado! Si ese maldito hijo tuyo estuviera aquí, no le daría una paliza, lo estrangularía con mis propias manos. ¿Sabes lo que me hará si Jane se entera de que…?

—¡Ah! —Escuchó el mestizo una voz femenina que conocía muy bien, a su espalda—. ¿Qué te haré, esposo?

Águila Negra se giró para observar a su mujer, al tiempo que maldecía, esta vez, en su lengua natal. Maldijo doblemente cuando la vio alzar el rifle y apoyarlo sobre el hombro.

Dana se interpuso entre su hermana y los dos hombres.

—¿No estás siendo un poco exagerada, pendenciera?

—¡Vas a tener un hijo y no estás casada! —chilló la hermana mayor.

—¿Quieres hacer el favor de no gritar? Me gustaría que la noticia no llegase a Austin, Jane —dijo con enojo.

—Eso debiste haberlo pensado antes de abrir tus piernas. —Dana jadeó con horror ante el exabrupto de la señora Hutson—. Apártate para que pueda dispararle donde más le dolerá —sugirió mientras se colocaba el arma dispuesta a disparar.

—Jane, suelta el rifle. No es lo que crees —intercedió Águila Negra.

La aludida miró a su hermana.

—¿Estás casada? —le preguntó con cierta tirantez.

—No —se sinceró Dana.

—Apártate para que haga lo que es correcto, Dana.

—No puedo hacer eso, Jane, dado que no estarás apuntando al hombre correcto.

Jane se quedó un minuto dándole vueltas a las palabras de su hermana. Entendió el mensaje y bajó el rifle. Se escucharon tres suspiros llenos de agradecimiento.

—Supongo que tendré que buscar a su hijo, señor Andrews —comenzó a decir Jane, con suma calma—. ¿Podría decirme, por favor, dónde puedo encontrarlo? Me ahorraría el trabajo de peinar toda la finca.

Dana suspiró.

—No está aquí y prefiero que no hablemos de él —apostilló la pelirroja con cansancio.

La reacción de Jane fue tirar el rifle al suelo y ponerse roja de furia. Comenzó a respirar con ferocidad, tratando de contener toda la ira que la envolvía.

Águila Negra llegó a su lado y la sujetó de los hombros.

—¿Jane? ¿Qué ocurre? ¿Debo ir a buscar al doctor? —Se preocupó muchísimo al verla en ese estado.

—Si me quieres irás a buscar al sepulturero, amor mío, porque voy a rajar a tu amigo de arriba abajo, sacaré sus tripas y luego me comeré su corazón. Así que ya ves, seré una Siux Santee por matrimonio. ¡Ah, sí! Se me olvidaba, si me amas traerás a Andrews, al hijo, para que pueda llevar a cabo mi cometido. ¿Me amas, Águila Negra? —preguntó con esperanza.

—¡Jane! —gritó su hermana, al ver la crudeza con la que la señora Hutson había explicado toda esa narración. Y lo más preocupante era que Dana no sabía si era un farol o en verdad sería capaz… La miró con atención a los ojos. «¡Dios del cielo, que la rata no venga por aquí o ella lo matará!», pensó en su interior.

—Te dije que no era buena idea dejarla en libertad. Cuando sugeriste que el hijo de ese hombre —señaló al aludido con rabia— sería bueno para ella, que era confiable y leal… ¡Te lo dije, maldita sea! ¿¡Te das cuenta de lo que has hecho!? —le reprochó a viva voz a su esposo.

—Jane… —musitó el mestizo—, yo no he hecho nada.

La respuesta de su esposa fue limpiarse las lágrimas que caían furtivamente por su mejilla.

—¡Es mi hermana! ¡Mi hermana pequeña! —Comenzó a llorar.

Dana se aproximó a ella y desplazó al mestizo, quien se apartó, y la sostuvo entre los brazos. Ambas sollozaban y se consolaban ante la atenta mirada de los hombres.

—Dos embarazadas… mal asunto. Sus nervios acabarán con los nuestros —expuso Andrews solo para los oídos del mestizo, quien estaba al lado del pelirrojo, porque las hermanas Hertford lo habían echado a un lado sin contemplaciones.

—Tiene que casarse —le dijo a Andrews.

—Ese niño lleva mi sangre, si Jey no se hace cargo, yo lo haré —explicó con cuidado de que las mujeres no lo escuchasen.

—Sé que eres su padre, Andrews, pero tu hijo es un verdadero bastardo —opinó el señor Hutson con enfado.

La conversación entre los hombres cesó unos pocos minutos.

—Mery Bell ha vuelto, Águila Negra —susurró. Sus hombres le habían informado de ese suceso. El mestizo conocía esa delicada historia. Gimió con enfado.

Las dos hermanas continuaban abrazadas y dándose ánimos, por lo que eran ajenas a la conversación.

—No es la única que ha regresado, Andrews.

—¿Qué quieres decir?

—El indio con el que estoy en deuda, del que te hablé, el que pretende llevarse a Dana a su territorio, ha sido visto por la zona. La está buscando.

—¡Mierda! —exclamó Jeremy con furia—. No voy a separarme de mi nieto. Y voy a cuidar de ella.

—Lo sé. Es tu única esperanza para que tu hijo se reforme y no sé si lo conseguirás porque Dana no es… Digamos que las Hertford no perdonan los engaños con facilidad.

—No la ha engañado. Eso lo hizo ella y sospecho que no se lo tomó muy bien cuando

descubrió la naturaleza del falso Hertford.

—¿Qué le ha hecho a Dana?

—Le ha roto el corazón.

—¡Mierda! —Fue el turno del mestizo para ofrecer el exabrupto.

—Lo sé. El asunto es complejo.

—Y más si tenemos en cuenta que el tío de ellas todavía anda suelto y podría visitarnos de un momento a otro.

—¿Cuándo se complicó todo tanto? —se preguntó Andrews más para sí mismo que para su compañero.

—Eso quisiera saber yo… —susurró Águila Negra, soltando un largo suspiro al final de sus palabras.

Capítulo 10

Un futuro incierto

Dana terminó de estirarse el sencillo vestido de tafetán blanco perla que había elegido ponerse para acudir al servicio dominical. El pastor Aledo deseaba hablar con ella después de ofrecer el sermón. Estaba nerviosa. Las semanas pasaban y ella no sabía a qué atenerse.

Había convencido a Andrews de quedarse en el rancho de Sarah Lee para estar más tranquila. Cosa que no fue nada fácil, porque era uno de los hombres más tercos que había conocido hasta la fecha. Lo consiguió con la promesa de que pensaría en su futuro con seriedad y haría lo mejor para su bebé.

En el Sarah Love era feliz, lo fue cuando se había hecho pasar por un muchacho y lo era siendo una hermosa joven recién llegada de Londres. La señora Harris estaba exultante porque sus vaqueros habían vuelto a peinarse, lavarse cada día y perfumarse para sentarse a comer en la mesa. Si sospechaban de su engaño, nadie dijo una sola palabra. La explicación fue que era la hermana melliza de Hertford y eso pareció bastante consistente.

¿Por qué no estar en casa de Jane? Porque cuando estaban juntas se pasaban el día llorando y discutiendo debido a la situación que arrastraba la pequeña de las Hertford, y que tanto disgustaba a Jane. Así que después del segundo día residiendo en el Jane Hope le pidió a Águila Negra que la llevase de regreso al rancho de los Harris. Dana se había acostumbrado a la independencia y no podría volver a vivir sin ella. Jane aceptó, no sin antes pelear con toda su insistencia y ella supo que el mestizo iba a agradecer un poco de paz, dado que soportar a dos mujeres embarazadas que iban, en pocos minutos, del llanto a la alegría, pasando por las discusiones… Francamente desquiciante para el mestizo.

Para Dana todo era confuso y un auténtico caos. Le había confesado a su mejor amigo, a Prescott Callum, sus problemas. No se dejó ni un solo detalle por contar y el hombretón pelirrojo censuró por completo la actitud de la rata huidiza y le dijo que le iría mejor sin él. Por descontado, su mejor amigo se ofreció a casarse con ella y Dana lloró a lágrima vida conmovida por su gentileza.

A Sarah solo le había mencionado que el hijo del señor Andrews le había roto el corazón y que no tenía reparación posible. La vaquera, por descontado, comenzó a hablar de todo lo que le haría a Jeremy en cuanto tuviese ocasión de tenerlo delante. Fue muy gráfica cuando incidió sobre cortarle sus partes íntimas y lo que haría con ellas.

Los más allegados eran conscientes de que estaba embarazada y la vergüenza que sentía por verse en esa situación era bastante difícil de sobrellevar. Amaba al hijo que crecía en su seno con creces, pero en cuanto el escándalo saliese a la luz… Estaba en el tiempo límite y debía tomar una decisión, aunque no sabía lo que acabaría haciendo.

Así que, como los más cercanos sabían que era una mujer gestando, no le habían permitido hacer absolutamente nada en el rancho, y dado que ella se negaba a quedarse quieta, porque necesitaba no pensar en todo lo que sostenían sus hombros, convenció al padre de la rata para que le diese su antiguo empleo como contable del aserradero. ¿Aceptó el señor Andrews? Con los ojos cerrados, pues esa opción le permitía tenerla cerca y controlada. ¡Era peor que Jane! Todo el día se preocupaba por si estaba cansada, por si comía bien, por si tomaba los alimentos que le había aconsejado el médico de Austin… ¡Ah, sí! Ella se quejaba debido a tanta atención, pero le agradecía en silencio su manto protector, tanto que deseaba llorar cada vez que el señor Andrews mostraba su preocupación por ella. ¡Era tan bueno! ¿No podía haber resultado así la rata?

—Tu príncipe ha llegado. —La voz de Sarah Lee le llegó desde el umbral de la puerta. Sonaba divertida.

—No es mi príncipe, pero sí es un hombre maravilloso —confesó con una sonrisa.

—También es un buen partido —añadió con cautela la vaquera. Dana entendió el rumbo de los pensamientos de Sarah Lee.

—Lo sé, pero no puedo verlo más que como a su padre. Me hace sentir más una hija que otra cosa. ¿Entiendes lo que digo?

—Sí, me sucedía lo mismo con Águila Negra. ¿Qué vas a hacer entonces?

—No lo tengo demasiado claro.

—¿Has vuelto a hablar con Hacha de Guerra? —Sarah Lee sabía lo referente a ese guerrero Lakota. Y en verdad, cada vez que lo había visto observar a Dana, ella percibía su posesividad e interés por la beldad pelirroja.

Dana suspiró con fuerza. El indio había llegado al pueblo y estaba acampando cerca del arroyo, en las tierras del Sarah Love, porque Harris le había ofrecido la opción. Él se había presentado en el rancho donde Dana residía, con Águila Negra custodiándolo y causó cierto revuelo. El mestizo confiaba en él y Dana también lo hacía por extensión. Y más porque tanto su hermana como ella misma le debían la vida. Era grande, se veía salvaje y amenazador, pero Dana no le temía.

—Le dije que no podía irme con él.

—¿Y por qué sigue aquí? —se interesó.

—Porque es conocedor de mis circunstancias con respeto al tío George, cree que él es mi mejor opción y aseguró que hasta que yo no sea propiedad de otro hombre no se marchará sin luchar.

—¿Luchar? No se referirá a pelearse, ¿verdad?

—Lo cierto es que… no lo sé. Águila Negra dice que los indios lo solucionan todo machete en mano, así que… no sé qué pensar.

—No veo al señor Andrews combatiendo con un salvaje, Dana.

La pelirroja hizo un aspaviento con la mano para restar importancia y luego dijo:

—¡Tonterías! Eso no será necesario.

—¿Estás segura? —La vaquera alzó una ceja y Dana creyó que estaba ante una gran duquesa.

—No —dijo con la boca pequeña.

—¡Dana!, llegaremos tarde a la iglesia —gritó el señor Andrews desde el piso de abajo. La aludida rodó los ojos.

—Oh, es todo un lobo feroz —se rio Sarah.

—Le he dicho que no hace falta que venga a recogerme con la carreta, que puedo ir con vosotros… ¡Es demasiado… demasiado…! —No le venía a la mente una palabra para catalogarlo.

—Autócrata.

—¡Sí!

—Pero lo adoras.

—Completamente. No lo puedo negar. ¿Es malo que a veces cierre los ojos e imagine que es su hijo quien se preocupa por mí?

—Es comprensible. Amas a Jey.

—¡No! —negó tajantemente y con fuerza usando la cabeza también.

—Baja antes de que suba a por ti y te lleve tirando de la oreja hasta la iglesia—le recomendó con una sonrisa Sarah.

Dana suspiró e hizo lo que ella le aconsejó, porque Jeremy Andrews era capaz de

hacer justo lo que la vaquera había dicho. Bajó los escalones despacio para llegar al piso de abajo, donde el señor Andrews, ataviado con un elegante traje oscuro, camisa blanca y con los lazos de la corbata impecablemente anudados, la esperaba con su sombrero en la mano para recibirla. ¡Todo un caballero!

—Estás preciosa, como siempre —le dijo con la mirada tierna.

Ella odiaba ver la lástima que reflejaban sus ojos cuando la observaba. Era evidente que se sentía tremendamente responsable de lo que había hecho su hijo. No dijo nada a este respecto. Bueno, tampoco era como si la culpa de todo la tuviese Jey. No se podía obligar a alguien a amar a otra persona y él se lo avisó… Ella no debía seguir pensando en el pasado porque ya no se podía regresar atrás en el tiempo y cambiar las cosas. Y no cambiaría nada, dado que el resultado de su estupidez había dado como fruto un precioso bebé que crecía en su interior.

—Y tú te ves perfecto, señor Andrews.

Jeremy le ofreció el brazo y la dama colocó su fina mano enguatada sobre él.

—¿Vendrán los Harris con nosotros hoy, Dana? —se interesó Jeremy.

—Irán por su cuenta. Sarah Lee tiene que convencer a Denver para que vaya a la iglesia. El vaquero tiene problemas con Dios debido a su pasado. Eso dijo la señora Harris y no quieras saber cómo intercambia favores con su esposo a fin de obligarlo a hacer lo que no quiere —dijo resoplando. Había escuchado una conversación sin querer y… En fin, Sarah era buena en lo que se refería a ofrecerle cosas cuando pretendía que su esposo hiciese algo que no deseaba. Cosas pecaminosas.

—Muy bien. Querida, yo… —comenzó a decir.

—¿Sí? —preguntó al ver que él dejaba de hablar.

—¿Te ha dado problemas Mery Bell Gorwing? —Quiso averiguar con mucho tacto, usando el apellido de casada de ella.

Dana cerró los ojos momentáneamente. Había coincidido con esa mujer en el colmado un par de veces. Una de ellas, dado que siempre iba acompañada por el señor Andrews, enseguida quiso acercarse a ellos para preguntarle a él por su hijo. Y cuando Andrews se vio en la obligación de atender las buenas costumbres sociales y presentarla, Dana estuvo distante y molesta. Al fin había conocido a la mujer que poseía el corazón y la mente del hombre que la había dejado embarazada. ¡Qué patética se sintió ante el verdadero amor de Jey!

Y pese a saber que no estaba bien, ella la aborrecía. Era una mujer viuda que iba acompañada de su hijo y Dana se mostró fría y esquiva. No pudo evitarlo. El instante en el que él gritó su nombre mientras le entregaba su cuerpo… No podría olvidar nunca ese nombre, ni tampoco a la mujer a la que por fin le había puesto rostro.

—¿Por qué debería verme en dificultades con ella? No nos hemos hablado más que dos veces en la mercantil y nos vemos los domingos en la iglesia sin que haya un acercamiento. La señora Gorwing sigue su camino y yo el mío.

—He notado cierta tirantez por parte de ambas y no deseo que nada te aflija.

—Todo está bien —lo tranquilizó.

Llegaron hasta la carreta y el señor Andrews la ayudó a subir. Luego él hizo lo propio y comenzó el viaje hasta el lugar de destino, por lo que siguieron conversando.

—Su hijo tiene siete años recién cumplidos —expuso él, como si eso tuviera que revelar algo importante.

—Se ve sano y fuerte. Lamento que tenga que crecer sin su padre junto a él.

—No lo ves, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—No puedo determinarlo con certeza, pero cuando ella y mi hijo se prometieron, creo que ya estaba embarazada del que fue más tarde su esposo.

—¡Oh! —exclamó con sorpresa—. ¿La crees tan malvada como para haber podido colocarle a un bas…? —frunció el ceño—. ¿Y si Jey sabía que ella tenía ese problema y se prestó a ayudarla cuando le propuso matrimonio en el pasado? Por lo que tengo entendido, él verdaderamente la amaba con intensidad. Además, estoy convencida de que todavía la ama. —Y tanto que Dana lo sabía. Lo había descubierto del peor modo posible—. No saques conclusiones, Andrews, porque no sabes lo que ellos hablaron o acordaron.

—¿Jey enamorado de ella? —preguntó asombrado.

—Es muy bonita. —Siempre había maldecido su propia belleza, pero la mujer a la que amaba la rata le hacía querer ser más perfecta. Mery Bell Gorwing era cálida, serena y muy atenta con su hijo, a quien no perdía de vista. Todo indicaba que era una buena mujer y que Dana solo sentía reticencia por lo que pasó con Jey… ¿no?

—¡Pamplinas! Solo fue el encaprichamiento de un joven que no pudo conseguir a una de las muchachas más vistosas del pueblo.

—¿Puedo preguntarte algo un tanto… peculiar?

Él dejó de mirar al frente y la observó con atención.

—Siempre. ¿Qué sucede, Dana?

—¿No sientes que coquetea contigo y que a mí me mira… con disgusto? Ella no es mi persona preferida en el mundo y sé que me he mostrado tirante… Te juro que no son celos por lo que tuvo tu hijo con ella, solo es que… No sé —agitó los hombros mientras suspiraba—. Tal vez sí sean celos porque él la quiso y a mí no.

—Dana, las opciones de una mujer viuda con un hijo a cargo son… He estado preguntando, su esposo le dejó algo de dinero, pero si no se casa pronto o encuentra un buen trabajo tendrá problemas. Soy el hombre más rico del pueblo y mi hijo no está por ningún lado.

—¿Opinas que ha regresado por Jeremy y que coquetea contigo por si tú…? Confieso que no me agrada ella, pero es porque… En fin, no quiero creer que sea de ese modo. No quiero

sentirme influenciada porque fue el gran y único amor de tu hijo, ya sabes. No soy así, aunque en honor a la verdad no puedo dejar de sentir reticencia sobre ella.

—Querida mía, yo suelo pensar mal de las personas siempre. Cuando tu hermana llegó a mi puerta y se disgustó, con razón, porque yo la había engañado para traerla como novia por correo simulando ser mi hijo… Bueno, me dijo que no se casaría con Jey tan pronto…, ahí sospeché que algo había sucedido con el mestizo. Soy un hombre que no suele fijarse en los de su mismo género, pero debo reconocer que Travis Hutson es notable y percibí la manera en la que la miraba cuando bajó de la carreta aquel día. Tengo cierta intuición a la que no me gusta dejar de lado. Del mismo modo me preocupa el asunto de Hacha de Marfil.

—Es Hacha de Guerra —lo corrigió. Le pareció estar viendo a Jey diciendo mal el nombre de su amigo. ¡Eran iguales! Padre e hijo estaban cortados por el mismo patrón.

—Como sea. No quiero que te lleve con él. No puedo consentirlo.

—Lo has dejado claro todas las veces que has podido desde que te enteraste de que él está en Crystal City. No hace falta que me lo repitas cada vez que puedes —apostilló con una tierna sonrisa.

—Y aun así no me das paz, Dana.

—No hablemos de nada más. Permíteme disfrutar de un agradable paseo con un hombre encantador a mi lado —ella se afanó a su brazo más cercano y le ofreció una sonrisa—. Deja que por un instante olvide todas mis miserables dificultades y que sea solo una chica de Londres que está en el salvaje Oeste disfrutando de la novedad.

—Así será, Dana —le concedió él su deseo.

El resto del viaje transcurrió en silencio y disfrutaron de un sol que no era agresivo.

Llegaron a la iglesia y allí volvieron a ver a la señora Gorwing y a su hijo, y una vez más se acercó a ellos para volver a preguntar sobre la rata… ¡Cómo no!

—Señor Andrews —dijo la mujer, mientras se aproximaba hasta la posición de ambos—, ¿ha sabido algo de Jey?

No era la primera vez que escuchaba ese nombre en boca de ella y de nuevo le dieron ganas de regurgitar sobre ella. Así que seguramente Mery Bell había tenido permiso para llamarlo de esa forma, mientras que ella no podía hacerlo.

—Buenos días, señora Gorwing, señor Gorwing. —Jeremy saludó a la madre y al hijo con atención.

—Oh, disculpe mis modales, buenos días, señor Andrews, señorita Hertford.

—Buenos días —añadió el hijo en cuanto la madre le dio un ligero empujón.

—Es *lady* Dana Hertford —puntualizó con sumo orgullo su acompañante. Y no. No era la primera vez que el señor Andrews le recordaba el título de Dana, ya en el colmado la presentó con toda la suntuosidad de su posición social.

—Buenos días. No es necesaria tanta deferencia —terció la pelirroja—, por favor, llámeme Dana, señora Gorwing —ofreció una vez más como sucedió en la mercantil aquel día. Dana miró al chico y le sonrió. Bien pudo haber sido el hijo de Jeremy en el caso de que la dama lo hubiese elegido frente a Gorwing.

—Oh, es usted encantadora. Señorita Hertford estará bien —le dijo, con una brillante sonrisa. Sí. Una vez más Mery Bell se empeñó en tratarla con ese término medio que suponía no usar el título y no tener tanta familiaridad con ella.

Dana suspiró.

—¿Entramos, Jeremy? —le preguntó a él.

—Por supuesto, querida —respondió el interpelado, encantador.

—Me sentaré con ustedes dos. El pequeño Matt está deseando que le cuente los

entresijos del aserradero tal y como le prometió el otro día cuando nos encontramos.

El padre de la rata levantó una ceja incrédulo y Dana se dio cuenta de que iba a ponerla en su lugar, porque acababa de mentir descaradamente en la puerta de la iglesia.

—Será un placer —tomó la palabra Dana, quien miró con simpatía al niño—. Estoy segura de que el señor Andrews te contará todo lo que quieras saber sobre el aserradero en cuanto termine el servicio religioso. —Acompañó las palabras con un pequeño apretón en el antebrazo de él para que se mostrase de acuerdo.

—Desde luego. Señor Gorwing, abra el paso con su madre, *lady* Dana y yo les seguiremos.

Así entraron las dos parejas en la casa de Dios.

—Querida mía, tienes grandes dotes para convertirte en la señora Andrews. La desgracia de mi hijo será mi buenaventura.

—No empieces —le dijo bufando.

Vieron a la viuda girarse y sonreírles. Dana le dio un codazo a él por haber sido tan imprudente al hablar de ese modo.

—No nos ha oído —le susurró a la pelirroja.

La exprometida de Jey logró sentarse junto al señor Andrews, de tal modo, que él acabó rodeado por las dos mujeres. El niño estuvo al otro lado de su madre.

La señorita Hertford se preguntó a qué vendría tanto interés de pronto por parte de la viuda. No tuvo tiempo de plantearse más cuestiones porque su hermana y Águila Negra entraron en la iglesia y se saludaron. Por la sonrisa tan apacible que llevaba el mestizo, Dana se figuró que Jane también usaba el mismo método que Sarah Lee para convencer a su esposo a la hora de acudir al templo, dado que el mestizo no creía en el Dios del hombre blanco y pese a ello parecía conforme con estar allí dentro.

—Dana —le dijo su hermana con nerviosismo.

—Ahora no, Jane —la frenó Águila Negra, tomándola de la mano.

Dana Vio a su hermana fruncir el ceño y entonces se fijó en los nudillos de su esposo. ¡Los de la mano derecha los tenía llenos de sangre!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dana con temor.

—Nada —respondió el mestizo. La pelirroja sabía que estaba mintiendo.

Ya salió el pastor Aledo y comenzó la misa.

Dana no se sentía bien. De pronto estaba mareada y le costaba respirar. Tenía un mal presentimiento y sentía calambres en la barriga.

—Jeremy… —lo llamó con un susurro, mientras el coro cantaba. Él la miró y con un simple vistazo supo que no estaba bien. La veía pálida.

—¿Nos vamos?

—Sí, por favor.

Andrews se levantó sin ninguna ceremonia, la cogió por el brazo y con calma la sacó de allí. Le hizo un gesto al mestizo y a su esposa para que no se preocupasen porque él se ocuparía de Dana.

Jane tuvo el impulso de levantarse.

—Me has obligado a venir y te quedarás aquí. Tu hermana estará bien con Andrews —le dijo en voz baja a Jane su esposo.

—Teníamos que haberla avisado —lo regañó la señora Hutson.

—¿Y de qué habría servido, Jane? Ya le he dado un puñetazo.

—Debiste haberme dejado que le disparase porque es lo que menos se merece ese canalla desalmado por lo que ha hecho —razonó su mujer, también entre murmullos.

Jeremy acompañó a Dana al rancho de los Harris y se aseguró de que estuviera bien antes de marcharse. Ella lo convenció de que solo fue el calor que la había destemplado. Le dijo que visitarían al médico del pueblo al día siguiente y la pelirroja no se opuso porque él siempre se salía con la suya.

Después de dejarla bien instalada, Andrews, dado que no tenía otros asuntos que atender en el pueblo, condujo la carreta hasta su finca. Y allí, en su elegante salón que Dana le había ayudado a decorar, tuvo al fin la oportunidad de ver a su hijo, quien estaba sentado cómodamente en el sofá de terciopelo dorado… luciendo espléndido con un ojo morado.

—¿Cuándo es la boda, padre? —preguntó a bocajarro Jey.

***

Jeremy Andrews, no deseaba asemejarse a su progenitor en nada, ni tan siquiera en el blanco de los ojos. Le gustaba, porque se había acostumbrado, pensar que era un hijo ilegítimo. Nunca se había llevado bien con el dueño del aserradero porque él le imponía su voluntad a placer y Jey se negaba a ser dirigido por nadie. Amaba su libertad.

Había entregado su afecto demasiadas veces como para no cuidarse de todo mal. Primero fue su madre. Lo abandonó sin echar una mirada atrás. No solo dejó al manipulador de su esposo en medio del camino, sino a él también. Era pequeño cuando ella se marchó, pero la sensación de pérdida no le abandonó nunca. Después fue su padre. Siempre dudando sobre su procedencia y recelando de él. Así que había crecido prácticamente solo… discutiendo día sí y día también con el jefe de la familia. Y por fin, Mery Bell. La única mujer por la que había

suspirado siendo un niño, a la que tuvo en la palma de la mano y se le escurrió entre los dedos gracias a la intervención de su padre.

El engaño parecía pisarle los talones a donde quisiera que fuera. De tal modo, que cuando se enteró de que el chico que lo encendía como una cerilla casi desde la primera vez que lo vio, resultó ser una mujer audaz… Aquello supuso la gota que colmó el vaso. Tal vez fuese infantil, simplón e inmaduro, pero… ¿a quién le correspondía juzgar eso? Si Jeremy Andrews, el hijo, vivía según sus reglas y criterios, solo a él mismo le incumbía juzgarse y sentenciarse.

Así que, considerarse un bastardo no estaba tan mal. El padre de Sarah Lee, Mathias Foster lo fue, al igual que Denver Harris y ambos habían resultado bien parados pese a no ser hijos reconocidos. No obstante, nunca antes había dolido ser un auténtico bastardo por haberla roto a ella. Hertford. No osaba ni decir su nombre en su fuero interno por miedo a que se materializase y le pegase un tiro.

Cuando llegó a Austin después de yacer con ella, no pudo mirarla a la cara. Los ojos verdes jocosos y burlones con los que siempre lo había mirado se convirtieron en unos inertes, llenos de desilusión, de desesperanza, de dolor. Y esos orbes tan cargados de amor se apagaron como la luz más cegadora mientras él alcanzaba el placer sobre su dulce cuerpo, ese que se había ofrecido a él libremente. Resultó fácil escabullirse para no enfrentarse a su pecado y a la culpa que arrastraba. No fue plenamente consciente de todo de lo que supondría haberla hecho sufrir cuando se subió al primer tren para dirigirse al norte. Eran las noches lo que realmente lo atormentaban. Ella se colaba en sus sueños para hacerlo desgraciado y razón no le faltaba.

Virgen. Le había arrebatado la virtud a una dama, a la hermana de la esposa de su mejor amigo y luego se había esfumado. Lo único que le faltó fue pagarle sus servicios, porque incluso a las muchachas del Orient Saloon las trataba mejor de lo que lo hizo con ella.

Los primeros días, pese a sentirse mal, intentaba convencerse de que era lo mejor, porque no confiaba en ella y fue Hertford la que se le ofreció. Nada. A la tercera semana ya sabía que era el mayor bastardo desagradecido de todos los tiempos. Constatado. Su cuerpo, su mente y su alma se habían oscurecido debido a ella, al trato que le dispensó.

Cuando encontró trabajo en un rancho de Dallas, se dijo que se quedaría ahí el resto de su vida. No tenía lazos en Crystal City y presumiblemente todos querrían matarlo en cuanto se

descubriese lo que le había hecho a ella. ¿Cobarde? Tal vez. ¿Y qué importaba si lo era? Ya tenía varios delitos sobre su espalda, así que uno más no importaba demasiado.

Le apasionaban los caballos. Águila Negra le enseñó todo lo que sabía sobre ellos y había encontrado un pedazo de paz lejos de Hertford, de su padre y de Mery Bell, quien suponía que estaría residiendo ya en el pueblo.

¿Feliz? No lo era, en absoluto. Ni tener suficiente dinero para ir a buscar placer y olvidarlas a ambas servía para que quisiera llevar a cabo eso mismo. El celibato. No pensó que llegaría jamás a ese extremo. Él, el mayor sinvergüenza de todos los tiempos no tenía ganas de disfrutar de la suavidad de una mujer. Y eso era un martirio todavía peor, dado que cuando su masculinidad se revelaba por su falta de atención, le venían siempre las imágenes de Hertford a la mente. La dulce pelirroja estuvo convencida de que él la amaba. ¿Amor? ¿Qué sabía él de ese estúpido sentimiento? Jey solo entendía de dolor, abandono y engaño.

Los días pasaban y no se sentía como la primera vez que huyó del pueblo siendo mucho más joven. En aquella ocasión descubrió la verdadera libertad, el compañerismo de la mano de un mestizo que también estaba enfadado con el mundo. Esto era diferente, porque ya no era un muchacho alocado que no temía a nada ni a nadie. Estaba demasiado cerca de los treinta años y se encontraba cansado y solo en el mundo.

—¿Andrews? —Lo sacó de sus pensamientos el dueño del rancho Doble D.

—¿Sí, jefe?

—Han traído un telegrama para ti.

Estaba recogiendo su paga semanal, así que el vaquero le dio su jornal y el papel. Se quedó parado.

—¿Seguro que es para mí?

—¿Lo coges o no? —El jefe no se caracterizaba por tener demasiada paciencia y en honor a la verdad él se había acostumbrado a trabajar en el Sarah Love, primero, y en el

aserradero, después, donde era él quien mandaba al resto.

—Por supuesto.

Tomó la hoja plegada y la abrió para leer algo que lo dejó con la boca abierta. Jey dejó atrás el despacho de su jefe y salió afuera para respirar con tranquilidad.

¿Se casaba? ¿Su padre se casaba con una novia por correo llegada de Londres? Y lo más importante, ¿cómo sabía el señor Andrews dónde estaba él?

Bufó con enfado. No le sorprendería que le hubiese colocado a la espalda a un investigador que lo vigilase a cada hora.

Estaba furioso otra vez con su padre, cosa que no resultaba una gran novedad, pero al mismo tiempo tenía una sensación extraña. No se trataba solo por la invitación a la boda que le hacía su progenitor, era algo más profundo. Lo embargó una sensación de desconcierto que le obligó a despedirse de su trabajo, y a regresar a Crystal City para ver qué demonios había impulsado a un hombre que rondaba los cuarenta y cinco años de edad, que juró que jamás volvería a casarse, y que mantenía un agradable idilio con una viuda de Austin, a volver a pasar por la vicaría.

Días más tarde, él bajó del mismo tren en el que se subió para olvidar el pasado y llegó a Austin, desde donde pidió un caballo para poder ir a Crystal City. Y la fortuna hizo que se topase en el camino con los buenos señores Hutson, quienes, montados en su carreta y ataviados con sus mejores galas se disponían a acudir, muy probablemente al servicio del domingo. Jey se quedó atónito al tener ese pensamiento. Ni en un millón de años hubiese dicho que Águila Negra acudía a la iglesia. El amor era algo que hacía estúpidos a los hombres… ¿no?

Jey detuvo su caballo y saludó amigablemente a la bonita pareja. Desde luego que sí, él peinó la carreta en busca de Hertford, pero ella no parecía estar en ningún lugar. De pronto, regresó la miserable sensación por haber dejado sola y desvalida a una muchacha en Austin.

Lo que sucedió después de ese saludo cortés fue tan rápido, que no lo tenía claro del todo. Lo que Jey recordaría fue haber visto a Jane Hutson sacar un Winchester de detrás de la

carreta para apuntarle directamente. No le dio tiempo a preguntar por esa reacción, porque el mestizo ya había frenado el carro y estaba bajándolo de su montura con violencia. Cuando lo tuvo frente a frente, sin hablar, le dio un puñetazo que lo dejó tirado en el suelo y con un considerable dolor en el trasero, además de en la mejilla y parte del ojo.

—¿Qué demonios te pasa, Águila Negra? —logró preguntar desde el suelo, al tiempo que se tocaba el rostro. Aquello dolía como la muerte.

—Apártate, cariño —le dijo Jane a su esposo—. Necesito un tiro limpio para acabar con esa maldita rata huidiza. —A la señora Hutson le gustaba el sobrenombre que su hermana le había dado a Jeremy Andrews, el hijo.

—No pienso consentir que te manches las manos de sangre —respondió su esposo, que ya se acercaba hacia ella y se mantenía en su línea de tiro, porque sabía que Jane sería más que capaz de dispararle a Jey—. Un puñetazo bastará por ahora.

—¡Deja que lo hiera un poco al menos! ¿Un tiro en la pierna? Eso no le causará la muerte —negociaba su esposa, desde lo alto de la carreta.

—Janeee —la regañó el mestizo.

—¡Merece más que lo que le has hecho! —se enfurruñó.

—Créeme, esposa, sé lo que está por venirle y lo que se le avecina lo dejará peor que si tú le pegases un tiro o yo descargase mi ira con los puños. —Águila Negra lo conocía mejor que a sí mismo. En cuanto Jeremy viese a la pelirroja se daría él mismo cabezazos contra el poste de madera más cercano. Incluso trataría de ahogarse en un abrevadero.

El mestizo subió a la carreta y la pareja se marchó de allí como si nada hubiese pasado.

Jeremy se levantó del suelo, incrédulo, por lo que acababa de sucederle. Tomó las riendas del castrado y se montó para seguir su camino.

—¡Testículos peludos de Satanás! Ella debe haberse chivado de lo sucedido —señaló,

en alto al cielo, al comprender la situación.

Después del incidente, galopó hasta su casa y fue atendido diligentemente por la señora Norris.

—¡Señor Jey! —cantó risueña al verlo en la puerta el ama de llaves—. Por fin está en casa. Su padre se volverá loco de contento en cuando lo sepa.

—Señora Norris, yo también me alegro de verla. —Le sonrió—. ¿Dónde está el jefe?

—En la iglesia, señor, acompaña cada domingo a la señorita Hertford. De hecho, le alegrará que haya venido puntual para no retrasar la boda. Hoy iban a arreglar los asuntos para fijar la fecha del matrimonio. Su padre estaba impaciente porque llegase y así poder tenerlo todo a punto. Ya sabe que no le gusta dejar nada al azar.

—Ya —musitó tratando de mostrarse tranquilo.

—¿Qué le ha pasado en el ojo? —preguntó la mujer, cuando se acercó lo suficiente para ver el palpitante morado que allí se le estaba formando.

—Una caída con el caballo.

—Le pondré unos trapos frescos para bajar esa hinchazón. No creí que un vaquero como usted pudiese caerse a estas alturas.

—Yo tampoco, señora Norris… yo tampoco —repitió, al tiempo que entraba y se sentaba en el nuevo sofá ocre que su padre había comprado. ¡Toda la maldita casa se veía diferente! Los muebles, las cortinas… Todo era obra de una mujer y él sospechaba de quién se trataba.

La buena señora le dio un paño que mantuvo un rato sobre su doloroso ojo y le sirvió un trozo de pastel de manzana que su padre, como no, había hecho para la señorita Hertford, quien por lo visto, solía comer cada domingo en casa con su progenitor, según las explicaciones del ama de llaves.

Estaba dándole vueltas a todo lo sucedido y cada vez estaba más furioso. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿En verdad su padre pensaba casarse con esa hermana Hertford? Y si así fuese, ¿qué más le importaría a él lo que hiciese la pequeña embustera? Y no. Lo que sentía hervir en su pecho no eran los implacables celos de saber que esa mujer menuda y que, incluso polvorienta y llena de barro, se veía hermosa, podría ser la esposa de su padre.

No tardó demasiado en abrirse la puerta y tener frente a él a su progenitor. Así que la pregunta salió como un rayo furioso de su boca.

—¿Cuándo es la boda, padre?

Y el señor Andrews deseó ponerle el otro ojo morado en cuanto lo tuvo delante por haberle hecho tanto daño a un ángel como era Dana Hertford.

Capítulo 11

Un reencuentro maldito

—Bienvenido a casa, hijo mío —habló desde la puerta el señor Andrews.

—¿Qué se supone que hago aquí? —preguntó sin rodeos.

—Venir a una boda. —Oh, sí, el dueño del aserradero quería hacerlo saltar.

—¿Vas a casarte con Hertford? —Su tono fue durísimo.

—¿Con quién? —Sabía a quién se refería pero deseaba forzarlo a explicarse y determinar su reacción al respecto.

—Sabes que el chico era una muchacha. ¿Es ella la supuesta novia por correo que te has sacado de la chistera?

—No.

—Entonces, ¿con quién? —se impacientó.

—*Lady* Dana Hertford, nieta de un conde, la joven que huyó de Londres para escapar de la perversidad de su tío, el único varón de su familia que debió haberla protegido, que llegó a Crystal City disfrazada de muchacho para evitar que algún otro indeseable se fijase en ella, la misma que se topó con un hombre al que tengo la desgracia de llamar hijo mío, esa es la mujer

con la que tú me has obligado a casarme.

Hubo un silencio de los más incómodo en el que el señor Andrews esperaba que Jey estuviese meditando bien a fondo sus palabras. Lo observó tragar saliva con fuerza y comprendió que algo de culpa sí estaba sintiendo su vástago.

Andrews comenzó a caminar hacia el mueble donde había un decantador con *whisky*. Necesitaba un trago para relajarse o acabaría a golpes con su hijo. Se sirvió una cantidad generosa. Aprovechó la pausa para beber el contenido del vaso que estaba sosteniendo. El licor le quemó la garganta.

—¿Disculpa? ¿Has dicho que te he obligado? ¿Yo? ¿Cómo es posible semejante hecho si he estado fuera todo este tiempo y tus matones me han localizado en Dallas? Creo que no he hecho nada para incitarte.

—Estúpido de mí, creí haberte enseñado mejor a tratar a una mujer. No puedo negar que fui un mal padre, porque volqué los pecados de tu madre contigo, pero esperaba al menos que tuvieses una decencia mínima, un poco de respeto, por una mujer inocente a la que tú mancillaste y dejaste atrás.

Jey miró desafiante a su padre.

—No la forcé. Es más, se entregó a mí de buen grado, incluso sabiendo que no me casaría jamás con ella —respondió con tranquilidad a lo que vio como un ataque directo. Se negaba a sentirse culpable ante el hecho mencionado.

—Lo que has hecho es una canallada propia de un ser ruin. Si cada noche te repites lo que acabas de decir para tratar de conciliar el sueño, no te culparé por ello. Si cada mañana que te levantas sientes deseos de lanzarte a un precipicio y acabar con tu vida por perder a una mujer inteligente, dulce, sensata, hermosa y buena, no seré yo quien te diga que no saltes al vacío.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Esperas una explicación? No la tendrás. Si no quieres casarte con ella, bien puedes darle dinero y enviarla a Boston, no sería la primera vez que haces algo semejante —añadió en clara alusión a la mujer que se le escapó de las manos.

Su padre levantó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Esto es por Mery Bell?

—Esto es por lo que sucede siempre.

—¡Ilústrame!

—Porque te inmiscuyes en mis decisiones y no me permites acertar o equivocarme.

—Esto es más que una equivocación. Es un acto de alta traición que ha supuesto que esta familia contraiga una deuda de honor con Dana Hertford.

—Piensa lo que quieras, yo estuve allí aquella noche y sé lo que ella provocó. —Ah, pero el peso de su pecho estaba ahí, aunque no lo confesaría y menos a su padre.

—Por supuesto. Ella se sacó el arma de los pantalones y se deshonró a sí misma —ironizó.

—Me resistí cuanto pude. Lo creas o no, fue cosa de ambos.

—No en los tiempos que corren, Jey. Lo único que ella tenía era su reputación. ¿Qué creías que le sucedería a una joven inocente si se entregaba a ti? ¡Debiste casarte con ella en cuanto la hiciste tuya! —levantó al fin la voz. Respiró con fuerza y trató de tranquilizarse.

—Le dije que eso no ocurriría y no solo consintió, sino que se ofreció. No soy de piedra, padre. Yo la deseaba tanto como ella a mí.

—Entonces, haberte alejado, debiste buscar un río frío y tratar de bajar tus ardores. Un hombre de verdad no toma la virtud de una mujer con la que no va a desposarse.

—¿Me has traído aquí para que haga lo correcto? —preguntó con rabia.

—Lo que dices es imposible, Jey.

—¡Y tanto que así es! No tengo madera de esposo, padre. —Por más que lo intentase, sabía que la haría desgraciada.

—Aunque la tuvieses, ella ha jurado no aceptarte mientras le quede una brizna de sensatez en su persona. La has perdido, Jey, y por tu bien espero que jamás te arrepientas de tus acciones. —El hijo se tensó y el padre estuvo orgulloso de haberle asestado lo que se sintió como un gran golpe en su ser.

—Así que tomarás alegremente lo que yo deseché —razonó, conteniendo la ira que se formaba en su interior. Tan cruda y visceral que incluso el mismo Jey le temía a lo que estaba naciendo ahí.

—Le daré a esa joven de la que tanto tomaste, todo lo que tú no has sido capaz de ofrecer —señaló con sencillez.

—Si te casas con ella, juro por Dios que no volverás a verme.

—¿Vas a jugar esa carta, Jeremy Andrews? ¿De verdad esperas que elija dejarla caer en desgracia para que tú te quedes a mi lado? ¿En qué clase de hombre te has convertido?

—¿¡Ahora vienes a preocuparte por mí!? —preguntó furibundo—. ¡Haz lo que quieras con ella! —le gritó, mientras huía de la casa, dando tras de sí un sonoro portazo.

El padre reprimió el impulso de salir a buscarlo. No había obrado bien con él desde que era un niño, pero Jey debía aprender a ser un buen hombre y sus actos no estaban siendo los adecuados. Esta vez sabía que debía dejarlo caer, para que él mismo se levantase siendo mejor.

***

El sol de la mañana le calentaba el rostro y la cabeza le daba martillazos, casi tan fuertes como los de un herrero sobre un yunque. Tantos meses sin beber le estaban pasando factura a Jeremy Andrews, el hijo. Abrió los ojos y vio que estaba tirado sobre la madera de un porche, cuyo tejado tenía un gran agujero por el que la luz estaba deslumbrándolo. Se incorporó usando los codos y vio un columpio destartalado en la zona izquierda. Sabía exactamente de quién era la casa en la que estaba y por lo visto las reparaciones no habían terminado.

No debió haber bebido tanto en el saloon la noche anterior, porque no recordaba ni cómo llegó hasta el lugar en el que se encontraba. Sería mejor que se pusiese de pie si no quería avergonzarse más.

Escuchó un pomo girar y la puerta frente a él se abrió. Se levantó de un gran salto, pero seguía todavía mareado, por lo que acabó en los brazos de la mujer que trataba de salir de allí.

—¡Dios mío! —gritó asustada la dama.

Él se separó de ella al momento y la miró con atención. Seguía siendo como la recordaba. La misma mujer por la que suspiró en los años de su juventud. Su pelo, el que se divisaba bajo su bonete, se veía un poco más oscuro, los ojos azules no eran los de una muchacha inocente que esperaba mucho de la vida, pero seguían viéndose bonitos, pese a haber perdido su brillo original. La boca también la recordaba bien y su piel no era tan blanca como antaño, debido probablemente a que no se cuidaba tanto como antes para mantenerla blanquecina.

—Lo siento —se disculpó él, bajando la mirada de repente.

—¡Jey! —Mery Bell lo reconoció al punto y le ofreció una gran sonrisa.

—Señora Gorwing —la saludó cortés. Lamentó no tener encima su sombrero para descubrirse y mostrar más respeto por una mujer viuda. No tenía la menor idea de cuándo lo habría perdido ni dónde.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —se interesó ella.

—He tenido una mala noche.

—Vamos, pasa, aséate un poco y refréscate. Estás lleno de barro y ese ojo tuyo… se ve feo.

—No quiero causar molestias, señora —señaló, al tiempo que se daba la vuelta para marcharse de inmediato.

La viuda le agarró la mano a la vez que le decía:

—No seas ridículo y deja ya la formalidad. Los dos nos conocemos desde que aprendiste a tirarme del pelo observando a Denver Harris hacer lo mismo con Sarah Lee Foster. Por suerte no tuviste a mano unas tijeras para cortármelo como hizo Harris. Entra y adecéntate un poco, porque me pareció estar viendo a un bandido mugriento que iba a robarme el dinero.

No pudo oponerse a lo que Mery Bell le solicitó, así que acabó entrando en la vieja casa de los Adams. En cuanto atravesó el umbral de la puerta principal, se dio cuenta de que por dentro estaba decentemente reparada.

Mery Bell lo dirigió a la cocina y le ofreció unos paños limpios para que se asease un poco delante de la bomba de agua del fregadero. Una vez allí lo dejó solo y se marchó al salón.

Jey se quitó el barro, recompuso su atuendo y cuando estaba colocando su camisa dentro de los pantalones que tenía desabrochados, ella entró en la cocina.

—¡Mery Bell! —exclamó alarmado, en cuanto la tuvo delante. Se dio la vuelta para que no viese nada y se apresuró para abotonarse.

—Pensé que ya habrías terminado. Iba a preparar un poco de café caliente, creí que te vendría bien. Además, no es como si yo fuese una muchacha inexperta e inocente, Jey. Soy viuda y tengo un hijo.

—Lo sé, Mery Bell. Yo estaba contigo aquel día que rompiste nuestro compromiso para ir a buscar a Gorwing.

Ella chasqueó la lengua, se acercó y le colocó unos mechones tras las orejas. Su pelo estaba ahí todavía húmedo por haberse echado el agua en la cara.

—No me has podido olvidar, ¿verdad? —preguntó con lástima.

—Tú tardaste bien poco en olvidarme a mí.

—Yo también te quería, Jey, pero a Matt lo amaba más. Tienes que comprender que era necesario que me marchase con él. Era el padre de mi hijo. Me di cuenta de que no podía hacerte eso.

Ella le tocó los labios con dos dedos para que él no hablase.

—Mery Bell… —comenzó a decir él sobre los dedos de ella.

—Shhh. No digas nada. Siempre supe que tú me querías más que Matt, pero él llegó a mí en primera instancia. Volví al pueblo con la esperanza de volver a verte. No sabía si estarías enfadado, y me aterraba la idea de enfrentarme a tu furia, Jey. ¡Y estoy tan contenta! —canturreó emocionada.

Él le tomó la mano por la muñeca y le quitó los dedos de la boca. La soltó y dio dos pasos atrás.

—¿Lo estás?

—No me has olvidado y es todo lo que deseaba encontrar en este pueblo abandonado de la mano de Dios.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Porque él no se comprendía a sí mismo. Y menos en estos instantes en los que estaba comparando a su amor perdido con esa pelirroja que lo irritaba en cada ocasión que podía.

—¡Vamos, mi querido Jey! Has pasado una fría noche en mi porche, como si fueses un perrito abandonado que clama por volver a casa y que le abran la puerta. Nos conocemos

demasiado como para andarnos con remilgos. ¿No te parece?

—No lo sé, Mery Bell. Yo creí conocer muy bien a una preciosa joven a la que le pedí matrimonio, a la que le iba a brindar mi apellido, y a la que sin duda le di todo lo que tenía para ofrecer. Tú me diste la espalda sin pestañear. Me abandonaste y parece ser que me engañaste, porque Matt dejó algo en ti antes de marcharte, tal y como me ha parecido entender hace unos instantes, y pese a ello lo perseguiste —expuso con tranquilidad. El muy sinvergüenza de Gorwing la poseyó y se marchó. ¡El muy desgraciado!

Cerró los ojos al darse cuenta de la enormidad de lo que le había hecho a Hertford. ¡Dios santo! Había sido tan cruel como lo fue Mery Bell en aquel momento. O tal vez, peor… como Matt Gorwing. Sí, mucho peor. Abrió los ojos para mirarla con atención. Ella no era la pelirroja. Aquella muchacha que le brindó comprensión, que le dijo que se había enamorado de él desde el primer momento en el que lo vio. Dana. Su nombre salió tibiamente en un susurro inaudible para la viuda.

—Lo que importa es el presente, Jey. Yo estoy aquí, disponible. Tú has aparecido en mi puerta precisamente el mismo día que sospecho que has regresado al pueblo. Eso tiene que significar algo. Es nuestro momento, no antes, es ahora.

—¿Qué estás diciendo exactamente?

—Mi hijo necesita un padre, yo un esposo. Lo nuestro no pudo ser porque mi corazón no era libre. Llegué aquí con la idea de saber si…

—No digas nada más, te lo suplico, porque entonces me veré obligado a… —respiró profundamente—. Lo que dices es imposible.

Ella se envaró ante la negativa que se apreciaba en las palabras de Jey.

—¡Pero tú siempre me has amado! Me dijiste que jamás podrías amar a otra mujer como lo hacías conmigo. ¿No eres capaz de olvidar el pasado y seguir adelante como hago yo?

—¿Tu esposo significó tan poco para ti?

—Lo amé con todo mi ser, Jey, pero soy una mujer y estoy sola. ¿Qué quieres que haga, sino regresar y buscar al segundo hombre que fue más importante para mí?

—Dinero. Lo que buscas es dinero. —Él comenzó a negar con la cabeza. ¿Realmente tenía ante él a una mujer así? ¿A esa misma fue a la que mantuvo intacta en su recuerdo, en su corazón?

Se dio cuenta de que había sido joven y temerario. Jeremy lo veía al fin. Se creyó su fama de galán y en cuanto Gorwing se marchó, se vio ganando el trofeo de Crystal City. Todo fue cuestión de orgullo.

—Busco amor de nuevo, una familia, estabilidad. ¿Por qué censuras lo que necesito, si sois vosotros, los hombres, los que no me dejáis otra alternativa más que la de casarme? Tengo que alimentar a mi hijo, Jey. Te estoy ofreciendo lo que sé que siempre quisiste de mí.

—¿De verdad, has sido siempre así?

—¿Te refieres a la mujer por la que suspirabas a cada paso?

El pelirrojo se pasó las manos por el rostro, incrédulo. Tantos años pensando en Mery Bell y, ¿esto era lo que recibía a cambio?

—Dime, si te ofreciese matrimonio, ¿crees que podríamos olvidarlo todo? ¿Como si tú no hubieses amado a Gorwing y yo fuese tu plan de emergencia? ¿No te das cuenta de lo que dices?

—¿Qué quieres que haga o piense? ¡Estabas tirado en mi puerta, esperándome! Se me acaba el tiempo, no tengo fondos y estoy al borde de la indigencia. Lo que heredé de mi esposo no es suficiente. Arreglé la casa y más de la mitad se fue en las reparaciones. Ya has visto el porche. ¿Quieres que termine en el saloon abriendo las piernas? Soy una mujer, la que sé que siempre has querido. ¿Qué hay de malo en ofrecerte lo que quieres, Jey? —preguntó con ternura.

—¡Entonces solo pídeme ayuda! —exclamó ansioso—. No me digas que nos casemos, porque tú no me quisiste entonces y no lo harás ahora, y yo no merezco lo que tú ofreces solo

porque no tienes más recursos.

—¿No lo haces? —preguntó con ironía.

—¡No!

—¿Y qué hay de la mujer pelirroja que se cree mejor que el resto? Ella, tan altiva, con sus lujosos vestidos, exhibiendo su título inglés como si fuese la mismísima reina de Inglaterra. —Jeremy se tensó. Ella lo percibió y se envalentonó—. En el pueblo se comentan cosas, Jeremy. ¿Has olvidado que en Crystal City no hay secretos? Escuché a los Hutson hablar ayer en la iglesia y también a tu padre. El señor Andrews protege a esa gacela como si fuese de su propiedad. Ella es la hermana de la esposa del mestizo que te puso ese ojo morado. ¿Qué le has hecho a esa princesa para que Jeremy Andrews, un hombre hastiado por culpa de las féminas, del que todo el mundo sabe que odia la institución del matrimonio, y que me imploró que no te hiciese desgraciado con nuestra boda, esté a punto de casarse? Todo Crystal City está expectante con ese enlace y se preguntan qué ha sucedido para que Andrews dé el paso. Pero para ti no es un misterio, porque tú lo sabes y yo también lo sospecho. Tu padre la ha cortejado frente a todo el mundo y bien conoces el motivo por el que ha tenido que hacer eso.

—No entiendes de lo que hablas, Mery Bell, y te perdonaré porque comprendo que estés enfadada ante mi negativa de querer casarme contigo.

—¿Enfadada por no aceptar lo que siempre me has implorado? Vamos, Jey. Tu padre va a tener que cargar con tus pecados. No eres mejor que yo.

—Cuidado, Mery Bell —la avisó.

—¿Estoy mintiendo, Jey? —refutó entre bufidos.

—Será mejor que me vaya. —Él comenzó a caminar hacia la puerta.

Ella se enfureció al ver que le daba la espalda.

—¡Sí, vete, como el cobarde que eres! Como el hombre que no sabe aprovechar una

segunda oportunidad, como el bastardo que siempre han dicho que eres.

Jey se dio la vuelta y la miró con gran severidad.

—Mery Bell, si fueras un hombre no seguirías en pie —le espetó con malhumor.

—¡Cobarde! —le gritó con furia—. Dejas que tu padre cargue con tu propio bastardo… ¡Vete y no vuelvas!, porque es evidente que estaré mejor sin ti. Pronto, tal vez en un par de semanas no tenga dinero para darle de comer a mi hijo, no negaré que la culpa será mía por haber sido siempre una señorita a la que convencieron de que un hombre debería proveerla, y no tengo ninguna habilidad más que ser esposa y madre, o la de llevar mi propia casa, sin embargo, estaré mejor sin ti. ¡Vete!

La viuda lo vio apretar los puños con fuerza y terciar el gesto de un modo que evidenciaba que había llegado al límite. Se asustó, pero no se arrepintió de una sola palabra dicha.

Jeremy giró sobre sus talones y se marchó de allí a la carrera. Cuando salió al porche se detuvo para tomar aire. Una suave risa captó su atención. Conocía ese tono de voz, solo que en esos instantes no era ni tan bajo ni tan ronco como solía ser. Giró la cabeza hacia la otra calle, justo donde estaba el colmado, y la vio.

Hertford. Dana. Se atrevió a decir su nombre interiormente. Llevaba un vestido de tafetán rosa pálido, con volantes blancos en la zona de la falda. Un chal blanco le cubría el busto y un sombrero de paja, con retales de tela a juego con su ropa, la protegía del sol.

El pelo le había crecido considerablemente y lo llevaba anudado en un delicado moño. Era una mujer. Toda una mujer preciosa que iba colgada del brazo de su padre. Ambos acababan de salir de la mercantil y se dirigían hacia donde estaba él para, seguramente, ir en busca de la carreta que estaría en el taller del herrero que quedaba al otro lado de la casa de Mery Bell.

Tenía la boca seca, porque era la dama más bonita y elegante que jamás había admirado. Su corazón palpitaba con fuerza, parecía que se le iba a salir del pecho. Y sí. Estaba furioso por verla acompañada por otro hombre que no era él. No había ocurrido nada cuando

tuvo a Mery Bell frente a él. Ningún sentimiento agitó su pecho. Parecía un fantasma del pasado que al fin dejaría de perseguirlo. No se estremeció, no sintió que deseaba besarla, abrazarla… hacerle el amor.

¡Dios! Hicieron el amor. Se entregó a Dana Hertford sin ser consciente de haberlo hecho. La hizo disfrutar de sus caricias, mientras él se deleitó con el toque de su cuerpo. Fue algo más. Mucho más que la lujuria de la que se convenció que había experimentado. Se daba cuenta en esos momentos en los que la observaba. Tan serena, tan llena de vida, tan cálida, jovial, agradable, fascinante… Estúpido, se dijo en su fuero interno. Ella se ofreció a él y en estos instantes en los que deseaba cargársela al hombro, secuestrarla y llevarla a su casa para no volver a dejarla escapar, se daba perfecta cuenta de la profundidad del hoyo que él solo había cavado bajo sus pies.

¿Qué demonios le había hecho? Herirla de un modo tan profundo que a él le carcomía el alma. Cerró los ojos con fuerza, esperando despertar de un mal sueño. Si solo se hubiese quedado en Dallas, no hubiera llegado a comprender la magnitud de los problemas que tenía encima.

Maldijo en cuanto la mirada de ella se cruzó con la de él. Pánico. Horror. Desesperación. Esas emociones fueron las que se dibujaron en el rostro de ella al divisarlo. La observó pegarse a su padre, y cambiar la expresión de su semblante a una de mera indiferencia. Demasiado tarde. Él había apreciado todos los detalles de ese primer encuentro. Se aferraba al brazo de su progenitor, como si él fuese un escudo humano capaz de protegerla de él.

Dio dos pasos y se colocó frente a la adorable pareja que le daba ganas de vomitar. La observó con descaro y luego miró a su progenitor.

—Padre —lo saludó Jey.

—¿Qué quieres? —le preguntó con desgana el interpelado.

—¿Yo? Imagino que debería conocer a la mujer que pronto se convertirá en su esposa. ¿No le parece? Tengo entendido que es la hermana de la señora Hutson. —Usó la formalidad porque la ocasión lo exigía.

—Estás siendo ridículo, Jey —lo llamó al orden Andrews.

—¿Lo estoy siendo? —preguntó con fingida inocencia.

Ella se mostraba con la cabeza baja, rehuía su mirada. Y deseaba que lo mirase y le hablase. Estaba furioso, pero no tanto como su padre. Él sentía que su progenitor hervía de ira.

—No tienes derecho a mostrarte celoso, cuando los tres —incluyó a Dana— sabemos el lugar del que acabas de salir hecho un desastre de buena mañana.

Jeremy bajó la mirada y se observó. Se dio cuenta de que con las prisas, porque la viuda Gorwing no lo viese, no se había arreglado bien, por lo que tenía la camisa mal puesta, sobresalía de mala manera sobre sus pantalones.

—Tengo que hablar con mi… futura madrastra, padre.

—No. Me parece que no será posible, señor Andrews, dado que yo no lo deseo y no tengo nada que decir o que querer escuchar de usted. —Sí, ella había levantado la cabeza, se mostraba altiva y lo miraba desafiante. Y además, se repetía una y otra vez que su ojo morado no era asunto de ella y que no debía preocuparse por su seguridad.

—Ya has escuchado a la dama, hijo. —Andrews, el padre, se sonrió al verla tan valiente al fin.

La pareja pasó por su lado y él no se dejó amedrentar. Tuvo el impulso de agarrarla del brazo para frenarla, pero sospechaba que comenzaría una buena pelea con su padre y no quería llamar la atención más, pese a que la calle estaba desértica. Se contuvo, pero no se quedó callado.

—Te conozco demasiado bien, padre, como para saber que me has traído aquí con un propósito y que la mujer que llevas a tu lado es el motivo.

Estuvo satisfecho cuando los vio pararse. Su padre se giró, pero no ella.

—No lo negaré. Sí fue así en un primer momento, lo confieso. Pero me temo que es

demasiado tarde para ti, Jey.

Andrews avanzó, dio cuatro pasos hasta llegar de nuevo a ellos y los hizo parar en su camino.

—No te casarás con ella si lleva a mi hijo, porque esta vez sí estarás seguro de que acabarás criando a un bastardo, pese a que llevará tu sangre también. —Vio a su padre erguir la espalda. Se acercó a ella en cuanto la escuchó jadear—. Más te vale que hablemos, Dana —le dijo cerca de su oreja—, porque sabes que soy capaz de cualquier cosa y no tengo escrúpulos.

La señorita Hertford cerró los ojos y tragó saliva. Se juró que no volvería a llorar. En cuanto el padre de él trató de soltarse de su brazo, ella lo apretó con más fuerza. Se movió rauda y veloz, y se interpuso entre los dos hombres. No iba a consentir que se peleasen.

—Di lo que tengas que decir y vete —le espetó con rabia ella.

—No aquí. Ven a la finca de mi padre, tomaremos el té de modo civilizado, tal y como hacen en Londres, y utilizaremos los nuevos muebles que él te ha permitido comprar para su casa, mientras aclaramos un par de cosas.

—Ciertamente eres una rata despreciable, Jeremy Andrews —le dijo con furia Dana, para acto seguido escupirle en la cara.

Él se limpió el rostro y se cuadró.

—Cuidado, señorita Hertford —se escuchó una voz a la derecha del grupo de tres—, porque cuando se usa ese nombre y ese apellido, el resto no sabe si se habla del padre o del hijo. Y ya estoy convencida de que tuve buena intuición a suponer lo que se cocía con los Andrews. —Mery Bell, que se había asomado a la ventana para ver lo que hacía Jey, con la esperanza de que no se fuese, había presenciado ese pequeño espectáculo y se había acercado con sigilo a escuchar desde el porche. Dado que ellos habían estado tan ensimismados en sus asuntos, no se percataron de que tenían público. Una audiencia que estaba más que preparada para sacar tajada de la situación. Mery Bell no era tonta y tenía que sobrevivir.

Los tres se separaron y adoptaron una pose menos hostil.

—Mery Bell, esto no es problema tuyo. Entra en casa o sigue tu camino —le recomendó Jey.

—Ah, pero sí lo es porque a la gente le gusta saber lo que sucede con sus vecinos. Este es un pueblo decente y no toleran que nadie haga algo indebido. Será un escándalo para *lady* Dana —dijo ella con calma.

—Señora Gorwing —tomó la palabra el padre de la rata huidiza—, ya le di una vez dinero para que se marchara y si lo que desea, tal y como sospecho, es eso, solo tenía que habérmelo pedido de nuevo. Sus torpes intentos por coquetear conmigo y luego seducir a mi hijo… —chasqueó la lengua—. ¿Le servirá que le dé la misma cantidad que la última vez para que se vaya y guarde silencio? Estoy dispuesto a ayudarle con la venta de la casa de sus padres para que no tenga la necesidad de regresar. Porque aunque soy un buen hombre y usted es una buena mujer, no le conviene contrariar a alguien que puede complicarle la vida tanto. Bien sabe que en lo referente al bien de mi familia soy implacable —le recordó de modo tajante. El dueño del aserradero sabía bien la situación actual de la mujer, dado que no dejaba nada al azar, y se felicitó por haber salvado a su hijo de sus garras en su momento.

Ella le sonrió afablemente como si nada hubiese pasado.

—Mándeme la cantidad acordada mañana, y le dejaré la nueva dirección donde podrá mandarme el resto cuando venda la vieja casa de mis padres. Como siempre, señor Andrews, es un verdadero placer hacer negocios con usted. —Mery Bell miró al hijo con lascivia y le guiñó un ojo—. Lo siento, Jey, lo nuestro no habría resultado. Ha estado bien… ya sabes, lo de anoche, pero creo que debes seguir tu propio camino. Lamento tener que volver a abandonarte de nuevo, pero no seríamos felices. Tú me quieres demasiado y yo jamás podré corresponderte en igual medida. No pretendía hacerte más daño, pero… —Finalizó el discurso con un largo suspiro lastimero.

Dana se quedó con la boca abierta. ¿Esa era la mujer a la que él había llamado mientras hacían un bebé? Se dispuso a ir a enfrentarla sin ser consciente de lo que hacía, y cuando la tuvo delante no supo qué decirle. Así que le sonrió, levantó la mano y le cruzó la cara. La mujer alzó su mano también para devolverle el golpe, pero Dana no era la misma que fue. Le

tomó la muñeca con fuerza y la detuvo.

—Ellos no pueden darle un correctivo, señora Gorwing, pero yo sí podía y debía hacerlo. El señor Andrews le daría dinero por el bien de su hijo, no porque usted lo merezca. Desde que la vi supe que no era trigo limpio. ¿Pero sabe qué? —preguntó retóricamente—. Yo me alegro de haberla conocido, porque usted y él son tal para cual. No sea estúpida y llévese al tejano pelirrojo que canta su nombre con brío y alegría en cualquier ocasión. No encontrará vasallo mejor que él.

Dana la soltó, se dio media vuelta, tomó el brazo que el padre de la rata le ofrecía y comenzó a marcharse. La viuda se metió en su madriguera rápidamente.

—¡No ha sucedido nada con Mery Bell! —Él se vio en la obligación de aclarárselo a Dana.

Ella dejó una vez más de caminar. Lo miró por encima del hombro, sin girarse por completo y procedió a decir:

—¿Y a quién le importa?

Inició el paso desesperada por escapar de esa tórrida situación.

Cuando su acompañante masculino se dio cuenta de que Jey no les seguía se atrevió a hablar.

—Estás llena de sorpresas, *lady* Dana.

—¿Me he excedido al hablar en tu nombre? —inquirió con preocupación.

—No, querida. Siempre supe que esa muchacha, por muy bonita y dulce que pareciera, era todo un gran problema. Me figuro que Gorwing trató de escapar de ella, sin embargo, cuando Mery Bell lo encontró y le mostró lo generoso que fui, debió ver que el dinero bien merecía la pena y el sacrificio. Le daré un buen monto para que se marche y no tengas que verla.

—No me importa tener que cruzarme con ella… Es solo que… —suspiró—. Es complicado.

Hubo un momento en el que solo se escuchaba el silencio. El padre de la rata no podía más y se dispuso a indagar.

—Dime lo que te hizo mi hijo, Dana. No guardes silencio. ¿Cuándo lo oíste cantar el nombre de ella con brío y alegría? —El señor Andrews, el padre, al igual que el hijo, había escuchado perfectamente esa parte del discurso de Dana. Como poco, significaba algo terrible debido a la entonación con la que ella hizo lo que se percibió como una acusación.

—Cuando plantó la semilla de tu nieto en mí. —Ya estaba. Al fin se lo había podido decir a alguien.

—No lo perdonarás jamás… —indicó derrotado. No había esperado algo como eso.

—No —corroboró ella, aunque él no había hecho ninguna pregunta—. No podría ni aunque quisiera y tampoco debo. Él no confió en mí y yo no lo hago ahora. —El dolor era tan fuerte que no conseguiría sanar.

Capítulo 12

Un par de reclamos absurdos

Jeremy Andrews se presentó en casa de su padre aquella tarde dispuesto a hablar tranquilamente con ella. Todo había cambiado de un modo inimaginable. No tenía sentido negarlo. Sentía como si hubiese despertado de un largo sueño y la realidad resultaba ser una pesadilla peor.

Jey se había puesto su mejor camisa de mezclilla y unos pantalones tejanos limpios para recibirla en condiciones. Incluso se había peinado su espesa mata de pelo roja hacia atrás para ofrecerle sus respetos…

Se había dado un baño en el río para despejar la mente después de dejar la discusión con su padre, Dana y Mery Bell. Estaba hecho un lío, pero tenía claro cuál debía ser su cometido. La mujer a la que había idolatrado buena parte de su vida resultó ser un fraude, y a la que había negado, humillado y abandonado, lo había defendido con ímpetu.

Lo que vislumbró en cuanto la tuvo delante después de lo que sucedió entre ambos…

No podía olvidar la bofetada que Dana le había dado a Mery Bell, ni tampoco las obligaciones que tenía con un hijo que todavía no había nacido, y por consiguiente con la madre que lo traería al mundo. Las palabras de Mery Bell en su casa lo habían dejado sin aliento. No se atrevía a pensar que Dana pudiese estar llevando una parte de él en su interior. Cuando salió a la calle sintió el pecho desbordado, lleno de una emoción desconocida. En el momento en el que la vio a ella del brazo de su padre… La ira lo embargó. Furia, celos, rabia, dolor… Mala

combinación. Fue darle una sencilla mirada y se dio cuenta de que deseaba que fuese la madre de sus hijos. Y lo supo. En cuanto se enfrentó a su padre para recriminarle que no criaría a su hijo, se dio cuenta de que ella estaba en estado de buena esperanza. Su hijo. Suyo. De la mujer a la que le había hecho el amor. A la que despreció e hirió sin remordimiento… Negó con la cabeza por haber sido un necio. Tenía la esperanza de que Dana llegase y pudieran hablar al fin. Deseaba contarle todo lo que había en su interior. Explicarle su rabia, su indecisión… su dolor. Suspiró con fuerza.

¿Cómo comenzaría la conversación? ¿Qué le diría? Debía pedirle perdón, lo sabía, pero… ¿sería suficiente? Y lo más importante, ¿él, de verdad, se arrepentía de lo sucedido? ¡Dios, sí lo lamentaba! ¡Un hijo de una mujer que no había sido de otro hombre! Estaba nervioso y no tenía la menor idea de cómo le haría ver a ella que… ¿Qué necesitaría Dana para comprender que él debía ser su destino y que ella se había convertido en el suyo?

Con esa idea en mente, Jey esperó toda la tarde a que ella llegase. Por supuesto, Dana Hertford no se presentó para discutir la situación en la que se encontraban.

—Ni tan siquiera tú eres tan ingenuo como para pensar que ella hubiese venido —le comentó el padre, mientras Jey seguía apoyado en uno de los postes del porche, mirando al frente para ver si la divisaba.

Su padre consideraba que era momento de propiciar el definitivo acercamiento con su único hijo. Había demasiado en juego como para ser tercos y orgullosos el uno con el otro.

—Debiste decirme que estaba embarazada nada más llegué.

—Tuve una buena razón para no hacerlo.

Estaba más avanzado que su padre, por lo que el señor Andrews figuraba a su espalda. Jey no dejaba de mirar al horizonte, con la esperanza de que ella llegase.

—¿Tanto deseas casarte con ella, padre?

—No. Pero si te hubiese dicho que había un niño, quiero pensar que te habrías ofrecido

de inmediato a celebrar el matrimonio y eso no era bueno para ti.

—Es lo que debo hacer.

—No quería que lo averiguases hasta que te dieses cuenta de la gran mujer de la que te has enamorado sin saberlo. Jey, eres más terco que tu padre, que soy yo —sentenció con convicción esa parte para despejar todas las dudas que hubieran podido tener en el pasado uno y otro sobre su legitimidad—, y ella merecía estar segura de que aceptabas el matrimonio por amor, no por obligación.

—Eso a estas alturas no importa.

—Lo hace, hijo mío, porque Dana no va a permitir que te cases con ella después de lo que hiciste —expuso apesadumbrado.

—Ya te lo he explicado mil veces. Ella sabía dónde se metía cuando nos acostamos. No pensé que en su primera vez terminase…

—Con una sola basta, hijo. El mayor problema es que yo sé lo que gritaste en el fragor del éxtasis cuando ese bebé fue engendrado.

Ahí fue el momento en el que Jey se dio la vuelta para atender a su padre. Lo miró estupefacto al comprender que ella se lo había contado. No debería sorprenderse, el dueño del aserradero era implacable cuando deseaba algo.

—Sois la pareja perfecta —ironizó—. ¿No hay ni un solo secreto entre vosotros?

—Lo creas o no, ni uno solo. Ella lo sabe todo de mí y yo de ella —se sinceró. El señor Andrews y esa jovencita habían congeniado muchísimo porque ambos tenían el mismo interés: el testarudo Jey.

—¿Estás dispuesto a criar a mi bastardo, padre? —preguntó con tirantez y los puños cerrados.

—Te he querido siempre, hijo mío. No te lo he demostrado más que imponiendo mi voluntad sobre ti. Dana me lo ha explicado. Eres mi sangre, lo único que es realmente mío y por lo que vale la pena luchar hasta mi último aliento.

—No —lo frenó—. Ahora no. Esta conversación llega muy tarde.

—Pero es necesaria —susurró, con el corazón en la mano y la voz trémula.

—No quiero escucharla. —No soportaría una revelación sincera en esos instantes en los que se daba cuenta de que todo podría acabar muy mal para él. No tenía caso negar lo que había hecho con ella. Y cuanto más lo revivía, más dolor de muelas, barriga y cabeza le daba. ¡Había sido el peor de los hombres con Dana Hertford, la madre de su hijo!

—He permitido que seas más duro que el acero y más insensible de lo que jamás predije. Estás curtido en demasiadas batallas y has tenido pocas alegrías o muestras de afecto en tu vida. Es por ello por lo que dispenso tu comportamiento. Era mi trabajo enseñarte lo que suponía tener una familia y no lo hice. Los problemas que arrastraba con tu madre mellaron nuestra relación. Me he dado cuenta demasiado tarde de lo que te hice… Te debo una disculpa, Jey. Te dejé creer que Mery Bell era algo que no era. En vez de acudir a ti y exponerte mis sospechas sobre ella, actué para que no te perjudicase sin decirte una palabra, porque no quería que sufrieses más de lo necesario. Sin querer, la convertí en una santa a tus ojos y eso melló todavía más tu corazón.

Su hijo suspiró y miró al frente de nuevo.

—Nuestra relación nunca ha sido fácil, padre. No es solo Mery Bell.

—Todavía hay más, Jeremy. Deja que termine porque es momento de que tú y yo pongamos un antes y un después, y solo a ti te encomendaré la decisión de perdonar mis errores.

—No me va a gustar lo que voy a escuchar, ¿cierto?

—Me temo que no, pero no puedo seguir callando. Debo dar el primer paso para enseñarte a pedir perdón y a otorgarlo.

—No estoy seguro de querer tus confesiones.

—No tuve ningún accidente en el aserradero.

Hubo un largo silencio que fue interrumpido pasados varios minutos. Jeremy comenzó a reírse incrédulo al tiempo que negaba con la cabeza.

—A estas alturas nada debería sorprenderme.

—Hubo una explosión y sufrí un percance, pero no tan grave como te hice creer. Vi mi ocasión para propiciar un acercamiento hacia ti y aproveché la oportunidad sin dudar. Me gustó verte tan preocupado por mí, y aunque supuse que te enfadarías si te llegases a enterar, no me importó demasiado. Lo siento por eso también.

—Jeremy Andrews siempre dirigiendo la vida de su hijo… —se lamentó a la vez que exhalaba.

—Tampoco nos robó ni un centavo el señor Smith.

Se giró para mirar a su padre.

—¡No puede ser verdad!

—Dana me descubrió pronto. No esperaba que ella fuese de esa manera… Es… —Le encantaba cómo era Dana y la pareja que podría llegar a formar con ese testarudo hijo suyo.

—Es una mujer muy inteligente —dijo, sin darse cuenta de cuánta admiración había en esa frase que acababa de espetar.

Jeremy ya no lo miraba. Sus ojos no dejaban de observar la entrada de la finca. No perdía la esperanza de verla en cualquier momento.

—Más de lo que crees. Smith y yo acordamos crear unos libros contables paralelos para que pareciera que estábamos al borde de la ruina. Necesitaba que te interesases por el

aserradero —añadió a modo de disculpa—. Mathias Foster sabía muy bien lo que implicaba crear un imperio y no tener a nadie a quien dejárselo, por eso enseñó a su hija todo lo que sabía, para que ella algún día se lo mostrase a sus hijos. Yo estaba desesperado, hijo mío, debes comprenderlo. Soy terco, soy autoritario, siempre creo llevar razón y jamás acierto en lo que se refiere a ti.

—Sabias palabras… las últimas.

—Son de Dana —repuso con orgullo.

Jey se giró para mirar a su padre con atención.

—¿La amas?

—Como a una hija, como a la mujer de mi hijo —confesó.

—¿Tu supuesta boda con ella es un engaño? Es eso lo que me estás diciendo, ¿cierto? Una vez más te has asegurado de que esté en el lugar preciso en el momento adecuado. ¿Me equivoco?

El padre tomó una bocanada de aire, lo soltó despacio y se acercó para colocarse al lado de Jeremy. Ambos estaban observando el horizonte, que se estaba cubriendo de nubes.

—No pretendía casarme con ella, solo estaba arreglando todo el asunto hasta que vinieses aquí. Te traje por ese motivo, y es una suerte que decidieras aparecer, porque no me gusta viajar y habría tenido que ir hasta ese rancho de Dallas, donde te estabas echando a perder, mientras una preciosa mujer sufría por su futuro y por tu amor.

Él negó con la cabeza.

—Siempre estoy furioso, no quería tener ataduras, me gustaba la libertad y regocijarme en todo el mal que había en mi vida y del que te culpaba. Luego llegó el chico. Un vaquero no podía tener pensamientos de esa clase con un muchacho bonito. Toda mi vida llena de engaños y manejos… —Suspiró—. Cuando me di cuenta del embuste…

Se separó del poste y comenzó a pasarse las manos por el rostro.

—Lo sé. —Su padre lo comprendía porque lo conocía como la palma de la mano. Era un sinvergüenza, un desastre en el asunto del afecto, pero si se daba la oportunidad podría ser sublime y grandioso. Solo necesitaba creer que él merecía el amor de una buena mujer como Dana Hertford. Su hijo se había privado durante demasiado tiempo de aquello que valía la pena. Era momento de dejar de ser un lobo solitario, de dejar a un lado toda su maldita terquedad.

—Estaba enfadado —comenzó a decir en un murmullo, y sin mirar a su padre—. Dana solo hablaba de su amor, de que también estaba enamorado de ella. La consideré una embustera despiadada y vanidosa al presumir de mis sentimientos hacia ella. Ni yo mismo veía con claridad lo que Dana aseguraba con orgullosa seguridad. Sabía que le haría daño porque es así como salen las cosas en las que me implico.

—Tú no tienes la culpa de que tu madre se marchase.

—Eso no lo sabes, padre —reprochó con suavidad.

—Las mujeres a las que has amado te han fallado. Tu madre primero y luego Mery Bell. No lo tenías fácil, Jey. Lo lamento.

Otro silencio se hizo patente.

—Traté de apartarla de todos los modos posibles. Necesitaba que fuese ella quien me parase. Luché contra Dana con ferocidad, para no sucumbir a su poder sobre mí. Y fue lo más difícil que hice porque nunca había deseado algo tanto como la deseé a ella. Sabía que la destrozaría. Es más, tenía que hacerlo para que ella se alejase de mí y fuese libre de mi desgracia, de mi ira, de mi miseria. Y llamé a otra mujer mientras… pero eso ya lo sabes, porque ella te lo ha contado. —Él suspiró sin creer que estuviera teniendo esa conversación con su padre. Y lo peor, rememorar aquel episodio le estaba causando unos latigazos en el pecho que…

—¿Amaste a Mery Bell? —se atrevió a preguntar.

Un nuevo suspiro salió de Jey. Miró a su padre a los ojos.

—No lo sé. No sé nada ya. No sé quién soy, lo que debo hacer… ¿Amor? Me lo he preguntado muchas veces. ¿Qué sabe un niño de amor cuando sus padres no le han dado jamás un abrazo?

—Lo siento —musitó el señor Andrews.

—No se puede obligar a nadie a dar el afecto de otra persona —añadió a modo de excusa, como si no le afectase que su padre no lo hubiese amado con intensidad.

—Eso es así, pero yo siempre te amé —dijo con la voz trémula de nuevo—. Los hombres como nosotros no mostramos nuestros sentimientos, actuamos del mejor modo que sabemos para que los demás aprecien nuestro esfuerzo por ellos.

—¿Eso era tu tiranía? ¿Una muestra del afecto que no sabías ofrecerme de modo cariñoso?

Volvió a mirar al horizonte, esta vez imaginando que podía escabullirse de esa conversación tan incómoda.

—No somos diferentes. Yo también he sufrido muchísimo. Amaba a tu madre y su traición… No soy un hombre fácil, al igual que no lo eres tú. Esa mujer que lleva a tu hijo es fantástica. Dolida como estaba, no ha podido evitar salir en tu defensa hoy a pesar de lo que le hiciste. Jey, no sabes lo que has encontrado en Dana Hertford.

Jeremy se giró y se colocó frente a su padre, dado que el señor Andrews también ladeó su cuerpo para tenerlo cara a cara.

—Pero sí sé lo que le he hecho. Cada piedra que le lancé sin compasión, cada latigazo de mis palabras… Hice un buen trabajo para que me odiase. Todo está presente en mi mente y en mi pecho. Duele el modo en el que me he comportado con ella, y todavía es peor porque tiene que casarse conmigo y tengo que obligarla a hacerlo, obligar a la mujer a la que le rompí el corazón a que me acepte —precisó.

—¿La amas? —preguntó con esperanza.

—Ya te lo he dicho. No sé nada sobre afectos. Así que lo que me queda por preguntarle al hombre que siempre tiene un plan para que su hijo haga lo que a él se le antoje, es, ¿cómo conseguiré que ella me tome por esposo ante un pastor o un juez después de todo lo que le he hecho? Porque, aunque sea tu hijo legítimo, soy el peor bastardo de los hombres para ella y para todos los que la rodean. Incluido tú, padre, dado que sé que deseabas atizarme cuando me viste en el pueblo. No estoy dispuesto a que la criatura que lleva en su vientre crezca alejada de mí. Es la primera vez que voy a tener algo propio, algo mío no contaminado, y no lo dejaré ir sin hacer lo que haga falta para lograrlo.

—Jey… tus palabras me animan, pero la situación es peor de lo que imaginas.

—No. No puede ser peor porque ya estoy en el infierno.

—Lo es, porque tú has salido de casa de Mery Bell y todo parecía indicar que…

—No ha sido así —lo frenó—. Me emborraché y terminé durmiendo en su porche por los recuerdos del pasado. Me desperté y ella se ofreció a darme un poco de agua para refrescarme. No te mentiré. Deseaba hablar con ella y saber lo que pasó el día que me dijo que me abandonaba, lo que suponía volver a tener disponible a la mujer que una vez quise con toda mi determinación.

—No te creerá. Dana no te creerá.

—Lo sé.

—Hay un indio. Un amigo del mestizo que está aquí por ella y quiere llevársela.

—Pelearé con quien haga falta. —El destino de Dana quedó sellado cuando se quedó embarazada. Había tratado de protegerla de un maldito canalla como era él. Un hombre que le traería sufrimiento porque no era capaz de ser noble y leal. Un hombre que había desconfiado de todos y todo en la vida. Ella le tendió la mano y él se la mordió. Sabía que debería irse, alejarse y dejarla ser feliz… No podía. Un hijo. La ilusión que se instauró en su corazón fue arrolladora al saber lo que ambos habían creado.

—No lo digas muy alto, Jey, porque posiblemente tengas que hacerlo.

—Estoy preparado para lo que venga.

—¿Para amarla? ¿Para demostrarle que siempre ha sido ella? ¿Para decirle que te diste cuenta tarde de que estabas loco por ella? Jey, vas a tener que hacer grandes actos para que te perdone.

—No.

El padre lo miró con pánico.

—¿No lucharás por ella?

—No lo entiendes, es imposible que Dana Hertford pueda encontrar en su interior la fuerza del perdón. Yo no lo merezco. Lo vi. Lo vi en sus ojos cuando la rompí en mil pedazos.

—Entonces apártate —sugirió con infinita pena.

—No puedo hacer eso tampoco.

—Estás siendo egoísta.

—Y de eso precisamente la protegía. De un canalla egoísta. Lleva a mi hijo, fui el primer hombre para ella y no puedo más que sentirme posesivo y protector con ella.

—No tiene sentido lo que dices, tú eres el que más daño le ha hecho.

—Y a pesar de ello, todo me impulsa a reclamarla. No sé cómo lo conseguiré, ni tan siquiera sé si seré capaz de llegar a lograrlo, pero le haré ver que podrá confiar en mí y que siempre estaré ahí para ella y mi hijo. El tiempo se nos agota y debemos casarnos. No traeré más vergüenza de la que ya le he traído. Tampoco al niño. Nos casaremos y comenzaré nuestra relación desde los cimientos. No será fácil, no será rápido, pero tendré que ganármela de nuevo y estoy dispuesto a lograrlo.

—Ella ha jurado que no se casará contigo —musitó con cautela.

—Lo hará —aseveró con convicción.

—¿Cómo puedes estar seguro de lograr algo semejante? —Veía determinación en su hijo.

—Porque antes de que ella me mostrase toda su ira, su rabia y su odio, observé, sentí y disfruté de todo su amor. Eso tiene que seguir oculto en alguna parte y solo debo rezar para que regrese a la superficie. Debe quedar un resquicio de lo que supuse para ella antes de dañarla. Necesito un milagro.

—Tú no crees en Dios.

Jeremy asintió y luego negó repetidamente con la cabeza.

—Es un buen momento para comenzar a hacerlo y tener fe. Toda ayuda será bienvenida.

—¿Es por eso por lo que has decidido sincerarte conmigo?

—¿Con la única persona en la que ella confía y que será capaz de convencerla de que hay más que maldad dentro de mí?

—Jey… No eres malvado. Todos cometemos errores, y hay que tener valentía para pedir perdón y fortaleza para ofrecerlo —expuso con convencimiento—. Tú puedes ser el hombre que necesita y ella tiene un alma tan pura que si la convences de que se vuelva a entregar a ti, lo hará. Es grandiosa, hijo mío. Lo he visto de cerca este tiempo. Es una mujer por la que vale la pena luchar. No te lo pondrá fácil, pero debes pensar que lo que se consigue con el sudor del trabajo, es un logro digno de merecer.

—No sé si debo tener esperanzas. Lo que voy a hacerle… lo que le hice, demuestra que no soy mejor que ese tío suyo que la persigue.

—Te lo ha contado. —Jey asintió.

—Y cuando venga estaré preparado para defender a mi familia —se juró. Todo lo que había vivido desde que la conoció haciéndose pasar por Dan Hertford estaba impreso en su cabeza. No se había dado cuenta de que le había prestado tanta atención, hasta que recordó los temores que ella le narró. Saberla en peligro, aunque lo hubiese negado debido a su propia tozudez, le producía agitación y desasosiego. Lo intentó. Trató con todas sus fuerzas de echarla a un lado por el propio bien de Dana. La mereciese o no, ella debía estar a su lado. De alguna manera supo que en cuanto la volviese a ver no podría olvidarse de ella. Ya le había costado la vida, cuando estuvo en Dallas, no rememorar cada encuentro vivido con aquel chico, y luego los vividos sabiendo que era una mujer de la cabeza a los pies.

El señor Andrews suspiró con fuerza.

—Creo que siguiendo el orden de confesiones, debería decirte que además de mentirte sobre la gravedad del accidente del aserradero y sobre los robos que no se cometieron en nuestras arcas… Bueno, le has enviado a Dana Hertford cinco ramos de flores y una preciosa carta de amor esta misma tarde.

Una tímida sonrisa asomó en los labios de Jeremy Andrews, el hijo, al tiempo que negaba con suavidad con la cabeza.

—Jamás podrás mantenerte al margen. —No era una pregunta.

—No, cuando se trate de ayudarte —respondió de igual modo—. Un padre hace todo lo que debe por su hijo, incluso lo imposible. Pronto lo comprenderás —señaló, dando a entender que en breve sumarían una nueva generación a la familia.

Jey se sintió satisfecho al percibir que su padre confiaba en él para cuando llegase su pequeño al mundo. Pensó en la madre del futuro niño y se preparó para decir:

—A estas horas, las flores estarán enterradas en el jardín, la nota estará quemándose en la chimenea que ella, a pesar del calor, habrá prendido… Eso contando que de verdad crea que ese gesto haya partido de mí. Sospecho que voy a tener que hacer cosas más significativas,

aunque por el momento comenzaré por ir a hablar con ella.

—¿No deberías esperar un tiempo a que se calme la cosa, hijo? —le sugirió pensando en su bien.

—Tiempo es lo que no tiene ella. —Su hijo no iba a ser considerado un bastardo. Si echaba cuentas de los meses que habían pasado… Tenía que explicarle las cosas para que Dana no acabase siendo un escándalo andante.

El hecho de que los buenos ciudadanos de Crystal City hubiesen pensado que el señor Andrews, el padre, estuviese tan pendiente de Dana en su ausencia —como sospechaba que había ocurrido—, podría explicarse con el razonamiento de que se estaba preocupando por la prometida de Jey. Eso tendría que bastar cuando todos viesen que el que se casaba con la dama era el hijo y no el padre.

Así que puso rumbo al rancho de Sarah Lee, lugar al que su padre lo había encomendado ir para buscar a su futura esposa. Bueno, al menos no tendría que volver a enfrentarse al puño de Águila Negra. Resopló al recordar que la señora Harris podía llegar a ser más mortífera que el mestizo…

No importaba lo difícil que resultase todo, sentía una esperanza que hasta el momento no había nacido en su interior, y eso solo podía significar que algo bueno saldría de esa situación que él había complicado tanto.

La suerte estaba echada y Dana tenía que aceptarlo… ¿cierto?

***

La señorita Hertford no quería llorar. No deseaba seguir llorando por sus desventuras… por él. Había pensado erróneamente que ya no le quedaban más lágrimas para

derramar.

Jeremy Andrews, el hijo, había regresado a Crystal City para seguir haciendo un infierno de su vida. Deseaba gritarle a su padre con fuerza por haberlo traído de vuelta a su vida. No podía enfadarse con el señor Andrews por amar a Jey y tratar de tenerlo cerca.

El aspecto de la rata era lamentable. El mismo sinvergüenza de siempre. No había cambiado ni un ápice. Mujeriego sin alma ni corazón. Autoritario sin tener razón para imponer su voluntad. Era todo lo que odiaba en un hombre y, sin embargo, cada vez que su padre hablaba de él para rememorar algunas anécdotas de las que se sentía culpable, acababa suspirando, al pensar en ese niño que creció solo, sin una madre que lo guiase, sin un padre que lo protegiese y lo hiciese sentir amado y deseado. ¡Malditos fuesen él y su padre por hacerle sentir cosas que deseaba enterrar y olvidar para siempre!

Había estado con ella. La primera parada de Jey después de llegar a Crystal City no podía ser otra. Mery Bell. Había pasado la noche con ella y se sentía tan vacía, tan maltratada y humillada que notaba cómo su pecho se removía lleno de dolor.

Tonta. Ilusa. Había pensado… Negó con la cabeza mientras se sentaba en el suelo, delante del río. En ese rincón secreto al que ella acudía a veces con Prescott para hablar de sus asuntos y descansar de las tareas del rancho. ¿Qué había esperado? ¿Que él la buscase lleno de arrepentimiento y se pusiera de rodillas para implorar su perdón?

¡Qué más daba! No podía perdonarlo. El cuchillo estaba tan profundamente apretado en su encogido corazón que no saldría de ahí hasta que pereciera.

Maldito fuese el amor que aparecía cuando menos se esperaba, y que se negaba a marcharse cuando suponía un inconveniente.

Después del altercado en el que no pudo evitar darle una bofetada a aquella mujer que no valoraba lo que tenía con él, le pidió al padre de la rata que la llevase de vuelta al rancho de Sarah Lee. Y luego se quitó el estúpido vestido, se colocó unos pantalones y una camisa y salió a caminar para estar sola.

¡Le había pegado a una mujer! Y fue por él, por ese terco que no merecía nada de su parte. No pudo evitarlo. El amor que sintió por Jey, y que deseaba desesperadamente que cayese en el olvido, la había instado a no quedarse quieta. Era doloroso estar enamorada de un hombre que jamás la correspondería. Tenía unos celos tan grandes… Si solo él hubiese hecho un mínimo esfuerzo, cuando yacieron, por intentar abrir su corazón, su alma, su vida…

Estaba más enfadada consigo misma que con Jey por ser débil. Cuando la señora Gorwing espetó todas esas feas palabras… su sangre comenzó a hervir de indignación y furia. Casi más que cuando él la paró en medio del pueblo y la abordó creyendo que tenía derecho a hacerlo. No. Jeremy Andrews, el hijo, había perdido cualquier opción para inmiscuirse en su vida cuando la dejó atrás, sola y embarazada.

Su hijo y ella no lo necesitaban para nada. ¿Por qué estos largos meses en los que se había concentrado en olvidarlo y no pensar más en él perdieron su efecto en cuanto lo tuvo delante? Dana suspiró ante la pregunta mental que se acababa de hacer. La respuesta era sencilla: era más fácil odiar y maldecir a alguien a quien había amado con intensidad y que no estaba cerca para atormentarla con su presencia constante.

Cogió una piedra grande que había a su derecha, se levantó del suelo y la lanzó al agua con toda su rabia, como si ese peso muerto, ese lastre que llevaba sobre sus espaldas, fuese Jey. Tenía que olvidarlo al precio que fuese.

El futuro era incierto. ¿Hablar? Él le había dicho que tenían que hablar. No. Por lo que a ella se refería todo quedó bien dicho aquella noche. No estaba sola. Tenía amigos, tenía familia que la ayudarían.

Se llevó una mano al vientre y sollozó con fuerza.

—No sé cómo lo haré, pero juro por mi vida que te protegeré de todo. Nadie te hará sufrir jamás. No has nacido, y te quiero de una manera tan pura que me harás olvidar el mal que padezco. Nadie te llamará… bastardo —susurró la palabra—. Lo lograré, hijo mío, mamá encontrará el modo de arreglar todo esto. Te amo tanto… —Volvió a sollozar al tiempo que se abrazaba a sí misma.

—¿Quién te ha poseído, Mujer Roja? —Dana escuchó esa voz potente con un acento muy característico a su espalda. Paró de llorar al punto y sonrió brevemente al darse cuenta de que siempre la llamaba de ese modo cuando se topaba con él. Era debido a su pelo. Sabía que el indio estaba obsesionado con su preciosa melena que había comenzado a crecer considerablemente.

—No está bien espiar a los demás, Hacha de Guerra —le dijo, sin volverse. Se apresuró a secarse las lágrimas con el dorso de la camisa.

—Alguien debe vigilarte. El hombre que te persigue no tardará en regresar. Ese Demonio no descansará jamás.

Dana se giró para mirarlo. El fuerte guerrero Lakota, posó sus ojos oscuros sobre los claros de ella. Los vio tan llenos de pena que se tuvo que acercar para observarla con atención.

—¿Cómo lo sabes? Él está… ¿Está aquí? —inquirió con horror.

El indio le pasó la mano por la mejilla. Era alto, fiero, más grande de lo que era Águila Negra, pero Dana no le temía.

—Sueño contigo desde que te vi. Tuve que haber peleado mejor contra Águila Negra para llevarte conmigo. —Dana le sonrió ante esas palabras.

La primera vez que ambos se encontraron fue cuando el mestizo las acompañó a Crystal City. Se toparon con el Lakota y sus dos hermanos, quienes fueron asesinados más tarde por el grupo de hombres que envió el tío George tras ellas para secuestrarlas. En aquella ocasión, Hacha de Guerra retó a Águila Negra a una pelea con el fin de llevarse consigo a Jane y a ella. Ganó el mestizo y Dana no dejaba de sorprenderse porque el indio era también impresionante. Un guerrero fiero.

—Ya te dije que no puedo marcharme contigo.

La pelirroja le retiró la mano de su mejilla. Lo veía ante ella ataviado con unos pantalones de un material que se asemejaba al cuero, de color marrón, y sobre estos llevaba un

taparrabos. No usaba camisa, sí unas pieles extrañas de algún animal y parte de su extraordinario torso estaba desnudo. Sus cabellos, largos, estaban recogidos en una extensa trenza que caía sobre su espalda.

—Ese hombre mayor del que no te despegas no te quiere en su cama. Él no te ha poseído. —Ella entendió que se refería al padre de la rata huidiza.

—Es un buen amigo mío. —La conversación se estaba poniendo demasiado seria.

—El otro hombre joven de pelo rojo te miró esta mañana como si fueses suya y te molestó.

—¿También me estabas espiando en el pueblo?

—No estás a salvo. El peligro viene hacia aquí y si te quedas perecerás.

—¿Qué sabes del Demonio? —El indio estaba al tanto de lo que la pelirroja y su hermana habían vivido tiempo atrás a manos de su tío George, dado que fue Hacha de Guerra quien salvó a Jane de la muerte durante la última persecución que habían sufrido a manos de los hombres del conde de Alastor.

—En mi tribu fumamos pipas que nos hacen ver cosas, el futuro.

—No creo en la magia —dijo, intuyendo que él hablaba de danzas paganas y hierbas que hacían expandir la mente. Eso eran algunas leyendas que el esposo de Jane le había contado.

—Son mis ancestros y también los antepasados de Águila Negra, a quienes él ha dejado fuera de su vida, los que me susurraron para venir a cuidar de ti. Si tu caes, la esposa de Águila Negra también lo hará. Ellos no quieren que el mestizo sufra una nueva pérdida. Debes venir conmigo, Mujer Roja.

—No puedo separarme de mi hermana. Del abuelo de mi hijo. Ahora ya lo sabes. Soy una mujer mancillada y solo tengo a mis amigos para respaldarme. Jane no va a morir porque es fuerte y una gran luchadora —le explicó con sinceridad.

—Si peleo contra el hombre que te quiere y le gano, ¿vendrás conmigo?

—¿Qué? ¡No! No puedes pelear contra nadie para ganarme a mí.

—Él quería matar al hombre mayor que iba contigo esta mañana.

—¿Qué estás diciendo, Hacha de Guerra? Yo no consigo entender lo que me explicas. —Seguía tan sucinto como siempre.

—El joven de pelo rojo, ¿eres suya?

—¿Hablas del hombre más joven con el que me viste hablando en el pueblo? —El Lakota asintió—. No soy suya, pero yo llevo a su hijo en mi vientre.

—Entonces eres su mujer —habló con enfado.

—No —negó con la cabeza con convicción—. Él no me quiere.

—¿Si peleo con él y gano vendrás conmigo? —repitió la pregunta que ella todavía no había respondido.

—¿Por qué yo? —inquirió con curiosidad.

—Yo te quiero —señaló con firmeza, como si eso tuviese el significado más grande de todo el mundo.

—Apenas me conoces.

—Sé lo que quiero.

—¿A cuántas mujeres tienes en tu tribu? —se atrevió a preguntar, dado que Águila Negra le había explicado también que las cosas entre los indios eran muy diferentes con respecto al hombre blanco. Una unión entre ellos no implicaba necesariamente tener una sola mujer.

—Dos. Tú serás la tercera.

Ella jadeó ante la respuesta sincera.

—¿Cómo puedes tener dos mujeres?

—Porque las quería y las gané peleando.

—No se puede amar a dos mujeres al mismo tiempo —razonó ella.

Él se encogió de hombros.

—Yo lo hago, son mías. Las protejo y cada noche les hago el amor.

—¿A las dos? —Estaba escandalizada.

—A veces una, a veces otra, y algunas noches a las dos juntas. Ellas me quieren. —Dana rodó los ojos. Definitivamente, sí eran dos visiones del mundo diferentes. La señorita Hertford no concebía la vida compartiendo a su hombre con nadie más. Se descubrió muy posesiva en torno a ese aspecto.

—Quiero ser la mujer de un solo hombre. No comparto lo que es mío.

—Conmigo estarás a salvo. El Demonio escapará del averno, de las llamas del infierno, vendrá a por ti y matará a tu hermana para hacerte libre de su yugo. Lo he visto. No tienes a un hombre que te proteja, debes venir conmigo. Me desharé de tu hijo a menos que quieras conservarlo. Tienes mi promesa.

Ella se tocó el vientre.

—No digas que no quiero conservarlo. ¡Es mi bebé! Por supuesto que seré su madre.

—Entonces lo tomaré bajo mi protección, Mujer Roja.

—Hacha de Guerra, no lo entiendes.

—He venido para salvar tu vida, si te quedas morirás. Nadie te resguardará —insistió por enésima vez—. Debo volver con mi familia. Mis hijos me esperan, y mis esposas me llaman en sueños. Debes tomar una decisión, Mujer Roja.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Cuatro. Uno de ellos es de la viuda de mi hermano, mi segunda esposa. Allí te aceptarán, o mataré a quien ose contradecirme. —Y Dana lo creyó.

Era un fiero guerrero salvaje que haría su voluntad a placer. Águila Negra confiaba en él porque tenían un acuerdo y se respetaban. Si sus circunstancias fuesen diferentes… Deseaba marcharse y no saber nada de la rata. Su hermana y el abuelo de su bebé eran las dos personas que la anclaban a Crystal City.

Las palabras del indio sobre la muerte se veían muy sinceras, como si en verdad él hubiese visto lo que predecía. Irse con él supondría salvar a Jane, porque tal vez así, el Demonio se olvidaría de su hermana. No obstante, por muy impresionante y apuesto que Hacha de Guerra se viese, él contaba con dos esposas y varios hijos. Si con la sombra de Mery Bell ella había experimentado unos celos enfermizos, ¿qué no sentiría Dana al saber que compartiría con más mujeres a un hombre? Negó con la cabeza.

El padre de la rata era rico, influyente y poderoso. Al señor Andrews se le ocurriría algo llegado el caso. Tenía que confiar en eso, en la fuerza y astucia de Águila Negra, en el exranger Denver Harris, en Jane, que lucharía hasta el final, y en sí misma para sobrevivir en caso de que el tío George se presentase en Texas. Incluso en Sarah Lee Harris, quien disparaba el rifle como si lo hubiese hecho desde pequeña.

—Yo… —suspiró—. Te agradezco mucho que te preocupes por mí, pero no sería feliz viviendo en tu mundo.

—Pelearé por ti y así verás que él no puede defenderte y no te merece. —Finalizó su explicación cogiéndola en brazos, lo que provocó que emitiese un pequeño grito.

—¿Qué haces?

—Reclamarte.

A continuación, ella se vio sobre la montura de él, con los pies cayendo por la derecha del caballo y tan sorprendida que temió que la estuviese secuestrando.

—¿Me llevarás contra mi voluntad? —preguntó, mientras se sujetaba de sus hombros. La fuerza de él era espectacular. La hacía sentir… protegida.

—No. Águila Negra me perseguiría y le debo la vida.

—¿Dónde vamos?

—Si te quedas, morirás —se limitó a decir.

Entró en pánico ante esa revelación. Ya se veía en el bosque ataviada con indecentes prendas indias y criando a su hijo en medio de la nada. ¡Un momento! Hacha de Guerra le había dicho que no se la llevaría si ella no accedía.

¡Testículos peludos de Lucifer! ¿A dónde mierda se la llevaba? En efecto, ella solo había dejado de maldecir en público, pero en su fuero interno todavía habitaba Dan Hertford, y las palabras malsonantes la seguían cautivando como el primer día, aunque el término «fornicar» ya no le hacía tanta gracia, y más después de estar en medio del embrollo en el que se había metido por hacer eso precisamente.

Capítulo 13

La revancha

Jeremy Andrews, el hijo, no se esperaba un recibimiento como el que tuvo. Denver Harris salía de los establos mientras él llegaba a la entrada de la casa principal. El esposo de Sarah Lee se acercó a él.

—No es buena idea haber venido, Andrews. —Se fijó en el ojo morado que él tenía—. Podrías acabar peor. Están todos ahí dentro —señaló la casa— cavando tu tumba.

—¿Tú también deseas pegarme, Harris? —preguntó, al tiempo que desmontaba de su caballo.

—Siempre creí que eras más decente que el mestizo. No esperaba estar tan equivocado —reconoció con resignación.

—Mi padre me acaba de dar un buen sermón, considero que deberías ahorrarte el tuyo.

—Lo que te ahorrarás será que te peguen un tiro si te marchas ahora en paz para no regresar —le sugirió el exranger.

—¿Quieres que te recuerde lo que sucedió contigo y con tu esposa antes de recitar los votos, Harris? —contraatacó harto de recibir amenazas.

—Yo la amaba. Amo a mi esposa más, cada día que pasa. Mis mellizos son el mejor

regalo que ella me dio y pronto llegará un nuevo miembro a mi familia —desveló, dado que Sarah Lee estaba esperando un bebé también—. No negaré que no obré bien, sin embargo, Sarah Lee no podría dudar de mi amor nunca. ¿Puedes decir tú lo mismo de la mujer que lleva a tu hijo?

—Tú también te marchaste y abandonaste a Sarah Lee en su momento. No estás libre de pecado —se vio en la necesidad de recordarle.

—Pero no me metí en la cama de otra mujer a la menor oportunidad que tuve. Eres inconstante. Todo el tiempo que estuve separado de ella la añoré y sufrí por la lejanía. Tú has vuelto a Crystal City solo porque tu padre no está dispuesto a rendirse contigo y te trajo de nuevo, no por ella —lo sermoneó.

Jeremy retuvo todas las palabras de su amigo. Se concentró en una sola afirmación.

—¿Esto es por Mery Bell? ¿Ya os han llegado las noticias? —se interesó.

—Esto es por todo lo que le has hecho a Dana Hertford. Si no quieres morir o algo peor, vete y vuelve dentro de cinco o seis años, cuando las cosas estén comenzando a calmarse.

—Acabemos de una vez… —dijo, mientras subía por las escaleras del porche para enfrentarse a la vaquera.

Cuando abrió la puerta principal del rancho que había sido su hogar durante tantos años, se quedó asombrado. Sentados en la mesa del salón figuraban Águila Negra, la esposa de este y Sarah Lee. Vaya, estaban todos ahí reunidos, porque Denver Harris le pisaba los talones. ¿Dónde diantres estaba Dana?

Sarah se levantó de la mesa y la vio roja de furia.

—¡Sal de mi casa, maldito bastardo desagradecido arrogante! ¡Fuera de aquí, rata huidiza! ¡He dicho que te vayas, comadreja come estiércol de caballo! —La señora Harris tiraba espuma por la boca debido al enfado que acarreaba.

Jey se quedó quieto porque no había esperado algo tan intempestivo. ¿Desde cuándo tenía ese temperamento la vaquera? Y no, la situación no fue a mejor, dado que la tejana se dirigía al cajón del aparador para coger… ¡Tenía su Colt apuntándole en sus partes!

—¡Sarah Lee! —exclamó Denver.

El exranger se puso delante del pelirrojo y a empujones lo sacó de su hogar porque parecía que ella iba a dispararle al hombre que amaba como a su propio hermano. Y no solo ella, Jane también había ido a buscar un arma al mismo cajón y se disponía a abrir fuego.

—¡Están locas! —se quejó Jey una vez fuera de la casa.

—Te había dicho que no era buena idea entrar ahí. Te avisé de que tus peores enemigos estaban confabulando en tu contra —le espetó con enfado Harris.

Lo siguiente sucedió muy rápido. Águila Negra, que había salido apresurado fuera de la casa, le volvió a dar otro puñetazo, en esta ocasión en el estómago, y lo dejó en el suelo.

—¿Qué haces? Ya me diste mi merecido ayer —gruñó el pelirrojo.

—Estoy tratando de que no te maten. Mientras yo te sacuda, ellas no usarán las pistolas —respondió el mestizo.

—No me dispararían —conjeturó Andrews. Seguro que las damas solo deseaban darle un buen susto… ¿no?

—Sí, lo harán, porque adoran a la mujer que te odia con todas sus fuerzas —le dijo Harris, que estaba también cerca de ambos hombres.

—Lo creas o no, mientras te sacudo, tu vida seguirá a salvo. Lo siento, pero tengo que atizarte. Le has roto el corazón a la hermana de mi esposa y ella espera que haga algo al respecto.

El mestizo le propinó un puñetazo en cuanto Andrews estuvo de pie, esta vez en el otro ojo. Se contuvo y no le dio fuerte. Andrews deseaba defenderse de los ataques, pero sabía que si

oponía resistencia sería mucho peor. Se habían leído los cargos en su contra y quedó sentenciado. Además, Jey era consciente de que era culpable de todo lo que se le imputaba.

—Oh, vamos, esposo —habló Jane desde el porche—, te he visto sacudir terneros con más fuerza. Sé que es tu mejor amigo, pero es conmigo con quien te regocijas en las frías noches.

—Denver, ¿no piensas agitar ni un poco a Andrews? —preguntó Sarah Lee.

—Son los caprichos de otra embarazada —explicó el exranger al ver la cara de enfado de Andrews—. Tres mujeres que se pasan el día decidiendo la mejor manera de criar a sus hijos y al mismo tiempo planean cómo asesinarte y que sientas cada brizna de dolor intensamente… Oh, Andrews. —Denver lo zarandeó y se lo acercó al pecho para decirle en la oreja—: Cuando te dé en el hombro tírate al suelo. Haz que sea creíble porque no voy a pasar una noche en el establo por no sumarme a las penas que pesan sobre tu cabeza. Y este favor te lo hago porque espero que tengas una buena razón para haberla dejado abandonada y sola este tiempo. —Dicho eso, el exranger le dio un ligero puñetazo y Andrews decidió interpretar el teatro y se dejó caer al suelo.

—Denver Harris, no creas ni por un segundo que no sé que le has dado una caricia —se quejó Sarah Lee. No se había creído nada. Andrews no se veía dolorido por el supuesto golpe de su esposo.

—Haga lo que haga vas a estar de malhumor, amor mío —comentó Harris—. Si le pego y le hago daño, dirás que soy un asno porque él es tu hermano mayor. Si no le atizo, te enfadarás igual…

—Águila Negra, sigue tú, yo deseo que esa rata sufra por todas las noches que mi hermana ha estado llorando por su causa —animó a su esposo, Jane.

—¡Ya basta! —gritó Jey, en cuanto se puso de pie—. Soy consciente de lo que ha sucedido entre la madre de mi hijo y yo, pero vosotros —los señaló a los cuatro—, no sois dignos de juzgarme. Tú —señaló a Sarah Lee con el dedo—, sufriste a manos de él —le tocó el turno de ser señalado a Denver—, porque te dejó en las mismas condiciones que yo a Dana. Todos te apoyamos y luchamos para arreglar las cosas, para que ambos os apañaseis y al fin

todos tuviésemos paz. —Se giró para buscar al mestizo—. En cuanto a ti —le dijo mirando a los ojos a Águila Negra—, tengo entendido que te enamoraste de tu esposa durante el viaje de camino a mi casa, lugar en el que la depositaste sin remordimientos y te marchaste para que fuese la novia por correo que mi padre pidió para mí. Y ahí no acaba la cosa, dado que los chismes vuelan, sé de buena tinta que cuando fuiste a Londres le causaste un escándalo a ella —movió el dedo hasta Jane, a quien se quedó mirando con fijación—. En cuanto a usted, señora Hutson… Bueno, no se me ocurre ahora mismo nada que reprocharle de su comportamiento pasado, pero como fui un buen compañero del mestizo en su juventud, podría apostar la fortuna de mi padre a que no esperó a recitar sus votos para… ya sabe a lo que me refiero. Aun así, como pariente más cercano de mi futura esposa, porque Dana va a casarse conmigo en cuanto la encuentre y pueda hablar con ella en privado de una maldita vez, voy a pedirle disculpas por mi proceder y a solicitarle formalmente la mano de su hermana en matrimonio.

Ya estaba. Había vomitado todo lo que tenía que decirle al grupo.

—No —negó Jane pasados unos segundos.

—¿Disculpe? —inquirió Jey.

—No acepto sus disculpas, señor Andrews, porque no es a mí a quien ha herido profundamente. Tampoco autorizo el matrimonio, es Dana la que debe consentir, y le aseguro que está lejos de convertirla en su esposa —objetó la altiva dama inglesa que llevaba sumergida bajo la piel. Jane era plenamente consciente de todo lo que había sufrido su hermana pequeña y no le iba a facilitar las cosas a ese pelirrojo terco y estúpido, por más que fuese el padre del bebé. Tanto Jane como Dana se habían acostumbrado a coquetear con el escándalo, por lo que estaba dispuesta a ayudar a Dana para que todo saliese bien y siempre atendiendo la voluntad de su dulce hermana menor.

Jeremy Andrews no tuvo tiempo a rebatir las palabras de la esposa de su mejor amigo… ¿Podría seguir llamándolo así después de todo lo que había sucedido entre ambos? Jey negó con la cabeza. Entonces levantó la vista hacia el norte, el lugar en el que se veía a un jinete… dos jinetes montados sobre un caballo.

—¡Águila Negra! —gritó Jane, al darse cuenta de quienes se acercaban al galope. La rubia llegó hasta donde estaba su esposo y le dijo—: No permitas que se la lleve, ni aunque ella

pretenda escapar de Andrews con él. —El mestizo percibió el pánico en la voz de su esposa.

—Me prometió que no la secuestraría y confío en él —trató de tranquilizarla.

—Oh, Andrews, esto te va a encantar —saltó, llena de júbilo, Sarah Lee al identificar a las dos personas que montaban sobre el mismo caballo.

Denver Harris se acercó al pelirrojo con disimulo mientras todo el mundo tenía la vista fija en la pareja que acababa de aparecer en escena. Al instante el exranger vio el cambio de actitud de Andrews. Lo veía tenso, con los nudillos blancos y la mandíbula fuertemente apretada.

—Arrástrate ante ella si tienes que hacerlo para conseguirla —le sugirió—. Ese hombre del que la madre de tu hijo se agarra para no caer al suelo, pretende llevársela consigo. Él le salvó la vida a la que debería ser tu futura esposa, y también a su hermana, cuando un familiar de Londres, un tío de ambas creo recordar que es, contrató a una banda de hombres para secuestrarlas hace unos meses y llevarlas a Inglaterra. Águila Negra y yo luchamos a su lado para librarnos de los últimos indeseables que quedaron con vida cuando Jane y ese indio que se acerca, acabaron con la primera ronda. Cogieron a Dana desprevenida y estuvo a punto de ser… —carraspeó—, violada. La señora Hutson, ella sola, despachó a tres hombres, los mató sin titubear, pues la seguridad de una de las personas a quien más ama estaba siendo amenazada —esperaba que Jey se hiciera una idea de la clase de mujer que era Jane—, porque sabe pelear probablemente mejor que tú o yo, aunque es una mujer. El cuarto bastardo que quedó en pie cuando secuestraron a Dana, cayó a manos de ese salvaje al que parece que quieras aniquilar. —Harris no se perdía la reacción de él ante el Lakota—. Es Hacha de Guerra y, créeme, lo he visto en acción y no te conviene enfrentarte a él, porque mató a la mayor parte de los hombres con los que nos tuvimos que ver las caras Águila Negra y yo. Trata de que tu mujer te perdone, no enfades al guerrero Siux, y todo irá bien. Hazme caso esta vez, Jeremy. El asunto es serio y grave —le dijo con sinceridad el exranger.

Andrews había escuchado con atención lo narrado y estaba… ¿Habían tratado de secuestrar a Dana y violarla en Texas?

—¿Cuándo demonios ocurrió lo que acabas de relatarme?

—Seguramente cuando estabas en el Orient Saloon nadando entre licor y quejándote de que tu pobre papá no te dejaba ser el hombre que deseas ser. Bien recuerdo el momento en el que te hablé de Mery Bell años atrás y no quisiste saber nada. Ella era una perra. Yo la había sorprendido con Gorwing en más de una ocasión detrás de la escuela y todavía no tenía ni quince años. Tu padre te salvó de un infierno, Andrews. Nunca atiendes a los que se preocupan por ti.

—¡Maldita sea! ¿Nada puede salirme bien? —se dijo Jey más para sí que para su compañero.

—¿Has hecho algo para merecer lo que dices? —interpeló.

Andrews dejó atrás al exranger y avanzó hacia Dana, quien no le había dado ni una sola mirada, y su acompañante… ¡Por los testículos de Lucifer! Era bastante grande y se veía muy amenazante.

—¡Suéltala! —gritó, en cuanto vio al salvaje poner sus manos sobre ella para bajarla de la montura.

Hacha de Guerra no había dejado de examinar al pelirrojo desde que lo tuvo en su campo de visión. Ese joven la observaba como si fuese suya y al guerrero no le agradaba lo más mínimo. Cuando dejó a Dana en el suelo, el Lakota no se lo pensó dos veces y la besó con fuerza delante de todo el grupo. Se separó de ella y la miró a los ojos con fijación.

—No te sorprendas, Mujer Roja, voy a reclamarte y a pelear por ti. Imagino que tendré que empezar por el muchacho de pelo rojo. —Le dedicó una sonrisa y ella juraría que le acababa de guiñar un ojo.

Dana no podía creerse lo que estaba sucediendo. ¡Todos estaban en el rancho!, incluida la rata huidiza. Desde lo lejos, lo había estado observando por si Jane le había pegado un tiro. Parecía estar bien, porque seguía en pie. Así que cuando estuvo más cerca, ya no se atrevió a pasar la mirada sobre él. Los recuerdos dolían y las sensaciones que la embargaban por tenerlo cerca… No se sentía segura.

Y el indio la acababa de besar delante de todo el mundo… incluida la rata. ¡Qué

barbaridad!

Entonces vio a Andrews tratar de coger a Hacha de Guerra del brazo para hacer que se girase y diese la cara. Lo movió, pero solo porque el Lakota colaboró para darse la vuelta. Dana vio el puño de Andrews levantarse al aire, pero el indio lo interceptó sin mayor complicación y se lo retorció. Le dio un fuerte empujón al pelirrojo y este acabó tirado en el suelo, y como único cojín usó sus propias posaderas. Maldita fuese ella, que tuvo el impulso de ir a socorrerlo. Toda una suerte que Jane se acercase hasta su posición para llevársela de allí. Dana se dejó conducir por su hermana.

—Águila Negra —llamó Jane a su esposo—, así es como se trata a las ratas —señaló, alabando la acción de Hacha de Guerra—. Denver y tú no lo habéis magullado lo suficiente.

Dana cerró los ojos al imaginar que el aspecto que Jey presentaba se debía a que había estado peleando con sus dos amigos. Tenía un ojo negro y el otro comenzaba a hinchársele por momentos.

Entonces el mestizo se interpuso entre Andrews y el Lakota.

—¿Qué nos proponemos, caballeros? —preguntó el mestizo.

—La Mujer Roja —tomó la palabra el indio— vendrá conmigo porque aquí está en peligro de muerte, Águila Negra. No puedo callar más. Se lo he contado todo. Los espíritus de los Siux me han mandado para proteger a mi mujer. No me importa su situación. El Demonio viene a por ella y si la llevo conmigo, él no la encontrará jamás y el resto estará en paz.

—¡No vas a llevártela porque es mía! —gritó Jey, al tiempo que se ponía en pie. Estaba furioso—. Ella y mi hijo se quedarán conmigo, es el lugar al que pertenecen. Si alguien intenta hacerle daño, primero se las verá conmigo.

Águila Negra tomó aire y procedió a explicar:

—Cálmate, Jeremy. —El mestizo buscó la mirada del guerrero indio para decirle—: Dana no corre peligro, Hacha de Guerra.

—¡Águila Negra, no! —le pidió Jane, quien estaba con una Dana impactada por las palabras que acababa de oírle decir a la rata, y con Sarah Lee.

—Tu hermana tiene que saberlo, no bajará la guardia aunque lo sepa —razonó el mestizo.

—¿Jane? ¿Qué ocurre? —Dana vio a su hermana agachar la mirada como si lamentase algo. La pelirroja desvió la vista hacia el mestizo.

—Me llegó hace unos días un telegrama de Londres —le notificó Águila Negra—. Pago bien a los hombres que vigilan al Demonio y me mantienen bien informado. Tu tío George —dijo mirando a Dana—, está muerto. Jane y yo pensamos que sería mejor que no lo supieras porque… en fin, deseábamos que sentases la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —increpó a su hermana.

—No lo sé… No quería darte esperanzas de que todo se hubiese acabado y que luego… —suspiró—. Además, ya tenías bastantes problemas y temía que huyeses debido a la libertad que podrías sentir sin el peligro. Te has vuelto impredecible, hermana y no puedo vivir sin ti a mi lado —se sinceró al fin.

—No lo entiendo, Jane. Debiste avisarme. ¿Cómo…? —le preguntó Dana a Águila Negra.

—Lo que sucede es que hubo un gran incendio en la casa de tu tío —continuó explicando el mestizo—. Todo quedó reducido a cenizas. Murió todo el servicio, incluido el conde de Alastor, y tu hermana no cree que la pesadilla al fin haya terminado de modo tan fortuito, pero él está muerto. Era imposible que alguien sobreviviese a semejante catástrofe. Mis investigadores me lo han asegurado, incluso mi hermana me escribió para informarme del suceso.

Dana comenzó a llorar de alegría.

—¡Jane! Al fin, por fin somos libres… soy libre. —Se abrazó a su hermana mayor.

—Pienso llevármela —habló con tranquilidad Hacha de Guerra—. Y estoy dispuesto a enfrentarme a quien sea para lograrlo.

Andrews ya estaba harto de tantas tonterías. Necesitaba dejar todo atrás para hablar seriamente con Dana, sobre su pasado y en especial acerca del futuro. Ese indio no le iba a fastidiar nada.

—Te la llevarás sobre mi cadáver —lo desafió Andrews.

La respuesta del indio fue moverse hasta el lugar en el que estaba Dana para ir a hablar con ella. Andrews dio un paso al frente, pero Denver Harris lo detuvo.

—Aguarda, Andrews —le dijo al pelirrojo.

—No pienso dejar que la vuelva a tocar y menos besar. Esa mujer me pertenece —sentenció lleno de ira Jey.

—Has elegido un bonito momento para darte cuenta de lo que quieres… —ironizó el exranger, al tiempo que lo retenía por el brazo para que no interviniese y tuviera paciencia.

Dana esperó a ver lo que se proponía el indio. Él le hizo una seña para que llegase a su encuentro. Dana se movió hasta su posición.

—Resultas abrumador. No irás a besarme otra vez, ¿verdad? —La pregunta salió en un susurro bajo para que nadie la oyese.

—Cuando te acostumbres a mi fuerza lo disfrutarás más.

—No puedo marcharme contigo. No sé lo que pretendes, pero, por favor, no lo hagas —le pidió.

—¿Cuánto daño te hizo ese hombre que te quiere? —le preguntó.

—Demasiado.

—¿Lo amas?

Ella tragó saliva. Sus ojos se movieron hacia el lugar en el que Denver Harris mantenía sujeto a Jey. ¿Alguna vez podría dejar de amarlo? No deseaba quererlo. No debía. No podía. No, no, no…

—¿Dana? —interrumpió Jane con preocupación desde cierta distancia. La pelirroja levantó la mano en un gesto para que no se acercase a ellos.

—¿Por qué no lo averiguamos, Mujer Roja?

—¿Qué? —Ella se había perdido algo.

—Voy a luchar con él… por ti.

—No hace falta. Ya lo has escuchado, mi tío ha muerto, estoy a salvo y no puedo irme con un hombre que ya tiene dos esposas, porque las mataría debido a los celos —ella le sonrió—, y no deseo estar lejos de mi familia.

La respuesta de él fue darle un abrazo que la levantó del suelo, y a continuación la volvió a besar, al tiempo que una de sus grandes manos le daba un más que sugerente apretón en la nalga derecha.

—¡Te mataré, maldito salvaje! —gritó Andrews con furia. El pelirrojo estaba luchando contra Águila Negra y Denver Harris, quienes lo tenían bien sujeto. No convenía enfrentarse a un guerrero como el Lakota. Águila Negra recordaba bien el trabajo que le costó vencerlo en el pasado. Andrews no tenía la más mínima posibilidad de salir invicto si lo enfrentaba.

Hacha de Guerra terminó su trabajo y al mirar por encima del hombro de la pelirroja, vio que la dueña del rancho mantenía sujeta a la hermana de ella, quien seguramente pensaba ir a pedirle explicaciones por las libertades que se estaba tomando con la Mujer Roja.

—No puedes besarme delante de todo el mundo —lo regañó Dana.

El indio regresó su atención a la pelirroja.

—Te gusta que lo haga, y me lo permites porque tu hombre sufre al verte manoseada por mí —le reprochó. Dana sintió las mejillas sonrojadas dado que no podía negar eso. Cualquier buena mujer decente de Dios se sentiría avergonzada por sus actos… Ella no—. ¿Sigue luchando contra los dos que lo mantienen cautivo para no venir a pelear conmigo?

—No deseo que él sufra. No pelees con Jey.

—Ha dejado claro que te posee. Te lo preguntaré una vez más, mujer. ¿Tú lo quieres?

—No debo quererlo, no puedo amarlo —se sinceró.

—Te reclamaré para mí. —La besó por última vez, ella no lo detuvo y a continuación se dio la vuelta para ver al trío de hombres que tenía frente a él—. ¿Quién va a impedir que la Mujer Roja venga conmigo?

—¡Yo, maldita sea, yo! Y juro por Dios o por los espíritus que puedas compartir con Águila Negra, que te mataré si la vuelves a tocar. —No conseguía desembarazarse de sus captores. Toda la furia que sentía… y no podía ir a enfrentar al salvaje que se creía invencible.

—No tienes ninguna posibilidad contra él, Andrews —le habló Águila Negra—. Yo he peleado con ese indio, una vez en su contra y la otra a su lado. No podrás vencerlo.

—No se la llevará. ¿¡Me oyes, Dana!? —le habló a ella—. Eres mía. Dijiste que me amabas, es momento de que lo demuestres. Estoy aquí por ti. Es mi hijo. ¿Me privarás de ver crecer a mi hijo, Dana? —preguntó con la voz trémula—. Me verás morir antes que renunciar a lo que me ofrece el destino. No quería, no pretendía que sucediese lo que pasó, porque estoy maldito. Traté de apartarte de mi camino de todas las formas posibles, haciendo que me odiases. Con maldad, no lo niego, pero no dejaré que te marches. No puedo hacerlo. ¡Eres mía, maldita sea! No sé nada de amor, pero sí comprendo que cuando una persona le dice a otra que la ama, no puede darse por vencida a la primera ocasión. Denver Harris no lo hizo. Sarah Lee Foster tampoco y son felices. Tu hermana y Águila Negra también superaron los obstáculos. ¡Demuestra que de verdad me amas! —le ordenó con furia esta vez.

Dana sentía las mejillas mojadas debido a las lágrimas silenciosas que caían con continuidad después de escuchar sus palabras. No debía dejarse seducir por lo dicho.

—Te avisé. Te lo dije. La que no puede confiar en ti, soy yo, Andrews. Me sometiste a la peor humillación en la que una mujer puede verse envuelta. Te entregué mi amor y tú lo pisoteaste sin remordimiento alguno. Me dejaste sola en Austin, y solo tuve a tu padre para velar por mí, para cuidarme mientras cada mañana vomitaba. Moría cada noche pensando en que mi hijo acabaría siendo un bastardo, porque su padre era un cobarde incapaz de valorar lo que le ofrecí, mientras me consumía de pena y rabia. ¡Llama ahora a Mery Bell! Mejor vete con ella y vive la vida que deseas. No pienso casarme contigo porque esté embarazada. No me quisiste entonces y no te molestes en venir ahora a mí.

—Dana… No fue Mery Bell. No estuve con ella anoche, lo juro. ¿Quieres que me humille delante de todos? Lo haré. ¿Me quieres de rodillas? Diles a ellos —dijo en alusión a Águila Negra y a Denver— que me suelten y me pondré. ¡Es mi hijo!

—¿¡Y quién soy yo, Andrews!? —preguntó irritada.

—¡Eres mía! Maldita sea, si no lo eres. El engaño me persigue, Dana. No soy fácil, no soy desinteresado, he estado toda mi vida solo y enfadado. ¿Esperabas que te dijese que también te amaba? ¿Cómo hacerlo si no sé lo que es eso, Dana?

—Los dos sabemos lo que sucedió aquella noche. Este bebé no es fruto del amor —se tocó el abdomen—, ¡la llamaste a ella! —gritó con fuerza. Los allí presentes comprendieron en ese momento lo que la menor de las Hertford pretendía decir.

Hubo un silencio ensordecedor durante un buen rato.

—Está bien. —Jey dejó de forcejar—. Has dicho tu última palabra y lo que me queda es pelear por ti. —Andrews miró a Hacha de Guerra—. Yo también la reclamo. ¿A muerte?

—Y sin armas. Quiero disfrutar de una buena lucha —razonó el guerrero. Andrews asintió. Luego miró a Dana.

—Si no puedo tenerte, al menos te mostraré que estoy dispuesto a morir por ti y por mi hijo. —Sus amigos aflojaron su agarre en ese punto.

—Estás loco —susurró ella, sabiendo que el guerrero lo haría picadillo.

—¿¡Lo amas!? —le preguntó en un grito el indio una vez más. Ella negó con la cabeza—. Peleemos pues —sentenció Hacha de Guerra.

Denver y Águila Negra acababan de soltarlo para que él fuese directo a la batalla. Andrews se quitó la chaqueta, el chaleco y los echó a un lado. Entonces se arremangó la camisa blanca.

La mirada de él se volvió a cruzar con la de la pelirroja antes de llegar frente a su rival.

Dana se dio la vuelta incapaz de ver lo que se avecinaba. Sarah Lee se acercó a ella con preocupación por lo que venía. Jane también llegó a su lado para decirle:

—Hermana, si te entregaste a él fue porque había amor entre vosotros. Si de verdad deseas su muerte, es lo que vas a conseguir. Has visto luchar a Hacha de Guerra. Las dos lo vimos. Andrews estará en el suelo antes de que comience la pelea. No será una trifulca justa.

—Dana —tomó la palabra Sarah Lee—. Es el padre de tu hijo… —susurró mortalmente preocupada.

La pelirroja inspiró una larga bocanada de aire. Escuchaba los golpes y alaridos desde donde estaba. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero sospechaba que bastante. Se dio la vuelta y lo que vio le sacó todo el oxígeno de los pulmones. Andrews estaba en el suelo. Seguramente el guerrero le habría dado un nuevo puñetazo en alguna parte de su cuerpo. Bueno, ya le habría dado una buena paliza, antes de que ella se diese la vuelta. Suplicó en silencio que no se levantase, pero Jey se incorporó. El aspecto del pelirrojo era lamentable. El indio le doblaba en tamaño, y aunque Jeremy era bastante alto, su contrincante le sacaba más de una cabeza.

Vio a Andrews cargar contra él y asestarle un golpe en las costillas. El indio se ladeó

debido al dolor, aunque pronto se enderezó y le dio un rodillazo en el costado derecho en respuesta a su ataque. Jeremy se curvó a causa del daño. Dana no puedo soportarlo más. Dio un largo salto para bajar del porche y comenzó a correr hacia ellos. Sarah Lee y Jane salieron tras ella, pero no la detuvieron porque intervinieron sus respectivos esposos para que se quedasen al margen. Ese asunto era cosa de Dana y ella debía manejarlo.

La pelirroja logró ponerse delante de Hacha de Guerra, de tal modo que Andrews quedó a su espalda. Miró al indio y levantó la mano derecha para ordenarle el alto.

—No más, por favor —le pidió.

—Si perteneces a un hombre es diferente. ¿Eres suya, Mujer Roja?

—No —susurró.

—Entonces apártate, para que termine el trabajo. Águila Negra me prometió que podría luchar por ti llegado el caso y es lo que estoy haciendo. Yo no pienso fallarte jamás. Te quiero desde que te vi. ¿Puede decir él lo mismo? —le espetó a ella pero mirando a Andrews.

—Sí, puedo decirlo —habló con dificultad Jey, antes de escupir sangre por la boca—. Cuando creí que era un muchacho la quise, pese a saber que no estaba bien. Siendo una mujer la ansié. Siendo la madre de mi hijo le juro lealtad si me acepta.

El guerrero entendió el significado de sus palabras, porque la primera vez que vio a Dana, ella iba ataviada como si fuese un joven varón, pero él la descubrió enseguida.

Dana cerró los ojos un instante. Sabía que lo mataría si no se lo impedía. Por alguna extraña razón el indio salvaje la veneraba. Respetaba sus deseos.

—¿Mujer Roja? —Le sacó de ese breve interludio.

—Sí —afirmó ella al fin contra los dictados de su razón.

—Sé precisa, mujer.

—Soy suya —dijo, como si eso fuese la condena más pesada de todo el mundo.

—¿Te quedas con él? —terció.

—Es el padre de mi hijo —razonó, como si eso lo diese todo por hecho.

El guerrero asintió y se dio la vuelta para mirar a Águila Negra.

—Tu abuelo lamenta que faltases al juramento que le hiciste. Has olvidado lo que fuiste y a él también. Los Santee te recuerdan aunque tú no quieras recordarlos a ellos. El hijo que nacerá de tu esposa es un Santee, lo quieras o no.

—Tengo una vida aquí y elegí ser Travis Hutson —le dijo el mestizo, sintiendo que algo en su corazón se removía.

—Caballo Salvaje lo respeta, pero está enfadado. —Águila Negra asintió, antes de que su abuelo partiese con los espíritus le dijo que no lo olvidase, ni a él ni a su mitad india—. Voy a dejar a la Mujer Roja aquí, porque llevármela supondrá matar al hombre que ama, y no deseo tener que dormir el resto de mi vida con un ojo abierto por si mi tercera esposa decide vengar la muerte del padre de su hijo, pero está en peligro. Si falláis, las dos hermanas morirán. El peligro no ha pasado. Escucha a tus hermanos Santee, no desoigas lo que susurran, lo que te muestran. Que los espíritus te protejan a ti y a tu familia, Águila Negra, guerrero Siux Santee, nieto del gran jefe y hechicero Caballo Salvaje. —Le hizo una breve reverencia con la cabeza a la que el esposo de Jane correspondió de igual modo.

—Ve en paz, hermano Lakota —le dijo el mestizo al tiempo que buscaba los ojos de su mujer. Tendría que hablar con Jane sobre muchas cosas, porque Águila Negra al fin se sentía en paz consigo mismo para poder reconciliarse con su mitad india. Deseaba que sus hijos también comprendiesen lo importante que fue su pueblo en su niñez. Su esposa lo miró y asintió, como si comprendiese todo lo que él acababa de dilucidar en su interior.

Hacha de Guerra se dio media vuelta, pasó por el lado de Dana, a quien le sonrió, y luego por el de Andrews, a quien miró con seriedad para decirle:

—Tú no la mereces.

—Lo sé —alegó Jey.

—Deberás seguir peleando por ella.

—También lo sé. —Ese gigante que le había atizado como nunca nadie lo hizo antes, no estaba diciéndole nada que no supiera.

—Más te vale ser mejor cuando llegue el peligro. —Hacha de Guerra no esperó a escuchar nada más. Se movió hasta su montura y subió para marcharse a casa. El gran guerrero salvaje había tratado de hacer todo lo posible para proteger a la familia de Águila Negra, tal y como le encomendaron los ancestros Siux que ambos compartían, pero la Mujer Roja había tomado su decisión.

Capítulo 14

¿El siguiente paso?

Dana se quedó mirando cómo se marchaba el indio y se preguntó si había tomado una decisión inteligente con respecto al padre de su hijo. Desde luego, no se sentía esperanzada con el giro de los acontecimientos.

Ladeó la cabeza para observar al hombre que estaba tras ella. Se dio cuenta de que la estaba mirando y giró todo el cuerpo para enfrentarlo. No iba a amilanarse frente a nadie jamás.

—Harris. —Jey llamó al exranger sin quitarle la vista de encima a Dana.

—¿Qué? —preguntó Denver, en cuanto llegó a su lado.

—Busca a un juez amigo tuyo y tráelo para que pueda casarnos antes de que ella cambie de opinión. Y si no consigues a nadie, recurre a mi padre, conoce a unos cuantos y hará que alguno venga incluso esta tarde.

El señor Harris miró con disimulo a Dana, quien afirmó con la cabeza para dar su consentimiento.

—Enseguida —dijo Denver, dispuesto a ser de ayuda para la pareja.

La mirada de Dana y de Jey estaba fija sobre el otro. Ella luchaba por no echarse a llorar debido al estado que él presentaba.

—Bien, ahora creo que Águila Negra debería ir en busca del médico… —Jeremy cerró los ojos y comenzó a caer al suelo.

—¡Andrews! —gritó Dana, al tiempo que se acercaba a él corriendo. Lo mismo que hicieron Denver y Águila Negra. Nadie pudo evitar que él se derrumbase y diese con sus huesos en la tierra. Aunque sus dos amigos lo incorporaron cogiéndolo por debajo de los hombros lo más rápido que pudieron. Estaba inconsciente.

—¡Traedlo a casa! —gritó Sarah Lee desde la puerta principal.

La tejana se abría paso para instalarlo en una habitación. Ese guerrero indio era como una gran mole de puro hierro y ella sospechaba que Jeremy no estaba tan bien como quería aparentar tras haberse enfrentado a un hombre así. Sarah Lee estaba segura de que los nervios que habían estado consumiendo a ese testarudo bobo desde que se enteró de la situación de Dana, también influyeron para que acabase desplomado sobre la tierra.

Dana no se alejó ni un instante del trío. Jane iba tras ella.

—¿Qué le pasa? —preguntó la madre de su hijo al verlo tan quieto… Parecía como si estuviese muerto.

—Hacha de Guerra pelea fuerte y sospecho que Andrews hace tiempo que no está en forma. Iré a buscar al doctor. Esperemos que el señor Bride no haya tenido que ir a atender ninguna urgencia. —Águila Negra salió de inmediato hacia el pueblo.

Lo habían dejado sobre la cama, en la habitación contigua a la de Dana, y ella se colocó a su lado. Levantó la vista para observar a su hermana.

—¿Qué hago? —El miedo que inundaba su pecho la tenía paralizada. Estaba sufriendo por Jeremy Andrews, el mayor sinvergüenza de Texas.

—Tenemos que desnudarlo y ver qué heridas tiene —señaló la tejana.

—Sarah Lee, no creo que… —comenzó a hablar el esposo de la vaquera.

—¿Recuerdas cuando te saqué de la zanja y estabas malherido, Denver? —le preguntó Sarah al exranger.

—Entonces deja que su mujer se ocupe de él. Si Dana necesita ayuda nos llamará. —A Harris le pareció buena idea que la joven pelirroja se familiarizase con la decisión que había tomado. Atender las heridas de un hombre que había luchado con valentía por ella, sería un buen inicio.

—¿Y si se muere? —preguntó con pánico la señorita Hertford. No le deseaba ningún mal y estaba llena de preocupación.

—Más allá de algún hueso roto y el orgullo pisoteado, no creo que tenga nada —respondió Denver.

—Dana, ¿quieres que me quede contigo para atenderlo? —se ofreció Jane.

—No, hermana. El señor Harris tiene razón, Andrews, quiera yo o no, es ahora mi responsabilidad. —Se concienciaba de lo que estaba por llegar. En realidad no sabía si el destino le suponía una bendición o una verdadera maldición.

—Traeré un cubo de agua caliente y trapos limpios. Debes desnudarlo y revisarlo, Dana. Cuando llegue el señor Bride le darás tu informe sobre su estado. —Sarah le echó un vistazo por encima al paciente—. No hay demasiada sangre, solo en su camisa, por lo que deduzco que proviene de la nariz y la boca. Con un poco de suerte el gigante salvaje no le habrá saltado ningún diente y tendrás un bobo, pero apuesto marido —añadió para intentar sacarle una sonrisa.

Dana asintió ante las sugerencias de Sarah Lee, aunque no cambió su gesto serio. Pronto se quedó a solas con su prometido. La muchacha procedió a desabotonarle la camisa. Estaba hecho un desastre, así que la rasgó de un tirón. No se atrevía a moverlo más de lo necesario. Vio dos grandes hematomas azules de tamaño considerable sobre su pecho. Otro más pequeño en las costillas izquierdas. Comenzó a desabotonarle los pantalones. No llevaba ropa interior. No pensaba manipular su cuerpo, por lo que salió al pasillo para pedir unas tijeras. Entonces se dio de bruces con la tejana, quien traía los enseres para que ella hiciese de

enfermera.

—¿Sabes lo que debes hacer? No tengas pudor, ya habéis compartido intimidad y él necesita tu fortaleza, Dana. —La pelirroja volvió a asentir.

—Solo observar y limpiarlo. Lo sé. No tiene cortes, como bien has dicho es sangre de la nariz y la boca. Puedo manejarlo, Sarah.

—De acuerdo, a fin de cuentas es tu hombre.

Le pasó los paños.

—Eso parece.

La señora Harris le ofreció una sonrisa cariñosa, le dio un apretón en el hombro derecho y se marchó. Dana suspiró con fuerza antes de coger el cubo que Sarah había dejado en el suelo. Entró y cerró la puerta.

—Bien, Andrews, aunque tengo ganas de usar las tijeras sobre *esa* parte de ti, me contendré y también haré mi mejor esfuerzo por no darte un bofetón. No se te ocurra morir, porque nos has metido en un buen lío y tienes que demostrarme si puedes ser el hombre que creí que serías. Me casaré contigo por nuestro hijo. Lo he decidido y, por Dios, que estarás aquí para resarcirme de todo lo que me has hecho. —Era consciente de que él no le escucharía, no obstante, se sintió liberador decirle por fin lo que sentía.

—Da…na —susurró él en medio de la inconsciencia.

—Estoy aquí, gran bobo. —Le cogió la mano y le dio un apretón.

Se acercó con cuidado y cortó los pantalones para quitárselos sin moverlo apenas. Así lo tuvo desnudo encima de la cama. Dejó las tijeras en la mesilla cercana a la cabecera de la cama. Trataba de no mirarlo demasiado y lo consiguió hasta que tuvo el paño húmedo en la mano. Le dio una larga mirada, a fin de cuentas no era un extraño, iba a convertirse en un esposo… para el resto de su vida. Se mordió el labio. No debería sentirse tan atraída por él. En

especial porque había sido un auténtico cerdo con ella. No obstante, era el hombre más atractivo que conocía. Agotado y magullado como estaba, y se veía similar a un ángel caído en desgracia. Desde luego, era impresionante.

—Te maldigo, Andrews, por tener tanto poder sobre mí —se quejó con enfado.

Comenzó a limpiar su rostro. Le apartó los mechones de pelo más largos de la frente y le quitó la sangre seca que tenía en la barbilla y el cuello.

—Desearía que no fueses tan guapo, Jeremy Andrews —le espetó molesta.

Le pasó el paño por el pecho con suma atención de no incomodarlo. Siguió con su cometido y cuando llegó a su cintura, la vista se le fue *ahí*. ¡Santo Dios! Su hombría, que ya era grande antes de despojarlo de su ropa, se veía inmensa. Rodó los ojos, incluso malherido como estaba, parecía dispuesto a presentar batalla. ¿Todo eso había estado en su interior? Con razón después de haber hecho el amor con él no podía montar a caballo con normalidad. Compuso una mueca de exasperación al recordar lo que fue mantenerse digna tras haber yacido con Jey y que él le rompiese el corazón. Y lo peor de todo fue cabalgar hasta Austin, dado que su zona íntima le ardió lo mismo que el corazón.

Dejó el paño dentro del cubo y le dio otra mirada exhaustiva. ¿Se libraría alguna vez del embrujo de ese sinvergüenza?, se preguntó irritada. No debería hacerle sentir todo lo que se formaba en su pecho. Sentía odio hacia él, aunque se había dado cuenta de que eso se esfumaba en cuanto lo veía en peligro. Y por el amor del cielo que lo amaba. Todavía lo amaba. Quería cuidarlo, besarlo y darle todas sus caricias. ¡Loco! Este Andrews estaba más demente que su padre. Se había enfrentado a Hacha de Guerra sin vacilación y a sabiendas de que lo haría puré de patata. Él era excelente con un arma. Lo había visto dar en el blanco incluso estando ebrio y si hubiese habido un duelo tal vez la cosa habría estado más equilibrada. Suerte que no se decidió a hacer eso porque no quería ninguna muerte sobre su conciencia.

—Bueno, con eso tendrá que bastar. No voy a tocarte más. No soy de piedra y tú eres demasiado para cualquier mujer —sentenció, al tiempo que le echaba por encima la colcha que Sarah Lee había descorrido de la cama, antes de haberlo colocado sobre la blanda superficie.

Le tocó la frente de nuevo para ver si él tenía fiebre. No se sentía caliente al tacto. Se sentó a su lado en la cama. Tuvo el impulso de acariciarle la mejilla y no se refrenó. Lo hizo.

—¿Qué será de nosotros, Andrews? No sé si podré perdonarte… —confesó, mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla izquierda.

—Da…na… —susurró, a la vez que se removía sobre la mano que le acunaba parte del rostro.

—¿Y ahora dices mi nombre, Andrews? Y dos veces… Tan terco que te mostraste cuando quise amarte y te pedí usarlo y estando en la vigilia me llamas. ¿Qué haré contigo, Jey? —Comenzó a negar con la cabeza.

Sus preguntas no obtuvieron respuesta. Un suave golpe en la puerta anunció que alguien se disponía a entrar en la habitación.

—El doctor ha llegado, Dana —le informó Sarah Lee. Ella se levantó de la cama y se apartó para dejarle espacio.

El señor Bride accedió a la estancia, la tejana se quedó atrás. Dana no estaba dispuesta a marcharse del lado de él. El buen médico se dispuso a inspeccionar al malherido. Le explicó que se había visto arrastrado a una pelea. El galeno determinó que no había nada roto, aunque sí muchos daños que lo mantendrían en la cama bastante tiempo.

—¿Seguro que no le ha pasado por encima una manada del ganado, señorita Hertford? —inquirió el médico, sorprendido por la violencia de los golpes que veía en su cuerpo.

—Podría decirse que sí, que se enfrentó a un toro, señor Bride —respondió Dana con inquietud—. ¿Se pondrá bien?

—Es un chico fuerte, no debería haber problemas. Os dejaré una cataplasma para los morados y un preparado para el dolor.

Un hombre entró en la habitación en ese momento.

—Jey… —susurró el recién llegado.

—Él está bien, señor Andrews —le dijo Dana, en cuanto se dio cuenta de que el padre de su prometido acababa de aparecer.

—¡Dios santo! —exclamó con horror al ver el torso magullado de su hijo.

—No es tan feo como parece, señor Andrews —trató de sosegarlo el médico—. Su hijo va a tener una semana, o dos, complicadas hasta que el dolor remita y las molestias desaparezcan, pero no corre ningún peligro serio.

—Harris me dijo que había luchado contra el indio, aunque no me advirtió de que… —Perdió la voz. Sentía el corazón estrujado. Su hijo se veía tan endeble e indefenso, nada que ver con el rudo y testarudo vaquero que lo había enfrentado desde que se vio con fuerzas para hacerlo siendo todavía un niño.

El doctor dejó los preparados y abandonó la habitación. El paciente necesitaba tranquilidad y descanso, caldo de pollo caliente y cuando estuviera mejor, un buen filete de ternera para recuperar poco a poco las fuerzas. Dispensó también láudano por si el dolor fuese insoportable.

Dana se acercó al dueño del aserradero y le dio un abrazo. Ella apoyó la mejilla en su pecho.

—No quería que esto sucediese. Tu hijo se empeñó en… Y yo… —No le salían las palabras—. Lo siento, de verdad que lo siento. Entiendo que debe dolerte verlo así.

Jeremy la despegó de su torso y la miró a los ojos. Ella tenía la mirada vidriosa.

—¿Y a ti? ¿Te duele verlo así, Dana, o te reconforta su dolor?

—No digas eso. Me apena profundamente que esté en esta situación. No le deseo ningún mal. Sabes que lo amo, aunque no quiera reconocerlo y él no lo merezca.

El señor Andrews le sonrió y asintió.

—El médico dijo que está bien. No quiero que pienses que esto es culpa tuya. Si Jey hubiese hecho las cosas bien contigo desde el principio, ningún hombre se habría atrevido a forzar tu mano. Al menos ha dado la cara por ti. Harris me lo ha explicado todo… ¿De verdad, puedo tener la esperanza de que lo aceptes como tu esposo? ¿Finalmente podré llamarte hija mía, Dana?

—Era eso o ir al funeral de tu hijo. No he tenido otra opción —dijo, tratando de frenar la esperanza que veía reflejada en los ojos de Andrews, dado que la pelirroja no estaba segura de cómo terminaría todo.

—Sabrá ganarte de nuevo. Dale una oportunidad. Sé lo que te estoy pidiendo, entiendo que no es un hombre fácil, pero debes comprender que él… yo… —tragó saliva—. Soy responsable de haberlo llevado a esta situación, Dana. No me ocupé de mostrarle cariño, de hacerle ver que cuando una persona se preocupa por otra hay que devolver el gesto. No pienso rendirme con Jey mientras quede esperanza, y te rogaría que hicieses lo mismo cuando estés preparada para dejar el pasado a un lado. El amor todo lo puede y estoy seguro de que él también te ama profundamente. Deja que la venda de la terquedad caiga de sus ojos y al fin te vea y valore como te mereces. Ten fe en él como lo hago yo, querida mía.

—El principal problema será si tu hijo consigue dejar a un lado el rencor. No puedo prometerte lo que me pides, pero he aceptado ser su esposa y pienso cumplir mi palabra. Con eso tendrá que ser suficiente de momento. Vayamos paso a paso.

—Es más de lo que esperaba de ti, Dana. Te lo agradezco.

—No. No me des las gracias, Jeremy, porque no sabemos hacia dónde nos llevará esta situación.

El señor Andrews la volvió a abrazar y le dio un beso en la mejilla.

—El juez vendrá mañana por la mañana. Harris y yo hablamos con el magistrado, con Samuel Spood y… dadas las circunstancias, creímos conveniente citarlo lo antes posible.

—¿Temes que no cumpla con mi palabra como lo cree tu hijo? —inquirió con curiosidad. Ella recordaba bien que Jey le había dicho a Harris que ella podría cambiar de idea y de ahí la premura para oficiar el casamiento.

El padre de él le tocó la mejilla y le sonrió.

—Por supuesto que no. Lo que me preocupa es que llegue un hombre mejor y que finalmente decidas dejarnos a todos atrás para empezar una nueva vida.

—¡Oh, Andrews! Tu hijo no estaría contento si te escuchase —lo regañó con cierta diversión.

—Pudiera ser, pero ha servido para robar una de tus pocas sonrisas y con eso me bastará. ¿Sonreíste cuando recibiste las flores que envió mi hijo?

Ella levantó una ceja.

—Ambos sabemos que los ramos de flores y esa bonita carta no provenían de tu hijo. Eres un entrometido de primera, Jeremy Andrews, y compadezco a tu hijo por tener que haber tenido que vivir bajo tu protección.

—Debes comprenderlo, Dana. En cuanto sostengas por primera vez al precioso niño… o niña que alumbrarás, te jurarás hacer todo lo posible por su felicidad.

—¿Aunque eso lo haga desgraciado?

—Hablemos dentro de veinte años y me respondes tú misma a esa pregunta. Ahora te dejaré para que te ocupes de él. Estoy seguro de que mejorará considerablemente bajo tus tiernos cuidados.

Ella asintió. Volvió a sentarse a su lado y suspiró.

—¿Qué haré contigo, Jey? —susurró una vez más, preparada para untarle el remedio del doctor en los lugares que lo precisaban.

***

La noche había sido larga para Dana y todavía más para Jey. Ella había estado sentada a su lado, en la silla, dormitando cuando él se quedaba quieto. Se había despertado bien entrada la madrugada. Había abierto los ojos y se quejaba. Parecía no saber dónde estaba, o si lo sabía, no dio pistas sobre ello. Dana se ocupó de darle una cucharada de láudano y él se quedó dormido.

Antes de que saliese el sol, ella se aseguró de que él siguiera bien y decidió tomarse un respiro. Bajó en silencio las escaleras y abrió la puerta principal de la casa para encontrarse con la frescura de un nuevo día que sería complicado. Cerró tras de sí y se quedó en el porche. Llevaba la misma ropa del día anterior y se había colocado un chal por encima.

¿Cómo iba a ser su futuro a partir de ese momento?, se preguntó descorazonada.

Sonrió en cuanto se dio cuenta de que Prescott Callum había salido de dentro de los establos y, tras verla, se dirigía hacia ella.

—Buenos días, Dana —la saludó cortés.

—Prescott, ¿cómo estás?

—Sorprendido.

—¿Ya conoces las noticias? —Los chismes se extendían raudos.

—Los chicos… ya sabes. Comenzamos a sospechar que algo extraño ocurría cuando los Harris nos dijeron que podíamos terminar antes de trabajar ayer por la tarde. Casi podría decirse que nos echaron del rancho.

—¿Qué? ¿Por qué crees que…? —Dana frunció el ceño.

—¿Es verdad que vas a casarte? —la interrumpió.

—No tuve otra opción. Te hablé de Hacha de Guerra cuando el indio regresó a Crystal City y ya lo viste en persona. Es un guerrero grande y la pelea, de la que supongo que ya os habréis enterado todos, supuso tener que tomar una decisión. Elegí a la rata huidiza.

—Bueno, al menos todo ha salido como ellos esperaban —señaló pensativamente.

—¿Quiénes? ¿El qué? —Ella no comprendía nada.

—¿No lo ves?

—Estás hablando en clave. ¿Qué me estás diciendo exactamente? —Estaba comenzando a perder la paciencia.

—No debería hablar, Dana. No pretendo meterme en tus asuntos y…

—Di lo que tengas que decir de una vez. Tú y yo sabemos lo más vergonzoso del otro, no es momento de remilgos.

—Es cierto, pero lo que te cuente no va a gustarte en absoluto.

—Dispara, vaquero —lo alentó.

—Creo que Jeremy Andrews ha caído en la trampa… de su propio padre.

—Explícate. —Nada de lo que dijese su mejor amigo podría sorprenderla. Lo sospechaba.

—¿No te parece extraño que toda la familia estuviese reunida en el rancho, que los demás vaqueros tuviesen la tarde libre y que el guerrero eligiese el momento exacto, después de

varias semanas, para forzarte a tomar una decisión?

—¿Qué es lo que se especula?

—Que Andrews, el hijo, se peleó con el indio porque el salvaje pensaba llevarte con él a su territorio y que recibió una buena sarta de puñetazos.

—¿Crees que han urdido todo esto para que yo…, para que él y yo nos casemos de una vez?

—¿Qué opinas tú del asunto?

—No lo sé. Con el padre de él una nunca sabe hasta dónde mete sus tentáculos. En cuanto a mi hermana… Bien, Jane es similar al padre de Jey en lo que a ocuparse de mi presente y futuro se refiere. Y Sarah Lee, tal vez sea la más peligrosa de todos… Lo cierto es que sí los veo capaces, incluso al mestizo y a Harris, de confabular para que ocupe el lugar que creen que debo.

—¿Siendo su esposa?

Ella se frotó el rostro.

—Me he puesto en su lugar, Prescott. He imaginado lo que sería ser el padre de un hijo al que una madre le prive de serlo. No quiero ser esa mujer. Yo lo llevo en mi vientre, pero él lo puso ahí, así que este hijo —se tocó el vientre— es de ambos. Hubiese terminado casándome con él pese a mi reticencia, tarde o temprano. Lo veo claramente ahora. —Las lágrimas comenzaron a caer sin poder evitarlo. El señor Callum la miró con pesar.

—Siento mucho que te esté pasando esto.

—Deja de decir tonterías y dame un abrazo, porque necesito una muestra de cariño de alguien que me aprecie con sinceridad y que no trate de orquestar mi futuro sin mi consentimiento.

No tuvo que repetírselo dos veces. Prescott la cobijó en su abrazo y ella se desahogó. Estuvieron así varios minutos en los que el hombretón la consolaba.

—Muy conmovedor —escucharon una voz a su espalda. Dana y Prescott se sobresaltaron—. ¿No puedes esperar un par de días a que me recupere, Dana? No estoy en condiciones de pelearme por ti de nuevo y a él —señaló a Preston o Prescott o como se llamase— estoy seguro de poder vencerlo con una mano atada a la espalda… en cuanto me recupere.

Dana se soltó de su mejor amigo y se encaminó hacia él porque Jey se tambaleaba de lado a lado. Bueno, al menos no estaba desnudo, tuvo la decencia de enrollarse con la manta que ella había usado para cubrirse durante la noche.

—¿Qué demonios haces fuera de la cama? ¿Te has vuelto loco? No estás en condiciones de ir paseando por donde quieras —lo amonestó ella.

Tanto Dana como Prescott se apresuraron para colocarse a sus extremos y simular ser bastones para ayudarlo a tenerse en pie y caminar.

—Me he despertado y no estabas a mi lado. No esperaba encontrar a mi prometida abrazada a otro hombre —le dijo con tranquilidad y tragándose el dolor que sentía en las costillas y otras muchas partes de su cuerpo… incluido su corazón. Lo cierto era que tenía grandes molestias en todo el cuerpo.

—No tienes potestad para reclamarme nada, Andrews —tomó la palabra Dana—. Entre otras cosas porque podría traer a colación un pasado reciente entre nosotros que espero que no hayas olvidado, donde hiciste una elección muy clara sobre mí. Y en segundo lugar, porque Prescott y yo somos grandes amigos y no tengo intención de cambiar eso.

Los tres iban de camino a la habitación que Sarah Lee había dispuesto para Jey.

—¿Te tocó? ¿Te besó? ¿Te lamió? ¿Qué le permitiste hacerte a tu amigo mientras gran parte de Crystal City creía que eras un muchacho, Dana? —Los celos lo corroían.

Andrews escuchó gruñir al gran pelirrojo a su lado. No le dio importancia.

—Desde luego, si se hubiese tomado confianzas y yo las hubiese aceptado, creo que tú no te verías en esta situación dado que mi elección habría sido otra y no tú, ¿no te parece? —preguntó retóricamente Dana—. Así que deja de ponerme en evidencia y no hagas que cambie de idea sobre lo que se supone que va a ocurrir a lo largo de esta mañana.

—¿Hablas de la boda? —le preguntó, un poco más tranquilo. Jeremy Andrews nunca sabría de dónde consiguió sacar la fuerza necesaria para salir de la cama y ponerse en pie, después de haber escuchado la voz de ella filtrándose por la ventana de su habitación, y descender por la escalera. Estaba débil como un gatito.

—¿Tienes otros planes? —contestó Dana con otra cuestión y cierta tirantez impresa en la voz.

Andrews se giró para centrar su atención en el hombre que lo ayudaba a llegar a la habitación.

—¿No la tocaste?

Dana gimió al comprender que él no iba a dejar correr el asunto. Prescott esgrimió una media sonrisa y procedió a darle un poco de su propia medicina.

—Si alguien es culpable aquí de tocarla y ser un cobarde, me temo que no soy yo, Andrews.

Le tocó el turno a Jey de gruñir alguna maldición entre susurros. Dana estuvo satisfecha por la contestación de su amigo.

Llegaron hasta la habitación y lo dejaron sentado en el lecho.

—¿Me necesitas para algo más, Dana? —le preguntó Prescott.

—No, gracias —respondió ella.

Su amigo dio dos pasos y se quedó en el umbral de la puerta, se giró de nuevo y miró a Andrews con desprecio. El pelirrojo también lo estaba observando.

—¿Qué? —preguntó desafiante Jey.

—Si ella no me hubiese pedido que no lo hiciera, yo mismo te habría dado la paliza de tu vida en cuanto supe que habías regresado. Me contentaré sabiendo que tu padre te impuso el castigo que merecías. —No esperó más, Prescott se marchó de allí y cerró la puerta tras de sí.

—¿A qué se refiere? —le preguntó él, al tiempo que se quitaba la manta de encima y se disponía a tenderse. Ella miró al techo para darle cierta privacidad.

—Tenemos que aclarar algunas cosas —espetó con calma.

—¿Has cambiado de opinión sobre la boda? —Jey trató de controlar su nerviosismo ante la pregunta que acababa de salir disparada de su boca.

—Tengo mis condiciones para consentir en ser tu esposa.

—Dilas. —Él gimió de dolor cuando se movió para colocarse en una posición mejor en la cama.

—Dado que no hay nada que nos una, más que un hijo, el nuestro será un matrimonio solo de nombre.

—¿Qué quieres decir? —Él no entendía lo que insinuaba ella.

—No voy a volver a apostar mi corazón en esta relación. Seremos marido y mujer, sí, pero cada uno dormirá en su habitación.

—¿Estás negándome mis derechos como tu amante esposo? —frunció el ceño—. Creía que eso fue lo único bueno que hicimos juntos, Dana.

—Estás equivocado. Lo que mejor hacíamos juntos era pelear.

—Aquello fue porque creí que eras un muchacho, y bien sabes que te deseaba como lo hacía ese estúpido amigo tuyo, Preston.

—Se llama Prescott y no es él al que considero un estúpido —contraatacó.

—Como sea. No permitiré que nos niegues el placer, nuestros deberes como matrimonio son procrear y disfrutar de nuestra unión.

—¡Ah!, pero yo no te estoy privando de nada, Andrews, solo estoy evitando que hagas algo que tanto te disgusta. Te estoy ahorrando la molestia de tener que fornicar —le gustó usar esa palabra y que él hiciese un gesto de disgusto al escucharla— conmigo por obligación.

—Los dos sabemos que no sería una obligación, Dana.

—Te equivocas, lo sería para mí.

—No, porque soy más que capaz de hacerte enloquecer y llevarte a la locura mientras te lleno y te hago suspirar —señaló muy satisfecho consigo mismo.

Ella levantó una ceja.

—Y llamarás a otra mujer… ¿antes o después de conseguir la liberación para que yo no olvide a quién perteneces?

—No estás siendo justa.

—¿No? Yo creo que sí. No deseaba casarme contigo, y he accedido porque no voy a privar a mi hijo de su padre. Habrías muerto y lo sabes. Así que es necesario que te diga que sospecho que todos… Mi hermana, el mestizo, los Harris y… tu padre —esa parte la dijo con mucho tacto—, están detrás de la actuación de Hacha de Guerra.

—Habla más claro. El láudano no me deja pensar con demasiada claridad si no se trata de ti y de mí compartiendo una cama… desnudos.

—Cosa que no va a suceder jamás.

—Ya lo veremos —rebatió raudo.

Ella suspiró con fuerza.

—Andrews, lo que trato de explicarte es que Hacha de Guerra se ha marchado y no es necesario que te cases conmigo. Bien sé el infierno que esta unión supondrá.

—Te equivocas. Es lo que hay que hacer y lo creas o no, no será un infierno para mí.

—Tan egoísta como siempre, Andrews —señaló con exasperación—. Será un suplicio para mí. Así que, o aceptas un matrimonio blanco o nada —señaló severa.

—No.

—Muy bien. —Ella cruzó los brazos sobre su pecho—. No pretendía que llegásemos a esto, pero me has obligado a tomar la decisión nuevamente debido a tu terquedad. No me casaré contigo —sentenció con firmeza.

—No tienes más remedio. Si lo que dices que sospechas es verdad y todos han tramado que yo acabe malherido frente a una gran mole de hueso y músculo, no se detendrán hasta que estemos casados. Traté de avisarte sobre mi padre. Imagino que él ha sido todo el cerebro de esa conspiración. Es más, pondría la mano bajo un hacha y no me cortaría.

—No tendrán opción a intervenir en mi vida porque estoy dispuesta a hacer los arreglos necesarios para regresar a Londres, lugar donde por fin no corro peligro.

—Será un escándalo.

—No me vuelvas a subestimar jamás, Andrews. Te lo aconsejo encarecidamente porque soy más fuerte en estos momentos de lo que jamás creí que podría serlo. Y lo soy debido a que mi hijo necesita que lo sea, por él y por mí. Si regreso a Londres, ten por seguro que lo haré bajo el amparo de la hermana del conde de Ithorne —se serviría del título que Águila Negra

tenía en Inglaterra y que el mestizo tanto despreciaba—, como el familiar más próximo de su condesa. Jane es mi hermana y no habrá complicaciones. Y por descontado que me haré pasar por una viuda afligida.

Hubo un instante de silencio muy tenso entre ambos. La mirada de Dana no había dejado la de él ni un instante. Estaba dispuesta a demostrarle que no era un farol.

—Lo has pensado todo, por lo que veo.

—La noche ha sido larga y he tenido tiempo de considerar hasta el último detalle.

—No vas a llevarte a mi hijo.

Ella le sonrió con condescendencia.

—Oh, Andrews… no quieres probar tu suerte con respecto a eso, créeme. Porque el Demonio me arrebató muchas cosas y no estoy dispuesta a que Lucifer continúe con el trabajo.

—¿Ahora soy Lucifer? —El paciente había comprendido la alusión.

—Me ha parecido más correcto usar esa comparación, porque la palabra «rata» la percibo corta para definirte.

¡Oh!, los golpes de ella dolían más que los del salvaje, decidió Jey.

—Lo que me pides es imposible, Dana. Me harás prometer o jurar un asunto que no podré cumplir.

—¿Qué? —No lo había entendido.

—Te deseo —confesó con sencillez. Ella descruzó los brazos y lo miró con absoluto asombro—. No sé de qué te sorprendes. Es evidente que no pude resistirme a tu ofrecimiento en la gruta ni sabiendo con convencimiento que los dos sufriríamos debido a la debilidad que siento por ti.

—Por mi cuerpo —lo corrigió de inmediato.

—Por ti —insistió—. No puedes separar el cuerpo del resto, Dana. Te deseo toda entera. —Lo dijo de un modo tan crudo y excitante…

Ella carraspeó incómoda.

—Matrimonio de nombre o nada. Deberás hacer tu elección, Andrews. —Pretendió mostrarse impasible.

Jey suspiró con fuerza. Iba a ser complicado acceder a semejante insensatez. En especial, porque se moría por besarla y acariciarla. Había sentido un dolor inmenso cuando vio al otro maldito grandullón pelirrojo consolarla en el porche hacía unos instantes. Había estado tan ciego con respecto a… a… ¡a todo!

Mientras ese indio le daba la mayor paliza de su historia, solo podía pensar en que iba a morir sin hacerle ver a Dana Hertford que la necesitaba en su vida, al igual que a su hijo. No sabía si sería amor o necesidad, pero sí era consciente de no haber titubeado al colocarse delante de Hacha de Guerra dispuesto a luchar por ella hasta el fin. Y eso quería decir mucho para un hombre que jamás se había preocupado por otra cosa que no fuese él mismo. Ciertamente creyó que perecería, dado que el brutal guerrero parecía dispuesto a cumplir con su amenaza sin vacilación. Y el momento en el que alguien sabía que se acercaba su fin… ese era el único instante que importaba en la vida. Y cuando se hacía una reflexión final y uno se arrepentía de lo que había dejado pasar… En efecto. Dana Hertford era su arrepentimiento, pero no solo estaba en juego el honor que le debía a ella, sino algo más profundo, dado que cuando la vio colocarse delante de él para plantarle cara al indio… Aquello se sintió inquietantemente perturbador, hasta el punto de que su corazón comenzó a latir con fuerza lleno de reconocimiento por ella. Por primera vez, alguien había decidido que él era importante y merecía consideración. Tenía que volver a despertarla de esa pesadilla que él mismo le había causado. Era imperativo hacerlo y eso lo lograría si ella accedía a pasar el resto de su vida a su lado. Se sentía correcto que fuesen una pareja. ¿Por qué no aspirar a la felicidad conyugal y darle todo lo que ella merecía? ¿Lograría ser un hombre mejor? ¿Por ella? Lo intentaría con todas sus fuerzas. Dana Hertford había demostrado que él era importante, tanto como para ponerse frente a una gran mole y salvarle la vida.

Debía amarlo. Por Dios, que ella, en cuanto se colocó delante del gigante salvaje, le demostró que tenía fuertes sentimientos por él. Si le hubiese dado igual su futuro, se habría echado a un lado, entre otras cosas porque Dana Hertford no le debía nada… ni una mísera mirada. Y luego, cuando él había estado desmayado y convaleciente, se había quedado a su lado para cuidarlo. ¡Todo eso tenía que significar algo! Y mientras se desvanecía después de la pelea se juró a sí mismo que lo averiguaría más temprano que tarde.

—No he tenido ocasión de agradecerte que te preocupases por mí durante la noche. Me desperté en la madrugada y te vi, pero no quise hablarte por si eras un sueño, Dana, y te desvanecías.

Ella irguió la espalda. Lo que menos le apetecía era recibir sus agradecimientos y lástima.

—No hace falta que interpretes el papel de devoto prometido. Los dos tenemos claro que esto no es por amor y que el deseo nos metió en este problema. Solo seremos compañeros. *No fornicaremos* —insistió muy decidida, arrastrando la última oración.

Él hizo una nueva mueca. Empezaba a odiar esa asquerosa palabra que ella tanto se empeñaba en tirarle a la cara en cada ocasión.

La decisión de su vida. Jeremy no estaba dispuesto a desaprovechar esa segunda oportunidad que ella le ofrecía. Si lo que necesitaba para casarse era que él aceptase una propuesta que ninguno de los dos respetaría durante mucho tiempo, lo haría.

—Accederé, pero no buscarás consuelo en otros brazos, no obtendrás besos ni placer en otro lado. No esperé aventurarme en un matrimonio con nadie y…

—Dirás, con nadie que no fuese Mery Bell —lo interrumpió. Ese nombre le sabía a cenizas. A él también.

—No estés celosa —susurró lleno de esperanza—. He tardado muchos años en comprender lo que fue aquello y lo que supuso para mí. No es nada comparado con lo que compartí contigo, pese a saber que te rompí el corazón en mil pedazos.

—No son celos, Andrews —alegó con serenidad—. Solo estaba exponiendo una realidad que te ocupaste de que nunca olvidase.

Él la miró con verdadera fijación.

—Lo creas o no, Dana, mi intención al decir su nombre en alto, fue la de apartarte de mí y protegerte de mi miseria. No estoy seguro de poder hacerte feliz, pero lo intentaré si me das la oportunidad.

—No. Esto —se señaló a ella misma y a él— será un acuerdo. Si no lo aceptas creo que será mejor que…

—Te he dicho que accedía. Solo trataba de hacerte ver que, como tu esposo, aunque solo sea de nombre, te pido que honres tus votos, tal y como haré yo mismo. —Sonó a promesa. Ella no se creyó nada.

—Te aseguro que he aprendido la lección y me mantendré bien alejada de problemas lascivos. Así que como tú eres un hombre que disfruta visitando el Orient Saloon, aunque no necesites mi permiso para seguir con tus actividades, te lo concedo.

Él jadeó. Las costillas le dolieron como la muerte. Se recompuso del dolor.

—¿Estás diciéndome que pretendes que falte a mis votos y me meta en la cama de otra mujeres?

—No.

—¡Gracias al cielo! —exclamó sin darse cuenta, dado que esa premisa le aterraba. Una mujer que hiciese semejante concesión a un hombre solo podía significar que lo despreciaba hasta el punto de importarle una boñiga de rinoceronte lo que él hiciera con su vida.

—Lo que te ruego es que acudas allí con regularidad para calmar tu lujuria, así estaré segura de que podrás lidiar mejor con ese supuesto deseo al que aludes por mí.

Maldijo en silencio.

—Dado que estoy dispuesto a no disfrutar de mi esposa en el lecho… yo también te pediré una sencilla condición.

—¿Cuál?

—A partir de ahora cuando hables conmigo me llamarás «Jey».

Ella no pudo mostrarse más sorprendida. Había esperado cualquier cosa. No esa.

—Me lo prohibiste en su momento. A cada ocasión en la que pudiste —hubo de recordarle.

—Las cosas cambian, Dana. No me consideraba digno de pronunciar tu nombre, a causa de mí y también por tu culpa, puesto que me tuviste mucho tiempo engañado sobre tu condición femenina. Estuve furioso contigo, ya no. Vas a ser mi esposa y quiero que nos tratemos con respeto.

—«Jey» será. —Suponía un precio pequeño para el matrimonio de conveniencia que pretendía instaurar entre ambos.

—Tenemos un trato, futura señora Andrews —dijo con una sonrisa muy discreta.

Y ese fue el comienzo de todo lo que estaba por venir siendo Dana Andrews. El juez no tardó demasiado en llegar y los dos se casaron en un salón que Jane y Sarah se esforzaron por decorar con los ramos de flores que el padre de Jey le había enviado simulando ser su hijo.

Fue una ceremonia simple donde el novio tuvo que permanecer sentado mientras ella estaba en pie. Si eso fuera una metáfora sobre su papel en esa unión, la pelirroja podría darse por satisfecha, dado que implicaría que estaría por encima de él. Cosa que sabía que no ocurriría, porque Jeremy Andrews era muchas cosas, pero no, un hombre sencillo, amoroso y familiar, y tendría que corregirlo cuando hiciera algo que ella no aprobase.

La comida que siguió a su unión fue silenciosa y desconcertante, nada que ver con la boda que esa casa había vivido meses atrás entre Águila Negra y Jane. Así que Dana se preguntó si en verdad estaba asistiendo a su matrimonio o… a su funeral.

Había escapado de las garras del Demonio para terminar en las fauces de Lucifer… y que Dios la protegiese, porque no sabía si eso acabaría siendo peor.

Por su parte, el novio se casó convencido de que el destino le había concedido un hermoso regalo que él no volvería a despreciar por su estupidez y testarudez.

¿Cuán difícil sería volver a seducir a su esposa?, se preguntaba mientras la admiraba maravillado, enfundada en un sencillo vestido de color azul pastel, hablando con su hermana.

Capítulo 15

Un imposible

No estaba siendo fácil. Pero que nada fácil llevar su nuevo matrimonio al siguiente nivel. Uno en el que ella no lo mirase con reprobación a cada instante y él no sintiese ganas de darse un puñetazo a sí mismo.

Un mes. Un largo e infructuoso mes era lo que había tenido por delante para ir poco a poco con ella. Jey estaba angustiado, dado que la velocidad con la que avanzaba hacia Dana era nula. Estaba varado en un puerto sin salida.

Después de la boda estuvieron tres días residiendo en casa de los Harris porque él todavía no era capaz de respirar con normalidad, y moverse tan pronto no hubiese sido conveniente. Sí, seguramente tenía alguna costilla astillada o incluso rota, lo sospechaba. Y su hombro tampoco funcionaba correctamente. Aun así y todo, aguantó más de lo que esperó en el Sarah Love.

Por descontado que tras recitar sus votos, ella no se había acercado a él. Ni a su cama tampoco. Dormían en habitaciones separadas, un buen indicador de lo que se avecinaba.

Dana se desilusionó por completo cuando él señaló que su nuevo hogar no iba a ser la casa de su padre. Cuando el señor Mathias Foster le cedió a Jey unos magníficos terrenos en la parte oeste del Sarah Love, bajo la promesa de que tanto él como Águila Negra no descuidarían ni un instante a Sarah Lee, Jeremy había usado su tiempo libre para contratar trabajadores y construir una modesta casa de madera, que si bien era la mitad que la de su progenitor, sí era de

lo más acogedora y bonita.

Se trasladaron allí porque necesitaba tenerla solo para él. Creyó, equivocadamente, que establecer esa intimidad sería beneficiosa para ambos. Jeremy tenía un plan trazado que pasaba por el hecho de que los dos se conociesen y se acostumbrasen el uno al otro. En sus tierras no tenía animales, dado que siempre había supuesto que trabajaría para los Harris. El accidente de su padre… Mejor dicho, el percance de su padre que no fue tan serio como le dijo, le hizo replantearse las cosas antes de que aquel muchacho pelirrojo de ojos tiernos llegase para tambalear todo su mundo. Cuando empezó a trabajar para su progenitor en el aserradero, fue del todo inesperado lo que sucedió. Años atrás se percató de que era bueno tallando la madera, haciendo algunos muebles sencillos a modo de pequeña diversión. De hecho, los simples objetos que tenía en su casa, como la mesa y las dos sillas del comedor los había hecho él mismo con sus propias manos. De igual modo, la cama que ella usaba por la noche, mientras él utilizaba un camastro en la habitación que algún día sería de su hijo, también fue obra suya.

Le gustaba trabajar rodeado de madera. Se había dado cuenta, cuando huyó de Crystal City dejando atrás a Dana, de que ser un vaquero no le llenaba tanto como dirigir su propio negocio… Bueno, el aserradero era de su padre, pero algún día sería suyo, y su hijo, el que no había nacido todavía, podría también llegar a ayudarlo. La ilusión de que sería padre lo tenía loco de contento. No vislumbraba una acción futura en la que su hijo no estuviera a su lado, jugando, hablando, trabajando, pescando o haciendo todo tipo de cosas con él. No le fallaría a su pequeño, como tampoco estaba dispuesto a fracasar con Dana. Se había casado con ella con el juramento de que la haría feliz y trataría de cumplirlo por todos los medios, pese a que su esposa no le pusiera las cosas fáciles, ni le tendiese la mano en un mero gesto para propiciar la reconciliación.

Estaba frustrado y exasperado. Las primeras dos semanas se quedó con ella en casa, con motivo de su luna de miel. Aquello fue una decepción. Dana se levantaba bien temprano y lo dejaba solo para ir a ver a su hermana, a Sarah Lee o a una vecina enferma de Crystal City, y él era incapaz de imponerle su criterio sobre que se suponía que ese tiempo era para estar solos y juntos.

Paciencia. Se dijo que tenía que ser paciente e ir poco a poco. La había obligado a casarse con él después de acostarse con ella y abandonarla sin mirar atrás. Y cada día que pasaba era peor que el anterior. Dana no le permitía ni revolotear a su alrededor. Cuando él entraba en el salón, ella se marchaba a la habitación. En el momento en el que llamaba a su puerta para

invitarla a dar un paseo, ella se escudaba en que en su condición no era buena idea esforzarse tanto.

Después de las primeras, infernales y solitarias dos semanas, Jeremy regresó al aserradero, donde todo seguía igual. Su padre le preguntaba cada día por Dana y él le respondía que ambos estaban bien. Mentira. Los dos se volverían locos si las cosas continuaban como si aquel hogar fuese una prisión… para ella.

Cuando llegaba a casa sobre las seis de la tarde, ella tenía la comida preparada. Carne quemada, sopa salada o cualquier cosa que se le ocurriese arruinar para darle de comer. Curiosamente, ella nunca tenía hambre a la hora de la cena. La rutina solía ser la misma. Después de que él mordisquease lo que ella le pusiera en el plato, los dos se sentaban unos breves minutos en el salón y ella enseguida aludía que estaba cansada, y se marchaba a la carrera a esconderse en la habitación.

Jeremy miró el pollo chamuscado acompañado de patatas hervidas crudas que le acababa de servir sobre la mesa y suspiró. Su esposa estaba a su lado, como si fuese un condenado cumpliendo su pena mientras él comía. Cada noche lo mismo, ella alegaba que no tenía hambre y le presentaba su cena llena de entusiasmo. Había pensado, en un primer momento, que Dana no sabía cocinar, sin embargo, comenzaba a darse cuenta de que no era eso.

—¿No te gusta la cena de hoy? —preguntó, llena de falsa inocencia.

Dejó los cubiertos al lado del plato y apartó ese esperpento de comida ligeramente al centro de la mesa.

—Lo que no me apasiona es saber que me queda mucha penitencia que hacer antes de poder comer algo decente y de que me mires a los ojos cuando me hables. Es como si me temieses. —Nunca fijaba su mirada en la suya. No deseaba ni verlo y él lo sabía. Su impotencia era todavía peor que todo lo que estaba soportando por parte de ella. Trataba de mostrarse sensato, de aguantar estoico los desplantes de su esposa y ella cada vez se lo ponía más complicado. Sospechaba que deseaba desatar una gran pelea que le diese vía libre para huir hacia los brazos de su hermana, y por eso tragaba lo que nunca imaginó que cedería por una mujer. Ella valía la pena y debía tratar de… de… de… Necesitaba acercarse a ella, y para lograrlo debía hacer que Dana cambiase su actitud y le abriese, ligeramente, la puerta de la esperanza.

La señora Andrews, al escuchar las palabras de él, levantó la mirada que había estado sobre el plato de pollo quemado y lo miró desafiante.

—No te tenía miedo cuando sabía que como muchacho estaba en inferioridad frente a ti y tampoco lo tengo ahora.

Jey se echó hacia atrás en la silla, la miró a través de sus espesas pestañas con una chispa de… de algo que ella no supo identificar… no quiso identificar.

—Ah, pero yo no me refería a un temor de ese tipo, sino al que haría que tus rodillas se convirtiesen en mantequilla —dijo tranquilamente, sin quitarle el ojo de encima.

—Si no te importa recoger la mesa, es tarde y estoy un poco cansada. —Se tocó el vientre. El bebé se movía mucho y se colocaba en lugares en los que le hacía, a veces, incluso daño. Se puso de pie lista para retirarse.

—¿Así de fácil te rindes, Dana? Esperaba que fueses más valiente y peleases un poco conmigo. A fin de cuentas, es lo que esperas que haga cada vez que me ofreces una negativa para que demos un paseo por nuestras tierras, que me acompañes al pueblo para recoger los víveres… —se quedó mirando el plato sobre la mesa y lo levantó brevemente para luego dejarlo caer—. Esto es otra de las cosas sobre las que esperas hace semanas que levante la voz y disputemos una gran pelea. Soy estúpido cuando se trata de algunas cosas, pero inteligente cuando sé que me están tendiendo una trampa. ¿Dónde irás a refugiarte cuando inicie la fuerte discusión que buscas? —Ya estaba. No podía seguir callado.

—No sé de qué me hablas. Si quisiera abandonarte no buscaría ninguna discusión, sencillamente me iría de tu casa.

—Nuestra casa, señora Andrews. Todo lo que tengo es tuyo. Y lo que estoy tratando de explicarte es que, por si no te has dado cuenta, llevo más de un mes tratando de despertar el amor que aseguraste que sentías por mí. Intento ser comprensivo, no mostrarme ansioso, preocuparme por tu bienestar y no recibo más que desplantes y cenas incomibles.

Ella sonrió de medio lado.

—Yo habría elegido la palabra resucitar, no despertar, sin embargo, para ambas cosas deberías rezar a fin de que se produjese un milagro y sé que no eres un ferviente creyente. No vuelvas a hablar de amor, esposo, porque tú no sabes lo que es eso.

Él se levantó con tranquilidad y se colocó a su lado. Dana se negó a sentirse intimidada por su altura y por toda esa fuerza que él desprendía. Se colocó junto a su oreja y le susurró:

—Un beso es lo único que necesito para que comprendas lo que soy para ti y te niegas a reconocer. No bajas la guardia porque sabes que todo ese amor que hubo por mí sigue ahí y temes que resurja con más fuerza. No he querido apresurar las cosas, pero si mañana me preparas para cenar algo que no esté en condiciones, te daré tu castigo con mucho gusto… y créeme, no sé si lo disfrutarás más tú o yo. Así que tus opciones son: no cocinar, o hacer algo comestible. Buenas noches, esposa, descansa. —Finalizó su retahíla con un beso en la mejilla derecha.

Dana se tuvo que sentar en cuanto él desapareció por el pasillo. ¡Maldito fuese que le bastaban dos palabras para desestabilizarla! Había tratado de mostrarse impasible, como si fuesen solo dos compañeros en una casa. Error. Jugar a que no estaba casada con él no era algo que fuese a cumplirse.

Un mes de un matrimonio aburrido, en una casa aburrida y con una vida todavía más aburrida. ¡Estaba harta de todo! De estar sola, de seguir escondiendo su corazón, de esforzarse tanto por aborrecerlo. Y sí, maldita sea, estaba cansada de llorar todas las noches y echarlo de menos. ¿Qué deseaba de él? Sencillamente quería que no le hubiese hecho tanto daño. No podía cambiar el pasado y no quería darle un futuro que él no se había esforzado por conseguir a su lado.

Miró el plato que él no se había comido y procedió a recoger la mesa. Las cosas no tenían pinta de mejorar y no sabía si deseaba que lo hicieran o no. ¿Esta era la familia que iba a tener su hijo cuando naciese? ¿Dos padres distantes entre sí, que se dedicarían a suplir el amor que no existía entre ellos con el del bebé?

Se fue a dormir… sola, sabiendo que con una única palabra suya podría tenerlo para consolarla y aliviar su soledad.

Esperaba que la mañana llegase y con ella una nueva esperanza de hacer algo útil. Se metió en esa enorme cama y volvió a dormirse llorando, lamentando su suerte y sin saber cómo se desarrollaría su futuro más reciente. Si seguía quedándose en casa acabaría muerta por el aburrimiento… ¿y si…?

***

Sabía que él se había ido al aserradero como cada mañana porque había escuchado los cascos del caballo. Dana se levantó y se colocó un sencillo vestido dispuesta a cambiar su situación, al menos con respecto al aburrimiento. El señor Andrews, el padre, no había contratado a un contable porque todavía no había encontrado a alguien que fuese de fiar y ella deseaba algo con lo que entretenerse. Ya se había cansado de deambular del Sarah Love al Jane Hope y era momento de encontrar su lugar. Se preparó un café caliente y se dispuso a sacar la carreta para ir al aserradero a visitar al padre de su esposo y explicarle los motivos por los que debía contratarla de nuevo. No tenía nada que ver que su marido pasase la mayor parte del tiempo en el aserradero, ella solo deseaba huir de la monotonía insustancial en la que se había metido, entre otras cosas porque no tenía alma para ser una devota esposa que se pasase el resto de la vida cocinando y limpiando. No podía resignarse solo a eso después de haber disfrutado de las ventajas de haber sido un muchacho libre y sin preocupaciones.

—¿Dana? —Escuchó la voz del padre de Jey a su espalda. Acababa de dejar la carreta en un lado del almacén y se disponía a entrar en las oficinas.

—¡Jeremy! —exclamó alegre—, no estaba del todo segura de si te reconocería después de tanto tiempo —le reprochó que no la hubiese visitado en estas semanas.

—Bueno, no era como si no me muriese de ganas de ir a verte, pero incluso un padre tirano como yo comprende que dos recién casados necesitan su tiempo para… Ya sabes para qué.

Dana carraspeó con incomodidad. No tenían ese tipo de matrimonio porque ella le

había impuesto todo lo contrario y no debería estar molesta por ser una mujer que dormía sola en su cama, pero…

—Quiero volver a ser tu contable —ordenó. Seguro que con una ocupación ella no desearía… no pensaría en… en… Una ocupación que le agradase le quitaría de la cabeza ideas que no debía tener sobre un esposo desnudo al que no pretendía absolver.

Vio al señor Andrews fruncir el ceño.

—Siempre has sido diferente, peculiar más bien, pero incluso yo sé que el lugar de una mujer casada es ocuparse de su hogar, más, una que está en estado de buena esperanza.

—Me estoy volviendo loca, Jeremy. Tu hijo contrató, sin mi permiso, a una mujer que viene tres mañanas a ayudarme en casa. ¿Sabes lo frustrante que es desear que llegue el lunes, el miércoles y el viernes para tener la compañía de otra persona a la que casi no conozco?

—¿Te sientes sola?

Ella afirmó con la cabeza antes de responderle:

—Mortalmente aburrida. Si no me das trabajo, creo que iré a la mercantil para ver si Bertha Walkers necesita mi ayuda.

—¿Has hablado con Jey sobre esto?

—No —dijo, derrotada.

—¿No consideras que tu esposo debería conocer tus problemas?

Ella gimió en alto. Como si a ese patán ella le importase lo más mínimo.

—¿Vas a ayudarme o no, Jeremy?

—Dana… —Se avecinaba una negativa, ella lo intuía.

—Está bien —se irguió—. No quiero ponerte en un compromiso… A fin de cuentas, ¿quién soy yo si no la esposa de tu hijo, la mujer a la que te niegas a dar una ocupación que la mantenga cuerda? Iré a la mercantil y preguntaré por el letrero que colocó la señora Walkers sobre la búsqueda de una nueva dependienta.

Él gruñó, ella se sonrió al darse cuenta de que era exactamente el mismo tipo de sonido que hacía su hijo cuando se molestaba.

—Puedes ocuparte de los asuntos del aserradero siempre y cuando tu esposo esté de acuerdo.

—¡Gracias! —Ella se abalanzó sobre sus brazos y le dio un beso en la mejilla. El señor Andrews la sostuvo por la cintura para que ambos no cayesen, dado que el gesto lo había pillado desprevenido.

—¿Por qué cada vez que me descuido estás abrazando a un hombre, Dana? —inquirió una potente voz a su lado derecho.

Ella masculló una maldición que dejó al padre de Jey asombrado. ¿Ella acababa de hacer alusión a las partes íntimas y peludas de Satanás?

La pareja se separó y Jey la miró directamente a los ojos. Dana se mantuvo impasible y también posó la mirada sobre su marido.

—Tu esposa estaba saludando amistosamente a tu viejo padre, Jey.

—Bueno, supongo que es momento de que salude… amorosamente a su esposo. —Dicho lo cual, Jey se acercó a ella, la estrechó entre sus brazos y le dio un beso. No fue algo corto y sutil. No. Él sacó la lengua y la obligó a abrir la boca para poder asaltarla a placer. Y que Dios la perdonase, se sintió tan llena de lascivia que le devolvió la caricia con el mismo ímpetu que él. Sí. Fue él quien tuvo que poner fin a esa inesperada muestra de cariño porque de lo contrario la cosa se pondría muy fea.

Jey se separó de su esposa lamentando que algo tan bueno hubiese ocurrido fuera de su casa, porque de lo contrario la hubiese aupado y se la hubiera llevado a la cama para consumar su matrimonio.

Dana estaba mortificada ante su propia reacción. Miró de soslayo al padre de su esposo. El pobre hombre había tenido el buen tino de echarse a un lado y mirar el paisaje a fin de darles intimidad.

—¿Qué estás haciendo aquí, Dana? —le preguntó él, al tiempo que su padre volvía a acercarse a la pareja nuevamente.

—Trabajar —respondió sucinta.

—¿Cómo has dicho? —Su esposo no creyó haberla escuchado bien.

—Quiero ocuparme de las cuentas del aserradero —le informó.

—¿Tienes algo que ver con esto? —le preguntó él a su padre.

—Esta vez no, lo juro —respondió el interpelado—. Tu esposa se siente sola y creo que sería interesante que…

—¿Te sientes sola? —Jey interrumpió a su progenitor para lanzarle la pregunta a Dana.

—Yo no he dicho eso en ningún momento —regañó Dana al señor Andrews, al padre.

—Creo que os dejaré para que habléis con tranquilidad. —El dueño del aserradero trataba de huir de ahí.

—No será necesario. Acompáñame al despacho y explícame lo que deba saber —comentó la pelirroja como si todo ya estuviese dicho.

—Dana… —comenzó a decir el padre de Jey para hacerle ver que ella debería tener

una conversación con su esposo.

—Está bien. Ve con ella y explícale lo que necesite saber. —habló su esposo con su padre. Luego se dirigió a su mujer para decirle—: A las doce iré al despacho a recogerte. Saldremos a comer, iremos al hotel del pueblo para ver qué tal es la nueva cocinera que han contratado.

Le dio un ligero beso en los labios y regresó al trabajo, porque si la volvía a tocar como deseaba hacerlo, los dos acabarían en una situación muy inapropiada.

—Una cosa es segura… —señaló el señor Andrews cuando se quedó a solas con ella.

—¿Qué? —preguntó, al ver que él había parado de hablar y sonreía con satisfacción.

—Los dos me daréis un buen regimiento de nietos que dirigirán el aserradero cuando su padre y yo les enseñemos todo lo que deben saber —expuso con orgullo.

Ella rodó los ojos.

—Solo ha sido un beso.

—Uno que haría enrojecer a cualquier pudoroso vecino de Crystal City. Toda una suerte que yo no sea ese tipo de hombre —expuso jocoso.

—Veamos tus números, no vaya a ser que esa gran manada de nietos de la que hablas acabe heredando deudas.

—Querida, eso que has dicho me ofende profundamente —dijo, con falsa indignación.

—Tampoco eres el tipo de hombre al que se pueda ofender con facilidad, Andrews. Ahora vayamos a trabajar un poco.

—Desde luego, dado que tendrás que ganarte la invitación que te ha hecho tu esposo —alegó con satisfacción, al ver que la pareja no se desenvolvía nada mal.

***

Jey la había recogido en el despacho a la hora prevista, como si fuese un verdadero cortejo. Lo vio con una camisa limpia, peinado y de lo más… De acuerdo, estaba muy apuesto y arrebatador… y lo odiaba por eso.

Estuvieron casi en silencio buena parte del camino. Él se esforzó por hablarle mientras que ella contestaba con monosílabos. Jey no iba a desanimarse con su reticencia puesto que ya había saboreado un atisbo de victoria cuando le dio ese beso tan explosivo. Al menos a él lo había hecho arder y sospechaba que ella también resultó chamuscada por el gesto.

La esperanza murió pronto. Estaba sentado frente a ella en el hotel del pueblo, con un plato de comida entre ambos y todo parecía ser como en casa, salvo que la comida no estaba en malas condiciones.

—Dana —su atención—, te he traído aquí porque me gustaría que tuviésemos una charla sobre nuestra situación.

—¿A qué te refieres?

—Tú te sientes sola y yo no estoy mucho mejor.

—No le dije eso a tu padre. —Él sintió como las murallas de su esposa se alzaban rápidamente.

—Ha pasado un tiempo más que razonable y creo que, después de nuestro beso de hoy, es necesario que determinemos los parámetros de nuestro matrimonio.

—Estoy perfectamente bien tal y como estamos —razonó, sin apartar la mirada de él.

—No lo estás y yo tampoco.

—No voy a discutir, Jey.

—Entonces deja que hable yo.

—No deberías seguir por ese camino —le aconsejó ella.

—Quiero acostarme con mi esposa —dijo en tono sugerente. No había nadie cerca que los escuchase.

—Entonces no hiciste una buena elección de novia —afirmó con seguridad—. Mery Bell seguía disponible cuando…

—No —la frenó—. No pasó nada cuando me viste salir de su casa. Te lo juro por mi honor, Dana. No sé por qué lo hizo, pero mintió. Estuve hablando con ella y me di cuenta pronto de que no era la mujer que yo había idealizado en mi cabeza.

—Ya. —No se creía ni una sola palabra.

—Entiendo que no me creas —él le leyó la mente, cosa que no era una misión complicada—, pero no te miento. Esa mujer nunca estuvo destinada a mí y —él resopló—, lo negaré si se lo dices a mi padre, pero admito que el viejo me hizo un buen favor cuando la ayudó a desaparecer de mi vida.

No sabía si confiar en él. Jeremy Andrews, el hijo, era muchas cosas, pero no, un mentiroso. No obstante, su reticencia era complicada de vencer.

—Mira, Jey… yo…

Sabiendo que algo negativo se avecinaba, él volvió a interrumpirla para decirle:

—Sería más fácil si me dijeses qué debo hacer para ganarme tu perdón. Me niego a pasar el resto de nuestras vidas sintiendo que soy tu mayor enemigo.

—Estoy llena, si no te importa te dejaré un momento para que termines de comer e iré a dar una vuelta por el colmado. Debería ver algunas cosas que necesito para cuando el bebé llegue.

Ella tuvo la intención de levantarse. Él iba a frenarla como fuese. No la dejaría huir.

—Si te vas ahora, creo que me comportaré como un esposo posesivo y te llevaré en brazos hasta una de las habitaciones de arriba para que comprendas el alcance de la necesidad que sentimos el uno por el otro.

—¿Se supone que eso va a amedrentarme? —la pregunta salió con burla.

—No lo sé, ¿por qué no me pones a prueba, señora Andrews? —Jey le mostró su mejor cara de *póker* y ella optó por no levantarse—. Por un momento, Dana, he deseado que llevases el desafío al límite y así vieses que no era ningún farol. Es una verdadera lástima que no seas tan valiente como esperaba.

—Haga lo que haga, contigo estoy condenada —expuso derrotada, al tiempo que se derrumbaba hacia atrás en la silla.

—Han sido demasiadas semanas llenas de soledad, de angustia y de verdadera necesidad. Sé que estás embarazada y que deberé ser delicado cuando te lleve al lecho.

—No acordamos eso —lo interrumpió.

—Sé sincera, Dana. Me deseas tanto o más que yo. Por las noches te escucho llorar y deseo ir a consolarte, pero temo que huyas si doy un paso sin tu consentimiento, así que considera esto una comida de negocios, porque tú y yo vamos a forjar una nueva alianza. No voy a darte motivos para que estés triste. Este tiempo, pese a que no es mucho, para mí ha sido toooda una larga eternidad y me he tenido que controlar hasta límites que jamás imaginé, para que vieses que puedes confiar en mí. Sobre el pasado que nos separa, solo puedo pedirte sinceras disculpas, aunque no las aceptes y no me creas. Traté de protegerte de mí y ese fue mi único pecado. Pretender hacer como si no me hubieses atormentado desde nuestro primer encuentro en el río, cuando ese amigo tuyo, Preston…

—Prescott —lo corrigió sin darse cuenta de que lo hacía.

—Como sea. Desde que te vi supe que me traerías problemas. Me enfadé muchísimo con tu engaño, como bien sabes. Más porque ese Preston —ella rodó los ojos y no trató de corregirlo—, podía haber jugado contigo mientras simulabas ser un muchacho. Me alteraste en el Orient Saloon cuando pusiste en entredicho mi hombría delante de todos y pude haberte dado un puñetazo porque me desesperabas. ¿Y si lo hubiese hecho? ¿Cómo podría vivir sabiendo que pegué a una mujer? Y estuve terriblemente celoso de que hubieses yacido con May Sue, pero empiezo a comprender que ella era conocedora de tu secreto.

—Yo no se lo dije nunca.

—Lo sabía. Ella sabía que eras una mujer. Todo el mundo parecía saberlo. Estuve meses enfurecido porque no era la clase de hombre que desea a otro. ¡Por Dios santo, mujer! Te mostré mi… mi…

—Tu víbora monstruosa —dijo sin inmutarse.

—¿Sabes lo que te hubiese hecho en ese momento de haber sabido que eras una preciosa muchacha admirando mi hombría? Dana, no te haces una idea, porque estaba tan furioso contigo en aquel instante que te habría tomado con fuerza y no habrías podido sentarte en un par de semanas. He sido un sinvergüenza, un egoísta, el mayor de los estúpidos por haberte abandonado cuando más me necesitabas. Lo veo al fin, lo comprendo. Quiero arreglar lo que pasó. Te juro por el hijo que crece en tu interior que no volveré a ser ese hombre. Sé que no me crees y uno no cambia de la noche al día, te pido un poco de confianza. No saltes al vacío si no tienes fe en mí. No te lo pediré, pero sí es preciso que me permitas hacer el trabajo que no pensé que llegase a desempeñar.

—¿A qué te refieres? ¿Qué trabajo? —Ella estaba escuchando con atención cada palabra.

—Ser un esposo… tu marido. He descubierto que entre mis muchos defectos está, además, el de no ser un hombre paciente. Porque no puedo esperar más para dormir junto a ti, para abrazarte por la noche y hacerte el amor hasta que los dos nos agotemos y descansemos el

uno en los brazos del otro, para más tarde despertarnos y volver a amarnos. Quiero cambiar tus lloros por suspiros y no puedo hacerlo si no me concedes una tregua y pones de tu parte. Te he dado tu espacio, he aguardado a que puedas perdonarme, eso parece que me llevará tiempo y no me da miedo luchar esa batalla, pero debes poner de tu parte —insistió de nuevo— para que esto sea un matrimonio de verdad.

Ella suspiró con fuerza y lo examinó con atención. No creía que mintiese sobre todo lo que había acabado de decir.

—Pasé por un infierno, Jey. En mi niñez… Mi tío… ya te conté un esbozo de lo que fue, pero es mucho más. Me dañó de un modo que creí que no conseguiría ser yo misma de nuevo. Jane me trajo a Texas y me puso un traje masculino y todo fluyó con naturalidad. De pronto, era uno de los hombres que imponen su voluntad y al que todos le hacen caso por el mero hecho de estar en el lado correcto de la balanza. Sin ser consciente de lo que ocurría, me enamoré de ti, hasta el punto de atreverme a pedirte que me besaras cuando tú no sabías que yo era una mujer. Lo vi todo claro también, pero no ahora, sino en el momento en que te pedí tu amor.

—Lo siento. —No podía decir nada más.

Ella asintió y continuó con su narración:

—Te desafiaba a cada paso porque quería tener tu atención y el único recurso a mi alcance era molestarte todo el tiempo. Eso y que era divertido sacarte de tus casillas, lo admito. Te lo dije durante nuestro viaje a Austin, yo sabía que no te era indiferente y estaba completamente segura de que si no me amabas, estabas a un paso de hacerlo. Lo veía en tus ojos, en cómo me mirabas cuando creías que era un muchacho. Sabía que eras un hombre complejo, pero me convencí de que me necesitabas y te amé con mi cuerpo para que comprendieses que estaba dispuesta a dártelo todo. Te supliqué que no arruinases nuestro momento. Lo hiciste sin pestañear y minutos más tarde me vi sola, abandonada y humillada. —Se limpió un par de lágrimas que caían de sus ojos—. Supongo que cuando me enteré de que estaba embarazada… —Suspiró—. De algún modo sabía que tarde o temprano acabaría casada contigo, pero no quería que eso sucediera. Me sumí en un nuevo infierno por ti y fue tu padre quien me sacó de aquel agujero. Saber que amas a otra…

—No —la interrumpió llegado el caso—. No sé lo que fue aquello, Dana, pero no es

comparable con lo que tú me inspiras. Quiero ser mejor, me impulsas a sacar todo lo bueno que viste en mí y es por eso por lo que estoy convencido de que eres la indicada para ser mi esposa. Luché contra ti sin contemplaciones. Hice mal. Solo estoy esperando a que aceptes tu papel y quieras desempeñarlo con felicidad. No puedo deshacer el pasado, solo prometerte que no volveré a ser el objeto de tu tristeza, tu ira o tu desazón.

—No confío en ti. No puedo volver a dejar que me rompas. No soy solo yo. Mi hijo es lo primero para mí, Jey.

—No te he pedido que des el salto, me contentaré con que me dejes amarte.

—Solo deseas satisfacer tu lujuria —dijo suspirando.

—Es mi deber buscar alivio con mi esposa, de igual modo que es el tuyo también. Creo haberte demostrado que estoy dispuesto a ir despacio contigo. No hace falta correr. Solo baja las defensas un poco, para que pueda penetrar en esa armadura de hierro forjado que yo te he obligado a ponerte.

Ella comenzó a negar con la cabeza y él sintió el pánico latiendo en su pecho.

—Esta vez no podré soportarlo, Jey. Si me dañas no podré soportarlo —susurró en un aviso sincero y honesto.

—Habrá problemas, no lo negaré. Ningún matrimonio es algo ideal, pero te prometo que no te heriré de nuevo sabiendo que lo hago. Es lo único que puedo decirte, del resto se ocupará el paso de los años y así verás que tengo razón respecto a mis promesas. No pienso fallar, Dana.

—Yo… no lo sé.

—Te lo pondré fácil, cariño, ¿quieres ser mi esposa o seguir siéndolo solo de nombre? Elijas lo que elijas no me marcharé ni te presionaré, por lo que si sigues queriendo la segunda opción, volveremos a hablar más adelante, porque no puedo darme por vencido cuando sé lo que tengo delante de mí.

—¿Y que tienes?

—Tu valor es incalculable. No es por vergüenza si no te digo lo que sé que necesitas escuchar.

—¿A qué te refieres? —inquirió frunciendo el ceño.

—Si te lo digo, tengo miedo de que no me creas.

—¿El qué? —musitó con curiosidad. Lo veía tan serio, muy sereno, pero en sus ojos había un brillo que no había visto antes.

—Repíteme la pregunta. Interrógame sobre lo que tengo delante de mí ahora mismo.

—¿Qué tienes ante ti?

—A la mujer de la que me enamoré pese a creerla un chico afeminado que solo pretendía burlarse de mí por diversión. A la madre de mi hijo, a la señora Andrews, a quien ansío tender en el lecho y besar cada centímetro de su piel hasta convertirla en mi esposa de hecho.

La observó cerrar los ojos, seguramente para darle sentido a las afirmaciones que acababa de exponer. La vio abrirlos.

—Poco a poco. Has dicho que iremos poco a poco.

—Siempre te daré lo que necesites, Dana, porque me has despertado al fin y no volveré a revolcarme en mi miseria, dado que me siento un hombre capaz de enfrentar cualquier problema con honor y lealtad. Tú me haces mejor —repitió— y más fuerte, y por eso no dudé en luchar contra aquel salvaje con el que tanto temí que te marchases. Juntos seremos imparables, lo siento aquí. —Él le cogió la mano que ella había tenido apoyada en el borde de la mesa durante buena parte de la conversación, y se la llevó al corazón.

Dana asintió repetidamente, en un claro gesto de aceptación de sus palabras. ¿Estaba lista para dar el siguiente paso? No tenía ni la menor idea. ¿Estaba acobardada ante las palabras

de él? No. ¿Sentía latir una nueva ilusión? Por supuesto que sí. ¿Trataría de confiar en él? Debía hacerlo, porque estaba casada con él y quisiera o no reconocerlo en alto, lo amaba con todo su ser. ¿Podría perdonarlo? Trataría de encontrar el camino para liberarlo de su condena, porque tenía ante sí la oportunidad de tener una maravillosa vida con el hombre que había elegido para amar.

Muchas preguntas sobre las que ella tenía la mayor parte de las contestaciones. Solo Dios sabía lo que les deparaba el futuro, aunque se vislumbraba un poco de luz en medio de tanta oscuridad.

Esa noche durmieron en la misma cama… abrazados, no hizo falta más.

Capítulo 16

Una pareja de tres

Dana iba a supervisar las cuentas todas las mañanas al aserradero y su rutina era bastante placentera. Jeremy se levantaba antes que ella y se iba a caballo a trabajar. Ella preparaba la comida y después de estar en el despacho con el señor Andrews, Jey llegaba para comer con su mujer. Algunas veces el padre de él traía tarta de manzana para los tres.

La tensión entre los dos esposos era cada vez menos evidente. Desde que hablaron en el comedor del hotel del pueblo, semanas atrás, aceptaron dar un paso al frente. Dana no estaba decepcionada por el modo en el que iban sucediéndose las cosas, pero sí con el ritmo tan lento con el que avanzaban.

Acordaron dormir juntos sin que tuviese que pasar nada que ninguno de los dos no desease. No negaría que acurrucarse en sus brazos era una verdadera delicia, sin embargo no la había vuelto a besar más que en la mejilla. Y él parecía verdaderamente satisfecho con el acuerdo que se había instaurado a la hora de compartir la cama. Ella no. Dana Andrews ansiaba hacer el amor con su esposo. No podía seguir negando lo que deseaba de él. No obstante, Jey se había tomado demasiado en serio el hecho de ir despacio.

¡La estaba cortejando! Algo que no llegó a imaginar, estaba sucediendo. Le traía flores a la hora de la comida, le susurraba bonitas palabras en el oído cuando estaban solos, incluso en la cama él le decía cada noche que la amaba antes de dormirse. Si todo era mentira, era un mentiroso de primera, y si lo hacía para poder acostarse con ella… Bien, él no había dado ni un solo paso en esa dirección. Comenzaba a pensar que de verdad era posible que al final se hubiera dejado llevar por lo que ella le inspiraba.

Esa tarde habían acabado de cenar, cuando ella le dijo que leería un rato en el salón, lo vio salir de la casa sin decir una sola palabra y pensó que se había disgustado. Aguardó unos cinco minutos antes de echar el libro a un lado y disponerse a ir a por él. No llegó muy lejos porque Andrews entró en casa portando una… ¡una cuna!

—¡Jey! —exclamó llena de dicha, en cuanto él dejó la bonita pieza de madera barnizada sobre el suelo.

—¿Te gusta, Dana?

—Es preciosa —le dio un toque y vio que se balanceaba de lado a lado. Tenía unas patas curvas y los barrotes estaban tallados con pequeños adornos de peces—. ¿Dónde la has comprado? —Algo tan fino en Crystal City…

—La he hecho yo mismo. He trabajado en ella en mis ratos libres en el aserradero. Mi padre la ha traído esta mañana con la carreta cuando nosotros comíamos porque quería darte una sorpresa. ¿Estás contenta?

—No puedo ser más feliz.

La respuesta de ella se completó con un fuerte abrazo y un beso maravilloso. Las lágrimas de Dana le mojaron el rostro y se separó para verla.

—Se suponía que te haría dichosa. No me gusta verte llorar, Dana. Ya has derramado demasiadas lágrimas y es momento de que rías muchísimo más.

—Sí —afirmó con la cabeza—. Son lágrimas de agradecimiento y alegría. Es un regalo precioso, Jey.

—¿Estás contenta?, ¿de verdad te sientes bien, Dana? Porque a veces siento que no logro contentarte.

—¿Por qué dices eso? —Los dos figuraban inmersos en un abrazo sutil, pues estaban cogidos el uno del brazo del otro y a la inversa.

—Sigues sin sonreír. No estás seria como al principio de nuestro matrimonio, pero ofreces pocas sonrisas… a mí al menos, pero a mi padre… —aludió con sencillez y humildad, a la vez que se separaba de ella y se daba la vuelta.

—¿Estás celoso de tu padre? —Ella le sonrió al mismo tiempo que él negaba con la cabeza.

—No del modo que piensas. Solo es que…

—Me estoy enamorando de ti cada día más si es que eso es posible, Jey —se sinceró al fin—, y con esa cuna que has hecho con tus propias manos me has acabado de ganar si es que tenía alguna duda.

—Entonces dilo, dímelo, Dana —se acercó en dos zancadas y la sostuvo entre sus brazos.

—¿Qué deseas escuchar, esposo? —le dijo sugerente.

—Lo sabes muy bien.

—¿Lo sé? —preguntó juguetona.

—Dilo, Dana. Dilo para que al fin sepa que soy tu esposo y te pueda hacer el amor.

—¿Hacer el amor? ¿No fornicaremos, Jey? —inquirió seria de pronto.

—No recuerdes aquello, por favor, si pudiera lo borraría, solo mis palabras, pero no lo que hicimos porque eso nos trajo algo bueno. Nuestro hijo… —le tocó el vientre y le sonrió.

—¿Es ahora cuando me llevas a la cama? —preguntó con la voz cargada por el deseo.

—Dilo, mujer, no creas que me vas a despistar.

—Te amo. ¿Es eso lo que tenía que decir?

—Solo si lo expones con el corazón.

—¿Tienes dudas de mí? Porque no quiero ser malvada, pero debo recordarte que fui la primera en cantar mi amor por ti y no logré lo esperado.

—Te compensaré por lo que sucedió. Tengo toda la vida para resarcirte —le dijo con convencimiento, al tiempo que la alzaba en brazos para dirigirse al lecho. Ella pasó el brazo izquierdo alrededor de su nuca y con el derecho consolidó su posición para estar segura de no caer. Colocó la cabeza en el hueco de su cuello.

—Jey…

—¿Sí?

—Siendo un muchacho escuché algunas cosas desconcertantes que ocurrían en el lecho y…

—¿Qué cosas?

—Besos.

—¿Los besos te parecen desconcertantes? —Quiso averiguar, mientras la dejaba de pie cerca de la cama y procedía a prender un farol de queroseno.

—Los que me das aquí —señaló su boca con los dedos—, no lo son, pero tengo entendido que hay otros besos más íntimos.

—¿Dónde lo escuchaste? —inquirió con diversión al adivinar de lo que hablaba. Después de todo, tal vez no fuera tan malo que ella hubiera transitado en el mundo varonil.

—Los hombres no sois discretos y en el Orient Saloon se oyen muchas cosas sobre… muchas cuestiones interesantes que se nos prohíben a las mujeres. —Eso era solo una parte de la

información que había conseguido recabar.

—Levántate la falda, Dana. Voy a mostrarte lo que es.

Jeremy se colocó de rodillas y ella procedió a hacer lo que le decía. Le quitó las enaguas y le acarició las pantorrillas, por lo que ella sintió el placer recorriendo todo su ser ante algo tan elemental como su tacto.

—Jey… —susurró su nombre en el momento en el que él lamió la cara interna de sus muslos. De ambos.

—Sujétate de mis hombros, Dana, esto quiero hacerlo así.

Ella procedió a seguir sus órdenes. Estaba impaciente y llena de expectación, porque una cosa era escuchar conversaciones sobre situaciones obscenas y otra muy diferente vivirlas.

Jey deseaba complacerla más que nada en el mundo. Sus dos encuentros previos con ella no fueron lo que un hombre enamorado debería hacer. Oh, sí. Desde aquel episodio en la gruta, con aquellas dos sesiones obscenas, él se había dado cuenta de que era la mujer de su vida. Le había costado mucho esfuerzo, y algunos golpes muy feos, comprenderlo, pero Dana era la mujer de su vida. Le haría el amor como debió habérselo hecho, con pasión y sin olvidar la consideración.

En cuanto la lengua de él la rozó en ese punto exacto, ella saltó a su contacto.

—No, esposa. No puedes esquivarme —le dijo desde su posición y mirándola a los ojos. Le había movido la tela que ella sujetaba en el aire para poder ver la expresión de su mirada.

La señora Andrews, que había hecho y dicho toda clase de cosas mientras se comportaba como un muchacho, se sintió sonrojar por completo, así que decidió cubrirlo con la falda. Entonces se sujetó de los hombros que se adivinaban bajo la tela y procedió a disfrutar con lo que su marido prometía: placer.

Jeremy se rio por saberla tan avergonzada. Se acomodó entre sus muslos de nuevo, bajo el vestido femenino, y la sujetó por las posaderas para no permitirle retroceder ni un centímetro. Colocó su boca en su centro del placer y bebió de ella como si fuese un hombre aferrándose a la fuente de la vida.

Su pecho se hinchó en cuanto la sintió tan resbaladiza y húmeda por él. Comenzó a lamer en un juego burlón en el que intercalaba lamidas más fuertes con otras más sugerentes. Era codiciosa, pues había empezado a mecer sus caderas para buscar lo que necesitaba de su lengua. Jeremy la recordaba así: dispuesta, libre y a punto para explorar toda la intimidad que ambos podían ofrecerse.

—Jey… me siento vacía.

Se separó de su feminidad para hablar:

—Lo sé, amor, pero quiero que te dejes llevar sobre mi lengua. Deseo hacerte el amor con la boca y que logres la liberación mientras me deleito con tu dulce sabor. ¿Lo harás por mí, pequeña? Necesito que me lo des todo.

No esperó respuesta, volvió a colocar su boca en su centro del placer, esta vez decidido a no darle tregua. Dejó de apretarle su suave nalga derecha y llevó la mano para introducirle un dedo. Tan apretada como recordaba. La estiró poco a poco y pasó a llevar a su interior un segundo dedo. La necesitaba ya y era preciso que ella lograse llegar a la cúspide una primera vez mientras la amaba con su lengua y sus dedos. Él lo exigía y lo ansiaba también.

—¡Jeeeeeyyyyyyyy! —gritó con fuerza, cuando esa enorme ola de lujuria se desató en su interior como un gran volcán en erupción.

Él se sonrió en cuanto su boca saboreó con codicia y placer el resultado de su éxtasis. En ese momento cambió el ritmo que imprimía su lengua para proceder a ser más paciente. Podría decirse que no estaba dispuesto a desperdiciar el néctar delicioso que su dulce esposa tenía entre sus piernas. Dana fue sencillamente sublime en su reacción.

—Había olvidado por completo que era así —le dijo, cuando él salió de debajo de su

falda y la abrazó.

—Me ocuparé de que no vuelva a suceder, entre otras cosas porque tengo la intención de hacerte el amor todas las noches si me lo permites.

Ella le sonrió con diversión.

—¡Qué desilusión! —exclamó, al tiempo que hacía un puchero.

—¿No quieres que gocemos cada noche? —preguntó con el ceño fruncido. ¿Acaso ella no había disfrutado de su lengua sobre su sexo?

—¿Solo puede ser por la noche? —preguntó, llena de falsa inocencia.

—Eres perversa, Dana, y es peligroso que me tientes, porque me veré obligado a poner una cerradura en el despacho que mi padre te ha asignado cada vez que sienta deseos de disfrutar de ti. Ya puedo verme trabajando unas pocas horas y haciéndote mía mientras mis hombres siguen con sus labores. Espero que no grites tanto o todos acabarán descubriendo por qué el hijo del jefe visita con asiduidad el despacho de su esposa.

—Palabras, palabras… —se burló.

—¿Me estás animando, Dana? —Ella afirmó con la cabeza y él se quedó asombrado—. Estás buscando tu ruina, esposa. Dado que tengo mucho tiempo que recuperar contigo, me temo que serás la mujer más bien amada de todo Texas en los próximos… —se quedó callado como si calculase el tiempo—, digamos: ¿cien años?

—Que sea por toda la eternidad y firmaré el trato, vaquero.

—Te amo y te deseo con tanta fuerza que me asusta. Es por eso por lo que me hiciste salir corriendo. Lo veo en estos instantes, cariño. No pensé que pudiera convertirme en este hombre que tú has moldeado. Creí que acabaría solo, borracho y amargado.

—No mientras yo tuviese algo que decir. —Ella salió de su abrazo. Él se lo permitió a

desgana. Tenerla rodeada con sus brazos se sentía lo natural, lo correcto, lo necesario para sentirse bien consigo mismo. Dana lo completaba. Había sido un necio cuando trató de echarla a un lado creyendo que la haría infeliz, porque no se había planteado nunca que ella fuese capaz de hacerlo feliz a él.

La observó comenzar a desnudarse y él se arrancó la ropa al punto. Se quedó desnudo ante ella con una velocidad que la emocionó, puesto que eso significaba que la deseaba fervientemente.

Cuando su esposa se quedó desnuda ante él, estuvo mirando su vientre. Lo había sentido abultado cuando dormían juntos y la abrazaba, al fin podía verla en todo su esplendor.

Se acercó a ella y volvió a ponerse de rodillas para abrazarla y reposar la cabeza en ese lugar. Su hijo estaba ahí dentro. Ella le acarició el cabello con delicadeza y devoción.

—Todavía no doy crédito a lo que logramos, Dana. ¿Qué nombre le pondremos?

—Había pensado en que Jeremy le iría bien si fuese un niño, aunque eso sería un poco angustioso para todos, dado que no sabremos, cuando usen el nombre, si se refieren a nuestro hijo, a ti o a su abuelo.

—A mi padre le gustaría que le pusiéramos Jeremy, pero si no quieres no me impondré.

—Jeremy es un excelente nombre. Sin embargo, puede ser una niña pecosa y pelirroja.

—Sería maravillosa también. Solo trata de que no use unos pantalones tejanos muy pronto y que no quiera cortarse el pelo. No me gusta la idea de que sea tan impetuosa como lo fue su madre y decidiese jugar a ser un hombre.

Ella emitió una risa franca.

—¿Estaremos bien, Jey? ¿Hemos superado lo peor? ¿Podremos seguir adelante y buscar la felicidad?

—Espero que sí. Te aseguré que pondría todo mi empeño y estoy dispuesto a demostrártelo.

Se quedaron unos minutos en esa posición, deleitándose con pequeñas caricias cargadas de gran significado.

—¿Jey?

—¿Uhm? —inquirió en medio de un largo suspiro, con los ojos cerrados.

—¿No vamos a hacer el amor?

—Tan exigente como aquel día. Estaba esperando a ver cuánto tiempo pasaría hasta que me ordenases que siguiera atendiendo mis deberes conyugales. No he tenido que esperar demasiado.

—¿Te molesta que demande lo que deseo?

—No, en absoluto, espero que siempre exijas de mí lo que necesites, dado que yo pienso hacer justo eso.

—Quiero besarte.

Él se levantó de su posición y unió sus labios con los de ella. Comenzaron a besarse con desesperación. Estaban abrazados disfrutando el uno de la boca del otro.

—Vamos a la cama, Dana. Quiero hundirme en ti. No puedo soportarlo más.

—Pero quiero besarte… ahí —señaló, al tiempo que se mordía el labio inferior.

—¿Cómo has dicho?

—Escuché a las chicas del Orient decir que cuando una mujer desea que un hombre

sea suyo para siempre, solo tiene que chuparlo *ahí*. —Enfocó los ojos en esa parte de él que se veía tremendamente aterradora.

—Las esposas no hacen eso, Dana —apostilló asombrado ante la petición que ella le acababa de hacer.

Ella se separó de él y cruzó los brazos sobre su cuerpo. Sus pechos, que estaban más llenos debido al embarazo, se alzaron para hacer que él desease lamerlos. Jey llevó las manos hasta sus senos y los sostuvo. Estaban algo pesados. No eran grandes, pero a él le enloquecían. Dana separó los brazos para darle margen de maniobra. Le gustaba que la tocase en ese lugar también. Pero si lo que él pretendía era despistarla sobre sus deseos… No lo iba a conseguir.

—Soy tu esposa y te digo que quiero lamerte como tú has hecho conmigo.

—Dana, yo ya soy tuyo desde que me lanzaste al río, no es preciso que hagas eso. —Se agachó ligeramente para llevarse un pezón al interior de su boca. Mamó de ella, lo que propinó que Dana gimiese llena de placer.

—Te lo expondré de otro modo para que lo entiendas: voy a engullir esa monstruosa víbora que tienes la intención de insertar hasta lo más hondo de mi ser.

Él suspiró lleno de lujuria. Creyó que no podría estar más al límite. Erró. La obscenidad que ella acababa de decir en alto hizo que su sangre hirviese a un punto de ebullición jamás pensado por un mortal. Tanto que creyó que se derretiría.

—¡Testículos peludos de Satanás! —exclamó, para luego dar un salto hacia la cama y dejarse caer sobre su espalda.

Ella se quedó quieta sin saber a qué atenerse.

—¿Jey?

—¿A qué esperas, mujer? Estoy libre y dispuesto para que… me engullas. Si logras que mi simiente salga antes de lo que había previsto, no podré hacerte el amor hasta dentro de un

rato, por lo que espero que no me des demasiado tormento. Necesito hundirme en ti para reclamarte. ¿Entiendes lo que te digo?

—Creo que sí. Las chicas dicen que odian tragar… Debe ser la simiente de los hombres. May Sue decía que había un vaquero que le hacía recoger su esencia y luego echar en su boca su propio licor. No tenía muy claro lo que era, pero empiezo a sospecharlo.

—¿Qué clase de conversaciones tenías con las muchachas del saloon, Dana? —No podía negar que estaba escandalizado.

—Ninguna en absoluto. Solo me limitaba a escucharlas cuando creían que nadie lo hacía. Los hombres no les prestan atención hasta que suben arriba y ellas solían hablar de cosas que me parecieron… excitantes.

—Creo, esposa, que vas a corromperme y que yo, gustoso y ansioso, me dejaré llevar.

Ella comenzó a trepar en la cama. Los ojos verdes de Dana estaban sobre los de él. Parecía una gata dispuesta a zamparse un pastel de crema y, por Dios, que él esperaba que no le sacase la crema porque no quería terminar así esa noche. Tiempo habría para poner en práctica todo lo que su mujer hubiese escuchado de las muchachas del Orient… Le aclararía todas sus dudas, decidió. Y de paso le plantearía otras muchas propias.

Dana sacó la lengua, en lo que fue la actitud más lasciva que él había contemplado en una mujer. Tomó su miembro con la mano derecha y pasó a lamer la cabeza de su virilidad. Él gimió con fuerza. Verla era impresionante y cuando comenzó a metérsela en la boca… Era grande y le sorprendió que ella pudiese haberla llevado tan adentro. En cuanto su esposa empezó a mover la mano para subir y bajar la piel que recubría su eje mientras lo mantenía en su cavidad… Creyó que desfallecería de puro placer.

—Dana, ¿dónde has aprendido a hacer eso?

Ella se sacó la víbora monstruosa de la boca y lo miró con una larga sonrisa.

—¿No lo hago bien?

—El problema es que lo haces demasiado bien y estoy a punto de morirme de celos. ¿Quién te enseñó?

—La última vez que estuvimos en el pueblo, mientras tú le tomabas un pedido al sepulturero, yo me topé con May Sue. Le dije que deseaba conocer todos los secretos para que no volvieses a tener la necesidad de ir a otra cama que no fuese la mía. Me dijo que esto haría que nunca olvidases a quién pertenecías. Y por cierto, ella sí supo todo el tiempo que yo era una mujer.

—Santo Dios, Dana. No esperaba que… Pero no hacía falta que recibieses… lecciones. No pienso serte infiel. No te faltaría al respeto de ese modo. Eres mi esposa y me juré que si me casaba alguna vez, mi mujer no huiría de mí. Eres mía ahora y juro que te colmaré de amor y devoción.

Ella sonrió maliciosa.

—Entonces… ¿no hace falta que te tome en mi boca, esposo?

—Oh, sí, un poco más para ver si aprendiste bien la lección y luego te montaré.

—Oh, Jey. Dices unas cosas que me provocan tirones en mi intimidad.

—Me sucede lo mis… —No pudo acabar la frase. Su esposa había vuelto a colocarlo en su boca, bastante al fondo y su mano le daba la presión y el movimiento exactos para que él cerrase los ojos y se abandonase. ¡Tan espectacular en todo lo que emprendía!

La actividad duró poco más de cinco minutos, dado que él sintió unos deseos ardientes por vaciarse en la suavidad de su ardiente cavidad.

Le cogió la mano para frenarla. Una sola mirada de él y Dana comprendió que deseaba poseerla. Se colocó a horcajadas sobre él. Jey trató de rodar con ella sobre la cama, pero su esposa se lo impidió.

—Enséñame a montarte, vaquero —lo desafío.

—¿Fue otra de las enseñanzas, Dana?

—No. Esta la vi en el establo de Sarah Lee cuando Prescott… En fin, estaba con alguien que lo cabalgaba a él. —Aquello fue extrañamente perverso y no le desagradó verlo. Fue curioso observar a dos hombres amarse. No le causó repulsión, más bien se contagió debido a la elevada temperatura que tuvieron ambos.

—Fue con otro hombre, ¿verdad? A él no le gustan ni un poco las mujeres… —Dana vio su inseguridad ahí.

—Si estás preguntando si alguna vez sucedió algo indebido entre nosotros… la respuesta es no. Somos grandes amigos. No he tocado nunca a otro hombre ni lo he besado, solo a ti. ¿Eso te hace estar más tranquilo?

—Infinitamente.

—Entonces eres un egoísta porque tú has yacido con un numero escandaloso de mujeres. ¿Cómo debería sentirme yo?

—No es lo mismo.

—¿Ah, no?

—No, porque yo… ¿Podemos seguir con lo que estábamos haciendo? Siento que me voy a meter en un problema diga lo que diga.

Se incorporó y la besó con ternura y devoción, con paciencia, para mostrarle cuánto la adoraba. Eso pareció apaciguar su temperamento. La sintió relajarse y el señor Andrews se echó hacia atrás para dejar caer su espalda en la cama.

—Jey, eres inteligente, te lo concederé —le dijo en cuanto se dio cuenta de la argucia.

Su siguiente paso fue el de sostenerlo con la mano derecha, levantar las posaderas y llevarlo a su entrada. No era tan fácil como creyó.

—¿Hay algún problema? —inquirió con los brazos colocados en la nuca.

¡El muy desgraciado!, pensó ella, al verlo divertido mientras ella forcejeaba con su víbora para tratar de introducírsela en su canal.

—¿Vas a ayudarme en algún momento?

—Por supuesto que sí.

Él rodó con ella y la tumbó sobre su espalda para que fuese él quien estuviese a cargo de la situación.

—No eres justo —dijo, en cuanto él se posicionó dispuesto a tomarla en esa posición. Lo tenía encima de ella y lo cierto era que no se sentía nada mal. Se dispuso a agarrarse de su espalda para lo que venía.

—Cuando sepas mejor cómo manejarme, te dejaré hacer lo que quieras con mi… víbora monstruosa. Hoy seré yo quien te posea y tú serás una buena chica y gozarás de mis atenciones.

—No me gusta que me llamases chico y tampoco… chica.

—Estás adorable cuando te enfurruñas. —Ella se dio cuenta de que había hecho un puchero.

—Yo no estoy en… —No acabó de hablar porque él se había deslizado en su interior. Solo una parte de su virilidad. Su cabeza hinchada hacía una fuerte presión en su interior, así que se vio obligada a cerrar los ojos, arquearse y gemir de puro vicio.

—Eso es, pequeña codiciosa, llévame hasta el fondo. —Se movió para hundirse hasta la empuñadura a la vez que ella lo aprisionaba con las piernas para ayudarlo a penetrarla.

—¡Síííí! —gritó pletórica, al sentirse tan deliciosamente llena.

—Dana, eres increíble.

Él se apoyó con los codos en la cama y comenzó a mecerse. Lo hacía con tranquilidad, disfrutando de cada excitante balanceo. No tenía prisa por terminar de amarla. No obstante, estaba tan necesitado que esperaba ser capaz de lograr que ella alcanzase el cénit antes de dejarse ir por completo.

La muy bruja comenzó a imponer su propio ritmo motivada por su necesidad. Le exigía tanto que no duraría demasiado.

—Dana, ve un poco más despacio, quiero deleitarme. No tenemos prisa.

No le hizo ningún caso.

—Jey… necesito… —murmuró, con los ojos cerrados entre gemidos de lo más sugerentes y lascivos.

—Dana, no te apresures… —Probó una vez más a ver si ella…

No. No parecía dispuesta a ceder en su necesidad. Se colocó lo mejor que pudo para no aplastarla y llevó una mano al lugar en el que sus cuerpos se unían. Buscó ese botón y comenzó a masajearlo como si la vida le fuese en ello.

—Ahora… sí… ¡Oh, sí! —canturreaba ella con satisfacción.

—Dana, no puedo esperarte más. Tienes que venir conmigo ya. Ven por mí, cariño.

—No lo apresures… Esto necesita su tiempo —logró decir, en medio de esa gran tempestad que se agitaba en su interior.

—¡Bruja! —le gritó exasperado—. O me lo das ahora o te quedas en puerto, mujer.

—¡Yaaaaaaa! —gimió con deleite en cuanto la embargó el placer más infinito.

—¡Danaaaaa! ¡Amooooor! —gritó él con todas sus fuerzas, mientras se derramaba en su estrechez. Tan alto había alzado su voz… hasta el punto de que ella misma sintió temor por si lo habían llegado a escuchar en el Sarah Love.

Lo vio sonreírle en cuanto pasó el momento del éxtasis.

—Me gusta que hagamos el amor, Jey. ¿Es lo que hemos hecho? —Él asintió.

—Eres perfecta. Lo supe aquella vez. Me maldigo por haber perdido estos meses, mi amor. Deberías haberme asesinado por lo que nos hice.

—No pienses en el pasado. Me has hecho olvidarlo. El perdón es importante cuando se ama a alguien y yo te lo entregué sin concesiones en el momento en el que me di cuenta de que podrías ser el hombre perfecto para mí. Te amo, Jey.

—Te venero, Dana, como no alcanzas a saber.

—Lo sé, maldito testarudo, lo supe antes que tú mismo.

Él comenzó a reírse por su exabrupto sincero. Salió de su interior despacio, saboreando ese maravilloso retroceso y se colocó a su lado para cobijarla entre sus brazos, después de pasar la manta sobre ambos.

—Duerme mientras puedas, porque esta noche será larga.

—¿A qué te refieres?

—Esto es solo el principio, esposa.

La sugerente amenazaba hizo que ella dibujase una preciosa sonrisa en su rostro que él no pudo ver pero sí adivinar. Y sí. Esa noche se amaron tres veces más y ella lo sorprendía en cuanto a sus sugerencias y exigencias íntimas. Jey se dio cuenta de que ella era más mundana que él y agradeció ese hecho a Dios.

Ese matrimonio iba a ser deliciosamente perverso y amoroso. ¡Fascinante!

Capítulo 17

Tras las llamas del infierno

George Hertford, conde de Alastor, era un hombre al que muchas personas solían subestimar y eso lo utilizaba como un punto a su favor. Su padre lo había entrenado de modo sobresaliente, porque desde bien pequeño mostró grandes dotes por la pelea y las armas, además de tener un gran gusto por la crueldad. Había convertido el dolor en su credo y cuanto más lo impartía más disfrutaba.

El anterior conde de Alastor, Trevor Hertford, había tenido dos hijos, uno que no servía para demasiado, solo para heredar el título y otro que resultó ser superior en todos los aspectos que se referían a tácticas y combates. El hermano mayor de George, que se llamaba Trevor también, estaba destinado a perpetrar el linaje de los Alastor, mientras que él iría a cumplir servicio al Ministerio de Interior para favorecer a la Corona en asuntos… delicados.

Su padre había luchado en las revueltas de la India y allí destacó por ser despiadado pero eficiente. Así que fue fácil aprender de uno de los mejores soldados destinados a las Colonias en su momento.

Todo iba relativamente bien en la familia hasta que al heredero del título se le asignó la misión de casarse y traer al mundo al que sería el décimo conde de Alastor. Milecent Hemthy. Ella fue la mujer que le iban a dar al estúpido de su hermano para que la poseyese y la preñase. Buen pedigrí y excelente dote. George no tenía demasiado interés en las mujeres dulces, decentes y estiradas. Le gustaba pagar para poder disfrutar de las prostitutas de los finos burdeles, porque eran más resistentes y excitantes a la hora de dar placer. Lo habían echado de más de un prostíbulo por las prácticas tan peculiares que tenía, no obstante, no había nada que el buen

dinero no arreglase para volver a ingresar de nuevo en el lugar.

George Hertford era consciente de que tenía muchas manías y disfrutaba a la hora de exprimirlas. Era el mejor sonsacando información sensible. Interrogar a los enemigos de la Corona era uno de los pasatiempos que disfrutaba inmensamente… lastimando poco a poco a sus víctimas hasta que se convertía en su verdugo. Así que le gustaba herir a las mujeres con las que se acostaba. Si no las hacía sangrar no era capaz de llegar a la liberación.

El rojo parecía ser el color que marcaba su rumbo, por lo que había desarrollado una fijación por las pelirrojas. No le importaba tanto el cabello, sino más bien el pelo que tenían entre las piernas. Disfrutaba al imaginar que el sexo cubierto de vello rojo de ellas era en verdad sangre que se deslizaba hasta su miembro erecto. Oh, las vírgenes le encantaban. Vírgenes pelirrojas. Esa era su mayor pasión. Había gastado verdaderas fortunas en las subastas de virginidad que se hacían en los burdeles de las ciudades a las que era destinado.

La fortuna le trajo a su casa un tesoro precioso cuando creyó que ninguna mujer sería capaz de hacerle olvidar los placeres extravagantes de los que disfrutaba. Milecent. En cuanto la vio cayó subyugado ante ella. Era la mujer pelirroja más bonita que había visto hasta el momento. Su pelo tenía el tono exacto para hacerlo babear. Su piel era lechosa, sin apenas pecas, tan pura que le dieron ganas de gritar de alegría. Unos ojos afilados, verdes, como los de una tigresa salvaje que debía ser domada. Sus labios, del color de la sangre misma, le fascinaron. Toda ella lo volvió loco en el instante en el que posó sus ojos sobre semejante mujer.

¡Oh, Lucifer del infierno! Cuando descubrió su fuerte temperamento fue como si en el hades hubiesen atendido sus plegarias… La deseaba con tanta intensidad que dejó a un lado su verdadero ser para mostrarse como un caballero de brillante armadura y poder conquistarla. Su hermano, Trevor Hertford, era por aquel entonces vizconde, tan pusilánime, que no merecía a semejante hermosa fiera a su lado.

Ambos se esforzaron por conseguir su mano. George le prometió la luna a Milecent. La cubriría de riquezas y le daría una vida mejor que la que le ofrecía su hermano. Ella lo despreció. Le dijo que no. Perra. Todas eran iguales, querían más y más. La movía el título de su hermano y él aguardaría el momento de la venganza. Si algo definía a George Brandon Hertford era la crueldad y la paciencia para lograr sus objetivos.

El viejo era inteligente y lo envió lejos de la familia, a una misión que le sirvió para resarcirse de todo lo que la perra de Milecent le había hecho. Sus enemigos sintieron su rabia en su propia carne y él consiguió librarse del golpe que recibió en su orgullo.

Pero regresó a casa y le dio a ella su merecido. También a su hermano. Los dos habían engendrado a una niña rubia llamada Jane. Le hirvió la sangre a causa de los celos. Encadenó a su hermano como el perro que era y disfrutó de su mujer sin que él fuese capaz de impedirlo. Gozó de aquel episodio porque la doblegó.

Nunca llegó a saber si su padre se enteró de su hazaña, tal vez sí, porque lo envió de nuevo lejos durante una buena temporada. Ah, pero Milecent murió al dar a luz a una hija de la que no sabían quién podría ser el padre, y al poco tiempo el heredero murió para convertirlo a él en el futuro décimo conde de Alastor. Así que tuvo que regresar a casa cuando las hijas de su hermano eran todavía pequeñas para guardar las apariencias y aprender lo que conllevaría el título, dado que él solo había sido el repuesto y no sabía cómo funcionaban ciertas cosas. El viejo no tuvo más remedio que acogerlo dado que el inútil de su hermano no engendró a ningún niño. Su padre no podía desheredarlo, solo quitarle lo que no estuviese ligado al título, y eso, a George, no le suponía un contratiempo grande, su fortuna era de lo más considerable. Sería conde.

Su progenitor creyó que la pesadilla había terminado. En cierta manera así parecía ser, porque esa niña que se asemejaba a los Hertford, Jane, no le interesaba lo más mínimo. Otra cosa muy diferente fue ver a Dana. No estaba seguro de si sería suya, pero sí era el vivo retrato de su madre. Estuvo perdido cuando divisó a esa belleza llena de inocencia. Era todavía una niña, pero cuando creciese sería deslumbrante y era suya por derecho.

Lo tenía desquiciado. Esa pequeña pelirroja a la que la hermana siempre vigilaba como un halcón acabaría en su cama en cuanto fuese lo bastante mujer para acogerlo. Y mientras tanto se divertiría con ella y le haría comprender a Dana que no tenía escapatoria. La llevaba a su habitación y dormía abrazado a la niña. Algunas veces le pedía un beso o que le tocase el torso, nada que pudiese inflamarlo, porque ella debía crecer y no estaba dispuesto a cometer una locura que podría poner en peligro la salud de tan preciado tesoro.

La hermana mayor se fue de la lengua cuando lo descubrió y de nuevo el conde de Alastor lo mandó a otra misión que prometía más emoción que nunca en Francia. Se marchó al

exilio durante largos años. Los suficientes para que la fruta madurase y ella se convirtiese en la mujer que él esperaba que fuese. La espera valió la pena. Su padre falleció al fin de una apoplejía fulminante y tuvo ya el camino libre. La madre se le escapó entre los dedos de las manos, pero la hija sería suya.

Cuando puso un pie en su casa de Londres se dio cuenta de que había mucho más en Jane Hertford de lo que previó al principio. No se sorprendió demasiado al saber que el viejo la había entrenado del mismo modo que a él… Bueno, tal vez no del mismo modo, porque George había disfrutado con las masacres que padre e hijo ideaban para su formación.

La mayor de las hijas de su hermano era una luchadora sublime. Se había enterado de que el viejo, antes de morir, pensaba introducirla en el mismo mundo por el que transitaba él mismo. Sus oficiales al mando así se lo habían transmitido. Le comentaron que al ser una mujer, se la subestimaría por completo y ella podría usar sus dotes de seducción y, en especial, de estrategia y lucha, que su abuelo le había enseñado.

Decidió probarla un par de veces para ver qué tan buena era. Ella luchaba con el corazón y no con la cabeza y eso la hacía ser inferior ante él. Le dio su merecido con cierta facilidad, aunque le dejó pensar que podría ser capaz de vencerlo. Jane Hertford no suponía una complicación mayor para los planes que tenía con Dana. Les quitó todo lo que pudieran necesitar para escapar, incluso las joyas de su madre. Las sometería porque estaban solas en el mundo y solo dependían de su caridad.

Jugó con las dos hermanas al ratón y al gato durante un tiempo que lo sumió en la expectación más excitante. No contó con que la pequeña guerrera tuviese un plan de huida. La noche que ellas escaparon de su casa estaba confusa. Recordaba haber llegado borracho y dispuesto para entretenerse con Dana al fin, y Jane le había atizado en la cabeza con un objeto contundente que lo dejó en el suelo tirado.

A la mañana siguiente, no había ni rastro de ellas... No podía volver a perder al objeto de sus deseos de ese modo. No se resignaría. Se volvió loco, destrozó la casa de arriba abajo y en aquel registro encontró el recorte de un periódico en el que se pedía una novia por correo en Texas.

La persecución se preveía un hermoso juego que lo haría disfrutar todavía más cuando

encontrase el premio. La paciencia siempre fue su mejor virtud. La crueldad su mayor gusto. Le quitaría la vida a Jane con deleite cuando la encontrase por hacerle perder tiempo con Dana. La colgaría por las muñecas de algún lugar alto y la sangraría mientras la violentaba. Moriría de ese modo.

Contrató a un grupo de hombres de Texas que le habían recomendado algunos amigos suyos que tenían las mismas tendencias que él. Se dispuso a construir en el sótano un pequeño altar con todos los utensilios necesarios para que la hija mayor de su hermano fuese sacrificada como la perra que era. Ese mismo lugar serviría luego para divertirse con Dana. Ella tendría que aprender un par de cosas a la hora de satisfacerlo, y él sería un buen maestro para la joven pelirroja. Trataría de infligirle el mínimo daño posible, dado que pensaba mantenerla a su lado hasta el fin de sus días.

Sus deseos volvieron a trastocarse cuando un tejano llegó a su casa para informarle de que un mestizo llamado Águila Negra, tenía a las dos hermanas y lo retaba a ir a desafiarlo a Texas. Por lo que le había relatado el único hombre del grupo que sobrevivió cuando los atacaron, ese indio y sus compañeros eran bravos guerreros.

Tuvo paciencia. Ideó un plan para marcharse a los Estados Unidos de América y recuperar lo que era suyo. En Londres se sentía vigilado. Como si le hubiesen puesto a varios hombres tras él. Un día logró capturar a uno de los que le seguían y pudo sonsacarle información mediante la eficiente tortura que él practicaba. Por lo visto, Águila Negra no era solo un salvaje, era el conde de Ithorne y residía en Texas, lugar en el que se había casado con Jane Hertford.

Interesante todo lo que descubrió. Le seguían la pista de cerca y en ese momento vio claro que debía dejar que se confiasen. Desde luego que iría a por las hermanas, pero a su debido tiempo. Lo principal sería que lo diesen por muerto para que la noticia llegase a Texas y bajasen la guardia. Sí. Provocó un incendio en su propia habitación. Viendo las llamas descubrió una nueva pasión. Le gustaba ver el efecto del fuego purificador. Encerró a todo su personal en sus propias habitaciones, pero se dio cuenta tarde de que el fuego era imprevisible y casi lo consumió a él. Tenía tres cuartos de su cuerpo calcinado cuando lo encontraron en la calle, fuera de su casa, donde disfrutó de los gritos de dolor y lamentaciones de los que ardieron en el interior. Lo siguiente que haría sería estudiar bien a fondo esa nueva forma de destrucción, porque Jane primero moriría desangrada, pero después ardería en la hoguera como la bruja que era.

Lo atendieron y cuidaron después de sufrir las quemaduras y pagó muy bien a los médicos para que se informase de su fallecimiento. Al fin libre de los ojos indiscretos que el conde de Ithorne le había puesto en el cogote, se dispuso a ir a ajustar cuentas con las dos hermanas.

Todavía recordaba lo que sintió cuando bajó del tren en la estación de Austin. Se descubrió lleno de emoción por el juego que se iniciaba ante él. La última vez envió a una cuadrilla y en esta ocasión iría él solo a por ellas. No lo esperaban, les habría llegado la noticia de su muerte y aprovecharía el factor sorpresa.

En esos instantes, en los salía de su habitación del hotel decidido a obtener al fin la información que deseaba, estaba pletórico.

Se metió en el comedor en busca de un importante banquero que le habían dicho que lo podría ayudar a invertir en ganado. Texas era un estado demasiado grande y George no sabía por dónde tendría que empezar a buscar, dado que el paradero exacto del conde de Ithorne había sido imposible averiguarlo, aunque sí se enteró de que era uno de los mejores vaqueros del territorio y eso le daba margen para localizarlo.

—Milord —lo saludó el banquero con una ligera inclinación de cabeza al tiempo que se ponía en pie para recibirlo.

—Señor Lowell, es un placer conocerlo al fin, por favor, siéntese.

Después de las presentaciones y de darse la mano, ambos tomaron asiento frente a la mesa. Llegó la señorita para atender el pedido y les tomó nota para el almuerzo. Luego prosiguieron con la entrevista.

Jack Lowell no pudo evitar fijarse bien en la mitad del rostro del conde de Alastor. Lo tenía quemado, hasta el punto de que daba verdadero miedo. Llevaba el sombrero puesto, suponía que para tapar la falta de pelo que tendría en la cabeza. Sintió lástima por él de inmediato.

—Un desafortunado incendio convirtió mi casa en cenizas. Alguien del servicio colocó

una vela demasiado cerca de las cortinas y nada se pudo hacer. —George se dio cuenta del escrutinio que le dio y por eso se vio obligado a ofrecer una explicación.

—Lo lamento muchísimo.

—Bueno, lo importante es que mi dinero y yo sobrevivimos. —Trató de restar importancia.

—Toda una suerte para mí. El señor Therme —era el director del Austin's Bank— me ha comentado que pretende meterse en el negocio del ganado.

—Vacas, y tengo entendido que usted fue, no hace demasiado tiempo, un excelente vaquero, así que su jefe me ha dicho que si hay alguien capaz de ponerme en contacto con quien venda las mejores cabezas de ganado será usted.

—¿Cuál es su idea de negocio?

—Quiero comprar a los animales a un precio medio, antes de que lleguen al matadero, para luego revenderlos allí. Incluso pretendo comprar tierras y establecerme aquí. Me gustaría tener mi propio rancho, así que seleccionaré un buen toro para comenzar.

—El porcentaje de beneficio de su idea no será tan alto, porque los ganaderos no estarán demasiado interesados en perder dinero por cada pieza si luego pueden obtener mejores resultados si las llevan directamente ellos al matadero.

—Por eso seleccionaré a quienes tengan algún tipo de problema financiero. Les daré dinero rápido y les ahorraré el viaje hasta las ciudades para depositar allí las reses. Siempre he creído que los negocios son cuestión de suerte para el que invierte y desgracia para el que se ve obligado a vender… a bajo coste. Soy un hombre que está acostumbrado a aprovechar las debilidades de mis competidores, por eso necesito al mejor vaquero de Texas para ayudarme a crear mi imperio.

—No es habitual que un conde inglés se aficione a este tipo de negocios. No se ofenda, pero los tejanos somos rudos y estamos acostumbrados a lidiar con la adversidad. —Había algo

extraño en todo eso. ¿Un hombre distinguido interesado en negocios que implicaban gran trabajo y sacrificio?

Alastor le sonrió de lado.

—Sé lo que es la adversidad y no solo me refiero al incendio que arruinó mi aspecto. Como comprenderá, después de ver el hogar de mis ancestros reducido a la nada y perder a toda mi familia bajo las llamas, necesito algo estimulante para sentirme vivo. Tengo entendido que usted mismo es viudo y que está iniciando una nueva vida.

—Supongo que mi superior le ha dado referencias sobre mí.

—Pienso traer una gran fortuna hasta el Austin's Bank, siempre tomo buena nota de todos aquellos que van a tratar con mi dinero.

—¿Usted también ha perdido a su esposa?

George se quedó unos pocos segundos analizando al banquero. Se había dado cuenta del cambio de su actitud al nombrar la palabra esposa. Lo veía triste. Aprovecharía eso para que confiase en él.

—Mi mujer y mis tres hijos. Un muchacho, mi heredero, era el más pequeño. Mis hijas mayores también perecieron.

—¡Cielo santo! —exclamó inundado por la pena. Jack Lowell había perdido a Leah y aquello supuso un infierno, si además se hubiese visto privado de sus pequeños Karl y Connor, probablemente se habría pegado un tiro para marcharse de este mundo con su familia.

—Del lugar de donde vengo, la presencia lo es todo, supongo que conocerá la fama de los ingleses. Con mi semblante ya no soy bien recibido en sociedad. He llegado aquí buscando trabajo y la aceptación de mi dinero sin importar cómo luzca mi rostro. Ya ve que mis circunstancias hacen necesario que ponga mi cabeza sobre proyectos que me hagan olvidarme de todo el dolor que padecí. Texas me parece un sitio alejado, salvaje y capaz de poder hacer que no desee a cada momento que las llamas me hubiesen quitado también de en medio. ¿Va a

ayudarme o debo buscar a otro hombre que acepte mi… proposición? —Entonces el conde dejó sobre la mesa un sobre.

Lowell supuso que sería el pago por su intervención.

—Lo cierto es que lo que me ofrece me vendría muy bien, porque me he prometido con una hermosa viuda y hemos acordado casarnos en poco tiempo para criar a nuestros hijos juntos. Ella tiene dos muchachas y yo dos niños. Ya ve que las necesidades unen a las personas, ella necesita un hombre que la ayude, y sus hijas un padre, mientras que yo preciso de una madre que me ayude con los míos.

—Yo ansío una nueva vida que me inspire a medirme con la adversidad.

—Sé lo difícil que es perder lo que se ama —añadió recordando la sonrisa de su bella y difunta Leah.

—Es morir en vida.

—Le deseo suerte, milord, en su nueva andadura. Le ayudaré con lo que sé. Verá, el mejor rancho de todo Texas es el Sarah Love en Crystal City. Los Harris tienen prácticamente el ganado más sublime de la región. Sin embargo, no atraviesan ningún tipo de problema que los fuerce a vender las piezas a un precio inferior al que obtendrían al trasladar ellos mismos a las reses. Podría hablar con ellos y ver, si les ofreciese un acuerdo medianamente justo, si estarían interesados en ahorrarse los dolores de cabeza que supone para la señora Harris quedarse sin su esposo cuando llega el momento de mover a la manada. Si ellos no aceptan su trato, cómpreles de igual modo algunas reses para la cría. No encontrará nada igual, se lo aseguro. Mi propio padre inició el extinto rancho Lowell de la manada de Mathias Foster, el padre de la señora Harris, y eran especímenes más que resistentes a las enfermedades.

—¿En cuanto a encontrar a un hombre que me ayude con el semental para el ganado? —indagó para ver si así salía alguna otra pista que seguir.

—A eso voy. El único capaz de hacerle la competencia a los Harris es el señor Travis Hutson. Está recién casado, es un hombre sencillo y tal vez le sea más fácil hacer un trato con él

porque dudo mucho que quiera separarse de su esposa cuando llegue el momento de trasladar el ganado. Le recomiendo también que opte por hablar con Hutson en lo referente a los sementales. Es vecino de los Harris, y hasta hace poco era el capataz del Sarah Love. Siempre ha tenido buen ojo para los animales, en especial para los toros y los caballos.

—Tomo buena nota de todo lo que me dice y se lo agradezco muchísimo.

—Sin embargo, Hutson es terriblemente… Es… Él es… —No sabía cómo referirse al mestizo.

—¿Un hombre difícil?

—Salvaje —dijo al fin.

—¿A qué se refiere? —Su interlocutor tuvo ahí toda su atención.

—No es un hombre blanco, pero tampoco un indio.

—¿Mestizo? —George comenzó a emocionarse. Se obligó a mostrarse cauteloso.

—Sí y odia especialmente todo lo que es inglés, no se ofenda, así que creo que podría ser su intermediario en el negocio. Puede hablar con los Harris, pero ya le digo que no estoy seguro de que accedan a rebajar el precio de las reses porque saben que son lo mejor del territorio. No obstante, creo que Águila Negra será su mejor opción.

—¿Cómo ha dicho? —Estaba a punto de levantarse y gritar de alegría.

—¡Oh! Es su nombre indio. No debe usarlo jamás en su presencia. Discúlpeme y olvide que lo nombré de ese modo. Es Travis Hutson.

—Estoy sorprendido con la información que me da porque ya sabe que los ingleses nos jactamos de conocer todo sobre nuestros nobles. Había escuchado en algún club de caballeros que hay un mestizo que ostenta el título de conde de Ithorne y que se desentendió, aunque no pudo repudiarlo lógicamente. Si mal no recuerdo… Me parece que es su hermana y el

esposo de esta los que dirigen sus asuntos en Londres.

—No tengo tanta información. No le podría decir si Hutson es ese hombre, personalmente yo lo he conocido siempre como Águila Negra, aunque insisto en que todos le llaman así a sus espaldas. Él es ciertamente un espécimen al que temer. Conozco a todos los vaqueros de renombre del lugar porque hago negocios con todos ellos, me conocen y tienen confianza en mi criterio —expuso con orgullo.

—Lo tendré en cuenta. Espero poder hacer negocios con ese mestizo del que habla. Siendo un recién casado como es, esperemos que su esposa… la señora Hutson… ¿Cuál ha dicho que es el nombre de la dama? —indagó esperando que no fuese su pelirroja.

—Verá, lo crea o no, tengo entendido que es inglesa también. —Lowell emitió una carcajada sincera—. Ya ve que el destino es curioso, me acabo de dar cuenta de que él llegó aquí para recoger a una novia por correo recién llegada de Londres y que, pese a odiar lo inglés, decidió quitársela a uno de sus mejores amigos. Los chismes viajan más rápido que las enfermedades. Tal vez usted haya escuchado hablar de las dos hermanas, de hecho, tal vez sean familia suya porque creo recordar que el apellido de ellas es el mismo que el suyo o muy similar.

—Desgraciadamente, yo era hijo único. Mis padres no eran prolíficos. No me queda familia en el mundo. —No insistió en preguntar el nombre porque ya tenía la confirmación de lo que necesitaba saber y no deseaba levantar más sospechas.

—Bueno, no importa, este es un mundo grande y es común que los apellidos se repitan. El barbero de la ciudad también es un Lowell, pero no pertenece a mi familia. En fin, regresemos a los negocios. ¿Quiere que le acompañe a hablar con Hutson? Le irá bien un intermediario, aunque si se ve capaz de enfrentarse a él y tiene ganas de emoción, podrá intentarlo solo.

—Ha sido usted de gran ayuda, señor Lowell, y como quiero averiguar todos los caminos posibles antes de instalarme en un lugar concreto, me anotaré bien la información que me ha ofrecido y valoraré mi siguiente paso. En un par de días tengo una entrevista con un importante banquero de Dallas que está también interesado en mi dinero inglés. Va a darme un par de datos sobre los vaqueros a tener en cuenta. Así que le rogaría que esperase a actuar hasta que tome mi decisión. ¿Le parece bien? —Tenía que despistar al banquero, dado que si les

enviaba alguna misiva sobre el interés del conde de Alastor sobre su mercancía podrían hacer saltar la liebre y deseaba contar con el factor sorpresa. Había usado su título a fin de impresionar a los primitivos americanos, pero sabía que era un riesgo que podría terminar con la ventaja que pretendía explotar.

—Lo comprendo perfectamente. Uno debe buscar siempre lo mejor a la hora de invertir. En Dallas hay excelentes ranchos a tener en cuenta también.

—Le agradezco su tiempo, señor Lowell. —Entonces le dio el sobre que todavía estaba encima de la mesa y Jack lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Los dos hombres comieron con tranquilidad en cuanto llegó el pedido.

***

Era el edén mismo. El paraíso en el cielo. La felicidad de Dana solo podría ser superada por Jane o Sarah Lee. O tal vez no, por ninguna de ambas. Se sentía tan amada, tan bien reconfortada con el trabajo que desempeñaba en el aserradero… Todo era fantástico.

Jey y su padre habían enterrado por completo sus discrepancias y les había llegado un gran pedido para proveer la madera de dos buques que hacía que ella fuese fundamental para sacar cálculos.

Se levantó esa mañana con aires renovados. Se dispuso a ir a la cocina a buscar su taza de café. Su esposo se lo dejaba hecho cuando se marchaba al aserradero más temprano, y ella solo tenía que recalentarlo en la cocina de hierro forjado.

En ese momento escuchó a alguien llamar a la puerta.

Se quedó extrañada y se dirigió al lugar para ver quién la visitaba. Miró por la ventana

lateral izquierda antes de proceder a dar la bienvenida al visitante. Era Jane, la reconoció por el pelo, y estaba acompañada por un hombre al que no veía demasiado bien debido a que estaba con la cabeza baja y un sombrero. No era Águila Negra porque el esposo de su hermana era mucho más corpulento. Abrió de inmediato.

—¿Qué haces a estas horas aquí, Jane? —preguntó con una bonita sonrisa—. ¡Dios mío! —exclamó en cuanto vio que su hermana tenía un impresionante morado en el rostro. Bajó la mirada y observó que estaba amordazada. Acto seguido se giró para ver al hombre que acompañaba a su hermana mayor.

Los ojos de él la examinaron de inmediato. Dana se llevó una mano a la boca para ocultar el horror que tenía ante ella. Él tenía gran parte del rostro abrasado, pero no le hizo falta observar las dos mitades de su cara completas e iguales, para saber que el Demonio acababa de llamar a su puerta.

Se fijó en su hermana una vez más. La llevaba atada de manos con unas esposas. No le dio tiempo a observar nada más. Recibió un empujón que la llevó directa al suelo. En ese momento, su tío y su hermana accedieron a su casa y la puerta se cerró tras de sí.

Mientras Dana miraba lo que tenía ante sus ojos, y no podía creer, su tío había sentado a Jane en una silla y la estaba atando al mueble con una cuerda.

Dana se levantó y corrió para coger un revólver que su esposo guardaba en el aparador del salón. El Demonio la interceptó y le dio una fuerte bofetada que la dejó aturdida y de nuevo en el suelo. En ese instante él comenzó a hablar, pero ella no podía darle sentido a sus palabras. La levantó con brusquedad y pasó a mirarla a los ojos, para luego sujetar sus manos y ponerle unas esposas.

—Mi dulce y buena Milecent… Vives en tu hija, puedo verte ahí dentro —comenzó a decirle a Dana.

—No soy mi madre —le advirtió.

—Lo eres, pequeña pelirroja. Ni el viejo, ni la perra de tu hermana te separarán de mí.

Llevo mucho tiempo esperando esto. Y solo lamento que te hayas casado, porque esperaba tener tu sangre de modo natural, y ahora me obligarás a conseguirla de una forma que te hará sufrir demasiado.

Él se deleitó en el miedo que veía en los ojos de su presa. No consiguió ver eso mismo en los de su hermana mayor. Sin duda, el viejo había enseñado bien a Jane Hertford, porque ella era dura. Y al fin sintió la plena satisfacción de un trabajo bien hecho.

Había comprado la información sobre el mestizo. Unos hombres lo llevaron hasta el rancho Jane Hope y se alegró de que esa hermana fuese la esposa del mestizo. Les pagó y los despidió. Esperó pacientemente, aprendiendo las rutinas del matrimonio, y cuando una mañana vio subir en la carreta al denominado Águila Negra, supo que esa era su oportunidad. Los pocos vaqueros que trabajaban con ese salvaje se habían desplazado a la parte norte del rancho y George tuvo la oportunidad perfecta para pillarla por sorpresa en casa. La muy estúpida creyó que era su esposo que había olvidado algo y ni tan siquiera se dio la vuelta mientras lavaba los platos del desayuno. Cuando ella se giró fue demasiado tarde, la bloqueó y le colocó las esposas. Le preguntó por su hermana aunque se negó a hablar. Al menos al principio, pero cuando comenzó a cortar la piel de su brazo y le dio dos bofetadas, se dio cuenta de que estaba perdida. En especial cuando le dijo que ya tenía la localización de Dana, y que la primera parada había sido ella porque iba a pagar por todo lo que había hecho al tratar de separarlo de la pelirroja. Así fue como obligó a Jane a decirle que su pequeña estaba casada y desflorada.

Se había contenido a la hora de visitar a Dana, dado que si la apresaba a ella primero sentiría la tentación de llevársela al punto. Quería gozar plenamente de la batalla y para eso debía idear bien los pasos a dar. Deseaba también darle una lección al esposo de la rubia. Jane Hertford tenía que pagar y dado que era la más peligrosa, era necesario vigilarla con atención, a ella y a su esposo. Si la conseguía apresar, la rubia le diría todo lo referente a Dana. Así fue. No había querido obtener más información sobre su pequeña pelirroja antes porque no habría podido resistirse a la necesidad de ir a por ella primero. Solo había pedido que le dijesen dónde residía, ya que intuía que su hermana moriría antes de darle esa información a él. Y no erró en su suposición, porque Jane le dijo que prefería irse al infierno antes que poner en peligro a Dana. Siempre tan valerosa, siempre tan protectora… Él se burló de ella.

Dana tragó saliva. Él estaba mucho más demente de lo que recordaba. Tenía esa mirada sobre ella que tan bien recordaba. Se giró para ver a su hermana. Su brazo derecho estaba

lleno de sangre.

—¿Qué le has hecho a Jane, bastardo? —inquirió con todo el odio que pudo reunir.

—Tenía que obtener toda la información sobre ti, y ella se negaba a hablar, he tenido que persuadirla. Pero no temas, que eso no es nada para el destino que le espera. —Le acarició la mejilla y luego le dio un tirón de pelo para acercarla a él. Le pasó la lengua por el lado derecho del rostro—. Una lamida y ya estoy lleno de lujuria, mi bella y dulce Milecent. Te han corrompido, pero yo te purificaré para que me tengas. Mataré al hijo de perra que se ha atrevido a quitarte la virtud que por derecho era mía. Lo esperaremos aquí para cuando venga. —Luego se giró para observar a la que estaba sobre la silla—. Ay, mis palomitas ofreciéndose como prostitutas al mejor postor… ¿Novias por correo, Jane? —comenzó a negar con la cabeza—. Habrías tenido la oportunidad de sobrevivir si la hubieses dejado bajo mi cuidado. Te la llevaste. Trataste de privarme de ella y vas a pagar tu error. Te concederé que ha sido excitante este pequeño juego que hemos disputado tú y yo, pero has perdido, perra. —La miró con atención—. Creo que vamos a jugar un ratito. Sí. Creo que cambiaré mis planes. Te desangraré aquí mismo y luego Milecent y yo nos iremos. Así ese bastardo que ha osado robar lo que me pertenece sabrá a lo que se enfrenta, y eso le dará también en las narices al sucio mestizo con el que te casaste. Saber que ha perdido a su esposa y su hijo a mis manos… —Vio cómo ella ponía cara de sorpresa—. Acabamos de montar juntos, querida, he sentido la vergüenza que cobijas en tus entrañas. ¿Un salvaje, Jane? ¿Un indio? Deberías estar avergonzada. Y es una pena que no seas capaz de encender mi sangre porque tal vez así te habría permitido vivir y tu hermana tendría menos… trabajo.

Le dio un beso en la boca a Dana cuando terminó de hablar. La pelirroja había cerrado los ojos y apretado los labios con fuerza para impedir lo que él deseaba. La respuesta de George a su negativa fue darle un bofetón y dejarla en el suelo. Lugar en el que decidió quedarse.

¿Cómo había logrado ese desgraciado atrapar a su hermana? ¿Por qué no estaba muerto? ¿Quién iba a darse cuenta de que ellas estaban en problemas? Dana no sabía cómo iban a lograr sobrevivir y escapar del Demonio.

Capítulo 18

Cuando la muerte acecha

Jack Lowell no era un hombre que se considerase desconfiado. Tenía una tendencia natural a creer lo mejor de las personas. Lord Alastor le había inspirado ternura cuando le contó sus desventuras. Todos los hombres enamorados que perdían a sus esposas estaban condenados a seguir vagando por el mundo sin el amor de su vida.

Decidió ayudar a ese noble inglés convencido de que le estaba haciendo un gran favor. Su jefe, quien se había marchado de viaje y lo había dejado al cargo unos días, le había pedido que lo tratase como si fuese un pez gordo al que ellos querían pescar porque tenía la certeza de que poseía una gran fortuna. Cuando el señor Therme, el director del banco, llegó antes de lo previsto y le preguntó por los asuntos de Alastor, él le desveló que tenía también gente en Dallas que podría seducirlo. Therme se sorprendió con esa información dado que a él le había dicho que se asentaría en Austin o los alrededores. Comenzaron a hablar y cuando Lowell le comentó que le parecía un viudo todavía más miserable que él mismo… Su jefe dijo que no estaba casado, puesto que lo había hecho investigar para ver si en verdad era un hombre al que tener en cuenta a la hora de hacer negocios.

Ahí Lowell se percató de que algo no estaba bien. Entonces se destapó todo cuando tiró de un sencillo hilo. George Brandon Hertford era en verdad familiar de Jane y Dana y Lowell no comprendía los motivos para tantos embustes, pero sí tenía muy claro que las dos hermanas corrían un serio peligro. Y aquella tarde, mientras se subía a su caballo para cabalgar hasta su antiguo hogar, que le había vendido a Águila Negra, solo rezaba para poder llegar a tiempo y dar el aviso.

***

Águila Negra había tenido que ir a la mercantil a comprar varias cosas que eran necesarias y dado que su esposa necesitaba descansar y se negaba a seguir sus órdenes, la dejó en casa para que se sentase después de ordenar la cocina y leyese un rato, o tejiese algún vestido para cuando naciese su hijo. La rueda de la carreta se quedó encallada en un agujero bastante profundo. No volcó, pero le obligó a bajar del vehículo y ver qué diantres sucedía. En ese momento el viento comenzó a alzarse. Mucho viento. Se quedó quieto mirando a su alrededor. Una bandada de cuervos negros sobrevoló su cabeza. Tras ellos un águila pasó cerca de él. Casi pudo rozarla. Escuchó un sonido a su derecha y giró la cabeza para ver ante sí a un hermoso caballo blanco situado a una distancia considerable. El animal cabeceaba hacia él como si le estuviese hablando. Cerró los ojos. Sintió algo en su interior poderoso, como cuando siendo más joven había fumado de la pipa de su abuelo, del hechicero, el jefe de los Siux Santee. Las palabras de Hacha de Guerra antes de marcharse vinieron a su mente. Su abuelo. Caballo Salvaje…

—Padres Santee, no soy digno de que vengáis a mí, pero agradezco lo que tengáis que decir. Iré —le dijo al viento.

Se apresuró a liberar a su caballo de la carreta, cogió el machete y el Winchester que llevaba siempre consigo, y subió de un salto dispuesto a seguir al caballo blanco.

***

Jeremy Andrews se sentía inquieto. Estaba acostumbrado a que su esposa le hiciese una visita al taller antes de meterse en la oficina. Miró el reloj que colgaba de la pared que tenía

enfrente. Era realmente tarde. Se estaba retrasando media hora, y ella era la puntualidad británica personificada.

—¿Dónde está Dana? —la pregunta de su padre hizo que ladease la cabeza a la izquierda.

—Estaba preguntándome eso mismo. No ha llegado todavía, ¿verdad?

—No, lo que es muy extraño porque sabía que teníamos a primera hora una reunión con los contratistas de la naviera y ella debía supervisar la oferta —alegó el señor Andrews con preocupación.

—Iré a buscarla. —Tenía un mal presentimiento que esperaba que no fuese nada.

—No comprenderé por qué no venís juntos al aserradero. Ya te lo dije en su momento, no me parece bien que tenga que recorrer el camino ella sola.

—Amenazó con abandonarme si no le permitía tener libertad, padre, ¿crees que es fácil lidiar con ella después de lo que sucedió entre nosotros? No es una distancia larga y en la carreta le dejé un Colt.

—¿Y si ha tenido un percance y está en medio del camino sola y atrapada bajo la carreta? —conjeturó el padre. Lo que le valió un gruñido del hijo.

—Voy a por ella. —Salió a toda prisa del taller y se montó sobre su caballo para comenzar a buscar a su esposa, quien esperaba que se hubiese quedado dormida en la cama, dado que la noche anterior había sido de lo más interesante y bien podría haberla agotado por completo.

***

Águila Negra lo supo antes de llegar hasta donde lo dirigía ese caballo que corría frente al suyo. Sabía que tenía grandes problemas ante él y de quién provenían. Si los Santee habían decidido enviarle a un guía era algo sobre lo que Hacha de Guerra le había avisado. No podía dejar de pensar en las palabras del guerrero Lakota antes de marcharse que decían que las hermanas morirían. Se maldijo por haber silenciado y olvidado durante tantos años esa parte de su vida. La sangre de un hechicero corría también por sus venas y él se había estado negando durante demasiado tiempo lo que era. Juró a sus antepasados por la vida de su hijo no nacido, que si todo salía bien, visitaría a sus hermanos Santee y le explicaría a su descendencia de dónde venían.

El caballo frenó, se dio la vuelta y comenzó a cabecear. Entonces el animal salvaje empezó a desandar sus pasos y lo dejó solo en las cercanías de la casa que su mejor amigo, Jeremy Andrews, había construido en las tierras que el señor Foster le dio antes de morir. Desmontó y anudó su montura a un árbol, dado que el siguiente recorrido debía hacerlo a pie. Si en verdad el Demonio había venido a por las hermanas…

No caminó demasiado porque los cascos de un caballo lo avisaron de que alguien se acercaba. Se escondió entre los árboles con el machete en la mano. Si era un enemigo no quería disparar y delatar su posición. Miró al frente esperando ver la identidad del jinete. ¡Lowell! Salió de detrás del tronco y le hizo señas para que se detuviese.

—¿Conoces a un hombre llamado Alastor? —inquirió Jack desde lo alto de su caballo sin ningún tipo de ceremonias.

—Es el tío de mi esposa y su hermana.

—Está aquí.

—Lo sé —lo había sabido desde que los Santee lo guiaron—. ¿Cómo lo has sabido tú?

—Es una larga historia. Solo te diré que llegó a Austin con falsos pretextos y me temo que, sin darme cuenta de quién era y lo que se proponía, lo he guiado hasta ellas. ¿Es muy mala la situación?

—Peor que mala. ¿Traes armas?

—Un Colt. —Le enseñó el cinturón donde llevaba el revólver tras apartarse la chaqueta.

—Servirá. Baja del caballo y átalo. Tenemos que ver qué pasa en esa casa.

—¿Cómo sabes que están ahí?

—Confía en mí. Están en casa de Andrews y él las tiene a las dos. —Águila Negra estaba seguro de lo que decía.

—Lo siento. —Se vio en la obligación de disculparse por haberlo traído a sus vidas con tanta facilidad.

—No es culpa tuya. Debimos avisarte a ti también del peligro que ellas corrían. Además, si no hubieses sido tú, otro le habría dado la información. Mis hombres de Londres me enviaron un telegrama en el que me decían que él había muerto. Es más inteligente de lo que supuse y no volveré a cometer un segundo error. —Negó con la cabeza al tiempo que suspiraba—. Jane me avisó de que era demasiado fácil y no le hice caso.

Lowell no dijo nada al respecto, siguió caminando en silencio y con los sentidos alerta. No tardaron demasiado en cruzarse con Andrews, quien también iba al galope. Águila Negra le dio las gracias a su abuelo por haberle mandado refuerzos. Sentía el corazón encogido y al menos podrían hacerle frente al Demonio de una manera digna. Eran tres frente a un desalmado y alguno quedaría en pie para salvarlas.

—¿Qué sucede? —preguntó Jey desde lo alto de su montura.

—Desmonta y deja atado al caballo —le dijo Águila Negra.

—¿Qué es lo que pasa? —se impacientó el pelirrojo.

—El tío de ellas está aquí —habló el banquero.

—¿Qué? —Andrews precisaba de más información.

—Desmonta y hazlo rápido, no sé el tiempo que tenemos —le ordenó el mestizo. Andrews lo hizo.

Siguieron andando.

—¿Qué hace Lowell aquí? ¿Me lo explicáis ya? —se inquietó Jey.

—No estaba muerto y tengo sospechas más que razonables para creer que ese a quien ellas llaman Demonio las tiene en su poder y están en tu casa. Confiemos en que todavía estén allí.

—Sabía que algo malo sucedía —dijo más para sí mismo Jey que para el resto.

Llegaron por un camino secundario hasta la casa y se arrastraron por el suelo para no ser vistos. Desde su posición tenían una buena vista del recinto.

—¿Cuál es el plan? —se interesó Lowell.

—Tal como yo lo veo, tenemos que hacerle salir y confiar en que la puntería de Andrews sea igual de buena cuando está sobrio que cuando está ebrio —conjeturó el mestizo. Por lo general su amigo era magnífico cuando tenía el *whisky* corriendo en la sangre y hacía mucho que no lo había visto disparar sin estar borracho.

—Es mi mujer la que está ahí. Haré blanco sin tener que beber.

—La mía también, Jeremy, por eso te lo pregunto y necesito que seas honesto. ¿Te ves capaz de hacer un blanco limpio desde aquí?

—Si es con mi revólver puedes apostar lo que desees a que lo mataré de un tiro en la cabeza en cuanto tenga la ocasión de tenerlo en el punto exacto. —Estaba muy seguro de su habilidad. No era un tipo que ganase en el cuerpo a cuerpo, pero era uno de los mejores pistoleros del Oeste y tanto Águila Negra como él mismo lo sabían.

—Me acercaré y lo haré salir —les informó el mestizo.

—No —tomó la palabra Lowell—. Tenemos el factor sorpresa de nuestro lado. Él no sabe que soy consciente de su identidad, será más fácil si llego a la casa y hago que abra la puerta. No tiene motivos para desconfiar de mí y sabe que hago negocios con vosotros.

—No es mala idea —opinó Águila Negra—. Puedo ir arrastrándome por el suelo hasta la puerta de la cocina y tratar de entrar por ahí mientras Lowell lo distrae. Andrews, si cuando abra la puerta lo tienes a tiro…

—No hace falta que lo digas dos veces. En cuanto lo vea, disparo. Solo necesito verlo, confía en mí. Sigo teniendo la misma puntería. —Jey se negaba a entrar en pánico—. ¿Lowell, estás seguro de lo que haces? Podría pegarte un tiro en cuanto te vea.

—Confiemos en que crea que puedo servirle de alguna utilidad vivo… —El banquero miró a los dos hombres—. Si me sucede algo, prometed que mis hijos…

—Siempre, Lowell. Si alguno cae, el resto se ocupa de su familia. No tengas la menor duda de que así será —le señaló el mestizo, al tiempo que Andrews afirmaba tajante con la cabeza.

—Bien, deseadme suerte.

—Que los Santee estén también contigo, amigo mío —le susurró en la oreja el mestizo.

Lowell se dispuso a ir hacia la casa tras incorporarse y limpiarse lo mejor que pudo el traje. Se tocó el revólver que llevaba en la cintura y se sintió un poco más protegido.

Águila Negra comenzó también a recorrer el camino hasta la puerta de la cocina y Andrews sacó la pistola para prepararse. Era un portento cuando se trataba de disparar y necesitaba que su suerte siguiese siendo la misma que en su juventud.

***

Dana no podía gritar porque también la había amordazado. Su hermana Jane ya no estaba sentada y atada en la silla. Él la tenía de pie y la estaba desnudando lentamente con el cuchillo que sostenía en la mano derecha. Había pasado la cuerda por la barra de las cortinas para tenerla con las manos en alto y la amenazó con darle una patada en el vientre si no hacía todo lo que le pedía sin oponer resistencia.

Dana sabía que iba a matar a Jane y no era capaz de hacer nada por su hermana. Su valiente y guerrera hermana… La veía tan afligida, tan resignada a lo que se avecinaba. Nadie podía salvarlas. Nadie era conocedor de su situación.

—Un precioso cuadro para teñir de rojo —le dijo él cuando tuvo a Jane desnuda. La primera marca se dibujó en su pequeña barriga abultada. Él llevó el cuchillo a esa zona y redondeó con la punta del cuchillo su ombligo. Penetró lo bastante fuerte para hacerle sangre y que ella chillase a través de la mordaza. Dana se sumó al grito con horror. Los gritos fueron amortiguados por la tela de sus bocas.

La pelirroja no podía hablar, no era capaz de proponerle algún tipo de trato que él pudiese aceptar si dejaba libre a Jane, porque el pañuelo que George le había colocado en la boca no le permitía emitir palabra alguna.

—¿Señora Andrews? —Escucharon la voz de un hombre desde la puerta.

El Demonio gimió por la interrupción, al tiempo que ellas vociferaban con la mordaza puesta. Se sacó un revólver.

—Palomitas, si hacéis alguna temeridad disparo. Y por supuesto la primera en morir será Jane.

Ellas callaron al punto.

Se dispuso a mirar por la ventana y observó que se trataba de aquel banquero de Austin. Se quedó en silencio esperando que él se fuese.

—¿Señora Andrews? Le he traído el dinero que solicitó para escapar de su esposo tal y como pidió, me he asegurado de que el señor Andrews estuviese en el aserradero. Él no sabe nada y es momento de que huya si es lo que desea. La espero aquí cuando decida salir. No tenga miedo, conmigo está a salvo.

Las dos trataron de disimular la esperanza que comenzó a embargarlas cuando escucharon las palabras de quien fuese que estuviera afuera. El hombre acababa de decir una mentira que se traducía en que los refuerzos habían llegado.

Tío George se giró para mirar a Dana con una sonrisa.

—Pequeña bruja inteligente… ¿Ibas a escapar de él? ¿Te pega? He oído que los vaqueros tienen el temperamento corto. —La miró con una sonrisa que Dana no supo cómo interpretar.

George, con el arma en la mano se aventuró a abrir la puerta con cautela.

—Señor Lowell, volvemos a vernos, pero la próxima vez no dé tantos detalles, no ha sido creíble. —Levantó el arma y procedió a apuntar al banquero.

En ese momento, Jack rezó para que el mestizo hubiese sido capaz de llegar hasta la puerta de la cocina y que estuviese abierta o que se encontrase a punto de romper el cristal para entrar. El banquero se dispuso a echar mano de su pistola cuando un disparo resonó a lo lejos. Lowell vio cómo la bala de Andrews impactaba en el brazo derecho de Alastor y el revólver caía al suelo. El rufián levantó la mano izquierda, al tiempo que daba un paso atrás para cobijarse en la casa, y lanzó un cuchillo, que no llegó a hacer diana en Lowell, dado que una segunda bala dio de pleno en el metal desviándolo del camino.

El banquero empuñó el arma y trató de disparar al villano en el pecho. Desafortunadamente no dio en su objetivo porque Águila Negra, desde atrás, había lanzado su machete y lo había clavado en la espalda del Demonio, por lo que lo hizo caer al suelo. El

mestizo se vio en la obligación de esquivar el disparo de Jack.

—¡Lowell! —lo amonestó—. No eres de ayuda.

—Lo siento —se disculpó el banquero.

Águila Negra contempló la escena. Su bella esposa estaba desnuda, amordazada y atada con una cuerda, con las manos en alto. Viva, estaba viva. Uno de sus brazos estaba lleno de sangre, su cara amoratada y en su vientre había un círculo con sangre. Rugió como nunca jamás un hombre había rugido.

Se acercó al Demonio, le sacó el machete de la espalda y le dio la vuelta para mirarlo. Supo que no estaba muerto todavía porque había gemido cuando le quitó el arma de su carne.

—Soy Águila Negra, guerrero de los Siux Santee, nieto de Caballo Salvaje, gran jefe y hechicero de la tribu, y voy a sacarte el corazón, me lo comeré y luego cortaré tu cabellera por lo que le has hecho a mi compañera guerrera. —Levantó la vista para observar a su esposa. La señora Hutson era consciente de que su esposo le estaba pidiendo permiso, ella asintió.

Lowell ya le había puesto su chaqueta por encima para cubrirla y estaba cortando las cuerdas para liberarla, aunque seguía teniendo unas esposas colocadas. También tenía la mordaza en la boca.

Jeremy Andrews había salido a la carrera después de quitar el cuchillo del camino de Lowell. Cuando llegó a la puerta vio a su lado derecho a Lowell atendiendo a Jane, al frente estaba Águila Negra de rodillas sosteniendo al tío de ellas. Y al girar el rostro a la izquierda vio a Dana con la mejilla morada y sollozando. Fue hacia ella y la abrazó.

Águila Negra sacó un puñal de su bota tejana, le abrió la camisa al hombre quemado y poco a poco cortó la carne de su pecho. Escucharon al Demonio chillar hasta que cayó inconsciente debido al dolor. Jane observaba a su esposo todo el tiempo. Águila Negra estaba sacando el corazón de tío George de su cuerpo, al tiempo que pronunciaba unas palabras —supuso que en su lengua Siux—, y ella solo deseaba haber sido la que le hiciera eso. El mestizo sostuvo en la mano esa parte del hombre muerto y se la ofreció a Jane. Ella cabeceó

afirmativamente y él mordió el órgano, para escupirlo y luego aplastarlo con fuerza con la mano derecha hasta que no quedó nada. A continuación se dispuso a cortarle la cabellera. Cuando acabó, percibió que Andrews estaba a su lado sosteniendo su pistola. Vio que Jey se agachaba para registrar al hombre y sacó una llave de un bolsillo. Era para abrir las esposas.

Entonces, el esposo de Dana se puso de pie y le pegó un tiro en la cabeza.

—Uno no sabe nunca si el Demonio ha muerto definitivamente hasta que le vuela la tapa de los sesos —dijo Andrews, para luego escupir sobre el cadáver.

La mirada de Dana y de Jane se encontró. Al fin eran libres de verdad.

Capítulo 19

Una boda al fin

Después de la tormenta llegaba el momento de la calma. Era algo que el padre de Sarah Lee siempre le decía cuando ella se alborotaba por alguna tontería. Tras una dura batalla las cosas volvían a su posición inicial con tiempo y trabajo. Eso era lo que pensaba la tejana sobre lo que le habían contado acerca de la llegada y muerte del Demonio que perseguía a las hermanas.

Cuando vio el estado de Jane, quiso matar ella misma al inglés desgraciado. En el momento en el que se fijó en las heridas de Dana, que aunque eran menores también se apreciaban sumamente violentas, quiso resucitarlo para volver a enviarlo al averno. No obstante, ya no había peligro para ellas. Sus esposos se habían ocupado del rufián con la ayuda de su amigo Jack Lowell, el que fuese su amor de juventud y viudo de su mejor amiga.

El tiempo haría que las hermanas olvidasen el mal trago que pasaron cuando el maldito loco las capturó y lo mejor que había para superar los malos momentos era reemplazarlos por buenas y alegres vivencias. Y con esa idea, en cuanto Lowell le dijo que había conocido a una mujer con la que había acordado casarse, la señora Harris se ofreció a preparar una bonita boda en el Sarah Love para la pareja.

—¿Estás contento, Jack? —le preguntó Sarah al tiempo que le anudaba las cintas del lazo de la corbata. Se veía un poco sobrepasado por la situación.

—Es algo que tenía que hacer por el bien de los niños. Es una buena mujer. Lorel es

un buena mujer —repitió convencido.

—Me ha dado esa impresión. Me gusta ella.

—Estaremos bien, hemos acordado un tipo de matrimonio amigable para ambos. Los dos perdimos demasiado y solo necesitamos un poco de consuelo y compañía, pero, sobre todo, ayuda con nuestros hijos.

—No quiero que sientas remordimientos por casarte, Jack. Sé bien que Leah te amaba y tú a ella. Estoy segura de que tu esposa querría que fueses feliz y tuvieses ayuda con los niños.

La reacción de él fue darle un abrazo a la que durante el resto de su vida sería su mejor amiga. Ella correspondió al gesto de él y se le escaparon unas lágrimas rebeldes al haber mencionado a Leah. Los tres fueron inseparables hasta que la muerte se llevó a la señora Lowell.

—Siempre sabes qué decir en estos casos, Sarah, y te bendigo por ello.

—Eres un hombre bueno, mereces cosas igual de buenas y Lorel me agrada muchísimo. Estarás bien con ella.

—Gracias por organizar la boda en el rancho.

—Es lo menos que podía hacer. Mis mellizos tienen que ser grandes amigos de Karl y Connor. —Ella le sonrió. Seguían abrazados.

Alguien carraspeó tras la pareja que se encontraba en la habitación que los Harris le habían concedido a Jack Lowell para que se adecentase antes de la ceremonia. La novia figuraba en el piso de arriba y las hermanas Hertford la estaban ayudando a prepararse. El pastor Aledo permanecía en el salón dispuesto a oficiar el enlace.

Sarah se separó de Lowell y fijó la mirada en el umbral de la puerta. Denver Harris los observaba.

—¡Esto no es lo que parece! —exclamó Jack, al tiempo que ponía las manos en alto en

señal de rendición e inocencia. La tejana rodó los ojos.

—¿No te das cuenta de que cada vez que alguien dice algo como eso parece que se esté condenando todavía más? —le reprochó Sarah al banquero.

—Sé perfectamente lo que estoy viendo, Lowell —intervino Denver—. Conozco demasiado bien a mi esposa como para no darme cuenta de que está dándole la enhorabuena a su amigo.

Sarah Lee le sonrió complacida con esa respuesta.

—Cuando creo que no puedo amarte más, Harris, haces que mi corazón se dispare y mis sentidos se llenen de ternura por lo que encontré. Cada día me levanto agradecida ante el hecho de que no te rindieses conmigo.

Él abrió sus brazos y ella dejó a su amigo para ir junto a su esposo.

—Te amo, Sarah Lee —le susurró.

Un nuevo carraspeo resonó en la estancia, esta vez producto de la incomodidad de Lowell.

—Si habéis acabado de hacer… lo que quiera que sea eso, creo que es momento de que celebremos mi boda. Jane y Dana necesitan un poco de paz —añadió, pensativamente—. ¿Están bien? —le preguntó a la vaquera. Sarah salió de los brazos de su esposo y lo miró para responder:

—El peligro ha muerto definitivamente, intuyo que se aferrarán a eso para superar el horror que vivieron. Jane se llevó la peor parte, pero ella es una mujer fuerte y Águila Negra me ha dicho que es capaz de superar todas las pruebas que el universo pretenda ponerle.

Lowell asintió.

—Debo decir que sabía sobre la puntería de Jeremy y la agresividad del mestizo, pero

lo que vi semanas atrás en casa de Jeremy Andrews… —Todavía se le erizaba la piel al recordar el modo en el que Águila Negra había pasado su cuchillo sobre el enemigo de su esposa. Y ella, en vez de sentir repulsión o náuseas, lo miró con orgullo. Definitivamente esa mujer inglesa estaba hecha con otro molde de hornear. Y fue espectacular cuando Jeremy le dio al pequeño cuchillo que salió en su dirección desde tan lejos.

—Lo sé —se adelantó Sarah—. Son buenos en todo lo que hacen.

—¿Qué tienes pensado para tu luna de miel, Lowell? —Denver desvió la conversación hacia asuntos más mundanos y menos… escalofriantes.

—Lo cierto es que no había meditado demasiado sobre ello —adujo, frunciendo el ceño.

—Nos quedaremos con los niños un par de semanas si queréis, para que tengáis un poco de paz y todo sea más fácil —se ofreció Denver.

—¿Con los cuatro? ¿Las niñas también? —inquirió Lowell con los ojos de par en par.

—Bueno, no se lo había preguntado a Sarah Lee —la miró y ella afirmó con la cabeza—. Entonces supongo que sí que podemos daros un poco de intimidad a tu nueva esposa y a ti, si así lo deseas.

—No diré que no. Nos vendría bien porque no somos tan cercanos. Y bien… quisiera tener un matrimonio agradable y un inicio…

—Es perfectamente normal —tomó la palabra Sarah— que quieras yacer con una mujer hermosa que te pertenecerá.

La tejana se imaginaba que en todo el tiempo que había sido viudo él se mantuvo célibe.

Jack suspiró y se pasó las manos por el rostro.

—No sé si… yo…

—No será ninguna traición a tu difunta esposa —comentó con suavidad Denver imaginándose el dilema de él.

—Supongo que no.

—Ya basta de remilgos y lamentaciones, tienes que salir a esperar a tu novia, Jack —le ordenó Sarah, con una brillante sonrisa.

Así lo hicieron los tres. Se colocaron en el salón y aguardaron la llegada de la futura señora Lowell, quien era una mujer sencilla, alejada de la belleza evidente que había poseído Leah. No obstante, Sarah se había dado cuenta de que era jovial, alegre y de que haría una buena pareja con Lowell debido a su frescura. Su amigo se había marchitado desde la muerte de Leah y necesitaba un poco de atención y alegría. Estaba segura de que ambos se llevarían bien y que acabaría surgiendo el amor.

***

Dana estaba entre su esposo y Jane, y al otro lado de su hermana estaba el mestizo. Sus esposos no se separaban demasiado tiempo de ellas. Después de lo sucedido se habían convertido en algo así como sus acérrimos protectores y a veces ambas se sentían asfixiadas.

Cuando la ceremonia se terminó, las hermanas aprovecharon el momento y salieron afuera mientras Águila Negra y Jey felicitaban a los recién casados.

Jane y Dana se colocaron a un lado del porche. Todavía no habían hablado del incidente desde que sucedió. Las dos estuvieron en sus respectivas casas esas semanas pasadas tratando de superar lo vivido. Cuando el médico llegó hasta la casa de Jey y Dana, después de que Lowell fuese a buscarlo mientras los esposos de ellas se ocupaban de los primeros auxilios,

se determinó que no habían sufrido mayor mal y que los embarazos seguían su curso natural.

—¿Cómo estás? —preguntó con suavidad Dana, al tiempo que observaba las feas cicatrices en su brazo. El vestido que llevaba Jane tenía las mangas un poco más cortas y dejaba entrever la maldad que sufrió a manos del Demonio.

—Estoy bien. No debes preocuparte por mí. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Quería ayudarte, lo juro, pero no sabía cómo. Todo lo que podía pensar era en que estábamos solas y que él iba a matarte delante de mí. Yo… Jane, no podría vivir en un mundo en el que no estuvieras conmigo. —Las lágrimas comenzaron a salir.

Su hermana la sostuvo entre sus brazos para darle ánimos. Dana le devolvió el abrazo y se quedaron así durante un buen rato.

—No consiguió su objetivo y es lo que importa.

—Pero te hizo tanto daño. Sé que trató de quebrarte, Jane, no podía soportar verte en ese estado y saber que yo era inútil.

—No digas eso, Dana.

—Todavía no me creo que llegasen a tiempo, hermana. Y a Dios doy gracias de que lo detuviesen.

—Águila Negra dice que los Santee le dieron mi mensaje.

—¿Qué? —Dana se separó de ella para mirarla a los ojos. No había entendido lo que acababa de decir.

—Yo lo llamaba. En cuanto el Demonio apareció detrás de mí comencé a llamar a mi esposo. El pueblo al que pertenece, los Siux Santee, creen que los espíritus de sus antepasados cuidan de ellos. Me lo contó todo sobre su tribu cuando Hacha de Guerra se marchó y tuve fe en que los indios le traerían hasta mí. Pensarás que estoy loca, pero…

—Te creo, Jane. Creo que de verdad tu esposo es alguien muy especial. Vi su ritual cuando te vengaba y remataba al Demonio, él estaba…

—Lo condenó al fuego eterno de los traidores mientras sacaba su corazón. Es lo que me dijo que significaban las palabras que recitó en la lengua Siux.

—¿Seremos capaces de dejar atrás el pasado? Cada vez que cierro los ojos veo su horrible cara y siento su lengua sobre mi rostro. —Dana odiaba sentirse vulnerable.

—Estoy segura de que lo haremos. Solo debes pensar en tu hijo, Dana.

—¿Crees que él es mi padre? —preguntó con calma.

Jane jadeó.

—¿Lo sabías? —inquirió con incredulidad.

—Escuché algunas cosas. Temo ser su hija, porque no quiero ser como él.

—No somos como él o como el abuelo, Dana. Eran hombres que disfrutaban con la violencia.

—¿También el abuelo? —la pregunta salió con pánico.

—El abuelo era un hombre del ejército y solo Dios sabe lo que llegó a hacer, aunque yo también lo sospecho. Le inculcó el gusto por la batalla a George y no contó con que las lecciones pudieran seducir tanto a nuestro tío. Él estaba demente, Dana. Tal vez el abuelo también lo estaba un poco, pero todavía sabía distinguir entre la línea que separaba el bien del mal y por eso lo odio un poco menos.

—¿Lo odiabas?

—Él pretendía que yo fuese como nuestro tío, pero más equilibrada. Deseaba ofrecer a la Corona una nueva arma y yo, cuando me enteré de sus planes… No podía hacerlo.

—Pero gracias a tus habilidades me salvaste cuando me secuestraron, así que creo que el abuelo hizo algo bueno dentro de todo lo que sospecho que te obligó a saber hacer.

—Sí. Me convirtió en una fuerte guerrera y por eso el Demonio deseaba doblegarme. En su inconsciente yo era un lastre que se interponía entre él y tú. Todo esto, hermana, quedará en el olvido a medida que nuestros hijos crezcan y los veamos felices y sanos. El amor de nuestros esposos servirá de manto apaciguador y nos sobrepondremos. Sé que crees que será difícil, pero lo lograremos, dejaremos atrás al Demonio de una vez por todas, y su recuerdo morirá y nunca nos volverá a afectar.

Dana asintió. Hubo un silencio que se percibió pacífico.

—Amo a Jey —susurró la pelirroja.

—Lo sé. Como también soy consciente de que él te idolatra con devoción. Por eso tuve que intervenir en el descabellado plan del padre de tu esposo para hacer que ese testarudo viese que podría perderte. Es momento de que me confiese, Dana. —Jane suspiró con cierto temor ante lo que le iba a contar.

—Estoy al corriente. Sé que tramasteis que Hacha de Guerra forzase una lucha por mí con Jeremy, aunque sospecho que el indio ya quería haberlo hecho hacía tiempo y lo estuvisteis conteniendo.

—¿Hay algo que no sepas, hermana?

Dana le sonrió.

—Me alegro de que tú también tengas a alguien que te valore a tu lado. Veo el amor en los ojos de Águila Negra cuando te mira. Y percibí ese destello cuando llegamos a Austin y lo observé examinarte. Supe que él sería el hombre que le quitaría la vida a George. No me preguntes cómo, pero lo sabía. Cuando él despedazó el cuerpo del Demonio… Vi su ira cuando te observó atada y dolorida y supe que lo mataría una y mil veces por lo que te había hecho, porque era justamente lo que yo deseaba hacer. Y que Dios se apiade de mi alma, hubiese querido ser yo quien empuñase el cuchillo que rasgó su carne viva para sacar su podrido corazón.

¿Me convierte eso en una mala persona, Jane?

—No, pues cuando yo vi cómo lo hacía, sentía que era mi mano la que guiaba la de mi esposo para perpetrar lo que hizo. Yo estaba con él mientras le daba su merecido.

—¡Águila Negra, están aquí! —gritó Jey hacia dentro de la casa. Enseguida los dos hombres estuvieron frente a sus esposas.

—¿Bailamos? —inquirió el mestizo.

Jane se quedó con los ojos como platos.

—¿De verdad, me estás pidiendo un baile frente a todos? —La rubia no se lo podía creer.

—Por supuesto que sí —le dijo el mestizo con tranquilidad.

—Pero si tú no sabes bailar.

—Tú me enseñarás. —Le tendió la mano y la pareja se marchó adentro. Era una oportunidad de oro que Jane no estaba dispuesta a desperdiciar.

Jey se quedó con su esposa en el porche. Fue por detrás de ella y la abrazó por la cintura, al tiempo que colocaba su cabeza en el hombro derecho femenino. Las manos de él descansaban sobre su vientre.

—¿Te he dicho hoy ya cuánto te amo, cariño? —preguntó amoroso.

—Sí, pero puedes decírmelo a cada momento.

—Te amo, Dana.

La pareja se quedó así durante bastante tiempo. Mirando al horizonte que se

vislumbraba esperanzador, escuchaban la música y las risas de alegría que provenían del interior de la casa. Ambos sabían que todo lo malo, lo complicado se había quedado en el pasado y que solo se avecinaban tiempos mejores, en los que el amor sería una excelente base para tener una gran familia y excelentes amigos cerca.

—Te amo, Jey —dijo ella entre suspiros. Era realmente feliz y sabía que ese estado de ánimo no iba a cambiar durante el resto de su vida.

Epílogo

Paz y felicidad

Años después.

Cuatro familias habían desafiado a la razón para salir al aire libre y hacer un picnic. Todo hubiese sido más sencillo si las cuatro parejas que habían decidido hacer de ese domingo un día especial, no tuviesen tantos hijos a su cargo.

Sarah Lee estaba sobre una de las cuatro mantas a cuadros rojos, mirando cómo su esposo enseñaba a los mellizos, a Leah y a Jackson, a hacer un nudo con una cuerda a fin de tener un buen lazo para cuando tuvieran que enlazar a una vaca o un caballo salvaje. Amaba cada día más a ese hombre que nunca se rindió con ella. Era fijarse en él y su alma se colmaba de dicha. Lo observó mirarla por un momento y supo que a Denver le ocurría lo mismo con ella.

El tercer hijo de los Harris, Ethan, estaba esperando a que su querida madre comenzase a relatarle un cuento para poder hacer una breve siesta.

Los amigos del pequeño Ethan estaban también discutiendo con sus respectivas madres porque no deseaban dormir un ratito.

Dana tenía a Jeremy, a su hijo, ante ella y estaba resoplando. El niño era pelirrojo como sus padres, y tan testarudo como lo eran Jey y su abuelo.

—Es hora de descansar un poco, tesoro —trataba de convencer Dana a su hijo de cinco

años.

—Deja que vaya con los mellizos, mi amor —señaló Jey.

—Sí, mamá, sí. Quiero ir a jugar. —El vástago de Dana no esperó a obtener permiso, se levantó y se marchó dispuesto a sumarse a las explicaciones de Denver Harris sobre los nudos.

—Dentro de unas horas estará imposible —razonó Dana.

—Yo me ocuparé de él. Descansa un poco —le pidió su esposo.

La pareja estaba en su propia manta bajo un árbol. Al igual que el resto de las demás familias, habían terminado de comer hacía poco más de media hora. Jey se acercó a su esposa y le tocó el vientre. Dios les había bendecido una vez más con un nuevo hijo. Ya habían perdido la esperanza de volver a concebir después de tanto años aguardando la espera, pero en unos pocos meses llegaría un nuevo miembro a la familia.

—¿Por qué me tocas tanto la barriga? —inquirió Dana. Cuando estuvo embarazada de Jer, ese era el diminutivo que le habían puesto al niño para no confundirlo con el resto, él no había sido tan atosigante. Sí, su esposo había resultado ser un hombre demasiado absorbente en cuanto a atender a su esposa y no era que Dana se quejase, pero…

—Porque sé que vas a traer al mundo a una bonita pelirroja que querrá ponerse pantalones y que atormentará a un hombre hasta que el pobre no tenga más remedio que casarse con ella. Así que desde ya mismo quiero que mi niña sepa que seré su mejor aliado frente a los sinvergüenzas.

La respuesta de Dana al oír esa afirmación fue emitir una larga carcajada.

—Te amo, Jey, y no temas porque si al final viene una pequeña pelirroja a nuestra familia, podrás estar tranquilo, dado que no creo que haya un sinvergüenza mayor que tú en cien kilómetros a la redonda.

Jey la silenció con un beso y poco le importó que tuviesen audiencia.

—¡Dana, por amor del cielo, compórtate! —gritó con diversión Jane desde el otro lado. La señora Hutson no obtuvo respuesta, solo un aspaviento por parte de Dana, quien no se despegó de la boca de su marido hasta pasados un par de minutos.

—¿Estás celosa, esposa? —Águila Negra sostenía a su tercer hijo varón en brazos. El bebé tenía poco más de un año. Sus dos hermanos mayores estaban jugando a correr cerca de donde estaban Denver y los otros niños.

—¿Acaso quieres que te pida que me robes un beso, amor mío? —le preguntó Jane juguetona.

—Cuando lleguemos a casa harás algo más que besarme, Jane. Tal vez encarguemos a nuestro cuarto hijo. No me conformaré hasta que me premies con una pequeña guerrera como lo eres tú. —Después de tantos años y él seguía siendo un tirano incluso al hacer promesas de lo más sugerentes.

Ella comenzó a reírse. Tomó a Nathaniel en sus brazos para que el padre pudiera ir a supervisar a sus otros vástagos, quienes parecían estar discutiendo. El mestizo se levantó para ir a poner orden. Jane se quedó allí acunando al pequeño.

La vida era bella. Jane miraba a su hijo mayor, a Timothy, cuyo nombre indio era Lluvia Cálida, y a Darren, quien recibió el nombre de Luz de Sol, y no podía más que sentir su corazón rebosante de alegría. Agachó la mirada y se concentró en su bebé, Noche de Luna, ese era su legado Siux Santee, quien le sonreía.

—Mamá no puede ser más dichosa —le dijo al pequeño de la familia. El niño gorgoteó satisfecho, como si le estuviese dando la razón.

El lloro de otro niño hizo que Jane girase el rostro a la izquierda para enfocar la vista en ese lugar. Los Lowell estaban atendiendo a su pequeño de cuatro años, dado que sus hermanos mayores, Karl, Connor —los hijos de Lowell— y Mery Anne y Louisa —las niñas de Lorel— habían molestado a su hermano menor debido a tanta atención que le prodigaban.

—¿Creíste que llegaríamos a esto, Jack? —preguntó Lorel en cuanto sus hijos más

mayores se movieron hasta el lugar donde Denver estaba enseñando a hacer todo tipo de nudos.

—Lo cierto es que no esperé que el amor llegase, querida mía, y con él un nuevo hijo.

—¡Oh, yo tampoco! Supongo que debía ser así. —Lorel se sonrió satisfecha. No había esperado que Lowell fuese todo un torbellino en la intimidad, su amado señor Farith nunca fue imaginativo en el lecho. Sí, definitivamente Lorel y Jack Lowell habían encontrado muchísimo más que consuelo y compañía y la prueba de ello estaba en Michael, su hijo en común, quien se había acomodado en el regazo de su madre para descansar y dormir.

—Te amo, Lorel.

—Te amo, Jack y estoy agradecida por todo lo que hemos recibido, por esta gran familia que tenemos y por nuestros leales y queridos amigos. La vida es perfecta.

—Amén, mi amor —razonó Jack al tiempo que le daba un beso furtivo a su esposa.

Los Harris, los Hutson, los Andrews y los Lowell eran parejas formidables que habían demostrado ser capaces de sobrevivir a cualquier adversidad del salvaje Oeste.

Ojalá todos sus vástagos tuvieran mejor o igual suerte que ellos.

Fin.

Nota de la autora

Querida amiga lectora, como bien sabes, soy una autora que escribe de casi todo. Me gustan las historias cortas, largas, blancas, picantes, con un poco de erotismo… Y en especial las de género histórico. Si no conoces lo que tengo publicado, puedes pasarte por Amazon y buscar mi página de autora. Verás que hay para elegir.

Mis historias se ambientan en la regencia inglesa y algunas en la época victoriana. Esta ha sido mi tercera novela del Oeste Americano y he estado bastante satisfecha con el resultado. He devorado muchísimas novelas del oeste y espero haber podido emocionarte como lo habrán hecho otras autoras antes que yo. Este libro era una necesidad en cuanto apareció Jeremy en la historia de Sarah Lee y se consumó cuando llegó Dana a Texas con Jane. Los personajes querían sus propias historias, como suele sucederme a menudo.

Me considero más una escritora de romance que una historiadora. Ello no implica que no me documente para no meter la pata (tal vez no siempre lo consiga, esto es mi ficción y adoro las licencias literarias). Sin embargo, puesto que intento crear mujeres fuertes ya en sí estoy pecando de no ser fiel a la historia. Mis heroínas rara vez son lo que se supone que deberían ser las verdaderas damas de la época. Quiero pensar que Dana ha sido creíble para ser una mujer que disfrutó de la libertad de ser un chico, aunque afeminado —tal y como lo consideraba Jey—, que se dio cuenta de lo diferentes que eran las cosas para uno y otro sexo.

Recordad que lo único que pretendo es entreteneros con mi loca imaginación. Esto es una obra de ficción que nace en mi mente y que está basada en lo que soy, en mi modo de vida o en cómo entiendo la vida misma. Lo haré mejor o peor, pero si he conseguido que sonriáis me daré por satisfecha.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero
2) Corrompiendo a un lord
3) Sanando a un canalla (en preventa)
4) Enamorando a un disoluto (en preventa)

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti
2) A un beso de ti
3) A una caricia de ti
4) A un abrazo de ti
5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York
2) Un buen partido para lady Evangeline
3) Una institutriz para el vizconde Portman
4) Una Navidad para los duques de York
5) Una prometida para el duque de Phenton
6) Una amante para un lord
7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:
1) Lady Briana y el coronel
2) Lady Angela y el conde
3) Lady Elisabeth y el capitán
4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):
1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)
2) Lady Lena y el amor
3) El duque y la maldición
4) Lady Susan y el error
5) El conde y la equivocación
6) La duquesa y el acierto
7) El marqués y el deber
8) La marquesa y el destino
9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:
1) Amberly, la esposa perfecta
2) Tiffany, la esposa esquiva
3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:
1) Loren, la esposa sin título
2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse
3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:
1) Rosemary, una institutriz soñadora
2) Philomena, una institutriz desdichada
3) Marianne, una institutriz realista
4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado
2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):
1) Una pupila inesperada
2) Una prometida inesperada
3) Una candidata inesperada
4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):
1) Un esposo inconveniente
2) Un amor inconveniente
3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:
Entre el deber y la pasión
Una segunda oportunidad para amar
Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:
Club Inhibiciones (Romance erótico)
¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1